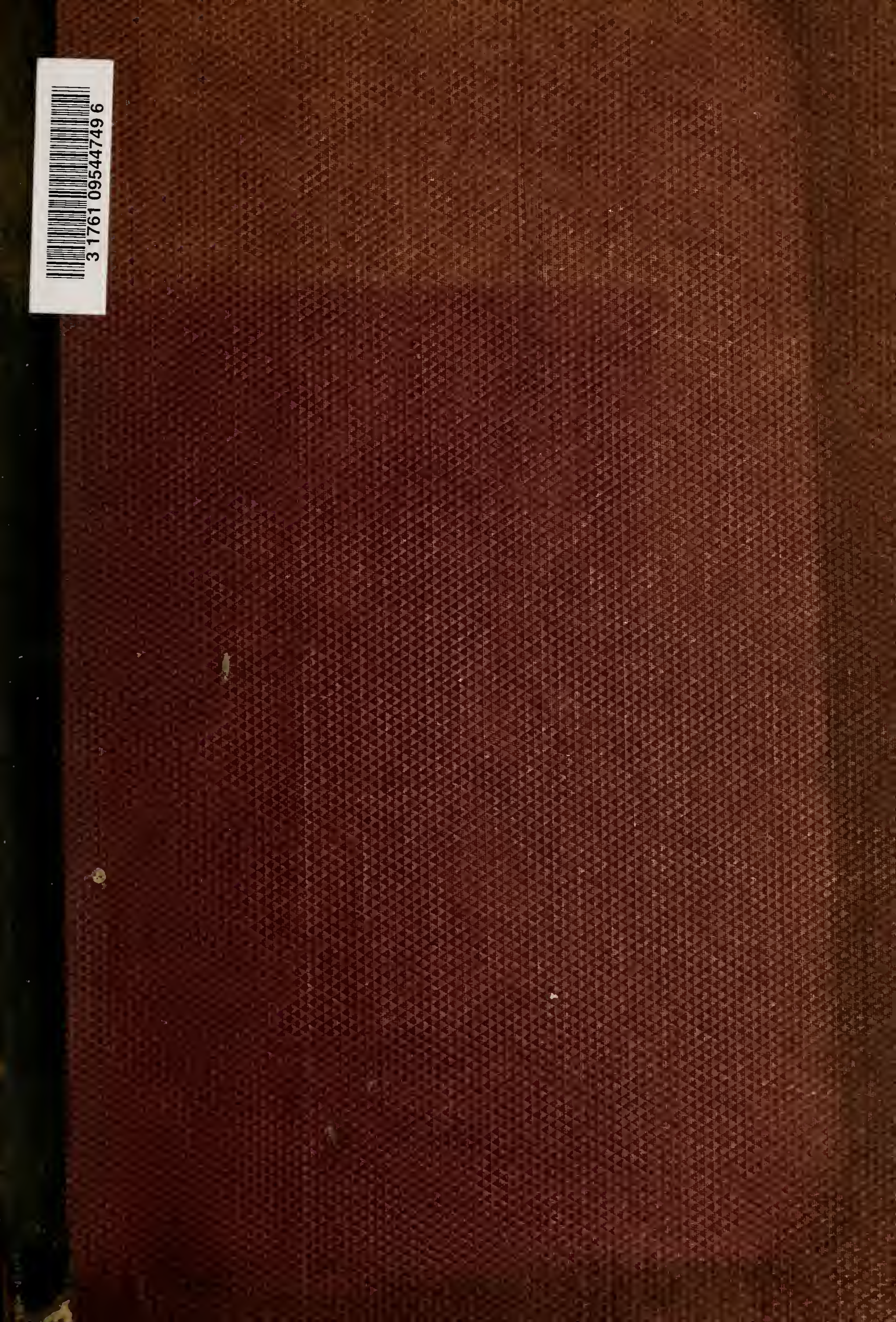

3 1761 09544749 6



Precio de esta obra: Tomos 1º y 2º 103 reales

115

xqua61

BIBLIOTÈCA ILUSTRADA DE ESPASA HERMANOS, EDITORES.

SECCION MORAL-RECREATIVA.

EL PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

NOVELA HISTÓRICA

POR

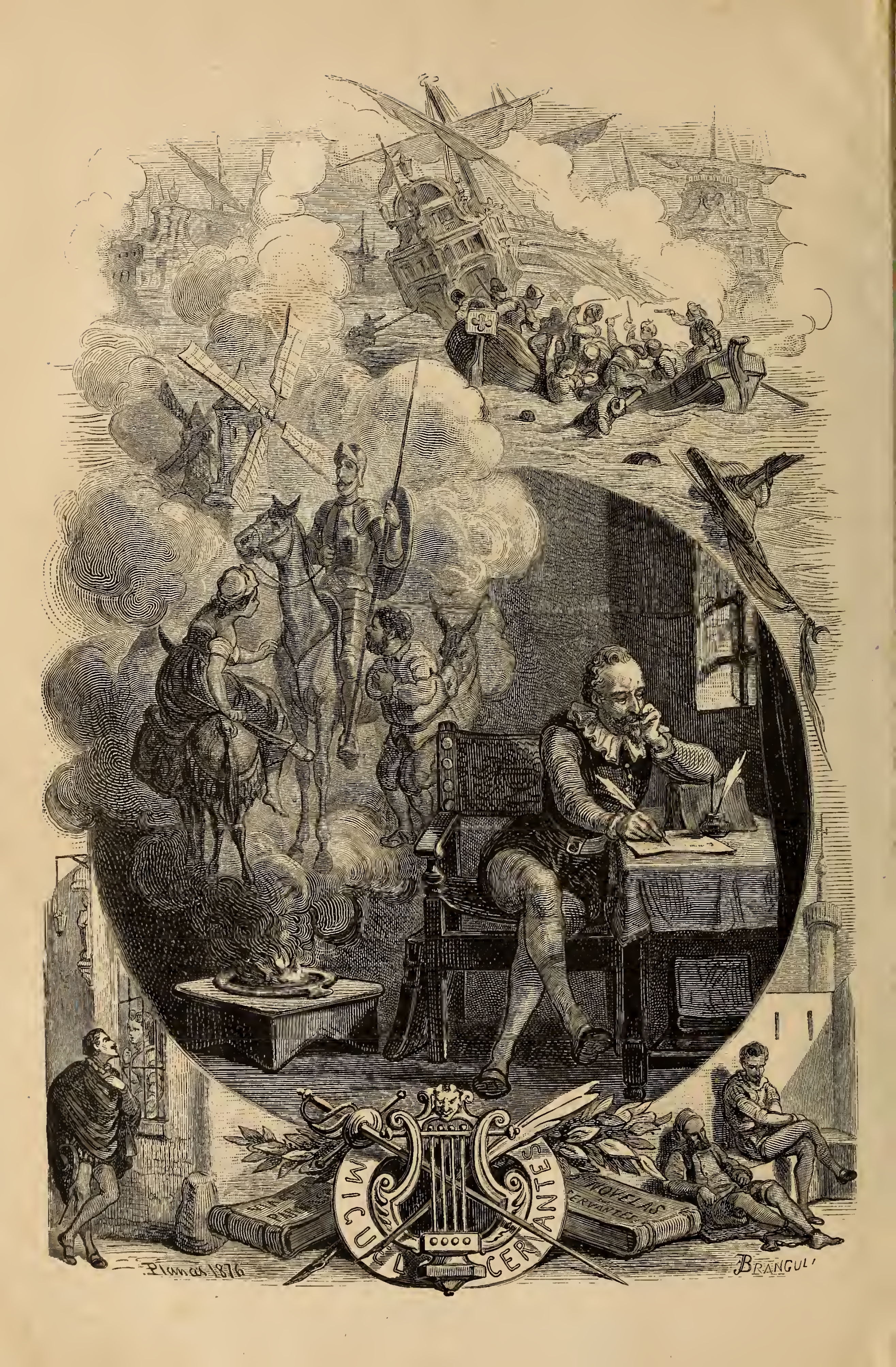
D. Manuel Fernandez y Gonzalez.

ILUSTRADA CON MAGNÍFICAS LÁMINAS DEL RENOMBRADO ARTISTA

D. EUSEBIO PLANAS.



BARCELONA.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO-EDITORIAL DE ESPASA HERMANOS,
CALLE DE LAS CORTES, NÚMERO 223.



MIGUEL CERVANTES
NOVELAS CERVANTES
Planas 1876
BRANGULÍ

LIBRO PRIMERO.

El cardenal Aquaviva.

CAPÍTULO PRIMERO.

En que se vé que un bachiller en letras humanas, sabia más del arte de la guerra, que un sargento con opcion á Inválidos de los tercios viejos de Nápoles.

Empezaba una oscura, desapacible y lluviosa noche del mes de noviembre de 1568.

Anchos nubarrones que de momento en momento se oscurecian más, se extendian en el espacio.

La vieja villa de Madrid, ya corte de España, y corte fija, porque tal habia sido la voluntad del señor rey don Felipe II, de feliz recordacion, empezaba á ponerse pavorosa.

Habian dado las *Ave-Marías* las campanas de las parroquias y de los conventos, se habian cerrado las tiendas y los portales de las casas, y por las calles transitaba muy poca gente.

Sólo habian quedado abiertas las iglesias de San Ginés y de San Martin, en que habia ejercicios, y las hosterías, los mesones y las tabernas, que segun las ordenanzas podian tener francas sus puertas hasta la oracion de las Ánimas.

Entónces no habia alumbrado público.

Las calles no estaban empedradas.

Las rejas de los pisos bajos estaban voladas á poca altura sobre la calle.

Los soportales estrechos y oscuros eran muy frecuentes.

En cuanto cerraba una noche sin luna, Madrid se quedaba sumido en una lobreguez medrosa.

Si llovia, se ponia intransitable.

Las estrechas callejas se convertian en canales de lodo.

Hacian, pues, falta las botas altas contra el piso, las linternas contra las tinieblas, y las espadas, los broqueles y los pistoletes, contra los peligros que ofrecian á cada paso los sombríos soportales y las estrechas encrucijadas.

De largo en largo trecho se veia lucir, opaca é inmóvil entre la oscuridad, una luz medrosa y rojiza.

Era la que alumbraba algun negro y temeroso *Ecce-Homo*, alguna lacrimosa y demacrada *Virgen*, ó algun santo metido en su nicho, bajo su tejadillo de tablas, su alero ó su cornisa, ya en una esquina, ya en un muro de alguna tortuosa calle.

La gente *non sancta* se soltaba muy á su placer por el intrincado laberinto de la villa y corte, en estas noches oscuras; los unos, para galantear, los otros, para robar ó buscar riña con los galanteadores.

La noche en que empieza la accion de nuestro drama, en un negro y destartalado aposento del meson de Paredes, en la calle del mismo nombre, se veia á un hombre, al parecer jóven, y vestido á lo estudiante hidalgo, que tenia su rostro pegado á un tabique.

Miraba por un pequeño agujero que en el tabique habia, á otro aposento inmediato.

Esta era una licencia punible.

¿Pero qué licencia, y siendo leve, no puede perdonarse á un jóven, cuando se trata de una buena moza?

Éralo, y en gran manera, de una manera arrebatadora, la jóven locatária del aposento inmediato.

Habia llegado con una vieja, al parecer parienta, y un viejo, al parecer criado, cada cual de estas personas en una senda mula, con sillones las que á las mujeres conducian, y aparejo á la morisca la que conducia al criado, y habian causado una cierta sensacion entre los huéspedes de la posada, que eran, en parte, estudiantes de los que cursaban en las escuelas particulares de Madrid, algunos soldados, y el mayor número, trajineros.

Algunos de los soldados y de los estudiantes que estaban en la cocina al amor del fuego de la ancha chimenea, diputaron por suya, (tal es de temeraria en sus juicios la licenciosa juventud) á la jóven dama que, con su madre ó parienta y su fámulo, habia llegado á la posada.

Venian ateridos del frio intenso que hacia los caminantes, y llegaron ávidamente á la chimenea.

La jóven, que vestia con gran lujo, y como vestian entónces las damas que iban de viaje, saludó graciosamente y sin encogimiento, dando muestras de que no era nueva en la corte, á los estudiantes y á los soldados que allí habia, y aceptó sonriendo y dando las gracias al estudiante que se la ofrecia, una mala silla de pino con asiento de tomiza.

En cuanto á la dama de más edad, que frisaria en los cincuenta, fuerza era servirla, aunque no fuese más que por los méritos de la jóven, que apénas llegaba á los diez y ocho.

El mismo estudiante llevó á cabo esta galantería, ó más bien esta obligacion, pues la dama servida era bastante seca, bastante fea y bastante vieja, y más que bastantemente altiva para que se la sirviese por devocion.

En cuanto al criado, que parecia entre rodrigon y escudero, nadie le sirvió.

Él tampoco se permitió sentarse, ni aun acercarse al fuego, á pesar de que el frio era intenso, y de que venia casi helado.

Pagó á los mozos de las mulas en que habian llegado, para salir de una vez de ellos; les mandó metiesen en la cocina dos grandes cofres y una mediana maleta que sobre otra mula venian, y volviéndose á la posadera que con dos maritornes habia acudido, toda solicitud y rendimiento, porque la habia dado en la nariz olor de riqueza, á servir á los recien llegados, la dijo:

—Un buen aposento, el mejor que tengais, para mis señoras: otro mediano para mí á su inmediacion, y en cuanto al trato, lo mejor y lo más caro que en el mercado hubiere, y bien condimentado, abundante y límpio.

—El trato, señoras mias, señor hidalgo, dijo la posadera, será como de mi casa, que saben bien en la villa lo que es el meson de la viuda de Paredes; pero á la inmediacion del mejor aposento que tengo disponible, que es el que corresponde sobre la puerta del meson, no tengo aposento que daros; que los de ambos lados están ocupados, y por gente honrada. Pero le hay, y muy bueno, sólo con un aposento de por medio: el número uno, el primero que ocupado está, se encuentra á la izquierda de la subida de las escaleras, y le habita este señor estudiante (y señaló uno como de veintiun años, bien parecido, aunque de semblante grave, que allí estaba): el número dos es el que está sin huésped y es el mejor de la casa, y en el número tres vive, desde hace más de un año, este señor sargento de los tercios viejos de Nápoles, que está, aunque jóven, solicitando en la corte sus inválidos, á causa de una pelota de arcabuz que le metieron por los pechos en el Milanesado (y señaló á un buen mozo bigotudo, que se acariciaba la barba, mirando con los párpados caidos, y como entre dos luces á la jóven y hermosa dama, que parecia absorver con delicia el calor de la chimenea); en fin, el número cuatro está desocupado, señor hidalgo: es muy buen aposento, y estareis en él como un príncipe.

Como se vé, la posadera era charlatana, ó por naturaleza ó porque le convenia para hacer su negocio.

—Sea como vos decis, dijo con acento seco, dirigiéndose á la posadera, la dama de más edad; y puesto que ya os habeis templado un tanto, doña Magdalena, si así os parece, iremos á ocupar nuestro aposento.

No era, pues, ni madre, ni tia, ni parienta de la jóven dama, la dama vieja.

Sin embargo, la hablaba con una cierta autoridad, y como si la tuviese bajo su gobierno.

—Como querais, doña Inés, dijo levantándose doña Magdalena.

Doña Inés queria quitarse de la cocina cuanto ántes, primero, porque aquel

no era lugar decente para dos señoras, y despues, porque los soldados y los estudiantes fijaban sus miradas con una curiosidad no muy cortés, que rayaba en impertinencia, y aun en licencia, en la hermosísima doña Magdalena.

El único que no se descomedía en una curiosidad descortés ni en una persistente mirada, era el estudiante de rostro grave que, segun la posadera, ocupaba el aposento número uno.

Tampoco se mostraba descomedido el sargento de infantería que ocupaba el número tres.

Levantáronse las dos damas, saludaron, la jóven afablemente y la vieja con secatura, á los que en la cocina estaban, y salieron siguiendo á la posadera, que habia tomado de una espetera la llave del aposento número dos.

Siguiéronlas las dos mozas de la posada.

El escudero ó rodrigon, quedóse ocupado en hacer que los mozos subieran los cofres y la maleta.

—¡Gran pellejo! dijo uno de los estudiantes.

—¡Gran bocado! exclamó otro.

—¡Brava bruja á lo hidalgo! observó uno de la guardia española.

Y empezaron la murmuracion, y las deducciones, y los chistes, y los equívocos de mal género; que era aquella gente maleante, y no se detenia en respetos.

El estudiante, huésped del aposento número uno, y que no habia pronunciado una sola palabra, se esquivó el primero.

Poco despues se fué el sargento, que no habia dicho esta boca es mia.

Ambos se metieron en sus aposentos, y se pusieron en acecho, pegados á las puertas por la parte interior, lo que demostraba que á ambos les habian interesado los recien llegados, ó mejor dicho, la recien llegada.

Una media hora despues de haber ocupado su aposento, se sirvió á las señoras el almuerzo.

Eran las nueve de la mañana.

A las diez, las dos damas salieron, envueltas en unos grandes mantos de terciopelo con velos de encaje.

Su criado las siguió, bien vestido y con ropa nueva, y no así como se quiera, sino como la que hubiera podido usar el más estirado hidalgo.

Casi inmediatamente, y encajadas sus mejores galas de soldado, vió el estudiante del número uno pasar, sin duda en seguimiento de doña Magdalena, al sargento.

—Id allá, señor Diego de Herédia, dijo el estudiante, que por el ojo de la cerradura habia estado atisbando; que no llega ántes el que más corre, sino el que toma mejor camino. Mal habeis aprendido el arte de la guerra, dado que en batalla os poneis sin haber reconocido el campo, y sin saber cuál es la fuerza del enemigo. Allá nos veremos; y sobre todo, fortuna te dé Dios, hijo, que el saber poco te basta.

Y tomando de un talabarte, que sostenia una espada y una daga, pendiente de

un clavo, la daga, que era buida, se fué al tabique medianero con el aposento número dos, y se puso á practicar el agujero á que ya por la noche le hemos visto aplicando su ojo derecho.

Aunque no habia estudiado el arte de la guerra, sino más bien filosofía y letras humanas, como lo demostraba la rosa azul que aparecia en su bonete de bachiller, comprendia por intuicion que no era prudente acometer al enemigo, sin conocerle en alguna manera.

Se aplicó, pues, á hacer su agujero, aprovechando la ausencia de las habitantes del cuarto número dos, en lo cual no invirtió ménos de una hora, ni lo consiguió sin despuntar la daga, que era el tabique récio, y de ladrillos recochos, poco ménos duros que si hubieran sido de piedra.

Una vez hecho su acechadero, le tapó con un trapo, se ciñó el talabarte, se puso la sotana, las bayetas, salió, cerró, metióse la llave en el bolsillo, y se fué á pasear sus pensamientos, que no eran otros que memorias candentes de la apénas vista y ya por él amada doña Magdalena.

Fuésele el dia á nuestro estudiante en ir y venir.

Pero en todo el dia no volvieron las damas.

Al fin, aparecieron en el meson á punto que oscurecia, con su hidalgo y sério criado que las seguia, más tieso que un castellano viejo, y más hinchado que un portugués.

Se metieron las señoras en su aposento.

Fuése al suyo el doméstico.

Al agujero nuestro estudiante, y vió...

Pero lo que vió requiere capítulo aparte.

CAPÍTULO II.

De como el bachiller vió y no oyó, y tuvo motivo para engendrar celos.

Sentadas junto á un brasero, puesto junto á una mesa cubierta con un pequeño tapiz de Flandes, estaban las dos señoras.

El estudiante, que metia ávidamente por el agujero la mirada de su ojo derecho, como si dijéramos su media mirada, en el aposento inmediato, veia á doña Magdalena de perfil.

A doña Inés, de frente.

Ocupábase doña Magdalena en leer un papel, que sin duda habia sacado de una cartera de seda de color de rosa, bordada de lentejuelas de oro, que llena de otros papeles se veia sobre la mesa.

Leia en voz baja.

Comprendia, sin duda, que es necesario procurar no ser oidos, cuando se habla en una habitacion que tiene tabiques medianeros con otras ocupadas por gente extraña.

Doña Inés escuchaba de una manera grave.

De tiempo en tiempo, doña Magdalena interrumpia la lectura, como para hacer una observacion á doña Inés.

Ésta contestaba siempre con un movimiento de cabeza afirmativo, lo que queria decir que ambas eran de un parecer, y probablemente de un mismo parecer debian ser siempre.

El perfil de doña Magdalena era hechicero.

Nada tan puro, nada tan encantador, nada tan gracioso, nada tan bello, ni nada, á la par, tan noble.

Su cabeza, coronada por una magnífica cabellera castaña, opulenta y sedosa, peinada en trenzas, aparecia sustentada, produciendo una esbeltez encantadora, por una garganta larga, ancha en su base, modelada de una manera irresistiblemente voluptuosa.

Una golilla abierta, dejaba ver el nacimiento de aquella tentadora garganta, á la cual se ceñia en algunas vueltas, una gargantilla de gruesas perlas, de la cual pendia un medallon guarnecido de diamantes, de los cuales arrancaban vivos destellos las cuatro luces del velon de Lucena que estaba puesto sobre la mesa.

Esta luz, bastante fuerte, producia un vivo claro-oscuro en la cabeza de la jóven.

La mitad de ella, la parte posterior, estaba en sombra.

La otra mitad en luz.

El estudiante alentaba apénas.

Le absorvia la irresistible hermosura de la jóven.

Aquellos ojos de mirada profunda y pura, y á la par candente, brillando con un fuego dulce é irresistible bajo la sombra densa de unas largas, espesas y curvas pestañas; aquella nariz pequeña, fina, un tanto aguileña, de una forma encantadora; aquella boca un poco grande, de labios un tanto gruesos, pero que mostraba claro que si hubiera sido de otra manera no hubiera estado en relacion con las otras partes del semblante, no hubiera sido el semblante tan hermoso, tan bella, tan noble, tan pura, y tan graciosamente armonioso; aquella oreja diminuta, preciosa, que parecia debia rasgar el peso de la gran arracada morisca con diamantes; aquel corte oval del rostro; aquella garganta incomparable; aquellos hombros ámplios, curvos, inclinados en una inflexion bellísima, y que servian como de concha al nacimiento de la garganta, y al seno desarrollado, elevado, de una forma deliciosa; todo esto, y los brazos, y las manos alabastrinas, que el estudiante no veia más partes que las dichas, del cuerpo de la jóven, porque el resto lo cubria la mesa, habian bastado para enamorarle, para hacerle sentir lo que aun no habia sentido hasta entónces por una mujer, aunque habia estudiado en la Universidad de Alcalá, el amor, y el amor de buena raza, el amor

del alma provocado por los sentidos, y purificado en sus primeros momentos por sí mismo, y como oculto en sí mismo.

Y decimos oculto, porque nuestro estudiante, á pesar de la atraccion poderosa que sobre él ejercia doña Magdalena, á pesar de lo mucho que en ella habia pensado todo el dia, y de la impaciencia con que habia esperado volverla á ver, no se daba por enamorado.

El amor es traidor.

Nos acomete en silencio.

Nos engaña.

No se deja conocer de nosotros, hasta que de nosotros se ha apoderado de una manera invencible.

De improviso, el estudiante sintió pasos de hombre en las escaleras, luego en el corredor, y experimentó un sentimiento de despecho, de contrariedad, y aun de ira, á la sola suposicion de que aquel hombre pudiese ir á visitar á doña Magdalena.

Y no lo habia temido en vano.

El ruido de los pasos cesó en el corredor, delante de la puerta del aposento ocupado por las dos señoras, y se oyeron, aunque muy poco perceptibles, tres golpes dados recatadamente, y al parecer con los nudillos, á la puerta.

El estudiante vió que doña Magdalena alzaba la cabeza de sobre el papel, en que á la sazon leia, y que miraba con un ansioso contento á la puerta.

—¡Ah! ¡por fin... ya tardaba! dijo levantando la voz, de modo que el estudiante pudo oir perfectamente sus palabras, y con un marcado acento extranjero, dulce y ceceoso como el de los moros de Marruecos cuando hablan el castellano.

Guardó rápidamente el papel en la cartera, y la cartera debajo del justillo, y se fué á la puerta y la abrió.

El estudiante aguzó su ojo derecho.

Aplicó el oido.

Concentró toda su atencion, toda su alma, en lo que iba á ver y oir en el inmediato aposento.

Vió que el que habia entrado era un caballero jóven, como de veinticuatro años, hermoso, pero con una hermosura varonil, y extraordinariamente distinguido.

Era indudablemente una altísima persona.

Tenia toda la distincion, toda la altivez y todo el estilo, por decirlo así, de un caballero de aquellos tiempos, inclusa la bravura, y al mismo tiempo habia en él algo de contenido, de dulcemente grave, de suave, de cosa que olía á algo que nuestro estudiante no habia olido jamás.

Algo que hacia de aquel personaje un sér doble, en el cual, la más experimentada investigacion no podia ver, por el momento, nada concreto, nada determinado.

Pero era indudable que aquel personaje, á pesar de su juventud, inspiraba un profundo respeto.

El respeto que inspira lo grande.

Que se hace sentir aun de los mismos que no conocen ni conciben la grandeza.

Adelantó, besó galantemente una mano, pero de una manera ceremoniosa á doña Magdalena, y luego, con la misma galanteria y no ménos ceremoniosamente, besó la mano á doña Inés.

—¡Oh! ¡y con cuánta ansiosa impaciencia anhelaba que llegase la noche! dijo con un grande encarecimiento aquel personaje, tomando una silla, y sentándose al brasero entre las dos.

—Hablad, monseñor, más bajo, dijo doña Inés.

Y continuó hablando, pero de manera que ya no pudo oir ni una palabra más el estudiante.

—¡Ah! exclamó éste: pues si monseñor le han llamado, y tan jóven es, ¿para qué dudar? No otro es que el cardenal Aquaviva, legado de su Santidad en la corte de España: pero, ¿á qué viene aquí? ¿qué quiere? ¿por qué de tal manera y como si antiguas conocidas fueran las trata? ¿por qué ella se muestra alegre, y hablándole se sonrie, y no parece sino que él la ha traido la luz de sus ojos? ¿y qué me importa á mí de esto, menguado que soy, que si menguado no fuera, á acechar no me echara á dama que, á lo que su talante muestra, ha de mirar á mucha más altura que á donde yo estoy, que para pobres no se han hecho tales tesoros? ¿Pero por qué, por qué cuando llegó al meson, y entró en la cocina, y me vió, me miró como con grata sorpresa, y volvió á mirarme, y harto claro me dió á entender, aunque honestamente, que no era yo para ella sujeto baladí, ni cosa en que no se repara sino para despreciarla? Pero imaginaciones mias debieron ser, y ni ella me miró con agrado, sino que mi deseo soñarlo me hizo; y extranjera es, aunque yo no conozca de qué tierra, por más que á las áulas de Salamanca y de Alcalá acudan, y en ellas cursen, estudiantes de todas las partes del mundo conocidas. En fin, ya veremos en qué acaba esta aventura, que yo no la dejo, y salga por donde saliere.

Y el jóven bachiller calló, y hasta paró sus imaginaciones, para observar con toda la atencion de su alma lo que pasaba en la habitacion inmediata.

Continuaba la conversacion animada entre los tres, pero en voz tan baja, que el estudiante apénas si podia percibir el murmullo de sus voces.

Así pasó como media hora; pero al cabo de ella, doña Magdalena se levantó y desapareció tras un biombo de aquellos que los portugueses traian de la China, y que cubria todo un ángulo del aposento, donde sin duda habia un lecho.

A poco oyó el estudiante crugir una pequeña llave, como de cofre, por dos veces.

Parecia como que doña Magdalena habia ido á buscar algo.

El estudiante esperaba verla aparecer al poco tiempo.

Pero pasó alguno, continuó, y doña Magdalena no aparecia.

El que habia juzgado el estudiante el cardenal Aquaviva, y doña Inés, continuaban hablando de una manera sostenida, y al parecer, de un asunto importantísimo.

Al fin, el tenido por cardenal, dió á doña Inés un objeto que sacó de su limosnera, y que el estudiante no pudo percibir lo que fuese.

Tal vez dinero.

Esta suposicion hizo subir, de una manera súbita, la sangre al rostro y al cerebro del bachiller.

¿Se habria engañado?

¿Seria doña Magdalena una cortesana, doña Inés una tia ó parienta fingida, y el criado un miserable?

Confirmó, ó mejor dicho, metió más en sus malas suposiciones al estudiante, el ver que doña Magdalena volvia á aparecer.

Pero no en traje mujeril, sino completamente disfrazada de hombre, y con tal verdad, que no parecia otra cosa que un noble, hermoso y bravo mancebo.

Llevaba una toquilla con pluma recogida blanca, prendida por delante por un joyel de pedrería; envolvia su cuerpo un capotillo negro, de terciopelo, y por bajo se veian sus admirables piernas, con botas de ámbar finísimas, arrugadas.

Una espada, y no mediana, dejaba ver su extremidad por debajo del capotillo.

Habló algunas palabras en voz baja con el reputado por el jóven como cardenal, y con doña Inés, y luego se puso un antifaz de terciopelo negro.

El supuesto cardenal se alzó, se puso su rico birrete, á la moda de los caballeros romanos, se envolvió en su capa roja, y dió el brazo á doña Magdalena.

El bachiller no esperó más.

Se ciñó sus armas, se puso bonete, sotana y manteo, tomó de sobre la mesa una linterna, la encendió, la cerró, se la enganchó en la pretina, junto al broquel, salió del cuarto, cerró la puerta, y siguió á los dos cuyos pasos habia sentido poco ántes en el corredor, hácia las escaleras.

CAPÍTULO III.

De como el bachiller, cuando ménos lo esperaba, se encontró acompañando y amparando á la hermosa morena de los ojos negros.

El misterioso personaje y doña Magdalena asida á su brazo, tomaron por la calle de Cosme de Médicis, que era estrecha, tortuosa, solitaria y medrosa de noche, cuando, ya tarde, apénas si transitaba nadie por las calles.

Era entónces tarde á las Ánimas, esto es, á las ocho de la noche; hora en que se cerraban, como ya hemos dicho, hosterías, mesones, tabernas y despensas ó casas de comida, como así mismo las puertas de la villa.

Al toque de la queda ó de cubre-fuego, que habia quedado como uno de tantos restos de la Edad Media, que durante algun tiempo acompañaron la del Renacimiento, no quedaban encendidas más luces que pudiesen verse desde la calle, que las que ardian en los nichos de las imágenes, que existian acá y allá, en los muros de las casas, representando la piedad de los vecinos.

El toque de queda resonaba inmediatamente despues del de Animas.

Eran á aquella hora peligrosas las calles de Madrid, y especialmente las que, como la de Cosme de Médicis, estaban cerca de los barrios extremos, donde vivia la gente baja; cerca de la dicha calle estaban el Rastro y la Riera de Curtidores; esto es, dos especies de *Cortes de los milagros*.

Cuando se metieron por aquella calle el personaje que el estudiante habia supuesto fuese el cardenal Aquaviva, legado extraordinario del Papa, y su compañera, sonaba en el campanario del convento de la Merced, que habian fundado cuatro años ántes todos los conventos de la misma órden, el toque de Ánimas, que fué inmediatamente seguido por el de queda.

Aun resonaba este último, cuando la pareja que seguia el estudiante desembocó en la pequeña plazuela de los Remedios, tomando la direccion de la calle del Campanario, que así se llamaba entónces la que hoy se llama de Barrio Nuevo.

Habia por aquel tiempo, y por un contraste singular, frente al convento, una mancebia, cuya puerta daba á la plazuela, correspondiendo su costado derecho á la calle del Campanario: y como al toque de queda, los que frecuentaban aquellas casas infames debian salir de ellas, so pena de multa y prision si en ellas los encontraba la justicia, de la mancebia salian cuando doña Magdalena y su acompañante cruzaban la plazuela, y con mucho tocar de guitarra y mucha bulla, aunque ya habia sonado la queda, algunos jóvenes licenciosos de los que estaban siempre dispuestos á todo género de excesos, tropelías y trabacuentas; y como estaban tomados del vino, á los dos que asidos del brazo vieron atravesando la plazuela se fueron, dispuestos á invitarles á que les acompañasen, ó á moverles riña si se negaban.

Pero el compañero de doña Magdalena, que no debia ser ni descuidado ni manco, al ver aquella turba que sobre ellos se iba, adelantó hácia ella, y poniéndose delante de doña Magdalena á todo evento, se detuvo y dijo con la voz firme, serena y cortés:

—¿Quién vá? ¡Ténganse ahí, ó pasen de largo!

—Medrosico es vuesa merced, dijo uno de ellos con acento burlon, y bien se conoce que no quiere que se le alleguen; pero para que vea que estos bultos son buena gente é hidalga, á la cual puede allegarse cualquiera, por hidalgo que sea, allá nos vamos.

Y continuaron acercándose.

El acompañante de doña Magdalena se terció el manto, puso mano á su espada con muy buen aire, y exclamó:

—¡Ténganse, digo, ó tal puede suceder que nos tentemos los bultos, y á alguno le pese!

¿Quién tal dijo?

Los otros, que eran hasta el número de cinco, tiraron de las espadas, y todos á la vez (lo que ciertamente no era muy hidalgo) se fueron contra el hombre que de tal manera se les habia opuesto.

Llegaba entónces el bachiller, que habia oido voces y habia apretado el paso, echando mano á su espada.

La riña se habia trabado.

Los cinco acometian al otro, que daba muestras de no arredrarse por el número, porque á su vez los atacaba con tal coraje, que apénas habia empezado la riña, cuando uno de ellos, exclamando «¡Dios me valga!» cayó por tierra herido de una estocada.

El bachiller habia desenvainado su espada, y habia hecho un movimiento decidido como para ayudar al que solo se media contra cuatro; pero de improviso dió á correr, tomando por la calle de San Isidro. [1]

Y no era porque nuestro bachiller fuese cobarde ni ruin, ni porque le hubiese espantado el grito de angustia lanzado por el herido al caer en tierra, sino porque se habia ido en seguimiento de doña Magdalena, que sobrecogida por aquel grito de muerte, habia escapado sin saber por dónde, desatentada, y habia tomado por la calle de San Isidro, hácia la de Toledo.

Corria que volaba, impulsada por el pavor, y de tal manera, que aunque el bachiller era vigoroso, no pudo alcanzarla en toda la calle de San Isidro, ni en la de Toledo, sino hasta que la espantada doña Magdalena llegó á los soportales de la Plaza Mayor.

Al sentir junto á sí al que la seguia, al conocer que la alcanzaba, fatigada ya y rendida por aquella carrera, aunque no larga para un hombre, demasiada para una mujer, dijo con acento trémulo y suplicante, en el que se revelaba el terror:

—¡Ah! ¡por Dios! ¡no me mateis! ¡mirad que aunque en hábito de hombre me veis, soy una mujer!

—Harto lo sé, señora mia, dijo el estudiante: y porque sé que mujer sois, y huir os he visto espantada de la riña, no he ayudado al que os acompañaba, y tras vos me he venido, temeroso de que, sola y espantada, fuéseis á dar en un peligro mayor que aquel de que huíais: que hora es esta de que no anden por la calle gentes pacíficas, sino rondadores y pícaros.

—Yo no sé si debo ó no fiarme de vos, dijo la dama; pero cortés sois, bien nacido y bien criado pareceisme, y á vos me confio.

—Pues si asida del brazo de aquel señor íbais, dijo el bachiller, bien podeis asiros del mio, señora, que no os habeis engañado cuando habeis dicho que bien nacido os parezco y bien criado; y yo os afirmo que por muy alta que sea la persona que os acompañaba, ni en nobleza cederle puedo, ni en corazon alentado, ni en voluntad á todo por vos dispuesta, en cuanto sea menester ampararos y serviros.

[1] Despues, del Burro, y hoy de la Colegiata: por aquel tiempo, San Isidro acababa de fundarse por la emperatriz doña María de Austria.

Y al decir estas palabras, le temblaba la voz al bachiller, no con el temblor del novicio que con una mujer que le enamora habla, sino con el temblor del sobresalto de quien, como él, se habia encantado al conocer á doña Magdalena, no habia dejado, desde que la vió hasta el punto en que llegó á hablarla, de pensar en ella, y habia llegado hasta la licencia, disculpable en un mozo, de hacerse una mira, por la cual pudiera contemplarla á su placer, dentro de su aposento y descuidada.

—Pareceisme más y más comedido, y más y más cortés, dijo ella; y como aun estoy temblando, y casi no puedo tenerme en pié de miedo, vuestro brazo acepto: y vámonos hácia la calle del Almendro, donde está el palacio del Nuncio, y vos me hareis la merced de llamar, y de preguntar si monseñor Aquaviva se encuentra allí.

—No me habia engañado yo, dijo para sí el bachiller, que el Nuncio del Papa era el acompañante de esta divinidad humana.

Y los celos le acometieron de nuevo y el despecho, y una oleada de sangre subió de su corazon á su cabeza.

Luego añadió en voz alta:

—¿Y no os parece, señora mia, que volvamos sobre nuestros pasos, que tal vez en el camino encontremos al que os acompañaba? que yo tengo para mí, por la bravura con que embestia á aquellos pícaros, que ha debido salir con bien del lance.

—Sea como vos querais, dijo doña Magdalena; que no sé por qué yendo con vos nada temo.

Y tras estas palabras, doña Magdalena y el bachiller se pusieron en demanda de la plazuela de los Remedios.

CAPÍTULO IV.

De como el bachiller tuvo por un muy buen augurio para su amor, el que la hermosa morena fuese caritativa.

Tomaron hácia la calle de Toledo el bachiller y doña Magdalena.

Él callaba, sobrecogido por la situacion, por aquella dichosa situacion que no habia esperado, que tanto sobrecogen el contento súbito, como el espanto imprevisto; y ella temblaba, que harto claro lo revelaba su convulso brazo, que en otro brazo del bachiller se apoyaba.

Ella sentia algo extraño en su alma; algo que la hacia gozar y sufrir; algo misterioso que no habia sentido hasta entónces.

Andaban en paso lento.

No parecia sino que entrambos temian volver á encontrar demasiado pronto al cardenal Aquaviva.

Pero á ambos les aquejaba un deseo.

A él, el de decir á la hermosa morena cuánto en ella habia pensado, cuánto por ella se habia afanado; á ella, la ansiedad por oir lo que aquel nuevo compañero suyo queria, necesitaba, de seguro decirla.

Pero como la mujer, cuando está impresionada, es impaciente, y tiene el arte de provocar la conversacion que desea, y el bachiller no hablaba, por ese miedo que siempre acompaña á las grandes conmociones de los sentidos, ella, venciendo su vacilacion, le dijo:

—Es verdaderamente maravilloso, señor, el que estando tan oscuro, y habiéndome visto de léjos, hayais sacado por mi bulto que yo era una mujer.

—Díjomelo, contestó el estudiante, la celeste ambrosía de la hermosura que de vos fluye, señora: olor dióme á divinidad, y como nada hay en la tierra que tanto á la divinidad se semeje como la beldad de la mujer, mujer sentí en vos, y de tal manera hermosa, que en deseos ardo de conoceros, de ver punto por punto las perfecciones de vuestro rostro, que estoy seguro serán tales, que en él me encuentre con que jamás ví una tal maravilla, un tal trasunto de la belleza empírea y sobrenatural; y si mi linterna no me desenganché, y abrí, y con su luz no disipé las sombras que la luz de vuestra belleza envuelven y ocultan, fué á un tiempo por respeto y por cortesía.

Callóse doña Magdalena, y algunos instantes continuó su silencio, porque no sabia qué contestar á aquella sarta de requiebros que el bachiller la habia echado encima, y con la forma ampulosa é hiperbólica que estaba en uso en aquellos tiempos.

Pero algo habia que responder que viniera á cuento, y que fuese honesto, y por honesto reservado, y al fin dijo:

—Pues si de vuestra linterna os ayudárais, sólo un negro y cumplido antifaz hubiérais encontrado, y no esa hermosura que tan á bulto suponeis en mí, porque así sin duda lo habeis soñado, ó porque sois uno de esos galanteadores, que enconfitan á requiebros y á ternezas á las mujeres, aunque sean más feas y más pavorosas que la noche en que nos encontramos.

El bachiller no queria decirla que la conocia, que en la posada la habia visto cuando á la posada llegó; que despues, y hacia poco tiempo, por un agujero de un tabique la habia contemplado; que, en fin, la habia seguido á caso hecho.

Esto hubiera sido una torpeza.

Aquella divina criatura tal vez se hubiera ofendido, y el escolar no queria que contra él se ofendiera doña Magdalena; así es que dijo:

—De tal manera, señora, se ha hecho en mí el efecto de vuestros encantos, que sin haberlos visto los he adivinado; adivinándolos, los he sentido, y sintién-

dolos, á tal punto, por ser tantos, he llegado, que dígoos que más no se puede sufrir, ni más se puede gozar, ni más se puede esperar, ni más se puede temer, que lo que, aun sin haberos visto, por vos sufro, y gozo, y espero y temo.

—Tiempo tenemos para conocernos, dijo ella confusa y con la voz turbada, y entónces vereis si habeis tenido razon para por mí sufrir, y gozar, y esperar, y temer, ántes de conocerme: pero, apretemos el paso, que harto lento le llevamos, y veamos si podemos encontrar á monseñor Aquaviva.

Llegaban entónces á la embocadura de la calle de San Isidro, y aun que ésta era tortuosa, desde su comienzo se veia su fin, que era la plazuela de los Remedios, entre las calles de Cosme de Médicis y de el Campanario, en un sentido, y entre la de Cosme de Médicis y la de los Remedios en otro.

En el lugar en que habian quedado riñendo, y con un muerto ya por resultas de la riña, el cardenal Aquaviva y los cuatro rondadores, se veian luces intermitentes, que tan pronto aparecian como se perdian en la sombra, y por intervalos al turbio resplandor de aquellas luces se veian negras sombras de ministros de justicia, que iban y venian, y se inclinaban como reconociendo dos bultos que se veian por tierra.

Habia sin duda sobrevenido una ronda que habia puesto fin á la sangrienta riña.

¿Pero habia sido herido, muerto, ó preso ó desaparecido el cardenal Aquaviva?

Esto era lo que no podia saberse sin aproximarse.

Comunicó su parecer con doña Magdalena el estudiante: y este parecer fué que si en tan gran estimacion no tenia al cardenal, que á riesgo de todo enterarse de su paradero quisiese, pasar debian de largo, y dar con un rodeo tiempo al tiempo, y volver á la plazuela de los Remedios cuando fuese oportuno, y buscar la manera de saber lo que hubiese acontecido.

No era en verdad prudente, que en aquella hora y en el lugar en que habia habido una riña, de resultas de la cual habian quedado dos hombres por tierra, se presentara asida del brazo de un estudiante, una mujer disfrazada de hombre: pero más que la prudencia se notaba en las palabras del bachiller el deseo de continuar al lado, vagando libremente por las tenebrosas calles, de una mujer que le enamoraba, y con la cual su buena, aunque no sabemos si mala estrella, y él mismo no se atrevia á determinar esto, le habia llevado á una dichosa, ó una funesta aventura, con la señora de sus pensamientos.

Por prudencia ó por miedo, y tal vez por el mismo deseo que el estudiante tenia de que aquella aventura prosiguiese, ella dijo:

—Récia cosa seria en mí y tan negra que en ello pensar no quiero, el que la justicia me entrecogiese y me prendiese: que de esto podrian resultar tales cosas que fueran para mí una gran desdicha: y por otra parte no me importa tanto el cardenal Aquaviva que si le han matado llore, y si le han preso me impaciente: que si habeis creido que por una aventura de amor con él iba yo por estas tenebrosas calles, os habeis engañado, como engañado os habeis en gran manera, si habeis creido que yo soy una mujer de aventuras y de poco más ó ménos: que la

primera aventura que me ha acontecido en mi vida, es la en que ahora me encuentro, bien sin culpa mia, acompañada de un hombre á quien no conozco, pero en cuya hidalga lealtad creo: y sabed, y esto os lo digo no más que para que os mantengais para mí en el respeto que hasta ahora me habeis mostrado, que yo soy una principal dama, y doncella, honesta, que aun no ama, ni aun en el amor piensa, ni creo fácil que en amores caiga con ningun hombre: y despues de advertiros esto, y para que no os llameis engañado, si en algo de vuestra hidalguía os olvidáreis y yo os lo echare en cara, guiad vos por donde querais, y demos tiempo para volver al lugar de la riña, cuando ya no hubiere peligro de dar en las manos de la justicia.

Alentóse el bachiller, porque harto claro conoció que ella tenia más deseos que él, si esto era posible, de que permaneciesen juntos, y tomó con ella por la calle de Toledo hácia el Hospital de la Latina, llamada asi por haberla fundado en 1499 doña Beatriz Galindo, sobrenombrada, por el mucho latin que sabia, la *Latina,* y que fué dama de la reina doña Isabel la Católica, ó más bien su maestra de latin.

Habia por aquellos tiempos en los vestíbulos de la mayor parte de las iglesias, y á poca altura, para que pudiese alcanzarse á él, un cajon, y sobre él un nicho en que se veia una imágen, generalmente de Nuestra Señora, madre piadosa de desamparados y afligidos, y un farol que la imágen alumbraba.

Sobre el cajon, y en el muro, se veia una leyenda que el farol iluminaba de noche, y que decia: «Para los niños expósitos de Nuestra Señora;» y al lado del cajon habia un cepo para limosna.

Estos cajones suplian rudamente á la Inclusa, que no existió hasta el año 1572, en que la fundó en la calle del Cármen, la Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad de la Victoria.

Estos cajones eran conmovedores, y como en aquellos tiempos abundaban las personas piadosas, y por lo tanto, caritativas, el cepo de los expósitos estaba siempre henchido de moneda de vellon, entre la cual solia caer alguna gruesa de plata ú oro.

En el pórtico de San Isidro, no de la iglesia, sino de la casa conventual á ella adherida, habia uno de estos cajones.

El viento balanceaba el farol que alumbraba una imágen de Nuestra Señora de la Buena Esperanza, que en el fondo de un no mal retablo de mármol, tras nna reja y un cierre de cristales se veia, que los Jesuitas eran bastante ricos para no tener de una manera decente, y aun lujosa en la calle, á la Santa Madre del Verbo Encarnado.

Sea dicho de paso; por lo mismo que los Jesuitas eran ricos, y habian sabido hacerse una gran loa de virtud, de caridad y aun de sabiduría, la mayor parte de las desdichadas que por una razon de honor, ó de desventura, como castigo de su falta ó consecuencia de su desdicha, se veian obligadas á abandonar á sus hijos, los ponian bajo el amparo de los Padres de la Compañía de Jesús, que tenian por residencia en Madrid, entónces, el Colegio Imperial de San Isidro.

Y tenian razon para elegir para protectores de sus hijos, á los hijos de San Ig-

nacio de Loyola, porque éstos, para cada expósito que sobrevenia, tenian preparada una robusta y honrada aldeana de las cercanías de Madrid, á la que se atendia bastantemente, para que de una manera cumplida cuidase, en su pueblo, al pobre huérfano, que la desgracia ó tal vez el crímen, habian dejado en el cajon del Colegio Imperial.

En el momento en que doña Magdalena y el bachiller iban á tomar el lado derecho de la calle, ya cerca de la plaza del Mercado (hoy de la Cebada, y con un nuevo mercado de hierro á la moderna) vieron que por la calle del Rastro, (hoy de los Estudios de San Isidro), aparecia una sombra alta y escueta, ya muy cerca del cajon de los expósitos.

El farol que alumbraba la imágen, habia denunciado esta sombra.

Llevaba en los brazos un pequeño bulto.

Se oia además un débil vagido.

Indudablemente iba á dejar una pobre criatura en el cajon de los expósitos.

Ambos, doña Magdalena y el bachiller, concibieron un mismo pensamiento.

El de atrapar á aquella sombra negra que con un reciennacido se acercaba al cajon.

—¡Ah! exclamó doña Magdalena: vamos allá, cojamos si podemos á la que esa criatura trae: debe ser una persona ruin, y tal vez pagándola podamos hacer que nos diga algo que más adelante pueda ser bueno para esa pobre criatura.

—¡Ah! ¡bendita seais vos que sois caritativa! exclamó el bachiller.

Y estrechó con su brazo, contra su pecho, el brazo de doña Magdalena.

—Pero esperemos, señora, continuó, á que esa mujer deje la criatura en el cajon: detengámonos, y peguémonos á la pared, á fin de que no repare en nosotros.

Hiciéronlo asi, y la negra sombra, que al llegar cerca del cajon se habia detenido y mirado en torno suyo, para cerciorarse de que la calle estaba desierta, llegó al fin al cajon y puso en él el bulto que en los brazos llevaba.

Entónces se oyó un vagido más fuerte, más desconsolador.

No parecia sino que aquel tierno sér, presentia que se le abandonaba cuando aun no podia presentir.

Inmediatamente la sombra negra se separó del cajon y partió apresuradamente por la calle del Rastro.

—Vos á esa bruja, exclamó entónces doña Magdalena desasiéndose del brazo del bachiller: yo á la criatura: bajo mi amparo la pongo, yo seré su madre.

El bachiller no contestó por no perder tiempo, y se lanzó tras la sombra vaga que ya se confundia casi entre las sombras.

Doña Magdalena corrió desalada al cajon.

—¡Ah! ¡buen agüero! exclamó el bachiller: ¡mi amor empieza con una obra de caridad de la diosa de mi amor!

Y él forzó la carrera, miéntras doña Magdalena sacaba del cajon de los expósitos á la criatura, y la examinaba.

La perseguida notó que se la perseguia y corrió.

Apénas si el bachiller la veia.

Pero le servia para no perderla el ruido de sus pasos.

Al fin la alcanzó cuando llegaba al Rastro.

—No os asusteis, la dijo el estudiante: ningun daño se os hará: por el contrario, se os hará merced de algo que no os descontentará.

—¿No sois vos de los Cañizares? dijo una voz vieja, desdentada, temblona.

—No, ni los conozco, dijo el bachiller: soy una persona que con una dama por aquí pasaba: esa señora quiere amparar á esa pobre criatura y saber de ella lo que sea posible.

—Pareceisme de buena alma y os sigo, dijo aquella mujer, pero no me entretengais demasiado, que pudieran sospechar de mí, y muy mal entónces lo pasara.

—Perded el cuidado, dijo el estudiante, y venid donde espera esa señora, que tal vez habeis encontrado para vuestro bien.

Y la vieja y el estudiante volvieron y encontraron junto al cajon de los expósitos á doña Magdalena, que á la luz del farol continuaba examinando á la criatura.

CAPÍTULO V.

En que se vé en qué aventura fué á parar la aventura en que se habia metido el bachiller.

Niña parecia á primera vista la criatura.

Estaba en muy ricas envolturas, y bajo la primera de ellas, en el pecho, doña Magdalena habia encontrado una medalla de oro con una cruz de Santiago en esmalte, y envuelta en un papel en que habia leido:

10 *de noviembre de* 1568.—*No está bautizada.*—*Póngasela por nombres María de los Dolores.*—*Guárdesela para su desventurada madre.*

La aventura crecia enormemente para doña Magdalena en interés.

Cuando llegó con la dueña, que dueña parecia y de casa grande aquella vieja alta y seca, al lugar donde doña Magdalena, examinando aun á la criatura se encontraba, el bachiller miró con ansia, pero no á la niña, sino á doña Magdalena.

Ésta permanecia con el antifaz sobre el rostro.

—De noble y rica persona viene esta niña, dijo doña Magdalena, segun lo veo por las prendas que sobre ella he encontrado.

—De tan noble casa, dijo la dueña, que no sabeis lo que haceis, impidiendo que bajo el amparo de los Padres de la Compañía de Jesús esta niña quede; que ellos la criáran, y las prendas guardáran, y vos podreis morir, ó encontraros con

sucesos que cuidar de esta criatura os impidan, y tal vez andando el tiempo, lo que ahora es una caridad vuestra, sea para esa desventurada una desdicha.

—¿Y quién os ha dicho, exclamó con indignacion y con voluntariedad doña Magdalena, que en lo que queda de noche, y con el frio, no se hiele esta criatura? ¿Ni quién que cualquier pícaro no se la lleve, ó en fin, que no acontezca tal cosa, en la cual esta sin ventura perezca?

—No hay nadie tan malvado, dijo la dueña, que toque á una criatura puesta bajo el amparo de María Santísima; y en cuanto al frio, de hora en hora sale, á ver si hay criatura en el cajon, un celador que durante la noche tienen para este efecto los Padres de la Compañía.

—Buena razon para que yo escape cuanto ántes con mi hija, nò sea que el celador salga, dijo doña Magdalena.

Y dió á correr por la calle de Toledo arriba, hácia la plaza Mayor, con la niña en los brazos.

—Sigámosla, señor estudiante, exclámó la dueña, que ya á la luz del farol habia visto las bayetas, el bonete y la rosa de la facultad de filosofía y letras humanas que el bonete tenia; sigámosla, que esa señora parece tener la cabeza algo ligera, aun que llena de buenos sentimientos, y no sabeis vos el mal que puede sobrevenir.

Y ambos siguieron á doña Magdalena, y la alcanzaron.

Estaban ya léjos del Colegio Imperial.

Muy cerca de la plaza.

—Veamos, dijo doña Magdalena, si ese anillo os viene, dueña; y sabed que vale, mal vendido, trescientos ducados.

Tomóle la dueña.

Era práctica, y por el solo tacto conoció que la joya era rica.

—¿Y me tomareis vos á vuestro servicio, señora, si os sigo y os cuento, contando con vuestra discrecion, una historia que os espantará?

—De molde vendríaisme, dijo doña Magdalena, porque mi dueña murióse no há quince dias; y otra necesitaba.

—Pues dueña tendreis en mí como no hay otra en el universo mundo, y no os arrepentireis; pero dejadme que á casa de mis señores, que son muy poderosos, vuelva; que si presto no vuelvo, me iria la vida.

—¿Y dónde habremos de volver á vernos, y cuándo?

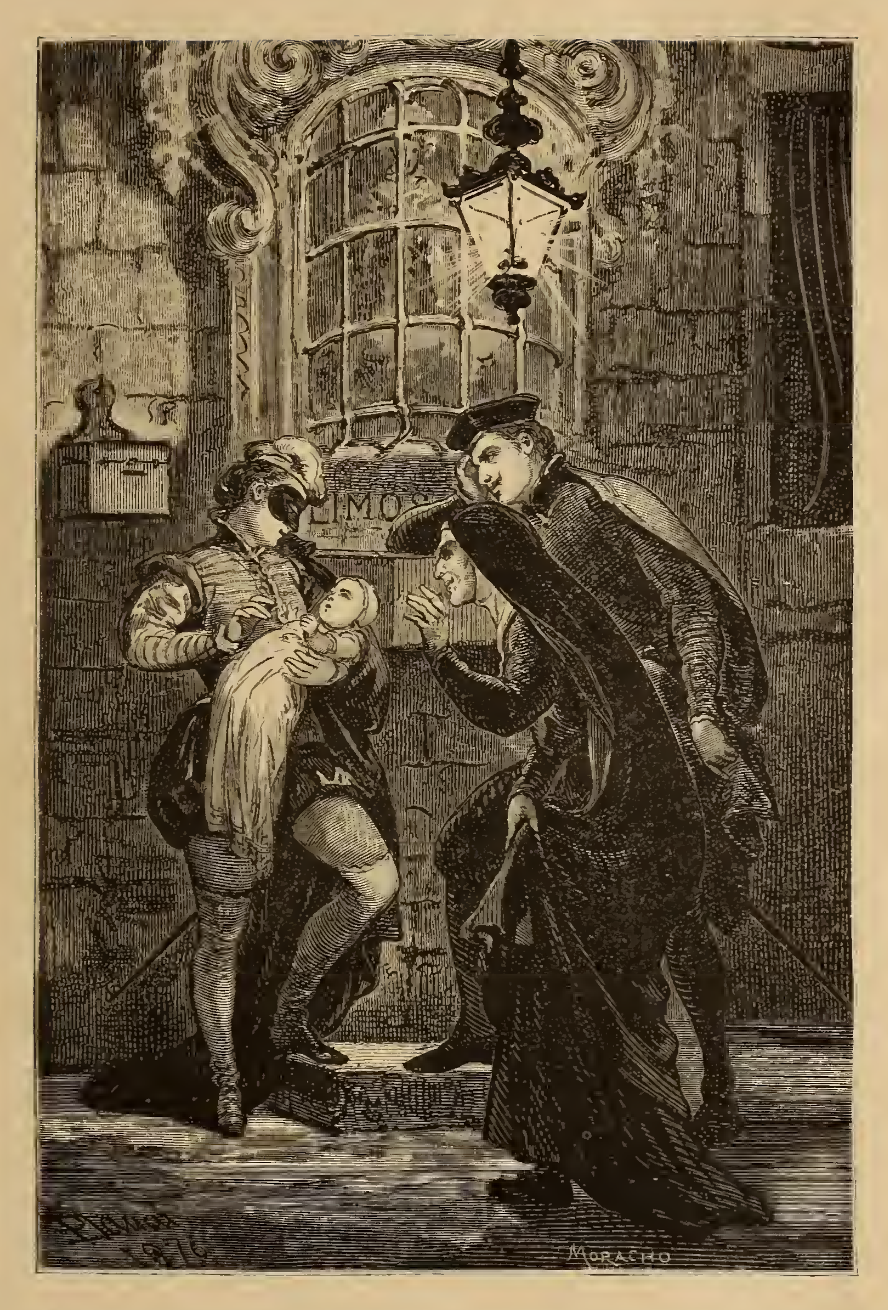
—Mañana, en misa de una, en San Ginés.

—Id con Dios; y ved que si faltais, cuenta es vuestra, y vos lo perdereis: que en cuanto á esta criatura, madre tiene ya, y buena.

—No haya miedo que falte por la cuenta que me tiene, dijo la dueña: y ahora, con vuestra licencia, quedad con Dios, mi buena señora, señor estudiante.

—Id con Dios, y hasta mañana á la una, dijo doña Magdalena.

—Tened en cuenta, por lo que conveniros pudiere, buena madre, dijo el bachiller, que en cien años que yo viva, y aun que sólo os he visto un breve espacio, no se me despintará vuestro semblante.



—No hay nadie tan malvado, dijo la dueña, que toque á una criatura puesta bajo el amparo de María Santísima.

—Quedad descuidados, señores mios, dijo la dueña, que yo no faltaré; y otra vez adios, y hasta mañana á la una en San Ginés.

Y la dueña se volvió, llevándose la rica sortija de doña Magdalena, y se alejó en paso rápido.

—Si no vuelve, mejor, dijo doña Magdalena; esta niña es hermosísima, y ya la amo.

—Amor sois toda, dijo el bachiller; y no es posible que quien alma tenga, de vos no se enamore sólo con veros.

—¿Aun que enamorado esté? dijo con un cierto acento burlon doña Magdalena: asombra ver la facilidad con que hoy los hombres se enamoran, y la lisura con que lo dicen, como si no hubiera más que creer á quien en tan poco tiempo llega á enamorarse.

—Sol divino sois, dijo el bachiller; y todo otro amor que en el alma tenga quien os conozca, reduciráse á estrella: ¿y qué estrella puede, señora, aunque la de Vénus sea, lucir, cuando se vé el esplendente sol de vuestra hermosura, que amor difunde en torno vuestro, y un amor irresistible?

—¿Y sabeis vos, dado que esas ponderaciones no me ofendan por lo que significan, dijo doña Magdalena con acento grave, si yo puedo, si yo debo, ó si yo quiero amaros? Dejemos esto, que no es ni tiempo ni ocasion de ello, y al meson de Paredes acompañadme, que por esta noche bastante hay con la aventura que me ha sobrevenido.

No supo qué contestar el bachiller.

De tal manera se habia impuesto á él doña Magdalena.

Tenia ésta en los brazos á la niña, y la acariciaba.

Continuaba con el antifaz puesto.

Tal vez lo conservaba, no por el bachiller, sino por alguno que pudiera sobrevenir y verla.

Pero á través de las aberturas del antifaz, se veia el candente brillo de sus ojos, que miraban insistentes al estudiante.

La sombra del antifaz no permitia hacerse cargo de la expresion de aquellos ojos.

Pero lanzaban fuego.

Doña Magdalena tomó el camino de la calle de San Isidro.

—No, dijo el bachiller; por ahí no, señora; ¿no conoceis que por ese camino daremos en la justicia, que sin duda está todavía en el lugar de la riña? tomemos al contrario el camino, que por la calle del Rastro daremos en la de Embajadores, y por esta, á siniestra mano, en la de la Encomienda, dejando atrás la de Toledo, y al fin en la calle y en el meson de Paredes.

—Sea como vos decís, contestó doña Magdalena, que yo, nueva soy en la corte, y sus calles no conozco.

—Asíos, pues, de mi brazo, señora, dijo el estudiante.

—No puedo, contestó doña Magdalena; que esta pobre criatura que en los brazos llevo me lo estorba; pero necesidad no hay de ello, que con que vos vayais un tanto delante y alumbrando, veré por donde voy.

Obedeció el bachiller suspirando, porque aun el separarse un tanto de su hermosísima compañera le dolia, y adelantó cuidando de iluminar bien el lodoso y encharcado suelo de aquellas malas calles desempedradas.

Continuaba lloviendo, y con más fuerza que ántes.

El frio habia crecido.

Las calles estaban completamente solitarias.

El bachiller, á causa de la delantera que habia tomado, no podia hablar con doña Magdalena.

Ésta seguia esquivando los baches que á cada paso la presentaba el desigual terreno.

Él avanzaba lentamente, siempre con su linterna inclinada al suelo, lo que producia sobre él una área luminosa, que hacia que doña Magdalena marchase con seguridad.

De tiempo en tiempo se oia un sonoro y fresco é incitante beso, que doña Magdalena daba á la niña.

Tras el beso venia un profundo suspiro.

Aquel suspiro conmovia el alma del estudiante.

¿Era aquel suspiro de doña Magdalena, por sus propios cuidados, ó por la desgracia de aquella criatura que tan generosamente habia tomado á su cargo, ó era que empezaba á oprimírsele el corazon por el bachiller?

Éste no sabia qué creer, pero el sonido de los besos de doña Magdalena y el profundo suspiro que tras ellos venia se le entraban en el alma y le enamoraban más y más.

Así llegaron hasta la mitad de la calle de la Encomienda, que era entónces mucho más estrecha que ahora, y compuesta de casas á la *malicia,* muchas de ellas de madera y del aspecto ménos tranquilizador del mundo.

No parecia sino que tras las paredes desvencijadas, tras sus puertas desencajadas se albergaba el crímen.

Habia, además, algunos soportales súcios, sostenidos por viejos piés de madera y medrosamente tenebrosos.

En fin, tenia la calle un aspecto de todo punto lúgubre y siniestro.

El bachiller adelantaba con sumo cuidado y suma atencion.

Llevaba la linterna en la mano izquierda.

Bajo el brazo derecho la espada desnuda.

Estaba, pues, pronto para cualquier lance.

Le tardaba, no sabia porqué, aunque ya estaban muy cerca, llegar al meson.

De improviso, poco ántes de llegar á la calle del Meson de Paredes, al pasar junto á un estrecho callejon que á la izquierda habia, el bachiller se detuvo de repente.

Habia creido ver, allá en el fondo tenebroso del callejon, algo que se revolvia informe.

Como bultos de hombres.

Llegaba, además, á sus oidos, á pesar del zumbido del viento y del rumor monótono de la lluvia, como murmullo de voces.

—Pasad, pasad, señora, dijo el bachiller que se habia detenido delante de la embocadura de la callejuela: cerca está el meson; en él podeis ampararos si yo me veo empeñado en una aventura.

—¡Oh! ¡qué decís! exclamó con una voz alterada por el miedo doña Magdalena: ¿algo veis que un peligro os anuncie? ¿y cómo quereis que en peligro yo os deje?

En estas palabras de doña Magdalena, sino sonaba el amor, se descubrian una grande aficion al bachiller y un grande interés por él.

—¿Y en qué podríais ayudarme, señora, dijo el estudiante, si un peligro sobreviniera? además no debeis exponer á esa pobre criatura.

—Si el tiempo que hemos perdido deteniéndonos, dijo ella, le hubiéramos empleado, estaríamos ya en el meson.

—No se deben dejar peligros á la espalda, dijo el bachiller; ¿y sabemos acaso el tiempo que podremos estar detenidos á la puerta del meson hasta que esta se abra? Pasad, pasad, señora, y llamad.

Y al llegar á este punto, el bachiller, que no dejaba de observar el callejon, dijo con voz grave, robusta y brava:

—¡Alto allá quienes sean! ¡de aquí no han de pasar si de paz no vienen!

Y al mismo tiempo se puso rápidamente en guardia á la entrada del callejon.

Habia visto que los bultos que en su fondo habia avanzaban.

Su movimiento era muy rápido.

Muy pronto, sus espadas chocaron con la espada del estudiante, que se mantuvo firme y cerró la linterna.

Sonó un grito de terror de doña Magdalena.

Luego una voz vibrante, pero que dejaba reconocer á un hombre jóven, exclamó:

—¡No le mateis! ¡cogedle! ¡sujetadle! ¡seguid á esa dama!

—¡Ah, malsines, bellacos y cobardes que vosotros sois! exclamó el bachiller: ¡veinte contra uno! ¡pero aun así no ha de ser que os quedeis sin pagarme la costa!

Y se dejó ir con una terrible estocada á un bulto que tenia frente á sí y que parecia ser el que habia hablado.

Indudablemente aquel hombre lo hubiera pasado muy mal á no llevar coraza.

Y así debia ser, porque la espada del bachiller encontró un cuerpo durísimo, y con tal furia habia tirado el golpe, que la espada se rompió.

Al mismo tiempo el bravo bachiller se sintió cogido por detrás y con tal fuerza que no pudo libertarse.

—Metedle en la silla de manos y conducidle, dijo la misma voz que habia hablado, y que por su acento de autoridad parecia ser la del que hacia cabeza entre aquella gente.

El bachiller, al cual se habian arrebatado su espada y su linterna, fué levantado en peso.

Por el callejon se metieron.

Sin salir del callejon dieron con él en una silla de manos.

Se cerró la portezuela.

Se oyó el crugir en ella de una llave.

El estudiante estaba preso.

La silla de manos se puso en movimiento.

No se oia nada.

Nada más que el zumbar del viento entre las callejuelas, el caer de la lluvia y los sordos pasos de los que conducian la silla de manos y la escoltaban.

CAPÍTULO VI.

En que se describe la magnífica y originalísima habitacion á que el bachiller fué conducido.

La situacion en que el bachiller se encontraba era para que se diese á los diablos.

Sin duda alguna la aventura que se le habia venido encima era á causa de la hermosa morena de los ojos negros.

El bachiller no podia dudar que era buena, de que tenia tan hermosa el alma como el cuerpo, por la obra de caridad que habia practicado por aquella pobre criatura que habia arrancado del cajon de los niños expósitos.

No podia dudar tampoco que era honrada y digna, por la conducta que respecto á él mismo habia observado.

La misma gravedad de la situacion en que el bachiller se encontraba, iba cambiando más y más en amor, el enamoramiento que desde que la vió habia sentido por la hermosa morena.

Tenia celos.

Empezaba á aborrecer.

El cardenal Aquaviva era ya para él un objeto odioso.

¿Porque quién otro que el cardenal, que habia ido al meson á buscar á doña Magdalena, que habia salido con ella, y que de ella no habia sido separado más que por la riña que casualmente se le habia venido encima, podia ser el que, prevaliéndose del número de sus servidores, le habia acometido cogiéndole por la espalda, miéntras de frente se le hacia un simulacro de resistencia?

Para el bachiller, el hombre que habia dado órdenes á los que le habian preso, no era otro, no podia ser otro que el cardenal Aquaviva.

Asi, pues, el cardenal Aquaviva, debia tener un gravísimo interés por la hechicera morena.

¿Y cuál interés sino era el del amor podia sentir por ella?

Esto causaba los celos del estudiante y su odio al cardenal.

El estado de excitacion en que se encontraba era extraordinario.

Debia tener el carácter extraordinariamente irascible, porque rugia sordamente de una manera amenazadora, y se volvia contra los cielos y la tierra.

—¡Ah! decia; si ya no es tarde, sino dan fin de mí, yo me vengaré.

Y su pensamiento se iba á doña Magdalena.

¿Dónde estaria en aquellos momentos?

¿Qué la habria acontecido?

¿Pensaria ella en él como él pensaba en ella?

En una palabra, el bachiller sufria todos los tormentos de los enamorados celosos.

Pasaba el tiempo.

La silla de manos debia haber recorrido un largo espacio.

Bien es verdad que para desorientar al enamorado, sin haberse alejado mucho del punto de partida, podian haber descrito muchas vueltas.

Al fin la silla de manos se detuvo.

Se oyeron tres fuertes golpes de aldabon á una puerta.

Luego el rechinar de las hojas de aquella puerta, que debian ser muy grandes á juzgar por el ruido que habian producido al abrirse.

Pasó la silla de manos.

La puerta volvió á cerrarse con el mismo estruendo.

Se puso de nuevo en movimiento la silla.

Debieron atravesar un patio los que la conducian, porque el bachiller sintió el ruido que hacia el agua al caer por las canales, al que se unia el que producia al caer por un sumidero.

Se amenguó este ruido, como si hubieran salido del patio, y á poco la silla se detuvo.

Sonó el ruido de una pequeña llave en la portezuela que se abrió.

El bachiller vió que nada veia.

Imperaban en torno las más profundas tinieblas.

—Dadme la mano para que os guie, señor estudiante, dijo una voz de todo punto cortés, mesurada y aun con cierta dulzura: nada temais; ningun peligro correis.

El bachiller extendió su mano derecha y encontró entre la oscuridad otra mano que buscaba la suya.

Las dos manos se asieron.

El bachiller salió de la silla.

—Vamos á subir unas escaleras, le dijo el que le conducia: y ¡vive Dios, que sois valiente! no os tiembla la mano.

—¿Y por qué he de temblar? dijo el estudiante: sabed que los de mi casta no

tiemblan ante nada; ni aun ante lo más crudo que puede acontecer á un sér viviente, que es morirse; á más de esto, yo me desvivo por las aventuras, y me entretiene el esperar en qué vendrá á parar la en que me encuentro metido.

—No puede acabar sino en mucho bien para vos, dijo el que le guiaba: pero mirad; ya han acabado las escaleras y vamos á andar á pié llano: así es vuestra aventura: tened por seguro que lo áspero que en ella ha habido para vos ha pasado ya.

—¿Será este el mismo cardenal Aquaviva? dijo para sí el estudiante: pero no, el cardenal debe de haberse quedado con ella: sin embargo este hombre que me conduce, tiene la mano suave y fresca y tan delicada como la de una dama.

—Vamos á entrar en la habitacion donde habeis de permanecer algun tiempo, ó donde tal vez permanecereis mucho, dijo el que conducia al estudiante: todo consistirá en vos; acaso habeis hecho vuestra fortuna.

Sonó una llave.

Rechinó una puerta.

Entraron.

Junto á la puerta aun, el otro dijo:

—Tomad.

—¿Qué me dais? preguntó el estudiante.

—Vuestra propia linterna, respondió el otro: con ella podreis encender las bujías que encontrareis en el aposento: si necesitarais algo, llamad: campanilla hay.

Tomó la linterna el estudiante, y en el mismo punto en que la tuvo en la mano la abrió.

Pero por pronto que esto fué hecho, cuando revolvió en torno la luz el bachiller, se encontró con que estaba en una grande y magnífica cámara.

Pero en esta cámara no habia nadie.

La puerta habia sonado al cerrarse.

Habia crugido la llave en la cerradura.

La persona que hasta allí le habia conducido habia desaparecido.

Los piés del bachiller se hundian en una muelle alfombra.

Las paredes estaban cubiertas de ricas tapicerías de Flandes.

A no tener tan presente y de una manera tan apasionada á la bella morena el bachiller, á no sentir celos á causa de ella, se hubiera encontrado lo más contento del mundo.

Sin embargo de su cuidado, ó tal vez por su cuidado mismo, quiso conocer mejor el aposento en que se encontraba.

La linterna no iluminaba más que la parte á donde iba á caer su área luminosa, y esta parte aparecia siempre fantástica é incompleta en medio de sombras.

Buscó las bujías de que le habia hablado el hombre que hasta allí le habia conducido.

Las halló en dos grandes candelabros de metal dorado y cincelado, cada uno de los cuales tenia seis brazos en torno, y uno más alto en el centro, que estaban sobre una magnífica consola de mosáico.

El bachiller sacó el cabo de vela de su linterna, y no se anduvo en cortedades.

Encendió las catorce bujías, que eran de cera color de rosa y perfumadas, puesto que cuando hubieron ardido algo, difundieron un suave y fresco olor.

La cámara apareció en toda su grandiosidad; en todos sus detalles.

Era de una extension enorme.

A lo ménos de diez metros de lado, y perfectamente cuadrada.

Las paredes se alzaban en tres cuerpos de decoracion.

En el inferior estaban las puertas, los balcones, y en los entrepaños, entre pilastras doradas, la tapicería que, como hemos dicho, era de Flandes y riquísima.

Habia una puerta en el centro de cada lado, pero la una de ellas era mucho mayor que las otras tres, y estaba con mucha más riqueza decorada.

Era sin duda una puerta de balcon.

A ambos lados de esta puerta, que tenia cubierto su cerco por una ostentosa cortina doble de brocado, habia una magnífica consola de mosáico con candelabros, como ya se ha dicho; entre los candelabros un busto de mármol, y desde la consola al friso, un gigantesco espejo de Venecia, con un riquísimo marco de ébano con incrustaciones y sobrepuestos, del gusto del Renacimiento, en plata cincelada.

Los candelabros cuyas bujías el bachiller habia encendido, pertenecian á la consola situada á la derecha del pórtico del balcon.

¿Por qué el bachiller no habia de encender tambien las bujías de los candelabros de la otra consola?

Encendiólas pues.

El busto de mármol que en la consola de la derecha habia, representaba al Papa Pio V.

El que habia en la de la izquierda, era un magnífico Ecce-Homo, que tenia completamente el sello de Miguel Ángel.

En los cortinajes del pórtico del balcon, se veia, de una manera doble, sobre las llaves cruzadas de San Pedro, la tiara, con su triple corona.

Esto es: las armas Pontificias.

En los dos lados de las otras puertas, habia canapés y sillones dorados, con terciopelo rojo: en los ángulos, sobre pedestales de pórfido pardo, de una bellísima ejecucion, se veian las estátuas doradas de los cuatro evangelistas.

Los asuntos que representaban los tapices que decoraban los entrepaños del primer cuerpo de decoracion, eran pasajes del *Nuevo Testamento:* en el segundo cuerpo, que era una sucesion de cuadros en tabla, en recuadros ornamentados, se veian los pasajes más importantes del *Viejo Testamento;* Moisés bajando del Sinaí con las tablas de la ley; el sacrificio de Isaac por Abraham; Moises haciendo brotar el agua de una roca; la escala de Jacob; los murallas de Jericó, cayendo desplomadas ante el Arca Santa, al estruendo de las trompetas de Josué; Elías arrebatado al cielo; Judith descabezando á Holofernes, etc.

El tercer cuerpo le constituian, el magnífico friso en que, en pechinas, esta-

ban representados los bustos del Salvador, su Santa Madre, San Juan Bautista, el Apostolado, las tres virtudes teologales, y las cuatro cardinales.

Corria encima un cornisamento, y en él se asentaba un artesonado con rosetones, en cuyos huecos aparecian tambien figuras bíblicas.

En fin del roseton pendia una magnífica araña, sobrecargada de más de cien bujías, que tambien hubiera encendido el bachiller, como las de las arandelas que se veian de trecho en trecho sobre el primer cuerpo, si le hubiera sido posible encenderlas.

Últimamente, en el centro de esta magnífica cámara, donde se habia aunado el lujo con los símbolos del cristianismo, habia, sobre un pié de bronce dorado, un gran velador de mosáico, en el que se veia en el centro una estátua de marfil de la Fé, y en derredor de ella libros *in folio,* ricamente encuadernados.

No podia darse más ostentacion.

Aquello asombraba, aturdia, y hacia caer sobre el que lo contemplaba, apesar del lujo, de los dorados, de la forma mundana, todo el efecto espiritual y sombrío del ascetismo cristiano.

No habia duda para el bachiller.

La cámara en que se encontraba pertenecia á un palacio.

Este palacio, por los emblemas que en la cámara se veian, y por las armas pontificias que aparecian en las dos cortinas del pórtico del balcon, no podia ser otro que el de la Nunciatura Apostólica.

¿Por qué, pues, se habia llevado hasta él, con los ojos vendados, al estudiante?

Esta habia sido, pues, una precaucion inútil.

O tal vez, á pesar del carácter de aquella cámara, y del blason pontificio, no pertenecia al palacio de la Nunciatura.

El bachiller se metia más y más en confusiones.

Pero á pesar de ellas, no se le iba de la memoria la hermosa morena de los ojos negros.

No se le salian del corazon los celos que por ella sentia, á causa del cardenal Aquaviva.

Necesitó reconocer más.

Se fué á la puerta del balcon y la abrió.

Miró al exterior.

A pesar de que la noche era oscura, y de que la neblina y la lluvia la oscurecian más y más, no pudo ménos de conocer que aquel balcon no daba ni á la estrecha calle del Nuncio, ni á un patio.

Habia un gran espacio.

Era, sin duda, un extenso jardin.

El bachiller ignoraba si tenia jardin ó no, el palacio de la Nunciatura.

Pero recapacitando, midiendo con la imaginacion el espacio que aquel palacio ocupaba en la villa, se deducia harto claro, á pesar de lo oscuro, que aquel palacio no podia tener un jardin ó huerto, tan grande como el espacio que sentia ante sí el estudiante.

Sin duda alguna, aquella egrégia cámara pertenecia á otro edificio.

Cerró el balcon el bachiller, y bien á tiempo, porque el aire se habia hecho infinitamente más frio; hasta lo insoportable.

Se fué á la puerta situada frente al balcon.

La halló fuertemente cerrada.

Pero no aconteció lo mismo respecto á la de la derecha, que cedió á la mano del bachiller.

Entró.

Se encontró en una cámara cuadrada, de medianas dimensiones, y de la mitad de la altura de la cámara.

Se veia allí, á causa del fuerte reflejo de una chimenea encendida.

Al descubrirla el bachiller, no pensó en otra cosa que en calentarse.

Se sentó junto á la chimenea, en un rico y comodísimo sillon, forrado todo de pieles.

— No hay en el mundo, para cuidarse, gente como la de iglesia, dijo el estudiante; y si yo supiera que habia de llegar á cardenal, ó cuando no, por lo ménos á obispo, á clérigo me echaba; pero... ¡ bah !... ¡ no !... letras pueden entrarse en la Iglesia, pero no pueden entrarse armas: ¡oh! ¡no! ¡armas y letras juntas ! ser lo que ha sabido ser don Alonso de Ercilla y Zúñiga: soldado de Cristo, y cantor de la Araucana. ¡ Cuánta gloria ! ¡ oh ! ¡ y si yo llegara á ser lo que hoy es ya don Alonso ! ...

Y el bachiller suspiró.

El génio es siempre modesto.

Más que modesto aun, cuando no se ha probado, cobarde.

Cree que no puede llegar hasta allí donde, habiendo llegado, pasa adelante con una inmensa ventaja.

Desde su sillon, y aspirando con delicia el calor de la chimenea, el bachiller registró con los ojos la habitacion en que se encontraba.

Las paredes estaban cubiertas por paños de púrpura.

Otro paño de púrpura, sujeto en los ángulos, pendia de ellos formando el techo.

De púrpura era la alfombra.

En un ángulo, sobre un estrado alto ó tarima, habia un lecho dorado, con las colgaduras así mismo de púrpura.

En el otro costado, frente al lecho, habia un rico reclinatorio; pendiente de él, un gran rosario de oro y ágata; sobre él, bajo un doselete de terciopelo, un precioso crucifijo de marfil.

Una lámpara de plata puesta sobre el reclinatorio, alumbraba el Cristo con una luz opaca.

Sobre la chimenea habia candelabros; una imágen de la Vírgen, á la manera italiana; esto es: una Santa Madonna, y en el muro, una tabla que representaba el Sacro Colegio existente, presidido por el Papa Pio V.

Sillones y canapés dorados y revestidos de púrpura, orlaban el friso de las pa-

redes, y junto al lecho aparecia una preciosa mesa de noche, sobre la cual habia un breviario, y una palmatoria de plata con una bujía.

—Pues no hay que andar más en dudas, dijo el bachiller; estoy en la egrégia vivienda que en Madrid tiene el cardenal Aquaviva: la aventura no puede ser más extremada: y se me ha dicho que si necesito algo, que llame, que campanilla hay. Pues sí que necesito: necesito, más que nada, conocer aquí á álguien.

Y como ya habia entrado bastantemente en calor, se levantó y buscó el cordon de la campanilla.

Hallóle á la derecha de la chimenea.

Tiró de él, pero con timidez.

Esperó, y pasó un gran rato sin que apareciera nadie.

Sin duda no habia sonado la campanilla.

Tiró con más fuerza.

Pasó algun tiempo.

Iba á llamar con más fuerza el estudiante, cuando sintió el ruido de una puerta que se abria.

Esperó, y á poco entró una mujer.

Aquella mujer era muy jóven y muy hermosa.

Llevaba tocas, y sin embargo, no era monja.

CAPÍTULO VII.

De la extraordinaria aventura que aconteció al estudiante, en la casa á que habia sido conducido; y quién era, y de dónde venia.

La bellísima jóven que acababa de aparecer, se sorprendió cuando encontró allí al estudiante.

Esperaba sin duda encontrar á otra persona.

Hizo un movimiento como para retirarse.

El bachiller se levantó, y la saludó cortesmente.

—Perdonad, dijo ella; pero vos debeis ser amigo de monseñor.

Su voz, aunque dulce é insinuante, tenia un marcadísimo acento extranjero.

A lo que se veia, no se habia cuidado de guardar un misterio, ó habia habido un olvido.

Porque si se le hablaba de *monseñor,* ¿para qué se le habia llevado allí en una silla de manos cerrada, como quien dice, con los ojos vendados?

¿Por qué se le habia hecho pasar por espacios oscuros, en los cuales sin duda se habian apagado con intencion las luces?

Pero el que le habia conducido allí, le habia dicho que si necesitaba algo podia llamar.

La jóven que se habia presentado al repetido llamamiento del bachiller, estaba muy léjos de ser una criada.

Habia en ella, además de una belleza extraordinaria, distinguida, favorecida, por decirlo así, en su desarrollo, por una gran educacion, una altivez de todo punto indudable.

Se trataba, esto no podia dudarse, de una dama que vestia hábito, y tocas que no eran de monja, que favorecian la extremada belleza de su semblante, pero á las que, para ser tocas de monja, les faltaba muy poco.

No llevaba tampoco rosario.

Ni aun siquiera una pequeña camándula.

Además, por debajo de sus tocas aparecian, cayendo sobre su seno, y prolongándose hasta más abajo de sus rodillas, dos gruesas trenzas doradas, que representaban un tesoro de cabellos.

Era alta y esbelta.

Sus ojos garzos, pero de un garzo intenso, tenian la misma fuerza que si hubiesen sido negros.

Era blanca, muy blanca, pero con esa blancura mate, densa, sensual de las meridionales, que parece un tanto quemada, por decirlo así, por el fuego de la sangre.

Si el bachiller no hubiese estado tan profundamente impresionado por su hermosa morena de los ojos negros, se hubiera estremecido ante la hermosura ideal que acababa de presentársele, y de una manera tan extraña, en la habitacion de un cardenal, en la que estaba representado por todas partes el catolicismo, aun que con una forma y un lujo de todo punto mundanos, y ella afectando en su traje algo de religiosa, que sin embargo favorecia su hermosura, y la hacia más sensual.

Habia, además, en ella, algo de excepcional.

Al reparar en la cortesanía con que el bachiller se levantó y la saludó, quitándose su bonete, la hermosa jóven pasó de la primera expresion de extrañeza, á una expresion de curiosidad.

—No conozco á monseñor, señora, dijo el bachiller respondiendo á la pregunta de la jóven, sino un tanto de oidas, y muy poco de vista; digo, si monseñor es, como yo creo, monseñor Aquaviva.

—Sí por cierto; monseñor Julio Aquaviva, respondió la jóven; y si yo os pregunto si sois amigo de mi hermano, es porque mi hermano gusta mucho de la gente de letras, y vos, á lo que me parece, sois estudiante.

Se iba acercando más y más, perdido ya todo recelo, la hermosísima jóven.

—Sí, mi señora, dijo el bachiller con rendimiento; he cursado en las aulas de Salamanca y de Alcalá, y bachiller en filosofía y letras humanas soy, para servi-

ros. Mirad en mí, señora, un humilde y rendido servidor vuestro y criado.

La jóven adelantó aun más, y se sentó en el sillon que, colocado frente á la chimenea, estaba frente á aquel que habia ocupado el bachiller.

— Sentaos, dijo con lisura, pero con una lisura que no excluia una especie de majestad.

— Perdonad, señora, dijo el estudiante; pero yo me haria una grande fuerza si ante vos me sentara; que vos sois una princesa, y yo no más que un pobre hidalgo.

— Patricia romana, dijo ella; y en cuanto á vos, para ser príncipe y aun rey, os basta con ser español. Sentaos; yo os lo suplico.

— Vuelvo á pediros perdon, señora; ante vos estoy muy bien de pié, y no me cumple estar de otra manera.

— Ya sabemos las damas italianas, dijo la jóven, hasta qué punto sois galantes los caballeros españoles: y bien, si no basta que yo suplique que os senteis, yo os lo mando.

— Obedezco pues, señora, dijo el estudiante, y se sentó.

Pero permaneciendo en una actitud respetuosa, y con el bonete en la mano.

Ella le tomó el bonete y lo puso sobre la chimenea.

Esto era ya un demasiadamente buen acogimiento.

La hermana de monseñor Aquaviva le trataba ni más ni ménos que como hubiera tratado á un antiguo conocido.

Él no se atrevia á insistir en mirarla, por no parecer grosero.

Pero ella le miraba de una manera insistente y fija.

Sin embargo, no habia nada en ella que pudiese autorizar al bachiller á formar acerca de su manera, el más leve juicio que pudiese serla desfavorable.

— ¿Decís, continuó ella, que no conoceis á mi hermano más que de oidas, y un poco de vista? Sin embargo, si mi hermano no os estimara en gran manera, no estaríais aquí.

— Si monseñor me conoce hasta el punto de llegar á estimarme en gran manera, no sé, señora mia, á qué pueda deber esta honra.

— Vos, aunque jóven aun, debeis ser conocido en la corte.

— No han llegado mis merecimientos, señora mia, al punto que es necesario para ser conocido y estimado; que si alguna muestra he dado de mí, ha sido en unos pobres versos que hice para las exéquias de la reina doña Isabel difunta, que santa gloria haya; y esto por incitacion de mi maestro Juan Lopez de Hoyos.

— ¡ Ah, que poeta sois! exclamó ella; pues hé ahí por qué mi hermano os estima.

— Monseñor, señora, dijo el bachiller, me ha visto, á lo que yo creo, por la primera vez esta noche; y aun así, me ha visto á oscuras, que fué en la calle, y la noche es muy cerrada.

— ¿En qué aventura habeis encontrado á mi hermano, ú os ha encontrado él á vos? preguntó ya con un marcado interés ella.

— No me he obligado á guardar secreto, señora, y debo deciroslo: además,

como la mentira me repugna, porque creo que la mentira es la mayor bajeza en que puede dar un hombre honrado, voy á deciros con qué ocasion, y acreciendo las aventuras, he podido venir á parar en el lugar en que me encuentro, y á recibir la honra de conoceros y de hablar con vos.

—Decid: dijo ella reclinándose en el sillon, y mirando á través de sus párpados entreabiertos, al bachiller.

—Es necesario que yo empiece por el principio, señora, y que sepais de claro en claro, quién es la persona á quien favoreceis escuchándola.

—Antes de que empeceis, dijo ella, debo deciros que os creo muy bien nacido, muy alentado, y que á grandes cosas podeis llegar, si encuentra buen empleo vuestro aliento.

A pesar de lo lisongero de estas palabras, nada habia en la manera con que fueron pronunciadas que pudiese dar pié al estudiante para tomarse licencias.

La hermana de monseñor Aquaviva, era siempre la gran señora.

—En cuanto á lo de bien nacido, señora mia, dijo el estudiante, de tales padres vengo, que por su nobleza y su virtud, si no por su riqueza, no los pudiera desear mejores. Dos ciervos de oro en campo de gules, son el escudo de nuestras armas. La preclara estirpe de los Cervantes, de donde vengo, tuvo allá, en remotos tiempos, su raiz y orígen en Galicia, de donde pasó á Castilla, y en ella, extendióse, y dando pompa á sus nobles ramas con la memoria de las grandes hazañas de los hijos de su nobilísimo tronco. Mi familia, sin que á soberbia se me tome, que sobre todas las noblezas estimo la virtud, no tiene que envidiar esplendores á ninguna familia del mundo, por ilustre que sea.

—Bien se puede creer, dijo ella; que en vos se vé harto claramente, sólo con oiros, el reflejo de lo que fueron vuestros antepasados.

—Decís bien, señora, cuando reflejo decís, repuso el bachiller, que la nobleza pierde en gran manera su luz propia, cuando por el trascurso de los tiempos y las vicisitudes de las familias, estas familias á pobreza vienen; que el pobre, por mucho que quiera hacer, en su buena voluntad se queda, sin poder dar de ella muestras: y yo ocasion busco y la ansío, de llegar por mí mismo á la grande altura á que llegaron por sus ínclitos hechos, muchos de mis antepasados, mereciendo por esto tales mercedes de sus reyes, que ellas son nuestra ejecutoria.

Escuchaba cada vez de una manera más grata, pero siempre dentro de una rígida dignidad, la hermosa jóven al bachiller.

Éste continuó:

—Progenitores mios acompañaron al santo rey don Fernando, á las conquistas de Baeza y de Sevilla, y tal hicieron, que allí quedaron heredados, en el repartimiento que el Santo rey hizo de las tierras conquistadas á los moros, en los caballeros que le ayudaron con sus personas y las de sus deudos y vasallos en aquellas conquistas: por lo que, si en Galicia encontramos el primer solar de los Cervantes, en Sevilla venimos á dar en el segundo. De estos Cervantes, ya andaluces, y por una rama ó línea transversal, procedió Juan Cervantes, caballero principal y honrado, que fué corregidor de Osuna. Tuvo éste por hijo á Rodrigo de Cervantes,

que en 1540 casó con doña Isabel de Cortinas, ilustrísima dama, natural del lugar de Barajas. Estos, señora, fueron mis padres. Venido habian á ménos por accidentes de la fortuna, y de Andalucía habian pasado á Castilla la Nueva y á Alcalá de Henares, y en esta ciudad nacieron mis hermanas doña Andrea y doña Luisa, y mi hermano Rodrigo: allí tambien nació vuestro pobre, aunque hidalgo, servidor, á 9 de octubre de 1547, y fué bautizado, en la parroquia de Santa María la Mayor, con el nombre de Miguel. Llámome, pues, señora, para serviros y á los vuestros, Miguel de Cervantes Saavedra y Cortinas.

— Por muchos años sirvais á Dios y á vuestra patria, dijo con la voz visiblemente conmovida la jóven: y para que sepais mi nombre, que os lo debo, despues de haberme vos manifestado por tan extenso vuestro linaje, sabed que yo me llamo Beatriz Aquaviva; y en cuanto á mi linaje, baste con deciros que del viejo patriciado romano venimos, y que mi hermano es uno de los ilustres vicarios de Roma, por derecho de herencia; y que á esto, y á su propio aliento y á su entendimiento, debe el pertenecer al Sacro Colegio, cuando apénas si ha cumplido veinticuatro años.

— ¿Y quién no conoce, señora, la historia de la ilustre familia de los Aquaviva de Roma, que tantos nobilísimos y esclarecidos príncipes ha producido?

Esta larga conversacion á propósito del linaje, nada tenia de extraño en aquellos tiempos.

El más discreto se inflaba, y daba rienda suelta á su vanidad, cuando de su linaje se trataba.

Tal era el carácter de aquellos tiempos, sobre los cuales caia todavía el reflejo del soberbio teutonismo feudal de la Edad Media.

— ¿Y cómo es, dijo Beatriz, que siendo este el tiempo en que están abiertas las escuelas de Salamanca y Alcalá, vos, que en ellas habeis cursado, las habeis abandonado por Madrid?

— Grande aficion, aun de niño, he tenido á las letras, señora; y en tal manera, que aun siendo muchacho, no encontraba papel roto en la calle que no leyera, y tenia una grande aficion á las representaciones de comedias, autos y farsas; por Sevilla andaba yo, muy jóven, con mi padre, que á negocios de familia habia ido á aquella ciudad egrégia, y allí conocí al famoso poeta y célebre recitante Lope de Rueda, que oyéndome, y viendo los versos que ya, y no embargante mi temprana edad escribia, me aseguró que yo seria, andando el tiempo, un excelentísimo poeta, por el cual se regocijarian las musas; oyendo lo cual, mi padre, cuando á nuestra patria, Alcalá, volvimos, á estudiar letras humanas en aquellas escuelas me puso, y aun á las de la insigne en letras, y además nobilísima ciudad de Salamanca he ido. Pero á tal punto han llegado la pobreza y las desventuras de mi familia, y á la par tambien de tal manera mi aficion tira á las letras, y me arrastra hácia las armas, que á Madrid á pretender me he venido, con la esperanza de que, ayudándome la propicia fortuna, pueda sacar un dia á mi pobre familia de las desventuras á que la sentencia la pobreza.

— Pues me congratulo, dijo Beatriz, de que cuando llamásteis, creyera yo que

quien llamaba era mi hermano, porque así he venido, y os he conocido, y os he oido; y digoos que en lugar habeis dado donde no os faltará padrino, y bueno; que yo tomo para mí, y esto es lo mismo que si mi hermano lo tomara, vuestro acrecentamiento: y en cuánto á saber de qué manera, y en cuál aventura habeis andado con mi hermano, guardáoslo, aun que á guardároslo no os obligue una palabra empeñada; que yo, con haberos oido tengo bastante, y de los asuntos de mi hermano, no quiero saber sino lo que él mismo me dijere.

A esto se puso de pié Beatriz, y por ello se levantó tambien Cervantes.

— Guárdeos Dios, señor Miguel de Cervantes, dijo ella, y hasta la vista, que creo no tardará.

Y dió la mano al bachiller.

Besóla éste, que, de aturdido por lo que le acontecia, y por el tono con que Beatriz habia pronunciado sus últimas palabras, no contestó, y ella salió, pero ántes de llegar á la puerta se volvió, para saludar una vez más á Cervantes.

Luego, desapareció.

Cervantes habia visto algo grave, algo profundo en la mirada de Beatriz.

Sin embargo la influencia que en él habia ejercido la hermosísima hermana del cardenal, no habia podido amenguar la candente memoria en que se deleitaba su alma por la hermosa morena de los ojos negros.

CAPÍTULO VIII.

De como el cardenal Aquaviva se puso en cuidado, por lo que le dijo su criado Paolo.

Si grandes eran las confusiones en que ántes se habia encontrado envuelto Miguel, mayores fueron despues de haber conocido á Beatriz, y mucho mayores aun, cuando, al saludarle por segunda vez aquélla, un momento ántes de desaparecer, le dejó ver una larga, profunda, vehemente y lúcida mirada, en que parecia hubiese mostrado por un momento en sus ojos toda su alma.

Necesario hubiera sido de todo punto, que Cervantes no hubiese tenido el alma ardiente é impresionable, y ansiosa de lo embriagador, y de lo bello, y de lo resplandeciente, para que no le hubiera conmovido la inesperada acogida que habia encontrado en la hermosa y singularísima hermana del cardenal Aquaviva, llegada hasta él por un accidente de todo punto extraño.

Lanzábase la imaginacion del jóven á lo porvenir, llevada por rosadas esperanzas, que la juventud en todo lisonjeras esperanzas encuentra, y creíase ya levantado á los cuernos de la luna, respetado y rico, dueño de un nombre glo-

rioso, y teniendo en torno suyo á su familia por él regenerada, y vuelta á sus antiguos esplendores.

Parecíale Beatriz una diosa.

Y en efecto, si este calificativo puede darse á una mujer, á Beatriz le correspondia de derecho.

La vanidad de Cervantes se sentia satisfecha.

¿De qué mejor manera podia haberle tratado, en su primera é inopinada vista con él, aquella dama, en la que, por su alcurnia, por su distincion, por su posicion, era casi necesario reconocer á una princesa?

Pero, lo repetimos: á pesar de todo esto, la tentadora doña Magdalena, era, por decirlo asi, sin que nada la contrariase, el alma de Miguel de Cervantes.

No importaba.

El amor, por exclusivo que sea, no cierra en el corazon del hombre, como en el de la mujer, la entrada á otros amores.

Y como Beatriz representaba, además de un amor, una grande esperanza para Miguel, en un sueño febril se adormia, y sufria, y gozaba, y se sentia devorado por una gran impaciencia.

Mortificábanle, además, los celos, y le nublaban el contento.

¿Qué habia de comun entre la hermosa morena de los ojos negros, y el bello, el extraordinario, el jóven cardenal Aquaviva?

Ella le habia dejado entender bastantemente que no habia amado nunca, y se habia mostrado para con él lo suficientemente afectuosa para que pudiera concebir esperanzas.

Por lo mismo el misterio que parecia existir entre doña Magdalena y el cardenal Aquaviva, causaba en Miguel un temor vago, un tormento indefinible, que no bastaba á calmar la aventura en que respecto á la hermosa Beatriz se encontraba.

Agitado por la tormenta que en su alma se revolvia, sin poder sacar nada en claro, impaciente por llegar á una resolucion cualquiera, pasó mucho tiempo por él.

A lo ménos tres horas.

Una tenaz soñolencia, efecto sin duda de la gran fatiga de su espíritu, le aquejaba.

Al fin no pudiendo luchar más contra ella se durmió.

Pasó algun tiempo.

Al fin se oyó el ruido de una puerta que se abria, y luego sordos pasos sobre la alfombra de la cámara.

Entró en el dormitorio un hombre.

Llevaba un rico birrete, y le cubria una capa roja.

Era el cardenal Aquaviva.

Se acercó á Cervantes y le contempló en silencio durante un largo espacio.

Habia una gran benevolencia en la mirada del jóven cardenal para el dormido.

Luego despues de esta muda contemplativa se separó de Miguel, salió del dormitorio, atravesó la cámara, y abriendo la puerta que en ella frente á la del dor-

mitorio habia, atravesó dos retretes en los cuales habia luz, y entró en una pequeña cámara, en que además de un mueblaje de un lujo extraordinario, habia una gran mesa, cubierta de legajos y de papeles, y algunos estantes cargados de libros.

Tomóle un paje que allí estaba el birrete y el manto.

—Llama á Paolo, dijo el cardenal al paje que salió.

El cardenal se sentó á la mesa y escribió.

Dobló el papel que habia escrito.

Le metió en una bolsa llena de oro.

Guardó la bolsa.

A poco entró un hombre alto, récio, hidalgamente vestido á la italiana, y de una manera sencilla.

Era rudo, pero eso no excluia en él esa especie de distincion que dejan conocer los altos criados de las casas grandes.

—A lo que veo, por la persona que he encontrado dormida junto á la chimenea de mi dormitorio, dijo el cardenal, has cumplido bien la órden que te dí.

—Sí, monseñor, contestó Paolo; le he introducido en vuestra habitacion.

—¿Y has observado?

—Yo siempre observo.

—¿Y qué ha hecho? estoy profundamente agradecido á ese jóven: Dios sabe si no hubiera amparado á doña Magdalena, las complicaciones que hubieran podido sobrevenir.

—Ha sucedido algo imprevisto, monseñor, que yo no he podido evitar.

—¿Y qué?

—Algo muy grave.

—¿Muy grave?

—Puede serlo.

—¿Y qué, que sea grave, puede haber acontecido, por haber traido á mi aposento á ese jóven?

—Yo le dije que, si necesitaba de algo, podria llamar.

—¡Y bien!

—Despues de haber examinado con asombro el lugar en que se encontraba, se fué al balcon y le abrió.

—¡Hacia, pues, un reconocimiento! esto es muy natural.

—Permaneció un breve espacio en el balcon, se apartó de él, le cerró, y luego se fué á la puerta del dormitorio de monseñor.

—¡Y bien! se sentó á la chimenea: lo más natural del mundo: debia estar aterido de frio.

—En efecto, monseñor; lo primero de que cuidó fué de calentarse: pero á poco llamó, con el cordon que está junto á la chimenea.

—¡Ah! exclamó el cardenal.

—Ese cordon, monseñor, no vá á dar á las campanillas de la servidumbre, sino á la que está en el cuarto de su excelencia.

— ¡ Ah !

— Si , monseñor ; y su excelencia , creyendo sin duda que era monseñor quien la llamaba , sobrevino.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! ¡ esto es distinto ! dijo el cardenal , en cuyo juvenil semblante apareció de improviso una gravedad sombría.

— Yo no pude evitarlo, monseñor.

— ¿ Y la señora... ?

— Se sorprendió cuando vió en el dormitorio de monseñor á un extraño : luego se sentó junto á la chimenea , y le hizo sentar.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! dijo el cardenal , cuyo semblante se ensombrecía más y más : yo no habia previsto esto.

— No era fácil de preveer.

— ¿ Cuánto tiempo estuvo en conversacion con ese jóven la señora ?

— Media hora , sobre poco más ó ménos.

— ¿ Y sobre qué fué lo conversacion ?

— Se dieron á conocer el uno al otro.

— Más claro, Paolo, más claro.

— Nada han hablado, dijo Paolo, que no haya estado dentro del más rígido decoro ; pero creo, monseñor, que su excelencia se ha interesado vivísimamente por ese señor.

— ¿ Y él ?

— Profundamente respetuoso.

Quedóse por algunos momentos abstraido el cardenal.

Al fin , dijo :

— Véte al dormitorio, y mira si continúa dormido.

— Muy bien , monseñor.

— Si así es , apaga las luces.

— Muy bien , monseñor.

— Luego le despiertas , le mandas que te siga , le llevas á oscuras hasta el pié de las escaleras , le metes en una silla de manos , y dando rodeos para desorientarle , le sueltas en las inmediaciones del meson de Paredes : toma mi espada; pónla en la silla de manos (el cardenal puso en la empuñadura su bolsa) ; ha roto la suya contra mi coraza. Cuando le sueltes, le dirás : — Esperadlo todo ; pero sed prudente y discreto, si en algo estimais vuestra vida.

— Muy bien , monseñor.

— Véte , y cumple al momento lo que te he dicho.

Paolo se fué.

— ¡ Ella ! ¡ la altiva ! ¡ la insensible ! exclamó el cardenal: ¿quién puede sondear el abismo del corazon de la mujer ? ¿ y la otra ? ¡ la otra , visiblemente interesada por él ! ... ¡ oh ! ¡ despacio... despacio ! ¡ un mancebo noble y bravo, pero oscuro !

El cardenal volvió á abstraerse.

Algunos momentos despues , se dirigió á una puertecilla , la abrió, y desapareció por ella.

CAPÍTULO IX.

De como Miguel de Cervantes era hombre que sabia mantener su dignidad, á pesar de su pobreza.

De improviso, Cervantes despertó, al impulso de una mano que le movia suavemente.

Se encontró completamente á oscuras.

Ni aun el fuego de la chimenea lucía.

Pero se sentia su calor.

— Seguidme, le dijo una voz, en la que reconoció la del hombre que á la estancia del cardenal le habia llevado.

— Ya os sigo, dijo Cervantes.

— Vuestra mano, dijo Paolo, que él era.

— Tened.

Paolo le condujo.

Atravesaron algunas habitaciones á oscuras.

Llegaron á las escaleras.

Las bajaron.

— En la silla de manos donde vais á entrar, encontrareis una espada, que reemplazará á la que anoche habeis roto, dijo Paolo.

— Gracias, dijo Cervantes, que no podia ménos de ser cortés y benévolo, para todos los que pertenecian á aquella noble casa, en que tan bien se le habia tratado, y en la cual habia encontrado tales y tantas esperanzas.

Entró en la silla.

Esta se cerró.

Inmediatamente se puso en marcha.

Miguel palpó, y en efecto: en un ángulo de la silla encontró una espada.

Cuando la tomó, observó que pesaba demasiado.

Palpó aun más Miguel, y se encontró con que, dentro del farol que formaba el enrevesado puño de la espada, entre sus aros, sus lazos y sus gavilanes, habia una bolsa, y por cierto bien repleta.

Subiósele toda la sangre á las mejillas al buen mancebo.

¿Por quién se le tomaba?

¿Quién habia puesto en la empuñadura de la espada, que se le habia dado en resarcimiento de la suya, aquella repleta bolsa, que por el tacto conoció que era de ámbar, y del más rico?

¿Habia sido ella?

Probablemente.

Miguel no habia hablado, más bien: no habia conocido, en aquel palacio que iba pareciéndole encantado, más que á ella.

Ella se habia mostrado por él, cortés y dulce, y habia acabado por mostrarse enamorada, en su última mirada de despedida.

Era italiana.

Cervantes tenia largas noticias de la licencia de las damas italianas.

Como que entónces, y de muchos años ántes, España mantenia en Italia, con Francia, una guerra tenaz, en que siempre habian llevado la mejor parte, con Gonzalo de Córdova, Léiva, Pescara y otros grandes capitanes, y muchos soldados volvian de allá, contando maravillas.

Se referian las lúgubres historias de Lucrecia Borgia y de Blanca Capello.

Las licencias escandalosas de Roma, de Ferrara, de Florencia, de Módena, de Nápoles.

Lo corrompido de las pequeñas cortes de aquellos duquecillos soberanos, la mayor parte de los cuales, como el de Mántua, recibian la investidura del rey de España, y eran sus tributarios.

Se hablaban pestes de mujeres ilustres, cuya hermosura estaba en armonía con las bellezas naturales de la tierra, en que habia pasiones volcánicas como el Etna y el Vesubio.

Se contaban aventuras de todo género, sobrevenidas á los españoles, por aquellas galantísimas señoras.

Tanto, que un pobre hidalgo que se habia puesto por su pobreza bajo las victoriosas banderas de España, habia encontrado su riqueza, por las prodigalidades de una *donna* enamorada, como habia sucumbido miserablemente emponzoñado, por los celos de una Mesalina, ó acabó entre la sombra, asesinado por algun *bravo,* en nombre de un marido ó de un amante celoso.

¿Y no podia ser *donna* Beatriz, hermana de un cardenal, y romana, una de aquellas *donnas* terribles?

Sin duda todas empezaban así.

Aun las que terminaban deshaciéndose de sus amantes por medio del puñal ó del veneno.

Sin duda las señoras italianas no sabian apartar el amor del oro.

Sin duda creian que, para ser queridas en todo el esplendor del amor, por sus amantes, era necesario añadir al tesoro que ellas tenian en su hermosura, el más tangible valor del oro.

Ó querian que sus amados no careciesen de nada, y pudiesen portarse y vestir con el lujo que ellas necesitaban ver en ellos para que les parecieran más amables.

Cervantes, que tenia el alma vírgen, y que, aun que estudiante y travieso, podia decirse que aun no habia visto el mundo más que por un agujero; Cervantes, que era altivo, y de pura raza, se irritó, y ya no le pareció tan hermosa ni tan tentadora Beatriz.

Una mujer que paga el amor, á nada se obliga.

Demuestra claro que quiere conservar la libertad de sus actos.

Que no tiene en el sér pagado, un amante, alma de su alma, sino un esclavo.

Cervantes comprendia que el hombre fuera el sostén y el amparo de la mujer amada, si ésta lo solicitaba; pero no comprendia, como no lo comprende nadie que tiene el alma delicada, que el hombre pueda ser mantenido por la mujer, á título de amor.

Amor que en el fondo de su copa tiene el áspero sabor, la herrumbre del dinero, no es amor: es vicio.

No union de dos almas, sino contrato vil de venta.

Es necesario tener el alma materializada, podrida, para aceptar este contrato.

En todo país civilizado se ha despreciado profundamente, se ha puesto fuera de la ley, al hombre mantenido por la mujer, y se le ha calificado con epítetos soeces é inmundos.

Cervantes, pues, al encontrar la bolsa, injuria que en él suponia por su aceptacion la infamia, y puesta en la empuñadura de una espada, símbolo del valor, del honor, y aun del heroismo, se sintió gravemente ultrajado.

La sangre, á impulsos de la vergüenza, subió á sus mejillas.

No podia ser ménos.

Miguel de Cervantes tenia la sangre generosa.

No podia transigir con la infamia.

Pero la discrecion y la prudencia eran ingénitas en él.

Los grandes hombres, los hombres escepcionales, nacen formados.

Desde niños empiezan á dar indudables muestras de su claro entendimiento y de su firme voluntad.

Son gladiadores de Dios, que Dios arroja á la vida, para que con su ingenio dirijan la humanidad, para que, con sus grandes hechos, la dén ejemplo.

La experiencia es, en ellos, intuitiva.

No se les engaña.

Se dejan engañar frecuentemente, por su empeño en hacer bello todo aquello que les impresiona.

Miguel creyó prudente no partir de ligero.

Su primer pensamiento al encontrar la bolsa, habia sido, en cuanto abriesen la silla de-manos y le dejasen libre, entregar aquella espada con aquella bolsa al que encontrase junto á sí, de los que le habian conducido.

Pero recapacitó que así se exponia, por una infidelidad de aquel á quien la bolsa y la espada hubieran sido entregadas, si se las apropiaba, se creyese que él las habia aceptado.

Beatriz le habia dicho al despedirse: — « Hasta la vista. »

Esto era una cita.

Cervantes se reservaba, para cuando volviese á ver á Beatriz, el demostrarla que, respecto á él, se habia engañado.

Este desinterés, en las circunstancias en que se encontraba Miguel, determinaba en él una gran victoria.

La dignidad llevada hasta el sacrificio.

Cuatro meses ántes se habia trasladado de Alcalá á Madrid, con algunos ducados que, haciendo un gran sacrificio, le habia dado su padre.

Algunos reales que habia añadido su madre, habian sido otro sacrificio para la buena señora.

Sus hermanas, Andrea y Luisa, habian escurrido sus pobres bolsas.

Su hermano Rodrigo, habia vendido su cadena de plata sobredorada, para añadir su óbolo.

Cervantes habia estirado cuanto habia podido aquella pobre cantidad, procurando que alcanzase á cuando sus pretensiones se lograsen, y con un empleo, ya fuese más ó ménos retribuido, pudiese atender á su subsistencia, sin gravar á su familia, y aun pudiese ayudarla.

Pero los pretendientes en la corte, tienen tiempo bastante para gastar los dinerillos que han llevado, y aun para morirse de hambre.

A Cervantes, que habia hecho prodigios de economía, se le iban acabando los maravedises.

Veia próximo el momento en que, lanzado del meson por falta de pago, se veria obligado á tener por casa todo lo ancho del rey, por lecho, todas las puertas de las iglesias, y por sustento la sopa de los conventos, ó bien, como último recurso, la situacion de estudiante de la tuna; una posicion extraña; histrion y farsante con bayetas, y todo esto le repugnaba extraordinariamente, contrariaba de una manera suprema su altivez.

Su buen amigo y maestro Lope de Hoyos, viéndole en apuro, habia ofrecido su modesto tugurio y su parca mesa á su amado discípulo como él le llamaba.

Esto violentaba tambien á Cervantes, y se habia resuelto á tomar bandera en el tercio de Moncada, que tenia recluta en la corte, el dia en que se le acabase su ya menguadísima y espirante hacienda.

En estas circunstancias, y sobre dos aventuras galantes, se le venia á las manos una pesada bolsa de oro, y se necesitaba toda la heróica fuerza de voluntad de su dignidad, para no caer en la tentacion.

Lo que tenia en las manos era, en parte, en cuanto á la bolsa, un depósito.

En cuanto á la espada, podia y debia aceptarla, puesto que se le daba por su espada, rota en un lance de honra.

Cervantes habia tomado una resolucion inalterable.

Pero, para llevarla á cabo, necesitaba volver á ver á *donna* Beatriz.

Al fin, despues de mil vueltas y revueltas, se detuvo la silla de manos.

Se abrió la portezuela, que estaba cerrada con llave, y la misma voz que ántes le habia hablado, la de Paolo, le dijo:

— Salid, señor hidalgo, y alejaos sin pretender meteros en averiguaciones.

— Decid á la persona á quien servís, dijo Miguel saliendo, que por más de una razon tengo ansia por volverla á ver.

—Así lo haré, y tomad vuestra linterna, que no se quiere que perdais nada, pero no la abrais hasta que nos hayamos retirado.

Cervantes, que habia guardado la bolsa, que se habia puesto la espada al cinto, tomó la linterna, saludó á Paolo, que la densa sombra de la noche envolvia completamente, y que, además, estaba embozado y cubierto el semblante con negro antifaz, y se alejó.

No se habia propuesto resistir.

No se le habia tratado mal.

Habia tomado una determinacion prudente.

Además, aun que esto no hubiera sido, hubiera dado en la temeridad resistiendo.

Detrás de Paolo se veian, envueltos en la sombra, algunos bultos.

Se alejó, y muy pronto se encontró en una encrucijada.

Se detuvo al llegar á ella, y á pesar de los zumbidos del viento y del ruido de la lluvia, sintió los pasos de los que hasta allí le habian conducido, y que se alejaban.

Muy pronto se perdió de todo punto el ruido de sus pasos.

Cervantes abrió entónces su linterna, y reconoció el lugar en que se encontraba.

Era la encrucijada de la calle de los Abades, con la del Meson de Paredes.

Torciendo á la izquierda, á los pocos pasos se encontraba el meson.

Cervantes se fué á él, y llamó á su puerta.

Despues de algunos llamamientos, acudieron, y habiéndole reconocido le franquearon la entrada.

El meson estaba sumido en un silencio profundo.

Cervantes llegó á su habitacion.

Al entrar en ella, el reloj del Colegio Imperial de San Isidro dió la una de la noche.

CAPÍTULO X.

De como Miguel de Cervantes comprendió que debia aceptar la fortuna que Dios le ofrecia.

En cuanto entró en su aposento, Miguel aplicó el oido.

Nada se oia.

Del aposento inmediato, que ocupaba doña Magdalena, con su aya ó parienta, ó servidora, no partia el más leve ruido.

Miguel arrojó sus bayetas mojadas, y ansioso, porque un súbito recelo le habia asaltado, se fué al agujero que en el tabique habia abierto, y miró por él.

Nada vió, como no se diga que vió una densa oscuridad.

Apartó el ojo del agujero, y aplicó á él la oreja derecha, y nada oyó.

Ni aun la respiracion de alguna persona que durmiera.

El aposento aparecia abandonado.

Esto era lo que habia recelado Miguel.

Esto es, que el cardenal Aquaviva, que parecia tener, segun las muestras que Miguel habia visto, una gran confianza con aquellas señoras, se las habia llevado del meson, á causa de lo que aquella noche habia acontecido.

Se le ennegreció á Miguel el alma.

Entónces comprendió que estaba verdaderamente enamorado de doña Magdalena.

Detrás de ella, en la memoria de Miguel, pasaba, bella é incitante, Beatriz.

Pero no podia compararse, ni aun remotísimamente, lo que sentia por la hermosa morena de los ojos negros, con lo que sentia por *donna* Beatriz.

Era, lo primero, un incendio.

Lo segundo, un calor.

Miguel sentia una ansiedad insoportable.

Una especie de desesperacion.

No pudo contenerse.

Necesitaba tener noticias.

El sargento pretendiente de inválidos, Diego de Herédia, con el cual se llevaba muy bien, habia permanecido tal vez en el meson, y podria dárselas.

Salió de su aposento Miguel, pasó suspirando por delante de la puerta del en que estaba ó habia estado doña Magdalena, llegó á la del cuarto del sargento, y llamó.

Respondió Herédia inmediatamente, señal clara de que no dormia.

—Mi buen amigo, dijo Miguel: ¿seriais tan bueno que, no embargante lo intempestivo de la hora, me recibierais?

—¿Y por qué no, señor Miguel? contestó Herédia.

A poco se abrió la puerta.

Una mariposa, en un vaso de vidrio, alumbraba opacamente el cuarto.

El sargento habia aparecido en almilla.

Entró Miguel, cerró Herédia, y dijo, partiendo rápidamente hácia la cama:

—Perdonad, señor Miguel; pero yo voy á meterme entre las mantas: hace un frio del diablo.

Y diciendo y haciendo, se chapuzó, por decirlo así, en la cama, y se arrebujó sin dejar fuera más que una parte del semblante.

—¿Quereis decirme, señor Herédia, si lo sabeis, dijo Cervantes, si nuestras vecinas están en su aposento?

—¡Oh! ¡qué escándalo! dijo el sargento.

—¡Escándalo!

— Ciertamente: el que ha dado esa señora.

— ¿ Escándalo decís ?

— ¡ Pues no !... Figuraos que viene á verla esta noche un jóven señor.

— Lo sé.

— Si , ya sé que los seguísteis.

— ¿Y cómo lo sabeis ?

— Porque yo tambien los seguí.

— ¿ Vos ?

— Sí : yo iba detrás de vos.

— Entónces vísteis lo que aconteció en la plazuela de los Remedios.

—Y tanto como lo ví. Vos os fuísteis, y no sin grande envidia mia , tras la dama , que al empezar la pendencia huyó espantada : y yo, que habiéndola ya seguido vos , no debia seguirla , porque á quien Dios se la dió , san Pedro se la bendiga , por hacer algo , tiré de la espada , y ayudé al otro : hicimos lo que pudimos : acudió á las cuchilladas una ronda : cada cual escapamos por nuestra parte , y yo me vine al meson . y me acosté , harto cuidadoso , y si quereis envidioso , porque me habian dicho que no habiais vuelto : comíme , segun mi costumbre , unas sopas de ajos , sin huevos , que no dá para tanto la hacienda , y me entretenia escribiendo un memorial para el príncipe don Rui Gomez de Silva, que es el treinta y cinco memorial que escribo, cuando hé aquí que siento el llanto de una criatura de pecho en el corredor.— ¡ Calla ! dije : hé aquí unos huéspedes que con niño se nos vienen ; Dios haga que los aposenten léjos, y que no nos desvele por la noche el lloriqueo de la criatura, — cuando sentí abrir la puerta del cuarto vecino , y dentro de él el llanto del niño. ¿ Qué os parece ? ¿ Quién se fia de las apariencias ? ¡ Y aquel candor ! ¡ y aquella pureza de la mirada !

— Pues yo digo, repuso Miguel , que caridad fué , y no vergüenza , lo que esta noche hizo que la hermosa morena trajera al meson una criatura ; que conmigo estaba cuando la recogió del cajon de los niños expósitos del Colegio Imperial de San Isidro.

— ¿Y quién metió á esa señora á recoger hijos de otros , señor Miguel ? Sois jóven y muy bueno , y aunque estudiante , no conoceis bien las cosas del mundo; mas ¿ quién quita que ella no hubiese salido por otra cosa que por recoger aparentemente á ese niño ?

— Confieso que acertado vais en vuestras deducciones , señor Herédia , dijo algo inquieto Miguel ; pero yo tengo mis razones para creer que esa criatura no es nada de la bella morena , y que casualmente cuando nosotros , rodeando para venir al mesòn , llegábamos al cajon de los expósitos , á él llegó una vieja , y en él dejó al niño.

Miguel no quiso decir más.

— ¡ Pues por eso ! dijo el sargento.

—Yo os afirmo que os engañais , dijo con vehemencia Cervantes.

— ¿ De qué servirian los fingimientos , si no se hiciesen tan bien que engañaran ? insistió Herédia ; hayais visto lo que hayais visto , y oido lo que hayais oido,

¿no ha podido ser todo añagaza, para que vos creais en aquello en se queria haceros creer?

Inquietóse más y más Miguel.

Le acometieron unos crudos celos.

—¿Y por qué, decidme, continuó el sargento, no vinísteis vos al meson con la morena?

Cervantes no quiso revelar á Herédia lo que le habia sucedido; no lo creyó prudente y contestó:

—Cuando llegamos á la mitad de la calle de la Encomienda, la morena me suplicó la dejara volver sola al meson, y con tales veras, que yo no me atreví á ser importuno y la dejé.

—Estorbabais, dijo Herédia.

—Puede ser: pero continuad, dijo Miguel.

—Falta muy poco: apénas habia llegado la hermosa con su *crío* y con el jóven señor que ántes habia venido por ella, llamaron á la señora Mari-Gomez, la pagaron la costa, subieron cuatro hombres, que sin duda con el jóven señor habian venido, y las dos señoras con la criatura, y el rodrigon, y el señor jóven, se fueron, no se sabe á dónde. ¿Y no os parece que esto ha sido un escándalo?

—Bien lo veo, exclamó Miguel; pero yo os juro que he de encontrarla, ó he de poder poco.

—Dejaos de eso, señor Miguel, que Madrid hierve en damas de aventuras tan hermosas como la morena que se nos ha volado, y ménos metidas en empeños y más cómodas que ella.

—Teneis razon, dijo Cervantes, que no podia hablar más por discrecion, y que habia quedado profundamente pensativo.

Y se levantó como para retirarse.

Entónces Herédia vió la espada que llevaba al cinto Miguel.

—¡Diablo! dijo, que no os vais sin que yo vea y examine con mis avaros ojos, la joya que llevais al costado.

—¿Qué joya? dijo Miguel.

—¡Ahí es nada! dijo incorporándose el alférez; destellos salen, y de piedra fina del pomo de vuestra espada, y allá voy á encender mi cabo de vela, y á recrearme; que no hay nada que me recree más á gusto, que una buena y rica arma; perecido me hé por ellas, y grandes cosas he vendido cuando he venido á necesidad, que las estoy llorando y las lloraré toda mi vida; hacedme la merced de darme ese capotillo, que está sobre esa silla, señor Miguel, que temo coger un resfriado que acabe en pulmonía, que muy delicado ando del pecho á causa de mi herida: ¡y aun no me oyen para darme mis inválidos! ¡y servid luego al rey! ¿y vos quereis ser soldado? ¡ántes os parta un rayo, que acabaríais mejor, porque acabaríais de una vez!

Pesóle á Miguel el no haberse desceñido la espada ántes de entrar á ver al sargento.

Pero no habia reparado en la piedra preciosa que la espada tenia en el pomo.

No podia retroceder ni negarse, sin causar extrañeza á Herédia.

Fué todavía prudente, y se puso á inventar una buena salida á las preguntas que preveia.

Dió el capotillo á Herédia.

Éste se incorporó, se puso el capotillo, saltó de la cama, se calzó las babuchas, se fué á la mesa, encendió en la mariposa un cabo de vela que en la palmatoria habia, y dijo con ansia á Cervantes:

— Mostrad, señor Miguel, mostrad.

Y harto impaciente, empuñó la espada y la desenvainó.

— Hoja de Toledo, de costilla de vaca, y de triple canal, como las del tiempo del emperador, y con leyenda; por el anverso dice: « In nomine Domini, ex voluntate sua per me fiat justitia. » ¿ Y qué quiere decir esto, señor bachiller?

— « En el nombre del Señor, hágase por mí justicia, » respondió Miguel, que estaba aturdido y contrariado.

— En el reverso dice: « In te Domine fortitudo mea. »

— « Mi fuerza está en tí, Señor, » anotó Miguel.

— ¡ Pues fíate en la Vírgen y no corras! dijo con un tanto de impiedad Herédia, que continuaba examinando la espada, y que la encorvaba con las dos manos como buen conocedor: pues sí, blanda como un bendo, y de corte debe ser dura como un diamante: cinco palmos cumplidos: en el encaje de la hoja con la empuñadura, « Toledo, 1525, » sin nombre de espadero: pero debe ser de Julian del Rio, á la fuerza: y si no fuera por la fecha, se diria que era del *Moro*: ¡ brava espada!... pero, ¡ calla!... ¡ hierro dulce en la empuñadura, y relieves, y cincelados, y magníficas incrustaciones, y nielada, y adamasquinada, y con un rubí gordo como un huevo de paloma en el pomo! ¿ Sabeis, señor Miguel, que teneis aquí una prenda de rey?

— No sabia yo tanto, ni figurármelo podia, dijo Cervantes.

Habia llegado la hora de mentir, en parte.

— Ha sido una extraña aventura, continuó Miguel; acababa yo de separarme de la hermosa morena, y apénas ésta habia desaparecido volviendo la esquina, cuando me acometieron muchos hombres.

— ¡ Cuando os decia yo!... exclamó Herédia; á esa señora la olía el resuello, y es muy sano estar léjos de ella: ¡ vaya con Dios!

— Puede ser, dijo Miguel: en fin, yo que no sé lo que es huir, y que creo que Dios no nos ha dado los piés sino para que adelante vayamos, metí mano, y allá me fuí con una estocada al bulto que más cerca de mí hallé, y con tal fuerza, que la espada saltó contra una coraza que encontró.

— Ya os habia dicho yo que los estoques alemanes son muy falsos, y que saltan con la misma facilidad que el vidrio.

— Ya lo he visto. En fin: cuando me daba por perdido, dijo una voz imperativa: — « No le mateis, que no es el que buscamos: » luego se volvió á mí, y excusóse, y díjome que no quedaria contento si no tomaba su espada, á cambio de la que yo habia roto en un lance en que se me habia acometido por equivocacion:

justo era que se me resarciese, y yo acepté, sin saber que aceptaba una tan rica espada.

— Pues mejor, y remejor, dijo Herédia: de estas aventuras os sobrevenga una todos los dias, y á mí tambien. Además, que habeis hecho un buen conocimiento.

— Recatóse de mí, y fuése sin decirme quién era.

— Conoceráos un dia por la espada.

— Eso me dijo, que algun dia habíamos de encontrarnos.

— Ya os he dicho, repuso Herédia, que vos sois hombre de suerte, y que habeis de ser mucho en el mundo.

— Dios lo haga, y que yo pueda sacar á mi familia de miserias: pero quedad á Dios, amigo mio, que justo es que yo os deje descansar, y que yo tambien descanse.

— Id con Dios, señor Miguel, dijo el sargento entregándole la espada, que hasta entónces habia estado examinando.

— Buenas noches, dijo Miguel.

— Buenas noches, afortunado mancebo, dijo Herédia.

Miguel salió.

El sargento cerró la puerta.

En cuanto Miguel estuvo en su cuarto, examinó minuciosamente la espada.

Era, en efecto, una verdadera prenda de rey.

No podia dudarse de que aquella espada pertenecia al cardenal Aquaviva.

Parecian, además, corroborarlo, las piadosas leyendas latinas que estaban grabadas é incrustadas en oro, en ambas caras de la hoja.

La vaina era de un riquísimo marroquí, color de avellana, con ligeras y bellas bordaduras de un sutil alambre de plata, y su contera y sus abrazaderas de acero bruñido, cincelado, incrustado, adamasquinado, nielado: todo de un primor infinito.

Pero habia la extraña circunstancia de que aquella riquísima espada no tenia ni armas, ni cifra, ni emblema, ni nada que pudiera revelar quién era su dueño.

Reparando más Miguel, notó que en el tercio de la hoja, hácia la punta, quedaban ráfagas de sangre, que parecia haberse limpiado, todavía fresca, con un paño.

Miguel supuso, y no sin fundamento, que aquella era la espada con que habia reñido el cardenal.

¿Le habia dado aquella espada, no sólo para indemnizarle de la que habia roto en aquella aventura, sino tambien para recompensarle por el amparo que habia dado á la hermosa morena?

De todos modos, el dón era espléndido.

La altivez de Miguel se resentia.

Se le habia considerado pobre.

En aquel dón riquisimo habia para él, algo de humillante.

¿Y aquella bolsa que pesaba en sus gregüescos?

Envainó la espada, la puso con desden en un rincon, y sacó la bolsa.

Era de ámbar, es decir, de una especie de piel gris de gamuza, y finísima.

Aquella bolsa estaba bordada de oro.

De oro era tambien la boquilla.

No tenia blason, ni cifra, ni emblema.

Estaba tan repleta, que su boquilla cerraba mal.

La abrió Miguel y la vació.

Eran doblones de á ocho, de los Reyes Católicos, y más de ciento.

Aquellos doblones venian á valer once ducados.

Pudiera habérseles llamado ducados de oro.

Habia entónces una gran confusion de monedas.

Corrian aun las de don Juan el segundo, y aun se admitian en el mercado monedas árabes de oro, plata y cobre.

El dinero que en relucientes monedas de oro, de las más estimadas en Castilla, tenia ante sí Miguel, montaba á la cantidad de once mil y cien reales de vellon; suma equivalente entónces, por lo ménos, á cincuenta mil reales de nuestra moneda.

Esto era una pequeña fortuna.

¿Podia, ó debia aceptarla Miguel?

Para las almas levantadas, la miseria no es una razon.

Además, la juventud, especialmente en los grandes caracteres, es, con mucha frecuencia, desprendida y generosa.

Con el dinero habia caido sobre la mesa un papel doblado.

Tomóle Miguel, desdoblólo, y halló que decia:

«Podeis aceptar sin escrúpulo alguno ese dinero: habeis servido cumplidísimamente á una alta dama, y habeis conocido á otra que no debeis estimar en ménos que á una princesa. Olvidadlas, yo os lo suplico. No pretendais buscarlas, porque cada una de ellas seria para vos una desgracia. No os ofendais. Quien os escribe os tiene en tanto, que es para él un grave sentimiento el no poder estrecharos la mano. Dejad correr el tiempo, que Dios sabe lo que traerá. Aceptad mi espada y llevadla sin empacho, que á vuestras manos ha ido sin mancha. Ni esa espada ni el dinero que con ella vá, son una recompensa del gran servicio que habeis hecho á la una de las dos damas que esta noche habeis conocido, y del respeto con que habeis tratado á un amigo. Es únicamente una muestra de la estimacion en que os tiene un hombre cuyas riquezas son tales, que bien hubiera podido, sin sacrificio alguno, centuplicar la suma que os ruega acepteis, como aceptaríais un donativo del rey vuestro señor. Sed prudente y discreto y esperadlo todo.

»Quien no firma, porque no es ocasion de ello, pero que tiene la seguridad de que un dia le conocereis cumplidamente.»

Esta carta metió más en confusiones á Miguel.

¿Debia hacer uso de aquella espada y de aquel dinero?

Indudablemente, teniendo en cuenta el escrito que habia acompañado á aquel donativo.

No se le pagaba; se le recompensaba.

Era un regalo de un príncipe, y de un príncipe tal como el cardenal Aquaviva.

¿Debia Miguel ir á buscar al cardenal?

No, puesto que el cardenal no habia firmado la carta, y que en ella le habia recomendado la discrecion y prudencia.

Debia, pues, Miguel, esperar y aprovechar la buena fortuna que tan noblemente se le habia venido á las manos.

Pero ¿y la morena de los ojos negros, de la cual se sentia enamorado hasta las entrañas?

¿Y la otra beldad de blanca tez y ojos garzos, de encanto irresistible, de la cual se sentia amado?

Parecíale á Miguel lo que le acontecia un cuento; ó más bien, una pesadilla.

Ardia su cabeza.

Ardia su corazon.

Se le nublaban los ojos contemplando aquel monton de oro que tenia delante.

Se le representaban sus pobres padres, sus hermanas Andrea y Luisa, su hermano Rodrigo, casi en la miseria.

Su hogar de Alcalá, casi desmantelado.

Se le representaba un porvenir más negro aun, y sus ojos se llenaban de lágrimas á la vista de aquel oro salvador, que podia desempeñar las rentas de la familia, salvar la dote de sus hermanas, dar á sus pobres padres una vejez descansada.

—¡Ah! exclamó levantando al cielo los ojos llenos de lágrimas; no salga nuestra soberbia contra el dón que Dios nos hace, sin que hayamos dado, no ya en la infamia, pero ni aun en la bajeza, y seamos dignos de la proteccion que Dios nos concede. ¿Qué, no buscaba yo una mano poderosa á que asirme, un Mecenas para los pobres versos mios, que tan pobres, y tan sin fortuna, y tan medrosos salen por esas academias buscando un aplauso que levante mi valía, y haga reparar en mí á los poderosos que á esas academias concurren? ¿Pues si encuentro una proteccion digna, en un señor tal como el cardenal Aquaviva, porqué he de rehusarla? Su generosidad aceptemos, y abramos el alma á la esperanza; que tales comienzos, prosperidades me anuncian, y sólo Dios sabe á dónde llegaremos.

El oro tiene un poder incontrastable.

Cambia la manera de sentir del hombre, con una influencia maravillosa.

Lo que desde el fondo de la miseria parecia negro, por la posesion del oro aparece color de rosa.

Las muertas esperanzas reviven cuando el oro las toca.

Es el talisman que lo transforma todo.

Un pobre y un rico no pueden entenderse.

Piensan de distinta manera.

De distinta manera sienten.

Así es que los pobres no pueden comprender las penas de los ricos, ni los

ricos que los pobres puedan sentirse felices, por cosas en que ellos ni aun siquiera pararian mientes.

Tan duro es el cambio de la riqueza á la pobreza, como el de la pobreza á la riqueza.

Para Miguel lo que tenia ante sí, era un tesoro.

Se le iba la cabeza; se sentia malo.

Y siempre, en medio de su fiebre, aquellas dos damas.

Doña Magdalena y *donna* Beatriz.

Le acometió una especie de embriaguez.

Una especie de sopor.

Necesitó de todo punto recogerse al lecho; apénas si podia tenerse en pié.

Guardó el papel en un rincon de su maleta, donde tenia las cartas de sus padres y de sus hermanas, y envolvió en una faja morisca, que tenia para abrigarse, la espada.

En otro rincon de la maleta puso el dinero, salvos seis doblones que dejó en la bolsa de ámbar, que guardó en sus gregüescos.

Luego se desnudó y se acostó.

Poco despues se abultaban en su imaginacion, tomaban una forma fantástica en su sueño las aventuras que por él habian pasado aquella noche.

CAPÍTULO XI.

En que Miguel hace una obra de caridad por el sargento Herédia, y recibe un aluvion de elogios del famoso poeta y comediante Lope de Rueda.

Amaneció el dia tan nublado, tan lluvioso y tan frio como lo habia sido la noche anterior.

La luz gris y triste de la mañana, entró por las vidrieras de la ventana, que no se habia acordado de cerrar Cervantes.

Despertó nuestro jóven.

Estaba densamente pálido, y como apenado, como espantado.

Sus ojos aparecian cargados.

Habia mucho de febril en ellos.

Habia soñado de una manera densa, candente.

Habia encontrado en sus ensueños, idealizadas, transfiguradas, irresistibles, enamoradas, á doña Magdalena y *donna* Beatriz.

Le dolian á un tiempo el corazon y la cabeza.

Pero al par se sentia lleno de vida, y de una vida poderosa.

Necesitaba aspirar el aire libre.

Salir del meson; esparcirse.

Saltó del lecho, y se fué á la cofaina.

El agua estaba helada, y aun así y todo, su frio causaba una gran delicia á Miguel, y aun le parecia insuficiente.

En almilla como se encontraba, abrió la vidriera del balcon, y salió á él.

El frio no le hizo retroceder, ni aun la lluvia, que caia espesa.

Vió que por la calle avanzaban cuatro carros cubiertos, y que uno de ellos penetraba ya por el portalon de la posada.

La que en los carros venia debia ser gente alegre, porque se oian sus voces bulliciosas.

—¡Bravos huéspedes nos llegan! dijo Miguel, que estaba contento, y no nos faltará ruido: comediantes me parecen. Pues mejor; así tendremos con qué entretenernos.

Y como al fin el frio se le hiciese demasiado sensible, se quitó del balcon, cerró las vidrieras, y se puso á vestirse, lo que estuvo hecho en poco tiempo, porque todo ello eran calzas, gregüescos, zapatos altos atacados, ropilla, con una estrecha golilla lisa, sotana, manteo y bonete.

Aun no habia acabado de vestirse Miguel, cuando sonó un ruido desusado en el aposento inmediato, que por tan poco tiempo habia ocupado la hermosa morena de los ojos negros; aquella alta dama, segun habia dicho el cardenal Aquaviva á Miguel en su carta sin firma, aunque bastantemente firmada por su propio contenido.

La curiosidad es la cosa más natural del mundo.

De ella no se libran ni aun los hombres más sérios y más privilegiados por la grandeza de su entendimiento, tanto más cuando estos hombres, como Miguel, son jóvenes y no tienen aun la conciencia de sí mismos.

Aplicó su ojo derecho al agujero, y lo primero que vió fué una mujer alta, esbelta, jóven, hermosa, y vestida de una extraña manera.

Era su traje una larga túnica blanca de lana, con cola, ceñida en la cintura por una faja de seda azul, de la que pendian, al lado izquierdo, un cuernecito de ciervo engastado en plata, y en un marco del mismo metal, un librito de los Santos Evangelios; todo ello para preservar á la que lo llevaba del mal-de-ojo, y de las tentaciones del diablo.

Estos amuletos, que entre nosotros se ponen aun á los niños de pecho, se usaban entónces mucho en España, que estaba en un contínuo comercio y comunicacion con Italia, en donde no habia nadie, ni aun hay nadie en nuestros dias que no use «il jetatore,» esto es, el lanzador de espíritus malignos, representado por un cuernecito de ciervo, con engaste más ó ménos rico, segun la fortuna de quien lo usaba.

Llevaba, además, aquella jóven, que lo era, como que apénas aparentaba

diez y ocho años, un manto de lana pardo, con la cruz carmelita, como en señal de devocion ó de voto, en el lado izquierdo, y una toca de blanquísimo lino, que despues de rodear su cabeza, cuya cabellera parecia voluminosa, la caia sobre los hombros cruzándola el pecho, á la moda de las moriscas ó de las judías.

Era de arrogante apostura, de una gallardía suma, y tan hermosa, que suspendió con una emocion potentísima á Miguel.

Era morena, pero con un moreno límpido, mate y transparente, más bello que la más nítida blancura.

Tenia los ojos enormes, de una hermosísima configuracion, de una expresion extraordinariamente atractiva, densamente negros, brillantes, poderosos, de mirada profunda, sombreados por unas largas y espesas pestañas, bajo unas cejas negrísimas, de una suave curvatura, que resaltaban sobre la frente pura y despejada; la nariz era recta, y acentuada como las de la raza judía; la boca un poco grande, de labios frescos y rosados, un poco gruesos, y por lo mismo sensuales, y de una forma graciosa.

Su semblante era dulcemente oval.

Su garganta, aunque la cubria en parte la toca, aparecia robusta, larga, esbelta, vigorosamente modelada, alzada, más que con gallardía, con majestad, sobre un seno relevado, y sobre unos hombros desarrollados, curvos, que caian en una inflexion hechicera.

El conjunto de esta jóven era soberbio.

Altiva parecia y dura, y como disgustada de su destino.

Cuando Cervantes se puso á mirar, esta hermosa criatura ayudaba á una especie de mico humano, ó más bien de orangutan, á que se descargase de una gran maleta que llevaba sobre los hombros.

Un hombre alto, seco, de semblante áspero, de expresion apicarada, pero inteligente, vestido con un traje muy ceñido, compuesto sólo de calzas y jubon y bonete ochavado; todas estas prendas, por mitad, á lo largo, de color verde claro y verde oscuro, y con una capilla negra sobre los hombros, ponia sobre una mesa una pequeña maleta, y la abria.

—Cómicos tenemos, dijo Miguel.

Y se quitó del agujero.

Estaba demasiado impresionado para que le llamaran mucho la atencion los nuevos vecinos, á pesar de la extraordinaria belleza de la jóven que acababa de ver.

Salióse de su cuarto, cerrando la puerta.

Daban entónces las ocho de la mañana.

El patio del meson, que desde los corredores se descubria, era un hervidero.

Habian entrado en él los tres carros, y la multitud que en ellos habia venido, hombres, mujeres y niños, bullian, sacando cada cual su equipaje.

Los mozos y las mozas de la posada andaban revueltos con ellos.

Chillaban, gritaban, zumbaban, y se trababan de palabras con algunos arrieros que sacaban sus récuas para emprender la jornada.

Miguel hizo caso omiso de todo esto, y suspirando al pasar por la puerta del aposento número dos, llamó á la del número tres, que era la del cuarto ocupado por el sargento Diego de Herédia.

Éste, que se habia levantado ya y que estaba á medio vestir, abrió.

—¿Cómo tan temprano, dijo Miguel, estando vos doliente, señor soldado, y con el dia de perros que hace? yo creia que os cuidabais más.

—Yo nunca me levanto sino á las nueve, y los malos dias á las diez, y aun más tarde, segun que me han desvelado mi herida y mis cuidados: pero los domingos es forzoso que yo oiga la misa de nueve en San Miguel, á quien tengo una gran devocion, y que desde allí me vaya á visitar, entre diez y doce, á mis valedores; que como es dia de fiesta, los encuentro ménos buscados, ménos aquejados, y de mejor humor para escucharme: en fin, vos que como yo pretendeis, sabeis lo que es pretender en la corte, y sin dineros.

—Os diré: aun que yo pretendo, á nadie busco, dijo Miguel; que quien por mí busca, es mi buen maestro Lope de Hoyos, que no sabe qué hacer con su amado discípulo, como él me llama. Y recordádome habeis, y á buen punto, que hoy es domingo, que yo no sé nunca el dia en que vivo; y habeis de saber, que todos los dias de fiesta he de comer yo la olla podrida, y algun palominejo ó cosa semejante de añadidura, con mi maestro, que así es la voluntad de éste, y no hay que irle en ello á la mano.

—Aunque de dómine sea, y por consecuencia, cicatera y capona, la olla podrida con que vuestro maestro os regale, siempre será mejor que la enferma que nos dan en la posada; que en estas casas, de enflaquecer al prójimo y de dañarle el estómago engordan; y tanto más, cuanto con más dilatorias ande el hospedado que luego, aunque pague, paga lo que ni aun por soñacion ha comido.

—Trátase bien mi maestro, aunque sin gula, dijo Miguel, que muchos y buenos discípulos tiene en su escuela, y sus emolumentos suben á un buen por qué, con el cual él y su familia se sustentan honradamente. Y si no fuera porque yo á más inquietos, si no á más altos empleos me siento llevado, holgárame de sustituir en la escuela, en paz y en gracia de Dios, al docto Lope de Hoyos. Pero dejando esto, yo venia á una cosa que veo no puede ser, porque prevenido os veo para salir in continenti á la calle.

—Si de dineros ó de cosa que lo valga se trata, dijo suspirando el buen veterano, perdonad por Dios, amigo, y echad por el otro lado, que me haceis mal tercio; que una pequeña libranza que de mi pueblo esperaba, aun no ha venido, ni sé cuando vendrá, ni qué he de hacerme: que ya hace tres dias que la posadera me pone mala jeta, y ayer sábado debí pagarle dos semanas.

—¡Alto ahí, señor Diego de Herédia! dijo Miguel, que bastante habeis dicho, y yo no vengo á eso: y en buena muestra, tomad este doblon que yo os presto, y que me pagareis cuando pudiéreis.

Y Miguel sacó su rica bolsa de ámbar, tras la cual se le fueron los ojos al sargento, y de ella un dorado doblon.

—Tómolo sin repulgos de doncella, ni bobonadas de nécio, dijo Herédia, que

más á punto, para remediar mi necesidad, no os enviara un ángel; y yo os lo tornaré; y si no pudiere tornároslo, bien sé yo que vos lo considerareis desdicha mia, y no mala voluntad. Decidme agora qué es lo que de mí quereis, que si bastante soy á serviros y no os sirviere, por desagradecido mereciera bien me azotaran á voz de pregonero.

—Esperaré á que vos torneis al medio dia, de misa y de vuestras visitas, dijo Miguel; que lo que yo necesitaba de vos era vuestra espada, que sin espada estoy, que la que me han regalado no puedo usarla por su riqueza, y sin espada no quiero salir á la calle, no sea que algun pícaro crea que la espada me quitaron, y para ir á casa del espadero y no más, y comprar otra, y tornárosla al punto, la vuestra queria.

—¡Dichoso, pues, que sin desespadarme puedo espadaros! dijo Herédia, y aun pagaros, si no por completo, al ménos en parte, el doblon que tan generosamente, y tan de buena voluntad me habeis prestado; que el que á pobres como yo dá, dá, que no presta, que en cien años no podrán ellos pagar, no ya un doblon, sino un maravedí; y esta correspondencia que, por mi fortuna, puedo con vos tener, es una muy honrada espada que de mi padre heredé, y que en tanta estima tengo, que aun que he pasado muchas necesidades, nunca, como se vé, la he vendido, ni aun á empeñada ha llegado.

—Pues siendo así, dijo Miguel, usad vos la de vuestro padre, que es lo justo, y de ella no os priveis por agradecimiento de lo que no lo merece, y dejadme la que vos de contínuo llevais, que es muy buena.

—Con más mellas que una encía de bruja, señor Miguel, dijo Herédia.

—Mejor; así cortará más largo; y ya sabeis que la mia, digo, la que rompí anoche, estaba tambien hondamente mellada.

—Pues más no se hable, y aviémonos todos, y loado sea Dios que ha mejorado mis horas, dijo Herédia.

Y dió su espada, y de debajo de la cama, como quien algo que por su valor ha tenido fuera de la vista de todo el mundo, por no tentar la codicia de algun pícaro, sacó, envuelta en trapos, una larga espada, que cuando desentrapajada fué mostró su hermosura y su elegancia, y aun su riqueza, porque tenia el pomo y los lazos y los gavilanes, cincelados con cierto lujo, y con algunas buenas, aun que sencillas, incrustaciones de oro.

Ciñéronse ambos las espadas, y Miguel dijo:

—Pues vamos ahora los dos á misa á la iglesia de mi nombre, que bueno es no olvidarse de servir á Dios y de visitarle en su casa, tanto más, cuando inesperados beneficios nos concede; y luego de la misa, iremos á una hostería donde nos refocilemos con algo gustoso, que quiero convidaros.

—¡Bien haya el dia alegre que se me presenta, aunque nublado y lacrimoso, que la alegría está en el corazon y no en el aire, y paréceme que en él veo el sol más resplandeciente y más risueño del mundo.

Y el buen Herédia, que verdaderamente se habia embriagado viéndose dueño, y como por milagro, de un doblon de á ocho, aparecia verdaderamente felíz.

Bajaron, y se encontraron revueltos en toda aquella baraunda de gentes que de los carros habia salido, y vieron un hombre como de sesenta años, de muy honrada apariencia, alto, bien conservado y honestamente vestido, que daba órdenes de una grave manera, y que parecia dirigir el acomodamiento de la gente en el meson.

—No quisiera engañarme, dijo Miguel á Herédia; pero paréceme que aquel que como un rey de esta gente la manda y ordena, es el famoso poeta y recitante Lope de Rueda, al que yo ví hace algunos años, recitando con su compañía, en una fiesta de la ilustrísima ciudad de Sevilla, á donde me llevó mi padre, que allí fué á negocios de familia.

Aun no habia acabado Miguel de decir estas palabras, cuando la Mari-Gomez, la viuda de Paredes, la dueña del meson, que vió á Miguel y á Herédia, á ellos se vino con la jeta armada, y les dijo:

—Ya tenemos caidas dos semanas, señor Diego de Herédia, y antójaseme que ántes que levantarlas á ellas, levantareis el alcázar; por lo cual ved la prenda que habeis de dejarme, que basta, é idos; y de no, os prenderé por justicia.

—Habeis hablado más de lo que yo quisiera, dijo Herédia, y en público, y de una manera indecorosa para mí, que soy un hombre honrado, porque he andado buscando en las profundidades de mis gregüescos algo que os tapare la boca, y es este bendito doblon de á ocho, que el señor Miguel de Cervantes Saavedra, mi buen amigo, sabe bien cuán honradamente ha venido á parar á mis manos.

—¿Quién ha nombrado aquí al señor Miguel de Cervantes Saavedra? dijo el que Miguel habia conocido como Lope de Rueda, que pasaba junto al sargento, y le habia oido.

—Fuí yo, dijo Herédia, y el señor Miguel de Cervantes, es este mi amigo.

—Pues dígoos, exclamó Lope de Rueda, que yo me doy á mí mismo albricias por conoceros, señor Miguel de Cervantes, y que mejor dia no he tenido ni pienso tenerle en todos los de mi vida.

—Dejad, señor Lope de Rueda, dijo Miguel un tanto confuso y contrariado por aquel torrente de cumplimientos; que aun que yo os lo agradezco, no sé qué razon podais tener para alegraros tanto por haberme conocido.

—Dígolo por la cancion y por las coplas que escribísteis, con ocasion de la temprana y dolorosa muerte, de la reina nuestra señora, doña Isabel de la Paz, que santa gloria haya, y que salieron á luz en la descripcion que de aquellas reales exéquias hizo vuestro maestro, el licenciado Lope de Hoyos, y dígoos yo á vos, posadera, que á honra habeis de tener, y no pasando mucho tiempo, el haber aposentado y alimentado á una tan grande persona como el señor Miguel de Cervantes Saavedra, cuyo claro ingenio ya se muestra vigoroso y prometiendo ópimos frutos en sus pocos años.

—Lo que la señora Mari-Gomez estimará en más que nada, viniendo de mí, dijo cortés y graciosamente Miguel, buscando un escape á las alabanzas del viejo Lope de Rueda, será que yo le pague la costa de la posada, que acabó anoche.

Y Miguel sacó su bolsa de ámbar, que atrajo la ávida mirada de la asombrada posadera, que no podia comprender cómo el bachiller y el soldado, á quienes habia pensado echar á la calle por pobres, los encontraba ricos de la noche á la mañana.

No respondió ni una sola palabra, y se fué á buscar el trueco ó cambio de los dos doblones.

—Graciosamente, y aun honrándose por ello, dijo Lope de Rueda, habian de aposentaros y alimentaros y serviros por donde quiera que fuéreis, y tener á mucha honra el serviros.

—¿Y cuándo habeis visto, señor Lope de Rueda, dijo Miguel, que á los poetas dé nadie más que desengaños y desabrimientos; ni cuando que las riquezas de imágenes con que sus versos llenan los poetas, alimentaran á nadie, ni aun á ellos mismos les sirvieran más que para despertadores del hambre? que puesto que los poetas tengan á su disposicion todo el oro de Tíbar para mentarlo, y todas las perlas de Golconda, para ensartarlas en sus rimas, y todas las pedrerías, y todos los verdores, y todas las grandezas, y todas las bellezas habidas y por haber en este bajo suelo, y en los espacios etéreos, para adornar sus poemas; ¿cuándo, decidme, la más mínima parte de estos tesoros calmó su hambre, vistió sus carnes, ni alivió sus tristezas?

—Así anda el mundo, y por eso anda mal, dijo Lope de Rueda: que los poetas son los que debieran gobernar la república; que la poesía es una tal, tan alta y tan profunda, y tan extensa ciencia, que todas en sí las abarca y las domina, y no lo digo esto porque yo haga versos, y haya quien burlándose, ó inocentemente, ó por ignorancia, poeta me llame; que yo, cuando más, soy un allegadizo de las musas; uno de los pobres, que van á comer á la portería del Parnaso, la sopa que sobra del festin de los altos poetas.

Habíanse juntado en corro, y al rededor, comediantes y comediantas, y aun algunos extraños que, al olor de la compañía del señor Lope de Rueda, habian acudido de la vecindad.

Todos miraban á aquel jóven, de quien tantos elogios hacia el viejo y célebre Lope de Rueda.

Conocia á éste todo el mundo, porque con su compañía de recitantes iba de acá para allá, por todas las tierras de Castilla y de Andalucía, y aun de Extremadura y Portugal, y tanto representaba en Madrid como en Lisboa, en Toledo como en Sevilla, en Valladolid como en Salamanca, ó Zamora ó Badajoz.

En fin: él iba de acá para allá, siendo la alegría de todo el mundo; recibido poco ménos que con repiques de campanas cuando llegaba, y sentido, poco ménos que con lágrimas, cuando se iba.

Lope de Rueda habia partido su gloria con Juan de Timoneda; ambos eran, á la par que recitantes, poetas, y en aquellos principios del teatro, despues de Rodrigo de Coto, el viejo, y del casi provenzal Juan de Mena, autores de la *Celestina,* y de Tomás Naharro, el autor de la *Soldadesca* y de otras muy apreciables comedias, Lope de Rueda y Juan de Timoneda sostenian el teatro, escribiendo ellos

mismos las farsas que representaban, abriendo un camino á Cervantes, que á su vez debia ceder el terreno de la escena á Lope de Vega, el verdadero padre de nuestro teatro.

Cisneros, el gran comediante, amigo y privado del desventurado príncipe de Asturias, que hacia poco tiempo habia muerto, seguido de la jóven reina Isabel de Valois ó de la Paz; Cisneros, el gran recitante de los cómicos del rey, que ya trabajaba en el corral del Príncipe, fundado por el príncipe don Cárlos, como Felipe II, su padre, habia fundado el corral de la Cruz; Cisneros, decimos, que andaba huido, á causa de la amistad que con el príncipe difunto habia tenido, ayudó en gran parte, con su gran ingenio, á echar los cimientos de un potentísimo teatro, á Rueda y á Timoneda.

De la escuela de estos grandes cómicos, y de los que los acompañaban y trabajaban bajo su direccion y enseñanza, salió aquella brillante pléyade de recitantes que debian dar aliento y voz á nuestros poetas dramáticos del siglo XVI y XVII.

Se habia importado de Italia la farsa, y si alguna comedia se escribia entónces, estaba ajustada á la pauta de Plauto ó de Terencio. El auto sacramental habia venido de París. Nuestro teatro era un túrbio reflejo que muy pronto, tomando un carácter propio y originalísimo, debia ser un sol refulgente, de cuya luz habia de tomar su esplendor el teatro europeo.

Pero en aquellos tiempos de embrion de la escena, Lope de Rueda era una celebridad, y una autoridad que nadie, ni aun sus enemigos, se atrevian á desconocer.

Cuando los comediantes oyeron los elogios que á Cervantes prodigaba su cabeza, su maestro, su padre, todo á un tiempo, el insigne poeta Lope de Rueda, (que por insignísimo le tenian), rodearon al jóven y le miraron con admiracion, principalmente ellas, que le encontraban noble, gallardo, y no mal parecido; con sus ojos pardos, de mirada aguda y profunda, su nariz aguileña, su boca, aunque no muy bien compuesta, expresiva, sus cabellos castaños y su barba color de oro.

Toda aquella admiracion del viejo Lope de Rueda por el jóven bachiller provenia de unas composiciones poéticas que Miguel habia escrito, como ya se ha dicho, y por encargo de su maestro Lope de Hoyos, con ocasion de la muerte de la reina.

El licenciado Hoyos, mediante la licencia, se entiende, de los señores del Consejo, y de los señores de la Inquisicion, habia dado á la estampa la descripcion de aquellas exéquias, y en ella habia insertado las composiciones de su *amado discípulo.*

El impreso habia corrido, y habia llegado á manos de Lope de Rueda, que habia admirado las composiciones del jóven bachiller, no porque ellas fuesen gran cosa, que Cervantes nunca fué un buen versista, y las dificultades de la rima le estropeaban el pensamiento, sino porque, defectuosos y todo, aquellos versos dejaban entrever un gran ingenio, una gran inteligencia, y el bueno de Lope de Rueda, que era un hombre de un genio enorme, habia adivinado en Cervantes al glorioso y glorificado autor de las *Ejemplares* y del *Quijote.*

Las intuiciones, las presunciones de los hombres de génio son tales, y tan acertadas, que cuando pasa el tiempo y las confirma, llegan á tener el valor de profecías.

En profecía, pues, elogiaba Lope de Rueda de una manera tan descomedida á Miguel, porque lo que hasta entónces habia hecho Miguel en letras, no valia la pena de tanto elogio.

En fin, hasta tal punto era el entusiasmo del viejo comediante por Miguel, que, á pesar de que habia llegado cansado, no quiso dejar de acompañarle á misa á San Miguel, donde Cervantes le habia dicho que iba; y tanto más, cuando dijo que despues de misa iria á visitar á su maestro el licenciado Hoyos, que desde hacia mucho tiempo era amigo particular del comediante.

Dió, pues, algunas órdenes Lope de Rueda para el acomodo de su gente, y salió del meson de Paredes con Miguel y con el sargento Herédia, tomando con ellos el camino de San Miguel, que no estaba léjos.

CAPÍTULO XII.

Algunas sucintas noticias sobre la villa y corte de Madrid, en tiempo de Felipe II.

La parroquia de San Miguel, no estaba unida aun como hoy, á la de San Justo: cada una de estas dos parroquias tenia distinto templo, y ambos góticos.

La iglesia de San Justo databa, no ménos, que del año 587, y estaba situada en la plazuela del Cordon, en el mismo lugar que hoy ocupa reconstruida, y con la advocacion de San Justo y San Miguel.

La de San Miguel era mucho más moderna.

Databa del año de 1300, y estaba situada en la plazuela de San Miguel.

Madrid tenia entónces las siguientes parroquias, fundadas en las fechas que se las señala:

Santa Maria, en la calle Real de la Almudena, año 38 de J. C. (así se afirma).

San Martin, en la plazuela de su nombre, año 1080.

San Ginés, en la calle de Bordadores, año 362.

San Nicolás, en la calle de su nombre, año 300.

San Salvador, en la plazuela de la Villa, año 380.

San Juan, en la plazuela de San Gil, año 588.

Santa Cruz, en la calle de Atocha, año 614.

San Pedro, en la de Segovia, año 1345.

San Andrés, en su plazuela, año 600.

San Miguel y San Justo, ya lo hemos dicho.

San Sebastian, en la calle de Atocha, año 1550.

Santiago, en su plazuela, año 392.

San Luis, en la Red de San Luis, año 1541.

De modo que, en tiempos de Felipe II, tenia Madrid catorce parroquias, lo que determinaban en ella una gran villa.

Y no eran estas las únicas iglesias que tenia.

Habia que añadir las de los conventos de ambos sexos, las de los hospitales, los colegios, y además, los oratorios y las ermitas.

Habia los siguientes monasterios de hombres:

El de San Martin, de benedictinos, fundado ya en 1126.

El de Nuestra Señora de Atocha, de dominicos, al fin del paseo de Atocha, fundado por el V. P. Fray Juan de Hurtado en 1523.

El de San Francisco, en el lugar que se llamaba Campillo de San Francisco, fundado por el mismo Santo, en 1217.

El de la Santisima Trinidad, trinitarios, en la calle de Atocha, fundada por el rey don Felipe II, en 1562.

El de la Merced, de mercenarios calzados, fué, como se ha dicho anteriormente, fundado en la calle de los Remedios, por todos los conventos de la órden de la provincia, en 1564.

El de San Felipe el Real, de agustinos calzados, en la calle Mayor, fundado por Fray Alonso de Madrid, en 1547.

El átrio de este convento, era el famoso *Mentidero.*

En su lugar se eleva hoy una enorme casa.

La abadia de San Gerónimo del Paso, fué fundada en 1464, por el rey don Enrique IV, en unas huertas que despues, en tiempos de Felipe IV, fueron el Buen Retiro.

El convento de Nuestra Señora de la Victoria, de mínimos, fué fundado por Fray Juan de Victoria, en 1561.

El de hospitalarios de San Juan de Dios, fué fundado en 1550, por el venerable Anton Martin, en la plazuela de su nombre.

Veamos los conventos de religiosas:

El de las Descalzas Reales de Franciscas, fué fundado en 1559, por la princesa doña Juana, en la plazuela de su advocacion.

El de Santa Clara, en la calle del Espejo, en 1460, por doña Catalina Nuñez.

El de la Concepcion Francisca, en la calle de Toledo, en 1512, por doña Beatriz Galindo, la *Latina,* y doña Ana Megía.

Este convento fué el hospital de la *Latina.*

El de los Angeles, en la calle de su nombre, por doña Leonor de Mascareñas, en 1564.

El de Nuestra Señora de Constantinopla, en la calle de la Almudena, por don Pedro Zapata, en 1469.

El de las Vallecas, de bernardos, fundado en aquel pueblo por Albar Garci-Díez de Rivadeneyra, en 1473, fué trasladado á la calle de Alcalá, en Madrid, en 1552.

El de Santo Domingo el Real, en la plazuela de su nombre, fué fundado por este Santo, en 1219.

El de la Concepcion Gerónima, en la plazuela de su nombre, le fundó la citada doña Beatriz Galindo, la *Latina,* en 1508.

El Colegio Imperial de San Isidro, de Jesuitas, fundado, como se dijo, por la Emperatriz doña María de Austria, en la calle de Toledo, en 1560.

Existian ya el hospital general, fundado por el venerable Bernardo de Obregon, al fin de la calle de Atocha, junto á la puerta de este nombre, en 1563.

El de la Pasion, tambien en la calle de Atocha, fundado por Juan Gonzalez de Almansa, regidor de Madrid, en 1565.

El de Santa Catalina de los Donados, en la plazuela de su nombre, en 1461, por Juan Fernandez de Lorca.

El de Anton Martin ó San Juan de Dios, ya se ha dicho.

El de la Misericordia, en la calle de Capellanes, por la princesa doña Juana, en 1559.

El de la *Latina,* ya se ha dicho.

Habia, además:

Cuatro cárceles; la de Corte, la de Villa, la de la Corona (para eclesiásticos), y la de la Inquisicion.

Dos palacios: el real, habitado por el rey, y el alcázar viejo, que se llama de los Reyes Católicos, en la calle de San Pedro.

Los consejos y las secretarías y las altas oficinas del estado, estaban en el alcázar.

Las escribanías de la Audiencia, en la plazuela de Provincia.

Contaba Madrid dentro de si, los vestigios de tres recintos: el de la villa, el de la abadia señorial de San Martin, y el de la Morería.

Estos vestigios estaban representados por torres y restos de muros.

De estas torres sólo queda, disfrazada de tal manera que no se la conoce, la de los Lujanes, perteneciente á la puerta de Guadalajara; de la de Balnadú, que estaba con sus torres en la plazuela de Santo Domingo, no queda ni aun el nombre; pero quedan, sí, los de Puerta Cerrada, Puerta de Moros, Postigo de San Martin y la Torrecilla del Leal; el antiguo recinto le marcaban las parroquias existentes entónces.

En cuanto á coliseos, sólo habia tres: el de la Cruz y el del Príncipe, dependientes de la Corona, y el de la Pacheca, que la cofradía de las Ánimas poseia, y que alquilaba á las compañías de recitantes que pasaban por Madrid.

Las plazas eran pequeñas y las calles estrechas, de tal manera, que por la mayor parte no podia pasar un carruaje.

Todo esto ceñido, apretado por un fuerte muro, que corria desde el alcázar, pasando por las puertas de Segovia y Toledo á la de Alcalá, de allí por el Prado de San Gerónimo al Derrumbadero y puerta de Alcalá; de allí á la de Recoletos, y á la de Fuencarral y Hortaleza, al portillo de San Bernardino y á la puerta de San Gil, uniéndose al fin por la parte del Norte al alcázar.

Y dentro de estos muros, una poblacion apiñada que no bajaba de cien mil almas.

¿Qué mucho? Medina del Campo, incendiada y casi arrasada por la guerra de las comunidades, habia contado más de trescientas mil, y se calculaban ciento cuarenta mil á Valladolid.

Hemos consignado estas sucintas noticias, porque nos ha parecido que, para que nuestro libro tenga un color propio, debíamos dar á conocer á Madrid, tal como era en tiempos de Felipe II, harto distinto de lo que es hoy.

CAPÍTULO XIII.

De como almorzaron juntos, y se hicieron muy amigos, Miguel de Cervantes y Lope de Rueda, y de lo que hablaron.

Oyeron devotísimamente misa en la iglesia de San Miguel, Cervantes, Lope de Rueda, y el sargento Herédia, y despues de esto, cumpliendo Miguel la palabra que al sargento habia dado de convidarle á almorzar é invitando como era razonable y justo á Lope de Rueda, que por el gusto de conversar con Cervantes aceptó de muy buena gana, fuéronse los tres á una despensa ó bodegon ó casa de comida, como mejor queramos, allí cerca, á la Cava-Baja de San Miguel, no sin hacer ántes escala en una taberna, donde cada cual bebió su cuartillo de clarete para hacer boca.

Entónces un hidalgo entraba en una taberna con el mismo desenfado con que ahora una persona decente entra en un café.

Las tabernas eran los cafés de entónces.

No habia, pues, por qué esquivarlas.

Dígalo sino el poeta Baltasar de Alcázar, que hablaba de las tabernas como pudiera haber hablado de los lugares más decentes del mundo.

A otros tiempos, otras costumbres.

Los cafés de nuestro tiempo se van haciendo tambien incompatibles con la decencia.

De tal manera hierven de busconas, de entretenidas, de chulos al uso, de ganchos de juego, de pichones, de sietemesinos, de viejos y viejas verdes, de busca-vidas, de revolucionarios disolventes, y de no sabemos cuánta más canalla.

Los que con esta turba no quieran rozarse, tendrán que renunciar á ir á los pequeños cafés y á los pequeños teatros por *raciones*, donde por dos reales puede lucirse una butaca, y por seis un palco, y relegarse á los casinos y á los círculos.

Despues, no sabemos donde estará el refugio.

Será necesario que las personas decentes se empareden, para no codearse con la chusma, subida á mayores por el progreso y por los derechos individuales.

Todo se gasta y envejece.

Envejeciéndose, se descompone.

Descomponiéndose, se corrompe.

El bodegon á que fueron los tres amigos, tenia la misma importancia que hoy puede tener el mejor de nuestros *restaurants*, ó casas donde se dá de comer, para hablar en castellano.

Porque si, escapándonos de *restaurant*, damos en fonda, nos vamos de los franceses á los moros (*fondac*, parador), y si damos en *hostería*, hemos vuelto á los franceses (*hotellerie*).

A la despensa en que se metieron los tres, sólo concurria gente hidalga.

No hay que decir que si los manjares eran buenos, los precios eran mejores.

Se regalaron á cuerpo de rey; pagó Miguel, no sin gran enfado de Lope de Rueda, que queria ser el anfitrion, y salieron.

El sargento, pretestando que tenia que ir á ver á sus valedores, se separó de ellos.

Y Lope de Rueda, como supiese que Cervantes iba á ver á su maestro el licenciado Hoyos, para disculparse con él de que aquel dia no podria asistir, como otros domingos á su mesa, le acompañó por el deseo de saludar al licenciado, que era grande amigo suyo.

Vivia el buen Lope de Hoyos en la calle del Postigo de San Martin, en una gran casa antiquísima, donde, asistido por sustitutos, tenia, no la escuela, sino las escuelas de filosofía y letras humanas.

Item más: en el jardin, un picadero para enseñar la equitacion, y allí junto una gran sala, donde un teniente de armas daba diariamente lecciones de esgrima á los discípulos del licenciado que querian tomarlas.

Habia tambien escuela de danza, y aun de música y de recitacion.

En fin, Hoyos habia montado una escuela tan completa como el mejor colegio de nuestros dias.

Nihil novum sub sole.

Porque decia el buen licenciado, que un sabio valia tanto más, cuanto mejor educado estaba.

—Supongamos, decia, que á un bachiller en filosofía y maestro en artes, se le

invita á una cabalgata, cuando no sea á correr liebres: ¡qué brava figura que éste hará, yendo á caballo por arrobas, si no se atreviese á negarse, y cogiéndose de la bestia, sólo con que ésta, por haberle picado una mosca, se encabrite! Pues vengamos al caso de que le conviden á un sarao, y pongamos que danzar no sabe: quedaráse allá, mohino, en un rincon, para no estorbar á los que danzan y alargaránsele los dientes de avaricia al ver las permitidas licencias que gozan, si saben ser discretos y comedidos, los que, mejor educados que él, con una hermosa garzona se zangotean al compás de la alegre música. Pues dad que á este señor estudiante ponen una vihuela ó bandolina en las manos, y tiene que decir que no sabe tocarla, ni más ni ménos que si hubiese de tocar á la estrella Vénus. Pues no digamos lo que este desdichado bachiller hará, como no sea morirse de vergüenza, ó ahorcarse de limosna, si un descomedido grosero, ó tal vez por él injuriado, le abofetea los morros ó le escupe á las narices, si no sabe menear como es debido los hierros: que el sabio, por ser sabio, no ha de dejar de ser hombre, y de gozar de lo que otros gozan, ni de hacerse respetar, como todo bien nacido respetar se hace: y no me dén á mí estudiante que en esto de cabalgar no sea capaz de montarse en el Bucéfalo y hacerle mal, y que entre mujeres no dance, y taña, y baile, y entre bravoneles no le ponga la zapatilla al más pintado en las narices; y á fuera capigorrosos, záfios, y nécios, ratones de estantería, y desgano y enojo del buen gusto, que yo, ni en mi escuela los quiero, ni los querré nunca.

Así pensaba el licenciado Hoyos, y porque pensaba así tenia en su escuela cuántas enseñanzas creia debian darse á un escolar; y si tanto amaba á Cervantes, no era solamente por lo que sabia de filosofía y de letras humanas, que no era mucho, que el estudiar impacientaba á Cervantes, y poco estudiaba, sino porque con su claro ingenio adivinaba lo que no estudiaba, y hacia con facilidad versos conceptuosos, y era galan y apuesto, y tañia no mal una guitarra, y danzaba, no sin gracia, y se atrevia con el caballo Pegaso, y con la prieta ó la blanca, le plantaba en un dos por tres, y apénas compasando los perfiles, un zapatillazo al lucero del alba, donde mejor queria plantárselo.

Era, además, enamoradizo, y picante en la conversacion, y agudo, y le tenia sorbido el seso á su maestro.

—Tú has nacido para enseñar con lo que escribas, hijo mio, le decia, y no para aprender en lo que otros escribieron: y no será ciertamente lo que tú escribas *epígramas* latinos, de aquellos que cuando se escriben, los entiende Dios y el que los escribe, y luego, cuando se han borrado las especies, ni los entiende el que los lee, ni el que los escribió, ni nadie más que Dios, que lo entiende todo: y á más, que aun que tú has de brillar como un astro por las letras, á lo que se vá tu inclinacion y te lleva, es á las armas: y ya verás tú, andando el tiempo, como te se apreciará, en tanto ó más que lo que hayas hecho por la pluma, lo que hubieres hecho por la espada.

El licenciado Hoyos, partiendo de lo conocido á lo desconocido, por una sucesion de deducciones lógicas, era un profeta.

Amábale entrañablemente Cervantes, á pesar de que sólo habia cuatro ó cinco meses que le conocia, porque, apartado de su familia, en la única persona en que habia encontrado calor habia sido en Hoyos.

Habia llegado su buen preceptor, á pesar de que era avaro, á la exageracion de prestarle alguna vez dinero, que habia cobrado con suma dificultad; no porque dejara de ser buen pagador Cervantes cuando podia, sino porque no podia humanamente; que sobre tener muy escasos los recursos, era pródigo y maniroto más que dadivoso, y aficionado á las buenas cosas, y al traje galan, y á los devaneos, que siempre son caros.

Andaba, pues, siempre á la cuarta pregunta.

El maestro Hoyos, de cuando en cuando, sobre no cobrarle emolumentos por la enseñanza, le daba algunos reales, le convidaba á comer todos los domingos, y le trataba en estos convites poco ménos que á cuerpo de rey.

Esto era maravilloso, increible, en el licenciado Hoyos, teniendo en cuenta su carácter.

Los colegas de Cervantes creian que éste habia hechizado ó embrujado al dómine, ó tal vez que entre ellos habia una conjuncion de luminares.

—Si fuera *domina* el maestro, decian, tendríamos que declinar, no el *domina dominæ,* sino el *domina domini.*

Estaban, pues, celosos.

Iba contento Cervantes, porque gracias á su aventura de la noche anterior, y al cardenal Aquaviva, podia pagar al licenciado Hoyos, cuarenta y siete reales y cinco cuartos que le debia, y llevarle además, ya que no podia comer con él, porque el corazon le impulsaba á ir á esperar á San Ginés, á la misa de una, á la dueña consabida, una empanada de chochas-perdices, manjar de que gustaba extraordinariamente el licenciado Hoyos.

Compró la empanada, y grande y hermosa, que tres chochas por lo ménos guardaba bajo su dorada cubierta, en una pasteleria de la calle del Arenal, y envióla con un mozo que fuese delante á casa del licenciado, y con órden de que dijese que no sabia de quién era el regalo.

Durante el almuerzo y por el camino, Lope de Rueda y Miguel habian hablado de poesía, y de comedias, y de comediantes, y habian elogiado á este ingenio, mordido al otro, deshauciado á aquél. Rueda habia dicho, que habiéndose suspendido las representaciones en todos los dominios del rey, á causa del luto por el príncipe de Asturias, tras el que habia sobrevenido el que debia guardarse por la reina, á la corte se habia venido, para solicitar se le dejase representar autos sacramentales, que no tenian nada de profanos, y podian recitarse no embargante el luto; para lo que debia tenerse en cuenta, que él, gobernándola y dirigiéndola, sustentaba una larga compañía de comediantes de ambos sexos, que todos bajo su enseñanza y consejo, podian, por su bondad, ser vistos y oidos con suma atencion en la corte, porque no cedian á los buenísimos representantes que algunos años hacia trabajaban en los coliseos de Madrid, sin contar con la María Trinidad Abigail, que era un portento.

Al oir este nombre Miguel, dijo:

—A hebrea, por lo de Abigail, y por no tener apellido, me huele esa moza; y en verdad, en verdad que un solo punto que la ví, y por agujero bien estrecho, que me recogió la vista; parecióme hermosísima.

—Tan hermosa es, que más que provecho, sobresalto se lleva con ella y cuidados; que donde quiera que representa, los galanes se van á ella como las moscas á la miel, y desabrimientos hay y aun riñas con su tio, que es muy celoso, aun que ella no le quiere, y le hace sufrir desprecios tan grandes, como el amor y los deseos que él por ella siente. Y en lo de ser judía, teneis razon, que judía es, y rica fué, y por accidentes desgraciados á pobreza ha venido, y á tener que sustentarse con lo que representando gana. Y gracias á que yo, condolido de ella y porque lo merece, la he dado cinco partes y á su tio dos; que de otra manera, yo no sé cómo habria de salir, porque está acostumbrada á mucho y es muy dama.

—Ya se la conoce la altivez, dijo Miguel.

—¿Pues y cuándo la habeis visto vos, señor Miguel de Cervantes? que vos, cuando llegamos, no estabais abajo, ni en los corredores cuando subimos, y ella, apénas llegada al meson, se metió en su aposento.

—Habeis de saber, que el aposento que ha tomado esa señora, dijo Miguel, tabique de por medio con el que yo ocupo está, y que para mí, los tabiques de purísimo cristal se hacen, cuando hay que ver tras de ellos un prodigio humano como esa señora Abigail.

—¡Para que no fuerais vos escolar! exclamó Lope de Rueda: pero guardaos de que Rodrigo Carreño, que es el tio de esa beldad, de la que os he dicho anda enamorado sin gustos y sin esperanzas, sepa que podeis verla de claro en claro, y de todo en todo quizá, por algun agujero que con la punta de vuestra daga en el tabique hicísteis.

—Así es la verdad, dijo Miguel; y daríaseme á mí lo que de las barbas de la princesa Miramamolina de la gran Tartaria, de los enojos de ese señor... como se llame, tio de esa hermosísima Abigail, si yo de ella pudiera prendarme, que dama tengo ya, aun que no sea más que en esperanza, y ni en mi pensamiento ni en mi corazon caben dos amores á un tiempo; porque con tal ahinco amo, y con tal vehemencia, que el alma estrecha me viene aun para un solo amor, puesto que no sea correspondido.

Llegaban entónces á casa del licenciado Hoyos.

Preguntando al bedel que á la puerta habia si estaba el maestro, y habiéndoles respondido que sí, Cervantes pidió al bedel fuése á decir al licenciado, que él no iba solo, y que para pasar á verle con el famoso poeta y representante Lope de Rueda, le pedia licencia.

Fuése el bedel, y á poco bajó hasta el mismo patio el licenciado Hoyos, á recibir al ilustre huésped, que á visitarle con su amado discípulo iba.

CAPÍTULO XIV.

De cómo Cervantes se disculpó con el licenciado Hoyos, más pronto y más fácilmente de lo que lo esperaba, de comer con él aquel dia.

Deshízose en cumplimientos y en plácemes el licenciado Hoyos con Lope de Rueda, al que habia conocido tiempos atrás.

Era el licenciado Hoyos todo un dómine.

Su semblante, su expresion, su mirada, su gesto, su estatura, su manera de vestir, de andar y hasta de respirar, todo pertenecia al estilo escolar.

Hablaba de Salamanca, con la ternura con que un buen hijo habla de una madre queridísima, y fruncia el gesto á Alcalá, y se irritaba cuando álguien se atrevia á poner en parangon delante de él á la *Salmantina* con la *Complutense.*

Decia de esta última, que era el fruto de la soberbia del cardenal Cisneros; añadia, que el tremendo franciscano, con toda la increible energía de su carácter, no habia logrado otra cosa sino hacer una hijuela, una *sequentia rerum,* de sus pretendidas famosas escuelas de Alcalá.

Rechazaba en absoluto los *distingos* en esta disputa, y se iba derecho á *ergos* formidables.

Nunca estaba más satisfecho que cuando, defendiendo á su buena madre Salamanca, esforzando los argumentos, y viniendo á corolarios incontestables, enmudecia á su contrincante, y exclamaba con acento concluyente, y con una énfasis capaz de sublevar á una esquina:

—*¡ Tu taces! ¡ tu es vinctus! ¡ ergo capote!*

Y se restregaba las manos, lleno de alegría é inflado de orgullo, y relumbrándole los ojos, el buen hijo de la universidad de Salamanca.

Llevaba su sotana, su manteo y su gran sombrero de alas recogidas, con la misma prosopopeya, con la misma grandilocuencia con que hubiera llevado la púrpura si hubiera sido César.

No se le habia conocido género alguno de vicio ni de aficion, más que los libros.

Decia que él siempre habia profesado un amor heróico, un amor sobrenatural, un amor que sólo cedia en él al amor de Dios, á una altísima dama, digna, mucho más que los héroes de la Iliada, de que la hubiese cantado Homero.

Y como lo decia esto muy sério y con un grande entusiasmo, y relampagueándole los ojos aquel á quien por primera vez lo decia, le respondia:

—¿Cómo es esto, señor licenciado? ¿Vos tambien, á pesar de vuestras órdenes, os vais por tales extravíos?

—Tal es la dama á quien, despues de Dios, adoro, poco ménos que si ella *in se* y *per se* fuera Dios, que no consentiré que nadie la tilde, ni sus incuestionables méritos la niegue, y ante ella no se humilde: que ella es la hermosura de las hermosuras, la luz de la luz, y en Dios vive, y Dios no podria ser sin ella.

—¿Pero quién es esa clarísima y eminentísima señora? solia preguntar el interlocutor del maestro Hoyos.

Éste sonreia triunfante, y exclamaba:

—Esa señora egrégia, más que egrégia, divina, venerada é inmortal... es el espíritu de Dios, inspirado por su divina misericordia en los hombres, intuitivo en el alma humana, esclarecedora de las tinieblas, vencedora del error, único medio del hombre para levantarse sobre los brutos, y de ser en alguna parte semejante á Dios; esa señora, en fin, es la *ciencia.*

Y á seguida, afirmaba el maestro Hoyos que no habia más ciencia que la filosofía, porque de ella provenian *consequentemente* todas las ciencias, y que no habia que confundir y trastrocar lo que era ciencia con lo que era arte; y añadia que quien no se sabia el latin por la punta de los dedos, era un ciego que andaba por el mundo á tientas.

Vivia en su colegio, en una especie de celda, en donde se daba la vida más cómoda posible.

Comia en refectorio con los escolares que tenia internos, y que nunca bajaban de sesenta, y los trataba bien, pero esceptuando siempre las delicadezas y las golosinas.

Decia que las licencias de la gula eran casi tan perjudiciales como las licencias del lenguaje, porque si estas dificultaban la claridad y la elocuencia del discurso, aquellas dificultaban las digestiones, y hacian subir del estómago á la cabeza vapores que entorpecian el entendimiento.

Era partidario á medias del doctor Sangredo, que debia haber vivido ya por aquellos tiempos.

En cuanto un discípulo se indisponia, le sujetaba á una dieta rigurosa, y le atracaba de agua.

Sólo en el caso de que este procedimiento hidropático no diese resultados, se llamaba al médico de la casa.

El maestro Hoyos tenia, con una gran razon, un miedo cerval á los médicos.

Decia que la medicina, tal como se practicaba, le inquietaria mucho ménos, si en vez del doctor propinara los medicamentos su mula.

El órden más rígido, la organizacion más minuciosa, imperaban en las escuelas del maestro Hoyos, ya fuese en cuanto á la enseñanza, ya en cuanto á la conservacion de la vida.

En todo tiempo, la matraca despertaba á los discípulos internos del maestro, á las cinco de la mañana.

Tenian media hora para vestirse y asearse.

A las cinco y media se tocaba á capilla.

El maestro Hoyos celebraba la misa.

Despues de esto, á las seis y media, asueto.

Despues, almuerzo.

Desde las siete á las nueve, estudio.

Hasta las doce, cátedras.

A las doce, al refectorio.

De doce y media á dos, siesta.

De dos á tres, esgrima, equitacion. danza.

De tres á cinco, otra vez cátedra.

A seguida, cena.

Media hora de asueto.

De siete á nueve, estudio.

A las nueve, matraca y silencio.

Los jueves y los domingos, y los dias de fiesta, salida desde despues de la comida hasta la hora de la cena.

Los sábados, en vez de la cátedra, por la tarde, el rosario.

Los jueves y dias festivos, por la mañana, asaltos en la sala de armas, ejercicios ecuestres en el picadero, danzas en el gran salon de recibimiento, ó ensayos de las comedias ó autos que habian de representarse el primer domingo de cada mes, con asistencia de parientes de los alumnos y convidados del maestro.

Aquel mismo domingo, por la noche, ejercicios científicos y literarios, con algun aumento en la cena, lo que venia á ser un *gaudeamus,* una especie de *ambigú,* como se decia ántes en francés puro, ó de *buffet,* como todavía en francés puro se dice hoy.

El maestro Hoyos habia inventado para esto un nombre, y lo llamaba *refaction grata.*

Además, los dias de fiesta habia una variante en el maestro Hoyos.

Almorzaba y cenaba con sus *carísimos* discípulos en el refectorio, pero comia en su cuarto, teniendo siempre á su mesa á algun amigo tan docto como él, y alguno ó algunos discípulos, lo cual era para todos un grande estímulo; primero, porque se comia muy bien y se bebia mejor en la mesa particular de dia festivo del maestro, y despues, por el alto honor que reportaba el ser convidado por el maestro á su mesa particular.

Como además de todo esto, el maestro Hoyos era jovial, y de carácter dulce y benévolo, sus discípulos le adoraban.

Despues de los cumplimientos, y de haber sido elevados Cervantes y Rueda al estudio de Hoyos por este mismo, Cervantes le dijo:

—Siéntolo en gran manera, mi queridísimo maestro; pero sin ser yo poderoso á evitarlo, voy á daros un disgusto.

—Pues no me lo dés, dijo severamente Hoyos, porque tú no puedes disgustarme sino cometiendo una mala accion, y en las malas acciones no debe dar nunca un hombre como tú.

—Si yo os disgustara pudiéndolo evitar, dijo Miguel, habria dado en una mala accion por la que no dejaria de tener remordimiento toda mi vida.

—¿Pero qué es ello, qué es ello? exclamó de todo punto cuidadoso, y con un tanto de severidad el licenciado.

—Pues ello es, que hoy no puedo honrarme sentándome á vuestra mesa, dijo Miguel, porque en albricias y alboroque de mi conocimiento con el señor Lope de Rueda, rey de nuestros recitantes, con él, y con otro amigo, almorzado hemos, y y de tal manera, que bien creo no sentiríamos necesidad, aunque no comiésemos en tres dias, y despues porque de anoche á hoy asuntos graves me han salido al paso, y tengo que correr tras ellos.

A contestar iba, no sabemos si de buen ó mal humor, el maestro Hoyos, cuando su viejo bedel asomó la cabeza á la puerta y dijo:

—Señor maestro, monseñor el cardenal Aquaviva ha llegado, y solicita que le recibais.

—¡En mi casa el ilustrísimo cardenal monseñor Aquaviva! exclamó asombrado estremeciéndose todo de sorpresa y de satisfaccion el licenciado, ¡pronto... pronto! ¡al paraninfo! ¡al paraninfo!

Llamaba el maestro Hoyos paraninfo, como si su casa hubiera sido una universidad, á un mediano salon medianamente ornamentado, donde en las ocasiones solemnes y delante de convidados, tenian sus discípulos ejercicios científicos ó literarios.

Despues de esto, y sin tener en cuenta que allí estaban su *amado discípulo* Miguel de Cervantes, y el buen poeta y gran cómico Lope de Rueda, escapó todo aturdido.

Necesitaba arreglarse un tanto, en cuanto pudiera hacerlo brevísimamente para no hacer esperar á monseñor, y los momentos eran preciosos.

No podia gastarlos en cumplimientos.

—Pues estamos ya perdonados, y aptos para hacer de nosotros lo que queramos, señor Miguel de Cervantes, dijo Rueda: allá vá el bueno del licenciado Hoyos, que no cabe por las puertas de su casa.

—Pues veamos nosotros si cabemos por las que hay que pasar para salir á la calle, dijo Miguel, pues que yo he cumplido ya con mi maestro, y no puede tomar á mal que nos hayamos ido, y por despedidos cumplidamente debemos darnos; que no se despidió de nosotros tan cortesmente como él lo acostumbra por su mucha crianza; causa de ello ha sido la turbacion en que le ha puesto la inesperoda honra de esa ilustrísima visita.

Y Cervantes tomó la salida de una manera segura, como quien tan bien conocia la casa del maestro Hoyos.

Lope de Rueda le siguió.

Muy pronto se encontraron en la calle.

—Si hiciera buen tiempo, dijo Miguel, nos iriamos, si es que vos no teneis otra cosa mejor que hacer que estar á mi lado, señor Lope de Rueda, al jardin de la Priora, ó á las huertas de la puerta de Segovia; pero como el frio es grande y el agua no poca, metámonos, si os parece, en una muy honrada taberna que á pocos pasos de aquí encontraremos, y allí, en un aposentillo aparte, estaremos al abrigo de la inclemencia del tiempo, beberemos lo que baste para disculpa de la ocupacion del sitio, y vos me direis algo que yo quisiera saber de vos; digo otra vez, si nada os llama á otra parte.

—No, que allá se queda en el meson persona de confianza, que lo arregle todo sin que yo haga falta: que á más de mi mujer y de mi sobrina. Abigail es mujer dispuesta.

—Pues de esa Abigail quiero yo preguntaros, dijo Miguel.

—Ya me lo figuraba yo, dijo Lope de Rueda; pero no tomeis á mal que yo os diga que no volvais á acordaros de ella; que esa flor, tan hermosa como ella es, fuerza es dejarla por no ser herido por sus punzantes espinas.

—Más en curiosidad me poneis con lo que habeis dicho, contestó Miguel; y pues ya á la taberna hemos llegado, en ella entremos, si os place.

—¿Cómo no ha de placerme, si con vos entro? dijo Lope de Rueda.

Y entró, siguiendo á Miguel, en una gran taberna de la calle del Postigo de San Martin, que hacia esquina á la plazuela de las Descalzas Reales.

Metiéronse en un aposentillo, cuya ventana enrejada daba á la plazuela, y Miguel pidió un jarro de vino.

CAPÍTULO XV.

De cómo se resguardaron del mal tiempo Miguel y Lope de Rueda, y de la sabrosa conversacion que hubo entre ellos.

Allí estaban verdaderamente abrigados, y por la ventana veian como caia la lluvia, y como, á causa de ella, iban apresuradamente los transeuntes.

Eran, cuando más, las once de la mañana.

Hasta la una en que debia ir á San Ginés, á donde era de presumir no faltaria á la cita, la dueña doña Guiomar, nada absolutamente tenia Cervantes que hacer.

En dos horas se podia hablar mucho.

Realmente no interesaba gran cosa á Cervantes el tener noticias de Abigail.

Servia esto en aquella ocasion á Cervantes de pretexto, para retener en su compañía al bueno de Lope de Rueda.

Habia en ello un tanto de egoismo, y un mucho de la necesidad que Cervantes tenia, como todas las criaturas expansivas, de comunicarse con personas que le fuesen simpáticas, ó por lo ménos agradables.

No gustaba de la soledad sino cuando estudiaba, escribia ó meditaba, que era la mayor parte de su tiempo.

Pero Lope de Rueda no podia creer otra cosa, sino que Cervantes se habia prendado de la hermosísima Abigail.

Esto le habia puesto en cuidado.

Como veremos más adelante, la bella y altiva judía era una mujer peligrosa, sino por sí misma, por las circunstancias en que se encontraba colocada, y Lope de Rueda, que habia estimado á Miguel ántes de conocerle, por sus versos á la muerte de la reina doña Isabel de Valois, y que le habia estimado mucho más en el breve tiempo que habia pasado desde que le habia conocido, queria librarle de malas aventuras.

—En las compañías de comediantes, dijo Lope de Rueda, no se repara mucho, señor Miguel, en las cualidades morales, ni en el carácter de los que las componen.

—Atiéndese más á su valía como cómicos, dijo Miguel, y esto es natural: pero con muy mal prefácio me venís, cuando noticias os demando de la dama de vuestra compañía, que yo creo que ella lo es.

—Y la primera, y con mucha ventaja á las otras, dijo Lope de Rueda; y vamos á ver, y para que podais conocer hasta qué punto es maravillosa en el arte de representar comedias Abigail: ¿quereis vos seguir un auto sacramental que para ella habia yo empezado, y que por ser para ella he intitulado «la hermosa Abigail?»

—Tendria yo á temeridad nécia, dijo Miguel, continuar una obra por vos comenzada, aunque la continuara con vuestra asistencia y consejo.

—No digais eso, respondió modestamente Lope de Rueda, que aunque yo tenga mucha fama porque soy viejo, y vos no tengais mucha porque sois jóven y comenzais, yo me veo junto á vos, en lo tocante á las letras, tan pequeño como una hormiga junto á un elefante.

—Favorables juicios son esos que de mí haceis sin que yo los merezca, dijo Cervantes; pero dejando aparte lo del auto sacramental, que yo no lo haria en diez años, y malo, y vos le echareis fuera, y bueno, en veinticuatro horas, decidme: ¿por qué de una manera tan desfavorable me habeis hablado de la señora Abigail?

—No es de ella de quien yo desfavorablemente hablo, sino de las malas circunstancias en que la triste se encuentra. Que ella, y si yo no lo afirmara seria un pícaro y un maldiciente, digno de toda reprobacion y castigo, tan honrada es como hermosa, y tan buena como altiva; pero tiene la desdichada la maldicion de su casta y de *su mala sangre*, porque ya os he dicho que, aun que cristianada, es judía.

Pues en más ganas me poneis, dijo Miguel, de informarme de lo que es ó haya sido.

—Esa es una historia, dijo Lope de Rueda, y una historia misteriosa.

—Pues venga, si es que no soy indiscreto al pedirosla, dijo Miguel, que el dia no está para otra cosa mejor, que para solazarse con los peregrinos lances de una historia misteriosa, oida de la boca de un hombre como vos, tan respetable como vos por sus méritos y por la honestidad de sus costumbres, como por su edad y su experiencia, y bebiendo un *tantis cuantis* de buena sangre de cepa, lo que baste para entretenerse sin llegar á embriagarse.

—Pues que vos lo quereis, mi jóven amigo, (que bien creo que mi amigo puedo llamaros), voy á referiros lo que sé de la historia de Abigail, dijo Lope de Rueda.

Y como Miguel hubiese llenado los vasos, el anciano comediante poeta bebió un sorbo del suyo, limpióse la boca, quedóse por un momento pensativo y luego dijo:

—Andaba yo los años pasados por la Mancha con mi tropa, representando por los lugares grandes.

No nos iba mal.

Sacábamos buenas partes, y estábamos alegres y satisfechos.

Comíamos bien, y no estudiábamos, porque nada nuevo se hacia.

Con el caudal de comedias y farsas y entremeses y autos que llevábamos, habia lo sobrado para hacer cada tarde, en cada pueblo que parábamos, aunque en él estuviésemos dos meses una funcion, que para el pueblo era nueva y nunca vista.

Pero nunca hemos parado en un pueblo más de quince dias, habiendo muchos, en que con una sola funcion hemos acabado nuestro negocio, que á la otra, nos hubiera escuchado el corral ó portalon de posada en que la hubiéramos representado.

Gracias si en la gran Sevilla hemos podido permanecer dos meses; que la gente, donde más hay, más está dada á vicios, y más pervertida, y más embrutecida, y ni de poesía ni de representaciones entiende, ni la gusta ir á donde sus vicios y desórdenes son reprendidos: que á más de que la censura y singularmente la de la Inquisicion, castigan y depuran lo perverso que en las comedias que han de representarse ó darse á la estampa aparece, nunca (Dios sea loado), he escrito ñada que digno de un hombre honrado y buen cristiano no sea, ni obra de otros ha recitado mi compañía, que haya podido ofender á las orejas castas, ó á nuestra santa religion, ó las buenas costumbres: y ya sabeis que con la peste que se nos ha echado encima de Lutero y de Calvino y de sus secuaces, y con la mala filosofía que viene de Alemania y de Francia, y aun de Italia, todo anda pervertido y mudado y en términos de escándalo de que Dios nos saque con bien; pues si esto sigue, no habrá quien á mí me persuada de que no anda suelto entre nosotros el Antecristo.

—En verdad, en verdad, dijo Miguel, que prostituyéndose van de tal manera

las letras y las artes, y tales suertes de impúdicas licencias, y de aventuras nécias é increibles andan en manos de todos, en los libros de caballería que de Francia nos han venido, y en las bucólicas y églogas que de Italia nos vienen, y tal van las gentes aflojando en la fé con las conclusiones heréticas de luteranos, calvinistas, hugonotes y toda la demás caterva de condenados que por todas partes bullen, que necesario será que el mismo Dios ponga la mano en ello, si es que su Divina Majestad no quiere que sea, y que venga pronto, la fin del mundo.

—Dejad, señor Miguel, dijo Lope de Rueda, que ahí está el celoso y justo tribunal del Santo Oficio de la General Inquisicion contra la herética pravedad que á centenares quema á los herejes, y con el fuego de la justicia con que la indignacion divina apaga el otro fuego del infierno que tanto ha prendido en Alemania, y principalmente en Inglaterra; y ahí está el rey nuestro señor, que antes consentirá que le arranquen la corona, que el qué, siendo conocido un hereje en sus universales dominios, no sea reducido á cenizas; y ya vereis como esa peste herética no cunde entre nosotros, que si en otras partes ha cundido, culpa ha sido de los príncipes y de los magnates.

—La política ha sido la causa de esto, á lo que yo entiendo, dijo Miguel; que no les sabe bien á los monarcas estar por lo de católicos, bajo la férula del Papa, ni que el Papa se llame rey de reyes, y se entrometa en los asuntos que cada cual tiene en su casa; y si Roma se fuera más á la mano en su ambicion, (y no se me tome esto que digo á heregía), ménos inconvenientes hubieran sobrevenido, y más en paz estaria el mundo; que no todos los imperantes son como el clarísimo é invicto César don Cárlos, que sin dar en la heregía supo tener á raya á Roma, y enseñar al Papa que cada uno en su casa, y Dios en la de todos: que este y no más era, y es, y será el negocio.

—Muy profundo pensais, señor Miguel, dijo Lope de Rueda, para ser tan jóven; y afírmome en mi parecer de que con el tiempo habeis de honrar á vuestra patria, siendo uno de sus mayores ingenios, y aun de otras tierras.

—Dios os haga buen profeta, aunque bien yo veo que de benevolencia veis en mí, lo que yo no veo ni espero, aunque la ambicion de las grandes cosas siento, ni nadie ha visto, ni verá.

—Dirálo el tiempo, repuso Lope de Rueda, mirando profundamente á Miguel. pero vengamos al propósito de nuestra conversacion; esto es, á las noticias que vos deseais de Abigail.

Habíamos acabado de representar en Daimiel, y como al otro dia empezase la féria de Argamasilla, sin quitarnos los disfraces, porque habíamos de caminar toda la noche y parte del otro dia y representar en cuanto llegásemos á Argamasilla la misma farsa, nos pusimos en camino.

La farsa, que tenia algo de auto sacramental, se llamaba «*La Muerte,*» y habia acompañamiento de diablos y otras mugigangas espantosas, que parecian muy bien, y traian mucha gente á las representaciones; que yo estoy convencido de que al público le entra más la representacion por los ojos que por los oidos; que el vulgo que no pasa de lo que vé, es más que los discretos, que ven mundos

donde nada vé el vulgo, y por lo tanto, el que haya de representar en los coliseos, debe cuidar de que haya en el teatro de la mentira, mucho de lo que, deslumbrando, se mete por los ojos, y no poco de lo que, llegando al alma, la enseña, con una saludable ficcion que á la verdad se parece.

—Vos pensais muy bien, señor Lope de Rueda, y así la fama ha conocido vuestros méritos, escribiendo vuestro nombre tan alto en los frontispicios de su templo inmortal, que allí han de verle por siglos de siglos, los que tras nosotros vinieren.

—Ahora me toca á mí deciros, jóven, replicó Lope de Rueda, que Dios quiera haceros buen profeta; aun que por lo tocante á la gloria de acá abajo, dígoos en verdad que me importaria muy poco el saber que cuando yo muriera habian de olvidarse de mí todos, como si nunca nada hubiese hecho, ó como si jamás hubiera existido: que si yo aprecio en vida la poca ó mucha fama que mis obras me han dado, es porque la fama de un hombre, tráele el óbolo de los otros que á escucharle corren; y no es esto codicia por mí, Dios lo sabe, sino por los desdichados que conmigo llevo y á quienes como hijos miro, y como buen padre trato.

—Siempre he tenido por cierto desde que uso de razon tengo, dijo Miguel, que no puede haber gran ingenio sin mucha virtud; que no quiere Dios levantar por una parte el alma de un hombre y humillarla por otra: y si bien ha habido hombres de ingenio y grandeza rarísimos, que como César, hicieron sus vicios y sus oscuridades tan grandes como su ingenio y su valor, escepciones son estas, y no reglas; y á la regla habremos de atenernos si perdernos no queremos en el error y la duda, y mirar las escepciones como dón que Dios permite para que se vea que todo puede estar en todo. Pero continuad, señor Lope de Rueda, que ántes de la una habré yo de estar en donde, para cierto efecto, hago falta, y si no nos vamos en derechura al asunto, paréceme que no habreis tenido tiempo de acabar vuestra historia.

—Si así fuere, quedaráse la prosecucion para otro dia, que no vengo yo por horas, sino por mucho tiempo á Madrid; y sólo con el que pasará desde que yo pida licencia para representar autos sacramentales, hasta que me la concedan, le habrá no sólo para relatar la parte que yo sé de la historia de Abigail sino para narrar la de Carlo-Magno, junto con el cuento de los Doce Pares.

—Esto no obstante, dijo Miguel, estoy impaciente por saber algo de esa señora.

—Pues allá vá, dijo Lope de Rueda, y si vos no quereis que el tiempo se nos pase en comentarios, no saqueis vos uno de cada una de mis palabras.

—Prometo callarme, dijo Cervantes.

—Pues oid, amigo mio.

Y Lope de Rueda, tomando otro sorbo de vino, continuó de esta manera.

CAPÍTULO XVI.

En que Lope de Rueda empieza á contar á Cervantes la historia de Abigail.

—Bien provistos de vituallas, y sobre todo de vino, que sin vino mis comediantes no saben dar un paso, ni sin armar camorra á cada paso que dan, salimos con los tres carros que entónces teniamos, y ya bien entrada la noche de Daimiel.

La oscuridad era grande.

El tiempo récio.

El camino mal seguro.

Andaba en aquel entónces por la Mancha, un famoso bandolero, que decia, que el rey de España no era rey sino donde él no estaba.

Llevaba poca gente consigo, pero brava, y capaz de cualquier empresa por temeraria que fuese.

En vano daban trás él los cuadrilleros de la Santa Hermandad.

Se reunian en gran número pero esto no aprovechaba.

Don Luis de la Bañeza, que así se hacia llamar este capitan de salteadores, ó rey de la tierra sobre que estaba, como él decia, burlaba á los alcaldes de los pueblos, y á los de la Santa Hermandad; esquivaba el combate sin huir, cuando el número de sus enemigos era excesivo, y cuando no era más que un doble del de su gente, los acometia y los vencia, quedándose con alguno, para pedir por él un rescate que por lo ménos le pagase la pólvora que en el combate habia gastado y la fatiga y el cuidado de los heridos y el entierro de los muertos.

Que como los malhechores eran bravos, y no mancos ni tímidos los cuadrilleros, siempre que se agarraban habia muertos y heridos por una y otra parte.

Era este don Luis de la Bañeza, un hombre muy extraño, del cual se contaban cosas muy peregrinas.

Se decia que le amaban los buenos, y que le temian los malos.

Que jamás habia atropellado á casada, viuda ni doncella, ni consentido que ninguno de los de su gente las atropellasen.

Que jamás habia talado ni incendiado hacienda ó casa de hombre bueno.

Y sobre todo que jamás habia profanado iglesia, ni robado, ni hecho daño alguno á persona sagrada.

Añadian que un dia á la semana, y como si verdaderamente hubiese sido un

rey, daba audiencia á todo el que iba á buscarle, y si tenia razon en su querella, la tomaba sobre sí y hacia justicia al querelloso.

Pero si el que se quejaba era un pícaro, que calumniaba á otro, por tomar de él una injusta venganza, don Luis, averiguada que era esta calumnia, buscaba al calumniador, aunque en los antros de la tierra se ocultase.

Llamábanle, pues, el bandido justiciero, el magnánimo, y le amaban los buenos y le temian los malos.

Pero como él hacia sus buenos hechos contra lo que mandaban las leyes, la justicia le perseguia.

A pesar de que la loa pública, no decia más que divinidades del señor don Luis, habia quien por lo bajo sonrugia que este señor extraño, habia hecho y hacia cosas muy detestables, sin duda en momentos de mal humor.

Yo sabia demasiado que el vulgo abulta las cosas y las exagera.

Que todo lo otorga, ó todo lo niega.

Yo habia oido hablar muy bien de don Luis á muchos.

Pero tambien habia oido decir á no pocos que don Luis era un soberbio y un malvado, y que no se perderia nada con que un dia le entrecogiese la justicia y le ahorcase.

Íbamos, pues, mis comediantes y yo con cuidado, atravesando un pinar muy espeso, por donde, á dos leguas de Daimiel, corre el camino que lleva á Argamasilla.

Los cascabeles de nuestras mulas y el chirriar de las ruedas de nuestros carros, se oian en medio de un silencio profundísimo, que no interrumpia ni aun el canto del cuclillo, porque era una cruda noche de agua y ventisca.

El frio era tal y tan grande, que á pesar de las mantas en que íbamos envueltos, y de los colchones sobre los cuales reposábamos, no podíamos resistirlo.

Angélica, que era la primera dama, ántes de que en la compañía entrase Abigail, que fué aquella misma noche, como vereis, chillaba, y decia que aquello era tratar como á perros á los recitantes, y llevarlos muriéndose, á ganar algunos miserables maravedises; y se deshacia en maldiciones y en improperios contra mí, como si todos no hubieran participado de las ganancias y más ellos que yo, y más que todos la Angélica, que era la niña mimada, la tirana de la compañía y como si por todos no se hubiese determinado hacer la jornada aquella noche, para llegar el primer dia de la féria á Argamasilla, y poder representar aquella tarde, y en cuanto llegásemos, nuestro auto sacramental.

Yo hacia oidos de mercader y dejaba chillar, y decir disparates y sacrilegios á la Angélica que no sé porqué la pusieron este nombre ó se lo puso ella, que el diablo que averigüe cual es el verdadero nombre de muchos comediantes, y más particularmente comediantas, porque con estos tales hay que tener más paciencia que Job; y ya los conocereis bien, si un dia vuestro ingenio os lleva á hacer comedias, que sí os llevará, y los conocereis.

El Angel del juicio final, por otro nombre *Periandro*, por otro nombre

Garrotillo, y de nombre de pila y de familia Diego Calvete, abrigada la cabeza con una gorra manchega de piel de conejo, liado en un gaban, y con unas viejas botas altas para defenderse del lodo, iba llevando del morro la mula de guia de nuestro carro, que marchaba el primero.

Le he llamado el *Angel del juicio final*, porque esta parte hacia en el auto, y con el traje de tal, solamente desenganchadas las alas, iba guiando.

Pero llevaba colgada por un cordon, del hombro izquierdo, la trompeta del juicio.

Detrás, guiando otro carro, iba *la Muerte*, y por último, conduciendo el tercero *Belcanafor*, demonio de las tentaciones y de la lascivia.

De improviso la Angélica dió una gran voz, diciendo:

—¡Párate, Periandro! que se paren los otros, que luces he visto temerosas cruzando allá abajo por entre los pinos, y mucho será que no tengamos encima una negra aventura.

Yo que, abrigado por una gran manta, estaba adormilado en un rincon del primer carro, donde iba la Angélica, desperté á sus voces, y noté que no se oian ni las campanillas de nuestras mulas, ni el chirriar de las ruedas de nuestras carretas.

El *Angel del juicio final*, la *Muerte* y el demonio *Belcanafor*, habian parado los carros que guiaban.

Oí á la Angélica que continuaba chillando, y la pregunté que qué era aquello.

—¡Los diablos que me lleven! me contestó; mal hicimos en ponernos en camino de noche, y para lugar de féria, que al olor de los feriantes debe de andar por estos contornos ese condenado de don Luis de la Bañeza.

Noté yo que la Angélica pronunciaba con un cierto terror particular el nombre del salteador, y la pregunté:

—¿Y qué te vá á tí, hija, en que por estos sitios ande don Luis, si dicen que es un malhechor que nunca hace sino mucho bien, y de tal manera hace justicia, que dá ejemplo á la justicia del rey nuestro señor?

—Dios nos libre de ladron tan humano y tan justiciero, dijo Angélica.

Y se calló como quien no quiere hablar de una cosa, y cree que sobre ella ha hablado en demasía.

Yo me puse en cuidado.

Para mí era indudable que Angélica conocia á don Luis de la Bañeza.

Más aun, que entre ellos habia habido alguna historia muy grave.

Miré, y ví que en efecto, allá á lo léjos, entre el pinar y tal vez sobre el mismo camino que seguíamos, relumbraba una luz rojiza que parecia la de un hacha de viento.

Echéme fuera del carro, y adelanté solo hácia donde la luz brillaba, sin que nadie osase seguirme.

Pero dejadme que descanse un momento, y que ordene mi relacion para lo que sigue, que merece capítulo aparte.

CAPÍTULO XVII.

En que Lope de Rueda hace, sin género alguno de pretensiones y en resúmen, un artículo de crítica sobre la novela, al cual pone algunas anotaciones Cervantes.

Escuchaba Miguel con una grande atencion, y como ocupada, como excitada su imaginacion con lo que oia.

Parecia que le dominaba un sueño que sentia despierto.

Guardó algunos instantes silencio Rueda, con la mirada profunda, fija en Cervantes.

—Apostaria, dijo al fin sonriendo, que un dia sacareis vos una novela de estas aventuras.

—Bien quisiera, dijo Cervantes, y haríalo, é incontinenti, si me atreviera á ello; que yo tengo para mí que una buena novela, tal como yo pienso que debe ser una novela, es la obra más grande que puede hacer el entendimiento humano; porque en la novela hay que contar las cosas de la vida como ellas son, y de tal manera, que siendo el sujeto fingido, parezca verdadero; y con esto, que la fábula sea ingeniosa y entretenida, y que cada una de las personas, obre y hable como su condicion y genio y los sucesos que le avengan lo requieran, y que al mismo tiempo que deleite, enseñe; y si por acaso crímenes y maldades en la novela se pintasen, se pinten tan bien, que espanten al que lea con su fealdad y sobre ellos venga la justicia y el escarmiento en cabeza ajena y fingida del que leyere; y con esto hánse de mezclar buenas acciones y virtudes de personas tan buenas como perversas se haya pintado á las otras, para que así la enseñanza sea provechosa; y si no la novela no valdrá nada ó será una sarta de disparates, ó una mala y contagiosa peste que las costumbres vície y corrompa, y sea, más que medicina y recreo, veneno y escándalo para el que la leyere.

—Muy cuerdamente habeis hablado sobre la novela, señor Miguel, dijo Lope de Rueda, y yo creo que con el tiempo habeis de escribirlas tales, que ejemplares las llameis vos, y que por ejemplares las tengan los que las leyeren y por tales se las reciba aun despues de muerto vos, y de generacion en generacion, miéntras dure la habla castellana.

—Mucho me ponderais vos, y á mucho me alentais, dijo Miguel, y oyéndoos, siento que me nacen alas; pero temo mucho que de cera sean como las de Ícaro, y que, volando con ellas hácia el sol, éste, con sus ardientes rayos, las derrita, y despeñado caiga yo en un abismo donde para jamás volver á aparecer caiga.

—Dejemos andar el tiempo que Dios dirá, repuso Rueda, y no desconfieis tanto de esas alas que decís sentir que os nacen, y que tal vez no son de cera como vos temeis, sino de águila caudal, que batan poderosas el aire, y os levanten á altísimas regiones desconocidas.

—No quiero creeros, señor Lope de Rueda, á pesar de lo respetable que es para mí vuestro juicio, porque si os creyera, desvaneceríame y daria en la vanidad de la soberbia, que seria lo mismo que dar en la nada.

—Libros se han escrito siempre, y libros principalmente de historia y de novela, que no es otra cosa que una historia ficticia, tan semejante á la verdad, que por verdadera se la tenga, y estos tales libros seguirán escribiéndose; que no parece sino que al hombre no le basta para satisfacer la voracidad de su alma con sus sucesos propios y los de su tiempo, que él vé con sus ojos y toca con sus manos, sino que necesita que le cuenten vidas ajenas aunque sean imaginadas, ó añejas historias, contadas por quien no vió los sucesos, y tomadas de otros que ántes á pedazos las escribieron, y sabe Dios, cómo, y con qué prudencia, fidelidad y entendimiento: y así es, que por ahí andan trastrocando á todo el mundo, que las cree verdaderas, las crónicas de Turpin, la historia de los Doce Pares de Francia, y las de tanto y tanto caballero andante, que no parece se han formado dentro de cabeza racional, sino en una olla de grillos: y no son lo más malo, pues, sus disparates que nunca sucedieron, ni pudieron suceder, ni los encantos, ni tanta y tanta baraunda de mentiras increibles, de gigantes partidos por la mitad, de puentes y torres derruidas por una sola mediana espadada de tal ó cual formidable caballero, ni las doncellas andantes, como sueltas cabras, ni los magos bellacos, comparados con los cuales los sátiros de la fábula son unas personas castas, sino tanta liviandad é indeceneia como en los tales perversos y disparatados libros se contienen. Pues no digo nada de la poesía que perdida anda por esos trigos de Dios, y buscando sus imágenes y sus ejemplos, en aquello á la vista de lo cual debian cerrar los ojos con desgano todos los que fueran bien criados; ni nada tampoco digo de las farsas de los pasillos y de las comedías, que allá por lo malo y por lo vedado se meten como borrica por centeno. Y como todo lo que es perverso y falso, de vicios del entendimiento y de las costumbres nace, y Dios hace que tras las grandes podredumbres vengan las grandes purificaciones, yo tengo para mí, que tras estos libros disparatados y ponzoñosos, han de venir, y no tardando mucho, otros que ingenios sanos escriban, y que deleiten é instruyan al que los leyere, y en vos veo disposicion más que en ningun otro para escribirlos, y levantar en ellos vuestro nombre hasta las estrellas.

—Confieso que me habeis dado mucho en qué pensar, dijo Cervantes, y mucho más en qué sentir: que abierto me habeis el apetito, y sin fuerzas créome para comer el sabroso fruto del eterno árbol de la fama. Pero seguid, si descansado habeis y os pareciere, con vuestro cuento ó historia, señor Rueda, que os confieso que me teneis con el ánimo suspenso y la curiosidad abierta.

Bebió un nuevo sorbo de vino el anciano poeta, y luego continuó de esta manera:

CAPÍTULO XVIII.

En que continúa y se suspende la historia de Abigail.

—Nunca fui yo espantadizo, que si lo fuera, no me aventurara por aquel negro y pavoroso pinar, hácia aquella luz que amenazaba alguna tremenda aventura.

Pero así como el capitan de una nao debe sondear las aguas en que navega, para evitar los arrecifes en que aquella encalle y se abra, y los marineros, y los pasajeros y la chusma de infelices forzados perezcan, así yo, capitan de una tropa que de todo tenia, de gente buena y de *non sancta,* debia aventurarme para librar á los que á mi cargo iban de un peligro que no se sabia el que fuese, y que, por lo mismo, debia evitarse.

Acerquéme, y tanto más lenta y cautamente cuanto más me aproximaba, y al poco tiempo distinguí, allá, en lo profundo del pinar, y merced á la triste claridad del hacha de viento que uno de ellos llevaba, algunos hombres á caballo, y tan bien armados, á juzgar por los destellos que de sus propias armas sacaba la antorcha, que no parecia sino que eran soldados del rey nuestro señor, y de los buenos.

Bien pudiera ser que esto fuese, y que á Argamasilla se encaminaran para resguardar á la mucha gente que acudiria á la féria, que era muy famosa, particularmente por las muchas y buenas bestias que en ella se presentaban, compitiendo á porfía los ganaderos; y tanto más podia creerse que aquel fuese un resguardo que los del pueblo habian pedido á su majestad, teniendo en cuenta que, por aquellos tiempos, andaba por aquellos campos el malamente célebre y á hurto llamado don Luis de la Bañeza, que dias ántes habia hecho algunas cosas récias, ó tal vez aquellos jinetes tan bien apercibidos, eran los del dicho don Luis, que al reclamo de la féria acudia á hacer de las suyas.

Inquieto me llevaban estas imaginaciones y estas dudas, pero cumpliendo mi obligacion, adelante iba, no embargante la prudencia; que resuelto estaba á volverme rápidamente, si señales claras de peligro veia, y llegar á los mios, y sacándolos de los carros, y desenganchando las mulas y quitándolas los collares de cascabeles, trasconejar á personas y á bestias entre los pinos, tomando la via á la ventura, encomendándonos á la providencia de Dios.

Pero aconteció lo que yo no podia figurarme.

Y fué, que un muchacho, casi idiota, que con nosotros iba, y que servia para tocar el tamboril y la gaita, disfrazado raramente á la puerta de las posadas donde dábamos en los pueblos las representaciones, sin saber lo que hacia, el desdichado, viendo que yo solo adelante me iba hácia aquella luz temerosa que á lo léjos brillaba, y por el mucho amor que á pesar de su idiotez me tenia, echóse del carro en que iba abajo hácia donde yo estaba, ó más bien hácia donde la luz brillaba, que á mí, á causa de la densa oscuridad no me veia, se arrojó á la carrera tan rápida y tan ligeramente, que yo, aunque debió de pasar junto á mí, ni le vi, ni le sentí, ni de él me apercibí, hasta que le ví allá, entre los armados.

Llevaba *Bobainas*, que así llamábanle mis comediantes, y no de otra manera, un disfraz de murciélago, con un artificio en la espalda, que le permitia desplegar sus grandes alas, y batirlas, y tanto le agradaba al pobre niño este disfraz, por el grande efecto que en los que con él le veian causaba, que se volvia loco de contento cuando de murciélago se le vestia, y redoblaba en el tamboril, que no parecia sino que para este oficio le habia echado al mundo Dios, y al mismo tiempo cantaba y se reia, y á causa de él y de sus inocentes simplezas, si habian de entrar cien personas á la representacion, entraban ciento cincuenta.

Yo cuidaba de él como si hubiera sido mi hijo, por la compasion que me daba su idiotez, y él, dejando de ser para este solo afecto idiota, lo reconocia y me lo agradecia y como á su padre me amaba, y á mí venia con sus alegrías ó con sus necesidades ó con sus penas, que no eran otras que algun mal tratamiento que le daban algunas almas de hereje que en la compañía venian.

Sin discernimiento el triste, y por tánto, sin conocimiento del peligro, en cuanto se vió entre los armados, que no bajaban de veinte, alegróse con el brillo de las armas, con la belleza de los excelentes caballos, y con la gallarda apostura de los jinetes, y empezó á batir las alas y á golpear en su atambor que consigo llevaba.

Espantados de aquella aparicion extraña los caballos, y sobrecogidos de aquella vision imprevista los jinetes, se alborotaron, y se descompusieron, hasta que conociendo uno de ellos que aquello que les habia espantado, no era otra cosa que un muchacho vestido con una botarga, le echó el caballo encima, y le atropelló.

Habia yo previsto el peligro en que el pobre Joseito Bobainas se habia puesto, y olvidándome de toda prudencia, y sin mirar más que á salvar á aquella pobre criatura, desheredada por Dios de todo conocimiento, dí á correr hácia los armados, gritando:

—¡No le hagais daño, que es un pobre imbécil: mirad que es el bobo de mi compañía de farsantes! ¡de la compañía de Lope de Rueda!

Yo confiaba en mi fama, y tal vez hubiera sacado á salvo á Joseito, si éste, con el ruido de su tamboril, no hubiera impedido que los salteadores oyesen mis voces.

Porque, en efecto, aquellos armados eran los de la tropa de don Luis de la Bañeza que con ellos estaba.

El mismo don Luis habia sido el que habia echado su caballo sobre Bobainas.

Cuando llegué encontré al pobre niño todo encogido por las ánsias de la muerte, y cuando me arrojé sobre él para socorrerle, espiró.

Limpióse el buen Lope de Rueda dos gruesas lágrimas que habian rodado por sus mejillas, áridas ya por la edad, y continuó:

—Perdonad, señor Miguel, dijo, pero cuando me acuerdo de aquel desventurado, las lágrimas se me escapan de los ojos.

—Honran las lágrimas, que no desdoran, al que por las desdichas ajenas las vierte; que indicios son de que tiene corazon que siente, y es capaz de grandes cosas.

—Así lo he creido siempre, dijo Lope de Rueda, muy al contrario del vulgo, que cree son las lágrimas señal de cobardía y poquedad del alma.

—Dejad al vulgo que diga lo que quiera, exclamó Cervantes; que lo que no es nada, nada puede decir que importe.

—¿Y sois vosotros los bravoneles, exclamé dolorido é irritado, que os jactais de que no hay quien poderoso contra vosotros sea, y que donde vosotros estais la justicia del rey no hace falta? dijo Rueda continuando en su relacion, y con una vehemencia tal, como la que debió mostrar en los momentos del suceso á que se referia.

Apénas dije estas palabras, cuando uno de los armados, que llevaba el arnés negro, y de negro terciopelo la sobrevesta, salpicada de cruces amarillas y con un gran airon, amarillo asimismo, sobre el creston de la celada, echó pié á tierra, y se vino á mí, que estaba arrodillado junto á Joseito.

Debo deciros, que el fortísimo casco herrado de una de las manos del caballo que le habia atropellado, habia hundido al pobre niño las costillas, y le habia deshecho el corazon.

—¡Ah, que sois vos, señor Lope de Rueda! exclamó el de la negra armadura, que habia echado pié á tierra, y á mí se habia llegado; pues ved ahí que lo que acaba de suceder me duele, y que los imposibles haria si me fuera dable por resucitaros á ese muchacho que tanto llorais.

Y en verdad que lloraba yo á lágrima viva, y llorando rezaba.

Apesar de mi turbacion, y de que por las barras de la visera de su celada, que tenia calada, salia hueca la voz de quien me hablaba, antojóseme que en lugar y ocasion bien diferentes, y no mucho tiempo ántes, habia yo conocido al de la negra armadura.

—¿Quién sois? Yo os conozco, dije, acercándome y agarrándome á él.

—Sí que me conoceis, y mucho, me dijo, y os voy á mostrar mi semblante, pero cuando le veais, no pronuncieis mi nombre.

Estas últimas palabras las dijo tan bajo, que no pudieron oirlas ninguno de los suyos que más cerca de él estaban.

Yo me asombré, no embargante lo dolorido que tenia el corazon, y lo turbado de mi pensamiento, por aquella no esperada desgracia, cuando se levantó la visera el de las negras armas, y me dejó ver su semblante.

Era el de un caballero, mozo, andaluz, que yo habia conocido en Sevilla, no hacia mucho más de un año, y de los más ricos y principales de aquella ciudad ilustrísima, y regidor perpétuo de ella.

Llamábase don César Estéban de Chouzan, apellido que viene de una feligresía de la provincia de Lugo, en el reino de Galicia.

Era tan mozo, que apénas si frisaba en los veinticuatro años.

Espantéme al verle en aquel lugar, y con aquella gente, y tanto más cuando de improviso, á mis espaldas, y algo hácia la izquierda, oí una doliente voz de mujer, que decia:

—Quien quiera que vos seais, el que habeis sobrevenido, si teneis amistad ó predominio bastante sobre ese, que más que de hombre tiene de tigre las entrañas, salvadme, y sea esta buena accion vuestra por el alma de ese infortunado, cuya muerte manifestais sentir en tan gran manera.

—De fiereza habla la leona brava, la sin corazon y sin entrañas, exclamó don César, volviéndose hácia el lugar donde la doliente voz habia sonado.

Volvíme yo tambien, y atada á un pino, ví una mujer muy jóven, de tan maravillosa hermosura, que á despecho de mi dolor, me sorprendió, y una nueva compasion dió á mi alma.

Vos la conoceis, señor Miguel.

Aquella beldad peregrina, era María del Cármen Abigail.

Junto á ella, y atado á otro árbol, estaba su tio, Rodrigo Carreño, con la diferencia de que éste tenia á la garganta una cuerda, con la que sin duda iban á ahorcarle cuando llegó Joseito, y ella no tenia en la hermosa garganta más que un rico collar de perlas.

—¿De qué crueldades me acusas? ¿de qué inhumanidades me haces cargo? exclamó don César. ¿Pues por quién sino por tí, fiera de las fieras, mujer sin corazon, que si le tienes, debe de ser de durísimo diamante, en el lugar estoy en que con vergüenza me veo, y tú me ves con delicia?

—¿Y qué, culpa es mia si tú me amas y yo te aborrezco? dijo Abigail, ¿ni porqué he de pasar yo todos los dias desesperada y anhelando la muerte, para que tú vivas, para que tú alegre rias, para que tú satisfagas en mí la voracidad de tus deseos groseros, para que yo fallezca y tú te satisfagas? Mas pues los adversos hados han querido que yo á tus manos venga, acaba conmigo; ten la piedad de no gozarte en mis tormentos: venga ese deseado dogal, y con mi muerte acaben mis desdichas, y empiece el consumamiento de tu injusta y malvada venganza.

—Habeis oido á la sirena, señor Lope de Rueda, dijo don César; pero no habeis oido el bravo y emponzoñado silbo de la serpiente: mas como veo que por ellos vais á interceder, y yo no quiero negaros nada, despues de la desgracia que tan involuntariamente he causado, y para que veais que á vuestra entera voluntad dejo á esas dos miserables criaturas, hé aquí que de estos lugares me separo, y á otros me voy donde jamás á encontrarla vuelva ni aun á escuchar su nombre.



Y diciendo esto y gritando á los suyos: — ¡ Conmigo ! tomó con ellos un trote largo y se perdió entre los pinos.

Y diciendo esto, se caló otra vez la visera montó á caballo, y gritando á los suyos: —¡Conmigo! tomó con ellos un trote largo y se perdió entre los pinos.

Al arrancar habia arrojado un bolsillo, que habia caido sobre el cuerpo difunto del malaventurado Joseito.

El que tenía el hacha de viento la habia arrojado por tierra al montar á caballo, no sé si para que yo me sirviera de ella, ó porque le estorbaba.

—Famosa aventura, dijo Miguel, con la que pudiera muy bien hacerse una novela.

—Y tal y tan buena, dijo Lope de Rueda, que ni la tragi-comedia de Calisto y Melibea podria compararse; que amores trágicos hay en ella y sucesos peregrinos; y esto que la historia está todavía en suspenso y que lo que ha sucedido lo sé á medias, por el relato de una sola de las personas, que la otra, don César Estéban de Chouzan, no le he vuelto á ver ni sé dónde pára, aunque lo más posible es que desesperado se haya salido de España.

—Paréceme, dijo Miguel, que no podré acabar de oir vuestra narracion por mucho que lo desee, y aunque me tiene suspenso. Pero más de las doce son ya, y á la una habré de estar en otra parte, á la cual no faltaria aunque me fuese la vida.

—Pues dejémoslo para otro dia, dijo Lope de Rueda, dado que vos teneis prisa, que yo estoy cansado, y que habré de dar una vuelta por el meson á ver como anda aquella gente.

Llamaron, pagó la costa, que no era mucha, Lope de Rueda, despues de una breve pero brava disputa con Miguel, que pagar queria, y de la taberna salieron.

—Pues como todavía me queda una hora, dijo Miguel, tambien al meson me voy, que puede ser que en él haya parecido algo para mí.

Y en buena amistad y compañía, y sobre poesia hablando, los dos poetas, el viejo y el jóven, se volvieron al meson de Paredes.

CAPÍTULO XIX.

En que se vé que llovian sobre Miguel de Cervantes las interesantísimas aventuras.

Con haber llegado la compañía del señor Lope de Rueda, cosa que se supo en el Mentidero, porque para dar cuenta de su llegada, y para esparcirse y saber noticias de antiguos amigos, al Mentidero se habian ido algunos de los comediantes que en tiempos no lejanos habian recitado en el corral de la Pacheca, hervia de gentes el meson de Paredes.

Los cuartos de los comediantes, y principalmente los de las comediantas, esta-

ban rehenchidos de ingenios, de señores, de lindos, de aficionados á las letras, de soldados, de letrados y aun de frailes graves, que comedias hacian ó por lo ménos escribian versos.

Sólo en un cuarto no habia más que una de las personas que lo habitaban, que era la hermosísima Abigail.

Su tio, Rodrigo Carreño, la habia dejado con la jóven esclava negra que la servia, y que se llamaba Aurora, recomendando al irse á Abigail, que ni de su aposento saliese, ni en él recibiera á nadie, á escepcion, se entiende, del señor Lope de Rueda, á quien no podia nunca dejarse de recibir, y de las personas que le ácompañasen, y que ella no saliese del aposento hasta que él volviese.

Abigail escuchó con desden á su tio, que en vano, como veremos más adelante, pretendia imponer su autoridad tiránica á la que llamaba su sobrina, y él se fué al Mentidero, aunque no le conocia nadie en Madrid, porque no sólo en él no habia trabajado, sino que jamás habia estado, con algunos compañeros que eran ya viejos en ser conocidos y en conocer á Madrid.

En cuanto el señor Lope de Rueda y Miguel de Cervantes llegaron al meson, fueron acometidos.

Lope de Rueda, por sus antiguos conocimientos, y con ellos dejémosle, y Miguel, á quien habremos de seguir, por un jóven de más edad que él, como dos años, y que se arrojó en sus brazos.

Tan parecido á él era, que no podia ménos de reconocérsele por Rodrigo Cervantes, hermano mayor de Miguel.

El sargento Diego de Herédia, que con Rodrigo estaba al fuego en la cocina del meson, habia acudido tambien.

Tenia algo que comunicar á Miguel.

Rodrigo vestia un mediano traje de camino, bastante usado, pero límpio, y que llevaba con gran desembarazo y gentileza, demostrando, sólo con dejarse ver, que era hidalgo.

Hacia cuatro meses que no veia á Miguel, á quien amaba y de quien era amado tiernamente.

Así es que en los primeros momentos nada se dijeron, sino abrazarse y besarse, como que tanto se amaban, y el sargento Herédia esperaba que aquello pasase para cumplir su cometido.

Al fin pasaron las caricias, y Miguel, tomando de la mano á Rodrigo, se lo llevó á su aposento.

—Mirad, le dijo por el camino Herédia, que tengo algo importante que deciros, señor Miguel.

—Pues entrad en nuestro aposento, señor Diego de Herédia, dijo Miguel, que lo que tengais que decirme, decírmelo podeis delante de mi hermano. ¿Cuando has salido de casa, Rodrigo? añadió Miguel.

—Al amanecer, contestó Rodrigo.

—¿Y padre y madre, cómo están?

—Cuidadosos y apesarados por tí, como Andrea y como Luisa; padre me ha

dado para tí una carta; madre ocho ducados: y me encarga que te diga que no puedes figurarte cuánto la ha costado el juntártelos; en este papel viene un escapulario de la Santísima Vírgen del Cármen, que te ha bordado de seda y lentejuelas Andrea; y Luisa, no teniendo otra cosa, te envia este *Agnus Dei* de plata, para que lo lleves colgado del cuello, á fin de que te libre de mal, y yo no te doy nada, más que mi grandísima alegría por haberte visto, que todavía me está golpeando el corazon.

Llenáronsele los ojos de lágrimas á Miguel.

Tomó aquellas prendas de sus dos hermanas, las besó y las guardó en el pecho.

Puso sobre la mesa el papel en que estaban envueltos los ocho ducados que su madre le enviaba, tomó la carta de su padre, y la besó y la abrió.

Leyóla, y vió que sólo contenia expresiones del amor paternal, sobre las cuales habia más de una señal de lágrimas, y por último, algunos consejos de esos que los padres dan á los hijos de quienes están contentos, y al fin, noticias de la salud de la familia.

Escribia al pié, en letra muy gorda, y repitiendo casi lo que el padre habia dicho, la madre; y por bajo, y firmando juntas, habian escrito las dos hermanas lo siguiente: «Un beso, mil besos con toda nuestra alma, querido hermano Miguel: que la Santísima Vírgen del Cármen te guarde.»

Besó de nuevo esta carta sobre las firmas de sus hermanas Miguel, guardó la carta en el seno, se enjugó otra vez las lágrimas, y sacando la bolsa de ámbar que con la riquísima espada habia recibido, á los asombrados ojos de Rodrigo, y á los no ménos asombrados, y un tanto codiciosos del sargento Herédia, la vació sobre la mesa, haciendo muestra de su dorado y luciente contenido.

A seguida del asombro, se pintó en el semblante de Rodrigo, una gran curiosidad.

—¿Y de dónde te ha venido eso, Miguel? le preguntó.

—Tú no dudas de tu hermano, ¿no es verdad? preguntó con un tanto de altivez, pero dulce y cariñoso, Miguel.

—No dudo, pero me maravillo, contestó con acento de confianza Rodrigo.

—Aventuras de la corte son, dijo Miguel, y más te maravillarás cuando veas lo que voy á mostrarte.

Y sacó y desenrolló de los trapos con que la habia cubierto, la magnífica espada atribuida, así como el bolsillo, al cardenal Aquaviva.

Creció el asombro de Rodrigo.

—Cual haya sido la aventura por la cual soy dueño, sin que por ello de nada tenga que avergonzarme, de esta espada y ese dinero, no puedo decirte ahora, que tan medido me viene el tiempo, por prosecuciones de esta misma aventura, que ni un solo momento puedo detenerme, dijo Miguel: come tú y descansa, que bien lo habrás menester, y no te inquietes aunque tardare un tanto.

—Cansado no estoy, dijo Rodrigo, que el buen portante de la Marquesa no cansa: y en cuanto á comer, en la taberna de Torrejon me engullí la merienda

que en las alforjas me habian puesto Andrea y Luisa; y más deseo tengo de dar una vuelta por Madrid que de meterme en la cama; que bien, gracias á Dios, y con el contento de que hoy iba á verte, he dormido esta noche.

—Pues vámonos todos, dijo Miguel, hácia San Ginés, que allí y á la misa de una quiero ver si cazo á cierta dueña, con la cual me importa hablar más de lo que se puede encarecer.

Y Miguel volvió á echar los doblones de oro en la bolsa, y con ellos, envueltos como estaban en su papel los ocho ducados de su madre, volvió á cubrir con los trapos la espada, la escondió bajo el lecho, y todos salieron, primero del aposento y luego del meson.

Daban entónces en San Isidro las doce y media.

El dia continuaba cerrado y seguia lloviendo copiosamente.

Miguel, Rodrigo y el sargento Herédia envueltos en las capas, calados los chambergos, el uno tras el otro, avanzaban pegados á los muros, para que los aleros los defendiesen un tanto, hácia San Ginés.

El viento era friísimo.

Hacia un dia de perros.

Por lo mismo, aunque era domingo, transitaba muy poca gente por las calles.

Era, además, la hora de la comida.

Esta soledad de las calles determinaba la concurrencia en las tabernas, en las casas de juego (que entónces eran públicas), en las hosterías, en las despensas, en los figones.

Asi mismo las iglesias rebosaban de gente, y tanto más, cuanto que se trataba de la última misa, de la misa de los perezosos, y sobre todo de las grandes damas, ya se las considerase grandes por su alcurnia ó por su hermosura.

San Ginés, por estar situada en la parte más moderna de Madrid, y la más rica, era de las parroquias más favorecidas.

A ella acudian á la última misa las damas más aristocráticas, y las más hermosas, y más á la moda del mundo galante.

Llévanse tras sí, los lindos, los libertinos, los buscones, los viejos verdes, toda esa caterva, en fin, que en todos tiempos han compuesto el séquito de las mujeres callejeras.

El átrio de San Ginés, completamente libre en su parte descubierta á causa de mal tiempo, en la parte cubierta hervia de gente masculina, que se apretaba, se empujaba y obstruia el paso.

Penetrar en la iglesia era imposible.

Cuando los dos hermanos y el sargento Herédia llegaron, sonaba el tercer toque de misa.

Es decir, el último toque de misa en aquel dia.

La calle del Arenal y la de Bordadores, estaban literalmente cubiertas por las carrozas, los coches y las sillas de mano de las damas que habian acudido á la misa de moda.

Que tambien hay misas de moda como hay dias de moda en los teatros.

Miguel se desesperó.

Le parecia muy difícil dar con la dueña larga, flaca y aceda que habia citado la noche ántes á doña Magdalena en San Ginés á la misa de una.

Cuando saliese la gente debia ser muy difícil, no sólo ver á la dueña, sino acercarse á ella.

Metiéronse como pudieron en la parte cubierta del átrio y esperaron.

Aun no habian pasado cinco minutos, cuando un paje, que parecia del servicio de un carruaje, entró en el átrio, se dirigió resueltamente á Cervantes, y le dijo:

—Una dama desea hablaros, que está en aquel coche, y señaló uno que delante del átrio estaba, y que por ser completamente á la moda, por su riqueza, por la librea de sus criados, y por las magníficas y poderosas mulas á él enganchadas, manifestaba ser de una casa noble y rica.

—Decid á esa señora, paje, contestó Miguel, que un empeño muy grave me impide servirla por el momento: espero aquí á álguien á quien no puedo dejar de ver.

El paje se retiró.

Se fué al coche.

Las miradas de los dos hermanos y del sargento Herédia le siguieron.

Víeron que se abria la portezuela á medias y que por la abertura metia el paje la cabeza, como para hablar reservadamente con una persona en el interior.

Las cortinas de la portezuela estaban echadas.

No podia verse quién habia dentro del carruaje.

Duró un breve espacio la conversacion del paje con la persona que en el coche estaba, y el paje volvió á Cervantes.

—Mi señora dice, que si os envia una dama que con vos estuvo anoche en la calle de Toledo, delante de San Isidro, despues de las Ánimas, no teneis necesidad de esperar, porque la persona que buscais, no está en la iglesia, sino en el coche.

—Pues allá voy, dijo Miguel, que en efecto yo soy ese que vuestra señora dice.

Y añadió dirigiéndose á su hermano y al sargento Herédia:

—Esperadme en la taberna de la esquina de la calle de Bordadores.

Y siguiendo al paje llegó con él al coche.

Abrió el paje la portezuela.

En el testero del coche vió Miguel una dama envuelta en un gran manto de terciopelo, y de tal manera, que nada se veia de ella más que el bulto.

En el segundo lugar, frente á la dama, estaba la dueña escueta y malcarada, que habia llevado la niña al cajon de los expósitos del Colegio Imperial y que habia citado á doña Magdalena para la misa de una en San Ginés.

—¿Ha venido aquella señora? dijo la dueña ántes de que Cervantes pudiera hablar una sola palabra.

—Yo creo que la haya sido de todo punto imposible venir, dijo Miguel.

—¿Qué creeis? ¿pues qué, no nos podeis dar noticias seguras de esta dama? exclamó con una extraordinaria ansiedad la dama encubierta.

—Por sucesos que han sobrevenido, dijo Miguel, yo no sé en dónde pára en estos momentos la dama que yo acompañaba anoche.

—¿Pero pudiérais saberlo?

—Sí, señora.

—¿Habrá ó no venido á misa de una á San Ginés esa dama? preguntó acreciendo en ansiedad la encubierta, cuya voz parecia cansada, desmayada, como la de una persona enferma.

—No puedo decíroslo, señora, respondió Miguel.

—Entrad si os place, caballero, dijo la dama: tengo necesidad de preguntaros.

—Perdonadme, señora, dijo Miguel: dos personas, con las que tengo necesidad de hablar sin pérdida de tiempo, de asuntos importantísimos, me esperan cerca: mucho ántes de que la gente salga de misa habré yo vuelto.

—Pues id, id, y no tardeis, yo os lo suplico, dijo la dama, y no os olvideis de que os espero con ansiedad.

—Tened por cierto que yo volveré al punto, respondió Miguel: entre tanto que Dios os guarde, señora mia.

—Él vaya con vos, dijo la dama.

Cervantes se separó gravemente preocupado del coche.

La voz de la dama encubierta le habia conmovido.

Se revelaba en ella un corazon despedazado por el dolor.

Fuése á la taberna donde le esperaban sentados á una mesa, allá en un rincon, su hermano y el sargento Herédia.

La taberna estaba llena de gente.

—Hermano, dijo Miguel sentándose, vengo por muy pocos momentos: aventura me ha salido al paso y tal, que no sé á qué otras aventuras puede llevarme: voy á contarte y á entregarte sesenta doblones de á ocho para que se los lleves á padre.

—¡Sesenta doblones de á ocho! exclamó con un alegre asombro Rodrigo.

—¡Sesenta doblones! dijo con un acento que ocultaba mal una envidia involuntaria el sargento Herédia: ¿y luego os quejais de vuestra fortuna?

—No perdamos el tiempo, que me esperan, dijo Miguel, sacando su bolsa y poniéndose á contar los sesenta doblones.

A todo evento, se quedaba con cuarenta, ménos los reales que habia gastado en el almuerzo.

—Toma, Rodrigo, dijo Miguel dándole los sesenta doblones: dí á padre que se desempeñe cuanto pudiere y sin escrúpulo de conciencia, que bien me conoce y sabe que yo no puedo tener dinero mal adquirido.

—¿Y quién puede pensar eso de ti? dijo Rodrigo; pero estoy maravillado...

—Me he tropezado anoche con una gran persona, con un príncipe, le he servido, y me ha recompensado régiamente, contestó Miguel; suyos son estos dineros, suya la rica espada que has visto; la aventura en que hoy me encuentro y que me llama urgentemente, y no sé á dónde podrá llamarme, nace de una extraña aventura de anoche en que servi, cumpliendo con mi obligacion de hidalgo, á ese

señor; no puedo decirte más por ahora; no tengo tiempo: toma la llave de mi aposento y espérame en él, que aunque yo no sepa cuando, mediante Dios yo he de aparecer.

—¿Y si en esas aventuras en que estás metido te sobreviene una desgracia? dijo con cuidado Rodrigo.

—No lo creo, que no son malas aventuras, dijo Miguel.

—¿Ni cómo han de ser malas aventuras, dijo Herédia, terciando en la conversacion, las que en vez de chirlos dejan bolsas henchidas de doblones de oro, y espadas que valen un Perú?

—No lo decia yo por eso, repuso Miguel: pero en fin buenas sean ó malas las aventuras que á un hidalgo se le pongan por delante debe seguirlas.

—Indudablemente, dijo Rodrigo, que era tan alentado como su hermano. De cobardes jamás se ha escrito nada.

—Si yo no pareciere hoy, continuó Miguel, no te inquietes: pero si no pareciere en todo el dia de mañana, búscame.

—Dios no querrá que te avenga mal alguno.

—Ni yo pienso en ello, replicó Miguel: paréceme por el contrario que estoy en los buenos principios de mi fortuna.

—Dios lo haga, dijo Rodrigo.

—Pues á mí me parece que teneis razon, señor Miguel, dijo el sargento Herédia, porque en la corte casi siempre se hace la fortuna por las mujeres, y á vos os persiguen ya con billetes perfumados que huelen no á dama buscona, que estas no buscan á los pobres, sino á principalísima señora que cuando á un hombre busca es para amarle.

—O para perderle, dijo Rodrigo.

—Acabais de decir, amigo, replicó el sargento, y habeis dicho bien, que de cobardes nunca se ha escrito nada.

—Pero el tiempo se pasa, dijo Miguel, y me espera persona á la que yo no quiero hacer esperar. Decidme lo que tengais de decirme, señor Diego de Herédia, y concluyamos.

—Pues sólo tengo que deciros que tomeis estos dos billetes que os han llevado, una dueña el uno y el otro un paje, al meson, miéntras vos habeis estado fuera. La señora María, que sabe bien cuan amigos somos, me los dió para que os los entregara: tomadlos pues.

Y dió dos billetes perfumados que sacó de debajo de su coleto de soldado, á Miguel.

Éste abrió el uno y vió que decia:

«Esperad: se me ha sacado del meson sin que yo haya podido evitarlo: no sé á dónde me llevan: confiad. —Doña Magdalena.»

Abrió el otro billete Miguel y leyó:

«Señor Miguel de Cervantes: mi hermano se ha enojado, porque sabe que nos hemos conocido: pero no importa: tened por seguro que nos volveremos á ver.—Beatriz.

Latíale violentamente el corazon por la lectura de estas dos brevísimas cartas á Miguel; las guardó y dijo á su hermano y á Herédia.

—Ahora adios, que me esperan: no paseis cuidado por mí.

Y separándose de ellos salió de la taberna.

—No, pues yo he de seguirle, dijo Rodrigo; que no hay que fiar en las aventuras de la corte.

—Suelen ser negras las que parecen más de color de rosa, dijo el sargento Herédia; que ellas son los diablos, y los diablos á ninguna otra parte pueden llevar mejor que al infierno, quiero decir, peor.

Pero como tenian que pagar un jarro de vino que habian pedido, y deshacianse en cumplimientos para pagarle, Miguel habia tenido ya lugar de llegar al coche y de entrar en él.

Ya hemos dicho que las cortinillas del coche estaban echadas.

Además se habia acabado la misa y salia un mundo de gente.

Las damas se apresuraban á tomar sus coches y sus sillas de manos, para resguardarse de la lluvia que arreciaba.

Los de á pié, y tambien por razon de la lluvia, corrian.

Era imposible encontrar entre aquel bullicio á nadie.

Muy pronto coches, sillas de mano y gente se alejaron, dejando desierta la calle del Arenal y el átrio de San Ginés.

Quedó un solo coche delante de la puerta del átrio.

Era el en que habia entrado Miguel.

Junto á él pasaron Rodrigo y Herédia, pero como las cortinillas estaban echadas, ni el hermano ni el amigo pudieron ver á Miguel en su interior.

Ambos tomaron á buen paso hácia el meson de Paredes.

El carruaje permanecia aun delante del átrio.

Cuando salió de la iglesia el último rezagado, la dueña llamó por el cristal delantero.

Acudió el paje y abrió la portezuela.

Salió doña Guiomar, que así se llamaba la dueña, y en la iglesia entróse.

Apénas quedaron solos la dama encubierta y Miguel, cuando ella, sintiendo un vahido ó fingiéndole, dió un gran sollozo y se dejó caer sobre el testero del coche.

Se la descompuso el manto.

Miguel vió una peregrina hermosura, que á pesar de su voluptuosa morvidez era completamente una niña.

Apénas si llegaria á los quince años.

Estaba además tan ricamente prendida, habia en ella tal no sé qué de noble y de grande, que mostraba claro el alto rango de la dama.

Aquello duró un solo momento.

La dama se repuso y volvió á cubrirse.

—¡Ah! exclamó; ciertamente que son inauditas las aventuras y las desgracias que por mí pasan.

Cervantes empezaba á perder la cabeza.

Ciertamente lo que le acontecia era extraordinario.

Tres mujeres, tres altas damas, á lo que él habia podido juzgar, se le habian ido mostrando cada cual de una manera diferente y singularísima en tres aventuras que habian nacido la una de la otra.

Cervantes no sabia lo que en su corazon pasaba.

Pero indudablemente la reina de sus pensamientos era doña Magdalena, su hermosa vecina.

Le interesaban extraordinariamente aquellas tres mujeres, y á ellas se añadia una cuarta con la cual no habia tenido aventura alguna.

Pero esperaba de una manera instintiva tenerla.

Esta dama era Abigail.

La del interesantísimo cuento de Lope de Rueda.

Y sin saber porqué, y por esa intuicion de los grandes entendimientos que es casi un espíritu de profecía, Cervantes, sin darse cuenta de ello, unia aquellas cuatro mujeres en una historia que debia sobrevenir.

La dueña volvió.

Entró en el carruaje.

—En la iglesia no hay ya nadie, dijo, y el sacristan se ha quedado cerrando las puertas.

—¡Ah! pues entónces, dijo con una gran ansiedad la dama, ó esa señora no ha venido, ó vos no la habeis visto entre la gente que salia, doña Guiomar.

—¿Y quién veia entre aquel tumulto, que todos corrian á causa de la lluvia? respondió ágriamente doña Guiomar.

—Sea lo que Dios quiera, exclamó la dama con voz desfallecida: ¡hija de mi alma!

Y Cervantes la sentia llorar.

—No hay que desesperarse, dijo la dueña dulcificando su acento, que cosas más enrevesadas se han puesto al fin de claro en claro y con buena ventura.

—¡Ay de mí! dijo la dama, que no sé yo qué buena ventura pueda venir sobre mis enemigas aventuras: pero como nada tenemos que hacer ya aquí, decid al cochero que nos lleve al jardin: es necesario que yo me explique con este señor, pues Dios ha hecho que en mis sucesos tenga parte, y que él me ampare, que se vé que cara y modos de bueno y de hidalgo y de valiente tiene.

—Sí haré, dijo Miguel, y os serviré, señora, hasta morir.

—Y yo os lo pagaré en cuanto os lo pudiere pagar, dijo ella con la voz conmovida, y si yo de todo en todo pagaros no pudiere, lo que faltare os lo pagará Dios.

—Llevadnos al jardin, dijo la dueña al paje, que llamado por ella habia acudido á la portezuela.

Cerró el paje la portezuela, saltó al pescante, dió la órden al cochero y el coche se puso en marcha.

Salió á la Puerta del Sol, siguió por la calle de las Carretas y ganó la de Atocha.

La recorrió.

Llegó á la puerta.

Salió á las Huertas de Atocha.

El temporal arreciaba.

Aun no eran las dos de la tarde y parecia que iba á oscurecer.

El coche siguió dando tumbos por un mal camino, y llegó al fin al cercado extensísimo de un gran jardin situado casi en el mismo sitio en que hoy se vé el que fué Embarcadero del canal, cerca del Manzanares.

Ese jardin, ese cercado existen aun.

Hoy se llama la Huerta de Casa-Puerta.

CAPÍTULO XX.

En que nuestro Miguel no sabe qué pensar de la aventura en que se encuentra metido.

Pero el coche no se detuvo delante del porton, sino junto á un postigo que estaba al otro lado del lugar en que despues fué el Embarcadero.

La dueña habia advertido al paje del coche, al lacayo como diríamos hoy, para que se detuviese en aquel lugar.

Cervantes habia notado por algunas singularidades que aquel coche, á pesar de que era rico, y de que los que le servian hablaban como bien criados, y de que llevaban buena librea, era de alquiler, de los de verdadero lujo, de aquellos de los que se servian los señores que iban á la corte desde sus pueblos por poco tiempo, y no querian poner casa.

Habia, además, hospederías magníficas, superiores á los mejores hoteles de nuestros dias, y un noble forastero podia estar en ellas decentísimamente.

Pero se necesitaba el tiempo que Cervantes llevaba en la corte, y su entendimiento observador y agudo para conocer que aquel coche no era propio, sino alquilado.

—Bajad, doña Guiomar, dijo la dolorida dama; entrad, y alejad á los que pudieran verme; ni aun rebozada en el manto quiero que me vean.

No sabemos si hemos dicho que, en el momento en que la hermosísima, y al parecer desventurada jóven, volvió de la congoja, cierta ó fingida, que la habia descompuesto el manto y descubiértola, y sin dar tiempo apénas á Miguel para que sus ojos se saboreasen en su hermosura, y ántes de que doña Guiomar volviese de registrar la iglesia de San Ginés, habia vuelto á cubrirse.

Encubierta permanecia, cuando el coche paró frente al postigo de la casa, ó más bien palacio.

Porque allí, en un ángulo, se alzaba un edificio que tenia todo el aspecto de un palacio campestre.

Bajó del coche la dueña, se llegó á un postigo de un pequeño cercado que formaba ángulo apoyándose en el edificio, lo abrió con una llave que sacó de la faltriquera, y entró, volviendo á cerrar.

El paje habia cerrado la portezuela del coche, para que no penetrase el crudo viento que reinaba, pero permanecia junto al estribo.

Y con la cabeza descubierta, á pesar de lo espeso de la lluvia.

La dueña tardó algunos minutos en volver.

Abrió de nuevo el paje la portezuela.

—Nadie hay, señora, dijo la dueña; puede vuecencia entrar sin cuidado.

Aquel tratamiento que no esperaba, puso en más cuidado por el fin de aquella bizarra aventura, á Cervantes.

—Permaneced vos aquí, señor mio, hasta que os avise, dijo la dama á Cervantes.

—No será sin bajar ántes, para que os podais apoyar en mi brazo, que paréceme que estais doliente, dijo Cervantes.

—Doliente, y más de lo que podeis pensarlo estoy, dijo ella; pero permaneced sin salir del coche hasta que se os avise; yo os lo ruego.

Obedeció Miguel; volvió á sentarse, y la dama, apoyándose en el brazo de doña Guiomar, bajó del coche, y ambas, señora y dueña, se llegaron al postigo.

El paje cerró otra vez la portezuela.

Pero se quedó junto á ella, y siempre con la cabeza descubierta y erguida.

No parecia sino que en manera alguna le incomodaba la lluvia.

Las imaginaciones y las ansiedades de Miguel crecieron.

Le parecia un castillo encantado el edificio que tenia junto á sí á la derecha, y que en él le iban á pasar aventuras nunca vistas ni oidas, comparadas con las cuales se habian de quedar pequeñitas las más estupendas de los libros de caballería.

¿Quién era aquella noble dama, que serlo debia, y de muy alta nobleza, dado que la dueña la hablaba con tratamiento?

¿Cómo siendo tan jóven, era ya tan desventurada?

¿De qué género eran sus desventuras?

Parecíale á Miguel, que ella debia ser la madre de aquella niña que la noche ántes, y con una caridad tan voluntariosa, se habia llevado doña Magdalena.

Confirmábale en esta suposicion, la mortal palidez y decaimiento que habia notado en el semblante de la dama y en su voz, y el haber dicho ella misma que estaba muy doliente.

Con quien se habia citado doña Guiomar, habia sido con doña Magdalena, no con él.

¿Por qué á él, á falta de doña Magdalena, le habia llevado la jóven y hermosa dama doliente, junto á aquel edificio?

¿Qué esperaba de él?

¿Por qué ella habia entrado ántes?

¿Se veria empeñado en alguna peligrosa empresa?

¿Qué importaba?

Esto inquietaba poco á Cervantes.

Por el contrario, le alentaba.

Se fingia ya una novela.

Se veia delante de un caballero felon y traidor, de la traicion más cobarde y de la felonía más infame, que son las que se hacen á las mujeres, que no tienen más defensa que sus lágrimas, y que por un ingrato traidor, pierden el tesoro que en más estima deben tener, que es su honra.

Ó frente á un padre soberbio y tirano, ó contra un hermano desatentado.

Y ya le parecia que tanto por el ingenio como por la espada, llevaba á felice fin y remate aquella aventura, y que su agradecimiento poseia á la hermosa dama dolorida, que no sabia cómo mostrarse reconocida al que de tal desdicha la habia salvado.

Pero inquietábale el pensar que tal vez, á pesar de su juventud, la dama que de él se amparaba podia ser casada, y si así era, la aventura se ennegrecia, y no sabia Miguel como salir de ella, sino atropellando la razon y la justicia.

Porque puede haber compostura para el deshonor de una mujer moza, pero el honor de una casada, no hay nada que pueda restaurarlo.

Que no se puede obligar á un marido ofendido, á que á su mujer perdone, y que de la ofensa se olvide como si no hubiera existido, como se puede obligar á un amante traidor y perjuro á que, con ella uniéndose, restaure la honra de la mujer que de su virtud se ha olvidado por promesas falaces y juramentos fementidos.

Y aun siendo casado el burlador, castigársele podria si la ofendida no tenia pariente, ó ninguna otra persona que á su desagravio, ó por lo ménos á su venganza se pusiese.

Miguel tenia el espíritu levantado y caballeresco; sentia y conocia toda la delicadeza del amor; era de pensamientos rectos, y por lo mismo, encontrándose aun á ciegas en aquella aventura, su viva imaginacion, dando vueltas alrededor del misterio, le mortificaba.

Y acontecíale, además, que la triste y ansiosa mirada que por un solo momento habia fijado en él la atribulada hermosa, se le habia agarrado al corazon más de lo que él hubiera querido, y sentia una como envidia de aquél para él aun desconocido mortal, que con sus amores la habia puesto á ella en tal y en tan apurado trance, como por las muestras habia Cervantes conocido.

En tal turbacion habíale puesto la mirada angustiosa de aquella peregrina beldad, que no habia podido hacerse cargo del color de sus ojos.

Se habia deslumbrado.

Tardaba la dueña en venir, y la impaciencia, á cada momento más voraz, aquejaba á Miguel.

Y al mismo tiempo no se impacientaba el paje, que al pié de la portezuela

estaba descubierto á pesar de que la lluvia le entraba por el collarin de la librea. y le corria á lo largo del cuerpo.

No parecia sino que era de piedra.

Pasó bien un cuarto de hora, desde que la dama y la dueña desaparecieron por el postigo, hasta que, abriéndose de nuevo éste, la dueña apareció, y se acercó rápidamente al coche.

— Cuando hayamos entrado, dijo doña Guiomar al paje, llevad el coche entre aquellos árboles, y esperad entre ellos, escondidos, á que se os avise; y vos, si gustais, hidalgo, bajad y seguidme.

Bajó Miguel, y con la dueña metióse por el postigo, que se cerró.

— ¡ Qué felices son estos lindos de barba rubia, y más si son estudiantes! dijo el paje.

Y al fin se puso el sombrero.

CAPÍTULO XXI.

De lo que encontró Miguel de Cervantes, por huir de la incomodidad de un pasadizo frío y húmedo.

Inmediatamente despues del postigo, Miguel y la dueña atravesaron un jardinuelo, bien cuidado pero marchito por el invierno, y en el cual se levantaban apénas algunos álamos deshojados, que en verano debian cubrir con una fresca sombra aquel espacio.

Habia en medio del jardin una glorieta, cubierta del siempre verde laurel, y la yedra y la madreselva tapizaban las tápias, y la parte del edificio que al jardin daba, manteniendo en él una perenne verdura, entónces húmeda por la lluvia.

Aquel lugar, en la primavera, debia ser delicioso.

A él daban tres grandes rejas voladas del piso bajo, que sobresalian de la yedra.

En un ángulo habia un postigo de traza y ornamentacion gótica, y junto á él un cubillo que se levantaba hasta encontrar el alero, terminando en un alcuzon; y este cubillo, por estrechas ventanas ojivas que á lo largo de él se veian, demostraba contener una escalera de caracol.

El piso superior sobre el cual corria un magnífico cornisamento gótico tambien, en el cual se revelaba el Renacimiento, dejaba ver tres grandes balcones, con pilastras y tímpanos de un Renacimiento purísimo.

Se comprendia bien que aquel era un palacio de campo de un gran potentado,

en el cual se habian ido haciendo restauraciones á trozos, ó mejor dicho, por remiendos.

En los tímpanos de los balcones campeaba un escudo de armas.

Un grifo rampante en el abismo, bordura de castillos y leones, y sobre-borduras de roeles.

Introdujo la dueña á Cervantes por la puertecilla que habia en un ángulo á la derecha, y se encontraron en un estrecho pasadizo.

A la izquierda estaba una puerta estrechísima, en la cual empezaba la escalera de ojo, cuya caja aparecia en el exterior.

—Voy delante de vos por guiaros, señor bachiller, dijo cortesmente la dueña.

—¿De tales cosas entendeis vos? dijo Cervantes, aventurándose con su guia por las estrechísimas y empinadas escaleras que eran de mármol.

—¡Ay señor! dijo la dueña, que yo os diria lo que es un doctor, y un maestro en artes, y un licenciado, y un bachiller, y de qué facultad, y con los ojos cerrados: ¡para que no hubiera yo sido veinte años bedela en Salamanca!

—¿Bedela decís?

—Sí señor; esposa del bedel Zurriaguete, del cual ha quedado en aquellas escuelas memoria.

—¡Ah! ¡el jorobado!

—Eso, pero con la joroba llena de ciencia y de virtud.

—¡El cojo!

—Sí señor, sí, el cojo; pero nunca habia dado un mal paso en el sendero del vicio.

—¡El tuerto!

— Si, sí señor, el tuerto; pero no habia hecho nada en toda su vida que no fuese derecho.

—De él oí hablar, y su espada vi, y su loba y su birrete colgados como reliquias en la bedelía.

—Y no digais otra cosa: como reliquias y para ejemplo de los otros bedeles.

—¿Entónces, vos sois la famosa doña Guiomar?

—La misma.

—¿Y qué habeis hecho de vuestras carnes, señora, si dicen los bachillerotes sustitutos de la Universidad, que se acuerdan del rey que la fundó, que no me acuerdo quién fué...?

—Pues yo sí, yo sí, dijo doña Guiomar; fué el rey don Alfonso IX. de Leon, como reza el letrero que aparece en uno de los ángulos del cláustro que dice: *Alfonsus IIX Castellæ Rex Palentiæ Universitatem erexit, cuyus æmulatione Alfonsus IX. Legionensis Rex Salamanticæ itidem Academiam constituit...* [1]

—¿Y por qué, señora, como habeis conservado en la memoria el contenido de esa inscripcion, no habeis conservado las buenas carnes que teniais que daban

[1] Alfonso VIII, Rey de Castilla, erigió la Universidad de Palencia, por cuyo estímulo Alfonso IX, Rey de Leon, fundó la Academia de Salamanca.

gloria, segun cuentan los viejos bachillerotes capigorrones de aquellas ilustrísimas escuelas.

— ¡ Señor bachiller, las penas, las desgracias se llevan todas las hermosuras !

— Y los años.

— ¡ Los años ! que Dios me mate si tengo cuarenta y cinco.

— De viuda, no lo niego ; pero dejemos esta conversacion, que ninguna más descortés ni más enojosa que la de la cuenta de los años, aun para los hombres, y decidme por qué, subida esa ágria escalera, nos hemos detenido en este lóbrego y temeroso pasadizo.

— Porque espero, señor mio, á que suene algo que aun no ha sonado.

— ¿ La trompeta del juicio final acaso ?

— No, eso.

Habia sonado en aquel momento una campanilla.

— Entrad, entrad aquí, señor bachiller, por esta puerta de la izquierda, dijo doña Guiomar.

Y abrió una mampara.

Miguel entró.

La viuda del célebre Zurriaguete, se alejó haciendo sonar, á su precipitado paso, su camándula.

Miguel se encontró en otro corredor, largo y estrecho, en el cual habia tres balcones con grandes vidrieras á cuadros exágonos, engastados en plomo.

Los vidrios eran finos, alemanes, de colores, y bellamente esmaltados, representando cada uno el busto de un santo ó de una santa.

En todos los centros de estas combinaciones de exágonos, el vidrio representaba, alternativamente, una tiara sobre las llaves cruzadas de San Pedro, ó un capelo de cardenal, sobre el extraño cruzamiento de un báculo episcopal, y de una espada de caballero.

Y habia, además, la singularidad de que, la espada representada en el esmalte, era exactamentè la cópia de la que el cardenal Aquaviva, segun suponia, y con gran fundamento Miguel, le habia regalado la noche anterior.

Pero tan preocupado estaba Cervantes, que por el momento no reparó en aquellas singularidades.

Habíale dicho la dueña que esperase allí.

Cervantes era comedido.

Allí, pues, permaneció.

Pero aquel pasadizo, sin alfombra y sin tapicerías, era de tal manera frio, de tal manera húmedo, de tal manera siniestro por la luz sombría de aquel dia pálido y brumoso, ensombrecida más y más al pasar por aquellas vidrieras de colores, que Miguel no pudo ménos de sentirse mal.

La dueña tardaba.

La incomodidad que le afligia, y que era que á pesar de las mamparas un viento colado pasaba por debajo de ellas sobre el desnudo pavimento de mármol, le sacó de sus reflexiones, para caer inmediatamente en mayores cuidados.

Porque habia reparado al fin, al arrancarle la humedad y el frio de sus cavilaciones, en las vidrieras. y en los severos bustos de los santos, y en los emblemas pontificios y cardenalicios que en ellas habia, y sobre todo, en aquella espada que parecia la cópia indudable de la que él poseia, y le hizo pensar todo esto, en que se encontraba en el magnífico palacio en que habia estado la noche anterior.

¿Y por qué la hermosa jóven, señora de la dueña doña Guiomar, le habia llevado á aquel palacio para tener secretamente con él una entrevista importante?

De por medio habia la criatura reciennacida, que doña Magdalena habia adoptado, por decirlo así, la noche anterior.

A él se le habia acometido yendo con doña Magdalena, que llevaba en los brazos á la niña, y se le habia conducido al palacio misterioso, y de todo punto clerical, por su apariencia, donde habia conocido á la hermosísima *donna* Beatriz, hermana del cardenal, de donde le habia sacado el *signor* Lazzaroti, que le habia entregado la espada, llevándole en una silla de manos, cerrada, hasta cerca del meson de Paredes.

Doña Magdalena, con la señora que la acompañaba, y con su serio y ágrio servidor, habia desaparecido.

Con ella se habia perdido tambien la niña.

Indudablemente habia intervenido en todo aquello el cardenal Aquaviva.

La hermosa y jóven dama que habia ido con la dueña doña Guiomar en un coche, delante del átrio de la iglesia de San Ginés, estaba densamente pálida, indudablemente débil y enferma.

Debia suponerse, en vista de todos estos antecedentes, que aquella jóven dama enferma, á la que daba excelencia la dueña, era la madre de la niña de que se habia apoderado, por decirlo así, doña Magdalena.

Las tres damas que desde la noche anterior habia conocido Miguel, (exceptuamos á Abigail, que ésta no era aun para Miguel más que dama de teatro), giraban alrededor de un centro extraño.

Aquel centro era el cardenal Aquaviva.

Donna Beatriz era su hermana.

Pero, ¿qué eran suyo la hermosísima doña Magdalena y la dama doliente?

Miguel se perdia en cavilaciones, y su viva imaginacion estaba extraordinariamente excitada,

Lo que sucedia no hablaba ciertamente muy en favor de monseñor Aquaviva.

Aquellas aventuras tenian más olor de libertinaje que de la santidad y simplicidad de costumbres que deben suponerse en un príncipe de la Iglesia, que no puede ni debe llegar á tan alto y honorable puesto, sino cargado de años y de virtudes.

Miguel sabia que monseñor Aquaviva no pasaba de los veinticuatro.

Las aventuras que por Miguel habian pasado desde la noche anterior, y que se relacionaban con el cardenal, no eran lo más edificantes que pudiera desearse.

¿Habia amores secretos, amores graves, y tal vez criminales, entre la jóven y

hermosa señora desconocida aun para Cervantes, y el cardenal Aquaviva, que no le era mucho más conocido?

¿Y si amores habia entre ellos, á pesar del decoro y del deber, qué era lo que habia de comun entre el cardenal monseñor Julio Aquaviva y doña Magdalena?

Hay que convenir en que habia causa bastante para que Miguel estuviera caviloso, cuidadoso, impaciente é inquieto.

Tardaba la dueña demasiado.

¿Qué era lo que justificaba su tardanza?

Crecian los cuidados y las imaginaciones de Miguel.

Se sentia más y más incómodo en aquel friísimo y húmedo pasadizo.

Y sin embargo, siempre comedido, siempre bien criado, no se movia del lugar donde se le habia prevenido esperase.

Al fin oyó pasos que, resonando sobre otro pavimento de mármol, se acercaban.

Pero no se acercaban por la parte del pasadizo por donde en él habia penetrado Cervantes, sino por la parte opuesta.

Eran pasos de mujer.

Pero mucho más leves que los de doña Guiomar.

Tenian ese no sé qué hechicero, que se siente en el ruido del paso de una buena moza.

Hay personas que se las adivina sólo con oirlas andar.

Se entreabrió al fin la mampara del lado por donde habian resonado los pasos y apareció una mujer.

Se detuvo al ver un hombre en el pasadizo.

Lanzó un leve grito de sorpresa.

Miguel miró, y se puso instintivamente la mano en el corazon.

Habia visto una dama magníficamente vestida y prendida.

Al reparar más en ella habia reconocido á la hermosa morena de los ojos negros.

A doña Magdalena.

A la criatura que podia decirse era entónces su amor, ó por lo ménos, la causa de unos candentes principios de amor.

Ella á su vez reconoció á Cervantes.

Permaneció indecisa en la entreabierta mampara.

Miraba á Cervantes de una manera suprema.

Parecia agitada.

Pero permanecia muda, fijando en Miguel, de una manera atónita, pero grata á la par, sus magníficos ojos negros.

Parecia como que sentia una grande alegría, mezclada con una grande sorpresa, al encontrarle allí.

La expresion de la mirada y del semblante de doña Magalena, eran ya para Miguel el principio de una correspondencia de amor.

Vaciló Miguel un momento.

Pero al fin se dirigió decididamente á doña Magdalena.

Ésta vaciló á su vez.

Se comprendia claramente por su actitud y su expresion, que deseaba esperar á Miguel; hablarle.

Pero que no se atrevia.

Por último, cuando Miguel habia recorrido la mitad de la distancia que le separaba de doña Magdalena, ésta pareció decidirse, y exclamó:

—¡Ah! ¡no! ¡deteneos!

Y como Miguel no se detuviese, doña Magdalena se hizo atrás y cerró la mampara.

Se oyeron inmediatamente sus pasos precipitados que se alejaban.

Miguel no se detuvo.

Llegó á la mampara y la abrió.

Se encontró en otro pasadizo más largo aun.

Pero en él no habia nadie.

Ardia su cabeza.

La aparicion allí de la hermosa morena de los ojos negros, le habia excitado poderosamente.

Habia perdido toda prudencia.

Avanzaba rápidamente hácia otra mampara que se veia al extremo del pasadizo.

Llegaba á ella cuando aquella mampara se abrió.

Una nueva y poderosa emocion acometió á Cervantes.

Tenia ante sí una dama hermosísima, vestida de una manera tan rica, que más que dama parecia.

Hubiérasela podido creer una reina, en cuanto á su atavío.

En cuanto á su hermosura, una diosa

Era *donna* Beatriz.

Al ver de improviso á Miguel, y tan cerca que á estarlo algo más de la mampara él, se hubiera tropezado duramente con ella, *donna* Beatriz se puso pálida como una muerta.

Miguel no habia podido sentir sus pasos, porque ella habia venido por un suelo alfombrado.

—¿Vos aquí? exclamó *donna* Beatriz con la voz alterada de tal manera, que Miguel no pudo dudar de que en la hermosa que le hablaba habia un destello de amor para él.

—Sí señora, respondió Miguel: yo otra vez aquí, y otra vez rendido á vuestras plantas.

—¿Cómo habeis venido? sobre todo: ¿cómo habeis sabido que podiais encontrarme aquí?

—Yo, señora, dijo Miguel, os buscaba; pero no he venido aquí porque os buscase; me han traido de una manera misteriosa, como anoche.

—¿Quién?

—Perdonadme: no puedo decíroslo.

—No insisto: pero decidme: ¿cómo es que habeis llegado hasta este sitio y solo?

—Me habian mandado que esperase en una galería que es muy fria, y venia buscando un lugar ménos incómodo.

—¿Habeis visto el camino por donde habeis venido?

—Sí, señora.

—¿Os han introducido hasta aquí, por un postigo de un pequeño jardin?

—Sí, señora.

—¿Habeis subido una estrecha escalera de caracol?

—En efecto.

—¿Si quedais libre, podreis volver aquí? ¿conoceis bien el camino?

—No me perderé, señora.

—Si os es posible, estad esta noche, á las Ánimas en punto, junto á ese postigo.

—¡Oh, señora! ¡aunque hubiese de arrostrar mil muertes, vendria!

—Gracias, dijo *donna* Beatriz sonriendo de una manera lánguida: suceden cosas extrañas, y quiero preguntaros.

—Vendré, señora.

—Si no podeis venir esta noche, venid en la de mañana, en la de pasado: durante quince dias yo os estaré esperando.

—¡Oh! ¡gracias, señora! el corazon me dice que esta misma noche vendré.

—Volveos ahora al lugar donde os mandaron esperárais. Sed obediente, y sobre todo, discreto.

Miguel tomó una mano á *donna* Beatriz, y ántes de que ésta pudiera impedirlo, se la besó.

Lanzó ella un pequeño grito, se desasió, y escapó cerrando la mampara.

Miguel permaneció un momento inmóvil y agitado.

Luego se tornó, y volvió en paso lento al lugar donde doña Guiomar le habia dejado.

A poco se abrió la mampara y apareció doña Guiomar.

—Seguidme, le dijo.

Miguel la siguió.

CAPÍTULO XXII.

En que Cervantes añade un nuevo sueño á los que ya hacian que su pensamiento se perdiese en los espacios del amor y de la fortuna.

La dueña, haciendo pasar á Cervantes por algunas riquísimas estancias, llegó al fin á una grande y magnífica cámara, en la cual la ya menguada luz de aquel dia nebuloso y opaco apénas si bastaba para que se pudiesen distinguir los objetos.

Consistia esto en que estaban corridas las cortinas de damasco rojo de dos grandes balcones que en la cámara habia, cuya tupida tela apénas la menguada luz de aquel dia transparentaba.

A causa de esta casi oscuridad, la cámara, dejando ver apénas sus tapicerías, sus cuadros, su alto techo y sus ricos muebles, aparecia más solemne, más grandiosa, más llena de un no sabemos qué de regio y magnificente.

En uno de los testeros que á la izquierda de la entrada formaba ángulo recto, con aquel en que estaban los balcones, y en el centro de él se apoyaba el alto y ancho testero de una magnífica cama dorada, sobre la cual se veia un dosel de terciopelo rojo franjeado de oro, y salpicado de cruces del mismo metal, cuyos cortinajes caian desde la parte anterior del dosel, y formando pabellon, hasta plegarse á ambos lados de la cabecera del lecho.

Entre éste y uno de los balcones habia un gran brasero de plata, lleno de errax encendido y bien pasado, que templaba suavemente la cámara, y por aquel mismo lado, junto al lecho habia un sillon.

La dueña condujo á Miguel hasta aquel sillon, y cuando allí hubo llegado, una voz doliente que salia del lecho le dijo:

—No sé cómo recompensaros, señor mio, la pena que por mí os tomais, y lo dócil y galantemente que me habeis seguido, sin reparar el peligro en que podiais poneros; que en trances nos ponemos ó nos ponen los adversos hados á las mujeres, tales, que no solamente están en peligro ellas, sino tambien aquellos que se las acercan y noblemente las favorecen.

Miró Cervantes, en cuanto la voz que del lecho salia escuchó, y en el lecho distinguió, no tan claramente como hubiera querido, sino como se lo dejaba ver la menguada luz que en la cámara penetraba, á la misma dama con quien habia ido

hasta aquella casa campestre, ó más bien palacio, y cuando ella hubo terminado su breve discurso la dijo :

—Obligacion es, señora, no ya del que ha nacido hidalgo, sino del que ha sido bien criado, obedecer á las damas, y servirlas, y defenderlas hasta perder por ellas su vida, y más cuando son tales damas como vos mostrais serlo.

—Dejadnos solos, doña Guiomar, dijo aquella jóven señora; pero quedaos cerca para lo que fuere menester, y para advertirme si ocurriere alguna novedad.

Salióse doña Guiomar, y Cervantes se entró más en sus confusiones, y en sus extrañezas.

A cada momento se presentaba más enredada su extraña aventura.

Se encontraba con que la dama, persona de aquella aventura, se hallaba más enferma que lo que él habia creido al verla dos veces, y por un momento el semblante, y no habia podido ménos de recogerse al lecho.

Era evidente que si aquella señora le habia hecho esperar, habia sido por aquella necesidad, y que la dueña habia tardado en ir á buscarle, el tiempo que habia tardado en desnudar á su señora y en acomodarla en el lecho.

Aquella tardanza habia sido preciosa para Miguel, puesto que sin ella no se le hubiera hecho tan incómodo el frio pasadizo en que le habian dejado, y no pretendiera buscar un lugar ménos enfadoso, ni por lo tanto hubiera encontrado á doña Magdalena, y poco despues á *donna* Beatriz, la cual le habia empeñado en una cita, que no podia ser ménos que una cita de amores.

Cervantes no se atrevia ni aun á pensar por qué estaban allí juntas aquellas tres señoras.

Dejaba venir los sucesos.

—Sentaos, le dijo la dama doliente, y sentaos cerca; tengo que hablaros mucho, y no puedo esforzar la voz.

Sentóse Miguel tan cerca como pudo del lecho, y ella continuó:

—Decidme primero vuestro nombre; quiero saber quién sois, y tanto más, como que creo tener en vos un amigo y un buen valedor.

—Ya os he dicho, señora, replicó Miguel, que vuestro criado soy; y en cuanto á lo de valeros, haré cuanto en mis fuerzas esté, aunque la vida me cueste, no dudeis de ello; y para que sepais quién soy, me llamo Miguel de Cervantes Saavedra, hijo de buenos padres soy, Alcalá es mi patria, en sus escuelas y en las de Salamanca he cursado filosofía y letras humanas, y á Madrid hace algunos meses que soy venido, para pretender un empleo con el cual pueda valerme y no pesar sobre mis padres, y aun ayudarlos, porque aunque muy honrados y de prosápia muy ilustre son pobres.

—Empleo tendreis, dijo la dama, y tal que baste á satisfacer vuestros deseos. Ahora sabed quién soy yo, que no quiero permanecer incógnita para con un hombre que tan generoso se muestra conmigo: me llamo María de los Dolores Perez de Cañizares; soy hija del (hace cuatro años y por desgracia mia) difunto duque de Puente de Alba, y como su hija única su título y estados heredé y poseo; condesa viuda fui de Prades, y viuda quedéme aun no bien segura de si era casada,

por lo que vereis cuando os cuente mi historia, que aunque en estos tan verdes años que casi soy una niña, que aun los diez y seis no he cumplido, historia tengo, y tan larga y triste, que no parece sino que para mí ha hecho y juntado Dios desventuras bastantes para amargar la vida de muchas, cuanto más de una sola criatura. Y pues que ya sabeis quien soy, suspended el juicio que de mí hayais hecho, juzgando por las apariencias, que forzosamente ha de ser equivocado, y decidme lo que más ahora me importa: ¿quién era la señora que acompañábais anoche, cuando mi dueña doña Guiomar iba á poner una niña reciennacida en el cajon de los expósitos del Colegio Imperial?

Y al decir estas palabras doña María no pudo contener sus lágrimas, y las dió larga y dolorosa salida.

Reprimiólas sin embargo, y Miguel, contestando á su pregunta, dijo:

—Lo ignoro, señora.

—¿Cómo podeis ignorarlo, dijo la duquesa, si mi dueña con ella os vió, y con tales apariencias, que no pareciais sino muy buenos amigos?

Y á pesar de la angustiosa situacion en que se encontraba, pronunció de tal manera sus últimas palabras, que á Miguel se le agitó el corazon.

—Pues sólo la conocia de algunos momentos ántes, dijo Miguel; y para que lo creais, señora, habeis de saber que cuando de casa de un mi amigo volvia yo anoche, á las Ánimas, á mi posada, que lo es el meson de Paredes, encontré al llegar á la plazuela de los Remedios, algunos rondadores promoviendo riña á un hombre á quien acompañaba una dama; ésta, espantada por el peligro, al ver que todos aquellos villanos acometian á su compañero, temiendo por su vida, se dió á correr por la calle de San Isidro; y yo, que habia querido amparar á aquel señor, que señor parecia, creí...

—Sí; creísteis que era mucho mejor amparar á la dama... interrumpió la duquesa acreciendo en lo singular de su acento, y aumentando la turbacion de Miguel.

—Sí, dijo éste: era ya tarde: el barrio de Toledo es peligroso aun para los hombres, y creí que más falta hacia mi amparo á la dama que al otro, que reñia bien y que ya habia tendido á uno de sus adversarios.

—Hay que confesar que sois extraordinariamente galante, dijo la duquesa siempre con su acento incisivo: pero mi dueña, para disculparse, protexta y jura que si ella dejó que aquella *caritativa* señora se llevase á la niña, fué porque tuvo miedo de vos.

No quiso contradecir el dicho de la viuda del bedel Zurriaguete Miguel, por lo que en lo sucesivo la tal vieja pudiera servirle y contestó:

—Yo creí que aquella pobre criatura estaría mejor en poder de aquella señora, que parecia muy buena, muy noble y muy rica, que siendo expósita de los Padres de la Compañia, por más que estos buenos padres lo hagan muy bien con los expósitos; aunque poco puede juzgarse de esto, porque sólo hace ocho años que fundó el Colegio Imperial la emperatriz doña María de Austria.

—La intencion de esa señora fué buena sin duda, dijo la duquesa, y la vuestra mejor; pero yo necesito saber lo que ha sido de mi hija.

—Lo ignoro, dijo un tanto aturdido Miguel.

—¡Que lo ignorais! exclamó con impaciencia la duquesa; ¿pero no acompañábais á aquella dama? sin duda sabeis en qué casa la dejásteis.

—No la dejé, me la quitaron, cuando yo con ella me encaminaba al lugar donde se habia trabado la riña, por ver lo que habia sobrevenido.

—¿Que os la quitaron? insistió con un acento acerado la duquesa.

—Sí, señora: de improviso cayeron sobre nosotros muchos hombres: púseme como necesario era en defensa y...

—¿Y ella, á quien el peligro espantó, huyó?

—Cuando logré desembarazarme de aquellos hombres, ó más bien, cuando ellos, viendo que ya no necesitaban detenerme por más tiempo huyeron, me encontré solo cerca de mi posada: ni la dama ni el hombre que la acompañaba cuando yo los encontré, parecian por el mundo.

—¿Es decir que mi hija se ha perdido? exclamó con acento de desesperacion la duquesa.

—Os juro, señora, que yo he de encontrarla ó he de morir.

—Cuando tal afirmais debeis tener algun indicio.

—Si los tengo, señora, no puedo decíroslo, no debo decíroslo, y cuando yo no hago una cosa no puedo hacerla.

—¿Pero teneis esperanzas de encontrar á mi hija? exclamó anhelante la duquesa.

—Tengo la seguridad, respondió valientemente Cervantes, y de tal manera que comunicó su confianza á la duquesa.

—Respeto, dijo ésta, las buenas razones que sin duda teneis, para no ser más claro con una infeliz madre, que á buscar ha ido, desesperada y exponiéndose á morir, á esa señora que dió á mi dueña una cita para el dia siguiente á misa de una en la parroquia de San Ginés, y que habiéndoos reconocido la dueña, os llamó y aquí os ha traido gracias á vuestra buena y honrada voluntad. Habéisme parecido noble y leal, y en vos confío, y confiando en vos estoy más tranquila: yo tengo la seguridad, no sé porqué, de que vos me volvereis mi hija, y de que me ampararéis, que harta necesitada estoy del amparo de un corazon generoso.

—Os repito, señora, que mi brazo y mi vida, que son lo único que yo puedo ofreceros, son vuestros.

—Y yo os digo, replicó la duquesa, que en mí teneis la mayor amiga que hayais tenido ó podais tener. Por lo mismo, y para que podais juzgar bien de mí, sin nieblas ni dudas, voy á contaros la historia de mis desventuras: pero dejadme reposar un tanto, que de tal manera estoy enferma, y tanto me he conmovido con nuestra conversacion, que, sin reposar, nada os podria decir.

—¿Y por qué no dejarlo para otra ocasion mejor, señora, dijo Miguel, para cuando no esteis doliente, ni en la récia ocasion en que os encontrais?

—¡Oh! ¿quién sabe si nos volveremos á ver? dijo la duquesa.

Y con tal acento, con tal vehemencia, que volvió á darle el corazon otro vuelco á Cervantes.

Levantóse y se fué turbado y con paso vacilante á uno de los balcones.

Abrió su cortinaje, entró en su hueco y se acercó á las vidrieras.

Le zumbaban los oidos.

Se le iba la cabeza.

Se sentia malo.

Lo que le acontecia era de más en más extraordinario.

Interesaba grandísimamente su curiosidad, su compasion, y aun su corazon, aquella desventurada señora.

Su imaginacion le lanzaba á los espacios imaginarios, y le fingia ya historias estupendas y nunca vistas ni oidas.

Y ni aun pensaba en los peligros en que podian meterle aquellas historias.

Ni en los que tal vez corria ya, metido á tras mano y de una manera extraña en un palacio que, no tenia duda de ello, pertenecia al misterioso monseñor Aquaviva.

Tan absorto estaba en sus imaginaciones, tan preocupado por ellas, que hasta mucho tiempo despues de estar junto á la vidriera del balcon, no reparó en que muy cerca de la casa corria el Manzanares, y que iba harto crecido.

En una creciente mayor debia inundar la pradera en que estaba construida la casa y rodear á ésta de agua.

Pasó como media hora, hasta que al fin Miguel oyó un leve *sisco* que provenia del interior de la cámara.

Al mismo tiempo un gran reló que en ella habia dió las tres de la tarde.

CAPÍTULO XXIII.

En que la duquesa de Puente de Alba comienza su historia, y á causa de un besamiento de mano de Cervantes, se enoja y suspende su relato por algunos momentos.

Salió del hueco del balcon Miguel, y se aproximó al lecho.

Encontró incorporada en él á la duquesa, y tan bella, que él mismo, á pesar de su galanura, no hubiera encontrado metáforas bastantes para encarecer su belleza.

La veia distintamente, porque al salir del hueco del balcon y á caso hecho, habia descorrido una de las cortinas.

Aquel balcon era el más próximo al lecho.

La hermosa le miraba, aunque triste y apenada, con una dulce intensidad y con una noble confianza.

— Sentaos y escuchadme, le dijo: siento un gran consuelo sólo con la ocasíon de referiros mis penas.

— Os escucho con toda la atencion de mi alma, señora mia, dijo Cervantes.

— Ya os he dicho mi nombre, dijo la duquesa, y si no os he dicho mi edad, que si creo os la dije, diciéndoosla está mi semblante: diez y seis años cumpliré muy presto.

Quedéme sin madre al nacer, y esta fué mi primera y grande desventura, presagio de otras no menores.

Crióme mi padre en nuestra casa, hasta los siete años, en cuya edad me entregó á una parienta nuestra, religiosa de Santo Domingo el Real de Madrid, para que en el convento me criase.

Voy á ser todo lo breve que me sea posible.

Estando en el convento, cuando aun no habia cumplido mis doce años, murió mi padre, dejándome completamente huérfana; segunda desventura que sobre mí cayó, y en tutela, por una desventura mayor, de los Cañizares, hermanos de mi madre.

Son estos, dos caballeros jóvenes aun.

Son gemelos, y en tal manera iguales, que si no fuera porque el uno de ellos tiene en la frente una cicatriz que se la cruza, reliquia perpétua que sacó de un lance de armas, no se les podria distinguir.

Llamábanles por esta razon en la corte los Cañizares.

El de la cicatriz se llama don Fernando.

El otro don Gabriel.

Ambos son caballeros de hábito.

Don Fernando del de Santiago.

Don Gabriel del de Calatrava.

Habian diferenciado de hábitos, para que pudieran distinguirlos, ántes de que el hierro que habia partido la frente á don Fernando los diferenciara de una manera más indeleble, más segura.

Ambos son freires de su órden.

Por consecuencia no pueden casarse.

Se lo impiden irrevocables votos.

Esta circunstancia ha sido para mí otra desventura, como más adelante vereis.

A ambos habia dado mi tutela mi padre.

Nunca habian ellos ido al convento á verme, entretenidos en licencias y en libertinajes.

Mi padre no los conocia bien, cuando en tales manos me dejó, ó tal vez, siempre fuera de España, sirviendo como noble y bravo al rey y á la patria, no habia tenido ocasion de conocerlos.

No son señores de título, pero sí grandes, ilustres y ricos señores.

¡Así fueran grandes, ilustres y ricos por sus virtudes, como lo son por su nacimiento y por su hacienda.

Nunca habian ido á verme al monasterio; ni aun sé si se acordaban de que yo existia.

Yo no los conocia tampoco.

Antes de que muriese mi padre, habia muerto la anciana religiosa, parienta nuestra, que me habia educado.

Mi padre me recomendó á la abadesa.

Diéronme con muchos rodeos la noticia de la muerte de mi padre, y luego me notificaron que habia quedado bajo la tutela de mis tios los Cañizares.

Sólo entónces los conocí.

De esto hace dos años.

En esos dos años han pasado para mí cosas terribles.

Don Fernando y don Gabriel sólo contaban treinta y dos años.

Eran hermanos menores de mi madre.

La primera impresion que me causaron cuando fueron á visitarme por la primera vez al convento, á decirme que yo habia quedado bajo su tutela, fué de todo punto desagradable.

Me parecieron falsos y villanos.

Debemos hacer mucho caso de la primera impresion que nos causan las gentes.

Yo me estremecí.

Me sentí en malas manos.

Eran dos hombres presuntuosos, mal acostumbrados en la vida de la corte, y todo lo miraban de una manera infame.

No creian en la virtud.

No creian en la dignidad.

No creian en la honra.

Estaban muy llenos de su alcurnia y de sus riquezas.

Se creia además, cada uno en cuanto á la hermosura y al ingenio, un dios Apolo.

—Sí, sí, dijo Miguel, en su primera interrupcion á doña María de los Dolores; ya sabemos lo que son los Cañizares; preguntadlo en la Academia de los Nocturnos: pedid por ellos á mi maestro Lope de Hoyos; él se pondrá los dedos en las narices; dice que son la escoria del Parnaso: buscadlos en las palestrillas de Rada y de Campuzano, y dirán que no los conocen sino como á los hombres más zapatilleados del mundo, y más presuntuosos sin embargo, porque creen que en perfilándose ellos, con espada blanca ó con estoque prieto, es necesario que se eche á temblar el mundo. Yo no los conozco más que de nombre, y por los infames sonetos que andan de mano en mano, no para gloria suya, sino para escarnio: en la corte, señora, todos nos sabemos de memoria.

—Sí, se sabe lo que cada uno es públicamente, pero no se conocen las infamias privadas de nadie.

—Aquí, señora, prevalecen los que ménos valen: se unen en una cofradía vergonzosa, en cuyos capítulos se lee al principio: Socorrerse los unos á los otros:

se ponen ante el vulgo, que no tiene licencia de Dios para pensar, nombres muy pomponeados; se elogia lo que debia censurarse, se enaltece lo que debia vituperarse; en el Mentidero, en las Academias, en los estrados, se pronuncian con una grande estimacion nombres de personas, á quienes se les echarian todos los mastines del Parnaso si se atreviesen á entrar en aquellos sagrados términos: sin embargo el vulgo se deja llevar de lo que le dicen, y honra á quien merece desprecio, y desprecia á los que son merecedores de loor eterno. Siempre ha sucedido lo mismo: el mundo no puede pasarse sin epidemias, y Dios ha querido que tambien las letras tengan la suya: ¿y qué hay que hacerle? la bondad y la virtud han sido hechas por Dios para que sean mártires: la gloria del mundo es de los malos; la gloria de Dios y la gloria de la inmortalidad entre los hombres pertenece á los elegidos de Dios, pero es necesario que estos elegidos pasen por el martirio.

— El buen corazon siempre estará ensangrentado, dijo la duquesa: pero continuemos.

Los dos hermanos, que estaban acostumbrados á todas las licencias, á todos los libertinajes, no pudieron dejar de mostrarme la avaricia con que me habian mirado.

El alma se me heló.

Ví en aquellos que mi padre me habia dejado para que mis padres fuesen, dos tiranos, dos desgracias.

Yo estaba ya muy crecida.

Abultaba tanto como ahora.

Era tan mujer como ahora.

Mis tutores no se atrevieron á sacarme del convento, miéntras duraba el luto de mi padre.

Por algun tiempo fueron á verme juntos.

Yo no les ocultaba la repugnancia que me inspiraban.

No podia ocultársela.

Una salamanquesa no nos ha causado ningun daño cuando la vemos, y sin embargo nos causa repugnancia y horror.

Para mí don Fernando y don Gabriel eran dos reptiles.

No puedo deciros por qué pensaba así, porque yo no conocia el mundo.

Mi repugnancia por ellos era instintiva.

Muy pronto dejaron de venir juntos.

Pero todos los dias me visitaban separadamente.

No parecia sino que cada uno de ellos procuraba insinuarse en mi alma en perjuicio del otro.

Para mí eran una sola persona.

Y una persona repugnante.

Durante el año que permanecí en el convento, los dos llegaron á hacérseme odiosos.

Hablando pestes el uno del otro, habian conseguido que yo les despreciara á los dos.

Cumplí mis trece años.

Se cumplió el luto de mi padre.

Mis tutores me dijeron, cada uno de por sí, que ya era llegado el tiempo de que yo saliese de mi sepultura.

Llamaban mi sepultura al convento.

¡Ah! ¡ojalá [1] que no hubiera salido nunca!

Me habian procurado una plaza de menina de la reina, de la infeliz reina doña Isabel de la Paz.

Me habian montado la casa de una manera espléndida, como correspondia á mi alcurnia, no embargante que mi padre la hubiese dejado montada de una magnífica manera.

Pero ellos la hicieron más mundana.

En sus galerías, en sus techos, hicieron pintar asuntos de la fábula que no eran lo más edificante.

Júpiter y Leda, Júpiter y Dafne, y Europa; Diana y Endimion, Píramo y Tisbe, y otros asuntos semejantes se veian por todas partes demasiado al vivo.

Aquel era un cambio demasiado violento.

Yo estaba acostumbrada á los sombríos cuadros de mi monasterio, en que sólo se representaban martirios de santos.

Por fortuna yo habia salido de allí con el alma pura y con la virtud firme.

¿Pero qué pureza ni que virtud bastan para contrastar la infamia?

Ninguno de mis tutores podia ser mi esposo.

Sus irrevocables votos se lo impedian.

Ambos recurrieron á Roma para que sus votos fueren revocados.

Pero á pesar de que ayudaron su pretension con buenos escudos de oro, Roma se mantuvo inflexible.

Ambos habian contraido por mí un empeño salvaje.

Muy pronto me obligaron á tener miedo de ellos.

Comuniqué mis temores á la reina.

Doña Isabel de la Paz (santa gloria haya) era una señora excelente y digna de mejor suerte.

Comprendió el peligro en que me encontraba, y como menina suya me llevó á su casa.

Mis tutores rugieron de furor.

Las dueñas de la reina me protegian.

Habia entrado en otra especie de convento.

Pero esta posicion no era digna para mí.

En la casa de las meninas de la reina, no vivian más que las que, hijas de padres nobles, habian quedado huérfanas y sin haberes.

La reina quiso sacarme de aquella posicion que por mi nacimiento y mis gran-

[1] Locucion árabe que ha quedado entre nosotros: *¡Oj' Allah!* ¡quisiéralo Dios!

des riquezas no me correspondia, y me propuso me casase con uno de los jóvenes gentiles hombres del rey.

Con don Servando de Leyva y Sotomayor, marqués de Prades, uno de los más nobles títulos de Asturias y tan rico como yo.

¿Que sabia yo que era casarse?

La prudente y la buena doña Isabel de la Paz habia pensado en ello.

Yo me presté sin repugnancia y sin amor á aquel casamiento.

Nos habíamos visto en palacio don Servando y yo.

Él me habia colmado de galanterías que yo habia escuchado como las de todos.

Con cortesía pero sin interés alguno.

La reina llamó á mis tutores y les dijo gravemente *que habia determinado* que me casase con el marqués de Prades.

Don Fernando y don Gabriel se vieron obligados á bajar la cabeza ante la *determinacion* de su majestad.

Pero desde el momento concibieron el crímen.

El marqués de Prades, se habia sentenciado el infeliz solicitando la proteccion de la reina y obteniéndola para llegar á ser mi esposo.

Sin embargo hay crímenes que no pueden prepararse en el momento.

Hay que buscar quien los cometa y prevenir su impunidad.

Don Fernando y don Gabriel acogieron al parecer con alegría la *determinacion* de la reina, y como la boda debia hacerse al momento, la prepararon de una manera espléndida.

Yo me casaba sin amor.

Yo no conocia el amor.

No le conozco aun... no, no le conozco aun (añadió doña María como replicándose á sí misma; y á la par posaba en Miguel una mirada que le aturdia, que le causaba un efecto inexplicable); no le conoceré nunca.

Y parecia como que doña María se ponia en defensa de un amor que la acometia.

Cervantes se sentia más y más conturbado.

En su corazon y en su cabeza se revolvian tres mujeres, y aun pudiéramos decir que cuatro.

En primer lugar doña Magdalena, aquella encantadora morena, de mirada irresistible, conocida merced á un traidor agujero practicado en el tabique.

Por ella, desde el punto en que la conoció, habia pasado Miguel un dia de afan.

Por la noche habia corrido con ella una bizarra aventura.

La habia encontrado noble, caritativa, altiva, y sobre todo misteriosa.

El misterio es un gran incentivo del amor.

La debia tambien aquel dinero que habia podido aceptar sin rebajarse.

Aquella espada, que era á la par un regalo de honor, y una clave de grandes esperanzas.

Aquella espada provenia del cardenal monseñor Julio Aquaviva de Aragon, emparentado con la casa real de Castilla.

Un señor jóven, como que apénas contaba veinticuatro años.

Un señor magnífico.

Un señor espléndido.

Un niño casi, príncipe ya de la Iglesia, á quien el Santo Padre estimaba en tan gran manera, que le confiaba una mision delicadísima junto á un rey tan difícil como Felipe II.

Un personaje tal, que sin ser cardenal aun, se le llamaba ya cardenal.

Usaba, ya en cierto modo, de las insignias cardenalicias.

Un misterio, en fin, protejido visiblemente por el insigne y grande pontífice Pio V.

Un prócer de Nápoles.

Un patricio de Roma.

Una excentricidad, en fin.

La segunda mujer que contribuia á la especie de fiebre que perturbaba la cabeza de Cervantes, era *donna* Beatriz, la hermana de aquel personaje singular, tan singular como él, conocida por Cervantes de una manera inopinada, en una situacion extraña, continuacion de una aventura por sí misma interesante y romancesca.

Venia luego Abigail, en la cual, á primera vista, y despues por el relato del señor Lope de Rueda, habia concebido Cervantes un sér terrible, otro misterio, y otro misterio bellísimo.

Por último, y tambien como una consecuencia, habia sobrevenido la jóven, hermosísima y conmovedora duquesa de Puente de Alba.

Y doña Magdalena se habia mostrado interesada por él.

Interesada por él se habia tambien mostrado *donna* Beatriz.

Muestras de grande interés le daba, y de gran confianza en su valor y en su hidalguía la jóven duquesa.

En cuanto á Abigail, Cervantes esperaba otra aventura de amor.

Sentia además, á causa de la munificencia de monseñor Aquaviva, Cervantes, ese consuelo que siente el pobre que vive en el afan, dia por dia, sin saber hoy, al comer un pobre pan, si le tendrá mañana, cuando sin saber cómo, se encuentra con una cantidad respetable, que garantiza por mucho tiempo su existencia.

¡Y cuándo se tiene una familia pobre y desventurada!

¡Cuándo se la ama como aman los hombres de corazon!

¡Cuándo estos hombres tienen el alma que tenia Miguel de Cervantes!

Convengamos en que nuestro Miguel tenia bastantes motivos para estar preocupado, calenturiento, fuera de quicio, por decirlo así, abierto el corazon á la esperanza de todo.

¡Cuántas aventuras en ménos de veinticuatro horas!

¡Cuántas emociones!

Verdad era que por todas partes aquellas aventuras estaban cercadas de peligros y de compromisos.

¿Pero qué peligros podia temer, ni qué compromisos evitar, un hombre de un carácter tal, y tan bravo, y tan aventurero como Miguel de Cervantes?

¿Ni qué se teme, ni qué se esquiva á los veintiun años, cuando se tiene el alma apasionada, ardiente, lanzada á las grandes cosas?

Pero volvamos á la duquesa.

Habia guardado silencio.

Continuaba mirando de una manera intensa á Miguel.

Su mirada absorvia la del jóven.

Hubo un momento en que aquellas dos miradas se mezclaron de tal manera, de tal manera se acariciaron, que suplieron con esceso á toda manifestacion por medio de la palabra, por candente que hubiera sido.

Una de esas miradas producidas por una situacion escepcional, y que son el grave principio de una historia que no puede adivinarse á donde irá á parar, cuando se trata de una mujer colocada en la situacion en que se encontraba la duquesa, y de un hombre que se encuentra metido en situaciones de no ménos graves comienzos con otras mujeres.

De tal manera se impresionó Cervantes, de tal manera habia sido elocuente la involuntaria mirada de la duquesa, que él la asió una de sus preciosas manos y ántes de que ella pudiera evitarlo, se la besó.

—¡Ah! ¡soltad! exclamó rehaciéndose la duquesa: ¡yo no soy libre! ¡yo no os creia descomedido!

Y retiró bruscamente su mano.

Su semblante adquirió una severidad depresiva.

Cervantes sintió como si una mano helada le hubiera apretado el corazon.

—¡Ah! perdonadme, señora, dijo: y que Dios no me perdone cuando mi hora llegare, si he sabido lo que he hecho: si he tenido intencion de ofenderos.

Ella no respondió.

Se encerró en sí misma.

Por algunos momentos apareció como abstraida.

Cervantes estaba confuso y se acusaba de su impremeditacion.

La manera altiva con que la duquesa habia castigado aquel involuntario atrevimiento, habia acrecido la estimacion y el respeto que él habia concebido por ella.

Al fin la duquesa, dulcificando la severidad de su semblante, dijo con la voz trémula:

—Voy á continuar mi historia: me he amparado de vos, he confiado en vos y continúo confiando.

Y la duquesa prosiguió como se verá en el siguiente

CAPÍTULO XXIV.

En que la duquesa continúa su historia.

— Yo no amaba á don César de Campoáreas, conde de Prades, que la reina, por libertarme de la tiranía de mis tios y tutores, me daba por esposo: os lo repito, yo no sabia lo que era el amor: no lo sé aun: creo que no lo sabré nunca.

Pero si no le amaba no me repugnaba.

Obedecia sin trabajo á la reina.

¿Qué sabia yo, además, acerca de los deberes que iba á contraer?

Don César me hablaba siempre que queria en el cuarto de su majestad, aunque en presencia de las dueñas.

Yo le oia con agrado.

Veia en él un excelente jóven.

Era además hermoso, muy hermoso, y me agradaba verle.

Me satisfacia oirle.

Miguel no pudo contenerse y se movia incómodo en su asiento.

Ella, como si no hubiera reparado en la agitacion de su oyente, continuó:

— Todos los preparativos estuvieron brevemente terminados.

Mis tutores se mostraban muy satisfechos.

La reina contenta.

Don César impaciente.

Al fin llegó el dia de la ceremonia, y ésta se efectuó con gran pompa en la capilla del alcázar.

El duque y la duquesa de Uceda nos apadrinaron en nombre de sus majestades.

El príncipe de Asturias (que Dios haya perdonado) habia querido asistir á la ceremonia, y estaba en su silla, á la derecha del dosel, en el presbiterio.

Sus majestades estaban en la tribuna.

La capilla cantaba.

Nubes de incienso se levantaban delante del altar.

La servidumbre, convidada por la reina, llenaba el templo.

Los suizos reales daban la guardia.

Aquello era magnífico.

Yo me sentia aturdida.

Empezaba á comprender que se decidia mi porvenir.

Que necesitaba un interés que yo no tenia por el conde de Prades, para unirme á él por toda la vida.

Mis tios estaban es el presbiterio, frente al dosel, y parecian satisfechos.

El único que allí aparecia sombrío era don Cárlos, príncipe de Asturias.

Pero esta expresion sombría era habitual en él.

Parecia como que presentia su fin temprano.

Despues de la misa de desposorios y velaciones, fuímos á la cámara real á besar las manos á sus majestades y á su alteza, y luego, en carrozas de gala de palacio, fuímos nóvios, padrinos, parientes y convidados casa del conde de Prades.

Allí estaba preparado el almuerzo de bodas.

Despues debíamos ir todos á una quinta que mis tios tenian en Aranjuez, donde debian acabarse las bodas y celebrarse al siguiente la tornaboda.

Los dias son muy cortos en invierno.

La ceremonia nupcial, á causa del mal estado de la salud del rey, que quiso asistir á la tribuna, habia empezado muy tarde y no habia acabado hasta la una.

Hasta las dos no nos sentamos á la mesa.

El banquete era como debia serlo, espléndido, y al cerrar la noche aun duraba.

Se habia prescindido de ir por aquel dia á Aranjuez.

Se iria al dia siguiente.

A los postres, el primer ayuda de cámara de mi esposo, se acercó por detrás á su sillon y le llamó la atencion.

Volvióse el conde, y su ayuda de cámara le dijo algunas palabras al oido.

—Godinez me ha dicho, me dijo á seguida el conde, que tiene que darme una carta de casa de mi tio el comendador, (lo era de Alís, por la órden de Malta), ya sabeis, adorada mia, que está enfermo, y me temo que se haya agravado.

El conde pidió vénia para dejar un momento la mesa, y salió.

A poco volvió pálido y desconcertado, y me dijo:

—Sucede lo que yo temia; el mayordomo de mi tio, me dice que éste está de sumo cuidado: que se ha agravado de tal manera su enfermedad que se teme que no salga de esta noche, y que quiere vernos: yo voy solo primero; cumplid vos, señora mia, con nuestros convidados, y si la gravedad del estado de mi buen tio es tal que lo disculpe, suspenderemos el sarao, y vos ireis conmigo á verle.

Esta determinacion, que por buenos miramientos hácia nuestros convidados habia tomado el conde de ir primeramente solo á ver á su tio, me libró del lazo que sin duda se me tenia preparado, suponiendo que en atencion á la carta falsa del mayordomo del comendador, que el conde habia tenido por legítima, iria yo tambien á ver al enfermo.

Disculpóse el conde con los convidados, diciéndoles, que por haberse agravado la enfermedad de su tio el comendador, se veia obligado á ir á verle, y salió.

A poco de haber salido se sintió tumulto en la casa.

Acudieron mis tios y algunos de los convidados.

El tumulto provenia, de que al salir á la calle (la de Cosme de Médicis) el conde habia sido acometido ántes de llegar á la plazuela de los Remedios por una turba de asesinos que habian ahuyentado á los criados que le acompañaban y que habian traido á la casa la alarma.

El conde se quedaba allá peleando con los malhechores.

Salieron mis tios con parte de los caballeros que á la boda asistieron.

Antes de llegar á la plazuela de los Remedios, vieron un hombre que adelantaba vacilante y como mal herido.

Aquel hombre era el conde de Prades.

En cuanto á los asesinos, habian huido sin acabar de rematar al conde, cuando sintieron que acudia gente en su socorro.

El desdichado conde no pudo llegar por su pié á la casa.

Le trajeron á ella en brazos de algunos criados.

Le habian acribillado á estocadas, y la sangre que le corria de una herida, causada por un tajo que le habia partido la frente, le cubria el semblante y le cegaba.

Apénas si el infeliz pudo estrecharme la mano.

Aun no habia podido ver yo el horroroso estado en que se encontraba cuando espiró.

Yo era viuda.

Mis tios juraban á Dios y al diablo que habian de tomar una cruda venganza de aquel asesinato.

Engañaron á todo el mundo con sus hipócritas manifestaciones.

Pero no me engañaron á mí.

Yo tenia la seguridad de que ellos habian preparado aquel crímen infame.

¿Pero cómo acusarlos?

¿Dónde estaban las pruebas?

Además, ¿cómo arrojar una mancha infamante en la familia?

Los convidados se fueron horrorizados.

Sobrevino la justicia.

Se tomaron declaraciones.

Pero sólo se pudo sacar en claro, que un criado del comendador de Alís, ó que á lo ménos lo parecia por su librea, habia dejado de parte del mayordomo del comendador, una carta al portero de la casa del conde de Prades; que el portero habia dado la carta á otro criado para que la diese al primer ayuda de cámara del conde, que la habia dado á éste.

El criado que habia traido la carta habia desaparecido.

Presentada la carta que se encontró ensangrentada sobre el cadáver del conde al mayordomo del comendador, resultó falsa.

Careados todos los criados del comendador con el portero de la casa del conde, resultó que ninguno de ellos era el que habia llevado la carta.

El comendador estaba enfermo, pero no de gravedad.

Ni estando de gravedad se hubieran hecho las bodas.

Buscó en vano la justicia á los asesinos.

El más profundo misterio cubrió el crímen.

Nadie habia sospechado de mis tios.

Pero yo continuaba creyéndolos, y los creo aun, los fautores del asesinato.

Quedé, pues, viuda á los catorce años.

Pero como tal libre de tutela.

Sentí mucho la muerte del desventurado conde de Prades.

Y tanto más, cuanto que yo tenia la certeza de haber sido la causa involuntaria de su muerte.

Pero no se me enlutó el corazon.

No le amaba.

Yo, que sentia una gran repugnancia á mis tios ántes de este crímen, despues de él les cobré aborrecimiento y horror.

Me guardé muy bien de dejarles conocer, ni por el más leve indicio, que yo tenia la seguridad de que ellos habian sido los asesinos del conde.

Temí por mí misma, y aunque niña, tuve prudencia bastante para disimular y engañarlos.

Una vez viuda, su majestad la reina me nombró dama de honor, y á causa de mi juventud, y para que estuviese más al abrigo de las acechanzas de mis tios, me tomó bajo su proteccion, y me dió habitacion en palacio.

Señaló dos dueñas para mi servicio.

Mis tios no podian disimular su contrariedad, y me decian frecuentemente, que era indecoroso que, siendo yo grande de España y viuda, viviese tan directamente á espensas de la reina.

Que podia creerse que yo lo hacia para ahorrar gastos.

Yo me disculpaba diciendo que tenia montada casa y servidumbre, y bajo la proteccion inmediata de la reina continuaba.

La tragedia del conde aumentó los pretendientes á mi mano.

Mi luto no era razon bastante para que me dejaran en paz.

Mi extraña viudez los incitaba tanto como mi rango y mis rentas.

Yo continuaba resistiendo buenamente al amor, ó mejor dicho, sin sentirle, á pesar de que muchos de mis pretendientes, iguales á mí en rango y en fortuna, estaban dotados de más cualidades de las que se necesitan para inspirar el amor.

Pero estaba escrito que yo no amara.

Miéntras duró mi luto mi defensa fué fácil.

Pero cuando el luto terminó se me dió por todas partes una récia batalla.

Entre los que me pretendian se contaba el que ahora es mi esposo.

El marqués de la Puente de Órbigo, gallego, tenaz, insinuante, audaz, y capaz de todo cuando contrae un empeño.

Él era el único á quien yo concedia algunas distinciones.

Pero tan leves que aumentaban su empeño por mí.

De tal manera llegó de mí á apasionarse que enfermó.

Se agravó su enfermedad y se puso á punto de morir.

Esta situacion del marqués no me hizo sentir amor por él, pero sí una ardiente caridad.

Desesperado don Francisco Gomez del Espino, que así se llama mi marido, el

marqués de la Puente de Órbigo, me escribió diciéndome que iba á morir; que por mí moria, y que ántes de morir queria verme.

¿Cómo negar esta solicitud de un moribundo?

Me hice acompañar de dos dueñas, y en un coche, resguardada por algunos lacayos, me fuí al pueblo de Alcobendas, donde en un palacio suyo, sufria su enfermedad el marqués.

Le encontré tan postrado, tan desesperado, me conmovió de tal manera, que le dije:

—Señor don Francisco, si yo puedo ser el remedio de vuestra dolencia, no murais: hé aquí que vuestra me confieso y vuestra esposa.

Dió un grito de alegría el marqués, y exclamó:

—Dios premie, adorada señora mia, la caridad que por mí haceis; y yo os digo que tan otro me siento con sólo haberos oido la inefable promesa de que sereis mi esposa, que ya por en salvo me doy; y tanto haré para serviros, de tal manera amada por mí os vereis, que habeis de amarme; que si no me amárais siendo mi esposa, yo volveria á enfermar de desesperacion, y moriria.

Estuve allí el tiempo que estar me permitia mi decoro, y luego, dando cita á Madrid para cuando sanase al marqués, con mis dueñas y criados volvíme á mi aposento de palacio, é inmediatamente fuí á dar cuenta á la reina de la determinacion que habia tomado de casarme con el marqués, y de por qué habia tomado esta determinacion.

Alegróse la reina y me dijo:

—Pues cosa más á mi gusto no pudiérais haber hecho; que el marqués de la Puente de Órbigo es muy buen caballero, uno de mis gentiles hombres que yo más estimo, y sobre ser jóven y discreto, y buen mozo, bravo es como un leon; y tal, en fin, son todas sus prendas, que lo que ahora es en vos caridad por él, no tardará mucho en ser amor.

—Puede ser, señora, respondí; pero á mí me parece que, ó soy muy jóven, y todavía no se ha despertado en mí el amor, ó para amar no he nacido.

—Dejad, me dijo la reina sonriendo, que eso es cuenta del marqués; y sabed, ya que á este caso hemos llegado, que habiendo yo sabido, porque me lo contaron, que el marqués andaba loco por vos, intenciones tuve de casaros con él; pero como salió tan desastradamente el matrimonio en que os metí, no me atreví, porque dije: está visto que tengo yo muy mala mano para casamentera.

Aun no habian pasado ocho dias desde que fuí á visitar al marqués, cuando fué á visitarme, hasta tal punto restablecido, que parecia que por él no habia pasado enfermedad.

Yo me habia ya resuelto, y le recibí como una prometida, que no tiene porqué ocultar su amor al hombre que ha de ser su esposo.

Me daban además espanto mis tios, y tenia necesidad de un hombre bravo que pudiese defenderme con razon y derecho y sin dar que decir á las gentes.

No me costó trabajo mostrarme enamorada, en la apariencia, del marqués.

Si no le amaba me agradaba.

Cuando le conozcais, que le conocereis, vereis que es noble y hermoso, jóven de veinticinco años, y es necesario que oigais lo que os diré, siguiendo el curso de mi relato, para que no os maravilleis de que, valiendo el marqués en su persona y en sus hechos lo que vale', yo no le haya amado.

Queria el marqués que el casamiento se hiciese cuanto ántes.

Pero yo le oponia que no habiendo transcurrido aun más de quince dias desde que me habia quitado el luto por el conde de Prades, podia interpretarse de una manera no muy favorable para mí, la precipitacion de nuestro enlace.

Convínose al fin que de allí á tres meses se haria la boda.

Supliqué sin embargo al marqués mantuviese secreto lo que habíamos convenido y que no me visitase con demasiada frecuencia, y que no diese en qué pensar á nadie.

Yo temia ante todo que mis tios supiesen mi nuevo concertado enlace y tendiesen asechanzas al marqués.

Aquel de mis tios que más empeñado se mostraba y más decidido á todo por mí, era don Fernando, el de la cuchillada.

Yo le creia capaz de todos los crímenes por sus celos.

Me propuse alejarlos de Madrid, y me amparé para ello de la reina.

La dije que yo sospechaba, más aun, que creia, que ellos habian sido los que habian mandado el asesinato del conde de Prades, ó por lo ménos don Fernando; que temia se dejasen ir á un semejante crímen contra el marqués de la Puente de Órbigo para evitar mi casamiento con él, y por lo mismo esperaba que la reina interpusiese para con el rey sus buenos oficios á fin de que mis tios fuesen de hecho desterrados de la corte; pero con apariencias de honra, y de tal manera, que no pudiesen volver en mucho tiempo.

Me amaba de tal manera aquella desventurada señora, que, tomando sobre si mi empeño, á los ocho dias, don Fernando, el de la cuchillada, fué enviado como maestre de campo á los tércios viejos de Nápoles, y en cuanto á don Gabriel se le mandó con la provision de alcaide al castillo de Tarifa.

Mis tios, obedeciendo al rey, partieron.

No se despidieron de mí, porque desde la muerte del conde de Prades habia ido yo alejándolos, hasta que al fin no nos tratábamos.

Pasaron los dos meses convenidos para el secreto y se publicó al fin la noticia, de que dentro de un mes debia yo dejar de ser viuda, casándome con el marqués de la Puente de Órbigo.

Se prepararon mis segundas galas de boda.

Se tuvo la licencia de su majestad.

Se firmó el contrato matrimonial.

Tres dias despues debia celebrarse el matrimonio.

Pero pasaron aquellos tres dias y no se verificó.

La causa era encontrarme yo gravemente enferma.

Nadie, ni aun los médicos que me asistian, conocian la causa de mi enfermedad.

Conocíala yo por mi desdicha, pero no la habia revelado á nadie.

Aquella causa era horrible.

La duquesa se estremeció y se interrumpió.

Guardó silencio durante un corto espacio.

Al fin dijo:

—Poco es lo que me queda que relatar, pero tan doloroso, que necesito recobrarme del quebranto que en mí ha causado el recuerdo de la mayor de mis desdichas.

Y la duquesa inclinó la cabeza sobre su seno y volvió á quedar en silencio.

Miguel escuchaba vivísimamente interesado.

Adivinaba y se estremecia.

A cada momento le conturbaba más la batalla que le daban en el alma aquellas tres damas, tras las cuales venia, interesándole tambien, Abigail.

CAPÍTULO XXV.

En que se vé en qué estado de sentimiento estaba el alma de Cervantes.

Empezaba á caer la tarde.

La luz amenguaba en la cámara.

Se indeterminaban ya para Cervantes las bellas formas del semblante de la duquesa.

La lluvia continuaba.

Su monótono rumor daba no sabemos qué de solemnemente terrible, al silencio que rodeaba aquella magnífica casa de campo.

Parecia encantada, y que en medio de este encanto la hermosa señora, que un autor de libros de caballería hubiera supuesto bajo el poder de un mago maligno, dejaba oir su voz dulce, poética y apenada al venturoso caballero que el destino habia llevado junto á ella para libertarla.

Cervantes tenia llena la imaginacion de estas ideas, de estas impresiones que eran muy de su tiempo.

Habia pasado la Edad Media.

Pero su espíritu caballeresco duraba aun.

Duraba con todas sus creencias, con todas sus supersticiones, con todas sus leyendas.

Iba pasando su espíritu.

Perdiéndose en un racionalismo que empezaba ya á hacer sentir su deletérea influencia.

Lutero y despues Calvino habian dado la señal.

Habian producido el impulso.

Inglaterra y gran parte de la Alemania habian acogido la nueva escuela, que relegaba á Roma á una posicion que ella resistia y por conservar la cual luchaba con todas fuerzas.

El Vaticano no era una sombra.

Todavía causaba terror su entredicho.

Los pueblos del mediodia, más impresionables, más soñadores que los del norte, por consecuencia más propensos á la poesía, más creyentes, más supersticiosos, sostenian aun á Roma.

Peleaban por ella.

La Inquisicion Española, la Inquisicion Italiana quemaban á centenares á los herejes.

Francia sostenia una terrible guerra de religion en su propio seno.

Hugonotes y católicos se devoraban en una lucha encarnizada.

El puñal de Ravaillac amenazaba ya á Enrique IV.

Las grandes transformaciones no se hacen sin grandes luchas.

Lo viejo es tenaz.

Lo nuevo impaciente.

Lo que ya no tiene razon de ser defiende su puesto.

Lo que le ha de heredar se apresura, se exagera.

La ola bravia acomete á la roca que vacila.

La humanidad gime al embate.

Tal es el progreso.

El resultado de la accion de la fuerza contra la resistencia.

Cervantes se encontraba en medio de esta lucha.

Habia en él del hombre de lo pasado y del hombre de lo porvenir.

El hombre de lo presente era en él una indeterminacion.

Creencia, sueños, fanatismo por una parte.

De la otra exámen, crítica, razon pura.

La noche hundiéndose al occidente.

El dia alboreando en el oriente.

Allá los fantasmas de lo pasado.

Por el otro lado las esperanzas de lo porvenir.

Esta dualidad del sentimiento determinaba almas tan impresionables y tan soñadoras de una parte, y tan excitadas en el juicio de la otra como la de Cervantes, y las de todos los grandes politicos, y las de todos los grandes escritores y los grandes filósofos de su tiempo.

La literatura del siglo XVI no seria tan bella, tan caracteristica sino fuera un compuesto de luz y sombra.

Una tradicion de lo pasado.

Una profecia de lo porvenir.

La literatura que no es popular, ó es un arcaismo ó una abstraccion que no está al alcance de la inteligencia comun.

Si quereis conocer la manera de ser y de sentir de un pueblo en una época dada, leed á los escritores populares de aquella época.

Ellos han legado á la posteridad, con los artistas, sus contemporáneos, el espíritu de su tiempo.

Los legisladores y los filósofos han completado la obra.

Leed con reflexion á Cervantes y á sus contemporáneos, y habreis comprendido exactamente la vida moral y material de las gentes de su tiempo.

En la literatura del siglo XVI, como en su legislacion, como en sus obras y sus monumentos artísticos se refleja aun la Edad Media.

El Renacimiento es luz y sombra.

Por consecuencia la situacion eminentemente fantástica, poética, conmovedora, en que todo lo que le rodeaba ponia á Cervantes, tenia razon de ser.

Miguel soñaba despierto.

Gozaba de una manera imponderable.

Aquella cámara casi envuelta ya en una penumbra fantástica, aquella dama tan jóven y ya tan desgraciada, aquel relato suyo que ennegrecia y hacia conmovedor, el crímen de la una parte, los sufrimientos inmerecidos de la otra, hablaban de una manera extraordinaria á la lozana y poética imaginacion de nuestro jóven.

Le sonreia además la esperanza.

Esa deidad traidora que tantas veces nos halaga para hacernos sufrir despues de una manera amarguísima su decepcion.

Tenia dinero y su vida era feliz.

Sus sueños de color de rosa.

Tres mujeres bellísimas excitaban su corazon y sus sentidos, y otra mujer que aparecia terrible su impresionabilidad.

Podia decirse que en aquellos momentos Cervantes no podia ser más feliz.

Soñaba.

El despertar del sueño estaba léjos aun.

CAPÍTULO XXVI.

En que por una vez más se interrumpe la historia de la duquesa, para dar lugar á los principios de una nueva historia.

Despues de algunos minutos de silencio, la duquesa dijo:

—Va cayendo el dia; yo me siento muy fatigada; es necesario concluir.

—Dejémoslo pues, para otra ocasion, dijo Cervantes.

—¡Para otra ocasion! exclamó ella contristada: ¡Sabe Dios si nos volveremos á ver!

—¿Y porqué esos temores? dijo con vehemencia Cervantes: no volveros á ver, señora, seria para mí una gran desgracia.

—Yo no puedo ser ni vuestra desgracia ni vuestra ventura, dijo melancólicamente la duquesa.

—¿No quereis, pues, que yo os mire como una hermana?

—¡Hermana! ¡Hermana! exclamó la duquesa: ¿pero porqué, porqué todos los hombres habeis de decir lo mismo? No parece sino que todos estudiais por una misma cartilla.

—Cada cosa, dijo Cervantes, tiene su fisonomía propia: si se la dá otra se la desfigura: todos los hombres hemos de ver, cuando todos vemos una misma cosa, la fisonomía propia de esta cosa.

—Si eso es, á las mujeres debe sucederles lo mismo; y cuando una mujer ha sido muy galanteada, por jóven que sea, sabe ya la fisonomía que tiene la palabra hermana, cuando la pronuncia un hombre que no es hermano suyo más que por Adan y Eva: una palabra traidora, ó cuando ménos vana é inútil.

—Yo os digo lo que siento, señora, dijo Cervantes.

—Lo creo bien, replicó la duquesa; y yo no digo que mintais; lo que os digo es que os engañais cuando me llamais hermana.

La conversacion se iba haciendo peligrosa.

La jóven duquesa, á pesar de sus desgracias, conservaba su candor.

Hablaba de buena fé.

No comprendia la trascendencia de sus palabras.

Cervantes veia que el amor nacia al fin en el alma de aquella hechicera criatura, que no se apercibia de él.

Estaba seguro de que por él nacia el amor en el alma de la duquesa.

¿Y á dónde podria llevarle aquel amor?

Miguel no se paraba á pensar en ello.

Él seguia de frente el camino de la vida.

Tenia el alma bien templada.

De todo punto dispuesta á luchar con la adversidad.

—Yo no puedo tener en vos, dijo ella, más que un amigo: un alma generosa que me ampare: yo he muerto ya para el mundo: yo no puedo esperar nada.

El peligro de la conversacion crecia.

Parecia como si la duquesa se hubiese olvidado de que debia terminar su historia, ó por lo ménos continuarla.

—¿Y cómo pueden perderse las esperanzas de la vida cuando se está en los comienzos de la juventud? dijo Cervantes.

—Oid, oid lo que me resta que relataros, dijo la duquesa, y vos mismo juzgareis si, aunque mi juventud es grande, puedo ya alentar esperanzas de una vida venturosa.

La duquesa, á pesar de su candor, habia comprendido al fin que Cervantes estaba á punto de hablarla de amor.

Se habia estremecido.

Habia comprendido que aquel jóven la habia interesado como no la habia interesado ningun hombre.

Conoció los principios de un amor violento.

Habló en su conciencia la voz de su deber y de su dignidad, se reprimió y apeló á su historia para salvar la situacion.

— La ausencia de mis dos tios, dijo continuando, ausencia que debia durar mucho tiempo, me tranquilizó.

Ya os lo he dicho.

Yo no amaba al hombre que dentro de poco debia ser mi marido.

Pero me agradaba.

Cierto es que tampoco me parecia hermoso.

En mi alma quedaba un vacio que yo no comprendia.

Sin embargo, os lo confieso, anhelaba el dia en que vínculos sagrados é indisolubles nos uniesen.

¿Qué era esto?

Yo no lo sé.

Pero yo tenia empeño en casarme con el marqués.

Tal vez esto era porque el mucho amor que me tenia, excitaban mi gratitud y halagaba mi vanidad.

Tal vez porque yo ansiaba tener un amigo fuerte que me protegiese.

¿Y que mejor amigo que un marido enamorado?

En fin yo no sabia lo que pasaba en mi alma.

No sé aun lo que pasa en ella.

Pero si, sí; lo sé bien: hoy aborrezco á mi marido: hoy me espanto pensando en él.

Y pienso en él incesantemente.

— Tal vez eso es amor, dijo Cervantes.

— No, no es amor: estoy segura de este aborrecimiento mio, no nace de un amor contrariado: un amor así debe ser terrible: no, no es eso: os repito que tengo la seguridad de que no amo á mi marido.

—¿Amais, pues, á otro? exclamó con una vehemencia y con una pasion extraña Cervantes.

— Dejad, dejad, exclamó la duquesa con voz lánguida: dejad que interrogue á mi alma.

Cervantes esperó anhelante.

Ella guardó por algunos momentos silencio.

—¿No os ha respondido aun vuestra alma? preguntó con la voz trémula Cervantes.

— Si, contestó la duquesa con un acento dulce, y á la par firme.

—¿Y qué os ha dicho vuestra alma?

Y era más trémula aun la voz de Miguel.

— Mi alma no miente, dijo la duquesa: mi alma...

—Acabad, señora.

—No se debe mentir.

—Decid, pues, la verdad.

—Hay verdades que no pueden decirse.

—La verdad puede decirse siempre.

—No, no debe decirse la verdad, cuando impone silencio el deber.

—¡Oh, señora!... ¡no me á trevo á creer!...

—Continuemos mi historia.

—No... no... hablad... yo lo quiero.

—¡Ah! ¡sois voluntarioso!...

—¡Agonizo!

—Callad... esta conversacion con vos, está á punto de ser indigna para mí; vos me quereis como una hermana... pues bien; yo os quiero á vos de la misma manera que vos me quereis.

—Pues si me quereis, señora, como yo os quiero...

—Ni una palabra más: me ofenderíais, y yo no perdono las ofensas que se hacen á mi decoro.

—Yo soy hidalgo; yo soy leal.

—Dejadme, dejadme, exclamó con un verdadero afan la duquesa; yo no sé lo que me sucede: yo no sé cómo he podido dar ocasion para que vos me exijais de tal manera una confianza que, si puede hacerse, es inútil. Y además, ¿qué sé yo qué es lo que por vos siento? Yo no conozco el amor. Si lo que por vos siento es amor, es un sentimiento tranquilo y dulce. ¿Quién sabe? no hablemos más de esto. ¿Acaso puede oponerse una criatura á que se cumpla su destino? Dejadme concluir mi historia, yo os lo ruego; pronto será noche: no podeis permanecer en esta casa; habreis de volveros á Madrid; y aunque el coche os espera podríais encontraros en peligro: dicen que de noche vagan por estos sitios gentes terribles

—Estad tranquila, señora, dijo Cervantes; si esas gentes y yo nos encontramos. de seguro nos entenderemos.

—Se habla de desgracias que han acontecido por estos sitios.

—La mayor desgracia que pudiera acontecerme seria la de no volveros á ver.

—Tened en cuenta que soy casada y que tengo honra, exclamó con una dulce severidad la duquesa.

—Os habeis casado sin amor.

—¡Oh, no mintais!

—Yo, señora, no puedo mentir.

—Pues callaos.

—No puedo callarme.

—¡Qué empeño en buscar el martirio! dijo de una manera profunda y singular la duquesa.

—No hay placer sin dolor, señora mia, dijo Cervantes; no hay amor sin pena: no hay esperanza sin afan.

—¿Y qué podeis esperar de mí?

—La gloria.

—En muy poco estimais la gloria, cuando de tal modo pecais.

—¿Cómo, señora? ¿Pecador me creeis por enamorado?

—Por poco noble y poco sufrido. Si me amais, que no comprendo como habeis podido sentir amor por mí, y en tan poco tiempo, conocer debíais los respetos que merece una señora, y tanto más cuando esta señora es casada.

—¡Oh! ¡qué decís, señora mia! exclamó Cervantes: ¿es que me creeis incapaz de toda nobleza, de todo respeto?

—No, no creo eso: creo que os engañais: creo que al verme en este durísimo caso en que me hallo, habreis tal vez supuesto que liviandades, ó por lo ménos ligerezas mias, me han traido á él. Por lo mismo, y para que veais hasta qué punto os habeis engañado, es necesario que acabeis de oir mi historia, y que no me interrumpais: yo os lo exijo.

—Una palabra, señora.

—Decid.

—Si yo no os creyera honrada y digna no os amaria.

—¡Oh! ¡me estais martirizando el alma! no me hableis más de amor.

—¿Y por qué, señora, por qué?

—Porque yo os amo.

A estas solemnes palabras pronunciadas por la duquesa de una manera enloquecedora, y tanto más, cuanto que por su acento, por su mirada, por su turbacion, parecia que se habian escapado de su alma, contra su voluntad su dignidad y su razon, sucedió un profundo silencio.

De improviso sintió Cervantes que la duquesa lloraba y que hacia esfuerzos porque él no se apercibiese de su llanto.

Y como el llanto es una expansion del sentimiento, que cuando más quiere contenerse, con más fuerza lanza su explosion, muy pronto el llanto de la duquesa fué intenso, desgarrador.

—¡Oh, no me atormenteis! dijo al fin entre sus lágrimas; me habeis arrancado una confesion que yo no debia haceros, de un amor que yo no me explico, y que tal vez es la mayor desgracia que podia sobrevenirme. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio!... ¿Y qué es el amor? ¿Cómo puede sentirse tanto en tan poco tiempo?

La nobleza del alma de Miguel le trajo á una reaccion.

—Calmaos, señora, dijo; vos estais enferma, calenturienta: tal vez esto no es más que la consecuencia de un delirio de vuestra alma desventurada. Teneis mi corazon y mi alma: ya os lo digo por daros un solo momento de paz: yo me pondré, si es necesario, en guerra con todo el mundo.

—¡Oh, sí! exclamó ella: Dios ha querido, sin duda, que haya para las criaturas instantes que sean horas, minutos que sean dias, horas que sean años... ¡Sí, sí, esto debe ser porque yo os amo como si os hubiera conocido toda mi vida y aun ántes de nacer! Cuando os llegásteis al coche y os ví, me estremecí toda; se me llenó el alma de alegría y de dolor. ¿Por qué os digo yo esto? porque lo que siento me vence, porque no puedo dejar de decirlo. Y me espanto: yo preveo

horribles desgracias. ¡Oh! ¿por qué os he conocido? ¡Sí, sí! os lo repito; de todas las desgracias que he sufrido vos sois la desgracia mayor.

Aquella situacion era inacabable.

La duquesa se olvidaba de su historia.

Cervantes, que apesar de lo que le halagaba el sentirse amado por aquella jóven y hechicera hermosura, llena de todos los atractivos que puede tener una mujer sin faltar aun ni el de la desgracia, habia reflexionado.

Era necesario de todo punto, mostrarse digno ante los ojos de aquella criatura, que aparecia tan candorosa, tan buena, tan apasionada.

Cervantes no dudaba de su honra á pesar de aquella niña llevada por doña Guiomar al cajon de los expósitos, y recogida por doña Magdalena; apesar de encontrarse la duquesa fuera del domicilio conyugal, en la casa de monseñor Aquaviva, y habiendo entrado en ella de una manera que autorizaba al más prudente para aventurar gravísimas suposiciones.

Miguel tenia un grande entendimiento, aunque no mucha experiencia.

Pero suplia á la falta de experiencia en él, la grandeza de su entendimiento.

Comprendia Miguel, que no son las apariencias las que determinan lo bueno ó lo malo.

Que bajo las apariencias más desfavorables pueden ocultarse la virtud y la desgracia, y bajo las mejores apariencias el vicio y el crímen.

Además por la grandeza de su imaginacion creia posibles todas las exacerbaciones del sentimiento; todos los excesos, y hasta todas las mostruosidades de la pasion.

Creia además, (y esta era una creencia de su tiempo, que cogia hasta al mismo Antonio Perez, que era casi escéptico, y que estaba dotado de un gran sentido práctico) en la *conjuncion de luminares*.

Segun esta creencia, dos criaturas, entre las cuales habia conjuncion de luminares, debian unirse por el amor, y por un amor violento en el punto en que se encontrasen.

Lo mismo creia la duquesa.

Aquella idea supersticiosa era comun á todas las gentes de aquel tiempo.

¿Pero con cuántas mujeres tenia conjuncion de luminares Miguel?

Él no se hacia esta pregunta.

Cedia á la influencia de la que tenia más cerca, y entónces no se acordaba si no de una manera secundaria de las otras.

Esto es muy comun en los hombres de grande imaginacion.

Estaba visto, que sin duda á causa de la conjuncion de luminares entre la duquesa y Miguel, no habia medio de que ella terminara la historia de sus sucesos pasados.

Se hacia por sí misma la historia de sus sucesos presentes.

Pero como toda mujer que ama necesita, si es digna y altiva, de la estimacion del hombre de su amor, la duquesa necesitaba por tanto acabar su historia que era la exculpacion de la situacion en que se encontraba.

Así, pues, enjugando sus lágrimas tendió una de sus hermosas manos á Cervantes, y le dijo estrechándole dulcemente una mano:

—Sí, sí; os amo y creo que vos me amais: pero yo os amo con el alma y quiero que vos me ameis del mismo modo: así podremos tener la felicidad de la estimacion recíproca: no, yo no he hecho nada por lo que pueda ser indigna de la estimacion de las gentes honradas, y esto os lo vá á demostrar el fin de mi tristísima historia; ella es mi defensa más elocuente; ella demuestra hasta qué punto pueden engañar las apariencias: oidme pues, amigo mio, señor mio, amado mio, y sabed que todo lo espero de vos.

Y despues de esto la duquesa, retirando su mano de la de Cervantes, que tuvo la discrecion de no besar aquella hermosa y pequeña mano que se habia unido á la suya, prosiguió el relato de su historia de esta manera:

CAPÍTULO XXVII.

En que la duquesa termina su dolorosa historia.

Con el alejamiento de mis infames tios de Madrid, me creia yo tan asegurada de peligros, que dejé mi aposento del alcázar para ir á vivir á mi casa con mis dueñas y con mi servidumbre.

Así podia ver con más frecuencia y con más facilidad, al marqués de la Puente de Órbigo.

Voy á confesároslo porque debo deciros toda la verdad.

Yo me creia enamorada del marqués.

Pensaba en él cuando no le veia.

Cuando dormia, soñaba con él.

Si alguna vez tardaba, mi impaciencia era cruel.

Y sin embargo, ahora lo conozco, aquello no era amor.

Estaba muy léjos de serlo.

Por eso os he dicho que yo no habia conocido el amor.

—No quiero volver á interrumpiros, señora mia, dijo Cervantes, porque veo que teneis un grandísimo deseo de que yo acabe de oir vuestra historia.

—Sí, haceis muy bien en no interrumpirme, dijo la duquesa; porque si volvemos á la conversacion de ántes, será el cuento de nunca acabar; en cuanto á mi historia, ya toca á su fin, como á su fin vá tocando la tarde, y es necesario que con luz del dia, aunque sea escasa, salgais de aquí.

Si no, yo me quedaria en un cuidado mortal.

Anda por aquí, por la noche, gente muy terrible; ya os lo he dicho.

Continúo, pues.

Faltaban ya sólo ocho dias para que se celebrase mi casamiento con el marqués.

Se tenia ya la real licencia.

Las galas estaban prevenidas.

Firmado el contrato.

Prevenidos nuestros parientes y nuestros amigos.

El rey y la reina, y en su representacion el duque y la duquesa del Infantado, debian ser nuestros padrinos.

Yo sentia impaciencia y miedo.

Me acordaba de las otras bodas mias.

Empecé á temer que el alejamiento de mis tios no fuese bastante.

De noche, una sombra cualquiera me representaba la sombria imágen de mi tio don Fernando, el de la cuchillada.

Este era, de los dos, mi enemigo más temible.

El más obstinado en someterme á su voluntad.

Estos recelos me espantaban de tal manera que no vivia.

Una noche, ya muy tarde, desperté despavorida,

Habia sentido una mano que me despertaba.

Cuando abri los ojos me encontré á oscuras.

Fuí á incorporarme y me sentí abrazada por un hombre.

Dí un grito y me desmayé.

Cuando volví en mí, la luz de la lámpara de noche estaba encendida.

Mi tio don Fernando, el de la cuchillada, estaba junto á mí, y me tenia entre sus brazos.

¿Creeis, Miguel, lo que os cuento?

—Lo creo, y prometo desde ahora á vuestro buen tio una estocada en el corazon, que no le deje para contarlo, como le dejó el tajo que le metieron en la frente.

—No se mata á los muertos, señor de mi alma, dijo la duquesa.

—¡Muerto!

—¡Sí; muerto! la breve satisfaccion de su gusto por la violencia y la infamia, le costó la vida.

No salí de mi desmayo sino para caer en otro.

El conocimiento de mi deshonra, y el horror de verme entre los brazos de aquel miserable á quien aborrecia de muerte, podian más que mi voluntad de defenderme.

Cuando volví de mi segundo desmayo ví de pié, junto á mi lecho, á don Fernando que me miraba con un amor repugnante; que me sonreia de una manera horrible.

—¡Cásate!... me dijo: ¡cásate en buen hora! ¿qué me importa? Pero no, no; tú no te casarás; tú temerás: no te atreverás tampoco á encerrarte en un convento: al fin me amarás... ¡Oh, sí!... ¡al fin me amarás, porque yo quiero que me ames!... ¡porque mi voluntad puede más que el cielo y que el infierno!...

Yo le escuchaba estremecida de coraje y de ira.

Cuando pude hablar, le dije:

—¡Mi venganza ha de ser tal, que estremezca á los que la oigan!.

—¡Tu venganza!... me contestó sonriendo con desden: ¡pero Dios mio!... ¡qué hermosa te pone la ira!... ¡Oh! ¡malditos sean mis votos irrevocables!

Y se acercó de nuevo á mí.

Yo habia meditado.

Me veia indefensa ante aquel infame.

Dar gritos, llamar en mi ayuda á mis dueñas, á mis doncellas, hubiera sido publicar mi deshonra.

Tal vez don Fernando habia llegado á mi aposento sin valerse de nadie.

Era necesario saberlo, y para esto engañar á don Fernando.

Por otra parte el conocimiento de mi desgracia me quebrantaba.

Me sentia dolorida en el cuerpo y en el alma.

Rompí á llorar, y de una manera tal, que aquel mónstruo se conmovió.

—¡Ah! ¡perdóname! me dijo arrojándose á mis piés: yo soy un infame: pero no he sido poderoso á dejar de serlo: ¡yo te amo, te adoro!... de tal manera es tuya mi alma, que por tu amor la venderia á Satanás.

Ya os he dicho que yo habia reflexionado.

El miedo me habia aconsejado.

Lo temia todo de aquel crudó enemigo mio.

—Sin la deshonra, exclamé yo, deshaciéndome en llanto, no era posible nuestro amor, ni con la deshonra puede continuar; es necesario, de todo punto necesario, que os caseis conmigo, y cuanto ántes: así creeré que me amais: así podré yo amaros; de otro modo, no lograreis otra cosa que darme muerte, porque yo me mataré desesperada.

—¡Casarnos!... ¡casarnos!... exclamó don Fernando: ¡pero eso no es posible!... yo soy freire de Santiago.... mis votos...

—Pedid la anulacion al Papa; gastad: si vuestra hacienda no basta, gastad la mia; pero volvedme la honra que por traicion me habeis quitado.

—¿Y me amarás tú?

—¿Qué mujer bien nacida no ama á su marido, aunque con él la haya casado la violencia?

—¡Es que yo quiero tu corazon... tu alma!... me dijo con una vehemencia infinita don Fernando; ¡yo no puedo ser feliz, sino cuando te retuerzas enloquecida de amor entre mis brazos!

—Si vos me dais una prueba de amor casándoos conmigo, ¿cómo no he de amaros? ¿pues no sois un gentil mozo? pues qué, ¿no sois noble y bravo? pues qué, ¿no me habeis dado por mi desdicha, una prueba de vuestra pasion, deshonrando por ella en mí, á vuestra sangre?

—¡Oh! ¡calla!... ¡calla!... exclamó don Fernando: ¡yo estoy loco! ¡yo me arrepiento del extremo á que me ha llevado mi desesperacion!

—¡Oh, sí, loco! exclamé: me habeis deshonrado por ante mis criados.

—¡Ah, no! exclamó don Fernando: ¡yo no hubiera llegado nunca á ese punto! yo no me he valido de ninguno de los de tu servidumbre: yo conozco demasiado esta casa: yo he escalado las tápias del jardin, y luego he abierto con llaves maestras las puertas que desde el jardin, hasta tu dormitorio se encuentran.

—Pero os habrá acompañado alguno de vuestros criados, para ayudaros á escalar el jardin.

—Nadie; nadie me ha ayudado: nadie me ha acompañado.

—¿Es decir, que Dios sólo sabe, y vos y yo, mi desdicha?

—Sólo Dios, y Dios sabe cuánto me pesa, y cuán resuelto estoy á hacer cuanto me sea posible para que en Roma se anulen mis votos.

—Pues bien; partid; salid ántes de que sea de dia; no os detengais: id á Roma: gestionad por vos mismo; gastad, sino basta lo vuestro, lo mio: sed mi esposo, y yo os amaré.

Don Fernando, dominado por mí, salió.

Yo misma le acompañé para franquearle el postigo.

Cuando estuvo fuera, una alegría infernal se apoderó de mí: la horrible alegría de la venganza.

Me habia propuesto disfrazarme, seguirle, buscarle en Roma, y hacerle matar ante mí, á puñaladas, por gentes pagadas por mí.

Pero esta alegría desesperada cedió su lugar á la razon.

Yo, ante todo, debia restaurar mi honra.

Si don Fernando lograba la anulacion de sus votos, como era probable, con las buenas razones que llevaria á Roma, yo debia ser su esposa: sacrificarme á mi honor.

¿Pero y el marqués de la Puente de Órbigo?

¿Y aquella boda ya determinada, ya prevenida, ya próxima, de que tenia noticia toda la corte?

Yo me veia obligada á romper mi palabra.

¿Y qué se pensaria de mí?

Mi situacion era desesperada.

No sabia qué partido tomar.

Tal vez tomé el ménos conveniente.

Al otro dia vino á verme, como de costumbre, don Francisco.

Venia alegre.

Cómo que se acercaba el momento, segun él decia, de su felicidad.

Al verle se me recrudeció de tal manera mi dolor, se me apretó de tal manera el corazon que me desmayé.

Cuando habiéndome socorrido, volví en mí, cuando el desmayo hubo pasado completamente, cuando más tarde me encontré sola con don Francisco, como éste me preguntase cuál habia sido la causa de mi desmayo y de la tristeza que en mí advertia, desesperada y loca le dije:

—Si yo os engañara, si yo confiada en la brevedad del tiempo que falta para

nuestras bodas, os diera mi mano, si yo me valiera del engaño, seria una miserable, indigna de vos, cuando solo soy una desventurada.

A medida que don Francisco me oia, se iba poniendo más y más pálido hasta que al fin llegó á parecerme un difunto viviente.

Sufria de una manera horrible.

Estaba atónito y mudo.

Habia acabado yo de hablar, y por algun tiempo no pudo proferir una sola palabra.

Yo creí que iba á morir.

Lo que yo creia en mí amor por él se acrecentó de tal manera, que juzgando imposible mi casamiento con él, me eché á llorar desesperada.

—¿Por qué llorais, señora? me dijo al fin: ¿qué es eso que me habeis dicho de que vos no podeis engañarme? ¿En qué obligaciones estais conmigo por más que nuestro casamiento esté concertado, para que vos podeis engañarme? ¡Hablad! ¡ved que os amo tanto, que me estoy muriendo!

—Yo tambien, respondí; y esto acabará por quitarme la vida: yo no puedo casarme con vos...

—¿Y por qué... por qué no podeis casaros conmigo?

—Yo podria deciros porque aun soy libre... que lo habia pensado mejor: pero os engañaria; no, yo no puedo engañaros: vos sois demasiado noble, demasiado bueno, demasiado leal: me amais con toda vuestra alma, y de una manera no ménos apasionada os amo yo: pero yo... yo...

Y no atreviéndome á continuar me interrumpí.

—¡Hablad, señora, hablad por compasion! exclamó don Francisco alentando apénas.

—Pues bien, don Francisco, le dije haciendo un esfuerzo, contra toda mi voluntad, y por consecuencia de un crímen cometido contra mí, me veo obligada á casarme con otro hombre.

No olvidaré nunca la mirada que don Francisco posó en mí al escuchar mis palabras.

Toda su alma, agitada por todas sus pasiones, habia salido de una manera horrible á sus ojos.

Al mismo tiempo y ciego de cólera, habia puesto la mano en su daga.

Sentí un tal terror, que caí de rodillas á sus piés.

—¡Ah! ¡no! ¡no! ¡perdonad! me dijo: ha sido un momento de locura, de desesperacion; yo os miraba ya como si fuérais mi esposa.

Me conmovieron de tal manera el dolor y la vehemencia con que don Francisco pronunció estas palabras, que dejando de temer por mí, sentí miedo por él.

Me levanté, me acerqué á él, y hácia su abatida cabeza que tenia entre sus manos me incliné.

Don Francisco, despues de su arrebato de furor, habia caido casi exánime sobre un sillon, y lloraba.

—Yo os amo, le dije, (entónces me creia yo enamorada de él); os amo tanto, que el amor que os tengo me vá á costar la vida.

—¿Por qué habeis vos de morir? me preguntó.

—Porque no puedo ser vuestra esposa.

Alzó la cabeza, se pasó la mano por la frente, de la cual brotaba el sudor, y asiéndome las manos, me dijo:

—Os creo inocente: sin embargo juradme que lo sois.

—Os lo juro por mi alma.

—Decidme, haced un esfuerzo: confiad en mi honor... vuestro secreto morirá conmigo.

—Un hombre penetró anoche en mi aposento miéntras yo dormia, le dije agonizando.

—Y ese hombre, para que llegase hasta vos, se valió necesariamente de algun criado traidor.

—No: ese hombre debia guardar el honor de su familia, exclamé.

Yo estaba tan turbada que no sabia lo que decia.

—¡Ah! exclamó don Francisco: ¡uno de vuestros tios!

—Yo no he dicho eso, exclamé, queriendo destruir tarde los afectos de mi anterior respuesta.

—Sí, todo el mundo sabe que vuestros tios eran para vos un peligro: todo se murmura en la corte: particularmente el de la cuchillada: los ojos cortesanos ven mucho: están acostumbrados á sorprender en una mirada descuidada, en una palabra imprudente, el alma de aquellos á quienes observan: hay quien afirma que vuestro tio don Fernando fué quien mandó matar á vuestro esposo, arrancándole para ello con un engaño del festin de las bodas, ántes de que pudiera ser vuestro marido: ya me habian dicho: si os casais con la duquesa de Puente de Alba, tened mucho cuidado con su tio, el de la cuchillada.

—¡Ah no, no es él! dijo.

—¿Le amais tanto, exclamó don Francisco, que temeis que en él sacie mi furor?

Sentí un tal despecho al escuchar estas palabras, una tal vergüenza que exclamé:

—Sí; sí: él ha sido: el infame.

—Pero, añadió don Francisco: ¿cómo podeis casaros con vuestro tio, aunque os resigneis á sacrificaros por vuestra honra, si él es caballero profeso del hábito de Santiago?

Mi turbacion crecia.

Me estaba muriendo.

—Ha partido para Roma, le dije, á pedir al Papa la anulacion de sus votos.

—Es inútil, dijo don Francisco, porque yo os tengo por tan pura y por tan honrada á pesar de vuestra desgracia, que si vos me amais como decís, con vos me caso.

—¡Ah! ¡Dios os bendiga! exclamé lanzando un grito de alegría: ¡Dios os bendiga porque no habeis dudado de mi inocencia ni de mi virtud!

—La criatura de Dios, dijo don Francisco, es alma, y nada hay que pueda impurificar el alma, si ella á si misma no se impurifica: vos decís, y yo lo creo, que nadie conoce esta desventurada historia más que el hombre que la ha causa-

do; pues bien, para mí sois la misma que érais: tan pura y tan honrada como ántes.

—Yo os lo agradezco respondí: vos haceis menor mi desgracia, vos no me negais vuestra estimacion.

—Tan no os la niego, como que, con vuestro consentimiento, voy á apresurar nuestras bodas.

—¡Ah! ¡no! ¡eso jamás! exclamé.

—No hagais de modo, me dijo, que yo crea que me engañais; que por una veleidad de mujer, que yo no creia posible en vos, amais á vuestro tio.

—¡Ah! ¡no! ¡no! grité retorciéndome las manos.

—Entónces, me dijo don Francisco, la boda dentro de tres dias.

—¡Pues bien, dije, sí; ántes de que dudeis de mí, todo!

—¿Me jurais por vuestra alma ser dentro de tres dias mi esposa?

—Sí, os lo juro... pero reflexionad.

—Sí, ya he reflexionado, me respondió con acento decidido.

—Mirad no os pese luego.

—Yo os amo.

—Tomaos tiempo, sin embargo.

—Estoy decidido.

—¡Ah! ¡Dios os bendiga! exclamé.

Y me arrojé á sus piés, y le besé las manos.

Él me alzó, y me besó en la frente.

—Adios, señora de mi alma, me dijo: voy á procurar que nuestra boda, pueda ser dentro de tres dias.

Y se fué.

Yo me quedé sin saber lo que me acontecia.

Más muerta que viva.

No se me alcanzaba lo que podia esperar, lo que podia temer.

Tan dolorida, tan enferma estaba, que me ví obligada á recogerme al lecho.

Por la noche esperé en vano á don Francisco.

No pareció.

Acometióme un cuidado mortal.

¿Habria reflexionado don Francisco?

¿Se habria arrepentido?

Yo me arrepentia ya de haber sido tan franca con él.

De no haberle dicho simplemente, sin revelarle mi secreto, que lo habia pensado mejor, y que encontrando que no le amaba lo bastante para ser su esposa, rompia mi empeño.

¡Qué! ¿otras, acaso, aun ya delante del altar, no se habian vuelto atrás?

¿Habria yo confiado con demasiada credulidad en el honor de don Francisco?

Mis dudas me devoraban.

Aquella noche fué horrible para mí.

— Tal vez esté enfermo, me decia yo, buscando una causa para tranquilizarme. Ha sufrido mucho.

Esperé al dia siguiente por la mañana, con ánsias de muerte, la hora en que acostumbraba visitarme el marqués.

Pero llegó aquella hora y no vino.

Llegó la noche y tampoco pareció.

Lo mismo aconteció al dia siguiente.

Por último, al tercer dia, y cuando ya no lo esperaba, se me presentó.

Venia tranquilo y aun contento.

Yo reviví.

—¿Qué ha sido de vos, señor, en los tres dias que no os he visto? le pregunté.

— ¡Ah, adorada señora mia! me respondió; he estado preparando nuestro casamiento, y al fin, pasado mañana tendrá lugar.

No me atreví á preguntar más al marqués.

Pero recordaba á mi tio y me aterraba.

¿Qué iba á suceder?

No podia darse una desventura mayor que la mia.

Llegó al fin el plazo convenido y se celebraron con una gran pompa las bodas.

Cuando nos quedamos solos el marqués y yo en la cámara nupcial, puso sobre una mesa una caja de madera cuadrada, forrada de paño negro.

Yo fijé en aquella caja una mirada cobarde.

— Sentaos, señora, me dijo señalándome un sillon junto á la chimenea.

Estábamos en marzo y hacia frio.

Yo me sentí helada de espanto.

En el rostro del marqués habia algo de siniestro.

Sentóse frente á mí y me dijo:

— Mi esposa sois y os amo con toda mi alma. Feliz soy porque mi esposa os tengo: pero no seria tan feliz si temiera que el infame que cometió contra vos el más odioso de los crímenes podia, despechado, vender vuestro secreto.

Se me heló la sangre.

Mi mirada se fijó en aquella siniestra caja forrada de paño negro, que estaba sobre la mesa.

El marqués continuó:

— En el momento en que vos, esposa mia, con una nobleza y un valor heróico entregásteis á mi honor vuestro secreto, me propuse vengaros.

— ¿Y me habeis vengado? exclamé con ánsia.

— Sí, me dijo el marqués: en cuanto salí de vuestra casa, tomé, con un solo criado, postas para Roma.

Una de dos, ó habia salido ó no de Madrid don Fernando.

Si habia salido, en las ventas, en las posadas del tránsito debian darme noticias de él, puesto que le señalaba la cicatriz de su frente.

En efecto, en Alcalá me dijeron que hacia dos horas acababa de pasar solo, en un poderoso caballo, el caballero por quien yo preguntaba.

Entónces tomé de nuevo el camino.

Por todo él me dieron noticia del paso de don Fernando.

Llegué al fin á Zaragoza.

Inquirí; pero con mucha fortuna, porque yendo por el Coso, ví de improviso á don Fernando que se paseaba solo y profundamente pensativo.

Me llegué á él y le toqué bruscamente en un hombro.

Se estremeció, se irguió con cólera, y al verme, sonrió de una manera sesgada y me dijo:

—¡Os envia ella! En verdad, en verdad que he sido un simple. ¿Quién confia en palabras de mujer?

—¿Quereis que paseemos juntos por las huertas? le dije.

—Como gusteis, me contestó; de todos modos esto no es más que un ahorro de tiempo, porque yo tenia determinado cambiar algunas palabras con vos ántes de casarme con ella.

—Pues somos de un mismo parecer, le dije; sólo que para mí no era cuestion el hablar con vos sino hacer de manera que, despues de haber hablado conmigo, no pudiérais hablar con nadie.

Despues de esto echamos á andar y nos salimos de Zaragoza.

Adelantamos por las huertas.

Pasamos de ellas.

Llegamos á un lugar solitario, en el fondo de un barranco.

Por la noche entraba yo en Zaragoza, llevando, envuelto en una punta de mi capa, el objeto que esa caja contiene, y además esta encomienda que llevaba sobre el pecho don Fernando.

Y me dió un medallon en que aparecia esmaltada la cruz de Santiago.

Yo he puesto ese medallon entre las ropas de mi pobre hija perdida, para que sirviera un dia de señal de reconocimiento.

Y tras estas palabras la duquesa se echó á llorar.

—Yo os juro, por la salud de mi madre querida, exclamó Cervantes conmovido; que vos tendreis vuestra hija, señora.

—¡Ah! ¡lo creo, lo creo! exclamó la duquesa; y porque os creo tan noble y tan valiente, que todo lo arrostráreis por mí, por eso os amo, y si os he dicho que os amo, es porque ante Dios y ante mi conciencia soy libre.

Si infame fué mi tio don Fernando para mí, despues del casamiento no ha sido ménos infame para mí el marqués.

¿Sabeis lo que me obligó á mirar dentro de la caja, por más que yo lo repugnaba, transida de horror?

—No os aflijais, señora, recordándolo, dijo Cervantes: lo que vuestro esposo os mostró en la primera noche de bodas, fué la cabeza del comendador.

—Sí; pero yo no he tenido bodas más que en la apariencia con el marqués: entre él y yo, no hay nada de comun más que un odio á muerte.

CAPÍTULO XXVIII.

En que Cervantes oye el fin de la historia de la duquesa, y con la confesion reiterada del amor de ésta, sale al oscurecer del palacio del cardenal Aquaviva.

La duquesa lloraba en silencio.

El dia habia menguado, de manera que apénas si se veia ya en la cámara.

La situacion, ya de suyo interesante, se iba haciendo fantástica.

Cervantes estaba transportado.

Su imaginacion no necesitaba tanto como lo que acontecia para transportarse.

Estaba allí por las consecuencias de una sucesion de aventuras.

Esto hablaba altamente á su espíritu aventurero.

Habia entrado en aquella casa como á trasmano, llevado por una mujer, por una dama de una hermosura escepcional y en condiciones escepcionales con el acompañamiento de la indispensable dueña.

Y aquella dueña era la recomendable viuda del inolvidable bedel de la universidad de Salamanca, el perínclito Zurriaguete, que de tal manera habia sido en vida, que no habia podido borrar su nombre la muerte.

Hay inmortalidades relativas.

No sólo se llega á la inmortalidad por el genio.

Se llega tambien por las extravagancias.

Dígalo sinó, Diógenes el cínico.

Miguel habia reconocido en la casa, ó más bien en el palacio, á que le habia conducido la jóven é interesantísima duquesa de Puente de Alba, aquel mismo palacio que parecia pertenecer á monseñor Julio Aquaviva de Aragon, á donde le habian llevado la noche anterior las aventuras que habia corrido por doña Magdalena.

Habia vuelto á encontrar en aquel palacio á doña Magdalena, que creia ya perdida, y á *donna* Beatriz, de la cual no habia podido olvidarse.

El misterio de sus aventuras crecia hasta lo infinito.

¿Qué relacion existia entre doña Magdalena, *donna* Beatriz y la duquesa de Puente de Alba?

Sin duda alguna, el punto de relacion entre aquellas tres señoras, lo era monseñor Aquaviva.

Pero ¿quién era, como carácter, como costumbres, como sér, el cardenal Aquaviva?

De él no podia decir Cervantes más que lo que todo el mundo decia.

Esto es: que era legado del Papa junto á Felipe II.

Particularmente, por aquella rica espada, por aquella pesada bolsa, que le habia regalado, que era espléndido.

Mucha persona y muy rica debia ser aquel prócer, que á los veinticuatro años merecia que el papa le delegase junto á un rey tan poderoso, tan receloso, tan profundo, tan terrible, como el rey de España, y que, á la par, hacia tales regalos á quien podia decirse no le habia servido, sólo porque en circunstancias especiales se habia puesto involuntariamente, por efecto de la casualidad, en contacto con él.

¿Estaria tambien en relacion con monseñor aquella Abigail, aquella beldad extraordinaria, cuya historia habia dejado en suspenso el señor Lope de Rueda?

Bien podia ser.

Era, pues, escepcional, extraño, de todo punto interesante, lo que pasaba por Miguel.

Se encontraba, pues, con razon, transportado.

Dominado por seductores sueños en lo presente, y mucho más seductores, por sus ricas promesas, para lo porvenir.

Miguel se creia ya en los cuernos de la luna, conducido á ellos en una rosada nube, á impulsos de su favorable destino.

Es innegable que el hombre vive gracias á los ensueños de su esperanza.

Matad en el alma humana la esperanza, y la muerte acabará con el cuerpo que encierra aquella alma desesperada.

La duquesa parecia agobiada por la situacion.

Guardaba silencio como fatigada.

La luz amenguaba.

Los objetos se indeterminaban más y más en la cámara.

En medio de un profundísimo silencio se escuchaba el ruido monótono de la lluvia, fuerte, abundante, continua, y de tiempo en tiempo el zumbido de una larga y potente ráfaga, que resonaba sonoro en la cámara.

—Ha llegado la hora de que partais, señor mio, dijo la duquesa: que es noche, y debeis volveros cuanto ántes á Madrid. Cuando la noche haya cerrado de todo punto, el camino será peligroso.

—¿Qué importa el peligro, contestó Miguel, si Dios nos protege? y sin la proteccion de Dios ¿qué hay en la vida que no sea un peligro?

Cervantes, aunque no supersticioso ni fanático, era sinceramente creyente.

¿Y qué persona dotada de una alta inteligencia no lo es?

Dios se revela constantemente al entendimiento humano.

Quien no conoce á Dios y no le confiesa, es un estúpido soberbio.

Un sér que no tiene de humano más que la figura y algunas cualidades de imitacion.

La imitacion se confunde casi siempre, por los ojos del vulgo, con lo imitado.

Mejor dicho, el vulgo no conoce lo que es imitado ni lo que es real.

Pero el vulgo es una colectividad, sin valor de ninguna especie.

Ni aun la del número.

Porque no es número lo que no puede formar guarismos ni cantidad.

Un necio es igual á un millon de necios.

Millones y millones de necios hasta lo infinito, no valen más que un necio.

Por ante el buen juicio, esto es, por ante la razon humana, un necio no es nada.

Es ménos aun que un animal.

Porque desprovisto como el animal de discernimiento, en cuanto al instinto, razon inmutable y accesoria de los animales, es inferior á ellos.

El que no es necio, el que está dentro del *nosce te ipsum,* vé en sí mismo, y en todo lo que toca, en todo lo que siente, la revelacion de Dios.

Cervantes, pues, dotado de una inteligencia superior, era creyente, como suele decirse, á puño cerrado.

Creia, pues, en la Providencia, y confiaba ciegamente en ella.

Por lo mismo, era extraordinariamente valiente.

Juntaba á esta cualidad una correlacion inseparable de ella: era altivo.

La altivez no es en manera alguna la soberbia.

La soberbia es un pecado capital.

La altivez bien entendida, esto es, la dignidad, una virtud.

La prenda inseparable de la nobleza del alma.

Cervantes no podia dar ni en la cobardía ni en las bajas acciones.

Era un elegido.

Nos atreveríamos á decir que un consagrado.

Y, si se nos permite la exageracion, casi un santo.

¿Pues qué, los santos no han pasado por todas las debilidades, por todas las tentaciones, y aun si se quiere por impiedades y aun crímenes?

¿No han pagado su tributo á la miserable condicion humana?

¿No han necesitado de la conversion, del arrepentimiento, de la penitencia, y aun del martirio para purificar su alma?

La poesía viene de Dios.

Es un eflúvio de la Divinidad.

Es lo sublime, es lo grande.

Es la fé, la esperanza y la caridad.

Es la cualidad que implica la mayor de las elocuencias del alma humana.

Es la creacion subordinada á lo creado.

El sueño de lo sublime y de lo infinito.

Los grandes poetas han estado y estarán muy cerca de Dios.

Almas muy depuradas, Dios las atrae.

Hácia Dios suben.

Dios las inspira.

Dios las infunde el espíritu que maravilla á los otros hombres, que es el espíritu de esas obras inspiradas, que inmortalizan los nombres de los hombres que las producen.

Un alma de este género era Cervantes.

Levantada, pues, de la tierra, despreciaba el peligro.

Lo bello, lo candente, lo desconocido, lo misterioso la atraia, la absorbia.

En aquellos momentos, al lado de la duquesa, envuelto en la penumbra que oscurecia la cámara, Cervantes soñaba.

Él mismo se sentia personaje de una leyenda llena de novedad, de interés, de misterio, de bizarras aventuras, de sensaciones candentes.

Y tenia además dinero.

Y por aquel dinero su familia tenia asegurado el pan.

No hay que olvidarse de estas dos circunstancias esencialísimas, que influian de una manera poderosa en el color de la luz, por decirlo así, del alma de Cervantes.

Dentro del afan y de la miseria, todo es sombrío, negro, horrible, amenazador.

La seguridad del bienestar hace la vida de color de rosa y en vez de matar los sueños, los provoca.

Bien es verdad que ningun triste, por desesperado que esté, pierde la esperanza, y que la esperanza es el sueño del deseo.

Por eso dijo muy bien el insigne Calderon: *La vida es sueño.*

Soñaba, pues, transportado á las más bellas regiones de la esperanza, Cervantes.

—Poco me resta que deciros, continuó la duquesa: puede decirse que no soy ni casada, ni viuda, ni soltera.

Mi situacion es la más extraña que darse puede.

Don Francisco, mi esposo ante Dios y ante los hombres, es para mí un hombre completamente extraño.

Nada ha habido ni hay de comun entre los dos, más que el dolor y la desesperacion.

Él, que tenia el mejor carácter del mundo; él, que era noble y generoso, desde que conoció mi desgracia, se fué cambiando lentamente.

Ha llegado á un estado tal, que de él es necesario temer todo lo que puede temerse de un mónstruo.

Los celos y la rabia le devoran.

En el primer momento tuvo amor y juicio bastante, para conocer que yo no era culpable.

Que la impureza habia manchado mi cuerpo, pero que la mancha no habia alcanzado á mi alma.

Creyó que con llevar á cabo una cruda, una implacable venganza, estaba todo terminado.

Pero la venganza no le satisfizo.

No le ha satisfecho aun.

No puede satisfacerle.

La venganza no puede destruir la causa que la ha producido.

Es impotente.

No se satisface jamás.

Devoraria constantemente al que la ha excitado y no se satisfaria.

Lo que ha sido no puede dejar de haber sido.

Para que en nosotros no produjera efecto lo que ha sido, seria necesario que perdiéramos la memoria.

Se olvida lo que nada importa.

Pero hay desgracias tales, que á medida que pasa el tiempo se sienten con más fuerza.

Esto acontece respecto á don Francisco.

Yo le oigo decir aun con mucha frecuencia:

—¡No hay venganza! ¡el hombre es un miserable gusarapo que se revuelve entre lodo! ¡el hombre es impotente!

Y fija en mí una mirada sombría.

Yo comprendo aquella mirada de fiera hambrienta, y me estremezco.

Para que mi desgracia llegase á su colmo, la violencia cometida contra mí por mi infame tio, habia causado un efecto terrible.

Yo era madre.

Siempre leal, habiéndome explicado una de mis dueñas, lo que yo por mi inexperiencia no podia explicarme, esto es, la novedad que en mí sentia, revelé á don Francisco que estaba en cinta.

No sabeis lo que yo vacilé ántes de hacer esta declaracion.

No sabeis, no podeis ni aun comprender el martirio que yo sufrí al hacérsela.

Pero este era mi deber, y le cumplí.

Don Francisco se puso pálido como un muerto.

Por algun tiempo no pudo hablar.

Al fin me dijo:

—No importa: nuestro secreto está guardado por la muerte. Yo os amo. Yo no puedo ménos de amar todo lo que de vos sea. Vuestro hijo es mi hijo.

Pero tenia un semblante tan sombrío al decir estas palabras, era su voz tan ronca y tan trémula, que yo me aterré.

Ví claro.

Mi hijo estaba sentenciado.

¿Qué más quereis que os diga?

Esto os explica el que, aprovechando yo la fortuna de haber dado á luz á mi hija durante una ausencia de don Francisco, la enviase expósita al Colegio Imperial, con las señales de su reconocimiento.

Yo libertaba de esta manera á mi hija de una muerte segura.

No encontraba personas de más confianza para que la protegiesen, para que la criasen, que los padres de la Compañía de Jesus.

No se me habia ocurrido este medio hasta despues de mi alumbramiento, que fué ayer á estas horas.

Yo habia pensado llamar hoy al superior de la Compañía y revelarle en confesion mi desdicha.

Decirle que la niña expósita, señalada para su reconocimiento con una encomienda de Santiago, era mi hija.

Aconsejarme de él.

Pero el haberse apoderado la dama que anoche acompañábais de mi hija, ha deshecho mis propósitos, y me ha puesto en un cuidado mortal.

Por eso, á pesar de lo grave de mi estado, he dejado el lecho para ir á encontrar á esa dama á la misa de una, á la iglesia de San Ginés, segun la cita que tenia convenida con mi dueña.

Ella no ha acudido porque tal vez no ha podido acudir, pero habeis acudido vos, y yo os he traido aquí porque no tenia otro lugar más digno ni más seguro donde hablaros.

Cuando os he dicho que este es un lugar digno para mí, os he dicho todo lo que tenia que deciros para que no sospecheis de mi honra.

Si yo pudiera deciros cuya es esta casa, y porque vengo yo á ella, os convenceríais de que mi honra no padece en nada por estar aquí.

—Estad segura, señora, de que yo no he dudado ni un solo momento de vos.

—Así ha debido ser, que los honrados y los entendidos no juzgan nunca por las apariencias, que son la mayor parte de las veces falaces, y yo por honrado y entendido os tengo, y no sé porqué en tanta estima, que como no sé mentir, os he confesado que os amo, ó por lo ménos que siento en mí por vos algo tan nuevo y tan del alma, que creo bien que esto que experimento por vos, sea amor. Pero dígoos tambien que guardeis esta inevitable confesion mia en el fondo de vuestra alma, y que si tengo la ventura de ser amada por vos, que no lo espero, no deis esperanzas á vuestro deseo que seria en vano; que miéntras yo tenga esposo en nada he de dar que su honor mancille, aunque muera.

—Si os amo ó no os amo, yo no sé qué deciros, exclamo Cervantes; pero por lo que en mí siento, dígoos, señora, que ello es amor, y tan grande que no se amenguará en todos los dias de mi vida; y en cuanto á las esperanzas de mi deseo, podeis tener por seguro, que ellas no irán más allá de allí donde comience vuestra honra, que no sólo respeto yo y quiero, sino que haré respetar á todos los que á ella se atrevan, sin miedo ni empacho, cualquiera que sea la ocasion en que la defensa de vuestra honra me ponga. Otro sí, yo os digo que buscaré á vuestra hija, y que la encontraré aunque en las entrañas de la tierra se ocultare.

—¿Pues cómo ha de estar oculta en las entrañas de la tierra, la hija de mis entrañas, dijo la duquesa, si se apoderó de ella la dama que anoche acompañábais?

—Esa dama ha desaparecido, señora, dijo Cervantes, y de tal manera, que si Dios no me ayuda no sé cómo pueda dar con ella, que no ha dejado tras de sí algun rastro, por el cual, aunque venteando fuera pudiera seguírsela.

—Yo confio en vos, señor mio, dijo la duquesa; yo sé que vos me dareis con mi hija algo de paz para mi alma: ahora vais á salir: vos direis á mi dueña, á

quien voy á llamar, en qué posada vivís, á qué lugares con más frecuencia concurrís, á fin de que pueda encontraros en cualquier tiempo y ocasion: paréceme que habremos de volver á vernos y no pasando mucho tiempo: en cuanto á mí, todo el mundo sabe en Madrid, por el título de mi esposo y por el mio, que vivo en la calle del duque de Alba, al lado del palacio de éste, en un no menor palacio.

Y dicho esto, la duquesa tocó una campanilla que habia en una pequeña mesa, puesta junto al lecho.

Entró inmediatamente doña Guiomar.

—Vais á conducir á este caballero fuera de la casa, dijo la duquesa, y le conducireis hasta el coche.

—Muy bien, señora, dijo doña Guiomar.

—Adios, señor mio, exclamó con voz afectuosísima la jóven duquesa: no os olvideis que todo lo espero de vos, y que aguardo con impaciencia, muriéndome, que me deis noticias.

—Vos las tendreis y muy pronto, señora mia, dijo Cervantes; y á Dios, y así Él quiera favoreceros y daros toda la ventura que mereceis.

Y tras esto, Cervantes, con luz apénas suficiente para no tropezar en los muebles, salió siguiendo á la viuda del bedel Zurriaguete.

Sin encontrar á nadie, y por los mismos aposentos y pasadizos por donde habian ido y casi á tientas, llegaron al pequeño jardin de que ya hemos hablado, y al postigo de la cerca.

CAPÍTULO XXIX.

De como Cervantes dió una prueba de fortaleza á doña Guiomar, mostrándose hasta cierto punto indiferente á sus encantos.

—¡Dios nos valga por desgracias y sustos y aventuras! dijo doña Guiomar cerrando el postigo. ¡Y cuándo querrá Dios que estas trabacuentas se acaben, aun que yo tengo para mí, que ellas habrán de ir de mayor á mayor!

Y como acabase de cerrar el postigo, durante cuya operacion los habia protegido de la lluvia un tejadillo que sobre el postigo habia, exclamó:

—¡Y póngase vuesamerced ahora, señora mia, bajo este diluvio, y con vuestro reuma, y vuestro histérico, para ir á buscar ese coche de mis pecados!

—No en mis dias, señora *bedela* doña Guiomar, que no seria yo un bachiller de la famosa Salmantina en la cual en tal modo floreció vuestro difunto el inolvi-

dable Zurriaguete, flor y nata de los bedeles, si dejara que su viuda se remojase y reblandeciese bajo esta catarata que de las nubes sobre la tierra se desprende; que buscaréle yo y hallaréle y se compondrá todo. Pero me parece que bien podemos aprovechar, haciéndoos yo algunas preguntas y respondiéndome vos á ellas si pudiéreis, el tiempo que vuestra señora puede suponer habeis invertido en buscar el coche.

—Pregunte el buen bachiller, dijo la ex-bedela, que por su caritativa galanteria de que yo no remoje mi ya cansado y maltraido cuerpo, responderéle á lo que supiere, pudiere y fuere razon.

—Cansado llamais vuestro cuerpo, doña Guiomar, y teneis unas frescuras que encantan y que envidiaria una hermosa doncella en la florida primavera de sus años, dijo Cervantes que queria captarse el aprecio de aquella espátula con tocas, ó más bien estantigua.

—¡Ah mentecatuelo! ¡y qué pico de oro que tiene este bachiller, y cómo se le conocen las escuelas en que ha cursado! ¿Pues no sabeis, buen mozo, que la modestia es la cualidad más preciada de las mujeres, y que más las realza, y que la alabanza propia envilece, y más que respeto causa desprecio, y que... mal haya este ventarron que las tocas me descompone y toda me desordena. Tapadme, hijo, tapadme, y habreis hecho una obra de caridad.

—Tápoos, dijo Cervantes, poniéndose cuanto pudo entre ella y el viento, y para que veais cuán buena voluntad tengo para vos, allá vá ese doblon de á ocho para que os compreis unas tocas de Cambray y un manto de felpilla.

—¡Ay hijo! exclamó la dueña, que me parece que mina habeis hallado y larga en mi señora la duquesa, dijo la dueña haciendo su voz meliflua é insinuante cuanto le fué posible.

—Si yo en las mujeres busco minas, dijo Cervantes, sabed mi señora la dueña que no son minas de oro las que yo busco; ni búscolas yo de ninguna otra especie en nuestra señora la duquesa; y este oro que os doy y el que me resta, de mina puede ser que sea, pero de mina de honor, que de otra manera ser no podria: que para vender el alma al diablo más cantidad seria necesaria, y ni aun asi venderia yo mi alma. Y dígame, señora, ¿cuya es la casa en cuyo postigo estamos?

—No atendiera yo á esa pregunta, dijo doña Guiomar, pero tan en honduras os veo metido, y tan buen garzon me pareceis, que no hay para que yo no os conteste. Pues habeis de saber que esta casa ó palacio, que más bien es esto que lo otro, es... yo creo que no me engaño confiando en vos.

—Una sepultura soy yo para un secreto, más honda que la que atesora el cuerpo, sin duda incorrupto, del sabio bedel Zurriaguete, de imperecedera memoria.

—Pues siendo esto así, os digo que yo no sé cuyo sea este palacio.

—¡Medrados estamos con vuestras confianzas, señora, dijo Miguel, y buena luz sacamos de ellas!

—Yo sé qué os importa muy poco cuya sea esta casa, dijo la dueña, y que si os importa mucho saber á qué viene á ella mi señora la duquesa.

—Yo no quiero saber secreto alguno de esa señora, dijo Miguel, por aquello

de que olla que no os habeis de comer dejadla cocer, y allá se las hayan y con su pan se lo coman y cepos quedos; amen de que por lo que en ella he visto y oido, mi señora la duquesa es una dama dignísima en la cual no hay tapujo de cosa que deshonrosa sea, ni aun levemente ofensiva al decoro.

—Ah, señor bachiller, dijo la dueña, que vos habreis estudiado muchas letras en aquel salmantino emporio; pero en cuanto á las letras del mundo sois el niño más motilon, que á desasnarse en el ilustre claustro de la Universidad se entra: principiante de latin parecéisme, y que en el *quis vel qui* os habeis atollado, y aun no digo mucho: ¿pues quereis vos, simplecillo, que á primeras vistas una señora de las circunstancias de la mia, á vos se abra y se muestre tal cual es sin velo que la encubra, ni aun con velo de humo que se transparente? Pues digoos que la noble señora mia, *cada y quisque* que aquí vino, viene por un señor así de vuestros años, y por añadidura eclesiástico, y tan poderoso que le llaman príncipe, y que siempre que ella viene, ántes con dos dias de que ella venga, el señor marqués, esposo de la señora, váse, no se sabe á dónde, porque se vá á caballo con un escudero que es tal, que ántes que él hablaria una piedra: y sucede que á trasmano sale de su casa la señora para venir aquí, y aquí á trasmano entramos con llave que como habeis visto de este postigo tenemos, y éntrome yo sola, y aviso, y las gentes de la casa de enmedio se quitan, y luego, cuando la señora de nadie puede ser vista, entra, y allá se encierra con monseñor Aquaviva, legado de Su Santidad, que es el príncipe eclesiástico de quien os he hablado; y si su eminencia estuviera, que yo supiera, en Madrid, tiempo suficiente, yo creyera lo que creo que tal vez cree el señor marqués... y en fin, estos puntos de suspension que á mi discurso pongo, llenadlos vos con vuestro buen ingenio, que no creo yo se necesite mucho para dar en el *item*, y no os digo más; y el que quiera honra que la gane á puñaladas, que de otra manera no aprovecha; y no he de engañaros yo á vos, que sois un *pinito de oro*, por todo cuanto hay en el mundo.

—Satisféchome habeis con lo que habeis hablado, señora, dijo Cervantes, y como por lo presente saber más no necesito, os doy las gracias por lo dicho, y advirtiéndoos, que cuando vos querais buscarme para darme el placer de veros, ó cuando vuestra señora os mande que me busqueis, hallaréisme en el meson de Paredes, que es mi posada; y pare aquí nuestra conversacion, y vos ídos cuanto ántes, no os dañe esta tenaz lluvia con su humedad, y este frio viento con su aliento, y hasta más ver, señora mia, que siempre que os vea tendré en ello un gran contentamiento.

No le pareció muy bien aquella despedida, tal como era, á doña Guiomar, que habia esperado con toda su alma un atrevimiento del jóven y galan bachiller de filosofía y letras humanas, que la hubiese obligado, aunque no hubiera sido más que como cuestion de forma, á apelar á la sombra del perínclito bedel Zurriaguete, su difunto.

Pero no habia necesidad de esta comedia.

Aquel vejestorio, aunque contrariado, hubo de tomar las cosas como Dios queria que ellas viniesen, suspiró, aunque ahogando su suspiro por vanidad, para

que el bachiller no se apercibiese de su inútil despecho, y alimentando la esperanza de que en otra ocasion seria otra cosa, que doña Guiomar no se habia entregado aun y se tenia en mucho, se despidió cortesmente del jóven escolar, y metióse para adentro cerrando el postigo.

Cervantes se rebozó bien en su capa, se caló el chapeo para que el viento no se lo llevase, y con la cabeza hecha un hervidero de sueños, atravesó el camino, ó más bien la senda, que entre frondosas huertas se perdia, y envuelto ya en la lobreguez del frio crepúsculo de aquel dia tempestuoso, se encaminó á los árboles entre los cuales habia visto perderse, cuando entró en el palacio, el coche que hasta allí le habia conducido.

CAPÍTULO XXX.

Lo que puede sufrir un hombre cogido á oscuras en el campo por una tempestad.

Arreciaba el temporal.

La lluvia se hacia más compacta, más gruesa, más fuerte.

El viento se desencadenaba.

La niebla espesa aumentaba el horror de la noche.

Algunos lívidos relámpagos iluminaban de tiempo en tiempo el espacio, arrancando brillantes y pasajeros destellos de la tierra encharcada.

Todo eran arroyos, que corrian túrbios por los desniveles, perdiéndose el ruido de su carrera en el más fuerte de la lluvia y del viento.

En vano Cervantes, que á pesar de la tempestad lanzaba su libre espíritu á la region de los sueños, metido ya entre los árboles, voceaba con todas sus fuerzas llamando á los criados del carruaje.

Ó estos estaban léjos y no le oian, ó, acobardados por la tempestad, se habian vuelto á Madrid.

Si lo habian hecho, habian tenido razon, porque aquella era una noche de perros.

Como no podia ménos de suceder, á poco que Cervantes avanzó entre la arboleda, se desorientó.

La marcha era muy difícil.

Tan pronto resbalaban sus piés en una accidentacion escurridiza del terreno, como tropezaba con un árbol, como daba contra una tápia, ó un caballon del cercado de alguno de los infinitos jardines y huertas que se extendian por aquella parte hasta el lecho del Manzanares.

Estaba entónces éste límpio, y era todavía un rio, pero marchando á grandes pasos á aquella situacion en que le conoció el gran Quevedo, y no pudo ménos de lamarle, *arroyo aprendiz de rio.*

Una ó dos avenidas cada año le dejaban arena bastante para cegar su alvéolo de una manera rápida.

Antes de enorgullecerse la villa, de engreirse con su calidad de córte, habia pensado más en sus cosas.

El Manzanares era utilitario.

Movia molinos.

Los molineros se tomaban el trabajo de limpiar el lecho del rio, para que pudiesen ser sus molinos.

Desde que Madrid fué córte, volvió su mirada á su interior, y desatendió todo lo que hasta entónces habia sido para él un elemento de vida.

¿Qué le importaba que sus molinos hiciesen ó no harinas para repartirlas en ambas Castillas?

Madrid tenia ya un negocio mayor y mucho más lucrativo.

La explotacion de todas las fuerzas vivas de los extensos dominios de la monarquía española, dilatados en ambos emisferios.

Europa escuchaba con respeto y aun con temor la voz de España, y aquella voz salia del alcázar de Madrid, por entre los labios lívidos é inmóviles de aquel, aun mal conocido rey, á pesar de la filosofía de la historia, á quien el hereje Enrique VIII de Inglaterra llamó, no sabemos si en verdad ó casuíticamente: *El demonio del Mediodía.*

Pero no nos extraviemos.

Conste que cualquiera que fuese la razon de ello, allá por los tiempos del señor rey don Felipe el segundo, de pavorosa recordacion, el Manzanares era más hondo, más límpido, más caudaloso, como que se hacia por él una navegacion de barcos pequeños, es cierto, menuda, pero, en fin, una navegacion.

El dia que el municipio de Madrid tenga más resuello, permítasenos la frase, y mejor sentido práctico, el Manzanares volverá á ser navegable hasta ponerse en comunicacion con el Tajo, navegable en toda su extension.

Ya pensó en esto el emprendedor rey don Cárlos III.

Tal vez nuestros viznietos vean anclados formidables monitores, ó cualquiera de las máquinas marítimas que entónces se usen, en la pradera de San Isidro, convertida en puerto.

¿Para qué se han inventado las dragas, para qué ha hecho Dios el vapor, sino para que el hombre pueda multiplicar sus comunicaciones, y explotar mejor el terreno, aumentando su provecho y el valor de sus frutos?

Estamos en una época de marcada transicion.

La rutina, la ceguedad y la indolencia impiden el desarrollo del Renacimiento, que aunque cuenta ya cerca de cuatro siglos está aun en su alborada.

La Edad Media, á pesar de la arquitectura, de la pintura, de la literatura, de la ciencia, de Guttemberg, de Newton, de Galileo, de Descartes, de la enciclo-

pedia, de las revoluciones inglesa y francesa, de la invasion de España en América, del telégrafo eléctrico, de la locomocion por vapor, de la fotografía, de la autografía, de tanta y tanta ciencia como ha resuelto y hecho fomentar en su primer desenvolvimiento, está aun en la lactancia.

Aun se ven las sombras de lo pasado.

Aun esas sombras arrojan sobre la humanidad de hoy una pesada penumbra.

Estamos en la transicion de una luz que ya es sombra, á otra luz que está muy léjos aun de resplandecer en toda su intensidad.

Pero el amanecer promete un radiante dia.

Nosotros le vemos ya, aunque indeterminado, con los ojos de la imaginacion y por medio de deducciones lógicas.

Pero hemos vuelto á extraviarnos.

Nuestro pensamiento, rebelde en su independencia, se vá por donde quiere, y tenemos á cada paso necesidad de encarrilarle.

Cervantes se habia perdido, y ninguna voz respondia á la suya.

Verdad era que el aire violento arrastraba su voz, y la llevaba donde nadie la podia oir.

Además, de que á muy poca distancia la gastaba, la perdia en sus remolinos.

Y el potente rumor de la lluvia.

Y el no ménos potente de los arroyos, que corrian por todas partes.

Y los mismos bramidos del viento.

Cervantes conoció que sus voces eran inútiles y cesó de darlas.

Pero ¿cómo permanecer bajo el azote de los elementos?

La incomodidad y las dificultades del movimiento, que ya eran grandes, se hicieron mayores acompañadas del peligro.

No sólo se habia metido algunas veces Miguel en arroyos cuya corriente era violenta, y á poco más capaz de arrastrarle, sino que la intensidad del frio, á cada momento más creciente, se hacia insoportable.

Nuestro bachiller buscaba, en vano, una luz que le indicase una habitacion en que poder recogerse.

Quien lleva oro en el bolsillo, dada una habitacion, tiene la seguridad de ser hospedado.

Ó de buena voluntad, ó con la mejor voluntad aun del amor al metal.

Pero no se veia más luz que la de los relámpagos que lucian de tiempo en tiempo.

A aquel instantáneo esclarecimiento de las tinieblas, Cervantes veia árboles y más árboles.

Aquí y allá claros encharcados, pequeños pantanos, sobre los cuales descollaban bulbosas y retorcidas mimbres.

Todos los caprichos de un paisaje bizarro y escepcional, que salia por un momento de la sombra, para borrarse otra vez en ella, y nada más.

Todo esto hablaba de una manera singular á su rica imaginacion calenturienta.

Todo esto aumentaba sus sueños, y les daba la suprema belleza, la suprema influencia de lo fantástico.

De lo poético.

De lo infinito.

Las mujeres que se revolvian en el corazon y en la cabeza de Miguel se transfiguraban ante los ojos de su alma.

Adquirian una hermosura sobrenatural, luciente.

¡Pero el organismo material!

¡La torpe y morbosa envoltura del alma!

¡Su inconveniente perpétuo!

Por instinto de conservacion, y á pesar de sus sueños, Cervantes sintió enérgicamente la necesidad de un abrigo.

El espacio en que se encontraba estaba poblado de casas de campo.

Cervantes, que conocia aquellos lugares, lo sabia bien.

Pero aquellas habitaciones no se veian.

Ningun ruido que pudiera servir de guia las revelaba.

No ladraba un perro.

No cantaba un gallo.

La jóven campesina no entonaba su cancion popular.

Parecia que aquella noche no debia oirse otra voz que la de la tormenta.

Cuando los elementos hablan, las criaturas y los animales callan.

Parece como que los domina la voz de Dios.

El agua que sentia sobre su piel, incomodaba á nuestro jóven de una manera indecible.

Sus miembros empezaban á entumecerse.

Se entorpecia su pensamiento bajo una especie de modorra.

Empezaba, en una palabra, á perder la conciencia de sí mismo.

Un momento más, y ganado por el adormecimiento que causa la intensidad del frio, hubiera caido por tierra.

Al dia siguiente le hubieran encontrado helado.

Pero de improviso, en este momento supremo en que empezaban á faltarle las fuerzas, un relámpago vivísimo le dejó ver junto á sí, al alcance de su mano, una mimbre monstruosa, hueca, con una gran cavidad.

Un refugio.

Amparóse de él.

Dejó de sentir sobre sí la lluvia.

El viento, que era el conductor del frio, dejó de batirle.

La abertura del hueco del árbol estaba hácia la direccion del viento.

El organismo de Miguel se rehizo un tanto ayudado por su incalculable fuerza de voluntad.

Lanzó de sí la modorra.

Se confortó con su propio calor, á pesar de sus vestidos mojados.

Se esclareció su pensamiento.

Pero en el espacio durante el cual habia estado sometido á una especie de marasmo se le habia escapado la medida del tiempo.

Tenia un reló Cervantes.

Uno de aquellos relojes de bolsillo, casi esféricos, que señalaban la hora siempre con muchos minutos de diferencia respecto al tiempo medio.

La invencion de los relojes de bolsillo databa de hacia poco tiempo.

Eran, pues, los relojes muy imperfectos.

Habia necesidad de tomar un punto de relacion con la hora fija del cuadrante solar y hacer un doble cálculo.

Cervantes podia ver, con quince minutos de diferencia, la hora que era.

¿Pero dónde la luz?

Los relámpagos lucian ya por intervalos sucesivamente mucho mayores.

La lluvia era ménos intensa.

El aire ménos violento.

La temperatura cedia, pasaba.

Podia suceder muy bien no volviese á brillar otro relámpago.

La situacion de nuestro bachiller era penosa.

Tenia su reló en la mano y los ojos inclinados hácia él para aprovechar la instantánea luz de un relámpago.

Pasaron muchos minutos.

Cuando se espera, excitada la atencion, los minutos son muy largos.

Desesperan.

Al fin, despues de un gran espacio, lució un relámpago.

Cervantes vió en su reló las siete y media.

A aquella hora, y segun el cálculo de Cervantes, su reló debia atrasar quince minutos.

Eran, pues, las ocho ménos cuarto.

Las Ánimas daban á las ocho.

A las Ánimas era su interesantísima cita con *donna* Beatriz.

Con la noble y bellísima dama.

Con la encantadora y poética rubia de frente alabastrina y ojos garzos.

Miguel se desesperaba.

No habia visos de que él pudiera dejar su silvestre refugio en un cuarto de hora.

¿Y qué diria *donna* Beatriz cuando, cumpliendo con la cita, acudiese al postigo y no le encontrase junto á él?

Disculpa tenia bastante en la tormenta Cervantes.

Pero él no queria (participaba como todo hijo de Adan de la insensatez humana) que *donna* Beatriz le conociese vencido ni aun por la tormenta.

Pasó algun tiempo.

La impaciencia y el despecho del jóven crecian.

De improviso un grito de contento se exhaló de su pecho.

Habia visto una luz.

Una antorcha.

Quien llevaba aquella antorcha, que caminaba en una direccion, siguiendo la cual debia pasar junto á él, era un encapuchado.

Es decir, un hombre que llevaba echado sobre su cabeza el capuz de una de esas anguarinas pardas, gruesas, impermeables por la fuerza y la densidad de su tosco tejido, que usan los campesinos.

Aquel hombre no tardó en pasar por delante de Cervantes, y sin verle, á causa de lo profundo del hueco de la mimbre.

Cervantes se lanzó en pos de él.

CAPÍTULO XXXI.

De como Cervantes era un hombre en quien podia confiar ciegamente una dama.

— ¡ Eh ! cualquiera que vos seais , dijo Cervantes , saliendo del hueco y yéndose hácia aquel hombre ; ¡ deteneos !

Volvióse aquel hombre , iluminó de lleno , con la luz de su hacha de viento , á Cervantes , y le dijo :

— Pudiera ser muy bien que vos fuéseis el hidalgo , el estudiante á quien yo busco por encargo de cierta persona.

— Indudablemente , dijo Cervantes , si esa persona es muy alta.

— Casi egrégia , respondió el otro ; teníais con ella una cita.

— Si , respondió Cervantes con cierto acento de reserva.

— ¿Cómo se llama esa persona ? preguntó el del capuz.

— No sé si debo decíroslo, y cuando no estoy seguro de que puedo decir una cosa no la digo.

— Decidme al ménos , repuso el otro , en qué lugar estábais citado con esa persona.

— Eso seria deciros quien esa persona era.

— Muy bien : sin embargo debíais ser más confiado.

— La confianza en un hombre á quien no se conoce y del cual ni aun se vé el rostro seria una necedad.

— ¿Y si por ocultar ese nombre corriérais un gran peligro? dijo el otro haciendo su voz amenazadora : ¿si hubiera de por medio un marido ofendido y bastante poderoso para haceros sentir su poder ?

— ¡Bah! puede irse por donde quiera ese señor, pasando de largo, y con él vos, dijo con desden Cervantes.

— Ved que os pudiera pesar, replicó el encubierto.

— Vos no sabeis lo que os decis , porque no sabeis con quien hablais , dijo Miguel poniéndose pálido con los principios de la cólera, y acreciendo en su desprecio.

—Veo que sois discreto, contestó el otro: sin embargo, si os viérais en un peligro...

Palideció más aun Cervantes y dijo:

—Paréceme que el que está en un gran peligro sois vos.

—¿Os parece? dijo el otro con acento sarcástico y provocativo.

—Vive Dios, exclamó Cervantes, que no ha de continuarse más vuestra insolencia, don bellaco.

Y tirando de la espada y en un cerrar y abrir de ojos, dió á aquel hombre dos cuchilladas, una de tajo y otra de revés, en la cabeza.

—Vivo de genio y presto de manos sois, dijo el encapuchado: pero no os aprovecha.

Cervantes habia cortado completamente la récia estofa del capuz en las dos partes sobre que habian caido sus cuchilladas, pero el bien templado acero de la buena espada del sargento Herédia, se habia encontrado con el no ménos bien templado hierro de un capacete que el encubierto llevaba bajo el capuz.

—Bien prevenido venís, dijo Cervantes, y esto os ha valido.

—Bien lo veo: pero ya sabia yo con quien iba á tratarme: por lo ménos se os habia adivinado.

—¿Y quién ha sido el adivino?

—No seré yo tan callado como vos, dijo el del capuz, que no parecia se hubiese irritado con la accion de Cervantes; no ha sido adivino sino adivina: ha sido, en fin, su excelencia, la señora *donna* ó doña, como decís los castellanos, Beatriz Aquaviva y Aragon.

—No conozco á esa señora, contestó con una gran serenidad Cervantes y con una naturalidad y un aplomo tales, como si verdaderamente no la hubiera conocido.

Vaciló el encapuchado.

—¿No sereis vos el que yo busco? exclamó cuidadoso.

—Podrá suceder muy bien que os hayais engañado, y en tal caso, en una imperdonable indiscrecion y locura habeis dado, pronunciando un ilustrísimo nombre en una ocasion en que pudiérais comprometerle.

—¿Cómo os llamais, si os place, señor bachiller, que harto claro lo muestra que lo sois, vuestro bonete y vuestras bayetas?

—Nó tengo por qué ocultar mi nombre, ni lo ocultaré nunca, dijo Cervantes; que no es de moro ni de perro judío, sino de rancia y noble familia de cristianos viejos españoles; Miguel de Cervantes Saavedra me llamo, para serviros, si lo mereceis.

—Yo soy muy vuestro criado, dijo el del capuz, y con mucha voluntad, aunque no me habeis tratado muy amorosamente.

—Culpa fué vuestra, dado que me impacientásteis, respondió Cervantes; sea ello para vos una leccion á fin de que no volvais á impacientarme: y acabemos presto, ¡vive Dios! que me está entrando el agua por el cogote y por el cuerpo me corre: conque abreviad, y dadme vuestra antorcha, á fin de que yo me sirva de ella.





—... entrad, entrad y no perdamos el tiempo : me esperan y me habeis de acompañar.

—Téngola yo para serviros y alumbraros.

—Es que como no quiero que vos me acompañeis á donde tengo que ir, dejaréos yo tendido de tal manera, que no podais dar un paso.

—Una palabra: ¿á qué hora teníais vuestra cita con esa dama? dijo el del capuz haciendo caso omiso de la amenaza de Cervantes.

—¿Y quién os ha dicho que yo tenga una cita empeñada, ni, dado que la tuviera, que esa cita era con una dama?

—Quien todo lo niega todo lo concede, dijo el otro; en fin, yo estoy seguro de que vos sois la persona que busco de parte de su excelencia, mi señora *donna* Beatriz.

—Yo os desmiento en nombre de esa señora á quien calumniais.

—Si tan firme sois para negar lo que no os conviene decir, aun sujeto al tormento no habrá juez que os sentencie.

—Nadie me arrancará una palabra que no deba decir, ni nada me dará espanto.

—Tomad, pues, si así lo quereis, mi antorcha.

—No; ponedla en el hueco del árbol y riñamos: vos no habeis de seguirme: para tener la seguridad de que seguirme no podeis, necesito mataros.

—¡*Bravíssimo*, el garzon! exclamó el encapuchado; ¿pero no veis que no os separa del palacio en que se os espera más que algunos árboles y el camino? Mirad por entre esos chopos, señor, ¿no veis algo blanco que se parece á una forma humana entre lo oscuro? Pues bien, es su excelencia, mi señora: despues de haberos dicho yo esto, dais en una descortesía haciendo esperar á una dama, y en una crueldad, porque hace demasiado frio.

—Pues miente esa sombra y mentís vos, dijo receloso aun Cervantes, temiendo no fuese aquel un doble lazo en que pudieran caer *donna* Beatriz y él.

—Llevais vuestra recelosa prudencia aun más allá de lo prudente, dijo el del capuz: en buen hora: crucemos nuestras espadas: pero ¿para qué? Esperad: voy á alumbrar lo que os parece un engaño: desde aquí podreis conocer á mi señora.

Y partió.

Llegó en brevedad á aquella forma blanca que apénas se determinaba entre la densa sombra.

Entónces vió Cervantes el muro, el postigo, y debajo del alero del postigo, esbelta, hechicera, á *donna* Beatriz.

—¡Ah! exclamó con alegría Miguel: y bien, no me pesa; asi verá cuánto puede confiar en mi discrecion y en mi secreto una dama.

Y se lanzó y llegó al postigo.

Donna Beatriz le asió las manos y le dejó ver una sonrisa de arcángel.

—¡Ah! dijo *donna* Beatriz: lo he comprendido todo: no me habia engañado: sois digno, verdaderamente digno de que yo confie en vos: entrad, entrad y no perdamos el tiempo: me esperan y me habeis de acompañar.

Entró Cervantes llevado de la mano por la hermosísima *donna* Beatriz.

En el pequeño jardin que se encontraba despues del postigo habia una gran silla de manos.

Al rededor de la silla aparecian, inmóviles, algunos encapuchados.

Uno de ellos abrió la portezuela.

Entró *donna* Beatriz en la silla y se sentó.

—Entrad, amigo mio, dijo á Cervantes.

Nuestro jóven entró maravillado.

Se sentó y se replegó á un rincon, para que su ropa, de que chorreaba agua, no mojase el blanco traje de *donna* Beatriz.

—Giuseppe, dijo ésta al encapuchado de la antorcha: cuanto ántes á donde sabeis.

—Muy bien, señora.

—Y de prisa; cuanto de prisa sea posible.

—Muy bien, señora.

La portezuela se cerró.

Quedó profundamente oscuro el interior, y Cervantes más profundamente conmovido y preocupado.

Poco despues la silla de manos se puso en movimiento.

CAPÍTULO XXXII.

De como puede haber un hombre que con intencion, en la apariencia decidida, sea respetuoso respecto á una mujer que le enamora.

Por algun tiempo no hablaron una sola palabra ni *donna* Beatriz ni Cervantes.

Ambos iban profundamente preocupados.

Ella se habia metido, á lo que parecia, en una audaz aventura que autorizaba para todo á Cervantes.

Porque ¿cómo, si una mujer no está enamorada hasta la locura, puede dar á un hombre tales muestras de confianza, cuando nó de liviandad? que realmente, por extraordinario que fuese el amor que nuestro bachiller hubiera inspirado á la altiva hermana del cardenal Aquaviva, no bastaba para disculpar la ocasion en que con él se ponia.

Pero Cervantes no era hombre que, para juzgar, se atuviese á las apariencias, que son lo más falible del mundo.

El vulgo es el único que de las apariencias no pasa, y aun así, juzgándolas mal, y Cervantes estaba muy léjos de ser un individuo del vulgo.

Sabia demasiado Miguel, á pesar de su juventud, que las cosas no son lo que á primera vista aparecen.

Que con mucha frecuencia lo que en la superficie es de color de rosa, á poco que se profundice, descubre lo negro y lo horrible.

De la misma manera lo que parece miserable y licencioso y despreciable, suele y puede ocultar en su fondo algo noble y grande.

Por lo mismo, y porque él era naturalmente respetuoso y cortés, ni se atrevió á ninguna licencia, ni aun á hablar.

Estaba aturdido.

No sabia lo que pasaba por él.

Se embrollaba.

Cervantes estaba dotado de una gran sensibilidad.

Era melancólico.

Tomaba las cosas en serio.

Tenia siempre el corazon al embate de todo.

Era expansivo, soñador, lanzado á las grandes cosas.

Lo transfiguraba todo con la mágia de su imaginacion.

Conocia por intuicion el corazon humano, y cuando escribia, le representaba, le analizaba, le descomponia con una facilidad admirable.

Pintaba la verdad.

Sin embargo, en la práctica de la vida se engañaba, porque ennoblecia á su propio juicio todo lo que le impresionaba, ó lo ennegrecia.

No habia para él término medio en su engaño.

Su fantasía hacia ángeles ó demonios.

Aquellas cuatro mujeres que en tan breve espacio habia conocido, se habian transfigurado en su imaginacion en arcángeles.

En mayor ó menor grado se habian compartido, ó más bien, Cervantes habia compartido entre ellas sus facultades, sus propensiones amatorias.

Se hubiera visto muy apurado para contestar si le hubiesen preguntado: — «¿Con cuál de ellas quieres compartir tu vida, con una absoluta exclusion de las otras tres?» — Indudablemente hubiera contestado: — «Quiero compartirla con las cuatro.» — Y aun hubiera podido añadir: — «Todavía quedará lugar para otras cuatro que vengan.» —

Y en verdad que así es generalmente el corazon humano.

Ama todo lo que le seduce.

Aborrece todo lo que le es repulsivo.

Su impresionabilidad es lógica.

No puede ménos de serlo, porque nada que no sea lógico puede ser.

Cervantes, sin ser cobarde para con las mujeres, era para con ellas extraordinariamente respetuoso.

No las conocia bien; las exageraba, las ennoblecia, las transfiguraba en su imaginacion en arcángeles.

De modo que lo que verdaderamente amaba Cervantes, no era la mujer real sino la mujer que se fingia.

«La vida es sueño,» dijo algun tiempo despues Calderon.

Esto equivale á una conversion de Caìderon á la verdad.

Él sabia bien, por su propia experiencia, y á costa de dolorosas decepciones de su esperanza, y aun de su fé en su fantasia que *vivir es soñar,* ó más bien que no se vive sino cuando se sueña, cuando todo lo acomodamos á nuestros gustos, á nuestras propensiones.

Todos los hombres de grande imaginacion son soñadores.

Quitadles los sueños que han alimentado su imaginacion y los habreis matado.

Lo bello huye de lo verdadero.

Generalmente lo verdadero es lo deforme.

Una combinacion defectuosa de elementos positivos de naturaleza inmutable, que por efecto de la composicion que determinan determinan, asimismo lo monstruoso.

Porque un sér humano de composicion imperfecta, una parte del vulgo inconsciente, es una monstruosidad.

Como que determina un sér que parece racional y no lo es.

Porque es un desnivel de facultades, que impide el ejercicio de la percepcion, de la razon, del discernimiento.

Como que el entendimiento que no pasa ni puede salir nunca de la sombra á la luz, no existe.

El hombre que no es sabio, no es hombre en la acepcion genuina de la frase.

Porque *ser ó no ser,* esta es la cuestion.

Y lo decimos en una acepcion muy diferente de la que dió Shakespeare á estas palabras: para aquel gran dramático, *ser ó no ser* era existir; para nosotros, *ser ó no ser* es ser una verdad ó una mentira.

Ser hombre es tener entendimiento: no tener entendimienio es no ser hombre.

¿Y qué es el entendimiento?

La facultad de apreciar las cosas en su valor exacto y en la relacion de las unas con las otras.

Luego no se puede ser sabio sin tener entendimiento; no se puede tener entendimiento sin ser sabio.

Ser ó no ser; esta es la cuestion.

El que no pueda juzgar de la verdad, del ser peculiar de las cosas, no puede conocer la relacion de las cosas entre sí, ni las verdaderas consecuencias de sus convicciones, ni de su actividad: es, pues, un sér ciego que marcha á la ventura.

Esto es incuestionable, inconcuso.

Se demuestra por sí.

Y por eso, porque la humanidad en su mayoría es ciega, porque no juzga de las cosas, porque no conoce la ley de sus relaciones, permanece siempre en el error, camina siempre á la ventura, sujeta siempre al más fuerte, al más astuto ó al más entendido.

Pero no es esta la cuestion oportuna de extendernos en consideraciones filosóficas.

Escribimos una novela.

Esto es, la filosofía en accion.

Cervantes, por los sueños de su fantasía y de la resolucion de que estaba dotado para todo, por su nobleza y por la elevacion de su carácter, por la claridad además de su entendimiento, que le decia que no debia fiar en las apariencias, nada habia aventurado que pudiera ofender á *donna* Beatriz.

Esperaba.

Pero esperando anhelaba.

Él no debia provocar explicaciones.

Ella debia darlas, puesto que habia creado aquella situacion.

Lo que no quitaba que Cervantes, anhelando, sufriera extraordinariamente esperando una explicacion, una manifestacion.

Y tal era la preocupacion de su espíritu, que no sentia la incomodidad de las mojadas ropas que se secaban sobre él, ni el frio intenso que hacia, ni aun el movimiento de la silla de manos.

Lo único que notaba, que sentia, era que *donna* Beatriz guardaba un absoluto silencio.

El silencio, cuando pasa de sus límites naturales, revela claramente una intencion.

¿Cuál era la intencion de *donna* Beatriz?

Esto era lo que anhelaba saber Cervantes.

CAPÍTULO XXXIII.

En que se vé que á veces puede y debe tomar la iniciativa una mujer.

El temporal continuaba, aunque con ménos furia.

La silla de manos adelantaba rápidamente.

Duraba, hacia ya muchos minutos, el respetuoso silencio de Cervantes, y el silencio, tal vez de conveniencia, de *donna* Beatriz.

Ésta, al fin, y ántes de que pudiera interpretarse una intencion á su silencio, dijo:

—Muy pronto os explicareis cosas que ahora no podeis explicaros.

—Ante todo, respetable señora mia, dijo Cervantes, yo no necesito explicacion alguna: lo que sucede es, á no dudarlo, por una buena razon: en cuanto á mí, yo soy vuestro esclavo, y un esclavo seria muy osado, y aun daria en delito, si á conocer se entrometiese las intenciones de su señor.

—Sois demasiado audaz, señor Miguel de Cervantes, dijo *donna* Beatriz, de-

masiado valiente, y desde anoche os estais entregando á aventuras peligrosísimas: lo que yo hago ahora no es más que sacaros de un peligro: no me digais que el peligro no existe para vos, ó por mejor decir, que el peligro no os espanta ni es para vos causa de que retrocedais en vuestro camino: harto lo sé, y por esa y otras cualidades que teneis, os estimo, y por eso veo el peligro donde vos no le veis ó no le temeis, y de él os saco.

—Vuestra estimacion, señora mia, dijo Miguel, es para mí una dicha tal, que casi iguala á una bienaventuranza.

—¿Cuántas bienaventuranzas conoceis vos ya sobre la tierra? preguntó con un acento singular *donna* Beatriz.

—¿Qué quereis que os diga, señora? dijo Cervantes; para mí es una bienaventuranza acá abajo, todo aquello que, yendo más allá de mis merecimientos, me favorezca.

—Habeis respondido de tal manera, que es lo mismo que si hubiérais callado, ó ménos aun, porque á veces el que calla dice más con su silencio que lo que pudiera decir con sus más elocuentes palabras.

—He respondido lo que siento, señora, dijo Miguel de Cervantes: vos decís que me sacais de un gran peligro en que, por impremeditacion, me he metido, y yo agonizo de placer, sólo porque sé que tengo un tan hermoso Angel de la Guarda como vos.

—¿Sabeis que sois soberbio en demasía, señor Miguel de Cervantes?

—Si soberbio os parezco, señora, dijo Miguel, soberbio debo de ser, porque yo no quiero creer que vos os engañeis; pero si lo soy, perdonádmelo, porque seré un soberbio involuntario, y donde no hay intencion ni voluntad, no hay delito.

—Pues si no sois soberbio, sois ciego, dijo *donna* Beatriz.

—¿Creeis vos, señora, que se puede mirar al sol sin cegar?

—Me parece que vais viendo algo.

—Sí, cierto; no quiero negároslo: voy distinguiendo, allá, en lo infinito, una estrella dudosa, que aparece un momento y que luego se oculta.

—¿Y qué veis en esa estrella?

—La esperanza.

—¿De qué?

—Del amor.

—¿De qué amor?

—Del vuestro.

—¡Ah! ¡gracias! Perdonad; he dicho mal cuando os he llamado soberbio: no, no lo sois, sino tímido; pero tímido discreto, que dejais de serlo cuando comprendeis que no hay por qué; pero ha sido necesario sacaros con ganchos las palabras.

—¡Ah, señora! exclamó Cervantes: no sé lo que me pasa: yo estoy agonizando: mi bienaventuranza es más grande que lo que yo creia: ¿cómo, vos... una princesa?...

—Una princesa no; un alma.

—Un alma soberana.

—Señor mio, dijo *donna* Beatriz, yo creo que teneis un alma extraordinaria.

—¿Y por qué creeis eso, señora mia?

—No lo sé; no puedo explicároslo; hay en vos algo singular, algo extraño, algo que impone respeto, y veneracion, y amor; un *quid* misterioso que yo no he visto en ninguna criatura.

—Ilusiones vuestras sin duda, señora, dijo Cervantes; ilusiones que me espantan, porque cuando me conozcais bien, encontrareis que yo soy lo mismo que los demás hombres, y os desencantareis.

—No, vos no sois como la generalidad de los hombres: vos teneis en la mirada algo de sobrenatural que domina y persuade: vos sois un hombre de genio.

—Dios haga proféticas vuestras palabras.

—¿Sois vos poeta, señor Miguel de Cervantes?

—Quisiera. ¡Ser poeta!... ¡Virgilio! ¡Ovidio! ¡Horacio! ¡Píndaro!... ¡ó Garcilaso de la Vega...! ¡ó Jorge Manrique! ¡ó el marqués de Santillana...! ¡Oh, qué gloria!

—¿Por qué, señor, por qué, exclamó *donna* Beatriz como hablando consigo misma, por qué ha de ser siempre el genio desconfiado de sí mismo? ¿Por qué ha dicho el Dante que él se acercaba á la mesa de los sabios para recoger del suelo las migajas de su banquete?

—No sé qué deciros, señora, respondió Cervantes verdaderamente confuso: pero os confieso que estoy aturdido.

—¿Pero vos no os habeis probado, señor Miguel, no os habeis atrevido á las musas? Si Dios os ha dado voz canora, habreis cantado: el ruiseñor no necesita maestro: cuando habla canta.

—He dado en la audacia de hacer versos.

—¡Ah! ¡sí! exclamó con alegría *donna* Beatriz: ya lo decia yo: no me habia engañado: no podia engañarme: decidme, decidme algunos versos vuestros.

—¡Ah! exclamó Cervantes: yo no tengo mucha memoria; dejadme, dejadme que recuerde unas coplas que hice no ha mucho á la muerte de la reina doña Isabel de la Paz; yo no las estimo en gran cosa, aunque mi maestro, el buen licenciado Hoyos, dice que son extremadas.

—¿Lope de Hoyos se llama vuestro maestro?

—Sí, señora: un gran humanista: sabe griego y latin hasta por las puntas de los dedos.

—Pues á ver al licenciado Hoyos y á pedirle por vos ha ido esta mañana, así me lo ha dicho, mi hermano.

—Sí en verdad: casa de mi maestro estábamos el señor Lope de Rueda y yo, cuando llegó su eminencia; mi maestro se apresuró á recibirle, y nosotros nos salimos.

—Mi hermano sabia que erais estudiante y vuestro nombre: así, pues, fué á la ventura á pedir noticias de vos á uno de los maestros más famosos de Madrid, y que tal vez os conocia. Mi hermano piensa sin duda algo acerca de vos: si es

para bien ó para mal no lo sé; vos le habeis encontrado en circunstancias graves.

—Su eminencia ha sido conmigo generoso y aun espléndido: pero al par me ha recomendado, por medio de una carta, una gran discrecion.

—Y vos habeis faltado á ella: vos habeis seguido á una señora que os ha traido á la casa de mi hermano.

—Yo lo ignoraba: como ignoraba que esa dama pudiera tener algo de comun con vuestro hermano.

—Me parece que en vuestras últimas palabras hay algo de celos.

—No, no, señora: ¡celos! ¿y por qué?

—Volvamos á vuestros versos, dijo *donna* Beatriz, como cortando por dignidad aquella conversacion.

—Dejadme que los recuerde, señora; estoy además ahora á mil leguas del Parnaso, si es que he estado alguna vez más cerca de él; vos me acabais de decir...

—Si; que volvamos á vuestros versos.

—No será posible que yo me acuerde, segun estoy de turbado.

Pues dominad vuestra turbacion; recapacitad: yo os lo ruego: como mejor os quiero yo es poeta: como poeta, pues, quiero conoceros.

—Cogiera yo el primer verso de las coplas, y tras él vendrian los demás, dijo Cervantes. ¿Pero dónde está el primer verso?

—Llamadle con buena voluntad y él vendrá.

—¿Creeis que cuando se llama algo con toda voluntad viene?

-Si; si lo que se llama no es un imposible.

—El licenciado Hoyos dice que todo está sujeto á la voluntad.

—Vuestro maestro dice bien, si la voluntad es sábia y recta y discreta: sobre todo cuando quiere lo que puede ser, por difícil que sea y extraño que parezca; es decir, cuando la voluntad no pretende violentar las leyes naturales.

—¿Es así vuestra voluntad, señora?

—Yo creo que sí; yo no quiero lo que no puede ser, y lo que no es justo que sea: yo creo que en mi alma hay rectitud y dignidad.

—Yo creo que sois una nobilísima é incomparable criatura.

—Yo soy como Dios me ha hecho, y seré lo que Dios quiera que sea á pesar de mi voluntad: por ahora lo que mi voluntad quiere es que me hagais oir vuestros versos.

—¡Ah! ni pensaba ya en ellos.

—Pues es necesario que penseis: olvidaos por el momento de toda otra cosa, y á vuestros versos idos... pero no, no, esperad: hemos llegado: la silla de manos se ha detenido: no podemos dejar de salir.

Y *donna* Beatriz tiró de un cordon que en la silla habia.

Inmediatamente se abrió la portezuela.

Donna Beatriz salió.

Cervantes tras ella.

Vió un espacio lóbrego, cuyas sombras no podia esclarecer más que en un

pequeño espacio, y aun asi débilmente, la luz de una linterna que tenia en la mano un encapuchado.

—Seguid á Sparzo, dijo *donna* Beatriz; es necesario que cambieis vuestras ropas mojadas; despues de esto nos volveremos á ver.

Y *donna* Beatriz se alejó.

Poco despues se perdió su bulto en la sombra.

Los conductores de la silla habian tambien desaparecido.

A lo ménos no los veia Cervantes.

Sólo quedaba ante él el encapuchado de la linterna, que no era otro que Giuseppe Sparzo, el criado de confianza de *donna* Beatriz.

—Seguidme, señor, dijo á Miguel: muy pronto habremos concluido.

Miguel siguió á Sparzo, que se habia puesto en marcha.

Recorrieron un gran espacio, que, á lo que pudo juzgar Cervantes, era una alta y ancha bóveda de piedra.

Dieron al fin, á la izquierda, en una estrecha entrada, en la cual empezaban unas estrechas escaleras de caracol.

Penetró por ellas y empezó á descender Sparzo.

Miguel le siguió.

Como á los veinticuatro peldaños salieron á un pasadizo.

Tomó á la izquierda Sparzo.

A los pocos pasos llegó á una puerta.

La abrió: pasaron.

Atravesaron dos habitaciones alfombradas y llegaron á una cámara.

Estaba alfombrada, entapizada, amueblada con lujo.

Pero aquel lujo no podia compararse con el del palacio campestre en que ya habia estado dos veces Cervantes.

En un ángulo habia un rico lecho con colgaduras.

Era indudablemente un aposento de hombre.

En una gran chimenea ardia un buen fuego.

Cervantes se acercó á él con ánsia.

Estaba aterido.

Entretanto Sparzo encendia las bujías de los candelabros que estaban sobre la mesa.

Cuando las hubo encendido, dijo:

—Perdonadme, señor, si os dejo un momento solo: muy pronto vendrán á serviros.

Y salió por una puertecilla.

—¿Qué es lo que me sucede? exclamó Cervantes: ¿voy por el camino de mi fortuna ó de mi perdicion? ¿qué señoras son estas? ¿qué hombre es ese? ¿qué debo seguir? ¿de qué debo apartarme? No lo sé; de cobardes no se ha dicho nunca nada: además, no sé si podré salir por mí mismo de donde ya estoy metido. En fin, Dios es omnipotente y sabe lo que conviene á sus criaturas. Dios dirá.

En aquel momento y por la misma puerta por la cual habia salido, volvió á aparecer Sparzo.

Venia sin capuz y aun sin el calzado enlodado con que habia llegado.

Su traje era puramente napolitano.

Un coleto abierto al desgaire, bajo una valona ancha, sencilla, çaida como un cuello de camisa; bajo el coleto, una ropilla de terciopelo abierta tambien, que dejaba ver la camisa; unos gregüescos anchos con pretina, sujeta con botones dorados; calzas rojas atacadas y zapatos de terciopelo.

No llevaba armas.

Sus cabellos negros y fuertes caian en anchas guedejas, y sobre la frente llevaba una especie de tupé ó copete, como los que se llevaban en España en los tiempos de Felipe IV, importados de Francia y de Italia.

Traia en una salvilla una gran copa de rico cristal llena de un líquido que producia un espeso vapor.

—Tomad, señor, si os place, dijo á Cervantes.

—¿Y qué es esto? preguntó el jóven.

—Bebed sin cuidado, dijo Sparzo: esto no es ni un veneno ni un narcótico, sino un confortativo: vino de Siracusa especiado y caliente.

Miguel bebió y se encontró refrigerado.

Despues de esto, Sparzo abrió un armario y sacó de él ropa blanca y un traje de noble, aunque á la moda romana.

Desnudó y vistió á Cervantes, que le dejó hacer.

Durante esta operacion, Sparzo y Cervantes guardaron silencio.

Cuando el jóven estuvo completamente mudado, hasta de calzado, Sparzo le dijo:

—Seguidme si gustais, señor.

Miguel le siguió.

CAPÍTULO XXXIV.

En que se vé que puede ser muy bien que un hombre no pueda darse cuenta de si está en la tierra ó en el cielo.

Muy pronto, despues de haber pasado algunas cámaras, llegaron á una mucho más espléndida que las otras, é iluminada y con la chimenea encendida, al entrar en la cual, Sparzo dijo:

—Esperad aquí, si os place, señor.

Y salió dejando solo á Miguel, á quien, por el momento, no se le ocurrió observar la magnífica cámara en que se encontraba.

Estaba absorto en sus pensamientos, y de tal manera, que su imaginacion no tenia lugar para ejercitarse en otra cosa.

Estaba abismado, acrecido, transportado á una vida nueva, completamente desconocida para él.

Su fantasía levantaba ya en el aire, no castillos sino maravillosos alcázares, poblados de hermosas damas, de gentiles caballeros, de numerosos servidores, y ya resonaba en sus oidos la voz alegre de los festines.

Los honores, las dignidades, las riquezas, la gloria, le hacian las más hechiceras promesas; le sonreian de una manera enloquecedora.

Y todo esto lo embellecia, lo divinizaba el amor de la bellísima Beatriz.

La hermana del cardenal Aquaviva, habia vencido en el corazon de Miguel.

Sin embargo, se dejaba sentir en él la influencia de doña Magdalena.

La duquesa de Puente de Alba, excitaba tambien un dulce sentimiento en el jóven.

¿Y la extraordinaria, la bella Abigail, tan interesante por su historia?

Y en medio de todo esto, Miguel no pensaba en que aquellas cuatro mujeres, y cada una de ellas de por sí, podian traer sobre él grandes peligros, para salir de los cuales era posible necesitase de todo el auxilio de la Providencia.

La juventud vive de ilusiones; por eso se dice que el porvenir pertenece á la juventud.

Pasó así algun tiempo sin que nadie pareciese por la cámara.

Miguel se impacientaba, porque todavía era novicio en amor.

Todo el que en amor es experimentado, sabe que cuando una mujer se hace esperar, es generalmente porque no ha dado un último toque, que la haya satisfecho, á su traje, á su prendido, á su peinado, que la haga aparecer más bella ante el hombre que la espera impaciente.

Cualquier leve ruido que sonaba ó que se fingia Cervantes, le parecia el del traje de *donna* Beatriz, que al acercarse ésta, sonaba sobre las blandas alfombras.

Pero el ruido pasaba y ninguna de las puertas de la cámara se abria.

Pasó así media hora; luego un cuarto de hora más; un gran reló que habia en la cámara atormentaba, primero con su tic-tac y luego con su campana, á Miguel.

A medida que transcurrian, los minutos le parecian eternidades.

Al fin dieron las nueve y media de la noche: la impaciencia de Miguel era ya infinita.

¿Era que en vez de haberlo llevado allí para una aventura de amor, se le tenia preso?

Bien podia ser: pero ¿y la conversacion que habia sostenido ántes, en la silla de manos, con *donna* Beatriz?

¿No le habia dicho ella harto claramente que le amaba?

Pues si le amaba, y debia suponerle impaciente, ¿cómo era que de tal manera le hacia esperar desesperándole?

Acrecian las confusiones de Miguel, y con ellas, su amor á *donna* Beatriz.

Al fin, el corazon de nuestro jóven se agitó violentamente.

Al fin, uno de aquellos leves ruidos que habian engañado su esperanza, creció.

Muy pronto se le oyó clara y distintamente.

Se acercó á una puerta, dejando sentir ese ruido grave, pesado, de los pasos de una buena moza.

Se abrió la puerta, miró Cervantes y le acometió una vivísima impaciencia.

No era *donna* Beatriz, sino una magnífica negra, á todas luces esclava.

Se acercó á Miguel, se detuvo á una distancia respetuosa, cruzó los brazos sobre su relevado seno, miró al jóven con sus grandes y lucientes ojos negros, se sonrió, hizo una profundísima reverencia y le dijo:

—Seguidme, señor: su excelencia os espera.

É irguiéndose de nuevo, se dirigió hácia la puerta por donde habia entrado.

El continente de esta esclava era extraordinariamente gallardo.

Llevaba con una gran elegancia, con una gran distincion, una ámplia túnica de finísima lana color de escarlata.

Su cabeza, que era muy graciosa, estaba rodeada por una toca del mismo color que la túnica, y su collar y sus brazaletes eran de gruesas cuentas de un finísimo coral rosa.

Todo lo que rodeaba á *donna* Beatriz era extraordinario; todo bello.

Parecia que su hermosura estaba realzada por el marco que la rodeaba.

Cervantes siguió anhelante á la bella, á la jóven esclava.

Ésta le hizo pasar por algunas ricas habitaciones iluminadas.

Al fin corrió la cortina de una gran puerta y dijo con su dulce voz:

—¡Señora!

Avanzó *donna* Beatriz hácia Cervantes estremeciéndole de emocion.

—Venid, le dijo sonriendo, y perdonad si os he hecho esperar: yo os diré el motivo.

Y llevó, asiéndole de la mano, á Cervantes, hasta una chimenea encendida, junto á la cual habia dos sillones.

Entre los dos sillones se veia una mesa cubierta, bastante para el cómodo servicio de dos personas, y admirablemente dispuesta con rica vajilla de plata.

—Athaniel, dijo *donna* Beatriz dirigiéndose á la esclava, sírvenos.

Athaniel fué á la puerta por donde Cervantes habia entrado y corrió de nuevo su portier.

Luego salió por una puertecilla que parecia secreta, porque cuando estaba cerrada la disimulaba de tal manera la tapicería que no podia descubrírsela.

Cervantes estaba encantado, absorto, y de tal manera, que guardaba un silencio de estupor: todo allí le impresionaba, aunque á la verdad no tenia ojos más que para *donna* Beatriz, á la que veia ya como si hubiera sido un arcángel del Señor.

Y estaba vestida sencillísimamente, y sin una sola joya que realzara su hermosura.

¿Ni qué joya podia aumentar en nada su belleza ideal, purísima?

Tenia en la cabeza, sobre los sedosos y rizados cabellos castaños, un cendal azul.

Un ceñidor así mismo azul, plegaba en su cintura una túnica de lana blanca.

Aquella tela era tan fina, tan suelta, que revelaba completamente las soberbias formas de *donna* Beatriz, poco ménos que si hubiera estado desnuda.

Los ojos de la hermosa abarcaban de una manera intensa á Miguel.

Le sonreian, le acariciaban, le prometian un amor infinito, incondicional.

Cervantes sentia zumbar sus oidos; sus ojos, extraviados, se nublaban.

Le parecia lo que veia, lo que sentia, un sueño del Paraiso, un imposible realizado.

—He llegado de tal manera á confiar en vos, dijo ella, que por vos lo acometo todo.

Y miró de una manera más tierna, más candente á Miguel.

Entró en aquel momento la esclava, trayendo en las dos manos una gran bandeja.

Puso sobre la mesa los exquisitos fiambres, las conservas y los postres que la bandeja contenia, y sin esperar las órdenes de su señora, salió de la cámara.

—Ante todo, dijo *donna* Beatriz, os digo, porque debo decíroslo, que este amor que sin ser yo poderosa á evitarlo, y en tan breve espacio me ha subyugado por vos, puede ser, y acaso lo sea, para vos un gran peligro.

—¿Y qué peligro me pondríais ante los ojos, hermosa señora de mi alma, que vacilar me hiciese ni aun dudar un solo momento, no ya siendo ese peligro por vuestro amor, sino por la cosa más baladí del mundo? que en el peligro se prueban los esforzados y venciéndolos una y otra vez en él se templan y se aquilatan.

—Como español y de los buenos hablais, dijo *donna* Beatriz: y veo que no me engañaron cuando me dijeron en Roma, que los españoles eran, no sólo valientes sino temerarios hasta perder por una nonada la vida.

—Bien saben lo que son los españoles en Roma; que aun se acuerdan de los que allá anduvieron con el Gran Capitan, y aun no ha muchos años que dieron buena prueba de sí los que á Roma fueron con el condestable de Borbon; ¿pero qué mucho si en todas las partes del mundo conocido, Europa, Ásia, África y América, los españoles han llevado sobre las alas de las victorias el esplendor de sus hazañas?

—Dígoos yo, exclamó *donna* Beatriz, que haciendo los honores de la mesa habia servido el plato y la copa á Miguel, que cuando mi hermano, elegido por Su Santidad para venir como legado suyo ante el católico rey de las Españas, me sacó del convento de la Anunciata para traerme consigo, yo, que habia oido hablar largamente de los españoles y de lo valientes que eran, y lo atrevidos y lo dados á las aventuras, sentí que de mí se apoderaba una inquietud cuya causa no podia explicarme. Yo ansiaba conocer á aquellos bravos y ponderados españoles, y me fingia ya un héroe semejante á aquellos maravillosos que fueron á las Cruzadas á rescatar del dominio de los infieles el Santo Sepulcro, que por mí arrostraba las más grandes, las más terribles aventuras, y ponia á mis piés los laureles de su gloria: ¿quién me habia de decir á mí que un jóven estudiante habia de hacerme saber lo que era el amor, y de una manera tan súbita, tan increible y tan poderosa?

—No sé lo que os responda, señora, ni qué diga, ni qué deje por decir, exclamó Cervantes; que de tal manera me suspenden los favores que me otorgais, tan no esperados y tan sin merecimientos mios, que de venturoso fallezco, y de asombrado temo que todo esto por mi desdicha acabe en sueño, del cual sólo me quede la dulcísima memoria para amargar toda mi vida por la no realidad de sueño tan venturoso.

—En sueño de muerte pueden dar nuestros amores, dijo ella, y por eso yo os diré quién soy y á qué amándome y haciéndome vuestra os exponeis; y si vos á tanto os atreveis, cuando la negra hora de la desventura llegue, no tendreis que quejaros de que yo os haya engañado.

—Goze yo por vuestros amores un momento celestial, señora mia, dijo Cervantes, y luego vengan sobre mí todos los vestiglos, y todos los gigantones, y todos los magos y los mónstruos de que hablan los libros de caballerías, envidiosos de mi ventura, que tal gloria habré gozado, que glorifique el martirio que por haberla gozado sufra.

—Bien sentís si sentís de veras, dijo *donna* Beatriz asomando toda su alma á sus ojos para Cervantes, y con tal encarecimiento lo decís que fuerza es creerlo. ¿Y cómo no creer lo que se desea, cuando dulcemente sale de la boca del poeta á quien se ama?

—Cuidad, señora, de que no se enojen contra vos las musas, porque me dais de autoridad propia y sin conocer ninguna composicion mia, un alto título que ellas aun no me han dado.

—Basta con oiros y con veros, señor de mi alma, replicó *donna* Beatriz, para sentir la poesía que de vuestros labios fluye y en vuestros ojos aparece: pero ya que decís que ninguna composicion vuestra conozco, recitadme la que viniendo en la silla de manos me dijísteis habíais hecho con ocasion de la muerte de la reina; y ved ahí que sin la muerte de esa señora, seguida á la del príncipe don Cárlos, mi hermano no hubiera venido á dar el pésame al rey en nombre de Su Santidad, y yo me estaria aun en Roma en el convento de la Anunciata: conque vengan esos versos que tan á cuento vienen, que ya los espero impaciente.

—Dos fueron las composiciones que por incitacion de mi buen maestro Lope de Hoyos escribí para las exéquias de su majestad, dijo Cervantes. Mi maestro, demasiadamente bueno, las imprimió en la relacion que hizo del tránsito y exéquias de la reina doña Isabel de Valois, y son la primera un epitafio en soneto que dice así:

Aquí el valor de la española tierra,
Aquí la flor de la francesa gente,
Aquí quien concordó lo diferente,
De oliva coronando aquella guerra:
Aquí en pequeño espacio veis se encierra
Nuestro claro lucero de Occidente,
Aquí yace encerrada la excelente
Causa que nuestro bien todo destierra.
Mirad quien es el mundo y su pujanza,

Y como de la más alegre vida
La muerte lleva siempre la vitoria.
 Tambien mirad la bienaventuranza
Que goza nuestra Reyna esclarecida
En el eterno reino de la gloria.

—¡Estremado soneto! dijo *donna* Beatriz, que no podia considerar sino como bellísimos y de todo punto excelentes los versos del hombre á quien amaba: seguid, seguid, que tales y tan buenos son los versos que me habeis recitado, que con más deseos me siento de oiros otros.

—Vuestra alabanza, señora mia, es la más grande recompensa de mis pobres versos, y si yo supiera que para que os deleitasen un dia los componia, con más gusto los compusiera, y fueran mejores; que mucha más inspiracion me dieran el suave perfume de vuestra alma y las perfecciones de vuestro cuerpo, que las grandezas y las virtudes de la reina difunta; y ya que mis versos os dan tal contentamiento, oid la segunda composicion, que es una redondilla que manifiesta la velocidad con que la muerte se llevó á su majestad:

 Cuando dejaba la guerra
Libre nuestro hispano suelo,
Con un repentino vuelo
La mejor flor de la tierra
Fué trasplantada en el cielo.
Y al cortarla de su rama
El mortífero accidente,
Fué tan oculta á la gente,
Como el que no vé la llama
Hasta que quemar se siente.

Y esto mismo pudiera yo decir del amor que por vos siento, dulce señora de mi alma glorificada, añadió Cervantes, que no le ví en llama hasta que en ella me abrasé.

—No apliqueis á nuestros amores versos que para una difunta habeis hecho, exclamó vivamente *donna* Beatriz, no sea esto un mal agüero para ellos; y seguid, seguid, señor mio, que cada vez me contento más de oiros.

—Pues que asi es, mi divina alma, dijo Cervantes, atended estas otras cuatro redondillas al mismo asunto, en las cuales, segun decia mi maestro, y como en ellas parece, se usa de colores retóricos, y en la última se habla con su majestad y son una elegia:

 Cuando un estado dichoso
Esperaba nuestra suerte,
Bien como ladron famoso,
Vino la invencible muerte
A robar nuestro reposo:
Y metió tanto la mano
Aqueste fiero tirano

Por órden del alto cielo,
Que nos llevó deste suelo
El valor del sér humano.

¡Cuán amarga es tu memoria!
¡Oh, dura y terrible faz!
Pero en aquesta vitoria,
Si llevaste nuestra PAZ
Fué para dalle más gloria.
Y aunque el dolor nos desuela:
Una cosa nos consuela.
Ver que al reino soberano
Ha dado un vuelo temprano
Nuestra muy cara ISABELA.

Un alma tan límpia y bella,
Tan enemiga de engaños,
¿Qué pudo merecer ella
Para que en tan tiernos años
Dejase el mundo de vella?
Dirás, muerte, en quien se encierra
La causa de nuestra guerra
(Para nuestro desconsuelo),
Que cosas que son del cielo
No las merece la tierra.

Tanto de punto subíste
En el valor que mostráste,
Que ya que al cielo te fuiste,
En la tierra nos dejáste
Las prendas que más quisiste.
¡Oh, Isabela, Eugenia, Clara!
Catalina á todos cara,
Claros luceros los dos
No quiera y permita Dios,
Se os muestre fortuna avara.

—¡Víctor! ¡víctor! exclamó *donna* Beatriz batiendo las palmas: pero es por cierto triste cosa, que en el comienzo de nuestro amor, los primeros versos suyos que mi noble poeta me recita, sean versos compuestos á la muerte.

—Versos son de mi vida, pues que os complacen, dijo Cervantes; por lo demás, tan curado estoy de agüeros, que todos los malos signos y todos los siniestros pronósticos de todos los hechiceros del mundo, no bastarían para apartarme del menor de mis propósitos, cuanto más de una felicidad tal como la de ser vuestro en el alma y en la vida, teniéndoos á vos en la vida y en el alma, sobrehumana diosa, belleza nunca hasta ahora vista, ventura no esperada ni aun soñada, diosa del amor, creadora de un mundo que en el alma se siente, y que no se hubiera creido pudiese existir: tal es él de glorioso, y tal en él se encuentra, mucho más allá de cuanto el alma más avarienta, de inefables y nunca en la tierra soñadas venturas puede ambicionar en su delirio, que viéndoos estoy y de mis ojos dudo: vuestra voz oigo, y no de humana persona y perecedera me pare-

ce, sino de arcángel inmortal que Dios, en su misericordia ó en su ira, ha permitido que yo oiga y vea y sienta; y tal es lo que por vos en mi abrasada ánima arde, que decíroslo no puedo porque aun imperfectamente lo comprendais; que ni las palabras bastan, ni los ojos son elocuentes á decirlo, ni las dulces ánsias del corazon, que se agita apasionado, pueden manifestarlo con los latidos que el pecho dilatan, y que en abrasados suspiros por los labios se manifiestan: y cáusame espanto el ver que apénas de mí vista, de vos tal efecto en mí se hace que agonizando os contemplo, que muriendo os ansío, y que esta agonía y esta muerte son tales, que más poderosas las siento y más deleitosas que todas las bienaventuranzas que nuestro deseo nos lleva á fingirnos en el seno de Dios, ventura de las venturas más altas á que el alma del justo ha sido destinada por sus buenos merecimientos, y siendo así como lo es lo que yo por vos experimento, señora de todos mis pensamientos y de todas mis esperanzas, ya veis que por vos en la idolatría doy y á Dios ofendo, y por vos gano el infierno que necesariamente ha de llevarme á la gloria de gozaros, y al alto imperio de teneros ya la sin par ventura de que vos me tengais vuestro y tanto no mio, que sólo por vos aliente, y en vuestro solo aliento viva.

Donna Beatriz, que habia comido muy poco, y que aun así habia cesado muy pronto de comer, y que habia reclinado en el respaldo del sillon su cabeza, dejando ver por completo su irresistible garganta á Miguel, le estuvo oyendo con los ojos velados por sus párpados, ensombrecidos por sus largas pestañas, adormecidos en un sueño de amor, y arrojando el fuego que su alma enamorada ardia, y ántes de que acabase, que él no daba muestras de acabar en sus ternezas, le dijo con la voz desmayada de amor y temblorosa de deseo:

—¡Ay de vos si eso que decís, ilusion es del alma engañada y no deseo necesario de una vida por Dios hecha para unirse á la mia y ser con ella venturosa ó triste! que en verdad os digo que no soy yo persona que sufrir pueda que en hielo se torne ese volcan que en la apariencia por mí el alma os abrasa; y acordaos, os ruego, de aquella hermosa dama á quien anoche acompañásteis, y de la no ménos hermosa por la cual, á donde me encontrásteis de nuevo vos vinísteis, y cuya historia oísteis, que yo os aseguro que si á alguna de ellas dijérais algo que ni aun remotísimamente se pareciese á lo que acabo de oiros que por mí os sucede, que habia de dejar pequeñas cuantas tragedias el amor han hecho los celos desesperados.

Y como esto decia *donna* Beatriz sus ojos ardian, y de tal manera, que más y más se abrasaba el alma de Miguel en un voraz fuego.

Y á tanto llegó el exceso de su ventura, que, no pudiendo más, lanzó un gran suspiro y se le suspendió el aliento y como un muerto se puso pálido.

Y luego como muerto quedóse.

Que no parecia sino que un infierno de tentaciones habia salido para él de los labios y de los ojos y de todo el sér de aquella *donna* Beatriz, cuya hermosura habia ido creciendo y creciendo á los ojos del enamorado doncel hasta hacerse para él irresistible y mortal.

Y ella, que así le vió traspuesto y agonizante, á él abrazándose, temblorosa y demudada de su sillon alzóse, toda amor y toda felicidad y toda ánsia.

Y echándole los brazos al cuello, contra su seno dulcemente estrechóle, y el semblante inundóle de lágrimas de enamorada y ansiosa ventura.

Y con aquellas abrasadoras lágrimas y aquellas amorosísimas caricias, en sí volvió él, y en los brazos de ella encontróse, que, como si se hubiera encontrado en la gloria, amorosa le miraba.

Recobróse ella, cuando en sí volvió Miguel, de sus brazos apartóse, y ruborosa y casta, y como pesarosa mal su grado de aquellas caricias que habia hecho, sin ser poderosa á contenerlas, á quien sin conocimiento y sin sentimiento creia, díjole:

—Tales muestras del loco y no comprensible amor que os tengo os he dado, señor mio, que no hay más que decir, aunque yo sea para vos pura y casta; que los amores del alma y sus dulces caricias, por ser del cielo la castidad, no mancillan; y claro se entiende que mi esposo sois y yo soy vuestra esposa: y perdonadme si de vos he dudado, que yo no sabia bien, ni podia saberlo en el poco tiempo que os conozco, que apénas si á las veinticuatro horas llega, quien vos érais, ni lo que vos del amor merecíais; pero el amor es tal que por poco que se manifieste, á conocer se dá todo entero, y tal amor en vos he visto yo, y tal vos le habeis visto en mí, que claro sabemos que yo soy toda vuestra, y que vos sois todo mio, sin duda, por una conjuncion de luminares entre nosotros, ó por otro misterio de Dios que no podemos explicarnos: que de otra manera y sin algo de milagroso, ser no podria, que este amor que en mí alentó en el mismo punto en que os ví, tan pronto á ser pasion irresistible y mortal haya venido, y tal, que en mí á todos los peligros y á todos los temores se haya sobrepuesto, y á vos os haya llevado á despreciar por mí aun las iras del mismo infierno. Y digoos que lo que más cuesta es lo que más se estima; que lo fácil, por lo mismo que fácil es, tengo para mí que aun en los principios ha de causar hastío y enfado; y puesto que por nuestro amor, que no puede ser más grande, en nada reparamos y á todo nos atrevemos, seguidme, señor mio, á donde yo quiero llevaros, para que nuestra libertad y nuestro albedrío el uno por el otro empeñemos, de tal manera, que sin ofensa de Dios no podamos faltar á estos nuestros, no sé si felices ó desventurados amores, que Dios ha querido que en nosotros se realicen.

Y, levantándose, asió dulcemente de la mano á Miguel, que se alzó y la siguió sin saber lo que le acontecia, y tan fuera de este mundo, que no sabia explicarse, ni lo pretendia, si habia muerto y estaba en el cielo ó en el infierno, ó si vivia en pena ó gloria.

Y abriendo ella una puerta, por ella con Miguel perdióse en una larga y apénas alumbrada galería.

CAPÍTULO XXXV.

En cuyo fin se vé que Cervantes pudo muy bien dudar de si habia subido á la gloria ó descendido al infierno.

Temblábala la mano con que asia á Miguel á *donna* Beatriz de tal manera, que harto se mostraba lo traspuesta de amor que por él se sentia; y él de amor agonizaba, y aturdido iba, como si le hubieran llevado por los espacios imaginarios de deseos tales que su realizacion hubiese de juzgarse imposible.

Y así en ánsias de una dulce muerte y de una insoportable vida, llegó con su enamorado, la enamorada *donna* Beatriz, á una puerta, y abrióla y con Miguel se entró en un bello oratorio, pero majestuoso por su severa sencillez, iluminado sólo por dos cirios, que ardian en un altar, á los piés de un gran Santo Cristo Crucificado de la Espiracion.

Arrodillóse ella ante el altar, y con ella se arrodilló Miguel.

Y teniendo ella su diestra mano en la diestra mano de Miguel, díjole:

—¿Me tomais, señor, delante de Dios y de su eterna justicia, por vuestra esposa y mujer, con toda vuestra voluntad y toda vuestra alma, siendo vos libre de todo otro empeño y juramento?

—Sí, contestó con voz trémula pero decidida Miguel.

Y luego añadió pálido, acongojado, alentando apénas, estremecido:

—¿Y vos, señora, me tomais á mí libremente, sin que ni ahora ni ántes, amor sintais ni hayais sentido por otro ningun hombre, y con toda vuestra libertad, por marido y esposo?

—Sí, una y mil veces, y con toda mi alma, que Dios condene, si á lo que libremente y enamorada ante Dios os juro faltare, exclamó *donna* Beatriz.

Y desasiendo su mano de la de Cervantes é inclinándose ante el Santo Cristo, quedó como recogida en una fervientísima oracion.

Orar queria Cervantes, pero era tal la turbacion que le dominaba que orar no podia, ni pensar en otra cosa que en aquella extrañísima aventura que por él pasaba.

Y cuando ya habia jurado con todo su deseo y toda su voluntad, viniéronle al pensamiento poderosas, y llenas de resplandores, y prepotentes, aquella hermosísima doña Magdalena, que hasta poco ántes habia sido la reina de sus pensamientos, y aquella no ménos hermosa duquesa de Puente de Alba, desventurada y necesitada del amparo de un alma generosa, que su amor le habia confesado,

como su amor primero, y que á pesar de sus desgracias, y por ser ellas como habian sido, era para él tan pura y tan casta como *donna* Beatriz y doña Magdalena.

Y no bastando esto para sumergirle en encontrados afectos y embrollados pensamientos, se le representaba con todos sus misterios y su ya espantable historia apénas entrevista, aquella incomparable Abigail, á quien sólo habia visto un momento.

Y aun así, y tan combatido de tales y tan contrarias pasiones, no le pesaba á Miguel de lo que habia jurado, aunque su juramento le obligaba, so pena de la ira de Dios, á no pensar en otra mujer, ni para otra mujer vivir que para aquella que á su siniestra mano arrodillada y orando tenia, y los latidos de cuyo corazon sentia y con la cual habia hecho ante Dios sus esponsales.

Todo era para Miguel felicidad y penas, dudas y temores, vida y muerte, fruiciones de gloria y bascas de agonia.

Y nada se preguntaba, y nada se decia, porque no estaba para preguntarse ni para decirse nada.

Era como la nave que, tendidas las velas y el timon abandonado, el viento lleva á su antojo sobre las olas de la tempestad, y tan pronto parece vá á sumergirse en el abismo como á remontarse al cielo.

Acabó al fin su oracion, que no duró ménos de un cuarto de hora, *donna* Beatriz, y alzando los ojos cubiertos de lágrimas al cielo, dijo con la voz llena de fé y de esperanza.

—Tú sabes, Señor, que si un sacerdote tuyo no ha consagrado con su bendicion el casamiento mio con mi esposo, ha sido porque esto no es posible: y que si yo no he dilatado este casamiento hasta que posible fuera hacerle con todas las ceremonias que tu Santa Iglesia prescribe, tampoco posible ha sido, que grandes cosas se arriesgaran con la tardanza: y yo te ruego, Señor, que esta union como matrimonio y sacramento mires, y que Tú con tu divina bendicion le consagres.

Y tal estaba de turbado y de conmovido y de fuera de sí, por sus encontrados afectos Miguel, que parecióle que el Cristo desclavaba su diestra mano del infame y por Él sagrado madero, y los bendecia. Y si juramento sobre esto se le hubiera tomado, prestáralo, y afirmara sobre su alma, que el divino Crucificado, teniendo los dos las manos diestras asidas, con su diestra mano de la cruz desclavada, los habia bendecido.

Y ni ellos tenian en aquel momento asidas las manos, ni Dios, enclavado en la cruz, habia hecho el patente milagro de que una de sus sagradas imágenes, de la cruz desclavara una mano para bendecirlos.

Pero teniendo en cuenta el poder virtual de Dios, bien puede suponerse que si razon habia para ello, y conveniencia, desde el cielo aquella union habia bendecido, haciéndola pura y legítima á sus ojos; y bastante en la conciencia de los desposados, para que, sin pecado, por marido y mujer se tuviesen.

Resplandecia, divina de amor, la frente de *donna* Beatriz; pero á la par y de una manera indudable, ardia en sus ojos algo terrible.

Algo que devoraba á Cervantes y que le hacia sufrir un desgano dolorosísimo.

Donna Beatriz empezaba á tomar para él otro más incitador aspecto.

El aspecto de la fiera brava y terrible, y á la par hermosísima y enamorada, y por su amor dulce y arrebatadora, con una dulzura inefable.

Cuando se alzó, le pareció á Miguel que la encontraba más lanzada, más majestuosa, más altiva, más imperativa, más fuerte.

Pero siempre sometida á su amor y mirándose enamorada en sus ojos.

Cervantes sintió que á pesar de aquel amor que tan de improviso le habia cogido, *donna* Beatriz le hacia sentir un temeroso respeto, á él, que jamás habia temido á nadie, ni creia que pudiese haber nada que le causara temor sobre la tierra.

Al alzarse *donna* Beatriz, él se habia alzado tambien.

Ella le sonreia de una manera tal, que el alma entera se le abrasaba á Cervantes, y á la par le dominaba con su ardiente y poderosa mirada.

Asióle ella de la mano y con él del oratorio salióse en paso lento.

Recorrieron el opaco corredor, que ántes habian recorrido, y *donna* Beatriz, como al comédio de él abrió una puerta.

Entraron en una habitacion de todo punto tenebrosa, y su puerta se cerró.

—Al unirnos, dijo ella, nos hemos puesto frente á frente de la muerte.

Y la voz de *donna* Beatriz era grave, sonora, profunda: al decir estas palabras, tenia algo de sobrenatural.

—¿Y qué importa? dijo sin vacilar Cervantes; ¿cómo podia yo haber esperado, cuando anoche os ví y me dísteis paz y amor en el alma, que tan pronto habia de gozar la incomparable vida de vuestro amor, esposa y señora mia?

—Vos habeis de ser mi esclavo, dijo ella, que ménos que la esclavitud no quiere ya mi amor, y vuestra esclava seré yo, que si vuestra esclava no me conociera, con vos no me casara.

—La esclavitud de mi alma en la vuestra y de la vuestra en la mia, sea para siempre nuestra gloriosa ventura.

—Si conoceis lo que habeis arriesgado casándoos conmigo, y verdaderamente despreciándolo, Dios bendiga la hora en que os conocí, señor, para que mi vida no fuese tan desventurada.

Se estremeció Cervantes, porque la voz de *donna* Beatriz se habia hecho más y más terrible.

Parecia que bajo ella se ocultaba una pavorosa historia.

—Y ahora, añadió ella, y pues que tanto me amais, adorado señor mio, y tanto yo os amo, tened mi cuerpo y mi alma y con ellos mi vida.

CAPÍTULO XXXVI.

Aventura sobre aventuras.

Empezaba á amanecer y continuaba lloviendo á más y mejor, cuando una silla de manos, conducida por dos fuertes ganapanes, y acompañada de un hombre atlético, completamente embozado en una gran capa parda, calado el chapeo, y á más. y sin duda para mejor encubrirse, cubierto con un antifaz negro el semblante, se detuvo á la puerta del meson de Paredes, que ya estaba abierta, porque los tragineros que en él paraban, salian para empezar su jornada ántes del amanecer.

Abrió el atlético embozado la portezuela de la silla, y de ella salió Miguel, con su propio traje de estudiante que del meson habia sacado el dia anterior por la mañana.

—Estad tranquilo, monseñor, le dijo el atlético embozado, que no era otro que Giuseppe Sparzo, que con lo que de su excelencia hubiere, yo avisaré á vüecencia.

—Id con Dios, y tomad en memoria mia, dijo Miguel dando algunas monedas de oro al napolitano.

Éste se inclinó profundamente, y habiendo entrado Miguel en el meson, se alejó de él, llevándose en pos la silla de manos.

Miguel se detuvo cansado al comienzo de las escaleras, alzó los ojos al cielo y dijo:

—No puede ser sino que sea un sueño lo que por mí ha pasado esta noche.

Y luego empezó á subir meditando y lentamente las escaleras, llegó á la puerta de su aposento, sacó la llave de su faltriquera, abrió y entró y cerró.

Pero cuidando de producir el ménos ruido posible: era de esperar que allí estuviese su hermano Rodrigo y entregado al dulcísimo sueño de la mañana.

En efecto, en un lecho que allí se habia llevado el dia ántes para Rodrigo, se veia á éste, á la amortiguada luz de la mariposa, durmiendo á pierna suelta.

Acercóse al lecho Miguel, y miró con una gran ternura á su hermano.

Dormia de una manera fatigosa, como si un grave cuidado se hubiera hecho sentir en su alma bajo su sueño.

El cuidado sin duda por su hermano menor que desde el dia anterior no habia aparecido; al que se habia esperado en vano.

—Dejémosle dormir, dijo Cervantes: sabe Dios cuánto tiempo habrán estado buscándome; y á qué hora se habrán acostado.

Y Miguel se sentó en un sillon, sin quitarse ni aun siquiera el bonete, ni desembozarse del manteo, ni desceñirse los hierros.

Su traje estaba completamente seco; señal clara de que durante la nunca vista ni oida aventura, ni semejante, con *donna* Beatriz, un servidor, sin duda el mismo Giuseppe Sparzo, se había cuidado de secarle.

—¡El secreto! ¡que guarde un profundo secreto! murmuró Cervantes: ¿y cómo no guardarlo? ¿quién, que hidalgo haya nacido, no guarda el honor de una dama, ni cómo puedo yo decir que con esa dama el mismo Dios me ha desposado?

Guardó silencio Cervantes y gimió.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo despues de algunos momentos de silencio: pero yo no me he desposado con una criatura humana: mi Beatriz no se parece á nada de lo que yo he conocido hasta ahora: nunca una tal hermosura noté, nunca en un tal amor me abrasé, nunca de tal manera arrebatado á las venturas de un desconocido, é incomparable cielo me ví, nunca en fuente tan clara ni cristalina hartaron su sed mis labios, nunca el amor sonó con más dulzura ni con más encanto en mis oidos.

Se interrumpió de nuevo Cervantes, permaneció algunos minutos en silencio y luego volvió á su soliloquio.

—¿Pero porqué si es dichosa, como entre mis brazos enloquecida de amor me ha dicho, de tiempo en tiempo gemia, y con el espantoso estremecimiento del furor se agitaba, y su dulce aliento en rugido sordo de leona convertirse parecia? ¿porqué sus palabras entrecortadas y misteriosas, y porqué responder á mis insistentes preguntas: —Calla, amor mio: ¿qué te importa todo si yo soy tuya, ni qué nos importa á ninguno de los dos la muerte, si en la suprema ventura de nuestro amor nos hallamos?

De nuevo Cervantes volvió al silencio y á la meditacion.

Sacóle de ésta un violento ruido que de improviso sonó en la habitacion inmediata; en la que ocupaba la hermosísima Abigail.

Habian rodado violentamente algunos muebles, y á seguida una irritada voz de mujer habia dicho:

—¡Es necesario que esto concluya, y si no me libertas de tus deseos, te tiendo muerto á mis piés!

Sucedió una como lucha, y á poco la angustiosa voz de la mujer gritó:

—¡Socorro!

Miguel, que desde el primer momento del ruido se habia puesto de pié, se lanzó á la puerta, la abrió y salió.

Rodrigo habia despertado al ruido y hubiese visto á su hermano que salia.

Oyó á seguida como una puerta cuya cerradura habia saltado por un violentísimo empuje, é inmediatamente la voz de Miguel que gritaba tambien:

—¡Oh! ¡soltad á esa señora, don bellaco ó habeis acabado vuestra vida!

Y por única contestacion á estas palabras, Rodrigo oyó el estampido de un pistolete.

Lanzóse entónces en ropas menores de la cama, y desnudando la espada que

junto á la cabecera del lecho tenia, salió y se metió en el inmediato aposento.

La gente que habia en la posada acudia tambien.

El sargento Herédia, con un pistolete en cada mano, acudia de los primeros con Rodrigo Cervantes.

Encontraron ambos á Miguel que tenia asido por el cuello y doblegado á un hombre.

Aquel hombre era Rodrigo Carreño, el galan de la compañía del señor Lope de Rueda, y que hemos visto de una manera extraña al lado de Abigail.

A alguna distancia del grupo formado por Cervantes y por Rodrigo Carreño, por Cervantes doblegado, aparecia irritada, terrible, y con su cólera más hermosa, la magnífica Abigail.

Carreño se habia arrancado de la cintura un largo pistolete en el momento en que, sintiendo que forzaban la puerta, habia visto aparecer espada en mano á Miguel de Cervantes y habia disparado sobre él.

Pero con la cólera habia errado el tiro.

Miguel se habia lanzado sobre Carreño.

Desdeñando herirle con la espada, le habia asido con la mano nuestro jóven la garganta, y con tal fuerza, que Carreño no habia sido poderoso á valerse.

Miguel, para sujetarle mejor, habia arrojado la espada y le habia doblegado.

Abigail, en medio del transporte de su furor, miraba con asombro á aquel jóven bachiller que tan á punto habia llegado para socorrerla.

Tras Rodrigo Cervantes y el sargento Herédia, habian llegado, desaliñados, medio vestidos los unos y ménos que á medio vestir los otros, tres ó cuatro comediantes de los que tenian sus aposentos en el primer piso.

Uno de ellos era el señor Lope de Rueda.

Uno de las otros, el *pícaro* Diego Calvete, álias Periandro ó Garrotillo, como mejor queramos.

Angélica la bella, la otra dama de la compañía, habia acudido tambien envuelta en un manto, con los rubios cabellos desgreñados, pálida y ojerosa, porque se la habia caido el afeite, y con los piés desnudos, en unos pequeños chapines.

Antonia la *Toronja*, descarada muchacha, graciosa de la compañía, habia acudido tambien, no sabemos cómo, mostrando unos abultamientos de carne sólida, que debia haber reservado, y que mal encubria con un mantegüelo que se habia echado sobre los hombros.

Gritaba la Angélica, que se desgañitaba, diciendo que aquellas eran liviandades de Abigail, que los estudiantes y los soldados se atrevian á los cómicos, y arremetia á Cervantes.

El sargento arremetia á la Angélica, asiéndola por la cintura y medio desnudándola, y Rodrigo ayudaba á Miguel para sujetar á Rodrigo Carreño, que rugia furioso, blasfemaba y amenazaba al cielo y á la tierra.

Y como habia resonado un tiro, y se habia alborotado la gente de la posada y habia apellidado:—«¡Aquí de la justicia del rey nuestro señor, que se matan!»—habian acudido como exhalaciones tres ó cuatro alguaciles.

Inútil fué la autoridad que Lope de Rueda tenia sobre sus cómicos, porque se sosegase el tumulto que en el cuarto de Abigail habia, que si bien la Angélica y la Toronja se redujeron á la quietud y al silencio, consagrándose á cubrir con la poca ropa que habian traido, sus desnudeces, se necesitaban tres ó cuatro hombres para sujetar á Rodrigo Carreño, que con un puñal en la mano se esforzaba debatiéndose por herir á los que le sujetaban, aunque no lo conseguia.

Sobrevinieron al fin los alguaciles, y á las voces de: «¡ténganse todos á la justicia del rey nuestro señor!» lograron que, aterrado Carreño, viendo que con la justícia no podia atreverse, dejase de debatirse.

—¡Todo el mundo á la cárcel! fué la única razon que dijo el cabo de los alguaciles.

—Sin que sea visto que yo falte al respeto á la justicia, dijo con toda su autoridad de anciano y de hombre de razon y de entendimiento el señor Lope de Rueda, yo digo que me parece que el que debe ir á la cárcel es el que sea delincuente: que por el delito de uno solo, no han de ir á deshonrarse ni por un solo momento entre criminales, hombres honrados y mujeres sin culpa, que somos la mayor parte de todos los que estamos aquí.

—Nadie debe ir á la cárcel y despues á la horca, dijo Abigail, más que este mónstruo infame, del cual soy sobrina para mi castigo.

—Sépase lo que aquí ha pasado, dijo el cabo de los alguaciles, y entretanto vaya un ministro á avisar al señor alcalde de casa y córte del cuartel.

—¡Me perderán mi casa! exclamó con voz plañidera la Mari-Gomez, esto es, la viuda de Paredes, dueña del meson.

—A nadie pierde la justicia, dijo el cabo de la misma; que el que se pierde, á sí mismo se ha perdido, y cállense todos y hable uno y el de más respeto, el más anciano, vos; y se volvió á Lope de Rueda; y ¿quién sois vos?

—Yo soy Lope de Rueda, dijo éste; poeta, recitante y autor de la compañia que conmigo viene.

—¡Ah! ¡que sois vos el famoso Lope de Rueda, exclamó regocijado el cabo de los alguaciles; la alegría del mundo, el buen ingenio que, deleitando, instruye y aconseja! Pues no se hable más, que vos habeis de ser, señor Lope de Rueda, quien esto lo ponga claro y por quien se sepa quién ó quiénes de los que aquí están son el ó los delincuentes.

—¿Pues no he dicho ya que aquí no hay nadie á quien por infame se deba prender más que á este mónstruo? dijo Abigail con una entonacion altiva y verdaderamente trágica, señalando á Rodrigo Carreño, á quien sujetaban aun Miguel y Rodrigo de Cervantes y el sargento Herédia.

—Veamos como ha sido ello, Abigail, hija mia, dijo Lope de Rueda, y para ello sosiégate, que ya ves que no te ha faltado quien te ampare.

—Ella mentirá como siempre, dijo descaradamente Carreño, porque Dios la ha hecho para ser mala y para mentir.

—Vos callaos, dijo lleno de autoridad el cabo de los alguaciles, ó vive Dios os tienda la vara y no os sepa á grajea.

Llegó en aquel momento su señoría, el señor alcalde de casa y corte del cuartel, con una entera cohorte de alguaciles, y como barbas mayores quitan menores, pidió informes, y sabiendo que allí estaba el señor Lope de Rueda, cuya fama era universal en España, y aun fuera de ella en Italia y en Flandes y aun en Francia, hízole agasajo y le encargó pusiese aquello en claro.

El alto magistrado rendia al señor Lope de Rueda el mismo respeto que ántes le habia rendido el cabo de los alguaciles.

—¿Qué fué ello, Abigail, hija mia? dijo Lope de Rueda.

—Con fiebre he pasado la noche, contestó Abigail, ya con una gran mesura y una gran distincion, como hubiera respondido la más cumplida dama, y á punto que amanecia, fatigada del lecho me levanté y vestíme y á mi criada envié á que me pidiese un refresco. Llamaron á poco, y creyendo yo que mi criada era que volvia, abrí la puerta, y ví que era mi tio que venia ébrio como le veis, y lanzándose á mí, me pidió una joya para empeñarla; que decia que perdidoso venia de la casa de juego y volver queria con dineros para desquitarse; y como yo no tenia joya alguna de valor que darle, que ya para sus vicios me las ha empeñado todas, una crucecilla de oro que con una cadena de lo mismo á la garganta casualmente llevo, díle; y él me amenazó pidiéndome joya de mayor cuantía, y diciéndole yo que no podia dársela me alzó la mano, y yo grité, y acudieron, y el primero que acudió fué este señor estudiante que aquí vé vuestra señoría, que hubo de forzar la puerta para entrar, y al verle, este mi tio, que Dios maldiga, le descerrajó un tiro, á cuyo estrépito acudió más gente: y ahí tiene vuestra señoría á sus piés con su cadena, mi cruz que no me dejará mentir, y por ella juro á vuestra señoría y á mi alma que lo que he dicho es verdad, y que aquí nadie hay que merezca ser preso y castigado más que él; que si la justicia se mete en su vida y la revuelve, presto ha de encontrar causa para echarle algunos años á un banco de las galeras de su majestad.

Tras esto Abigail adelantó, se inclinó, y cuando todos creian que esto era hacer acatamiento al juez, levantó del suelo la cruz y se la volvió á poner al cuello.

—Dicen, murmuró, que esta cruz era de mi madre, y que por ella un dia la encontraré.

Hizo algunas preguntas el alcalde.

Resultó de ellas:

Primero: que Rodrigo Carreño, que llamaba sobrina á Abigail, la daba muy mal trato, pretendiendo que fuera su manceba, á lo cual ella por horror se resistia.

Segundo: que el tal Carreño era hombre de muy mala vida y muy díscolo, y que á todos pretendia tenerlos metidos en un puño, y que todas las mujeres de la compañía se le rindieran.

Tercero: que la mayor parte del tiempo estaba borracho, y en las casas de juego y en las mancebías, y que si el señor Lope de Rueda en su compañía le tenia era á causa de que como galan era un prodigio, y con él y su sobrina Abigail, que otro prodigio era, la compañía *robaba* el dinero y los aplausos del público por donde quiera que iba.

Resultando además probado, que habia querido ejercer violencia sobre Abigail y á muerte habia tirado contra los que habian acudido á defenderla, el alcalde se llevó preso á la cárcel á Rodrigo Carreño, declarando sin culpa y gastos á los otros, no embargante que hubieran de estar á cuando la justicia los llamase á su audiencia para tomarles declaracion.

Quedóse el meson sosegado, y cada cual se volvió á su aposento, retirándose al de Miguel con éste, su hermano Rodrigo y el sargento Herédia.

CAPÍTULO XXXVII.

En que empieza á aparecer en el horizonte un nuevo amor para Cervantes.

Así habia vuelto á ver, cuando ménos lo esperaba. Cervantes á Abigail.

Le habia parecido más y más hermosa.

Ella, á su vez, se habia suspendido á la vista de Cervantes y no habia cesado de mirarle con un vivo interés miéntras habia estado en el aposento.

Cervantes habia vuelto preocupado al suyo.

Apesar del candente y próximo recuerdo de *donna* Beatriz, apesar de considerarla como su esposa, sin que él mismo pudiese darse razon de ello, Abigail le inquietaba.

—Gracias á Dios que ya te tenemos, dijo Rodrigo á Miguel, y que podemos preguntarte.

—No me pregunteis nada, hermano, amigo mio, porque nada puedo deciros; he jurado el más profundo secreto.

—Pues si le has jurado, guárdale.

—Sí, le guardaré; pero no guardaré igualmente lo que legítimamente se me ha dado, y que puede ser, y lo es, una parte de la hacienda mia y de mi familia.

Y Cervantes sacó de sus bolsillos muchas y ricas joyas de mujer que puso sobre la mesa.

Donna Beatriz, ya esposa de Miguel, no habia podido consentir en que su adorado esposo viviese miserablemente.

No podia darle dinero, que no lo tenia.

Pero podia darle gran parte de sus joyas, que eran riquísimas, y que aun siendo una gran parte la que de ellas á su esposo habia dado, quedábanla cien iguales partes más de otras no ménos ricas.

—Alhajas de mujer son estas y de mujer principalísima, dijo severamente Rodrigo.

—Cuando yo las he tomado y te las entrego para que con la rica espada que me dieron anoche á nuestros padres se las lleves, dignamente habré de haberlas recibido: en fin, y para que no dudes más, hermano mio, ni vos, amigo Herédia, sabed que esta noche me he casado y con una dama tal, que esta es la mínima parte de las joyas que me ha traido en dote.

—¿Y obligado estás á guardar secreto ese casamiento? dijo Rodrigo.

—De todo punto, contestó Miguel.

—Pues guardadle, amigo mio, guardadle, dijo Herédia; pero no nos guardeis el secreto de si es hermosa ó fea.

—Una diosa, exclamó con una contentísima vanidad, muy disculpable en sus pocos años, Cervantes.

—Pues teneis una fortuna loca, dijo no sin cierta envidia el sargento Herédia.

—Y tan loca, dijo Rodrigo, que mucho me temo que esa fortuna no acabe en desventura.

—Bien pudiera ser, dijo Cervantes; y por eso te doy, para que se las lleves á nuestros padres, esas riquezas.

—¿Y saben los parientes de esa dama vuestro casamiento? dijo Rodrigo.

—No, no lo saben más que Dios, ella y yo.

—¿Y el sacerdote? dijo naturalísimamente Rodrigo.

—Sí, el sacerdote, dijo Miguel.

Él creia que el mismo Dios habia sido el sacerdote de aquella union.

—¿Y ni aun nuestros padres pueden saber el nombre y la calidad de esa dama?

—No, nadie.

—¿Y qué importa eso? dijo el sargento Herédia; con lo secreto de esa boda os ahorrais muchos inconvenientes, señor Miguel; por lo pronto las otras os creerán mozo.

—Un hombre casado no debe pensar en más mujer que en la suya.

—¡Bah! señor Rodrigo, dijo Herédia: vos lo decís eso porque aun sois mozo, y decirlo puede, casado tambien, el señor Miguel, que está recien casado y con el primer bocado del pan de la boda aun entre los dientes.

—Yo pienso ser siempre leal á mi amor, dijo de la mayor buena fé del mundo Miguel.

—Por muchos años sea, y que Dios os dé tanta felicidad como yo para mí quiero, dijo Herédia: pero puesto que vos habeis acabado tan sucinta y tan grande y tan ricamente la historia de vuestras aventuras desde que dejamos de veros, bien será que nosotros os digamos algo que á vos se refiere.

—Sí, dijo Rodrigo: ayer por la tarde, cuando nos vinimos al meson, despues de separarnos de tí, dijo Rodrigo, á poco que llegamos vino por tí preguntando, un viejo que se llama el licenciado Hoyos.

—¡Ah, mi maestro!

—Desesperóse cuando supo que no estabas, y más cuando yo le dije que no podia decirle cuándo volverias, y sabiendo al fin que yo era tu hermano, me dijo que monseñor Julio Aquaviva de Aragon, legado de Su Santidad en Madrid, habia

estado en su casa y que de ti le habia pedido noticias y díchole otras muchas cosas, por las cuales el tal licenciado Hoyos queria verte. Fuése descontento el buen viejo, y volvió al oscurecer, yéndose más descontento porque no te encontró.

—Silencio, dijo Cervantes: me parece que oigo ruido de conversacion y que pronuncian mi nombre en el aposento inmediato.

Y levantándose se fué al agujero que en el tabique habia practicado y miró por él.

Vió á Abigail que estaba á la puerta hablando con un sujeto que habia en el corredor.

Se le veia bien.

Era el cardenal Aquaviva, pero con un traje de caballero.

Miraba con asombro á Abigail.

Parecia como que de intento prolongaba la conversacion.

Abigail se mostraba tambien conmovida, á lo que juzgó Cervantes.

A la luz del dia parecíale á éste más jóven y más bello Aquaviva que lo que se lo habia parecido dos noches ántes, cuando por aquel mismo agujero le vió en una visita misteriosa con doña Magdalena.

El cardenal tenia un pequeño antifaz en la mano.

Sin duda habia entrado encubierto con él en el meson, y tal vez se lo habia quitado al ver á Abigail y para que ella le viese.

Cervantes, que ya habia visto, aplicó el oido al agujero para oir.

—Pues, señor, decia en aquel momento Abigail con la voz no muy segura, yo no puedo daros noticia de un estudiante que vive en esta posada, como no sea uno que se aposenta ahí al lado, en el número uno.

—Y decidme, hermosa señora, dijo Aquaviva con la voz un tanto ansiosa, ¿sabeis por ventura si yo puedo tener la ventura de volver á veros?

—Buscaos esa aventura vos, dijo ella, que yo por lo presente no os lo puedo decir.

—¿Sois casada?

—No, por fortuna.

—¿Amais?

—No lo sé.

—Permitidme, pues, que os visite.

—Ignoro si mi corazon me permitirá me deje visitar más que por un hombre.

—Extrañamente respondeis.

—No puedo responderos de otro modo, y confesándome aun que sois bastante curioso.

—Conservad, hermosa señora, por lo ménos esta sortija en memoria mia.

—Ya dais en descortés y en osado, dijo Abigail, y esto me dispensa de respetos; ea, quedad con Dios y que yo no os vea más.

Y cerró la puerta.

Cervantes se quedó confuso con lo que habia oido.

Permaneció algunos momentos perplejo.

Luego miró por el agujero.

Abigail, por casualidad, miraba á donde él estaba.

En sus ojos habia algo de intensamente ardiente.

Cervantes sintió una impresion semejante á la que le hubiera causado la mirada de Abigail, sino hubiera podido dudar de que aquella mirada era para él.

En aquel momento llamaron á la puerta y Cervantes se retiró precipitadamente del agujero.

CAPÍTULO XXXVIII.

A través de un agujero.

Habia acudido á la puerta Rodrigo Cervantes y la habia abierto.

El cardenal Aquaviva habia aparecido en ella.

Pero con el antifaz puesto.

—¿Vive aquí el señor Miguel de Cervantes Saavedra? dijo.

—Sí señor, contestó Rodrigo.

—¿Sois vos?

—No señor; yo soy su hermano.

—Miguel de Cervantes, para serviros, señor, soy yo, dijo Miguel, llegándose á la puerta.

—A vos me envia, dijo el cardenal, vuestro buen maestro, el licenciado Lope de Hoyos.

—Sin eso vos estais en vuestra casa, señor, dijo Miguel; pasad, pues.

Parecia un tanto indeciso Aquaviva, y miraba con una marcada impaciencia á los que acompañaban á Miguel.

Pero ló en que con más insistencia se fijaban los ojos del cardenal era en las brillantes joyas que estaban sobre la mesa.

Cervantes habia reparado en aquellas miradas, habia temido que el cardenal reconociese aquellas joyas y se habia estremecido, no por sí, que él no temia á nada por sí mismo, sino por su adorada Beatriz, cuya alma de fuego ardia en su alma.

Entró Aquaviva.

Rodrigo y el sargento Herédia eran bastante discretos para permanecer allí, teniendo Miguel una tan alta visita.

Que aunque ellos no sabian que el enmascarado era monseñor Aquaviva, harto claro mostraba éste por su talante, su alto nacimiento y su gran posicion.

Ambos, pues, saludaron, se despidieron y se fueron al cuarto del sargento.

Las joyas de *donna* Beatriz en que continuaban fijándose con insistencia las miradas de Aquaviva, habian quedado sobre la mesa.

Uno de los lechos, el de Rodrigo, aparecia revuelto.

El otro estaba de todo punto intacto.

Aquí y allá, en desórden, se veian prendas del traje de Rodrigo.

Éste se habia ido muy ligeramente vestido con el sargento Herédia.

En contraposicion, Cervantes estaba completamente vestido, y con los hierros ceñidos.

En su pálido semblante, en lo lánguido de sus ojos, en sus grandes ojeras, se comprendia harto claro que habia pasado la noche de aventura.

Aparecia simpático é interesante, no sabemos de qué manera.

¿Qué podia pensar el cardenal de aquella no pequeña cantidad de riquísimas joyas, en un cuarto de estudiantes pobres, segun se notaba á primera vista?

Ocurriósele todo á Aquaviva, ménos que aquellas alhajas fuesen robadas.

Miguel no habia hecho lo más mínimo para ocultarlas.

Pero estaba extraordinariamente cuidadoso é inquieto, lo repetimos, no por sí, sino por su adoradísima esposa, por su incomparable Beatriz.

Podia suceder muy bien, que el cardenal conociese las joyas de su hermana.

Ésta, sin embargo, desde el momento en que de una manera tan excéntrica se habia hecho la esposa de Miguel, no habia hablado una palabra de su historia: habia consagrado toda su alma al amor.

Miguel tampoco la habia preguntado nada: estaba aturdido.

De manera que Miguel no sabia cómo se trataban los dos hermanos.

Ignoraba por qué Beatriz habia tomado aquella audaz resolucion de casarse ante Dios, prescindiendo completamente de los hombres.

Se comprendia que ella hubiese realizado aquel casamiento secretísimo, ante las leyes y ante las costumbres nulo y de ningun valor, y que sólo podia considerarse como una obligacion ante la conciencia de ambos contrayentes, por el exceso de su amor y por la seguridad que debia tener de que su hermano no consentiria en su casamiento con un pobre escolar, por noble que este fuese.

—Cerrad la puerta, yo os lo suplico, dijo monseñor Aquaviva á Miguel, y haced de manera que aunque miren por el ojo de la cerradura no puedan verme en vuestro aposento, no porque sea vuestro, que un aposento ocupado por vos está altamente honrado, sino porque es un aposento de posada.

—Ya habia yo pensado en ello, señor, dijo Cervantes.

Y se fué á la puerta, la cerró, echó la llave, y para que á través del hueco de la cerradura nada pudiese verse, puso en la llave su bonete.

El cardenal se habia quitado cortesmente, al entrar, su sombrero, que era de anchas alas, un fuerte chapeo propiamente de ronda, y, sobre todo, muy á propósito para un tiempo lluvioso como el que hacia.

Pero habia conservado prudentemente su antifaz.

No se lo quitó hasta que se creyó seguro de que nadie podia verle.

Se engañaba su excelencia.

Abigail, cuya curiosidad se habia excitado grandemente á la vista de un enmascarado que parecia un gran señor, y que, equivocándose de cuarto, habia llamado al suyo y pedido con un gran interés por el señor Miguel de Cervantes Saavedra, sabiendo que el aposento de éste estaba tabique por medio del suyo, quiso saber lo que aquel gran señor tenia que hablar con su vecino el estudiante, y se fué á pegar su pequeñísima y linda oreja derecha al tabique.

¿Y por dónde? cabalmente por donde Miguel habia abierto un agujero.

Sobre el mismo agujero fué á dar casualmente la oreja de Abigail.

Notó que se oia demasiado claro; como si no hubiese tabique de por medio, ni obstáculo de ningun género.

Examinó y encontró inmediatamente el agujero.

Un vivísimo color tiñó sus mejillas, indicio claro de su pudor.

Era evidente que su vecino, el estudiante, habia hecho aquel agujero con el propósito de registrar por él la habitacion inmediata.

Habia podido verla vestirse y desnudarse: este pensamiento, este temor, esta certeza, eran los que habian lastimado su pudor arrebatando la sangre á sus mejillas.

Esto demostraba que Abigail era una jóven honrada, ó por lo ménos, que aun no habia perdido el sentimiento de su dignidad.

La acometió, además, un colérico despecho que se pintó en su semblante.

Esto demostraba que era enérgica, altiva, violenta.

Con su rubor y con su emocion, se habia transfigurado, aparecia hermosa hasta un punto incalculable.

Cuando Abigail encontró el agujero y miró por él, estaban aun en el aposento Rodrigo y el sargento Herédia.

Supuso, y no sin fundamento Abigail, que su vecino podia reconocer el agujero para ver si por la otra parte, descubierto tal vez el agujero, era observado.

Separóse, pues, del agujero y cerró las maderas de la ventana.

El aposento quedó completamente á oscuras.

De este modo, aunque Cervantes reconociese el agujero nada podia ver, y ella podia observar descuidadamente.

Cuando volvió á mirar por el agujero, ya se habian ido Rodrigo y Herédia.

Miguel habia cerrado la puerta y habia puesto sobre ella su bonete.

Luego, y como era natural, se fué al agujero, y le miró con disimulo para que el cardenal no se apercibiese de que allí habia mira, y se puso á la menor distancia posible.

Vió perfectamente que á través del agujero no se veia la menor claridad.

—Estas cómicas, dijo para sí Cervantes, se pasan muy buena vida, se levantan muy tarde; indudablemente esa hermosisima Abigail ha vuelto á acostarse.

Y se quedó perfectamente tranquilo, en cuanto á lo de la observacion de extraños, y se volvió hácia el cardenal.

Éste se habia quitado ya el antifaz.

Abigail gimió.

La habia llamado la atencion Cervantes, y tanto más cuanto más grave habia sido la situacion en que le habia conocido.

Pero no habia sido su interés de tal manera, que determinase en ella el principio de uno de esos amores que, como el que *donna* Beatriz habia sentido por Miguel, se convierten rápidamente en una incontrastable pasion.

La impresion que la habia causado el cardenal Aquaviva habia sido violenta.

Aquaviva, á pesar de lo alto de su posicion, era muy jóven.

Casi tan jóven como Cervantes, pues apénas si contaba veinticuatro años.

Era extraordinariamente hermoso, con una hermosura clásica, varonil.

Se parecia extremadamente á su hermana, sólo que en él era gravedad y virilidad lo que en *donna* Beatriz atractivo y gracia.

Se comprendia que en Aquaviva habia una precocidad extraordinaria, un alma que habia crecido en saber y en experiencia, infinitamente más que el cuerpo que la contenia en años.

Con una extraordinaria frescura de color, con una gran suavidad de piel, casi imberbe aun, el cardenal tenia para la mujer todo el fuerte atractivo de la hermosura de una mujer, todavía adolescente, en el hombre.

Y, al mismo tiempo, habia en Aquaviva algo profundo, algo potente, algo que infundia á primera vista un gran respeto.

Abigail se habia conmovido por Aquaviva, ni más ni ménos que á primera vista *donna* Beatriz se habia conmovido por Cervantes.

A través de aquel agujero se hacia una nueva historia.

CAPÍTULO XXXIX.

De los grandes sustos que pasó Miguel de Cervantes en su conversacion con el cardenal Aquaviva, de cuya conversacion no pudo entender ni una sola palabra una hermosísima criatura que escuchaba.

El cardenal, dentro de la más perfecta cortesanía, se habia quitado, como hemos dicho, el sombrero al entrar, el antifaz despues, cuando se quedó solo con Miguel, y permanecia de pié.

Miguel se apresuró á presentarle una silla, y como en la edad eran iguales, sino en la posicion, y como además Miguel por tan noble como un rey se tenia, dijo para no establecer por su parte ninguna diferencia:

—Sentémonos.

Se sentaron á la par.

—Si teneis interés en que nadie más que yo en esta casa os vea el rostro, dijo Miguel, nadie puede véroslo, señor mio; pero si de igual manera os interesa el que nadie lo que conmigo hableis escuche, bajad la voz un tanto, como yo bajo la mia, que donde hay tabiques no se puede hablar con descuido.

—Os agradezco la advertencia, dijo Aquaviva contestando á Miguel en un tono tan bajo como el que él habia tomado para hablarle; cosas muy graves tengo que deciros, y tanto, que importa mucho que nadie las oiga.

Y de una manera fatal, monseñor, miéntras hablaba, miraba con insistencia las joyas que aparecian, al descubierto, sobre la mesa.

Miguel hacia incalculables esfuerzos para mantener su serenidad.

De una manera instintiva, independiente de su voluntad, miraba tambien hácia el agujero, por el cual continuaba observando Abigail.

Ésta se habia apercibido al fin de las joyas que sobre la mesa estaban.

Pero no sabia si las joyas estaban allí cuando entró el hermoso y jóven señor, para ella incógnito, ó si él las habia llevado, y sobre la mesa arrojádolas en cuanto habia entrado.

Las joyas han sido siempre, y por regla general, la gran tentacion de las mujeres, y más aun de las mujeres soberbias.

Como que las pedrerías, las perlas, el oro, enaltecen grandemente la hermosura.

Aquellas joyas atraian fatalmente á Abigail.

¿Eran del estudiante?

Podia ser: ¿pero quién se las habia dado al estudiante?

El pensamiento de que las hubiera robado, no habia ni aun siquiera acometido á Abigail.

Del semblante, de la expresion de la mirada de Miguel, fluia de una manera indudable la dignidad y la honra, que son una misma cosa.

Debia habérselas dado una dama enamorada.

Esto excitaba vivamente á Abigail y la ponia de parte del jóven bachiller de la barba rubia.

Las mujeres se interesan siempre, por una razon de rivalidad, por todo hombre del cual ven ó suponen enamorada á una mujer de gran valía.

El hombre que hace la conquista de una mujer á la moda, de una esquiva, de una difícil, que ha resistido á los más grandes incentivos del galanteo, conquista *ipso facto* á todas las otras beldades envidiosas de la mujer que le ama.

Hay, además, en esto, una cuestion de curiosidad.

¿Qué ha hecho aquel hombre para vencer á la invencible?

¿Cuáles son sus no conocidas cualidades que le han servido para vencer á la esquiva con todos, y contra todos fiera hermosura?

Es necesario saberlo, y para saberlo, atraer á aquel hombre, ser su amante.

La envidia y la curiosidad han perdido, pierden y perderán á un número incalculable de mujeres.

¿Y qué mucho? Las santas Escrituras lo revelan: la curiosidad de Eva, madre

comun del género humano, nos quitó la inmortalidad en el paraiso: es decir, una eterna bienaventuranza dentro de la inocencia.

La curiosidad de Eva, ateniéndonos al Génesis, como todo buen católico debe atenerse, convirtió el mundo en un infierno.

Vertió la sangre de Abel, primer orígen, fuente del raudal, del torrente de sangre que ha vertido la humanidad devorándose en luchas horribles, siempre contrarias á la razon y al derecho.

Pero cuando esto sucede es porque escrito está que suceda en los altos juicios de Dios, puesto que no puede ser, que no es, lo que Dios no quiere, ni puede querer que sea.

Dios sabia lo que hacia, y no podia dejar de saberlo cuando hizo al hombre y á la mujer.

Acusar de error á Dios, es dar en la más impía de las herejías.

El órden, la armonía, la perfeccion, se ven en la obra del Divino, del Omnipotente artífice.

Tan perfecta como aparece en la esfera celeste, en todo, tan perfecta aparece tambien en la esfera del espíritu, del cual únicamente está dotado el hombre.

Los irracionales no tienen la idea del sér.

Por consecuencia, no pueden tener la de la esencia.

La de Dios.

Por eso el sér hombre domina la fiereza de los irracionales, contrasta los elementos, lleva su frágil leño sobre las tormentosas ondas, manda á la electricidad y la sujeta á su servicio, fija sobre un plano la fugitiva sombra que ántes sólo se reproducia instantáneamente en los cuerpos brillantes, y busca de una manera segura los tesoros que se ocultan en las entrañas de la tierra y en las profundidades del Océano.

Si; la obra de Dios es perfecta.

La más admirable de sus obras, el hombre.

Pero es más admirable aun la mujer, que esclaviza al hombre con la sola fuerza de su debilidad y de sus encantos, y determina su destino.

Y puesto que en su gran mayoría las mujeres se han perdido, se pierden y se perderán por la vanidad, por la curiosidad y por la envidia, siendo perfectas las obras de Dios, la mujer debe ser así como Dios la ha hecho, no sabemos con que misteriosos é inescrutables designios.

A pensar de otra manera y por medio del racionalismo puro, Dios es la omnipotencia inconsciente y fatal, la ley, el principio, el agente de las relaciones de los principios, y de las combinaciones de estos principios unidos entre sí, esto es, la fatalidad y la casualidad asidas de la mano, determinando de una manera ciega la composicion ó la descomposicion de los séres animados ó inanimados, racionales ó irracionales.

Aunque esto fuera verdad no querríamos creerlo.

Preferimos la fé en la Providencia.

Por lo tanto, no pudiendo nosotros creer en una Providencia caprichosa, cree-

mos que la mujer es tal cual nosotros la conocemos, porque así es conveniente y necesario que sea, volvemos á repetirlo.

Abigail, pues, obedecia á la manera y á la razon de ser de su sexo, y de la educacion que á la mujer se dá.

¿Quién era aquel bachiller, de quien una altísima dama, que no podia ménos de serlo la que tales alhajas le habia dado, estaba prendada, y por él enloquecida hasta el punto de enriquecerle?

¿Era alguna hermosísima señora, ó tal vez alguna vieja fétida que á fuerza de oro se hacia servir una mentira de amor?

Era necesario saber esto.

Y si era aquel hermoso y jóven caballero el que un tal tesoro allí habia llevado, ¿para qué lo habia llevado?

Esto era necesario tambien, y de todo punto, saberlo.

Pero la prudencia de Cervantes habia burlado el interés y la curiosidad de Abigail.

El jóven caballero y el no ménos jóven bachiller hablaban muy bajo.

—Despues del servicio que anteanoche me prestásteis, señor mio, dijo Aquaviva, yo no puedo ni debo ocultaros quien soy.

—No recuerdo haberos prestado nunca ningun servicio, dijo Cervantes; para mí tengo que os engañais, señor. que hasta ahora no me habeis honrado hablando conmigo.

—Bien es verdad lo que vos decís, señor Miguel de Cervantes, dijo Aquaviva; nunca, hasta ahora, hemos hablado; pero cuando llego á hablaros, muy obligado á vos me veo; que yo soy aquel que anteanoche, yendo con una dama, acometido fuí por pícaros, y vos sois el que creyendo, sin duda, y con razon, que á mí me importaba muy más la dama que acompañaba que mi vida, á ampararla os fuísteis dejándome á mí que saliera como pudiera de mi pendencia.

—En todo lo cual nada hice que premio merezca, dijo Miguel.

—Pues yo creo que lo que hicísteis merece de mí no pequeño agradecimiento, y no digo recompensa, porque la mejor recompensa que se dá á hombres tales como vos, es estimarlos en lo que valen.

Y la vista del cardenal volvia á fijarse con insistencia en las joyas; y volvia Miguel á trasudarse, no por sí, sino por Beatriz, y á hacer inauditos esfuerzos porque su turbacion no le saliese á la cara.

Además, y sin que el grande amor que tenia á su Beatriz fuera bastante para estorbarlo, aquejábanle celos por la encarecida manera con que el cardenal Aquaviva ponderaba su interés por doña Magdalena.

Y habia otra singularidad que le punzaba: el cardenal le irritaba, y sin embargo se le hacia simpático.

Y era que no era Aquaviva quien le punzaba, sino la situacion en que Aquaviva estaba colocado respecto á Cervantes.

En cuanto á Abigail, personaje aparte de esta escena, se desesperaba porque no oia una sola palabra.

—Debo deciros quien soy, continuó su excelencia; yo soy el cardenal electo, Julio de Aquaviva y Aragon, duque de Atri, legado de Su Santidad en la córte de su majestad el rey de España.

Aquaviva habia pronunciado estas palabras con la mayor lisura, con una perfecta discrecion y ni más ni ménos que si hubiese hablado con un igual en categoría y en fortuna.

Cervantes creyó que debia levantarse y saludar respetuosamente al legado, y en efecto, se levantó, pero sin dar señal alguna de humillacion ni de servilismo.

—Perdóneme vuecencia, dijo, el que hasta ahora no le haya hecho un mayor acatamiento; que ignorante estaba yo de la grandísima honra que vuecencia me ha hecho viniendo á visitarme.

—Yo os ruego, amigo mio, que no me mortifiqueis involuntariamente con esas muestras de respeto: jóvenes los dos, los dos alentados, como vos en mí lo habeis visto y yo lo he visto en vos, las vanas ceremonias del mundo, necesarias sin duda, no deben tener lugar entre nosotros. Y luego, ¿no os han dicho que Julio de Aquaviva adora á los hombres de ingenio, y que nunca es más dichoso que cuando con ellos comunica? Sentaos, pues, mi buen amigo, y como buen amigo tratadme.

Sentóse sin afectacion Cervantes, y se tranquilizó en gran manera, aunque el cardenal continuaba mirando con insistencia las joyas.

Podria decirse que tratándose de un italiano, y más aun de un prócer de Roma, y más aun de un cardenal, y mucho más aun de un hombre que en tan verdes años habia llegado á un tan alto puesto tal vez por los merecimientos de su gran talento para la falsedad y la intriga, Cervantes, que ha dejado en sus obras claras muestras de que no era lerdo, debia haber desconfiado.

Pero era tal la sinceridad patente, la buena fé indudable de la manera, de la expresion, de la solicitud y del acento con que habia pronunciado sus palabras, el cardenal, que no habia lugar á la duda.

El más malicioso hubiera confiado en ellas.

—En cuanto á lo de mi buen ingenio, dijo Miguel, quisiera bien que no se engañase vuecencia.

—¡Oh! ¡ese resto de ceremonia todavía, señor Miguel de Cervantes! dijo el cardenal acreciendo en facilidad y en solicitud: olvidaos de mi tratamiento, sino quereis darme pesar.

—Gracias, señor mio, dijo saludando Cervantes.

—Veo que sois duro de pelar, dijo Aquaviva; no me llameis vuestro señor: llamadme amigo; y sabed que de tal manera me he aficionado á vos, que bien quisiera hubiese un dia razon bastante para que nos llamásemos hermanos.

Dióle un vuelco el corazon á Cervantes.

¿Sabia algo el cardenal?

¿Le tendia un lazo con su dulzura y su buena manera?

Pero no: continuaba apareciendo indudable la buena fé del cardenal respecto á Cervantes.

Éste volvió á tranquilizarse.

—Anteanoche no os conocia, no sabia quién erais, y por consecuencia os traté con alguna dureza, dijo Aquaviva; se os acometió y se os sujetó por muchos hombres para apartaros de la dama á quien noblemente habíais protegido, y respetuosamente acompañábais; se os llevó á un lugar sin duda para vos desconocido; vísteis en él algo que yo no hubiera querido que viérais, porque no os conocia aun: esto es, mi hermana Beatriz.

Volvióle á dar otro vuelco el corazon á Cervantes.

Volvió á inquietarse, á temerlo todo por Beatriz.

Pero hubo de tranquilizarse de nuevo.

La buena fé y la benevolencia, y el afecto continuaban apareciendo en el semblante del cardenal legado.

—Se os sacó de allí, cóntinuó éste, de una manera tan misteriosa como se os habia llevado; se os hizo un presente, y en él debísteis encontrar una carta mia, cortés, pero dura y aun amenazadora. Olvidaos de ella.

—Yo he comprendido la razon de esa carta, amigo mio, dijo Miguel: y como era cortés, ofenderme no pudo: de buena manera se me hacia un presente y yo no sabia á quién debia devolverlo...

Y Cervantes se puso muy encendido.

—No hablemos ya de presentes, dijo Aquaviva; entre nosotros no puede haber más que una buena y leal correspondencia: por lo que veo, amigo mio, no soy yo sólo quien os conoce y os estima y de vos se muestra amigo en la parte que le toca... ¿y es él, ó es ella?

Y el cardenal miraba con insistencia las joyas.

—Ella parece, continuó el cardenal, porque joyas son de mujer, y muy de las del uso, y muy ricas.

—Ignoro de quién esas joyas sean, dijo Cervantes que se esforzaba por contener lo trémulo de su voz.

—Pues aceptadlas, dijo Aquaviva, que insinuacion debe ser muda y misteriosa, de alguna principalísima señora que de vos se haya prendado: detrás vendrá algun perfumado billete, tambien misterioso: luego una cita en que se os dejará ver una tapada que aparecerá como una sombra avivando vuestro deseo; por último se prepara ingeniosamente alguna bizarra aventura, que permite á la hermosa desconocida que sin duda os ama, arrojarse sin inconveniente en vuestros brazos... ¡bravo lenguaje para un cardenal!... ¿no es verdad, amigo mio?...

—Yo he creido siempre que un clérigo es un hombre, dijo Cervantes: conozco algo de disciplina eclesiástica.

—No hablemos de eso, dijo Aquaviva: clérigo ó seglar, cada cual es como Dios le ha hecho: volvamos al asunto que me ha traido, esto es, á ofreceros mi amistad, á pediros la vuestra y á suplicaros os olvideis de lo que hice contra vos sin conoceros.

—Os obligaba á ello sin duda algo muy grave.

—Sí, en efecto; el honor y la tranquilidad de mi hermana.

Púsose pálido como un muerto Cervantes.

—¿De vuestra hermana? dijo.

—Sí; la dama que ántes de anoche acompañásteis...

—¿Es vuestra hermana?

—Sí, hermana mia.

—¡Pero ella no es la señora que yo ví un momento en el palacio á que fuí conducido!

—No: esa es mi hermana Beatriz, á quien quiero que trateis, que estimeis como á mí me estimais ya, á lo que creo: la otra, la que ha vivido de incógnito en este meson algunas horas, la que vos amparásteis, es mi hermana Magdalena.

—¡Ah! ¿teneis dos hermanas?

—Sí, dos hermanas á quienes adoro: tal vez una de ellas, Magdalena, es la que esas joyas os ha enviado, como en muestra de reconocimiento: ¿habeis visto si esas joyas tienen armas ó cifra?

—En eso iba á ocuparme cuando llegásteis vos.

—Ocupémonos juntos.

Volvió á ponerse malo Cervantes.

El cardenal examinaba ya un brazalete.

—No, no es Magdalena, dijo; estas joyas son demasiado ricas, y ella es muy sencilla; sí, á fé mia: me cuesta muy poco: al contrario Beatriz, no perdona gasto, y hace bien: ¿cómo, si no, habíamos de gastar nuestras rentas?

Miguel agonizaba.

Aquaviva seguia examinando las alhajas.

—No, no, dijo, de Magdalena no son: fué una idea que se me ocurrió, ya os diré porqué: pero me violento hablando bajo: puesto que ya nos hemos entendido, guardad esas joyas, que ninguna tiene escudo ni cifra, por los que se pueda saber á qué dama han pertenecido, y veníos conmigo: mi carroza nos espera á alguna distancia. En ella podremos hablar libremente sin temor de que nadie nos escuche.

Y el cardenal se puso el antifaz.

Llamó Miguel á su hermano, le dejó en el aposento, y salió siguiendo á Aquaviva.

CAPÍTULO XL.

Que es un discurso en que el autor pretende probar que se puede amar un solo ideal en muchas mujeres, y con una igual intensidad.

Encontraron, en efecto, la carroza del cardenal, en la misma plazuela de los Remedios, donde hacia dos noches el cardenal habia reñido.

Esta carroza no tenia blason ni señal alguna por la cual se pudiese sacar en claro quien era su dueño.

Enganchadas á la carroza estaban cuatro poderosas mulas con guarniciones á la morisca y cascabeles de plata.

Se veia bien que el cardenal se habia pegado cuanto habia podido á las costumbres españolas.

Aun despues de entrar en la carroza conservó su antifaz.

—Al monasterio de Atocha, dijo el cardenal al paje (así se llamaban entónces los lacayos de carruaje) que estaba á la portezuela.

Cerróse ésta.

Poco despues la carroza partió.

Cervantes veia que se le abria un buen camino.

Pero estaba extremadamente cuidadoso y embrollado, desconcertado.

¡Doña Magdalena era hermana del cardenal!

¿Y cómo podia ser esto?

Ella, más que nada, parecia andaluza por el acento, tenia los modismos de Andalucía, y hablaba con facilidad el español, en tanto que monseñor Aquaviva y su otra hermana, *donna* Beatriz, aunque le hablaban de corrido, era con grandes imperfecciones y con un cerrado acento italiano y aun toscano.

Parecia como que el cardenal habia indicado á Cervantes que su hermana Magdalena le amaba, y que él miraba con agrado, más aun, con satisfaccion estos amores.

Cervantes empezaba á sufrir, mezcladas por igual, las dulzuras y las amarguras del amor, y se veia empeñado ya en gravísimos compromisos, de los cuales no sabia cómo saldria.

Apartado físicamente por igual de aquellas cuatro mujeres que por distintos modos le habian cogido el corazon y la cabeza, doña Magdalena tomaba sobre ellas en el alma de Cervantes la supremacía.

Pero doña Magdalena era ya imposible para Cervantes por la consecuencia á que habian llegado los amores de éste con *donna* Beatriz.

Y si Cervantes preguntaba á su alma, á su sér entero, si les pesaba de la situacion á que habia llegado respecto á *donna* Beatriz, toda su alma, todo su corazon le decian que eran dichosos hasta el delirio por el amor de Beatriz.

Y al mismo tiempo sentian un profundo, un violento despecho, porque los amores de *donna* Beatriz, les hacian imposible el logro completo de los amores con doña Magdalena.

Venia despues la otra beldad que tan expontáneamente habia revelado á Cervantes que le amaba, y que él era el primer amor de su vida: la duquesa de Puente de Alba.

Y sobrevenia luego, aunque no tan grave como las anteriores, aquella misteriosa, extraña y hermosísima Abigail.

El alma es avara.

No se harta de sentimiento.

Cuanto más punzante, cuanto más candente, cuanto más lleno de amarguras y de gravísimas dificultades está lo que siente, lo que desea, más en ello se obstina.

Las facilidades son las mayores enemigas del amor.

Lo difícil se embellece.

Lo fácil se vulgariza.

Lo que parece imposible enloquece.

Lo que se juzgó imposible, vencido, es una gloria realizada: muy pronto un hastío.

Así es el corazon humano: insaciable, y más empeñado que por nada, por aquello en que no deberia empeñarse.

Los hombres de imaginacion son crueles para sí mismos.

Todo lo falsifican, todo lo ven, no como realmente es, sino como ellos quieren que sea.

Son avaros y egoistas.

Necesitarian que todo cuanto en el mundo existe, existiese para ellos y no más que para ellos, y no se sentirian satisfechos si su imposible deseo se realizase.

Vagan adormecidos en las fantásticas é imposibles imágenes de sus sueños, en un espacio nebuloso é infinito.

Lo que sintiendo sus sueños cantan es lo que se llama poesía.

Tienen á veces la intuicion y la grandeza de la verdad vista á través de lo sublime, y su canto fascina y embriaga.

Sus sueños tienen apariencias de realidades.

El mundo, asombrado, admira entónces al hombre de génio, y coronándole, le reverencia y le eleva á la esfera de los semi-dioses.

Pero esta multiplicidad de sentimientos y de aspiraciones de los hombres de genio, aparte de breves momentos inefables, hace para ellos de la vida un infierno.

No hay raudal en que puedan apagar la sed de su alma.

Los sueños sueños son: la realidad los desvanece, y deja tras ellos la perenne, la fria, la horrible verdad y el doloroso recuerdo de la hermosura del sueño desvanecido.

Se envidia á los hombres de genio por error y por vanidad, porque se envidia lo terrible.

Un infierno del que no hay redencion, y una ambicion jamás satisfecha.

Hay muy pocos hombres de genio que se resignen á compartir la gloria de los otros hombres de genio que ya pasaron y que viven en la memoria y en la admiracion de los hombres.

Cada una de estas altas inteligencias, de estas escepciones, de estos abruptos de la naturaleza, quisiera ser único y solo como Dios.

En ningun hombre aparece la soberbia de Satanás con más solemne, con más sombrío esplendor, que en estos hombres de la suprema inteligencia.

Es necesario juzgarlos por una filosofía aparte.

Ellos, por su desgracia, no son como los demás hombres.

No sienten como ellos, y por consecuencia, no piensan ni viven como ellos.

Ellos pretenden tener privilegios que no conceden á ningun otro mortal.

Pero la verdad es una y sola, ni más ni ménos, ni mejor ni peor, inconmensurable, indeclinable, absoluta.

La verdad quiere y hace que el que no puede vivir más que de la exageracion, de lo falso, de lo soñado, de lo imposible, viva muriendo, y abrase su alma y su cuerpo en un fuego voraz é inextinguible.

Por lo mismo, estos locos en que resplandece el Espíritu de Dios, en deslumbradores relámpagos, ciegan á la humanidad con su brillo, y pasan dejando de sí á los siglos una deslumbrante estela.

Cervantes, aun ántes de tener la conciencia de su valía, sufria ya todas las contrariedades, todas las amarguras, todas las desdichas que los hombres de genio sufren en el mundo, colocado necesariamente dentro de lo posible, que con su actividad fatal descompone todas las ilusiones de lo soñado y las destruye, envolviendo al soñador en un sinnúmero de contradicciones con el sentimiento positivista de los demás hombres y con su sentimiento propio.

Un hombre de genio es un cáos aun para sí mismo.

Principalmente viven para el amor, y para cuantas sensualidades existen, pretendiendo siempre espiritualizarlo todo, hasta la irritacion y la descomposicion de la materia.

Cuando nos perdemos con el pensamiento en estos imaginarios espacios de la fantasía, entónces, por fortuna nuestra, reconocemos la absoluta supremacía de Dios, y al comprender que todo lo que al hombre parece grande no es otra cosa que un inapreciable reflejo de la suprema esencia de Dios, nos sentimos consolados de todas nuestras desgracias, y fortalecidos contra ellas.

Porque la misericordia de Dios, del Espíritu omnipotente, al reconocerle nosotros, al confesarle, nos ha fortalecido.

Del conocimiento exacto del límite que existe entre lo finito y lo infinito, entre lo relativo y lo absoluto, entre lo transitorio y lo eterno, entre lo compuesto y lo simple, entre lo criado y lo creador, nace la siempre pobre razon que se llama ciencia humana.

Nacen el conocimiento más posible humano de las cosas, la humildad y la resignacion y toda la paz del alma de que se puede gozar sobre la tierra.

Si no se filosofara un tanto, no podrian explicarse caractéres tan extraños como los de Cervantes y como los de los demás hombres de enorme entendimiento, que la admiracion de sus semejantes ha levantado al templo, relativamente imperecedero, de la fama.

Que un hombre codicie materialmente cuantas mujeres hermosas, ó para él hermosas, que vé, es muy comun; pero que un hombre ame con toda su alma, con toda su razon, con todo su sér, á dos ó tres ó más mujeres, hasta lo infinito, es lo extraordinario, lo que no se comprende con el sentimiento, con la experiencia vulgares de la vida real.

Y es que los poetas son espíritus superiores, más depurados, más flúidos, por decirlo así, que los de la gran multitud, y se elevan á buscar el nivel de sus ideas

á una mayor altura, á esferas desconocidas á la multitud, á las que no puede ésta llegar nunca.

Así comprendemos nosotros á los grandes filósofos, á los grandes poetas, á los inspirados en lo bello, á los que lo ven todo á través del prisma fascinador de la belleza absoluta, del conjunto inacabable de todas las armonías, de todas las perfecciones.

¡La vida es sueño! dijo Calderon, y es seguro que muy pocos han comprendido lo que la calenturienta imaginacion de aquel gran poeta veia, lo que su alma sentia, cuando exclamó: *¡La vida es sueño!* y á continuacion delineó, como pudo, su monstruoso Segismundo.

El Dante se parece, en su *Divina Comedia*, á Juan el Bautista, al soñador del Jordan en su misteriosa *Apocalipsis:* el Dante, dentro de la ley antigua y en los tiempos en que amanecia el simbólico cristianismo, sustituyendo de una parte al símbolo mosáico y de otra al símbolo gentílico, hubiera cantado como Juan el Bautista cantó, un poema maravilloso, grandilocuentemente fantástico.

Y es que el alma-genio es una y sola, aunque brille más ó ménos, segun el tiempo y la organizacion en que luce.

Es que el alma genio es un destello pálido del alma Dios.

Es que el hombre no es otra cosa que el conducto, el medio de manifestacion de un espíritu que viene de más alto.

Es que el hombre, cuando más, tiene el genio de la composicion de ideas, de séres ideales, pero siempre con elementos que encuentra creados, que no son suyos.

Por eso la soberbia humana cae siempre en el polvo de la impotencia, en el ridículo de la vanidad.

No posee realmente un genio superior, el que no conoce que lo que su razon produce no es suyo, por la simple razon de que él no se ha creado, á sí mismo, su razon.

El mecanismo que sensiblemente produce una obra, no es el que la realiza, el que la crea.

El verdadero autor de la obra es el que ha hecho el mecanismo.

Esto es incontrovertible.

Es necesario ser ciego para no conocerlo.

No se nos culpe de que abandonamos la accion de nuestra novela para divagar en discursos.

Los grandes escritores nos han dado el ejemplo.

Ni se nos culpe tampoco si, manifestando lo que sentimos, no manifestamos algo que instruya ó que deleite: es que nuestra inteligencia no alcanza á más.

Cuando se trata de hombres como Cervantes, de tal manera extraordinarios, es necesario divagar, para manifestar lo que nosotros pensamos acerca de ellos.

Estos hombres, por la magnitud de su poderosa sensibilidad, están completamente fuera de la esfera comun.

Así, pues, Cervantes, como el Dante, como Camoens, como el Petrarca, como

el Tasso, como todos los grandes poetas de todo género, como todos los sentidores, por decirlo así, de la belleza ideal, no tenia más que un amor, el amor á lo bello, á lo sublime, á lo candente, fuese cual fuese su manifestacion, material ó espiritual, pero siempre ideal, ya en la forma plástica, ya en el sentimiento moral.

¡La belleza de la mujer para el hombre como la belleza del hombre para la mujer! ¡la fascinacion relativa de un sér sobre otro sér! ¡el espíritu misterioso que en un eterno *fiat* combina y completa los elementos asimilables, reproduciendo por medio de ellos la vida universal! ¡el dios amor! ¡hé aquí todo!

Pues bien, no pidais á ninguno de estos desgraciados depositarios del genio la concretacion de la inmensa actividad de su alma en un solo objeto.

Esto seria pedir lo imposible: la actividad del alma humana, moviéndose en su espacio preciso, en torno de un centro fatal, pasa por un número incalculable, infinito de esferas: abarca todo lo sensible, y aun por medio de abstracciones, pretende llegar á lo que no puede sentirse, hasta lo infinito, y en lo vago se pierde, y en las sombras se extravía, y en lo soñado enloquece.

Se comprende, pues, que en poco más de veinticuatro horas, Cervantes hubiese sentido tres amores más ó ménos intensos por tres mujeres, y se sintiese impresionado por una cuarta.

Se nos dirá que Cervantes sólo encontró una Dulcinea para su don Quijote.

Pero supuso que don Quijote veia en Dulcinea un trasunto de todas las perfecciones, de todas las virtudes, de todos los esplendores del nacimiento y de la fortuna que pueden suponerse en una mujer.

Es decir, que Dulcinea era el bello ideal de un loco.

¿Y qué hombre no es más ó ménos loco como don Quijote, y más ó ménos sándio como Sancho Panza?

¿Qué hombre, consciente ó inconscientemente, no tiene en el alma el deseo de un bello ideal, esto es, un sér, un objeto bastante á llenar todas sus aspiraciones, y siempre irrealizable, porque no es posible que en un solo punto encontremos todo lo que deseamos?

El amante de la belleza, toma una parte de la belleza donde quiera que la halla, y como no puede quitar del semblante de una los bellísimos ojos, para ponerlos bajo la frente nacarada y pura de otra, y con el escogimiento de partes bellísimas hacer un bellísimo todo, como lo hicieron en mármol Fidias y Praxiteles, ama en cada mujer lo que en ella encuentra bello y conmovedor; una parte, en fin, determinante, ya sea en la forma ó en el espíritu, del conjunto de su bellísimo sér ideal; una boca suspirante que sonríe, expresa de una manera tan elocuente un alma soñadora y enamorada, como unos bellos ojos que se adormecen en un deliquio de amor, en un sueño de lo infinito, de la misma manera persuaden, de la misma manera fascinan, de la misma manera encantan.

El amor de lo bello, material ó inmaterial: hé aquí todo. El ánsia del alma que siente lo sublime por vivificarse en lo sublime: hé aquí el misterio.

Todas las acciones, todas las manifestaciones del alma humana, tienen una razon siempre simplísima.

La cuestion es conocer la razon de los fenómenos de la actividad humana, y despues de haberla conocido, manifestarla con claridad y sencillez.

CAPÍTULO XLI.

En que se habla un tanto de los cardenales, y otro tanto de los inquisidores dominicos de Atocha.

Durante el trayecto, que fué muy breve, porque las fuertes mulas trotaban de una manera muy rápida, apénas si Aquaviva, que conservaba su antifaz, cambió algunas palabras con Miguel.

Los dos iban profundamente pensativos; de todo punto preocupados.

No era para ménos la situacion en que respectivamente se encontraban colocados.

Entró al fin el carruaje en el átrio del convento de dominicos de Nuestra Señora de Atocha.

Aquel convento podia llamarse ya mayor de edad, puesto que cuarenta y cinco años ántes, en los tiempos del señor Emperador don Cárlos, le habia fundado el venerable padre Fray Juan Hurtado.

Habia crecido mucho, y se habia hecho muy rico, por las donaciones de la corona y de los grandes.

Resplandecia aquella casa por los sabios varones que habia producido.

Era el alma del Santo Oficio de la General Inquisicion, y el convento más aristocrático de Madrid.

Era el templo predilecto del rey.

En el monasterio, además de las numerosas y cómodas celdas de los frailes, y de todas las dependencias necesarias, tanto para la servidumbre como para la economía, habia una habitacion para el rey, y otra no ménos suntuosa y que rara vez servia, que se llamaba la cámara Pontificia, destinada á los legados que el Papa enviaba á Madrid.

Importaba poco que hubiese un palacio del Nuncio, y algun otro grande edificio para los que á Madrid venian representando al Supremo Pontífice.

Era necesario que tambien los dominicos tuviesen un lugar digno donde alojarlos.

Sin duda en el convento de Atocha conocian la carroza en que iba el cardenal Aquaviva, porque apénas entró en el átrio, cuando acudió desalado el hermano portero.

Y sin duda tambien se tenia costumbre de verle en traje de seglar y encubierto

con un antifaz, porque el portero se inclinó profundamente y como quien sabe á quien saluda: pero no llamó á nadie, ni alborotó el convento como lo hubiera hecho si el cardenal hubiera llevado sus vestiduras eclesiásticas, no de cardenal, que no lo era más que electo, sino de obispo.

¿Quién sabia el alto objeto con que se presentaba de incógnito monseñor?

Era necesario respetar aquel incógnito y se respetaba.

En aquellos casos si el legado del Papa no llamaba al prior, éste se guardaba muy bien de presentarse.

Bajaron del coche Aquaviva y Cervantes y entraron en el convento.

El portero los precedia apresurado, llevando en la mano la llave del cuarto pontificio, que siempre estaba prevenida en la portería para que monseñor, fuese la hora que fuese cuando llegase al convento, no tuviera que esperar un sólo segundo.

Los frailes, que se hacian servir minuciosa y ciegamente por sus inferiores, minuciosa y ciegamente servian á sus superiores.

¡Y ahí era nada! ¡un príncipe de la Iglesia, legado del Papa!

¡Y un señor tal y tan docto en sus pocos años como el cardenal electo, monseñor Julio Aquavivia de Aragon!

¡El brillante *adlatere* del Papa, á quien, á pesar de su mocedad, se daba un encargo tan importante, tan difícil y tan espinoso como una legacion cerca de don Felipe II de Austria, el rey más difícil, más terrible y más misterioso de cuantos reyes ha habido! ¡el soberano que más alta conciencia ha tenido de la dignidad real! ¡el bello ideal del absoluto imperio de un hombre sobre algunos millones de vasallos! ¡el déspota perfecto, que se creia investido por Dios de toda la potestad humana, y que despues de Dios no conocia superior, ni aun igual á él sobre la tierra! ¡aquel á quien Enrique VIII de Inglaterra, no encontrando epíteto bastante para calificarle, llamó, como ya hemos dicho, *El demonio del Mediodia!*

Mucho debia valer el mozo imberbe que á medirse con un tal rey le enviaba el Papa.

Por consecuencia los dominicos de Atocha le trataban con un profundo respeto, y tanto más, cuanto que aquel imberbe mancebo hablaba griego y latin hasta por la punta de los dedos, y se sabia á Aristóteles y á Sócrates y á toda la demás caterva de filósofos de memoria, y conocia el derecho canónico y el derecho público mejor que todos los que los hicieron, y la teología mucho mejor que quien la inventó, y habia contrincado, no sólo en Bolonia sino tambien en la Sorbona de Paris, y sin desventaja, con las primeras eminencias del escolasticismo.

Y luego, en aquellos ojos jóvenes y rientes, asomaba con frecuencia un alma vieja, experimentada, astuta y firme.

En cuanto á su manera de ser, como hombre, en su conducta particular, los inquisidores de Atocha, que tenian el deber y el hábito de inquirir, habian inquirido secretamente, que en monseñor habia mucho de mundano, que andaba suelto, con una gran reserva, y que su vocacion no le habia llevado verdaderamente á la Iglesia.

Habia en monseñor mucho de problemático, mucho de ambiguo, mucho de misterioso.

Pero no era de extrañar.

Muchos de los señores de la púrpura, habian sido y eran extraordinariamente excéntricos.

No habia nada que no pudiera ser posible en aquellos tiempos en que Roma era tan guerrera como eclesiástica, tan mundana como espiritual, que pudiera extrañar en un cardenal por extraño que fuese.

Y en una palabra: aparte de lo eclesiástico, ¿qué era un cardenal más que un patricio romano, un áulico del César santo que se llamaba Papa?

Un cardenal era un sér aparte, *sui géneris,* una eminencia, en fin, como se les llamó por excelencia despues.

Ellos eran, y lo son, el Sacro Colegio, el cónclave, Roma, en una palabra: el Papa hace á los cardenales, pero en cambio los cardenales hacen al Papa.

¡Admirable organizacion! ¡Reciprocidad portentosa!

Ellos están aparentemente en el segundo lugar, pero en realidad en el primero.

Salvos algunos levantados y poderosos caractéres que han resplandecido en la silla pontificia, los papas, en general, han estado sino de derecho de hecho y como hombres, supeditados por los cardenales.

Un cardenal, pues, era de tal manera eminente, estaba de tal manera *esceptuado,* que podia serlo todo: nada, pues, habia que extrañar de ellos.

Los inquisidores de Atocha, no extrañaron, pues, nada, cuando inquirieron que el cardenal Aquaviva, en el fondo y bajo una absoluta reserva, hacia cosas muy poco ejemplares, y aun que habia en él *puntos negros.* Pero esto no importaba: era una de las eminencias más encumbradas de Roma.

No eran la Inquisicion de España, ni aun la de Roma poder bastante contra él, y la Inquisicion respetaba profundamente todo aquello con lo cual no podia.

Así se excusaba de luchas en que hubiera sido vencida.

Aquaviva disponia de los dominicos de Atocha como de cosa suya; pero cuidaba de tenerlos contentos, porque le sirvian cuanto era posible servirle, tratándose de un rey tan celoso guardador de las regalías de la corona de España y tan antipapista de hecho como Felipe II.

Avanzó por los claustros, alto y bajo, Aquaviva, precedido por el portero y seguido por Cervantes, recibiendo sobre la marcha, y contestándolos, los saludos de algunos graves religiosos que encontró al paso, y que no fueron más, porque la hora era muy temprana y los dominicos de Atocha se daban muy buena vida.

Llegó el lego al cuarto pontificio, abrió la primera puerta y se coló dentro para abrir la segunda y la tercera y la cuarta.

Aquaviva y Cervantes entraron.

El portero salió, y un momento despues, cuatro legos de los más listos estaban establecidos en la primera antecámara, dispuestos á servir, en lo que fuera necesario, á monseñor.

Apénas salió el lego de la cámara, Aquaviva salió á la primera antecámara y cerró su puerta.

Entró á seguida y cerró la puerta de la cámara, que era extensa y magnífica.

Sólo entónces se quitó el antifaz.

—Al fin, dijo á Cervantes, estamos en lugar donde podemos hablar libremente y sin temor de ser escuchados: estos muros ni son tan gruesos que pueden ocultar pasadizos secretos ni tan delgados que se pueda oir á través de sus paredes.

—Pero ahí hay una chimenea, dijo Cervantes; y por su cañon pueden subir las palabras.

—Decís bien, respondió el cardenal: no habia pensado en ello: puede haber además conductos acústicos: voy á ensordecer la chimenea encendiéndola: además hace mucho frio.

Y el cardenal salió, abrió las puertas y llamó.

Acudió uno de los legos.

Poco despues ardia de una manera vivísima y ruidosa la inmensa cantidad de leña de que estaba cargada la ámplia chimenea.

Cuando se quedaron de nuevo solos salió otra vez Aquaviva y cerró las puertas.

—Ahora, dijo, con mantener constantemente la intensidad de la llama, la chimenea no puede conducir nuestras palabras. Sentémonos, amigo mio, y si necesitais de algo, mirad, ahí hay un armario bien provisto; no paseis pena por nada. Sentémonos.

Ambos se sentaron en grandes sillones cerca de la chimenea.

CAPÍTULO XLII.

¿Quién engaña á quién?—¿Amigos ó enemigos?

—Todo el mundo sabe á lo que yo he venido á España, dijo Aquaviva y yo sé bien que se ha murmurado mucho, de que el Papa haya enviado un su legado tan mozo, á un rey tan rey como vuestro rey; el vulgo cuenta la valía de los hombres por los años, y no puede comprender que en un jóven haya la prudencia y la experiencia de un anciano, como no puede comprender que un anciano tenga el alma jóven y la sangre ardiente, y el corazon alentado de la mocedad. Pero vos, señor Miguel de Cervantes, estais muy léjos de ser vulgo.

—Sí, es verdad, dijo Miguel; el vulgo no comprende ni puede comprender que el vuelo de eso que se llama tiempo, es muy variable; que para los hombres

de alma y de entendimiento, el tiempo es mucho más breve, y más lleno de enseñanzas y de desengaños, que para el zóilo torpe y corto de vista del alma y romo del entendimiento, que vive como vive el bruto, que no siente, no conoce, ni desea más que aquello que necesita para satisfacer sus menguadas necesidades; más vuela el halcon jóven que la abutarda vieja, y más se alza, y en más grande espacio bate las alas, y en más radiante luz harta sus ojos, y de una muy mayor altura vé el mezquino suelo; y por eso yo digo que el hombre no es más sabio ni más pronto llega á serlo por las canas sino por el entendimiento, y tal niño hay que puede dar lecciones á tal viejo, y quedarse con ciencia bastante para aleccionar con ella á medio mundo. Y luego, yo tengo para mí, que como el alma es inmortal y por lo tanto eterna, no es ni jóven ni vieja; que no puede haber ni juventud ni vejez en lo que, como Dios, no ha tenido principio, ni puede tener fin; y en esto del alma, mirad que yo he pensado mucho, y en ello pensando, me he espantado, y más y más dando en ello, más y más he conocido á Dios y más le he adorado: que muchas veces, y sin que yo pueda explicaros cómo, ni manifestaros la razon, he creido que yo he vivido en otros tiempos en alguna alta persona; y me ha parecido que mi alma dentro de mi cuerpo se revolvia, diciéndome: —«Cárcel mia eres hoy, y ayer otra criatura mortal fué mi cárcel, y mañana en otro cuerpo corruptible seré encarcelada.»

—Vos habeis leido á Pitágoras, amigo mio, dijo Aquaviva.

—Yo no he leido más que algunos fólios de Aristóteles, y otros cuantos de Sócrates y Platon, y los he desechado: que en esto de filosofía, saliendo de cuatro credos que son incontrovertibles, cada cual habla como puede y como sabe, y por más que el hombre lea cuantos libros de filosofía se escribieron, no tendrá más caudal de filosofía ó conocimiento de las cosas, que aquel que Dios le haya infundido en el alma; y no por saberse de memoria á Platon y á Sócrates, hará un simple mejor su discurso, ni más ajustadas á lo verdadero y á lo conveniente sus obras; que el plomo siempre será plomo, y el oro siempre oro, que se les pula ó no; y en lo tocante á la razon, el que no la tenga propia que no la busque prestada, que sólo conseguirá engañar á todos sin discernimiento, aturdiéndolos con citas tomadas de acá y de allá á granel, y aprendidas de memoria; y así andan por el mundo doctores que tienen ménos entendimiento que las mulas de su coche, y todos los creen sabios, y ellos con la ignorancia del vulgo medran y se empingorotan, y en piés ajenos andan, que es más ridículo aun; y no debe juzgarse por las apariencias; que hace el pobre á pié, y aun sobre sus rodillas, el áspero camino de su vida, y con su honra en vez de capa se abriga, y sólo con la esperanza de la misericordia de Dios vive: que ni él ha de arrastrarse, ni puede el oro hacer de alquimia á los piés de los poderosos, lisonjeándolos, disculpándoles sus vicios y enalteciéndoles sus extravagancias, ni al vulgo ha de ir con insensateces, para que ententiéndole el vulgo le pague por oirle sus vaciedades y le enpingorote, y le crea un *ave fénix*. En fin, yo creo que lo que es es, y lo que no puede ser no es, ni será nunca. Y allá quédese el vulgo con sus sabios de pega, y éstos con sus oyentes sordos, que yo

vuelo más alto y en más grande y más claro espacio pierdo mis esperanzas.

—Hablado habeis como un libro, señor Miguel; ya veo que en vos la naturaleza suple al estudio, y perdon os pido por haber creido que de Pitágoras habíais tomado lo del traspaso de las almas á diferentes cuerpos; cosa que si en el fondo algo de verdad puede tener, enunciado como Pitágoras lo enuncia, es tan peregrino que no puede leerse sin que muevan á compasion tales aberraciones del entendimiento humano; y quédese esto aquí, y de filosofías dejémonos y vengamos á lo que importa: y es que de tal manera á vos me he apasionado, por lo que de vos he conocido en el poco tiempo que ha pasado desde que nos encontramos, ó más bien desde que os encontrásteis con algo que es tan mio, que viene á ser en alguna manera como mi propia persona, que teneros á mi lado deseo, y hacer por vos lo que pudiere, que tengo para mí que ayudado por vuestro ingenio y por vuestro valor no ha de ser poco. Esto si es que no os impide seguirme la dama de las joyas.

Miró de nuevo profundamente, aunque encubriendo su observacion, Cervantes, al cardenal, pero como ántes, se convenció de que aquél hablaba con una gran lisura.

Ó era maestro en el arte del engaño, el jóven Julio de Aquaviva, ó hablaba con la mejor buena fé del mundo.

Sin embargo un secreto instinto decia á Cervantes que aquel magnífico señor, que con tal afecto le trataba y con tal aprecio, podia ser para él un abismo.

Y desconfiaba y volvia á confiar, y no perdia el recelo sino para caer de nuevo en él, con mucha más fuerza y á mucha mayor profundidad.

Y á vueltas de todo esto, monseñor Aquaviva le persuadia, le seducia, le hacia suyo, le satisfacia, y daba causa á que concibiese vagas esperanzas de algo grande que de su amistad con él le sobrevendria.

Pero no podia explicarse Cervantes si aquello grande que para si entreveia por su conocimiento por el jóven monseñor, seria próspero ó adverso.

—Así, pues, amigo mio, continuó Aquaviva, ved lo que determinais, porque habeis de saber que muy pronto tomaré mi vuelta para Roma, y por cierto bien mal despachado; que como sabeis y todo el mundo sabe, yo vine aquí delegado por Su Santidad para dar á su majestad el pésame por las muertes del príncipe don Cárlos y de la reina doña Isabel de Valois, no embargante que el rey don Felipe habia comunicado á los embajadores de todas las potestades de Europa y asimismo al Papa, estimaria mucho no se le diese el pésame por aquellos sucesos: pero como la política se vale de apariencias para que todo el mundo se engañe y se pueda ir á donde conviene que nadie sepa que se ha ido, la verdadera causa de mi venida, y del enojo de vuestro rey ha sido pedirle desagravio de las injurias á la jurisdiccion eclesiástica, vulnerada en Milán, por los lugartenientes que allí el rey tiene. Esto os lo digo á vos en confianza y como á persona que tanto estimo. Y como el rey don Felipe, sostiene tenazmente contra Roma las regalías de la corona de España, razon ha sido mi cometido bastante para enojarle y casi sin haberme recibido, porque no puede decirse que recibimiento haya sido decirme cuando puse en sus manos la carta pontificia: —«Id que ya se os avisará con lo

que hubiere.»—avisóseme á los pocos dias, enviándome un pasaporte para que en el plazo improrogable de sesenta dias, á Italia me vuelva por Aragon y Valencia, cosa que ha descompuesto todos mis proyectos de permanecer en la corte de España, todo el tiempo que para ciertos negocios mios, y de un gran interés necesito, y contando con cuyo tiempo, porque no era de esperar el desabrimiento que el rey ha tenido conmigo, grandes gastos he hecho en reparar los adornos y el mueblaje de dos casas que para sus Nuncios aquí tiene el Papa, una dentro de la villa y otra en el campo, y en ellas para dejar señalado mi paso, algo que pudiera llamarse mis armas puse en vidrieras, tapices y otros adornos: pero habiéndome despedido de una manera que bien puede llamarse ágria y descomedida el rey, ántes del plazo señalado volver para Italia me propongo, y tanto más cuanto que sé, porque siempre hay alguno que cuente lo que el rey dice, cuando de contarlo espera sacar algun provecho, que apénas salido yo de la audiencia, el rey dijo:—«¿Por qué rey me tiene á mí el Papa que en representacion suya me envia un acólito con título de cardenal, que ni lo es, ni aun es sacerdote, ni aun siquiera está ordenado *in sacris*, y tan mozalvete que aun no le apunta la barba, y por mujer le tuviera si en hábitos cardenalicios no se me presentara? ¡Que torne allá ese niño de coro, y si el Papa quiere que le oiga, envíeme persona de más autoridad y más respeto!»

—Cosas son estas muy naturales en el señor rey don Felipe, dijo Cervantes, que es celoso de su autoridad como ningun rey lo fué, y más en lo menudo que en lo grande se pára, y en la más leve falta á lo que él cree atañe á la autoritad real, vé una montaña. Pero lo que á mí me suspende y me maravilla, es que siendo tan severo y tan minucioso para todo, y tan receloso que aun de su sombra desconfia el rey nuestro señor, haya prohibido, so pena de su enojo, se le dé el pésame por la muerte del príncipe don Cárlos, seguida á los dos meses por la de la reina, y no quiera que por el fallecimiento de esta señora se le dé, cosa que, habiendo muerto el príncipe en prision, y de una enfermedad extraña y violenta, y casi loco, y habiendo sucedido al poco tiempo la muerte de la reina, que era harto jóven, ha dado ocasion á murmuraciones, por no escuchar las cuales es preciso taparse los oidos; que á creerlas, creeríase en algo tan monstruoso, que sólo el pensar en ello espanta.

—¿Quién sabe si el rey ha hecho nacer á caso pensado esas murmuraciones, para que se vea que el ofendido no tiene perdon para su propia sangre, ni teme la publicidad del castigo por el escándalo? dijo Aquaviva: la verdad es que la muerte de los dos desventurados jóvenes, madrastra é hijastro, ha sido tan unida, tan repentina, y tan cercadas han aparecido de misterios, que nada tiene de extraño que el vulgo, que necesita explicárselo todo, no teniendo quien la verdad le diga, se haya explicado esas muertes á su manera; y como es voraz y malévolo no ha conocido la explicacion, más que en lo más horrible y lo más infame; y que si cierta fuese, ennegreceria la memoria del señor rey don Felipe, por los siglos de los siglos amen.

—¿Quién sabe, dijo Cervantes, si esas desgracias han sido naturales ó casti-

gos de una venganza airada? La verdad es que á todos nos han puesto en espanto; que preso estuvo el príncipe, y aunque se murmura que esto era porque andaba en tratos para alzarse con la soberanía de Flandes con los condes de Horn y de Egmond, degollados como traidores por el duque de Alba; á otras razones más graves aun, á otros delitos más recónditos, se ha atribuido la muerte del príncipe, y la de la reina, que á la del príncipe siguió.

—Allá el rey con su dolor, su despecho ó sus remordimientos, dijo Aquaviva, que yo tengo bastantes cuidados propios para perder mi tiempo ocupándome de los ajenos: basta con que haya sido injuriado en mi persona el Papa, y que yo, como no podia ser de otra manera, haya sentido, en la gran parte que me toca, la injuria, para que, levantando mano de los propósitos que aquí me trajeron, á mi buena corte de Roma me vuelva: ved, pues, señor Miguel de Cervantes, si quereis y os conviene veniros conmigo como familiar mio, que no como criado, que no puedo yo tener el lujo de criados tales como vos, tanto más, cuanto que el afecto que por las prendas que, más que he visto en vos he adivinado, por vos siento, me mueven á miraros, más que como un queridísimo amigo, como un hermano del alma; y si conmigo os viniéreis, y sí que os vendreis, de mi cuenta corren vuestros acrecimientos.

—No me hableis de acrecimientos, mi buen amigo, dijo Cervantes, que harto acrecido me siento y me reconozco por la buena amistad y aun hermandad que entre nosotros, tan súbitamente y tal vez porque de Dios estaba, se ha hecho; y en cuanto á lo de seguiros, dígoos que por otro punto que por el de seguiros, pasar no puedo ni quiero; que siguiéndoos, con obligaciones y afectos cumplo, para mí sagrados y queridos, y una vez ya embarcados, cúmplase la voluntad de Dios y á la buena ventura sea.

—Pues siendo esto así, dijo sonriendo satisfecho y como expresando una gran alegría del alma monseñor Aquaviva, por contento me doy, y tanto, como que sé bien cuanto vale la amistad fraternal de un hombre como vos.

Y levantándose añadió:

—Id, señor Miguel de Cervantes, que yo aqui me quedo por asuntos que os diré, (y á esto se encaminaba á la puerta de la cámara, que abrió en llegando á ella), y hasta la vista, que ha de ser en breve; que yo os avisaré en vuestra posada, ó vos podeis ir á buscarme en la casa del Nuncio, cuándo y cómo quisiéreis, y á cualquier hora; y en ella, si yo no estuviere, podeis esperarme como en vuestra propia casa, sin más que digais á mis domésticos vuestro nombre, que ya estarán preparados para serviros como vos mereceis.

Y abriendo la segunda puerta, dijo á uno de los legos que allí estaba:

—Bajad, y que arrimen la carroza.

El lego partió.

—En ella id á dónde hubiéreis necesidad, y guardadla á vuestro mandado, si así lo deseáreis, dijo Aquaviva.

—Muchas gracias por tantas honras y favores, dijo Miguel de Cervantes; y excusadme si la carroza no tomo, que no es mi fortuna para ostentar un tal

lujo, y si los que me conocen en una tal carroza me vieran, dar podrian tal vez en murmuraciones que yo no querria se dijesen de mí por nada del mundo.

—Haced lo que mejor quisiéreis, dijo monseñor Aquaviva; que yo no quiero imponeros mi voluntad, sino que vos vivais siguiendo completamente la vuestra, y otra vez con Dios id, y hasta la vista, que no tardará.

Estrecháronse las manos con efusion los dos jóvenes, y Cervantes salió á los claustros y avanzó por ellos hácia las escaleras, murmurando:

—¿Por qué este peso que siento en el corazon? ¿qué es ese hombre para mí? ¿mi amigo ó mi enemigo? Y bien, sea lo que quiera: lo que fuere sonará y con exceso; amistad ú ódio, que yo no he nacido ruin, y no me he de andar con ruindades.

Al mismo tiempo monseñor Aquaviva se volvia á su cámara murmurando:

—¡Ese hombre!... ¡aquellas joyas!... ¡Beatriz!... ¡ah! ¡los pecados de los padres caen sobre los hijos!... ¡yo estoy maldito de Dios!

CAPÍTULO XLIII.

De como por una feliz casualidad para la dueña doña Guiomar, se encontró con Cervantes que la libró de una paliza.

Cuando llegó Cervantes al átrio, se encontró con que al pié de la carroza, con la portezuela abierta y puesto el estribo, es decir, la mesilla que servia para subir á los altísimos carruajes de aquel tiempo, estaba el paje.

Cervantes, como si en esto no hubiera parado la atencion, pasó junto á la carroza y desapareció por la puerta exterior del átrio.

El paje se cubrió, cerró la portezuela, colgó debajo de la carroza la mesilla y saltó al pescante.

Miguel, entretanto, rebozado en su capa, calado su chapeo, y aguantando la lluvia que continuaba espesa, siguió á buen paso en demanda de la calle de Atocha.

Su corazon era un volcan.

Su cabeza un hervidero.

No tenia miedo, porque en almas del temple de la de Cervantes no tiene el miedo cabida, pero sí una ansiedad mortal.

No habia comprendido, ni podia comprender la conversacion que habia tenido con monseñor Aquaviva, empezada con demostraciones exageradas, y concluida de una manera incomprensible.

No habia hablado ni una sola palabra, una vez en el convento de Atocha

Aquaviva, de doña Magdalena, cuando ántes en el cuarto de Cervantes, y junto á aquellas malhadadas joyas, le habia hablado de una manera demasiado franca de ella, y como aprobando, y por ellos satisfaciéndose, los amores que presuponia entre doña Magdalena y él, sin que él (Cervantes) hubiera dado la más leve ocasion á aquellas confianzas.

¿A qué se reducia, pues, la conversacion que habian tenido en el monasterio de Atocha?

A proponerle entrase en su servidumbre, de una manera mal simulada, bajo la forma de familiar.

¿Y qué eran entónces los familiares de aquellos magnates? Criados meninos, criados de confianza, que los acompañaban á todas partes, que comian á su mesa, que eran empleados por ellos en sus negocios más graves.

No se tenia entónces á desdoro el que un hidalgo pobre sirviese como familiar, ó camarero, ó paje, á uno de estos príncipes; ántes se tomaba á honra.

Pero como Cervantes era príncipe de natura, ó más bien, como Dios habia dado á su alma una digna altivez, mucho mayor que la mayor del más grande príncipe, escocíale y no podia ménos de escocerle, el servir, fuese quien fuese en altura, y poderosa y grande la persona á quien sirviese, por más que esta servidumbre estuviese disimulada por un título honorífico y especioso.

Y si doña Magdalera era hermana del cardenal, ¿cómo el cardenal, que se habia mostrado sabedor de los amores, ó más bien, de la predisposicion de los amores de doña Magdalena por él, le ponia en su servidumbre?

¿Cómo con un servidor suyo, un tan gran príncipe habia de casar á una de sus hermanas?

De todo puede olvidarse el hombre, ménos de aquello que hiere su amor propio.

Cervantes pensaba en esto, por sacar en claro la verdad de las intenciones, de la lealtad ó la asechanza en que, respecto á él, podia estar monseñor Aquaviva; que por lo demás, estando, como lo estaba ya, sagradamente unido ante Dios, ante su conciencia y ante su voluntad y su amor con *donna* Beatriz, él no podia pensar ya en los amores con otra mujer, ni aun que esta mujer fuese doña Magdalena, de la que sabemos se habia enamorado ántes de conocer á *donna* Beatriz.

La casualidad, la ocasion, que tan graves son á veces para los hombres, habian decidido por el momento su destino.

Cervantes no era libre.

Es más: no queria serlo.

Por mucho que la misteriosa doña Magdalena le hubiera enamorado, por muy grande que fuese para él la influencia de su hermosura, de su sér, además de que aquello estaba aun en sus principios, sentia por su esposa, por su Beatriz, una ternura tal y tan inefable, que amortiguaba, que casi borraba en él todo otro sentimiento por otra mujer.

Y esto era naturalísimo.

Él habia podido apreciar en una noche de delirio amoroso, cuánto le amaba

Beatriz, y cuánta era la valia, no sólo de su extraordinaria hermosura, sino tambien de su alma extraordinaria.

Desde el momento en que aquellos dos predestinados séres que se habian amado en cuanto se encontraron, se unieron, no habia habido lugar para historias ni explicaciones.

El avaro amor habia devorado el breve espacio de aquella noche de felicidad no esperada, y habia llegado demasiado pronto la hora de separarse.

Lo que habia pasado por Cervantes, justificaba demasiadamente el aturdimiento que le dominaba.

En cuanto á la duquesa de Puente de Alba, en aquellos momentos ni aun se acordaba de ella.

Así mismo habia sido borrada de su imaginacion la hermosísima Abigail.

Llegaba ya casi á su posada Cervantes, es decir, se encontraba entre los dos extremos de la calle de Cosme de Médicis y de la del Meson de Paredes, é iba á doblar la esquina de esta última, cuando le detuvo sorprendiéndole el ruido de un tumulto que por la calle del Duque de Alba venia.

Eran muchachos, mujerzuelas y pícaros, todos revueltos, que corrian, con unos lacayotes que perseguian, á lo que parecia, á una dueña, que corria que volaba, haldas en cinta, hácia donde Miguel estaba parado á causa de aquel ruido.

Llegó cerca muy pronto la fugitiva, y reconocióla Miguel.

Era no ménos que la ilustre viuda del ilustrísimo bedel de la universidad de Salamanca, Zurriaguete.

Tan despavorida venia doña Guiomar, y tan enloquecida por el temor de que la matasen, que aunque con Cervantes, que la salió al encuentro, se topó, no le reconoció en el mismo punto.

Pero abrazándose á él, le dijo:

—¡Defendedme en caridad, señor, que esos desalmados que me siguen, me quieren matar!...

Púsose á las espaldas á la dueña Cervantes, y encarándose, ó mejor dicho, mal-carándose con tres záfios de librea que armados de palos tras doña Guiomar corrian, les dijo:

—¡Haceos atrás incontinenti, canalla, ó vive Dios que yo os haga que os tengais!...

Tal cosa brillaba en los ojos de Cervantes, tan letal y tan siniestra, que los lacayos se detuvieron, se quedaron como cohartados, y fijando en Cervantes su mirada atónita, no dijeron una sola palabra.

Habíase juntado en un momento una gran multitud, que esperaba ansiosa por ver lo que sucedia.

Pero no sucedió más, sino que, Cervantes, asiendo del brazo á doña Guiomar, que aun de aterrada no veia, echó á andar, y se fué con ella, seguido de los curiosos, hasta el meson de Paredes, en el cual con doña Guiomar se metió.

Los lacayos se habian quedado inmóviles en el mismo lugar en que los habian

detenido la mirada y la palabra de Miguel, sobradamente amenazadoras é incontrastables.

Los curiosos se habian quedado delante de la puerta del meson.

Uno de los lacayos, repuesto ántes que los otros, de aquella especie de respeto que Cervantes le habia causado, dió á uno de sus compañeros el palo que en la mano tenia, se arregló la librea, que la rápida carrera habia un tanto descompuesto, y se fué hácia el meson, y se entró en él, y en la cocina, que era el recibimiento usual de esta especie de establecimientos.

Encontróse con la oronda señora Mari-Gomez, viuda de Paredes.

—¿Querreis decirme, señora, si vive en esta posada un señor bachiller que acaba de entrar en ella? dijo.

—Sí, por cierto, que vive. ¿Qué le quereis?

—¿Se llama el señor Anton Pespunte?

—¡Qué estais diciendo de pespuntes ni de dobladillos? dijo indignada la buena Mari-Gomez al ver que se daba un tan ridículo apellido á uno de los huéspedes que más ella, por más de una razon, estimaba; ese señor bachiller, que es de una muy hidalga prosápia, no se llama nada que huela á costura, sino el señor Miguel de Cervantes Saavedra.

—No hay por qué os enojeis, señora mia, dijo el lacayo, que yo me he engañado: ese señor bachiller se parece mucho á otro señor bachiller que es de mi pueblo, y vecino mio. Quedad, pues, con Dios, y perdonad.

—Y en paz; y no hay de qué; dijo la Mari-Gomez. ¡Pespunte!... ¡Pespunte!... ¡No estais mal pespunte vos!...

El lacayo salió, y se alejó murmurando:

—No es culpa nuestra que no la hayamos podido atrapar, el miedo la habia convertido de dueña en águila: ¡el bachiller Miguel de Cervantes Saavedra!... ¡bien... se lo diré al señor, y que el señor se entienda con él!

Y con los otros dos lacayos con quienes se juntó, se fué, y se metió en una gran casa, situada al comédio de la calle del Duque de Alba.

CAPÍTULO XLIV.

En que se relatan las importantes cosas que verá el que leyere.

Llegó doña Guiomar, más muerta que viva, al aposento de Miguel.

Llamó el jóven á la puerta, y abrió su hermano Rodrigo.

Estaba solo: las joyas habian desaparecido de sobre la mesa.

Rodrigo las habia guardado en la maleta de su hermano.

—Véte al cuarto del señor Herédia, dijo Miguel: necesito quedarme solo con esta dueña.

—¡Y llueven aventuras! dijo Rodrigo: ¡Dios quiera que acaben en bien!...

Y salió.

Doña Guiomar estaba sentada en una silla y jadeante.

Habia, en fin, reconocido á Miguel.

En cuanto á Rodrigo, al ir á entrar en el cuarto del sargento Herédia, se encontró con éste que salia.

—¿A dónde vais, amigo mio? le preguntó.

—¿A dónde quereis que vaya? respondió Herédia; ¿creeis que no es ya hora de almorzar?

—Tanto lo sé, dijo Rodrigo, como que me lo está diciendo más que á voces mi estómago.

—Pues á la cocina nos vamos, y que nos socorran, dijo el sargento, que creo que habrán de tratarnos bien: á liebre estofada huele, y no á gato, que el gato trasciende más, y no me pesaria de que gato fuese, que es un bravo bocado.

—Pues liebre ó gato, dijo Rodrigo, vamos al plato.

—¿Y vuestro hermano?

—Muy ocupado está, y dudo que venga.

—¿Con hembra es?

—No: con vieja.

—Pues seria una caridad avisarle.

—Dejémosle, que cuando él me ha dicho que le deje solo con ella, de algo importante debe tratarse.

—Pues allá él; ¡y cuidado si tiene buena fortuna vuestro hermano! haránle un Creso las mujeres, si con tales regalos menudean.

—Pues mirad que no es él persona que regalos de mujeres tome, dijo Rodrigo, ni que, por intereses, de mujer se enamore; que casado podia estar con una doncella ricachona de nuestra tierra, y á más hermosa y de buena familia, y porque era un tanto simple, mi hermano, sin reparar en su grande hacienda, dióla de lado, y ella hubo de conformarse y casarse con otro á quien no queria.

Ya en esto estaban sentados en una mediana mesa que en la cocina habia, y una moza cubria esta mesa para servirles el almuerzo, cuando hé aquí que por la cocina se entró presuroso y demudado, todo vestido de negro, y en traje de viaje, un caballero como de treinta años, que con la voz trémula de cólera é imperativa hasta el desprecio, dijo:

—Díganme presto, en qué cuarto se aposenta un tal bachiller que se llama tal... de Saavedra.

Alzóse de su silla Rodrigo, se fué para el caballero, y le dijo:

—Harto se conoce que hasta ahora no habeis dado con quien os corte un tanto la bellaca lengua, y vive Dios que no habeis de llamar otra vez tal de Saavedra, á un Saavedra.

Y apénas dichas estas palabras cruzó de una tal bofetada el rostro al caballero que éste vaciló, y á poco más dá en tierra.

Y fué fortuna, por el momento, para él, que Rodrigo, como que estaba de casa, no tuviese espada, que á tenerla la bofetada hubiera sido un tajo en la cabeza.

Rehízose el caballero, y á la espada puso mano, pero el sargento Herédia que no por estar inútil para las fatigas de la guerra habia perdido ni su bravura ni sus fuerzas, se lanzó á él, le echó mano al puño de la mano que habia puesto en el de la espada, y le dijo:

—No ha de ser ante mí, que nadie desnude espada contra quien esté desarmado, y téngase, y muy de otra manera satisfaccion busque y diga dónde y cuándo con otro amigo vuestro hemos de vernos.

—¡Ira de Dios que en horamala le detuvísteis! dijo Rodrigo; pero ya que asi es, espérese aquí ese, y vos á vuestro aposento y yo al mio á proveernos.

—Sí, y al punto, exclamó todo descompuesto de cólera, el otro; y no aquí, que no quiero aquí permanecer, sino en la iglesia de la Merced os espero.

Y salió traspuesto de furor.

Nadie más que la moza cocinera y la Mari-Gomez estaban en la cocina en aquellos momentos.

—Yo os encargo el secreto de lo que habeis visto dijo Rodrigo; que ya veis que de aquí puede salir algo que importe no se sepa quien lo hizo.

—¡Válgame Dios, exclamó la Mari-Gomez, que bien veo que empeño es este de honra al que no puede darse de lado! y en lo tocante al secreto podeis estar seguro de que le guardaremos, aunque no sea más que para no andar en declaraciones con la justicia.

En aquel momento apareció en la cocina Cervantes.

Venia vestido y armado como para salir á la calle.

Afortunadamente no se habia alterado Rodrigo, que era muy sereno, y nada pudo advertir Miguel.

En cuanto á la Mari-Gomez y á la moza, estaban muy acostumbradas á este género de lances, y no se conocia en ellas alteracion.

—Véte al cuarto cuando almorzeis, hermano, dijo Miguel á Rodrigo, y haz compañía hasta que yo vuelva, á la persona que encontrarás allí.

—Bueno, dijo Rodrigo sonriendo; pero más estimaria que no fuese una vieja.

Miguel salió.

Rodrigo y Herédia se apresuraron á subir á sus aposentos.

—Perdonad, señora, dijo Rodrigo á doña Guiomar que aparecia transida y grandemente sofocada: pero vos me permitireis que tome mi capa, mi sombrero y mis armas, que necesito salir.

Tan turbada estaba doña Guiomar, que no contestó.

Aprestóse en un momento Rodrigo, y con un «Dios os guarde, señora,» á doña Guiomar, salió, y se encontró con que ya salia de su cuarto y bien apercibido el sargento Herédia.

Salieron rápidamente del meson.

—Dios vaya con ucedes, dijo la Mari-Gomez.

Y volviéndose á la moza, añadió:

—Cuidado con el pico, Antona, que estos son lances recios, y más nos hemos de interesar por los que en casa tenemos, que por los que no conocemos ni en toda nuestra vida hemos visto.

—Mirad, ¡y á quien lo decís, nostrama! contestó la Antona: ¡para que yo hable! ¡no, sino arrímense á mí á preguntarme, que soy un pozo para los secretos!

Miguel entretanto habia tomado por la calle del Duque de Alba.

Se habia entrado por el zaguan de la casa del marqués de la Puente de Órbigo y habia preguntado al portero por su señor.

Díjole el preguntado que el marqués habia salido, pero que si le interesaba verle que esperase, que el marqués acababa de llegar de un viaje y no habia descansado, por lo cual debia volver pronto.

Habia contestado de tal manera á Miguel el portero en vez de despedirle secamente como acostumbran estos tales criados de casa grande con gentes que no conocen como de la confianza de sus amos, porque el talante y grave y decidido de Miguel le habia puesto en respeto, y además, porque Miguel le habia dicho que al marqués le iba en verle y en hablar con él cuanto ántes, la honra y tal vez la vida.

Habia dicho Miguel de tal manera estas palabras que en verdad las habia creido el portero: y como él asi como los criados de escalera arriba se habian apercibido de que poco despues de su alumbramiento habia salido de casa la señora y no habia vuelto, el portero creyó que tal vez por aquel extraño suceso, aquel jóven estudiante iba á buscar á su señor.

Y como no era cosa de que un tal mancebo de tan noble presencia, y tales bríos, y á más de esto bachiller, esperase como un lacayo en el zaguan, á uno de los criados mandóle le llevase á un recibimiento donde decentemente esperase á que el señor, que no debia tardar, volviese.

Entrando en aquel recibimiento Cervantes, pudo persuadirse más, aunque ya lo estaba bastante, de la gran nobleza y de la gran riqueza del marqués, del esposo de la duquesa de Puente de Alba.

De tal manera era rico y ostentoso aquel recibimiento.

Veamos ahora porqué Miguel habia ido á buscar al marqués de la Puente de Órbigo.

En el punto en que doña Guiomar se encontró sola con Miguel en el aposento de éste, y sacando fuerzas de flaqueza porque estaba más muerta que viva, dijo á Miguel:

—Yo no sé lo que vá á ser de mi señora por su desventura, y de mí por haberla servido con amor y lealtad. Encima se ha venido el señor, cuando ménos esperábamos, y es que el haberle alejado no ha servido de nada; porque el señor tenia sin duda bien contado el tiempo del cuidado de la señora, y cuando ha creido que debia salir de él, á Madrid se ha venido, y á la señora no ha encontrado, y á mi sí, por mi desdicha, y para que en mí sus iras desfogase: que si yo no escapo

tan á tiempo y con vos tan á tiempo no me topo, que tan noble y generosamente me habeis amparado, yo no sé lo que habria sido de mí; que aquellos lobos rabiosos de lacayotes, no hubieran tenido de mí piedad y majáranme, y Dios sólo puede saber como hubiera yo quedado de la majadura; y háme venido este peligro, porque la señora, temiéndose alguna desventura, que, yo no sé por qué, las desventuras cuando llegan, aunque no se las vea, avisan, con los negros temores de ellas en que nos ponen, me dijo:—«Id y dad una vuelta por casa, y así sabremos lo que en ella sucede;»—y yo, cumpliendo con mi obligacion, fui y llegué á punto que, á caballo y con algunos criados y de vuelta de viaje, llegaba el señor marqüés; y como me vió, por la señora preguntóme, y yo aturdíme, y él me mandó que le siguiese y llevóme á su aposento, y por fortuna mia, ó más bien por que Nuestra Señora del Hospital se acordó de que yo soy muy devota suya, no cerró la puerta, que si la cerrara, yo escapar de allí no pudiera, y allí mis desdichas se acabaran entre las coléricas manos del señor marqués, que habiéndome preguntado por la señora, y habiéndole respondido yo turbada que en la casa no estaba, preguntóme, echando fuego por los ojos, «que como era que fuera se encontrase la señora, estando él ausente y tan en dias y aun en horas de alumbramiento;» y no sabiendo yo que contestar, colérico, adivinándolo todo, que los celos y la rábia amorosa son muy perspicaces, mano puso á la espada y con tales ganas y con tal coraje, que yo me dí por muerta, y el miedo á la muerte dióme alas; pero no escapé tan pronto que el marqués no pudiese dar órden á los criados de que me siguiesen y allí donde me alcanzasen me mataran, y matáranme si por vos no fuera; y yo os digo que de aquí no me muevo hasta que libre de temores me vea; que si la señora hizo ó no hizo, la culpa no es mia, que yo ni llevé ni traje, y obedecí á mi señora cuando me mandó llevase la niña á los expósitos del Colegio Imperial, y acompañándola luego á otra parte, á donde yo con la señora alguna vez he ido, no hice otra cosa que aguantar mi empleo de dueña; que no sabeis hasta qué puntos, á nosotras, las dueñas, nos llevan con sus historias nuestras señoras; que así arda en los infiernos el alma condenada que las dueñas inventó, para que viviesen siempre metidas en aprietos y en peligros por las cosas que no gozan, sino que padecen.

Y esto lo dijo doña Guiomar de una manera alharaquienta y asustada, como si todavía se encontrara delante del irritado marqués de la Puente de Órbigo, su señor.

No quiso saber nada más Miguel, que con saber que en la casa se encontraba el marqués, sabia bastante, y asegurando á la dueña que él haria tal que todo acabaria en bien, se apercibió y se fué á buscar, como ya se ha dicho, al esposo de la duquesa á su casa.

Y con la mejor intencion del mundo iba, y generosamente resuelto á todo lo que sobreviniese, porque su buena intencion se lograra.

Pasó bien media hora sin que el marqués pareciera, y sin que Miguel, á pesar de aquella tardanza, que empezaba á ponerle en cuidado, desistiese de su espera, y transcurrió una, y aun una y media, lo que el cuidado de Miguel aumento,

fingiéndole, á causa de la viveza de su imaginacion, no sabemos cuántas cosas siniestras, y aumentando la turbacion de sus pensamientos.

Pero estaba muy léjos de sospechar Miguel, que su hermano Rodrigo habia tomado, acaso porque Dios así lo habia querido, cartas en la partida; que si lo supiera él, allí no esperara, sino que á ponerse frente al marqués se fuera, no consintiendo que su hermano tomase una parte que sólo á él le tocaba.

De improviso, y cuando ya cerca de dos horas habian transcurrido desde la espera de Miguel, oyó éste un gran alarido y tumulto en la casa, y habiéndose allegado á las vidrieras de un balcon del recibimiento que al patio daba, vió que con una silla de manos atravesaban el patio dos ganapanes, y que al rededor de la silla hacian grandes extremos de dolor y de espanto los criados.

A poco la silla de manos entró en el recibimiento, más acompañada de criados qne ántes, y entónces Miguel supo que quien en aquella se conducia, muy mal herido y en peligro de próxima muerte, era el marqnés de la Puente de Órbigo, que, decia el alcalde, que con algunos alguaciles á la silla seguia, habia sido encontrado por los guardas de la huerta del Monasterio de San Gerónimo del Paso, por tierra y revolcándose sobre su sangre.

Preguntó Miguel al alcalde si se sabia quién era el que de tal manera al marqués habia malparado, y el alcalde respondióle que nada se sabia; que el marqués, cogido por un desmayo, nada habia podido decir, pero que aun cuando el marqués muriese sin hablar, la justicia averiguaria quien fuese el homicida.

Y tras esto el alcalde metióse en la habitacion donde habian llevado al herido.

No era cosa de que Cervantes insistiese en ver entónces al marqués, y triste y metido en más cuidados, porque le parecia que quien en aquel lance contra el marqués habia andado, no podia ser otro que monseñor Aquaviva, ó alguno por él buscado, á su posada fuése, y en entrando vió que muy tranquilamente almorzando en la cocina, y en buena y alegre conversacion con algunos de los cómicos del señor Lope de Rueda, estaban su hermano y el sargento Herédia.

Nadie hubiera podido sospechar que un poco ántes habian vuelto de un lance de honra, que habia dado en muerte.

Y así era la verdad.

Habian hallado Rodrigo y Herédia en la iglesia de la Merced, y bajo su coro, esperándolos impaciente, al marqués de la Puente de Órbigo.

Tranquilo se encontraba éste, aunque pálido y grave, y en viéndoles les dijo:

—Impórtame más que lo que creeis, que este lance termine cuanto ántes y que sea secreto: así, pues, señores, porque en ello me vá mucho, en la casa de Dios donde estamos, os pido que querais aseguraros conmigo en un secreto juramento; y es que si yo os matare, como deseo por la injuria que me habeis hecho, aunque os quedare vida para decir quién os mató, no lo digais; ni vuestro amigo lo diga; y yo me obligo por mí y por el amigo que para servirme de testigo llevaré, á guardar del mismo modo el secreto: que no quiero yo que por informaciones de la justicia se sepa, que por buscar yo á una mala dueña y perversa mujer de mi servidumbre, dí en la querella que en tal trance nos pone.

—Juramento os presto yo, dijo Rodrigo, de que por mi parte guardaré el secreto, y así creo lo jurará tambien el amigo que me acompaña, y porque nadie hay ahora en la iglesia, ántes de que llegue alguno que vernos juntos pueda, y tal vez de hilo sirva á la justicia, separémonos, y sepamos dónde al punto hemos de encontrarnos.

—Pues en las tápias de la huerta de San Gerónimo del Paso, hácia el mediodia, que es lugar solitario.

Y tras esto se saludaron cortés y severamente los dos amigos y el marqués y éste salió el primero, y ellos despues, no viendo ya cuando salieron al marqués, y paso á paso se fueron al lugar donde habia de resolverse el asunto concertado.

Apénas llegado habian á aquel lugar y de la saliente de un tejadillo se amparaban para resguardarse de la lluvia los dos amigos, cuando apareció con otro caballero el marqués.

Allegáronse los unos á los otros, y ni el que acompañaba al marqués dijo su nombre, ni el marqués lo dijo, ni los dos amigos lo preguntaron, ni para ello hubo lugar; porque tan colérico estaba el marqués, que cada momento que pasaba más le hervia y más le punzaba el recuerdo de su injuria, y en cuanto á los dos amigos vió, terciòse la capa, apretóse en la cabeza el chapeo, tiró de la espada y hácia Rodrigo decididamente fuése, diciendo:

—Pues que tan largas habeis tenido la lengua y las manos, veremos si como ellas teneis de larga la espada.

Previnose Rodrigo, y espada en mano se fué al marqués diciéndole:

—Ni ha de faltaros ni ha de sobraros hierro, que para mí tengo que os la he dar y muy pronto hasta los gavilanes.

Cruzáronse en medio el caballero que al marqués acompañaba, y el sargento Herédia.

—No ha de ser así.

—Así no hemos de consentirlo, dijeron á un tiempo ambos.

Y pidiendo juramento á los dos de que estarian quedos miéntras las formalidades que aseguraban la lealtad del duelo se llenaban, probaron el terreno, partieron la luz, y colocando luego á una distancia conveniente al marqués y á Rodrigo les dieron la señal de acometerse.

Habian omitido el pedirles juramento de que no llevaban cota, ni pistolete, ni cosa que aventajase el uno al otro, porque con una noble y justa confianza en el honor de ambos lo habian creido innecesario y ocioso, y el tiempo apremiaba que aunque el lugar era solitario, no podia tenerse la seguridad de que no apareciese alguno; y además, las pragmáticas contra el duelo, por el abuso que de él se hacia, eran muy rigorosas.

A los primeros ataques y reparos, los dos testigos hubieron de convencerse de que el duelo no podia ser más leal: porque si bien el marqués aparecia muy bravo, muy sereno y muy gran esgrimidor, no lo aparecia ménos Rodrigo.

Multiplicábanse las *fintas,* acudian á ellas los *reparos* y la negra fortuna estaba indecisa.

Parecia como que la cólera se habia amortiguado en el marqués, desde el momento en que su hierro habia empalmado con el de Rodrigo, y en cuanto á éste, tan sereno estaba como si no se tratase de un lance á muerte, sino de un juego de espadas de palestrilla.

Al fin Rodrigo, que era consumado, despues de dos compases y una *finta* á la garganta con un rápido uñas abajo y yéndose á fondo, dió una tal estocada y tan de lleno en el costado al marqués, que la tercera parte del duro esto que se escondió en su cuerpo.

Hízose atrás Rodrigo, metió en la tierra mojada su espada de esta manera limpiándola de la sangre, volvióla á limpiar en la capa, envainóla, saludó con la mano al testigo del caido, de la misma manera le saludó cortesmente Herédia, y á buen paso tomaron la vuelta de la posada en silencio, y entrando en ella, pidieron tranquilamente el almuerzo, como si no fueran de donde habian ido, ni lo que habia sucedido aconteciera.

Miguel miró al pasar profundamente á su hermano y á Herédia, extrañando sin saber porqué que con las espadas y las dagas al cinto almorzaran, y á su aposento se subió, donde encontró todavía más muerta que viva á doña Guiomar.

—Y bien, señor, dijo en viendo entrar á Miguel: ¿cómo os habeis avenido con esa fiera de mi señor el marqués?

—Dios ayude á su excelencia, dijo Cervantes; que en su casa le he esperado hasta que ha vuelto, y no ha vuelto sino mal herido y á punto de muerte: así que nada teneis ya que temer de él, pero no vayais á vuestra señora con la tal negra noticia, que en grave ocasion se halla, y una noticia tal pudiera ser gravísimamente dañosa.

—¡Ay Dios de bondad y de misericordia! dijo doña Guiomar; ¡y que tales cosas sucedan, y tales desdichas, por lo que nadie entiende ni puede entender; porque cosas no hay que la honra de mi señora empañen, ni causa habia para que mi señora de su hija se desapartase en ausencia de su marido, confiándola expósita á la caridad de los Padres de la Compañía; ni yo nunca ví en mi señora cosa que á liviandad, ni por asomo, oliese; que si ella vá á donde os llevó, esos son otros Lopez, que nada tienen que ver con la honra; pero así y todo, yo creo que esos Lopez son los que á mi señor han puesto, como decís que le habeis visto.

—Dios sabe quien fué quien lo hizo, dijo Miguel, que á cada momento estaba más meditabundo, pero de todas las maneras guardad vos el secreto á vuestra señora, como cumple á vuestra lealtad, y á ella volveos; y para que á ella volvais yo iré á acompañaros.

—Mil perdones por todo, dijo doña Guiomar; á vos me entrego, segura de que entregándome á vos nada que no sea bonísimo acontecerme puede; y hé aquí que el alma al cuerpo me habeis vuelto; que si alguno habia de acabar negramente, la señora ó el señor, mucho, mejor es que el señor haya acabado; si es que no resucita y queda para ser peor que ántes: pero si acaba, yo os prometo de hacer tanto por vos que, siendo la señora viuda, mis buenos oficios os hagan duque,

que bien me parece á mí que no con malos ojos mi hermosa señora os mira.

Habíasele vuelto el alma al cuerpo á doña Guiomar al saber que el marqués se encontraba en las últimas, y ya tranquila, aunque no descansada de las fatigas del susto, tan de buena madera Dios la habia hecho, que entraba de lleno en las condiciones de su oficio.

—De eso no se hable ahora, dijo Cervantes, que esta no es la ocasion, ni en lo que vos pensais vuestra señora piensa, ni mucho ménos yo, que no me conozco con merecimientos para una tan grande fortuna.

—¿No, y sois un pino de oro? ¡Dios os bendiga! dijo con acento zalamero doña Guiomar, que de instante en instante más tranquila parecia.

—Quede aquí esto, y vos en mi aposento esperando mi vuelta, que no tardaré, dijo Miguel, y salió con intento de acercarse á su hermano y observarle, porque, sin que alcanzase la razon y como por una vaga adivinacion, habia concebido sospechas, cuando hé aquí que al ir á bajar las escaleras subian por ella Rodrigo y el sargento Herédia, el uno tras el otro y tan silenciosos, que el asunto no era para ménos, que más se afirmó en sus temores Cervantes.

—A vuestro aposento nos vamos, señor Diego de Herédia, dijo Miguel, que tenemos que hablar de cosas que importan mucho.

Y para la puerta del cuarto del sargento fuése.

Siguiéronle cuidadosos Rodrigo y Herédia, y éste sacó su llave, y abrió, y entraron.

CAPÍTULO XLV.

De como Cervantes se vió metido en un nuevo empeño.

Apénas habian entrado, cuando Cervantes, yéndose á la puerta y cambiando la llave de afuera á dentro, la puerta cerró, puso el sombrero sobre la llave, y dijo:

—Muy mojados venís, amigos mios, y yo no sé qué asuntos hayais podido tener tales que en ayunas y con este tiempo hayais estado fuera el que ha bastado para que os remojeis de tal manera.

—¿De modo, dijo con una gran serenidad Rodrigo, que á tí te importa mucho el saber dónde hemos estado? pues averígualo.

—A averiguarlo voy, dijo Cervantes.

Y empuñando el estoque de su hermano, le desenvainó y le examinó.

Era un cuadradillo, pero de los de doble canal, y aunque la tierra mojada, y luego la capa, habian limpiado su superficie, en las profundas canales se revelaba claramente sangre, y sangre fresca.

—Es necesario limpiar mucho mejor esta espada, dijo Miguel, que como yo la he examinado, pudiera examinarla un alcalde.

—A mí venga eso, dijo el sargento Herédia, que en esto de poner impecable un arma pecadora, soy yo maestro; y ya que olido há vuestro hermano la sangre fresca, contémosle tal cual ha sido el lance, que de otra manera no ha podido llevarse, ni con más fortuna, ni con más desdicha á la par.

Y á seguida hizo á Miguel el relato de lo que habia acontecido.

Tan turbados estaban todos por aquel lance siniestro, que no se acordaron de recatar sus voces, y habiendo oido su rumor desde su aposento Abigail, buscó si por aquel lado habia otro agujero, y no hallándole, al tabique pegó la oreja y oyólo todo.

—Mejor, dijo: á cada momento con más armas para defenderme me encuentro, y con más fuerzas para llegar á donde quiero. ¿Y á quién quiero? ¿quién me agita el corazon y me conturba el pensamiento? ¿de quién espero me arranque de mis desdichas? ¿es el gran señor ó el estudiante?

Y miéntras murmuraba estas palabras, continuaba escuchando.

—A Alcalá vas á volverte en el momento, y contigo habrá de irse el señor Diego de Herédia, dijo Miguel; y esto cuanto ántes, que ya no se puede fiar en el honor ni en el juramento de nadie, y nada hay tan oculto que al fin no pueda traslucirse: y esos dineros y esa espada vas á llevarte, y esas ricas joyas, y á nuestros padres dirás que se consuelen, y desempeñen, sin escrúpulo de conciencia, nuestra hacienda; que no de mala manera, sino honradamente, y porque Dios me ha dado buena fortuna, (ó tal vez harto negra, pero esto último no se lo digas, que se apesadumbrarian), á mí han venido; y para explicarles esto, yo iré á verlos cuanto ántes pudiere, que pienso no tarde; y más no esperemos, que yo voy á sacar del aposento á la dueña para que libremente puedas prevenirte á la partida; y prevenios vos tambien, señor Herédia, que yo, en acomodando á doña Guiomar en lugar seguro, á veros vuelvo.

Y yendo á la puerta, tomó su bonete, se lo puso, abrió y salió á tiempo que un criado con librea en el corredor aparecia.

—Pues estudiante sois y aquí os hallo, dijo el criado, vos sois sin duda la persona que busco.

—¿Qué nombre os han dado? preguntó Miguel.

—El señor Miguel de Cervantes Saavedra, respondió el paje.

—¿De parte de quién venís á buscarme? dijo Cervantes.

—De parte de su excelencia, mi señor, el marqués de la Puente de Órbigo, y con tal encarecimiento, como que mi señor, que está en punto de muerte, dice que en veros le vá la salvacion de su alma.

—Pues tirad para adelante que ya os sigo, dijo Cervantes.

Y no reparó en que tal vez se ponia en peligro, ni vió otra cosa que la gran trascendencia que podia tener su vista en aquella ocasion con el marqués de la Puente de Órbigo.

Halló á éste que ya los médicos le habian curado y habia vuelto en sí.

Aparecia tan entero, que Miguel creyó que no tan de gravedad como se habia creido estaba, y habiéndole pedido el marqués, con el cual á solas se habia quedado, que hácia él se inclinase para poder hablarle en voz baja, inclinóse y el marqués le dijo:

—Mis males pasados y mi ódio, á quien no debiera haberle tenido por su inocencia, en tal trance me han puesto, que no es ménos que de muerte: por la justicia y por la misericordia de Dios, que me sentencia y en mí se manifiesta, yo os afirmo, que ni por mi boca ni por la del noble amigo que de testigo me ha servido sabrá nadie, quien, con sobrada razon y justicia, lealmente la vida me ha quitado, y de tal manera, que si vos no sabeis quién ese hombre ha sido, yo no os diré quién él sea.

—Mi hermano, señor, dijo piadosamente Cervantes, obligado se vió...

—Ya basta, que yo la razon que le asiste reconozco: decidle que no por mi muerte se intranquilice, que á nadie más que á mí mismo la causa de ella atribuyo; y porque el tiempo aprieta, y porque vos debeis saber donde se halla la dueña de mi buena esposa, y porque hablar con ella necesito, asegurándola que yo me arrepiento de haberla maltratado, persuadidla á que á verme venga cuanto ántes, sin temor de daño, y más bien con esperanza de recompensa.

—Yo os prometo que no tardará en venir y traeréla yo, dijo Miguel: y porque bien veo que el asunto urge de vos me aparto, y á cumplir vuestro deseo voy.

Y tras estas palabras salióse.

Volvió á su posada.

De tal manera, con tal y tan grande elocuencia y tan breve habló á la dueña, que ésta al fin consintió, y Cervantes la llevó hasta el lecho de su señor donde la dejó yéndose á esperarla á la antecámara.

No tardó ménos de media hora doña Guiomar en aparecer y llorando y acongojada y movida á compasion, y casi mudada de dueña en persona de humanos y caritativos sentimientos.

—¡Lo que es la muerte! exclamó, asiendo á Cervantes las manos: ella trae su arrepentimiento á los pecadores; aunque yo tengo para mí, que el que se arrepiente porque vé la muerte al ojo, si la muerte pasa, cuando de vista la pierde, se olvida de que se arrepintió, y á las andadas vuelve. Pero sea lo que fuere yo á buscar incontinente me voy á mi señora y á traerla, que el señor quiere verla por última vez y de ella despedirse, y de ella ir perdonado: yo no sé de qué la señora tendrá que perdonar al señor, porque bien avenidos los ví siempre: pero en fin esto es lo que hay; y el señor quiere que con la señora venga la niña, para reconocerla por suya, y sobre todo para verla ántes de morir: y esto es lo fuerte, que yo no he dicho al señor que la niña se ha perdido, y si vos, señor Miguel de Cervantes no la buscais, yo no sé lo que podrá suceder.

—En vez de iros á buscar á la señora, dijo resueltamente Miguel, venid á mi aposento y esperadme, que yo voy á buscar la niña, cuésteme lo que me cueste.

—Pues ya os sigo, dijo la dueña.

Y ambos salieron.

Dejó en su meson á la dueña Cervantes, dijo á su hermano y á Herédia que no detuviesen su marcha, y él se fué al palacio del Nuncio á buscar al cardenal Aquaviva.

CAPÍTULO XLVI.

Eu que se van complicando los sucesos de esta historia.

Uno de los familiares se apresuró á introducir á Cervantes, en cuanto dijo su nombre, en una rica cámara, en donde encontró á Aquaviva.

Levantóse éste del sillon en que estaba sentado, y saliendo á Miguel al encuentro, le asió las manos y le llevó á un canapé en que ambos se sentaron.

—¿Qué sucede tan importante, amigo mio, le dijo, que venís á buscarme, ó solamente habeis querido procurarme el placer de vuestra compañía?

—Amigo me habeis llamado y me llamais, dijo Cervantes, y aun como hermanos habeis querido que nos mirásemos.

—¿Y cómo no, dijo Aquaviva, si así lo quiere todo lo que entre nosotros ha acontecido?

—Pues bien, mi noble hermano y señor, dijo Miguel; dadme la niña que anoche, la señora doña Magdalena se llevó.

—¿Y para qué quereis vos esa niña? Preguntó sin poder disimular su extrañeza monseñor Aquaviva.

—No la quiero yo, dijo Cervantes: quien la quiere es su padre.

—¿Y quién es su padre? preguntó como si no lo hubiera sabido el cardenal.

—Su padre, á lo que él mismo me ha dicho, es el señor marqués de la Puente de Órbigo, esposo de la señora duquesa de Puente de Alba.

Y Miguel pronunció el título de la duquesa como si absolutamente no hubiera conocido á ésta.

—¡Ah! ¡el señor marqués de la Puente de Órbigo, es el padre de esa niña! dijo el cardenal profundamente meditabundo: ¿y cómo os ha hablado de eso el señor marqués?

Miguel contó al cardenal, como si no hubiera sabido más de la historia, lo que habia sucedido desde que de él se amparó aquella mañana doña Guiomar, pero ocultando que su hermano hubiese sido el que en punto de muerte habia puesto al marqués.

—Pues no hay más que cumplir el deseo del moribundo, dijo el cardenal: volveos á vuestra posada y esperad allí con la dueña: volveos cuanto ántes.

—A esperaros voy, hermano y señor, dijo Cervantes.

—Hasta muy pronto, hermano mio, dijo Aquaviva.

Miguel salió y se volvió casi á la carrera á su posada.

Díjole á doña Guiomar lo que acontecia y ambos se quedaron esperando con ansiedad.

Abigail habia acudido á su acechadero.

Habia continuado escuchando y alegrándose.

Miguel supo por la Mari-Gomez que su hermano y el sargento Herédia habian salido de viaje, y sin decir á donde iban, algunos momentos ántes, cada uno en una mula.

—Han ido á un lugar inmediato donde tenemos parientes, dijo Miguel: y se le ensanchó el alma.

Rodrigo se ponia por el momento fuera del peligro de la justicia.

Se volvió al lado de doña Guiomar.

Aun no habia pasado una hora, cuando la señora Mari-Gomez en persona fué á decirle que una carroza con mucho boato, habia llegado al meson, y que en ella venian, un señor y una señora enmascarados, y con ellos una nodriza, tambien enmascarada, que traia una criatura de muy poco tiempo en los brazos, y que el señor habia preguntado por el señor Miguel de Cervantes Saavedra.

Aun no habia acabado su mensaje la Mari-Gomez, cuando llamaron á la puerta del aposento.

Cervantes fué vivamente á la puerta y abrió.

Reconoció, á pesar de su antifaz, al cardenal Aquaviva.

Traia del brazo una dama.

A primera vista se comprendia que aquella dama apénas podia tenerse de pié.

Cervantes reconoció en ella á la duquesa de Puente de Alba, ó, como queramos, la marquesa de Puente de Órbigo.

Detrás de ella aparecia una alta y robusta montañesa con el pintoresco traje de su país.

Estas tres personas, como lo habia dicho la Mari-Gomez, estaban enmascaradas.

La nodriza tenia en los brazos una criatura que lloraba.

Al ver la duquesa á Cervantes, no pudo contener un ligero grito, inexplicable.

No podia decirse si era de sorpresa ó de alegría.

En cuanto á Cervantes se le agitó de una manera violenta el corazon.

Saludó de una manera torpe, á causa de su preocupacion, al cardenal y á la duquesa.

Entraron estos con la nodriza.

La Mari-Gomez conoció que allí sobraba y se fué.

Abigail, que no habia dejado su acechadero, redobló su atencion.

La duquesa, en cuanto hubo entrado, apoyada siempre en el brazo del cardenal, se sentó en un sillon.

Estaba verdaderamente enferma y violentamente agitada.

Antes de seguir adelante digamos lo que habia pasado, desde que Aquaviva habia ido á buscar á la duquesa hasta que habia aparecido con ella en el meson de Paredes.

Llegó la carroza del cardenal muy pronto á la quinta ó palacio de campo que la Nunciatura apostólica tenia en Madrid.

Pero no entró en ella por el postigo sino por la puerta principal.

Subió el peristilo que era grandioso, y por las escaleras de honor, y por las galerías, llegó á una cámara en la que encontró á sus dos hermanas.

Esto es, á *donna* Beatriz y á doña Magdalena.

Parecian lo más avenidas del mundo.

Ambas recibieron con alegría á Aquaviva.

—¿Cómo aquí á estas horas y con un tal dia? dijo *donna* Beatriz á su hermano.

—Las circunstancias han cambiado de modo, dijo Aquaviva, que es preciso que lo dispongais todo para la marcha, que sobrevendrá de un momento á otro; yo no puedo permanecer por más tiempo en la corte de España; se me arroja de ella; el cardenal Espinosa está muy mal prevenido contra mí, y todas mis gestiones cerca de los Vazquez, que son los que lo gobiernan aquí todo á la sordina, han sido inútiles.

—¿Conque partimos? dijo sin poder ocultar su contrariedad *donna* Beatriz.

En cuanto á doña Magdalena, se puso pálida.

Aquaviva continuó tranquilamente como si no hubiera reparado en la turbacion de sus hermanas.

—Afortunadamente, dijo, nuestra buena huéspeda, la marquesa de la Puente de Órbigo, no necesita ya ser amparada.

—¡Cómo! exclamó *donna* Beatriz; ¿ha tocado al fin Dios el corazon al marqués? ¿le ha hecho comprender lo injusto de su ódio á su mujer?

—Sí, Dios le ha tocado en el corazon; pero con la punta de una espada.

—¡Ah! ¡muerto! exclamó *donna* Beatriz.

—No, aun no, dijo el cardenal; pero está agonizando, y es necesario no perder tiempo: es muy importante que la marquesa vea á su marido ántes de que muera.

—¿Y quién, quién ha sido? dijo doña Magdalena.

—Un tal... de Cervantes Saavedra, dijo el cardenal dejando caer estas palabras de una manera indiferente.

Y no mentia Aquaviva.

Cervantes Saavedra era tambien Rodrigo.

Ambas creyeron que quien habia matado al marqués de la Puente de Órbigo, habia sido Miguel.

Ni podian creer otra cosa.

No sabian que Miguel tuviese un hermano.

Se pusieron pálidas de una manera mortal.

Pareció como que el cardenal no reparaba en aquella palidez.

Pero á pesar de su emocion, cada una de las dos hermanas reparó en la emocion de la otra.

—¿Y... se sabe... porqué ha sido esa muerte?

—No, respondió el cardenal: el lance ha tenido lugar en un sitio solitario y se guarda el secreto: la justicia está desorientada por ahora: es de esperar que no sobrevengan consecuencias: esta desgracia es otro de los motivos que tengo para apresurar mi marcha: el matador debe de haberse quitado de enmedio: esto es lo más probable: pero continúa en Madrid su hermano á quien pudieran alcanzar algunos compromisos, y yo le he cobrado un tal afecto, le tengo en una tal estimacion, que me lo llevo.

—¿Tiene, pues, un hermano, ese hombre? dijo doña Magdalena.

—Sí, respondió Aquaviva siempre de una naturalísima y descuidada manera; un bravo y galan y discreto estudiante, el mismo que ántes de anoche te amparó, cuando yo me ví obligado á aventurarme en una riña con aquellos pícaros.

Creció la turbacion de ambas hermanas.

Aquaviva continuó mostrándose tranquilo.

—Este estudiante, dijo, se llama Miguel; el otro, el matador del marqués, Rodrigo.

—¿Y por qué ha sido la muerte? dijo *donna* Beatriz.

—Lo ignoro, respondió el cardenal: yo lo he sabido porque fué á decírmelo Miguel de Cervantes há poco al palacio de la Nunciatura: me dijo además que habia hablado con el marqués espirante, y que éste le habia manifestado, que para morir tranquilo necesitaba ver á su esposa, pedirla su perdon, reconocer á su hija, es decir, presentacion *in artículo mortis;* por esto fué á buscarme Miguel de Cervantes.

—¿Y cómo ha podido saber ese sujeto, dijo doña Magdalena cuya turbacion era más y más visible, que la duquesa y su hija estaban en nuestro poder?

—Lo ignoro: como el tiempo apremiaba, no le gasté en informarme: dí la súplica por bastante y he venido. Es necesario, pues, que yo vaya al momento con la duquesa y su hija á buscar al estudiante, que con la dueña de la duquesa me espera en su posada.

—Pero la duquesa está gravísimamente enferma, dijo *donna* Beatriz, y yo creo muy peligroso el trasladarla.

—Su marido se muere, su marido la llama, dijo el cardenal: es necesario arrostrar por todo: la duquesa, además, es jóven y fuerte; vé, Beatriz, vé, y anúnciala lo que os he dicho.

Donna Beatriz se levantó y salió.

Doña Magdalena la siguió hasta que desapareció con una mirada profunda.

—Me tienen disgustado estos sucesos, Magdalena, dijo el cardenal paseándose de un lado á otro de la cámara: ese rey incomprensible... y luego la contrariedad de no poder permanecer yo aquí... nuestros proyectos deshechos...

—Sí; sí, dijo doña Magdalena; parece que pesa sobre nosotros una maldicion.

—¿Te contrariaria venir con nosotros á Roma? dijo Aquaviva siempre con su voz tranquila.

—No, verdaderamente no, dijo doña Magdalena; tengo grandes deseos de ver la ciudad eterna; sobre todo de besar el pié al Papa.

—Apénas si hemos hablado desde que llegaste: ¿te has dejado en Africa algun amor, Magdalena?

—¡Ah! ¡no! allí no he dejado más que á mi madre, y por algun tiempo no le soy necesaria; mi madre estará tranquila si sabe que estoy bajo el amparo de mi hermano, el buen hijo del señor duque de Atri. Por lo demás, ¿cómo habia yo de haber tenido amores allá? ¿podia yo enamorarme de un enemigo de nuestra religion, ni cómo resignarme á partir con otras el amor de mi esposo?

—¿Tú no te resignarias nunca á una particion tal?

—¡Oh! ¡jamás!

—¡Tú amas, Magdalena!

—Puede ser, exclamó con acento apénas perceptible doña Magdalena: es necesario confesar, Julio, que tú lees en el semblante de las personas lo que pasa en su corazon.

—¿Y él te ama?

—No lo sé.

—¡Cómo! ¿nada te dijo anteanoche? En el tiempo que junto á tí estuvo bien pudo dejarte conocer algun indicio.

—Sí; se mostró muy interesado por mí: pero ¿quién fia? y sobre todo... en una primera vista y cuando esta vista ha sido á causa de una extraña aventura...

—¿Y tu corazon qué te dice?

—No lo sé; pero le recuerdo de una manera á cada momento más insistente: lo que ese hombre me hace sentir no lo he sentido por ninguno.

—Y bien, veremos: él nos acompañará á Roma como uno de mis familiares; él es de una familia noble, pero pobre, y es de suponer que tambien te ame, y que se crea muy feliz uniéndose con una hija natural del poderoso duque de Atri: espéralo de mí todo: ya sabes cuanto te amo: pero silencio: siento á Beatriz que se acerca: guarda un profundo secreto acerca de lo que hemos hablado.

—¡Oh! ¡sí! ¡callaré! ¡callaré! dijo con vehemencia doña Magdalena.

Un momento despues entró en la cámara *donna* Beatriz.

Abarcó en una rápida mirada á sus dos hermanos, y una expresion sombría pasó por sus ojos, pero rápida como un relámpago.

Ni Aqüaviva, ni doña Magdalena pudieron apercibirse de aquella pasajera mirada de *donna* Beatriz.

Ésta adelantó hácia ellos perfectamente tranquila.

—La duquesa, dijo, se ha sobrecogido al saber el tristísimo estado en que se encuentra su esposo: pero inmediatamente se ha repuesto y me ha dicho: —«Yo siento con toda mi alma, que la proximidad de una muerte segura sea la que haya hecho que el marqués comprenda cuán injusto ha sido conmigo; pero puesto que así lo ha querido Dios, pasemos por este nuevo horror: iremos á ver á ese desdichado: poco importa la situacion en que me encuentro: Dios me dará fuer-

zas... y luego mi honor... el honor de él mismo... el honor de mi pobre hija!... apresurémonos á salvarle, aunque haya de costarme la vida.»

—¿Y está dispuesta? dijo el cardenal.

—Sí, respondió *donna* Beatriz: mis doncellas se quedaban vistiéndola.

—Procúrala un antifaz, Beatriz, y que se dé otro antifaz á la nodriza.

Donna Beatriz salió.

—Otra vez, Magdalena, dijo el cardenal, un profundo secreto: yo no puedo decirte porqué ese secreto te encargo.

—¡Oh! ¡sí! ¡sí! ¡yo le guardaré! dijo doña Magdalena.

—Y yo seré muy feliz haciéndote tan feliz como pueda, hermana mia, dijo el cardenal.

Y volvió á pasear preocupado por la cámara.

Doña Magdalena se habia abismado en una profundísima meditacion.

Algunos momentos despues volvió á aparecer *donna* Beatriz.

Venia como ántes, perfectamente tranquila.

—La duquesa te espera, hermano, dijo á Aquaviva.

—Pues bien, hermanas mias, hasta muy pronto: tenedlo preparado todo para la marcha, que puede ser de un momento á otro.

Y Aquaviva salió.

Media hora despues llegaba con la duquesa de Puente de Alba, al meson de la viuda de Paredes, y entraba en el aposento de Cervantes.

CAPÍTULO XLVII.

En que Abigail vuelve su espionaje en su provecho, y brinda con una tentadora aventura á monseñor Aquaviva.

Apénas se sentó la duquesa, cuando exclamó:

—¡Oh! ¡me sofoco! ¡no puedo resistir este antifaz! ¡dejadme que tome un poco de reposo... estoy muy fatigada!

Y se quitó el antifaz.

Tenia una palidez de cera, y con ella aparecia mucho más hermosa, porque habia en su belleza algo de sobrenatural.

Pero de improviso, y al ver la involuntaria mirada que en ella fijaba Cervantes, mirada intensa y ansiosa, sus mejillas se coloraron vivamente.

Abigail, que continuaba observando por su acechadero, se estremeció de ira, de celos.

¿Habia una historia de amor entre el jóven estudiante y aquella señora que habia llevado hasta allí el cardenal?

Aunque Abigail habia oido lo que se habia hablado en aquel aposento, no pudo sacar en limpio nada concreto, nada determinante.

Se habia embrollado.

Habia oido retazos de una historia.

Aquellos retazos no la daban un conjunto determinado.

Sabia que habia habido un duelo entre el hermano de Cervantes y un señor que habia caido en él; que mediaba en esto la esposa del moribundo; que habia, además, una hija recien nacida.

Bullian en la vehemente y acalorada imaginacion de Abigail, no sabemos cuántas suposiciones, cada una de las cuales abortaba una historia monstruosa.

—No importa, dijo para sí Abigail, tengo armas bastantes: yo saldré de mi condicion de esclava.

Y continuó observando.

La duquesa se habia repuesto cuanto podia reponerse.

El tiempo urgia.

No se sabia si seria ya tarde.

En fin, y sólo algunos minutos despues de haber entrado en el aposento de Miguel, la duquesa se puso otra vez el antifaz, y apoyada en el brazo de Miguel, y seguida de doña Guiomar, que iba rebujada en su manto, y de la nodriza que llevaba su antifaz puesto y en los brazos la niña, bajó al pátio del meson y entraron en la carroza que partió.

Monseñor Aquaviva se quedó solo en el revuelto aposento de Miguel.

Cerró la puerta con llave; puso sobre la llave, para tapar del todo el ojo de la cerradura, su sombrero, fué al sillon que habia ocupado algunos momentos la duquesa de Puente de Alba, y se sentó en él.

Quedó de frente al agujero, á través del cual observaba Abigail.

Le fatigaba el antifaz, y creyendo que nadie podia allí verle, se lo quitó.

Abigail pudo verle á su placer, y á medida que le contemplaba, se animaba.

El cardenal no disimulaba, porque se creia solo, y aparecia en su semblante una expresion sombría, y de todo punto siniestra.

—Ese hombre tiene las pasiones de un demonio, dijo Abigail: yo le atraeré, le seduciré; yo le volveré en mi provecho: parece poderoso: pues bien; su poder será mio: el otro... el otro... Cervantes... ¡ah! ¡sí! ¡sí! ya no tengo duda: ya mi corazon me habla de una manera clara: el que me atrae, el que domina mi pensamiento, el que me hace experimentar algo que no he experimentado nunca y que debe ser amor, es él: sí, Cervantes es todo corazon: ¡y tan noble... tan bravo! ¡Ah! es necesario que yo me resuelva, que no desaproveche esta ocasion: sabe Dios si volverá á brindárseme otra.

Y sin esperar á más, y haciendo un violento esfuerzo, porque era altiva, y se valia de un medio extraño y violento, golpeó en el tabique.

El cardenal hizo un movimiento de sobresalto, y miró hácia el lugar donde habian resonado los primeros golpes.

Otros nuevos golpes resonaban de una manera contínua.

El cardenal se rehizo de la sorpresa, se acercó al tabique, y oyó algunos golpes más.

Los contestó de una manera semejante.

Entónces oyó una voz contenida que le dijo :

—¡ Monseñor, necesito hablaros !

Aquella voz, voz temblorosa de mujer, habia resonado clara y distinta, casi en el mismo oido del cardenal.

Entónces éste reparó, y vió el pequeño agujero.

—¡ Oh ! ¡ aquí tambien ! exclamó : ¡ yo creia que esto sólo se usaba en Italia !

Y aplicando en seguida su boca al agujero, dijo:

—Decidme, señora, cómo puedo tener el contento de hablaros y de veros.

Y retiró del agujero la boca, y aplicó á él el oido.

—Salid de ese aposento, dijo Abigail, y venid al mio.

—Esperadme al punto, dijo el cardenal ya vivamente interesado por aquella aventura, y tanto más, cuanto que, á pesar del estado de su alma, no habia podido olvidarse de la extraordinaria é incitante belleza de Abigail.

Sin detenerse un punto, se puso el antifaz, pasó su sombrero de sobre la llave, á su cabeza, abrió, salió, cerró de nuevo, guardó la llave, y se fué á la puerta inmediata, que ya tenia abierta Abigail.

Entró, y Abigail cerró.

Estaban solos.

Abigail habia echado, mucho tiempo ántes, fuera á su esclava y la habia prevenido que no volviese sino cuando ella la llamara, que iba á descansar.

En seguida habia cerrado la ventana como sabemos, y se habia puesto en observacion de lo que pasase en el aposento de Miguel.

Antes de abrir la puerta para que Aquaviva entrase, habia abierto la ventana.

—Héme aquí, hermosa señora, dijo el cardenal, dispuesto á serviros en cuanto me pidais.

Y se quitó el antifaz seguro de que desde el cerrado aposento de Miguel no podian expiarle.

Estaba, además, vuelto á la puerta, de modo que aunque algun indiscreto hubiese mirado por el hueco de la cerradura no hubiera podido ver su semblante.

Recreaba su avarienta mirada en la extraordinaria hermosura de Abigail.

Ésta le sonreia, y sonriéndole parecia un arcángel.

Estaba sobreexcitada, encendida.

Sus negros y dulces ojos tenian algo de luminoso.

—No os digo que os senteis, monseñor, le dijo con una voz extraordinariamente armónica y sonora, aunque contenida, porque no quiero que si alguno os vió entrar, que sí os habrán visto, vea que habeis estado aquí mucho tiempo. Yo estoy sola en el mundo, violentada, amenazada, y necesito una noble y poderosa

proteccion: puesto que vos protegeis á todo el que á vos se acoge ¿no me concedereis á mí tambien vuestra proteccion?

—Con toda mi alma, señora, respondió el cardenal.

—Oid, monseñor, dijo Abigail; yo no conozco á Madrid: he venido á él por primera vez ayer y no he salido de este aposento: ¿hay cerca de aquí alguna iglesia?

—Sí, respondió el cardenal: la de la Merced.

—Bien, señor, dijo Abigail: no lo olvidaré: esta tarde, á las tres, me encontrareis con mi esclava, en la iglesia de la Merced.

—¿Es de todo punto necesario que yo vaya á encontraros, señora? dijo Aquaviva.

—No, de ninguna manera: pero si enviais otra persona, que sea, os ruego, discreta y callada.

—Descuidad, señora, dijo el cardenal, que yo no os protegeria noblemente si no mirase por vuestro recato.

—¡Oh! ¡Dios os lo pague, monseñor! ¿y cómo podré yo reconocer á esa persona?

—Esa persona se acercará á vos, y os dirá: «Roma:» pero ¿cómo esa persona podrá reconoceros, aunque sean bastantes señas vuestra hermosura? dadme alguna más.

—Conmigo estará mi esclava Zaphirah, que es negra como el ébano: además estaremos arrodilladas en el presbiterio, á la parte del Evangelio.

—Muy bien, señora: no faltará mi mensajero.

—Otra vez, señor, que Dios os lo pague, por el bien que me haceis con la esperanza que me dais: ahora, yo os lo suplico, salid.

El cardenal Aquaviva tomó una de sus hermosas manos á Abigail y se la besó.

Abigail retiró vivamente su mano.

Aquaviva salió y fué á encerrarse de nuevo, harto preocupado é interesado por aquella aventura, en el aposento de Miguel.

CAPÍTULO XLVIII.

En que se vé de qué manera acaba con los réprobos la providencia de Dios.

La carroza que conducia á la duquesa de Puente de Alba y á los que la acompañaban, no fué á la casa del marqués de la Puente de Órbigo por la calle del duque de Alba, sino por la de San Isidro, á la cual daba un postigo de la misma casa, que era inmensa.

Una vez allí, doña Guiomar bajó de la carroza, y sacando una llave, con ella abrió el postigo.

Era evidente que por aquel postigo y de una manera secreta, habia salido la duquesa con su dueña para ir á ampararse del cardenal Aquaviva.

Entró la dueña y cerró.

Los otros se quedaron esperando en la carroza.

A poco volvió doña Guiomar.

—El señor, dijo, espera con impaciencia, y ha alejado de sí á todo el mundo: está solo.

La duquesa temblaba visiblemente.

Su palidez era ya lívida.

Parecía un espectro.

Hizo un violento esfuerzo, y salió de la carroza apoyada en el brazo de Miguel.

La nodriza, llevando la niña, los siguió.

—Volveos al meson de donde habeis venido, y esperad á vuestro señor, dijo Miguel á los criados de la carroza.

Despues entraron todos por el postigo y éste se cerró.

Doña Guiomar los condujo por algunas habitaciones bajas hasta unas escaleras de servicio.

La duquesa subió con un grande afan por aquellas escaleras.

Desfallecia.

Atravesaron un largo corredor.

Al fin de él doña Guiomar abrió una mampara, y entraron en una cámara ricamente amueblada, cuyos tres grandes balcones daban á un extenso jardin.

—Esperad un momento, mis señores, dijo la dueña, que voy á prevenir al marqués.

Y abriendo otra mampara desapareció.

—¡Oh! no os aparteis de mí, amigo mio, exclamó la duquesa asiéndose más al brazo de Miguel y temblorosa: ese hombre, aun moribundo, me causa espanto.

—¡Ah! ¡nada temais! exclamó Miguel: el desdichado está de todo punto arrepentido.

—No importa, no importa, exclamó la duquesa estrechándose más contra Miguel, ese hombre es un demonio.

Volvió la dueña.

—Su excelencia, dijo, espera á vuecencia con ánsia.

Acometió un violento temblor á la duquesa.

A no haberla sostenido Miguel, indudablemente hubiera dado en tierra.

Al fin, y casi por Miguel llevada, entró en aquella que podia llamarse ya cámara mortuoria.

Allá en el lecho, dos ojos que brillaban febriles en un semblante desencajado, se fijaban con una expresion horrible en la duquesa.

Parecia que no veian á nadie más que á ella; que para aquellos ojos moribundos no existia Miguel, en cuyo brazo apoyada avanzaba lentamente la duquesa.



La duquesa acercó el rostro de la niña al del moribundo.

Llegó al fin al lecho.

—¡Ah, señor... y cómo os encuentro! exclamó con una voz llena de una verdadera conmiseracion, que revelaba la nobleza de su alma, la duquesa.

—Me encontrais de todo punto resignado á la muerte, señora, dijo con la voz bastante entera el marqués: yo he merecido esa muerte, y Dios me la ha dado providencialmente.

Y el marqués tendió la mano á Miguel y se la estrechó, como diciéndole mudamente:

—No temais, que yo no faltaré á mi juramento de guardar el secreto.

Y luego, volviendo sus ojos ya ménos terribles á la duquesa, dijo:

—¿Y nuestra hija, nuestra adorada hija, esposa mia?

—¡Ah, señor! exclamó la duquesa.

Y cogió una mano al marqués y se la besó, bañándosela en lágrimas.

Luego, volviéndose á Miguel, le dijo:

—Id, amigo mio, id, y que la nodriza entre.

Miguel salió.

Es de advertir que la duquesa y la nodriza se habian quitado los antifaces. despues de haber entrado por el postigo.

—¡Ah, perdonadme, señora mia de mi alma, perdonadme! exclamó el marqués; ¡yo os amo... yo os he amado siempre! pero vos lo adivinásteis: yo aborrecia á muerte al hijo que llevabais en las entrañas: ¡ahora... ahora que voy á morir, Dios me ha hecho conocer lo horrible de mi aborrecimiento á ese inocente. y le amo como si fuera hijo mio, porque es hijo vuestro!

—¡Oh! ! callad, señor, que vienen! exclamó la duquesa.

Habia rechinado, al abrirse, la mampara.

Miguel acababa de entrar con la nodriza.

Tomó Miguel la niña.

La nodriza volvió á salir.

Con la niña se acercó Miguel al lecho.

La pobre criatura lloraba desconsoladamente.

La duquesa tomó á su hija.

—Acercadla, acercadla, señora y esposa mia, á mi semblante, dijo con una voz que sonaba á lágrimas el marqués: yo no puedo incorporarme: los médicos han mandado que permanezca inmóvil: quiero besar á mi hija.

La duquesa acercó el rostro de la niña al del moribundo.

Éste la besó con efusion.

La duquesa lloraba de una manera larga y silenciosa.

Gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de Cervantes.

—¡Oh! ¡basta! ¡basta! exclamó el marqués: ¡es tanto el placer que experimento, porque os doy al fin una muestra de mi amor, señora, que temo que este placer me acorte la poca vida que me queda. Ahora, amigo mio, añadió dirigiéndose á Cervantes, llamad á mis parientes, á mis deudos, á mis servidores, que esperan en la cámara inmediata.

Miguel salió.

Poco despues el dormitorio, aun que era extenso, se llenó con los que entraron.

Los parientes más próximos se acercaron al lecho.

—Hermanos, primos y amigos mios, dijo el marqués; mi esposa y yo no esperábamos presentaros nuestra hija en una ocasion tan triste, pero así lo ha querido Dios: un lance imprevisto... una riña por un objeto fatal, me ha llevado con un desconocido, del cual ni aun las señas puedo daros, á un lance en que he perdido la vida; no pudiendo ser yo quien nuestra hija os presente, mi buena, mi adorada esposa, ha dejado el lecho para presentárosla, y para que la reconozcais como nuestra hija legítima, á la cual os pido que ameis tanto como me amais á mí, y por ella hagais lo que os cumple como mis parientes, y amigos mios y de su madre.

La duquesa presentó solemnemente á su hija á los parientes y á los deudos del marqués.

Concluida esta ceremonia, el marqués rogó le dejaran á solas con su esposa.

Salieron todos.

Miguel salió tambien, pero no se fué por donde se fueron todos.

Es decir por donde se llegaba á las habitaciones principales, habiendo entrado por la puerta principal.

Se retiró á la cámara inmediata al dormitorio á la que habia llegado entrando por el postigo.

La dueña habia desaparecido.

Habia desaparecido la nodriza.

Miguel habia quedado completamente solo á no ser que hubiera tomado por compañeros, las grandes figuras de los tapices flamencos que cubrian las paredes y que representaban personajes del Antiguo Testamento.

Podia decirse tambien que le acompañaban las calorosas y contrarias imaginaciones que se agitaban en su excitada fantasía.

Él habia nacido con la propension á lo bello; á lo que saliéndose de la realidad desnuda, sin perder las relaciones con la verdad, entra en los dominios del arte, de la poesía, de lo fantástico.

El poeta siente como poeta.

Es decir, siente la verdad, pero transfigurándola, si se nos permite la frase, elevándola á regiones á donde no llega la cortísima vista del vulgo, por más que el vulgo se deslumbre cuando hasta él llegan algunos de los destellos que parten de la region de lo sublime, de lo ideal en relacion con la verdad tangible, perceptible para todo el que piensa y siente, sea cual fuere el nivel de su inteligencia.

Jóven, ardiente, impresionable, las extraordinarias aventuras que le habian cogido, que le arrastraban en su corriente, lanzaban su vivísima imaginacion á los espacios de deslumbrantes esplendores.

Podia decirse que Miguel soñaba dispierto.

Tenia su cuerpo allí, en aquella sombría cámara, al lado del dormitorio enlugubrecido por la muerte que ya se cernía sobre una presa.

Pero su alma dilatada se lanzaba al espacio de lo candente, de lo embriagador de lo tentador.

A pesar de lo triste, de lo amargo, de lo terrible que va siempre unido á toda situacion de la vida que pueda llamarse verdaderamente grave, y tal era la múltiple situacion en que se encontraba Miguel, se sentia feliz.

Y para que su felicidad fuese más preciosa para él, se le revelaba, se le hacia sentir envuelta en el misterio.

¡Beatriz, Magdalena, la duquesa de Puente de Alba, la misma Abigail, eran para él otras tantas situaciones romancescas, llenas de un interés punzante, ricas en promesas de amor, de gloria, de fortuna!

Pero en el fondo de esta copa encantada, habia algo amarguísimo.

Aquel hombre que moria, muerto por Rodrigo.

La contrariedad que acompañaba, pesada y fria, á aquellas tres situaciones, á aquellas tres excitaciones tentadoras, representadas por Magdalena, por la duquesa, por Abigail, en las cuales Miguel no podia pensar como amante, sin ponerse en abierta contradiccion de su conciencia, que era perspicaz, sábia, recta y severa.

¿Y aquel jóven cardenal Aquaviva, en el cual adivinaba Miguel algo terrible?

Todas estas personas, los sucesos sobrevenidos ya, los que debian sobrevenir, su familia, sus aspiraciones, sus imaginaciones, sus contrarias sensaciones, hacian que Miguel, materialmente solo en aquella sombría cámara, se encontrase en ella demasiadamente acompañado.

Dejémosle, pues, entregado á sus esperanzas, á sus temores, á su imaginacion, en una palabra, y volvámonos junto al lecho del moribundo.

Habian prevenido los médicos al marqués de la Puente de Órbigo, no se moviese absolutamente; que permaneciese, por fatigoso que le fuese, en la posicion que le habian colocado, so pena, no de morir, porque engañaban al herido, ó pretendian engañarle caritativamente, sino de hacer más grave su estado.

El marqués, que tenia buen sentido, no se habia hecho ilusiones.

Sabia que estaba herido de muerte, y que su agonía no seria muy larga.

El pesado, el angustioso sufrimiento que experimentaba, la laxitud que de él se iba apoderando, y ese no sé qué terrible que dice á los hombres que van á morir, le decian demasiado que su fin se acercaba.

Habia pedido el Viático.

Pero para procurarse algun tiempo para hablar con aquella pobre esposa suya, á la que tanto habia amado y amaba, y de una manera tan desesperada, habia querido se avisase al rey del trance en que se encontraba, para que el rey mandase una representacion de la Casa real; honra que, por pertenecer el marqués y su esposa á la alta servidumbre, le correspondia de derecho.

Por muy pronto que se llenasen las formalidades necesarias, el Viático debia tardar tiempo suficiente para que el marqués tuviese una última y solemne conversacion con su esposa.

Despues de recibido el Viático, el marqués no quería hablar con nadie más que con el sacerdote que le auxiliase.

La duquesa, débil, enferma, en la grave situacion en que materialmente se encontraba, aun no pasados dos dias despues de su alumbramiento, estaba arrodillada en su sillon, echada en parte sobre el lecho, é inclinada sobre el marqués, hasta tal punto, que casi se mezclaban sus alientos.

Entrambos estaban pálidos como dos espectros.

—Ante todo, señora mia de mi alma, dijo el marqués con la voz débil y abarcando á la duquesa en una mirada avarienta, necesito que me perdoneis.

La duquesa no respondió, porque aun que quiso, no pudo, pero miró con ánsia al marqués y rompió á llorar.

—¡Oh, gracias, señora! dijo el marqués: vuestros ojos, con su mirada y con sus lágrimas, me han dicho más de lo que hubieran podido decirme vuestras palabras: vos me perdonais.

—No, dijo al fin la duquesa, haciendo un poderoso esfuerzo para dominar la emocion que la enmudecia; yo no os perdono, porque nada habeis hecho por lo que tengais necesidad de que yo os perdone.

—Sí, dijo el marqués: yo he sido cruel para vos: yo, con mi alejamiento de vos en secreto, con mis manifestaciones de amor en público, os he recordado continuamente la desgracia de la infame violencia que se os hizo; os la estoy recordando ahora mismo, pero es para acusarme, para probaros que necesito de vuestro perdon, porque yo, á ciencia cierta, sordo á la voz de mi deber, os he martirizado... á vos; á vos... inocente, á vos... pura.

—Yo veia en esto una prueba contínua, y á cada momento más grande, de la loca pasion que por mí sentíais. Y oid: yo soy la que debo acusarme: yo no he puesto nada de mi parte para que vuestra locura se calmara, para que alentárais una esperanza, para que creyérais, en fin, que yo os amaba: yo os he martirizado aun mucho más que lo que vos creeis me habeis martirizado á mí.

—Vos teniais ofendidos por mí el corazon y la dignidad: vos no comprendíais, porque os conociais inocente, porque noblemente me habiais hecho la confianza de vuestra desventura, cuando bien podíais haberme engañado, pareciéndoos á tantas otras que llevan al altar, encubierta por una infame hipocresía su impureza; vos no podiais comprender que siendo inocente yo os castigase, y llegó un dia en que, al martirio de vuestro corazon y de vuestra dignidad, se añadió el martirio horrible de la madre que siente miedo por la pobre é inocente criatura que ya vive en sus entrañas: yo os veia palidecer y temblar, por mis torvas, por mis insensatas miradas, que os espantaban, no por vos, sino por vuestro hijo: vos comprendiais aquellas miradas de ódio, de sombría amenaza; vos teníais la seguridad de mis crueles intenciones de hacer desaparecer aquel fruto infeliz del crímen: yo os he desgarrado el corazon, señora; vos, niña aun, habeis apurado todas las amarguras que durante una larga vida pueden hacer la criatura más infeliz del mundo á una mujer, á una madre: vos llegásteis, naturalmente, á sentir por mí horror y aversion.

—¡Ah! ¡no, no, esposo y señor! exclamó la duquesa, espantada y conmovida por el dolor, por la desesperacion con que el marqués habia pronunciado sus últimas palabras.

—¡Horror y aborrecimiento justos! exclamó de una manera inmensa el marqués; yo era vuestro verdugo, señora, vuestro espantoso, vuestro infame verdugo, porque veiais en mí al verdugo de vuestro hijo.

—¡Oh, señor, señor! ¡por piedad para vos mismo! exclamó la duquesa; mirad el estado en que os encontrais: no le agraveis... y no os hablo de mí, que estoy casi agonizando.

—Perdonadme, señora, para que yo vaya con vuestro perdon delante de Dios, y concluyamos, que bien veo que vos agonizais, exclamó con un espantoso acento el marqués.

El temor de la muerte del juicio inexorable de Dios, no le habian convertido más que á medias.

Hablaba su conciencia.

Pero no hablaba su corazon.

Guardaba en él, y rehervida, la hiel que le habian hecho apurar sus desventurados amores por la duquesa.

El bien reconocido, el mal sentido, se daban en él una récia batalla.

Luchaban en él la luz y la sombra.

Aquello era un tormento horrible.

Y este tormento, representando un infierno, aterraba á la duquesa.

Veia cuánto amor, y cuán violento, cuán desesperado, cuán irritado, habia para ella en aquel hombre.

Sabia que bastaba una palabra suya, una mirada suya, un momento de amor en ella para él, para que aquel hombre muriese en una embriaguez de felicidad.

Y sin embargo, y aunque por caridad lo queria, y aun por gratitud, puesto que aquel hombre ántes de morir habia reconocido solemnemente como hija suya legítima á la hija del crímen, sus labios se negaban de una manera invencible á pronunciar aquella palabra, sus ojos no podian producir aquella mirada, ni la era posible una expansion de amor que consolase á aquel desesperado, á aquel condenado.

Y era que no habia nada que la persuadiese, nada que la conmoviese en el marqués respecto á ella.

El marqués se habia mostrado terrible: terrible continuaba muriendo, á pesar de su conciencia y de su deseo de mostrarse realmente convertido á la razon, á la justicia: si habia reconocido á aquella pobre criatura, habia sido, y por más que la duquesa cerrase los ojos para no verlo lo veia, por el honor de su nombre, por no publicar la historia de su desdicha; no por satisfacer, no por consolar á la madre, no por caridad: no, la soberbia, el despecho, la ira, seguian combatiendo al marqués que no podia encubrir el infierno que se revolvia en su alma.

Por lo mismo, nunca más espantoso habia aparecido para la duquesa el marqués.

Le odiaba de una manera instintiva, y en vano prentendia dominar aquel ódio, hacerle desaparecer, por bondad de carácter, por virtud, por grandeza de alma.

Por poderoso que sea el corazon humano para combatir sus pasiones, para vencerlas, no puede llegar al logro de lo imposible.

Todos los maravillosos esfuerzos de la voluntad, todos los dulces, convenientes y necesarios consuelos de la virtud, no pueden hacer que el corazon humano venza una antipatía.

Esto seria violentar las leyes de la naturaleza.

Esto por consecuencia es imposible.

La duquesa hacia cuanto podia: esto es, mostrarse noble, generosa, consoladora para con aquel hombre al que habia matado su soberbia, despues de martirizarle por un lógico encadenamiento de sucesos.

—¡Ah! vos no me perdonareis; vos no podeis perdonarme, exclamó el marqués: lo veo, lo conozco: vos haceis cuanto podeis, y yo os lo agradezco; yo lo admiro; pero muero desesperado.

—Es que yo no quiero que murais, exclamó con una vehemencia infinita la duquesa; no, no quiero que murais; y si Dios ha dispuesto que murais, no quiero, no, no quiero que murais, desesperado: eso me espanta: ¿qué puedo hacer yo para que al ménos la desesperacion que en vos, con tanto dolor de mi alma veo, se calme?

—¡Ah! vos no podeis hacer nada, dijo el marqués: porque vos no sois Dios: porque sólo Dios pudiera hacer el milagro de que me amárais.

—¡Oh, Dios mio! exclamó sobrecogida la duquesa.

Y luego rehaciéndose añadió:

—¡Y por qué no he de amaros! ¿pues que no os veo muriendo de angustia por mí? ¿pues que no veo que yo lo soy todo para vos? ¿creeis, señor, que yo soy insensible, que yo no tengo corazon?

Y como en aquel momento, y como llamada por una atraccion poderosa sintiera en sí aquel espíritu de amor, con que su espíritu puro aun virgen se habia desposado en el misterio del sentimiento con Miguel, se estremeció toda y rompió á llorar amarguísimamente.

—¡Lo veis, señora! exclamó con acento de rugido el marqués: vuestra caridad os ha engañado, cuando habeis creido que podíais engañarme: sí, porque teneis el alma grande no me aborreceis; hay algo en mí de tal manera á vos contrario, para vos odioso, que no podeis vencerlo. ¡Y voy á morir! ¡y llegará otro, otro á quien amareis, otro que con la felicidad de su amor os hará olvidaros de vuestra desventura!

La duquesa se alzó aterrada y dió un grito horrible.

Es decir, pretendió alzarse pero no pudo.

El marqués, galvanizado por lo terrible de la lucha de sus pasiones, olvidándose de la prescripcion de los médicos que le habian ordenado no se moviese de la posicion en que le habian colocado, se habia incorporado de una manera nerviosa, potente, habia asido con ambas manos por la garganta á la duquesa, la habia

atraido á sí, y la habia besado de una manera hambrienta, monstruosa, satánica en la boca.

Afortunadamente, aquel fenómeno galvánico, que por un momento habia vuelto sus fuerzas al postradísimo marqués, pasó instantáneamente.

Cayó de nuevo sobre las almohadas.

Sus manos aflojaron, abandonaron inertes la hermosa garganta de la duquesa ántes de que hubiera podido tener lugar la estrangulacion.

Cervantes habia entrado violentamente en la cámara, espantado, estremecido por el horrible grito de la duquesa, y á tiempo de poderla sostener cuando, desmayada, iba á dar con su cuerpo en tierra.

Por la otra parte habian entrado tambien muchas personas.

El marqués se agitaba en convulsiones horribles, y vomitaba á borbotones sangre.

Rugia entre sus vómitos, pero no podia hablar.

Miguel habia acudido á la duquesa y la habia levantado.

Sucedió un gran tumulto.

Nadie sabia que hacerse.

Miguel, doña Guiomar y una doncella, habian sacado de allí á la duquesa, y la conducian á su aposento.

Nadie en medio de tanta confusion habia reparado en esto.

Todos acudian al marqués que se agitaba como un condenado, en convulsiones horribles, vomitaba sangre, rugia entre uno y otro vómito, queria hablar y no podia.

Unos gritaban que se llamase á los médicos.

Otros que se fuera por la Extremauncion.

Al fin, el marqués dió un gran grito y cayó sobre el lecho.

Una inmovilidad terrible habia sucedido á sus convulsiones.

Algunos débiles borbotones de sangre.

Respiraba aun.

Pero muy pronto se acabó todo.

Del marqués de la Puente de Órbigo, no quedaba más que un horrible cadáver.

CAPÍTULO XLIX.

En que una jóven y una vieja no pueden disimular su amor á Cervantes.

La duquesa habia sido puesta en su lecho casi exánime.

Dado el estado en que se encontraba habia sufrido demasiado para que no debiese temerse por su vida.

Los médicos, inútiles ya para el marqués, habian acudido al socorro de la duquesa.

Habia costado grandes esfuerzos arrancarla de su desmayo.

Cervantes esperaba, oculto, en una habitacion inmediata.

No habia querido ni podido separarse, en aquella situacion, de la duquesa.

Doña Guiomar, toda sofocada y fuera de sí, iba y venia y le llevaba noticias.

Miguel sufria lo que no es imaginable, y de tal manera, que por el momento no se acordaba de otra cosa; no pensaba en otra cosa que en la jóven, hermosa y desventurada duquesa de Puente de Alba.

Decian los médicos que estaba muy en peligro su vida.

Al fin, á la caida de la tarde, al mismo tiempo que en uno de los salones bajos de la casa del marqués, que daban á la calle, se colocaba en un gran catafalco un cadáver ya embalsamado, rodeado de todo el aparato que requeria su nobleza, volvia en sí la duquesa.

Los médicos no auguraban ya tan mal.

Pero previnieron que nadie entrase á verla; que no se hablase; que no hubiera junto á ella más que las personas estrictamente necesarias para asistirla.

Las gentes que habian acudido á las habitaciones de la duquesa, parientes y amigos, se retiraron.

Los médicos quedaron en una habitacion inmediata.

En otra habitacion inmediata tambien, pero al otro lado, continuaba solo, y más y más combatido por sus imaginaciones, Cervantes.

De tiempo en tiempo llegaba doña Guiomar, le daba noticias que sucesivamente eran más satisfactorias y permanecia con él algunos momentos.

En todo aquel dia no habia comido Miguel, ni sentia ganas.

Pero esto determinaba en él una situacion física, anormal.

Durante aquel dia funesto, los sucesos terribles se habian aglomerado.

Miguel, sin apercibirse de ello, sin sentirlo, estaba en un estado de todo punto febril, que le hacia sentir lo que le acontecia, de una manera extraña, fantástica.

Al fin, á las *Ánimas*, volvió doña Guiomar, y le dijo:

—¡Gracias á Dios, ya puedo deciros algo que os consuele, porque veo que estais muy acongojado por la señora! ¿quién pareciendo su excelencia tan delicada, habia de creerla tan fuerte? Los médicos están asombrados, y dicen que no hay absolutamente cuidado alguno; que dentro de tres ó cuatro dias podrá la señora dejar el lecho, y otros cuatro ó cinco dias despues, salir de su aposento. ¿Y sabeis? añadió la dueña guiñando un ojo y con un acento en cierta manera insinuante: su excelencia no se ha olvidado de vos; acaba de preguntarme por vos; y como yo la haya dicho que vos, cuidadoso por su salud, estábais aquí, me ha mandado os suplique entreis á verla: ya veis si sois afortunado, y si con buena estrella habeis nacido; ¡tan jóven! ¡tan hermosa... y viuda! ¡y sin parientes que puedan oprimirla! porque su tio, el único que la queda, anda allá, por los quintos infiernos, no se sabe donde.

Miguel escuchaba aturdido á doña Guiomar.

—Ya veis, continuó ésta, que haberse acordado de vos en la negra ocasion

en que se halla, quiere decir más que lo que hubiérais podido esperar: con que, vamos, buen mozo, entrad, y cuando seais duque, acordaos de que alguna parte he tenido yo en vuestra ventura.

—¿Qué me llama la duquesa? exclamó saliendo al fin de su aturdimiento Cervantes.

—Sí, sí, ya os lo he dicho, exclamó con asombro la dueña, ¿en qué habeis estado pensando? pero, en fin, es muy natural que esteis aturdido por vuestra ventura; desaturdíos y venid conmigo.

Y asió de una mano á Miguel, que se dejó conducir.

Llegó con él hasta el lecho de la duquesa, y una vez allí le puso un sillon.

Luego salió.

Miguel y la duquesa quedaron solos.

—¡Oh! ¡gracias, gracias, amigo mio, le dijo la duquesa tendiéndole una de sus pequeñas y mórvidas manos, por el interés que me habeis manifestado!

—¡Ah, señora! exclamó Cervantes confuso; ya os dije, y os lo repito con todo mi corazon, que mi vida es vuestra.

—Lo sé, y esto me consuela: me he quedado sola en el mundo: pero no estoy sola teniendo vuestro afecto: ¡oh, Dios mio! ¡y cuánta cosa, y en cuán poco tiempo ha pasado por mí! ¡mi hija! ¡mi pobre hija! ¡ah! ¡se me vá la cabeza! ¡yo no sé lo que siento, ni lo que pienso! ¡aquel hombre! ¡aquel terrible hombre! ¡me estremezco aun de espanto! ¡yo creí que me devoraba desesperado! ¡que queria llevarme consigo!... ¡oh Dios mio! ¡sus manos en mi garganta!... ¡aun siento en ella el dolor! ¡yo tenia que preguntaros algo... y no me acuerdo!... ¡oh! ¡mi cabeza!... ¡ah, sí! ¿sabeis vos algo?

—Yo acudí, señora, cuando oí vuestro grito de espanto, dijo Cervantes, y acudí á tiempo de sosteneros en mis brazos cuando caíais sin sentido.

—¡En vuestros brazos! exclamó la duquesa.

—Luego entró doña Guiomar, una doncella y yo os tragimos á vuestro aposento.

—¿Y el marqués dijo algo? preguntó con ansiedad la duquesa: ¿ha pronunciado alguna palabra que haya podido comprometer nuestro honor y la suerte de mi hija?

—Los muertos no pueden hablar, señora, dijo Miguel: el marqués cayó sobre su lecho mortal, al mismo tiempo que vos entre mis brazos desmayada.

—¡Ah! ¿con qué nadie puede dudar de la legitimidad de mi hija? exclamó con un creciente amor la duquesa.

—Nadie, señora, respondió Miguel.

—¿Ni de mi honra? añadió ella con más ansiedad aun.

—Vuestro secreto, señora, está guardado, por una parte, en la tumba, y por la otra, iba á decir que en el puño de mi espada... por la otra, en un lugar más seguro... en mi corazon.

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias, mi buen amigo! exclamó la duquesa; estoy tranquila: vos no me abandonareis, ¿no es verdad?

—¡Ah, señora! ¿y cómo puedo yo abandonaros?

—¡Gracias otra vez! dijo ella estrechando con efusion la mano del estudiante: ¡las terribles imágenes que todavía me atormentan desaparecen! ¡yo perdono con toda mi alma á ese hombre! más aun, le compadezco: el terrible amor que me tenia le ha asesinado... ¡oh, sea para con él misericordioso el Señor!... ¡yo no dejaré nunca de ofrecer á Dios sufragios por su alma!

Calló la duquesa y ambos permanecieron en silencio algunos segundos.

—Y vos, amigo mio, ¿cómo os sentís? dijo al fin la duquesa con una tierna solicitud; por fuerza habeis sufrido mucho.

—¡Ah, señora! ¡yo no creia que se pudiese sufrir tanto! exclamó ardientemente Miguel; cuando os ví en mis brazos desmayada, mortal, junto á aquel hombre que moria desesperado... ¡ah! ¡no, no lo sabeis; no podríais comprenderlo sino comparándolo con lo mismo que vos habeis sufrido!

—Pues bien, amigo mio, dijo la duquesa; es necesario que os recobreis, que descanseis: yo no corro peligro alguno: además de que me lo han asegurado los médicos, yo me siento con una vida poderosa: Dios me ha dado fuerzas para resistir á tanta prueba; ¿por qué he de sucumbir yo cuando las pruebas han pasado, cuando ya no queda más que la postracion y el dolor que tanto del cuerpo como del alma pasarán rápidamente? Yo lo espero asi. Id, amigo mio, descuidado; id y descansad, si quereis que yo quede más tranquila.

—Os obedezco, señora, respondió Miguel levantándose.

—Juradme que os volvereis á vuestra casa, le dijo acreciendo en solicitud la duquesa: que cuidareis de vos.

—Os lo juro, señora, dijo Miguel.

—Pero volved mañana; quiero veros.

—Volveré en cuanto amanezca.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana, señora mia.

Miguel volvió á la habitacion de donde habia ido.

Encontró allí, esperándole, á doña Guiomar.

—¡Cuando os decia yo que os teníamos duque! dijo la dueña; ella no ha dicho una sola palabra de amor; pero os ha dejado conocer, sin poder remediarlo, que os ama y que os ama de veras. ¡Ah, señor bachiller, señor bachiller! ¡y cuánto me debeis!

Lo que acababa de decir doña Guiomar demostraba que no sólo se habia tomado la libertad de sorprender la conversacion de su señora con Cervantes, sino que llegaba á la audacia de confesarlo.

—Sí, sí, ya sé que os debo mucho, mi buena doña Guiomar, dijo Cervantes; pero he sufrido mucho, no he tomado alimento en todo el dia y necesito descanso.

—¡Y malamente que vais á descansar en mi aposento, buen mozo! exclamó la dueña, y que yo misma os serviré la cena: os voy á tratar á cuerpo de duque: pero me habeis de prometer que sereis comedido y discreto.

—¡Ay, doña Guiomar! exclamó Cervantes, que hubiera sido un nécio si no

hubiese comprendido que le convenia estar bien con la dueña, por lo mismo que ésta habia oido su conversacion con la duquesa: tales empeños y tan de monta tengo en mi posada, que no puedo, como quisiera con toda mi alma, aceptar vuestro hospedaje: pero yo os juro, por la memoria de vuestro difunto señor Zurriaguete...

—¡Miren que ocurrencia ahora! exclamó vivamente doña Guiomar; dejad en paz á los muertos, que bien vivos estamos, gracias á Dios, y sin ganas de morirnos; vos jóven y como una flor, y yo fresca y oronda y con el alma tan jóven como la vuestra.

—Y hermosa á maravilla, dijo Cervantes.

—¿De veras, picaruelo?

—Tan de veras, que yo os juro que me escarabajeais...

—¡Ay, hijo mio! ¿escarabajeo dices?

—Y ánsias.

—¡No me lo digas!

—Volveré á repetíroslo mañana; pero si me estimais dejadme ir: mirad que nos vá mucho á todos en ello.

—Ven, ven, hijo, y te echaré á fuera por el postigo, dijo la dueña; puesto que tienes que hacer, y bien lo creo, cosa que á todos nos convenga, que harto entiendo que hay aquí maraña.

—Y tanto, que es fuerza desenmarañarla.

—A buen entendedor...

—Pues no me entendeis... yo nada tengo que temer por lo que ha sucedido: sin embargo...

—Bien pudiera ser, que sin haber tú echado tu cuarto á espadas, lo hubiera echado algun conocido tuyo.

—¡Eh! ¡cuidado con lo que se dice, doña Guiomar, ó yo sabré cómo he de castigaros si sois maliciosa! yo nunca cometo infamias.

—Perdona, hijo, perdona, exclamó doña Guiomar, que yo no lo decia por tanto; ¡y vaya si tienes genio! ¡me has espantado!

—La mujer que quiera que yo la aprecie ha de merecerme, exclamó Miguel.

—¿Y cómo se te puede merecer, hijo?

—Obedeciéndome.

—Pues yo te obedezco, hijo, y mucho mejor que á mi difunto Zurriaguete, que tambien tenia su geniezuelo.

—Vamos, madre, y écheme fuera, que yo la afirmo que hace gran falta que yo vuelva á mi posada.

—Voy, voy, dijo la dueña tomando una palmatoria en que habia una vela, y y encendiéndola; pero no me mires fosco que eso es pagarme mal la voluntad que te tengo.

Y se puso en marcha.

Poco despues, y habiendo tenido necesidad de algunos fingimientos para con doña Guiomar, que era un amor momio y trasnochado que le salia, salió Miguel

de la casa por el postigo, quedando con doña Guiomar, de que ella, junto al mismo postigo, le esperaria al amanecer.

CAPÍTULO L.

En que continua cayendo agua de las nubes, y lloviendo aventuras sobre Miguel de Cervantes.

Al doblar la esquina de la calle de San Isidro á la de Cosme de Médicis, Cervantes reparó en dos mujeres rebozadas que por esta última calle iban delante de él.

Por distraido que fuese Cervantes, no pudo ménos de reparar en la gentileza de las dos tapadas que le precedian.

Particularmente la de la que iba á la derecha era extraordinaria.

Parecia una reina, y una reina oriental, una sultana.

Ayudaba á esto su ámplio, luengo y severo traje, que mucho de oriental tenia.

La otra, aunque era tambien muy gallarda, no tenia, ni con mucho, la altiva distincion, la distincion *sui géneris* que en la primera se manifestaba.

Iban muy deprisa, porque llovia aun, y copiosamente.

A cierta distancia las seguia un hombre embozado.

Este hombre habia quedado detrás de Cervantes.

Aunque nuestro bachiller habia reparado en las dos tapadas, y en aquellos tiempos, dos tapadas, de noche, á aquella hora por las solitarias calles de Madrid, provocaban á probar una aventura, con muy poco humor de aventuras iba Miguel.

Le bastaban las que tenia ya encima, y continuaba hecho una mar de confusiones, de sentimientos, de esperanzas, todo revuelto, todo contradictorio.

Los pasos de hombre que oia tras sí, insistentes, le hicieron cambiar prudentemente, no de acera, porque entónces no habia acera, ni aun empedrado, sino de lado de la calle.

No tenia tampoco ganas de cuestion.

Solamente, si aquel hombre hubiera cambiado tambien de lado, se habria detenido y le hubiera dado frente.

Pero esto no sucedió: el que sin duda seguia, no á Cervantes, sino á las mujeres, continuó su marcha sin dejar conocer nada hóstil á Cervantes.

Una vez recorrida la calle de Cosme de Médicis, las dos mujeres se metieron, siguiendo de frente, por la del Meson de Paredes.

Habia, ántes de llegar al meson, en el lado izquierdo de la calle, en la pared, en un nicho, un San Antonio Abad, al cual se presentaba el demonio transforma-

do en una dama hermosísima, ricamente engalanada, sólo que por debajo del brial la asomaba una como cola de serpiente, lo cual denunciaba en aquella dama el arcángel de las tinieblas.

Las de la calle se disipaban en aquel punto, por el farol ahumado que alumbraba túrbiamente la imágen.

A esta escasa luz, Cervantes, que aunque abismado en sus cavilaciones, prestaba una atencion instintiva á las dos tapadas, creyó reconocer en la una de ellas á su hermosísima vecina de aposento: á Abigail.

Y ella era, en efecto, que volvia de su cita con el cardenal Aquaviva.

Quien las seguia á cierta distancia para resguardarlas en cualquiera eventualidad, sin acompañarlas ostensiblemente, era el cardenal Aquaviva.

Como vén nuestros lectores, el cardenal era una especie de don Juan Tenorio, en que se vislumbraba algo de sombrío, que con la mayor espontaneidad del mundo se metia en una y otra aventura, y se agradaba de las mujeres sin empacho, como otro mortal cualquiera.

Bien es verdad, y deben saberlo nuestros lectores, que Julio de Aquaviva, ilustre hijo del ilustrísimo duque de Atri, se habia criado en Roma, corrompidísima y licenciosa en aquel tiempo, á pesar de la Sede Pontificia.

Verdad es tambien que, á pesar de ser cardenal electo y familiar del Papa y uno de sus más queridos familiares, Julio de Aquaviva, por no tener aun sus veinticinco años, habia tomado pretexto para no ordenarse ni aun *in sacris*.

Era, pues, un magnate seglar como otro cualquiera, y completamente libre.

Ni por lo de cardenal electo pecaba, ni faltaba al decoro á su investidura.

Un cardenal, en último resultado, no es otra cosa que un patricio romano, y de aquí que la púrpura sea su distintivo; y si bien es verdad que generalmente esta alta dignidad sólo se concede á eclesiásticos, tambien lo es que ha habido, y puede haberlos, cardenales seglares; esto es, cardenales legos; patricios, simplemente, de Roma, exaltados á esta dignidad por el Papa.

Y de esta clase era, aunque su padre le habia destinado á la Iglesia, y habia estudiado cánones y teología en Bolonia, el jóven Aquaviva.

Cierto es que estos cardenales legos no pueden pertenecer al Sacro Colegio, ni tener en la Iglesia cargo alguno, puramente eclesiástico.

Era muy de extrañar que el Papa hubiera enviado un tal legado al soberbio Felipe II.

El error habia producido sus consecuencias naturales: Felipe II no habia aceptado aquel legado, no habia querido oirle verdaderamente, y sólo le habia recibido, llenando una ceremonia por respeto al Papa.

Pero inmediatamente habia hecho, como ya se ha dicho, se diese pasaporte á aquel cardenal casi niño, para que en un plazo dado saliese de España.

Cese, pues, la extrañeza de los que hayan encontrado inaceptable la persona de un cardenal corriendo aventuras galantes, como cualquier seglar licencioso.

En Aquaviva sólo tenemos á la vista un poder por su origen: una potencia romana por la eleccion del Papa.

Abigail y su esclava Zaphirah, llegaron al fin al meson de Paredés que aun tenia abierto un postigo de su portalon y se entraron por él.

Cervantes no necesitó de este hecho para reconocer á Abigail.

La habia reconocido ya, cuando ella, con su esclava, pasó al alcance de la luz que alumbraba á San Antonio Abad.

¿De dónde venia Abigail con su esclava á tal hora, avanzada ya para aquellos tiempos?

Esto, á pesar de la embrollada situacion en que por el amor se encontraba metido Cervantes, le inquietó.

Ya sabemos que porque la habia encontrado extraordinariamente bella y rodeada de una aureola de misterio, por decirlo así, Cervantes se habia interesado grandemente por ella.

Habia empezado verdaderamente aquel interés, en la historia empezada y no concluida por el señor Lope de Rueda.

Habia visto bastante Miguel en Abigail, para que su imaginacion la encontrase interesantísima.

Nadie, ni aun el más discreto, está libre de la influencia del amor propio, y Miguel, por discreto que fuese no habia podido dejar de sentirse halagado, por la buena acogida que le habia dejado ver en sus miradas Abigail.

Sintió, pues, un celoso cuidado á causa de aquel hombre que la seguia.

Y como Cervantes tenia el espíritu aventurero, se determinó á volver sobre sus pasos y á ponerse frente á aquel hombre.

Cuando pensó esto estaba ya muy cerca del meson de Paredes.

Otro bulto, que Cervantes no habia visto ni podido ver, se despegó entónces del hueco de una puerta, y delante de Miguel se puso.

— Sois demasiado imprudente, señor Miguel de Cervantes, dijo aquel hombre, ó creeis sin duda que no se os vé.

Cervantes reconoció en la voz y en el talante, al señor Giuseppe Sparzo, el criado de confianza, el *fac totum* de *donna* Beatriz.

— ¡Ah! ¡qué sois vos, señor Giuseppe! exclamó Cervantes algo confuso.

— Sí, yo soy, dijo Giuseppe; y no es lo malo que yo sea, sino que mi señora me envia; y no es lo malo que mi señora me envie, sino que mi señora sepa donde todo el dia habeis estado; y no es esto lo peor, sino que mi señora os aguarda irritada y celosa.

— ¡Ah, que me aguarda vuestra señora! exclamó con una grande y ostensible alegría Miguel, olvidándose de todo por Beatriz; pues vamos allá, y decidla vos cuánta ha sido la alegría que he recibido al saber que me espera: así se curará de sus celos.

— Seguidme, pues, dijo Sparzo.

Y ambos tiraron hácia la inmediata calle de la Encomienda.

El cardenal Aquaviva los siguió.

A alguna distancia seguia al cardenal otro hombre en que no habia podido reparar Cervantes.

Aquel hombre era el ayuda de cámara de confianza, el *brazo* de Aquaviva, Paolo Lazzarotti.

CAPÍTUO LI.

En que se vé que una pobre hermosísima no tiene más hacienda que su dignidad.

Para no dejar nada atrás, involucrando nuestro relato, vamos á la cita que con el cardenal Aquaviva habia convenido Abigail.

Sabemos que aquella cita era á las tres de la tarde en la iglesia del convento de la Merced y que Abigail y su esclava debian estar en ella en el presbiterio, en la parte del evangelio.

Dos horas ántes Abigail, que estaba impaciente y con el alma llena del recuerdo enamorado de Miguel, y celosa, se dedicó á su atavío.

Se habia propuesto fascinar, dominar al cardenal Aquaviva, para procurarse con él un elemento de poder, una fuerza que le ayudase en sus proyectos.

Tan hermosa era que ciertamente no necesitaba ni de los afeites ni de las galas, para ser tentadora de una manera terrible; más aun, satánica.

Sin embargo, Abigail no perdonó ni los afeites, ni el traje, ni el prendido.

Pero Abigail era pobre: sus perlas eran falsas, sus alhajas, fuera de aquella cadena con cruz de oro que habia heredado de su madre, de alquimia.

Sus trajes, de teatro, esto es, de relumbron.

Los debia á la generosidad y al cariño de Lope de Rueda.

Cariño que podia llamarse artístico.

El señor Lope de Rueda no fundaba su cariño por Abigail en su hermosura, ni en su carácter, que era duro y terrible, sino en que Abigail, como comedianta, era una musa.

El señor Lope de Rueda perdonaba á la jóven sus defectos, la violencia de su carácter, su altivez, y admiraba su dignidad, su pureza, su valor, y sobre todo, sus grandes cualidades, su gran talento para la escena.

Cuando representaba papeles que podian llamarse trágicos, aunque las obras dramáticas de aquel tiempo, por estar en los principios nuestro teatro moderno, no pudiesen llamarse tragedias, y tuviesen mucho de farsas, por más que la forma fuese ruda y aun extravagante, solian asomar en ellas caractéres terribles, especialmente en los autos sacramentales, y cuando uno de estos caractéres representaba, aparecia Abigail sublime.

En la comedia era incomparable.

En la farsa no habia más que pedir, ni en los papeles picarescos: en este género Abigail se dejaba atrás, con mucha distancia, al más truhan.

En los papeles amorosos, aquella naturalmente dura Abigail, se transformaba, se hacia la hada del amor y de la ternura. encantaba, seducia, y la ayudaba á llegar á un efecto mágico su incomparable belleza.

Era un prodigio: ella habia destronado á la Angélica que, hasta la aparicion de Abigail en la escena, habia sido la reina de las comediantas, no sólo de España sino tambien de Francia, de Italia, de los Paises Bajos y aun de Alemania: porque como nuestros invencibles tercios andaban en todas estas partes por aquel tiempo, á donde quiera que ejércitos nuestros habia, habia llevado sus cómicos, los mejores de su tiempo, el emprendedor poeta y comediante á un tiempo, Lope de Rueda.

Pero los cómicos de entónces, si bien podian llegar á una gloria igual á la que llegan las grandes notabilidades escénicas de nuestros dias, no llegaban como éstas á la fortuna por medio del arte.

Si una comedianta de aquellos tiempos se hacia rica, era deshaciendo su honor.

Por el arte no se llegaba al dinero.

Ganaban muy poco aquellos cómicos: como que trabajaban á partido.

Ó, lo que es lo mismo. asociados tanto para las pérdidas como para las ganancias, y no por partes iguales, sino cada cual con las partes que le correspondian con arreglo á su mérito y á lo necesarios que eran en las compañias, para que acreciendo la bondad de éstas, acreciesen las ganancias.

Abigail no tenia más que tres partes como la Angélica, y atendido lo barato que era el precio de la entrada á los espectáculos teatrales, apénas si, yendo bien el negocio, se ganaba con las tres partes para vivir.

Nosotros creemos que si en tiempos de antaño se despreciaba á los comediantes, no era porque lo fuesen, sino porque su pobreza, su miseria, sus largas paradas, su afan contínuo, los obligaba á ellos, y singularmente á ellas, á bajezas, á indignidades, á prostituciones que los hacian despreciables.

El dinero dá la independencia y el dominio, y estas dos situaciones prevalecen en la dignidad.

La miseria es el primer elemento de corrupcion que conocemos.

Abigail habia hecho mucho, puesto que á pesar de su miseria no habia dado, como la Angélica y como otras, en indignidades, ni en corrupcion de ningun género, por lo que, á pesar de su gran talento, no habia salido de pobreza.

Esto en gran parte tambien hacia que Lope de Rueda, que era honradísimo, le favoreciese en cuanto le era posible.

Si algun buen traje tenia Abigail, si sus alhajas de alquimia, ó de imitacion, eran tales que parecian finas, lo debia á Lope de Rueda.

Abigail, para ir á su cita con el cardenal Aquaviva, se puso un traje de buena felpa, que podia pasar muy bien por terciopelo, bordado, al parecer, de oro.

Un traje color de granate, con el que aparecia rozagante y majestuosa.

Un traje de reina, un traje de teatro: ¿pero qué habia de hacer, si ella usualmente no llevaba más que su túnica y su toca hebreas, que aunque elegantes no podian ser más sencillas por no decir pobres?

Acomodóse asimismo una especie de caftan de damasco azul de cielo, bordado de plata, y con una finísima camisa de Cambray, cerrada pudorosamente en el nacimiento de la garganta, con un collar de oro, de cuentas huecas pero brillantes y vistosas, y peinados los negros cabellos en luengos y pesados rizos, que caian con profusion sobre su seno, sobre sus hombros y sobre sus espaldas, producian un efecto admirable con el bellísimo y moreno semblante oval en que brillaban sus grandes ojos negros, y seducia la boca purpúrea, húmeda, fresca, deliciosa, y se dejaban admirar las cejas negrísimas de una suave curvatura, y sobre ellas la serena frente; sobre esta frente en la cual parecia transparentarse á veces un infierno, á veces un cielo, y rodeando su cabeza se puso una sencilla diadema de perlas falsas, pero de una tal imitacion que parecian finas: brazaletes de oro, y algunas sortijas completaban su adorno, y en fin, sobre todo esto se puso un gran manto de terciopelo, con velo de encaje de Bruselas que la cubria completamente.

No tardó ménos de dos horas Abigail en engalanarse como habia podido, y fuerza es confesar, que aunque de poco valor sus galas, parecian muy ricas y la sentaban admirablemente.

Zaphirah se puso una túnica azul, y un collar de corales, de imitacion tambien, pero que producia un efecto de tal punto voluptuoso sobre su mórbida y esbelta garganta de ébano vivo, si se nos permite esta frase de negrero, y con un tocado sencillo, y un manto de bayeta negra batanada sin velo, que no tenia otra cosa la pobre, estuvo dispuesta para acompañar á su señora, á punto que daban las tres en el reló de San Isidro.

Al fin, de todo punto impaciente Abigail, y de todo punto olvidada tambien de aquel su tirano tio Rodrigo Carreño, que en aquellos momentos estaba á todo su despecho en la cárcel, salió de su aposento, no sin haber mirado por el agujero al desierto aposento de Cervantes, echó la llave á la puerta del suyo, y seguida de Zaphirah se encaminó á las escaleras.

Al llegar á ellas, se encontró con el señor Lope de Rueda que subia.

Sorprendióse al verla de aquella manera engalanada.

—¿Qué es esto, exclamó severamente: á dónde vas tú tan engalanada y con el manto de los dias de fiesta á ponerte bajo la lluvia? ¿Te nos echas tú tambien á perder como las otras?

—Dejadme á mí hacer, padre mio, dijo Abigail, que siempre trataba de esta tierna manera á Lope de Rueda, que yo sé lo que hago, y no puedo yo echarme á perder, que tengo yo muy altiva el alma.

—Dios quiera que no te engañes, dijo Lope de Rueda.

—Voy á la iglesia.

—Muy devota te haces.

—Voy á dar gracias á Dios por haberme libertado de mi tio.

—Anda, anda con Dios, hija, replicó Lope de Rueda, que por último para tí harás, y yo no tengo sobre tí dominio.

—Descuidad, padre mio, dijo Abigail, que yo no necesito de más dominio que el que sobre mí misma tengo.

—Anda, anda, dijo Lope de Rueda, que Dios dirá.

Y la emprendió con el segundo tramo de la escalera, en demanda de su aposento, que estaba en el segundo piso.

Abigail, cuya impaciencia crecia, se lanzó rápidamente por las escaleras seguida de Zaphirah, y muy pronto señora y esclava estuvieron en la calle.

Se nos olvidaba decir que Zaphirah era un regalo que Lope de Rueda habia hecho á Abigail, y que como Zaphirah trabajaba, cuando hacia falta una negrita ó un negrito para la representacion, ganaba su parte, ó más bien su señora, porque lo que los esclavos ganaban era de su señor.

Así es que á Abigail no la costaba nada su doncella esclava.

Las dos jóvenes, amparándose como podian de las salientes de los aleros de la lluvia, y casi á la carrera, llegaron muy poco mojadas á la iglesia de la Merced, que á causa del mal tiempo estaba desierta.

Abigail reparó en una magnífica carroza, que un poco más allá de la iglesia estaba parada.

Se la ocurrió que aquella carroza podia ser para ella, y fué á arrodillarse, con creciente impaciencia, en el presbiterio en la parte del Evangelio.

Poco despues, un hombre, al parecer hidalgo por su traje, pero de fisonomía sesgada y aviesa, se arrodilló á poca distancia de ella.

Este hombre era Paolo Lazzarotti.

Abigail le miró con ansiedad, y de una manera tal, que autorizó á Paolo á que volviéndose hácia ella, la dijese en voz baja pero perfectamente perceptible:

—Sí, sí, yo soy.

—Teneis una seña, respondió tambien en voz baja Abigail.

—Sí, mi señora, respondió Paolo: Roma.

—Salid, pues, y esperad en la puerta, le dijo Abigail.

De allí á poco, Lazzarotti se levantó y salió.

Cinco ó seis minutos despues salieron Abigail y Zaphirah.

Encontraron de la parte de afuera de la cancela á Lazzarotti que, sombrero en mano y con un gran rendimiento, dijo á Abigail, como si en efecto ésta hubiese sido su señora:

—Monseñor me encarga de deciros que le perdoneis si no ha venido él mismo: grandes razones, que mi señor os manifestará, le disculpan: ahora bien, yo, en en nombre de mi señor, os ruego, señora mia, os digneis aceptar el coche que os aguarda, en el que yo os conduciré á donde mi señor, con impaciencia, os espera.

—Vamos, pues, dijo Abigail.

—Esperad, señora, dijo Lazzaroti: yo haré que la carroza llegue delante de la iglesia.

Salió á la puerta é hizo seña á los del carruaje, que inmediatamente á la puerta de la iglesia vino.

El paje, armado de un paraguas abierto, puso el estribo, abrió la portezuela, y protegidas por el paraguas entraron en la carroza la una tras la otra. Abigail y Zaphirah.

Se cerró la portezuela, y Lazzarotti y el paje, subieron al ancho pescante colocándose entre el paje y el cochero, Lazzarotti.

—A salir por la Puerta de Alcalá, dijo Lazzarotti.

—¡Ya, respondió el cochero, á aquella casita que hay entre los árboles en el Cerro del Aire!

—Eso es.

—Yo no sé si como está la tierra, podrá llegar hasta allí la carroza.

—Se hará lo que se pueda.

El cochero no se atrevió á meterse en murmuraciones, respecto á las mujeres que habian entrado en el carruaje, y de las cuales no habia podido conocer sino que eran gallardas, porque ambos se habian cubierto completamente con los mantos.

El carruaje arrancó.

Abigail, que por estar echadas las cortinillas, se abrió el manto, apareció vivamente coloreada por la vergüenza.

¿Qué habria pensado de ella aquel alto servidor, á lo que parecia, del cardenal Aquaviva?

CAPÍTULO LII.

En que se vé que un provisor puede tener, para su uso y para el de sus amigos, un delicioso nido profano, y de cómo á veces es conveniente dejar á los amos para seguir á los criados.

El Cerro del Aire, á poca distancia, á la izquierda, como se sale por la Puerta de Alcalá, está hoy entre las últimas construcciones del ensanche de Madrid por aquella parte, y el pueblecillo de la Prosperidad, de fundacion reciente.

En aquellos tiempos estaba en medio de una espesa arboleda, abierta por la parte que mira al arroyo Abroñigal.

Desde él se veian, como hoy, las azules crestas del Guadarrama, y su puerto, en un largo y bello horizonte.

Aquel dia, nada de esto se veia á causa de la niebla.

Aquella casita, que era toda de madera, á nada se parecia más que á un *chalet* suizo.

Estaba construida con lujo.

Como que era propiedad del provisor de Madrid, buen señor que gustaba de todas las comodidades posibles, y que sabia gastar sus doblones.

El viejo provisor y el jóven cardenal habian simpatizado, se habian tratado, habian llegado á ser amigos.

El provisor habia convidado á algunas comidas y á algunas cenas en su extraviada casita, escondida entre los árboles del Cerro del Aire, al cardenal.

Los otros convidados no habian sido muchos; pero si inmejorables, y toda gente discreta.

El provisor habia acabado por poner su casita rústica á lo disposicion de su jóven amigo, para que usase de ella cuando le conviniese.

Aquel era un buen escondrijo al que podian ir, sin temor de ser reparadas y entenderse, gentes que no hubieran querido se les viese juntas.

Allí se habia entendido alguna vez monseñor Aquaviva con el cardenal Espinosa, y con los hermanos Rodrigo y Mateo Vazquez; el primero, del Consejo de Estado, en la parte de Hacienda; el segundo, oficial en la secretaría de Estado y del despacho Universal.

Allí habia estado tambien el príncipe don Rui Gomez de Silva, que por haber sido gran privado del difunto emperador, tenia un muy buen lado junto al rey.

Allí habia estado tambien la jóven y hermosa princesa de Évoli, doña Ana de Mendoza y de la Cerda, pero sin su marido, y no sabemos si sabiéndolo éste.

Allí, por invitacion de Aquaviva, habia acudido aquel Antonio Perez, que debia hacerse tan célebre más adelante, como secretario de Felipe II y como amante de la princesa de Évoli.

Allí se habia visto Aquaviva con el marqués de los Velez, don Luis Fajardo, y con el inquisidor general, cardenal Quiroga, y con otros muchos y muchas.

Pero ni por medio de la astucia y de la sagacidad diplomática, ni por el más delicado, seductor y embriagador galanteo, en cuyas cosas era muy fuerte el bello, alentado y jóven cardenal, habia logrado mejorar la situacion desesperada en que se habia puesto respecto al cometido que llevaba de Roma.

Todos aquellos á quienes se habia acudido, le habian oido afablemente, le habian demostrado su afecto, alguna de ellas se habia enamorado de él; pero todos, al fin, le habian dicho una misma cosa: esto es, que cuando el rey tomaba una resolucion, no habia, no sólo quien le disuadiese de ella, sino ni aun siquiera quien lo intentase.

Aquaviva se convenció al fin de que nada le aprovechaba su astucia romana, y dejó de usar de la casa del vicario para la política.

Pero continuó usándola para otras intrigas de vário género.

Abigail se le habia impuesto, más por el afecto violento y nuevo en los sentidos que le habia causado su hermosura, que por las graves palabras que le habia dicho.

Monseñor esperaba, con una impaciencia dolorosa, en un pequeño gabinete entapizado, dorado, pintado, alhajado con cuadros riquísimos, más mundanos de

lo que hubiera sido de desear en una casa, propiedad de una dignidad eclesiástica, y en el centro, se veia una mesa redonda servida con vinos, fiambres y conservas.

El cardenal estaba visiblemente inquieto y preocupado.

Le importaba muy poco lo que supiese ó no supiese Abigail.

Pero su candente hermosura le trastornaba en aquellos momentos en que la esperaba, y le apartaba de otro pensamiento que no fuese ella.

Al fin apareció detrás de la arboleda, y empezó á subir con gran trabajo y esfuerzo de las cuatro poderosas mulas que de ella tiraban, la carroza en que, con su doncella Zaphirah, iba Abigail.

Delante de la casa, con cuatro mulas enganchadas á ella, habia otra carroza; sin duda la en que habia ido el cardenal.

Debia ser riquísimo, por el costoso fausto que en todas ocasiones ostentaba.

Obedeciendo á los impulsos de su deseo, Aquaviva hubiera corrido á esperar la carroza que, á causa de lo áspero del repecho, y de lo reblandecido del terreno, debia tardar en llegar á la puerta de la casa algunos minutos.

Pero esto hubiera sido demasiado, y se contuvo.

Le pareció tambien, que no debia permanecer en la vidriera, mirando por ella, con uno de los ricos visillos de encaje de Flandes, levantado.

Dejó caer el visillo, y fué á ponerse delante de un grande espejo veneciano de cuerpo entero que en el retrete habia, y arregló su traje.

Se contempló con interés, como calculando la fuerza de su belleza.

Despues de esto, volvió á la vidriera, y levantando levemente el visillo, miró.

La carroza habia vencido ya el repecho, y se acercaba á la puerta de la casa.

Entónces el cardenal se sentó en un sillon junto á la chimenea, y dominó su semblante, imponiéndole una serenidad que no sentia.

De tal manera se habia encarnado en él la sensual hermosura de Abigail, y el *no sé qué* misterioso que del talante, de la fisonomía, de la mirada, de la expresion del acento de ella emanaban, que al sentirla cerca, se sentia violentamente agitado, como no lo habia estado más que por una mujer en toda su vida.

Poco despues de haberse sentado, y cuando aun no habia podido dominar su agitacion, apareció Paolo Lazzarotti, y dijo:

—¡La señora!

Así anunciaba siempre aquel esbirro, aquella sombra del cardenal, á las que, damas ó no damas, tenian una cita con su señor.

—¿Ha bajado ya de la carroza? dijo levantándose vivamente el cardenal.

—Aun no, contestó Lazzarotti; hubiera sido necesario hacerla esperar, y yo me he adelantado.

Salió Aquaviva rápidamente del retrete, y descendió con no ménos rapidez las escaleras.

Lazzarotti, que le habia seguido, se adelantó, y llegó á la carroza, en el momento en que ésta paraba delante de la puerta.

El paje, armado siempre de su paraguas, saltó del pescante.

Lazzarotti abrió la portezuela.

Aquaviva adelantó, y dió la mano, para que bajase, á Abigail.

En la casa no se veia á nadie más que á monseñor Aquaviva.

Los criados del carruaje que esperaba á éste, habian desaparecido.

En cuanto á la servidumbre que necesariamente debia haber en la casa, no parecia tampoco.

Paolo Lazzarotti no se presentaba.

Únicamente habia allí los criados de la segunda carroza en que Abigail habia llegado, y que no la conocian, que no podian conocerla, porque Abigail y su esclava se habian rebozado con sus mantos ántes de salir de la iglesia de la Merced, para entrar en la carroza; las cortinillas de ésta estaban echadas, y para entrar en la casa donde esperaba á Abigail el cardenal Aquaviva, señora y esclava habian vuelto á rebozarse.

Monseñor no habia logrado dominarse completamente.

Abigail no habia podido ménos de apercibirse de cierta perturbacion en el semblante de monseñor, y de que su brazo temblaba de una manera harto sensible, y aumentaba en su temblor, por el contacto del mórbido brazo que de él se habia asido.

Además de esto, monseñor habia saludado de una manera cohartada y difícil á la hermosísima judía.

—¡Ah! dijo para sí Abigail, no pudiendo desconocer el efecto que causaba en el jóven cardenal: tú eres mio, monseñor: yo tendré por tí, poder, libertad, oro y amor.

Y al subir por las escaleras, se apoyó indolentemente en el brazo de Aquaviva.

La perturbacion de éste crecia.

Crecieron por ello las esperanzas de Abigail.

Zaphirah los seguia.

Al llegar á un bello recibimiento, Abigail se volvió á su esclava, y la dijo:

—Espera ahí.

Luego entró con monseñor en una pequeña cámara inmediata, y de allí pasaron al retrete donde hemos encontrado esperando con una creciente impaciencia á Aquaviva.

Apénas habian desaparecido del recibimiento Abigail y monseñor, cuando se abrió una puertecilla y apareció Paolo Lazzarotti.

Habia desaparecido su expresion bravía.

Era un buen mozo, con unas grandes trazas de pícaro, y nada más, y encarnizaba los ojos de una manera particular en que habia mucho de galante y persuasivo, en la jóven negra, que dentro de su tipo era muy bella.

Avispóse Zaphirah, y, aunque el incidente no la desagraba, tomó una actitud altiva.

—Yo no puedo permitir, prenda hermosa, dijo Paolo, que espereis aquí sola y aburriéndoos.

—Muchas gracias por la buena voluntad, dijo con reserva Zaphirah; pero estoy muy acostumbrada á estar sola, y no me hallo en la soledad tan aburrida como vos habeis podido suponer: y luego, añadió con un cierto hechicero descaro que no excluia el candor: más vale estar sola que mal acompañada.

—Si os parece mala mi compañía, dijo sonriendo suavemente Paolo, desaparezco.

—No, quedaos si gustais, dijo sin dejar su prudente reserva Zaphirah, ni os he llamado, ni os despido.

—Pues me quedo, dijo Paolo; teneis un no sé qué irresistible que me retiene junto á vos; y como estoy seguro de que esta no será la única vez que se vean vuestra señora y monseñor, y como vos acompañareis probablemente á vuestra señora, y yo siempre ó casi siempre junto á monseñor estoy, habremos de tratarnos, y en consecuencia es conveniente que empecemos á conocernos.

—Tan equivocado me pareceis vos como monseñor, dijo Zaphirah; y mucho habrá de desengañarse monseñor, para que mi señora continue tratándole, y para que, por consecuencia, me trateis vos.

—Nada puedo responderos á lo que acabais de decirme, dijo Lazzarotti, porque yo miro con un profundo respeto todo lo que en monseñor veo, y no me entrometo á profundizar nada en ello.

—Y yo tengo tal confianza en la dignidad de mi señora, dijo Zaphirah, que nada tengo que profundizar, vea lo que vea en ella: yo sé bien lo que mi señora vale.

—A tal señora tal criada, dijo Paolo; vos valeis un mundo.

—Mirad, vos sois blanco y yo negra, dijo Zaphirah; pero me parece que la blanca soy yo, y que vos sois el negro.

—¿Y por qué decís eso?

—Porque no puede tener buenas intenciones el que á primera vista, sin decir «allá vá eso,» requiebra á una mujer.

—¿Quereis que dejemos la disputa?

—No soy yo la que ha dado motivo para ella.

—Tratémonos buena y lealmente.

—Eso quiero yo; me enamora la lealtad.

—Pues tenedme por el más leal del mundo: así os enamorareis de mí, y yo seré todo un bienaventurado.

—Bien se conoce que servís á un señor eclesiástico, pues de tal manera hablais de bienaventuranzas.

—Y bien se conoce que vos servís á una cómica, pues que de todo os mofais.

—Hay cosas que yo las escucho como si oyera llover.

—¿Y habeis oido llover muchas veces?

—A cada paso; enconfitada me tienen á galanterías, y de mí se hacen todos los dias, yo no sé cuántos cielos y cuántos infiernos, si he de creer á bocas lisonjeras.

—¿Y decidme, negra alma mia, no os ha prendido ninguna chispa de esos infiernos, ningun rayo de esos cielos, en el corazon?

—Yo tengo corazon de tigre.

—¡Admirable! yo amo lo fuerte.

—¿Quereis que dejemos la conversacion?

—¿Os enojais, alma mia?

—Vos no podeis enojarme, ni hacerme mal ni bien de ojo; pero os suplico que no me creais descortés si os digo que podeis fastidiarme.

—No quiero yo daros fastidio por nada del mundo.

—Pues sabed que los enamorados pegajosos, ya mientan, ya digan la verdad me corrompen.

—¡Ay mi ánima!

—¿Qué os sucede?

—Que se me os vais entrando en ella.

—Pues guarda, que donde yo entro entra algo terrible.

—¿Y no habeis conocido que yo tengo algo de lobo?

—¡Y que más me dá! el lobo se habrá encontrado con una pantera.

—¡Jesucristo!

—¿Habeis visto al diablo?

—No, muy al contrario; he visto que se asomaba á vuestros ojos un arcángel.

—¡De donde resulta que mis ojos son las dos ventanas de un cielo!

—¡Ay, sí! ¡el cielo de vuestra alma!

—¿A que os echo?

—Sereis injusta, porque yo no soy ni quiero ser rebelde.

—Pues entónces callaos; hablemos del tiempo: ¡sabeis que llueve con ganas, y que parece que nunca vá á acabar de llover, y que hace aquí frio!

—Es verdad: aquí no hay chimenea, y esto está oscuro: ¿quereis venir conmigo á donde hay más luz, un fuego que dá gozo, y una mesa que puede cubrirse de vinos y manjares?

—Por la luz sea, por el fuego mejor; en cuanto al vino y á los manjares, sabed que yo no cómo ni bebo fuera de la casa de mi señora.

—¿Y vuestra señora, no come tampoco ni bebe fuera de su casa?

—Sí; puede suceder que beba algo, como yo.

—¿Y qué?

—Lo que se hace salir del cuerpo de un audaz mediante esto.

Y Zaphirah, sacando su mano derecha de debajo de su manto, dejó ver en ella un largo, luciente y agudo puñal.

—Magnífico, exclamó Paolo, vos sois mi mujer; digo, si ya no lo sois de otro.

—¡Ira de Dios, exclamó Zaphirah, que os meteis en vedado, y de una manera ofensiva!

—¿En qué he podido ofenderos?

—¿Pues no veis que soy esclava?

—¿Y eso qué?

—Que mientras lo sea casarme no puedo; de manera que yo ahora no podria ser de un hombre sino contra mi honra, y el que lo suponga me ofende.

—Vamos claros y despacio, dijo con cierta seriedad Paolo, y con una indudable sinceridad: ¿vos no habeis amado aun?

—No creo en el amor.

—¿Quereis que yo os convenza de que hay amor?

—Soy pobre y no podria pagaros las lecciones.

—Pagádmelas con vuestra alma.

—Corriente, os pagaré si me enseñais.

—Pues vive Dios que he de enseñaros.

—Pues vive Dios, que si vos me haceis el bien de hacerme creer verdad el solo hermoso sueño en que pueden caer las criaturas, yo os amaré.

—¡Al diablo! ¡y por donde ha echado la conversacion!

—Dejémosla pues; ya os lo decia yo.

—Pues no; si vuestra señora trata al cardenal como vos me tratais á mí...

—Si vuestro señor se ha metido irreflexivamente en tales honduras le habrá tratado mucho peor; porque si yo soy altiva como diez, mi señora lo es como ciento, y si yo soy fiera más lo es mi señora.

—¡Pues hemos dado todos con la horma de nuestro zapato!

—Más vale así.

—¿Quereis seguirme.

—¿Y por qué no?

—Tened mi brazo.

—No me hace falta.

—Acabareis por volverme loco.

—Lo sentiria, porque os encerrarian; esto seria una desgracia y no os la deseo porque no me habeis hecho ningun mal.

—Os arden los ojos, prenda mia.

—Mirad no sea que los vuestros os hacen relampaguzas.

—Habeis de ser mia.

—Os costará caro.

—Yo soy rico.

—Pues mirad, me conviene: no hay nada en este mundo que sea verdad más que el dinero.

—Pedidme el que querais.

—Todo: y á más el corazon y la vida: esto es si mereceis que yo os pida la vida y el corazon.

—¿No os gusto?

—Me pareceis buen mozo.

—¿Me amareis?

—¿Y qué sé yo? pero tened en cuenta que vuestro amor ha de jurárseme delante del altar.

—¿Quereis que sea mañana?

—No vayais tan aprisa; podríais arrepentiros.

—Os digo que...

—Vos no podeis decirme nada; ¿qué sabeis vos lo que presumo ni lo que pienso yo cuando nos hallamos perdido de vista?

—Me parece que hemos de vivir juntos, hermosa.

—¿Y por qué os parece eso?

—Porque... no debiera decíroslo; falto á la confianza que me concede mi señor y con ello os doy una prueba de amor mucho mayor de lo que podeis creer; mi señor está loco por vuestra señora.

—¿Pues y cuándo la ha conocido?

—¡Ahí vereis! la ha conocido hoy.

—¡Extraño amor!

—Sí; muy extraño en monseñor, á quien yo creia dominado por otra pasion: pero seguidme, en fin; que, en efecto, á más de ser este recibimiento oscuro, hace en él mucho frio.

Y echó hácia la puertecilla por donde habia llegado.

Le siguió, perfectamente tranquila, Zaphirah.

Su tranquilidad se fundaba en su puñal.

Entraron en una hermosa cámara, por cuyo mirador entraba toda la luz que tenia aquella tarde nublada y lluviosa.

Allí habia una gran chimenea encendida.

Puso, galante, junto á ella, un sillon á Zaphirah, Paolo, y se quedó mirándola arrobado.

—Quitad de ahí, le dijo con una hechicera coquetería Zaphirah, que estais hecho un simple, y echad más leña á la chimenea, que arda bien: tengo mucho frio.

En aquel momento sonó con fuerza una campanilla.

—Perdonad, dijo Paolo; mi señor me llama.

Y escapó.

—¿Qué hombre es este? dijo Zaphirah; ¿por qué ese noble y poderoso señor tiene tales gentes á su servicio?... ¡Un pícaro! ¡peor que un pícaro!... ¡á veces se vé en él la mirada del asesino!... No miente el señor Lope de Rueda cuando dice que en Italia hay que vivir con cuidado, que abunda la mala gente. ¿Y por qué este hombre, con su palabra audaz y sus miradas sombrías, ardientes de yo no sé qué pasion por mí, me ha hecho daño y á la par me ha causado placer en el alma? ¿me enamoraré de este lobo?... ¡Bah! la voluntad y la razon pueden mucho. ¿Pero á qué ha venido aquí mi señora si á quien ella ama, por la primera vez de su vida, es al otro, al estudiante? Allá veremos; pero esto puede acabar muy mal... y bien, prudencia y reserva, y ojos claros para ver bien.

Y Zaphirah se quedó profundamente pensativa.

Volvió á poco Paolo, y en la apariencia contento.

—¿No os decia yo, exclamó al entrar, que probablemente viviríamos juntos?

—No os comprendo, dijo Zaphirah.

—Pues monseñor no me ha llamado para otra cosa que para que despida la carroza, en que con vuestra señora habeis venido.

—Pero eso nada prueba, dijo Zaphirah; sin duda vuestro señor quiere llevar, en su misma carroza, á mi señora á su casa.

—Sí, eso prueba, dijo Paolo, que se habia puesto á echar leña en la chimenea, que hay ya cierta intimidad entre vuestra señora y mi señor; yo creo, porque á mi señor conozco, que desde este punto tratará ya como cosa suya á vuestra señora, la quitará de cómica y se la llevará á Italia, y como vos habreis de seguir naturalmente á vuestra señora, por eso yo os dije que viviríamos juntos.

—Me parece que vuestro señor hace la cuenta sin la huéspeda, dijo Zaphirah.

—¿Quereis que nos tratemos, como debemos tratarnos, á lo ménos lisa y llanamente?

—¿Qué entendeis vos por eso?

—Que á lo ménos seamos amigos.

—Sea; la amistad á nada compromete.

—Pues como esto vá para largo, si no quereis ofenderme desconfiando de mí, y como ya vá siendo hora de la merienda, merendemos.

—Sea; tengo yo la seguridad de que nada debo temer ni de vuestro vino ni de vuestros manjares. Por lo tanto, ¿á qué perder una buena ocasion que nos brinda un buen compañero, criado de un rico señor? Como mi señora es pobre, comemos mal y no bebemos mejor: así, pues, regaladme, os lo agradeceré.

—Gracias, con toda mi alma, alma mia, dijo Lazzarotti; voy á serviros y vuelvo al momento.

Y Paolo salió.

Volvió á poco, trayendo con las dos manos una gran bandeja, y teniendo en un brazo un mantel blanquísimo.

Cubrió la mesa, puso en ella tres platos con fiambres, y una tartera en que humeaba una suculenta sopa, un pan blanquísimo, frutas y dos botellas con el servicio correspondiente.

El peso de la enorme bandeja, fácilmente soportado por Paolo, demostraba que éste tenia unas grandes fuerzas.

Zaphirah vió esto con agrado.

Reparó Zaphirah, además, que los platos eran de riquísima porcelana del Japon, las copas y las botellas de cristal de Venecia, la tartera y las fuentes en que las viandas estaban y las conservas, de brillante plata ricamente labrada y cincelada y que el mantel y las servilletas eran de Flandes.

Sentóse Paolo al lado de Zaphirah, la sonrió enamorado y la sirvió.

Al desenrollar Zaphirah su servilleta, encontró dentro un objeto.

Era un estuche.

Le abrió.

En aquel estuche habia unos magníficos pendientes cuajados de gruesos diamantes.

CAPÍTULO LIII.

En que se vé que era una alhaja de más monta que lo que parecia, la esclava de Abigail.

Se puso pálida Zaphirah, es decir, su intenso color negro se trocó en bronceado.

Ardieron sus ojos y se fijaron con encarnizamiento en los pendientes.

— Esto es para mí, dijo; ¿no es verdad?

— Hermosa mia, contestó Paolo, yo he reparado hoy cuando os he visto, que no llevábais pendientes, y dije á mi señor: Monseñor, la negrita, esclava de esa señora que he de ir á buscar á la iglesia de la Merced, me enamora: yo queria mostrarla cuanto la estimo: pendientes no lleva, lo que demuestra que por no tener pendientes bellos, sin ellos se pasa.

— Os engañais, dijo Zaphirah que continuaba mirando aquella rica alhaja; yo me satisfago con lo que á mi condicion de esclava corresponde; poco hace se me perdió uno de mis pobres pendientes de coral.

— Aceptad, pues, esos.

— No, dijo Zaphirah, apartando aunque con sentimiento la joya: yo no puedo aceptarlo; bien me temia yo que con vuestra merienda me dariais algo emponzoñado: esos zarcillos son de un gran valor: vos, aunque hayais sisado mucho á vuestro señor, y esteis riquillo, no teneis pelo para hacer á una mujer, y á los comienzos de vuestros amores con ella, un tal regalo: eso es cosa de vuestro señor que quiere corromperme, para que yo os revele los secretos de mi señora: pues bien, no hay necesidad de que yo á mi señora sea infiel, porque mi señora no tiene secretos; así es como conozco que no se me hace por mí ese regalo, sino por mi señora, y no puedo ganarlo, no lo necesito.

— Tenedle, alma mia, tenedle, dijo Paolo, que si bien mi señor os agradeceria me dijérais lo que acerca de vuestra señora supiéreis, esto no es en manera alguna una condicion.

—Yo no puedo aceptar nada ni de vuestro señor ni de vos, por traiciones contra mi señora: si hoy no puedo pagar con una traicion el valor de ese regalo, podria pagarlo mañana, y yo os juro que por nada del mundo haré yo traicion á mi señora ni á nadie.

Y aunque Zaphirah habia pronunciado con una gran resolucion, con una gran firmeza estas palabras, los ojos se la habian ido y se la iban tras los pendientes.

—La que de tal manera es fiel á su señora, lo será de igual manera á su marido, dijo Paolo.

—Esa es otra trampa que me armais, mi buen compañero, y en la cual no caeré, dijo acreciendo en resolucion Zaphirah: quitadme de en medio esas joyas, que me hacen daño, y no me hableis más de amor: no insistais.

—Mirad que mi señor es potentísimo, que podeis hacer, sirviéndole, vuestra fortuna.

—Todo esto prueba, dijo Zaphirah, que mi señora no ha tratado muy bien á vuestro señor.

—En efecto, he encontrado á mi señor displicente y disgustado.

—Esto es: y vuestro señor os ha dado sin duda parte del magnífico aderezo de que se habia provisto para comprar á mi señora, para que con ese presente me comprárais á mí, y yo os dijese algo que explicase el desden de mi señora á vuestro señor.

—¡Pardiez que sois discreta y sutil! dijo Paolo que miraba con un creciente interés á Zaphirah: es verdad: monseñor me ha dado esos pendientes, y me ha encargado os prometa cuanto pidais por revelarme lo que sepais de la historia de vuestra señora.

—Distingamos, dijo Zaphirah: ¿se me dá esto y lo que yo quiera porque cuente lo que sé de la historia de mi señora?

—Ciertamente.

—¿Y no se me exigirá nada más?

—Nada más.

—¡Ah! pues entónces me alegro; que son muy hermosas esas arracadas, y me daba dolor no tenerlas.

Y Zaphirah, dejando de comer, tomó las arracadas y se las puso.

—¿Qué tal estoy con ellas? dijo sonriendo con el candor de una niña.

—¡Oh! ¡admirable! dijo Paolo devorando con los ojos á la jóven; los diamantes brillan que deslumbran sobre el purísimo color de ébano de vuestra suave tez...

—Gracias, dijo Zaphirah: ¿pero de veras estais enamorado de mí?

—Yo no sé lo que siento por vos, dijo Paolo; pero me atraeis, me dais paz en el alma; me parece que seria muy feliz teniéndoos á mi lado, siendo amado por vos.

—¿Y no habeis sentido eso mismo por ninguna otra mujer?

—Yo, hasta ahora, no he mirado á las mujeres sino como un entretenimiento: á vos os miro de otro modo.

—¿Qué edad teneis?

—Veinticinco años: ¿y vos?

—Diez y ocho: ¿de dónde sois?

—Siciliano; ¿y vos?

—De Mogador, en África.

—¿Teneis familia?

—No lo sé: soy esclava desde niña.

—Mejor: una mujer sin parientes vale un tesoro.

—¿Teneis vos muchos?

—Ninguno: á mi padre le quemó la Inquisicion de Roma; á mi madre la ahorcaron por bruja; á mi hermano le mató á traicion, hace cuatro años, por celos, en el Puente de San Angelo de Roma, el marido de una trastiveriana.

—De modo, que vuestros parientes han sido tan malos como vos.

—Algo ménos.

—¿Y pretendeis que os ame?

—Es que yo seré para vos un ángel.

—¿Y á pesar de lo infame de vuestra familia, os tiene en su servidumbre y en tan alto puesto vuestro señor?

—Los grandes señores italianos, alma mia, aunque ellos sean muy buenos, necesitan tener á su servicio y bien pagado, para poder contar con su lealtad, algo infame.

—¿Y para qué eso?

—Porque para defenderse de la infamia, se necesita la infamia; el acero sólo se labra con el acero; pero dejemos esto, que tiempo tendremos de explicarnos: decidme lo que sepais acerca de vuestra señora.

—Voy á decíroslo: pero tengo que empezar por el principio.

—Empezad, pues.

—Yo no me acuerdo de haber tenido otra condicion que la de esclava: mis primeros recuerdos sólo me representan las bellas cámaras y los altos muros de los jardines del harem de Sydi Agá-Daitum, poderoso señor que residia en su gran palacio, en la marina, cerca de Argel.

Mi amo era un terrible corsario, y con sus piraterías habia juntado grandes riquezas.

Decian que era español y renegado.

Me habia comprado, cuando apénas tenia tres años, á unos montaraces que habian ido á Argel con pieles de fieras y con muchachas, para venderlas.

Eran de la parte de Mogador.

Por eso digo yo que soy de Mogador.

Mi amo no sabia otra cosa de mí.

Me criaron en su harem.

Cuando llegué á mis doce años, conocí, á pesar de mi inocencia, que Sydi Agá me miraba con codicia.

Lentamente fué sintiendo por mí un amor que acabó por ser una pasion violenta.

No era viejo, porque apénas si contaba cuarenta años, ni dejaba de ser hermoso.

Singularmente sus negros ojos eran admirables, y no podia ser más hermosa su luenga, sedosa y negra barba.

Me repugnaba, sin embargo.

¿Qué es lo que acabais de regalarme, ni todo lo que por sus riquezas pudiera ofrecerme vuestro señor, comparado con los magníficos dones con que Sydi Agá pretendió vencer mi repugnancia á su amor?

Tan probada estoy por la tentacion, que puedo decir que la tentacion nada puede contra mí.

Ni la tentacion ni el terror.

Lo que mi voluntad no acepta, lo rechaza sin condiciones.

Yo tengo el alma brava.

—¡Ah! por algo me habeis revuelto á mí la sangre, dijo Paolo.

—Sí, y por eso tambien yo os he oido: la fiera busca á la fiera.

—Decididamente os tomo por mujer.

—Esperad, esperad; aun no nos conocemos bastante: dejadme continuar mi historia.

—Seguid que os escucho con toda el alma.

—Sí, pero dadme ántes de beber.

—¿No temeis que este vino tenga algo que pueda adormeceros?

—No; confio en vos, dijo Zaphirah: vos no quereis mi cuerpo sino mi alma.

—¡Bendita sea vuestra boca, hermosa mia! no habeis dicho más que la pura verdad: vuestra alma es lo que yo quiero.

Y como hubiese llenado las copas, y tomado la suya Zaphirah, Paolo dijo:

—A la buena ventura de nuestro amor.

—Sea... para cuando ese amor sea.

Bebieron.

—¿Que no es ya nuestro amor? dijo Paolo.

—No, respondió Zaphirah: en vos comienza: en mí no ha empezado todavía.

—Me desesperais.

—Tened paciencia: todos los que son fuertes son pacientes: la impaciencia es de los débiles: continuemos mi historia.

—Seguid.

—Cuando llegué á mis quince años, era ya tal la pasion que por mí sentia mi amo, que se sobrepuso al respeto que hasta entónces, á causa de su amor, le habia contenido.

Pretendió imponerme su voluntad.

Tratóme, no como una mujer amada, sino como una esclava.

Desesperada, le desprecié, le humillé, y por último, en un momento de desesperacion, y cuando pretendia retenerme entre sus brazos, le arranqué de la cintura la gumía y se la hundí en la garganta.

Sydi Agá cayó.

Le creyeron muerto.

Yo fuí llevada á la cárcel de la ciudad.

Me esperaba la muerte: pero ella me causaba ménos horror que el que me habia causado el solo pensamiento de ser de Sydi Agá.

Los jueces fueron implacables conmigo.

Me sentenciaron á ser ahorcada.

Pero Sydi Agá, que habia curado de su herida, no queria que yo muriese, y me perdonó.

Pero no bastaba su perdon: se necesitaba hacer un grande escarmiento para que ningun esclavo se atreviese á rebelarse.

Se negó su peticion á Sydi Agá.

Entónces éste, desesperado, compró á fuerza de oro al alcaide de la cárcel, y éste me sacó una noche de ella, y me escondió en la ciudad.

La casa en que me habia escondido, tenia un huertecillo cuyas tapias eran muy bajas.

Yo sabia que no me habia libertado de la muerte sino para caer otra vez en poder del odioso Sydi Agá.

Aprovechando un momento en que me encontré sola, escalé las tapias, y me encontré en una calle que iba á dar á una puerta del muro.

Corrí hácia la puerta, pasé por ella, me lancé al campo, llegué á la marina y me alejé á lo largo de ella, aterrada, sin guia, perdiéndome entre las rocas, buscando los lugares más solitarios.

De repente salí á una pequeña ensenada.

En ella habia una cáraba.

Sus tripulantes se ocupaban en hacer agua de una fuente que entre las rocas manaba.

En cuanto me vieron, se vinieron á mí como lobos y me apresaron.

Muchos de ellos fueron de parecer que yo les sirviera de entretenimiento: pero un viejo que parecia ser su arraez, les dijo:

—Sobradas mujeres hay en el mundo, pero no está tan de sobra el dinero. Llevémosla á vender á Tánger que allí siempre hay mercaderes españoles de esclavos.

La opinion del arraez prevaleció, y me trataron muy bien para que no me desmejorase y perdiese de precio.

Me habia libertado de la muerte, ó más bien de Sydi Agá, que era para mí más terrible y espantoso que la muerte, y estaba tranquila y aun contenta con saber que iba á ser vendida en otras tierras.

Por cruel que fuese mi nuevo amo, no podia serlo tanto como Sydi Agá.

Hicieron su aguada los de la cáraba, y en seguida se hicieron á la mar, metiéndose por ella hasta perder de vista la tierra, porque eran corsarios de la otra parte, y los perseguian las galeotas del Bey de Argel.

Llegamos al fin con viento próspero á Tánger, y á los tres dias me compró un mercader español, que me llevó con otras esclavas negras á Tarifa.

Yo era la más jóven de todas, y segun decia mi nuevo amo, la más bella.

Nos llevó á todas á Sevilla, donde esperaba hacer con nosotras mejor grangería.

Ya sabeis que las damas españolas aman mucho el tener una esclavita negra.

Acudieron á vernos á la posada en que estábamos, muchas damas y muchos

caballeros, y de los primeros el señor Lope de Rueda, á quien acompañaba mi señora.

En cuanto ésta me vió, se enamoró de mí, y despues de un tenaz regateo con el mercader, al fin mi señora me tuvo por doscientos ducados, que el señor Lope de Rueda pagó por mí.

Si de mí mi señora se habia enamorado, no me enamoré yo ménos de ella.

No sé porqué se me figuró que era tan esclava como yo.

Siempre estaba triste y disgustada, y como enojada de la vida.

Era entónces muy jóven, casi de mi misma edad; de quince á diez y seis años.

Empezaba ya por entónces á trabajar en la compañía del señor Lope de Rueda.

Gustaba tanto, que la Angélica y las otras damas de la compañía la aborrecian.

Estaban envidiosas de ella, por los vítores con que el público la saludaba.

Decian de ella pestes: la llamaban la de la *mala sangre*, esto es, la judía.

Y judía es mi señora, aunque se ha cristianado y es muy devota de la Vírgen.

Siempre lleva en el pecho, sobre el corazon, un escapulario de Nuestra Señora del Cármen.

Yo no sé su historia; dicen los comediantes, que yendo de camino de un pueblo á otro de la Mancha, en una noche de tormenta, la encontró el señor Lope de Rueda atada á un árbol, y que á más, junto á ella, encontró, á otro árbol atado, al señor Rodrigo Carreño, y á punto que ambos iban á ser ahorcados por un famoso malhechor que por aquellos tiempos andaba por los caminos, siendo el terror de todo el mundo.

Milagrosamente el señor Lope de Rueda, que en todas partes es muy conocido y muy respetado, los salvó de la muerte.

Los malhechores se fueron, dejando en poder del señor Lope de Rueda á mi señora y á su tio Rodrigo Carreño.

Tan adelante llevó su caridad para con ellos el señor Lope de Rueda, que no sólo se los llevó consigo y los trató como si hubieran sido sus hijos, que no sólo los instruyó en los misterios de nuestra Santa Religion, sino que cuando estuvieron instruidos los cristianó y él fué padrino de mi señora, que se llamaba Abigail, pero que despues de ser bautizada bajo el padrinazgo del señor Lope de Rueda, se llamó y se llama María del Cármen Abigail de Rueda.

Su tio Abraham se cristianó tambien, no porque se hubiera convertido, que él es un hombre malo y perverso, sino porque se habia convertido Abigail, su sobrina, con la que habia venido á España, no se sabia de dónde ni con qué historia; y por haberle apadrinado un labrador de Ocaña, donde fué el bautizo, que se llamaba Cosme Carreño, y por haber sido el bautizo el dia de san Rodrigo se le puso este nombre.

Tanto el señor Lope de Rueda, como el señor Cosme Carreño, dieron á sus ahijados un buen porqué de ducados para que se acordaran del dia en que fueron bautizados, y el señor Lope de Rueda siguió con su compañía hácia la Andalucía, llevándose consigo á Abigail y á su tio Rodrigo, que por la mediacion del señor

Lope de Rueda, eran ya ella dama y él galan de la compañía, y muy bien recibidos y muy aplaudidos en todas partes.

Llegaron al fin á Sevilla, y allí, á poco de haber llegado, fué donde el señor Lope de Rueda me compró para que sirviese á su ahijada María del Cármen Abigail.

Y habeis de saber que el señor Lope de Rueda ama á mi señora como á una hija, y que como á su padre ama mi señora al señor Lope de Rueda, y de tal modo que no se pueden pasar el uno sin el otro.

Gracias á esto, el señor Rodrigo Carreño, que se llama tio de mi señora, aunque yo no estoy segura de que lo sea, á mi señora ha tratado con dureza, sí, pero no como la hubiera tratado de seguro, si no hubiera tenido quien la defendiera; que aunque el señor Lope de Rueda es ya viejo, se conserva entero y ágil, y con los hierros en las manos no hay quien le dé; y él es el que á sus comediantes enseña esgrima, para que cuando haciendo una comedia tengan que reñir, no sean el *hazme reir,* por su torpeza, en esta nacion de gente brava, en que todos, más ó ménos, saben menear una espada.

Además de esto, el señor Lope de Rueda, que dicen ha sido *muy buen mozo* en su mocedad (aquí llaman *buen mozo* al que es valiente, aunque de cuerpo y cara sea feo como un ximio, y ya entrado en años), conserva de tal manera sus bríos, que no hay ningun pícaro, ya de sus cómicos ó de los otros que por el mundo andan, que no se meta en tierra de miedo cuando el señor Lope de Rueda se pone pálido y amenaza.

Así es que aunque el señor Rodrigo Carreño es una fiera, para el señor Lope de Rueda es un cordero; porque un dia en que Carreño quiso maltratar á la que llama su sobrina, ella del señor Lope de Rueda se amparó, y como éste reconviniese á Carreño, Carreño le contestó con bravatas, por lo cual el señor Lope de Rueda le dió un bofeton, y habiendo tirado de su puñal Carreño é ídose con él para matarle, al señor Lope de Rueda, éste le cogió la mano y le quitó el puñal, y le dijo:

—Justo es que el que ha sido abofeteado, con razon ó sin ella, busque el desagravio de la injuria; pero no como tú has querido buscarle, que de los puñales sólo se sirven los asesinos y los pícaros; y así vente conmigo al corral de la posada, que allí pienso satisfacerte.

Y tomando dos espadas de las que servian para las comedias, que ya sabeis que los comediantes no pueden llevar espada al cinto ni daga de guardamano, ni pistolete, ni más armas para su defensa que puñal ó cuchillo cachicuerno, con él al corral se fué y dióle una de las espadas, y estando todos nosotros presentes, en un *santiamen* le cruzó el pecho, y de tal manera, que cuando se le descubrió el pecho para curarle, se le encontró una cruz de san Andrés tan igual en sus brazos, que no parecia sino que se habian hecho adrede y con lanceta, y no con punta de espada, y de la piel no habian pasado las dos heridas cruzadas, cosa por la cual aquel lobo no se atrevió á cruzarse más de palabras con el señor Lope de Rueda, y se fué á la mano en lo de maltratar á su sobrina, como él la llamaba: y si la maltrataba ó la habia maltratado, era porque enamorado de ella estaba hasta la

locura, y ella no le queria, y él se encelaba y creia que queria á otro, aunque tal otro no parecia por el mundo, y hasta llegó á tener celos del señor Lope de Rueda, que es un santo, y que ama si, y con todo su corazon, á mi señora, pero con el amor de un padre á su hija; y no me digan á mí otra cosa, que yo lo sé bien, y que todavía mi señora no ha amado, ni es fácil que ame, porque yo la creo de corazon duro, y tan disgustada de la vida, que siempre está con el rostro nublado ménos cuando representa, que entónces tiene la cara que la comedia pide, ó cuando vé una lástima, que se la llenan los ojos de lágrimas porque es muy compasiva.

Pero os lo repito, no sólo nô he conocido amor en mi señora, sino que, como os he dicho, la creo incapaz de amar.

Yo no sé porqué ha sufrido á su llamado tio Rodrigo Carreño, que yo os digo es para ella un tirano insoportable, y del cual la hubiera librado el señor Lope de Rueda; pero siempre que éste la ha hablado de echar de la compañía á Carreño, ella le ha dicho: — «Dejaos de eso, padre mio, que miéntras yo viva, y por muy mal que me trate, mi tio ha de estar á mi lado.»

Y así ha pasado el tiempo, afanada y pobre mi señora; que aunque mucho la ama el señor Lope de Rueda, pobre es, y sufriendo á su cruel tio, y siempre ágria de semblante, y la mayor parte de su tiempo llorando que mueve á lástima y murmurando palabras que yo no comprendo, y su tio no regalándola y obsequiándola en lo que pudiera, sino quitándola los pobres dineros que de la parte que la toca la quedan despues de una reducida manutencion, para irse con aquellos dineros á á los naipes y á los dados y á las mancebias y á todos los malos lugares á donde acuden los pícaros y las busconas, y porque hoy mi señora no tuvo que darle, matarla quiso, que tomado venia ya de vino, aunque era temprano, como que habia echado toda la noche á perros; y acudiendo unos huéspedes y despues toda la compañia al tumulto, y habiendo querido matar el Carreño á un señor estudiante que en la posada se aposenta y que acudió á los gritos de mi señora, y al que matara si con la cólera no errara el tiro del pistolete, sobrevino la justicia y á la cárcel se lo llevaron, y con tal causa, que de la cárcel no saldrá sino para ir á galeras; por lo cual mi señora, aunque á despecho suyo, se ha quedado libre; y si por esto no fuera, no hubiera podido acudir á la cita de vuestro señor: y digoos que me espanta, y lo estoy viendo y aun no lo creo, el que mi señora haya acudido á la cita de un hombre, aunque este hombre sea un ilustrísimo príncipe como vuestro señor; que ya otros principales señores la han ofrecido y la han solicitado, y alguno, llevado de su locura, de su pasion, la ha prometido hacerla su esposa, y ella de ninguno ha hecho caso como de vuestro señor le ha hecho; á no ser que esto haya consistido en el miedo que tenia al señor Rodrigo Carreño, de quien ahora no tiene que guardarse; y mirad no sea que ella haya acudido á la cita de vuestro señor, esperando inclinarle á que por su tio interceda y le saque horro de la cárcel á pesar de lo que ha hecho.

En fin yo os juro que no sé ni puedo adivinar porqué mi señora ha venido á ver á vuestro señor.

—Es mi señor muy jóven, muy gentil y muy hermoso, además de muy noble y muy rico y muy príncipe, dijo Paolo Lazzarotti.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay, señor mio! exclamó Zaphirah, que vos no sabeis lo que os decis. ¿Conoceis vos al señor Sebastian de Santoyo?

—Demasiado, corazon mio, dijo Paolo, como que yo soy al servicio de mi señor, lo que el señor Sebastian de Santoyo es al servicio del rey de España; la persona inmediata, la persona de confianza á la que se encargan los asuntos más graves y más reservados; y aunque el señor Sebastian de Santoyo sea aquí un gran caballero, y rico y gentil hombre de la cámara y del consejo del rey en el de Hacienda, y camarero particular y confidente de su majestad, yo soy uno de los principales caballeros de Mesina, y en la corte de Roma ando al lado de mi amo; y habeis de saber que aquella corte es algo más enrevesada que la del rey de España, y que los que por ella andamos y á vueltas con los cardenales y con toda clase de bicho grande y difícil, de los que van de todas partes á revolverse en torno del Papa, nos vemos con mucha frecuencia metidos en empeños, comparados con los cuales, son tortas y pan pintado los en que pueda verse metido el señor Sebastian de Santoyo por su rey; aun que me vuelvo atrás; porque en este mismo punto considero que el señor Sebastian de Santoyo debe de haber andado metido hasta el cuello en el negocio del príncipe don Cárlos, que ya pudre, y en el de la reina doña Isabel de la Paz, que pudre tambien, y estos dos negocios que vienen á ser uno, han sido de mayor cuantía: yo soy justo: á cada uno lo suyo.

—¿Y qué negocios han sido esos? preguntó con curiosidad Zaphirah: yo he oido no sé qué murmuraciones.

—Dejemos eso para luego, dijo Paolo, que yo os diré lo que á la corte de Roma se ha avisado sobre esos negocios, y decidme porqué tratándose de vuestra señora habeis sacado á cuenta al señor Sebastian de Santoyo.

—Hace un año dió por Madrid una vuelta con su compañía el señor Lope de Rueda, dijo Zaphirah; el rey estaba en Aranjuez, y se mandó al señor Lope de Rueda fuese allá con su compañía á trabajar en palacio.

Fuímos, y se representó *La Soldadesca* de Torres Naharro, y otras comedias y piezas y autos, del señor Lope de Rueda y del señor Juan de Timoneda y otros.

Agradaron mucho los recitantes, y especialmente mi señora, que estuvo en todo lo que representó como una diosa, y tanto la aplaudieron, y tanto la festejaron, y tanto la regalaron, que no parecia sino que ella como una cosa nunca vista ni oida habia caido del cielo; y rica estaria mi señora, si su buen tio no la hubiera quitado, para perderlo en el juego y quemarlo en vicios, todo lo que entónces la dieron, y de las mejores cosas un collar de gruesas perlas y de muchas vueltas con una cruz de diamantes, que por el un lado tenia en el centro en esmalte, una imágen de Nuestra Señora del Cármen, y por el otro, en esmalte tambien, un San Felipe.

—Buena y sacrílega manera de poner el rey su nombre en ese rico regalo hecho á una hermosa comedianta.

—Lo habeis adivinado, amigo mio; aquel regalo era de el rey.

— Y tengo la seguridad de que quien llevó aquel regalo á vuestra señora, de una discreta y secretísima manera, y se lo ofreció con la suavidad más cortesana y más persuasiva del mundo, fué el señor Sebastian de Santoyo.

— En efecto, dijo Zaphirah, ese caballero fué. que por lealtad á su rey bajaba á tales oficios.

— Los oficios que se hacen por los grandes principes, saltó Paolo, no son nunca bajos ni criminales, ni pueden confiarse á ninguna baja persona; que la lealtad y el honor mandan se sirva al principe, en cuanto fuere su voluntad se le sirva, y allá el príncipe con Dios, si los servicios que manda á sus vasallos no son como Dios manda.

— ¿De modo que si vuestro príncipe os mandara asesinar á un hombre le asesinaríais?

— ¡Bah! ¡bah! dijo Paolo con la mayor naturalidad del mundo: ¡si no fuera más que eso! ¡eso cae de todo punto por encima; eso es muy fácil y muy seguro!

— ¡Que Dios me haya dado estos ojos que nunca se engañan, dijo sonriendo Zaphirah, y que penetran en el alma de una persona cuando la miran! ya sabia yo que erais un nobilisimo pícaro.

— ¿Y no os convienen estos tales?

— No os digo que no.

— ¿Y porqué no decir que sí?

— Porque aun no es tiempo: dejad, dejad, que ya están las manos en la masa y veremos el pan que sale: pues como os decia, el señor Sebastian de Santoyo halló el medio de hablar secretamente á mi señora, y dándola el riquísimo regalo, la dijo que si ella consentia, á la noche siguiente él volveria acompañado de una cierta persona, que queria ponerla por sí misma á la garganta, otro más rico collar que aquel que se la ofrecia.

— ¡Ya! ¡los brazos del rey! observó Paolo.

— Justamente; pero mi señora, continuó Zaphirah, comprendiendo que quien la buscaba era el rey, y no atreviéndose á despreciarle, respondió que ella se sentia muy honrada por haber tenido tal gracia en los ojos de aquella altísima persona; pero que no podia complacerla sin perder su alma, porque habia hecho voto de castidad á la Santísima Vírgen María; y que el collar no podia tomar aunque lo sintiera, como no se le diese con otra intencion que la del amor, que á ello su voto se oponia, con lo cual se fué descontento y mohino el señor Sebastian de Santoyo, temiendo sin duda el enojo de su majestad, por lo mal que habia salido en el desempeño de aquel negocio.

Y no creais que mi señora se negó por miedo á su tio, que éste, deslumbrado por la fortuna que su sobrina podia hacer, y á lo que él mismo podia subir por los amores de mi señora con el rey, tuvo con ella agrísimas palabras porque ella no habia consentido: y á la noche siguiente volvió el señor Sebastian de Santoyo, no ya sólo con el collar sino con un completo y riquísimo aderezo, y dijo á mi señora, que la gran persona que le enviaba no queria fuese suya una criatura que á la Vírgen habia votado en cuerpo y en alma, pero que podia pedir la anulacion

de su voto á Roma, y que allá se ayudaria para que la anulacion viniese despachada cuanto ántes; á lo que mi señora contestó, que de tal manera y con tanta fé, y con tan libre y grande voluntad se habia votado y dedicado á la Santísima Vírgen María, que no queria ni podia querer ni querria nunca que su voto se anulase, y que en cuanto al aderezo, recibirle no podia, sino se la daba de buena voluntad, y como una obra de caridad para que se remediase, aunque juraba guardar como recuerdo de su bienhechor aquella cruz de diamantes que del collar de perlas pendia: de lo que resultó que el señor Sebastian de Santoyo se dejó allí el aderezo, tras el cual á mi señora se le iban los ojos, protestando que quien le regalaba lo hacia de buena voluntad, y á la noche siguiente volvió con un bolson de escudos de oro, porque, dijo, para remediarse, mi señora no tuviese que vender el aderezo que de tan buena voluntad se la habia regalado.

Cosas eran estas todas para quebrantar una piedra, porque habia que esperar que si mi señora concedia lo que el rey queria, no cesaran los régios regalos, y viniera ella á ser una grande y riquísima persona, con la cual, ya engrandecida por el rey, se casase algun poderoso magnate; que así se han engrandecido muchas familias y nacido muchos títulos, á título de bastardía real, y por caprichos y vicios de un rey y buen estómago de inmundos cortesanos.

—¿Habla así vuestra señora? preguntó con un acento particular Paolo.

—Y aun más ágrio; por eso digo que no sé cómo mi señora ha podido venir á la cita de vuestro señor, como no sea por interesarle en favor de su tio; aunque esta mañana cuando se lo llevaron preso me dijo: —«Gracias á Dios, Isabel mia, (yo me llamo Isabel Zaphirah y Perez, para serviros), que se han llevado á ese maldito, azote mio, y que no volverá, porque segun lo que ha hecho le echarán por toda su vida á galeras, si es que no le ahorcan;» — de modo que no sé qué pensar.

—El tiempo dirá, dijo Paolo; allá vuestra señora y mi señor, que yo con decir á mi señor lo que vos de vuestra señora me habeis dicho he cumplido con mi obligacion y con mi lealtad: hablemos algo de vos: concluyamos vuestra historia, que me interesa más de lo que pensais, alma mia.

—Pues teneis un alma bien negra.

—Por eso mismo me enamora más: yo no he visto hermosura como la de vuestros ojos; ellos solos son un cielo, y que sois negra de las del poniente de África, y no parece sino que el amor os ha modelado y os ha dado todas sus gracias.

—Pues no creais que vos sois el primero que eso me ha dicho, que eso y aun mucho más he oido de enamorados que me decian que si yo no los queria se iban á ahorcar, y yo les he vuelto, riéndome, las espaldas.

—Pues no les habeis vuelto lo ménos hermoso que teneis; pero continuad con vuestra historia, vida mia.

—No parece sino que sois andaluz, por lo zalamero, contestó Zaphirah mirando con los ojos adormidos y sonriéndole con ellos á Paolo, por lo cual éste se echó á temblar como si hubiese estado azogado.

—En Roma, dijo, está todo, porque Roma es el universo, *Urbis et Orbe* pero seguid, seguid, corazon, que me estais matando.

—No, decidme ántes en qué negocios del príncipe don Cárlos y de la reina Isabel, difuntos, anduvo ó debió de andar el señor Sebastian de Santoyo.

—Por desgracia mia, díjo Paolo, teneis buena memoria, mi vida, y más por desgracia mia no os distraeis. Yo creia que viéndome tan enamorado de vos, algo de mi amor se os habia pegado y que no os acordábais ya de ese negocio.

—No quita lo cortés á lo valiente, dijo Zaphirah; pero sed dócil, yo soy muy curiosa, y además yo no puedo querer á quien no me obedezca.

—Voy á complaceros; pero creo que de ese negocio sabeis vos tanto como yo.

—Sólo sé lo que se murmura.

—¿Y qué se murmura de eso por estos reinos? preguntó con acento sutil Paolo.

—Se dice que el rey tenia celos de su hijo, porque la reina doña Isabel le amaba; que si vió, que si no vió, que si supo ó no supo, y que por lo que supo y lo que vió, mató con veneno, primero á su hijo, y luego, al poco tiempo, á su mujer.

—¿Eso dicen los buenos españoles?

—Eso dice todo el mundo.

—¿Y la prueba?

—¿Que más prueba que decirlo todo el mundo?

—Es verdad; todo el mundo no puede engañarse.

—¿Y qué han dicho de eso, allá por Roma?

—¡Ah! en Roma están contentísimos por eso con el rey de España. porque haciendo lo que ha hecho no ha podido ser más cristiano.

—¿Por cristianísimo tienen al rey de España en Roma, porque ha matado á su mujer y á su hijo?

—Pues por supuesto: el rey don Felipe en esta ocasion ha ido más allá en el temor y en la obediencia á Dios, que el patriarca Abraham: aquél sólo sacrificaba á su hijo: don Felipe ha sacrificado á su hijo y á su mujer, y se ha quedado sin heredero para sus reinos: sabe Dios, aunque se casará de nuevo y pronto, si volverá á tener sucesion; que su majestad está más enfermo que parece, y si la tiene, si esta sucesion será masculina: quien conozca al rey don Felipe sabe cuán meritorio ha sido su sacrificio por Dios.

—¿Y en servicio de Dios ha sacrificado el rey á la reina y al príncipe?

—Sí, porque eran herejes

—¡Herejes!

—El duque de Alba ha hecho caer en Flandes, sobre el patíbulo, las cabezas de los condes de Horn y de Egmont: el baron de Montmorency, Floripes de Montigny, etc., encerrados en una torre y amenazados de muerte: en esto andaban Inglaterra y los hugonotes de Francia; y guerra tendrá el rey don Felipe con Inglaterra y se encarnizará la que con Francia tiene: ¿por qué no habian de caer tambien, si los tenia bajo su mando, el príncipe don Cárlos y la reina doña Isabel, incestuosos y adúlteros, así se ha dicho, y por sus perversos amores, y por ellos y por su libertinaje y su ambicion, cómplices de los ajusticiados en Flandes, de

los presos en el alcázar de Segovia, y coadjutores de Isabel de Inglaterra, la luterana, la hereje, y del hugonote, el herejísimo Enrique de Francia y de Navarra, que dijo, convirtiéndose falsamente al catolicismo, que *París valia bien una misa?* ¿qué habia que hacer con estos adúlteros, con estos incestuosos, con estos parricidas, con estos sacrílegos, con estos herejes, príncipe y reina, enemigos del catolicismo, y por sólo esto, horribles al catolicísimo rey don Felipe II de Austria, más que exterminarlos? ¿ni cómo podia dejar de ser aceptísimo al papa el sacrificio de su predilectísimo hijo el rey de España, su más tenaz, su más bravo defensor, el más terrible azote de la pestífera y abominable secta luterana?

—¿Y en verdad, todo eso han hecho esos desgraciados? preguntó estremeciéndose Zaphirah.

—La verdad Dios la sabe, contestó sútilmente el siliciano; pero yo no puedo ocultaros nada, mi alma; en Roma se dice, por gentes que se creen bien informadas, que el príncipe don Cárlos murió de una enfermedad *contraida por sus desórdenes,* ¿entendeis? y la reina de otra enfermedad que los médicos *no han sabido decir cual fuese:* ¡misterios de la historia! ¡intereses encontrados de las potestades humanas! ¡el horror tonante! ¡el ambicioso débil cayendo ante el imperante fuerte, ó ante la naturaleza, el más fuerte de los imperantes! por eso os he dicho que la verdad Dios la sabe: gran suma de coincidencias desgraciadas, de sucesos terribles han bastado para despertar el recelo del vulgo, que ha oido una historia que no se sabe de dónde ha salido, y la ha divulgado: la niebla que hoy envuelve estos sucesos, los envolverá tambien en la historia, que en gran parte, amada mia, la historia ha sido inspirada por el juicio del vulgo; la verdad de las cosas, lo digo una vez más, sólo la conoce Dios; la cronología puede ser verdad; pero en las causas de los grandes sucesos históricos generalmente la historia se engaña, y por consecuencia, miente; pero dejemos esto que nada nos importa y hablemos de vos, amada mia; ved que oscurece y que, á mi ver, vuestra señora habrá de volverse pronto, si es que se vuelve.

—Se volverá, yo os lo aseguro, dijo Zaphirah, que se habia puesto al tanto de la aficion por Cervantes de Abigail, como que ésta trataba con una confianza, como si hubiera sido su hermana, á su esclava.

—Pues por lo mismo urge que acabeis vuestra historia, alma de mi alma, que me doleria mucho apartarme de vos sin saberla.

—Pues voy á concluir muy brevemente: el señor Lope de Rueda, que es muy cristiano, me convirtió con gran facilidad, porque yo encontré un no sé qué de supremo, un no sé qué de consolador en el cristianismo, en ese divino Redentor, que nos dijo que ante el padre Universal, todas las almas son iguales, y que bienaventurados son los que lloran y tienen hambre y sed de justicia: esa es la voz de los cielos lanzada en la tierra para consuelo de los desventurados: sí, yo tengo corazon, y me convertí con suma facilidad: me bauticé en Madrid en el convento de los Ángeles, de cuyas religiosas es muy amigo el señor Lope de Rueda, porque en él es profesa una ahijada suya que se llama Isabel Perez: esta señora fué mi madrina, y en su representacion el señor Lope de Rueda, y por lo tanto, por la

advocacion de la iglesia en que fuí bautizada, me llamo Angela, por mi madrina, Isabel Perez; pero todos me siguen llamando por mi nombre árabe, Zaphirah, de modo que yo soy Angela Isabel Perez Zaphirah.

Con deciros que el señor Lope de Rueda me ha enseñado á recitar, y la Angélica á cantar y bailar, y que cuando hay en una comedia, ó farsa, un negrito ó una negrita los represento yo, y que me aplauden, y además que yo quiero al señor Lope de Rueda como si fuera mi padre, y á mi señora como si fuera mi hermana, y que no he querido á ningun hombre por más que me hayan buscado muchos, y que soy esclava, y por lo tanto miserablemente pobre, he concluido mi historia.

—¿Y qué decís, señora mia, del capítulo de hoy con que vuestra historia continua?

—Digo que no entiendo á mi señora.

—¿Y qué tiene que ver vuestra señora con vuestra historia?

—¡Ahí es nada! las tristezas de mi señora son mis tristezas; sus alegrías mis alegrías: á donde mi señora vaya, yo iré, miéntras posible esto sea: en fin, ya os he dicho que nos amamos como dos tiernas hermanas.

—¿Pero y no ha entrado á tomar parte en vuestra historia alguna otra persona?

—Esa persona está á la puerta, no desagrada: en ella consistiria que se la dijese: pase vuesamerced adelante.

—Pues mirad que si vuestra señora trata á mi señor como vos á mí, mi señor se divierte.

—¡Ah! ¡ah! pues á orgullo pueda tener vuestro señor el que mi señora haya consentido en hablar á solas con él.

Sonó en aquel momento un campanillazo.

—Esperad, dijo Paolo á Zaphirah, ya oscurece, y sin duda mi señor me pide luces: es necesario tambien traerlas aquí.

Y Paolo salió.

—Este hombre es un miserable, exclamó en cuanto se quedó sola Zaphirah, y es necesario engañarle bien: su señor es otra persona misteriosa, pero puede servir de mucho á Abigail: ella se ha enamorado del estudiante, y á mí me gusta que me rábia el sargento Herédia: pero cuando Abigail me ha dicho: «Es fuerza engañar al cardenal y á su satélite,» sabrá porqué me lo ha dicho: y vamos en buen camino: yo convierto á este hombre en un animal y en un animal simple en cuanto le entorno los ojos ó endulzo el acento: es casi seguro que Abigail habrá tambien domesticado á monseñor. ¿Qué saldrá de esto? ¿Logrará Abigail á su estudiante? ¿lograré yo á mi sargento?

Volvió á poco Paolo con dos bujías en dos candelabros de plata.

Venia fosco.

—Mal tratan por allá á mi señor, dijo poniendo las bujías sobre la mesa; me parece que mucho peor que como vos me habeis tratado: mi señor está dado á los diablos, y me ha llamado torpe é imbécil delante de vuestra señora, porque no le ha parecido bastante profunda sin duda la reverencia que he hecho al entrar á vuestra señora; me ha dado además un empellon, por lo cual se me ha caido

una de las bujías, y sobre esto ha venido lo de torpe y lo de imbécil: esto es demasiado y es necesario que concluya: yo soy esclavo y no quiero serlo.

El lobo siciliano se rebelaba, y Zaphirah recogia con interés este nuevo detalle.

—¡Ah! exclamó: vos sois altivo como yo: pero yo no tengo que irritarme contra mi señora, porque jamás me ha tratado mal.

—Dichosa vos, dijo todavía de mal talante Paolo: monseñor me trata como un perro... y si yo hablo...

Sonó un nuevo campanillazo.

—¡Mal rayo! vamos á ver que otra cosa quiere mi amo.

Y salió.

Zaphirah esperó en vano.

Paolo no volvió.

CAPÍTULO LIV.

En que Abigail acrece de una manera enorme ante los ojos de Aquaviva, y en que Aquaviva es rechazado de una enorme manera por Abigail.

Veamos por qué habia encontrado de tan mal temple á su señor, Paolo Lazzarotti.

Hemos dejado á los amos para seguir á los criados.

Monseñor Aquaviva, como sabemos, habia esperado con impaciencia á Abigail.

Habia encontrado en ella, ó más bien, en ella le habia fascinado á primera vista, ese *quid divinum*, incomprensible, inexplicable, misterioso, que hace que una criatura sea absorvida, por cuantas absorciones son posibles al ponerse en contacto con otra criatura, nacida para hacerse sentir, en toda la plenitud de un poder desconocido, cuya fuerza es incalculable.

¿Era por si sola la extraordinaria y característica hermosura de Abigail la que habia causado un tal efecto en monseñor?

No.

¿Era el alma vehemente, apasionada, terrible, dulce y candente, y dura y dominadora y terrible á la par que por los enormes y negrísimos ojos de Abigail se exhalaba, lo que determinaba aquel aniquilamiento, por decirlo así, del sér de Aquaviva en el sér de la judía?

Tampoco.

Era, lo repetimos, algo que no podia explicarse, porque no pueden explicarse todas las relaciones por las cuales el Hacedor ha hecho del universo, de lo ani-

mado, de lo inanimado, de lo transitorio, de lo permanente, de lo contingente, de lo necesario, de lo infinito, de lo finito, del mal y del bien, de la luz y de la sombra, un solo sér armónico, perfecto, magnífico, admirable, que por sí mismo ha dado la idea de un Dios, de quien lo ha hecho.

La razon de Aquaviva habia sucumbido.

Se desconocia á sí mismo.

Aquel mancebo precoz, que á sus diez años habia comentado á Aristóteles con el juicio ya claro y determinante; que á los quince habia terminado una carrera científica, que á los veinte se habia hecho respetar en una córte tal como la de Roma, á la que van á resumirse en un gran espíritu todas las inteligencias, todas las astucias, toda la experiencia, toda la ambicion, toda la soberbia, toda la preponderancia de esa asociacion gigantesca de las gentes de hábito y sotana, clase aparte, superpuesta á todo bajo el pretexto de un dogma que ha llevado á no queremos decir cuáles exageraciones peligrosas, cuando él no es otra cosa que el sencillísimo, consolador y santo dogma de la fé, de la esperanza y de la caridad, el dogma alto, sublime, de lo eterno, de lo inmutable, de lo que és y no puede dejar de ser, porque será aunque aparentemente no exista, la verdad, el catolicisimo, la universalidad, lo inmutable, lo viviente, lo prolífico, el amor, la justicia, Dios en relacion con el hombre, por más que los hombres pretendan con sus miserias desvirtuar ese dogma inmortal, proveniente de los cielos, lazo de union entre la eternidad y lo creado: el mancebo, decimos, que entre esta gente prepotente por lo docto y por su tenaz tendencia al dominio absoluto, terrible, se habia hecho respetar, este noble, riquísimo y casi egrégio mancebo, que con el alma vieja y ya casi gastada á los veinticuatro años, habia merecido del papa Pio V, del terrible pontífice, la confianza del encargo de una mision delicadísima y más de lo que parecia trascendental, junto al monarca más difícil, más reservado, más autoritario y más incomprensible de cuantos monarcas ha habido y puede haber; este libertino que en el breve espacio de su juventud habia recorrido la escala entera de las más violentas pasiones, caia anulado, aturdido, desnaturalizado, apénas habia visto ante sí á la comedianta vil, que viles eran considerados entónces los comediantes, ante una judía maldita, que por malditos eran tenidos entónces todavía los de la *mala sangre,* los asesinos de Cristo, y esperándola habia agonizado, se habia conmovido, habia procurado dominar su conmocion cuando llegó al fin; y junto á ella su conmocion se habia hecho más patente.

¿Qué era esto?

Ni aun para pretender explicárselo tenia fuerzas el jóven, y poco tiempo ántes, terrible Aquaviva.

Estaba ébrio de pasion.

Completamente absorvido.

Habia encontrado todo un universo nuevo, moral, sensual, infinito en Abigail.

Un sér en el cual él ni aun siquiera habia soñado.

Así á lo ménos se representaba en su fantasía á Abigail.

Le parecia que su existencia se completaba en ella, se dilataba, vivia con una existencia de tal manera poderosa que él no la habia conocido jamás.

Abigail, que era no ménos precoz que Aquaviva, aunque como él no hubiera estudiado la ciencia escrita, aunque como él no hubiese vivido dentro de un círculo candente, en que luchaban todas las actividades humanas, conoció á primera vista que el cardenal era suyo y que podia disponer de todas las fuerzas que en monseñor Aquaviva existian.

Le conoció de una manera tal que acabó de aniquilarle.

Sin embargo la sonrisa de Abigail, prodigada á Aquaviva, nada que fuera determinante significaba.

Llegaron al bello retrete en que Aquaviva habia esperado desesperándose, y donde estaba servida la mesa y encendida la odorífera chimenea, con un tal refinamiento de lujo, con una tal elocuencia muda, por decirlo así, que Abigail, que se habia propuesto dominar cuanto le fuese posible á Aquaviva, cambió su expresion sonriente en una expresion séria, se soltó del brazo de Aquaviva y le dijo:

—Por lo que veo aquí preparado, paréceme que os habeis equivocado grandemente, monseñor; que no creíais sino que aquí iba á venir á buscaros una cortesana sin pudor.

Se puso pálido Aquaviva, y miró, sorprendido de una manera estólida, á Abigail.

El golpe le habia alcanzado de lleno.

—No os comprendo, señora, dijo.

—Hé ahí que vos repetís lo mismo que os he dicho: no me habeis comprendido.

—A la verdad, señora, es para mí un gravísimo dolor el haberos enojado, tan sin voluntad de enojaros.

—¿Y cómo no enojarme, cuando me encuentro aquí con una mesa servida, preparados los vinos, dispuesto todo como para una entrevista para mí infamante? ¿qué motivo os he dado yo, para que os hayais atrevido á tales demostraciones? ¡Qué soy comedianta! ¿quién sabe por qué, y atravesando cuáles caminos, y soportando cuáles desventuras, puede llegar una mujer á la situacion en que se la encuentra, ni quién cuánta dignidad y aun cuánta soberbia pueden alentarla, á pesar de la aparente humildad, y aun si quereis infamia conocida de su situacion? ¿Pero no sabeis que bajo el lodo puede encontrarse algo puro? ¿qué bajo la infamia puede alentar algo noble? Os perdono, sin embargo, aunque me habeis dado un doloroso desengaño: yo os creí uno de esos séres superiores para los cuales nada significan las apariencias, porque saben que con mucha frecuencia las apariencias son falsas; que hay que profundizar bajo ellas para encontrar la verdad.

—No sé qué deciros, ni sé lo qué me sucede, dijo procurando reponerse Aquaviva: os repito que no os comprendo.

—Pues yo me haré comprender bastantemente de vos, dijo Abigail: sentaos.

Y se sentó al lado de la chimenea.

Aquaviva se sentó maquinalmente y se quedó mirando atónito á Abigail.

—Os he dicho que os perdono vuestro error, por lo mismo que un error ha sido vuestro juicio respecto á mí, y porque os perdono, no quiero pareceros enojada cuando no lo estoy: vuestra conducta ha sido lo más natural del mundo.

—¿Me permitís, señora, que os diga lo que verdaderamente siento? la preguntó Aquaviva.

—Hablad, señor, y hablad con sinceridad.

—Pues os digo, señora, que el equivocado no lo soy yo: no soy yo el que ha caido en error.

—Pues bien, yo me alegraré mucho de haberme engañado, dijo Abigail.

—Yo, señora, dijo Aquaviva, no he querido recibiros, ni os he recibido, ni os creo aquí como una cortesana: yo he esperado impaciente á una mujer que ha tenido el privilegio de aturdirme, y he esperado con una ansiedad dolorosa.

—Más claro, más claro, monseñor.

—¡Más claro! ¡y qué he de deciros yo sino comprendo lo que me sucede! ¿no me veis cobarde, trémulo, muriendo de ansiedad ante vos?

—Si hubiéramos de creer las mujeres que poseíamos el alma de todos los que delante de nosotras tiemblan, temen, agonizan, ¿á dónde iríamos á parar, monseñor?

—¿No creeis que el tiempo es el único patentizador de las verdades?

—Sí, monseñor, pero como el tiempo no tiene medida, hay situaciones en las cuales un minuto equivale á un siglo.

—Yo puedo deciros ya, dijo Aquaviva, que para mí sois una necesidad.

—¡Una necesidad!

—Sí, una necesidad de mi alma: yo no puedo vivir sino viviendo en vuestra alma.

—Pues entretened vuestra vida ó morid, dijo Abigail, porque por estos momentos mi alma no es vuestra: no sé si lo será algun dia. ¿Quién sabe?

—¿Es decir que por estos momentos os soy indiferente?

—Indiferente no, porque os necesito.

—¡Ah! contad conmigo.

—Sí, cuento, y si no contara con vos no os hubiera suplicado una entrevista, y no hubiera procurado esta entrevista si no hubiera podido imponeros condiciones.

—Sois demasiado dura conmigo, señora: me haceis sufrir.

—No sufrais por esto; yo no soy para vos dura sino simplemente buena.

—Y decidme, señora, y perdonad: ¿por qué creeis que podeis imponerme condiciones?

—Por qué lo sé todo.

—¿Y qué es todo?

—Lo bastante para que hagais mio todo lo que podais.

—Continúo sin comprenderos, señora.

—¿De dónde le han venido al jóven estudiante, vecino mio, las ricas alhajas que vos habeis visto en su aposento?

Esta salida imprevista aturdió á Aquaviva que exclamó:

—¿Y qué os importa que este estudiante tenga ó no ricas alhajas de dama, que no pudiendo suponerse las haya robado, deben, de una dama noble y rica y enamorada de él, ser regalo?

—¿Estais seguro de que nadie puede escucharnos, monseñor?

—No me pongo yo nunca en una situacion grave teniendo el recelo de ser escuchado.

—Mirad no os engañeis: me parece un pícaro ese criado que habeis enviado por mí á la iglesia donde yo os esperaba.

—No os habeis engañado, señora, dijo Aquaviva; que pícaro y grande es; pero ese pícaro es todo mio.

—Mirad no os engañeis: salid, reconoced.

—Lo haré por daros gusto.

Y Aquaviva salió.

—¡Oh! yo tenia la seguridad de obligarle, murmuró Abigail; pero esto es mejor: le tengo naturalmente mio: le embriago: le enloquezco.

Abigail reclinó sobre su seno su hermosa cabeza.

Parecia como que meditaba un plan sobre el terreno.

Que se preparaba.

Que por esto sólo y para tener tiempo para prepararse, habia hecho, valiéndose de un pretexto, que Aquaviva saliese.

Éste volvió poco despues.

Al sentir sus pasos, y ántes de que entrase, Abigail se irguió de nuevo.

Aparecia tranquila, impasible, indiferente.

—Paolo está harto entretenido con vuestra esclava, dijo Aquaviva.

Y volvió á sentarse en el sillon frente á Abigail.

—Voy á contaros una historia, dijo ésta, y una historia tal que os importa mucho que nadie la oiga.

—Podeis hablar, señora, en la completa seguridad de que nadie puede oiros más que yo.

—Mi historia es muy grave.

—La espero con impaciencia.

—He dicho mi historia, como podia haber dicho «la historia que os voy á contar,» porque esa historia no es la mia: ¿qué os importa mi historia? y aunque os importara, yo no la contaré más que al hombre que sea alma de mi alma, vida de mi vida.

—¿Y ese hombre existe? exclamó sin poderse contener Aquaviva.

—Si, exclamó de una manera ardiente Abigail: el único hombre á quien he amado, ¿y en cuan poco tiempo? Ayer llegué á Madrid y no le conocia; hoy, no tengo duda de ello, le adoro y soy capaz por él de llegar á todo el horror de los horrores.

—¿Y será pretender mucho pediros su nombre?

—No: es mi vecino de aposento, el estudiante, el de las alhajas, el amante de vuestra hermana Beatriz.

Se levantó de una manera violenta de la silla, Aquaviva.

Miró atónito, cobarde, medroso á Abigail.

Permaneció algunos segundos anonadado, trémulo.

Luego volvió á caer como desplomado en su sillon.

—En vuestros pocos años, dijo Abigail, habeis vivido mucho y de una manera terrible, monseñor: teneis ya ennegrecida la conciencia.

—Callad, señora, callad, ó esperad á lo ménos: voy á ver.

—Ya sabia yo que os importaria mucho el que nadie pudiese oirme, observó Abigail.

Aquaviva se levantó.

Adelantó vacilando como un ébrio hácia la puerta del retrete, y desapareció por ella.

Abigail volvió á abismarse en sus pensamientos.

Volvió el cardenal.

—No; no se apartará Paolo de vuestra esclava, exclamó: y él sólo es el que pudiera escucharos.

—A quien importa el secreto es á vos, dijo Abigail con vos breve.

—¿Y quién sois vos, señora, que sabeis un terrible secreto de mi familia? ¿cómo este secreto ha podido llegar á vuestra noticia?

—¿Qué os importa quién yo sea? suponed que soy la conciencia de vuestro padre, el señor duque de Atri, y vuestra propia conciencia.

—En vano pretendo adivinar...

—No os fatigueis: no conseguireis nada: por más que os esforzeis no dareis en el misterio que me envuelve.

—Seguid, señora, seguid.

—Si no hubiese sido porque yo supe, por noticias que llegaron á Sevilla, que vos estábais en la córte del rey de España como legado del Papa, en Sevilla hubiera permanecido el señor Lope de Rueda con su compañía.

Se habian suspendido las representaciones por el luto por la muerte de la reina.

En cuanto al príncipe don Cárlos, muerto ántes que la reina, ya sabeis que el rey, con escándalo de todo el mundo, ni ha mandado lleve luto la córte, ni ha querido que se le dé el pésame por la muerte de su hijo.

El señor Lope de Rueda se habia propuesto esperar en Sevilla á que el luto pasase y pudiéramos representar de nuevo.

Pero yo, cuando supe que en Madrid estábais, quise venir á Madrid.

El señor Lope de Rueda me ama entrañablemente, ni más ni ménos que si fuera su hija.

No le dije, sin embargo, que queria venir á Madrid porque vos estábais en él.

No queria que aventurase suposiciones, que me preguntase.

Tomé un pretexto.

Le dije que era lástima pasar el tiempo, y no ménos que seis meses, gastando y sin ganar.

Le puse, además, ante los ojos, que estábamos apurados y que íbamos á pasar miserias que podian evitarse.

—¿Y cómo evitaremos esas miserias? me dijo.

—Yéndonos á Madrid, le respondí.

—¿Y qué haremos en Madrid? me dijo: ¿crees tú que nos dejarán trabajar en Madrid mejor que en Sevilla?

—A vos se os estima en Madrid muchísimo por vuestra honradez, por vuestros años y sobre todo por vuestro ingenio: teneis allí muchos nobles y poderosos valedores.

—Con todo eso no nos dejarán representar: no han de hacer para nosotros una ley nueva: Madrid, como que es la córte, es mucho más caro que Sevilla; allí nos acometerá la miseria mucho ántes que aquí.

—Allí representaremos.

—Quisiera que me explicaras cómo.

—Representaremos autos sacramentales, que aun en la Semana Santa se representan, cuando todos los católicos están de luto por la pasion de Jesús.

—¡Ah! ¡hé ahí una buena idea que no se me habia ocurrido! dijo el señor Lope de Rueda.

Y lo preparó todo para la partida.

Quince dias despues, ántes de ayer, llegamos á Madrid.

Yo pensaba buscaros; pero no he tenido necesidad de ello, vos se me os habeis venido á las manos.

—Inútilmente, exclamó con desesperacion Aquaviva, pretendo venir en conocimiento de cómo habeis podido conocer nuestros secretos.

—Os repito que no os fatigueis, díjo tranquilamente Abigail: nada conseguireis: dejadme continuar.

—Os escucho.

—Vinimos á parar á la posada que sabeis.

En ella, entre otros huéspedes, está aposentado ese estudiante que me enamora: el señor Miguel de Cervantes Saavedra.

Y, cosa de estudiantes, que son la piel del diablo, habia hecho un agujero en el tabique, por el cual podia atisbar lo que en el aposento que yo ocupaba sucediera.

Ved de cuánta trascendencia puede ser la diablura de un estudiante.

Él me ha visto á mí hasta la saciedad por el agujero, y yo, que casualmente con el agujero dí, he visto á través de él cosas grandes; y á través de él he oido retazos de historias que han completado una historia.

Este acechamiento mio hizo que yo os conociese, en cuanto á la figura, nada más: luego no he podido dudar de que erais monseñor Julio de Aquaviva, hijo y heredero del señor duque de Atri.

He procurado que me conociérais, y ha sido para mí una felicidad que de mí os hayais enamorado mortalmente.

—Pues si conoceis que mortalmente estoy enamorado de vos, y conoceis los secretos de mi familia, debeis evitar por prudencia mi desesperacion.

—No os temo: me he propuesto servirme de vos y me serviré.

—Yo habia soñado en vos un ángel.

—Estoy segura de que tanto más me amareis cuanto más me creais un demonio.

—Me estais atormentando.

—Monseñor Julio de Aquaviva, exclamó sombríamente Abigail: Dios ha querido que todas las acciones humanas dén un resultado: vos y vuestro padre habeis amado, amais lo terrible, y lo terrible os busca; no os quejeis, pues.

—Estais jugando con la tempestad.

—¿Y si yo os dijera...?

—¿Qué habiais de decirme? exclamó anhelante Aquaviva, estremecido por la mirada de fuego en que Abigail le habia envuelto; mirada irresistible, inmensa, en que le habia revelado todo un infierno de amor.

—Si yo os dijese que sólo quiero probar vuestro amor, porque os amo... ¿No os he dicho que ántes de conocer á ese estudiante, al saber que vos estábais en Madrid, he hecho que el señor Lope de Rueda nos trajese á la córte?

—¡Ah! ¡no jugueis con mi alma como el tigre juega con su presa ántes de despedazarla!

—¿Sereis vos capaz de darme una prueba indudable de amor? mirad que yo soy muy altiva.

—Pedidme cuantas pruebas querais.

—¿Hay en esta casa un oratorio, monseñor?

—Sí.

—Pues bien, vamos á él.

Se levantó aturdido Aquaviva.

Abigail le siguió.

Llegaron á un pequeño, pero bellísimo oratorio.

Ante una imágen de la Inmaculada Concepcion, puesta sobre el altar, habia una lámpara.

—Unámonos, dijo Abigail, como sin duda se han unido el estudiante y vuestra hermana Beatriz.

Gimió Aquaviva, y sus ojos, extraviados, giraron espantados.

Le contenia sin embargo la mágia de Abigail.

Y no parecia sino que ésta se gozaba en atormentarle.

Abigail habia escuchado y visto tanto á través del agujero, que lo que no habia oido, por lo que habia visto lo habia adivinado.

Habia asistido á todas las confidencias de los dos hermanos.

A los diálogos de Miguel con la viuda del ilustre Zurriaguete.

Habia oido la conversacion de Aquaviva con Miguel, y habia observado la inquietud con que Aquaviva habia mirado las joyas que sobre la mesa estaban.

Habia sorprendido algunas exclamaciones que Miguel habia lanzado creyéndose solo.

Poseia, además, graves secretos del duque de Atri y de su hijo Julio, como veremos más adelante.

Estaba, en fin, en posicion de servirse á todo su placer del cardenal.

A más de esto, el jóven cardenal lego habia contraido una pasion furiosa, aun que él no pudiese explicársela, por ella.

Abigail sabia bien que podia usar y aun abusar del cardenal.

Éste se doblegaba aunque luchando.

Pero su lucha era impotente.

Un demonio que se hubiera agarrado á él, le hubiera tenido ménos sujeto que Abigail.

—Monseñor, dijo ésta, asiendo con su mano derecha la mano derecha de Aquaviva y llevándole ante el altar: ¿me jurais ante la Santa Vírgen Madre de Dios renunciar á la Iglesia?

—Os lo juro, á pesar de todo, exclamó Aquaviva.

—¿Me jurais, además, apartaros de la política, reduciros á una vida oscura, pero á una vida de amor á mi lado?

—¡Una vida de amor á vuestro lado!... exclamó Aquaviva; ¡pero esto es monstruoso!... ¡apénas nos conocemos!...

—¡Jurais ó no!

—Es que yo no sé lo que por mí pasa, exclamó Aquaviva: yo no sé si esto es una fascinacion... el resultado de un hechizo, aunque yo nunca en hechizos haya creido: es que no sé si mañana este hechizo se destruirá, y si juro, cumpliré mi juramento.

—Sé que vos, capaz de todo, no sois capaz de faltar á un juramento hecho á la Vírgen, por temor á un terrible castigo: por eso, para decidirme á lo que debo hacer, juramento os pido: no jureis, pues, si temeis que esa misteriosa pasion que sentís por mí, y que vos creeis causada por un hechizo, puede pasar.

—¡Ah! ¡esto es terrible! exclamó Aquaviva: no puedo negarme á vuestra voluntad... ¡juro!

Y un sudor frio corria por las pálidas mejillas de Aquaviva.

Estabá desencajado, horrible: parecia no sólo feo, sino hasta viejo.

—Poned la mano sobre el ara santa, dijo Abigail.

Aquaviva puso sobre el ara del altar una mano trémula.

—¿Jurais á Dios, á la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y á la Santísima é Inmaculada Vírgen María Nuestra Señora, obedecerme cualquiera sea mi voluntad?

Vaciló Aquaviva.

Miró de una manera siniestra á la jóven.

Ésta le envolvia en una nueva mirada de fuego, más candente que las anteriores.

Sintióse desfallecer Aquaviva.

Aquello era extraordinario, excepcional; un dominio absoluto del sér de Abigail sobre el sér de Aquaviva.

—¿Jurais? dijo ésta con acento firme, pero sonoro, arrebatador, fascinador.

—Lo juro.

—Vais á jurar de nuevo.

Y Abigail pronunció un juramento más ámplio y más terrible aun.

Sin embargo, por aquella vez Aquaviva juró sin vacilar.

Le exigió un tercer juramento más terrible aun Abigail, y le prestó.

—Salgamos, dijo Abigail.

—¿Pero vos no os obligais á nada? exclamó con una amorosa vehemencia Aquaviva.

—Si yo me obligara á algo para con vos, dijo Abigail, no seria vuestra señora. Salgamos.

Obedeció Aquaviva.

Siguió, dominado, reducido á la impotencia, á Abigail.

Volvieron al retrete.

—¡Os amo! exclamó Abigail sentándose.

—¿Que vos me amais? contestó aturdido Aquaviva.

—Sí, os amo, como se ama la posesion de un arma terrible, con la cual estamos seguros de vencer.

—¡Ah! ¡yo no os he hecho ningun mal para que asi me atormenteis! dijo Aquaviva.

—¿Y qué sabeis vos si me habeis hecho mal, y hasta qué punto? respondió Abigail.

—Si os he hecho daño sin voluntad de hacéroslo, os haré tanto bien que feliz seais por la reparacion.

—Vos no podeis reparar el mal que me habeis hecho: él la ama: la adora... sí, no tengo duda de ello.

—¿Pero tanto amais á ese hombre? exclamó desesperado y rugiente Aquaviva.

—¿Qué sé yo si le amo ó no, ó lo que por él siento, exclamó Abigail, ni qué sé yo lo que quiero?

Y reclinó en el respaldo del sillon su gentil cabeza, y dejó ver por completo y en una inflexion irresistible, su larga, bellísima y mórvida garganta á Aquaviva.

Éste se retorció.

Se sintió en poder de un demonio.

Se puso de pié de una manera nerviosa, demudado, terrible, y dió un paso hácia Abigail.

Ésta se irguió y dijo con acento lánguido:

—Sentaos.

Aquaviva se sentó aturdido.

—Bebamos, dijo Abigail.

—Bebamos, sí, respondió Aquaviva.

Y acercó su sillon á la mesa.

Acercó el suyo Abigail.

—Quiero embriagarme, olvidar, exclamó tomando la ancha copa que la presentaba, llena de un generoso Jerez, Aquaviva.

—Yo tambien quiero olvidar, dijo éste.

—¡Al infierno de nuestro amor! exclamó Abigail chocando su copa con la de Aquaviva.

Bebieron.

—¡Ah! ¡esto es fuego! exclamó Abigail arrojando de sí con ira la copa, que apénas habia gustado; vos sois el mismo miserable de siempre: ¿dudábais y os habíais preparado? ¡habeis pensado en adormecerme!...

—¿Eso más? ¡esa injusticia! exclamó dolorosamente Aquaviva: ¿no veis que yo he apurado mi copa entera?

—¡Ah! ¡sí! ¡veníais preparado!

—¡Matadme, consumad el hechizo que me envuelve, pero no calumnieis mis intenciones respecto á vos; ¡oh! ¡no me obligueis á maldecir la hora en que os he conocido!

—Acaso, por la primera vez de vuestra vida, no mintais: pero bien lo sabeis, monseñor: todo lo que de vos y de vuestro padre se calcule, no será nunca demasiado por infame que sea.

No podia llegar más allá el desprecio, la audacia con que Abigail hablaba á Aquaviva.

Y sin embargo, y por un extraño contraste, le sonreia, le abarcaba con la mirada, á cada momento más tentadora, de sus grandes y lucientes y magníficos ojos negros, y le desconcertaba más y más; más y más le fascinaba.

No podia darse un demonio más encantador, más embriagador.

Abigail revelaba un carácter terrible.

—Bebamos, sí, bebamos, dijo: vos no habeis querido hacerme traicion, no porque no seais capaz de ella, sino porque no creíais fuese necesario hacerme traicion: por esta vez puedo beber tranquila con vos, comer de los manjares que me ofreceis. ¿Y sabeis, monseñor, que tengo apetito? Cuando nos sonrie la esperanza nos sentimos felices y nuestra vida se hace fácil: sentimos apetito, sed: una multitud de deseos, que la tristeza y la desesperacion mataban, nos acometen de improviso: sí, monseñor, bebamos y comamos; amémonos.

Y por aquella vez sirvió las copas.

—A nuestra felicidad, dijo.

Aquaviva bebió maquinalmente.

Estaba profundamente distraido, como abismado en un ensueño.

Parecia como si hubiese enmudecido.

Pero en sus ojos ardia algo siniestro, algo terrible.

—Habeis jurado hacer todo aquello que fuere mi voluntad, dijo Abigail: lo habeis jurado por tres veces y por la Santa Madonna, por la divina madre del Verbo, de la que yo sé que sois muy devoto.

—Mantendré mi juramento.

—Pues bien, oid lo primero que os mando.

—Decid, señora.

—Vos respetareis á mi estudiante, como si estuviera amparado bajo el manto de la Santísima Vírgen.

—No sólo le he respetado, señora, dijo Aquaviva, sino que le he protegido: él ha recibido ricos dones mios.

—Cuando no recelábais.

—¿Y qué habia de recelar, señora?

—Que le amase vuestra hermana Beatriz.

—¡Una hija reconocida por mi padre! ¡una descendiente del duque de Atri!

—Eso os importaria muy poco, monseñor; vos ennobleceríais de tal modo á ese estudiante, vos y vuestro padre haríais que de tal manera le protegiese el Papa, que no ya con vuestra hermana sino con una princesa real pudiera aspirar á casarse.

—¿Y creeis que mi hermana Beatriz sea de más baja alcurnia que una princesa real? dijo con altivez Aquaviva. ¿Pues qué los vicarios, patricios de Roma, no pueden, en cuanto á nobleza, y muchos de ellos, como nosotros, en cuanto á riquezas, parangonarse con los reyes?

—Indudablemente, monseñor; pero todo eso os importaria muy poco.

—¿Creeis, pues, que yo pudiera tener otro motivo para oponerme á los amores de mi hermana con ese hombre?

—Sí, vuestro corazon.

Miró Aquaviva de una manera profundísima, y aun podemos decir que amenazadora á Abigail.

Pero la expresion de amenaza pasó rápidamente, como si el cardenal hubiera rechazado el pensamiento de hacer el menor daño á Abigail.

Ésta habia servido el plato al cardenal.

Éste por cortesía habia probado el manjar, pero inmediatamente habia dejado de comer.

En cuanto á Abigail, comia con un gran apetito.

La mirada que monseñor fijaba en ella era á cada momento más asombrada y más profunda.

Abigail guardó silencio por algunos segundos.

Continuaron comiendo, al parecer con placer.

Al fin dijo:

—Hace dos años, al salir vuestro padre en carroza por la Puerta del Pópolo, en Roma, se tropezó, es decir, su carroza se encontró con la del caballero Gautier de la Moussa, gentil-hombre francés, que el rey hugonote habia enviado con una delicada mision á Roma.

Era en invierno.

El piso estaba muy malo.

La carroza de monsieur Gautier de la Moussa se habia colocado en la misma puerta, é impedia el paso á la carroza de vuestro padre.

Ya sabeis cuán violento tiene el carácter vuestro padre.

—Me estais contando, señora, dijo Aquaviva, una historia que yo sé demasiado; mi padre prorumpió en denuestos por la contrariedad que le causaba aquel impedimento, formalizó sus dicterios, y monsieur Gautier de la Moussa, creyó imprescindible pedir razon á mi padre de sus palabras.

—Vos lo sabeis, monseñor, es cierto, dijo Abigail; pero era necesario que supiérais que yo tambien lo sabia, y que sé que vuestro padre recibió una estocada...

—Que no quedó sin venganza.

—Tambien lo sé; vos, monseñor, que os fuísteis á monsieur Gautier de la Moussa, con tanta más ira, como que no sólo queríais vengar la herida de vuestro padre sino cierta herida de celos, infundados en verdad, que monsieur Gautier os habia abierto en el corazon.

Se trataba de una hermosísima dama que vivia en el pequeño palacio de los Magos, á la orilla izquierda del Tiber, en el Trastevere, cerca del Vaticano y del puente de Sant Ángelo.

Vos creíais que ella amaba al francés, y vos estábais pérdidamente enamorado de ella.

Era vuestro primer amor, vuestro inmenso amor.

Yo no sé cómo habeis podido amar á otra.

Por lo mismo, yo creo bien, monseñor, que lo que yo os he inspirado no es amor; sólo una pasion bastarda, indigna de vos y de mí.

—Yo no sé lo que por vos siento, dijo Aquaviva.

—Continúo, monseñor; vos vengásteis de tal manera vuestros celos y la herida de vuestro padre, que monsieur de la Moussa no pudo volver á Paris; pero tuvo el consuelo de morir bendecido por el Papa.

A lo ménos con esta bendicion llevaba un buen pasaporte que presentar á San Pedro.

Entretanto vuestro padre se agrávaba, y de tal modo, que se temió por su vida.

Encontrándose vuestro padre en tal peligro, os llamó y os hizo sentar á la cabecera de su lecho.

¿Quién estaba allí con vosotros, monseñor? Vuestro padre habia mandado cerrar las puertas.

Estábais solos, de todo punto solos, y seguros del secreto de lo que habláseis.

Sin embargo yo sé punto por punto lo que en aquella ocasion habló con vos vuestro padre.

—¡Que lo sabeis! exclamó Aquaviva.

Y miró con espanto á Abigail.

—Sí, lo sé, y vais á juzgar de ello: vuestro padre, que se creia próximo á la muerte, os hizo una gravísima revelacion.

Teníais dos hermanas que vos no conociais.

—¡Ah! exclamó Aquaviva.

—Vuestro padre habia oido, cuando erais vos muy pequeño, apénas de tres años, hablar de España como de la tierra de las maravillas.

Se decia que los hombres de España eran héroes y las mujeres arcángeles fuertes: diosas, cuyo amor era el frenesí, el delirio, especialmente las morenas de Andalucía.

Que los españoles eran esforzados hasta el heroismo, sabíalo bien vuestro padre, como que los españoles iban á todas partes levantando hasta las más ínclitas hazañas el nombre de su patria.

No era ciertamente la Italia una tierra en que fuese necesario dar á conocer á los españoles.

Hace ya muchos años que España y Francia tienen su campo de batalla en Italia.

Pero las españolas eran otra cosa.

Para conocerlas habia necesidad de ir á buscarlas á su tierra.

Hay quien asegura que el deseo de conocer á España era un pretexto de que se valia el señor duque de Atri, vuestro padre, para salir no sólo de Roma sino tambien de los Estados Pontificios, en los cuales no se encontraba bien.

¿Sabeis, monseñor, de qué enfermedad murió vuestra madre?

Al oir esta extraña pregunta, una expresion de espanto apareció en el semblante de Aquaviva.

—¡Un demonio sin duda ha hablado con vos! exclamó.

—Decis bien, repuso Abigail, un Satanás humano que vuestro padre no os ha dado á conocer, porque no os ha revelado todos sus secretos, un demonio tal que, si por fortuna no estuviéramos asegurados de él, no tardaria en hacerse conocer de vos, y tal vez de una manera terrible.

Pero continuemos, monseñor, que mi historia es necesario que concluya lo más pronto posible; el señor Lope de Rueda estará dolorosamente inquieto por mi tardanza desde que cierre la noche, y ya empieza á oscurecer.

—Es verdad, las sombras van envolviéndonos, y no quiero privarme de la vista de vuestra hermosura, dijo Aquaviva; y se levantó y tiró del cordon de una campanilla que junto á la chimenea pendia, apareciendo á seguida Paolo Lazzarotti.

Entónces fué cuando, á causa del mal humor de que estaba poseido monseñor Aquaviva, tuvo lugar con Paolo la escena que éste refirió á Zaphirah.

Quedaron de nuevo solos.

El cardenal se esforzaba por dominarse y aparecer todo lo sereno posible.

Pero se espantaba más y más, y más y más le fascinaba Abigail.

En sus negras pupilas lucia, con un fuego opaco, algo de siniestro, de terrible.

Y parecia, sin embargo, que acariciaban á Aquaviva, que le decian amor, un amor extraño.

¿Quién puede fiar en la traidora mirada de la mujer? ¿quién puede leer la verdad en ella?

El deseo del hombre enamorado le ayuda á engañarle, á enloquecerle.

—Vuestra madre murió de mal de amores, dijo con un acento opaco, sombrío, Abigail.

Aquaviva no respondió, pero se estremeció de una manera poderosa.

—Sí, dijo Abigail, como provocando una contestacion de Aquaviva; hay amores que matan.

Siguió tenazmente Aquaviva en su sombrío silencio.

—¿No os ha hablado vuestro padre de la enfermedad de vuestra madre? insistió Abigail.

—Sólo sé que mi madre murió siendo yo muy niño, dijo Aquaviva: yo no lo recuerdo.

—Pero debeis conocer su retrato, dijo Abigail: dicen que era muy hermosa.

—Sí, muy hermosa, hermosísima, no tanto como vos sin embargo, respondió Aquaviva, que pretendia aparecer lo más tranquilo posible sin conseguirlo.

Su agitacion, su perturbacion, su malestar sensible iban en aumento.

—Dicen, continuó Abigail, que los médicos no pudieron decir la enfermedad de que murió vuestra madre, que su muerte causó murmuraciones, y que por ellas vuestro padre se alejó de Roma.

—Seguid, señora, dijo Aquaviva; me estais contando una historia perfectamente desconocida para mí.

—Y tanto más se murmuró, como que por aquel tiempo las aguas del Tiber arrojaron el cadáver, cosido á puñaladas, de un hermoso y jóven señor florentino Nicolao Franchesi, pariente lejano de vuestra madre, que habia ido á Roma no sé á qué cometido, ó á qué asunto, y como los asuntos en Roma se eternizan, permaneció en ella más de tres años, desde algunos meses ántes del casamiento de vuestros padres: bebamos, monseñor, bebamos; este bello y perfumado gabinete, esta alegre chimenea, el rumor monótono de la lluvia, todo convida á beber.

Y llenó las copas.

—Sí, bebamos, exclamó monseñor Aquaviva tragando con ánsia el contenido de la copa.

Estaba desencajado, descompuesto: una ferocidad espantable aparecia en sus ojos.

Sin embargo se doblegaba á Abigail, aparecia dominado por ella.

—Pasemos por alto ese doloroso período de la historia de vuestra familia, dijo Abigail: además debemos concluir cuanto ántes: pero atended; estoy preocupada; esto es muy sencillo, y sin embargo no se me habia ocurrido: procuradme recado de escribir; vos tendreis sin duda álguien que lleve una carta mia al señor Lope de Rueda; así no estará con cuidado.

Aquaviva tiró de nuevo del cordon de la campanilla y á poco apareció Paolo.

—Trae con que escribir, le dijo su amo.

Poco despues Paolo trajo un bello *pupitre*, por decirlo así, un escritorio portátil, sobre el cual se veia un tintero de plata.

Le puso delante de Abigail, que le abrió, encontrando en él papel perfumado.

—Véte, pero espera muy cerca, al alcance de mi voz, dijo Aquaviva.

Paolo salió.

Abigail escribió lo siguiente con una preciosa letra, aunque más de lo conveniente gruesa.

«Mi buen padre: no os inquieteis porque tarde: volveré á la posada esta misma noche: cuando vuelva sabreis la razon de mi tardanza.—ABIGAIL.»

Cerró esta carta y escribió en su nema: «Al señor Lope de Rueda, en el meson de Paredes.»

—¡Paolo! dijo monseñor Aquaviva.

Entró Paolo.

—Lleva esa carta al momento á donde indica su nema, le dijo su amo.

—No hay en la casa más servidor que yo, dijo Paolo: monseñor tendrá que servirse del paje de la carroza.

—No, dijo Aquaviva: lleva tú mismo la carta: pero que el paje suba y espere en la primera antecámara.

—Muy bien, monseñor, dijo Paolo: ¿y habré de traer la contestacion?

—No la tiene, dijo Abigail.

—No vuelvas, pues, dijo Aquaviva: espérame en el vestíbulo de la iglesia donde esta tarde has ido á buscar á esta señora.

—Muy bien, monseñor, dijo Paolo, y salió tan despechado, porque le privaban de continuar al lado de Zaphirah, que ni aun se acordó de ir á decirla que no le era posible volver.

Allá se iban en cuanto á fortuna de amor con Abigail y su esclava, monseñor Aquaviva y su *factotum* Lazzarotti.

La situacion de Aquaviva respecto á Abigail, era de una gravedad tal que no permite la comparacion con la en que se encontraba Paolo respecto á Zaphirah.

Ya la noche habia oscurecido: á través de las vidrieras de la ventana no se veia más que un fondo densamente tenebroso.

Un profundo silencio, alterado sólo por el rumor igual y continuado de la lluvia, se dejaba sentir.

Abigail permaneció en silencio algun tiempo, despues de la salida de Paolo, y luego continuó.

CAPÍTULO LV.

De como quien posee grandes secretos, puede hacer su esclavo á aquél á quien los secretos conciernen.

Salió como escapado de Roma vuestro buen padre, el señor duque de Atri.

Os dejó criándoos en la campiña de Roma, encargado á un leal servidor.

Llegó á Civitavecchia, y allí tomó un barco, en el que se metió ocultamente

durante la noche, para burlar á los parientes de vuestra madre, que le acusaban de haberla envenenado, y le perseguian no sólo por esto, sino porque creian que habia asesinado tambien, ó hecho asesinar, á Nicolao Franchesi, que era pariente de ellos.

Acompañaba á vuestro padre un extranjero, un vagabundo, un hombre terrible, una especie de brujo ó hechicero, que tanto vivia de *levantar figura* á los que querian conocer su destino, como de curar ó emponzoñar, ó de dar puñaladas en la sombra.

Era español y andaluz: buscando aventuras por el mundo, habia llegado á Roma.

Encontró un dia á vuestro padre, y se quedó mirándole fijamente.

Al ver que á tal audacia se atrevia un mendigo harapiento, vuestro padre se irritó.

—Mandad á los criados que os acompañan, monseñor, me dén de palos; pero escuchad, le dijo el vagabundo.

Vuestro padre sintió un no sé qué de extraño en la manera y en las palabras de aquel hombre, y le dijo:

—¡Hablad!

—No os hablaré sino aparte, y de manera que vuestros familiares no puedan escuchar, dijo aquel hombre, acreciendo en lo misterioso y en lo siniestro.

Apartóse con él, maravillado vuestro padre, y como obedeciendo á un presentimiento, y le dijo:

—¡Habla!

—Veo en vuestra frente líneas siniestras, dijo el harapiento: yo soy saludador, astrólogo, médico; pero curo más bien las enfermedades del alma que las del cuerpo.

Vuestro padre encontró algo en aquel hombre que le obligó á atenderle.

El mendigo le dijo que era necesario esperar al menguar de la luna, que seria de allí á tres dias, para que él pudiera levantar figura á vuestro padre, y descifrar el misterio de su destino; que de allí á tres noches, á las doce, él iria á donde vuestro padre le indicase; pero que era necesario que vuestro padre tuviese en cuenta, que la entrevista debia ser secreta, de tal manera, que nadie supiese que se habian visto.

Vuestro padre dijo que le esperaria de allí á tres noches, á las doce, ó las veinticuatro, porque ya sabeis que en Italia se cuentan las veinticuatro horas del dia, sin partirlas en dos mitades, y en un postigo de su palacio, cuyas señas le dió.

Despues de esto, se separó de aquel hombre, y siguió con sus familiares.

El señor duque de Atri habia sido engañado.

Aquel hombre, aquel mendigo, no era ni saludador, ni brujo, ni hechicero, ni astrólogo, ni médico, aunque hablaba una jerga que le hacia parecer un sabio ante los ignorantes.

Aquel hombre no era más que un bandido trashumante, que iba de acá para allá, escapando de todas partes cuando se creia en peligro de dar en las manos de la justicia.

Hacia muy poco tiempo que habia llegado á Roma.

No conocia á vuestro padre; no sabia ni aun siquiera su nombre.

Pero al verle ricamente vestido, adelantando por las galerías de la plaza de San Pedro, seguido de una brillante comitiva, creyó que, engañando á aquel prepotente señor, podia hacer un gran negocio.

Entróse el señor duque de Atri en San Pedro.

El bandido vagabundo llegó á donde, á la entrada de la plaza, el duque de Atri habia dejado su carroza y las de su servidumbre, y tuvo medio de informarse, sin hacerse sospechoso, de quién era el prepotente magnate con quien habia hablado.

No le bastaba con saber su título, que el mismo duque le habia dicho al darle las señas de su palacio en la plaza de España.

Necesitaba saber mucho más.

Averiguó que hacia tres años se habia casado con una hermosísima señora florentina; que tenia de ella un hijo; y que no era lo más feliz del mundo por su matrimonio.

El bandido empleó en observaciones é investigaciones el plazo que se habia tomado para su entrevista con vuestro padre.

Expió su palacio: se pasó dos noches en vela en torno de él, oculto en la sombra.

Sabia que la hermosa dama florentina habia sido sacrificada al casarse con el señor duque de Atri, y que la razon de este sacrificio era el amor.

Pero perdonad, monseñor; ya hemos convenido en que pasaríamos sobre esto.

El bandido aprovechó un secreto terrible, que habia sorprendido expiando el palacio de Atri.

Pero fué prudente.

Adelantó paso á paso.

Se captó la confianza de vuestro padre, y de tal manera, que el señor duque no podia vivir si todas las noches no tenia una larga entrevista con el vagabundo que continuaba engañándole, y captándose más y más su confianza.

Nunca nadie habia visto juntos á aquel miserable y al duque de Atri.

El mendigo habia cambiado sus harapos en otro traje ménos harapiento, aunque tambien muy pobre, en el hábito de los peregrinos de la Tierra Santa.

Con este nuevo disfraz habia llegado hasta á besar el pié al Santo Padre.

Y aquel hombre aborrecia el cristianismo por que era de la *mala sangre*, como yo: quiero decir judío.

Se estremeció monseñor Aquaviva, porque aunque bien podia decirse que no creia en Dios ni en el diablo, porque no temia ni al uno ni al otro, tenia á Roma metida en la sangre, y era, en cierto modo, supersticioso y fanático.

Un hereje, un judío, un idólatra, le espantaban, le crispaban, sublevaban su ódio y su repugnancia.

—¡Vos sois judía! exclamó.

—Yo me llamo María del Cármen Abigail de Rueda, dijo Abigail, y soy comedianta de la compañía del señor Lope de Rueda.

—¡Ah! ¡os habeis bautizado!

—Si.

Perdió su dureza el semblante de monseñor.

—¡Ah! exclamó; los que no habiendo nacido en la ley de Jesucristo, á su santa ley se vuelven, son más aceptos á los ojos del Señor.

Pareció como que por aquel lado monseñor descansaba.

Pero continuaba su ansiedad respecto al relato de Abigail.

Ésta prosiguió:

—Para abreviar, y pasando cuanto es posible por encima de cosas que deben haceros sufrir demasiado, sólo os diré que el bandido dió á vuestro padre un pequeño frasquito de vidrio negro, cuidadosamente tapado, y que al dia siguiente murió de improviso, y como por consecuencia de una apoplegía, vuestra madre.

Algunos dias despues el Tiber arrojó el cuerpo desnudo y acribillado á puñaladas del señor Nicolao Franchesi.

Las murmuraciones que por la muerte de vuestra madre se habian propalado aumentaron por la aparicion del despedazado cuerpo de Franchesi, y vuestro padre creyó prudente alejarse de Roma, no por temor á la justicia del Papa, que por ante ella estaba á cubierto, sino por miedo á los parientes de Franchesi, que eran muchos y poderosos.

Llegó, como ya os dije, secretamente á Civittavecchia, y secretamente de noche se embarcó en una nave que le habia prevenido su terrible confidente, su envenenador, su apuñalador, que ya le esperaba en ella.

La nave se hizo á la mar con rumbo á España y á las costas de Andalucia.

Yo os cuento todo esto sumariamente, monseñor, para que sepais cuán informada estoy de los sucesos de vuestra familia.

Más adelante puede ser que conozcais estos sucesos punto por punto.

Yo creo que comprendeis demasiado que un terrible destino, que en parte conoceis, á los dos nos enlaza.

Monseñor Aquaviva escuchaba abandonado en su sillon, tendidos sobre sus brazos los suyos, é inclinada la cabeza sobre el pecho, como un miserable sentenciado que se resigna al tormento de que no puede libertarse.

Abigail le dominaba completamente.

De tiempo en tiempo levantaba la cabeza y contemplaba á la hermosísima y terrible Abigail de una manera ansiosa.

Y ella concentraba más y más su tentadora, su irresistible mirada en su victima, y le impresionaba más y más con el poderoso flúido que de sus ojos partia.

Abigail continuó:

—Vuestro padre permaneció en España y en Sevilla algun tiempo, el que fué necesario para arreglar sus asuntos de Roma.

Apagó con oro la saña de sus enemigos, que el poder del oro alcanza á todo, hasta al ódio y á la venganza, y se volvió á Roma despues de haber tenido en España, servido por su sicario, algunas historias de amor.

—¡Pero vos no sois mi hermana! exclamó irguiéndose de repente monseñor

Aquaviva: mi padre no me ha hablado más que de dos hermanas naturales mias.

—No, dijo Abigail: yo no soy vuestra hermana ni quiero serlo: vos no teneis más que dos hermanas: Beatriz y doña Magdalena, hijas de distinta madre: vuestro padre debió decíroslo para descargo de su negra conciencia, cuando mal herido á consecuencia de su lance con el difunto monsieur Gautier de la Moussa, creyéndose en trance de muerte os llamó á su lecho.

Os reveló que en España, hacia diez y nueve años, habia tenido dos hijas.

Pero no os dijo quiénes fueron sus madres, ni á qué ley pertenecian éstas.

Se limitó á deciros sus nombres, á manifestaros dónde podríais encontrarlas, y cómo podríais haceros reconocer de ellas.

Os aterró al revelaros que una de vuestras hermanas, que él se habia traido muy pequeña de España, era la hermosísima doncella que en el Trastevere, á orillas del Tiber, vivia servida como una gran señora.

Aquella hermosa doncella era *donna* Beatriz, la hermosa entre todas las hermosas de Roma, la codiciada por todos á pesar de lo oscuro de su orígen, la imposible para todos, y de la cual estábais vos empeñado y enamorado de una manera mortal.

Y ese amor continúa, y ese amor os roe las entrañas, á pesar de la fascinacion que yo causo en vos.

Y por ese amor satánico y sin esperanza que por vuestra hermana Beatriz sentís, es por lo que yo os he buscado.

¿Y sabeis por qué?

Porque vuestra hermana ha amado al fin, como si no hubiera nacido para otra cosa que para amarle, á mi hermoso estudiante.

Porque vos os habeis apercido de ese amor.

Porque vuestros celos, vuestra rábia son un peligro de muerte para el hombre á quien amo y que yo no quiero que muera.

Y no morirá, no, porque yo le protejo, y vos sois mio; sí, mio, porque á mí os sujeta mi poder, porque yo soy hechicera.

—Vos sois para mí la hermosura de las hermosuras, el fuego del fuego, el alma del alma, exclamó irguiéndose y casi en estado de delirio Aquaviva.

—Pues bien, lo que yo soy para vos eso mismo es para mí mi estudiante, dijo con vos lánguida y ardiente Abigail, dilatando su mirada, y recogiéndola y absorviendo en ella el alma atormentada de Aquaviva: y oid: á pesar de mí, de ese amor del infierno que por mí sentís, y que en vos claramente se revela, ¿no os abrasa tambien el amor de Beatriz, ese amor imposible?

—¡Oh, callad! exclamó Aquaviva; vos sois mi arcángel terrible; vos leeis en mi alma.

—¿No es verdad que os causa celos, unos celos de muerte, mi estudiante, que de tal manera y por un misterio del amor ama á Beatriz y es amado de ella, cuando puede decirse que apénas se conocen?

—¡Oh! ¡callad! ¡callad!

—Pues bien, yo, que amo sin saber porqué, porque sólo le conozco desde ayer

á mi estudiante, como si fuera mi universo, mi eternidad, os amo tambien á vos, aunque por modo distinto: aunque por distinto modo soy para vos un imposible, como para vos lo es vuestra hermana, y porque vos la amais, siento contra ella unos celos de muerte, como vos los sentís contra mi estudiante, porque Beatriz le ama.

—¿Pero vos, exclamó Aquaviva, incorporándose de nuevo, no sois mi hermana, no es verdad? Repetídmelo.

—No, no soy vuestra hermana, pero soy sí parienta y parienta próxima de vuestra hermana Beatriz.

—¡Ah! exclamó Aquaviva con un acento indescribible: ¡vos parienta próxima de Beatriz!

—Sí, porque Beatriz, por su madre, es judía, como por su madre, vuestra otra hermana Magdalena, es morisca: ¿qué quereis? En España hay todavía moriscos y judíos, y las hijas de estas dos ramas son hermosísimas, tentadoras, irresistibles: ahora bien; voy á concluir: vuestro padre, creyéndose *in artículo mortis,* os reveló la existencia de vuestras dos hermanas; os manifestó que las habia reconocido secretamente como á sus hijas naturales: os dijo que dificultades insuperables le habian impedido contraer matrimonio, tanto con la madre de Beatriz como con la de Magdalena: os dijo que Beatriz vivia en Roma, y que le conocia, pero que Magdalena, que vivia en África, en Argel, con su madre, no le conocia más que de nombre: ¡falso era! vuestro padre no habia querido mancillar su noble prosápia, uniéndose ya con una morisca, ya con una judía, por más que se hubiesen convertido al cristianismo.

Yo sé toda esta historia por el mismo que fué el confidente y el cómplice de vuestro padre: sé que si vuestro padre sobrevivió á la peligrosa herida que le causó el señor de la Moussa, no fué más que para dar en la locura, la muerte de la razon, la muerte del alma: sé que declarada incurable la locura de vuestro padre, vos habeis entrado en la posesion de sus estados, aunque miéntras vuestro padre viva no podais llevar el título de Atri: sé, en fin, tambien, porque de tal manera privais en la córte pontificia y la verdadera razon de vuestra venida á España: sé porqué habeis hecho conocimiento con la hermosa y desgraciada duquesa de Puente de Alba, y porqué ella ha podido ir á una residencia vuestra ocultamente y sin ser vuestra amante: lo sé, en fin, todo, porque de todo me ha informado un hombre terrible que todo lo sabia y del cual nos han librado Dios ó el diablo, y en gran parte mi fortaleza.

—Y bien, ¿qué quereis de mí? dijo Aquaviva: ya lo veis, señora: estoy sufriendo de una manera horrible, no quiero negároslo, y me siento verdaderamente enfermo: yo os pido por favor que por hoy se termine nuestra entrevista.

—¿Y qué más tengo ya que deciros? ¿mi historia? no la sabreis jamás, á lo ménos por mi boca: y luego ¿qué os importa mi historia? Nada; para la pasion que por mí sentís las historias son inútiles; el alma no tiene familia ni nombre: no es nada para el alma el misterio de la vida: sí; vamos á concluir, monseñor: es

ya tarde; por más que yo haya escrito á Lope de Rueda, á mi padre, estará con un cuidado mortal.

—Estoy á vuestras órdenes, señora mia, exclamó monseñor Aquaviva.

—A mis órdenes os pone la fatalidad, dijo Abigail levantándose; vamos, si os place, en el carruaje, y miéntras llegamos acabaremos nuestra conversacion.

Y Abigail tomó su manto, que estaba sobre un sillon, y se lo puso.

Monseñor se puso su manto y su birrete y se ciñó los hierros.

Despues llamó al paje.

Éste acudió.

—Avisad á la esclava de la señora, dijo Aquaviva.

Y dando el brazo á Abigail, bajó con ella hasta la puerta de la casa.

Llegó al mismo tiempo Zaphirah.

Una vez allí, monseñor tocó un silbato.

Acudió inmediatamente, saliendo de una casilla rústica que entre los árboles habia, un criado con traje de guarda campestre.

A lo que parecia, aquel era el único servidor que con su familia estaba encargado por su amo del cuidado de aquella linda y apartada casita.

—Nos vamos: tened, dijo Aquaviva dando una gratificacion á aquel hombre.

Éste saludó quitándose su sombrero y haciendo una profunda reverencia á monseñor y á Abigail.

No miró á ésta, pero aunque hubiera mirado, nada hubiera visto.

Abigail estaba completamente envuelta en su manto.

De la misma manera estaba rebozada Zaphirah.

Arrimóse el carruaje y entraron.

—A la plazuela de los Remedios, dijo monseñor.

El paje cerró, saltó al pescante y el carruaje partió.

CAPÍTULO LVI.

En que Abigail llega á un punto extraño con monseñor Aquaviva.

Aquaviva, que habia sufrido demasiado, que habia sido demasiado humillado por Abigail, demasiado excitado con cuantas excitaciones pueden suponerse, tratado, en una palabra, de una manera impía, como puede ser tratado un esclavo por un dueño cruel, confiando en que delante de Zaphirah no hablaria Abigail, dió por terminada, á lo ménos por entónces, aquella conversacion que de tal manera le contrariaba, le irritaba, le humillaba.

Pero apénas habian entrado en el carruaje, Abigail se encargó de demostrarle que se habia engañado.

—Vos habeis llamado esclava á Zaphirah, le dijo.

—Tal la he creido, contestó brevemente Aquaviva.

—Compróla, es cierto, para mí el señor Lope de Rueda, dijo Abigail, pero desde el momento en que la tuve á mi lado dejó de ser mi esclava, porque la amé como á una hermana, y ella como hermana me ama.

—Perdonad, yo ignoraba esa circunstancia.

—Nada tengo que perdonaros, vos nada sabíais.

—Yo pido perdon á esa doncella, por haberla puesto tan bajo, dijo Aquaviva sin poder disimular el leve sarcasmo de su contrariedad.

—Todos, monseñor, dijo Zaphirah terciando legítimamente en la conversacion, puesto que Abigail la habia levantado á los ojos de Aquaviva llamándola su hermana, los unos más, los otros ménos, somos esclavos; los unos de su mala fortuna y de su miseria; los otros de sus pasiones.

—Discreta sois, dijo Aquaviva, y yo os ofrezco sinceramente una amistad semejante á la que siento por vuestra hermana.

—Yo, monseñor, dijo Zaphirah, no podré ménos de estimaros cual mi hermana Abigail os estime.

—¡Oh! estoy segura de que monseñor nos estimará mucho á las dos. Ahora, bien, amigo mio, siendo Zaphirah mi hermana, y hasta tal punto que yo para ella no tengo secretos, nada importa el que esté á mi lado y oiga nuestra conversacion: voy pues, á deciros, sin inconveniente, lo último que por hoy tengo que deciros.

Se sintió infinitamente más mortificado que hasta entónces Aquaviva.

—Vos sois muy dueña, señora mia, dijo:

—Sabeis ya que amo á mi jóven y hermoso estudiante, dijo Abigail.

—Verdaderamente hay que tenerle envidia, dijo Aquaviva.

—Sabeis que vuestra hermosa, vuestra nobilísima, vuestra amadísima hermana *donna* Beatriz le ama.

—Repito que es dignísimo de envidia ese señor, dijo Aquaviva, sin poder disimular lo ronco y lo trémulo de su voz.

—Le ama de tal manera, que todo es capaz de arrostrarlo por su amor; yo lo supongo: cuando una dama se desprende de alhajas que valen un tesoro, por un hombre, y cuando esa dama es tan pura y tan altiva como vuestra hermana; cuando por él arrostra las iras de un señor tal como vos, hay que suponer que está loca de amor por él.

—¿Pero teneis las pruebas de eso? preguntó no pudiendo contenerse Aquaviva.

—Hay indicios tales, que suplen á la prueba más clara, dijo Abigail.

—¿Y si os engañárais?

—Me alegraria, porque no tendria celos.

Como se vé, Abigail hablaba delante de Zaphirah con la misma libertad que si hubiera estado sola con monseñor.

—¡Celos! ¡celos! exclamó Aquaviva.

—Sí, celos mortales, dijo Abigail: pero mis celos no matarán á vuestra hermana, yo os lo aseguro.

—¿Sabeis que es muy extraña nuestra conversacion?

—No, monseñor, dijo Abigail; dada la situacion en que ambos nos encontramos, nuestra conversacion es lo más natural del mundo.

—Perdonad, señora, dijo Aquaviva, pero yo creia que podia haberse conducido un poco más convenientemente nuestra respectiva situacion.

—¿Y para qué, monseñor? Cuando pueden dictarse condiciones se dictan de una vez y de una manera clara y precisa.

Aquaviva no respondió.

No tenian contestacion las últimas palabras de Abigail.

Le trataba como un juez á un acusado.

Como un verdugo á su víctima.

Todo lo que por entónces hiciera Aquaviva no serviria más que para agravar su situacion.

—Oid, y oid bien, moñseñor, dijo Abigail.

—Os escucho respetuosamente, señora.

—Vos habeis tratado hasta lo presente de la manera más cariñosa del mundo al señor Miguel de Cervantes, y él os cree un grande y noble protector suyo.

—En verdad que le estimo en mucho y que no me opondré á su union con la dama con quien le creeis en amores.

—No se trata de eso: esa dama y Cervantes, hay que pensarlo, os ocultarán su amor.

—Harán muy mal.

—Y vos hareis muy bien en no dar lugar á que sospechen que vos sabeis sus amores.

—Ellos se revelarán; mi hermana es violenta.

—Haced por que no haya motivos para las violencias de esa señora.

—No os comprendo.

—Dejad correr los sucesos: puede suceder muy bien llegue un dia en que os alegreis de haberme conocido.

—¿Y quién os dice, señora, que yo no me alegre ya más de lo que podia suponerlo, de vuestro conocimiento?

—No creo que pretendais engañarme, monseñor; esta pretension seria ridícula, y yo creo que vos huis del ridículo como del fuego.

—A veces aquello de que más huimos es lo que más nos persigue, lo que más nos acosa, lo que se nos hace más inevitable.

—En el caso en que nos encontramos de todo podrá haber, monseñor: de terrible, de siniestro, de amenazador, de todo... menos de ridículo.

—Me habeis asombrado, me asombrais.

—Me alegro de ello, monseñor.

—No sé qué juzgar de vuestras intenciones.

—Yo os hablo harto claramente.

—Y yo no veo en vos más que tinieblas.

—Gracias, monseñor.

—Y en medio de esas tinieblas una luz inmensa, un espíritu de fuego; vuestra hermosura y vuestro espíritu, señora.

—¡Cuando os digo yo que llegará un momento en que os alegrareis de haberme conocido!

—Os repito que ese momento ha llegado ya.

—Lo conoceré, si sois leal para mí.

—Contad con mi lealtad y con mi alma.

—¿Hablais sinceramente, monseñor?

—Dejadme: no sé lo que me sucede: me teneis suspendido entre un cielo y un infierno.

—Explicaos, monseñor.

—No sé á qué atenerme respecto á vos.

—Aun nó comprendo.

—Perdonadme, pero es necesario que yo sea tan franco y tan rudo como vos, y puesto que para vuestra hermana no teneis secretos...

—Hablad, hablad cuanto querais, monseñor.

—No sé hasta qué punto mentís ó decís verdad.

—Acepto vuestra rudeza, puesto que yo he sido, y lo soy, completamente rúda con vos: pero seguid.

—¿Os alegraríais de que yo abandonase el camino de la Iglesia?

—Seguid, seguid.

—¿Que el cardenal electo, Julio de Aquaviva, no esperara á que el Papa le diese definitivamente el capelo, y se quedara lisa y llanamente duque de Atri?

—¿Y para qué eso?

—¿No sois ambiciosa, señora?

—Sí, muy ambiciosa.

—¿Y no puedo yo satisfacer vuestra ambicion?

—No.

—¿Y por qué?

—Aun no ha llegado el momento de que yo responda: continuad explicándoos.

—Yo os amo, señora.

—Yo me alegro mucho de ello: y podrá ser verdad... ¿por qué no?

—Me parece una eternidad el breve tiempo que he estado á vuestro lado, segun es la pasion de que por vos me siento poseido.

—Podrá ser verdad.

—¿Y en ese caso...?

—Continuad, monseñor.

—Si yo os pidiera amores.

—Seguid, seguid, seguid...

—Si yo os ofreciera mi nombre y mi fortuna...

—Más claro, monseñor: ¿tanto trabajo os cuesta pronunciar la gran palabra?

—¿Si yo os hiciera mi esposa?

—No seríais vos el que me hiciérais vuestra esposa: seria yo la que me hiciera esposa vuestra.

—¿Y bien, señora mia?

—Podria ser tal mi felicidad por verme esposa vuestra, que de insoportable me matase, contestó con un acerado sarcasmo Abigail.

—¡Ah, no os creeis con poder bastante para hacer de mí vuestro esclavo, cuando no tengo más voluntad que la vuestra!

—Eso sucede ya, sin que yo me llame la duquesa de Atri.

—Sí, es cierto: ¿pero dónde está mi dicha?

—En el placer de luchar conmigo.

—¡Ah! teneis razon, señora, dijo Aquaviva; me asombrais.

—El asombro en el hombre por una mujer es ya una pasion por ella.

—Aceptais, pues.

—No, monseñor.

—¿No?

—No; la pobre comedianta, si es ambiciosa, no es ambiciosa de vanidad ni de nada de lo que la vanidad necesita; la miserable comedianta está ansiosa de corazon, de amor, y aunque vos tengais amor y corazon para ella, aunque pudiérais tenerlos, habeis llegado tarde: yo no os amaré nunca, no puedo amaros; para mí no puede existir más que un solo amor, y ese amor le tengo ya; no quiero engañaros: yo no puedo pasar de ser vuestra amiga, y aun puede ser que vuestra cómplice.

—¡Mi cómplice!

—¿Quién sabe? yo creo, monseñor, que el destino nos ha unido para algo, pero ese algo no es el amor; yo os lo aseguro.

—¿Y si yo, señora, sintiera ó llegara á sentir una pasion desesperada por vos?

—Así seríais más mi esclavo.

—Ó muero, ó sois mia, señora.

—¿Quién sabe? dijo Abigail, la posesion no es el amor.

—¡Me volvereis loco!

—Yo os quiero bien cuerdo.

—Espero que al fin nos entenderemos.

—Por entendidos, monseñor: ahora sabed lo que yo quiero.

—Hablad.

—Quiero que llegueis por mí al escándalo.

—¡Cómo, señora!

—¡Sí, quiero que todos me crean vuestra querida!

—¿Y qué escándalo daria con eso? qué ¿acaso se escandaliza nadie de que un hombre, sea cualquiera su potestad sobre la tierra, tenga, no una querida, sino cuantas quiera?

— No, yo quiero que deis el escándalo que causará el ver á un gran señor, de todo punto esclavo de una miserable comedianta.

— Tal es vuestra hermosura, señora, tales vuestros merecimientos, que nadie se escandalizaria de que yo fuera vuestro esclavo.

— Necesito algo más; que todos sepan, que todos conozcan que vos sois una alma en pena.

— No entiendo bien eso.

— Pues es perfectamente comprensible.

— Me confieso torpe.

— Es necesario que todo el mundo sepa que entre vos y yo no media otra cosa que vuestra desesperacion.

— ¿Y cómo haríamos comprender eso al mundo?

— ¡ Oh ! yo me encargaré de que el mundo lo comprenda ; ¿aceptais?

— Acepto.

— Hé aquí mi mano, monseñor.

Aquaviva tomó la hermosa mano de Abigail y la llevó á sus labios.

Pero Abigail la retiró á tiempo.

— No os la he dado para que la beseis, dijo Abigail: eso no podrá ser nunca: á lo ménos miéntras yo piensa y sienta como ahora, y creo que asi pensaré y sentiré miéntras viva: os la he dado en señal de alianza.

— Pues bien, yo acepto esa alianza sin condiciones, por mi parte.

— Oid , pues , sin condiciones.

— Vuestros mandatos.

— Es verdad; me habeis jurado por la Santísima Vírgen Maria obedecerme.

— Y no faltaré á mis juramentos por nada del mundo, señora.

— Lo sé; sois supersticioso.

— No, creyente.

— Vos juzgais creencia lo que es supersticion.

— Sea como vos querais ; pero yo cumpliré mi juramento : mandad, pues.

— Vos dejareis correr los sucesos.

— Muy bien , señora.

— Miéntras vuestra hermana no os hable de sus amores, vos no la hablareis de ellos , como si absolutamente no los supiérais ; como si ni aun siquiera los hubiérais adivinado.

— Asi será.

— Mañana partiremos de Madrid para Roma.

— Ya lo tenia yo determinado.

— Incitareis á que os siga al señor Miguel de Cervantes.

— Pensaba en ello.

— Pero no vendiéndole proteccion, sino la solicita compañía de un amigo.

— Así se lo he dicho ya á Cervantes.

— Es más; vos os mostrareis confiado, apasionado de él.

— ¿Y sabeis si eso es cierto?

— Vos le aborreceis de muerte.

— He podido aborrecerle, podré aborrecerle, si me obligais á que le envidie por vuestro amor.

— Dejad correr los sucesos, monseñor, os lo repito: además, vos ireis á visitarme esta noche á mi posada.

— ¡Ah! me ofreceis lo que yo no me atrevia á pediros.

— Yo no os recibiré.

— ¡Ah!

— Yo os daré un escándalo.

— ¡Ah!

— Pero mañana por la mañana os esperaré con mi hermana, á vos, no á un criado vuestro, en la iglesia de la Merced, á las nueve.

— Muy bien, señora.

— Me tendreis prevenido lugar donde yo me transforme.

— Muy bien, señora.

— Y mañana por la tarde partiremos.

— Convenido, señora.

— Ah, se me olvidaba: es necesario que no sólo vuestra hermana Beatriz nos acompañe, sino tambien vuestra otra hermana, doña Magdalena.

— ¿Y cómo no, señora? no la he hecho yo venir á Madrid para dejarla en él.

— Estamos, pues, al corriente, y espero que dentro de muy poco seremos grandes amigos.

En aquel momento se detuvo el coche, y el paje, abriendo la portezuela, dijo:

— Señor, ya estamos en la plazuela de los Remedios.

— Nosotras vamos á salir solas, dijo Abigail: hasta luego, monseñor.

Y bajando de la carroza con Zaphirah, se encaminó, casi á la carrera, á causa de la lluvia, al meson de Paredes.

Era entónces cuando Cervantes salia de la casa de la duquesa de Puente de Alba.

— Él es que tras de nosotras viene, dijo Abigail á Zaphirah.

Y siguieron y entraron en la posada.

Pero Cervantes, al que como sabemos se habia allegado Giuseppe Sparzo y le habia dicho que le siguiese, no entró.

Sabemos que monseñor Aquaviva habia encontrado, esperándole como se lo habia mandado, á Paolo Lazzarotti, y que éste se habia ido tras Miguel y Sparzo.

— ¡Y no ha entrado! exclamó Abigail.

— No, dijo Zaphirah, se ha ido con otro hombre que se le ha acercado.

— Sin duda á veria á ella.

Subieron á su aposento.

Al entrar, Abigail se fué al agujero.

Miró: pero sólo vió tinieblas.

Reinaba en él un profundo silencio.

Sin duda alguna estaba abandonado.

Se separó con pena del agujero y se dejó caer sobre un sillon.

—¡Oh! no puedo más, exclamó.

—¿Pero qué es esto, Abigail? dijo Zaphirah: ¿á cuál de los dos amas?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabes?

—No; te digo lo que he dicho al otro: dejemos correr los sucesos: pero entre tanto, hermana mia, hemos salido de nuestro estado miserable.

—Mira no demos en otro estado más miserable aun.

—¡Más miserable! ¡imposible!

En aquel momento llamaron á la puerta.

—Será él, dijo Zaphirah.

—Tan pronto no: imposible: es sin duda mi buen padre, el señor Lope de Rueda: abre.

Abrió Zaphirah.

Era, en efecto, el señor Lope de Rueda.

CAPÍTULO LVII.

De como una mujer, mirando por un agujero, puede convencerse de que ama con toda su alma á un hombre.

Lope de Rueda venia con el semblante sombrio.

Traia una carta en la mano.

—¿Qué significa esto? preguntó á Abigail.

Ésta iba á contestar.

Pero se detuvo y se puso densamente pálida.

Habia oido sonar el ruido de una llave en el aposento inmediato.

En el de Cervantes.

Sin contestar á Lope de Rueda se fué al agujero.

—Necesariamente está loca. dijo el buen viejo: ¿dónde habeis estado?

Esta pregunta la habia hecho á Zaphirah.

—En la iglesia, contestó ésta.

—¡En la iglesia desde las tres de la tarde! ¡cinco horas! ¿desde cuando acá os habeis hecho tan devotas?

—En la iglesia nos hemos encontrado á una noble dama á quien Abigail conocia: esa señora nos ha llevado á merendar á su casa, y allí hemos estado hasta ahora.

—¿Y sabes tú quien esa señora sea?

—Yo me he estado con los criados.

—¿Y dónde vive esa señora?

—Ya sabeis que yo no sé andar por Madrid.

En aquel momento Lope de Rueda oyó un grito ahogado de Abigail.

Lo que habia causado este grito era lo que Abigail habia visto al fin á través del agujero.

Cuando se pegó á él, el aposento de Miguel continuaba á oscuras, pero se oia el ruido del traje de seda de una mujer, que á lo que parecia buscaba entre lo oscuro, sin duda una silla en que sentarse.

Abigail oyó la voz de Cervantes que decia sin recelo á la puerta del aposento.

—¡Ola! una luz al número uno.

Luego le oyó decir más bajo dentro del aposento:

—No te quites el antifaz, corazon mio.

—¡Oh, cuánto te amo y cuánto por tí arrostro! dijo una voz dulcísima.

Se le alborotó el corazon á Abigail.

Esperó anhelante.

Continuaba hablando Miguel con la dama que le acompañaba.

Pero Abigail sólo oia el murmullo de sus voces.

Entró al fin un criado con un velon con los cuatro mecheros encendidos y le puso sobre la mesa.

Salió.

Miguel fué á la puerta, la cerró, y cubrió la cerradura, colgando de la llave su capa.

Entónces vió Abigail, frente á ella, sentada en un sillon y ricamente vestida, una señora, una gran señora indudablemente.

Miguel se acercó á ella.

La quitó el antifaz y unió su semblante al suyo.

Resonó un doble y suspirante beso.

Un beso de amor.

Entónces fué cuando Abigail exhaló su grito ahogado.

Más aun, vaciló.

Al separarse los dos semblantes de los esposos, que como tales debia considerárseles, á lo ménos por ante Dios, habia visto la magnífica hermosura de Beatriz.

Su hermosura acrecentada hasta lo infinito.

La transfiguraba el amor.

Abigail queria volver á mirar.

Pero la faltó valor.

—¿Qué te sucede? exclamó Lope de Rueda acudiendo á ella.

—Hablad bajo, exclamó Abigail.

—No te comprendo, exclamó el anciano.

—Idos, idos, exclamó Abigail; ya os lo explicaré todo mañana.

—Adios, pues, dijo resentido Lope de Rueda: pero te advierto que no cuentes más con mi amor si te conozco indigna de él.

Y el buen anciano salió cuidadoso y con el corazon oprimido.

Apénas habia salido, cuando Abigail apagó la luz y se fué al agujero.

Miguel, preocupado por la situacion en que se encontraba, se habia olvidado de tapar el agujero.

El silencio más profundo reinaba en el aposento de Abigail.

Sólo el que hubiera estado muy cerca de ésta, hubiera oido su entrecortada, su ardiente respiracion.

No oia lo que hablaban los dos amantes.

Pero veia que se trataban con una enamorada ternura.

Abigail sufria un infierno.

Comprendia, aunque no oia, que en Beatriz habia enamoradas y celosas quejas.

En Miguel rendidas satisfacciones.

No podia dudar de que aquella hermosísima y jóven dama era Beatriz, la noble hermana de Aquaviva.

Habia un gran parecido entre ambos hermanos.

Aquaviva era hermosísimo.

Pero su hermosura acrecia de una manera infinita en Beatriz.

Pasó así más de una hora.

Los dos amantes hablando en voz baja y prodigándose dulces caricias.

Al principio Beatriz aparecia airada.

Pero lentamente habia ido calmándose.

Al fin ella y Miguel aparecian en la mejor armonía.

Abigail sufria tanto, de tal manera, que al fin no pudo ménos de exclamar:

—Sí, sí; á quien yo amo es á él: si no le amara ¿sufriria de tal manera al verle enamorado y á solas al lado de una mujer? ¡oh! ¡y qué hermosa, Dios mio! debe estar loco por ella de amor.

Y Abigail se quitó del agujero y Zaphirah la oyó llorar silenciosamente.

CAPÍTUO LVIII.

Hasta qué punto de locura puede llegar una mujer excitada por los celos.

—¿Por qué afligirte de esa manera, hermana mia? dijo Zaphira acercándose á Abigail.

—Vén... mira... la dijo ésta.

Y la llevó al agujero.

—¡Oh, Dios mio! exclamó en voz baja Zaphirah; ¿y tú amas á ese hombre?

Y se quitó del agujero.

—¡Oh!... ¡yo no sé! ¡yo no sé!... exclamó con acento contenido Abigail: ¡mi corazon es un infierno!... ¡la desventura me sigue por todas partes!...

—El corazon nos pierde, hermana, exclamó Zaphirah.

—¡El corazon!... ¡el corazon!... ¿y quién sabe lo que es el corazon? dijo Abigail; yo no comprendo el mio: monseñor es hermoso, jóven, apasionado, me ama con delirio, le he enloquecido, es mio: con él puedo ser una gran señora, una princesa: y sin embargo... ¡ese maldito estudiante!... ¡oh!.. ¡yo no sabia cuánto le amaba, hasta que le he visto en los brazos de esa mujer!

—¡Olvídale!

—¡Olvidar!... ¿puedo acaso? ¡Ah! ¡yo no sabia... no podia comprender, ni aun habia pensado, que se pudiese amar tanto en tan poco tiempo!... esto debe ser un sueño: sí, un delirio, una aspiracion insensata, una enfermedad del corazon: no, no, esto no puede ser, porque esto mata: ¡ah! no se puede morir así, por amor, de un dia para otro dia, como quien ha respirado un aire contagioso: esto pasará, sí, pasará, y yo me reiré de mi insensatez.

—Sí, exclamó Zaphirah: pero dices todo esto, hermana, con un acento que me espanta.

—¡Es que pienso en cosas terribles... es que á duras penas me contengo... es que estoy celosa, desesperada!... ¿no es verdad, Zaphirah, que esto es muy extraño?... ¡si ayer apénas le conocia!

—Así debe ser el amor, dijo Zaphirah: yo tambien; yo estaba ayer perfectamente tranquila; pero vi al soldado, amigo del estudiante, y sentí frio... un frio extraño, y luego un calor muy extraño tambien: me sentí mal, y la verdad es que me acuerdo de él más de lo que quisiera, y que casi casi me desespero, porque se ha ido, y no sé si le volveré á ver.

—¡Ah! ¡yo poseo terribles secretos! exclamó Abigail: yo, por esos secretos, soy fuerte, poderosa; ¡ah, sí! ¡yo me vengaré!

—¡Pero ese hombre no te ha ofendido, hermana! ese hombre no sabe que tú le amas, observó Zaphirah.

—¿Y qué me importa? ¡le amo yo, y él ama á otra! respondió con acento siniestro Abigail.

—Monseñor Aquaviva está loco por tí; le has fascinado; tú eres su felicidad: ¡oh! se estremecia oyéndote: ¡apénas si alentaba, pendiente de tus palabras!

—¡Ah!... ¡el amor!... ¡el amor!... exclamó Abigail: ¡maldito sea el amor!... ¡él mata nuestra alma, porque la hace esclava sin voluntad, de otra alma que nos desprecia! Monseñor Aquaviva, es cierto, es mio: mio, hasta donde puede ser de su señor el esclavo... ¡más aun, porque un esclavo puede tener el alma libre... y él es mi esclavo del alma!... ¡yo podria ser cuanto quisiera!... ¡pero no, no!... ¡mi amor, ó mi venganza!

Llamaron en aquel momento, de una manera recatada, á la puerta.

En el aposento inmediato no pudieron oir nada.

En cambio, se oia en él el rumor de las voces de Beatriz y de Cervantes.

Era monseñor Aquaviva.

Abigail fué á la puerta y la abrió silenciosamente.

—Aquí me teneis, señora, dijo; ó más bien, teneis aquí un loco, un esclavo sujeto á vuestra voluntad.

—Entrad, monseñor, dijo en voz contenida Abigail, y hablad muy bajo; como si temiérais que os escucharan, y que, por escucharos, os fuera la vida.

—Me habíais anunciado, señora, dijo Aquaviva, que cuando viniera causaríais un escándalo.

—Yo creia, cuando os lo dije, que este escándalo convenia, dijo Abigail: pero el hombre propone y Dios dispone... yo soy vuestra.

—¡Señora!... exclamó con una sorpresa indescribible Aquaviva.

—Sí, yo soy vuestra; yo os amo, exclamó con un acento sincero Abigail: ¿y sabeis por qué?... ¡vais á verlo! pero ya que yo renuncio á un escándalo que creia conveniente, no deis vos ocasion á un escándalo que seria funesto.

—No os comprendo.

—Oid, monseñor: yo estaba dispuesta, y lo estoy, á desaparecer mañana; á apartarme de mi buen padre Lope de Rueda, á quien tanto debo, y queria que no se pudiese ni aun suponer que por seguiros á vos, al señor Lope de Rueda habia dejado, olvidándome de cuanto por mí ha hecho: queria que á lo ménos él no lo pudiese pensar, porque él, sabedlo, aunque nada me haya dicho, aunque no se dé cuenta de ello así mismo, aunque el amor que me tiene es un desventurado amor de padre, el pobre viejo me ama con toda su alma, con un amor puro, dulce, porque no se ha inquietado, porque no ha tenido celos. ¡Oh, qué mujer hay en el mundo, por imbécil que sea, que no conozca que es amada, y cómo y hasta qué punto es amada! ¡oh el amor! ¡el amor! ¡vos sabeis cuán terrible es el amor cuando sufre! yo he querido dejar á lo ménos el consuelo de la duda al señor Lope de Rueda; yo queria además evitar que creyese que yo me habia vendido á vos. Esto le hubiera desesperado, hubiera hecho que me despreciara, y yo no quisiera que me despreciase.

—¡Ah, señora! ¿y quién puede creer que vos podeis venderos, ni qué tesoros hay en el mundo bastantes, no para pagar sino para agradecer la felicidad de ser amado por vos?

—¿Qué me importa ya todo, exclamó Abigail, si estoy desesperada?

—¡Desesperada!

—Sí, desesperada: ¿y sabeis porqué estoy desesperada? Vais á verlo. ¡Sí, quiero que que lo veais! ¡quiero que os desespereis tambien! ¡sí, porque á pesar de todo, á pesar del encanto, de la locura en que por mí estais, la amais!

—¡Oh! ¡qué decís, señora!

—Juradme que sufrireis vuestra desesperacion en silencio, como yo sufro la mia: ¿pero porqué os exijo un nuevo juramento? ¿pues qué, no me habeis jurado ya por vuestra alma, ante la Santa Vírgen María, que me obedeceríais?



—¡Ah, infame! exclamó apénas hubo mirado.

—¡Oh! ¡sí! ¡os obedeceré aunque muera! exclamó Aquaviva; vos lo sois para mí todo; vos me habeis transformado, me habeis aniquilado: todo cuanto yo soy es vuestro.

—Pues bien; yo os mando que, viereis lo que viereis, sufrais en silencio, y que no hagais otra cosa sino aquello que yo os mandare.

—Obedeceré.

—Venid, monseñor, dijo Abigail, asiéndole una mano.

Y le llevó al tabique.

—¿No veis en la oscuridad, muy cerca de vos, un punto iluminado? dijo Abigail.

—Sí, y oigo tambien una voz muy conocida, contestó Aquaviva con la voz trémula y de todo punto alterada.

—Vuestra hermana, que olvidada de todo, ha venido á buscar á su amante á un meson público.

—¡Oh! exclamó Aquaviva.

Y sonó como un ronco rugido aquella exclamacion.

—Mirad ahora por ese agujero.

Aquaviva miró.

—¡Ah infame! exclamó apénas hubo mirado.

Cervantes, sentado en un escabel, estaba abandonado sobre el regazo de Beatriz, y ésta, inclinado su semblante sobre el de Miguel, le hablaba enamorada y dulcemente y sonreia.

Esto era lo que habia visto monseñor Aquaviva.

Esto habia sublevado sus celos y su cólera.

Abigail notó que la mano de Aquaviva, que retenia aun en la suya, temblaba de una manera terrible.

—Estais obligado á obedecerme, dijo Abigail: vos callareis como si nada hubiérais visto: vos tratareis de tal manera á vuestra hermana, que ella no pueda notar en vos nada que la diga que contra ella estais irritado.

—¡Oh! dejadme, exclamó Aquaviva; esto es más de lo que yo puedo sufrir.

—Vais á acompañarme, monseñor, dijo Abigail.

—¡A acompañaros!

—Sí, á acompañarme á vuestra casa.

—¡A mi casa!

—Sí; desde este momento viviré á vuestro lado.

—Ó sois un ángel ó un demonio, exclamó Aquaviva; vos haceis de mí lo que quereis.

—Suframos todos, muramos todos, exclamó Abigail: ¿no creeis, monseñor, que la agonía de la desesperacion por el amor, es el mayor de los tormentos y á la par el placer de los placeres? ¡Oh! vamos á ser muy dichosos; yo os lo aseguro: vos habreis dejado cerca vuestra carroza.

—Espera en el mismo lugar en que vos la dejásteis.

—Búscame mi manto, Zaphirah, y busca tambien el tuyo: vamos á partir para no volver más.

—¡Pobre señor Lope de Rueda! dijo Zaphirah.

—¡Pobres de todos nosotros!... la vida es un infierno: dichosos los que salen de él sin probar todas sus penas, dijo Abigail.

—Hé aquí tu manto, dijo Zaphirah.

Abigail se cubrió con él.

—Vamos, monseñor, dijo: envuélvete en tu manto, Zaphirah, y síguenos.

Despues de esto, Abigail abrió la puerta y salió al corredor.

Aquaviva y Zaphirah la siguieron.

Abigail se lanzó por las escaleras, como quien huye.

Pero al llegar al pié de ellas, se la cruzó el señor Lope de Rueda.

—¿A dónde vas? la dijo.

—¡Oh, Dios mio! exclamó Abigail.

—¿Qué hombre es este? exclamó Lope de Rueda, con más vigor que el que podia suponerse en su ya avanzada edad, viendo á monseñor Aquaviva que con Zaphirah seguia inmediatamente á Abigail.

—Seguidme y lo sabreis, dijo Abigail con una resolucion desesperada.

—Sí, sí te sigo, exclamó con un acento supremo Lope de Rueda.

Todos se lanzaron á la calle.

Afortunadamente para que no sobreviniese un escándalo, todos los comediantes estaban ya recogidos.

Recogida estaba la señora Mari-Gomez, y sólo una criada que dormitaba y no podia apercibirse de nada, estaba en la cocina.

Abigail iba delante, hácia la plazuela de los Remedios, bajo el azote de la lluvia que continuaba.

La seguia Lope de Rueda.

Tras ellos iba Aquaviva, perturbado por lo que habia visto, cuidadoso por lo que podia sobrevenir, y Zaphirah aterrada.

Llegó Abigail á la plazuela.

Allí estaba la carroza.

—¡Abrid! dijo Abigail, de la misma manera que hubiera podido decirlo el cardenal.

El paje acudió y abrió.

Abigail entró.

—Entrad vos, padre mio, dijo.

Lope de Rueda entró, demudado, sufriendo algo horrible y desconocido.

No queria ni aun pensar en lo que aquello podia ser.

—Entrad vos tambien, monseñor, y tú tambien, Zaphirah, dijo Abigail.

Entraron.

—¡A casa de monseñor! dijo Abigail, que ya no reparaba en nada.

—¿A qué casa? preguntó el paje.

—A la del campo, dijo Aquaviva.

La carroza partió.

Un hombre que habia seguido á nuestros personajes, se quedó en la plazuela murmurando:

—¡Y siguen las aventuras! ¿Qué resultará de todo esto?

Y se volvió á la calle del Meson de Paredes.

Aquel hombre era Giuseppe Sparzo, que espiaba por cuenta de *donna* Beatriz, su señora.

Cuando llegó frente al meson de Paredes, se ocultó en el hueco de una puerta.

No léjos de allí, oculto en el hueco de otra puerta, habia otro hombre.

Aquel hombre era Paolo Lazzarotti.

Espiaba por cuenta de monseñor.

CAPÍTULO LIX.

Cuerpo viejo, y corazon jóven.

Lope de Rueda, que no conocia á monseñor Aquaviva, aunque le hubiera conocido no hubiera podido reconocerle.

Monseñor llevaba puesto su antifaz.

Lope de Rueda habia sido muy bravo, y los años no habian amenguado su bravura.

Además se creia con fuerzas para todo, y que para algo llevaba pendiente del costado una espada.

Podia usarla, porque no se le consideraba como comediante, sino como poeta que consigo llevaba comediantes.

Era, además, hidalgo, y de los buenos, de Sevilla.

Su sangre meridional era la juventud de su vejez.

Ardia en cólera y al mismo tiempo se aterraba.

Abigail sabia perfectamente de qué casta era el amor que por ella sentia el señor Lope de Rueda.

Él no se habia apercibido.

Creia de buena fé que el amor que sentia por Abigail era un amor de padre.

Pero en el momento en que vió á Abigail, apasionada, por decirlo asi, con un hombre enmascarado, con un gran personaje, á juzgar por su talante y por lo rico de su atavío, su alma se hizo á sí misma una revelacion terrible.

Sintió celos.

Celos de amor.

Esto aterró al buen viejo y al mismo tiempo irritó todo lo que en su alma quedaba de jóven.

—¿Qué significa esto? preguntó con la voz airada y sin género alguno de disimulo en el momento en que la carroza se puso en marcha.

—Esto significa, padre mio... dijo Abigail.

—No me llames padre, la interrumpió vivamente Lope de Rueda: desde este momento yo no puedo mirarte como hija mia.

—Yo lo deploro, dijo Abigail, cualquiera sea la razon de ello: pero sea como quiera, yo debo pediros, y os lo pido con toda mi alma, que me perdoneis.

—¿Y qué he de perdonarte?

—Lo que hago.

—¿Pero qué es lo que haces?

—Seguir mi destino.

—Yo no sé porqué se ha de acusar al destino de las malas acciones.

—¿Y por qué se ha de llamar una mala accion al amor cuando Dios quiere que amemos?

—¿Es decir que tú amas? preguntó ya con la voz desfallecida y tembloroso todo Lope de Rueda.

—Sí, señor, sí; amo: y porque amo con toda mi alma, sigo al hombre de mi amor.

—¡De tu amor! ¡de tu amor! exclamó Lope de Rueda: ¿pero cómo en tan poco tiempo, apénas acabada de llegar á Madrid, sin haber salido más que una vez á la calle, has contraido el amor?.

—Ahi vereis, padre: el amor es prodigioso.

—Cesemos, cesemos, dijo Lope de Rueda con una severa autoridad: lo que yo tengo que decirte te lo diré á solas cuando lleguemos allí donde vamos.

Y calló.

Abigail no creyó conveniente responder y guardó silencio.

Aquaviva, á cada momento más preocupado, continuó entregado al embate de sus pensamientos.

Zaphirah sufria: la parecia aquella situacion harto grave.

Las cuatro mulas de la carroza iban al galope, de una manera sostenida y potente.

Llegaron, pues, en muy pocos minutos á la casa de campo de la Nunciatura.

La carroza se detuvo delante de aquel mismo postigo por donde habia entrado Miguel.

Bajaron del carruaje.

Monseñor tiró de una cadena, y allá, muy en el interior, sonó una pequeña campana.

Tardaron algunos minutos en abrir.

Cuando el postigo estuvo franco, apareció un criado con una linterna.

Aquaviva se la tomó.

—Véte, le dijo.

El criado se fué.

—Pasad, señor Lope de Rueda, dijo el jóven, estais en vuestra casa y aparte de la situacion, se os recibe en ella con un gran contento, y teniéndolo á mucha honra.

—¿Y con quién la tengo yo de hablar? dijo severamente Lope de Rueda.

—Con el duque de Atri, Julio de Aquaviva.

—Esto es extraño, dijo Lope de Rueda, siguiendo á Aquaviva que habia tomado por una crugía, dejando atrás la escalera de caracol por la que Miguel habia subido, guiado por la ilustre viuda del perínclito Zurriaguete; pero vos, señor duque, que con llamároslo me habeis anunciado la muerte de vuestro padre...

—Mi señor padre está desgraciadamente loco, dijo Aquaviva, y por lo tanto puedo, en cierto modo, usar de su título, tanto más cuanto que pienso apartarme del camino de la Iglesia.

—¡Ah! ¡abandonais la Iglesia! dijo Lope de Rueda cuyo acento se habia hecho más incisivo: ya decia yo: por eso me pareció muy extraño que un cardenal, un príncipe de la Iglesia, se entregase á aventuras amorosas, y levantase de cascos á una pobre muchacha desdichada.

—Yo sólo soy cardenal electo, y en todo caso seria cardenal lego, respondió Aquaviva: yo, aunque haya seguido la carrera de la Iglesia, no me he ligado con ningun voto, y puedo libremente casarme.

—¡Ah! exclamó Lope de Rueda; pero vos no os casareis.

—Perdonad, mi respetable señor Lope de Rueda, dijo Aquaviva; pero eso es penetrar en mis intenciones.

Subian entónces por unas anchas y magníficas escaleras de mármol.

Allí era ya inútil la linterna, porque las escaleras estaban iluminadas como tambien los aposentos por donde habian de pasar.

Así, pues, Aquaviva dejó la linterna en el pedestal de la estátua que estaba en el descanso de las escaleras.

La estátua representaba la Fé.

Abigail y Zaphirah, profundamente preocupadas, iban detrás de Aquaviva y del señor Lope de Rueda.

Monseñor atravesando despues de las galerías un magnífico recibimiento y una cámara, llegó á aquella otra cámara cuadrada, grandilocuente, que por las estátuas de sus ángulos podia llamarse de los evangelistas, que describimos la primera vez que Cervantes entró en aquel palacio.

En llegando allí, monseñor Aquaviva dijo:

—Señor Lope de Rueda, puesto que deseais hablar á solas con vuestra hija del corazon, quedaos con ella: seguidme vos, añadió dirigiéndose á Zaphirah.

Ésta y Aquaviva salieron.

Sin parar atencion en lo magnífico, en lo grandioso, en lo original de la estancia donde se encontraban, en cuanto se quedó solo en ella con Abigail, el señor Lope de Rueda la dijo:

—¿Estás loca? ¿Te han deslumbrado las riquezas de ese hombre? ¿Has vendido al fin tu alma á Satanás? ¿Serás tú como todas?

—Ya sabeis, señor Lope de Rueda, respondió Abigail, y no os llamo padre por no enojaros, que si fueran capaces á deslumbrarme las riquezas, hartas ocasiones he tenido.

—Viejos repugnantes, exclamó Lope de Rueda, más repugnantes que atractivas sus riquezas: ¿pero crees tú que no pierdes igualmente tu honra porque el hombre á quien sigues sea jóven y hermoso?

—Yo amo, padre mio, y amo de tal manera, que por mi amor lo atropello todo: poco es mi honra; por mi amor soy capaz de perder la vida.

—Pero la vida vale ménos que la honra, especialmente para la mujer, que debe considerar la honra como su mejor tesoro.

—Poco son la vida y la honra y tambien el alma comparado con mi amor.

—¡Oh! ¡sí! ¡sí! ¡loca! ¡loca! exclamó Lope de Rueda, dejándose caer abatido sobre un sillon.

Y en su voz se conocía que hacia esfuerzos por contener sus lágrimas.

—A los tormentos que ya martirizan mi alma, dijo Abigail, añadís, padre mio, el para mí insoportable quebranto de vuestro dolor: despreciadme, yo os lo ruego; considerad que yo no merezco ni aun el recuerdo de un hombre tan honrado como vos; dejadme abandonada á mi destino; abandonadme como si no me hubiérais conocido, y yo seré ménos desgraciada.

—¡Me pides un imposible! exclamó creciendo en lo supremo de su expresion Lope de Rueda: ¿que crees tú pasaria por mí, si ante mí te viese pálida, inmóvil, helada, muerta?

—¡Oh, Dios mio! exclamó Abigail.

—Sí, seria horrible: no quiero pensar en ello, porque creo se me vá á romper el corazon: pues bien, mira: quisiera mejor verte muerta que con la honra y el alma perdidas.

—Yo estoy dejada de la mano de Dios, padre, exclamó con desesperacion Abigail, y por más que yo os lo agradezca y os lo estime, son inútiles cuantos consejos me deis: estoy resuelta y resuelta á todo.

Dijo Abigail de una manera tan resuelta estas palabras, que Lope de Rueda, que era riquísimo de experiencia, comprendió que era inútil insistir.

—Que se cumpla la voluntad de Dios, dijo: ¿y quién sabe; quién sabe porqué caminos conduce Dios á sus criaturas? ¿quién sabe porqué milagro puede Dios convertir en camino del bien el camino del mal? ¿y ese hombre te ama?

—Su amor es tan grande como el que yo siento.

—Sí, si yo lo he dicho siempre, exclamó como hablando consigo mismo el buen poeta: si cuando se encuentran dos que han nacido para amarse, se unen en aquel punto como dos fuegos que una vez unidos forman una sola llama!...

—¡Oh, sí, padre mio, sí! dijo tristemente Abigail: cuando Dios quiere, dos almas se unen y son una sola alma en el momento en que se encuentran.

Y Abigail, con no sabemos que sorda rabia, pensaba entónces en Miguel y en *donna* Beatriz, y sus crueles celos llevaban su pensamiento desesperado al meson de Paredes y al cuarto de Miguel.

—¿Y si tú, por el amor de ese hombre te has olvidado de todo, porqué ese hombre por tu amor de todo no se olvida? ¿porqué contigo no se casa?

—Ese hombre hará lo que yo quiera.

—Sé, pues, su esposa.

—¿Quién sabe?

—¿Quién sabe? ¿quién sabe? exclamó Lope de Rueda; ¿habrás enloquecido hasta tal punto que pudiendo ser la esposa del hombre por quien tu virtud olvidas, te resignas voluntariamente á ser su amante?

—¡Oh! ¡callad! ¡jamás seré yo la querida de nadie! no necesito, para que eso no sea, de la virtud; me basta con mi altivez.

—No te comprendo.

—No me pregunteis porque no os responderé: nadie más que Dios sabe el secreto de mi alma.

—Pero el mundo te creerá deshonrada.

—Yo desprecio á ese mundo injusto, tan propenso á acusar, tan resistente á defender: para mí el mundo no existe: me basta con ser digna delante de mi propia conciencia.

—¿Y estás resuelta, Abigail?

—Resuelta de todo punto: decid á mis compañeros, yo os autorizo para ello, que soy la querida del cardenal Aquaviva, que con él me he ido á Roma: la Angélica rabiará de envidia, y de envidia se darán los otros á los diablos.

—¿Te vas á Roma?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¡Mañana! ¡mañana! pues bien, vé con Dios; que Dios te ampare; ahora, que me echen de aquí; estos muros me ahogan; necesito respirar el aire libre: pero que no venga ese hombre, no quiero verle. Anda, hija mia, anda; que tu señor envie una persona que me saque de esta casa.

Abigail salió por la misma puerta por donde habia salido poco ántes Aquaviva.

—¡Las mujeres! ¡oh... las mujeres! exclamó Lope de Rueda: ¡las desventuradas!... ¡Dios las ha criado para amar! ¡el amor es su destino! ¡su gloria ó su infierno!... ¡Oh, Dios mio, Dios mio! ¡y yo que creia!... ¡ah... no! ¡impongamos silencio á nuestro corazon... ahoguemos esta pasion imposible que de improviso se ha inflamado en él! ¡el incesto de la juventud que empieza y de la vejez que acaba! ¡oh, sí! ¡el más repugnante de los incestos, aunque los hombres no lo hayan considerado así! ¡suframos, pero seamos dignos de nosotros mismos! ¡oh Abigail, Abigail, hija mia... que te proteja Dios, y te haga tan dichosa cuanto es mi deseo! ¡Oh! si ella es dichosa...

En aquel momento apareció Abigail.

—Si quereis quedaros, padre mio, quedaos: si quereis partir, partid.

—¡Oh, sí! ¿y qué habia yo de hacer aquí? se me caeria la casa encima.

Y los ojos de Lope de Rueda estaban preñados de lágrimas.

—¡Sí, sí, cuanto ántes! añadió.

—Pues bien: á fuera os espera un criado que os conducirá hasta la carroza.

—¿La carroza en que contigo he venido? exclamó Lope de Rueda.

Y de una manera instintiva tendió los brazos á Abigail.

Ésta se arrojó en ellos.

Lope de Rueda la besó en la frente.

Ella sintió que sobre su semblante caian algunas ardientes lágrimas.

—¡Adios! dijo Lope de Rueda, haciendo un esfuerzo para separarse de Abigail.

—¡Adios, padre mio y señor, dijo ésta: yo no os abandono: yo os lo probaré!

—¡Ni yo te abandono tampoco! exclamó Lope de Rueda.

Y tras estas palabras, escapó como quien huye, saliendo por la gran puerta de entrada de la cámara.

—¡Pobre viejo! exclamó Abigail.

Y en paso lento, y con la cabeza inclinada sobre el pecho, salió por aquella misma puertecilla por donde habia venido.

CAPÍTULO LX.

De la revolucion que causó en el meson de Paredes la partida de Cervantes.

Eran las seis de la mañana, y aun no habia amanecido, cuando se abrió la puerta del aposento de Miguel.

Éste observó.

El meson estaba sumido en el más profundo silencio.

No satisfecho aun Cervantes, bajó las escaleras y reconoció el piso bajo.

Sólo encontró á la Antona, la cocinera, que era la primera que se levantaba, y que estaba ya trasteando en la cocina.

Miguel se fué á ella.

La Antona era una buena moza, tenia muchas pretensiones por lo mismo, y como mujer estaba dotada de un gran amor propio.

Era honrada, cosa rara en mozas de meson, y hacia una grande ostentacion de ello.

Por lo mismo, y porque era patente su honradez, que habia resistido hasta entónces á las dádivas, y lo que era más meritorio aun en una buena hembra que habia cumplido ya sus veinticuatro años, era muy apetitosa.

Gentes de todas estofas que habian pasado en gran número por el meson, durante los cuatro años que ella regentaba la cocina, la habian encontrado inexpugnable.

Más aun : ni siquiera muestras de aficion habia dado por nadie.

Pero respecto á Miguel habia sido distinto.

Le vió la Antona, se acongojó, y se puso pálida é inmediatamente colorada.

Se la encendieron los ojos, y se quedó con la boca entreabierta, mirando al jóven bachiller.

Indicios eran estos todos de que habia recibido en medio del corazon el flechazo del arco inevitable.

Estaba sola en aquellos momentos en la cocina, y Cervantes, que nada tenia de tímido, y si lo fuera, respecto á una maritornes se hubiera extralimitado, la tomó la cara.

A otro, por esta nunca sufrida osadía, la Tona le hubiese á su vez tomado la cara de un bofeton.

Pero ni aun se la ocurrió esta protesta.

Estaba aturdida.

Limitóse sólo á decir con lengua torpe :

— ¡ Pues me gusta el atrevimiento ! hacedme la merced, señor estudiante, de ser más corto de manos, y más honesto de ojos.

Y esto último lo decia, porque Miguel tenia fija su mirada en la garganta de la moza.

Como que la garganta era lo que tenia la Antona mejor.

— Perdonad, dijo Cervantes, que tenerme no pude, que sois á maravilla hermosa.

— Pues mejor para mi alma, dijo la Antona, conteniendo por dignidad una sonrisa de satisfaccion.

— Y para la mia, dijo Cervantes mirándola con los ojos enternecidos.

— En fin, ¿ qué quereis ? dijo ella fingiéndose enojada.

— Quiero un buen aposento, y buen trato, respondió Miguel: ¿sois vos la dueña de la casa ?

— No señor, pero es lo mismo : mi ama está en misa.

— ¿Cuánto he de pagar ? dijo Miguel.

— Segun el aposento que tomeis, y el trato que querais, dijo ella, que no podia quitarse de encima la turbacion que la habia cogido.

— Mostradme, si gustais, algun aposento, dijo Miguel.

Vaciló la Antona, pero luego, tomando una llave de una espetera, dijo á Miguel :

— Venid.

No hubiera ella ido á mostrar un aposento á ningun otro.

Subieron, y la Antona se detuvo á la puerta del cuarto número uno.

Se volvió á Cervantes, y se aturdió más y más.

El jóven paseaba su mirada audaz, de su garganta á su seno, y de su seno á sus ojos.

La Antona no sabia lo que la sucedia.

—¡Cuidado si sois malo! dijo á Miguel.

Y volvió á encendérsele el semblante.

Se habia escandalizado á sí misma, con aquellas palabras que se la habian escapado.

Apartó de Cervantes los ojos, que se la habian enternecido, y abrió la puerta.

—Vamos, dijo, entrad, y ved si el cuarto os conviene.

Cervantes entró.

Ella se quedó fuera, y agitada.

—Me conviene el cuarto, dijo Miguel; es capaz, está honestamente amueblado, la cama es buena y grande, y el balcon dá á la calle.

—Pues este cuarto os cuesta cuatro maravedís por cada un dia.

—Caras andan las posadas: pero, en fin, por ver todos los dias esa cara de cielo que os ha dado Dios, por los cuatro maravedis paso. Aquí me quedo.

Y Miguel se quitó el bonete y el manteo, y se desciñó la espada y la daga.

La Antona se atosigó más y más.

La habia sabido á gloria aquello de cara de cielo, que la habia dicho aquel jóven bachiller de barba rubia.

—¿Y dónde teneis la maleta? dijo por decir algo.

—Detrás viene en la mula, con el mozo de espuela, dijo Miguel; que maleta tengo, gracias á Dios, aun que no muy grande.

—No lo he dicho por tanto, contestó con la voz trémula la Antona.

—Me parece que estais mala, alma mia.

—Me he resfriado, contestó á media voz la Antona.

—Pues mirad: á mí se me alcanza algo de medicina.

—Ya hay médico en casa.

—¿Qué decis? exclamó Cervantes: ¿qué, ya teneis quien os cure de la enfermedad que padeceis? ¡me habeis muerto!

—Que Dios no me ayude si os entiendo.

—¿Pues no sabeis que los celos matan?

—¡Celos! exclamó asombrada la Antona: vaya, señor estudiante, que decis unas cosas, que ni que las trajérais arrastradas por los cabellos.

—¿Dónde habeis estudiado vos que haya amor sin celos?

—¡Otra! exclamó la Antona: ¿y á qué vendrian los celos aquí?

Y temblaba toda.

—A que desde que os ví, me habeis suspendido el alma, y acariciado los sentidos.

—¡Jesús, Jesús! que si no lo oyera no lo creyera.

—¿Qué, mi vida?

—Que hubiera hombres tan adelantados, que apénas vista una mujer, la dijesen tales despropósitos.

—Apropósito del amor, nunca hubo despropósitos, dijo Cervantes; que si el amor no tuviese algo de la locura, no valdria nada.

—Vamos, dejadme en paz.

—Ya se conoce que teneis médico que os cure.

—¿De qué enfermedad?

—De amor.

—¿Amor yo?

—Se os sale por los ojos, ó yo no he estudiado bien el *Ars amandi,* arte de amar y de conocer el amor, digo,

—Pues si á hombre quise en toda mi vida, dijo la Antona, que Dios no venga á verme á la hora de mi muerte.

—Pues entónces vuestra dolencia soy yo, dijo Cervantes.

Y se fué á ella para abrazarla.

La Antona lanzó un grito, aunque no muy fuerte, y se lanzó por las escaleras.

—Me parece que me van á cuidar aquí á cuerpo de rey, dijo Miguel, y que no será muy alta la costa; ¡ay santa pobreza, y á cuántas industrias obligas! y no es fea; ¡qué digo fea! hermosa es y fresca como una rosa; pero inocente, cosa extraña en moza de meson; por lo tanto honradamente debemos tratarla, que perder doncellas por pasatiempo es un pecado que no puede perdonar Dios.

Miguel, despues de este honrado pensamiento, se detuvo un tanto en su cuarto: tentó la cama, y la halló blanda; abrió el balcon, y se encontró con que tenia buenas vecinas.

En la casa de enfrente habia, en un balcon, dos muchachas por sus pocos años, pero al parecer hijas de casa hidalga, la una rubia, la otra morena.

Vieron á Miguel y se quitaron, como si hubiesen sido sorprendidas, del balcon.

Primera coquetería.

Miguel bajó á la cocina.

La Antona andaba de acá para allá, y parecia aturdida.

Estaba enojada.

Extrañaba algo.

Lo que extrañaba, aunque ella de ello no se diese cuenta, era que Miguel, despues de lo que la habia dicho, no la hubiese seguido y hubiera tardado en aparecer algunos minutos.

Llegó en aquel punto el mozo de mulas.

Miguel le mandó subir la maleta á su aposento.

El mozo obedeció.

—¿Conque es decir que os quedais aquí de todo punto? dijo con una expresion extraña la Antona.

—¡Pues dónde he de estar yo mejor y más á mi gusto. dijo Miguel, que aquí, donde puedo recrear mis ojos en vuestra hermosura!

Ella bajó los suyos, se puso encendida, y jugando con una de las puntas de su delantal, le dijo:

—¿Qué trato quereis?

—Un guisado por la mañana, olla podrida al medio dia, y otro guisado á la noche, con un cuartillo de vino para las tres comidas.

—Bien; el trataros como es razon, dijo ella serenándose un tanto, corre de mi cuenta.

Miguel veia que la cuenta de la galantería le iba saliendo.

—Vos no pagareis, dijo ella, más que el menor precio que aquí se paga por la comida, digo, si os vais á estar mucho tiempo.

—Vengo á pretender, dijo Cervantes.

—Pues entónces ya tendréis para rato.

—¿Y si tambien os pretendiese á vos?

—Ya tendríais para un siglo que los dos viviésemos.

—¿Siempre de pretendiente?

—Dejemos eso y no seais cansado: el cuarto, ya lo sabeis, cuatro maravedises; y el trato, sobre bueno, que ya os he dicho que á mi cargo corre, dos reales.

—Pues no hay más que decir, dijo Miguel sacando su bolsillo.

—¿Qué vais á hacer? dijo ella.

—A pagaros una semana.

—Dejadlo, que vos teneis cara de hombre de bien y se os puede fiar.

—Muchas gracias, señora mia.

—No las merezco: ¿habeis almorzado? puede ser que no, que es muy temprano.

Eran entónces las seis de la mañana.

—No, dijo Miguel; pero yo nunca almuerzo hasta las ocho.

—Bueno; á las ocho tendreis, si quereis, torreznos con huevos: ¿os parece bien?

—De ángeles.

—Os voy á dar un vaso de leche y aguardiente ahora mismo, que habreis de esperar dos horas.

—Vamos, exclamó Cervantes, un ángel me ha traido aquí.

Y pretendió coger una mano á la Antona.

—Que no tenga yo que decir que os ha traido un diablo, ó que vos sois el diablo mismo, dijo la Antona: voy á serviros la leche y el aguardiente, y luego idos; dejadme trabajar, que vuestra conversacion me ha atrasado.

Éste fué el primer conocimiento de Cervantes con la Antona.

Pero no era una moza de posada la que podia satisfacer las aspiraciones de Cervantes, ni era Cervantes hombre que perdiese á una mujer por el solo placer de perderla.

Aquel comienzo que anunciaba unos amoríos, acabó, por la discrecion de Cervantes, en una buena voluntad por parte de la Antona.

Ella le estimaba y le cuidaba como si hubiera sido su hermano, y decia á todo el que queria oirla:

—No conozco un hombre más honrado ni más comedido con las mujeres que el señor Miguel de Cervantes.

Es más: cuando Miguel se atrasaba una, dos ó tres semanas en el pago, nada la decia la Mari-Gomez, porque la Antona, que tenia sobre su ama gran influencia, la decia:

—No hay que pedir nada al señor Miguel de Cervantes, que si no pagó fué porque no tuvo, y cuando tuviere él pagará, y si no, aquí estoy yo para pagar por él.

—Antójaseme á mí, la dijo en una ocasion la Mari-Gomez, que te se vá á tí el alma por el señor estudiante.

—¡Pues no que á vos!...

—En verdad que el mozo es un pino de oro, y tan discreto, que yo le oigo embobada, y que cuenta unos cuentos que dicen comedme: ¿pero quién piensa en eso si yo puedo ser su madre?

—Y yo digo que la miel no se hizo para la boca del asno: y él tira á lo grande y como hidalgo se porta; que algun chicoleo tuvimos, pero honesto, y él conoció que yo no era para él, y yo que él no era para mí, y todo se ha quedado en una buena voluntad.

—Porque están verdes, que decia la zorra, repuso la Mari-Gomez.

Antona suspiró.

—No todo ha de venir á medida del deseo, dijo: y en fin, ¿quién sabe? yo creo que él me quiere bien.

—Sí; y tú dices: con el tiempo viene el tiento; y te emperifollas, y te peinas las guedejas que no hay más que pedir, y te haces la cabeza un jardin de flores: pues niña mia, si le pescas, te ofrezco ser la madrina.

Conste, pues, por lo dicho, que la Antona, aunque de una manera honesta, y con toda la calma de su temperamento linfático, estaba más que medianamente enamorada de Miguel, que casi casi le creia su novio, y que debia interesarse por él grandemente y se interesaba.

A Miguel le habia salido la suerte.

Se le cuidaba que no habia más que pedir.

Se le servia por lo ménos el doble de lo que pagaba.

No se le molestaba cuando se atrasaba.

Se le hacia la cama con esmero.

Se le miraba á los ojos para adivinarle los pensamientos.

La Mari-Gomez sufria que se diese á Miguel más de lo que debia dársele, porque le estimaba, y á más porque le queria la Antona, que era, por decirlo así, los piés y las manos de la casa.

No habia tampoco porqué pensar en ello.

Los otros huéspedes pagaban con exceso lo que pagaba de ménos Miguel.

Si á él se le daba vino puro y añejo, era á costa del sobreprecio del vino de los demás.

Miguel no podia estar mejor.

La Antona se iba empeñando más y más por él.

Su temperamento se iba exacerbando, modificándose.

Hacia ya algun tiempo que cuando iba á servir la comida á Miguel, se sofocaba, no podia disimular su ansiedad y aun su despecho, porque Miguel la trataba lisa y llanamente con afecto, sí, pero sin amor.

Una mujer que ama es extraordinariamente suspicaz, y se apercibe de lo más leve, llevada por los celos.

Hacia tres dias que la Antona no vivia, no reposaba, no hacia nada con tino.

Desde que llegó á la posada doña Magdalena, y empezaron las salidas y las entradas extemporáneas de Miguel.

Estas aventuras habian causado un duelo y un hombre muerto.

La noche antepenúltima la habia pasado Miguel de claro en claro fuera del meson.

La noche última, que aun no habia terminado, una dama encubierta, que apénas de su encubrimiento dejaba conocer que era jóven, hermosa y rica, habia pasado la noche en el aposento de Miguel.

La Antona no habia podido tenerse.

Habia velado, habia expiado silenciosamente, habia oido, agonizando, que Miguel y aquella señora se llamaban esposos, se habia ido muy tarde, y llorando, á su aposento, no habia dormido, y se habia levantado más temprano que de ordinario.

Estaba pálida, ojerosa, y tenia los ojos hinchados de llorar.

Tan preocupado estaba Miguel, que no reparó en la desolacion de la Antona cuando se acercó á ella.

—Buenos dias, Antona, la dijo.

—Buenos dias, señor Miguel, contestó la Antona procurando parecer serena.

—Dadme, si gustais, la llave de la puerta, la dijo Miguel, ó más bien, hacedme la merced de abrirla.

—Id, señor Miguel, dijo la Antona, que la puerta no estorbará ni nadie os verá salir.

—Dios os lo pague, dijo Miguel.

—No hay porqué, dijo ella.

Miguel se volvió á su aposento, donde ya le esperaba, envuelta en su manto y prevenida para salir, *donna* Beatriz.

Antona se apresuró á abrir la puerta, y corrió á ocultarse en un aposento dependiente de la cocina.

No puede ponderarse bastante lo que en aquellos momentos sufria la pobre jóven.

Cuando sintió que Cervantes y su compañera, su esposa, habian salido, salió ella de la cocina, se sentó en un escabelillo y se entregó á su llanto.

—¿Qué es esto? la dijo de improviso una voz conmovida.

Levantó los ojos y vió al señor Lope de Rueda que aparecia pálido y demudado.

—Muy temprano os habeis levantado hoy, dijo el anciano.

—Sí, sí señor, dijo ella conteniendo sus lágrimas; he pasado muy mala noche: me he acordado de mi madre, de mi pobre madre: ¡ay! si mi madre no hubiese muerto, no hubiera yo venido á servir al meson de Paredes.

—Resignacion, hija mia, resignacion, dijo Lope de Rueda: si Dios no nos hubiera dado fuerzas para resistir los dolores ¿qué seria de nosotros en esta vida

en que sufrimos tanto, á cambio de tan pocas alegrías como gozamos? Oid, mi buena hija: yo quisiera que el almuerzo para mi gente estuviera dispuesto cuanto ántes.

—Pues al momento, señor, dijo la Antona levantándose: voy á llamar al mozo de guarda y á levantar á las muchachas.

—Mandad tambien que se dé un buen pienso á las mulas, que por esos caminos están las ventas y las posadas como Dios quiere.

—¿Es decir que os vais, señor?

—Sí, nos vamos á Barcelona: allí nos embarcaremos para Roma, donde hay muchos españoles: en España no se puede ahora representar á causa del luto por la reina.

La Antona oyó esto de una manera indiferente.

Estaba preocupada con sus propios cuidados.

Llamó al mozo, á las mozas, dió órden de que se diese pienso doble á las mulas de los carros del señor Lope de Rueda, y se puso á preparar el almuerzo.

La Mari-Gomez se habia levantado.

Todo era actividad.

La Antona se habia sobrepuesto á su dolor, pero aparecia pálida, apenada; necesitaba llorar.

A las ocho de la mañana toda la turba multa comediantil almorzaba en la cocina.

Faltaban Abigail y Zaphirah.

Preguntaban los unos, zaherian los otros, y Lope de Rueda, que era el único que podia dar una explicacion, callaba.

De improviso entró en la cocina Miguel.

Habia en él algo de extraño.

Parecia como que tenia más vida.

Se mostraba profundamente abstraido.

—Decidme lo que os debo, señora Mari-Gomez, dijo Miguel.

—¿Y qué prisa corre, si me pagásteis ántes de ayer? dijo con extrañeza la Mari-Gomez.

—Es que me voy de Madrid, dijo Miguel con un acento extraño.

—¡Cómo! ¿os han salido ya vuestras pretensiones?

—Sí, dijo Miguel distraido, y por donde ménos lo esperaba: el legado del Papa monseñor Aquaviva, que se vuelve á Roma, me ha conocido, ha sabido que yo pretendia, y me ha hecho su familiar; por lo tanto con él me voy.

Antona tenia toda el alma en los ojos y en los oidos.

—Vaya, dijo la Mari-Gomez, pues si es para vuestro bien, señor Miguel, me alegro: pero nos vais á dejar muy tristes.

Y de una manera involuntaria miró á la Antona.

—Yo volveré, Dios mediante, dijo Miguel, que no me ha hecho á mí Dios para estar mucho tiempo fuera de mi patria, y no dejaré de veros.

— Y os lo agradeceremos, dijo conmovida la Mari-Gomez, que aquí os estimamos mucho.

— No os estimo yo ménos, dijo Miguel : en fin, decidme lo que os debo.

— Pues no me debeis nada, dijo la Mari-Gomez enjugándose los ojos con la punta del delantal, sino una buena voluntad.

— Mirad, señora Mari-Gomez, yo voy á escribir una carta; haced vos entretanto que busquen un propio que la lleve á Alcalá.

— Se buscará, señor Miguel, se buscará.

— Que esté tambien prevenido un mozo para llevar mi maleta.

— Lo estará, señor Miguel, lo estará.

Antona habia desaparecido.

Reventaba de llanto y no habia querido dar, delante de todos los cómicos allí presentes, el espectáculo de su dolor.

Acabado el almuerzo, Lope de Rueda y sus comediantes se fueron á sus aposentos para preparar la partida.

Entónces la Antona se fué al aposento del señor Lope de Rueda.

— Señor, le dijo, me dareis más que la vida si me llevais con vos.

— ¡Cómo, hija! exclamó Lope de Rueda; con nosotros quereis veniros; ¿pero para qué?

— ¡Quiero ir á Roma! exclamó la Antona.

— Pero vos no recitais... ¿qué haremos de vos, hija mia?

— Mirad; yo tengo dinero : yo me pagaré el viaje : yo me mantendré.

— Pensadlo bien : vos os vais tras él.

— ¡Yo! ¡tras él! exclamó la Antona.

— ¡Si; como yo! exclamó Lope de Rueda.

— ¿Y quién os lo ha dicho?

— Los desgraciados, hija mia, adivinan los sufrimientos de los desgraciados: en fin, si quereis venir, venid.

— ¡Oh, gracias, señor, muchas gracias! exclamó la Antona : voy á traeros mi dinero.

— No, hija mia, no; guardad vuestro dinero, dijo noblemente Lope de Rueda: en mis carros hay lugar para vos : en nuestra mesa puede comer una persona más : y luego, que podeis sernos muy útil.

— ¡Yo os serviré de rodillas!

— No, hija mia, no : yo seré vuestro padre : id, id, y preveníos, porque vamos á partir en seguida.

Antona bajó á la cocina.

En aquel momento entraba Miguel con una carta en la mano.

— Tened, señora, dijo á la Mari-Gomez : que la lleve el propio á Alcalá, á mi padre; el nombre vá en la nema.

— Muy bien, señor Miguel.

— Que suba el mozo por mi maleta y la baje.

Se dió la órden.

—Ahora, señora Mari-Gomez, tomad y guardad esto en memoria mia.

Y la dió una muy rica sortija.

Como que era de las alhajas que le habia entregado Beatriz.

—¡Ah! ¡Dios os lo premie! ¡y cuánto os lo agradezco! exclamó la Mari-Gomez.

Y no se pudo pasar sin ponérsela.

Cervantes sacó de la faltriquera otra sortija y se acercó á la Antona.

—¿Qué quereis? la dijo ésta con la voz airada, y arrojando, como suele decirse, fuego por los ojos, levantada de su dulce y blando natural por los celos y el desprecio.

— Quiero que conserveis esto en memoria mia, dijo Miguel.

—Guardadlo para otra que lo haya menester y lo estime, contestó la Antona.

Y se fué.

—¡Ah! exclamó Miguel; lo siento.

En aquel punto apareció el mozo cargado con la maleta.

—Adios, señora, dijo Miguel: tened, y haced que Antona reciba esta memoria mia.

—Muy bien, señor Miguel, dijo la Mari-Gomez: muchas gracias por ella: ya se la pasará el enojo: ¡ya se vé! la pobre os tiene muy buena voluntad.

—Lo siento, repitió Miguel: en fin, señora Mari-Gomez, hasta la vista, que mediante Dios, alguna vez será.

Ya los cómicos estaban cargando en los carros sus equipajes.

Todo era ir y venir.

Los encargados de las mulas las sacaban de las cuadras.

De improviso, la Mari-Gomez vió que la Antona hacia que un mozo pusiese su arca pintada de verde en uno de los carros.

—¡Eh! ¡Antona! ¡Antona! gritó cuidadosa.

La Antona se allegó á ella.

—¿Qué es eso? la dijo: ¿porqué has puesto en un carro tu arca?

—Perdonad, señora, dijo Antona: yo lo siento mucho, porque os tengo muy buena ley: pero todos se van á Roma y yo me voy tambien.

—¿Pero y por qué? ¿por qué has de irte tú tras de él? ya sabia yo que tú por él estabas loca.

—Sí, se me ha llevado el alma, y como no puedo vivir sin alma, tras él me voy.

—Tú te perderás, Antona.

—Yo moriré, señora, puede ser: pero no se me aparecerá nunca por la noche cuando llore, mi buena madre para preguntarme: ¿qué has hecho de tu honra, Antona? eso no, señora; eso jamás.

En aquel momento entró en la cocina el señor Lope de Rueda.

—Decidme á cuanto monta la costa, señora, dijo á la Mari-Gomez.

—Pues me debeis dos cientos cuarenta reales y tres cuartos de los tres dias de posada, alojamiento y manutencion de gente y ganado.

Contó el dinero, que sacó de una gran bolsa verde, Lope de Rueda.

—Tomad, señora, la dijo, y hasta que vuelva por Madrid, que, como siempre, pararemos en vuestra casa.

—Muy buen viaje, mucha salud y mucha suerte, señor Lope de Rueda, dijo la Mari-Gomez.

El viejo poeta-comediante salió.

—Adios, señora, adios; y hasta que Él quiera que nos volvamos á ver, dijo Antona yéndose tras el señor Lope de Rueda.

—Espera, hija, espera, y no te vayas así, dijo conmovida la Mari-Gomez.

Y se lanzó á la Antona, la abrazó y la besó llorando.

—Mira, hija, la dijo; si te sucede alguna desventura, si puedès volver, si vuelves, aquí te recibiré con los brazos abiertos: si no puedes volver porque no tengas dineros, escríbeme que yo te los mandaré.

—¡Ay, muchas gracias, señora! exclamó Antona llorando: Dios os pague vuestra buena voluntad.

—Mira, hija mia, añadió la Mari-Gomez sacando la sortija que le habia dejado Cervantes para la Antona: él me ha encargado que te convenza para que tomes esto: tómalo, hija mia, en memoria: mira que se estiman mucho las prendas de los que bien queremos, aunque ellos no nos paguen: tú estás ahora airada; pero luego te alegrarás de tener una memoria suya.

Antona tomó la sortija y la guardó en el seno.

—En aquel momento la ronca y fisgona voz de Periandro, del pícaro ó gracioso de la compañía, que era el mayoral del carro en que iban el señor Lope de Rueda, y las damas, y los galanes, gritó:

—¡A los carros, familia, á los carros, que ya están suspirando las mulas por verse en el camino!

—¡Adios, hija mia, adios, dijo la Mari-Gomez abrazando de nuevo á la Antona; no te olvides de mí!

—Ni de nosotras, dijeron las otras muchachas, yendo á abrazar á la Antona.

—De nadie, de nadie me olvidaré yo, exclamó entre sus lágrimas la Antona.

—¡A los carros, á los carros! repitió Periandro.

La Antona se separó de los brazos de su ama y de sus compañeras, y corrió hácia el patio.

Lope de Rueda la acomodó en su carro.

Poco despues los carros pasaron, uno tras otro, rechinando, por el portalon de la posada.

La Mari-Gomez estuvo en la puerta hasta que el último carro desapareció.

Luego se metió para adentro llorando.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

LIBRO SEGUNDO.

De Roma á Lepanto.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la extraña y grave aventura que tuvo lugar una noche, en la cámara del cardenal Aquaviva.

Desde los acontecimientos que hemos relatado en el libro anterior hasta el momento en que continuamos nuestro relato, ha pasado cerca de un año.

Estamos en el mes de agosto de 1571.

Una atmósfera caliginosa pesa sobre el valle del Tíber.

Es ya tarde.

La luna brilla melancólica y triste, y á su reflejo, en el que hay algo de siniestro, se vé allá la alta cúpula de San Pedro, la sombría masa del Vaticano, y deprimidas, silenciosas, fantásticas, pavorosas como tumbas, las siete colinas sobre las cuales se extiende entre ruinas, cada una de las cuales es un gran recuerdo del pasado, la ciudad eterna.

La plaza del Pópolo está sumida en un profundo silencio.

En ella, la soledad es absoluta.

No se vé ni un solo rayo de luz en las ventanas de sus casas.

La campana de San Pedro ha marcado con són lúgubre la media noche.

Apénas se ha perdido entre el silencio la vibracion de la última campanada, cuando se abre un mirador de un viejo palacio que ocupa todo un lado de la plaza, y aparece en él, á la luz siniestra de la luna, una forma blanca que revela á una mujer.

Está vestida de blanco.

Sus ricos cabellos negros, peinados en trenzas, caen sobre su espalda.

Vista de cerca, la luz de la luna es bastante para que pueda apreciarse su hermosura.

No necesitamos describirla.

Nuestros lectores la conocen.

Es Abigail.

La terrible judía.

La señora de un poderoso esclavo.

De monseñor Aquaviva, duque de Atri, gran privado del Papa.

Abigail espera sin duda á alguno, porque sus miradas se fijan ansiosas é impacientes en la embocadura de una estrecha calleja que se vé en el lado de la plaza, opuesto á aquel en que se alza el palacio.

En el semblante de Abigail hay una profunda pena.

Se pinta en él la desolacion del alma.

De tiempo en tiempo brillaba en sus ojos una chispa sombría.

Una expresion de exterminio, de rábia, hacia más lúgubre su mirada.

Al fin, por aquella calleja en la cual se fijaban las ansiosas miradas de Abigail, aparecieron dos hombres.

Venian envueltos en anchos mantos pardos.

Grandes sombreros les cubrian con sus alas los semblantes.

—Héla allí, dijo el uno de aquellos hombres al otro.

—Ha llegado el momento, dijo el otro.

—Sí, el momento de la venganza, dijo el primero.

Y ambos adelantaron hácia el palacio, y fueron á ponerse bajo el mirador al cual Abigail estaba asomada.

Ésta se inclinó sobre la balaustrada del mirador y dejó caer una llave.

Uno de aquellos hombres, el que habia hablado primero, se inclinó y recogió la llave.

Luego ambos se alejaron siguiendo la fachada del palacio por la izquierda, y se perdieron por la entrada de una calleja oscura y solitaria.

Abigail se habia quitado del mirador.

Le habia cerrado.

Estaba en una cámara magnífica.

Aquella cámara era sin duda la habitacion de una mujer.

Un gran tocador con espejo veneciano de cuerpo entero, y los pomos de oro, y los vasos de cristal de roca, de un gusto clásico y delicioso, lo revelaban.

Sobre las tapicerías habia cuadros al óleo, que representaban asuntos de la fábula, harto licenciosos.

Esto estaba entónces de moda.

La moda lo salvaba todo.

Nadie, por lo tanto, podia extrañar unas tales pinturas, aunque las viese en la habitacion de la doncella más pudorosa y más casta.

La corrupcion se habia apoderado de Roma, y todo era relativo.

Las representaciones sensuales nada tenian de particular.

Y sobre todo, ¿no ostentaba el mismo Vaticano los frescos obscenos de Miguel Angel?

El arte tenia carta blanca para todo.

Una magnífica lámpara de plata, colgada sobre un reclinatorio, delante de una Santa Madonna, obra de Rafael, y para la cual habia servido de modelo la Fornarina, y que por una singular manera de sentir la piedad se encontraba allí, determinando un rudo contraste con los licenciosos cuadros, iluminaba escasamente la cámara, ayudada por la luz de otra lámpara de mano, de plata tambien, que estaba sobre la mesa del tocador.

Abigail tomó aquella lámpara, se fué á un tapiz, á la derecha del tocador, le alzó, y apareció una puertecilla dorada.

Abigail abrió aquella puertecilla, y pasó.

Se encontró en otra cámara extensa y sombría.

La iluminaba apénas una lámpara de noche, puesta sobre un precioso mueble, á la cabecera de un lecho ostentoso.

Las colgaduras de aquel lecho eran de púrpura.

De púrpura su cubierta.

En las colgaduras se veia el gran escudo de armas de los duques de Atri, coronado, no por una diadema ducal, ni por un yelmo de combate, sino por un capelo de cardenal.

Bajo el escudo se veian, cruzados, un báculo pastoral, y el retrato, por decirlo así, de aquella riquísima espada que monseñor Aquaviva habia regalado, casi un año ántes, á Cervantes, en Madrid.

—Debe encontrarse en lo más profundo de su letargo, dijo Abigail.

Y se acercó con ansiedad al lecho.

Al examinarle, exhaló un grito de venganza y de rábia.

El lecho estaba vacío.

Revuelta su cubierta.

Abigail puso la mano sobre el lecho.

Debia haber sido abandonado poco ántes porque aun conservaba el calor del cuerpo que le habia ocupado.

—¡Oh! exclamó Abigail: ¿quién ha entrado aquí? ¡Y esto ha debido ser obra de un momento; porque hace poco le dejé yo dormido, aletargado!... No, no ha podido volver de su letargo; el narcótico era poderoso: para sacarle del lecho, ha debido ser necesaria más de una persona. ¡Ella!... ¡Beatriz!... Pero Beatriz le aborrece como le aborrezco yo... han debido cruzarse resultados de cosas que yo no conozco: y sobre todo, ¿cómo ha podido llegar hasta aquí Beatriz?... ¡No, no puede ser! ¡Beatriz no ha sido! ¿quién me hace aquí traicion?

Abigail estaba pálida, inmóvil, aterrada.

Una indecision penosa aparecia en su semblante.

De improviso se abrió una puerta, y aparecieron dos hombres.

Venian envueltos en mantos pardos, y echados sobre los semblantes las anchas alas de sus sombreros.

Eran, sin duda, los mismos dos hombres que habian aparecido en la plaza.

Que habian avanzado hasta ponerse debajo del mirador, y á los cuales Abigail habia arrojado una llave.

Al ver allí á Abigail, se detuvieron.

Sin duda no esperaban encontrarla.

El uno de estos hombres tenia en la mano una linterna de luz muy opaca, bastante sólo para hacer distinguir los objetos.

Una de esas linternas de que se valen los asesinos y los ladrones.

Detuviéronse aquellos dos hombres al ver á Abigail.

Ésta los sintió, se volvió hácia ellos, y les dijo:

—Se nos ha hecho traicion; él no esta aquí.

—¿Y quién nos asegura que no eres tú la que nos has hecho traicion? dijo con voz opaca, lúgubre, amenazadora el uno de aquellos hombres.

Abigail dió un grito é hizo un movimiento como para buscar un lugar por donde escapar.

—¡Ah! dijo: vosotros no sois los que yo creia.

—No perdamos un momento, dijo el uno de aquellos hombres, que hasta entónces era el único que habia hablado. ¿Qué nos importa de Aquaviva? Nuestro objeto era ella, y ella se pone en nuestras manos.

—Sí, dijo el otro; saquémosla de aquí; pongámonos con ella á salvo, y despues ambos nos entenderemos.

—¡Rodrigo Carreño, y tú, don Luis de la Bañeza, ambos en Roma y juntos?

—Sí, juntos los dos, exclamó el primero que habia hablado, y á quien Abigail habia llamado don Luis de la Bañeza; sí, juntos los dos; ¿no sabeis que tambien el ódio hace alianzas? pero no es esta ocasion de perdernos en pláticas inútiles: síguenos.

—¡No! exclamó Abigail; me matareis si podeis matarme, pero no os seguiré.

Y Abigail, con una bravura terrible, apareció armada de un puñal que sacó de entre sus ropas.

Rápida como una exhalacion, se lanzó sobre uno de los dos hombres, el que estaba más próximo á ella.

Aquel hombre era Rodrigo Carreño.

La puñalada dió de lleno en el pecho de Rodrigo, pero encontró un cuerpo durísimo é impenetrable.

Sin duda una coraza.

—¡Ah! exclamó Carreño: te conocíamos y venimos bien prevenidos; tu resistencia es inútil.

Y avanzó hácia ella.

Abigail retrocedió.

Corrió hácia una panóplia de armas que junto á la puerta se veia, y arrebató de ella un pistolete.

Carreño, que hácia ella avanzaba, se detuvo.

Abigail armó rápidamente el pistolete, y con una ansiedad cruel, porque ignoraba si el arma estaba cargada ó no, apretó el disparador.

El tiro partió.

Afortunadamente para Abigail, el pistolete estaba cargado.

La bala penetró en la garganta de Carreño y la atravesó de parte á parte.

El miserable vaciló y cayó.

Don Luis de la Bañeza, que al mismo tiempo que Carreño habia avanzado sobre Abigail; que como Carreño, al ver que Abigail se armaba de un pistolete, se habia detenido, al ver que Carreño caia se precipitó sobre Abigail.

Pero en aquel momento se abrió una puerta y aparecieron un hombre y una mujer.

La mujer traia una lámpara en la mano.

El hombre, al aparecer en la cámara, al ver á Abigail amenazada por don Luis, habia tirado de la espada.

Aquella mujer era Beatriz Aquaviva.

Aquel hombre, Miguel de Cervantes.

Al verles Abigail, se lanzó hácia Miguel y se amparó de él.

Don Luis de la Bañeza habia quedado como petrificado en medio de la cámara.

CAPÍTULO II.

En que se sale de Roma por debajo de tierra y se llega á un bello palacio en el Trastevere.

—¡Rendíos! dijo Cervantes á don Luis, si no quereis rendir el alma como ese otro que teneis á vuestros piés.

—Yo no puedo rendirme, miéntras mi mano tenga fuerzas para sostener una espada, dijo don Luis.

Y arrojando la linterna que aun tenia en la mano, tiró de la espada, y se fué hácia Cervantes, que le salió al encuentro.

—¡Ola... á mí! exclamó Beatriz en el momento en que se cruzaban los aceros de Miguel y de don Luis.

Por la misma puerta por donde habian aparecido Beatriz y Miguel, apareció otro conocido nuestro: el bravo Giuseppe Sparzo, que, como sabemos, estaba al servicio de *donna* Beatriz.

Sparzo no se detuvo.

Se lanzó de través sobre don Luis, y como éste no podia desatender á Cervantes, que le acometia de una brava manera, don Luis, para evitar ser cogido por Sparzo, no tuvo otro recurso que una rápida huida hácia atrás.

Pero se detuvo muy pronto entre la pared y la espada de Cervantes, que era tan superior á él en destreza, que no podia descuidarse un momento.

Sparzo pudo, al fin, caer sobre don Luis y sujetarle por el brazo derecho.

—¡Preso sois! dijo Cervantes envainando rápidamente la espada, y yendo á ayudar á Sparzo á sujetar á don Luis.

Entre tanto, Abigail continuaba cerca de Cervantes, y amparándose de él, y *donna* Beatriz mirando de una manera sombría é irritada aquel cuadro.

En aquella rápida pelea, don Luis habia dejado caer su manto, que le embarazaba, porque, cogido de improviso por la necesidad de defenderse, no habia tenido tiempo de rodeárselo al brazo izquierdo como solia hacerse entónces, aprovechando la capa para la defensa.

Habia perdido tambien el sombrero.

Pero conservaba un cumplido antifaz de terciopelo.

Cervantes se lo arrancó.

—¡Ah! exclamó; ¡yo os conozco!... ¿qué haceis aquí?... ¿cómo se encuentra aquí con todas las apariencias de un asesino, el noble caballero don César Estéban de Chouzan, regidor perpétuo de la noble ciudad de Sevilla?

—Vos sois el señor Miguel de Cervantes Saavedra dijo don César (que éste era su verdadero nombre): me acuerdo de haberos visto en mi casa, con vuestro padre, en Sevilla.

—En efecto, don César, dijo Cervantes, que miraba con asombro al regidor sevillano, al que habia sujetado ayudado por Sparzo: yo estuve en Sevilla hace dos años, y en vuestra casa, con mi padre.

—Pues bien, dijo don César; soltadme, que yo me confieso por mi palabra de honor vuestro prisionero, é iré á donde me mandáreis.

—Sí, dijo *donna* Beatriz; es necesario salir de aquí cuanto ántes; al estruendo del tiro que aquí se ha disparado, podrán acudir los criados de mi hermano, y no conviene que aquí nos encuentren.

—No acudirán, dijo Abigail; todos duermen aletargados como lo estaba monseñor Aquaviva.

—¡Ah! bien sabia yo que vos habíais de ser funesta para nosotros, por el insensato amor que por vos siente mi hermano, dijo *donna* Beatriz.

—Yo he pretendido salvar á ese hombre, exclamó Abigail volviendo su mirada á Cervantes, para quien vos, Beatriz, sois un peligro.

—Salgamos, dijo *donna* Beatriz: es necesario que nos entendamos de una vez.

—Salid en buen hora, dijo Abigail: en cuanto á mí, yo no os seguiré.

Y ganando rápidamente una puerta, desapareció por ella.

Cervantes aparecia aturdido, dominado por la situacion.

—Seguidla, exclamó don César: esa mujer es terrible: ella es la causa de que yo me encuentre aquí.

—Es inútil seguirla, dijo *donna* Beatriz; en el viejo palacio de Atri hay comunicaciones secretas que esa mujer debe conocer, y por las que ya se habrá salvado: salgamos nosotros.

—¿Y vuestro hermano, señora? dijo Cervantes: ¿hemos de dejarle como le hemos encontrado?

—Él volverá naturalmente de su letargo: por lo demás, ya veis, no corre peligro alguno; los que le amenazaban, el uno está tan mal herido, que tal vez dentro de poco muera, y el otro es vuestro prisionero. Volvámonos á nuestro palacio, Miguel.

—Sea como vos lo decís, señora mia, contestó Cervantes. Ahora bien: puesto que vos sois mi prisionero, don César, seguidme.

—Ya os sigo, dijo don César.

Se le habia soltado en el momento en que habia empeñado su palabra de honor, aun que podia fiarse muy poco en la palabra de honor de un hombre que se encontraba en tales pasos.

Donna Beatriz, que habia conservado en la mano su linterna, abrió la marcha.

La siguieron los otros.

Entre Cervantes y Sparzo, iba don César Estéban de Chouzan.

Atravesó *donna* Beatriz algunas cámaras sin encontrar á nadie.

Parecia cierto lo que Abigail habia dicho.

Esto es, que toda la servidumbre del cardenal Aquaviva habia sido aletargada como él.

No podia comprenderse de otra manera la quietud que en el palacio habia, despues de haber retumbado en la cámara de Aquaviva la detonacion del pistolete.

Donna Beatriz ganó una galería.

Adelantó por ella, y á poco se detuvo delante de una bella estátua de Céres.

Donna Beatriz buscó un resorte en el plinto de la estátua, le oprimió, y el pedestal giró rechinando.

Dejó descubierto un espacio cuadrado, hondo, negro, por el que cabia bien una persona.

Donna Beatriz se sentó primero en el borde de aquel hueco.

Luego se dejó caer.

Desapareció al fin.

—Seguidme, dijo.

Su voz resonaba á poca profundidad.

El reflejo de la luz de la linterna se veia en la parte superior interna de aquel hueco.

Cervantes se deslizó.

Encontró á *donna* Beatriz de pié á la entrada de un angosto pasadizo.

Bajó luego don César.

Siguióle Sparzo.

—Esperad, dijo *donna* Beatriz, que buscaba algo en el muro, á la derecha.

Encontró al fin un nuevo resorte y le oprimió.

Oyóse un áspero rechinamiento.

—Nos encontramos sobre un camino muy diferente del que hemos traido, dijo; pero nos escusamos de sobornar á los guardas de la puerta del Pópolo, para que

nos la franqueen, lo cual seria enojoso y tal vez comprometido; esta mina nos llevará fuera de los muros, á un lugar quebrado, al pié de Villa Borghese; ganaremos el Puente de Sant Angelo, y poco despues nos encontraremos en la Longaretta, y en mi palacio. Esto será cuestion de una media hora.

Se puso en marcha *donna* Beatriz.

Tras ella Cervantes.

Despues don César.

Luego Sparzo.

Se guardaba un silencio profundo.

Todos iban sumidos en los graves pensamientos que la situacion les inspiraba.

A trozos la mina se extendia á nivel, en ascenso ó en descenso, con frecuencia.

Al fin, y despues de un cuarto de hora de marcha rápida, llegaron á un punto en que la mina se interceptaba por una puerta de hierro.

—Hé aqui una dificultad que yo no habia previsto, dijo *donna* Beatriz: no tenemos la llave de esta puerta, que es muy fuerte; ved, pues, vosotros, el medio de franquearla.

—Dejádmelo eso á mí, que en ello soy yo maestro, dijo Giuseppe Sparzo; y muy extraña ha de ser la cerradura, y muy fuerte, para que poniéndola yo la mano encima, no la abra.

Dejóse llegar á Sparzo.

Éste se acercó á la puerta.

Donna Beatriz alumbraba.

—¡Bah! dijo Sparzo; lo peor que esto tiene es que debe de hacer mucho tiempo que esta puerta no se abre, y la cerradura está mohosa: es, además, de doble fiador; pero no importa: un puñal no es sólo un rasgador de carne, un abre salida al alma; es tambien buen escoplo, y si él es bueno, una herramienta de cerrajero: ¿qué seria de los bravos mozos, en más de una ocasion, si no pudiesen falsear una cerradura? Mirad; á pesar del moho ya ha obedecido un fiador: impongamos nuestra voluntad al otro: mirad, mi noble señora, esto está concluido: ved ahí franca esta formidable puerta.

En efecto, Sparzo habia trabajado con una rara habilidad.

Con una habilidad digna de un cerrajero ó de un ladron.

La puerta habia dejado paso á una continuacion de la mina.

Pero aquel trozo de mina no tenia ni muros ni bóveda.

Estaba completamente abierta á pico, en un terreno muy firme y al parecer arcilloso.

Siguieron.

Donna Beatriz se detuvo otra vez.

—Nos encontramos con otro obstáculo, dijo: los brezos y la yedra han cerrado la salida de la mina.

—Cosa de poco momento, dijo Sparzo adelantándose.

Y desnudando su espada, que era un enorme chafarote de dos tajos y dos re-

veses abrió en la maleza que privaba la entrada, un espacio bastante para que se pudiese pasar.

Pasaron.

Se encontraron á poco con una especie de gruta viscosa.

En medio de ella habia una fuente rústica, sobre la cual se veia una estátua, de bastante buena ejecucion, del dios Pan tocando la flauta.

A poco se encontraron en una pequeña hondonada.

Por encima de ella, á la derecha, se veia la bella cuestecilla de Villa-Borghese.

Cerró su linterna *donna* Beatriz.

La luz de aquella luna sombría del estío la hacia innecesaria.

Se sentia un calor sofocante, calmado á veces por una ráfaga de viento que venia del cercano Tíber.

Adelantaron nuestros personajes.

Dejaron atrás la enorme masa del Vaticano, atravesaron el Puente de Sant Angelo, y poco despues se detuvieron delante del vestíbulo de un bello palacio del más puro gusto toscano, á la entrada de la Longaretta, que es la principal avenida del Trastevere.

Sparzo tomó una llave de su bolsillo y abrió el postigo de una de las grandes hojas de la puerta.

Entraron.

Sparzo cerró.

En la parte interior del vestíbulo no habia más luz que la del reflejo de la luna que caia sobre las grandes losas de mármol blanco del extenso patio.

Se oia el dulce y monótono murmullo del agua que se desprendia de la fuente monumental que en medio del patio se elevaba.

A la derecha del vestíbulo, se veia una gran escalera de doble tramo.

Un rayo de luna que penetraba por la ventana de la izquierda, caia sobre el pavimento y sobre parte del muro del descanso del primer tramo.

No era menester luz.

Aquel dulce reflejo fantástico bastaba.

Por él se veia la sencilla, severa y al par buena composicion de la escalera, que revelaba un hermoso palacio, aunque no muy extenso.

Subieron, y entraron á poco en las habitaciones principales que estaban iluminadas.

A la puerta de una cámara, *donna* Beatriz se detuvo.

—Id á averiguar, dijo á Sparzo; es necesario que cuanto ántes tengamos noticias de lo que ha sucedido en el palacio de Atri.

Sparzo se retiró.

Donna Beatriz abrió la puerta y pasaron.

CAPÍTULO III.

Del buen encuentro que tuvo Sparzo en el puente de Sant Angelo.

Sparzo se lanzó inmediatamente á la calle.

—Pues para saber mejor y más pronto lo que ha pasado ó pasa en el palacio de Atri, nada mejor que meternos en él por el mismo agujero de raton por donde de él hemos salido. El duque de Atri que construyó el palacio de su familia, debia ser tan condenado, tan falaz y tan mañoso, como el señor duque de Atri, nuestro señor actual. Vamos allá: creo no me será difícil encontrar los resortes de la puerta entrante.

Atravesaba en aquel momento Sparzo el puente de Sant Ángelo.

La soledad era absoluta.

Parecia que todo dormia en Roma.

La redonda masa del castillo de Sant Angelo tenia algo de misterioso.

Mucho de sombríamente grande la inmensa mole de la basílica de San Pedro: mucho de grande y sombrío.

Parecia que se levantaba sobre ella la eternidad amenazadora.

Allá, bajo la silueta del Vaticano, dormia ó velaba, al embate de sus grandes cuidados, el venerable vicario representante de Jesucristo, el pontífice, el rey de Roma.

Sparzo no paró mientes en nada de esto.

Estaba demasiado acostumbrado á los monumentos de Roma.

No le decian nada.

De improviso, y cuando iba por la mitad del puente, se detuvo.

Le pareció que un gran perro, más grueso que alto, se adelantaba á su derecha, pegado al parapeto del puente.

—Necesario es que no nos cojas la espalda cuando te pongas de pié, amigo perro, dijo Sparzo: tú tienes hambre de bolsas, y es necesario que no la aplaques con la mia.

Estas palabras de Sparzo demostraban que aquello no era perro, sino hombre, que para disminuir su bulto se habia puesto sobre sus manos, deslizándose á la sombra del parapeto.

A pesar de la policia del Papa, Roma hervia de ladrones.

Sparzo, que hasta cierto punto era del oficio, se fué hácia aquél en derechura, puñal en mano.

Antes de que llegase á él, el bulto se enderezó.

Quedó ante Sparzo un hombre atlético.

Un mendigo, á juzgar por su traje.

—¿Sabes, le dijo Sparzo, que por el atrevimiento inaudito que has tenido, mereces que yo haga contigo lo que tú has pretendido hacer conmigo?

—¡Bah! hermano Giuseppe, dijo aquel hombre, entre nosotros no debe de haber diferencias: no te conocí yo cuando apareciste en el puente: que si te conociera, á tí me viniera tan derecho y tan largo como soy.

—¡Ah, que eres tú, Barbetti! dijo Sparzo cambiándose el puñal á la mano izquierda y dando la derecha á Barbetti: ¿y cómo es que has dejado la campaña?

—Hay negocios en Roma.

—¿Y el capitan?

—En Roma tambien. Si quieres verle, puedes beber con él dentro de muy poco.

—En verdad, en verdad que me alegraria tener un poco de conversacion con el valiente Rugiero Staglioni: pero tengo un encargo de mi señora.

—No anda muy léjos de tu señora el encargo que yo tengo esta noche del capitan Rugiero.

—¿Sabes tú acaso quien es mi señora?

—Nosotros lo sabemos todo, y además, nunca perdemos de vista á nuestros antiguos compañeros. Hace tres años que sirves á *donna* Beatriz de Aquaviva, hermana del señor duque de Atri.

—Es cierto, y me vá muy bien.

—Tú podrias darme informes, Giuseppe, y con eso podria yo ir con algo de provecho á mi capitan.

—¿Informes de quién?

—De tu señora.

—¿Y para qué necesita Rugiero tener informes acerca de *donna* Beatriz?

—Acaba de presentarse á mi capitan una gran dama.

—¿Una gran dama?

—Sí, una gran dama extranjera y hermosísima, que vino hace cerca de un año con monseñor Aquaviva, cuando éste volvió de la comision que Su Santidad le dió para el rey de España; desde entónces esa dama está siendo el escándalo de Roma; se dijo, y se dice, que tiene hechizado á monseñor Aquaviva; que ella ha sido en gran parte causa de la muerte del duque de Atri, y si el Papa no la ha hecho prender para juzgarla, ha sido por los respetos de monseñor.

—Sí, dijo Sparzo, la señora Abigail, la locura de monseñor Aquaviva: ¿y dices que esa deidad se ha presentado hace poco á Rugiero?

—Sí, y apénas ha hablado algunas palabras con el capitan, cuando éste me ha dicho: Barbetti, véte á vigilar el palacio de los Magos: mira quién entra en él ó quién sale: y he venido, teniendo la fortuna de encontrarte en el camino.

—Pues mira, dijo Sparzo; podemos servirnos grandemente el uno al otro. Llévame á donde está tu capitan.

—Vamos allá, dijo Barbetti; y te alegrarás doblemente, porque yo sé que eres famoso apasionado de Rafael.

—¡Ah! mi Rafael... créolo bien! yo era muy niño cuando él hacia enorgullecerse á Roma con su gran cuadro de la Transfiguracion.

—Pues bien, dijo Barbetti: el capitan Rugiero está aposentado en Roma, en el Trastevere, en la casa del famoso Fornaro [1].

—¡Hijo de la Fornarina, y tal vez... tal vez de Rafael! ¿quién sabe? á mí me ha parecido que en el semblante del Fornaro hay algo de los rasgos de Rafael Sanzio: no se puede ver el retrato de éste, conociendo á Bartolini, el hijo del Fornaro, marido de la Fornarina, sin que se venga á pensar que Bartolini podia ser muy bien hijo de Rafael: ya sabes que hay una historia.

—¿Y qué diablos habia de hacer la hermosísima, sino amar, adorar, volverse loca por el elegido de Dios, que la divinizaba y la eternizaba en sus lienzos? y además, que á lo que se vé por su retrato, Rafael Sanzio era muy hermoso.

—Y demasiado entregado á los placeres y á los devaneos, por desgracia de Roma, que perdió muy pronto al émulo de Miguel Ángel. ¡Oh! ¿quién sabe á dónde hubiera llegado Rafael si no hubiese muerto tan jóven?

—Rafael no podia ir más allá: habia hecho muy pronto todo su camino.

—Es verdad: ¡El Pasmo de Sicilia! ¡La Transfiguracion! ¡La Perla! cuadros inmortales.

—Más que eso, más que eso; algo que tú no has visto, que el *fornaro* Bartolini guarda como una reliquia, y que sólo muestra á algunos raros favorecidos: una tabla por la cual el Papa le ha ofrecido tesoros: el retrato de su madre, de la Fornarina, hecho por Rafael, representando á una bacante en el delirio de la embriaguez y del amor. Un retrato hecho en diez minutos, pintado por la fiebre, para el cual le ha arrancado sus secretos á la eternidad.

Nada tenia de extraño oir hablar así, y con un tal entusiasmo del arte, y particularmente de Rafael, á dos romanos, siquiera estos romanos fuesen rudos y de las clases inferiores.

Roma ha conservado su antiguo espíritu artístico y moderno.

La sombra de Virgilio, llevando de la mano al Dante, flota aun sobre la eterna ciudad.

Se le hizo la boca agua á Sparzo, cuando supo que en la casa del hijo de la *Fornarina* iba á ver una obra, para él desconocida, de Rafael.

Además, allí debia encontrar á su antiguo capitan Rugiero Staglioni, porque bueno es saber que Giuseppe Sparzo, ántes de echarse á hombre de bien, entiéndase esto relativamente, habia sido un honradísimo bandido de los que en todos tiempos, y entónces más que en otros, han infestado la carretera de Roma.

Allí, además, debia encontrar, á lo ménos, el olor de la señora Abigail.

—Pues vámonos para allá, dijo Sparzo.

Y se volvió, dejando la avenida de Roma para tomar la del Trastevere.

Despues iria á registrar, introduciéndose por la mina, el palacio de Atri, á ver lo que habia acontecido en él.

[1] Panadero.

Entraron en la Longaretta.

Al principio de ella estaba el palacio de los Magos, residencia de Beatriz de Aquaviva.

Le dejaron á la derecha.

Continuaron hasta llegar donde está el Puente de San Pablo.

Tomaron una calleja á la derecha.

Adelantaron, amparándose en el corazon del Trastevere.

Todo estaba sumido en silencio.

Los dos amigos habian llegado hasta allí, hablando amistosamente de Rafael y de la Fornarina.

Detúvose Barbetti en una plazuela desierta y singularmente sombría, en la que parecia entraba como con pena la luz de la luna.

Una vez allí Barbetti, produjo uno de esos silbidos rasgados, siniestros, que sólo lanzan los bandidos.

Que suenan á robo y á asesinato.

Se abrió la puerta de una casa inmediata, se vió el reflejo de una luz, y sobre aquel reflejo se recortó la gentil forma de una jóven.

—¡La pequeña Fornarina! dijo con dulce acento Barbetti.

Y adelantó seguido de Sparzo.

Al entrar tomó la barba á la niña, que apénas si contaria doce años, y la besó en la frente.

La pequeña contestó á aquel purísimo beso del bandido estampándole otro fresco, inocente, ruidoso, en la ruda mejilla.

—Entrad, entrad, dijo la niña: pero, ¿quién es ese que viene con vos?

Y su acento sonaba á recelo.

—Es un amigo de confianza, un antiguo compañero, á quien estima mucho Rugiero Staglioni.

—Entónces bien venido sea, dijo Paulina, que así se llamaba la jóven.

Sparzo la habia examinado al reflejo de la luz del interior, que bañaba de lleno su juvenil semblante, y se habia asombrado.

Habia creido tener delante, niña, á la Fornarina, adlátere, querida de Rafael, y á quien todo Roma, el mundo entero conocia, por los cuadros de Rafael.

—No desmiente la casta, dijo; pero ¡ay! falta otro Rafael que la haga vivir en el lienzo: Dios es avaro de los grandes hombres, y no los echa para acá sino muy de tiempo en tiempo: se fueron Miguel Angel y Rafael, ¿cuándo volverán otros?

—Os llevo, dijo la niña, al aposentamiento del jardin: allí á lo ménos se puede respirar; hace un calor que ahoga.

Y se metió con ellos en una gran sala.

CAPÍTULO IV.

En que se dá á conocer á un célebre bandido de aquellos tiempos.

Notó Sparzo que al entrar en la estancia á donde los habia conducido Paulina, una mujer se habia alejado rápidamente.

Adivinó á Abigail.

Echado en un banco, entre costales de harina, que revelaban á primera vista una panaderia, en frente de una gran puerta que daba á un extenso jardin, y por la que penetraba la luna, habia un hombre vestido con un gran lujo, y no á la manera de los bandidos de la campiña, sino como los caballeros de Roma.

Conversaba con él otro hombre que vestia el pintoresco traje de los trastiverinos y que parecia contar como cuarenta años.

El uno era Rugiero Staglioni, capitan de los bandoleros que por entónces vagaban al rededor de Roma.

El otro era el *fornaro* ó panadero Bartolini, padre de Paulina, nieto de la *Fornarina;* esto es, de la amante de Rafael Sanzio Urbino.

Hablaban plácidamente, ¿de qué dirán nuestros lectores? del Tasso y de Ariosto, y aun se alargaban al Petrarca y al Dante.

Es extraordinario este gusto que ha quedado al arte y á la poesía, aun en las clases más inferiores del pueblo italiano, particularmente en Roma y en Florencia.

Lo repetimos: la sombra de Virgilio se proyecta aun sobre la Italia, y dá, en literatura y en artes, una especie de sabor clásico y gentílico, que se refleja en las costumbres, y llega hasta el Vaticano.

Entraron los recienllegados, precedidos por la preciosa Paulina.

Ésta se acercó sonriendo á su padre, que estaba sentado sobre una saca de harina, y le dijo, poniéndole una de sus pequeñas manos en un hombro:

—Aquí está Barbetti, con un señor á quien yo creo haber visto alguna vez: si, creo que fué un dia en que yo fui á llevar una torta de leche al cardenal Aldrobandini; allí estaba ese señor.

—¿Y qué señor es ese, Barbetti? preguntó con acento duro y severo Staglioni.

—Cállate tú, y déjame que yo conteste, respondió Sparzo: me basta con arrimar las narices á las de mi antiguo capitan.

Y se acercó.

—¡Calla! ¿eres tú, Giuseppe? exclamó Staglioni; ¡por la salvacion de san Pedro (el panadero se santiguó al oir este juramento, por lo ménos irrespetuoso), que ya hace bien cuatro años desde que nos vimos por la última vez.

—Cinco, si gustais, capitan: y por cierto que fué en Nápoles.

—Es verdad: tú tienes más memoria que yo: ibas en la comitiva de la hermosísima *donna* Beatriz, hija natural del duque de Atri: ¿continúas al servicio de su excelencia?

—Sí, capitan.

—Magnífica criatura: lástima grande que muriese Rafael: tendriamos una nueva Madonna.

—Pero viven el Ticiano y el Veronés.

—Extranjeros: ¿qué tenemos que ver aquí con ellos?

—El arte no es extranjero en ninguna parte, en todos habla el mismo lenguaje.

—Sí; pero el cuadro extranjero representa una imágen, una criatura extraña para nosotros. ¿Y cómo es que vienes á verme con Barbetti, y á estas horas?

—Me he encontrado á Barbetti en el Puente de Sant Angelo; por cierto que si me descuido y no le veo, se lanza sobre mí y me despedaza: puede ser que lo hubiese sentido despues de reconocerme; pero más vale que no haya llegado ese caso.

Paulina se habia sentado sobre otra saca.

Esto demostraba que se tenia confianza en la niña.

—Iba con un encargo de mi señora, á ver lo que habia acontecido en el palacio de Atri.

—¡Sandália de san Pedro! exclamó Staglioni: por allí ha andado el diablo esta noche.

—Sí, dijo Sparzo: yo he visto algo.

—¿Y qué es lo que tú has visto?

—Me siento, capitan, dijo Sparzo, contando con vuestra licencia.

—Sin pedírmelo, Barbetti ha hecho más que tú: se ha tendido, y si se le deja, le oiremos muy pronto roncar; ya sabes que vuestro capitan repara muy poco en las formas; esto no hace al caso.

Sparzo arrastró una pequeña saca de harina, y se sentó cerca de Staglioni.

—Relátame, dijo Staglioni.

—Dormia yo esta noche, dijo Sparzo, que, como me voy haciendo viejo, necesito cuidarme, cuando llamaron á la puerta de mi aposento.

Era una doncella de mi señora, y por cierto una bella *ragazza*.

Al reconocerla por la voz, di un salto sobre el lecho.

Acudí.

No temais, que ya sé me oyen los castos oidos de la hermosa Paulina.

—La advertencia está de más, dijo el panadero.

—Perdonad, amigo, pero continuemos.

Inés me dijo que la señora me llamaba.

Di otro salto.

—Mucho saltais, dijo el panadero.

—¡Qué quereis! hay emociones por las cuales no podeis ménos de saltar.

—Siga el cuento, dijo Staglioni.

—Me vestí en un dos por tres, continuó Sparzo.

Bajé á las habitaciones de su excelencia, y la encontré vestida y con el manto puesto.

¿A dónde íbamos á ir á aquella hora?

Junto á ella estaba ese español, que á mi modo de ver es esposo de la señora, aunque esto no conste públicamente, pero él vive y bebe en la casa, y entra á todas horas sin anunciarse en el cuarto de su excelencia, y con ella vá á todas partes, hasta en carroza.

—Sí, el señor Miguel de Cervantes Saavedra, dijo Staglioni; un hombre de mucho ingénio.

—¿Le conoceis, capitan?

—Ya sabes que yo me perezco por los hombres favorecidos por Dios con el *quid divinum;* por lo mismo, yo no puedo ménos de ser amigo del gran cantor de la *Jerusalen libertada*, del Tasso; y ese de Cervantes Saavedra, frecuenta mucho al Cisne de Sorrento. En su casa le he visto alguna vez: le he visto tambien casa del cardenal Sforza; ya sabes que monseñor es muy amigo mio.

—Sois admirable, capitan; vos teneis tantos nombres, y tantas casas, y tantos trajes como es menester.

—Para muchos de mis altos amigos, yo soy siempre el *bravo* Rugiero Staglioni; para los demás, y aun para el mismo Papa, soy el conde napolitano Spugatti: y esto último soy para el Tasso, y para su amigo el español: continúa.

Sparzo continuó:

—Encontré al señor Miguel de Cervantes con capa, sombrero, y armas al cinto.

«—Prepárate para acompañarnos y ven, me dijo la señora; trae linterna.»

Volví inmediatamente.

Salimos.

La puerta del Pópolo estaba todavía franca.

Ya sabeis que no se cierra hasta la media noche.

Apénas habíamos entrado en la ciudad y en la plaza del Pópolo, cuando el reló de San Pedro dió las doce.

La señora, y el señor Miguel y yo siguiéndola, tomamos á gran paso una callejuela que rodea por su parte posterior el palacio de Atri.

A esta callejuela dan los muros del jardin del palacio.

La señora llegó al postigo del jardin; sacó una llave y abriólo.

Luego, casi á la carrera, atravesando el jardin, penetramos en el palacio, y sin encontrar á nadie, llegamos al mismo dormitorio de monseñor Aquaviva, en donde acababa de sonar una fuerte detonacion.

Habia dos hombres enmascarados y una mujer.

Uno de aquellos hombres se revolvia en su sangre.

El otro estaba inclinado hácia la mujer, en actitud amenazadora.

El señor Miguel de Cervantes se fué á él espada en mano, y yo, mandado por mi señora, le ayudé á sujetarle y desarmarle.

Aquella dama, en tanto, habia desaparecido.

El lecho de monseñor Aquaviva, aparecia vacio.

La señora, el caballero español y el otro, al parecer caballero, á quien habíamos preso, salimos del palacio de Atri por una mina que nos condujo fuera de Roma, bajo la colina de la villa Borghese, y de allí nos trasladamos al palacio de los Magos.

La señora me mandó fuése á averiguar lo que hubiese acontecido en el palacio de Atri.

Salí, y en el puente de Sant Angelo encontré á Barbetti, nos reconocimos, supe que vos estábais aquí, y he venido.

Esto es todo.

—¡Pues no ha sido mala suerte el que yo haya cobrado estimacion, por su ingenio y por la amistad que le une con el Tasso, á ese caballero español! dijo Staglioni: sin eso nadie hubiera avisado á tu señora que esta noche debia ser asesinado el duque de Atri, su hermano, y que despues de esto, los asesinos habian de ir á dar un asalto al palacio de los Magos, donde tu señora debia ser tambien asesinada y preso el señor Miguel de Cervantes, y conducido á la campiña.

—¡Ah! ¿con que habeis sido vos, capitan, el que habeis avisado á su excelencia?

—Yo en persona, con el traje en que me vés.

—Contadme, si os place: así entenderé lo que no he podido entender: esto es, nuestra aventura en el palacio de Atri.

—Los *buenos hijos de la Providencia*, cuando por nuestras hazañas hemos adquirido una honrosa reputacion, nos conocemos: la fama, conduciendo nuestros nombres, nos dá á conocer unos á otros, y fraternizamos.

Hace un mes estaba yo en la campiña, en la quinta de Adrianetto, ya sabes, uno de nuestros más grandes favorecedores: ello es verdad que no le vá mal favoreciéndonos, y que por nosotros no le importa gran cosa que la cosecha sea buena ó mala. Pero en fin, hay que agradecérselo.

Acababa yo de almorzar con los muchachos, cuando se presentaron dos extrangeros á caballo, y uno de ellos, el de más nobles apariencias, dijo:

—Os estimaria en gran manera me dijérais dónde podria yo encontrar al célebre aventurero Rugiero Staglioni.

No habia que temer nada, y le respondí:

—El que buscais soy yo.

—Ya me lo habia parecido, me dijo; porque sólo con veros se vé que vuestro semblante y vuestra apostura responden á vuestra fama.

—¿Y vos quién sois? le pregunté.

—¿No habeis oido nunca hablar de un don Luis de la Bañeza, que anda por España?

—¡Un rey de la campiña! ¿no es esto? le pregunté yo.

—Sí; un hombre desesperado.

—Me parece que vos sois ese valiente desesperado, le dije yo; vuestro semblante os revela.

—Sí, yo soy.

Y echó pié á tierra, y lo mismo hizo su compañero.

Nuestras manos se estrecharon.

—Venimos escapados de la cárcel de córte de Madrid, me dijo don Luis. Nos hemos entretenido en agenciar algunos maravedises, cosa en que hemos empleado muy poco tiempo y sin salir de Madrid, y á seguida nos hemos encaminado á Barcelona, y de allí, en un barco, nos hemos venido á Civita-Vecchia; y hénos al fin en los Estados Pontificios y á vuestro lado, señor Rugiero Staglioni: hé aquí que esperamos nos acojais bajo vuestra banda.

No habia medio de negarse, aunque á mí nunca me ha parecido conveniente tener á mi lado á quien, como yo, ha mandado gente brava.

Pero yo habia oido contar á muchos españoles, de los que siempre hay un gran número en Roma, prodigiosas hazañas de ese don Luis de la Bañeza, y no hallé medio de negarme.

Debia haber sufrido mucho y ser muy desgraciado.

Ni él me dijo su historia ni yo se la pregunté.

Le confié algunos empeños de honra, y salió de ellos como hubiera salido yo mismo.

Que se lo pregunten al cardenal Strozzi.

Cincuenta mil escudos romanos que para él iban á Roma, muy guardados por soldados del Papa, *se perdieron* por el camino, y no llegaron al palacio de Strozzi.

Hace quince dias nos vinimos á la ciudad.

No habia nada que hacer en la campiña.

Roma es el empório del arte, de la grandeza, del amor.

Es necesario vivir.

Don Luis se pasaba los dias separado de mí, y por la noche volvia muy triste.

No pude ménos de preguntarle.

—Mucho os duele vuestra patria, le dije: sin duda os habeis dejado allá algo muy querido.

—Tengo el corazon impresionado por una mujer española, me dijo: acaso sólo por ella estoy en Roma.

Y como no me dijese más, yo no insistí.

Es necesario dejar á cada cual sus asuntos.

Hace tres dias, Barbetti vino y me dijo:

—La bruja Benedetta nos ha procurado un buen negocio.

—Echa fuera, le dije.

—La ha buscado una gran señora.

—¡Quién! ¿acaso Beatriz Colonne?

—No; una famosa extranjera que está siendo, desde hace cerca de un año, la admiracion de Roma por su hermosura: el prodigio con quien vino de España el cardenal Aquaviva.

—¡Ah! exclamé yo: *donna* Abigail.

Y se me fué un suspiro.

Porque has de saber, Sparzo, que yo no he podido defenderme del amor, desde que ví á esa divina mujer.

Fué una tarde de la pasada primavera, en el Quirinal.

Me paseaba yo aburrido.

Delante de las ruinas ví, asida del brazo de un señor jóven y ricamente vestido, una señora extraordinariamente gallarda, y de una apariencia soberana: más aun, majestuosa.

Los acompañaban algunos pajes y algunos criados.

Más abajo los esperaba una carroza.

Me acerqué.

Reconocí á monseñor Aquaviva, que me conoce demasiado.

Para él soy el conde napolitano Spungatti.

Nos saludamos cariñosamente.

La dama que le acompañaba me miró de una manera profunda.

Sin duda adivinaba en mí algo más que un conde del reino de Nápoles.

Yo no he podido olvidar todavía á esa mujer, que vive con escándalo al lado de monseñor Aquaviva.

Pero dicen que monseñor es muy desgraciado.

Que tiene en *donna* Abigail un martirio, no una mujer.

Hay quien cree que le tiene hechizado.

Que á causa de estos hechizos, monseñor no es su amante, sino su esclavo.

Un esclavo paciente; un sediento de amor.

Hay quien asegura que esa maga no ha amado todavía.

Que se complace en martirizar á sus amantes.

Que los mata de amor.

Su historia es un misterio.

Pero la pureza resplandece en su frente.

Yo, que tengo medios para saber lo que sucede en lo más íntimo de las casas, procuré saber lo que existia entre monseñor Aquaviva y la enloquecedora *donna* Abigail.

Supe que nada habia de comun entre ellos.

Que monseñor suplicaba desesperado, y que ella se hacia sorda á sus súplicas.

Pero sonriéndole; llamándole su adorado, su alma.

Yo no podia comprender esto.

Sin duda habia de por medio una gran historia.

Tal vez la historia misteriosa del corazon de esa mujer.

Cuando Barbetti me dijo que *donna* Abigail habia buscado á la bruja Benedetta, me alegré.

Al fin podria saberse algo.

¿Para qué sino para un sufrimiento de amor busca una mujer á una hechicera?

Barbetti me dijo que la bruja le habia revelado que aquella señora la habia pagado largamente, y la habia encargado la indicara un hombre de gran confianza, del que pudiera servirse, pagándole un tesoro por un grande empeño:

aun añadió que se alegraria mucho de poder contar con el capitan de apuñaladores [1] de la campiña, Rugiero Staglioni.

Benedetta no se habia atrevido á contestar sin darme conocimiento, y para ello habia llamado á Barbetti.

Yo mismo fuí á ver á Benedetta.

La exigí me ocultase en un lugar donde pudiese ver á *donna* Abigail, cuando fuése á verla.

Benedetta la esperaba.

La instruí acerca de lo que debia preguntar á *donna* Abigail.

Benedetta me ocultó en un lugar donde podia ver y oir sin ser visto.

Llegó, en fin, *donna* Abigail.

Iba modestamente vestida, y cubria su rostro con un antifaz.

Pero se lo quitó en cuanto se quedó sola y encerrada con Benedetta.

Yo sentí renacer con más fuerza el enamoramiento que me habia inspirado aquella mujer.

—He hecho se pregunte al capitan Staglioni si quiere serviros, señora, dijo Benedetta.

—¿Y qué ha respondido? preguntó con ansiedad *donna* Abigail.

—Que necesita hablar con vuestra excelencia, dijo Benedetta.

—Yo no hablaré con él, dijo *donna* Abigail, si no sé que de seguro puedo contar con sus servicios.

—El capitan Staglioni, dijo Benedetta, es un hombre honrado, y vuestra excelencia puede confiar en él.

—¿Y qué le importa á Staglioni hablar ó no conmigo, si se le paga bien? dijo con impaciencia y aun con cólera *donna* Abigail.

—El capitan Staglioni quiere saber siempre por quién hace lo que hace, dijo Benedetta.

—Lo que debe importarle es que el precio sea lo más alto posible, y yo no regateo. Que pida.

—Pide, en primer lugar, hablar con vuestra excelencia.

Meditó durante un momento *donna* Abigail, y al fin dijo:

—Y bien, ¿qué importa? Pero se vá pasando el tiempo y yo necesito que este negocio sé haga cuanto ántes.

—Hoy mismo podeis hablar con Staglioni si quereis, la dijo Benedetta; dentro de media hora: no hay más que avisarle.

—Pues bien, avisadle cuanto ántes y acabemos de una vez, dijo *donna* Abigail.

Yo habia previsto esto y llevaba un disfraz de campesino.

Un antifaz me cubria, además, el rostro.

Si con el rostro descubierto me hubiera presentado, me hubiera reconocido, porque yo, sólo por verla, habia ido muchas veces casa de monseñor Aquaviva, siempre con la apariencia y el nombre del conde Spungatti.

Cuando me presenté á ella no me reconoció.

[1] *Coltellatori.*

Yo iba armado hasta los dientes, como un bandido, segun que el vulgo tiene su idea de los bandidos, y de una manera muy rica.

Sobraban en mi traje el oro y el terciopelo.

Sólo tenia de campesino la forma.

Así era como debia haberse imaginado el famoso y riquísimo capitan Rugiero Staglioni *donna* Abigail.

Ella estaba admirable, con su túnica oscura, sin una alhaja, sin nada que brillase; con el sólo esplendor de su hermosura.

Así, en esta sencillez, aparecia más hermosa.

—¿Por qué conservais delante de mí vuestro antifaz? dijo abarcándome en una mirada penetrante y sombría, y tan poderosa que me hizo temblar.

—Porque mi semblante es un misterio para todos, hasta para los mios, la respondí; en mí se descubre una alta persona que por desgracias del corazon ha venido á parar en el capitan Rugiero Staglioni: si yo descubriese mi semblante, podria desdorar el nombre de una ilustre familia.

—¡Como él! exclamó *donna* Abigail.

—¿Y quién es él?

—Uno cuyo nombre y cuya historia no os importan, me respondió secamente *donna* Abigail, pero que se os parece en la fortuna.

—¿Es acaso ese hombre el que os obliga á buscarme?

—No, respondió *donna* Abigail. Ese hombre está en poder de la justicia, y no ha podido seguirme: de seguro no sabe donde estoy.

—¿Amais á ese hombre?

—No, me respondió de una manera distraida.

Y luego añadió:

—Y bien, si no le amo á él, amo á otro: bien mirado, vos habíais de adivinar que yo amaba á un hombre de quien mandaba os apoderaseis.

—¡Ah! ¿me buscais para que yo me apodere de un hombre á quien amais?

—Sí, y para que mateis á un hombre enemigo á muerte del hombre á quien amo.

—Se hará todo lo que vos querais, señora, la respondí.

—¿El precio?

—Yo no vendo mis servicios, señora.

—Benedetta me dijo que vuestros servicios me costarian muy caros.

—Benedetta lo ha dicho porque sabe que yo no he vendido mis servicios jamás.

—¿Y por qué me habeis vos de servir de balde? me dijo, mirándome con recelo *donna* Abigail.

—Porque os amo con toda mi alma, la contesté; porque no he sentido el amor hasta que vos me lo habeis inspirado.

Se levantó violentamente *donna* Abigail.

Me miró con espanto.

—Nada temais, la dije; voy á hacer por vos lo que no he hecho por nadie: voy á darme á conocer á vos.

Y me quité el antifaz.

—¡El conde Spungatti! exclamó dejándome ver un asombro inmenso.

—Sí, yo soy, señora mia; yo que os amo desde el momento en que os ví en el monte Quirinal, al lado de mi amigo el duque de Atri.

Se estremeció *donna* Abigail.

—¡El duque de Atri! exclamó.

Me pareció que aquella exclamacion se le habia escapado de una manera involuntaria.

Poco despues del retorno de monseñor Aquaviva, habia muerto repentinamente el viejo duque de Atri, que gozaba de una excelente salud.

Se habia murmurado mucho de aquella muerte.

Se habia atribuido al veneno.

Pero estos rumores se habian gastado sin producir efecto.

Todo el mundo sabia hasta qué punto amaba monseñor Julio Aquaviva á su padre.

Monseñor era el único que, por no esperar más para heredar los riquísimos estados de su padre, podia haberle envenenado.

Esto repugnaba á todo el mundo.

Roma entera habia visto agobiado por el dolor, á causa de la muerte de su padre, á monseñor Aquaviva.

Por otra parte, no tenia por qué tener impaciencia, porque á causa de decirse que el duque de Atri estaba algo tocado de la cabeza, hacia ya tiempo que monseñor estaba en posesion de su herencia y usaba el título de su casa.

Los rumores, como ya he dicho, pasaron.

Se habia reparado en gran manera en la presencia de aquella dama española, que monseñor habia traido consigo.

Se sabia que vivia como señora en la casa.

Se le veia con ella en todas partes.

Esto habia causado una sombra de escándalo, y habia sido demasiado, por que Roma está acostumbrada de antiguo á los escándalos y al libertinaje de los patricios.

Los Borgias y los Orsinis habian acostumbrado así á la ciudad eterna.

Rafael la habia hecho adorar á la Fornarina.

Perdonad, Bartolini, que haya sacado á cuento á vuestra madre; pero esto lo sabe todo el mundo.

—¿Qué más dá? dijo con un perfecto aplomo el panadero: hay quien cree que yo soy hijo de Rafael; yo creo que no; porque si yo fuera hijo del divino Rafael, pintaria, y no pinto: hago panes. Seguid, capitan, seguid.

—Sí, dijo Staglioni: el escándalo es ya cosa usual en Roma: las torpezas del gentilismo se perpetúan en el arte y en la poesía: que lo digan sino los frescos de Miguel Angel, y las poesías de Ariosto que todos saben de memoria.

—¿Y dónde dejais al Bocaccio? dijo Bartolini.

—Es verdad; y los lienzos lascivos del Ticiano, que se conservan como un

tesoro en el Vaticano, y que sólo se dejan ver á los elegidos, dijo Staglioni.

Y continuó:

—A pesar de la costumbre del escándalo, causó una extrañeza extraordinaria el ver á una extranjera dominándolo todo en el palacio de Atri, y acompañando á todas partes, como si hubiera sido su esposa, á monseñor Aquaviva; pero el escándalo pasó; se recibió en las casas más ilustres, y por las más altas damas, á *donna* Abigail, como si no hubiera sido una aventurera, ó por lo ménos, una mujer misteriosa, y á pesar de la creencia general de que ella podia haber sido la envenenadora del viejo duque.

Pero la emocion que se habia apoderado de ella al recordar su nombre, me hicieron sospechar.

—¿Sabeis vos acaso, la dije, de qué género de enfermedad murió el duque de Atri?

—Callad, me dijo estremeciéndose; vos no teneis el derecho de hacer tales preguntas.

—Es verdad, dije; pero yo no me he valido nunca del veneno; me ha bastado con el puñal.

—El veneno es más cómodo y más seguro, me respondió con acento sombrío.

—¿Y porqué entonces no usais del veneno, señora, para quitaros de encima del corazon á ese hombre que necesitais exterminar?

—Porque se repararia en ello.

—¿Quién es, pues, ese hombre?

—Despues de lo que hemos hablado, no me atrevo á decíroslo.

—Podeis decírmelo todo: estoy loco por vos.

Volvió á inquietarse *donna* Abigail, y revolvió en torno su mirada, como buscando un lugar por donde escapar.

—Os repito que nada temais de mí, la dije: si por la misma vehemencia de mi amor yo no os respetara, ¿quién me estorbaria imponeros mi voluntad aqui, donde nadie podria socorreros? yo os amo, pero de una manera tal, que mi amor es purísimo y á sí mismo se satisface. Amándome vos, no podríais hacerme más venturoso que lo que ya lo soy porque os amo.

—¡Extraño amor! dijo sentándose de nuevo *donna* Abigail.

—Si tan insensato no fuera, la respondí, yo no me hubiera descubierto á vos.

—Tal vez sois demasiado amigo de monseñor Aquaviva y me tendeis un lazo, me dijo Abigail, anegando su mirada en la mia como si hubiera querido descubrir el fondo de mi alma.

—No me hubiera descubierto á vos, repito: medios hubiera encontrado para advertir á Aquaviva: ahora, vos podeis decirle si quereis: El que tú crees el noble conde Spungatti, no es otro que el terrible Rugiero Staglioni, sentenciado á ser *muzolado* cuando sea cogido, y á cuya cabeza ha puesto precio el Papa. ¡Sandália de San Pedro, que no me han de ver morir como un buey esos buenos ciudadanos de Roma! Yo creo que lo desean, por lo mucho que me estiman; como que sólo ejerzo mi ingénio y mi valor entre los cardenales y los ricos, contra los purpura-

dos, ¡sandália de las sandálias! y esto les gusta á los pelones á quienes los purpurados desuellan.

Continuó por algunos momentos mirándome en silencio *donna* Abigail, y al fin, ya perfectamente tranquila, me dijo:

—Creo que puedo fiar completamente en vos, y voy á hablaros sin reserva. Yo amo á un hombre, y de tal manera, que todo el amor que vos podeis tenerme no puede daros una idea del amor que yo le tengo.

El cardenal Aquaviva siente por mí un amor del infierno, y del infierno son los celos que, á causa del amor que le tengo, siento por el hombre á quien amo.

Es más aun: una mujer, una divinidad humana, á quien monseñor ha amado con frenesí, porque ha nacido para amar, aunque de una manera extraordinaria, delirante; que hubo de renunciar á su amor, cuando su padre, conociendo su pasion hácia aquella mujer, temiendo que la cólera del cielo le castigase si callaba, le reveló que era su hermana...

—¡Ah! dije yo, se trata de la divina *donna* Beatriz.

—Sí, de ella, dijo con acento profundo, en que se revelaba un ódio á muerte, *donna* Abigail. Ella ama con toda su alma, y á mi modo de ver, de una manera legítima, porque supongo y creo que están secretamente casados, al hombre á quien amo yo: con él vive, con él va á todas partes sin importarle de lo que las gentes digan; por él alienta, y por él es la mujer más venturosa del mundo.

—Pues me habeis dicho el nombre del hombre á quien amais, señora mia: ese hombre es el español Miguel de Cervantes Saavedra; otro de mis amigos.

—¿Amigo vuestro es Cervantes? me dijo con despecho.

—Sí, porque es amigo del Tasso, á quien profeso por su gran ingénio una grande amistad, y ya sabeis... necesariamente los amigos de nuestros amigos son nuestros amigos.

—Y decidme: ¿el Tasso y Cervantes son de esos pocos amigos que vos teneis, que os conocen completamente?

—Para ellos yo no soy otra cosa que el rico conde napolitano don Nicolao Spungatti, que galantea un poco á las musas, que hace algun soneto y algun epigrama, y que necesariamente debe amar y reverenciar á los hijos predilectos de esas damas del Parnaso.

—¡Ah! ¡vos no me servireis! exclamó con una rabia mal contenida *donna* Abigail: ¡y yo habré revelado imprudentemente y en vano mi secreto! Si vos no me servís, ¿qué podré yo hacer? si me valgo para con el hijo, del medio de que me valí para con el padre, sospecharán: ¡yo me he perdido!

Y se retorcia las manos.

—Yo os amo de tal manera, la dije, que mi amor domina en mí á la amistad que por los otros siento.

—¿No me engañais?

—¡Ah! ¡cuán feliz seria yo si os engañara! entónces no os amaria tanto.

—¿Pues no decis que vuestra felicidad la encontrais en vuestro mismo amor?

—A medida que vá pasando el tiempo, á medida que en vuestro ser se ane-

ga mi espíritu, la respondí, siento que un nuevo amor de mí se apodera; pero nada temais: aunque yo enloquezca mi locura no podria matar mi altivez; yo no buscaré nunca por la violencia la satisfaccion de mi amor, ni por ella podria satisfacerle: pero dejadme que haga por vos tanto, que al fin comprendais que el hombre que más os ha amado en el mundo he sido yo; que puede ser que asi, desengañada de quien no os ama, dado que ama á otra, tal vez estimeis en lo que vale el amor que os tengo, y con el vuestro le recompenseis.

—Pudiera ser, que tambien el amor se fatiga del desprecio, y si muchas veces por el desprecio se empeña, no pocas tambien por el desprecio se cura; que amor que no vá de la mano con la altivez, no es amor, sino enfermedad impura que con el amor no puede compararse. Así, pues, tan desesperada puedo verme de la una parte, y tan obligada por la otra, que mi amor se cambie.

En fin, yo ví que aquella terrible mujer, conociendo mi amor, pretendia engañarme y hacerme su esclavo, halagando mis esperanzas, y me acometió no sé qué empeño voraz de poseerla, de vencerla, de sujetarla á mi voluntad, de hacerla tan enamorada mia como yo lo era de ella.

Para llegar á este fin me propuse servirla sin reparar en nada.

Tan elocuente me mostré y tan encendido de amor, que al fin *donna* Abigail confió completamente en mí.

Convinimos en lo que habia que hacer para matar á monseñor Aquaviva, de modo que se creyese que los que le habian asesinado eran mis *apuñaladores*.

Dar un asalto con toda la compañía al palacio de Atri, hubiera sido una locura.

Está en lo más poblado de la ciudad.

Sus muros son de mármol.

Sus puertas de bronce.

Es uno de los principales palacios de Roma.

Le habita una numerosa y valiente servidumbre.

Un asalto hubiera sido inútil.

Me hubiera traido, además, el menosprecio del pueblo, que hubiera visto que por la primera vez habia faltado la ventura á una empresa del bravo capitan de los *apuñaladores*, Rogerio Staglioni.

Es necesario mantener la fama que hemos alcanzado.

No pudiendo pensarse en un asalto á viva fuerza, se pensó en otro medio.

Se llamó á Benedetta.

Ésta se encargó de comprar, de sobornar á uno de los pinches de la cocina del duque de Atri.

Benedetta se pinta sola para esta especie de seducciones.

No se trataba de que el marmiton echase un veneno lento en las tarteras donde se condimentara la comida del duque, ni en las de la comida de la demás familia: sino un narcótico, tal y tan poderoso, que mantuviese aletargados á los que lo tomasen, durante algunas horas.

Una vez adormecidos el duque y toda la familia, convínose en que á una hora

señalada, *donna* Abigail esperaria á los *apuñaladores,* que yo habria elegido, y ella misma los introduciria en la cámara del duque.

Asesinado éste, *donna* Abigail se iria á su aposento y tomaria el mismo narcótico que los otros hubiesen tomado, despues de lo cual se robaria el palacio, entrando el resto de mi gente.

Allí habria quedado mi sello.

Los dos huesos rojos puestos en cruz, que se ven en la hoja de nuestros puñales.

Nadie podria decir sino que yo, con mis *apuñaladores,* habia hecho aquella hazaña que debia subir hasta las nubes la gloria de mi nombre.

Debia prepararse á aquella misma hora un asalto franco al palacio de los Magos.

Ménos defendido y ménos fuerte que el de Atri, podia acometerse por la parte del Tíber.

Donna Beatriz seria muerta, y cautivado el señor Miguel de Cervantes, al que se conduciria á la campiña.

Despues se forjaria una historia, por la que resultara para Cervantes, que *donna* Abigail le habia libertado.

El reconocimiento y la hermosura y el amor que reconoceria en *donna* Abigail harian el resto.

Pero las cosas han resultado de otro modo.

Mi amor á *donna* Abigail habia crecido.

Se habia concentrado en una pasion dolorosa é irritada.

Me parecia ver á esa hermosa Abigail, seduciendo á ese Miguel de Cervantes, engañándole, haciéndole creer en su amor, obligándole por la gran suma de sus encantos á amarla, y haciéndole gozar y gozando á su lado de una felicidad que yo queria para mí.

Vacilaba.

No sabia qué hacer.

Me habia comprometido de una manera grave, y ya sabes tú, Sparzo, que yo no falto á mis compromisos.

Ante todo el honor.

¿Qué se diria de un hombre como yo, que faltase á su palabra?

Pero lás pasiones son muy malas consejeras.

Sobre todo, unas consejeras tenaces y seductoras.

Se resiste á las primeras tentaciones; pero ordinariamente, cada incidente que sobreviene nos encuentra más débiles para la resistencia.

Al fin sucumbimos.

No se dirá que yo no he luchado.

Que no he resistido.

No he sucumbido sino cuando ya no podia temer.

Cuando los que debian penetrar en la casa del cardenal Aquaviva, matarlo aletargado, y darnos despues entrada en el palacio de Atri, esperaban ya en la plaza del Pópolo á que sonase la hora, á que *donna* Abigail apareciera para abrir-

les el postigo, darles entrada en el palacio y llevarles hasta el lecho del cardenal.

Pensé en aquellos momentos en no cumplir más que la primera parte de mis promesas.

Pero ¿por qué no faltar á ellas completamente?

¿Qué necesidad habia de ensangrentarse contra un poderoso patricio de Roma, provocando más y más la saña del pontífice contra mí, y haciendo que se redoblasen sus esfuerzos para perderme?

¿Para qué necesitaba robar á mano armada la casa de Aquaviva, cuando soy riquísimo, cuando el dinero me hastía, cuando todos los mios están tambien satisfechos de dinero y necesitados de un perdon de sus culpas, que les permita gozar en paz el fruto de su trabajo?

Yo habia encargado lo grave del negocio al español don Luis de la Bañeza y á su amigo Rodrigo Carreño.

Ellos me habian suplicado les concediese esta aventura.

Yo los creí muy á propósito para ella.

Pero, lo repito, me arrepentí de todo en el momento mismo de la concesion.

Empecé por no enviar mi gente al palacio de Atri, para que penetrasen en él en cuanto don Luis y su compañero diesen el primer golpe; luego fuí yo mismo, á la carrera, al palacio de los Magos, y avisé á *donna* Beatriz de que su hermano estaba en peligro y que corriese á salvarle.

Ni *donna* Beatriz, ni Cervantes pudieron reconocerme.

Yo me habia presentado completamente disfrazado, como lo estoy ahora, y y con un antifaz sobre el rostro.

No habia llegado por la puerta principal.

Habia asaltado las tápias del jardin por la parte del rio.

En el jardin, al lado de la fuente, habia encontrado á *donna* Beatriz y al señor Miguel de Cervantes.

Sorprendiéronse ambos, y el señor Miguel, aunque no traia armas, se vino hácia mí, y me preguntó, con un valor y una altivez puramente españolas, quién era y qué queria.

Yo les dije lo que ya te he dicho, esto es, que su hermano estaba en aquellos momentos en peligro.

Dicho esto me escurrí entre las espesuras del jardin, salté de nuevo la tápia y me vine á casa de Bartolini, donde, no hace mucho, se me presentó *donna* Abigail fugitiva, apostrofándome y llamándome traidor.

Cuando tú llegaste, escapó.

—Y sin duda ha oido toda nuestra conversacion, dijo Sparzo.

—No, no ha podido oirla, dijo Staglioni, porque apénas pasó aquella puerta, se apoderaron de ella algunos de los mios, que allí estaban cuando yo me apercibí de la lucha.

Donna Abigail debe de estar encerrada en la cueva.

Allí estará hasta que coma ó beba un manjar ó una bebida preparados con el mismo narcótico que se ha dado á monseñor Aquaviva y á toda su servidumbre.

Es posible que durante algun tiempo *donna* Abigail se niegue á comer y á beber.

Pero al fin la obligarán el hambre ó la sed.

Cuando esté aletargada, yo la sacaré secretamente de Roma, y *donna* Abigail se habrá perdido para todos ménos para mí.

Aquí tienes, pues, Sparzo, toda la historia.

Puesto que tu señora te ha enviado á saber lo que acontecia en el palacio de Atri, y te has encontrado á Barbetti, díle que aquí se te ha traido, y que te he aprovechado para hacer que *donna* Beatriz y el señor Miguel de Cervantes sepan lo que yo no quisiera ni podria contarles.

Es necesario ser prudentes y prodigarse poco.

Sobre todo cuando se tiene la cabeza puesta á precio.

Yo sé que eres leal y que puedo fiarme de tí, y por eso de tí me valgo para que tu señora y su esposo, ó su amante, sepan que nada tienen ya que temer de Abigail.

Pero guarda profundamente el secreto de mi nombre.

Que el señor Miguel de Cervantes no sepa que el conde napolitano Spungatti sea el capitan de los *apuñaladores*, Rugiero Staglioni.

—¡Oh! ¡eso jamás! exclamó Sparzo; que aunque yo haya dejado de pertenecer á vuestra honrada compañía, no por eso he olvidado el respeto y la lealtad que os debo. Pero en verdad, en verdad, yo me veo obligado á penetrar en el palacio de Atri y ver lo que allí sucede.

—Vé, pues, dijo Staglioni, y yo te acompañaré: pero ¿por dónde entraremos no habiendo en el palacio más que gente aletargada, y Rodrigo Carreño herido ó muerto?

—Yo conozco un lugar por donde podremos entrar con toda seguridad.

—Entónces, vamos pues, dijo Staglioni levantándose.

Y luego añadió:

—Ola, Barbetti; mi manto, mi sombrero y mis armas.

Barbetti dió el manto y el sombrero, que estaban sobre un mueble, á su capitan, y en cuanto á armas le ciñó un espadon descomunal, una daga buida, y un par de buenos pistoletes.

—Tú nos acompañarás, Barbetti, dijo Staglioni.

—Poco á poco, exclamó Sparzo: yo no salgo de aquí sin la promesa formal de que me recibirá en su casa, cuando vuelva, el señor Bartolini.

—Mi casa, con todo lo que yo tengo y valgo, ménos mi hija Paulina, es del señor Rugiero Staglioni y de sus amigos.

—Más aun, dijo Sparzo, aunque yo os dé las más cumplidas gracias por lo que acabais de ofrecerme: añadid á vuestras ofertas, mi buen amigo Bartolini, la de mostrarme, cuando vuelva, el retrato que hizo últimamente de vuestra madre, Rafael Sanzio Urbino.

—¡Ah! ¡la Sacra Familia! ¡la Perla! en ese cuadro hay más de un retrato!

—Vamos, dijo Sparzo; Rafael, sin temer á Dios ni al diablo, hizo vírgenes ó santos á todos los de vuestra familia.

—¿Qué quereis? todos eran buenos modelos. Vereis ese cuadro, y si no lo veis ahora, es porque no podríais juzgar de él: hay cosas que no deben mirarse sino cuando pueden ser bien vistas: venid, cuando querais, de dia.

Se estrecharon las manos Bartolini y Sparzo; y éste salió guiando á Staglioni y á Barbetti.

CAPÍTULO V.

En que don César Estéban de Chouzan empieza el relato de las aventuras de su vida.

Entre tanto pasaba una escena de muy distinto género en el palacio de los Magos, habitacion de *donna* Beatriz y de Miguel de Cervantes.

Ya hemos sabido que *donna* Beatriz no hacia un secreto de sus amores con Cervantes, como no lo hacia su hermano Julio Aquaviva de los suyos con Abigail.

La murmuracion se habia cansado.

La situacion del cardenal Aquaviva y de su hermana natural, la hermosísima Beatriz, se habia aceptado.

Él era cardenal lego.

Por consecuencia, podia muy bien estar secretamente casado con aquella hermosa extranjera, con la cual se le veia por todas partes.

Del mismo modo podian estar secretamente casados Beatriz y Miguel de Cervantes.

Tal vez por conveniencia no se habian publicado estos casamientos.

En fin, la murmuracion hipócrita habia necesitado un pretexto para perdonar, y habia aceptado lo de los casamientos secretos de ambas parejas.

¿Ni cómo comprender que no estuviesen casados?

¿Quién lo impedia?

Habia quien contestaba á esta pregunta, diciendo que durante la vida del duque de Atri estos casamientos no habian podido tener lugar, porque el difunto duque se hubiera opuesto tenazmente á ellos.

—Pero el duque de Atri estaba loco, decia alguno, y no podia ejercer sus derechos paternales.

—No se habia declarado legalmente su locura, contestaba el otro: porque si bien Julio Aquaviva habia entrado en la posesion de la herencia, y en el uso del título de su padre estando éste vivo, habia sido de comun acuerdo: así es que

esto no se oponia á que respecto al casamiento de su hijo legítimo y de su hija natural, pero reconocida, el duque de Atri se hubiese opuesto á casamientos desiguales, que tampoco hubiera aprobado el Papa, con el cual los patricios de Roma tienen que contar para sus casamientos, porque los patricios son inmediatamente de la familia del Papa, al que deben su púrpura.

No habiendo podido ser estos casamientos en vida del duque de Atri, por razon de la diferencia de los rangos, como era de suponer, era tambien de suponer que á causa del luto, que no se habia cumplido, no hubieran podido efectuarse estos casamientos, ó más bien, publicádose; y por tanto, era de creer que los dos hermanos estuvieran respectivamente casados.

Se habia buscado, pues, un buen pretexto para poder recibirles por todas partes, sin desdoro de los que les recibian.

En el mundo todo es, ha sido y será, cuestion de formas.

El fondo se ha desatendido siempre.

Y sin embargo, en el fondo está la verdad; no en la superficie.

Miguel y Beatriz se habian llevado á uno de los aposentos más retirados del palacio á su prisionero.

Sentáronse allí, y don Luis les dijo:

—Puedo hablaros en confianza, porque yo no soy enemigo vuestro, puesto que lo fuese, y lo sea, y haya de serlo de vuestro hermano, señora.

No quiero disculparme del feo delito á que me he arrojado esta noche, como tampoco disculparme quiero de otros frecuentes delitos, y aun crímenes que en mi vida he cometido.

El amor puede llevarnos á todas las grandezas y á todas las infamias.

A éstas y no á aquéllas me ha llevado á mí el mio.

Por él perdido me encuentro, y sin patria ni hogar, aunque mi nombre no haya perdido, ó por mejor decir, el nombre de mi familia; que yo la dejé cuando me eché á la vida airada por los amores de esa mujer junto á la cual me habeis encontrado esta noche.

Hidalgo sois vos, señor Miguel de Cervantes Saavedra, y de los buenos de solar, y vos, señora, noble, altiva y generosa; y no tengo por que ocultaros mi verdadero nombre, ni la ciudad de mi nacimiento, que es una de las principales del mundo, ni el alto oficio que por fuero de herencia tenia en ella.

Mi familia es, en su orígen, una de las más ilustres del reino de Galicia.

Progenitores mios fueron á la conquista de Sevilla con el santo rey don Fernando, y allí, por sus buenos servicios, honróles el rey, dándoles muchas tierras y muchas casas en la ciudad y una vara perpétua en el regimiento de ella.

Llámome, pues, don César Estéban de Chouzan.

En Sevilla está mi casa, guardada y servida por un mi mayordomo, y en ella se me espera todos los dias.

Que yo, cuando tomé la determinacion de perder mi cuerpo y mi honra y mi alma por esta mujer maldita, no quise que el nombre de mis mayores conmigo se afrentase: y manifestando que por cierto pecado que me remordia la concien-

cia, habia determinado ir solo y pidiendo limosna en peregrinacion á Roma. de la ciudad me salí á pié con mi esclavina y mi bordon, mandando que ninguno de los mios me siguiese, ni pretendiese averiguar por donde andaba; y que si pasaban diez años sin que yo pareciese, presentasen mis bienes y cuanto me perteneciese á unos primos mios, que eran los únicos parientes que tenia.

Esto quedó además asegurado en una escritura pública, que no quise hacer testamento en vida, que hacer testamento en plena salud y siendo aun jóven, es como llamar á la muerte.

Pero mi peregrinacion no fué larga, porque paré en Cazalla de la Sierra, á pocas leguas de Sevilla, donde entre aquellos despeñaderos encontré veinte hombres puestos á todo, bien armados y fuertes, caballos montados, que habia buscado un mi criado de confianza, que con el color aparente de despedirle, habia yo enviado á la sierra á buscar algunos hombres de alma negra con los cuales echarme á ser el terror de los caminos y poder hacer violentamente lo que no habia podido hacer de buena manera; esto es, apoderarme de la mujer que me habia vuelto loco.

Púseme, ántes de encontrarme á los que habian de ser los cómplices y los ayudadores de mis delitos, un antifaz en el rostro, que desde entónces no me he quitado sino muy pocas veces, y á más de esto, caléme las vistas de la celada, de tal manera, que podia decirse que aquella gente tenia un capitan fantasma, en cuanto á ser desconocido, aunque fantasma no habia de ser en las obras.

Con dineros largos habia ido mi criado á la sierra, y allí, en un lugar escabroso, los habia enterrado, tomando de ellos, no obstante, lo que fué necesario para comprar caballos y armas, tanto ofensivas como defensivas, y el enganche y el salario del primer mes á todos los de corazon duro que quisieran seguirme.

No supieron éstos más sino que su capitan se llamaba don Luis de la Bañeza, que era muy rico, y que por la aficion á las aventuras peligrosas, á capitan de salteadores por los caminos reales se habia echado.

Ahora, señora mia, señor Miguel de Cervantes, voy á deciros quién es la mujer maldita, por la cual yo me eché á tales lances.

(Y aquí don César contó toda la historia de su empeño de amores con Abigail, hasta el punto en que se encontró con el señor Lope de Rueda, que llegó muy á tiempo para salvar, porque Dios lo quiso, á Abigail y á Carreño, sentenciados por la desesperacion de aquel formidable capitan de bandidos).

—Desde aquella noche, dijo don César, no fuí yo ya un sér viviente como los demás, sino un muerto sin alma, que por un milagro se movia, y decia y hacia como los demás hombres.

Si no hubiera estado tan desesperado, vuéltome hubiera á Sevilla como quien volvia de la peregrinacion á Roma, ó tal vez hubiera hecho esta peregrinacion para dar más color á esta mentira: pero el amor despechado, combatido, desventurado, desesperado, habia hecho de mí un lobo carnicero y rabioso, sediento de destruccion y de sangre.

Paséme de la Mancha á Andalucía y al reino de Córdoba, donde no me conocia nadie por la sierra.

Y como el leal criado que me acompañaba, y que hasta entónces habia guardado mi secreto, me aconsejase sin cesar que dejásemos aquella vida desastrada, y á mí me pareciese que iba teniendo miedo de un mal fin, á medida que yo me desesperaba, y que tal vez llegaria un dia á delatarme, sin oir más que á estos recelos, y por que ya mi alma no era de hombre, sino entraña de fiera, un dia que pasábamos por un robledal muy espeso, mandé á la gente se detuviera, y allí, sin que le valiesen súplicas ni lágrimas, aquel criado fué ahorcado, quedándome yo satisfecho y contento por aquella parte, porque ya no habia nadie que pudiese decir quién yo fuese.

Pero hice muy mal, porque aquel criado, velando miéntras yo dormia, todo lo que de sospechoso veia me lo contaba, y yo ponia fieramente remedio en ello; por lo que podia decirse tenia á mi gente segura, y atada de piés y manos por el temor.

Un dia, pasando por un olivar junto á Montoro, nos encontramos con unas damas que no léjos de un molino estaban cazando pajarillos con redes.

Como nuestra facha no era de malhechores, sino más bien de soldados del rey, las damas no se asustaron y nos dejaron llegar tranquilas.

Yo no sé lo que hubiera acontecido, si á buen tiempo no hubiera fijado la atencion en una de aquellas damas, la de más edad, aunque apénas si pasaba de los veintidos.

Por mucho que os encareciese y procurase pintaros su hermosura y su gracia, nada conseguiria; que hay cosas que sólo viéndolas pueden estimarse en lo que son, y no hay palabras humanas que puedan ni aun siquiera acercarse á decir algo acerca de lo divino.

Básteos saber, que en un punto, y por entónces, me olvidé de Abigail, y sólo tuve alma y sentidos para aquel prodigio.

Allegamos á ellas, y yo, seguro de que no seria conocido, me desenlacé el yelmo y quitémelo, y desprendiéndome del antifaz, la dije:

— Dios os guarde y os bendiga, hermosa señora, y á las otras que con vos van, y decidme en qué puedo serviros, que yo y los mios lo haremos con toda nuestra alma.

A lo que aquella señora contestó:

— Nada tengo que pediros, ni tampoco mis amigas, que, como veis, aquí conmigo están solazándose con quitar la libertad á las pobrecillas aves, y volvérsela luego despues de haberlas acariciado, viendo con cuánta alegría y cuán presurosas, temiendo ser de nuevo presas, surcan el aire y allá se pierden; pero quisiera sí que nos dijérais, señor caballero, qué peligro hay en la tierra, que por ella vienen soldados del rey.

En efecto; yo y los mios, soldados del rey pareciamos.

— Del adelantamiento de Portugal somos, hermosa señora, contesté yo, y con estas veinte lanzas, al pradio de Andarax de las Alpujarras vamos; que dicen que los moriscos andan inquietos, y hacen falta allá soldados de su majestad.

— Que me place, dijo la dama, que en mí fijaba con insistencia y aficion sus

hermosos ojos: pues habeis de saber que si á Montoro vais, sereis muy bien aposentados y servidos, que mi padre es el corregidor de la villa.

—Holgárame en el alma de poder gozar lo que me ofreceis, señora, dije yo; pero muy de prisa vamos, y atrás hemos de dejar á Montoro, para hacer cuanta jornada podamos; que ántes de cinco dias al pradio de Andarax habemos de llegar, que así lo llevamos en el pasaporte. Y porque más no podemos detenernos, quedad con Dios, señoras mias, hasta que por buena ventura pueda yo volver, como lo espero, y bésoos las manos.

Y con esto y con volver á ponerme el antifaz y á encajarme el yelmo, y con un último saludo, picamos y al galope nos alejamos, y á poco nos metíamos por la sierra, temeroso yo de que sobreviniese alguna gente, que más experimentada que aquella hermosa dama y las que la acompañaban, viesen en nosotros, no soldados del rey, sino salteadores, y lo contasen, y supiese aquélla, que habia venido á ser sobre mi desesperacion la señora de mi alma, que no habia hablado con un cabo de lanzas reales, sino con un malhechor.

Parecióme que ella se habia quedado disgustada y contrariada por mi rápida partida, y contentéme porque en mi corazon se cerraban las crueles heridas que en él habia abierto la ingrata desconocida Abigail, con el bello ideal de la esperanza de otros dias más venturosos.

Metímonos lo más que pudimos en la sierra, y allí, á boca de noche, paramos en una majada de pastores, donde fuimos muy bien recibidos; que estas gentes, como viven en el campo y sin defensa, tratan lo mejor que pueden á los desalmados que por caminos y andurriales andan, de miedo que no les maten, ó por lo ménos hieran el ganado y se lo castiguen.

Pedile yo al rabadan, cuando hubimos comido una res que para nosotros degollaron, que conmigo se apartara á un lugar donde de nadie pudiéramos ser oidos, miéntras los pastores y mis hombres dormian, y habiendo llegado la hora, y juntos los dos al amor de la lumbre, y solos en una cabaña, pedile noticias de la dama con quien habia hablado, dándole sus señas.

Díjome que en verdad aquella señora era la hija única del corregidor de Montoro, que era un principal caballero muy letrado, y más rico aun de hacienda que de letras, que se llamaba don Juan de la Esperancilla, y que su hija se llamaba doña Violante, y que era soltera y tan esquiva para con los hombres, que se decia, que aunque á centenares habia tenido los pretendientes, hasta entónces de ninguno de ellos se habia aficionado.

Esto, la manera con que me habia hablado y el tener por apellido Esperancilla, fué para mí como una sombra de esperanza de que por doña Violante mis amorosas aventuras se habrian acabado.

Recogíme á un blando lecho de pieles que el rabadan con gran solicitud me hizo, cogióme el sueño y con él el recuerdo encendido de doña Violante, y habiéndome despertado, como se lo ordenara, el rabadan, una hora ántes de rayar el alba, comimos lo que del cochifrito á la noche habia quedado, y fuimos metiéndonos más en la sierra.

Allí nos estuvimos más de un mes, embrutecidos, sin salir á los caminos y sin caer sobre los caseríos; que no quise yo que á oidos de doña Violante llegase la noticia de que malhechores, de los cuales podian darla las señas, y por ellas nos reconociese, andaban cerca de Montoro.

Este no hacer nada, este no robar ni matar en todo un mes, traia disgustados á aquellos demonios, y si no murmuraban por el miedo que me tenian, conocia yo harto claro que andaban descontentos y pesarosos porque con todo un mes nada habian ganado, cuando hasta entónces no habia pasado una sola semana sin que no se hiciese algun buen asalto en los caseríos ó en los pequeños lugares.

Pasado aquel mes, díjeles yo que me esperasen en la sierra, que yo iba á preparar un buen golpe, que aunque tardase quince dias no lo extrañasen, que esto convendria para que el golpe fuese más seguro, y ajaezado mi caballo á la morisca, y con traje yo de camino á la manera de los hidalgos andaluces y con otro en la maleta, de poblado, bueno y rico, ropa blanca y mucha, y no pocos dineros, y con uno de los ménos malvados de mis hombres en hábito de lacayo, á Montoro me fuí, y entréme en su posada, en la que, á poco que estuve, habiéndome ganado con algunos regalillos y cuatro requiebros á una moza jóven y de no malos bigotes que en la posada servia, ésta tomó sobre sí el cargo de llevar una carta mia á la hija del corregidor y traerme la respuesta.

Y tan bien lo hizo la moza, que ántes de la noche me trajo la contestacion de mi carta, en que yo pedia á doña Violante, diciéndole que yo era el alférez de los soldados del rey, que con ella habia hablado cuando la encontré cazando con red, y que sólo por volver á verla, el servicio del rey habia dejado, hiciese de manera que yo la hablara secretamente aquella misma noche; y la contestacion fué que á la media noche en punto, ella bajaria á una reja de su jardin, que estaba junto al postigo del mismo.

Informéme más y más acerca de la situacion de doña Violante, y tanto me dijeron, que me persuadí que aquella era la primera vez de su vida que á un hombre citaba.

Forzoso era creer que doña Violante, por la sola vez que me habia visto, y aun así aforrado en el arnés, de mí se habia prendado, y grandemente, pues habiendo sido hasta entónces tan dura y cruel con todos, consentia en hablar á la media noche, por la reja, con un hombre á quien sólo una vez habia visto.

Siglos me parecieron las horas que hasta la media noche pasaron, y asombrábame yo, que parecia que ni aun indicio del desesperado amor de Abigail en el corazon me quedaba.

Al fin fuí á ponerme junto á la reja donde habia prometido bajaria doña Violante.

En el mismo punto en que tocaban á maitines las campanas de un cercano convento de monjas, sentí que la reja se abria, y luego oí la voz trémula de doña Violante que me saludaba.

No quiero cansaros con la prolija historia de estos amores, que llegaron á tanto, que la enamorada Violante ya no fué suya, sino toda mia, y ocasion tuve

para que, aquejado por el amor y por la obligacion, y de todo punto olvidado de aquella para mí funestísima Abigail, despedí á mi gente, y despidiéndome de mi doña Violante, con la promesa de volver de allí á unos dias á pedirla por esposa á su padre, me volví á Sevilla, en donde entré con hábito de peregrino, como si de Roma hubiese vuelto, perdonado ya de mis pecados por el Santo Padre.

Encontré muy en órden mi casa; paséme algunos dias visitando á mis parientes y amigos y contándoles maravillas de mi peregrinacion; y como me aquejaba la impaciencia por volver á ver á mi adoradísima doña Violante, la vuelta tomé de Montoro, con muchas acémilas y muchos criados, como convenia á un hombre de mi calidad y riqueza.

Pero Dios no habia perdonado mis culpas, como vereis por el cruel castigo que encontré cuando llegué á Montoro.

Tan impaciente iba, que no quise hacer noche en la última parada, y adelante seguimos, apretando á los caballos de tal manera, que al sonar las campanas de las Ánimas, por Montoro entraba yo con mi escuadra de criados, ansiando llegar á la posada y aligerarme en ella, para ir á ponerme bajo los balcones de doña Violante, hacerle la seña que teníamos convenida, y gozar con ella una noche de regalados amores.

Al pasar, yendo á la posada, por la casa del corregidor, padre de la que yo consideraba ya mi esposa, maravillóme el ver que por las vidrieras de los balcones se apercibia el reflejo de una gran iluminacion en el interior.

Oíase música de guitarras.

Allí habia sin duda fiesta.

Se me apretó el corazon sin saber por qué.

Yo creia que esto era porque tenia que esperar á que el sarao acabase para verla.

Llegué á la posada en que, criados mios que yo habia enviado delante, habian tomado los mejores aposentos, y como la posadera me buscase para preguntarme si estaba contento, preguntéla con qué ocasion habia sarao aquella noche en la casa del corregidor.

Nunca me contestara, porque me dijo que aquél no era sino por la boda de la hija del corregidor.

Quedéme mortal cuando tal supe, que no podia ser la que se casaba más que mi doña Violante, que otra hija el corregidor no tenia.

Amparéme de la prudencia, por no dar que sospechar, despedí á la posadera, y en aquel mismo punto envié uno de los criados de mi mayor confianza, para que procurase hablar con una cierta dueña que en la casa del corregidor servia, y que habia sido tercera en el logro de mis amores con doña Violante.

Volvió á poco el criado con la respuesta, que fué que la dueña bajaria á hablar conmigo, á la misma reja en la que mis amores con doña Violante habian empezado, y tardándome el saber las noticias de mi desdicha, á la reja me fuí, á la que á poco bajó la dueña.

Díjome que apénas me habia partido yo para Sevilla, habia llegado á Montoro un primo del padre de doña Violante, que habia sido oidor en la Real Chancillería de Méjico, y que de allí habia venido cargado de años y mucho más de oro, y viudo, y que apénas vió á mi doña Violante, á quien habia dejado tan niña que aun estaba en pañales, cuando se enamoró de ella, y á su padre la pidió con gran premura, el cual, codicioso de las riquezas que habia traido su primo, y temeroso de que si la boda se diferia tal vez aquel viejo primo se arrepintiera, y tanto más, cuanto habia dicho que ántes de quince dias tenia que ir á la corte para ser residenciado, se propuso casarla en el momento, no fuera cosa de que alguna dama cortesana al anciano enamorase y le cogiese; y como, por ser muy severo con ella su padre, doña Violante le tenia mucho miedo, no se habia atrevido á negarse, preparándose todo tan deprisa, que en ménos de ocho dias todo estuvo dispuesto para las bodas, que aquella noche se hacian.

Añadió la dueña, que con tal prisa tenia que ir á Madrid el marido, que al dia siguiente emprenderia la jornada con su esposa.

De tal manera me cegaron el dolor, la desesperacion y los celos, que sin acabar de oir á la dueña, de la reja me aparté y me fuí á dar en la puerta principal de la casa, que á causa de la boda estaba abierta y con el zaguan iluminado, y por él me metí, sin que nadie se me opusiera, que sin duda los camareros creyeron que yo era un convidado, y que de prisa iba, porque habia llegado tarde.

Entré en la sala donde más que las bodas de doña Violante se celebraban los funerales de mi alma.

En entrando, me fuí hácia doña Violante, que con sus parientas y su madrina y otras señoras estaba.

Tan engalanada la hallé, que podia decirse que de las joyas que encima tenia, reflejando en ellas las luces, de doña Violante hacian un sol que tornaba la noche en dia.

Pero su semblante hermosísimo estaba macilento y pálido.

No parecia sino que más que para bodas, la habian engalanado para trocar luego sus espléndidas vestiduras en mortaja, y encerrarla para toda su vida en las lobregueces de un claustro.

Yo no ví más que á ella.

Y eso que la sala, que era muy grande, estaba llena de las más hermosas damas de Montoro, y aun de Córdoba, que á la boda habian acudido, y gran número de principales caballeros.

Entré desatentado, como un loco, atropellándolo todo, y no me detuve sino delante de doña Violante, que al verme dió un grito, y sin ser poderosa á otra cosa, alzóse del sillon en que estaba sentada y á mí arrojóse, diciendo á grandes voces, que ella no tenia otro esposo que yo, y que separarla de mí para entregarla á otro era lo mismo que matarla.

Sobrevino el tumulto que podeis figuraros.

Su padre, sus parientes, sus amigos, arrancaron de mis brazos á doña Violante, miéntras que por otra parte caian sobre mí, espada en mano, gran número

de los caballeros que allí se encontraban, y que eran tantos, que aunque yo me porté como una fiera, más que por defender mi vida, por vencerlos y arrebatarles mi doña Violante, no pudiendo resistir al número de mis contrarios, caí con algunas graves heridas, por las cuales, yéndoseme en abundancia la sangre, me desmayé.

Cuando volví en mí y pude juzgar de lo que me rodeaba, me hallé en un lecho, maltratado y vendado y con alguaciles de guarda de vista, que se me tenia preso, y se me hacia proceso, en que se echaban sobre mí gravísimos cargos.

Pero mi fiel mayordomo anduvo tan diligente, y de tal manera regaló, y pagó, y compró á la justicia, y granjeó el perdon de la parte, que convencida por el oro, quiso tomar á locura de mozo lo que en verdad locura era de amor desesperado, que el mismo dia en que los médicos me dieron licencia para salir á la calle, por hallarme ya de todo punto curado, tambien el alcalde que mi proceso tenia, me notificó que estaba libre, por haberse sobreseido el proceso, á causa de dejamiento de la accion, y perdon por parte de la parte ofendida, sin que por lo procesado me parase daño alguno en mi buena reputacion y fama, y me manifestó que estaba libre, y que como tal, podia ir á donde más me placiese.

Permanecí algunos dias en Montoro, más que para afirmarme en mi salud, para tomar noticias de lo que habia sido de doña Violante.

Dijéronme que al ser arrancada aquella noche de mis brazos, habia acometido á doña Violante un tal desmayo, que en más de tres dias no habia vuelto en sí.

Que cuando en sí habia vuelto, habia parecido como loca.

Que así habia permanecido más de quince dias, y que habia bastado, para que la furia de su locura llegase hasta lo nunca visto ni oido, el que se la presentase su viejo esposo.

En fin, que tales cosas durante su locura habia dicho doña Violante, y tales señas dado, que la dueña, que habia sido la tercera en sus amores, y algunas otras criadas que en el secreto estaban, declararon que la señora, durante más de dos meses, habia recibido secretamente en su aposento, durante la noche, á un caballero á quien amaba, el cual permanecia en el aposento de la señora, hasta ántes del amanecer, en que, favorecido por la dueña y por dos doncellas salia por el postigo.

Lo cual, sabido por el indiano, que no pudo ocultársele, y probado que él no habia podido consumar en manera alguna su matrimonio con doña Violante, pidió la anulacion del matrimonio, lo cual le fué denegado, y aun el divorcio, porque se decia que no podian alegarse para el divorcio causas anteriores al matrimonio, y que informarse debia ántes el contrayente de si la que por esposa habia de tomar era completamente libre en su voluntad y en su honor; que si tal hiciera y á su honor mirara, se excusara la violencia que la voluntad paterna habia ejercido sobre la contrayente.

En fin, el corregidor, que mucho podia, pudo más que las talegas del indiano, y éste se vió obligado á cargar con su mujer, y á llevársela, cuando sanó, á Madrid, al cual le llamaba urgentemente el asunto de su residencia, como presi-

dente que habia sido durante algunos años de la Real Chancillería de Méjico.

Sana ya del cuerpo y de la cabeza, aunque no del corazon doña Violante, conoció que resistiendo á su negro destino, no haria otra cosa que aumentar el escándalo, y á la corte siguió á su viejo esposo, con el que habia partido pocos dias ántes de que á mí se me volviese la libertad.

Tomadas estas noticias, fuíme de Montoro á Sevilla; estúveme allí un dia, juntando cuantos dineros pude, y al dia siguiente, con un gran séquito de criados y una buena escolta, me puse en camino para la corte, á la que llegué ocho dias despues, y en ella tomé casa y alhajéla como á mi nobleza y riqueza correspondia, y como era menester para recibir, como era necesario, á los parientes, y á los muchos amigos que yo en la corte tenia.

Desde el primer dia que llegué, comencé á buscar al indiano; que dando con él, dado habia con mi doña Violante.

Averigüé que en la corte estaba, al parecer, de residencia.

Pero nadie sabia dónde habitaba; que el indiano iba en carroza á dar sus cuentas y descargos á la Sala del Consejo de Castilla, ante el cual su residencia pedia, y despues, en su carroza se iba á donde nadie sabia.

El proceso iba muy lentamente, y sólo muy de tiempo en tiempo el indiano iba á comparecer ante la Sala que entendia en su asunto, y para lograr seguirle cuando en su carroza se volviese, hubo necesidad de pagar alguaciles del Consejo, que avisasen el dia que el indiano viniese á presentarse á la Sala.

Avisóseme al fin, y criados mios siguieron á la carroza del indiano, que de Madrid salió sin detenerse hasta el pueblo de Alcobendas, donde el indiano se apeó á la puerta de una gran casa.

Informáronse mis criados en la taberna, que es el mejor lugar en que en los pueblos pueden averiguarse las cosas, y supieron que en efecto, el viejo indiano tenia una gran casa en Alcobendas, y en ella mucha servidumbre.

Pero que el indiano debia de ser brujo, dado que, cuando volvia de Madrid, al que iba muy de tarde en tarde, se metia en su cuarto, en el cual se encerraba, y nadie volvia á verle hasta pasado mucho tiempo, que llamaba y mandaba poner la carroza, en la que se iba á Madrid, estándose en él cuatro, ocho y hasta quince dias, despues de los que á Alcobendas tornaba, y en su cuarto volvia á encerrarse, perdiéndole todo el mundo de vista por uno ó dos meses, hasta que volvia á parecer para trasladarse á Madrid.

Y, una de dos: ó el indiano tenia alguno que secretísimamente le cuidase, ó vivia sin comer, encerrado en su aposento, lo cual no era posible, á no ser que fuese hechicero.

Añadian los de Alcobendas, que ellos no habian visto, ni sabian que con el indiano hubiese ido al lugar señora alguna, ni de ella habian tenido noticia.

Preguntados sus criados, respondieron que ellos ni aun sabian si su señor era casado, y que le tenian por viudo.

En cuanto á lo de cuidarle, afirmaban y juraban que ninguno de ellos le servia, despues de que se encerraba en su cuarto.

En vano fueron dineros y aun amenazas para que los criados diesen algun indicio, y al fin me convencí de que los criados no mentian, y de que habia allí alguna cosa extraña que era necesario averiguar.

A cuyo fin, habiendo esperado que el indiano fuése á la corte, y á que se volviese, la noche del mismo dia en que á Alcobendas se volvió, algunos criados mios cercaron á alguna distancia, y á la redonda, la gran casa del indiano, que fuera del lugar estaba, y pegados contra la tierra, para no ser vistos, acecharon

Y aconteció que, como á la media noche, por el camino de Madrid llegó una carroza que se quedó á corta distancia del lugar, y de la carroza salieron dos hombres que se fueron en derechura á la gran casa ó palacio que fuera del lugar, pero anejo á él, el indiano tenia.

Silbaron aquellos hombres levemente.

A poco se abrió un balcon.

Cayó al suelo una escala.

Por aquella escala bajó un bulto.

Encaminóse con los otros dos al camino real, y metióse con ellos en la carroza.

Tomó ésta el camino de Madrid, al que llegó por la mañana, y en una de las posadas del Puente de Segovia se detuvo.

El indiano, que él debia ser, entró en la posada

A poco salió de la posada una silla de manos en la que debia ir el indiano.

Entróse por la Puerta de Segovia la cerrada silla de manos, en Madrid, y luego en la Morería, y metióse por el postigo de un jardin, en una gran casa.

Las puertas, los balcones y las ventanas de esta casa, que daban á la calle, estaban siempre cerradas.

Un tal silencio á esta casa envolvia, que no parecia sino que estaba deshabitada.

Allí sin duda habitaba la desventurada doña Violante.

Tales precauciones habia tomado su viejo y celoso marido para que yo no pudiera dar con ella...

Pero, señores mios, yo estoy muy fatigado.

Han pasado por mí terribles cosas.

Vamos llegando á la ocasion más negra y más desesperada de mi vida, y yo os pido licencia para interrumpir mi relato y tomar aliento, y meditar, á fin de que, dejando á un lado cosas inútiles, pueda haceros más clara y más brevemente lo que falta de la relacion de las desventuras de mi vida.

CAPÍTULO VI.

En que don César cuenta la segunda parte de su historia, que no es ménos interesante que la primera.

Beatriz y Miguel escucharon con una grande ansiedad y con grandísimo interés á don César Estéban de Chouzan.

Éste, despues de haber descansado algunos momentos, durante los cuales permaneció meditabundo, continuó de esta manera:

—Una vez conocido el escondite en que el viejo indiano iba á pasar los dias que le dejaba libres el negocio de su residencia, tiempo que variaba de uno á tres meses, de presumir era que en aquel gran escondite tuviese oculta, y servida por criados de toda su confianza, á doña Violante.

El indiano no se dejaba ver ni poco ni mucho.

Ó no oian misa, ó tenian en la casa no sólo oratorio, sino capellan que no se dejaba ver.

De la misma manera no se dejaba ver un solo criado.

Por más que se vigilaba la casa de dia y de noche, y de una manera tan disimulada, que en la vigilancia no podia repararse, no se veia que ni una sola persona entrase en ella ni de ella saliese.

Visto que habian pasado quince dias y que nada se habia podido averiguar, sino que la casa parecia estar completamente deshabitada, recurrí á tomar informes de quién era el propietario de aquella casa, y supe que era del marqués del Basto, que abandonada la tenia.

Recurrióse al administrador del marqués del Basto, y éste dijo que aquella casa habia sido abandonada, porque en ella habia duendes.

Algunos amigos mios, que lo eran y grandes del marqués del Basto, le preguntaron, y el marqués, que es un buen caballero, les respondió que en efecto, en su casa de la Morería habian aparecido duendes.

Que por más que se habia recurrido á todos los medios que la Iglesia tiene para ahuyentar estos espíritus malignos, no se habia logrado dejaran libre la casa, y que él habia providenciado, que ya que los tales señores duendes de su casa habian tomado posesion, se les dejase pacíficamente procuradores de ella, abandonándola, á fin de que no asustasen ni diesen malos ratos á nadie.

El marqués del Basto lo decia esto con toda la fé de su alma, y no habia que dudar de la veracidad de la palabra de un tan gran caballero.

Preguntósele que desde cuándo estaba infestada de duendes su casa, y respondió que desde un año ántes; cabalmente la fecha en que el indiano, con su mujer, habia llegado á Madrid.

Propúseme yo libertar de duendes la casa del marqués del Basto, é hice que se lo dijesen.

Alegróse el marqués de saber que habia un caballero andaluz, mozo y alentado, que se atrevia á ahuyentar aquellos demonios, contra los cuales ningun valor habian tenido las deprecaciones y los conjuros de los más potentes exorcisadores y lanza-demonios que se conocian, y mandó á su mayordomo me diese las llaves.

En fin, en una noche oscurísima del mes de enero, hace dos años, prevenido de espada, broquel, pistoletes y linterna, y con un haz de llaves colgadas de la cintura, lancéme yo solo, cuando media noche era por filo, á la Morería, y á la casa enduendada, que estaba próxima á la iglesia de San Pedro.

Rodeé, y por una callejuela dí en el postigo del jardin, cuyos grandes árboles dejaban ver sus ramas sin hojas por encima de las tápias.

La noche no podia ser más oscura ni más medrosa.

Zumbaba el viento helado en la callejuela, y gemia á veces fingiendo el ¡ay! de un moribundo, y á veces silbaba como una culebra irritada.

Una lechuza dejaba oir su lúgubre grito, y un perro agorero ahullaba, allá, en el fondo, hácia la costanilla de San Andrés.

Puede un hombre ser muy valiente contra otro hombre, y aun contra todos los ejércitos de Xerxes, que solamente con despreciar la vida exento se siente de todo temor, por grande que sea el peligro que le amenace.

Pero contra las almas del otro mundo, no hay valor que baste, ni fuerza que valga, porque en el alma se entran, y la enfrian, y la espantan, haciéndole ver, sin verla, la eternidad.

Yo tenia casi la seguridad de que aquellos duendes de que se decia estaba habitada la casa, no eran otra cosa que trampantojos de que el indiano se habia valido para tener un escondite seguro para ocultar á su mujer.

Sin embargo, cuando metia la llave en la cerradura del postigo, me temblaba la mano y se me helaba el alma, y se me paraba de tal manera el corazon que apénas si podia respirar.

Y era, que á despecho mio se me representaban los duendes, y pareciame que ya los veia y los sentia, y que me asian y me llevaban consigo al otro mundo.

Sin embargo, el amor que á doña Violante tenia, y la esperanza de que tal vez la encontraria en aquella casa, me dieron valor.

Acabé de volver la llave, se abrió el postigo, entré, y dejándole encajado por si tenia necesidad de salvarme por él, aventuréme en el jardin, que era muy grande y muy hermoso; esto, al ménos, lo ví más adelante, que aquella noche no pude verlo, que, como he dicho, era oscurisima.

A pesar de esto, no habia quitado de mi cinto la linterna que de él llevaba enganchada, encendida y cerrada, por temor de que los que indudablemente en la

casa habitaban, se apercibiesen de mí y emprendiesen por los espantos y me aterrasen , que la imaginacion puede mucho y mata el valor del más bravo.

Adelanté á oscuras, guiándome el tiento por los piés, por una calle enarenada, y andando tan quedo como me era posible, y llegué á la casa, y á un vestíbulo que al jardin daba.

A subir iba por su gradería, cuando llegó hasta mí un tristísimo gemido.

Detuvíme, y el gemido dejóse oir otra vez, más profundo y más lastimero.

Pusiéronseme los cabellos de punta, porque se me ocurrió que tal vez era verdad que en la casa habia duendes.

Creció mi pavor, cuando cerca de mí, y dentro del vestíbulo, á la derecha, sentí como leve ruido de pasos.

Pero considerando que los duendes son espectros, que como tales no tienen piés, y por lo tanto, producir no pueden ruido de pasos, me alenté.

Ocultéme entre dos columnas.

A poco apareció el reflejo de una luz, que caia por unas escaleras.

No tardó en aparecer un hombre que traia un farol en la mano.

Era de una mediana edad, y no tenia apariencia de duende, sino de pícaro fuerte y valiente.

Por su traje parecia criado.

Aquel hombre pasó por delante de las dos colunas del vestíbulo, tras las cuales yo me ocultaba, sin verme, y se entró en el jardin.

Yo le seguí sin causar el más leve ruido, hasta una pequeña casa que en el medio del jardin habia, y que parecia un cenador, puesto allí para el recreo.

El hombre abrió la puerta de aquel cenador, y entróse.

Cerró la puerta.

Quedéme yo fuera.

A poco, y á través de los vidrios y de las celosías de una ventana, se vió el reflejo de una luz.

Acudí allí y ví...

Sobre un lecho, y como si hubiera estado atada á él, habia una mujer.

Por el momento no la reconocí.

Tan pálida estaba y tan desgraciada.

Pero cuando miré más, reconocí á mi doña Violante.

Aquel hombre se acercó al lecho, desató á doña Violante, que se irguió, y se apoderó de una tartera que le presentó aquel hombre.

Doña Violante comió como hubiera podido comer un animal hambriento.

A tal estado se la habia reducido.

No os puedo encarecer á donde llegó lo acerbo de mi dolor, cuando ví de tal manera á la que era mi vida y mi alma.

Al mismo tiempo sentia dentro de mí una gran alegría, porque no se la trataba con tal rigor, sino porque se mostraba esquiva é invencible contra su tirano.

Ni ella hizo otra cosa que devorar el alimento que se la habia dado, ni el que se lo habia dado hizo más que mirar como lo devoraba.

Cuando hubo acabado doña Violante con lo que contenia la tartera, aquel hombre se descolgó de la cintura una pequeña bota, y la dió de beber.

Despues de esto, volvió á colgarse la bota de la cintura, ató de nuevo al lecho á doña Violante, cobró su tartera, y se aprestó á salir.

Yo me aparté deprisa de la ventana.

Me oculté tras el tronco de un árbol.

El hombre salió, y pasó junto al árbol tras el cual yo me ocultaba.

Salí á él, le puse un pistolete al pecho, y le dije:

—¡Si das un sólo grito, si te mueves, te abraso las entrañas!

Aquel hombre permaneció inmóvil, mirándome con espanto.

Llevaba yo sobre el semblante un antifaz.

—¿Quién sois? ¿qué quereis de mí? me dijo aquel hombre, con una voz que apénas se oia á causa de su miedo.

Tenia, como ya he dicho, apariencia de valiente.

Pero no puede ser valiente el que es cruel.

—Llévame, le dije, al lugar de donde has salido.

Sin replicar, aquel hombre se volvió, se fué á la puerta del cenador, abrió y entramos, encontrándome yo á poco al lado de doña Violante.

Tal estaba de maltratada y enferma, y casi loca aquella infeliz, que no me reconoció.

—Desátala, le dije.

El hombre, que habia puesto el farol sobre una mesa, único mueble que con el lecho allí habia, me obedeció.

Nada hizo doña Violante.

Fué como si no se la hubiese desatado.

Mis celos se ennegrecian.

¿Cómo habia podido resistir ella al demonio que en tal estado la tenia?

La sed de la venganza me devoraba.

El dolor de mi amor y de mis celos me rasgaba las entrañas.

—Los momentos de tu vida están contados, si no me respondes á lo que voy á preguntarte.

—Pero yo os conozco, me dijo; vos sois, señor, aquel caballero que hace siete meses, en Montoro, atropellásteis las bodas de mi amo.

—¿Cuánta gente hay aquí, contigo y con tu amo? le pregunté.

—Estamos solos mi amo y yo, me respondió; cuando mi amo tiene que ausentarse, me quedo yo solo en la casa.

—¿Por qué trata de tal manera á esa infeliz tu amo?

—Yo no sé lo que á mi amo le sucede por la señora: la ama y la aborrece: quiere que muera, y no se atreve á matarla; se abrasa en amores por ella, y á pesar de que es su esposa, y de que ella no puede hacerle resistencia, á tocarla no se atreve.

—¿Es decir, que tu amo es tan extraño á doña Violante, como si nunca la hubiese conocido?

—Así es, señor.

—Llévame á donde tu amo está, le dije.

Tembló todo, y me contestó:

—¿A qué he de ir á llevaros á donde mi amo está, si mi amo, cuando vea que yo tardo, vendrá á buscarme?

—¿Está acaso tu amo receloso de tí? le dije, con las entrañas ennegrecidas de nuevo.

—Mi amo está receloso hasta del aire que toca á la señora; pero callad: me parece que le siento venir.

—Venga cuanto ántes, exclamé yo: en cuanto á tí, silencio ó mueres; ni una palabra más.

Aquel hombre permaneció inmóvil y mudo, mirándome espantado.

Poco despues se oyeron distintamente pasos y una voz irritada que dijo:

—¿Qué haces todavía aquí, Baltasar?

Apénas dichas estas palabras entró el indiano.

Al verme lanzó un grito de sorpresa y de furor, y haciéndose atrás, me apuntó con un pistolete de que venia armado, y sin darme tiempo más que para encogerme bajo la mesa, disparó sobre mí.

Afortunadamente le faltó el tiro.

Todo un infierno se revolvió en mí.

Me arrojé sobre él y le así por la garganta.

Luego, ciego de furor, eché mano á mi daga, y acometido por no sé qué furia, le dí de puñaladas.

En aquel momento el criado, que tan cobarde se habia mostrado hasta entónces, impulsado por su lealtad, ó por el temor de que en acabando con su amo me volviese contra él, se arrojó sobre mí y pretendió sujetarme por el cuello.

Me desaferré de él, y como mi furor en vez de amenguar habia acrecido, le así á mi vez, y de un solo corte de mi daga, le degollé.

Aquel miserable cayó junto á su amo y no se levantó; estaba muerto como él.

Doña Violante habia mirado todo eso como si nada hubiese acontecido.

A tal estado de idiotismo la habian llevado los malos, los terribles tratamientos que habia sufrido.

Estaba sentada sobre el lecho é inmóvil.

Ni aun daba muestras de haberme reconocido.

Me aterré.

¿Seria tarde?

¿Habria llegado únicamente para presenciar su agonía?

No sabeis cuánto sufrí yo en aquellos momentos.

Pero era necesario salir y saber cuanto ántes si habia más gente en la casa.

Salí; entré en la casa.

Era grande, pero la reconocí en poco tiempo, habitacion por habitacion.

Nadie habia.



... le así á mi vez, y de un solo corte de mi daga, le degollé.

No podia tener duda de que los únicos habitantes que, á más de doña Violante, en la casa habia habido, eran aquellos dos ya cadáveres.

Registrando la casa habia dado en la habitacion que sin duda habia ocupado el indiano.

Habia allí comodidades y aun lujo.

El lecho aparecia revuelto, como si le hubiesen abandonado hacia poco tiempo.

Bajé de nuevo.

Acordéme entónces de que el postigo por el cual habia yo entrado en el jardin, estaba encajado solamente.

Fuí á él y lo cerré con doble vuelta.

Dirigíme al pabellon.

Al entrar, resbalé en la sangre que habian producido las heridas de aquellos infames.

Doña Violante permanecia inmóvil, incorporada en el lecho y como alelada.

La cargué sobre mi hombro derecho, y entónces noté que estaba en cinta, de una manera muy avanzada.

Con la otra mano tomé el farol.

La conduje, no sin pena y esfuerzo, á la habitacion del indiano.

La acomodé en el lecho y la arropé.

La infeliz se durmió á poco.

No habia dado el más leve indicio de haberme reconocido.

Volví á registrar con más cuidado y más despacio la casa, y me convencí de que nadie más habia en ella.

Registrando en el mismo cenador en que aun estaban los cadáveres, encontré una azada y una pala.

Aquellas dos herramientas eran nuevas.

No se habian estrenado aun.

Sin duda se habian prevenido para cuando muriese doña Violante, ó tal vez para cuando diese á luz á su hijo.

Cosas hay tan graves que no se pueden dejar para otro dia.

Yo cogí aquel azadon y aquella pala, que con una intencion tan perversa se habian prevenido, y yéndome á un rincon de la tápia, junto á la casa, abrí en poco tiempo una profunda sepultura, á la que llevé los dos cuerpos y allí metíles, cubriéndolos despues.

Luego, por lo que pudiera acontecer, saqué agua del pozo y lavé repetidas veces la sangre que en el cenador del jardin habia quedado.

Al amanecer, ningun indicio que reparable fuese habia en la casa, de la muerte de aquellos dos infames.

Sobre la sepultura habia arrojado yo brezos y maleza, y en el cenador se hubiera buscado inútilmente una señal de sangre.

Volví al lado de mi doña Violante.

Dormia profundamente.

Parecia como que descansaba por la primera vez despues de mucho tiempo.

La cama del cruel indiano, en la cual yo la habia puesto, era muy cómoda, en tanto que aquella en que el indiano la tenia era un camastro, más á propósito para dar tormento que descanso.

Amanecia cuando yo habia terminado mi tarea.

Cuando contemplaba á mi doña Violante dormida.

Cuando me estremecia al ver los estragos que en su juvenil hermosura habian causado los durísimos y vengativos tratamientos de aquel malvado.

Habreis observado que aun no os he dicho el nombre de aquel hombre.

Yo le he olvidado.

Yo he querido creer, y continúo queriéndolo, que aquel hombre no ha existido jamás.

Que ha sido un mónstruo abortado por el infierno.

Más que una realidad, un ensueño de horror.

Doña Violante estaba tan flaca que parecia un esqueleto cubierto por una piel enferma, amarilla, arrugada.

Sus grandes ojos garzos estaban hundidos allá en el fondo de sus cuencas.

Sólo conservaba sus hermosos y riquísimos cabellos rubios y ondeados.

Pero revueltos, súcios, áridos por el descuido.

La comia la miseria.

Era aquello espantoso.

Yo la amaba de tal manera, que el corazon se me deshacia.

Alentaba, sin embargo, una esperanza.

A través del dulce sueño en que reposaba entónces, parecia reflejarse en su semblante como una sombra de inteligencia y de consuelo.

Aunque en la apariencia el estado de doña Violante era desesperado, me parecia que á fuerza de cuidados podria salvarla, reponerla en su hermosura.

Yo no podia apartarme de ella y dejarla sola.

No podia tampoco traer á la casa, de dia, á mi fiel mayordomo.

Era necesario para esto esperar á la noche.

Estaba rendido de fatiga y me eché, vestido, en el mismo lecho en que reposaba doña Violante, y sobre su cubierta.

Dormí algun tiempo.

Pero el mismo cuidado que me roia el alma, me despertó ántes de que hubiese tomado el descanso que yo usualmente necesitaba.

Eran las diez del dia, á lo que me dijeron un reloj de bolsillo y otro gran reloj de pared que en la cámara habia.

La lámpara de noche, agotado ya su aceite, empezaba á apagarse.

Me arrojé del lecho, me fui á uno de los dos balcones que en la cámara habia y le abrí con precaucion.

El dia era hermosísimo.

Lucia un sol resplandeciente.

Parecia que la naturaleza sonreia.

Sin embargo, para mí todo parecia lúgubre.

Tenia el alma triste.

Y no era ciertamente por la muerte de aquellos dos miserables.

Si hubieran resucitado hubiera vuelto á matarles.

Era por doña Violante.

Me parecia que no la habia encontrado sino para volver á perderla.

Me ahogaba la ansiedad.

Se me oprimia el corazon.

Me encontraba conque yo le tenia dulce y tierno como el de una mujer tímida y enamorada, cuando yo me habia jactado siempre de la dureza de mi corazon, y habia despreciado á los hombres que lloraban.

Lloraba yo entónces.

Me afligia como un niño que busca á su madre y no la halla.

Iba del balcon al lecho y del lecho al balcon.

Doña Violante continuaba en su reposo.

A cada momento parecia como que aumentaba la expresion de inteligencia que se transparentaba en su semblante.

Una vaga sonrisa aparecia en sus labios.

Yo besaba aquellos labios entreabiertos.

Tal vez mis besos de fuego, pero leves como el soplo de las auras, que yo temia romper aquel reparador sueño de reposo, comunicaban al espíritu de doña Violante aquella paz que en su dolorido rostro aparecia.

Me volvia al balcon y observaba.

El invierno habia despojado los árboles.

A través de su escueto ramaje, veia yo las altas tápias, que ningun edificio dominaba.

Despues de haber reconocido bien desde el entreabierto balcon el jardin, bajé á él y le recorrí observando.

Desde ninguna parte podia verse á las personas que en el jardin estuviesen

Sólo allá, al Oriente, se veia el extremo de una cruz de hierro, y parte de una veleta.

Aquella cruz, aquella veleta, eran sin duda las de la torre de la iglesia de San Pedro.

Por el postigo, por el agujero de su llave ó por sus resquicios, nada podia verse.

Lo impedia un monton de escombros, que sin duda de intento, delante del postigo se habia puesto.

Se podia, pues, andar por el jardin sin cuidado.

El postigo era muy fuerte, y encajaba admirablemente.

Las tápias, gruesísimas y muy altas.

Mas que tápias eran muros.

Nada habia que temer.

Volví á la cámara donde reposaba aun mi doña Violante.

Entreabrí los balcones, pero levemente, para que la fuerza de la luz no la despertase.

Era necesario pensar en alimentarla aquel dia, y de una manera mejor que como se la habia alimentado hasta entónces.

Recorrí la casa.

Bajé á la cocina.

Encontré la despensa.

Estaba muy bien provista de carnes asadas, de pescados salados, de jamon y otras partes del cerdo, conservadas en manteca.

Habia gran cantidad de vinos, muchos de ellos generosos.

Quedaba aun pan en abundancia.

Un pequeño horno y algunos útiles de panadero, demostraban que allí se habia hecho el pan.

El indiano lo habia preparado todo para que no hubiese necesidad, en un largo espacio de tiempo, de salir á la calle para provision de ningun género.

De todo se habia cuidado, hasta de la ropa blanca, de la cual habia una gran cantidad en las arcas.

En un pequeño cuarto adjunto á la cocina, en el piso bajo, que parecia haber sido el dormitorio del criado muerto por mí, habia algunas cadenas de diferente grueso, un collar con campanillas, una matraca y algunos faroles redondos puestos en las extremidades de palos, en cuyos cristales estaban pintadas calaveras y otros vestiglos raros y espantosos.

Todo esto servia, sin duda, para los ruidos y para las visiones que habian hecho creer que aquella casa estaba habitada por duendes.

Era necesario servir por aquel dia á mi doña Violante, y que ya que jamás habia hecho tales servicios, los hiciera entónces por ella.

Elegí en la despensa los manjares más delicados, y me industrié para hacer unas sopas, que á mi modo de ver estarian excelentes.

Os digo estas minuciosidades para que sepais, aunque bien debeis saberlo por vosotros mismos, que no hay maestro como el amor.

Cuando me quité mi gorro y mi mandil de cocinero, preparada ya una comida bastante, de la cual yo no tenia necesidad alguna, porque estaba alimentado por algo misterioso y á la par dulce y terrible, subí á ver de nuevo á mi doña Violante.

Miéntras preparaba el almuerzo habia subido tambien varias veces.

Mi doña Violante dormia aun.

Pero despertó á poco de haber yo vuelto por la última vez á su lado.

Abrió los ojos y me pareció más hermosa.

Habia en su triste y dulce mirada algo que no era de este mundo.

Me miró fijamente, y despues de algunos momentos de contemplacion, me dijo:

—¿Quién eres? ¡yo no te conozco!

Sentí una agonía horrible.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Yo soy tu alma! la dije.

Me miró como si no hubiera entendido mis palabras.

—Tú eres mejor que los otros, me dijo.

Y me echó al cuello sus brazos.

Sus brazos descarnados.

Yo la estreché contra mi corazon.

La besé en la boca.

Parecia como que con mis besos se reanimaba.

—¡Tengo hambre! me dijo con un acento voraz.

Yo la separé de mis brazos.

Lo tenia prevenido todo.

Extendí un mantel doblado sobre el lecho.

Puse en él un plato y un cubierto de plata.

Bajé rápidamente á la cocina, puse en una bandeja la tartera de las sopas, subí y serví el plato á mi doña Violante.

Ésta no se sirvió de la cuchara para comer las sopas, sino que, como ya se lo habia visto hacer la noche precedente, cogió el plato con ánsia, y comió en él como hubiera podido comer un perro hambriento.

Yo no pude contener mis lágrimas.

¡Yo, que no habia llorado jamás hasta que lloré por ella!

¡Yo, que habia despreciado siempre á los hombres que lloraban!

—¡Ah!... ¡esto es mejor!... me dijo cuando hubo acabado con las sopas que le habia puesto: ¡esto es bueno!... ¡dáme más!...

La serví un nuevo plato, que comió en un momento con la misma voracidad.

—¡Oh!... ¡esto es bueno... muy bueno!... ¡tú no me maltratas como los otros!...

La dí una gran copa de vino de Jerez; la bebió ávidamente, con ànsia, y luego dijo:

—¡Ah! ¡qué bueno es esto!... ¡esto es la gloria!...

Y luego se arrebujó en las ropas del lecho, se dejó caer en él, y volvió à dormirse.

Desde entónces hasta la caida de la tarde, pasé, alternativamente el tiempo á su lado y acabando de recorrer la casa.

En un cuarto oscuro, pequeño, que estaba inmediatamente al lado de la cámara en que estaba mi doña Violante, y que sin duda habia sido el dormitorio del indiano, encontré un macizo cofre de hierro cerrado con tres candados.

Indudablemente en aquel cofre debia haber dinero ó alhajas.

Tal vez ambas cosas.

Bajé al cenador del jardin, y tomé la azada.

Empezaba á oscurecer.

Subí, y con el fuerte martillo que la azada tenia por su parte posterior, de tres vigorosos golpes hice saltar la tapa del cofre.

Estaba lleno de cartuchos de papel fuerte, que parecian contener dinero.

Deshice uno de los cartuchos, y ví que contenia cincuenta buenos doblones de oro mejicanos, de á ocho.

Habia allí, por lo ménos, sesenta mil doblones.

Todo un tesoro.

Aquel tesoro pertenecia de derecho á mi doña Violante.

¿Qué, no debia ella heredar á aquel cruel marido que se habia propuesto matarla de hambre, de frio y de miseria, ocultando su crimen en el misterio?

Salí.

Doña Violante habia despertado.

Cuando me acerqué á ella me pareció que sus ojos revelaban algo más la razon.

Que sus miradas eran ménos vagas.

—Me siento débil, me dijo; por caridad, dáme algo.

Parecia que me veia por la primera vez.

Extendí de nuevo el mantel sobre el lecho, y puse sobre el mantel el plato y el cubierto.

Preparé la copa y la botella, en una pequeña mesa que junto al lecho habia.

Bajé á la cocina, y subí con otra suculenta sopa que la habia preparado.

La serví el plato.

Por esta vez mi doña Violante se sirvió de la cuchara, y comió, con ánsia sí, pero no ya con la voracidad de un animal.

Miéntras comia, me miraba á cada vez con más atencion.

Parecia como que iba recordando.

—¡Oh! ¡qué bueno eres!... me dijo al fin: no te apartes de mí; miéntras tú estés á mi lado, no vendrán los otros.

Y se estremeció.

—No; yo no me apartaré de tu lado, la dije, porque tú eres mi vida, y sin ti seria como un cadáver.

—¿Y los otros?... ¿y los otros?... me preguntó con terror.

—Los otros se han ido y no volverán, la respondí.

Indudablemente mi doña Violante habia perdido la memoria ó la tenia ofuscada, porque, como veis, no recordaba que la noche antérior habia yo matado á aquellos infames.

La serví una copa de vino, y la bebió con placer, pero con ménos ánsia que la de por la mañana.

Despues de haberla bebido, me dijo:

—Estoy muy bien... muy bien... Voy á descansar.

¿Qué fatiga era aquella que de tal manera existia en la desventurada?

Se echó sobre las almohadas.

Poco despues se durmió, y empezó á gozar de un sueño completamente tranquilo.

Aquel sueño debia ser largo.

Me daba tiempo para salir, sin ser visto, de aquella casa, volver á la mia, y traerme conmigo á mi leal mayordomo.

La noche habia cerrado completamente.

Era oscurísima.

Una fuerte lluvia que habia sobrevenido debia tener desiertas las calles.

Me apercibí, bajé al jardin, llegué al postigo, y ántes de abrir, escuché.

No se oia otro ruido que el del viento y la lluvia.

Abrí, salí y cerré.

Me alejé rápidamente.

Poco despues entraba en mi casa.

Y hé aquí terminada la segunda parte de mi historia.

Yo os ruego, señores, me dejeis descansar un momento.

CAPÍTULO VII.

En que don César llega con su historia hasta Roma.

Nada dijeron *donna* Beatriz ni Cervantes á don César, para que descansase mejor de la fatiga que le causaba el relato de sus desdichas.

Al fin, pasado algun tiempo, don César emprendió de nuevo su relato:

—Volvíme con Cristóbal Campuzo, que así se llamaba mi mayordomo, á la casa llamada del duende.

Yo habia entrado secretamente en la casa por un postigo, y de ella habia salido secretamente con Cristóbal Campuzo.

Comuniquéle todo lo que en la casa del duende me habia acontecido, sin ocultarle cosa alguna, que yo tenia en él una gran confianza, y le pedí, y él se prestó gustosísimo á ello, permaneciese sirviendo á doña Violante dentro de aquella casa abandonada, todo el tiempo que fuese necesario.

Despues de esto, y sin esperar á que despertase doña Violante, salíme de la casa ya tranquilo, porque en ella se quedaba mi fiel Cristóbal, y á mi casa me fuí, y me entré por la puerta principal, todo azorado, y como hombre á quien han sucedido cosas estupendas.

Yo, á causa de no haber comido en más de veinticuatro horas, y de las grandes, de las terribles sensaciones que por mí habian pasado, digo mal, que aun en mí duraban, estaba pálido y desencajado como un muerto.

Metíme deprisa en el lecho, más que porque lo necesitase, por las apariencias, y por la misma razon mandé llamar médicos.

Vinieron éstos, y me hallaron con que tenia una fiebre muy destemplada, y me mandaron que guardase el lecho.

Hice llamar en seguida al marqués del Basto, que no se hizo esperar, y que entró en mi dormitorio acompañado de cinco ó seis señores de título, como él, amigos suyos y mios.

—¡Eh! ¿qué tal, señor don César?... ¿cómo os ha ido con los duendes de mi casa?

—Dejadme, le respondí, que estais hablando con un hombre que puede decir que ha descendido á los infiernos, y despues de veinticuatro horas, que han sido veinticuatro eternidades, ha salido de ellos y vive por milagro.

—¿Cómo? dijo otro de aquellos señores; pues qué, ¿los duendes matan? ¡quisiera yo saber cómo puede matar un espíritu!

—¡De espanto! respondí yo: y dígoos que contento estoy del temple de mi alma, puesto que con los horrores que he visto y oido, de espanto no he muerto.

—¡Contadnos! ¡contadnos! dijeron todos, sentándose frente á mi lecho.

—Por lo presente habeis de perdonarme, señores, les respondí: que no estoy yo para cuentos, sino para reponerme del gran susto que he pasado.

Y con esto y con algunas palabras más, aquellos señores se fueron, deseándome el restablecimiento del cuidado por que habia pasado.

Yo habia logrado mi objeto.

Tenia la seguridad de que nadie se atreveria á acercarse á la casa del duende, por alentado que fuese, despues de haber visto que yo, de cuyo valor nadie se atrevia á dudar, porque de él en más de una ocasion habia dado grandes pruebas, de la casa del duende habia salido espantado, y á causa del espanto, enfermo.

Estúveme aquella noche en la cama, que harto lo necesitaba, y al otro dia, á la hora de costumbre, tomé algun alimento.

Pero en la cama me estuve, donde vinieron á visitarme un sinnúmero de amigos, á los cuales conté una peregrina historia de prodigios y miedo, que iba contando á medida que la inventaba, con lo que todos se convencieron de que mi valor era sobrehumano, cuando tantas y tan formidables pruebas habia podido resistir, y la casa del marqués del Basto quedó más guardada que nunca por el temor que imponia, cosa que á mí me convenia grandemente.

En cuanto cerró la noche, levantéme, vestíme y salí de mi casa, como para mis acostumbradas audácias.

Que ya sabian mis criados que yo era rondador, que á mi casa no volvia ninguna noche sino á altas horas, y cuando no, que fuera de ella me pasaba toda la noche y gran parte del dia.

Fuíme á la casa del marqués del Basto, que podia decirse que ya era mi casa.

La callejuela á donde daba el postigo estaba de todo punto solitaria.

Además, en aquella callejuela no habia una sola casa.

La formaban las tápias de unos huertecillos y el muro del jardin de la casa del marqués del Basto.

Entré.

Subí al aposento de mi doña Violante, y me la encontré muy arropada, sentada en un sillon junto á la chimenea, en que ardia una alegre llama, y tan mudada de como yo la habia visto, que podia decirse que habia resucitado.

Cristóbal ponia en aquel momento, para darla de comer, una pequeña mesa que habia colocado junto á la chimenea.

Me miró doña Violante, y por aquella vez me reconoció.

—¡Ah! ¡eres tú! ¡tú! exclamó: ¡el esposo de mi alma!...

Y haciendo un esfuerzo para levantarse, y no lográndolo, porque estaba muy débil, yo corrí á ella, y la cogí en mis brazos y la llené de caricias.

Cristóbal nos sirvió la cena, que fué mucho mejor de lo que podia esperarse. y luego nos dejó solos.

Contóme la mísera doña Violante, que al fin, por un mejor tratamiento, y por haber restaurado en gran parte sus fuerzas por un alimento bastante, habia recobrado la memoria, sino por completo, lo que bastaba para poder formar juicio de lo que habia sufrido, que una noche el indiano la habia llevado á aquella casa; que la habia conducido á un aposento que el jardin de ella tenia; que allí la habia desnudado y atado á los piés de un lecho, y que la habia azotado cruelmente con unas correas, sin duda con la intencion de hacerla rendir el alma: pero que le habia faltado valor para dar cima á su infame proyecto y la habia dejado desmayada por el dolor de los dolores.

Que desde entónces no habia perdonado crueldad ni mal tratamiento, pero que cuando la veia próxima á sucumbir y, sin duda, para que la muerte no acabase su martirio, de ella cuidaba con su infame criado, hasta que viéndola más fuerte, empezaba de nuevo los tormentos.

Que así habian pasado siete meses.

Que durante ellos habia crecido su embarazo, y que viéndola ya cercana á su alumbramiento, habia apretado á sus crueldades, pretendiendo, sin duda, acabar con ella, ó por lo ménos con la triste criatura que en sus entrañas llevaba.

Díjome además doña Violante, que tal estaba cuando yo la encontré, que no se acordaba de haberme visto.

Por lo cual yo no la dije que habia matado al indiano y á su infame criado, sino que los habia espantado y ahuyentado de tal manera, que tenia la seguridad de que nunca jamás volverian.

Consolóse con esto doña Violante.

Hícela recogerse al lecho, y pasó una noche reposada. durante toda la cual yo no cesé de velarla.

Por la mañana me volví á mi casa.

Por la tarde me fui al Mentidero, donde todos me preguntaron por mis aventuras de la casa del duende.

Y como yo estaba todavía pálido y maltraido, todos creian las cosas tremebundas que de la casa del duende les contaba yo, asegurándome más y más del peligro de que algun otro viviente tomase sobre sí la empresa de desenduendar la casa del marqués del Basto.

Anhelaba yo que llegase la noche para volver á ver á la adorada de mi alma.

Llegó al fin. y tambien cerrada y oscura, y yo no tardé en estar al lado de doña Violante.

Encontréla mucho mejor, y más tranquila, y más contenta, y más enamorada.

En resolucion, en un mes que permaneció aun en la casa del marqués del

Basto, se repuso de tal modo, que si hermosa estaba cuando yo la conocí, más hermosa aun parecia despues de sus desgracias.

El amor y la felicidad nos sonreian.

Pero no habia de vivir siempre recluido con aquella tentacion.

Se acercaba, además, el momento de su alumbramiento.

Un pariente de mi buen Cristóbal, hombre honrado y de la mayor confianza, con el dinero que se le dió, compró una casa muy linda, con jardin, en el cuartel de Maravillas, la alhajó como convenia, buscó una conveniente y bastante, aunque reducida servidumbre, y una noche se trasladó á aquella casa secretamente mi doña Violante.

Algunos dias despues, dió á luz en ella á una hermosa niña.

Sabe Dios lo que de mi hija ha sido, exclamó en llegando á este lugar don César.

Y como se le dificultase la voz y los ojos se le llenasen de lágrimas, se detuvo un breve espacio.

Consoláronle *donna* Beatriz y Miguel de Cervantes, porque aun cuando en él conocian un mal hombre, siempre mueve á compasion la desgracia, y él continuó:

— Restablecióse de su alumbramiento doña Violante y empezó entónces verdaderamente para nosotros la vida más feliz del mundo.

Nada se habia traslucido acerca de la muerte del indiano y de su infame criado.

Nadie las sabia más que mi fiel mayordomo, y yo estaba seguro de su silencio.

Antes se hubiera dejado hacer pedazos que revelar mi secreto.

El indiano se habia perdido.

Hé aquí todo lo que podian decir los suyos.

Doña Violante se habia perdido tambien, y esto mucho ántes de que el indiano se perdiese.

Vivia ella completamente retirada, sin que nadie la viese más que su servidumbre, y ésta no sabia si era viuda, ni aun si habia sido casada.

Doña Violante no salia de la casa más que á misa los dias de precepto.

Aun así, muy de mañana, entre dos luces.

A la misa del alba.

Asistia á ella completamente envuelta en su manto.

Nadie la conocia.

La servidumbre la creia mi amante.

Esta servidumbre, escasa, y además buscada por mi mayordomo entre sus parientes, era de una absoluta confianza.

Se encubria, pues, nuestra felicidad en un secreto profundísimo.

Pero nada que exista puede por mucho tiempo permanecer oculto.

Habia en el convento de Capuchinos de la provincia de Madrid, un padre grave, pero mozo aun y de hermosa apariencia, á quien el diablo tenia asido por la cogulla de tal manera, que no le dejaba respirar.

Este tal religioso, indigno de las órdenes que tenia, habia dominado de tal

manera al viejo y débil guardian y á toda la comunidad, que hacia, dentro y fuera del convento, aquello que mejor le placia.

Salíase por la noche del convento vestido á lo bravo, y á correr aventuras endiabladas se iba, como un cualquier seglar dejado de la mano de Dios.

Más que un capuchino era un bandido.

Conocíanle en las casas de juego, en las mancebías y en los burdeles.

No habia maton perdonavidas que no le respetase, ni moza de vida alegre y de alguna fama por su belleza ó por su posicion que no le quisiese, ni pícaro que no fuese su amigo.

Dábase este religioso por la gente baja, que si por la de buena clase se diera fuera mejor: aunque hombres hay por donde quiera, de ilustre alcurnia, que por sus bajos hechos á más abajo llegan que los pícaros más arrastrados por el cieno.

Conoció este padre Málaga, que así se llamaba porque de Málaga era, y sabido es que los capuchinos tomaban el nombre de su patria, á una gitana de pocos años, pero de grande hermosura, que andaba por las calles vendiendo *Agnus Dei,* libritos de los santos evangelios, amuletos para librar á los niños de mal de ojo, cantando, bailando y diciendo la buenaventura.

Llamábanla la Picazilla, porque su padre, que era herrero de herraduras y clavos en el cuartel de Maravillas, se llamaba el Picazo.

Tan orgullosa estaba con su grande hermosura la Picazilla, que no habia pretendiente que de ella no saliese desdeñado, cuando no lastimado; y esto, y su gracia, y su donaire, y la galana y rica manera con que vestia, y lo mucho que se la conocia, habia hecho de ella una especie de reina de la calle, cuyos favores anhelaban todos.

La gran fama de inconquistable que tenia, hacia que se la codiciara más.

Era de mediana estatura, gentil y esbelta, de un dulce color moreno, con los cabellos negros como el ébano, opulentos y ensortijados, y con los ojos verdes de una tal fuerza y con un tal fuego, que no se podian resistir, ya mirasen airados ó dulces.

Tenia á lo más quince años.

Si hubiese querido hacer un buen casamiento, más de un gran señor, por gozar de su hermosura, hubiera cerrado los ojos á todo, y en ella hubiera humillado la altivez de su linaje.

Que los fueros de la naturaleza son mucho más poderosos que los fueros hechos por los hombres.

Pero la Picazilla, que habia maltratado á los que habian querido comprarla, aunque no habia maltratado del mismo modo á los que habian querido hacerla su mujer, los habia despedido con el corazon ensangrentado y desesperado.

Y no era por virtud por lo que la Picazilla rechazaba á los más altos, á los más ricos, á los mejores mozos.

Era porque estaba enamorada de un tio suyo de setenta años, casado y con hijos y nietos, y aun biznietos: que los gitanos se casan muy jóvenes y procrean más que las moscas.

Sin duda este gitanazo era hechicero, cuando de tal y tan inaudita manera tenia enamorada y aun desesperada á su hermosa sobrina.

Debeis saber, señores mios, que el amor es tan misterioso y tan raro en sus efectos, que no hay estratagema en que no dé, ni desesperacion en que no se pierda ni absurdo en que no caiga.

A más de ser viejo aquel gitano, era tan repugnante y tan horrible, que ya su fealdad habia llegado á ser famosa, y para zaherir á un hombre ó á una mujer se decia: — Es más feo que el tio Carrancio.

Amábale, sin embargo, y con toda su alma, la hermosisima Picazilla.

Añadíase, que en cuanto la viejísima mujer del tio Carrancio, que estaba perlática, se muriese, la Picazilla se casaria con su tio, que la tenia desesperada, no porque no la quisiera, que enamorado de ella estaba hasta las entrañas, sino porque miraba mucho por la honra de la familia, y ni aun en provecho propio, y quedándose todo en casa, queria mancharla.

Convidaron una noche sus amigotes al padre Málaga á una *gitanada*.

A ella asistió con su guitarra, á más que con su hermosura y con su gracia, y con la riqueza de su atavío, la Picacilla, acompañada como siempre del tio Carrancio, que no la dejaba ni á sol ni á sombra, porque era más celoso que un turco.

Verla el padre Málaga, y apoderarse de él por ella un amor infernal, fué cosa de un instante.

Y como el padre Málaga ni temia ni debia, allá se fué con botas y espuelas, confiado en su poder y en lo buen mozo que era; y como buen fraile, avaro de palabras, y aprovechando un descuido, rodeó con un brazo la cintura de la Picazilla, con la otra mano la sujetó la cabeza, y la dió dos hambrientos besos, el uno en la garganta y el otro en la boca, y todo esto tan rápidamente, que cuando la Picazilla quiso evitarlo ya habia sucedido.

Escurrióse la Picazilla como una culebra, de los brazos del capuchino, y luego, como una gata garduña á él se arrojó, y con las diez uñas de sus rosados dedos, le hizo otros tantos sangrientos surcos en el semblante.

Habia esto sucedido estando á solas el padre Málaga y la Picazilla en el corral de la casa donde se daba la fiesta, y á donde paseándose la Picazilla habia ido, tal vez para respirar el aire libre, porque el vapor que habia en la sala, además de la mucha gente y del tufo de los candiles, era sofocante.

Irritóse el fraile al verse de tal manera tratado, y arremetió á la Picazilla.

Defendióse ésta, arañando de nuevo á su paternidad, y poniendo el grito en el cielo.

Acudieron tijeras abiertas y navaja en mano los gitanos, y el padre Málaga, que vió que era una temeridad resistir solo á tanta y tan desalmada gente, se salvó saltando rápidamente las bardas del corral y perdiéndose entre las callejuelas de Maravillas.

La Picazilla, toda sofocada, contó lo que la habia acontecido, y todos juraron que si el padre Málaga volvia á meterse con la Picazilla, no le habian de valer sus órdenes.

Nadie me contó esto, que yo lo ví, porque estaba tambien convidado á la *gitanada*, y tal vez allí me encontraba al olor de la Picazilla, á pesar de lo enamorado que estaba de mi doña Violante; que lo que ya se tiene no hace falta, y allá vá la codicia por lo que tan difícil aparece, que se juzga necesario un milagro para lograrlo.

Alegréme de la desastrada aventura del padre Málaga, harto ajeno de que aquella aventura habia al fin de parar en daño mio, y tan horrible que habia de llorarlo con lágrimas de sangre.

En algunos dias el padre Málaga no pareció por el corral.

Se supuso, y así era la verdad, que en aquellos dias se habia curado los crueles arañazos que le habia causado la Picazilla, y tan crueles, que las señales le quedaron para todos los dias de su vida.

Con tal cólera se le habia agarrado á la cara la gitana.

La belleza del padre Málaga habia sido terriblemente perjudicada.

Ardia en venganza, y, entre nosotros, juró que habia de ser suya la Picazilla, así se opusieran á ello el cielo y el infierno.

Blasfemia horrenda en un sacerdote, y que sobre aquel hombre debia atraer un justo castigo del cielo.

No habia perdido el tiempo miéntras se curaba el padre Málaga.

Envió á informarse de cuanto se pudiesen informar acerca de la Picazilla, hombres muy á propósito para averiguar la historia del mismo diablo, y supo al fin, ántes que las heridas causadas por las uñas de la gitanilla se le curasen, que si ella á nadie queria y con todos impía se mostraba y terrible, era porque estaba enamorada con toda su alma, hasta la locura, del tio Carrancio, su tio carnal, y que sólo esperaban él y ella, para casarse, que la tia Carrancia se muriese.

Pendiente de un hilo tenia la vida la tia Carrancia.

Pero este hilo era tan fuerte que no se rompia á tres tirones.

El padre Málaga halló medio para que este hilo se rompiera por medio de un veneno corrosivo, y en tres minutos la tia Carrancia pasó á poder de su amante Satanás (que ella era bruja), dejando al tio Carrancio libre para casarse con la Picazilla.

Se lloró mucho en el entierro de la tia Carrancia, se *sintió* mucho, y lo más sensible fué, que cuando todos los gitanos, parientes y amigos de la difunta, con sus gitanazos y sus gitanuelos estaban encerrados á piedra y lodo para *sentir* [1], que ellos no sienten por nada del mundo delante de nadie, llegó un familiar del Santo Oficio, con una nube de alguaciles, y al mismo tiempo un alcalde con otra nube de alguaciles de la justicia ordinaria.

Ambos, el familiar y el alcalde, hicieron preso al tio Carrancio, y sobrevino una competencia, en la que triunfó la Inquisicion, como que es el Tribunal de Dios, que sobre todos los tribunales es preeminente.

[1] Llámase *sentir* entre los gitanos, á entonar en honor de sus muertos, una sentida salmódia extraña, á cuyo acto no se admite á ningun profano.

La justicia ordinaria prendia al tio Carrancio por envenenador de su mujer.

El Santo Oficio, por brujo, hechicero y pecador nefando.

Se dirimió la cuestion, y el Santo Oficio se llevó al esposo vivo y la justicia ordinaria á la esposa muerta.

Al registrar al tio Carrancio, para quitarle las armas que pudiera tener sobre sí, uno de los alguaciles del Santo Oficio presentó al familiar, como si la hubiera encontrado en la faltriquera del tio Carrancio, una caja de hoja de lata, abierta la cual, se encontraron en ella unos polvos amarillentos, de los que dijo uno de los presentes, mancebo de botica, parecia ser arsénico, de lo que, á pesar de las protestas, y de los aspavientos, y de los alaridos del tio Carrancio, se libró testimonio.

Sellóse la caja con todas las formalidades de la ley, y de allí la secuestró el alcalde por responder la caja á un crímen de la jurisdiccion y absoluta competencia de la justicia ordinaria.

Despues de esto, el familiar se llevó al tio Carrancio á la cárcel del Santo Oficio, y el alcalde el cadáver de la tia Carrancia al hospital.

Los gitanos se quedaron horrorizados, maldiciendo al tio Carrancio, como ellos saben maldecir, convencidos de que el tio Carrancio habia matado á la *grande abuela,* que así llamaban á la Carrancia, porque la tenian en olor de santa.

Sabian todos hasta qué punto el tio Carrancio estaba enamorado de su sobrina la Picazilla, y no tuvieron inconveniente en creer que el viejo, por el amor de la muchacha, habia matado á la *grande abuela.*

Pero no echaron de sí á la Picazilla, porque claro era que cuando la justicia no la habia preso á ella, ni el Santo Oficio la habia dicho: «Ojos verdes tienes». era inocente.

Ella sola fué la que no se engañó.

Se acordaba del lance del corral con el padre Málaga, y vió que de éste venia el golpe.

No habia que descuidarse.

Habia necesidad de salvar al tio Carrancio, y la Picazilla se propuso salvarle, costárala lo que la costara.

Los médicos que reconocieron en el hospital las entrañas de la tia Carrancia, encontraron en ellas arsénico, y en tal cantidad, que hubiera bastado para matar á veinte personas.

Era cabalmente la cantidad que faltaba en la caja, que constaba haber sido encontrada en la faltriquera del tio Carrancio, para que la caja hubiese estado llena.

Item más: tanto se le habia apretado el tormento en la Inquisicion al tio Carrancio, que habia confesado todo lo que habian querido que confesase.

Resultaba, pues, brujo, hechicero, envenenador, que por amor criminal y nefando á su sobrina la habia hechizado, obligándola con sus malas artes diabólicas á amarle contra todas las leyes de la naturaleza, que habia hecho de él un viejo repugnante y horrible, entregado á Satanás, y que por aquellos malditos

amores, por quedar en libertad de amar á su sobrina, habia emponzoñado á su mujer.

La Inquisicion habia pasado á la justicia ordinaria el tanto de culpa, de que ella debia juzgar, que resultaba de las declaraciones prestadas por el tio Carrancio en el tormento.

La cosa se ponia más negra que una noche oscura.

Por la parte de la justicia ordinaria, nadie podia librar al tio Carrancio de la horca.

Por la de la Inquisicion, de la hoguera.

Se le apretó el alma á la Picazilla, y se fué al convento de Capuchinos de la Paciencia, y pidió confesar con el padre Málaga.

No hay que decir que el padre Málaga vió el cielo abierto y se apresuró á bajar al confesonario.

Tuvo lugar un sacrilegio que Dios no podia dejar sin castigo.

La gitana y el mal religioso concertaron allí un pacto horrible.

Desde aquella noche el padre Málaga, disfrazado de seglar, fué á visitar secretamente á la Picazilla.

Ésta, loca de amor, por el preso se habia sacrificado.

Habia cumplido su convenio.

Era la esclava dócil si no la amante del padre Málaga.

Pero éste se sentia más sediento que ántes.

Tenia la hermosura de la muchacha, pero no tenia su alma.

Esto le irritaba de tal manera que le convertia en un demonio.

Faltó por su parte al convenio.

Se disculpaba con que se habia acudido al remedio demasiado tarde, lo que hacia que la salvacion del tio Carrancio fuese dificilísima.

Al fin, y creciendo los celos y la desesperacion del padre Málaga, que habia acabado por sentir por la Picazilla un horrible aborrecimiento de amor, activó de tal manera las actuaciones de la doble causa, que á los tres meses de haber sido preso, la Inquisicion le declaró *relapso,* sentenciándole á ser quemado vivo en el próximo auto de fé, y la justicia ordinaria á ser ahorcado por el pescuezo hasta que muriese.

Hubo competencia acerca de cuál seria la sentencia que debia ejecutarse.

Pero se dirimió fácilmente, declarando la quinta Sala del Consejo de Castilla, que ambas sentencias se notificasen al reo, y que siendo la más grave la de muerte en la hoguera, en ésta se considerase contenida, y como embebida y cumplida la de horca.

Con lo cual ambas jurisdicciones se quedaron satisfechas y en paz, como debian estarlo.

Pero no quedaron satisfechos del mismo modo los dos amantes, esto es, la Picazilla y el tio Carrancio.

Lo último que se pierde es la esperanza.

La Picazilla procuró engañar al padre Málaga y le engañó.

Éste llegó á creer al fin que poseia en cuerpo y en alma á su adorada gitanilla.

Pero nada alcanzó con esto la Picazilla.

El padre Málaga habia tenido poder bastante para llevar las cosas al extremo en que se encontraban, pero no lo tenia para hacerlas retroceder.

Y por otra parte, ¿para qué?

La Picazilla parecia de todo punto olvidada de su tio Carrancio, y viviendo únicamente con todo su sér para el padre Málaga.

No tenia ya composicion aquel negocio.

Llegó en fin el auto de fé, y el tio Carrancio fué quemado vivo.

El pobre diablo era inocente.

Pero ¿qué importaba?

Habia caido bajo el ódio de un fraile poderoso.

La Picazilla fué tan valiente que asistió con los ojos enjutos, en el quemadero, á la quema de su tio, que fué lo mismo que asistir á la quema de su alma.

Llegó á más su valor.

Cenó aquella noche alegremente con el padre Málaga, y llevó la fuerza de su voluntad hasta decirle, sonriéndole enamorada:

—¡Ay, hijito mio de mi alma, corazoncito mio, luz de mis ojos, que me parece que sí, que aquel maldito, á quien se han llevado los demonios, me tenia hechizada; que mira tú, cuando se lo comieron las llamas, me parece á mí que se me salió algo malo del cuerpo, y ahora soy otra!

Alegróse el padre Málaga, y se creyó el hombre más feliz del mundo.

De noche no se le veia sino con la Picazilla, y era ésta tan falaz, tan astuta, que todos creíamos que estaba enamorada de él hasta las entretelas de su corazon.

La Picazilla se habia propuesto vengarse, y por vengarse seducia, engañaba, confiaba al padre Málaga.

Cuando lo creyó oportuno le dijo:

—¿No es verdad que podríamos ser más felices si fuésemos marido y mujer?

—Cierto que si, diosa, respondió el padre Málaga, (esto me lo contó él mismo más adelante); pero eso no puede ser, por las órdenes que tengo.

—Es verdad, dijo con un atrevimiento que causa espanto la gitana, pero si te hicieras luterano, te podrias casar conmigo.

El padre Málaga me confesó que habia estado á punto de caer en la tentacion: pero que se le puso por delante la bajeza del hecho, la perdicion de su alma, (como si hubiera tenido ya que perderla) y sobre todo (esto era lo cierto) lo que iba á perder si se habia de expatriar, pues para ello tenia que salirse del convento, en el cual hacia aquello que mejor le placia y tenia cuanto desear pudiera.

Persuadió á la Picazilla, ó mejor dicho, ella hizo como que se persuadia.

Pero el padre Málaga no tardó en desengañarse de su ceguedad.

Y aquí entra lo que con nosotros tiene relacion.

Una noche, ya tarde, cenaba yo con mi doña Violante, en un bello retrete que daba al jardin.

Era la noche calurosa y teníamos las ventanas abiertas.

De improviso sonó en la callejuela, á donde el postigo del jardin daba, ruido de espadas.

Por aquel ruido, uno que lo conociese, podia entender claro que muchos hombres acometian, para matarle, á un hombre solo.

Cesó de improviso el ruido de las espadas.

Oyóse la carrera de muchos hombres que se alejaban.

Volvió el silencio.

Un silencio lúgubre.

Mi doña Violante estaba estremecida.

Sonó á poco una voz angustiosísima que dijo:

—¡Por el amor de Dios! ¿no hay quién me socorra?

Aquella voz sonaba junto al postigo.

Mi doña Violante se lanzó al jardin, y yo tras ella.

Abrió el postigo, y encontramos á un hombre tendido junto á él.

—Socorrámosle, me dijo doña Violante.

Al sentir gente junto á sí, el herido redobló sus súplicas.

Yo conocí entónces por la voz al padre Málaga.

Éramos grandes amigos.

No creí imprudente socorrerle.

Ayudado por mi doña Violante, le metimos adentro, y le colocamos en un lecho.

Yo le cogí la sangre como pude, miéntras venian el médico y el cirujano de la casa, que eran de confianza, y á los que se habia mandado llamar.

Durante quince dias, el padre Málaga fué asistido por nosotros como si se hubiera tratado de un hermano.

Veinte dias despues, pudo al fin una noche salir á la calle y volverse á su convento.

Continuamos tratándonos, aunque él no volvió á casa de doña Violante, con la misma amistad que siempre.

Pocos dias despues de haberse restablecido me dijo:

—Estoy desesperado.

—¿Y por qué eso? le pregunté.

—Me veo obligado á desgarrarme el corazon, me dijo.

—¿Se trata de la Picazilla?

—Sí, de esa infame, me contestó: ella ha sido la causante del asesinato que, aunque frustrado, se ha ejercido sobre mí.

—En fin, señores, continuó don César despues de algunos momentos de silencio, yo no podia creer hubiese en un corazon de hombre tanta infamia como la que habia en el de aquel miserable.

Nos debia el no haber muerto abandonado, desangrado, la noche en que cayó á nuestras puertas, y esto de nada sirvió para que aquel hombre se mostrase, si no agradecido para con nosotros, bueno por lo ménos.

Mis recuerdos se embrollan cuando llego á este punto de mis desgracias, y voy á concluir lo más pronto que me sea posible.

Una noche me adormecia yo al encanto del amor de doña Violante.

Me sentia el más feliz de los hombres.

Pensábamos en el medio, sin que nos comprometiésemos ante la justicia, de hacer de modo que al fin ella pudiera aparecer viuda y libre.

Le faltaba á nuestro amor la consagracion del matrimonio.

Para los dos era muy duro que aquella criatura que dormia junto á nosotros, sonriendo, no llevara un nombre legítimo.

De improviso llamaron á grandes golpes á la puerta de la casa.

Una criada se nos presentó asustada, y nos dijo que los que á la puerta llamaban eran gentes de justicia.

Un presentimiento terrible me hizo pensar en la fuga.

El solo nombre de la justicia aterra al que se ha teñido en sangre de sus semejantes, sea cualquiera la razon y la ocasion por que se haya vertido.

Pero al abrir el postigo nos encontramos con que allí habia alguaciles que nos echaron mano.

Fuimos inmediatamente conducidos á la cárcel.

Yo no podia presumir hubiese sido el padre Málaga el autor de nuestra desgracia.

Habíamos abrigado una serpiente en nuestro seno.

Se habia llegado á descubrir que se habian perdido en Madrid dos personas.

Primeramente la mujer de un indiano riquísimo que habia sido presidente de la Real Chancillería de Méjico, y que habia ido á la corte á suplicar la residencia.

Despues el indiano mismo.

No se sabia lo que habia sido de ellos.

Por las señas que de la hermosísima esposa del indiano supo, y por su nombre, que yo habia usado sin recato delante de él, habia venido al fin en conocimiento, sin que le quedase de ello duda alguna, de que mi doña Violante era la esposa de aquel rico indiano, del cual nadie sabia lo que habia sido.

Su mayordomo le habia esperado algun tiempo, y viendo que no parecia, habia dado cuenta á la justicia para que ésta le buscase.

En vano la justicia le habia buscado.

El asunto se habia divulgado, y habia llegado á los oidos del padre Málaga, con las señas de mi doña Violante.

Se habia enamorado de ésta el padre Málaga de una manera mortal.

Pero en el tiempo que habia estado curándose en nuestra casa, habia comprendido cuánto mi doña Violante me amaba, y cuán inútiles hubieran sido sus solicitudes.

Se propuso, pues, obtener por la intimidacion, y poniéndonos al borde del abismo, lo que de ninguna otra manera podia obtener.

Pensó primero en introducir en casa de doña Violante algun libro de la Reforma de Lutero, y por este medio, valiéndose de la Inquisicion, apoderarse de nosotros.

De este modo, tanto de terror por sí misma, como por salvarme de una horrible muerte en la hoguera, doña Violante debia sucumbir al infame capuchino.

Pero nuestros criados eran muy leales, y el padre Málaga no se atrevió á acercarse á ellos para corromperlos, no fuese que me diesen cuenta de sus propósitos y me le colocasen al alcance de mi venganza.

Se contuvo durante algun tiempo, buscando un medio mejor y más seguro para sus fines.

Al fin la ocasion se le vino á las manos, cuando supo que la justicia buscaba al desaparecido indiano ó á su desaparecida esposa, y vió que el nombre y las señas de ésta convenian con el nombre y con las señas de mi doña Violante.

La delacion no tardó en llegar á los oidos de la justicia.

Ni tardó ésta en prendernos.

Apénas presos, como se probase que doña Violante era la esposa del indiano desaparecido, se hubo probado contra ella y contra mi el delito de adulterio y de fuga del domicilio conyugal.

Esto era patente.

Pero teniamos que responder de la desaparicion del indiano.

Todos los indicios parecian revelar que los autores de aquella desaparicion éramos nosotros.

Negamos.

Se nos sujetó al tormento.

Vergüenza me causa decirlo.

Doña Violante resistió completamente.

Fué una heroina.

Verdad es que ella no sabia que yo habia muerto á su marido y al infame criado que la guardaba en la casa del duende.

Nunca la habia hablado de esto una palabra.

No sabia de cierto lo que de ellos habia sido.

Pero se sobreentendia.

Guardó silencio; pero de tal manera la apretaron los cordeles, que sucumbió, llevando su amor á la tumba.

Yo aguanté cuanto pude.

Pero al fin, de tal manera me apretaron, que, vencido por el dolor, lo confesé todo.

Fuéronse entónces al lugar que yo habia indicado, y encontraron los dos cadáveres.

No se les pudo reconocer por los semblantes, porque estaban en corrupcion.

Pero por las ropas y por algunas prendas que sobre si tenian, se demostró que eran ellos.

Prendieron entónces á mi fiel mayordomo, á Cristóbal Campuzo, y éste me dió una nueva leccion de heroismo.

Murió en el tormento sin declarar.

Mi situacion era desesperada.

Tenia sobre mi una acusacion de adulterio, de rapto de mujer casada, de asesinato del marido y de un criado suyo.

Me olia, pues, como suele decirse, el pescuezo á cáñamo.

Pero como habia muerto mi doña Violante, y ella era necesariamente la causa de la desdicha á que nos habia llevado el infame padre Málaga, éste dejó de instigar con sus influencias á la justicia, y el proceso durmió largamente, miéntras yo me pudria, desesperado, en la prision.

Al fin, hace cerca de un año, llevaron á la cárcel á un antiguo y encarnizado enemigo mio.

Al cómico Rodrigo Carreño.

Al que por Abigail era la primera y principal causa de todas mis desdichas.

Y ¡miserable condicion humana!

Al ver á Carreño, revivió en mí el recuerdo de Abigail, y de una manera tal, que me pareció que yo no habia amado en toda mi vida á otra mujer más que á ella.

En la cárcel, y bajo una misma desgracia, se hacen amigos los enemigos más irreconciliables.

La cárcel es un mundo que no conocen, que no pueden conocer bien, ni aun figurarse lo que es, los que no han gemido en ella.

En los primeros momentos, tanto Carreño como yo, y en el punto en que nos reconocimos, sentimos impulsos de arrojarnos el uno sobre el otro y despedazarnos.

Pero él era tan desgraciado por Abigail como yo lo habia sido, y nos unia la comun desgracia y el comun deseo de la venganza, y el convencimiento de que el uno al otro podiamos ayudarnos grandemente en nuestra vida de penas; en aquel infierno abreviado.

Él traia una causa muy fea.

Se trataba de violencias graves, de intento de asesinato y de desacato y resistencia á la justicia.

Por esto se ahorca en España.

En cuanto á mí, no habia que pensar sino en que se me llevaria á la horca en cuanto terminase el lento proceso.

Era necesario, de todo punto necesario, romper nuestros hierros.

¿Cómo?

Éramos dos hombres astutos y fuertes; teniamos sometidos á otros tambien fuertes y astutos, y no habia más sino esperar una ocasion.

Ésta se me habia presentado ántes de la llegada de Carreño á la cárcel; pero de una manera difícil.

Tenia el alcaide, en su compañía, á una muchacha como de diez y siete á diez y ocho años, prima de su mujer.

Era la moza un pino de oro, viva, dispierta, traviesa y atrevida; pero con vergüenza y honrada, y por tener los pensamientos muy altos, no habia encontrado, entre los de su estofa, un hombre de quien enamorarse.

Se llamaba Teresa.

Estaba acostumbrada á la cárcel, donde se habia criado, y no le parecian los

presos criminales, sino una casta de personas que Dios habia hecho para que no estuviese sin habitantes la cárcel.

Así es que los ladrones no la inspiraban desprecio, ni los asesinos temor.

Era como las hijas de los sepultureros, á las que no las huelen mal los cadáveres.

Obra es esto de la costumbre.

Así es que en cuanto me vió, aunque yo llevaba una causa muy negra, Teresa se aficionó de mí.

La aficion se habia ido convirtiendo en gusto, el gusto en amor, el amor en empeño, el empeño en pasion.

Ayudó á esto el conocer ella á mi doña Violante, el verla tan hermosa, el saber que por ella me habia yo perdido, y aquel heroismo que habia tenido de morir por mí.

Mucho debia yo valer, cuando una mujer de la valía de doña Violante por mí se habia sacrificado.

Esto habia excitado á Teresa.

La habia excitado, además, el desden con que yo la traté desde el momento de conocerla, de conocer que me miraba con aficion.

No hay mujer más enamorada que la despreciada.

Así ha hecho Dios á las mujeres, sin duda porque, para sus altos fines, ha querido que la mujer viva sometida al hombre.

Se me trataba con tal rigor, que á pesar de ser yo muy rico, no se me permitia que comiese sino lo que los otros presos comian.

Se me tenia, como á ellos, en una inmunda gazapera.

Se me habia quitado mi traje y se me habian dado unos andrajos.

Me comian la miseria y la desesperacion.

Pero allá van leyes do quieren reyes.

Teresa era la reina de la cárcel.

Por Teresa, mis andrajos se convirtieron en un traje villano y pobre, pero cómodo.

Por ella, no me faltaron jamás camisas limpias.

Por ella, tuve en la cárcel dinero y pude tratarme bien.

No dinero que ella me diese, que no lo tenia; sino el que mis criados la llevaban y que ella me entregaba.

Por ella, tuve una habitacion aparte y un buen lecho, y libros con que entrenerme.

Si yo bajaba todos los dias al pátio y estaba con los otros presos, era por no estar solo.

Teresa, en fin, habia hecho para mi la cárcel lo ménos dura posible.

Hay que poner en cuenta un favor inapreciable, y era que no se me cargaba de hierros.

De las puertas adentro de la cárcel no habia otro poder que el de Teresa.

Como se sabia los dias en que los jueces del distrito habian de ir á la visita,

aquel dia se me ponia al igual de los demás presos, tan andrajoso como ellos, tan cargado de cadenas como ellos, como ellos tan maltratado.

Pero apénas se habia ido la visita, cuando mis andrajos y mis cadenas desaparecian.

Los otros presos callaban porque les tenia cuenta, y además, porque yo me habia hecho respetar por varios de los más bravos que allí habia.

El capitan don Luis de la Bañeza, el antiguo salteador, sabia aun hacerse respetar de aquellos perdidos.

Yo estimaba lo que por mí hacia Teresa.

Pero como estaba con el corazon ardiendo por el amor de mi doña Violante, ni la llama de otro amor podia prender en él, ni la lealtad que yo, por amor á mi doña Violante guardaba, me permitia que ni aun con una ficcion faltase á ella.

Así es, que trataba bien, y aun con agradecimiento, á Teresa, pero sólo como á una amiga.

Esto empeñaba por mí á la moza.

Cuando tan desastradamente y á causa de mi amor doña Violante murió, yo caí enfermo, y de tal gravedad, que se temió por mi vida.

La certeza de que aquella mi peligrosa enfermedad era por una mujer, fué parte para que el amor que ya me tenia Teresa se convirtiera en pasion.

Yo deliraba.

El nombre de mi doña Violante no cesaba en mis labios.

Cuando pasó el delirio, quedó en mi una pena cruel, que la mayor parte del tiempo me tenia llenos de lágrimas los ojos.

Teresa no se habia separado de mí desde que habia caido enfermo.

Una madre no hubiera cuidado de una manera mejor á su hijo.

Yo, á pesar de mi desesperacion, me iba aficionando á la hermosa, á la enamorada Teresa.

Antes la habia estimado como á una dulce amiga que por mí se interesaba.

Despues empecé á amarla como un buen hermano ama á su querida hermana.

Llegué, al fin, á sentir por ella, á pesar de que la aventajaba en algunos años la edad, una especie de amor filial.

En todas las mujeres, aun cuando estén en la infancia, empieza á revelarse la madre.

Porque este es el alto destino para el cual Dios ha creado á la mujer.

Lentamente empecé á reparar en que era muy hermosa.

La especie de adoracion con que me miraba la hacia más hermosa á mis ojos.

Lentamente, la sensualidad excitada por Teresa se fué apoderando de mí.

¡Desdichados, si desdichados ser pudieran, los que bajan á la tumba!

Si la desesperacion no mata á los que les aman y les han sobrevivido, el tiempo, invencible, omnipotente, que todo lo gasta, vá gastando lentamente el dolor.

Llegué á enamorarme de Teresa.

A sentir por ella devoradores deseos.

Ella se sintió al fin feliz.

Ella no deseaba otra cosa que ser amada.

Su amor era un amor del alma.

Me encontré con una virtud incontrastable.

Cuando yo, delirando, la pedia tuviese compasion de mí, y me hiciese dueño de su hermosura, ella me contestaba:

—¿No te basta, señor mio, con toda la posesion de mi alma, que despues de Dios es tuya, y no de nadie ni en la más mínima parte?

Yo insistia y me desesperaba.

Un dia que, anegado en lágrimas, la decia yo que no tenia que agradecerle el que me hubiese salvado la vida, asistiéndome en mi enfermedad, porque no me la habia robado sino para darme la muerte de una manera más lenta y más horrible, me dijo:

—¿Y es posible que así te afanes y así te desesperes por lo que no es más que materia deleznable, y satisfacciones del deseo que yo no entiendo ni quiero entender? ¿Pues qué deseo puede haber comparable, ni qué deleite, al fuego divino del amor, que una misma llama á dos almas vivifica y en una sola alma las convierte?

Y como yo la dijese que Dios habia querido que el amor no fuera amor, si dos criaturas en cuerpo y alma no se unian, ella me respondió:

—No comprendo que puede amarse más que lo que yo te amo, ni que se pueda ser más feliz de lo que yo lo soy por este amor; pero puesto que para ti este amor no es bastante, y que yo no puedo verte sufrir sin sufrir, y el sufrimiento que tu sufrimiento me causa es para mí insoportable, sea lo que tú quieres: unámonos en el cuerpo como nos hemos unido en el alma: pero ha de ser casándonos.

Quedéme absorto.

No podia llegar á más la virtud y el amor de Teresa.

¡Casarse con un hombre que debia morir tal vez dentro de poco!

¡Ser la viuda de un ajusticiado, y ajusticiado por asesino!

¡Heredar la deshonra!

Unos amores secretos la hubieran dejado viuda del corazon.

Pero no la hubieran aportado la infamia.

Sobre sus hijos no hubiera caido aquella maldicion.

—No, la dije conmovido por tanto amor; tú no puedes ser la viuda de un ahorcado.

—¿Y qué me importa? me dijo: ¿crees tú que yo viviré mucho tiempo despues de que tú mueras?

Se me apretó el corazon y rompí á llorar como un niño.

—Casémonos, dijo; yo no puedo verte padecer de ese modo, ni tuya ser puedo sino siendo tu esposa.

Yo acepté.

Me enloquecia aquel arcángel.

Por lo ménos me asombraba, me seducia, me fascinaba, me hacia sentir un amor como el que no lo habia sentido jamás.

Y sin embargo, como vereis, aquello que me inquietaba ni era amor ni pasion.

Era necesidad, insaciabilidad del alma.

Pero el alcaide y su mujer se opusieron, y levantaron el grito al cielo cuando Teresa les hizo la proposicion de casarse conmigo.

Amenazaron á la muchacha de que la echarian de su lado y la enviarian al pueblo con sus padres, y con que á mí me tratarian con todo el rigor con que los alcaldes mandaban que se me tratase.

La sola idea de que su amada Teresa, su niña, su perla, la alegría de sus ojos, llegase á ser la viuda de un ajusticiado, los habia espeluznado y con harta razon.

Por mucho tiempo no permitieron que Teresa y yo nos viéramos á solas.

Pero al fin, á fuerza de disimulaciones suyas y mias, que les hicieron confiar, y ya porque tambien se cansaron de tanta vigilancia, empezaron á dejarnos más libertad.

Estábamos ya los dos desesperados y decididos á todo.

Por entónces fué cuando Rodrigo Carreño entró en la cárcel.

Ya os he dicho la extraña razon, pero bastante, de que en vez de exterminarnos, nos estrechásemos las manos.

Sobrevinieron las confianzas.

Carreño se habia apercibido de los amores que ardian en Teresa y en mí, y me dijo:

—Pues has de saber, don César, que entrambos estamos presos, y burlándose los dos, y tranquila, Abigail, por quien gemimos.

Entónces, aunque á mi alma habia vuelto mi desesperado amor por Abigail, no habia vencido á aquel otro amor que por Teresa sentia.

—No esperes nada, dije á Carreño: por mucho que Teresa me ame, no causará por mí la perdicion de su primo: le ama, así que á su mujer, como si fuesen sus padres; y es por desgracia muy honrada, muy virtuosa y muy firme.

—A nadie ni á nada ama una mujer tanto como al hombre que se la mete entre las cejas, ni su firmeza puede durar más tiempo que el que tarde en volverse loca. Puedes darte y darme por libre: pero para eso es necesario que yo venga á vivir contigo.

Carreño estaba en el patio con los otros presos.

No me fué difícil, valiéndome de un buen presente, el hacer que Carreño fuese á vivir á mi mismo aposento.

Teresa lo procuró.

Desde poco tiempo despues de vivir conmigo Carreño, fuese porque este hubiese dado algun hechizo á Teresa, fuese porque naturalmente su pasion se fuese convirtiendo en hoguera, la verdad fué que yo conocí que Teresa se mostraba conmigo ménos inaccesible.

Hasta entónces nunca habia ido á mi aposento más que de dia, y aquel aposento estaba al paso de las otras habitaciones que con los de su familia, que era larga, y con algunos de los empleados de la cárcel, ocupaba el alcaide.

Pero una noche en que Carreño habia salido para ir á galantear á una criaduela que el alcaide tenia, me sorprendió el ver de improviso, recortándose sobre la luz de la luna que daba en un corredor, al cual daba la puerta de mi aposento, la gentil sombra de Teresa.

Fuíme á ella, y ví con asombro que se dejaba tomar las manos y que alentándome yo por esto, y abrazándola, si bien de si me quitó, lo hizo sin enojo.

Díjome que de tal manera la dominaba mi amor, que no habia podido resistir á la tentacion de venir á verme.

Nos pasamos una gran parte de la noche hablando de nuestros amores, y sólo despues de que Teresa habia desaparecido, apareció Carreño.

—Creo que no podrás negarme que soy un buen brujo, me dijo: véte preparando para ir á tomar el aire libre conmigo á donde mejor nos placiere.

—¿Qué hablas tú de brujerías? le pregunté.

—A tí nada te importa eso, me respondió Carreño; lo que te importa es saber que Teresa es tan tuya como tus orejas.

Y no se engañó Carreño.

Poco tiempo despues Teresa fué mia.

—Somos libres, me dijo Carreño: estáte seguro que Teresa hará todo lo que haya que hacer, aunque sea desollar á sus primos, con tal de que no te ahorquen; y mira que la cosa vá de veras, y que si ántes de un mes no hemos volado, bailas como un niño en el aire.

—Teresa no permitirá que á sus primos les suceda una desgracia, le dije.

—Teresa lo permitirá todo por ti: Teresa está loca: Teresa no vive ni alienta para otra cosa que para tí: además que Teresa aceptará lo que la propondrás.

—¿Y qué es lo que yo he de proponerla?

—Vamos por partes: tú, gracias á Teresa, te comunicas con tus criados.

— Bien.

—No hay más que prevenir á los criados que la noche que se les avise, esperen con un coche, tirado por seis ú ocho mulas que puedan llevarle por el camino, y con dos buenos caballos, cerca de la cárcel. Poco ántes del amanecer, cuando van á abrir las puertas de la villa y todavía no anda gente por la calle, tú, ella y yo, que tendremos ya las llaves de la cárcel, sacaremos de su lecho á los primos de Teresa, cargaremos con ellos y los llevaremos al coche; en seguida escaparemos, y nos iremos á escondernos en seguida al lugar que ya estará prevenido.

—¿Y cómo puede ser tanta y tan difícil cosa? le pregunté.

—Con esto, me respondió.

Y sacó de su bolsillo y me lo mostró, un pequeño botecillo de estaño.

—El alcaide y su mujer, y los criados, y los empleados de la cárcel, me dijo, comen todos juntos: con que Teresa eche lo que hay en este botecillo en la vasija donde se guisa la cena, todos se dormirán al poco tiempo, y de tal manera, que

ni punzándolos con dagas buidas se despierten; pero yo, con otra medicina, haré que se despierte Teresa.

—Dame ese botecillo, le dije de todo punto resuelto; ahora sí que creo que estamos libres.

Vino aquella noche Teresa, y por fortuna mia, espantada, llorosa, desesperada.

La habia dicho su tio, á quien se lo habia dicho el escribano de mi proceso, que de allí á tres dias me iban á leer la sentencia definitiva, despues de lo cual me meterian en capilla.

Me quedaban, pues, apénas seis dias de vida.

Teresa se retorcia los brazos y se mesaba los ricos cabellos.

Lloraba desconsolada, y de tal manera, que parecia que á cada momento se iba á accidentar.

—No te espantes, la dije; que si tú no quieres no me ahorcarán.

—¿Y cómo he de querer yo que te ahorquen? me dijo mirándome con los ojos extraviados como una loca.

—Tú puedes hacer que yo y Carreño, que es un buen amigo, y que dará la traza para ello, nos escapemos.

Se puso pálida como una muerta y me dijo:

—¿Y cómo puede ser eso? ¿tú sabes lo que le sucederia á Dieguete, si tú y Carreño os escapaseis?

Dieguete era su primo, el alcaide.

La informé de todo.

La convencí de que con nosotros se escaparian sus parientes.

De que yo era tan rico que podia ponerles en salvo en tierra extraña, donde holgadamente viviesen.

Teresa estaba loca de amor.

De seguro si la hubiera propuesto un crímen para salvarme, ella hubiera consentido.

Todo, ántes que ver al hombre á quien adoraba en la horca.

Se convino el dia y se preparó todo.

Mis criados recibieron órdenes.

Salió uno de ellos para preparar, en la ciudad de Ávila, donde yo tenia muchos bienes, un escondite seguro, miéntras se preparaba nuestra salida de España.

De allí á dos dias, por la noche, debíamos escapar.

Llegó el momento.

Era la media noche del dia prefijado.

Carreño estaba conmigo.

Nos habíamos desnudado para evitar que si sobreviniese algun incidente imprevisto, causase sospechas el vernos vestidos á una hora tan avanzada.

Nos vestímos.

Carreño se fué á reconocer la habitacion del alcaide.

Volvió á poco.

—Teresa ha cumplido su palabra, me dijo; todos duermen: ni uno solo de los

que viven en las habitaciones del alcaide ha dejado de tomar el soporífero. Teresa duerme tambien: no debemos hacerla despertar sino cuando esté fuera de aquí: ven conmigo: tomaremos las llaves y cargaremos con Teresa.

Seguí á Carreño.

Entramos en la habitacion particular del alcaide.

Dormia al lado de su mujer, y de una manera tan profunda ambos, que por más que los movimos de una ruda manera, no despertaron.

Teresa dormia tambien profundísimamente.

Recorrimos las otras habitaciones.

Dormian los criados del alcaide y los empleados de la cárcel.

Dormian tambien dos alguaciles de casa y corte, que á la cárcel estaban adjuntos y que daban, de dia, en la entrepuerta, la guardia.

—¿Sabes, me dijo Carreño, que ya es enojoso y entretenido el vestir, no sólo á Teresa sino tambien al alcaide y á su mujer? ¿no te parece mejor que los dejemos aquí, que ya despertarán ellos cuando Dios fuere servido?

—Yo no puedo abandonar á Teresa, le dije; la amo, y además, á ella la debemos nuestra libertad y nuestra vida.

—Llevémonos á Teresa; pero los otros ¿para qué?

—Lo he prometido á Teresa, y no quiero que tenga remordimientos.

—Sea como tú quieras, me respondió: pero no perdamos el tiempo: supon que en este momento traen un preso á la cárcel.

Como si el diablo lo hubiera estado oyendo, llamaron en aquel mismo punto á grandes golpes á la puerta de la cárcel.

—¿No lo decia yo? exclamó Carreño; afortunadamente ya lo tenia yo todo prevenido, y esto que sucede estaba previsto.

Nos encontrábamos en aquel momento en la habitacion del alcaide, en la que habia un balcon que daba sobre la puerta de la cárcel.

Carreño abrió el balcon, y sin meterse á averiguar quién era el que llamaba, silbó de una manera poderosa.

Habia en dos casas, pagados los dueños á peso de oro, frente á la cárcel, cincuenta hombres de los más malos y de los más lanzados á todo, de Madrid.

Cada uno de estos hombres, perfectamente armados, tenia un caballo.

Habia dos caballos además.

Dentro de la casa más grande habia un coche de camino con diez mulas.

Era el dueño de la una de las casas, un corredor de granos, que más de una vez habia estado en la cárcel por fechorías, y el de la otra, un dómine que vivia miserablemente de dar lecciones, por las casas, á los niños.

Vieron el cielo abierto cuando se encontraron con una razonable cantidad de oro en las manos, y se prestaron á ocultar nuestra gente hasta la hora de dar el golpe.

Ellos se debian venir con nosotros.

Al resonar el silbido de Carreño, se abrieron de par en par las puertas de las dos casas, que no estaban más que encajadas, y nuestros cincuenta hombres, espada en mano, cayeron de improviso sobre las gentes que en la puerta de la

cárcel estaban, y que eran un alcalde, con una ronda de cuatro ó seis alguaciles, que traia presas á dos mujerzuelas.

Ni aun hubo necesidad de reñir.

Al verse con tanta gente encima y tan decidida, alcalde y alguaciles se rindieron humildemente.

Carreño, entretanto, se habia apoderado del haz de llaves, que estaba colgado á la cabecera del lecho del alcaide, habia bajado y habia abierto la gran puerta de la cárcel.

El alcalde, los alguaciles, las dos mujerzuelas y nuestros cincuenta hombres, entraron, y las puertas de la cárcel volvieron á cerrarse.

El alcalde hizo un esfuerzo por cumplir con su deber.

Empezó á amonestarnos, pero se le amenazó con darle una paliza si continuaba, y se calló.

No habia que perder un momento.

Quitamos sus capas al alcalde y á los alguaciles, y en tres de ellas, sin meternos á vestirlos, envolvimos á Teresa, al alcaide y á su mujer; pero tomamos sus trajes, que estaban junto á ellos, para que se vistiesen despues.

El coche de camino estaba ya delante de la cárcel.

En él metimos á Teresa, á Dieguete y á su mujer, y Carreño y yo entramos con ellos.

Habíamos encerrado en un cuartucho de la entrepuerta de la cárcel, al alcalde, á los alguaciles y á las mujerzuelas.

Nuestros hombres habian montado á caballo.

El corredor de granos y el dómine estaban á caballo tambien.

Se les habia prometido que se vendrian con nosotros, y era necesario, y además prudente, el que con nosotros se viniesen.

Así quedaba cortado todo rastro.

No podíamos esperar al amanecer á que se abriesen las puertas.

Nos dirigimos al trote hácia la de Alcalá.

Algunos de nuestros hombres echaron pié á tierra, llegaron á la puerta, sorprendieron á los guardas, les quitaron las llaves, y abrieron la puerta.

Los guardas se quedaron atados y amordazados.

Nos lanzamos al escape por la ronda, y ganamos el camino de Castilla.

Corrimos, corrimos y corrimos.

Aun no eran las seis de la mañana, y todavía de noche, porque era invierno, cuando llegamos al Escorial.

Allí nos esperaban algunos de mis criados.

Salimos con ellos fuera del pueblo, y llegamos á un lugar escabroso por donde pasaba el camino.

Nos embreñamos en la sierra.

Llegamos á un hato de pastores.

Allí habian reunido nuestros criados otros cuantos hombres, todos duros, todos avezados á la vida airada, un lobo cada uno de ellos.

Se les repartió dinero.

Yo habia tenido, mucho tiempo ántes, la prevision de vender casi toda la hacienda que tenia en España, y un mi fiel criado, que habia heredado el cargo de mayordomo por la muerte del pobre Cristóbal, tenia escondido en el sótano de la casa donde debíamos ocultarnos, cerca de Ávila, todo mi tesoro.

Me quedaban aun, y me quedan, muchos bienes en Nápoles.

Con estos solos bienes, yo soy muy rico.

Los pastores, que habian sido bien pagados, nos recibieron de la manera más servicial del mundo.

Teresa y sus primos no habian despertado aun.

Habian sido conducidos como pudieran haberlo sido dos cadáveres.

Las pastoras vistieron á Teresa y á su prima, con sus propios trajes, que como ya he dicho, nos habíamos llevado, y Carreño y yo vestimos á Dieguete.

Se les acomodó en lechos de pieles, que las pastoras nos pusieron.

No quiero deciros, por abreviar, lo que sucedió cuando despertó Dieguete.

Su extrañeza, cuando se vió en el hato de los pastores.

Su desesperacion, cuando supo lo que habia sucedido.

Pero no podia hacer ya otra cosa que conformarse.

Cuando supo, además, que teníamos segura por Portugal la salida de España, y que fuera de España seria rico, creció su asombro.

Por la tarde llegó uno de los nuestros que en Madrid se habia quedado á husmear lo que sucediera, y nos dijo que Madrid estaba alborotado con la noticia de que nos habíamos escapado de la cárcel.

Que el rey habia mandado se nos buscase al momento, y que allí donde se nos encontrase se nos ahorcase, y que nuestros cadáveres fuesen conducidos á Madrid para escarmiento de todos.

Que, en fin, la gente que se habia enviado tras de nosotros, habia ido toda por el camino de Aragon, engañada la justicia por aquello de haber salido nosotros por la puerta de Alcalá.

Sobre el camino de Castilla, cerca del Escorial, habíamos dejado nosotros espías.

Poco despues de cerrar la noche, vinieron, y nos dijeron que á nadie habian visto por el camino, que oliese á soldado, á alguacil ó á cuadrillero.

Indudablemente, por el camino de Castilla no se nos buscaba.

Salimos de la sierra sin hacer violencia á los pastores; ántes bien, habiéndolos dejado excesivamente pagados y contentos.

Los pastores nunca delatan á los fugitivos á quienes amparan.

Nos desenvolvimos de la sierra, y llegamos al camino, á eso de las nueve de la noche.

Entónces, con el ganado descansado, seguimos corriendo hácia Ávila.

Llegamos á la vista de ella, dos horas ántes del amanecer.

No debíamos entrar en Ávila.

Íbamos á parar á un gran cortijo, como á una legua de la ciudad.

Este cortijo era de un grande amigo de Carreño.

Estaba fuera de todo camino.

En él podíamos estar con toda seguridad.

Sin embargo, yo no despedí ninguno de mis hombres.

Me hacian falta.

Descansamos.

Algunos dias despues, dije yo á Carreño:

—¿Qué te parece si hiciéramos un reconocimiento sobre el camino?

—No me parece mal, me respondió; y con las gentes que traemos, me rio yo de los cuadrilleros de la Santa Hermandad de diez leguas á la redonda.

Cabalgué con mi gente, y me fuí hácia Madrid.

Yo iba como acostumbraba á ir cuando me llamaba don Luis de la Bañeza.

Con arnés completo, y á más, con antifaz sobre el rostro.

Carreño iba lo mismo que yo.

Nuestros hombres, bien montados y bien armados, llevaban medios arneses, lanzas y arcabuces.

Todos llevaban, como Carreño y como yo, antifaces.

Recorríamos las villas, los pueblos, los lugares, pero en ninguna parte haciamos robos, ni á nadie maltratábamos.

Antes bien, haciamos muchas limosnas á los pobres.

Algunos alcaldes me preguntaron quién era yo, y por qué andaba de aquella manera tan encubierto y tan desconocido.

Yo les respondí á todos que iba cumpliendo un voto que habia hecho á Dios y á la Santísima Vírgen; y como no haciamos daño, ántes sí mucho bien, los alcaldes no se quejaban ni daban cuenta á nadie.

No era sólo mi objeto reconocer la tierra, para ver si estaba para nosotros segura, porque habia mucho camino que andar desde Avila á Portugal.

Yo me habia dejado en Madrid una prenda de mis entrañas.

Mi hija; la hija que habia tenido de mi desventurada doña Violante.

Teresa habia dulcificado un punto mi vida con su amor.

Pero no habia arrojado de mi memoria, ni habrá nadie que la arroje, á aquella desventurada que por mí habia muerto.

No habia nada, además, que pudiese impedir que yo buscase á la hija de mi amor.

Mis criados la habian buscado en la Inclusa, donde seguramente la habia llevado la justicia cuando prendió á su madre.

En efecto; la habian llevado á la Inclusa.

Pero allí habia estado muy poco tiempo.

Pocos dias despues de llevarla á ella la justicia, la habian sacado por medio de una órden, y se la habian llevado.

No fué posible saber quién habia dictado aquella órden, ni quién el que con aquella órden se la habia llevado.

Yo tenia espías encargados de averiguar.

Habia traslucido que quien se habia llevado á la niña, creyendo sin duda obligar con ella á la madre, era el padre Málaga.

Yo, pues, no queria separarme de Madrid ni salir de España sin ver ántes si podia recuperar á mi hija.

Yo no podia engañarme.

No podia en manera alguna confundir á otra criatura que se me presentara con mi pobre hija.

Tenia ésta seis dedos en el pié izquierdo.

Esto no la desfiguraba en manera alguna el pié.

Eran más bien que seis dedos, el repetido de estar partido el dedo pequeño.

Sospechoso yo, y con grandes fundamentos, que el padre Málaga, valiéndose de sus influencias, era el que habia sacado á mi hija de la Inclusa, ansiaba coger entre mis manos á aquel infame.

Era la cuaresma, y sabia yo que por este tiempo el padre Málaga, así como otros religiosos de su órden, salian de Madrid á predicar por los pueblos y las villas, y á una distancia de diez ó doce leguas, en cuyas excursiones sacaban una píngüe limosna para sus conventos.

Lo tenia preparado todo para que se me avisase de cuando el padre Málaga hubiese salido de Madrid.

Era uno de los más famosos predicadores franciscanos, y era indudable que aquella cuaresma saldria, como otras, á predicar por los alrededores.

Al fin, y estando yo cerca de Guadalajara, me avisaron de que á Guadalajara habia ido á predicar el padre Málaga.

Que estaba ya allí, y que pasados tres dias, debia ir á predicar á Alcalá.

Me aposté en el camino, embreñado, á fin de que los viandantes no reparasen en mí.

Un pastor, largamente pagado, esperaba en el camino con unas cuantas cabras que cerca del camino pastaban.

Allá al medio dia, llegó el pastor y nos dijo que acababan de pasar por el camino tres frailes franciscanos, el uno de misa, y los otros legos.

El de misa iba en un asno.

Los donados á pié.

Por las señas, conocí que se trataba del padre Málaga.

Salí como un rayo con Carreño y con mis cien hombres, nos tendimos á la carrera, y á los pocos minutos distinguimos á los tres franciscanos.

En un momento los alcanzamos y los cercamos.

Era, en efecto, el padre Málaga.

No he conocido jamás un hombre más audaz.

Sacó un Crucifijo, lo levantó en alto, y empezó á exhortar á mi gente, á amenazarles con la ira de Dios, y con la más inmediata en la tierra, de la Inquisicion.

Pero mi gente estaba hecha á prueba de estas exhortaciones, y de nada le valieron las suyas al padre Málaga.

Metimos en la sierra á los tres frailes, y cuando estuvimos bien embreñados, nos detuvimos.

Sólo entónces me levanté la visera, me quité el antifaz, y me dejé ver de aquel infame.

La sorpresa y el terror que se pintaron en su semblante, me demostraron que él, ni siquiera habia sospechado que yo fuese quien me habia apoderado de él.

Tal vez habia creido que con él nos haciamos una presa para sacar dinero al rico convento de Mendigantes de Capuchinos de la Paciencia.

—¿Con qué tú eres, le dije, el que así pagas los beneficios; el que hace prender á los que te socorren y te salvan la vida; el que causa la muerte de la madre, y se apodera de su hija?

—Yo no he hecho nada de eso, me respondió con la mayor desvergüenza el padre Málaga; dí que me aborreces, que has querido saciar tu saña en mí, y que buscas pretextos para dar un color de justicia á tu crímen.

—No recordemos historias pasadas, le dije; lo que ya ha sucedido, ya no tiene remedio; tú me has herido el corazon una vez y otra vez, y mereces todo el desagravio que yo de tí me tome, por sangriento y terrible que sea. En mi poder estás, y si yo quiero, como querré, si á lo que te voy á pedir no asientes, irás muy pronto á verle las barbas al Padre Eterno, si no los cuernos á Satanás.

—Pregúntame, que yo te responderé lo que sepa, me dijo.

—¿Qué has hecho de la hija de doña Violante y mia? le pregunté.

—Nada puedo decirte, me respondió, porque yo no sé lo que haya sido de esa desventurada.

A una señal mia, se apoderaron del padre Málaga dos de mis lobos.

—Dadle garrotillo en los dedos pulgares, hasta que confiese, les dije.

—¡Yo no sé lo que ha sido de tu hija! dijo lanzando un gemido el padre Málaga.

—¡El garrotillo, el garrotillo! exclamé yo.

Mis muchachos echaron el garrotillo al padre Málaga, y éste, á la primera vuelta, dió un alarido.

—Díme lo que ha sido de mi hija, le dije.

—¡Yo te lo diré!... me respondió; pero que me suelten: sufro mucho: este dolor es insoportable.

—Más insoportable es el que yo siento por la muerte desastrada de doña Violante en el tormento; por la pérdida de mi hija: en fin, yo te perdonaré la muerte de la madre si me dás la hija.

Y mandé deshicieran la vuelta de garrotillo que habian dado al fraile.

—Déjame, me dijo, que yo vuelva á mi convento, y te juro *in verbo* de sacerdote devolverte tu hija.

—Yo no te soltaré, hasta que mi hija esté en mi poder, le respondí.

—Déjame á lo ménos un plazo, para que yo pueda enviar á álguien con una carta mia para que le entreguen tu hija.

—Esto es razonable.

Hice que curaran los dedos al padre Málaga, y aquella noche, me lo llevé con sus legos á mi cortijo, cerca de Alcalá, donde encerré á los tres frailes en un sótano, poniéndoles á pan y agua.

El padre Málaga escribió una carta para un alguacil del Santo Oficio, que vivia en la Caba-baja de San Miguel, con la órden de que entregase la niña que en su poder tenia, á quien aquella carta le presentara.

Yo le ví escribir la carta: él escribió lo que yo le dicté, y cuando minuciosamente examiné lo escrito, ví que no tenia seña alguna particular.

Se envió á un hombre de confianza, atrevido y de buen ingenio á Madrid.

Yo estaba alegre.

Tenia en Teresa un amor que me satisfacia, aunque no bastaba á contrarestar el violento amor que en mí habia vuelto á despertarse por Abigail, y creia seguro que mi hija, la última prenda de mi doña Violante, á la que no habia olvidado, me seria devuelta.

Pero el mensajero volvió sin mi hija.

En efecto; el alguacil del Santo Oficio á quien habia escrito el padre Málaga, habia vivido con su mujer y con una niña pequeña que no era su hija, en la Caba-baja de San Miguel; pero habia desaparecido tres dias ántes, con la mujer y con la niña, y no se sabia dónde paraba.

El padre Málaga se aterró.

—Ya veis, me dijo, que yo no os engañaba: que hace tres dias no podia yo adivinar que vos me pondríais en este trance, y no he podido mandar á ese alguacil que desaparezca: por algun delito ha huido, que era un mal hombre: ¿por qué no esperar á que la justicia le encuentre? y sobre todo, ¿por qué no dejarme libre para que yo le busque, que yo le encontraré? Pues qué, si yo os engañase, ¿no sois vos bastante poderoso para vengaros de mí en cualquier tiempo y lugar?

—Yo lo haré todo menos soltaros.

Le concedí otros quince dias de plazo, y él me procuró indicios y medios para poder dar con el alguacil.

Fueron á esto á Madrid algunos de los mios, y volvieron trayéndome un hombrecillo ruin, de semblante duro y tenebroso, que se echó á mis piés apénas me vió.

Era el alguacil Lagarto, galeote indultado de las galeras del rey, á las que habia sido condenado por homicidio y robos, que habia sido favorecido por el padre Málaga, que le habia metido entre los alguaciles de la Inquisicion, y al cual habia servido en cuantas iniquidades le habia recomendado.

El padre Málaga se aterró en cuanto vió en mi poder al alguacil Lagarto.

Éste declaró, que él mismo habia sido el que habia dicho al que habia ido con la carta, que el alguacil Lagarto habia desaparecido con su mujer y con una niña pequeña; y que habia hecho esto, porque el padre Málaga le habia prevenido que no hiciese caso de cartas suyas que no llevasen en la nema tres cruces, ¡y como la que se le habia presentado no las tenia, para salir del paso, habia dicho al mensajero lo de la desaparicion, tres dias hacia, con su familia, del alguacil Lagarto: que en cuanto á la niña, habia muerto de garrotillo tres dias ántes.

Mis gentes se habian apoderado del alguacil Lagarto, engañándole, llevándole á beber, y dándole un narcótico, del cual los habia provisto Carreño.

Le metieron dormido en un coche.

Me lo trajeron.

Cuando yo oí afirmar á Lagarto que mi hija habia muerto, le mandé dar tormento.

Aterrado por él, me confesó que mi hija vivia, y que él mandaria á su mujer, se entregase la niña á quien fuese por ella.

Volvieron mis emisarios.

Pero entónces no parecia, ni muerta ni viva, la mujer del alguacil.

Decian los vecinos, que viendo que su marido no habia vuelto en dos noches, habia dejado la casa, yéndose con la niña; y habia quien aseguraba que la alguacila, que era una buena moza y de genio alegre, se habia ido con un amante.

Creí que todo aquello no era más que el complemento de un exceso de precauciones del padre Málaga, y le atormenté crudamente, así como al alguacil Lagarto.

Pero hube de convencerme de que la mujer de Lagarto habia obrado por su cuenta, y con un antiguo amante suyo se habia ido, robando á su marido.

Como esto era ya otro negocio, para el cual no necesitaba contar con el padre Málaga, destrozado aun por los crueles tratos de cuerda que le mandé dar, hice que le ahorcaran de un árbol.

Cuando le ví muerto, hice matar á cuchilladas á los legos y al alguacil Lagarto, porque me estorbaban si los retenia conmigo, y si los soltaba, me obligaban á buscar un nuevo escondite.

Los cadáveres fueron sepultados en el sótano del cortijo.

Yo envié gentes hábiles y bien pagadas, para que buscasen á la mujer del alguacil.

Dieron al fin con ella.

Estaba en Toledo, con uno de los pertigueros de la catedral, que este oficio tenia su amante; pero no tenia la niña.

Declaró que, teniendo celos de aquella niña su amante, la habian vendido á unos hombres que la habian propuesto la venta, y que no sabia quiénes aquellos hombres fuesen.

Se la preguntó si eran gitanos, y respondió que no, pero sí que parecian extranjeros, y que iba con ellos una señora muy hermosa y muy triste, que cuando tomó á la niña entre sus brazos, la estrechó en ellos, y la besó llorando.

Me asaltó una sospecha.

¿No habria muerto en el tormento mi doña Violante?

¿Se me habria engañado?

Necesario era averiguar esto.

Volvieron á partir mis emisarios muy provistos de dinero, y unos que á los ocho dias vinieron, me trajeron las señas que de aquella señora que habia comprado la niña, les habia dado la mujer del alguacil.

Aquellas señas convenian completamente con las de doña Violante.

De tal manera, que era necesario creer que doña Violante no habia muerto.

¿Pero cómo, siendo esto asi, no habia procurado ella que yo supiera en mi prision, que vivia, que me amaba?

Esto era un misterio.

Tal vez la habia sacado de la cárcel, valiéndose de alguna industria, el padre Málaga.

Me arrepentí entónces de haberle matado tan pronto.

Era necesario saber lo que en la cárcel habia pasado, y yo tenia cerca de mí quien pudiera decírmelo.

Teresa y sus primos.

Teresa me habia dicho, que de resultas de haber sido atormentada, habia muerto doña Violante.

Esto mismo me habian confirmado Dieguete y su mujer.

Volvi á preguntarles, comunicándoles lo que habia averiguado, y todos me respondieron contestes:

—Doña Violante fué duramente atormentada, y se desmayó, de cuyo desmayo no volvió: los médicos declararon que habia muerto: fueron por ella los sepultureros de la parroquia de San Pedro, y aquella noche la enterraron en el cementerio de la misma parroquia.

Yo no podia creer que mintiesen Dieguete, su mujer y Teresa.

Yo sabia hasta qué punto Teresa me amaba, y que por nada del mundo era capaz de engañarme.

Volví á enviar á Madrid á mis emisarios, con la órden de que se apoderasen del sepulturero mayor de la parroquia de San Pedro, de la misma manera que se habian apoderado del alguacil Lagarto.

A los ocho dias volvieron con el sepulturero mayor de la parroquia de San Pedro.

Le habian engañado por medio de una muchacha de buenos bigotes, que se lo habia llevado á su casa, le habia dado de cenar, y en la cena le habia administrado el soporífero.

No fué necesario atormentar á aquel vejete.

Declaró al momento, que la misma noche en que fué enterrada, de órden del alcalde, una señora que habia estado presa en la cárcel de corte, y que se llamaba doña Violante, se habian presentado cuatro caballeros que le habian prometido una gran suma si les entregaba el cadáver de doña Violante, que acababa de ser enterrada: que como él nada arriesgaba en esto, la habia descubierto y sacado de su ataud, y amortajada como estaba, la habia entregado á aquellos caballeros, que habian metido el cadáver en un coche y se habian ido con él.

Que él no sabia quiénes aquellos caballeros fuesen, porque estaban todos enmascarados.

Habia dicho con tal sinceridad estas palabras el sepulturero, que no pude dudar de ellas.

Le retuve, sin embargo, por prudencia.

Habia que averiguar dónde paraba doña Violante.

Se tenian algunos indicios.

Se buscó, y se supo, siguiéndoles los pasos, que de Toledo habian ido á Córdoba; de Córdoba á Sevilla, y que allí se habian embarcado en el rio, en un bergantin.

Se averiguó cuál era el bergantin.

Se esperó á que regresara.

Se supo que habia llevado á Málaga á la señora cuyas señas se daban.

Que la acompañaban tres caballeros ancianos, y al parecer ricos y nobles.

Averiguando más, se supo que habian estado más de un mes en Málaga, esperando á que la señora, que estaba muy enferma, se repusiese, y que al fin se habian embarcado en un buque italiano que habia zarpado para Génova.

Teníamos ya el rastro fuera de España.

¿Qué era, pues, lo que podia hacerme permanecer en ella?

Emprendí, pues, mi camino, con mi Teresa, con sus primos, con Carreño, con el sepulturero de San Pedro, y con toda mi gente hácia Portugal, á cuya raya llegamos ocho dias despues.

Allí licencié á mi gente; solté al sepulturero, dándole dineros para que pudiese volver á Madrid, y me entré en Portugal con Teresa, sus primos y Carreño, y mi mayordomo y dos criados.

Los primos de Teresa quisieron ir á vivir á Lisboa, á poner allí una industria con lo que yo les dí, que no fué poco, y al fin, libre y desembarazado, me fuí con Teresa, con Carreño y con mis criados á Oporto, donde fleté un buque, y me vine á Génova.

Allí, á fuerza de inquirir y de preguntar, averigüé que la señora cuyas señas yo daba, con una niña pequeña y tres caballeros ancianos, habian llegado algunos meses ántes, habian permanecido en la ciudad un mes, y al fin todos habian partido para Roma.

A Roma me vine yo con Teresa y con Carreño y mis criados.

Hasta aquí mi historia, señores mios; lo que resta, y en que ya aparece Abigail, os lo contaré tambien brevemente. Ahora dejadme por algunos momentos descansar.

Donna Beatriz y Cervantes dejaron solo á don César.

Pero don César no podia escapar; estaba bien asegurado.

CAPÍTULO VIII.

De como fué en demasia generoso para don César, Miguel de Cervantes.

—Este hombre es muy mal hombre, dijo Cervantes cuando estuvo solo, en otra habitacion, con *donna* Beatriz, y mucho me temo que en gran parte, la historia que nos ha contado sea apócrifa.

—¿Y qué interés podia tener en ello? dijo *donna* Beatriz.

—El de movernos á compasion con sus desgracias, para que no le entreguemos, como debemos, á la justicia.

—Oigámosle hasta el fin, dijo *donna* Beatriz, que oyéndole, veremos lo que debemos hacer: afortunadamente, nuestro hermano no corre peligro alguno, y creo no habrá necesidad de que intervenga en nada la justicia.

Volvieron á entrar, y encontraron á don César ensimismado, y tan triste, que no parecia sino que habian pasado por él todas las desventuras del mundo.

Tomaron de nuevo asiento *donna* Beatriz y Miguel, y alentaron á don César para que continuase su relacion.

Contóles éste, como una vez en Roma, sin encontrar en ella á doña Violante, ni indicio alguno por el que se pudiese venir en conocimiento de que ella habia estado en aquella ciudad, con su hija y tres caballeros ancianos, habia encontrado á Abigail.

Manifestóles que al encontrarla, habia sentido renacer la llama del violento amor que por Abigail habia sentido, y de tal manera, que se habia olvidado completamente de doña Violante, y aun de su hija.

Contóles cómo habia conocido al capitan Rugiero Staglioni, el terrible bandido de la campiña; cómo habia entrado en la compañía, y cómo, en fin, se habia encargado, engañando á Staglioni, de entrar en la casa de monseñor Aquaviva con Carreño, y de asesinar al cardenal.

—Una pasion violenta, dijo, que ha sido la causa de mis desventuras y de mis crímenes, al fin ha sido la que me ha impulsado al mal hecho en que me habeis encontrado, señores mios; esa mujer ha nacido para ser mi demonio, y continúa siéndolo: si todo lo que os he referido no basta para disculparme en parte, de lo que he hecho, á vuestra merced estoy; haced de mí lo que fuéreis servidos: entregadme á la justicia ó matadme: yo no me quejaré; porque quien

ha hecho lo que yo he hecho, no tiene razon para quejarse, cuando le alcanza terrible é inevitable la justicia de Dios.

—Puesto que vuestro intento de crímen se ha frustrado, dijo Cervantes, yo no os entregaré á la justicia, que no soy ni soplon ni alguacil, ni, aunque por vuestros grandes delitos debiérais ser castigado, soy yo la justicia: en la parte que toca á la injuria que nos habeis hecho, atentando á la vida de nuestro hermano, tampoco puedo tomar desagravio; que un hombre honrado se mancharia, cruzando su espada, fuera del caso de defensa propia, con un hombre tal como vos, que ya sea por perversidad ó por desventura, ha cometido tan grandes crímenes: y como yo no tengo autoridad alguna para daros preso, os suelto con el advertimiento de que mireis lo que haceis; porque si en otra ocasion os hallo en que contra nosotros os volvais, no tendré para vos piedad ni misericordia. Y como nada más tenemos ya que hablar, voy á mandar á un criado que os lleve á la puerta de la calle y os la franquee: idos, y que Dios os acorra y os haga conocer, que á quien más conviene vuestra enmienda es á vos mismo.

—Tanto me habeis obligado, señor Miguel de Cervantes, dijo don César, que no puedo ménos de deciros que vos y vuestra esposa estais en grandes peligros, y tales, que puede ser que algun dia pueda tener yo ocasion de demostraros hasta qué punto soy agradecido.

—No quiero preguntaros cuáles sean los males que nos amenazan, que yo sé muy bien, que cuando Dios quiere que las cosas sucedan, á pesar de todo el poder humano sobrevienen; y cuando no, no hay para qué ocuparse de ellas, como que son cosas que no han de suceder.

—Pues valga por lo que valiere, dijo don César, yo os digo que vos y vuestra esposa os guardeis de ese vuestro hermano, monseñor Aquaviva, al cual esta noche de tal y de tan generosa manera habeis defendido.

—Basta ya, dijo Miguel de Cervantes, que yo no quiero creer, ni aun pensar en falsedades que sin duda os dictan el despecho y la venganza.

—Sea lo que fuere, contestó humildemente don César, yo he cumplido con mi obligacion advirtiéndoos, y acabaré de cumplirla, velando por vos y por vuestra esposa.

—Bastará, dijo Miguel, con que Dios nos proteja.

Y llamando á un criado, le mandó acompañar hasta la puerta á don César.

Fuése don César.

El criado le franqueó la puerta.

Don César se alejó murmurando:

—Puede ser que no tarde el momento en que yo pueda demostraros que no en vano os habia advertido: generosos habeis andado conmigo, pero en demasía despreciadores. ¿Sabeis acaso hasta qué punto pueden llevaros las desgracias, y si éstas os harán más criminales aun de lo que yo lo soy? ¡Pero Abigail!... ¡siempre esa terrible mujer! ¿qué habrá sido de ella? ¿habrá huido? ¿habrá permanecido en la casa de su víctima?

Preso, como sabemos, don César por Cervantes en el palacio de Atri, no podia saber lo que habia sido de Abigail.

Estaba muy léjos de sospechar que el panadero Bartolini, el hijo de la *Fornarina,* la tenia en su casa.

A ella se fué don César, en busca de Rugiero Staglioni, y llegó pronto, porque aquella casa estaba á poca distancia del palacio de los Magos.

CAPÍTULO IX.

De como los pícaros no pueden resistir fácilmente á las tentaciones, y en que, además de saber lo que hizo Staglioni con don César, se vé que puede muy bien no cogerse el fruto de una tentacion á que no se ha sabido resistir.

Staglioni, Barbetti y Giuseppe Sparzo habian salido de la casa de Bartolini, para reconocer el palacio de Atri, cumpliendo este último con el encargo que le habia hecho su señora.

Atravesaron la plaza, siguieron por la calleja que conducia al puente de Sant Angelo, y allí Staglioni, afectando un asunto urgente, se despidió de Barbetti y de Sparzo, encargándoles fuesen solos á reconocer el palacio de Atri, volviendo cuanto ántes casa de Bartoloni á darle cuenta de lo ocurrido.

Staglioni temia, y no en vano, que si don César podia librarse de las manos de Cervantes, iria en su busca: dió, pues, un pequeño rodeo y regresó á la casa del Fornaro.

Entre tanto, Barbetti y parzo tomaron á lo largo del Tíber, recorrieron el Puente de Sant Angelo, y llegando á la vertiente opuesta de la colina en que se alzaba la villa Borghese, entraron en la gruta y luego en la mina, llegando al fin al palacio de Atri.

El diálogo que llevaron por el camino los dos bandidos, no nos importa gran cosa.

Hablaron de todo lo que se les ocurrió, y principalmente, de la gran belleza de la jóven nieta de la *Fornarina,* Paulina Bartolini.

Entraron en la cámara-dormitorio de monseñor Aquaviva.

En medio de la cámara, sobre un gran charco de sangre que empapaba la gruesa alfombra, estaba, tendido, inmóvil, sin conocimiento, por la sangre que habia perdido, Rodrigo Carreño.

—Veamos lo que es éste, dijo Barbetti, inclinándose sobre Carreño.

—Poco ménos que un muerto, dijo Sparzo.

—Tiene cara de garduña, dijo Barbetti, y es duro como un diablo; el maldito debe de tener siete vidas.

—¿Y qué hacemos con él? dijo Sparzo.

—Dejarle como le hemos encontrado, respondió Barbetti.

—Se le vá á llevar el diablo.

—¿Y qué importa? él habrá ido á donde debe ir, y el diablo habrá dejado de esperar.

—Dices bien: además, nosotros no traemos órden para otra cosa.

—Y es lástima, dijo Barbetti, que no podamos llevarnos algo.

—¡Cepos quedos! exclamó Sparzo: tengamos presente, que sólo se nos ha mandado vengamos á ver lo que aquí sucede. Acabemos de registrar el palacio. Vámonos á las habitaciones de la servidumbre.

Salieron de allí.

Entraron en diferentes habitaciones de criados.

Todos dormian profundamente.

Dieron en las habitaciones de Abigail.

Entraron en el dormitorio de ésta.

El lecho estaba intacto.

Como que no se le habia ocupado.

Entraron en un pequeño aposento contiguo.

En él se notaba un olor á mujer, bastante fuerte.

—Aquí duerme una negra, dijo Barbetti, dilatando las narices y contrayéndolas, olfateando, en una palabra: lo conozco por el olor.

É inclinando la luz de su linterna, añadió:

—Necesariamente: una negra, y jóven y hermosísima.

—Pero con su jeta, dijo Sparzo: este es el único defecto que he encontrado siempre á Zaphirah.

—¡Cómo! ¿tú la conoces? dijo Barbetti.

—¿Pues á quien no conozco yo en esta casa? dijo Sparzo: qué, ¿no soy yo el mayordomo, el hombre de confianza de *donna* Beatriz?

—Es verdad, dijo Barbetti: me he atosigado á la vista de esta estátua de ébano viviente, y no sé lo que me digo.

—Lo que á tí te atosiga, dijo Sparzo, es el brillo de los diamantes de sus pendientes.

—¿Y á tí no? dijo Barbetti.

—Confieso que no se me van los ojos de ese diamante que tiene en la mano derecha.

—Sparzo, la tentacion me agarra.

—Y á mí me muerde.

—¿No te parece que no arriesgamos gran cosa si la quitamos la sortija y los pendientes? dijo Barbetti.

—Me parece que no cometeríamos un gran pecado, dijo Sparzo. Sobre todo; ¿por qué no hemos de dar ocasion á que mañana se entretengan en reñir, todas estas señoritas de la servidumbre de la hermosísima doña Abigail?

—No deben reñir, dijo Barbetti; porque se habrán encontrado en el dormitorio

del señor, un hombre muerto, ó casi muerto, y conocerán que en la casa ha entrado *buena gente.*

—Pero como resultará que en la casa no faltará nada más que los pendientes y la sortija de esta negra hermosura, ella no podrá creer que se las ha quitado quien haya matado ó herido al señor Carreño.

—Es verdad; pero como el capitan Staglioni nos ha dicho que á nada toquemos, exclamó Barbetti, nos exponemos á algo duro; yo por lo ménos; ya sabes tú quién es el capitan.

—Si en esto el capitan se entromete, si es que lo sabe, dijo Sparzo, échame á mí la culpa.

—Será necesario que yo dé cuenta de ello al capitan: de otro modo, me castigaria á sangre porque no se lo habia dicho.

—En buen hora: el capitan nada tiene ya que ver conmigo, dijo Sparzo.

—¿Conque, nos decidimos? dijo Barbetti.

—Por decididos: yo me quedo con la sortija.

—Y yo con los pendientes.

—Que no tengamos luego reclamaciones, si te parece que la sortija vale más que los pendientes.

—Lo mismo digo, contestó Barbetti.

Un momento despues, Zaphirah estaba despojada de sus pendientes y de su sortija.

—Reconozcamos cuál de las dos prendas vale más, dijo Barbetti.

—Veamos, contestó Sparzo.

Los dos eran muy expertos.

Reconocieron que el valor de ambas alhajas era casi equivalente.

Cada una de ellas fué tasada, como hubiera podido hacerlo un joyero, en quinientos escudos romanos.

—Otra vez emplearemos mejor el tiempo, dijo Barbetti.

—Ciertamente, exclamó Sparzo: ¡y qué lástima! ¡y tan hermosa!

—¡Afuera malas tentaciones, tanto por ésta como por las otras! dijo Barbetti, que pudiera tomarlo muy á mal el capitan, y aun que tú no estás bajo su mano, no quieras que él me siente la suya, y de una manera demasiado grave.

—Está tranquilo, dijo Sparzo, que yo no comprometo á mis buenos amigos. Acabemos de reconocer.

Registraron algunos dormitorios de mujeres, y aun que pudieron aprovecharse de algun collar, ó alguna alhaja de regular precio, se contuvieron.

Bastaba con lo hecho, y como ellos decian, ya no se habia perdido la noche.

Despues de haber reconocido el palacio, de haber visto que en él todos dormian, Barbetti y Sparzo se volvieron á casa de Bartolini.

Entraron en ella, poco despues que don César Estéban de Chouzan.

Staglioni estaba encerrado con él.

Bartolini dormitaba sobre una saca.

Paulina leia sobre una pequeña mesa, á la luz de una vela de sebo, el *Orlando Furioso* de Ariosto.

Los dos pícaros esperaron sentados junto á la puerta del cuarto, á la luz de la luna, á que su capitan acabase de hablar con don César.

Penetremos en la habitacion en que estaban encerrados Staglioni y don César.

El bandido tenia el semblante fruncido, y escuchaba con un profundo silencio el parte que le daba de lo ocurrido en el palacio de Atri, don César.

Éste se redujo á manifestarle que el lance habia salido mal, por la presencia inesperada de *donna* Beatriz y de Miguel de Cervantes en el dormitorio del duque de Atri, y que habia reparado en que monseñor no estaba en su aposento.

Refirióle, además, que preso bajo su palabra por Cervantes, le habia seguido, y á doña Beatriz, hasta el palacio de los Magos; que allí, en vano habian pretendido hiciera revelaciones, y que al fin le habian soltado.

Don César, como se vé, engañaba al que podia llamarse su capitan.

Porque aunque se tenia en mucho en la banda, por su valor y por sus malas entrañas, al español don Luis de la Bañeza, que sólo por este nombre le conocian, no pasaba de ser el teniente de Staglioni.

—Yo creia que un hombre valiente no mentia, dijo Staglioni, porque no se miente más que, ó porque no conviene decir la verdad, ó porque se tiene miedo de decirla, como ahora: tú me has engañado desde la primera palabra hasta la última.

—¡Palabras hay, que no consentiria yo me las dijese mi mismo padre! dijo con acento ronco y amenazador don César.

—Cuadran muy mal esas palabras, dijo con desprecio Staglioni, en un hombre que, como tú, se ha dado á prision á ese jovenzuelo, á quien ama la hermana de monseñor Aquaviva.

—Me ví cogido entre la espada y la pared, dijo con altivez don César.

—¡Ni ante un rayo me rindo yo! dijo acreciendo en su desprecio Staglioni. Además, yo he hablado esta noche con doña Abigail.

Se puso verde, lívido, letal, don César.

—Doña Abigail me ha informado de todo, dijo Staglioni, y se me ha quejado amargamente, de que yo te haya enviado á tí, que eres su enemigo mortal, á la casa del duque de Atri.

—Pues si lo sabes todo, yo no puedo decirte sino que yo no te he hecho traicion, aprovechando una aventura en que podia acercarme á esa mujer y apoderarme de ella. ¿Qué te importa ella á tí?

—Si tú no hubieras guardado ese secreto, como no debiste guardarle, á un hombre que, como yo, tan amigo tuyo se ha mostrado, yo hubiera sabido á qué atenerme, y ciertamente no te hubiera enviado á tí al negocio del palacio de Atri, porque... sábelo: yo amo desde hace mucho tiempo, y con todo el deseo y toda la violencia de mi alma, á Abigail.

—Has hecho mal en decírmelo, Rugiero, cuando yo, creyendo que Abigail estaba en tu poder, pensaba pedírtela: yo no puedo renunciar á ella.

—Tú estás loco, dijo Staglioni; tú no te quieres bien; pero tienes la fortuna de

que yo te considere como un loco: oye lo que voy á decirte: tú saldrás mañana de Roma, para no volver á parecer por ella sino cuando sepas que el capitan Rugiero ó el conde Spungatti ha muerto. ¿Lo entiendes?

Meditó un momento don César.

—¡Qué! dijo Staglioni. ¿Te parece cosa de duda, cosa, en fin, que se puede dejar ó tomar, el obedecer un mandato mio?

—No: contestó con acento concentrado don César: es que medito que en Roma soy impotente contra tí.

—Peor para tí si crees engañarme, y de mí no te apartas sino con la intencion de hacerme la guerra; oye, don Luis: si pasado mañana continúas en Roma, yo haré lo que hago con los que se rebelan ante mis mandatos: en el momento en que ménos tú lo esperes, sentirás en tu corazon la fuerza del brazo de uno de mis apuñaladores.

—Repito que sé que soy impotente contra tí, y por lo mismo, obedeceré tus órdenes: no te ódio, porque lo que te sucede es lo más natural del mundo: tú has caido bajo los hechizos de esa mujer infernal, como caen todos los que la conocen: pero si te odiara, me alejaria de Roma tranquilo, porque te quedabas bajo su influencia: tú sucumbirás.

—Sea lo que quiera, dijo Staglioni; hemos concluido: vete; ¡ola, Bartolini!...

Se levantó el panadero de sobre su saca, y acudió.

—Echa á este hombre, le dijo Staglioni, con el mismo acento con que hubiera podido mandarle echase á la calle á un perro

Don César salió sin muestra alguna de hostilidad.

Habia tomado su partido.

—Te deseo tanta ventura como la que quiero para mí, querido Staglioni, dijo al llegar á la puerta.

—Vé con Dios y su Santa Madre, dijo Staglioni.

Bartolini se redujo á llevar á don César hasta la puerta, y á abrírsela.

Don César salió, y se alejó.

Bartolini volvió al lado de Staglioni.

—Es necesario que se vigile á ese hombre, le dijo el bandido: si pasado mañana se le encuentra en Roma, una puñalada.

—Muy bien, capitan.

—¿Han vuelto del palacio de Atri, Bartoletti y Sparzo?

—Hace un momento han llegado.

—Que entren.

Salió Bartolini, y á poco entraron los dos pícaros.

Barbetti, bajo la pregunta de Staglioni, tomó la palabra, y dió parte á su capitan de lo que ambos habian visto en el palacio de Atri.

Cuando concluyó Barbetti, Staglioni le dijo:

—Te conozco en la cara que tienes algo que decirme.

—Si, capitan; una menudencia.

—Menudencia que importará algo, cuando crees que debe hablarse de ella.

—Vos me mandásteis que no se tomara nada en el palacio de Atri, dijo Barbetti.

—¡Ah, galopo! exclamó Staglioni echando mano á su puñal, lo que hizo dar un salto hácia atrás á Barbetti: no has podido resistir á la tentacion.

—Yo no tengo tentaciones contra las órdenes de mi capitan, dijo Barbetti.

—¿De qué se trata pues?

—Amigo Sparzo, saca á luz, para que mi esclarecido capitan lo vea, lo que has tomado de las orejas y de la mano de aquella hermosa doncella negra.

—¡Una doncella negra! dijo Staglioni: ¡ah! ¡sí! ¡la amiga... la hermana, más bien que la criada de Abigail!

—Exactamente, señor, dijo Sparzo, sacando con una gran serenidad los pendientes y la sortija, y presentándolos á Staglioni; vos no me habíais dado órden alguna, y yo me acordé de otros tiempos.

—Perfectamente, dijo Staglioni; pero como yo no quiero que se note la falta de nada de valor, casa del señor duque de Atri, necesario será que, para que esa hermosa doncella negra no note la falta de sus pendientes y de su sortija, me la traigais dormida como se halla.

Y tomó de las manos de Sparzo los pendientes y la sortija.

—¿Es decir, capitan, observó Barbetti, que vos nos mandais traigamos del palacio de Atri, y dormida como se halla, á esa hermosa doncella negra?

—Precisamente.

—Necesitamos una silla de manos.

—Cosa es esa de Bartolini: id.

Una hora despues, Barbetti y Sparzo llegaban á casa del panadero, trayendo en una silla de manos á Zaphirah, profundamente dormida.

La presentaron á Staglioni.

—Ponedla sus pendientes y su sortija, dijo Staglioni, dando aquellas alhajas á Sparzo.

Éste las puso en las orejas y en el dedo á Zaphirah, no sin un gran dolor de su alma, y con el temor de que, despues de hecha esta restitucion, no se le ocurriese al tremendo Staglioni, mandar le diesen una paliza.

Pero no llegó este caso.

Staglioni se redujo á decirle:

—Vuélvete á casa de tus señores, Sparzo, y olvídate de que te has encontrado á Barbetti, de que has hablado conmigo, y de que Barbetti te ha acompañado al palacio de Atri. Te has ido solo y le has reconocido solo; véte.

Sparzo salió transido de dolor porque habia perdido la sortija, á la cual habia ya tomado cariño, pero contento porque Staglioni no le habia sentado la mano.

—Es necesario poner á esta jóven en un lecho, dijo Staglioni á Bartolini: cuidad de ella; despues, descansad: ya es bastante para esta noche.

Zaphirah estaba con las ropas de dormir, y completamente envuelta en la cubierta de su lecho.

Barbetti se retiró á una indicacion de Staglioni.

Bartolini y Paulina cargaron con Zaphirah, y la llevaron á un lecho.

En él la acomodó Paulina.

Luego, la hermosa jóven se sentó junto á aquel lecho, y continuó leyendo el Ariosto.

Zaphirah continuaba durmiendo tan tranquilamente como si no hubiera sido traida ni llevada.

Era maravillosa la influencia del narcótico.

Cuando Staglioni creyó que todos dormian en la casa, tomó una llave del cajon de una mesa, y se fué á abrir con ella una compuerta que se veia en un ángulo de aquel aposento.

Llevaba puesto un antifaz.

CAPÍTULO X.

En que no se sabe quién era más infernal, si Abigail ó Staglioni.

El lugar á que habia bajado Staglioni, era subterráneo.

Su extension era reducida.

Deprimido su techo.

Negras sus paredes.

En un ángulo habia un lecho mezquino.

En otro un cántaro desboquillado.

Sentada en el lecho, estaba Abigail.

Esperaba ansiosa á Staglioni, para que acabase de aclararla lo ocurrido en el palacio de Atri.

Su semblante aparecia sombrío, espantoso, cuando le levantó para mirar á Staglioni que se acercaba á ella.

—¡Ah! ¡todavía vos!... exclamó: ¡y todavía el antifaz!...

—Sí, dijo Staglioni quitándoselo: me habia olvidado: la costumbre: el antifaz entre nosotros es inútil.

Y se lo quitó.

Abigail sonrió, como hubiera sonreido á un amigo.

Era una terrible mujer.

—Seguidme, señora, dijo Staglioni; este lugar es muy inmundo, y sobre todo, indigno de vos: os he tenido en él por necesidad.

—Así lo he creido, dijo Abigail siguiendo á Staglioni; pero ya me impacientaba por vuestra tardanza.

Llegaron á la habitacion superior.

Staglioni cerró la compuerta, dejó sobre la mesa la bujía, y presentó una silla que formaba parte del humilde mueblaje á Abigail.

—Conde Spungatti, dijo ésta; ciertamente que no pensaba yo, cuando á valerme vine del capitan Rugiero Staglioni, que bajo este nombre os ocultábais: dejadme, mi antiguo amigo, que me queje de vos: me habeis servido muy mal; me habeis engañado; me habeis vendido; me habeis puesto en peligro; habeis enviado para servirme, á mis dos más irreconciliables enemigos.

—Yo lo ignoraba, señora; esto ha sido una sucesion de aventuras imprevistas.

—¿Y sabeis ya hasta qué punto son enemigos mios Rodrigo Carreño y don Luis de la Bañeza?

—Lo sé, señora.

—El uno se ha quedado allá, en el palacio de Atri, herido, moribundo, dijo Abigail; ¿pero y el otro?

—Nada temais, señora; el otro no estará mañana en Roma.

—Pero, ¿le teneis en vuestro poder?

—No, y sí.

—No os entiendo.

—Le he mandado que se vaya; pero estando en el territorio romano, está en poder mio.

—Os engañais, exclamó Abigail; vos no sabeis quién es don Luis de la Bañeza, ó más bien, don César Estéban de Chouzan; no vereis ni aun su sombra; creereis que no existe, y de improviso os encontrareis con su puñal levantado sobre vuestro pecho.

—Así pudiera yo estar tan tranquilo acerca de lo que me hace desventurado, dijo Staglioni, como podeis estarlo vos acerca de ese hombre.

Y el bandido miraba de una manera intensa, conmovida, ardiente á Abigail.

—¿Vos creeis que imponeis miedo á ese hombre? exclamó Abigail, infiltrando más y más su tentadora mirada en el bandido.

—Peor para él si no me teme, respondió Staglioni; se convencerá un dia, debe estarlo ya, de que es completamente impotente contra mi, y que por el contrario, yo lo puedo todo contra él. Pero viniendo á vos, señora, ¿qué pensais vos hacer?

—Pues qué, ¿acaso puedo yo hacer algo? dijo Abigail: ¿no estoy en vuestro poder?... ¿no sois mi señor, despues de lo ocurrido?

—Un señor, esclavo.

—¿Esclavo de qué?

—¡De vos, de vuestra hermosura, de vuestra alma, de vuestra voluntad!

—Extraño esclavo, que engaña á su señora para apoderarse de ella.

—He tenido celos, y he arrostrado por todo.

—¡Celos! ¿teneis celos? ¿sabeis lo que son celos?... pero para tener celos, es necesario que la persona que nos los causa, nos haya dicho: «yo os amo». No siendo así, se podrá tener envidia, ira, sed de muerte, todo lo que querais, pero celos, no; porque los celos nacen de la duda de si somos ó no ardientemente

amados, y no pueden existir cuando se vé claramente que una mujer, sobre la cual ningun derecho tenemos, ama á otro.

Rugió sordamente Staglioni.

Se levantó, y dió algunas vueltas en silencio por el aposento, como un tigre irritado.

De repente, se detuvo y la dijo:

—Estais jugando con mi alma, y no sabeis que estais jugando con un volcan: no me digais que amais á otro, porque todas las legiones de demonios del infierno, se revuelven en mi corazon, suben á mi cabeza, y me enloquecen. Es necesario que me ameis, yo lo quiero, y si no podeis amarme, es necesario que muramos los dos: yo, desesperado, y vos, porque al sucumbir no he de dejaros á vos sobre la tierra, para que hagais en ella venturoso á un hombre sobre todos los mortales.

—¿Sabeis que teneis un amor que espanta? dijo Abigail, dejando ver á Staglioni una mirada irresistible.

—La que espanta con su dulce y hechicera sonrisa, con su sobrenatural hermosura, con su alma de fuego, sois vos, exclamó Staglioni, cuyos ojos se extraviaban. Yo no era feliz ántes de conoceros, pero vivia tranquilo: despues de haberos conocido, mi vida es un infierno. Yo odiaba á los hombres, porque los he encontrado injustos, odiosos, y terribles y crueles como las fieras: pero desde que os amo, desde que sufro este amor irritado y terrible, mi ódio á la humanidad ha crecido, y quisiera tener poder bastante para reducir á cenizas el universo.

—¡Y es hermoso!... ¡muy hermoso! exclamó como hablando consigo misma Abigail, y mirando de una manera tierna, incitante, enamorada á Staglioni.

La sirena hacia oir su canto al bandido.

La serpiente se enroscaba á sus piés.

Se deslizaba suavemente á lo largo de su cuerpo.

Staglioni estaba demudado, pálido, ansioso.

Sus negros ojos devoraban ardientes, terribles, inflamados por un ánsia monstruosa, la hermosura de Abigail.

Ésta sonreia.

El bandido se acercó de improviso á ella, y con un movimiento rápido que parecia independiente de su voluntad, la asió por la cintura, la levantó en sus brazos, con la misma facilidad con que pudiera haber levantado á una niña, y la besó de una manera hambrienta en la garganta.

Abigail dió un grito agudo; ni más ni ménos que si hubiera sentido una puñalada en el corazon.

Tan estridente fué este grito, tan horrible, que Staglioni, aterrado, dejó otra vez sobre la silla, de la cual la habia levantado, á Abigail, y se quedó mirándola con ansiedad.

Abigail estaba pálida como una muerta, y sus hermosos ojos aparecian desmayados, como extraviados.

Hubiérase creido que sufria una delicia insoportable, y un dolor más insoportable aun.

El demonio se habia apoderado de otro demonio.

Staglioni se arrodilló á los piés de Abigail, la asió las manos, se las besó, las inundó de lágrimas, que hay momentos en que los hombres de alma más fiera, lloran, y la dijo:

—¡Oh! ¡volved en vos! ¡perdonadme! ¡estad tranquila! vuestro amor me enloquece, pero la locura de mi amor, nada puede contra vos: yo soy vuestro, vuestra es mi alma, vuestra mi voluntad: ¡por la sandália de San Pedro! ¡si vos me pidiérais la vida del Papa, del Papa, que es lo que más yo amo y reverencio, y aun adoro, el Papa moriria!

—¡Ah! exclamó Abigail lanzando un largo suspiro, levantando la cabeza que tenia abatida sobre el seno, y mirando de una manera lánguida á Staglioni: no blasfemeis, amigo mio; yo no quiero que perdais vuestra alma.

—¿Y qué os importa mi alma, si la entregais á la desesperacion? dijo Staglioni.

—Yo no os conocia, dijo de una manera ambígua Abigail.

—Explicadme, explicadme vuestras palabras, exclamó con ánsia Staglioni.

—¿Y qué puedo yo explicaros, cuando no sé lo que por mi misma pasa? dijo Abigail, acreciendo en la languidez de su mirada, y en la suspirante dulzura de su acento.

—¿Que no sabeis lo que pasa por vos? dijo con una creciente ansiedad Staglioni.

—No, respondió Abigail, acreciendo en la mágia de su mirada, de su expresion y de su acento.

—¡Vos amais! dijo Staglioni con la voz ronca y amenazadora.

—Yo no he amado nunca; yo no sé lo que es el amor, respondió Abigail, apartando con sus manos los preciosos rizos de sus negrísimos cabellos, que la caian sobre la frente.

—¿Que no habeis amado nunca? pues entónces, ¿porqué habeis querido libertaros del señor duque de Atri? ¿por qué me buscásteis para matarle?

—Por que yo tengo el alma como la vuestra; porque he nacido pobre, y necesitaba ser rica: sin el oro, todo es mentira en el mundo: para ser en el mundo algo, para ser respetados, y aun para que nos amen, es de todo punto necesario el oro: el oro es la vida; el oro es la felicidad; el oro es la fuerza.

—El duque de Atri era vuestro, y vuestras sus inmensas riquezas: para poseerlas no teníais necesidad alguna de matarle.

—Os engañais: Julio de Aquaviva empezaba á enloquecer; yo empezaba á tener miedo: Julio Aquaviva es un demonio.

—Monseñor Aquaviva es un jóven adorable, señora, exclamó con un acento singular en que vibraban los celos, Staglioni.

—Sí, exclamó con la voz seca y dura, Abigail: vos os dejais llevar por lo que aparece, y esto es muy extraño en un hombre de vuestra experiencia. Julio Aquaviva es un sepulcro blanqueado: hermosura por fuera, podredumbre por

dentro: ese hombre me repugna, me irrita, me enfurece: ántes que ser suya, preferiria mil muertes, producida cada una de ellas por los tormentos más terribles del infierno.

—¡Ah!... ¡me espantais! ¡yo no os comprendo! vos sois un abismo.

—Un abismo de desventuras, exclamó Abigail.

—¿No habeis sido vos la amante del señor duque de Atri?

—¡Nunca! ¡jamás!

—¿Y eso lo decís al conde Spungatti; á mí, que entraba con la confianza de un amigo, más aun, de un hermano, en la casa del duque?

—¡Siempre las apariencias!

—No, no; las apariencias no: las manifestaciones del mismo duque.

—¿Os ha dicho alguna vez Julio Aquaviva que yo era su querida? dijo Abigail, á la cual la relampagueaban los ojos de una manera lúgubre.

—Ningun hombre bien nacido y bien criado, hace objeto de su conversacion con sus amigos á la mujer que ama: ¿pero qué necesidad habia de palabras? ¿qué más revelacion que el lugar que vos ocupabais en la casa del duque? ¿No le acompañabais, además, á todas partes? ¿no íbais con él á todas partes en carroza? ¿No sabe Roma entera, que si el cardenal Aquaviva no se ha ordenado aun, á pesar de los grandes deseos, y aun de los mandatos del Papa, ha sido por vos, y sólo por vos? ¿No es en Roma una creencia general que el duque de Atri acabará por salirse decididamente del camino de la Iglesia y casarse con vos?

—¡Las apariencias, y siempre las apariencias! cuando el mundo sentencia, tiene las pretensiones de que sus juicios sean inapelables; y vos lo sabeis mejor que otros: no hay cosa que más se engañe que el vulgo, porque rara vez llega á la verdad de las cosas: vos sois un ejemplo: ¿quién puede creer que el bello, el noble, el encantador conde Spungatti, el favorito de las más hermosas damas de Roma, el amigo de los cardenales, el que entra en el palacio del Vaticano con la misma facilidad con que entraria en su casa, es el formidable bandido que abastece de cadáveres las lagunas Pontinas, que siembra el terror en la campiña de Roma, el feroz Rugiero Staglioni? ¿Cómo creer que este bandido, á cuya formidable cabeza ha puesto precio el Papa, es el mismo á quien su Santidad llama hijo queridísimo?

—Esa es mi fuerza, respondió Staglioni: mi misterio: esa es mi defensa: el buen lugar que en todas partes se dá, la alta consideracion con que en todas partes se mira al conde Spungatti.

—Pues si vos sois un misterio para vuestros amigos, para el Papa, los cardenales, los próceres, las damas, el mundo, en fin, de Roma, ¿porqué dudais de que yo sea otro misterio? ¿No han podido todos decir que yo era la querida de Julio Aquaviva, el ángel de su corazon, el encanto de su vida, no siendo otra cosa que su desesperacion y su martirio?

—¡Ah! ¡si eso fuera cierto! exclamó Staglioni, cuya mirada volvió á hacerse vaga, y de una manera más terrible.

Abigail le asió las manos.

Le atrajo á sí, y le dijo:

—Miradme faz á faz: anegad vuestra mirada en mi mirada: no os fascineis: necesitais de toda vuestra razon, de toda vuestra experiencia: ¿no veis en mis ojos la luz de la pureza y de la castidad?

—¡Oh, sí, sí! exclamó con un acento apagado, ardiente, ansioso, Staglioni; pero veo tambien algo que jamás he visto: veo algo tan terrible, como yo no creia pudiese haber nada tan terrible en el mundo: veo algo sobrenatural: algo que no es de este mundo.

—¡Ah, sí! ¡veis el amor de mi alma!

—¡El amor de vuestra alma! ¿y por quién? ¿por quién? exclamó de una manera inmensa Staglioni.

—Por el que vendrá.

—¿Por el que vendrá?

—¡Sí; por mi ángel soñado!

—¿Es un sueño aun vuestro amor?

—Sí, un sueño en el que desfallezco, en el que me abraso de una manera dulcísima y terrible: una inmensidad: la esperanza y la desesperacion: la vida y la muerte: un infierno de misteriosos placeres, de dolores insoportables, que se revuelven en el fondo de mi alma, y que alguna vez suben en una llamarada sombría á reflejarse en mis ojos.

—¡Ah! ¡ó sois un ángel, ó sois un demonio!

—Angel ó demonio, ¿qué importa? ¿hay acaso alguna criatura, por buena y dulce que sea, en la cual no combatan el bien y el mal, la luz y la sombra, el ángel glorioso y el espíritu condenado?

—Vos me habeis pedido, y aun pretendido pagar, la muerte de Julio Aquaviva.

—¿Y qué habeis pensado de eso?

—Que engañábais al duque de Atri, que os estorbaba, y que pretendíais libertaros de él, apoderándoos de sus riquezas.

—¿Y por quién habia de estorbarme Julio de Aquaviva? ¿por quién habia de desear su muerte?

—¡Y vos me lo preguntais! pues qué, ¿no habíamos convenido en que en la misma noche en que el duque de Atri fuese asesinado, asaltarian los mios el palacio de los Magos, se apoderarian de *donna* Beatriz de Aquaviva y de su amante ó su esposo, ese español poeta, se la mataria á ella, y se os entregaria á él? ¿Puede verse más claro que ese infierno de amor que teneis en el alma, no es por el que vendrá, por un ángel soñado, sino por un hombre que ya ha llegado á lo profundo de vuestra alma, que está muy léjos de ser un ángel, y que se llama Miguel de Cervantes Saavedra?

—¡Siempre las apariencias! ¿quién os ha dicho que ese Miguel de Cervantes no tiene alma de ángel, ó un ángel en el alma?

—¡Ah! ¡vos me arrastrareis á no sé qué horribles cosas! dijo rugiendo de dolor, de celos, de rabia Staglioni.

—Yo no amo á Miguel de Cervantes, dijo con desden Abigail; no es él el hombre que puede satisfacer la sed de mi alma

—Y entónces, ¿para qué matar al duque de Atri si no teníais que temer que desesperado y celoso, tomara en vos y en vuestro amante una terrible venganza?

—Julio de Aquaviva ha enloquecido, y era para mí un peligro, estando á su lado; yo no podia libertarme de él sino matándole: huir de él hubiera sido inútil: me hubiera buscado, y me hubiera encontrado, aunque yo me hubiera ocultado en las entrañas de la tierra.

—Hay cosas que no pueden explicarse jamás, por hábil que sea quien pretenda explicarlas: ¿os tenia tambien en peligro *donna* Beatriz de Aquaviva, y era para vos una necesidad matarla?

—Beatriz de Aquaviva es tan terrible como su hermano: Beatriz de Aquaviva, no se habria detenido en nada para vengar la sangre de su hermano asesinado.

—Tal como estaba preparado el suceso, no podria haber sospechado de vos.

—Beatriz de Aquaviva hubiera visto siempre en mí el presentimiento de que habia impulsado el puñal que hubiera exterminado á su hermano; además de esto, Beatriz protege de una manera poderosa á ese español, de quien nadie puede asegurar si es la amante ó la esposa, y yo necesito, para no morir de rabia, vengarme de ese hombre.

—¡Ah! ¡vos le amais con toda vuestra alma!

—Sí, con el amor de la muerte! y si pudiera, despues de matarle, arrojar su alma á los infiernos, la arrojaria.

—Morirá ese hombre, exclamó con una voz calmosa, horrible, Staglioni.

—¡Matadle, sí, matadle! dijo Abigail.

Staglioni se estremeció.

¿Era un amor delirante, celoso, vengativo, ó un ódio mortal el que habia puesto aquellas palabras incomprensibles en los lábios de Abigail?

—¡Morirá! exclamó Staglioni; yo os lo juro: os lo juro por la enamorada alma mia.

—¡Matadle, sí, matadle! exclamó Abigail.

Staglioni volvió á estremecerse, y de una manera más terrible.

Abigail habia cambiado de acento.

Se habia hecho más y más misterioso el sentido de sus palabras.

Tanto podian comprenderse en aquella expresion estas palabras:

—«Matadle, porque le aborrezco.»

Cómo:

—«¡Ay de vos si le matais, porque le adoro!»

Hubo un momento de solemne silencio.

Abigail inclinó su cabeza sobre el seno, y quedó hondamente pensativa.

Staglioni, que se habia levantado de los piés de Abigail, se puso á pasear otra vez como una fiera enjaulada por el aposento.

De improviso, Staglioni se detuvo delante de Abigail, y la dijo:

—Será lo que vos quereis: primero el cardenal Aquaviva: despues su herma-

na *donna* Beatriz; luego ese español. Seguidme, y vereis como se empieza la obra.

—Sí, os sigo, si volvemos al palacio de Atri; si estais resuelto á dar de puñaladas delante de mi á Julio Aquaviva.

—¡Oh, sí, sí! ¡yo os lo juro!

—Y yo os sigo, exclamó Abigail.

Y se levantó.

—La noche es fria, muy fria, dijo Staglioni, y con la fiebre que os domina podríais poneros en peligro si os saliérais desabrigada: tened mi capa y mi sombrero.

—Y se los dió.

—¿Y vos? dijo Abigail.

—Yo me apoderaré de la capa y del sombrero de Bartolini: tomad mi puñal: no está de más que vayais armada.

Abigail guardó aquel puñal entre sus ropas.

Se puso luego el sombrero, y se envolvió en la capa. ó más bien, en el manto rojo del bandido.

Salieron.

En la habitacion inmediata tomó Staglioni una capa y un sombrero que estaban colgados en la pared, y que pertenecian á Bartolini.

Luego dió tres palmadas.

Poco despues apareció Paulina.

—Franquéanos la puerta, hermosa mia, la dijo Staglioni, y luego recógete y descansa.

Poco despues, Abigail y Staglioni atravesaban la Longaretta, y ganaban la rivera del Tíber, hácia el puente de Sant Angelo.

CAPÍTULO XI.

En que aparecen por primera vez en nuestra historia «Los Implacables.»

Staglioni embistió por un portillo del muro antiguo, más allá de la puerta del Pópolo.

Tuvo que trepar por un gran monton de escombros ya petrificados, y de un ascenso tan difícil, tan peligroso, que se habia creido inútil restablecer el muro.

Abigail no hubiera podido trepar.

Staglioni la habia conducido.

Para ello la habia suspendido por la cintura.

Este contacto, fuerte, inmediato con Abigail, habia aumentado el delirio, la locura de Staglioni.

Pero esta locura estaba contenida por la influencia misteriosa que sobre el bandido ejercia Abigail.

Cuando superó los escombros, dejó á Abigail en tierra.

—Todo en vos, dijo ella con un acento que era una nueva tentacion, es extraordinario: pocos hubieran superado, completamente desembarazados, el obstáculo que acabais vos de salvar cargado conmigo, que peso en gran manera. ¡Oh! ¡qué hombre!

—Aun no me conoceis bien, dijo Staglioni: pero tal cual soy, ante vos me humillo, ante vos me confieso débil, aun que por vos soy capaz de superar las maravillas á que llegaron los más renombrados héroes de la antigüedad.

—¿Vais resuelto, amigo mio? dijo con la voz fria, siniestra, cruel, Abigail.

—La vida del duque de Atri está contada ya por momentos, dijo Staglioni.

Y apresuró el paso.

Llegaron cerca de la plaza del Pópolo, á la callejuela á donde daba el postigo del gran jardin del palacio de Atri.

—¿Y cómo nos franqueamos el postigo? dijo Abigail cuando hubieron llegado á él.

—Para mí no hay puerta que no se abra, dijo Staglioni.

Y sacó de su faltriquera unos pequeños hierros, con los cuales tanteó la cerradura.

Poco despues, el postigo se abrió.

Entraron.

Abigail adelantó, rápida y terrible como un fantasma.

Su negro bulto se deslizaba entre la sombra, junto á los escuetos árboles.

Staglioni la seguia tambien siniestro y terrible.

Apénas si se oian sus pasos.

Parecia que el demonio del crímen los protegia.

De improviso, Abigail se detuvo y dió un grito ahogado.

—¿Qué es esto? preguntó Staglioni.

—Me parece haber visto pasar una sombra blanca semejante á un fantasma, por el fondo de la galería, dijo Abigail, cuya voz temblaba de miedo.

—Vuestra imaginacion, dijo Staglioni.

—Sí, sí, dijo Abigail con la voz más segura: eso debe ser: mi imaginacion.

Penetraron en la galería.

Staglioni habia adelantado á Abigail.

Llegó el momento de detenerse y de temblar al bandido.

Lanzó un grito inarticulado.

—¿Qué es eso? dijo Abigail.

—Me parece haber sentido unos sordos pasos delante de mí, dijo Staglioni.

—¡Bah! amigo mio, dijo Abigail, vuestra imaginacion.

—Sí, es verdad, dijo Staglioni: vos me habeis tranquilizado.

Y lanzando de sí su pasajero terror, emprendió la subida de unas escaleras.

Llegaron al piso superior.

Atravesaron algunas cámaras.

Llegaron al fin á la en que se habia trasladado á Aquaviva.

Una lámpara de noche chasqueaba y relampagueaba, próxima á extinguirse.

Allá, en un ángulo, en la penumbra, apénas si se destinguia el lecho en que estaba el cardenal.

El silencio era profundísimo.

—¿Vacilais? dijo Abigail con un acento de desprecio.

—¿Cuándo ha vacilado mi brazo? contestó con acento feroz Staglioni.

En aquel momento, la lámpara de noche chasqueó de una manera crispante, seca, extraña, y se dilató, iluminó por un momento de una manera más fuerte el aposento, y se apagó.

En aquel momento, Abigail lanzó un grito agudo, y Staglioni, á pesar de su valor salvaje, se heló de terror.

Ambos habian visto cerca de sí, al momentáneo acrecimiento que la luz de la lámpara habia tenido en el punto de apagarse, delante de ellos, y á muy poca distancia, una forma blanca.

Un fantasma.

Otros cuatro fantasmas extendidos en ala, estaban detrás del primero, y delante del lecho.

Todo aquello se habia hundido en la sombra al extinguirse la luz.

—*¡Los Implacables!* habia exclamado Staglioni, al apercibirse de los cinco fantasmas.

Y el miedo le habia helado el alma.

Él y Abigail habian quedado inmóviles como estátuas.

De improviso, se sintieron asir y levantar del suelo.

Abigail se desmayó.

Perdió el conocimiento.

En cuanto á Staglioni, no opuso la menor resistencia.

Fueron conducidos á través del palacio, por habitaciones completamente á oscuras.

Bajaron algunas escaleras.

Apénas si se oian los pasos de los que los conducian.

Por lo demás, no hablaban una sola palabra.

Se sintió crugir una compuerta.

Descendieron por unas escaleras.

Se aspiraba un aire húmedo, pestilante, pesado.

Los conductores, apesar de las tinieblas, marchaban rapidamente.

Siguieron marchando durante un largo espacio.

Al fin llegaron á una construccion extensa, iluminada sombriamente por algunas lámparas, pendientes de la pared, de largo en largo trecho.

Aquel lugar era subterráneo, á juzgar por la humedad.

Por la forma, pertenecia á las antiguas construcciones de Roma.

Se habia usado sin duda como cripta funeraria, porque á lo largo de los muros se veian sepulcros.

Pero dentro ya de la época cristiana. á juzgar por su forma.

CAPÍTULO XII.

En que aparecen fantasmas, y suceden cosas extrañas, de las que salva á Staglioni una hermosa, conocida de nuestros lectores.

Hora es de aclarar algunos puntos para el lector dudosos.

La accion y reaccion de Staglioni.

¿Porqué concierta con Abigail la muerte de Aquaviva?

¿Porqué desiste?

¿Porqué vuelve resuelto con la judía al palacio de Atri, con ánimo de hundir su daga en el pecho del cardenal?

¿Cómo y porqué monseñor Aquaviva fué trasladado de una cámara á otra de su palacio, así que iba á ser asesinado por los sectarios de Staglioni?...

El conde Spungatti, hombre de valor, era tambien hombre de pasiones.

Como el lector no ignora, amaba á Abigail con toda su alma.

Abigail era su ángel del infierno.

Su única ambicion; su principal objetivo.

Servir á Abigail matando á Aquaviva, sin que le condujera á la posesion del objeto amado, era inútil para Staglioni.

Matar á Aquaviva para que redundara al fin en provecho de su presunto rival. era contrario á la pasion del conde Spungatti.

Esta fué la causa de su desistimiento...

Pero ver á Abigail suplicante.

Emprender la obra junto con su amada.

Pasar peligros con ella.

Llevarla en sus brazos...

Era lo bastante para avivar el apetito de Staglioni...

Para creer seguro el premio de sus afanes.

Emprendió, pues, resuelto, con la judía, el camino del palacio de Atri, diciendo para sus adentros: Sea mia Abigail y que muera Aquaviva.

En medio de esas tenebrosas intrigas, en medio de esas almas del infierno, habia un ángel del cielo.

Magdalena.

La de Ponce de Leon, la antigua vecina de Cervantes en el meson de Paredes.

La hermana de Aquaviva.

Ella, conocedora de todos los secretos del palacio de Atri, salvó á su hermano de muerte segura. Salvóle esta segunda vez por puro amor de hermano, así como por egoismo le habia salvado Staglioni la primera, al advertir al pinche que habia vertido el narcótico, para que se trasladase al cardenal á un gabinete secreto inmediato al dormitorio, momentos ántes de la media noche.

Desde ese gabinete, Magdalena habia visto penetrar á los dos bandidos en el dormitorio de su hermano Aquaviva.

Pero no temia ya: le tenia en salvo; y contaba con fuerza para contrarestar una agresion, dado caso que la hubiera.

Poco despues de media noche habia visto acercarse á Cervantes y á Beatriz; se les interpuso, les mostró narcotizado al cardenal, y les aseguró que miéntras durase la influencia del narcótico, ella no le abandonaria...

En aquel momento habia sonado la detonacion del pistolete disparado por Abigail, y entónces fué cuando, como nuestros lectores han visto, penetraron Cervantes y Beatriz en la cámara-dormitorio de su hermano, llamando luego en su ayuda á Sparzo.

Despues de estas breves explicaciones que hemos creido indispensables para la mejor inteligencia de nuestro relato, sigamos con Magdalena, al silencioso cortejo que habia penetrado en aquella especie de cripta funeraria.

Los que conducian á Abigail y á Staglioni los dejaron en tierra.

Pero Abigail no se sostuvo.

Continuaba su desmayo.

Staglioni aparecia pálido.

Se marcaban en él las señales del terror.

Esto parecia, ó hubiera podido parecer extraño á los que conocian al terrible bandido Rugiero Staglioni, terror de todo el mundo.

Los que hasta allí los habian conducido, permanecieron en torno de ellos.

Eran en la apariencia fantasmas.

Los cubrian de los piés á la cabeza sudarios blancos, y anchos capuces cubrian sus semblantes.

Estaban inmóviles.

Parecian cinco hombres fatales que por nada se movian.

Abigail parecia como muerta.

Staglioni parecia anonadado, trémulo, en medio de los cinco.

Sonó un largo gemido.

Aquel gemido le habia producido uno de los cinco que rodeaban á Staglioni y á Abigail.

Gemido lúgubre, siniestro, que se extendió á lo largo del subterráneo.

Poco despues, en un pórtico oscuro que al fondo del subterráneo se veia, aparecieron otros muchos fantasmas blancos.

Llegaron á donde los otros estaban.

Levantaron algunos de ellos á Abigail, que permanecia inerte, y se la llevaron.

Los otros, con los que ya estaban allí, y que todos juntos llegaban al número de veinte, rodearon á Staglioni, y con él avanzaron hácia aquel oscuro y lúgubre vestíbulo que al fondo se veia.

Una vez más allá de aquel vestíbulo, volvieron á imperar densas tinieblas.

Avanzaron un largo espacio por aquellos lugares tenebrosos.

De improviso Staglioni sintió que no se le impulsaba, ó por mejor decir, dejó de sentir la fuerza que hasta allí le habia llevado.

Sonaron sordos pasos que se alejaban en todas direcciones.

Staglioni permaneció inmóvil.

Era allí el aire craso, húmedo, impregnado de un leve olor repugnante, como el que produce la tierra húmeda y removida recientemente.

Staglioni acreció en terror.

¿Tenia acaso junto á sí una tumba que acababa de abrirse?

¿Estaba sentenciado?

Apénas se habia perdido en el silencio el leve rumor de los pasos de los que se habian alejado, cuando partiendo de lo alto, se oyó una voz fria, por decirlo así, acerada, cavernosa.

—¿Oyes? dijo aquella voz: si oyes, responde.

—Oigo, respondió Staglioni, procurando dar á su voz la mayor firmeza posible.

—¿Recuerdas tus juramentos? dijo la misma voz siniestra.

—Sí; *todo por la luz, y para la luz,* respondió el bandido.

—Mas aun, dijo la voz.

—Sí, *todo contra Roma.*

—Nuestro poder ha sido tuyo, añadió la voz.

—Lo reconozco y lo agradezco.

—Tú te has ensoberbecido: tú te has creido fuerte por tí mismo.

—Yo he enloquecido por una mujer.

—Satanás se ha apoderado de tí.

—La mujer es la tentacion: en la mujer amada hay algo de sobrenatural, de inmenso, de incontrastable, de irresistible; por la mujer se han perdido los más grandes, los más sábios, los más poderosos varones.

—Tú lo has dicho; se han perdido.

—La mujer causa la locura: este es el decreto de Dios.

—Y decreto de Dios es tambien que se extermine á los locos peligrosos.

—Haced lo que fuere vuestra voluntad.

—Haremos aquello á que nos obliga la necesidad.

—¿Se me permite defenderme?

—Defiéndete.

—Yo no os he vendido.

—Tú has dado un narcótico á uno de nuestros más poderosos hermanos: tú has adormecido asimismo á su servidumbre.

—Todo eso no ha sido más que una farsa para apoderarme de una mujer, que por desgracia mia se ha apoderado de mi alma.

—Tú has penetrado con esa mujer en el gabinete secreto, al que tú mismo habias mandado trasladar á ese nuestro hermano, y sin nuestra vigilancia, que está en todas partes, que lo vé todo, que lo oye todo, nuestro hermano hubiera sido inmolado.

—Yo no tenia tal intencion; yo hubiera salvado á Julio Aquaviva.

—Tú no puedes probar lo que acabas de decir: tú te acercabas al lecho de nuestro hermano, con la mano puesta en tu puñal, cuando fuiste sorprendido por nosotros.

—Yo juro la verdad de lo que digo.

—No se puede creer en el juramento de un perjuro.

—Haced lo que fuere vuestra voluntad.

—Haremos lo que nos manda hacer la justicia.

—Me resigno.

—Has sido convencido de perjurio y de traicion, y eres sentenciado: vas á morir.

Sucedió á estas palabras un silencio profundísimo.

Continuó durante algunos segundos aquel silencio.

Staglioni tenia el alma helada, y no se atrevia á moverse.

De improviso sintió una mano que le buscaba entre la oscuridad.

Se cubrió de sudor frio.

Del sudor frio de la muerte.

Al fin, aquella mano asió una de sus manos.

Era la mano que le habia asido, pequeña, suave, mórbida.

Indudablemente una mano de mujer.

Staglioni alentó una esperanza.

No era probable se hubiese elegido una mujer para ejecutar aquella sentencia tan extraña, y tan repentinamente pronunciada por un tribunal invisible.

En el mismo momento en que aquella hermosa mano de mujer habia asido la trémula mano de Staglioni, volvieron á oirse sordos pasos que hácia Staglioni avanzaban.

Volvió á todo su colmo su terror.

La mano que le asía, tiró de él.

Al mismo tiempo, una voz de mujer, argentina, sonora, pero firme, imperativa, terrible, dijo:

—¡Deteneos! ¡acudid á donde el peligro os llama! *la Gran Luz agoniza.*

Se oyó el múltiple alarido de muchos hombres, y acá y allá, pronunciada con cólera, la palabra *traicion.*

Los pasos se oyeron más distintos, más perceptibles, más rápidos, pero no acercándose á Staglioni, sino apartándose de él.

Parecia que muchos hombres huian, ó acudian á un lugar de peligro.

Al fin se extinguió aquel rumor.

La mano femenil continuaba tirando de Staglioni.

—¿Quién eres tú que me has salvado? dijo el bandido.

—Aun estamos en las tinieblas, dijo la mujer, que indudablemente desfiguraba su voz.

Y continuaba tirando de Staglioni.

Caminaron en silencio durante algunos minutos.

Al fin, la mujer se detuvo.

Se oyó á seguida un golpe metálico, como si aquella mujer hubiera tocado con un hierro un sonoro cuerpo de acero.

Se oyó el potente crugir de una gran llave.

Se desajuntó una puerta.

Crugieron sus goznes.

Apareció luz.

Aquella luz provenia de una linterna que tenia en la mano una sombra negra.

Miró Staglioni á la que le habia salvado, y vió una mujer de mediana estatura, esbelta, gentil y envuelta en un manto á la española.

Ahogó una exclamacion.

Detuvo, ya en sus lábios, un nombre que la sorpresa habia estado á punto de dejar escapar.

—Sigamos, dijo aquella mujer, que continuaba desfigurando la voz.

Estaban en un espacio circular, abovedado, de un purísimo gusto romano antiguo.

Delante se veia el comienzo de una escalera de mármol blanco, de una mediana anchura y en forma de espiral, y cuya balaustrada, del Renacimiento, se retorcia como un tirabuzon del peinado de una mujer.

El bulto negro que tenia en la mano la linterna, cerró la puerta.

Luego se volvió hácia las escaleras, y subió por ellas.

La dama y Staglioni le siguieron.

Staglioni estaba ya completamente tranquilo.

Habia reconocido á la dama que le habia salvado.

Callaba, sin embargo, por prudencia.

Estaban aun en lugares peligrosos.

Staglioni habia reconocido aquellas escaleras.

Por ellas se subia al palacio de Atri.

Muchas veces Staglioni habia subido y bajado por aquellas escaleras.

Pero no habia ido nunca por ellas á aquella extraña cripta, donde habia estado en un gravisimo peligro de ser muerto.

Aquellas escaleras se componian de más de cuarenta peldaños.

Al fin, el bulto negro abrió una puerta en lo alto de las escaleras.

Salieron á un bello patio, sostenido por arcadas, nuestros personajes.

Aquel patio era el del palacio de Atri.

El bulto negro, precediendo siempre á la dama y á Staglioni, y seguido siempre de ellos, subió por las anchas y magníficas escaleras, recorrió una parte de la galería superior, y abrió en un ángulo de él, una puerta ricamente tallada.

Allí entregó la linterna á la dama, y desapareció.

La dama, siempre asida á la mano de Staglioni, atravesó algunas cámaras, y llegó al fin al gabinete secreto de Julio Aquaviva.

Éste continuaba durmiendo.

Pero su sueño parecia fatigoso.

Su semblante aparecia apenado, fruncido y fiero, y con algo de espanto, como si le hubiera afligido una pesadilla.

—Vos debeis traer con vos, dijo la dama sin desfigurar ya su voz, el filtro con que se hace desaparecer el efecto de ese narcótico.

—Sí, dijo Staglioni, sacando de un bolsillo un pomo de cristal negro: hélo aquí.

—Yo no sé usar de eso, dijo la dama; usad vos.

Staglioni destapó el botecillo, echó en la palma de su mano derecha algunas gotas del licor que el botecillo contenia, y que era de un color dorado, y frotó las sienes de Julio de Aquaviva.

Luego aplicó á sus narices el mismo pomo.

Pareció como que empezaba á ser ménos denso, ménos fatigoso, ménos doloroso el sueño de Aquaviva.

—¿Cuándo despertará? preguntó la dama.

—Dentro de algunos minutos, pero inmediatamente volverá á caer en un sueño de todo punto natural.

—Salgamos, pues.

Y diciendo esto la dama se dirigió á la parte del gabinete que estaba á la cabecera del lecho: oprimió un resorte, habrióse una pequeña puerta, y pasó.

La siguió Staglioni.

Pasaron algunas cámaras.

Al fin, en una que parecia un retrete de mujer, se detuvo la dama.

Encendió en su linterna las bujías de dos candelabros que estaban sobre una chimenea encendida, dejó en la chimenea la linterna, y se sentó en un sillon.

—Estais en completa seguridad, dijo á Staglioni: sentaos.

Staglioni se sentó.

Estaba más tranquilo.

Pero quedaba algo de terror en su semblante

Ella se quitó el manto, y le dejó caer sobre sus hombros.

Apareció su hermosa cabeza, embellecida, si es que podia ser más bella, por luengos y sedosos rizos de cabellos negros.

Pero un cumplido antifaz de terciopelo negro y tupido encaje, cubria su semblante, y caia sobre su seno, ocultando su garganta.

La dama se quitó el antifaz.

Apareció su dulce y hermosisimo semblante moreno.

Era la tierna, la simpática doña Magdalena.

CAPÍTULO XIII.

En que se vé, hasta qué punto llegaba la valía de doña Magdalena.

—Necesario es tratar con una cierta indulgencia á los que enloquecen, dijo doña Magdalena, y sobre todo, cuando han enloquecido por haber dado en las manos de un demonio.

—Dios tiene siempre un ángel de la Guarda para los que se extravian, dijo Staglioni.

—Pero á tal punto pueden llegar los extravios, contestó doña Magdalena, que no ya un ángel de la Guarda, sino cuatro, serian insuficientes para salvar á un extraviado. Un momento que yo hubiera tardado en pronunciar aquellas terribles palabras, que, aun siendo una mentira, han hecho que los *Implacables* hayan volado al socorro de su *Gran Luz,* y seriais á estas horas un cadáver.

—¿Pero la *Gran Luz* no corre peligro?

—Esa *Gran Luz* se apagará entre sangre y fuego, á lo ménos en Italia, en Francia y en España. Es en vano que Alemania é Inglaterra aticen el fuego en que esa *luz* se prende. La única luz verdadera, *la Luz de Jesucristo,* prevalecerá contra todas las asechanzas de Satanás. Es en vano que luteranos, calvinistas y reformistas, muevan guerra á los reyes de los pueblos católicos, y envalentonen á Selim II, al poderoso gran turco á extender sobre el Occidente de la Europa sus codiciosas miradas: las flotas de la Santa Liga destruirán ese poder, que se une al de los herejes, aun que no aparezca que hacen causa comun con ellas: los innumerables bajeles del turco serán abrasados, y el trono de Jesucristo, cercado de fuego, se levantará triunfante y más firme que ántes, sobre las ruinas de la heregía.

—No os comprendo.

—El momento formidable se acerca, dijo doña Magdalena; por todas partes la barbárie, el error y la soberbia, se conjuran contra la Iglesia Católica; pero yo os lo aseguro: mi fé os lo dice: la Iglesia Católica triunfará de todos sus encarnizados enemigos, porque con su Iglesia combate el Señor.

—Repito que no os comprendo, señora, dijo Staglioni: pues qué, ¿no sois vos una de las misteriosas hermanas del duque de Atri?

—Sí.

—¿No amais á vuestro hermano?

—Sí; con toda mi alma.

—¿Y cómo es que os poneis frente á vuestro hermano? ¿acaso os han dejado oir su voz insidiosa los frailes de Roma?

—Ha resplandecido en mis ojos constantemente la clarísima luz de la fé, dijo ella; y tened en cuenta, que yo me he criado entre cafres, que mi madre vive en Argel.

—No comprendo... no puedo comprender nada de lo que me decís: yo os creia luterana de corazon: yo creia que estabais aquí para ser un lazo de union entre nosotros y el Dey de Argel, y por medio de éste, con el poderoso Selim II.

—¡Dios es grande é invencible! ¡Dios es omnipotente! su celeste Providencia se vale de medios extraños. Un átomo imperceptible es á veces, cuando Dios lo quiere, un medio poderoso para grandes cosas; Dios abre sus caminos al hombre: cuando le abandona en el camino de su perdicion, es porque ha llegado á pronunciar contra él, por sus grandísimos pecados, la terrible sentencia, de la cual *nulla est redemptio.* Dios ha puesto al lado del extraviado Julio de Aquaviva, á sus hermanas, que arden en la fé de Jesucristo, que por su hermano velan, que le arrancarán de la senda de perdicion en que por sus ambiciones se ha empeñado.

—¿Sabeis hasta dónde llega el poder de los *Implacables?*

—Yo no temo nada, nada temen mis hermanos, miéntras tengamos fé en el poder de Dios: y si sucumbimos, ¿qué importa? iremos á la presencia de nuestro Señor divino, con la sangrienta aureola del martirio.

—Es necesario romper la tiranía de la esclavitud religiosa, que sacrílegamente se llama autoridad divina: Roma pretende dominarlo todo en nombre de Dios, reyes y pueblos: Roma está herida de muerte por su propia ambicion; manchada y ensangrentada por sus horribles crímenes.

—¿Y de crímenes hablais vos, conde Spungatti? replicó severamente doña Magdalena: ¡vos... manchado con todos los crímenes!... ¡vos... envilecido por todas las ferocidades!... ¡vos... el capitan de los *Apuñaladores!*... ¡vos... el terror de la campiña de Roma!...

—Yo he sido provocado: la católica España me ha arrojado de mis estados de Nápoles, me los ha confiscado: me ha reducido á la miseria y á la desesperacion.

—Por vuestros excesos; por vuestros delitos: vos érais el escándalo de Nápoles: vos corrompiais todo aquello que tocabais; vos os rebelabais contra la justicia; vos tendiais al bandidaje: ántes de que el virey de Nápoles os prendiese, os hiciese proceso, os sentenciase y os confiscase vuestros estados, ya habiais causado irreparables desgracias: ya bandas de foragidos, de los cuales casi desembozadamente os llamabais capitan, infestaban de noche las calles de la ciudad; de dia sus alrededores: una mujer, enamorada de vos, os salvó de vuestra

prision, que fué lo mismo que salvaros de la horca, y pagasteis á aquella desventurada abandonándola loca en Roma, dejándola morir de hambre y de miseria: vos no teneis entrañas, Nicolao; vos necesitais el dolor ajeno para dar pasto á vuestra alma: vos sois un lobo humano. Y en vano se ha usado de misericordia con vos: en vano el noble rey de España, movido por los ruegos de vuestros amigos, que os creian más que criminal, loco, os ha perdonado, ha echado sobre vuestros excesos el manto de su misericordia, y os ha devuelto vuestros bienes. Vos habeis creido que esto no era más que un lazo para confiaros, para que volvieseis á Nápoles, y una vez llegado allá, hacer en vos justicia: y habeis permanecido en Roma, usando en público vuestro nombre, cubriendo hipócritamente vuestras intenciones y vuestros hechos con las apariencias de un ciego catolicismo. ¿Y vos sois el que hablais de los crímenes de Roma? ¿vos el que decís que Roma pretende dominarlo todo, reyes y pueblos?

—Sea cualquiera la autoridad que yo tenga para acusar á Roma, nadie puede desconocer que el mayor enemigo de Roma, es su propia ambicion.

—Si Roma prevarica, si abusa del nombre de Dios, no la dejará Dios sin castigo: Roma es el catolicismo; Roma es *Urbis et Orbis,* en tanto que Roma sea la Iglesia de Jesucristo. No confundais lo eterno con lo perecedero, lo contingente con lo necesario. El que contra Dios se vuelva, sea cualquiera la forma de que se revista, no escapará ciertamente de la justicia de Dios, que no puede dejar ningun crímen sin castigo, ningun hecho sin que sobrevengan las consecuencias necesarias. Pero esta grave cuestion de si ha de prevalecer, como prevalecerá, el catolicismo contra sus enmigos, ó si ha de ser destruido, que no lo será, porque no puede destruirse lo que era *in se et per se* ántes de ser revelado, lo que existirá aunque no esté manifiesto, no puede de ninguna manera ser resuelto por nosotros.

—Hé aquí una doctora de la Iglesia, dijo Staglioni, que yo no esperaba encontrar en vos, mi señora doña Magdalena, ni aun la adivinaba.

—¿Y qué quereis? hay graves situaciones en la vida de las criaturas, en las cuales deben encubrir lo que son, porque así conviene, y mentir con falsas apariencias, hasta que no pueden sostenerse más. Hace mucho tiempo que el alma de nuestro hermano está en peligro: nosotras nos hemos encubierto para con él; hemos fingido que participábamos de sus ideas, de sus ambiciones, por cumplir con el propósito de salvarle, de esperar una ocasion en que pudiésemos hacer resplandecer en sus ojos la luz de la verdad. Pero ántes de que esa ocasion llegara, yo, por un milagro, he visto en peligro su vida y he acudido en su defensa.

—Necesario es convenir, señora, en que estais bien servida.

—Estos viejos palacios romanos, tienen perforados sus muros: la política italiana, ha sido, es y será siempre recelosa y desconfiada. El espíritu inquisitorial vuela en Roma por todas partes. Es necesario que pueda saberse todo, aun en los lugares más ocultos. El esbirro brota en Italia, como la yerba en sus fértiles campiñas. Para asegurarnos en nuestra misma casa, necesitamos tener

acechaderos, desde los cuales servidores leales puedan vigilar á otros servidores cuya lealtad no nos es notoria: no hay una sola cámara en el palacio de Atri, en la cual no haya, encubierto por el grueso muro, un pasaje secreto.

Staglioni contemplaba de una manera profunda y amilanada á la jóven doña Magdalena.

—Valiente sois hasta lo maravilloso, dijo el bandido: vos os atreveis á desafiar la cólera de los *Implacables*.

—¿Y á qué no se atreve el amor?

—¡Ah! ¿tendremos aquí un amor incestuoso, un amor terrible? exclamó dejando ver una sonrisa sesgada y sútil, Staglioni: cuando dos hermanos han crecido sin conocerse, y se conocen ya en la fuerza de su juventud...

—¡Cesad! ¡parad vuestro pensamiento, que nada respeta, que á todo se atreve! Pues qué, ¿no basta el amor de la sangre? ¿hay necesidad de buscar causas repugnantes, infames, malditas? Qué, ¿una hermana no puede sentir por su hermano un amor tal, que la fuerce á desafiarlo todo, á arrostrarlo todo por su hermano, confiando en el poder y en la misericordia de Dios?

—Todo esto, hermosa señora mia, dijo Staglioni, viene á reducirse á que, entre nosotros hay traidores.

—Si no hubiera entre los *Implacables* esos que traidores llamais, vos no existiríais en este momento; no hubiérais encontrado entre las tinieblas mi mano que os salvase, en el punto mismo en que veinte terribles manos, armadas de puñales, se levantaban sobre vos.

—Es verdad, dijo Staglioni; perdonadme, señora mia; soy un ingrato.

—Y no sólo un ingrato, sino un rebelde: pero yo pretendo convenceros, y cuento con vos.

—Tal os vais revelando á mis ojos, tan grande me pareceis, que es muy posible que me convirtais.

—El mejor provecho de vuestra conversion será para vos, aun que á mí me quedará siempre la satisfaccion de haberos convertido. Pero decidme, y no perdamos el tiempo, conde Spungatti: ¿podeis contar en el momento con vuestros *Apuñaladores*?

—Sí, sí, señora; no tengo necesidad de otra cosa que de salir á la calle y silbar, y en el momento tengo á mi lado hombres bastantes para defenderme en cualquier peligro.

—¿Y podrán entrar en este palacio vuestros hombres?

—Sí, sí, señora.

—Vamos pues; pero ante todo, y para lo que pueda sobrevenir, quisiera reponer en su lecho á mi hermano. ¿Os parece si será tiempo todavía?

—Sí, pero no perdamos momento.

Doña Magdalena se levantó.

Volvió á tomar la linterna, que estaba sobre la chimenea.

Salió del retrete.

Staglioni la siguió.

Llegaron al gabinete secreto.

Entre los dos trasladaron fácilmente á Aquaviva á su dormitorio, y sin detenerse un instante salieron.

Bajaron al jardin.

Doña Magdalena abrió el postigo, y ambos salieron.

—Ya estamos en la calle, dijo doña Magdalena.

Staglioni lanzó un silbido rasgado. terrible.

Pocos momentos despues aparecieron algunos hombres.

Se acercaron.

Primero dos.

Luego tres.

Al fin hubo diez hombres.

—Separaos cuatro de vosotros y llamad, dijo Staglioni.

Cuatro de aquellos hombres se separaron.

—Con los seis que ya tenemos, dijo Staglioni, podemos hacernos fuertes ante el primer peligro que aparezca, dijo Staglioni.

En aquel momento, y en distintas direcciones, se oyeron silbidos semejantes al que habia lanzado Staglioni.

Poco despues sobrevinieron, unos tras otros, muchos bandidos.

Aun no habian transcurrido diez minutos, y ya cuarenta *Apuñaladores* rodeaban á su capitan.

—Entremos, y pongamos en defensa el palacio, dijo doña Magdalena.

Entraron.

En el postigo quedaron algunos hombres, esperando á otros muchos que debian sobrevenir.

CAPÍTULO XIV.

En que el autor se ocupa un tanto de historia, que viene, por consecuencia, á reflejarse en nuestra historia contemporánea.

Doña Magdalena subió con Staglioni al dormitorio de Julio Aquaviva.

Éste continuaba durmiendo.

Pero era ya el suyo un sueño natural.

Apesar de esto, se comprendia por la expresion de su semblante. que pasaban terribles imágenes por su sueño.

—Dejémosle reposar, dijo doña Magdalena: aprovechemos el tiempo. Tenemos que explicarnos, conde Staglioni.

Y le llevó al mismo retrete de donde poco ántes habian salido.

Sentóse en un sillon doña Magdalena, é invitó á que se sentara á Staglioni, que obedeció.

El bandido estaba asombrado.

No comprendia cómo una mujer tan delicada habia podido llegar á tanto.

Habia contrastado la accion de la terrible asociacion de los *Implacables*, y habia sometido á sus órdenes otra no ménos terrible asociacion.

La de los *Apuñaladores*.

Entre estas dos asociaciones habia una relacion.

Un lazo de union.

Los *Implacables* eran el pensamiento.

Los *Apuñaladores* la accion.

Veamos ántes de pasar adelante, lo que eran estas dos asociaciones.

La Edad Media, con todas sus consecuencias, habia terminado en el Renacimiento.

¿Qué era el Renacimiento?

¿Qué fué?

Un resultado del progreso humano.

La terminacion de la crudeza de los tiempos de hierro.

El predominio del espíritu inteligente sobre la materia bruta.

Se dice que la Edad Media fué una época de fé, y nosotros decimos que esto es muy cuestionable.

Nosotros vemos en la gestion de la Edad Media, como en todas las gestiones de todas las épocas, el ejercicio de la fuerza y de la vanidad y de la ambicion humanas, ménos la ciencia, que estaba relegada y como escondida, y casi sin influencia, en el claustro.

Pero la Iglesia Católica, grande revolucionaria por excelencia, que empezó en la gigantesca revolucion sellada con la sangre de un Justo, de un Mártir en el Gólgota; revolucion tan grave, tan trascendental, como que sancionó que el hombre no era materia, sino espíritu, estableciendo con esto las grandes bases de la libertad humana; la Iglesia Católica, decimos, no podia permanecer inactiva.

Su propaganda fué vertiendo la luz del espíritu en la humanidad cristiana, y difundiendo ideas que no podian traer por fruto más que la emancipacion del hombre por medio del espíritu.

Al levantar el espíritu del siervo, debia naturalmente indisponerse con el señor omnipotente y absoluto que arrancaba su potestad del derecho divino, y basaba en él su imperio absoluto é indiscutible.

Apoyaban á este señor otros grandes señores.

Los grandes, la alta nobleza.

Sobre los derechos que el rey hacía pesar sobre los vasallos, caian los que sobre el siervo hacian caer los señores.

Esto es; sobre la herida, la quemadura.

El fruto de la actividad, de la inteligencia, de la fuerza de todo un pueblo, debia ser únicamente en provecho de los nobles y del rey.

El clero, que tenia el poder espiritual, se llamaba á la parte.

El Papa se habia hecho rey.

Los obispos, señores feudatarios.

La tiara se alzaba sobre un yelmo de combate.

Al báculo del pastor, se unia la espada del guerrero.

La Iglesia era una fortaleza.

Las servidumbres se multiplicaban.

La razon de la fuerza era la razon suprema.

Se combatia en nombre de Dios.

Pero bajo esta santa advocacion se ocultaban mal la ambicion y el inmoderado deseo de la adquisicion de territorios, que se repartian entre el rey, los nobles y los obispos.

La gran masa, que habia sido la gran razon de la fuerza, se contentaba una y otra vez con una racion de siervo.

Ella se quedaba siempre lo mismo.

Alguno de sus individuos se ennoblecia, y esto era todo.

Pero el Papa se llamaba rey de reyes; y este poder que el Papa se abrogaba en nombre de Dios, pasaba por delegacion á los obispos.

Habia, pues, un antagonismo decidido y terrible entre el poder real y nobiliario; entre el imperio temporal y el imperio espiritual.

El rey, que se apoyaba en su derecho divino, debia necesariamente, y por utilidad propia, y aun por creencia, dar prestigio al poder del Papa, representante y vicario de Dios sobre la tierra.

Ni el rey queria atraer el poder espiritual, ni podia atraerle, ni Roma atenerse á lo intangible; á lo únicamente relativo al espíritu.

Pero como causa del mayor poder de los reyes, esto es, del derecho divino, Roma se declaraba reina de reyes, y se inmiscuia en la gerencia de los negocios más árduos y más trascendentales de las monarquias católicas.

Tenia en sus manos la terrible arma de la excomunion, y la no ménos terrible de la predicacion, de la propaganda de las órdenes monásticas.

La Iglesia, á mediados de la Edad Media, se habia hecho un poder formidable.

La necesidad habia hecho renacer el antiguo municipio.

Esto es: el embrion de la nacion.

El municipio estaba más cerca de la Iglesia que del Estado.

Del obispo, que del rey.

La luz de la ciencia brotaba, aunque lentamente, del claustro.

El púlpito era una tribuna revolucionaria, en que se decia continuamente á los hombres:

«Ante Dios, no hay más que almas, y las almas son iguales ante la justicia de Dios.»

Llegó un momento en que el municipio, fuerte ya, entregó la gestion de la justicia á la Iglesia.

En que el rey y los nobles se sintieron amenazados, y se vieron obligados á hacer concesiones.

Entónces aparecieron las córtes, y con ellas el primer albor del sistema constitucional.

Las córtes. con sus tres brazos.

Esto es:

El rey y los nobles; esto es: la aristocrácia.

Los prelados; esto es: la Iglesia.

El estado llano; esto es: el municipio.

Y continuó la obra, lenta, pero segura.

La obra del progreso.

La obra de la ciencia.

La Iglesia se habia hecho más y más popular, extendiendo sus asociaciones monásticas.

El convento se media con el castillo y con el palacio.

La predicacion se hacia, no ya sólo en el templo, sino á domicilio.

La Catedral era una fortaleza, como el castillo del rico-hombre y el alcázar del rey.

Los tres brazos que constituian el organismo social, estaban armados.

Su poder se contrabalanceaba.

El choque de su antagonismo, hacia brotar cada vez más brillante, más condensada, más potente la luz de la ciencia.

La civilizacion cundia.

Llegó, en fin, ese misterioso momento del Renacimiento, en que empezaron á delinearse las formas de las naciones sobre las sombras y la tiranía del gastado teutonismo de los bárbaros de Alarico.

La Iglesia, que habia hecho la obra, no fué consecuente con ella.

Parecia como que no habia disipado la tormenta, no habia desvanecido las tinieblas, sino para acumularlas en provecho propio.

Habia quebrantado el poder de los reyes; habia herido de muerte á los nobles, y se alzaba terrible, diciendo:

«Todo lo que os he quitado es mio.»

Pero era tarde.

Valiéndose de su poder espiritual, pretendió, ya lo hemos dicho, asumir el temporal, inmiscuirse en el gobierno de los pueblos; ser, en fin, una contradiccion: reina de reyes.

Entónces sobrevino la protesta.

Lutero, un fraile, habló á una multitud esclava é irritada, y allí donde la esclavitud era más odiosa, allí fué donde más arraigó la funesta simiente del protestantismo.

Funesta, sí, porque la protesta de Lutero no representa más que un grosero

materialismo, que en nada habla al espíritu, y que sólo conserva un respeto hipócrita al cristianismo, pero traduciéndolo en una doctrina que está muy léjos de ser la doctrina de Jesús.

El protestantismo nació de la soberbia, no de la simplicidad de la virtud, y sus frutos debieron ser funestos.

El protestantismo, padre del libre exámen, de la enciclopédia, debia producir indefectiblemente la perversion de los principios fundamentales de toda sociedad posible.

Y esta protesta, lanzada por un fraile, debia tener eco en el mismo seno de la Iglesia.

¿Quién atajó los progresos del protestantismo, quién le contuvo, quién evitó la completa destruccion de la Iglesia Católica?

España.

España, que habia sabido de antiguo relegar meramente á su poder espiritual al Papa; España, que habia asumido en la potestad de sus reyes, la parte disciplinaria, económica, temporal de la Iglesia.

España, esencialmente católica, con una Iglesia independiente, como ya hemos dicho, en su economia, en su disciplina.

España, con Cárlos V y con Felipe II, los monarcas más católicos y á la par más anti-papistas que han podido darse.

En tiempo de los Reyes Católicos, se habia previsto ya el mal, y se habia creado el Tribunal del Santo Oficio de la General Inquisicion, contra la herética perversidad.

La Inquisicion, en sus principios, fué un cuerpo esencialmente protector.

Tal era el empuje de las ideas reformistas, que para atajarlas, no se encontró nada más á propósito, nada tan eficaz como el fuego.

España era entónces prepotente, y no sólo atajó y cortó dentro de sí el incendio, sino que le dominó en Italia, en Francia, y en gran parte de la Alemania.

Puede decirse, con copia de pruebas incontestables, que Roma debe á España su existencia.

De manera que Roma debia ser muy agradecida con nosotros, y dejarnos en paz, y no pretender inmiscuirse en nuestros negocios.

Pero esta es una árdua cuestion, que en el momento en que escribimos está sobre el tapete, que tal vez cuando esto se publique habrá sido resuelta, y que segun se resuelva, dará los resultados necesarios y lógicos.

Esta cuestion es, sí ó no, la unidad católica.

Nosotros creemos la cuestion mal planteada.

Es más; creemos que no hay cuestion.

Nos sentimos incompetentes, y nada encontramos sobre ella.

Tal creemos su gravedad.

En fin; ello será lo que pueda ser, que nunca ha sido otra cosa.

Hay una gran confusion de ideas y de principios.

El desórden moral es horrible.

Se está haciendo una revolucion espontánea, latente, de la que muy pocos se dan razon, y de todo punto trascendental.

Dios sabe los caminos de la humanidad.

La humanidad no irá por otros caminos que por aquellos que en su principio la ha señalado Dios.

En los tiempos de nuestro relato, la Reforma se habia infiltrado hasta en las venas de la misma Roma, y solapada y errónea, envolviéndose en el misterio, se obstinaba en su obra.

Los Implacables eran una asociacion secreta, que en su organizacion tenian mucho de la antigua masonería.

El secreto era su medio, y su elemento de cohesion, el terror.

Pertenecian á ella muchos de los principales personajes de Roma, tanto eclesiásticos como civiles.

Esta asociacion filosófica-protestante, tenia inmediata á sí, pero no iniciada, otra asociacion terrible, cuyo brazo misterioso heria en la sombra.

Esta asociacion era la de los *Apuñaladores.*

Verdaderos demonios, que por sostenerse ejercian todo género de depredaciones y de crímenes en la campiña de Roma, y en las mismas calles de la ciudad.

El jefe de los primeros, de los *Implacables,* lo era el potente y ambicioso Julio de Aquaviva; y su grande amigo, el conde Spungatti, jefe de los segundos; esto es: de los *Apuñaladores.*

Habia sobrevenido la cuestion de Grecia.

El poderoso Selim II habia aportillado los muros de Niove y degollado á sus defensores.

Amenazaba con sus numerosas escuadras á Europa.

Las naciones protestantes, veian con placer que sobre la causa católica, caia aquel formidable enemigo.

Nótese que ninguna de estas naciones protestantes estaba incluida en la Liga promovida por Pio V y por Felipe II contra el turco.

La constitucion de la Liga ofrecia gravísimas dificultades.

Véase la historia de aquel tiempo, y se verá que más de una vez estuvo á punto de ser abandonada la empresa, dejando á cada nacion de las amenazadas por Selim II, defender su litoral de una manera aislada.

Esto hubiera sido funesto, y Dios no quiso que así fuese.

Cuando Miguel de Cervantes fué con Aquaviva á Roma, era cuando más en desacuerdo estaban las partes contratantes que habian de constituir la Liga.

El protestantismo, por medio de los auxiliares secretos que en Roma tenia, atizaba cuanto le era posible la discordia, y dificultaba la constitucion de la Liga.

Entónces fué cuando por el amor de una mujer, por Abigail, uno de los jefes de aquellas asociaciones secretas, de la más terrible, hizo traicion al jefe de la otra, á Julio Aquaviva.

Véase de qué manera mezquinas pasiones pueden influir gravemente en el resultado de grandes cosas.

Despues de haber puesto á nuestros lectores en estos antecedentes, continuemos nuestro relato.

CAPÍTULO XV.

De como doña Magdalena y Staglioni, armaron á los Implacables una ratonera.

Despues de haber manifestado doña Magdalena á Staglioni que tenian que explicarse, continuó:

—Vos estais dejado de la mano de Dios, conde Spungatti, y gracias á que hay quien vela, que de otro modo, ya os lo he dicho, vos seríais hombre muerto.

—Convencido de ello, señora mia, no sé cómo daros las gracias.

—Velaba yo en la villa Cláudia, donde hace algun tiempo me tiene mi hermano, cuando fueron á avisarme de lo que acontecia.

Ya os he dicho que en el palacio de Atri, hay siempre ojos que ven, y oidos que escuchan.

Vine, y logré llegar á tiempo de salvar á mi hermano.

Pero para hacer lo mismo con vos, me ha sido necesario valerme de un engaño.

Ese engaño se hará patente muy pronto, y volverán, no lo dudeis, volverán, y no habrá otro medio que las armas.

—Estad tranquila, señora; doscientos lobos que no obedecen otra voz que la mia, están en este momento en el palacio de Atri.

—¿Y creeis que no podrán ser vencidos por los *Implacables*?

—¡Bah, señora! ellos son filósofos, clérigos, abogados, patricios, gente toda inútil para las armas; su brazo lo somos nosotros: en el momento en que ese brazo se vuelva contra ellos, están perdidos.

—¿Conoceis á esos hombres?

—Sólo conozco á uno: á vuestro hermano.

—¿No sabeis ni su número, ni sus nombres?

—No, señora.

—Pues bien: ellos son ciento: aquí teneis sus nombres, dijo doña Magdalena sacando de su bolsillo una pequeña cartera, y de ella un papel doblado que entregó á Staglioni.

Desdoblóle éste, le leyó, y dejó ver una sonrisa de demonio.

—Yo os juro, señora, dijo, que mañana no dormirá ninguno de estos hombres en Roma, y que ántes de tres dias ninguno de ellos estará en los Estados Pontificios; todos habrán buscado un pretexto para alejarse. ¡Por la sandália de San Pedro, que se han de arrepentir de haber pretendido inmolar á un hombre como yo!

—En esto habrá ganado mucho el soberano Pontífice, porque habrán desaparecido los torpes obstáculos que se oponian á la Liga, y Dios os perdonará vuestros crímenes, porque habreis servido grandemente al catolicismo: pero, ¿podremos confiar en vos?

—Teneis por prenda mi vida, que si no aterrara yo á los *Implacables*, podria dar por perdida. Sólo pido un premio por lo que voy á hacer, señora, y si lo consigo, estoy satisfecho.

—¿Cuál?

—Que me ayudeis de tal manera, que pueda yo obtener al fin el amor de esa mujer.

—¿Tan enloquecido estais por ella?

—Enloquecido y desesperado.

—En poder está de los *Implacables*.

—No me importa: yo la sacaré de entre sus manos.

—Entónces, ¿para qué quereis mi proteccion?

—¿Vos querreis sin duda que vuestro hermano se salve de la venganza de los *Implacables*?

—De todo punto.

—En vuestro hermano, á causa de esa mujer, me quedará un enemigo terrible.

—¡Ah! ¡esa mujer maldita! exclamó doña Magdalena: ¿pero qué poder es el suyo que de tal manera enloquece á los hombres á quienes enamora!

—El poder de Satanás.

—¿Y cómo quereis que yo os proteja tratándose de esa mujer?

—Haciendo creer á vuestro hermano que esa mujer ha muerto, y que vos sois quien la ha matado: yo creo que por más que vuestro hermano se desespere, no será capaz de tomar venganza de vos.

—¡Ah! ¡no! ¡mi hermano no es malo! desgraciadamente le ha extraviado su ambicion, y luego esa mujer infame: mi hermano no tomará venganza contra mí, y mucho ménos cuando sepa que esa mujer ha estado á punto de asesinarle.

—¿Y porqué no hemos de hacer creer á vuestro hermano que por esa mujer los *Implacables* le han sentenciado?

—Es verdad: él no esperaba una traicion de Abigail: es muy fácil hacerle creer que Abigail le ha vendido, y que nosotros hemos venido aquí para defenderle.

—Basta, señora, basta: yo no necesito más, sino que me enseñeis, si es necesario, todas las comunicaciones secretas de este palacio: yo sé lo que debo hacer: pero para ello es necesario que mi gente se oculte sin ser sentida en el lugar por donde los *Implacables* deben venir al palacio de Atri.

—¡Venid! le dijo doña Magdalena.

Salieron del retrete.

Ya fuera de él, en una extensa cámara, doña Magdalena dió tres palmadas.

Apareció inmediatamente aquel mismo bulto negro que les habia acompañado anteriormente.

Venia provisto de otra linterna.

—¿Hay algun otro de tus compañeros en las comunicaciones secretas del palacio? le preguntó doña Magdalena.

—Vos no me habeis mandado quedase ningun otro, señora.

—¿De modo, que nadie ha podido oir nada de lo que aquí ha pasado ahora, más que tú?

—Nadie, señora.

—Vamos á recoger vuestra gente, capitan; y tú, acompáñanos, Marcelo.

Staglioni salió á las galerías, y silbó.

Se le presentó al punto uno de sus bravos, armado hasta los dientes.

—Trae á todos los nuestros á esta galería, le dijo.

Algunos minutos despues, doscientos hombres, todos de aspecto bravo, todos completamente armados, se agrupaban en la galería.

—Condúcenos, dijo doña Magdalena á Marcelo, á donde toda esta gente pueda ocultarse, de modo que no se aperciban de ella cuando vuelvan, que no tardarán, los *Implacables*, y de ellos podamos apoderarnos.

Marcelo giró.

Marchó delante.

Doña Magdalena, Staglioni y los doscientos bravos le siguieron.

Apénas si hacian ruido.

Bien es verdad que en todo el palacio no hubieran podido despertar más que á Aquaviva, el cual se habia librado de la influencia del narcótico, y el dormitorio de Aquaviva estaba muy léjos.

Marcelo los condujo á aquella cripta que ya hemos descrito, y los colocó á ambos lados de la puerta por donde debian pasar, para llegar al palacio de Atri, los *Implacables*.

CAPÍTULO XVI.

De como no hay un derecho que se ejercite con más prontitud y más eficacia que el de la fuerza.

Habian llegado á tiempo.

Apénas se habian colocado de manera que los *Implacables* no podian escapar, cuando se oyeron pasos apresurados de muchos hombres en los subterráneos.

Avanzaban hácia el lugar por donde únicamente podian pasar, y donde los esperaban, ocultos en los tenebrosos ángulos, los bandidos de Staglioni.

Entraron rápidamente.

Llegaron á la puerta situada al otro extremo.

Pero al llegar á ella, se les opusieron con las picas terciadas, veinte de los hombres de Staglioni.

Los *Implacables*, que iban cubiertos con sus largos sudarios, y con sus capuces, retrocedieron.

Entónces los otros hombres de Staglioni avanzaron, y les cercaron.

—¡Traicion! exclamó una voz robusta: defendámonos, hermanos.

Sucedió una breve lucha que cesó al momento.

Los *Implacables* se rindieron, dominados por el número.

Staglioni adelantó entónces y dijo:

—¡Afuera los capuces! es necesario que todos nos conozcamos, mis buenos amigos.

No era ya posible la resistencia.

Staglioni los fué reconociendo uno á uno.

Ninguno faltaba.

Ninguno, más que Julio Aquaviva.

Sobraba una persona.

Aquella persona era Abigail.

Venia encubierta como los otros.

—¡Ah! ¿sois vos? ¡vos! exclamó doña Magdalena.

Abigail se puso mortalmente pálida, y retrocedió, mirando en torno suyo, como si hubiera buscado un lugar por donde escapar.

—¡Ha llegado la hora de que se rompa el encanto en que teneis envuelto á mi hermano! exclamó doña Magdalena. ¡Hay un Dios en los cielos que permite las iniquidades para probar á las criaturas! ¡pero llega un dia en que la justicia de Dios resplandece!

—¿Qué hablais de justicia de Dios, dijo un hombre de grande estatura, de aspecto grave, y de cabellos y barba blancos; vos que haceis traicion á la causa de Dios?

—Sin duda, señor marqués de Castro, dijo Staglioni, creeis que tenemos mucho tiempo de que disponer, y os empeñais en recriminaciones que yo corto: voy á acabar perentoria y ejecutivamente esta situacion, como vosotros los *Implacables* acabais todos vuestros negocios: estais aquí sin que falte uno, y esto es una gran ventaja: vos mismo, *Gran Padre de la Luz*, marqués de Castro, vais á juzgar: el cardenal Julio de Aquaviva, duque de Atri, con quien partís el gobierno de los *Implacables*, el gran maestre de la órden, os ha hecho traicion: de otro modo no seria su ilustre hermana, aquí con nosotros presente, quien nos hubiera traido á nosotros, los humildes *Apuñaladores*, á los siervos obedientes á vuestra voluntad, y ciegos para cumplirla, á este sitio, en el que á mansalva nos hemos apoderado de vosotros.

—La ira de Dios resplandecerá, y hará caer el castigo sobre los que nos hayan hecho traicion, exclamó el marqués de Castro.

—Declamaciones, y no más que declamaciones, exclamó el bandido. ¡Sandália de San Pedro! ¡estais cogidos como conejos, en vuestras propias madrigueras, amigos mios! pero no temais, que seremos misericordiosos con vosotros: aunque lo extrañeis, nosotros estamos siempre inclinados á la clemencia; y porque somos clementes procuraremos salir del paso, cuando llegue la ocasion, de una sola puñalada, á fin de que el paciente sufra ménos: de esta manera nos ponemos bien con Dios, que ama á los misericordiosos. Así, pues, marqués de Castro, constituios en tribunal de justicia con vuestros *Implacables*, todos aquí presentes: vos llevais siempre pendiente del cuello, de vuestra cadena de oro de patricio, el gran sello de la órden: de vos nunca se separa vuestro buen secretario: vais siempre provistos de papel y de tintero: dictad la sentencia contra el cardenal Julio de Aquaviva, duque de Atri, por delito de traicion, y por consecuencia de delacion de la hermosa Abigail.

—¡Sois un infame! exclamó Abigail: ¡nos habeis tendido un lazo!

—¿Qué hablais de infamias, amiga mia? exclamó Staglioni: ¿pues no estamos los dos de acuerdo? ¡mala memoria teneis! ¿Acaso no soy yo vuestro servidor decidido, casi vuestro esclavo? Dejadme hacer, que yo os aseguro no os pesará de lo que yo haga.

—¡Yo no haré jamás lo que de mí exigís! dijo el marqués de Castro.

—¡Sandália de San Pedro! exclamó Staglioni soltando una siniestra carcajada: ¡vos os habeis vuelto loco, señor marqués de Castro! ¿sabeis lo que significa decir al capitan Rugiero Staglioni «yo no quiero hacer lo que vos me mandais que haga?»

—Yo no sé más, sino que el conde Nicolao Spungatti es un miserable traidor.

—¡Eh, tú, Vicentello! dijo Staglioni: ¿traes como de costumbre tus dogales al rededor de la cintura?

—Doce por lo ménos, capitan, dijo saliendo de entre los *Apuñaladores* una

especie de gigante: cuando se hayan ocupado los doce, se puede dar la vuelta, porque el primero no necesita ya más, á cinco minutos por hombre: en una hora bien puede concluir un colgado.

—¡Bah!... pues empieza por donde quieras, dijo Staglioni, dejando para lo último al *Gran Padre de la Luz* y á su secretario; bueno es que vean estos bravos amigos, que hemos aprovechado la enseñanza que nos han dado, y que, como ellos, cuando á las manos se nos viene un negocio, sabemos ser implacables.

—¿Y he de colgar? dijo Vicentello con una sangre fria admirable.

—Indudablemente.

—Hay una pequeña dificultad: esta bóveda es lisa; no hay donde asegurar el dogal: pero poco importa que el dogal esté en sentido perpendicular ó en sentido horizontal: tanto dá que el peso de su cuerpo estrangule al colgado, como que la estrangulacion sobrevenga porque dos hombres vigorosos tiren en distintas direcciones de los extremos del dogal ajustado á la garganta del prójimo.

Durante este diálogo, doña Magdalena, fuera del círculo de los *Apuñaladores* que rodeaban á los *Implacables,* se paseaba sombría y siniestra.

Habia abandonado aquel negocio á Staglioni.

Abigail, muda, terrible, miraba de una manera letal al jefe de los bandidos, á quien miraba mucho y altivo el marqués de Castro.

Los *Implacables,* agrupados, estrechándose entre sí, esperaban con ansiedad la solucion de aquel negocio.

—Me parece bien lo que me has dicho, Vicentello, dijo Staglioni: tanto me dá que el dogal esté en sentido perpendicular, como en sentido transversal: cumple tu oficio: apodérate del que más te plazca, siempre esceptuando al *Gran Padre de la Luz,* y su secretario: estos, en todo caso, se quedarán para los últimos.

—Pues á mi eleccion lo dejais, capitan, exclamó el agigantado Vicentello, me apodero de este barbilindo.

Y echó mano de uno de los *Implacables,* que á todas luces era una mujer, y una mujer jóven y hermosísima.

Casi una niña.

Aquella desventurada dió un grito y retrocedió al extender hácia ella sus enormes y espantables manos Vicentello.

—¡Ah! exclamó el marqués de Castro: ¡no, deteneos... no toqueis á mi hija!

—¡Ah! ¡que está aquí la hermosa Alejandrina! exclamó Staglioni: es necesario convenir, Vicentello, en que para elegir te pintas solo: me parece que hemos llegado ya á donde debíamos llegar.

—¡No... no! exclamó el marqués de Castro: ¡mi hija no!

La jóven, entre tanto, habia retrocedido, y se habia amparado de su padre.

Sus hermosos ojos negros se fijaban con espanto en Vicentello, que sonreia, dejando ver la carnívora expresion de un lobo.

—¡Concluyamos! exclamó Staglioni asiendo bruscamente por un brazo á Alejandrina, que lanzó un grito horrible.

El marqués de Castro se asió á ella; y exclamó con el acento de la desesperacion:

—¿Qué hariais en mi lugar, hermanos mios?

—Estamos dominados por una fuerza mayor, que no podemos contrarestar. dijo uno de los *Implacables:* pretender resistir seria una temeridad inútil.

—Cuando te digo yo, Vicentello, que con tu buena eleccion nos has ahorrado un tiempo precioso... Decidios, señor marqués de Castro.

—¿Qué decis á esto, hermanos? repitió el marqués.

—La resistencia es inútil.

—No debemos sacrificarnos por quien tal vez nos vende.

—Dios nos manda no perdamos las vidas, que pueden ser útiles para su santo servicio.

—El duque de Atri es un traidor: sentenciadlo.

Estas y otras exclamaciones que omitimos, sonaron acá y allá.

Los terribles *Implacables* estaban aterrados.

—¿Quién denuncia como traidor al cardenal Julio de Aquaviva, duque de Atri. gran maestre de los *Implacables,* dijo el marqués de Castro.

—Yo, exclamó Abigail, cambiando de tono y expresion.

—¿Y de qué traicion le acusais vos, Abigail?

—La prueba la teneis patente: hemos caido en un lazo que se nos ha tendido en los subterráneos del palacio de Atri.

—¿Os afirmais en vuestra acusacion, Abigail?

—Me afirmo.

—Extended la sentencia, dijo el marqués de Castro, á quien entónces más que nunca importaba el terminar el negocio de una manera ejecutiva.

El *Implacable* á quien el marqués de Castro se habia dirigido, sacó de debajo de su blanco ropon un tubo de hoja de lata, y de él un tintero y un pliego de papel.

—Extended esa sentencia de una manera indeterminada, dijo Staglioni; pero que conste que quien denuncia es la señora Abigail.

—Sea, exclamó con acento firme Abigail.

El secretario hincó una rodilla en tierra, y sobre la otra, sosteniéndole el tintero otro de los *Implacables,* escribió algunas lineas.

Luego sacó de debajo de su ropon un pedazo de cera verde, derritió parte de él sobre un ángulo del papel, y diólo al marqués de Castro.

—Poned aqui vuestro sello, señor.

El marqués de Castro desprendió de la cadena el sello, y le imprimió sobre la cera, caliente aun.

—Firmad ahora, señor, dijo el secretario.

El marqués de Castro firmó, y dió el papel á Staglioni.

—Ved si eso os satisface, conde Spungatti, le dijo.

Staglioni tomó el papel, le leyó y dijo:

—Perfectamente: os doy mi enhorabuena por haber sido discretos.

Y guardó el papel.

—Falta ahora una pequeña formalidad para que yo os deje libres, añadió.

—Decid, respondió el marqués de Castro.

—Escribid en otro pliego, señor secretario, dijo Staglioni.

El secretario sacó de su tubo otro pliego de papel.

—Escucho, dijo.

—Nosotros, los abajo firmados, dijo Staglioni dictando, declaramos, arrepentidos de nuestros crímenes, á la Santidad de nuestro soberano Pontífice Pio V, que hasta hoy, congregados en una hermandad denominada de los *Implacables*, hemos favorecido la herética reforma de Lutero, y por nuestro arrepentimiento, impetramos la clemencia de Su Santidad.

—¡O la vida de todos, ó las firmas de todos! exclamó con voz potente y terrible Staglioni.

—¡Dios nos vengará! exclamó el marqués de Castro.

Y firmó.

Todos los *Implacables* firmaron.

Staglioni reconocia la firma de cada uno, á medida que iban firmando.

Cuando llegó su vez á Abigail, que se habia dejado para la última, Staglioni dijo:

—¡Vos, no!

Doña Magdalena continuaba paseando fuera del círculo determinado por los *Apuñaladores* en torno de los *Implacables*.

Staglioni guardó aquel segundo papel.

—Señores mios, dijo, estais libres; libres todos, ménos la señora Abigail.

—¡Oh! ¡y que yo no quiero separarme de vos! exclamó la judia.

—Libres sois, repitió Staglioni; pero oid: mis ojos lo ven todo: mis oidos lo oyen todo: si uno solo de vosotros permanece pasado mañana en Roma, este escrito que habeis firmado será presentado por mí á Su Santidad.

—¡No, no, no! saldremos mañana de los Estados Pontificios, exclamaron acá y allá.

—Idos pues, dijo Staglioni: dejadles pasar, amigos mios: pero vos no, hermosa Abigail: yo no puedo separarme de vos.

Abigail se puso á su lado.

—Me habeis dado, le dijo, la mayor muestra de amor que yo podia esperar de vos.

—¡Ah! ¡ya vereis, señora mia! ya vereis si se puede amar más que como yo os amo, ni aun tanto. Sed prudente: dejadme hacer.

Doña Magdalena no pudo oir estas palabras.

Abigail estrechó una de las manos del bandido.

Entre tanto, y habiéndoles abierto paso los *Apuñaladores*, los *Implacables*.

á los que ya no podia dárseles tal nombre porque habian sido disueltos. habian desaparecido por el fondo del subterráneo.

Doña Magdalena se acercó entónces.

—¡Oh! ¡gracias! dijo á Staglioni: ¡habeis salvado á mi hermano!

—Nos hemos salvado todos, respondió Staglioni: ahora, al palacio: aprovechemos lo que queda de noche. Seguidme, señora. exclamó dirigiéndose á Abigail, y dándole el brazo.

Subieron al patio del palacio de Atri.

—Ya me sois inútiles, dijo á sus *Apuñaladores* Staglioni: idos: la noche terminará pronto; ocultaos en la ciudad.

Los *Apuñaladores* pasaron del patio al jardin, y salieron de éste por el postigo.

Staglioni le cerró.

Luego subió á la parte principal del palacio. acompañado de doña Magdalena, y llevando del brazo á Abigail.

CAPÍTULO XVII.

En que se vé de que extraña manera concluyeron las aventuras del palacio de Atri.

Llegaron al mismo retrete en donde habian tenido sus explicaciones doña Magdalena y Staglioni.

—Dejadme solo con esta mujer, dijo rápidamente al oido de doña Magdalena Staglioni, al entrar en el retrete, y si desconfiais, escuchad.

Doña Magdalena salió, y se quedó observando tras el tapiz de una puerta.

Abigail se sentó lánguidamente, como dominada por el cansancio, en un sillon, junto á la chimenea.

Fijaba una mirada adormecida, candente, suprema, inmensa, en el bandido, que á despecho suyo se estremeció.

Staglioni hacia esfuerzos para no ser dominado por aquella mujer.

Estaba seguro de que si perdia la cabeza, era hombre perdido.

Y sin embargo, de tal manera influia en él la terrible Abigail, que se estremecia de espanto.

—No sabia yo cuánto me amábais, dijo Abigail: por mí os habeis arriesgado de una manera formidable: ¡ay de vos, si los *Implacables*, como es muy posible se rehacen! sereis hombre perdido... ¡y todo por mí! ¡ah!... ¡esta grandeza, esta intensidad de vuestro amor, me enamora!

—Sea como quiera, estoy por vos desesperado, y por vos soy capaz de todo: vos sois el alma de mi alma, la vida de mi vida; mi espíritu de fuego: vos sois mi perdicion ó mi salvacion: ¿pero para qué empeñarme en manifestaros lo que sabeis demasiado?

—Os confieso, conde Spungatti, dijo Abigail, que un tal amor como el vuestro, me seduce, me embriaga: esperadlo todo... todo; pero respetad mi dignidad: yo no puedo ser vuestra sino siendo vuestra esposa, y no os amo lo bastante para hacerme esposa vuestra: debeis estar seguro que yo no perteneceré voluntariamente más que á un hombre, á quien ame con toda mi alma: si un dia soy vuestra, podreis creer que con toda mi alma os adoro.

—No lo dudaré, ni dejaré de hacer cuanto esté en mi mano para que llegue ese dia.

—Tal vez ese dia se acerca, dijo Abigail.

—Entre tanto, no os asombre el que yo desconfie de vos, y pretenda teneros, sin contrariedad ni cuidado alguno en mi poder.

—Yo os obedeceré, dijo Abigail.

—No basta que vos me obedezcais; es necesario que se os crea muerta.

—¿Y cómo puede creérseme muerta? exclamó estremeciéndose Abigail, y fijando una mirada ansiosa en Staglioni.

Éste sacó de su bolsillo dos pomos.

El uno era el que ya conocemos, de cristal negro.

El otro, de oro.

—Un licor semejante al que este pomo contiene, dijo Staglioni mostrando á Abigail el de cristal negro, ha bastado para que durmiesen tan profundamente que nada ha podido despertarles, al duque de Atri y toda su servidumbre: pero si se hubiese usado de un filtro semejante al que se contiene en este pomo de oro, todos hubieran caido en una tal apariencia de muerte, que los más hábiles médicos, los más experimentados, los hubieran juzgado cadáveres.

Acreció la palidez de Abigail.

—¿Y quereis que yo parezca un cadáver? exclamó con la voz alterada por el espanto.

—Es de todo punto necesario, dijo Staglioni, que mi amigo el duque de Atri os crea muerta.

—¡Ah!... ¡no, no! ¡jamás! exclamó Abigail: vos quereis engañarme: vos quereis darme un filtro que me enloquezca, que me haga vuestra contra mi voluntad: esperad, ¡esperad por Dios! ¡yo creo que os amaré! ¡yo creo que os amo ya! ¡vos debeis ser hechicero!... ¡pero no... no, aun no: esperad! ¡esperad! ¿no será para vos una felicidad incomparable, el que yo caiga en vuestros brazos sonriendo de amor? ¿porqué buscar en la hechicería y en las malas artes lo que mi corazon os dará de seguro? No os obstineis: no seais para mí terrible, porque creeré que no me amais; que no sentís por mí otra cosa que una pasion impura y repugnante.

Y las lágrimas brotaban de los ojos de Abigail.

Estaba verdaderamente aturdida.

—Es necesario que todos os crean muerta, exclamó con un frio acento Staglioni; que sólo vivais para mí: por lo demás, estad tranquila: yo no obtendré por la fuerza lo que para mi no tendria valor alguno sino debiéndolo á vuestro amor.

—¡Pues bien; yo os seguiré á donde me lleveis: yo os obedeceré! exclamó en el colmo de la ansiedad Abigail.

—Es necesario que el duque de Atri os encuentre con las apariencias de un cadáver en vuestro lecho: ¿no es esta vuestra cámara, señora?

—Sí.

—¿El lecho que allí se vé, y por cierto, intacto, no es vuestro lecho?

—Sí.

—Id, cubríos con las cortinas de ese lecho: desnudaos: en el lecho poneos: despues bebereis lo que este pomo de oro contiene.

—¡No, no; eso no! exclamó Abigail: ¡matadme... pero yo no beberé!...

—¡Bebereis, mal que os pese! exclamó Staglioni levantándose.

—¡Ah... no! exclamó Abigail levantándose tambien, y procurando huir.

Pero en la puerta por donde fué á escapar, se encontró con doña Magdalena que la contuvo.

—¡Vos bebereis! la dijo: ¡bebereis, mal que os pese!

—¡Ah!... ¡maldita seas tú! exclamó Abigail: ¡tú tambien le amas!...

Esta última parte de la exclamacion de Abigail se referia á Cervantes.

—Ayudadme, señora, dijo Staglioni á doña Magdalena: es necesario que esta mujer beba.

Y uniendo la accion á la palabra, arremetió con Abigail, y la hechó por tierra.

Doña Magdalena se arrojó sobre ella, y la sujetó las manos.

Entónces Staglioni la oprimió con dos dedos las narices, á fin de que la necesidad de respirar la hiciera abrir la boca.

Abigail, por no abrirla, no gritó.

¿Ni de qué la servia gritar, en una casa en que nadie podia acudir á su socorro?

Resistió cuanto pudo.

Pero, en fin, la necesidad de alentar la hizo abrir la boca.

Además, doña Magdalena pesaba sin piedad sobre su pecho.

En el momento en que entreabria la boca para respirar, Staglioni vertió en ella el contenido del pomo de oro.

Abigail hizo esfuerzos para arrojarle, y en efecto, arrojó una parte.

Pero tragó el resto.

—Dejadla, señora, dijo Staglioni á doña Magdalena: esto es cosa concluida.

La dejaron libre.

Abigail se levantó, miró de una manera horrible á doña Magdalena y á Staglioni, rugió como un tigre, y sacando de improviso un puñal, se lanzó con la rapidez del rayo sobre Staglioni.

Tan rápida fué esta accion que el bandido no pudo contener el golpe.

Pero el puñal encontró un coselete que, oculto bajo las ropas, resguardaba el pecho de Staglioni.

—¡Ah! ¡maldita, infame! exclamó éste.

Staglioni la habia asido por el brazo, y la habia sujetado.

De repente Abigail dió un grito.

—¡Ah! exclamó: ¡yo me abraso... un fuego horrible me devora las entrañas... y sube... sube á mi cabeza!... ¡ah!... ¡por piedad! ¡yo no quiero morir! ¡no... nó! ¡Dios mio! ¡yo no quiero morir!

Se la enronqueció la voz.

Vaciló, cayó, se agitó en una terrible convulsion, y luego quedó inmóvil.

—Las serpientes deben ser aplastadas, murmuró Staglioni.

—¡Muerta! exclamó con horror doña Magdalena.

—¡Sí, muerta! ¡esa mujer era la condenacion de vuestro hermano!

—¡Oh... esto es demasiado terrible! exclamó doña Magdalena.

—¡Valor, señora mia! exclamó Staglioni: es necesario concluir la obra: vuestro hermano no está ya aletargado: duerme naturalmente; cuando llegue la hora en que tiene costumbre de levantarse, extrañará que no se le presenten sus criados: llamará: no acudirá nadie; porque ya será bastante entrado el dia cuando la servidumbre salga de su letargo: buscará, inquirirá... es necesario que encuentre en su lecho, y con las ropas de dormir á esta mujer; yo no debo hacer esto: hacedlo vos; únicamente os ayudaré á ponerla como está en el lecho.

—Sí, sí; os comprendo, dijo doña Magdalena, y os doy las gracias: sois verdaderamente amigo de mi hermano: le habeis salvado.

—Vuestro hermano es mi hermano, señora, exclamó Staglioni.

—¿Y afirmais que esa mujer es un cadáver?

—¡Lo afirmo!

En efecto: Abigail estaba rígida, y su hermoso semblante se iba desencajando.

Su morena tez, iba cubriéndose de una tinta cárdena.

Doña Magdalena hizo un violento esfuerzo.

—Pongamos el cadáver en el lecho, dijo.

Por los piés la levantó doña Magdalena.

La pusieron en el lecho.

—Ahora, señora, dijo Staglioni, yo os espero en la habitacion inmediata.

Doña Magdalena hizo un esfuerzo.

Desnudó á Abigail de las ropas exteriores.

Luego la cubrió.

La observó profundamente.

—Si verdaderamente has muerto, dijo, que Dios te perdone: si tu muerte es aparente... si ese hombre... ¡Ah!... ¡yo lo veré!...

El semblante de doña Magdalena estaba descompuesto.

Se pintaba en él una violenta sensacion.

Al fin hizo un movimiento supremo.

Como el que se resuelve á algo que le horroriza.

—Conde Spungatti, dijo.

Apareció Staglioni.

Su mirada se fijaba de una manera profunda en doña Magdalena, cuyo desencajamiento se habia hecho horrible.

Se acercó Staglioni.

—¿Decis, le preguntó doña Magdalena, que teneis la seguridad de que esa mujer es un cadáver?

—Yo os lo afirmo, contestó con entereza Staglioni.

—Entónces, añadió con la voz trémula doña Magdalena, heridla en el corazon.

—¡Ah! ¡desconfiais!... exclamó el bandido: pues bien, convenceos.

Y desnudó un puñal, y le alzó sobre el pecho de Abigail.

—¡Ah! ¡no! ¡no! gritó doña Magdalena: ¡yo no puedo! si no es un cadáver, no lo será por mí.

—Apartad, exclamó Staglioni rehusando á doña Magdalena; ante todo, es necesario que no desconfieis de mí: que no temais que ese demonio resucite.

Y dejó caer el brazo por tres veces.

Doña Magdalena dió un grito y huyó.

La siguió Staglioni.

—¿Estais ya segura? la dijo.

—¡Oh! ¡esto es horrible! exclamó doña Magdalena.

—La defensa es natural y precisa, dijo Staglioni: esa infernal mujer nos hubiera perdido á todos: ahora, señora mia, añadió, es necesario que yo os vaya acompañando hasta la villa Cláudia.

—¡Oh! ¡si, sí! Salgamos cuanto ántes, dijo doña Magdalena.

Habia necesidad de su manto, y este manto estaba en el retrete.

—Staglioni entró por él.

Envolvióse en el manto doña Magdalena, y se asió al brazo del bandido.

Bajaron al patio.

El palacio estaba sumido en un silencio profundísimo.

Se sentia el frio de la madrugada.

Pasaron al jardin.

Llegaron al postigo.

Le abrió Staglioni, salieron, y luego volvió á cerrarle, sirviéndose de las mismas llaves maestras con que le habia abierto.

Poco despues, ambos se perdieron en la sombra.

CAPÍTUO XVIII.

El despertar de Aquaviva, y de como el terrible Staglioni redondea su negocio.

Amaneció.

Transcurrió algun tiempo aun.

Llegó la hora en que se despertaba Julio de Aquaviva.

Ó mejor dicho: la en que su adlátere Paolo iba á despertarle.

Pero aquel dia, Paolo no podia ir á cumplir con su obligacion cuotidiana.

El soporífero que Abigail, por medio de un servidor interesado, habia hecho tomar en la cena á toda la servidumbre, continuaba aun sus efectos.

Faltaba algun tiempo para que la accion narcótica dejase de pesar sobre los cerebros de la servidumbre del duque de Atri.

Éste, á quien Staglioni habia salvado de la accion del narcótico, despertó al fin, naturalmente, cuando ya era muy de dia.

Sorprendióle el no encontrar junto á sí á su leal confidente; á su bravo Paolo.

Tiró del cordon de la campanilla.

Pero nadie le contestó.

Repitió los llamamientos, y sucedió el mismo silencio.

Volvió á llamar Aquaviva, y con más fuerza y más impaciencia, y tuvo el mismo resultado negativo.

Algo, pues, de extraño sucedia en el palacio.

Julio de Aquaviva se sentia con la cabeza pesada; con algo que le oprimia el corazon, y que no podia en manera alguna explicarse.

Entraba una débil luz en la cámara, por las cruces caladas en la parte superior de las maderas de los balcones.

Aquella luz, aunque escasa, era lo bastante para que se pudieran ver distintamente los objetos.

Aquaviva reparó en que habia dos sillones arrojados sobre la alfombra.

Reparó asimismo que en la alfombra, que era de un color muy claro, habia una grande, una extensa mancha roja.

En algunos espacios aparecia algo craso, algo levemente prominente.

Aquaviva no pudo dudar de que aquello era sangre, que en parte habia sido empapada por la alfombra, y que en parte habia quedado coagulada sobre ella.

Los muebles derribados, indicaban que allí habia habido una lucha que debia haber sido ruidosa.

¿Cómo él no habia despertado?

¿Porqué Paolo no habia ido á despertarle, siendo ya para su costumbre una hora avanzada, puesto que un luciente rayo del sol, penetraba en filamentos, por decirlo así, embellecidos con todos los colores del íris, por una de las cruces caladas en las maderas de los balcones?

¿Cómo era que á pesar de sus repetidos llamamientos no habia acudido ninguno de sus servidores?

El duque saltó de su lecho, y examinó su dormitorio.

Se convenció de que lo que aparecia sobre la alfombra era sangre.

Sobre aquella sangre quedaban huellas de piés, que á juzgar por las señales, habian resbalado de una manera fuertísima.

La lucha estaba patente.

¿Quién habia luchado allí?

Si habian sido enemigos suyos, ¿cómo le habian respetado?

Si habian sido enemigos rechazados por sus servidores, ¿cómo era que sus servidores no parecian?

Aquaviva llamó de nuevo, pero tambien inútilmente.

Entónces, y por la primera vez de su vida, se vistió por sí mismo.

Y no se limitó á vestirse.

Se armó.

Se puso una coracina y un capacete, se ciñó la espada y el puñal y se sujetó al cinto un par de pistoletes.

No sabia lo que podia encontrar en su palacio, más allá de su mismo dormitorio.

La habitacion de Paolo estaba situada á la inmediacion de la del duque.

Sólo la separaba de ella un corredor.

Aquaviva franqueó aquel corredor, y entró en la habitacion de su fiel Paolo.

Lo encontró durmiendo.

La accion del soporífero habia pasado enteramente, pero aun quedaba la modorra.

Todo estaba en órden en la habitacion de Paolo.

Como siempre, tenia su espada junto á su lecho, al alcance de su mano, y colgados en la pared, junto á la cabecera, dos largos pistoletes.

El pomo del puñal asomaba debajo de la almohada.

Aquaviva movió á Paolo, que despertó pesadamente.

Se incorporó, se frotó los ojos, y cuando vió ante si á su señor vestido y armado, dejó ver una profunda expresion de asombro.

Se le despejó la modorra.

Saltó del lecho, y exclamó:

—¿Qué es esto, señor? ¿qué es lo que sucede? ¡cómo! ¿vuestra excelencia aquí, sin que yo haya acudido á servirle? yo me maravillo, señor; yo no he

bebido anoche, y sin embargo, tengo la cabeza pesada, como si acabara de despertar de una borrachera.

—En la casa ha sucedido algo extraño, y gravísimamente extraño, dijo Aquaviva: yo me siento como tú: como si acabase de despertar de un letargo, causado por una orgía: en mi dormitorio hay muebles por tierra, y en la alfombra, una enorme, una extensa mancha de sangre: allí ha debido morir un hombre: he llamado en vano repetidas veces; nadie ha acudido: me he vestido, me he armado, y te he encontrado durmiendo.

—Esperad, esperad un momento, señor, dijo Paolo echando mano á sus calzas y atacándoselas: es necesario que yo reconozca el palacio: verdaderamente es extraño... muy extraño lo que sucede.

Y Paolo se vestia de una manera precipitada.

—¿Ha ido vuestra excelencia al cuarto de la señora? exclamó Paolo.

—¡De la señora!... contestó, dando muestras de una gran inquietud Aquaviva.

—Sí, de la señora, respondió sombríamente Paolo.

—Pues qué, ¿tú temes?... exclamó acreciendo en ansiedad el duque.

—Yo lo temo todo.

Aquaviva no esperó á oir más.

Salió de una manera violenta del cuarto de Paolo, y se lanzó á las habitaciones de Abigail.

El dormitorio de ésta estaba completamente á oscuras.

Aquaviva llamó á Abigail.

Sólo le contestó el silencio.

Se lanzó al lecho, extendió las manos, y lanzó un grito de horror, tal y tan extenso, que llegó á los oidos de Paolo, que en aquel momento acababa de vestirse.

Aquaviva habia tocado un semblante frio, con esa frialdad marmórea, especial del cadáver.

Se habia quedado helado, aterrado, mudo, desencajado, bajo un sentimiento indescribible.

Antes de que Aquaviva se hubiese rehecho de este terrible estado, llegó Paolo.

Abrió de par en par las maderas de uno de los dos balcones del dormitorio, y el sol entró de lleno, inundando de una dorada luz aquel espacio.

Entónces apareció sobre el lecho, con una perfecta apariencia de cadáver, Abigail.

Monseñor Aquaviva aparecia crispado, contraido, como petrificado ante ella.

—¡Ah! ¿qué es esto? exclamó Paolo.

Y examinó á Abigail.

—¡Muerta! ¡muerta! ¡indudablemente muerta! exclamó: esto no es un letargo.

—¡¡Muerta!! exclamó con un acento infinito Aquaviva.

Y pareció como que dispertaba de un terrible sueño.

Contempló con toda la vida, con toda el alma en los ojos, á Abigail.

Tendió hácia ella las manos trémulas, y la tocó.

—¡Sí, muerta!... ¡muerta! exclamó con una voz sobrenatural, trémula, acentuada por el espanto y por el dolor.

Y se arrojó sobre Abigail, y rompió á llorar dando alaridos, delirante, frenético; más que como un amante que ha perdido á su amada, como una madre que ha perdido á su hijo.

Tal fué, en fin, el exceso de su dolor, que se acongojó, perdió el conocimiento, y á no sostenerle Paolo, hubiera dado con su cuerpo en tierra.

Paolo le condujo en sus brazos.

Le llevó al lecho, y le puso en él.

Buscó agua, y le roció el semblante.

Aquaviva volvió en sí.

Un momento despues, saltó de nuevo del lecho.

—¿A dónde vá vuestra excelencia, señor? le dijo Paolo: ¿á acongojarse de nuevo? Dejad, dejad, señor: lo primero es buscar médicos que os certifiquen de si la señora ha muerto en efecto, ó de si sólo la domina un accidente que nos hace creer la muerte.

—No, no, dijo Aquaviva con la voz sepulcral, siniestra: ya sabes que á mí se me alcanza algo de medicina: yo no tengo duda: ella ha muerto; ella es un cadáver. Un veneno tal vez... ¿pero quién ha podido dárselo?

—¿Tiene vuestra excelencia algun motivo, señor, para temer que los *Implacables* hayan concebido recelos?

—No: anteanoche, como sabes, nos reunimos casa del marqués de Castro, y me prodigaron las mayores muestras de confianza.

—¿Y no han podido recelar los *Apuñaladores*?...

—El conde Spungatti es mi amigo más leal... mi hermano.

—¿Y no ha podido ser que la señora Abigail os hiciera traicion, y que los *Implacables*, que saben que la amais con toda vuestra alma, no hayan querido desgarraros el corazon, y hayan hecho por sí mismos justicia?

—¡Satanás habla por tu boca! exclamó Aquaviva: has dispertado en mí un recelo al que yo no queria dar oidos: una traicion de Abigail... ¡pudiera ser!... ella resistia á mi amor... ella me decia: «yo no puedo aun ser vuestra esposa... yo no puedo pertenecer sino á un hombre á quien amo con todo mi sér... que me enloquece. Yo no creo posible esto: yo creo que os amo todo lo que yo puedo amar; pero sólo con el alma: con un amor casto é infinito: ¿por qué no os satisface este amor, que es un amor de los cielos?»

—Pero no estamos en los cielos, señor; se atrevió á decir Paolo; debemos desconfiar de una mujer tan hermosa, tan adusta, y aun tan terrible como doña Abigail, que dice que nos ama con toda su alma, con un castísimo amor de los cielos, y que nos disputa... más aun... hace para nosotros imposibles esos amores de la tierra que Dios ha querido sientan el hombre y la mujer.

—¡Satanás habla por tu boca, Paolo! repitió Aquaviva, que se habia rehecho algun tanto, y que aparecia más sereno.

—Con mucha frecuencia Satanás, porque la conoce, dice la verdad por medio

de sus elegidos, y es prudente hacer caso de la verdad, aun que la verdad de Satanás provenga.

Aquaviva se iba recobrando más y más.

—Es necesario, dijo, averiguar lo que aquí ha sucedido, y sus causas. Véte á buscar al marqués de Castro: dile que yo necesito que venga al momento.

—¿Y entre tanto, señor? dijo Paolo.

—Véte tranquilo: yo te esperaré junto á doña Abigail.

—¡Ah! ¡no! ¡aun no! ¡es muy pronto!... pudiérais recaer en vuestra aguda desesperacion: yo no me moveré de aquí: yo no os dejaré solo un momento: venid conmigo, señor: veremos en qué estado se encuentra Benedetto: es posible que haya pasado por el mismo letargo que yo.

En aquel momento se levantó el tapíz de una puerta, y apareció un hombre jóven y buen mozo, que parecia como aturdido.

—¡Ah! ¿eres tú Arsenio? exclamó el duque.

Arsenio era uno de los ayudas de cámara más inmediatos á Aquaviva.

—Yo estoy asombrado, señor, por lo que por mí pasa, dijo Arsenio; y ruego á vuestra excelencia me perdone si no he llegado á tiempo de cumplir con mi deber: yo me encuentro como si acabase de salir de una grande embriaguez, y no he hecho ningun exceso: lo mismo que yo están los otros compañeros.

Era necesario reconocer la casa, y se la reconoció.

Todos los de la servidumbre se encontraban de igual manera.

En todo el palacio no se notaba novedad alguna, excepto en el dormitorio de Abigail, en que habia quedado ésta con todas las apariencias de un cadáver, y el de Aquaviva, en cuya alfombra habia quedado una cantidad de sangre tal, que era necesario suponer que allí habia perecido una persona.

Además, habia desaparecido Zaphirah, la doncella predilecta de Abigail.

Pero ninguna de las puertas ni de los balcones y ventanas del palacio, mostraba el más leve indicio de haber sido forzada.

No faltaba el más leve objeto.

El guardajoyas habia sido respetado.

Las arcas de hierro en que se guardaba el dinero, estaban intactas.

Abiertas, se comprendia á primera vista que nada se habia sacado de ellas.

Las puertas secretas no revelaban por ninguna señal, el paso de nadie.

Inútilmente se habia buscado el cuerpo del hombre herido ó muerto, cuya sangre habia quedado en la alfombra del dormitorio del duque.

¿Por medio de cuál encanto se habia hecho aquello?

Habia que pensar en los *Implacables* ó en los *Apuñaladores*.

Los médicos que se llamaron, declararon que Abigail era difunta.

Que habia sucumbido á un ataque de apoplegía.

En su cuerpo no se habia encontrado herida alguna.

Esto significaba que Staglioni habia engañado á doña Magdalena.

Que ésta creyó que Staglioni habia dado de puñaladas á Abigail, y que Staglioni sólo habia herido las ropas del lecho.

En efecto; en aquellas ropas quedaban las señales de tres puñaladas.

El misterio acrecia.

Aquaviva, repuesto ya, aunque tristísimo y desolado, se fué á buscar en su casa al marqués de Castro.

En ella le dijeron que el marqués habia salido de Roma, y que no se sabia á dónde habia ido.

Fuése á seguida Aquaviva, casa de Ascanio Malipieri, otro de los prohombres de los *Implacables*.

Igualmente habia salido de Roma, sin decir á dónde se encaminaba.

Casa de otro de ellos, Girolamo Malaconti, se dió la misma contestacion á Aquaviva.

Recorrió éste otras muchas casas de los *Implacables*, y en todas le dieron la misma contestacion.

Fué á buscar, casa del panadero Bartolini, á Staglioni, y allí le dijo Paulina:

—Excelencia; el capitan ha salido esta mañana para ir á vuestra casa. En ella le encontrareis.

Volvióse á su casa Aquaviva, y allí, en efecto, encontró á Staglioni que le tendió las manos, todo maravillado, y como si le hubieran cogido de nuevo las noticias que habia encontrado en el palacio de Atri.

Demostraba, además, un grande espanto y un gran sentimiento, por la muerte de Abigail.

Estando en esto, se presentó Paolo con un pliego en la mano.

Aquel pliego, que tenia la nema sobrescrita, con el nombre de su excelencia el duque de Atri, estaba sellado con cera.

Aquel sello consistia en un triángulo.

Era el sello ménos importante de los *Implacables*.

—¡Ah! ¡ellos! exclamó con sobresalto Aquaviva.

Rompió con impaciencia la nema, y abrió el pliego.

Era la sentencia de los *Implacables* contra Aquaviva, y en que figuraba como delatora Abigail.

Aquella primera sentencia que les habia exigido Staglioni.

La sorpresa y el terror se apoderaron de Aquaviva.

—¡Estamos perdidos! dijo dando el pliego á Staglioni: ahora comprendo que hayan matado á Abigail, y que hayan desaparecido.

—¡Ah! ¡la traidora! exclamó Staglioni, aparentando de una manera maestra una gran sorpresa al leer la sentencia: ¡ella te engañaba! ¡ella te vendia! ¡y tú te irritabas cuando yo pretendia prevenirte contra ella!...

—¡Ah! ¡la infame! ¡la infame! exclamó Aquaviva: ¡la miserable! ¡la traidora! ¡y yo la habia iniciado en todos nuestros secretos! ¡yo la habia dado un gran poder! ¡yo la amaba! ¡la amaba con toda mi alma! ¡y la amo aun! ¡sí! ¡la amo! ¡por resucitarla daria mi vida!

—¡Tú estás loco! exclamó Staglioni: ¡esa maldita judía, esa gitana te habia

hechizado! pero el hechizo desaparecerá con su muerte, y pronto llegará un dia en que te alegres de que los *Implacables* hayan hecho justicia en ella.

—¿Pero cómo no me han avisado?

— Han temido, sin duda, la locura de tu pasion: han temido, sin duda, que por tu pasion los vendieras.

—¿Y nada te han indicado, Nicolao?

—Nada, Julio: ellos saben que yo te amo como á un hermano.

—¿Y porqué?... ¿porqué me han aletargado? ¿porqué han aletargado á toda mi servidumbre?

—Sin duda temiendo les impidieras hacer justicia en esa mujer.

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó Julio: pero si ellos han huido, estan en peligro, y si ellos están en peligro, yo lo estoy tambien.

—No; aquí debe haber un misterio que se aclarará algun dia; tal vez dentro de un instante, cuando ménos lo esperes: entre tanto, debes estar tranquilo: si ellos hubieran creido que tú les habias hecho traicion, te hubieran sentenciado á muerte como á esa mujer: confian, pues, en tí; te reconocen su cabeza; te veneran: cuando no te han avisado para que evites un peligro, saliendo de los Estados Pontificios, es, naturalmente, porque no corres peligro alguno: además, tú sabes que tenemos amigos en el Vaticano, y nada te se ha avisado.

—Pero si yo no corro peligro, ¿cómo pueden correrlo ellos? ¿porqué han huido de Roma?

—Volvemos al misterio.

—¿Y qué crees que debo hacer yo?

—Primeramente, vé á visitar hoy mismo al Santo Padre: observa si te recibe y te habla con el mismo amor que siempre.

—Su Santidad es muy sagaz, dijo Aquaviva; comprenderá, por mucho que yo pretenda disimular, que estoy desesperado: podrá sospechar...

—El venerable Pio V sabe que en tu casa vive una mujer de quien estás ciegamente enamorado; que por ella has estado á punto de salirte del camino de la Iglesia: dile que esa mujer ha muerto; que al morir, has comprendido que te tenia hechizado; que Satanás ha huido de tí; que estás arrepentido, y dispuesto á tomar las sagradas órdenes: con ello darás un dia de contento al Papa, que te ama extraordinariamente.

—Sí, pero tomará por lo sério las hechicerias de esa desgraciada, y mandará que no se la entierre en sagrado.

—¿Y qué te importa? ¿no era esa mujer tu enemiga?

—¡La amo!... ¡la amo! su amor me abrasará el corazon toda mi vida.

—Pero ya ha muerto: lo que te importa ahora, lo que nos importa á todos, es que el Papa te devuelva su estimacion, su confianza: por más que tú seas un hombre extraordinario, te resientes de tu juventud; tienes caprichos y tenacidades de niño: considera que estamos sobre un terreno peligrosísimamente resbaladizo; que un accidente cualquiera puede precipitarnos; que la fuga de nuestros hermanos los *Implacables*, presupone que por lo ménos han vislumbrado un

peligro. Créeme; véte á visitar á Su Santidad; dile la muerte de Abigail, confesándote arrepentido y conocedor de que, sólo por las hechicerías, por las malas artes de esa mujer, has podido dar el escándalo de vivir con ella, de presentarte con ella en todas partes, y diciendo al Papa, que estás pronto á tomar las sagradas órdenes.

—Y bien, dijo Aquaviva; muerta ella, el amor ha acabado en mí.

Movió la cabeza, como manifestando duda, Staglioni.

—Te olvidas, dijo, de que ántes de que supieras que Beatriz era tu hermana, enloqueciste por ella, mucho más que por Abigail.

Aquaviva se estremeció.

—Te olvidas de que cuando supiste por la revelacion de tu padre, que tus amores con Beatriz no podian ser sino incestuosos, te desesperaste, y arrojándote en mis brazos, exclamaste: —«¡Nicolao! ¡esta es la desesperacion de toda mi vida! ¡yo no podré ya amar á otra mujer!...»

Creció la perturbacion de Aquaviva.

—Sin embargo, has amado á Abigail, continuó Staglioni, y la has amado hasta el punto de cegar; de comprometerlo todo por ella; de convertirte en esclavo suyo sin voluntad; de enloquecer.

—¡Hechizos! ¡hechizos sin duda!

—Pues bien: véte á buscar al Papa, y corrige los desaciertos en que has dado: nunca más que ahora es necesario que el Papa confíe en tí.

—¡Iré! dijo Aquaviva.

—Pero hoy mismo; ahora mismo; al momento, dijo Staglioni.

—Al momento, pues.

Y llamó, para que le vistiesen, y mandó prevenir una carroza.

Media hora despues, salia de su casa para el Vaticano.

Staglioni se quedó esperándole.

Al cabo de dos horas volvió.

Aparecia ménos desesperado.

—¿Y bien? le dijo Staglioni.

—El Papa no desconfia en manera alguna, dijo Aquaviva; me ha recibido severo, como siempre, y como siempre me ha amenazado con tratarme con rigor si no me separaba de ella: cuando ha sabido que ella ha muerto, no ha podido disimular su alegría; y cuando le he pedido perdon, manifestándole que sólo por haber sido hechizado, podia haber yo respondido con mis desdenes á su amor y á sus beneficios, me ha dado su bendicion, y me ha llamado su hijo predilecto: pero me ha mandado que para evitar escándalo, se saque esta noche secretamente, el cadáver de Abigail, y se la entierre en lugar solitario y apartado. Tú eres mi amigo... mi hermano, Nicolao; tú vendrás esta noche con algunos de los tuyos, y te la llevarás: tú me dirás luego el lugar de su sepultura. Ahora déjame á solas; me estoy muriendo.

Staglioni salió murmurando:

—¡Abigail es mia!

CAPÍTULO XIX.

De como el caballero Staglioni era el hombre más enamorado y más previsor del mundo.

Aquella misma noche, un carro cubierto, que tenia todas las apariencias del carro de un panadero, se detuvo delante del postigo del jardin del palacio de Atri.

Estaban enganchados á él cuatro fuertes caballos.

Cuatro hombres le servian.

A cada uno de los extremos de la calle habia ocho hombres.

Dieron las ocho de la noche en San Juan; mejor dicho: las veinte del dia, porque en aquellos tiempos, en Italia, los relojes marcaban las veinticuatro horas del dia por su número.

Se abrió, apénas se extinguió en el silencio la vibracion de la última campanada, el postigo, y salió un hombre que, aunque embozado en un manto, revelaba por su talante al conde Nicolao Spungatti, ó como mejor queramos, el bandido Rugiero Staglioni.

Tras él aparecieron cuatro hombres que conducian un ataud.

Estas gentes no traian luz.

Sólo se les podia distinguir por los bultos.

El ataud fué puesto en el carro.

Los cuatro hombres que el carro servian, y los otros cuatro que en él habian puesto el ataud, al carro subieron.

El postigo se cerró.

Staglioni silbó.

Entónces los ocho hombres que estaban al extremo oriental de la calle, marcharon á unirse con los otros ocho que estaban al extremo occidental.

Staglioni se puso á la cabeza de todos.

Se pusieron en marcha.

Detrás iba el carro.

Marcharon por calles escusadas, en las que apénas si encontraron alguna persona, á la Iglesia de San Juan de Letran.

La rodearon y llegaron al cementerio.

Staglioni se acercó á la puerta, y silbó.

Poco despues sonaron en el interior pesados pasos, sonaron llaves y cerrojos,

rechinó la puerta, se abrió, y apareció un sér innoble, sórdidamente vestido, y de aspecto repugnante y feroz.

Le acompañaba un mendigo.

Le conocemos.

Este mendigo era el bandido Barbetti.

—¿Está todo dispuesto? dijo Staglioni.

—Sí, excelencia, respondió el sepulturero.

Este tratamiento, dado por el sepulturero á Staglioni, no queria decir que le conocia y sabia que era el conde Nicolao Spungatti.

Los italianos de baja estofa tratan con un adulador respeto á todos los que consideran superiores á ellos.

—Bajad el ataud y el cofre, dijo Staglioni á los del carro.

Se obedecieron sus órdenes.

Cuatro hombres bajaron del carro el ataud, y entraron con él en el cementerio.

Otro de los bandidos entró tambien, conduciendo un pequeño cofre.

Entró asimismo Staglioni.

Barbetti salió fuera.

El sepulturero cerró la puerta.

Guió á Staglioni y á los que conducian el ataud y al que conducia el cofre á la casilla que le servia de habitacion.

Cuando llegaron á ella, entraron.

Los del ataud, lo dejaron en tierra.

Asi mismo dejó su cofre en tierra el otro.

—Sácalos fuera, dijo Staglioni al sepulturero.

Éste llevó á los cinco bandidos á la puerta del cementerio.

La abrió.

Salieron los cinco.

El sepulturero cerró de nuevo la puerta, y volvió á la casilla.

Estaban alli solos Staglioni y el sepulturero.

—¿Sabes que yo soy el *Gran Apuñalador?* dijo con acento extraño Staglioni.

—Sí, excelencia, contestó con una cierta complacencia feroz el sepulturero; y es para mí un grande honor el ver á vuestra excelencia bajo mi humilde techo: y tanto más, como que yo guardo bajo el césped de mi jardin á más de uno que los respetables *Apuñaladores* han hecho emprender el gran viaje.

—Yo pienso que tú no querrás hacer ese gran viaje en mucho tiempo.

—De seguro que no, excelencia.

—¿Y que, por lo mismo, guardarás un profundo secreto acerca de los servicios que esta noche me has prestado?

—Las tumbas de mi jardin no serán tan calladas como yo lo seré; excelencia.

—El cumplimiento de ese propósito será para ti muy saludable.

—¡Oh! bien lo sé, excelencia.

—¿Cuánto dinero te han dado?

—Cien escudos.

—Hé aquí otros ciento.

—¡Oh, excelencia!... ¡cuánta generosidad!

—Eso debe obligarte más.

—Solamente con que vos os sirviérais de mí, excelencia, estaba ya bastante obligado.

—¿Has dispuesto el lecho y los muebles que te se han enviado?

—Sí, señor.

—¿Has puesto en el aposento en que está ese lecho, los tapices que deben ocultar sus paredes, su techo y su pavimento?

—Podeis juzgar por vos mismo, excelencia.

Y abrió una puertecilla.

Entró Staglioni.

Era un reducido espacio, pero bastante para contener un rico lecho con colgaduras de seda, rojas y franjeadas de oro.

La cubierta del lecho era muy rica.

Tapices de Flandes ocultaban el techo, el pavimento y las paredes.

En una pequeña mesa redonda, cubierta por un rico tapete de brocado, habia una hermosa lámpara de plata cincelada y sobredorada, encendida.

Habia allí, además, dos magníficos sillones.

Estaban blasonados.

Pero los timbres del blason, los emblemas, por decirlo así, habian sido rotos, mutilados, al parecer, por un instrumento cortante.

No se sabia, pues, á qué apellido pertenecian.

—Perfectamente, dijo Staglioni. Ahora, salgamos.

El ataud que habian conducido los bandidos, estaba en el centro de la habitacion anterior.

Sacó una pequeña llave dorada Staglioni, y abrió las dos cerraduras del ataud.

Levantó la tapa.

Apareció extendida en el fondo del ataud, rígida, lívida, descompuesta, Abigail.

No tenia más ropas que las blancas interiores en que la habia dejado doña Magdalena la noche anterior.

—¡Oh, malaventurada dama! exclamó el sepulturero; ¡tan hermosa y tan jóven!

—Traslademosla al lecho, dijo Staglioni.

Entre los dos, sacaron del ataud á Abigail, la llevaron al lecho, y en él la acomodaron.

La cubrió con las ropas del lecho Staglioni.

—Veamos ahora la otra, dijo.

—Seguidme, excelencia, respondió el sepulturero.

Salieron á la primera habitacion.

—Mirad, excelencia, allí está, dijo el sepulturero señalando á un ángulo en

que habia un gran monton de ramaje menudo y de hojas secas, con destino sin duda á la chimenea.

El sepulturero se fué á aquel monton, le abrió, y apareció un ataud rico, pero manchado ya por la tierra, dando señales de que habia estado sepultado, aunque recientemente.

Era del mismo tamaño que el que contenia á Abigail.

—Otra desdichada, excelencia, dijo el sepulturero arrastrando el ataud hasta desembarazarle de la hojarasca. La señora Giovanna Máximo, hija del senador Rodolfo Máximo, muerta en la primavera de su hermosa edad: diez y ocho años: ¡muerta de amor!

—¡Ah! ¡sí! la amante del capitan Petruzzi, muerta por Mario Strogni, esposo de Giovanna: pero esa señora murió ayer.

—¡Mejor! ¡está aun fresco el cadáver! la han sepultado esta tarde.

—Abre ese ataud, y pasa al otro el cadáver.

El sepulturero rompió con su puñal las cerraduras del ataud de la adúltera.

Apareció un cadáver de mujer, en el que, á pesar de la rígida posicion de la muerte, se revelaba una gran juventud y una grande hermosura.

—El veneno es un buen auxiliar del dolor del corazon: ¡hay maridos terribles! hé aquí un medio tan bueno como cualquier otro para deshacer una equivocacion.

—Tragedias muy extrañas, excelencia.

—Despoja ese cadáver de la mortaja franciscana que le envuelve; déjale en las ropas blancas y pásale al otro ataud.

El sepulturero levantó el cadáver de la desventurada Giovanna, le llevó al otro ataud y le extendió en él.

Entónces Staglioni llegó al cadáver, se inclinó, sacó de su bolsillo un bote vidriado, lo destapó, y se extendió por el aposento un olor fuerte y acre.

Luego, con una brocha pequeña, pero ancha, extendió sobre el semblante, sobre la garganta, sobre las manos del cadáver, el contenido del frasco, hasta apurarle.

Luego arrojó el frasco y la brocha al fuego de la chimenea.

—Quema de la misma manera la mortaja y el ataud, dijo Staglioni al sepulturero.

La mortaja cayó al fuego.

Alzó una gran llama.

Poco despues estaba reducida á cenizas.

El sepulturero rompia el ataud.

Se oia el crugimiento de las tablas, que á medida que eran rotas caian al fuego.

La llama de la chimenea crecia y crecia.

Entre tanto, Staglioni observaba el cadáver.

Las partes que habian sido bañadas, por decirlo así, por el líquido, se abotargaban, se hinchaban rápidamente.

Antes de que el ataud hubiera sido arrojado por completo al fuego, habia crecido de tal manera la tumefaccion del cadáver, que era ya imposible reconocerle.

Entónces cerró el ataud Staglioni, guardó la llave, y dijo al sepulturero:

—Arrastra ese ataud fuera de la casilla; vé, llama á los cuatro que trajeron el ataud, y vuelve con ellos.

El sepulturero obedeció.

Staglioni salió de la casilla, cerró la puerta, y se quedó junto al ataud.

No tardó en volver el sepulturero con cuatro de los de Staglioni.

—Cargad con el ataud, dijo éste, y ponedle otra vez en el carro: id, y que venga Barbetti.

Los cuatro bandidos cargaron con el ataud, y se alejaron.

El sepulturero quedó junto á Staglioni.

—Yo voy á partir, dijo éste al sepulturero: tardaré poco en volver; pero en tanto vuelvo, se quedará guardándote uno de los mios.

—Como querais, excelencia, dijo el sepulturero; aun que es bastante guarda para aseguraros de mi el agradecimiento que os tengo y el respeto que me inspirais.

Staglioni no respondió.

Se puso á pasear en un corto trecho.

Se comprendia bien que le devoraba una grande, una mortal impaciencia.

Barbetti no tardó en sobrevenir.

—Quédate con éste, le dijo Staglioni, y que ni entre en la casilla, ni salga del cementerio: tú me respondes de él.

—Descuidad, señor.

—No olvides las instrucciones que te he dado.

—Yo nunca olvido nada de lo que vos me mandais, excelencia.

—Ven y cierra la puerta, dijo Staglioni al sepulturero.

Éste adelantó tranquilo hácia la puerta del cementerio, seguido de Staglioni, y guardado ya por Barbetti.

Salió Staglioni.

Cerró el sepulturero.

Staglioni subió al carro, y este partió.

Salió, despues de un largo trayecto, por las calles de Roma por la puerta del Pópolo.

Continuó hasta llegar al pié de la colina de Villa-Borghese, por la parte en que estaba situada la gruta que, como sabemos, era una salida secreta del palacio de Atri.

Dentro de la gruta habia algunos hombres.

Estaba á oscuras.

Si hubiera habido luz, se hubiera visto que junto á ellos, en un ángulo entrante de la gruta, habia una profunda sepultura recientemente abierta.

¿No habia mandado el severo Pio V, se sepultase fuera de lugar sagrado

aquella hechicera, aquella judía, aquella gitana, aquella hereje, que tan mal habia parado con sus malas artes al duque de Atri?

El decreto del soberano Pontífice se cumplia.

Solamente que se habia sustituido el cadáver.

Al llegar el carro á la entrada de la gruta, abrió una pequeña linterna uno de los que esperaban dentro, y hubo luz, aunque opaca.

Entónces se vieron de una manera sombría y fantástica los accidentes de la gruta, su fuente rústica y sus estátuas; y allá, y en un extremo, bajo festones de risco, una profunda sepultura, y al borde de ella, el negro y húmedo monton de tierra que al abrirla se habia producido.

— Pronto, á concluir, dijo con voz ronca Staglioni; hora es ya de que descanse la señora Abigail.

Cuatro de los bandidos bajaron del carro el ataud, y se encaminaron con él á la hoya.

Iban á lanzarle en ella, cuando por entre la maleza que al fondo de la gruta encubria la entrada del pasaje secreto que conducia al palacio de Atri, apareció el bulto de un hombre, y se oyó una angustiosa voz, timbrada por un dolor agudísimo, que dijo:

— ¡Deteneos! ¡quiero verla por la última vez!

Aquel bulto bajó de entre la escalera, se acercó, y dejó ver á monseñor Aquaviva.

Se arrojó transido de dolor en los brazos de Staglioni, y permaneció por algun tiempo entre ellos.

— ¡Valor! le dijo Staglioni fingiendo admirablemente una conmocion profunda.

— ¡Concluyamos! dijo Julio de Aquaviva, separándose de los brazos de su traidor amigo: esto es demasiado doloroso: abre el ataud, hermano mio.

Staglioni se inclinó sobre el ataud, y le abrió.

Apareció deforme, horrible, el cadáver.

— ¡Oh! exclamó Aquaviva; ¡y esto es lo que yo he amado!...

Y huyó desapareciendo por entre la maleza, por el fondo de la gruta.

— ¡Oh! exclamó para sí Staglioni: por el momento no hay necesidad de cegar tus ojos y enmudecer tu boca.

Y luego añadió en voz alta, en tanto que cerraba el ataud:

— Dad sepultura á ese pobre cadáver.

El ataud fué puesto en el fondo de la fosa.

Luego dos bandidos, armados de palas, empezaron á llenarla.

En algunos minutos la operacion estuvo concluida.

Un montecillo de tierra negra y húmeda marcaba la fosa.

— Con el carro á la campiña, dijo Staglioni á sus bandidos.

Y tomó solo hácia la puerta del Pópolo.

Poco despues silbaba á la puerta del cementerio de San Juan de Letran; se abria ésta, entraba, y la puerta volvia á cerrarse.

CAPÍTULO XX.

De la malísima aventura que le sobrevino en el cementerio de San Juan de Letran, al honrado Barbetti.

Pero no habia sido el sepulturero el que habia abierto, sino Barbetti.

—¡Cómo! exclamó Staglioni: ¿y ése?

—Duerme, exclamó brevemente Barbetti.

—Yo creí que no hubieras tenido tiempo.

—Yo soy muy ligero para mis faenas, excelencia, dijo Barbetti; apénas os alejásteis, cuando dije: —Lo que hay que hacer luego, ¿porqué no hacerlo ahora?— El pobre diablo estaba muy contento, y me decia que vos erais el hombre más generoso del mundo, excelencia, cuando yo le dije:

—Pues no sabes tú hasta qué punto da, y es poderoso mi señor: cosas hay en que da tanto y puede tanto como Dios: ahora permíteme que te dé un abrazo en muestra de mi contento por lo que estimas á mi señor.

El mentecato se dejó abrazar.

Cuando le tuve sujeto con el brazo izquierdo, de manera que no podia moverse, le eché la mano derecha á la garganta, y le arrastré hácia la fosa que habia abierto para poner á la otra muerta: le arrojé dentro: no se movió.

Entónces entré en la casilla y tomé una pala.

Venid, señor, mirad.

Y llevó á Staglioni á poca distancia de allí.

Se distinguia, aunque confusamente, el montecillo de tierra de la sepultura.

—Allí duerme tranquilo, dijo Barbetti: es feliz.

—El estado en que se encuentra la señora es peligroso, dijo Staglioni: es necesario sacarla cuanto ántes del estado de insensibilidad en que se halla: ven conmigo.

Se encaminaron los dos á la casilla.

Aun duraba la gran llama que habia causado el aumento de combustible en la chimenea.

—Espera aquí y vigila por si sobreviene algun accidente imprevisto, dijo Staglioni; mantén vivo, muy vivo el fuego.

Y entró solo en el aposento donde estaba Abigail.

Cerró la puerta.

—¿Para qué querrá el capitan que yo mantenga muy vivo el fuego de la chimenea? murmuró estremeciéndose á pesar de su fiereza de lobo Barbetti.

Temia tal vez por sí mismo.

Sin embargo, añadió leña al fuego.

Entre tanto, Staglioni se acercó lleno de ansiedad al lecho, y exclamó:

—¡Mio... mio, este divino demonio!

Abigail continuaba en un completo estado de inmovilidad, rígida, fria, con las apariencias más perfectas de cadáver.

Staglioni la examinó profundamente.

Despues de algunos instantes de observacion, sacó de su bolsillo el pomo de oro que ya conocemos, echó algunas gotas del licor que contenia en la palma de su mano derecha, y frotó las sienes de Abigail.

Luego volvió á verter en su mano algunas otras gotas, y frotó el seno de Abigail sobre el corazon.

Al contacto de aquel magnífico seno, se estremeció.

—¡Oh! dijo: ¡yo haré que esta divinidad me ame!

La frotó luego la garganta.

La piel de Abigail absorvia el licor poderoso, apénas le ponia en contacto con ella.

Staglioni cubrió á Abigail, y observó con una ansiedad, con una inquietud mortales.

—¡Tarda el efecto! exclamó despues de algunos momentos de observacion.

Y se heló de espanto.

—¿Será ya tarde? dijo.

Se sentia morir.

Continuaba la inmovilidad de Abigail.

Staglioni tomó su pulso.

No se le sentia.

—¡Mi alma por su vida, Satanás!... exclamó desesperado Staglioni.

En aquel momento lanzó un grito de alegría.

Habia sentido una leve pulsacion.

Luego otra, y otra.

¿Habia aceptado Satanás su alma?

¿Era una coincidencia?

¡Qué le importaba!

Para él no habia más vida, ni más deseo, ni más eternidad, ni más gloria, ni más Dios que Abigail, y luego... su amor.

Las pulsaciones fueron haciéndose ménos lentas.

Del semblante de Abigail iban perdiéndose, pero muy lentamente, la tiesura y el desencajamiento cadavérico.

Su tez iba esclareciéndose.

Perdiendo su lividez.

Recobrando su dulce color moreno.

Ya no estaba completamente fria, sino tibia.

El calor, al paso de sus pulsaciones, iba creciendo, aunque con una grande lentitud.

Con la otra mano se pulsaba á su vez Staglioni, y comparaba.

Su pulso era precipitado como el de un calenturiento.

Al fin, transcurrida cerca de media hora, el pulso de Abigail fué ya perfectamente perceptible.

Resultaban dos pulsaciones suyas, por cada tres de las de Staglioni.

El calor de la piel habia crecido.

Un cuarto de hora despues, Abigail gimió.

Entónces Staglioni, delirante de alegria, la abrazó y la besó frenético en la boca.

Y como si los besos del bandido hubieran sido de fuego, y de fuego de vida, Abigail se estremeció poderosamente, y abrió los ojos.

Pero por el momento, sus ojos no se fijaron.

Aparecian vagos.

Algunos minutos despues se posaron ya con atencion en Staglioni.

Barbotó algunas palabras ininteligibles.

Al fin, con la voz ronca y la lengua torpe, dijo:

—¿Quién eres? yo te conozco... ¿Qué haces aquí? ¿cómo has entrado?

Calló y continuó mirando con insistencia á Staglioni.

—¡Ah! ¡sí, sí!... dijo al fin: ¡eres tú!... ¡tú, el conde Spungatti!...

—¡Sí, sí! ¡yo soy, alma de mi alma! exclamó con una vehemencia y un delirio inefables Staglioni.

—¡Véte! dijo Abigail: si te encuentra él aquí, te matará, ó te obligará á matarle.

Y como entre tanto hubiese examinado el lugar en que se encontraba, exclamó:

—¡Pero este no es mi lecho! ¡esta no es mi cámara!

—¡Acuérdate! exclamó Staglioni.

—¿Y de qué he de acordarme? dijo ella con el candor de un niño.

—Por tí ha pasado algo muy terrible.

Reflexionó Abigail.

Pareció como que su razon se esclarecia.

Como que una vida más poderosa lucia en sus ojos.

Se incorporó y exclamó:

—¡Oh! ¡sí!... ¡algo poderosamente terrible! ¡los *Implacables!*...

—Sí, los *Implacables,* exclamó Staglioni; tú fuiste sentenciada por ellos.

—¡Ah! ¡sí, sí! ¡qué horror! ¡sí! ¡me acuerdo... me acuerdo!... ¡tú!... ¡aquella otra mujer!...

—Doña Magdalena de Aquaviva y yo, te hemos salvado: los *Implacables* te creen muerta y enterrada; enterrada y muerta te cree Julio de Aquaviva.

Pasó algo inexplicable por el semblante de Abigail.

Luego su mirada se hizo ardiente, dulce, y exclamó:

—¡Oh! ¡y cuánto me amas! ¡cuánto te debo!...

—¡Que si te amo!... exclamó con una efusion casi sobrenatural Staglioni: ¡que si te amo!... no hay palabras con que poder expresarlo.

—Pero me lo dicen tus ojos, tu agitacion, un no sé qué, que de ti fluye, y que llega hasta mi corazon. ¡Ah, conde Spungatti, yo te amo!...

—¡Ah! ¡por piedad!... exclamó Staglioni juntando las manos: ¡no me engañes, porque tu engaño seria para mí más terrible que la muerte más dolorosa! ¡Yo no vivo sino por tí y para tí! ¡por tí he provocado cóleras y venganzas terribles!... ¿pero qué me importa si tú me amas, si eres mia!

Abigail sonrió de una manera divina.

Se irguió aun más, y dijo:

—Déjame: quiero probar si puedo salir del lecho; si puedo tenerme de pié.

—¡Oh, sí! dijo Staglioni; tu vuelta á la vida ha sido lenta, pero segura: voy á salir; pero ántes déjame que abra este cofre, y que te ofrezca las ropas que para tí he traido.

Staglioni abrió el cofre, y sacó de él algunas ricas ropas exteriores, que puso sobre los sillones: algunas joyas, que puso sobre la mesa.

Luego, respetando el pudor de Abigail, salió y cerró la puerta.

Abigail, temiendo tal vez ser observada, conservó la expresion dulce y sentida de su semblante.

Se echó fuera del lecho y se puso de pié.

Por el momento vaciló.

Pero hizo un esfuerzo y logró tenerse firme.

Sentia una gran pesadez en la cabeza y una gran laxitud, un gran cansancio.

Pero á la par una gran fuerza de vida.

Lo recordaba todo.

Comprendia cuánto le convenia hacer su esclavo, más esclavo de lo que ya lo era, á Staglioni.

Se vistió las ropas, y se prendió las alhajas que el bandido la habia prevenido.

De tal manera se habia rehecho, que habia podido juzgar que las tres túnicas que se habia vestido, eran dignas de una reina, y que el aderezo de perlas y esmeraldas que se habia prendido, era de un valor enorme.

Tocó á la puerta.

Staglioni entró procurando que Abigail no pudiera hacerse cargo de lo que podia verse en el extremo del corredor, al entreabrir la puerta.

—Héme dispuesta á seguirte si hemos de salir de aqui, dijo Abigail.

—Yo no quisiera que vieses el lugar por donde hemos de pasar, dijo Staglioni.

—¿Y qué importa? dijo Abigail; ¿piensas que me falta valor?

—Es un lugar demasiado horrible, dijo Staglioni.

—¡Ah... sí! dijo Abigail: se me ha creido muerta: sin duda estoy en un panteon ó en un cementerio: ¿y qué más dá? saldremos de entre los muertos, para ser venturosos entre los vivos.

Y tomó un magnífico manto de terciopelo negro que estaba sobre un sillon, se lo prendió, y se envolvió en él.

—Bien será, señora mia, dijo Staglioni, que te cubras el rostro con este antifaz.

Abigail tomó el antifaz de terciopelo negro y encajes que le daba Staglioni, y se lo puso.

Se asió del brazo de éste.

Éste abrió la puerta, y al pasar por el repugnante aposento del enterrador dijo á Barbetti:

—Ven, y franquéanos la salida.

Atravesaron el cementerio.

Abigail no dió la más leve señal de terror.

Abrió el portalon Barbetti.

—Concluye cuanto ántes tu faena, le dijo Staglioni, y luego, casa de Bartolini.

—Allí estaré ántes de una hora, señor.

Salieron.

Cerca del cementerio encontraron una carroza que estaba prevenida.

La servian bandidos de Staglioni, pero parecian criados de una casa noble.

—A la torre, dijo Staglioni.

La carroza partió.

A poco salia por la puerta del Pópolo.

En cuanto se quedó solo Barbetti en el cementerio, dijo para sí:

—El capitan me ha mandado destruir todo esto por medio del fuego: pero esto es una iniquidad contra la bolsa: lo que hay aquí vale muchos miles de escudos: luego, estos tapices flamencos son obras de arte: yo no tengo corazon para destruir lo que ha sido producido por el genio.

Ya sabemos que Barbetti era un bandido muy artista, ó por lo ménos, muy apasionado del arte.

—¡Ahí es nada! continuó Barbetti; el lecho, cuyos remates han sido tallados por los discípulos de Miguel Angel: ¡profanacion! ¡Y sin embargo, es necesario obedecer; no sea que el capitan destruya en mí, no ya una obra de arte, sino una obra de Dios! Vamos, Barbetti; cuando hay que tomar una medicina amarga, se cierran los ojos y adentro; traguemos la amargura de destruir todas estas preciosidades.

—Verdaderamente, dijo en aquel momento una voz junto á Barbetti, que habia pronunciado en voz alta sus discretos razonamientos, que hay momentos difíciles en la vida de los hombres.

Volvióse Barbetti, y vió delante de sí un hombre alto, completamente envuelto en un manto, con antifaz sobre el rostro, y echado sobre los ojos un gran sombrero de ala ancha, á la española.

Aquel hombre tenia en la mano derecha un pistolete, con el que cubria completamente á Barbetti.

—Buena manera de darle á un hombre las buenas noches, dijo tranquilamente Barbetti: ¿se os ofrece algo, amigo?

—El mataros, ¡vive Dios!... ni me quita ni me pone: si os mato, me quedo como me estaba; y si no os mato, me expongo á que vos aprovecheis un momento y me mateis á mí. ¿Quereis que hablemos como hablan dos hombres?

Antes de pasar adelante, debemos decir que el interlocutor de Barbetti, hablaba de una manera deplorable el italiano, y que mezclaba á él muchas palabras españolas.

A poco que mediten nuestros lectores, por lo que ya hemos indicado, comprenderán que aquel hombre era don César Estéban de Chouzan.

—Para venir á parar á esto, dijo Barbetti, no era necesario os hubiérais desenganchado del cinto ese pistolete: habeis hecho muy mal: no me conoceis: me habeis irritado con vuestra accion, porque vuestra accion supone que vos me habeis medido con el mismo rasero con que se mide á los otros hombres; es decir: que habeis supuesto que yo me aterraria al ver apuntado á mi pecho, y á quema-ropa, un pistolete.

—Vos no lo entendeis bien, dijo don César: no es que yo he creido que vos os aterrárais, que ya sé yo que el ilustre Barbetti, uno de los elegidos de la banda del capitan Rugiero Staglioni, no se aterra por nada; es que yo os he tenido miedo, y aun os le tengo, puesto que continúo apuntándoos con mi pistolete: no quiero morir como ha muerto el sepulturero: soy jóven todavía, y me queda algo que hacer en el mundo.

—¡Por la Santa Madonna idealizada por Rafael, por la Fornarina, y por su nieta!... dijo, que ó sois un pícaro asendereado y cansado de conocer pícaros, ó sois un hombre tan bravo como yo.

—Y aun más que vos, dijo don César, dejando de disfrazar la voz.

—¡Ah! exclamó Barbetti: ¡vos sois el *lobo español*, el *compadre* de nuestro capitan.

—El mismo, camarada, dijo don César.

Se le habia dado el nombre de *lobo español* cuando habia entrado de una manera especial con Baltasar Carreño, en la banda de Rugiero Staglioni.

—Sí, yo soy, dijo don César.

Y bajó el pistolete, y se lo enganchó en la cintura.

—Pues bastaba con que al entrar me hubiéseis dicho, y con el semblante descubierto; «buenas noches, amigo.»

—¿No os ha dado vuestro capitan ninguna órden contra mí?

—Ninguna.

—¡Es extraño! dijo como hablando consigo mismo don César.

—¿Habeis tenido alguna desavenencia grave con el capitan?

—Sí; gravísima.

—¿Y por qué causa?

—Por una mujer funesta.

—Mirad: yo no quiero preguntaros más, porque no me tiene cuenta, ni quiero entrometerme en los negocios de mi capitan: pero vos, miéntras yo no entienda otra cosa, sois para mí una persona respetable, como que sois un grande amigo

del capitan, y alguna vez nos habeis comandado en ausencia suya. Así pues, decidme lo que quereis.

—Tenemos que hablar largamente.

—Pues entónces, dejadme que acabe la faena de que me ha encargado el capitan.

—Yo os ayudaré á ello, dijo don César.

—¿Sabeis de lo que se trata?

—Sí; de destruir por medio del fuego todo lo que aquí ha quedado, á fin de cortar un rastro.

—Es verdad.

—Pongamos, pues, manos á la obra.

Y don César se quitó la capa y el sombrero, pero no el antifaz.

Luego entró en el aposento el primero; tomó la lámpara que sobre la pequeña mesa estaba, y dijo á Barbetti:

—Guardad eso: eso no puede fundirse en el fuego que aqui tenemos; quedaria entre la ceniza, y podria ser un indicio: guardadlo: el platero Nicolomini lo destruirá, ó mejor dicho, lo desfigurará mejor.

—¿Conoceis vos tambien al platero Nicolomini, á ese buen amigo? dijo Barbetti.

—Sí; mucho.

—¡Oh! es un grande artista, añadió Barbetti, que habia apagado la lámpara y vertido su aceite en el fuego, guardándola bajo sus andrajos: esta lámpara es de Benvenuto; lo ménos que dá el señor Nicolomini por ella, son quinientos escudos; despues la montará de otro modo, la desfigurará, y la pondrá tal, sin que pierda su valor artístico, que no la conozca la madre que la parió.

Miéntras hablaba Barbetti, don César habia arrojado al fuego el rico tapete, habia roto de un golpe contra el suelo el pequeño velador, y arrojado sus fragmentos á la chimenea.

—¡Lástima! ¡lástima grande! decia Barbetti á cada objeto que caia al fuego: pero en fin, el capitan lo manda.

—Concluyamos cuanto ántes, dijo don César; venid: ayudadme á traer los colchones.

—¡Tres colchones enormes! exclamó Barbetti: van á tardar en quemarse un siglo.

—Iremos arrojando á pequeñas porciones la lana.

—El olór acabará por dar la alarma á la vecindad.

—Corre un aire violento: en fin, sea como fuere; siempre escaparémos.

—¿Por dónde habeis entrado?

—Por un portillo del muro del cementerio.

—¿Cuándo entrásteis?

—Mucho ántes de que el capitan saliera con el cadáver.

—¡Ah! pues entónces ¿habeis visto de qué manera ha emprendido su viaje el sepulturero?

—Si, y me habeis satisfecho grandisimamente, señor Barbetti: sois hombre de una gran sangre fria.

—La buena enseñanza y el buen ejemplo, señor.

Entre tanto, continuaban cayendo efectos al fuego.

La hoguera era ya formidable.

La llama subia hasta extenderse por la campana de la chimenea, y amenazaba incendiar la cubierta.

Sin embargo, los dos bandidos continuaban su obra.

Tapices, colgaduras, colchones, cama, todo habia sido arrojado al fuego, sin que al arrojar cada cosa Barbetti dejase de exclamar:

—¡Gran lástima! ¡una preciosidad artística!... pero, en fin, el capitan lo manda.

Al arrojar un pequeño tapiz flamenco que representaba á Diana saliendo del baño, y que sin duda era el retrato de una gran dama, Barbetti, que le habia contemplado por algunos instantes con detenimiento, exclamó:

—¡Dios de Dios! me cuesta tanto trabajo destruir esta preciosidad, como si arrojase al fuego, viva, á la hermosa Paulina, la nieta de la amante de Rafael.

En fin: nada que fuese extraño á la casilla del sepulturero quedó en ella.

Solamente una ya débil llama, y un enorme monton de cenizas en la chimenea.

—Nada tenemos que hacer ya aquí, dijo Barbetti: es ya tarde, y yo necesito ir á presentarme al capitan.

—Salgamos, dijo don César.

—Salgamos, contestó Barbetti.

Salieron al cementerio.

—¿A dónde vais? dijo Barbetti, viendo que don César se dirigia á un punto contrario á la puerta del cementerio.

—Al lugar un tanto aportillado del muro, por donde yo he entrado, dijo don César.

—¿Y qué necesidad hay de eso, cuando yo tengo las llaves?

—Salgamos, pues, por la puerta.

—Pero hay una pequeña dificultad, dijo Barbetti arrojándose de repente á don César y asiéndole la mano derecha.

—¿Y cuál es esa dificultad, miserable? exclamó don César, pugnando por desasirse.

—La dificultad es, que yo no tengo más señor que uno, que le soy leal, que vos apareceis su enemigo, y que yo mato á los enemigos de mi señor: os he dejado que me ayudeis para acabar más pronto, y ahora acabo con vos.

—¡Ah! ¡imbécil! exclamó don César, desasiéndose por un violento esfuerzo de la mano de Barbetti.

Y á seguida, tomando distancia, disparó sobre el bandido.

Un rápido movimiento de éste, que se redujo encorvándose, bajando la cabeza, hizo de todo punto inútil el disparo de don César.

En seguida, y sin perder tiempo para desenvainar su puñal, Barbetti se arrojó sobre don César, y le abrazó.

Sobrevino una lucha formidable.

Ambos rodaron por tierra.

Se encontraban alternativamente el uno sobre el otro.

Pero no podian herirse.

Eran dos atletas.

No lograban dominarse completamente.

Al fin, don César logró coger la lámpara que Barbetti habia guardado entre sus andrajos.

Entónces hizo un poderoso esfuerzo, y en un momento en que se habian incorporado, logró lanzar de sí á Barbetti.

Inmediatamente, y rápido como el pensamiento, tomó distancia.

Volvió á aparecer su mano armada con otro pistolete.

El tiro ardió.

Pero tan inútilmente como el primero.

Barbetti se habia encogido.

A seguida, se habia lanzado sobre don César.

Pero no le habia encontrado.

Don César se habia esquivado.

La noche era oscura.

Barbetti rugia como un tigre.

Se lanzó á la casilla, y tomó uno de los tizones que aun ardian en la chimenea, y sirviéndose de él como de una antorcha, registró el cementerio.

Pero nada halló.

—¿Y cómo me presento yo ahora al capitan? exclamó Barbetti: es necesario que yo le engañe, ocultándole esta mala ventura mia, ó que le diga que hay un hombre que conoce su secreto; que este hombre es un enemigo suyo; que, en fin, es el *lobo español*. El capitan no me perdonará el que yo no le haya muerto, ó el que no haya muerto yo procurando matarle. Yo debí caer sobre él amigablemente cuando estuvo junto á mí, tranquilo, creyendo que yo seria capaz de hacer traicion al capitan. Y en vano es todo lo que se ha hecho para envolver en un profundo secreto la existencia de la señora Abigail. Hay un hombre que lo sabe todo, y un hombre terrible, y se ha llevado una prenda; la lámpara que tiene las armas del capitan, y en un ángulo su retrato: una prenda que puede producir una prueba. En fin; será lo que quiera: yo no puedo ocultar nada al capitan. Si me mata, será el castigo de mi torpeza, de mi imprudencia.

Barbetti, irritado, desalentado, perturbado por lo grave de la situacion en que se encontraba, franqueó las puertas del cementerio, las cerró de nuevo cuando hubo salido, y se puso en demanda de una de las partes en que la muralla de la ciudad estaba aportillada, aun que de difícil acceso.

Al paso, arrojó las llaves del cementerio á un albañal.

Saltó fuera de la ciudad por una entrada del monte Pincio, y siguió contra la corriente del Tíber, por la izquierda.

Era ya muy pasada la media noche.

Barbetti marchaba con una gran rapidez.

Como á legua y media de Roma, dejó la márgen del rio, y se metió por un valle lóbrego que se perdia entre dos cerros.

Allá al fondo del valle, al pié de una vertiente, se detallaba confusamente sobre la sombra, otra sombra más densa.

Una gran sombra que afectaba la forma de una torre.

En la parte media de su altura, se percibia un pequeño lugar débilmente luminoso.

Era una luz que se transparentaba en una vidriera de colores.

Barbetti se dirigió á aquella torre.

Apénas se hubo internado en el valle, cuando oyó cerca de sí, saliendo de unas malezas, un grito particular, semejante al de un buho.

Barbetti contestó, haciendo por tres veces, y de una manera admirable, el cuclillo.

—Adelante, hermano, dijo una voz bronca.

—¿Está en la torre el capitan? dijo Barbetti.

—Sí, respondió la voz.

—Adios, dijo Barbetti continuando su camino.

—Con él vayas y con la Santa Madonna, dijo el otro.

Una seña y un diálogo semejantes, se repitieron por tres veces, ántes de que á la torre llegase Barbetti.

Aquella torre, al llegar junto á ella, y á pesar de la sombra de la noche, revelaba la forma de un antiguo y gigantesco sepulcro romano, transformado y convertido en una fortificacion.

Estaba coronado por almenas muy modernas.

De su antiguo destino de sepulcro, sólo la quedaba el basamento.

Barbetti fué detenido al llegar á la puerta de este extraño edificio.

Se le reconoció.

Sólo entónces se le permitió entrar.

Pidió ver á Staglioni.

—El capitan reposa, le dijeron.

—Sea como fuere, dijo Barbetti, avisadle: lo que tengo que decirle es de tal interés, que no consiente demora.

Algunos momentos despues, Barbetti estada delante de Rugiero Staglioni.

CAPÍTULO XXI.

De cómo salió de su compromiso, el honrado Barbetti.

La estancia en que Staglioni recibió á Barbetti, estaba alhajada con un gran lujo.

Pero con un lujo verdaderamente guerrero.

Los muros estaban cubiertos por panóplias de armas, todas ricas, todas artísticas.

Con una gran simetría, y en torno de la estancia, que era oblonga, se veian como hasta doce arneses riquísimos, repujados, cincelados, incrustados y de distintas épocas.

Alternando con estos objetos de arte y guerra, se veia un gran estante de la Edad Media, bravamente entallado, lleno de gruesos *in-fólios;* frente á él un armario, tambien antiguo, y de un gusto exquisito, que revelaba un guardaropas; mesas riquísimas cargadas de preciosidades artísticas, y entre ellas, una de tocador de hombre, coronada por un gigantesco escudo de Venecia.

Allá al fondo, en un ángulo, habia un lecho enorme, prominente, magnífico, con dosel de terciopelo rojo y oro, de que pendian grandes cortinas del mismo gusto, y levantado en un estradillo, sobre dos gradas.

Aquel lecho, que era de maderas preciosas afectaba la antigua forma romana.

A la derecha de él, á alguna distancia, habia un gran reclinatorio, casi un altar, y en él una Madonna de Rafael.

Allí estaba tambien el retrato de la *Fornarina*, divinizada por el gran pintor.

La lámpara que ardia ante esta Santa Madonna, casi pagana, era la única luz que alumbraba la extensa cámara, y que se reflejaba á poca distancia en la vidriera gótica de colores, que allí, en aquella construccion toda romana, venia á ser como una licencia escandalosa contra el clasicismo.

La cámara, en gran parte, estaba envuelta en una penumbra, en el fondo de la cual saltaban, como puntos brillantes, los reflejos que del acero bruñido de las armaduras y panóplias, con más ó ménos fuerza segun la distancia, arrancaba aquella luz opaca.

Staglioni estaba en el lecho.

Dos horas ántes habia llegado al *Gigante del Valle*, que así se llamaba la torre, Abigail.

La habia aposentado en una magnífica cámara, en una estancia de todo punto bella y voluptuosa, á donde Staglioni solia conducir á sus queridas.

Como entónces, y á causa del amor incondicional, tremendo, delirante, que le habia inspirado Abigail, Staglioni no tenia querida, la cámara, ó más bien, las habitaciones destinadas á ellas en la torre, estaban disponibles.

Abigail habia llegado enferma.

La habia acometido la fiebre.

Pero su estado no ofrecia peligro alguno.

Así lo habian declarado dos médicos que formaban parte de la numerosa banda de Staglioni.

El pertenecer á los *Apuñaladores*, no se tenia á deshonra.

Estos asesinos se habian dado un color político y humanitario.

Se llamaban á sí mismos *el Brazo de Dios*, por cuanto favorecian la Reforma y la nueva filosofía.

Staglioni hizo llamar dos jóvenes aldeanas de los alrededores, para que cuidasen de Abigail.

Despues, rendido tambien él mismo por las violentas emociones que habia sufrido, se acostó.

La torre estaba bien guardada por la gente más brava de Staglioni.

Además, defendia á esta torre el pavor supersticioso de los romanos.

Ni todo el ejército del Papa se hubiera atrevido á penetrar en aquel valle, que se llamaba de las *Hechiceras rojas*.

Se decia que el imprudente que abandonando la márgen del Tíber, en aquel valle maldito se aventuraba, era devorado inmediatamente.

Se contaban del valle y de la torre pavorosas leyendas.

Se decia que las malditas brujas que en la torre habia, no se alimentaban sino de sangre de niños.

Si alguna vez alguno veia por la noche, pasando á lo léjos, el reflejo de una luz en la torre, se santiguaba, apretaba el paso, y decia despues que habia visto un demonio, que entreabriendo sus ojos de fuego, guardaba la torre.

El pavoroso prestigio que envolvia á este edificio, habia sido la razon que habia tenido para elegirle por guarida, y por guarida de todo punto segura, Staglioni.

Sin embargo, como hemos visto se tomaban precauciones.

Y eso, que en los caseríos vecinos, sólo vivian gentes afectas á Staglioni, que sabian demasiado á qué habian de atenerse acerca de las maldiciones que sobre la torre pesaban.

—Y bien; ¿qué sucede de nuevo, Barbetti? dijo Staglioni: ¿tienes que decirme algo tan importante, que no hayas podido esperar á mañana?

—Yo tendria vergüenza, capitan, de sostener hasta mañana sobre mis hombros una cabeza que no me pertenece.

—¿Eh?... ¿qué dices? exclamó incorporándose cuidadoso Staglioni.

—Yo os he hecho involuntariamente traicion.

—No comprendo como se pueda hacer traicion de una manera involuntaria, dijo acreciendo en cuidado Staglioni.

—Sí, señor; porque una imprudencia temeraria vale tanto como una traicion.

—¡Acaba de una vez!

—Vuestro secreto, no es ya secreto, dijo Barbetti.

—¿Cómo? exclamó sacando las piernas fuera del lecho Staglioni.

—Por lo ménos, señor, lo sabe un enemigo vuestro.

—¿Quién? rugió Staglioni.

Y se puso de pié.

—El *Lobo Español,* señor, dijo Barbetti cayendo de rodillas, é inclinando la cabeza como resignándose á un golpe de muerte.

—¡Miserable! exclamó Staglioni.

—Miserable, no; pero sí confiado y torpe, y lo mismo dá, dijo con acento siniestro, pero sumiso, Barbetti.

Arrebatado por un impulso de furor, Staglioni asió por la cabellera á Barbetti.

Pero le soltó en seguida.

—Ha debido suceder algo extraordinario, dijo: tú eres incapaz de hacerme traicion; moririas por mí; cuéntame.

Barbetti se alzó, y algo más contento porque veia que su capitan le hacia la justicia de no desconfiar de él, le contó lo que le habia acontecido con don César, en el cementerio de San Juan de Letran.

Staglioni le oyó sin pronunciar una palabra.

—Torpe has sido en verdad, le dijo cuando hubo concluido; pero tu torpeza no merece la muerte: reconquista tu reputacion, haciendo cuanto tu astucia te sugiera, y cuanto tu valor alcance, para apoderarte de ese hombre, y cuanto ántes te sea posible; que todos los *Apuñaladores* se pongan en su caza, y que sea muerto allí donde se le encuentre, si no pudiese ser preso, que en este caso se me entregará: que se empiece á trabajar desde este mismo momento. Ahora véte.

—Será para mí una felicidad el poder entregaros mañana á ese hombre.

—Sólo así podrás reconquistarte mi aprecio, dijo Staglioni.

—Le obtendré, exclamó resueltamente Barbetti, y salió de todo punto consolado, y dispuesto á servir á su capitan, aun que le costase la vida.

CAPÍTULO XXII.

De como iban sobreviniendo las necesarias consecuencias.

Pasó aquella noche.

Barbetti durmió lo que quedaba de ella.

Al dia siguiente, dejando sus harapos de mendigo, y vistiéndose un abigarrado traje de soldado aventurero, de uno de aquellos perdidos, huidos de todas partes, que iban á buscar sueldo é inmunidad bajo las órdenes del Papa, para la empresa que se proyectaba contra el turco, se fué al Corso, lugar donde tales gentes, y otras no mucho más respetables, se reunian.

Barbetti parecia otro hombre, ó por mejor decir, parecia tal cual era despojado de su disfraz de mendigo: un mozo blanco y rubio, alto y robusto, de veinticuatro á veintiocho años, con los ojos negros, apicarados y decidores, y la boca fresca y riente: lo más apropósito del mundo para seducir, con la expresion ayudada por la palabra, á la más descontentadiza romana.

Las noticias que volaban por aquel mentidero de Roma, eran de bulto.

Se decia que ya la empresa contra el turco estaba determinada.

Que la Liga entre Roma, España, Venecia, Génova y Malta, estaba convenida, y que ya habia en Roma bandera para reclutar gentes.

Que las armadas de los Coligados debian reunirse en Mesina, y que no se tardaria mucho en tomar el rumbo, con la más poderosa armada que hubiesen visto los mares, hácia el Levante.

Decíase que Marco Antonio Colonna debia ser el generalísimo del Papa, y que se decia que don Juan de Austria, hermano bastardo del rey de España, comandaría no sólo la armada española, sino que tambien como generalísimo, todas las de la Liga.

Decíase que Francia, por celos de España, en la Liga no habia entrado, ó tal vez porque no queria gastar naves, hombres y dinero, juzgando demasiado arriesgada la empresa

Estas noticias políticas, además de ser vagas y prematuras, importaban muy poco á Barbetti.

Lo que él necesitaba eran las noticias de dia, referentes á Roma.

Él no se atrevia á preguntar si habia habido algo en el cementerio de San Juan de Letran.

Y esto era lo que queria saber Barbetti.

Pero no se decia ni una sola palabra acerca de esto.

En cambio, se contaba que se habian encontrado cuatro ó seis hombres muertos á hierro.

Que una gran dama, á la que se creia adúltera, habia aparecido colgada por el pescuezo, es decir, ahorcada, de un balcon de su propio palacio.

Que á los piés del cadáver de esta señora, en la calle, se habia encontrado dado de puñaladas, un negro gigantesco, que en la casa del noble marido de aquella señora servia de cochero.

Se hablaba de algunas jóvenes robadas.

De algunas riñas sostenidas por la justicia del Papa con malas gentes.

De algunos otros graves excesos.

Pero esto era en Roma *el pan nuestro de cada dia.*

Del cementerio de San Juan de Letran no se decia nada.

Era necesário averiguar más de corto.

Fuése al cementerio Barbetti.

Halló la puerta abierta, y en ella mucha gente, y algunos esbirros pontificios, que impedian que la gente penetrase en el cementerio.

Aquellos esbirros eran como los de todas partes; gentecilla venal y baladí, y dispuesta á servir á todo el mundo, tanto mejor, cuanto con más liberalidad se les trataba.

Barbetti se llegó á uno de los que estaban más desperdigados y le dijo:

—En la taberna de las *Cinco Cruces*, hay un Sorrento que fortifica la garganta, refrigera el estómago, y por cada trago alarga un dia de vida.

—¿Y qué me cuenta vuestra excelencia, señor soldado? dijo el esbirro; eso es más bien para probado que para oido.

—Pues no hablemos más de ello, y á probarlo vamos, y así os convencereis de que yo no elogio más que las cosas que son verdaderamente buenas.

El esbirro pidió permiso al *suo caporale*, que se lo dió sin dificultad.

Siguió luego á Barbetti.

La taberna estaba allí cerca.

Allí se entraron.

Pidió Barbetti un embutido para llamar al vino, y vino para que al llamamiento del embutido acudiese, y se entabló el siguiente diálogo:

—Yo soy siciliano, dijo Barbetti.

Por muchos años, contestó el esbirro, que se llamaba Sanguinetto.

—Yo he salido de mi tierra á ver tierras, á hacer su descripcion, y recoger en ellas todas las noticias que pueda, especialmente las que son relativas á las costumbres.

—Muy bien hecho.

—Yo entiendo escribir despues un gran libro que pueda servir de guia á todos cuantos corran el mundo sin conocerlo.

—Paréceme que ese libro ha de venderse mucho, dijo Sanguinetto.

—Un librero de Florencia me tiene ya ofrecidos cinco escudos por cada pliego.

—¿Y cuántos pliegos os podeis llenar al dia, excelencia? dijo Sanguinetto.

—Seis por lo ménos.

—¿Es decir, que os ganareis treinta escudos al dia? dijo el esbirro abriendo desmesuradamente los ojos, en muestra de admiracion y envidia.

—¡Oh! ¡eso es nada! porque además estoy pensionado por un gran señor de mi tierra, á quien el libro habrá de dedicarse.

—¿Y cómo se llama el libro? exclamó despues de algunos segundos de respetuoso silencio.

—*Viajes instructivos por Italia, dados á luz por un estudiante de la Universidad de Bolonia.*

—¿Yo os creia soldado?

—Las armas no están reñidas con las letras, y lo cortés no quita á lo valiente.

—Es verdad, dijo Sanguinetto; ¿y os puedo yo ayudar en alguna parte á hacer vuestro libro?

—Indudablemente, puesto que podeis darme noticias.

—¿Y qué noticias quereis?

—Saber quiero, porqué hay tanta gente á la puerta de ese cementerio, y dentro de él gentes de justicia.

—Yo podria deciros algo, pero no mucho, respondió Sanguinetto: pero el que os puede informar punto por punto, es mi *caporale*.

—¿Y no le gustan á vuestro *caporale* el Sorrento y los escudos?

—Yo creo que lo uno tanto como lo otro.

—Pues id por él y traédmelo aquí si es posible.

—Posible es, porque mi *caporale* sólo ha venido para impedir que las gentes que á la puerta del cementerio se agolpan, entren en él.

—Pues traedle al punto; y para que hagais mejor y más á gusto vuestra comision, tomad este escudo.

—Dios conserve á vuestra excelencia tanto como yo lo deseo, dijo el esbirro.

Y se fué.

A poco volvió con su *caporale* que era un hombre obeso, vestido de negro, con muchas plumas rojas en el birrete, y con una varita negra con las extremidades de plata, signo de su autoridad, en la mano.

Tenia unos gruesos mofletes sonrosados como un niño.

Era ya viejo.

Largos mechones de cabellos blancos como la plata, pendian á ambos lados de su cabeza.

Llamábase el señor Galofrini.

Barbetti le saludó de la manera más cortés y más ceremoniosa del mundo.

Contestóle con no ménos cortesía y ceremonia Galofrini.

Sentóse en la silla que le ofrecia Barbetti.

Sanguinetto, que ya habia cumplido su mision y sacado su astilla, se retiró.

Pidió Barbetti manjares y más vino.

Hizo de nuevo la relacion referente á su libro, y Galofrini se ofreció á darle cuantas noticias quisiera de Roma, en lo tocante á costumbres y policía urbana.

Contóle que el senador Cesáreo Cornarino, habia encontrado á su hermosa cónynge, Blanca Testifiorati, reclinada con una indolencia indescribible en los brazos de un negrazo que era su cochero.

El senador Cornarino habia dado de puñaladas al negro y sacádole á la calle y colgado despues de un balcon, sobre el cadáver del negro, á la hermosísima Blanca Testifiorati, que despues de ahorcada se habia quedado muy fea.

El señor Cesáreo Cornarino se habia presentado al amanecer en el castillo de Sant Angelo, á fin de que se le prendiese y pudiese responder á los cargos que se le harian, de los cuales pensaba escapar bien.

—Ya habia oido yo esta historia, aunque no con tantas particularidades, en el Corso, dijo Barbetti.

—Pues aun muchas más particularidades pudiera deciros, porque yo estaba de guardia en Sant Angelo esta mañana, y al presentarse me hizo una larga relacion el mismo Cornarino.

—Dejemos eso para más adelante, que ya tendremos tiempo de convencernos, porque mucho hemos de tratarnos, señor *caporale*, y vengamos á lo del cementerio, que es lo que tenemos más cerca y que debe ser muy interesante.

—¡Ah!... ¡lo del cementerio!... dijo con acento misterioso Galofrini: ¡Oh... lo del cementerio!... aquí hay mucho... mucho... mucho; juegan altas, altísimas personas

—¿Y no puede saberse?

—Segun y cómo.

—Yo soy discreto y agradecido: y como procuro que mi libro se enriquezca con narraciones no conocidas, no reparo en costas: ved ahí esos cinco escudos, señor mio; el valor de un pliego.

—¿De un pliego decís? con lo que de aquí saliere podreis escribir muchos pliegos.

—Pero vos lo habeis dicho: yo habré de escribir, y justo es que pague á quien me dé las noticias: pero yo no he de escribir y ornamentar de balde.

—Tambien es cierto, y si me dais otro escudo más, yo os daré materia para diez pliegos, no sólo con lo que puedo daros hoy, que es ya mucho, sino con lo que de aquí saldrá, que será infinito.

—Pues si no es más que por eso, dijo Barbetti poniendo sobre la mesa otro escudo, empecemos.

—Empecemos, dijo Galofrini guardándose el escudo.

Despues se bebió un cubilete de Sorrento, y se comió casi media libra de embutido.

Sacó á seguida un papel enrollado.

—Voy á leeros, dijo, esta copia de la delacion que recibí en el momento en

que acababa de hacerme la suya el senador Cornarino, y de mandar yo que se le encerrase preventivamente.

La delacion de que yo voy á leeros la copia, cayó á mi pié en grueso pliego.

Habia entrado por la ventana, que á causa del calor estaba abierta.

Oid.

Galofrini desenrolló aquel papel, no sin haberse colocado ántes sobre las narices unas anchas antiparras, montadas en una armadura de asta de buey.

«Se excita el celo de la justicia de Su Santidad.

El cementerio de la iglesia de San Juan de Letran, ha sido profanado.

Su sepulturero muerto.

Sé ha hecho una mistificacion de cadáveres.

Una noche tenebrosa ha cubierto grandes crímens.

Regístrese la sepultura donde fué ayer encerrada la señora Giovanna, la hija del senador Adolfo Máximo.

Se hallará en su lugar el cadáver del sepulturero.

Regístrese en la gruta de la Náyade, al pié de la cueva, en villa Borghese, y se hallará el cadáver de la señora Giovanna.

Pregúntese ántes al cardenal duque de Atri, monseñor Julio de Aquaviva, si sabe cúyo es el cadáver sepultado en la tumba de la gruta, y responderá que es el de una española que en compañía del dicho monseñor Aquaviva vivia, muerta de una manera misteriosa, llamada Abigail, de orígen judía, enterrada fuera de sagrado por órden expresa de Su Santidad.

De todo esto resulta, que el cadáver de la dicha Abigail ha desaparecido; que ha sido sustituido con el de la señora Giovanna Máximo, á la cual se ha desfigurado para que no pueda ser reconocida, bañándola el rostro con un corrosivo.

La judía Abigail no ha muerto.

Está en poder del famoso bandido Rugiero Staglioni, que no es otro que el conde napolitano Nicolao Spungatti, á quien Su Santidad recibe y honra con su confianza.

Este bandido tiene su guarida en la campiña de Roma; en la torre del valle de las *Hechiceras rojas*, y en Roma, en la Longaretta, en la calle de los Ahorcados: casa del Panadero Bartolini.

En casa de este panadero se encontrará un hombre malherido que lo fué en la casa del cardenal Aquaviva, en cuyo aposento, sobre la alfombra, quedó la señal de su sangre.

Aquí hay una larga historia que podrá descubrir la justicia de Su Santidad, y que se relaciona con la terrible hermandad de los *Implacables*, y con la otra no ménos terrible de los *Apuñaladores*.

La *Protesta* misma, el terror del soberano Pontífice, y la cabeza de esta conspiracion, lo es monseñor Aquaviva...»

No pudo acabar de leer el señor *caporale* Galofrini.

Barbetti que, fingiéndose grandemente interesado, se habia levantado y apoyado en la silla que el esbirro ocupaba, y leia al par de él aquellos papeles, se los arrebató de repente con la mano izquierda, y con la derecha, desnudando rápidamente su puñal, le dió una terrible puñalada en el corazon, y tal, que el desdichado no pudo ni aun lanzar un ¡ay!

Lanzóse fuera, y como uno de los mozos de la taberna se le cruzara al paso, creyendo que intentaba irse sin pagar, le tendió de otra puñalada.

Tan violenta fué esta puñalada, que el puñal se le escapó de la mano á Barbetti.

Salió á la calle.

En tres semi-saltos se perdió.

Los que gritaban ¡al asesino! ¡al asesino! se quedaron como el muchacho de cuyas manos se vá un pájaro.

Cuando acudieron, encontraron junto al segundo asesinado un largo y ancho puñal curvo, con puño de asta de ciervo, y en sus dos faces, gravado sobre un sol, dos huesos en cruz.

—Los *Apuñaladores* han estado aquí, dijo el esbirro Sanguinetto, que habia acudido el primero: ¡aquel infame!... ¡el soldado de la Universidad de Bolonia!... ¡el del libro de viajes instructivos!... ¡oh! si yo le vuelvo á ver, no se me despintará.

—¡Como si tuviesen rostro los *Apuñaladores!* dijo una voz lúgubre detrás de Sanguinetto.

Volvió éste la cabeza, no vió á nadie, y se estremeció.

Sin duda un *Apuñalador* habia estado junto á él, y se habia desvanecido.

De los *Apuñaladores* no se atrevia nadie á hablar mal en Roma.

Se creia que estaban en todas partes; que lo veian todo, y mataban al que los nombraba.

CAPÍTULO XXIII.

De qué manera hacian desaparecer los cuerpos de delito los Apuñaladores.

Barbetti llegó á casa de Bartolini, mucho tiempo ántes de que pudiera llegar á ella ningun otro.

Afortunadamente la justicia, creyendo secreto aquel negocio, y ocupada en comprobarlo en el cementerio de San Juan de Letran, no habia aparecido todavía por la casa de Bartolini.



... se los arrebató de repente con la mano izquierda, y con la derecha le dió una terrible puñalada en el corazon.

—¿Tienes dónde esconder á ese hombre que guardas herido? preguntó Barbetti á Bartolini, en cuanto entró en la casa.

—¿De qué hombre me hablas? dijo de la manera más natural del mundo Bartolini.

—¡No falta ahora sino que desconfies de mí! dijo Barbetti.

—Todo es poco.

—¿Estás sobre aviso?

—Sé que ha podido envolvérseme en una calumnia: pero puedes registrar, Barbetti.

—¿Es decir que ese hombre no está ya aquí?

—No le encontrarán; ni aun vestigio de que haya estado.

—Yo te aconsejo que te vayas de aquí con tu hija.

—No tengo para qué irme.

—La justicia vendrá á registrar vuestra casa.

—Venga en buen hora: en cuanto á tí, si tienes otro aviso que dar, no pierdas el tiempo.

—Yo he hecho aquí lo que debia, y me voy á otra parte, dijo Barbetti.

Escapó, y en una calle inmediata se metió en una casa de mala apariencia.

De allí á poco, salió de la misma casa un pescador trasteverino, de cabellos y barba negros.

Era Barbetti que habia cambiado de disfraz.

Al cruzar por la Longaretta se encontró con una nube de esbirros.

Era la justicia que iba á registrar la casa de Bartolini.

Tropezó, al pasar, con el esbirro Sanguinetto.

Le miró éste y no le reconoció.

Siguió Barbetti su camino y la justicia el suyo.

Llegó ésta á la casa de Bartolini, que estaba cerrada, y la cercó.

Luego penetró en ella.

—¿A qué venís? dijo con altanería Bartolini.

—A registrar vuestra casa, dijo el jefe de los esbirros.

—Bien pudiera oponerme, porque mi casa no se puede registrar, ni á mí se me puede prender, ni á mi hija, ni aun obligarnos á que respondamos á lo que la justicia nos pregunte, sin una órden expresa de Su Santidad.

—Mostrad lo que os dá esa inmunidad, dijo con extrañeza el *caporale*.

Bartolini sacó de su pecho un pequeño tubo de hojadelata, y de él un papel enrollado.

Llamó á su hija.

La hermosa Paulina sacó de su faltriquera un tubo semejante.

Examinados los papeles, resultó que eran dos bulas, completamente semejantes, que esceptuaban á Bartolini y á Paulina de la jurisdiccion de la justicia ordinaria.

Continuaba aun la influencia de la *Fornarina*.

De la amante de Rafael.

De la abuela de Paulina.

El *caporale* saludó profundamente á aquel extraño panadero y á su hermosa hija, y se dispuso á retirarse.

—No, no, dijo Bartolini; yo exijo que registreis mi casa; yo no quiero recaigan sobre mí sospechas de ningun género.

Los esbirros registraron la casa sin dejar rincon.

Nada hallaron.

Ni el más leve vestigio, ni el más leve olor de que allí habia estado un hombre herido.

—Paréceme que se nos ha engañado para ocultar otro crímen, dijo el nuevo *caporale* al esbirro Sanguinetto.

—En este negocio andan, como ya se ha visto por los dos últimos asesinatos, los *Apuñaladores*, dijo Sanguinetto: yo soy de parecer que nosotros debemos andar con la mayor prudencia.

Y se fueron.

Barbetti se habia entrado entre tanto en Roma, y se habia metido en el palacio de Atri.

Merced á una seña, fué conducido inmediatamente á la presencia de Aquaviva.

En su semblante se pintaba un dolor profundo.

—Monseñor, dijo el bandido en cuanto se quedó solo con Aquaviva; yo soy Barbetti.

—Y bien: ¿qué quieres? dijo el duque.

—Haced que desaparezca todo rastro de sangre del dormitorio de vuestra excelencia.

—¿Y cuándo se ha vertido esa sangre? dijo tranquilamente Aquaviva.

—¡Ah! pues si no se ha vertido, mejor, dijo Barbetti: yo he cumplido con mi obligacion.

—¿Qué sucede? preguntó el duque con el acento de un jefe.

—La justicia ha recibido una delacion.

—¿De quién?

—Yo supongo que haya sido del *lobo español*.

—Búscale y mátale, dijo Aquaviva.

—Ya me ha dado esa órden el capitan, dijo Barbetti, pero aun no me he puesto en su busca, porque lo primero era avisar á vuestra excelencia.

—Has hecho bien; que venga la justicia cuando quiera; en cuanto á vosotros, di á tu capitan que no perdone medio para coger y matar á ese miserable.

—Descuidad, monseñor.

—Véte.

Salió Barbetti, y tomó á la carrera hácia el *valle de las hechiceras rojas*.

Media hora despues de haber salido Barbetti del palacio de Atri, llegaba á él un comisario del Papa, al que acompañaban cuatro caballeros armados, de la guardia pontificia.

Llegado este comisario á la presencia de Aquaviva, le dijo:

—Monseñor: Su Santidad me manda preguntaros si en vuestro palacio ha sido secretamente muerta á sangre alguna persona.

—Si eso ha sucedido, contestó tranquilamente Aquaviva, no ha llegado á mi noticia.

—¿Me permitirá vuestra excelencia entrar en su dormitorio?

—Yo mismo os llevaré, contestó Aquaviva.

Y se trasladó á su dormitorio con el comisario.

Éste vió la alfombra, que era de un color muy claro, sin mancha alguna.

—¿Querrá Monseñor mandar que esa alfombra se levante? dijo el comisario.

Llamó Aquaviva; acudieron criados, y levantaron la alfombra.

El rico pavimento de mosáico, no daba la más leve señal de sangre.

—Monseñor ha sido calumniado, dijo el comisario, y yo me regocijo de ello.

—Decid lo que habeis visto á Su Santidad, dijo Aquaviva.

—Cumpliré las órdenes de vuestra excelencia; pero aun queda algo, monseñor.

—¿Y qué?

—Su Santidad quiere se reconozca el cadáver que se ha sepultado en la gruta de la Náyade, fuera de sagrado, y manda que vuestra excelencia asista á su desentierro.

—Sea pues, dijo Aquaviva; dejadme tiempo para vestirme y para hacer que vayan alli sepultureros.

—Tómese vuestra excelencia el tiempo que quiera.

Una hora despues, salian por la puerta del Pópolo en carroza, el duque de Atri y el comisario del Papa.

Los cuatro guardias pontificios seguian á caballo á manera de escolta.

Llegaron á la gruta.

Alli estaban esperando cuatro sepultureros.

Habian abierto la fosa, pero aun no habian sacado el ataud.

Aquaviva mandó sacasen el ataud.

—Este ataud está vacío, dijeron los sepultureros al notar lo lijero de su peso.

—¡Vacío!... exclamó con un asombro que ciertamente no era fingido Aquaviva: ¿vacío decís?... ¡pero si yo ví enterrar anoche el cadáver!...

—Pues apesar de eso, señor, dijo uno de los cuatro, vacío está el ataud.

Y le pusieron al borde de la sepultura.

—Yo cerré ese ataud que contenia el cadáver de la señora Abigail, dijo Aquaviva que estaba pálido como un muerto, y que temblaba de los piés á la cabeza; yo he conservado las llaves: mirad si las cerraduras están forzadas.

—No, señor, dijo otro de los sepultureros.

—Tomad las llaves y abrid, dijo Aquaviva, cuya voz era apénas perceptible.

El sepulturero tomó las llaves y abrió.

El ataud estaba vacío.

Sólo se encontró dentro de él un puñal ancho y curvo, con un sol surmontado por dos huesos en cruz en las dos faces, y con el puño de asta de ciervo.

—*¡Los Apuñaladores!* exclamó estremeciéndose el comisario.

En cuanto al duque, le habia acometido un vértigo, y para que no cayese al suelo, habia tenido necesidad de asirse á él, y sostenerle cuando le vió vacilar, uno de los guardias pontificios.

CAPÍTULO XXIV.

Lo que se puede ocultar bajo un hábito franciscano.

Todos aquellos delitos denunciados de una manera extraña á la justicia del Papa, no habian producido otra cosa que denunciar el asesinato del sepulturero del cementerio de San Juan de Letran, la desaparicion del cadáver de la hija del senador Rodolfo Máximo, y la ignorancia de lo que habia sido del cadáver de Abigail.

Los procedimientos judiciales habian dado, además, otro fruto.

El asesinato del *caporale* de los esbirros del Papa, y del mozo de la hostería.

Habia algo más que averiguar.

Lo referente en la denuncia á la torre del *valle de las hechiceras rojas.*

Un capitan de la guardia pontificia, recibió la órden de ir allá con una escuadra de soldados de la misma guardia.

Alegó muy respetuosamente el capitan, que él iria á donde se le mandaba; pero que no sabia si de la misma manera querrian ir los soldados.

Que era muy posible que cuando llegasen al sitio, se negasen, porque la torre tenia una terrible fama de estar habitada por los demonios, que se llevaban al ignorante, al imprudente ó al impío que se aventuraban en el valle.

A esta dificultad del capitan se acudió, mandando que á los soldados acompañase el padre Ligúria, franciscano tremendo, al que se decia tenian tal miedo los demonios, que no se atrevian á parar ni aun á quince leguas del lugar donde él se encontraba.

Y esto debia ser una exageracion.

Porque, ó no habia demonios en la torre del *valle de las hechiceras rojas,* ó estos demonios se atrevian á estar á una legua del padre Ligúria.

Para que fuese más eficaz la ayuda que la religion debia dar á la justicia, se adjuntaron otros cuatro enormes padres del mismo convento, probados y reprobados en las lides infernales, al dicho padre Ligúria.

Delante de estos cinco seráficos varones, ya provectos, que salieron de Roma caballeros en mulas, iban, en sendos pollinos, tres novicios de la misma órden.

Llevaba el uno alzado en alto el estandarte de la casa, que era de seda, plata y oro, con una representacion de la Inmaculada Concepcion, (obra, por cierto, de Rafael), sostenido por un varal de plata, rematado por la cruz de Jerusalen.

Otro de los novicios llevaba la caldereta y el hisopo.

Otro, en fin, el libro de las deprecaciones y de los exorcismos.

Al morro de cada una de las bestias, remangados los hábitos y bien aseguradas las sandálias, iba un donado.

Por último, seguian tambien otros cuatro donados, cargados con grandes alforjas en que conducian gran acopio de municiones de boca.

Los padres graves capuchinos, no se entregaban así como se queria á la ventura.

De modo que la legion seráfica constaba de veinte varones, entre los de misa, los novicios y los donados.

Los militares, contando con su capitan Genaro Venti-di-fuoco, y con su teniente, ambos á caballo, llegaban al número de cuarenta.

Poca gente era esta para los *Apuñaladores*, que pasaban de doscientos, y que era cada uno un verdadero demonio.

Pero Staglioni habia sido avisado á tiempo.

Habia hecho que su gente evacuara el valle, y se extendiese por la campiña.

Habia confiado á Abigail á un rico ganadero de los alrededores, en el cual tenia una gran confianza, y habia hecho venir al punto mismo en que recibió el aviso de Barbetti, á una cierta *donna Bianca* ó Blanca, mujer magnífica, magestuosa, de pindárica estatura, gran cortesana, muy de moda en Roma, porque habia hecho humo la fortuna de más de diez cardenales y de más de diez patricios, y que corria entónces públicamente por cuenta del conde Nicolao Spungatti.

Esta señora, en realidad, era uno de los miembros más importantes de la hermandad de los *Apuñaladores*.

Protegida por su hermosura, por su fama, y por la corrupcion del pueblo de Roma, se metia por todas partes, daba importantes noticias, y desempeñaba comisiones de todo género, y todas grandemente lucrativas.

Staglioni no la daba nada, ni aun amor; pero estaba riquisima, únicamente por las partes que la correspondian en todos los negocios de los *Apuñaladores*, partes que eran de las más cuantiosas, como que eran exactamente iguales á las que percibia el capitan.

Pero esto era un profundo secreto, como era un secreto profundisimo lo de que era el capitan de los *Apuñaladores* el conde Nicolao Spungatti.

Habian ido, además, con *donna* Blanca, doncellas y criados, cocineros y pinches.

Todos estos pertenecian á la hermandad.

Estaban, pues, bien aleccionados.

Cuando llegó la expedicion mixta religiosa-militar, á la entrada del *valle de las hechiceras rojas*, se hizo alto.

Daban los soldados diente con diente, y aun el mismo capitan Venti-di-fuoco, se encontraba fuertemente impresionado, aun que era un valenton probado.

Que no es lo mismo embestir con hombres de carne y hueso, aun que sean malos como el diablo, que contra hechiceros, endriagos, espectros y diablos, que

> cosas de otro mundo son,
> contra quien fallescen lanzas
> y no arremete el troton.

Ninguno osaba mirar al fondo del valle.

Temian, acaso, dar de ojos en algun cerrado y espantable escuadron de las malditas almas del otro mundo.

En cuanto al padre Ligúria, ¿cómo hallar en él miedo á los demonios?

Una tal apariencia le hubiera deshonrado, y no sólo á él, sino tambien á la santa casa á que pertenecia.

¿Y cómo no hacer honor á la egrégia casa que se llamaba casa de capuchinos de Monte-Caballo?

Además, el padre Ligúria no creia en los diablos, y si creia en ellos, los suponia sujetos á su voluntad.

Él sabia que los diablos que puede haber en el mundo, no se meten con los frailes capuchinos, porque no les tiene cuenta meterse con ellos.

Abria impávido la marcha.

No ménos impávido que él, llevando del cabestro la mula, habia avanzado el donado que servia al padre Ligúria.

Tenia una gran confianza en el padre.

Los novicios habian precedido á aquel general de la iglesia militante.

La gente seráfica presentaba bravamente la batalla á los espíritus infernales.

El novicio del estandarte estaba avanzado dentro del valle, por lo ménos diez cuerpos de borrico.

El de la caldereta y el hisopo, y el del libro de los exorcismos, se habian puesto el uno á la derecha, y el otro á la izquierda del padre Ligúria.

Los otros cuatro padres graves, con sus respectivos donados al morro de sus mulas, estaban á retaguardia y á poca distancia del padre Ligúria.

Los donados de las alforjas se habian sentado interinamente en un ribazo.

El capitan Venti-di-fuoco, su teniente, y sus soldados, sin atreverse á mirar á la torre, estaban con la boca abierta, y los ojos dilatados para ver lo que hacian los seráficos.

Cuando el padre Ligúria dijo: —Empecemos,— el novicio del estandarte lo levantó, y con la cruz de Jerusalen, hizo por tres veces en el aire una cruz.

—¡Hum!... dijo el padre Ligúria; no se ha sentido el más leve temblor de tierra; no se percibe el más apagado olor á azufre: el cielo continúa diáfano:

aquí no hay demonios: si los hubiera, tal es la virtud de nuestro estandarte, que la caterva infernal se hubiera enfurecido, y armado una zalagarda de quince mil y más legiones. Pero, ¿cómo ha de haber demonios, ni aun á la remotísima distancia á que yo los sienta?

—Se habrán ido al acercarse vuestra paternidad, dijo el capitan Venti-di-fuoco, con la voz no muy segura.

—No queda aquí vestigio ni rastro de diablo. yo os lo aseguro, señor militar, dijo el padre Ligúria con acento seguro y concluyente, como si hablara ex-cátedra.

—Y... ¡vive Dios!... exclamó el capitan: ¿quiénes son aquellos que vienen hácia nosotros, acompañados de alguna gente?

—Deben ser los moradores de la torre que allá abajo se vé, y que sin duda, buenos católicos, buenos hijos de Su Santidad, vienen á saludarnos. vienen á saludar el bendito estandarte que ante ellos se ha desplegado, y las personas de religion que al estandarte acompañan, sin olvidar á los buenos militares que nos guardan. Paréceme que vamos á tener buen recibimiento, y buen hospedaje.

—En efecto, dijo Venti-di-fuoco, atreviéndose á mirar fijamente á los que de la torre habian salido, y venian á su encuentro atravesando el valle: un caballero y una dama acompañados de pajes y doncellas, parecen los que á nosotros vienen gentilmente, por ese verde y florido sendero, al lado de ese arroyo que el valle cruza; ¿pero sabe acaso vuestra paternidad si los diablos habrán tomado esa nueva apariencia para confiarnos, y devorarnos cuando lleguen á nosotros?

—Como se vé, amigo capitan, dijo con alguna severidad el padre Ligúria, que se os alcanza muy poco de diabluras. ¿Cómo quereis que los diablos se atrevan á venir frente á frente contra el estandarte de la Purísima Concepcion? Me pareceis algo tibio en la fé, señor capitan.

Se estremeció Venti-di-fuoco.

La sospecha del fraile era mucho más peligrosa que toda una legion de diablos.

Apresuróse, pues, á contestar, temiendo, si no le contentaba, verse metido en una mazmorra de la Inquisicion de Roma:

—¿Cómo he de creer yo eso, padre mio, cuando soy devotísimo de la Vírgen Inmaculada, Generalísima de los ejércitos celestiales, y siempre llevo conmigo un escapulario con su benditísima imágen, á cuya proteccion atribuyo el no haber sido nunca herido en batalla.

El capitan, en cuanto á esto último, hablaba por presuncion, ó en lenguaje figurado, porque jamás se habia hallado en batalla en que pudiesen herirle.

Y para corroborar su dicho, por la descotadura de la coracina tiró de unas cintas azules que al cuello llevaba, y á las cuales habia cosido un escapulario, en el que, en efecto, aparecia la imágen de la Purísima Concepcion.

—Eso os valga, dijo paternalmente el padre Ligúria, que os habiais hecho sospechoso; y aun así y todo, por haber dudado de mis aseveraciones, lo que implica por lo ménos error, os imponemos la penitencia de ir todos los viernes de cuatro meses desde hoy, dia de la fecha, al santo monasterio de Monte-Caba-

llo; y allí estareis oyendo á un lector que acabará de enteraros echado por tierra, y de cara sobre la ceniza durante media hora. Luego oireis seis misas rezadas de rodillas y en cruz; ayunareis todo el dia; por la noche asistireis á la disciplina con silicio sobre los riñones, y os sacudireis las carnes hasta que brote medianamente la sangre. Tomareis una colacion que se os dará en el convento; dormireis dos horas sobre el duro suelo, hasta la media noche: á esta hora, de rodillas y con un cirio en las manos, rezareis á la Purísima Concepcion; al amanecer confesareis, oireis misa y cumulgareis; oireis una plática mia; despues de esto, almorzareis de carne, y bebereis moderadamente de un buen vino; y con dejar diez escudos de limosna para la fábrica del convento, os ireis hasta el viernes siguiente: así os afirmareis y corroborareis en la fé, y salvareis vuestra alma, que veo á punto de estar en peligro.

El capitan no se atrevió á replicar, aunque la penitencia le parecia durísima.

Aquello del ayuno, se le hacia fuerte.

Lo del cilicio y lo de la disciplina hasta que de las carnes brotase la sangre de una manera mediana, algo más que negro.

En fin: lo de los diez escudos para la fábrica del convento, irresistible.

Pero el temor de que en la Inquisicion le tratasen de una manera mucho más dura, hizo no sólo que se mostrase resignado á aquella penitencia, sino aun contento, y más aun, agradecido al padre Ligúria por habérsela impuesto.

—Ahora, dijo el capuchino, debemos adelantarnos hácia esos señores que con tanta piedad salen á nuestro encuentro para saludarnos, servirnos y agasajarnos.

Y el padre Ligúria avanzó.

—Adelante, soldados, dijo el capitan.

Como los soldados habian oido lo que el padre Ligúria, que hablaba siempre récio y tenia la voz enronquecida, habia dicho á su capitan; como temian mucho más las iras del fraile capuchino que las iras del diablo, siguieron adelante, pero convencidísimos de que los que venian eran demonios que habian tomado aquella mansa forma, con la mala intencion de que no se desconfiase de ellos, y se evitase el ser por ellos cogidos.

Tal fama tenian el valle y la torre de las *hechiceras rojas,* que no habia medio de hacerles creer que aquella mala fama era mentira.

Cuando el vulgo se obstina en una creencia, ó mejor dicho, en una supersticion, no hay poder divino ni humano que le haga apartarse de ella.

Cuando estuvieron á una distancia en que podian apreciarse los semblantes de los que venian, exclamó el capitan:

—¡Cuerpo de Baco! pues si los que vienen son diablos, han tomado la forma del conde Nicolao Spungatti y de su hermosa amiga *donna* Blanca Fioradalva: ¿y quién sabe?... ¿y quién sabe?...

Llegó el momento de mostrarse.

La primera que se arrojó á besar el barral del estandarte y el cordon y la mano al capuchino, fué la señora Blanca.

Hizo lo mismo Staglioni, y luego dijo alegremente:

—¡Qué gran dia nos dá vuestra paternidad! ¡cuánta alegría traeis á esta nuestra casa! ¿pero cómo venís así, como procesionalmente, y con esta escuadra de soldados?

—Hemos venido, señor conde, dijo el padre Ligúria saltando en limpio de su mula al suelo, como pudiera haberlo hecho el mulatero más acostumbrado, y en cuya accion le imitaron los otros cuatro de misa, á sacaros el diablo de vuestra casa.

—¡Ah, si! exclamó Staglioni; esa preocupacion vulgar. Pues cuanto me alegro de que tal crean, porque así no vienen importunos á hurtarme los placeres de la solitaria vida del campo; pero dejadnos, dejadnos á mi buena amiga la condesa *donna* Blanca y á mi, que besemos los piés de la Santa Madonna de la Concepcion, de vuestro bendito convento.

El novicio del estandarte, que con los otros dos permanecia á borrico, porque no se les habia mandado echasen pié á tierra, extendió la Santa enseña, de modo que Staglioni y *donna* Blanca pudiesen besar los piés de la Santa imágen.

Los cinco padres graves rodearon á los dos amigos, y les estrecharon las manos.

Se comprendia que se conocian de antiguo.

El capitan y los soldados se tranquilizaron.

Podia suceder que en aquel maldito valle hubiesen existido demonios y otros vestiglos de la vida eterna, pero entónces no aparecian vestigios de nada de esto.

El capitan conocia bastantemente al conde Nicolao Spungatti, y pensaba valerse de su intercesion para que el padre Ligúria le levantara aquella durísima penitencia que le habia impuesto.

Entre tanto, todos revueltos, Staglioni, *donna* Blanca y los cinco padres, iban hácia la torre.

Staglioni y el padre Ligúria iban delante.

—Alguna imprudencia se ha cometido, dijo el fraile á Staglioni, y habeis estado á punto de ser descubierto.

—Un traidor, dijo brevemente Staglioni.

—¿Quién? preguntó el padre Ligúria.

—Don César.

—¡Cómo! *¿el lobo español?*

—Sí: está enamorado hasta la locura de Abigail.

—Esa es una mujer funesta, dijo el padre Ligúria; un demonio que tiene en sí encarnada la tentacion: el *lobo español* es sin duda quien ha vendido á nuestros hermanos los *Implacables,* y les ha obligado á salir de los Estados Pontificios.

—Es posible, exclamó Staglioni.

—Pues lo que sucede es muy grave, exclamó el padre Ligúria; es necesario encubrirse más y más.

—Nada temais, dijo Staglioni; la *Luz* resplandecerá con tanta más fuerza, cuanto más tarde en aparecer.

Esta conversacion demostraba hasta qué punto la *Reforma* habia crecido, se

habia infiltrado por todas partes, cuando en la misma Roma habia echado tales raíces, que se habia apoderado de comunidades religiosas, aun de las ascéticas franciscanas.

Eran aquellos unos rudos dias de prueba para el catolicismo.

Como que se creia entónces de buena fé, que la *Reforma* atañía sólo á la disciplina, dejando incólume el dogma.

Sin embargo, por aquella terminante declaracion de Jesús: *Petrus, supra hanc petram edificabo ecclesiam meam*, los que negaban la suprema autoridad sobre la Iglesia como vicario de Jesucristo al Papa, no eran sino herejes de toda solemnidad.

El protestantismo no es una Iglesia; es una secta filosófica que se apoya en el Evangelio.

Desconocer lo absoluto de la autoridad de la Iglesia Católica, es renegar de ella y del Cristianismo.

Porque no puede llamarse cristiano el que no sigue ciegamente la doctrina de Jesús; quien no obedece de una manera absoluta sus preceptos.

Pero la nueva filosofía á que habia abierto anchuroso campo el Renacimiento, la edad nueva, infundia á los más ardientes cristianos el error.

El protestantismo, filosóficamente considerado, fué más que otra cosa en sus principios, una muestra de una nueva escuela, que se importó de Alemania.

—Y vos estais comprometido, amigo mio, dijo el padre Ligúria; se os ha denunciado: se ha dicho al Papa que vos sois el tremendo capitan de los *Apuñaladores*, Rugiero Staglioni.

—¿Y cómo lo probarán? ¿hay acaso uno solo que á los *Apuñaladores* conozca; que pueda decir: este es uno? El que los vé, muere, y muere sin saber que es un *Apuñalador* el que ha cerrado sus ojos á la luz. Si dejamos nuestro puñal como una prueba de nuestro paso, ese puñal es mudo. Se sabe que existimos: los cadáveres que dejamos á nuestro paso, con la fama de nuestro nombre, lo prueban: pero somos verdaderos duendes. Ni uno solo de los nuestros ha sido preso ni lo será.

—¡Cuidad! ¡esa mujer puede seros funesta!

—Esa mujer nada puede hacer, y además, la conviene vivir bajo nuestra proteccion. Está amenazada, y nosotros somos su defensa.

—Acordaos de que una mujer perdió á Adan ¡y á toda su descendencia; que otra mujer hizo pecar al sábio rey Salomon, el hombre más querido de Dios.

—Exagerais el peligro, padre, dijo Staglioni, ó desconfiais de mí.

—No, no desconfio de vos, pero reconozco el fuerte influjo que las pasiones tienen sobre el hombre más fuerte.

—Yo moriria primero que hacer traicion á mi fé, dijo Staglioni.

El bandido mentia.

Ya sabemos que por Abigail lo habia arrostrado todo, y habia vendido y ahuyentado á los *Implacables*.

—Además, dijo Staglioni, de que la denuncia que de nosotros se ha hecho

por ese miserable don César, por el *lobo español*, no ha producido prueba alguna; á vos se os ha comisionado para la última prueba respecto á mí, y esto ha sido una fortuna.

—Una providencia de Dios.

—Además, se me habia avisado á tiempo, y me habia puesto á cubierto. Vos, de quien nadie duda ni puede dudar, direis á vuestro superior, y éste lo dirá á su general, y su general lo dirá al Papa, que en esa terrible torre del *valle de las hechiceras rojas*, no habeis encontrado otra cosa que al buen conde Nicolao Spungatti, que estaba allí tranquilamente con su amiga, la bella *donna* Blanca Fioradalva: que estoy tan léjos de ser el formidable bandido, capitan de los *Apuñaladores*, como de ser un serafin: se cree esto, y el Papa, que me estima en gran manera, se alegrará. Se seguirá buscando á los *Apuñaladores* sin encontrarlos nunca, y entre tanto llegaremos al dia en que podamos caer sobre seguro, y acabar con Roma.

—España la protege, exclamó el franciscano moviendo la cabeza.

—En tales empeños se vé y se verá metida España, dijo Staglioni, que harto hará con defenderse á sí misma. Tenemos de nuestra parte á Inglaterra, á Alemania, á los Países-Bajos, á Turquía. Francamente, la enemistad con España nos favorecerá, Fé y Esperanza, padre Ligúria. y la *Luz* resplandecerá.

Esta conversacion no podia oirla nadie.

Iban muy adelante el fraile y el bandido.

Los otros cuatro de misa, eran de la misma madera que el padre Ligúria.

Luteranos encubiertos.

Pero que trabajaban á socapa, y con todas sus fuerzas, por la *Reforma*.

—Vos nunca habeis estado en esta mi casa de campo, dijo Staglioni, y os alegrareis de conocerla, vos, que sois tan artista y tan sibarita: vereis si se pueden haber acumulado más preciosidades artísticas, y sobre todo, más comodidades.

—Vos sereis siempre el mismo, dijo hipócritamente el grave Ligúria; dado á la sensualidad, á las vanidades del mundo. *¡La Luz! ¡La Luz!* ¡No debemos apartar los ojos de la *Luz!*

—La *Luz* es la libertad del género humano: la *Luz* es la manifestadora de todas las bellezas, de todas las aspiraciones, ó es una *Luz* tenebrosa, una luz del infierno. Es necesario que el hombre haga que su existencia esté en armonía con las leyes naturales: lo demás es ser un miserable esclavo del error.

—Satanás es muy sútil, y se encarna en el hombre, halagando sus pasiones, dijo con una gran uncion el franciscano. La santidad nace de la humildad, de la simplicidad, de la sobriedad del alma. Es necesario no dejar que predomine la materia. La materia es pobre, vil y perecedera; las pasiones humanas, alentadas por las incitaciones de la materia, no son otra cosa que la fermentacion del lodo, producida por el polvo miserable de la materia.

Levantemos nuestro espíritu al grande espíritu puro, á la *Luz*, á Dios, y habremos vencido á la materia corrompida; esto es: á Satanás.

—¿Y Fioretta, mi buen amigo? dijo sonriendo Staglioni.

—¡Bah! tentaciones, pecados que pasaron, dijo el padre Ligúria. Satanás, el perverso, que nunca duerme: pero la oracion, la penitencia, la Eucaristía y la gracia ahuyentan á Satanás.

—Pero los ojos que se admiran entre unas largas y sombreadas pestañas y dejan ver algo que se pierde en lo infinito de una inmensidad de gloria: la palabra suspirante que sale por unos frescos y rosados labios que dejan ver la sonrisa de un desfallecimiento delicioso...

—¿Y qué es eso en comparacion de la celeste hermosura?

—Todo el trasunto que de la hermosura ideal de la eternidad podeis tener en la tierra.

—Vos sereis siempre el mismo; para vos no hay más que materia y siempre materia.

—¡Vida... vida... y siempre vida! respondió Staglioni.

Habian llegado á la torre.

Entraron en ella.

Staglioni mandó aposentar á los novicios y á los donados, al capitan y á los soldados pontificios, y con la condesa Blanca y los cinco de misa subió al piso superior.

Allí, en un comedor maravilloso, habia una mesa admirablemente servida.

—Ya veis que se os esperaba, dijo Staglioni.

—Os dais la vida de un Lúculo, dijo el padre Ligúria.

—Sí, poco ménos que la de un franciscano, dijo Staglioni: ahora, amigos mios, almorcemos.

. . . .

Aquella tarde se volvieron á Roma frailes y soldados, llevando los mejores informes y el mentís más solemne á todas las acusaciones que se habian hecho al conde Spungatti.

Rugiero Staglioni estaba perfectamente á cubierto.

CAPÍTULO XXV.

Los amores y las creencias de la hermosa Paulina.

Pasaron muchos dias.

En vano la justicia buscó á los perpetradores de los crímenes que se habian cometido cerca del cementerio de San Juan de Letran, y en el mismo cementerio.

En vano se buscó el cadáver que habian sacado de la tumba donde se habia encontrado el asesinado sepulturero.

En vano tambien se buscó el cadáver de Abigail.

Todo esto habia quedado sumido en el más profundo misterio.

La acusacion habia caido sobre los *Apuñaladores*.

Habian quedado indicios de sus puñales.

Aquellos puñales eran indudablemente de los *Apuñaladores*, que con ellos habian dejado su firma.

Pero ¿dónde estaban los *Apuñaladores?*

¿Quiénes eran?

Se les habia sentido muchas veces, pero no se les habia visto nunca.

Los envolvia el más profundo misterio.

Se habia creido por un momento coger á su jefe.

Pero ya sabemos por qué reunion de circunstancias, su jefe habia escapado de la denuncia anónima que habia caido sobre él.

Todo el mundo creyó que algun enemigo del conde Nicolao Spungatti, algun marido celoso, algun padre ó algun hermano ofendidos, le habian jugado aquella mala pasada.

Pero esto sólo sirvió para hacerle más célebre.

Se habian inventado historias interesantísimas, en que rodaba el honor de algunas de las principales damas de Roma, para justificar la calumniosa denuncia que se habia hecho contra el bello y seductor conde Spungatti.

Y era lo más extraño, que las damas á que estas historias se referian no protestaban de las tales historias.

Aun hubo alguna que creyó cierto lo que era un cuento, y con derecho á que todo el mundo la admirara, por haber logrado que el hombre á la moda, el don Juan romano, por ella se hubiese comprometido á ser tenido por el famoso y desconocido Rugiero Staglioni.

Una de las mujeres que habian sido supuestas, á propósito de aquella denuncia en aventuras con el conde Spungatti, habia sido una hermosa niña que aun no habia cumplido catorce años.

La incomparable Paulina; la nieta de la *Fornarina*.

Habia quien juraba haber visto alguna noche, disfrazado de *brigante*, atravesar la Longaretta y meterse por la calle de la *Torre de los Apuñaladores*, al conde Spungatti, que por una ventana se habia entrado despues en la casa del panadero Bartolini.

Esto era cierto.

Pero ya sabemos de qué género eran las relaciones que existian entre el bandido Staglioni y el panadero Bartolini.

Todo consistia en que este último pertenecia á la hermandad de los *Apuñaladores*, y era uno de sus miembros más importantes.

Paulina estaba de moda.

Era el retrato viviente, y mejorado, de su abuela.

Por consecuencia, todas las Santas Madonnas de Rafael, de que Roma estaba llena, venian á ser un retrato, más ó ménos parecido, pero siempre en el tipo y en el estilo, de la fresca y gentil hermosura de Paulina.

Todas las mañanas, la niña, acompañada de dos mozos, de dos trasteverinos, de dos panaderos, de dos *Apuñaladores,* en fin, iba con su carro cargado á llevar el pan á las principales casas de Roma, y aun al Vaticano, con su pintoresco traje, y sus medallas y escapularios, de una rica manera, con sus largas y anchas trenzas, sus collares de coral y oro, y la toca de rico Cambray plegada sobre la cabeza; y las mujeres la envidiaban, pero al par la bendecian, y los hombres la codiciaban, pero al par la respetaban, y personas habia que al verla, inclinaban la cabeza y se persignaban como si ella hubiera sido una imágen viviente de la Santa Madonna.

Y habia una razon para esto: los cuadros de Rafael.

De todas las mujeres que por su última aventura se habian atribuido al conde Spungatti, entre las cuales las habia hermosisimas y de alcúrnia, la más bella, y por la que más envidia al conde Spungatti se tenia, era Paulina.

Todas aquellas señoras habian aceptado la suposicion de sus amores con el conde Spungatti, y estaban dispuestas á llevar la suposicion á la realidad.

Pero á Paulina, aquella suposicion la irritó.

Necesitaba probar á todo el mundo que no tenia amores, ni los habia tenido, ni pensaba tenerlos, con el conde Spungatti.

—Pero, ¿cómo hacer esto?

Cuando el vulgo acoge una noticia, por atrevida que sea, no se desprende de ella á tres tirones.

Ha de ser verdad, pese á quien pese, aun que sea al sentido comun, lo que él ha creido, propalado y afirmado.

Se habia picado el orgullo de Paulina.

Nadie tenia derecho á decir que habia amado.

Y amaba hacia ya algun tiempo.

Amaba con toda su alma, pero en secreto.

Ni el mismo hombre á quien amaba conocia su amor.

Este hombre, y ya es tiempo de que volvamos á ocuparnos de nuestro héroe, era Miguel de Cervantes.

A poco de haber llegado Cervantes, Paulina, que acababa de cumplir los trece años, pero que estaba ya en toda la plenitud de su desarrollo, cuanto puede estarlo una doncella, habia conocido á nuestro Miguel.

Paulina servia el pan en el palacio de los Magos, residencia de la hermosa Beatriz de Aquaviva, que conocia desde que era muy niña á Paulina, y la amaba.

La llamaba la pequeña Madonna.

Con mucha frecuencia, *donna* Beatriz, que se levantaba muy temprano, llamaba á la jóven panadera, la besaba, la regalaba, la agasajaba.

Cuando *donna* Beatriz volvió con su hermano de España, se envió á la casa de Bartolini para que sirviera el pan en el palacio de los Magos.

Cuando llegó con su carro Paulina, el portero la dijo:

—Hermosa mia, su excelencia, mi noble señora, ha mandado que cuando llegases te se hiciera subir.

Paulina, que conocia á palmos el palacio, y que amaba á *donna* Beatriz, no necesitó oir más.

Se lanzó por las escaleras, atravesó cámaras y cámaras, y se entró en el aposentamiento de *donna* Beatriz.

Con ella estaba Cervantes.

No era bello, pero tenia ese *quid divinum,* esa cosa indescribible que determina para las mujeres que sienten de una manera espiritual, una gran belleza; una belleza irresistible en el hombre.

Paulina al ver á Cervantes, se detuvo, y contuvo un grito de sorpresa.

Se habia encontrado de improviso y rudamente con el amor, y habia sentido el gran dolor del golpe.

Pero sin explicárselo.

Sin saber de qué aquel dolor, aquella sorpresa, aquella emocion que de improviso habia sentido, provenian.

Paulina tenia el alma como el cuerpo; vírgen.

Muchos, desde hacia ya algun tiempo, porque Paulina habia sido muy precoz, la habian pedido amores.

Pero Paulina, que no los sentia ni los comprendia; que se encontraba de lleno en la riente paz de su adolescencia, se habia reido de sus adoradores.

No conocia el amor.

Miguel, que estaba en el período culminante de la dulzura de su luna de miel con su secreta y de tan singular manera hecha esposa suya Beatriz de Aquaviva, no reparó, no pudo reparar en el género de emocion que al verle habia manifestado inocentemente, sin poder evitarlo, Paulina.

Pero Beatriz lo conoció demasiado.

Recibió muy bien á Paulina, la besó, la agasajó, la regaló algunas ricas alhajas, pero se propuso que no se repitiesen las visitas de Paulina.

Y no se repitieron.

El portero no volvió á invitar á Paulina á que subiese.

Verdad es que á los pocos dias de este suceso, Paulina no fué á llevar el pan al palacio de los Magos.

Antes de que el carro llegase á su puerta, Paulina se adelantaba, y se iba á esperar á los mozos y al carro al puente de Sant Angelo, sobre cuyo parapeto se ponia echada de brazos mirando la corriente del Tiber, y con el recuerdo de un hombre en la imaginacion abrasada.

Aquel hombre era Cervantes.

Paulina sabia ya á qué atenerse.

Sabia lo que era el amor.

Sabia que el hombre á quien amaba, era el gentil mancebo que habia visto al lado de la señora Beatriz de Aquaviva, y que sin duda era su amante.

No habia visto más que aquella vez Paulina á Miguel.

Pero desde que le habia visto, le recordaba incesantemente, y con una fuerza tal, que la parecia le tenia siempre delante.

Cuando se acostaba, huia el sueño de ella.

Cuando se dormia, ya fatigada, muy tarde, soñaba con él.

Estaba triste.

La enfadaba la compañía de las gentes.

Buscaba la soledad.

Se habia puesto pálida.

Se habia preguntado á sí misma si seria amor, aquel amor que de ella habian solicitado tantos, lo que ella sentia por el mancebo que sin duda era el amante de la señora Beatriz.

Pero su alma inocente no podia responder de una manera determinante á esta pregunta.

Se fué á buscar á una vieja, á una bruja, que vivia en una lóbrega cobacha, al pié mismo de la *Torre de los Ahorcados.*

Aquella mujer leia el sino y decia la buenaventura á los que iban á consultarla.

Paulina tenia la gran cualidad de la prudencia, junta á una gran reserva y á una gran fuerza de voluntad.

Se fué á ver á la bruja.

—Ya sé, ya sé á lo que vienes, hija mia, hermosa mia: tu semblante me lo dice: ¡bendito sea Dios que permite que tan pronto arda en tu alma el fuego sacro de la vida!

—¿Y qué fuego sacro es ese, madre Silvia? dijo sonriendo Paulina.

—El alma amor.

—¿El alma amor?

—Sí, el Dios amor.

—Pues qué, ¿el amor es Dios?

—Sí, hija mia, sí; Dios es el amor.

—Cupido, direis.

—No, no, hija mia; no hablo yo del hijo de Vénus, que gracias á Dios no soy pagana: hablo del Dios Omnipotente, uno y trino, señor del cielo y de la tierra, y de todo cuanto existe.

—¿Y su Divina Majestad es el amor?

—Si, todo amor.

—Pues entónces, lo que yo siento no es eso, madre Silvia, contestó sonriendo siempre lánguidamente, y de una manera hechicera Paulina; porque el amor de Dios no puede causar la agonía que me aqueja, ni oprimir mi corazon, ni ahuyentar de mis ojos el sueño.

—¡Ah mi querida pequeña, mi querida pequeña, dijo Silvia, que estás enamorada hasta las entrañas; que Dios te ha tocado con su santo dedo, y ha pronunciado su inefable palabra: *fiat!* ¿y quién es el bienaventurado mortal que ha inflamado tu alma en el amor, padre de cuanto existe?

—¿Mortal? exclamó Paulina, fingiendo admirablemente un crecido asombro.

—Sí; ¿cuál es el pícaro que causa la agonía que te aflije y te hace venturosa?

—¡Yo no os entiendo, madre! dijo acreciendo en la manifestacion de su inocencia Paulina.

—Pero, ¿no amas tú á un hombre?

—No, madre, no.

—Tú no me entiendes, inocente; veamos: ¿no has conocido tú un hombre que ha recreado tus ojos, que ha hecho latir tu corazon, del cual no has podido olvidarte ausente, al que has deseado volver á ver, que cuando á verle has vuelto, te ha hecho sentir alegría y pena, dolor y placer?

—No, madre Sílvia, no.

—¿No tienes tú la imágen de un hombre en tu alma?

—No; yo no tengo en mi alma más que tristeza y dolor: yo no cómo como solia; yo no duermo sino cuando me rinde la fatiga; nada me alegra, y sólo en la soledad es donde mejor me encuentro.

—¿Y no es por un hombre eso que sufres, eso que gozas? dijo con asombro la bruja.

—No, madre Sílvia.

—Entónces, es que amas al amor... por el amor: entónces es que la misma flor abre su cáliz á las auras; entónces es que la niña ha acabado y anuncia á la mujer: pero ¡ay hija mia! que en tu semblante estoy leyendo, en tu pura frente, en la dulce inflexion de tu garganta, en la agitacion de tu puro seno, que si ya no amas, amarás pronto, y que tus amores serán desventurados.

A Paulina se la llenaron los ojos de lágrimas.

—¡La Santa Madonna del Carmelo, mi patrona, me protegerá! exclamó.

—Sí, hija mia, sí; encomiéndate de veras á la Santísima Vírgen, respondió la bruja, que bien habrás menester, y harto pronto, su proteccion.

Paulina dió á la madre Sílvia una torta de leche, que para pagar su pronóstico habia llevado, y salió de aquel antro, triste y llorosa.

Sabia ya lo que era el amor.

Sabia tambien lo que eran los celos.

Pero no buscó á Miguel.

Concentró su amor en su alma.

Le dominó.

Le convirtió, ó creyó convertirle, en un dulce amor del espíritu.

Y recordaba de una manera viva y delirante á Miguel.

Y su recuerdo no la abandonaba un solo momento.

Y así pasaron seis meses.

El amor por Miguel habia llegado á ser en Paulina, una parte integrante, y la más determinante de su manera de existir.

El amor se habia convertido en pasion.

Se necesitaba toda la fuerza de voluntad de Paulina, para que no fuese á buscar al hombre que de tal manera era el sueño de su alma.

Paulina habia enriquecido á Miguel con todas las galas, con todos los encantos con todas las grandezas que determinaban la armonía de su alma apasionada, de su rica fantasía de niña, tan en relacion con la imágen nobilísima y sublime armonía de su hermosura.

El pudor de su amor se oponia, no obstante, á dar aquel paso.

No habia en aquel sentimiento altivez.

Paulina tenia el alma reducida á sus misteriosos amores.

Ellos eran la primera razon de su vida.

Y al sentimiento de su amor de la tierra, se unia el sentimiento de su amor de los cielos.

La Santa Madonna del Monte Carmelo.

Ella no podia ofender á su purísima patrona.

No podia hacer apartase de ella con enojo su divina mirada.

El hombre á quien amaba, era casado.

Debia serlo.

De otro modo, ¿cómo podia vivir bajo el mismo techo, en la misma cámara que la altiva señora Beatriz de Aquaviva? ¿Ni cómo podia Paulina, ya que la era imposible arrancarse del corazon aquel amor que encendia su alma en un fuego inextinguible, buscar á un hombre que pertenecia á otra mujer, y decirle:—«yo te amo?»

Esto no estaba ni en las costumbres, ni en las creencias, en la manera, en fin, de sentir y de sér de Paulina.

Y sin embargo, esta criatura de alma tan pura, tan sublime, tan noble para el amor, para la castidad, para toda suerte de virtudes, era la hija de un bandido, lo sabia, vivia entre bandidos siniestros y terribles, pertenecia á su hermandad, los servia, los ayudaba.

Pero hay que advertir que los *Apuñaladores* eran unos bandidos *sui generis,* unos criminales que servian á una idea política, filosófica, religiosa.

Que eran una especie de pequeño ejército exterminador, que la *Reforma* tenia en la sombra, al pié mismo del trono de San Pedro.

Los *Apuñaladores* asesinaban.

Pero sus asesinatos tenian para ellos la apariencia de justicias.

Secuestraban y robaban; pero sus secuestros y sus robos, tomaban para ellos la forma de tributos arrancados violentamente para el servicio de una grande idea.

De manera que aquella devota de la Vírgen María, contaminada con la doctrina del Luteranismo, creia una obra meritoria á los ojos de Dios, el pertenecer á la hermandad de los *Apuñaladores,* consecuencia de la otra hermandad de los *Implacables,* y servirlas á ambas con toda su fé religiosa y toda su fuerza de voluntad.

El error hacia que Paulina creyera una virtud y una gran devocion, lo que era un crímen y una herejía.

La humanidad se despeña por los abismos de su propia ignorancia.

Así era que Paulina ayudando al crimen, conservaba la castidad de su alma, lo puro de su fé, lo ardiente de su piedad.

Para Paulina, el crimen habia tomado la apariencia del heroismo.

¿Y qué mucho?

¿No se han tenido, y se tienen por héroes, á verdaderos criminales?

Paulina habia dominado un amor que creia imposible.

Paulina, dentro de su conciencia, se habia encontrado con los cimientos del deber y de la virtud.

Pero el amor es la locura.

La contínua oleada de la sangre y del pensamiento: del amor y de la ilusion que combate incesantemente á la conciencia.

Que lentamente vá modificándola, transformándola.

Paulina se sentia vacilar.

Su conciencia, demasiado combatida, iba de dia en dia debilitándose, fatigándose más y más; haciéndose impotente para la lucha.

En esta situacion, desesperada ya para la jóven, sobrevinieron los sucesos que hemos acabado de relatar, y se inventó, entre otras tantas falsedades la de los amores del irresistible conde Nicolao Spungatti con la pequeña *Fornarina,* como la llamaban unos, ó con la Madonna viviente, como decian otros con una impiedad puramente romana.

Se decia que algun amante celoso habia sido el autor de la denuncia que habia pretendido hacer creer á la justicia que el conde Spungatti era el bandido Staglioni.

Ya hemos dicho que otras altas y hermosísimas damas habian aceptado con placer la suposicion de que eran las amadas de Spungatti.

Pero Paulina se sublevó.

Era necesario que todo el mundo supiera que ella no amaba al conde Nicolao Spungatti; que no le habia amado; que nunca podria amarle.

Para esto habia una absoluta necesidad de que el hombre de su amor fuese conocido.

Paulina habia ido transigiendo con su conciencia.

Además de esto, tenia razones para que no la pareciesen imposibles sus amores.

Cuales fueran estas razones, vamos á decirlo en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXVI.

De qué manera hizo para acercarse á su amor, Paulina.

A medida que la firmeza de Paulina habia ido debilitándose al embate de su amor, se habia ido acercando en su voluntad á Cervantes, aunque todavía no hubiera procurado verle.

Cuando ya casi rendida pensó en buscarle, de la manera que una mujer digna busca á un hombre á quien ama, necesitó saber hasta qué punto Cervantes pertenecia, ante los hombres y ante Dios, á la señora Beatriz.

Paulina tenia hartos medios de espionaje.

Podia contar con todos los *Apuñaladores*.

En la servidumbre de la señora Beatriz habia, ya lo sabemos, un hombre que habia pertenecido á los *Apuñaladores*.

Este hombre era Giuseppe Sparzo.

Uno de los *Apuñaladores* que con más frecuencia era llamado para los negocios de la hermandad á casa de Bartolini por Staglioni, era un pescador del Tíber, llamado Amaro.

Este hombre tenia una especie de veneracion por Paulina.

Un mes ántes de los sucesos que decidieron á Paulina á demostrar á todo el mundo que no era el conde Spungatti el hombre de su amor, llamó á Amaro y le dijo:

—Giaccomo, importa mucho á la hermandad, saber cuál es la vida, cuáles los sentimientos de la señora Beatriz de Aquaviva: tú eres amigo de Sparzo, que está al servicio de la señora Beatriz: infórmate secretamente.

Hé aquí los informes que Amaro llevó algunos dias despues á Paulina.

La señora Beatriz estaba muy léjos de ser feliz.

Habia vuelto de España, á donde habia ido con su hermano, trayendo á Roma en su compañía á un hidalgo español llamado Miguel de Cervantes Saavedra.

Se decia de este extranjero, que era un hombre de gran valor y de grande ingenio.

La señora Beatriz le amaba con toda su alma.

Partia con él su vida, como si hubiese sido su esposa.

Pero no lo era.

Hermana bastarda del duque de Atri, éste hacia como que no conocia los

amores que ella tenia con el español, con el cual vivia, y del cual era acompañada á todas partes sin escrúpulo alguno.

Pero este español pasaba por familiar del cardenal duque de Atri, y por secretario de su hermana la señora Beatriz.

Para la servidumbre de ésta, no era en manera alguna un misterio que el secretario de la señora era su amante.

Cosas eran estas en que no se reparaba gran cosa en Roma.

No habia dama que valiese algo, por su posicion ó por su hermosura, que no tuviese una historia semejante, y que no hiciese gala de ella.

Los maridos eran complacientes ó ciegos.

Los padres y los hermanos se hacian los engañados.

Rara vez acontecia una catástrofe.

Cuando sucedia, se escandalizaba todo el mundo.

Llamábase bárbaro al que la causaba.

La corrupcion estaba en su colmo.

La infamia del hombre, favorecia la infamia de la mujer, y aun la justificaba.

No habia que pensar en un enlace de la señora Beatriz de Aquaviva, ilustre, á pesar de su bastardía, con un extranjero que no era más que noble, y aun así, pobre, y al servicio de la nobilísima casa de Aquaviva.

Habia graves misterios entre los dos amantes.

Ni aun en secreto estaban casados.

Los unia solamente un juramento prestado ante Dios; ante un altar.

Sabíase esto, porque Sparzo habia ejercido por órden de su amo el cardenal Aquaviva, un tenaz espionaje, y habia creido reparar entre la señora Beatriz y su amante, que éste habia comenzado á desencantarse de aquellos violentísimos amores que por algun tiempo le habian enloquecido.

Se conocia claro que el señor Miguel de Cervantes habia cedido á una fascinacion que habia ido desvaneciéndose.

Debia tener en el alma otros amores que combatian á los de la señora Beatriz.

En efecto: Sparzo le habia sorprendido yendo secretamente y con gran recato, á visitar á una señora española, que era tambien hermana bastarda, reconocida por el duque de Atri, y que se llamaba doña Magdalena.

Estos amores eran todavía inocentes, é ignorados de la señora Beatriz.

Pero por lo mismo que no se habian logrado, interesaban extraordinariamente al jóven español.

Este era el estado de los amores de la señora Beatriz, con su amante el señor Miguel de Cervantes Saavedra.

Venia á ser esta una de las comunes historias de Roma.

Puesto que la señora Beatriz habia olvidado su virtud hasta el punto de hacerse amante de su secretario, familiar de su hermano, Paulina no tenia que respetar para sus amores, ningun vínculo sagrado.

La señora Beatriz acabaria por hacer lo que hacian generalmente todas las damas romanas.

Cansaríase de rivalidades y de luchas, y sustituiria con otro amante al amante rebelde.

Y como la locura del amor iba ganando á Paulina, se decidió.

—¿Es poeta el amante de la señora Beatriz? dijo á Amaro.

—Tal dicen, y de los buenos, segun aseguran, contestó Amaro.

—¿Entónces, amará la pintura?

—Es muy posible; casi indudable.

—¿Si se le hacia saber que hay una grande obra de Rafael, que muy pocos conocen, porque nosotros la guardamos como una prenda de familia, en que está el retrato de mi abuela, como si dijéramos mi retrato, y que se llama la *Perla*, desearia ver el cuadro?

—Es muy posible.

—Encárgate tú de eso; que procure Sparzo que ese español sepa que existe ese cuadro, y que si desea verle, le traiga.

—¡Oh! ¡vendrá! ¿quién no querrá ver un retrato de la gran *Fornarina*, que es á la par el de su nieta, la *pequeña Fornarina?*

Esta intriga salió bien.

Sparzo hizo saber hábilmente á Miguel de Cervantes, que una de las mejores obras de Rafael, existia en casa del panadero Bartolini, en el Trastevere.

Cervantes quiso conocer aquella grande obra en la que el arte habia resplandecido con toda su grandeza, y Sparzo le llevó á casa de Paulina.

Cuando entró Cervantes en la panadería, no estaba en ella Paulina.

CAPÍTULO XXVII.

De como Paulina causó en Cervantes más efecto, que el que ella misma habia deseado causar.

Sparzo era muy artista, y entretuvo gratamente á Cervantes en casa de Bartolini, haciéndole la historia del cuadro de la *Perla*.

Cervantes, que estaba poseido por las creencias de su tiempo, que sin fanatismo, era piadoso cristiano, y sin ser hipócrita, fervientemente católico; Cervantes, que veia desde algunos meses con cierta insoportable repugnancia la corrupcion de las costumbres de Roma, se escandalizaba oyendo á Sparzo; oyéndole relatar aquella historia de los amores adúlteros de un gran artista con una panadera dotada de una belleza ideal, y en cuya historia sonaba á cada momento el nombre

de la Madre de Jesucristo, y se mezclaba lo pagano y lo cristiano; la creencia y el escepticismo; lo ideal y lo material; lo encantador de lo soñado; lo repugnante de lo positivo; lo relativo y lo absoluto; lo inmortal y lo perecedero; lo puro y lo impuro; la poesía más sublime y el materialismo más grosero.

Y al mismo tiempo se iba infiltrando en él la belleza suprema de la *Fornarina*, representada, segun decia Sparzo, con una verdad maravillosa en la *Perla,* en la Santa Madonna; de frente purísima, que parecia y aun parece bañado por un divino reflejo de la luz de los cielos.

—¿Y tal mujer hubo en el mundo, exclamó Cervantes, y esa tal mujer no fué el trasunto de todas las perfecciones del alma, como su belleza lo fué de todas las perfecciones del cuerpo?

Y Miguel se quedó profundamente pensativo.

Meditaba que está sujeto al mayor de los engaños quien fia en apariencias, y que tal criatura puede haber que un ángel parezca, y sea un demonio.

Pero añadia Cervantes:

—Muy bien puede ser que el pintor copiase lo que la naturaleza le daba en la *Fornarina;* pero puede tambien ser muy bien que esa alma que á los ojos, al semblante de la *Fornarina* parece asomarse, y con tal verosimilitud, que tomando la forma de la materia á esta materia espiritualiza, no sea otra cosa que el alma de Rafael Sanzio de Urbino, á quien Dios, alzándole de la mano, dió el espíritu divino que aparece en la *Transfiguracion* y en el *Pasmo de Sicilia.*

—Pues yo os digo, exclamó Sparzo, que he oido decir á todos los que á la *Fornarina* conocieron, que no solamente no la mejoró en sus lienzos Rafael, sino que nunca pudo llegar á copiarla, tal como ella era y parecia, por aquello de que las obras de Dios no pueden igualarlas los hombres.

—Espíritu de Dios es la fantasía de los pintores y de los poetas, que son una misma cosa; porque el poeta pinta con la pluma, y el pintor escribe con los pinceles: y yo os digo, que cuando se vé á Rafael y se lee al Dante, se entiende de tal manera esta verdad, de que Dios baja á tocar con su espíritu á los hombres por medio de la pintura y de la poesía, y aun de la música, que no dá lugar á la duda.

—Bien se conoce que sois poeta, y abogais por ellos y por los que se les parecen, dijo Sparzo, y elogio es ese propio, por ser á la propia familia, en que no hay que reparar mucho; porque el amor propio nos inclina á creer que lo que hacemos y hacen los que son como nosotros, es lo mejor que en el mundo se hace, y que de Dios viene; género de soberbia la más grande que puede verse, porque se cubre con la gran modestia de la santidad, que dice:—«Si lo que hago es bueno, no es mio; porque el hombre no crea, sino que todo lo creado es de Dios».

—Pues yo digo que el hombre que tal soberbia tenga, se parece á una flauta que dijese que eran suyas las sonoras melodías que hace cuando la tocan: que si la flauta no estuviera hecha como es, melodiosa, no sonaria como suena, por más que la tocara el más extremado flautista del mundo: así es el hombre; que no hará ó dará de sí, más que aquello para que Dios haya querido que sirva: y

digoos que, si Rafael no tuviera la pintura por obra de Dios, divina no apareciera en sus lienzos la lúbrica y amante manceba, hasta el punto de dar á entender á las gentes como la divinidad puede verse, y aun suponerse, por imágenes humanas, ciertas y vivientes, ó representadas por la fantasía.

—Si Paulina estuviera aquí, dijo Sparzo, á fé... á fé, que no atribuiríais tanto poder á los pinceles de Rafael.

—¿Y quién es esa que llamais Paulina? dijo con un tanto de curiosidad interesada Cervantes.

—Es la hija de Bartolini; la nieta de la *Fornarina,* dijo Sparzo; una *ragazza* de catorce á quince años, y tal, que si viviese Rafael, diríase que al pintar esta Santa Madonna, no habia hecho otra cosa que un retrato fiel de Paulina.

En aquel momento sintió como un vértigo Cervantes.

Le pareció que la Vírgen habia salido del cuadro, y que estaba ante él, viva, sonriente, engalanada con el bello traje de las trasteverinas, y que sus purísimos ojos fijaban en él una mirada de amor y de deleite.

Y era que, en efecto, Paulina acababa de entrar, y se habia detenido detrás del caballete en que estaba colocado el cuadro para que se le viese mejor.

Paulina miraba á Cervantes de una manera mágica.

—¡Ah! ¡ah!... exclamó Cervantes; ¡vos!... ¡la Santa Madonna viva! ¡es verdad! Rafael no pudo copiar tanta y tan purísima belleza; esto... (y señaló al cuadro) no es eso... (y señaló á Paulina.)

—Tal vez, señor, lo que no hizo el pincel de Rafael, lo hacen vuestros ojos, dijo Paulina con la voz dulce, sonora, purísima, conmovida. Pero, perdonad; tengo algo muy importante que decir á mi padre. Con Dios quedad, señor.

Y saludando graciosamente con la cabeza, y acompañando este saludo con una sonrisa sobrehumana, y dejando ver una rápida mirada de fuego, pero de fuego dulcísimo, purísimo á Miguel, desapareció.

—¡Ah! exclamó Cervantes: las obras de Dios no pueden ser copiadas por los hombres: la fantasía nos ciega: la soberbia nos engaña.

Y Cervantes apartó los ojos con hastío del cuadro.

No era otra cosa que un pálido reflejo de la belleza viviente que durante un momento habia visto.

Pero este momento habia bastado para embriagarle.

Apareció entónces Bartolini, y le dijo:

—Perdonad, señor español, si no os he acompañado; el trabajo de nuestra panadería es tanto, que no nos deja ni aun un solo momento para la cortesía; así mismo, mi hija ha querido que yo de vos la despida, porque tambien grandes ocupaciones la impiden volver á despedirse de vos.

—Decid á esa hermosa doncella, contestó Cervantes, que si á mal ella no lo tomase, y consintiérais vos, yo vendria alguna vez á tener la ventura de besarla las manos.

—Vos podeis venir á nuestra casa siempre y cuando querais, señor, contestó Bartolini, que de ello seremos muy contentos mi hija y yo.

—Pues que Dios os guarde, y hasta la vista, dijo Cervantes.

—Guárdeos Dios, señor hidalgo, dijo Bartolini; y que la visita vuestra sea cuando os pluguiere.

Salió Cervantes aturdido y como ébrio, y de tal manera, que Sparzo dijo para sí:

—Paréceme que ya tenemos un nuevo Rafael para la *nueva Fornarina.*

CAPÍTULO XXVIII.

De como empezaron para Cervantes unos nuevos amores.

Pero Paulina no podia decir «yo te amo,» á un hombre que estaba ostensiblemente en amores con una alta dama con quien vivia.

No lo consentian ni su corazon ni su decoro.

Hubiérase dicho que el afortunado amante de la noble señora, habia tomado por entretenimiento á la pobre Paulina.

Hubiérase dicho que ella, que habia desesperado á hombres poderosos, que por su hermosura lo hubieran desafiado todo, habia enloquecido por un hombre que nada la sacrificaba.

Cervantes iba muy de tiempo en tiempo á casa de Bartolini, y con tan mala fortuna, que casi nunca encontraba en la casa á Paulina.

Pero la veia todos los dias, y alguno más de una vez, en la calle, y como por encuentro casual.

Paulina le saludaba, le dejaba ver un relámpago de sus magníficos ojos negros, su morena tez se encendia de un color rosado, sonreian sus preciosos y frescos labios, y pasaba.

En una sola mirada, en una sola sonrisa, habia dicho un millon de veces, y de una manera enloquecedora á Cervantes, no sólo que le amaba, sino que sabia que era amada, y habia pasado como pasa una tibia y perfumada aura de la primavera.

No habia dado nunca á Cervantes tiempo de hablarla.

Si él habia querido acompañarla, ella le habia dicho:

—Teneos, que si con vos me ven, dirán mal de mi.

Y Cervantes, dominado por la incontrastable mágia de Paulina, habia obedecido siempre.

Paulina habia pasado, y él se habia quedado parado, y viéndola alejarse gentil y leve como una pluma impelida por una dulce ráfaga.

El amor iba ganando á ambos jóvenes, de una manera terrible.

Paulina enloquecia.

Se estremecia al conocer su enloquecimiento.

Se sentia á punto de olvidarlo todo.

De sacrificarlo todo á la felicidad de su amor.

Los celos ayudaban á su amor para enloquecerla.

Tenia dentro del palacio de los Magos, al lado de la señora Beatriz, y gozando de su confianza, un fidelísimo espía en Sparzo, que sentia á su vez la incontrastable influencia de la jóven, y sentia por ella un amor semejante á la esclavitud; esa especie de adoracion del siervo, que adora lo que no puede gozar, y que se resigna, dominado por su propio espíritu de adoracion.

Paulina sabia que era amada, idolatrada por el hermoso español; que á ella le parecia muy hermoso Cervantes.

¿Y á qué mujer no le parece hermoso el hombre á quien ama, aunque con él no haya sido pródiga la naturaleza?

El amor lo transfigura todo.

En todo lo que ama, vé representada una belleza ideal.

La más alta de las bellezas.

La belleza suprema é intangible.

Lo que nuestro pueblo expresa gráficamente cuando dice: es feo, pero tiene *ángel*.

O lo que expresa el otro proverbio: *el que feo ama, hermoso le parece.*

En fin: ese *quid divinum* que hemos convenido en llamar simpatía.

Cervantes estaba muy léjos de ser un hombre hermoso.

No se encontraban en él esas regularidades de la forma, esa armonía del conjunto; esa vigorosa fuerza de frescura, de color, de vida que constituye la belleza en el sér humano.

Pero tenia la fisonomía noble, el talante altivo, la mirada profunda, la expresion elocuente, y en su mirada aparecia con mucha frecuencia la expresion del genio.

Era altivo sin soberbia; audaz sin provocacion; tenia la conciencia y la posesion de sí mismo; la denodada propension á lo grande; la palabra cortés y mesurada; el razonamiento lógico y agudo; la frase concisa y conceptuosa; la imaginacion potente; sentia y hacia sentir; desdeñaba lo fútil; amaba lo ardiente; era sencillo y comunicativo, y se cuidaba poco del aliño del traje, ni de ninguna de esas nonadas á que se dá generalmente tanta importancia; huia de los nécios, y los zahería duramente, y buscaba á los sabios, y se embebia en su ciencia; tenia la intuicion de las grandes cosas, y las buscaba; se resignaba á las mayores durezas de la fortuna, y ya por resignacion, ya por altivez, ó quizá por el conocimiento de que la humanidad es moralmente antropófaga, puesto que, por regla general, se goza en los infortunios ajenos, no se quejaba nunca: era agradecido hasta un límite increible; vivia más consigo mismo que con el mundo; y amargado de una y otra decepcion de su sentimien-

to, puesto en lucha con el positivismo del vulgo, solia ser irascible y arrebatado.

Todo esto, y aun mucho más que constituia el ser de Cervantes, le hacia una criatura escepcional; de esas que cruzan por la vida de incógnito, por decirlo así, sin que nadie las comprenda, pero que ejercen generalmente una grande y misteriosa influencia sobre la generalidad de los séres que con ellos se ponen en contacto.

La mujer es infinitamente más impresionable, más sensual, más absorvente que el hombre; más poética, en una palabra.

Nada, pues, tenia de extraño, que siendo tales las cualidades de nuestro héroe, fuese grandemente favorecido por las mujeres, lo que venia á ser para él una gran desgracia.

Momentos rápidos de una inefable ventura, que traen en pós de si el hastío, los empeños, la intranquilidad de la conciencia; un aumento insoportable de la vida por el aumento del sentimiento; una exageracion del sentimiento, en fin: un libertinaje forzado sin perder el corazon, la mayor de las desvesturas; porque para ser libertino sin sufrimiento, sin remordimiento, dentro de un egoismo satánico, es necesario arrancarse el corazon, ó lo que es lo mismo, haber encallecido la conciencia hasta el punto de hacerla insensible.

Los hombres dotados de una gran sensibilidad; los hombres avaros del placer, de la gloria, de todo lo que es candente, de todo lo que es embriagador, aman lo bello, donde quiera que lo hallan ó se lo fingen, se dejan dominar por un sueño, contraen pasiones incontrastables; pero pasiones representadas por la dificultad, embellecidas por la fantasía; y cuando la dificultad ha sido vencida, cuando lo que se creia imposible se ha tocado; cuando al tocarlo, cuando al conocerlo de cerca se vé que se ha soñado, y que al despertar no se ha encontrado más que una cosa vulgar; que lo que se habia soñado era un sér fantástico, harto distinto del sér real que se ha encontrado, vuelven el amor, la sed, el hambre por el bello ideal; vuelve el sueño por la creencia tenaz de que existe lo que es fantástico, y tiene lugar una nueva alegría, un nuevo desengaño, una nueva desesperacion; una nueva tentacion hácia el ideal soñado y nunca encontrado.

Así, pues, no puede llamarse libertinos á estos hombres de vida exuberante, de imaginacion exaltada, cuyo deseo, engañado por la belleza de forma, todo lo transfigura, colocándolo de lleno sobre la belleza suprema. Son desesperados, que necesitan un mundo que no existe; avaros tenaces, que buscan y buscan incesantemente su tesoro sin encontrarle jamás.

Y este paso del sueño por las realidades de la vida, crea empeños y deberes de la conciencia; obligaciones á que no puede hacerse ajeno un hombre de corazon; acrecimientos de vida, puramente de sentimiento, que vienen al fin á determinar un infierno para el pobre soñador, que, sin quererlo, ha labrado el mal propio y el mal ajeno, y buscando una ventura que no podia existir, ha creado dolorosísimas desventuras.

Y tras esto, una existencia de afan nunca calmado; de trabajo siempre insuficiente; de desaliento, de duda, de desesperacion.

La negra melancolía del espíritu.

El desgano y el cansancio de la materia.

El alma hecha pedazos por pobres amores, que no se quiere, que no se puede olvidar ni abandonar.

Y todo esto envuelto en el arte y en el sentimiento.

Y á todo esto, el dolor que canta con la inspiracion de las grandes pasiones puestas en lucha.

Y á todo esto, el hombre que fatalmente labra en sí mismo, con sus propias entrañas, una de esas glorias de que se engrandecen las naciones, y á veces la humanidad.

Esto era Cervantes, aun en sus años juveniles.

Así es, que sin dejar de amar á la señora Beatriz, y sin dejar de sentirse obligadísimo á ella en el corazon y en la conciencia, en ella no existia ya para Cervantes su bello ideal; no habia encontrado ni por un momento en ella el trasunto celeste que habia imaginado: la pasion entera de Cervantes, á causa de la señora Beatriz, habia sido un principio de decepcion que al fin debia completarse.

El vacío se habia hecho otra vez en el alma de Cervantes.

Un vacío doloroso, que necesitaba llenar para no vivir muriendo.

No hay nada tan sensible ni tan avaro como la mujer.

La mujer, por regla general, y en la medida de su nacimiento y de su educacion, es toda amor, y amor vehemente y exclusivo.

Ella quisiera que los primeros transportes producidos por el deseo resistido y contrariado al satisfacerse, fueran en aumento, ó por lo ménos que no amenguaran nunca.

Ella no encuentra, no puede encontrar la razon de porqué era más amada, más endiosada, más idolatrada, en fin, por el hombre de sus amores cuando no le pertenecia, que despues de pertenecerle en cuerpo y alma.

Ella no comprende que amando ella al padre de sus hijos, como si su madre fuera, el padre no la ame á ella tanto como á sus hijos, ni á sus hijos tanto como ella los ama.

Ella siente la más leve frialdad en el hombre amado, y sufre con su frialdad lo que no puede comprender ningun hombre.

Ella, si no está dotada de una virtud muy rara, de la virtud del martirio, que sufre, calla y sonríe, y sólo á solas llora, se irrita en su amor propio, se precipita por energía de carácter y exuberancia de sentimiento; situaciones funestísimas, que con mucha frecuencia llevan á horrendas catástrofes.

En tal situacion, irremediable, dados su carácter y sus preocupaciones, se encontraban respectivamente la señora Beatriz y Miguel de Cervantes.

La manera escepcional de su conocimiento, los sucesos que continuaron, la gran belleza de la señora Beatriz, su alma apasionada y candente, las circunstancias de su vida, el extraño esplendor que la rodeaba, todo esto habia sido bastante para que la gran imaginacion de Miguel se fingiese en ella acabado y perfecto su bello ideal.

Pero como por mucho que la señora Beatriz valiera, era, en fin, una criatura mortal, y Cervantes soñaba una criatura divina, pasados los primeros transportes del logro de sus amores, llegados á la vida íntima, al no temer, al no esperar, al no dudar, al no desear, á la posesion completa, á la familiarizacion, la realidad se fué abriendo paso á través del sueño, y la señora Beatriz empezó á sentir las primeras tibiezas hácia ella, de aquel hombre á quien ella continuaba amando con toda la fuerza de su alma, conociéndole cada dia más, apreciando cada dia más su valía, invirtiéndose las situaciones, y empezando á ser para ella una ansiedad, un empeño, la reconquista por completo de aquel hombre á quien podia llamar su marido, que ante Dios y ante su conciencia lo era.

El empeño, la lucha, son el gran pábulo del amor.

Se desea lo que es difícil.

El ensueño llega á la exasperacion.

Hé aquí explicado por qué las mujeres que más aman á sus maridos, y aun más á sus hijos; las invulnerables á toda corrupcion; las exentas á toda falta conyugal, vienen á ser aquellas cuyos maridos son unos extraviados, que aman ó estiman á su mujer como se ama á una hermana, ó se estima á un ama de gobierno; y á sus hijos, porque no hay hombre que á sus hijos no ame; pero que, como si ningun vínculo del alma hubiesen contraido, corren tras otros amores, se pierden en aventuras y acaban por ser unos perdidos.

Una mujer que á un tal hombre sufre, que á un tal hombre ama, y que á la par cumple con todos sus deberes de esposa y madre dentro del silencio, de la resignacion, de la dulzura y del sacrificio, es una santa, un *ave fénix,* una cosa extrararísima, que merece muy bien ser canonizada despues de que la muerte haya terminado su martirio.

Pero la señora Beatriz no era completamente esto.

Además, la dura naturaleza la habia negado hijos, con cuyo amor pudiera consolarse.

El lazo que la unia á Miguel, por más que fuese legítimo ante la conciencia de ambos, y obligatorio ante Dios, y necesario en su manera de ser, por gravísimas circunstancias, no era legítimo ante los hombres.

No obligaba ante los hombres á Miguel.

Miguel, si contraia una nueva pasion, si enloquecia por ella, si por ella se sobreponia á su conciencia, podia romper aquel lazo, sólo por la conciencia formado.

Las inevitables tibiedades amorosas de Cervantes habian alarmado á la señora Beatriz.

Cuando la pasion ciega por una mujer, no depende del corazon de un hombre; una mujer nueva puede inspirarle una pasion que le ciegue.

Que le haga olvidar de todas sus obligaciones.

El solo pensamiento de que Miguel pudiera amar á otra, separarse de ella por otra, enfurecia á la señora Beatriz, y crecia en ella su amor á Cervantes, hasta un punto increible.

Los temores, los celos, la ansiedad, producian de tiempo en tiempo alguna reyerta, alguna escena de recriminaciones, y por más que Cervantes fuese siempre en estos casos, cortés, solícito, amoroso, comedido y amante, no eran sus respuestas las que la señora Beatriz hubiera querido: su alma no se satisfacia; no podia satisfacerse.

Era amada y respetada aun.

Pero ¡cuán diferentes los tiempos presentes de los pasados tiempos!

¡Qué gloria aquella!

¡Qué frialdad esta!

Particularmente cuando Cervantes conoció de una manera tan particular á Paulina, aumentó la falta de inteligencia entre los dos amantes.

La señora Beatriz sentia mucho más frio en Cervantes.

Le veia inquieto, triste, ojeroso, casi como desesperado.

Con todos los indicios de una pasion vehemente y contrariada.

Creció la ira de la señora Beatriz.

No se pudo ir á la mano, y se sucedieron con más frecuencia las reyertas, y más ágrias.

Cervantes continuaba siendo cortés, amoroso en la forma, comedido.

Pero esto no importaba.

La señora Beatriz conocia que en la cuestion de amor, perdia ella todo el terreno que su rival desconocida, pero indudable, ganaba.

Sparzo, fiel espion de Paulina, la contaba lo que acontecia en la casa de su señora.

Por otra parte el interés con que el señor Miguel de Cervantes le hablaba de Paulina.

Paulina se enamoraba más y más.

Más y más cuando encontraba á Cervantes, en un rápido saludo le dejaba ver un amor sobrenatural, un amor purísimo, con todos los incentivos de lo voluptuoso á la par.

Y siempre se hacia obedecer de Miguel.

Jamás Miguel insistia cuando ella le decia:—«Adios»—y de cierta manera, que dejaba sentir claramente esta frase:—«No os obstineis: yo no puedo hablar con vos, sino para deciros adios.»—

Y Cervantes se abrasaba.

Cervantes se creia como llevado sobre una nube de fuego, á espacios desconocidos.

CAPÍTULO XXIX.

De como dos que se quieran se entienden pronto, y de como tras una candente conversacion de amor puede sobrevenir una sombra negra.

Sentia Cervantes una inmensa tristeza en el alma.

Le parecia una felicidad sobrehumana, imposible, de las que no pueden gozarse en la tierra, la satisfaccion de su amor con Paulina; con aquella casi celeste criatura, que mejoraba en la realidad, la grande obra de la fantasía de Rafael.

Se séntia enlanguidecer.

Lúgubres ideas de muerte se lo ennegrecian todo.

Y sin embargo, no podia echar de su entendimiento el purísimo y acendrado amor de Paulina, en que se habian transformado sus amores por la señora Beatriz.

Ésta habia llegado á lo último que llega una mujer perdida de amores, cuando es digna.

Al espionaje del hombre amado.

Ella tenia la seguridad de que Cervantes amaba.

Ella sentia la necesidad de saber quién era la mujer amada por Cervantes.

Su pensamiento se hacia siniestro cuando pensaba en esta mujer, ó por mejor decir: estaba perpétuamente siniestro, porque no cesaba de pensar con un ódio á muerte en la mujer que le robaba su amor.

Elegia géneros de muerte.

Todos le parecian poco dolorosos, poco terribles para satisfacer su venganza.

Aquella jóven tan buena ántes y tan hermosa, se iba convirtiendo en un demonio.

La faltaba la fé, que es la resignacion.

Ella habia renegado de su Dios.

Ella se volvia hácia las materialidades de la vida.

Encargó á Sparzo, el hombre de su confianza, para la persecucion constante de Cervantes.

Pero Sparzo idolatraba á la *pequeña Fornarina*.

Por nada del mundo la hubiera causado un disgusto.

Sparzo, pues, engañaba á la señora Beatriz.

La aseguraba que aquella misantropía que el señor Miguel de Cervantes padecia, no era amor.

El señor Miguel, cuando salia solo de casa, que era por bastante tiempo, no iba á la casa de ninguna mujer.

Visitaba uno de los viejos monumentos de Roma, ó se perdia bajo la gigantesca nave de San Pedro, ó iba á ver á monseñor Aquaviva, ó á cualquiera otro de sus amigos.

En ninguna de las casas de sus amigos habia una mujer de quien pudiera creérsele enamorado.

La señora Beatriz, que no concebia que Sparzo pudiera hacerle traicion, le creia; y creyéndole, gozaba algunos momentos de reposo.

Pero veia luego á Miguel más melancólico, más distraido, más desesperado, y volvia al tormento de sus celos.

Paulina, por su parte, iba sintiéndose impotente para resistir el amor que la inspiraba Cervantes.

La misma reserva de éste la enamoraba más y más.

Le veia demudado, pálido, ansioso, desesperado.

Se sentia adorada.

Y en ella iba naciendo una especie de adoracion á Cervantes.

Su virtud, aquella extraña virtud que en ella, hija de un bandido y empeñada ella misma en el bandidaje existia, virtud que era de una parte fanatismo, de otra amor propio, y de otra, esa accion siempre poderosa de la pureza sobre las mujeres que sienten su primer amor, se iba desmoronando.

Llegó un punto, en que al fin su pasion fué más fuerte que su conciencia.

¿Qué importaba que Cervantes amase á una mujer, que tuviese con ella graves compromisos, que fuese tal vez su esposa?

Paulina se sentia morir.

Su sufrimiento, su ansiedad eran ya insoportables.

Si ántes habia salido al encuentro á Cervantes, una vez y aun tres veces al dia, para saludarle al paso, para dejarle ver un relámpago de amor y de hermosura, resolvió encontrarse con él para detenerse, para oirle, para satisfacer su ánsia de anegar su alma en el alma de Cervantes.

Acostumbraba Cervantes á pasear á la caida de la tarde, entre ruinas, visitando este ó el otro monumento, y tenia una singular predileccion por el Foro Romano.

Aquellas escuetas columnas sin arquitraves, formadas, por decirlo asi, en masa, como centinelas inmóviles y mudos de los siglos, hablaban de una manera solemne á la tristísima alma de Cervantes.

Vagando entre ellas, ó entre ellas sentado sobre una vetusta piedra, recordaba á su casa paterna, su pobre hogar, sus buenos padres, sus queridos hermanos; reflexionaba sobre su extraña é indefinida detencion en Roma, y al par de estas ideas, ardia en él, perenne, aquel amor nuevo que de su alma se habia apoderado, que le enlanguidecia, que le transportaba.

Paulina habia logrado empalidecer por completo en Cervantes el amor de la señora Beatriz.

O más bien, ya lo hemos dicho, el amor que en aquellos momentos sentia por la señora Beatriz Cervantes, era de muy distinto género que el que le inspiraba Paulina.

Paulina tenia bastantes medios para expiar á Cervantes; para saber dónde se encontraba en el momento en que necesitaba saberlo.

Supo en fin, cuando ya estaba decidida á dar larga ocasion á Cervantes para que la dejase oir aquel su amor, que sólo habia podido expresarla hasta entónces con los ojos, que Cervantes vagaba por entre las columnas del Foro Romano.

Era esta una tarde del mes de Agosto, á la hora en que el sol se ponia.

Cervantes acostumbraba á permanecer entre las ruinas hasta bien entrada la noche, particularmente en aquellas en que hacia calor.

Aquella noche debia hacerle.

Paulina se vistió de una manera hechicera; se puso sus más bellos collares; á pretexto del calor, dejó descubiertos sus hombros, y tomando su ejemplar del Ariosto, se metió en Roma y se fué al Foro.

Paulina abrió su libro ántes de llegar á las ruinas, y luego se aventuró por ellas, aparentando ir embebecida en la lectura.

Cervantes estaba sentado en el feston de una de las colunas tiradas por tierra.

Tenia apoyados los codos en las rodillas, y entre las dos manos la cabeza.

Caia la tarde.

Empezaba el crepúsculo.

Una fresca brisa se levantaba del Tiber.

Se oia á lo léjos el canto de los pescadores.

La soledad era absoluta.

En las ruinas no habia otras personas que Paulina y Cervantes.

La luna se alzaba en el horizonte.

El lugar era melancólico y triste.

De improviso, Cervantes oyó un leve y ahogado grito de mujer, ó más bien de niña.

Levantó la cabeza, y vió ante él, sorprendida, á Paulina, en cuyo bello semblante reflejaba de lleno la luz de la naciente luna.

Cervantes se levantó sobrecogido de sorpresa, de alegría, de amor.

—¡Paulina! exclamó.

Y se le cortó la voz.

Se quedó mirando endiosado á la hermosísima criatura.

—¡Ah, que sois vos! exclamó Paulina: perdonad; pero yo no os habia conocido y me habia sobrecogido: estaba distraida con mis pensamientos y se me ha hecho tarde; dicen que por el Foro suelen vagar de noche algunos de esos terribles *Apuñaladores* que son el espanto de Roma, y al veros de repente sentado en esa columna, temí fuéseis uno de ellos.

—¡Ah! ¡Paulina de mi corazon! dijo Cervantes hablando de una manera an-

siosa y fatigada; que el apuñalador no soy yo, sino el apuñalado: pero sentaos, sentaos, señora mia, que muy temerosa os veo, y nada temais estando á mi lado, que no digo yo de todos los *Apuñaladores* del mundo, sino tambien de todos los endriagos y vestiglos habidos y por haber soy yo capaz de defenderos.

—Muchas gracias, señor mio, dijo Paulina sentándose: ¡ved qué casualidad habernos encontrado aquí! yo no sabia que érais aficionado á las ruinas.

—Los cadáveres necesitan un sepulcro; ¿y qué sepulcro mayor ni más noble que este, donde se extiende la osamenta del antiguo Foro Romano.

—¿Por difunto os teneis, señor? dijo Paulina, mirando de una manera inmensa á Cervantes, y sonriendo.

—Algo más que difunto soy, dijo alentándose Miguel, y sentándose al lado de Paulina, porque soy alma en pena.

—Es muy triste que tengais penas en el alma, dijo Paulina: sed como yo: ¿veis? no tengo pena alguna; estoy muy contenta.

—¡Ah! ¡y cuán bien se conoce que á vos no os sucede lo que á mí desventurado! exclamó Cervantes.

—Yo no sé lo que puede sucederos, dijo Paulina: pero siento que os suceda nada malo.

—Tanto es el bien que deseo, dijo Cervantes, que de no tenerlo, de mal de muerte herido en el alma me siento.

—Dios os remedie segun es mi voluntad, dijo Paulina, que como toda mujer enamorada alentaba la timidez de amor del hombre á quien amaba.

—¡Dijérais diosa!... dijo Cervantes.

—¿En una diosa consiste vuestro bien?

—He dicho poco, dijo Cervantes creciendo en aliento, porque más que diosa y más que cielo sois vos.

—Pues como yo creo en vuestro honor, y estoy segura de que vos no me hubiérais dicho tales palabras si no pudiérais decírmelas, yo os digo, que os dejeis entre estas tristes ruinas vuestra tristeza.

—Ved que eso es decirme que me me amais, señora de mi alma, dijo Cervantes.

—No lo niego, respondió Paulina.

Una mujer verdaderamente enamorada y de alma noble, no oculta su amor al hombre á quien ama, ni aun la primera vez que habla con él de amores.

Acometió á Cervantes una emocion terrible, insoportable.

Creyó que iba á morir.

Le latia el corazon de tal manera, que no parecia sino que iba á salírsele del pecho.

Le golpeaban de tal manera las sienes, que no parecia sino que las batian con martillos.

Se sintió desfallecer, y tendió sus brazos á Paulina.

Ésta le sostuvo.

Ella se encontraba en una situacion semejante.

—¡Oh, Dios mio señor! exclamó con un acento supremo; que yo no podia creer me amáseis tanto!

Miguel barbotó algunas palabras, y como fuese en aumento su emocion, rompió á llorar.

Tal efecto causaban en él la celeste hermosura de Paulina, el amor que se exhalaba por sus ojos, su sér entero.

—¡Por la Santa Madre de Dios! exclamó Paulina: ¡no lloreis de ese modo, que me despedazais el alma!

Y Paulina asió las manos á Cervantes, y se las besó.

—Ved que me haceis vuestro esposo, exclamó Cervantes.

—¿Es que puedo yo ser esposa vuestra? dijo Paulina.

—Sí, aunque me costase mi perdicion.

—Vos no me conoceis, dijo Paulina: yo soy más generosa que todo eso; yo no quiero ser vuestra perdicion; no os amaria si pensara de otra manera: y puesto que hemos llegado á este caso, y que os amo tanto que no puedo encubrirlo, y que yo jamás miento, sabed que os amo desde que os ví, y que hoy este amor que por vos siento, dulce señor mio, es ya mi vida y mi alma.

—¿Y si yo, que muero por vuestra hermosura, os pidiera agonizando hiciérais mia tanta belleza?

—Yo os diria: vuestra esclava soy: matadme si os place, y moriré sonriendo: vuestra conciencia sea el juez; sin otros amores que los que por vos siento, pura de cuerpo y de alma á vos vengo: ¡os amo!... ¡no sé cómo deciros cuánto os amo!... lo que vos quereis, eso quiero yo: lo que vos sufrís, eso sufro yo: no parece sino que Dios ha hecho mi alma para unirse á la vuestra, para confundirse con ella: pero yo no os amo así como vos decís: á mí basta con veros, con oiros, con anegar mi alma en vuestra mirada: mi amor es puro como el sueño de un niño, al cual bajan los ángeles sus hermanos; y de tal modo es así, que la amorosa mirada que en este mismo momento encarnizais en mis hombros y en mi garganta, me estremece, me aterra, me entristece; porque siento ¡ay de mí! que en mí no amais más que mi juventud y esa desdichada belleza que todos dicen que tengo, y que quisiera no tener, porque no teniéndolas, de tal manera me mirais, que yo creeria que me amabais con el corazon, y seria feliz.

—Yo amo en vos todo lo que en vos vive, dijo Cervantes; si no tuviérais el alma que teneis, por vuestra hermosura os amaria; y si no fuéseis tan divinamente hermosa, os amaria por vuestra alma: ¡pero qué digo, si la hermosura de vuestra alma es la de vuestro cuerpo, y la de vuestro cuerpo es la de vuestra alma, y con vuestra alma sola, seríais hermosa, y con la sola belleza de vuestro cuerpo dejaríais conocer un alma de ángel!

—¡Ay de mí! que yo no sabia que se pudiese ser tan feliz sobre la tierra, dijo Paulina: ¡yo desfallezco!... ¡yo os amo! ¡yo os adoro!... ¡tened compasion de mí! no me mateis: amadme; amadme siempre, y haced de mí lo que más fuere vuestra voluntad: esposa ó amante; hermana ó esclava: ¿qué más si yo soy toda vuestra?

—Pues más los amores del alma os placen que los del cuerpo, dijo Cervantes, yo tambien con esos amores del alma me contento y me satisfago, y por ellos feliz me siento.

—Pues mirad, dijo Paulina; con lo que acabais de decirme habeis hecho un imposible.

—¿Qué?

—Que yo creia imposible poder amaros más de lo que os amaba, y despues de vuestras últimas y nobilísimas palabras, me siento llevada tan alto en mi amor, que el amor que ántes sentia me parece bajo y mezquino: venid; alzaos; dadme vuestro brazo; vámonos á respirar el aire de la noche entre estas ruinas de lo pasado; vamos á vivir la vida de los cielos sobre tumbas. ¡Oh! ¡y qué feliz soy, Dios mio! ¡cuán digno sois, no ya de mi amor, sino del amor de un ángel! ahora comprendo por qué vos me atraíais; por qué yo he venido á vos sin poder resistirlo; por qué agonizando, sumisa á vuestra voluntad, en vuestros brazos hubiera muerto si vos lo hubiérais querido.

—¿No os espanta ya mi mirada?

—No; porque vos sois yo, y yo soy vos.

Cervantes no contestó.

Inclinó la cabeza sobre el pecho y gimió.

Se habian levantado.

Paulina se habia asido á su brazo.

En su emocion se habia olvidado de su Ariosto.

Le habia dejado sobre la columna en que habian estado sentados.

—¡Ah! ¡cuánto sufrís, señor! dijo Paulina, que sentia las violentas palpitaciones del pecho de Cervantes, por el brazo con que le tocaba.

—Tanto se sufre por la dicha como por la desventura, dijo Cervantes.

—Contadme vuestra vida, señor, dijo ella; quiero conoceros completamente, pero no, no; es ya tarde: podriais tener un gran disgusto si tardáseis en volver al palacio de los Magos.

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó Cervantes; ¡el palacio de los Magos!

—Sí, dijo Paulina; allí os espera, y tal vez impaciente y celosa, la señora Beatriz de Aquaviva.

—¡Ah! ¿porqué la nombrais en este momento? dijo Cervantes.

—Ya veis que la nombro sin amargura y sin celos. ¿Y porqué los celos y la amargura? yo no puedo tener celos de vos: jóven soy; de amores no entiendo; pero siento dentro de mí una voz misteriosa que me dice: —«No temas: tú eres su amor; su solo amor.»

—¡Ah! esa misteriosa voz no os engaña.

—Mirad, amor mio, dijo Paulina; volvámonos; venid conmigo hasta cerca de mi casa; allí me esperareis.

É impulsó á Cervantes fuera de las ruinas.

Apénas se habia alejado del lugar donde habian estado sentados, cuando de detrás de una columna salió una sombra de mujer.

No podia juzgarse de ella.

La envolvia completamente un manto.

Sólo podia juzgarse de que era alta, esbelta, gallarda, majestuosa.

Se inclinó sobre la columna.

Tomó el Ariosto que habia dejado olvidado Paulina.

Despues se alejó.

A poco se perdió entre las columnas en paso rápido.

CAPÍTULO XXX.

De como hay buenos medios para que dos amantes puedan verse sin inconvenientes.

Empeñados en una dulcísima conversacion de amores, que por lo puros y lo soñados parecian celestes, llegaron Cervantes y la *pequeña Fornarina* á la Longaretta, y á la entrada de la calle de los Ahorcados, en la cual se detuvo Cervantes.

Nada la habia importado á Paulina, aunque todo el mundo la conocia, la viesen del brazo de un hombre.

No la importaba gran cosa lo supiese su padre.

Los padres que hacen cómplices de sus crímenes á sus hijos, pierden todo derecho sobre ellos.

Los hacen libres; los emancipan.

Ya sabemos que Paulina era una criminal.

Por fanatismo si se quiere.

Pero criminal siempre.

Paulina, que habia ido á su casa, volvió poco despues al lugar donde se habia quedado esperándole Cervantes.

—¡Tomad! le dijo: ya sabeis lo que teneis que hacer. Despues venid: yo estaré esperándoos á la ventana.

Y dió á Cervantes un pequeño pomo de cristal negro.

—Adios, señora de mi vida, dijo Cervantes.

—Adios, señor de mi alma, respondió ella.

Y se separaron.

Ella se volvió á su casa.

Cervantes salió á la Longaretta, siguió á lo largo de ella, y muy pronto llegó al palacio de los Magos.

La mesa estaba servida para la cena.

Cervantes habia tardado más que de ordinario.

En un extremo del salon, sentada junto á una pequeña mesa semejante á un velador, en el que habia un velon de plata con los cuatro mecheros encendidos, estaba la señora Beatriz.

Aparecia muy pálida y muy triste.

Leia en un pequeño libro.

Cerró el libro al sentir á Cervantes, le miró profundamente y le dijo:

—¡Cuánto has tardado! ¿has tenido algun encuentro?

—No, dijo Cervantes dominando su turbacion: todo ello no es más sino que me he alejado.

—Yo entretenia mi impaciencia con los amores de Angélica y Medoro, dijo Beatriz.

Sabido es que Angélica y Medoro son los personajes más importantes del *Orlando furioso* del Ariosto.

El libro que tenia en la mano la señora Beatriz, era el mismo que se habia dejado olvidado sobre el feston de la columna en que habia estado sentada con Miguel, Paulina.

Miguel no pudo reparar en esto, porque no habia reparado, á causa de su sorpresa, de su emocion, que Paulina llevaba un libro.

Las últimas palabras de la señora Beatriz, sin embargo, habian sido demasiado hostiles.

Pero como las escenas de celos eran frecuentes entre ellos, Cervantes no pudo sospechar que Beatriz le habia sorprendido al lado de Paulina.

¿Y cómo suponerlo?

Cervantes no hubiera creido que Beatriz se hubiese contenido, viéndole al lado de otra mujer.

Sin embargo, por una razon de altivez indómita, la señora Beatriz, que hacia algun tiempo seguia en sus paseos por la tarde á Cervantes, espiándole por sí misma, le habia visto al lado de Paulina.

No habia podido oir su conversacion á causa de la distancia; pero por los ademanes habia comprendido harto claro que Paulina y Cervantes se amaban.

Pero no pudo ménos de comprender tambien que aquella era la primera entrevista.

Sucedió un silencio penoso á estas breves palabras de los dos amantes.

Miguel se sentó á la mesa.

No tenia absolutamente apetito.

El estómago se resentia de las grandes emociones del espíritu.

De la misma manera se sentia la señora Beatriz.

Sin embargo, cenaron haciéndose una violencia.

La conversacion durante la cena fué ceremoniosa.

Miéntras sus celos habian sido verdaderamente celos, esto es, suposiciones, temores, la señora Beatriz les habia dado franca salida.

Sus declamaciones habian tenido por objeto más bien que reconvenir, descubrir terreno.

Pero cuando ya no fueron celos, sino evidencias, su altivo orgullo impidió á la señora Beatriz hablar á Cervantes de una rival favorecida.

Cervantes esperaba una escena semejante á las que tantas veces habian tenido lugar entre él y la señora Beatriz.

Otras veces se habia irritado al solo amago de la tempestad.

Entónces estaba dolorido y confuso, y miraba con terror á Beatriz.

Nada tenia esto de extraño.

A pesar de todo, la amaba.

Con un amor satisfecho, hastiado; pero siempre amor.

Cervantes tenia el alma noble.

Sufria horriblemente por la situacion difícil en que se encontraba, y se preguntaba á sí mismo lo que era el amor.

No podia comprender cómo amaba á la par á dos mujeres.

Se acordaba de que un año ántes se habia hallado empeñado de igual manera por Beatriz, por doña Magdalena y por la duquesa de Puente de Alba.

Pero como los amores de estas dos últimas habian sido contrariados en sus principios, y sólo habia logrado el de Beatriz, al poseer á ésta se olvidó de aquellos amores, ó por lo ménos se amortiguaron en el fondo de su corazon.

La situacion en que al presente se encontraba, era de todo punto difícil.

Le ligaban sagradas obligaciones con la señora Beatriz.

Ésta no le habia dado motivo alguno de queja.

Sus amores, en vez de entibiarse, habian acrecido, y esto habia sido en gran manera la causa del entibiamiento, en cierto modo, de Cervantes.

Pero quedaba el tranquilo amor del alma.

Miéntras sus nuevos é invencibles amores por Paulina no fueran correspondidos, los encantos de Beatriz continuaron siendo pálidos para Cervantes.

Pero cuando se vió correspondido, y de una manera apasionada, casi delirante por Paulina, como si ya hubiese cometido la falta sintió remordimientos.

Se ofendió en él mismo, el amor del corazon que tenia á Beatriz.

Se sintió impotente, arrastrado por la invencible mágia de la *pequeña Fornarina.*

Sabia cuánto le amaba Beatriz.

Tuvo compasion de ella, y enojo de sí mismo.

Se sintió criminal para con Beatriz.

Entónces se renovaron para él todos los primeros encantos de la que podia considerar como su esposa.

Pero sin amenguar la candente influencia que sobre él ejercian los encantos de Paulina.

Si Cervantes hubiera podido duplicarse, hubiera sido de todo punto feliz.

Pero como esta duplicacion era imposible, sufria de una manera insoportable.

En la mirada que fijaba en Beatriz, habia delirio, tristeza, ansiedad, amor.

Beatriz se engañó, y sonrió.

Creyó que Cervantes no pasaba de ser un libertino.

Que nada tenia que temer de la *jóven Fornarina.*

Era muy hermosa.

Pero la vencia ella.

Beatriz era un asombro de hermosura.

Todo se reducia á quitar de en medio á Paulina.

El pensamiento de la señora Beatriz se habia ennegrecido contra aquella *muchachuela,* que se habia atrevido á disputarla el hombre de su amor.

Una tumba seria la defensa de Beatriz.

Por esto, y creyéndose siempre amada de Miguel, se habia sonreido.

Lo horrible del pensamiento que habia causado su sonrisa, no habia aparecido en la expresion de aquella cara.

Tan bella era la boca de la señora Beatriz, que no podia producir una expresion horrible.

A pretexto del calor, la señora Beatriz se llevó al jardin á Cervantes.

Sentados allí en un banco rústico, á la luz de la luna, lleno Cervantes de remordimiento y de vergüenza, llena ella de amor y de esperanza, se reverdecieron las marchitas flores de la corona del amor, y el engaño de Beatriz fué completo.

Se sintió feliz, y aun llegó á despreciar y á perdonar á la *pequeña Fornarina.*

. . . .

Se habian recogido.

Hacia mucho tiempo que Beatriz no se habia sentido tan feliz.

Cervantes se engañaba tambien.

No podia suponer, dado el celoso carácter de la señora Beatriz, que ésta conocia sus amores con Paulina.

Beatriz no le habia dejado oir una sola recriminacion, una sola queja.

Beatriz dormia.

Se acercaba la media noche.

Paulina debia estarle esperando ya.

Durante el trayecto desde el Foro Romano á la Longaretta, y á vuelta de ternezas y de amores, Paulina le habia dicho que merced al licor contenido en el pomo que le daria, la señora Beatriz dormiria profundamente hasta por la mañana, dejándole tiempo para que fuese á verla á ella, sin que se expusiese á enojos ni á recriminaciones.

Cervantes dudaba.

Pero ¿cómo moverse de aquel lecho en que le aprisionaba el deber, sin sujetar á un letargo á Beatriz?

Esto repugnaba á la noble alma de Cervantes.

Pero, ¿cómo dejar de ver á aquel arcángel que era su vida y su alma?

La lucha no podia ser larga, porque no habia tiempo para luchar.

Pero fué, sí, ruda y terrible.

Al fin la tentacion, el amor nuevo, el amor candentísimo, pudieron más que toda otra consideracion en Cervantes.

Se incorporó.

Salió cuidadosamente del lecho, para no despertar á la señora Beatriz, que dormia plácidamente.

Buscó entre sus ropas el pomo.

Se acercó con él á Beatriz.

Le destapó, y le aplicó á las narices de la jóven.

Paulina le habia dicho que hiciese aspirar el contenido del pomo á la señora Beatriz, hasta que viese que ésta caia en un profundo letargo.

El efecto no tardó en manifestarse.

El licor que contenia el pomo, era el mismo que habia servido algun tiempo ántes para aletargar al duque de Atri y á toda su servidumbre.

Sólo que entónces el narcótico no se habia administrado por la aspiracion, sino en los manjares de la cena.

Beatriz apareció al fin aletargada.

Cervantes la movió primero dulcemente, y luego con más fuerza.

Beatriz no despertó.

A través de su letargo, sonreia.

Se comprendia que gozaba de un hermoso ensueño.

Cervantes vaciló aun.

Se avergonzó de sí mismo.

Pero le llamaba, le atraia el purísimo semblante, el amor de Paulina.

Sufria de una manera inconcebible.

Y se acercaba la media noche.

Hizo al fin un esfuerzo violento.

Más bien, se sintió atraido de una manera irresistible.

Luchando aun, se vistió.

Se ciñó sus armas.

Bajó al jardin.

Escaló la tápia, por no dar conocimiento de su salida á ningun criado.

Saltó á fuera.

Se encontró en las márgenes del Tiber.

Las siguió.

Ganó la Longaretta.

Poco despues entraba por la calle de los Ahorcados, y se paraba bajo una ventana iluminada de lleno por la luna.

En aquella ventana habia una mujer, en la cual relucia algo de una manera fuerte.

Eran los diamantes de las arracadas de Paulina, heridos por la luna; el oro de uno de sus collares; los anillos de sus manos.

Paulina se inclinó sobre la balaustrada.

—Mi padre duerme como ella, dijo á Cervantes. Esperad.

A poco oyó Cervantes crugir la llave en la puerta.

Se abrió, y salió Paulina.

Volvió á cerrar.

Se asió al brazo de Cervantes.

—Nos espera una góndola, le dijo, servida por un hombre leal: vamos, señor mio.

Y partieron.

Paulina iba radiante de alegría; de felicidad.

Cervantes agonizaba de amor

Atravesaron la Longaretta.

Llegaron á la márgen del Tiber.

Paulina silbó levemente.

Poco despues se vió adelantar una ligera góndola que atracó á la orilla.

Entraron en ella, y Paulina llevó á Cervantes hácia la cubierta, ó mejor diremos, litera de la góndola.

Entraron, y las cortinas de la litera se cerraron.

Poco despues la góndola ganaba el centro del rio, y se deslizaba sobre él lentamente.

CAPÍTULO XXXI.

Cielo é Infierno.

En el interior de la góndola que estaba orlada por almohadones de terciopelo, habia fija en el fondo una linterna, que alumbraba de una manera opaca aquel reducido espacio.

Cervantes se sintió embriagado.

Sentia un delicioso perfume que parecia emanar del seno de Paulina.

La jóven se habia reclinado indolentemente en los almohadones.

En los del frente, se habia sentado Cervantes.

Contemplaba con arrobamiento á Paulina.

Ella le abarcaba con la mirada adormida.

Por entre las largas, espesas y sedosas pestañas, sus negros ojos fluian un fuego divino.

Lucia aquel fuego recóndito, como abismado en lo infinito del alma.

Habia en aquella mirada irresistible, algo de sobrenatural.

Parecia que el esplendor de aquella mirada habria sido tanto más intensa, cuanto ménos hubiera sido la luz.



Entraron en ella, y Paulina llevó á Cervantes hácia la cubierta , ó mejor diremos, litera de la góndola.

Habia en ella una delectacion purísima.

Un arrobamiento del alma.

— Rafael no hubiera podido pintarlo, dijo Cervantes.

— ¿Qué, amado mio? dijo Paulina; no me canso de oirte; tu voz resuena en mi alma, y la hace sentir un placer inefable.

— No: Rafael no hubiera podido pintar tus ojos.

—Nadie pinta la vida: la vida es de Dios.

—La poesía es más poderosa que la pintura.

— ¡ Oh ! ¡ sí ¡ la poesia es el lenguaje de los cielos. ¿ Eres tú poeta ?

— Rindo culto á las musas: pero yo no me atreveria á cantar donde ha cantado el Ariosto, donde canta el Tasso.

— Las musas deben favorecerte y amarte, si tienen el alma en alguna manera semejante á la mia.

— Las musas dan más desdenes que favores, dijo Miguel.

— Veamos como te tratan, amor mio, dijo Paulina: ¿cómo pintarias tú la mirada de mis ojos?

— En grande aprieto me pones, señora de mi alma, dijo Cervantes: que yo nunca improvisé, ni versos hice que fueran tales que otros semejantes puedan dedicarse dignamente á tu hermosura. Mas tú lo quieres, á las rubias guedejas del padre Apolo me agarro, que tal vez por librarse de mi impertinencia me socorra.

Guardó silencio Cervantes.

Meditó durante algunos segundos.

Al fin dijo:

—Oye.

—Te escucho con toda mi alma.

— Es madrigal: y mediano.

De sus serenos y potentes ojos
En misteriosa luz fluye el encanto,
Como en el fondo de la noche oscura
Brilla un lucero refulgente y vago,
Que allá en inmensa eternidad promete
Al viandante perdido luz y amparo:
Así en el fondo de sus negros ojos
Brilla una chispa del amor soñado.

— ¡ Los amores soñados ! exclamó con la voz ardiente y opaca Paulina: ¡ Ah ! ¡ yo muero !

É inclinándose rápidamente hácia Cervantes, le asió con ambas manos la cabeza, y le besó en la frente.

Cervantes la rodeó la cintura, y la estrechó en su seno.

Ella se estremeció, se desprendió de los brazos de Cervantes, y dijo, volviendo

á reclinarse sobre los almohadones, y abarcando con su mirada lúcida á través de sus párpados entreabiertos:

—Sí, sí; los amores soñados; siempre los amores soñados, los amores de los cielos: puede ser que esos amores maten; pero no deben extinguirse nunca; no pueden amenguarse nunca... ni aun en la tumba. ¿No crees tú que durante el sueño de la muerte debemos ver y amar á los que hemos amado en vida?

—El alma no se sepulta en la tumba, dijo Cervantes.

—¿Y quién sabe lo que es el alma? dijo profundamente Paulina. Pero sí, sí: yo sé que mi alma eres tú.

—¡Yo agonizo!... ¡yo enloquezco!... ¡yo muero!... exclamó Cervantes.

—Tú tienes una esposa, dijo indolentemente Paulina.

—¡Una esposa!... ¡una esposa!... exclamó Cervantes.

—Sí; una esposa que duerme; que yo he hecho dormir para que no pueda tener celos de tu hermana.

—¡Ah! ¡tú me matas! exclamó Cervantes.

—Beatriz es muy hermosa, muy hermosa, dijo acreciendo en languidez Paulina; tú debes haberla amado mucho; tú debes haber enloquecido por ella, como dices que enloqueces por mí.

—¡Ay de mí, desventurado! exclamó Cervantes. ¿Por qué poner ante mi vista tu celeste hermosura, si habias de hablarme de la hermosura y del amor de otra mujer?

—¡El amor!... ¿qué es el amor? dijo Paulina con acento dulce y cadencioso: tíbia ráfaga de primavera que pasa llevando en sus alas la ambrosía de las flores, y nos halaga un momento; un ensueño que cuando se disipa, no deja tras sí más que un frio recuerdo de un momento en que creiamos haber llegado á la felicidad de los cielos.

—¿Y qué sabes tú de las ambrosías del amor? dijo con acento celoso Cervantes.

—Las he sentido un solo momento que he estado en tus brazos, y aun me embriagan. ¡Ah! ¡cuán hermoso es el amor! Pero en los hombres debe ser la fugitiva ráfaga perfumada de la primavera.

—¡Ah, Paulina, Paulina, tú eres una diosa!

—¡Diosa mortal; juventud que se marchita pronto; belleza que destruye el más leve enemigo, ántes de que la maten los años; ensueños del corazon; mentira todo. Cuando pienso que tu esposa duerme, sin duda soñando en tí, que la habrás dicho, tal vez no hace mucho tiempo, lo mismo que á mí me dices, que mañana tal vez lo dirás á otra, y á otra, y á otra! ¡Ah! ¡los hombres sois muy felices: podeis gozar muchos amores!

—No me hablabas así esta tarde, dijo con acento doloroso Cervantes.

—Desde esta tarde hasta ahora he sentido mucho, he sufrido mucho, he pensado mucho, he vivido mucho. He visto lo que el amor hacia en mí, y he conocido que en tu esposa, en tu amante, en la mujer que te ama, habrá pasado lo mismo. He llorado, no por ella; por mí. Tú debes haberla amado; sí: debes haberla amado; pero ahora no la amas: á quien amas es á mí: mañana...

mañana... otra será tu amada... y yo... yo sufriré en silencio la enfermedad de mi alma. Lo sé, y te amo; sí, te amo, como si fueras mi Dios.

—Pero eres cruel: me niegas tu hermosura.

—Yo no conozco más amores que los que siento, ni quiero conocer otros, dijo con voz suspirante Paulina. ¿Puede haber acaso un amor más grande, más dulce y aun más divino que el que siento yo?

—Si tú fueras el arcángel de la tentacion, dijo Cervantes, tus palabras no serian más dulces, más suaves, más enloquecedoras. Parece que todo lo que vivia en mi corazon y en mi memoria se borra; que nada vive, que nada es para mí más que tú; ¡oh! ¡y qué hermosa eres, ánsia mia, corazon mio, vida mia! Tú pones la blasfemia y el sacrilegio en mi pensamiento. Yo veo en tí la Madonna de Rafael.

—Y yo soy. Pero calla, calla: no pierdas tu alma, como el pagano Rafael ha debido perderla.

—No: que no pudo perder su alma quien pintó la *Transfiguracion del Señor*.

—¡Ah! estamos locos, dijo Paulina lanzando una sonora y fresca carcajada; estamos revolviendo lo temporal y lo eterno. Dios nos lo perdone, porque los locos no saben lo que se dicen.

—¿Eres tú piadosa?

—Mira mis escapularios y mis medallas: yo confío en mi Santa Madre del Carmelo, con una fé ciega. Miéntras ella no me desampare nada temo.

—¿Y por qué temes entónces que el amor que por tí me abrasa el alma, pase y muera?

—Porque temo que mi Santa Madre me castigue por este amor maldito, con la amargura de este mismo amor.

—¿Amor maldito?

—Sí; porque te robo á otra mujer, con quien si no te has casado ante los hombres, te has unido ante Dios.

—¡Ah! ¡tú tienes celos! exclamó Cervantes.

—¡Sí! dijo Paulina inclinándose hácia Cervantes, y asiéndole de las manos: sí, celos: celos horribles; celos insoportables: ¿no te he dicho que he pensado mucho, que he sufrido mucho, que he vivido mucho durante el tiempo que ha pasado desde que nos separamos hasta que hemos vuelto á vernos? ¿Y no sabes que la tristeza me mata, que agonizo, que muero, que me abraso en tus ojos, y que temo ser mañana burlada por tí, como hoy es burlada por tí esa mujer?

Y los ojos de Paulina centelleaban.

Cervantes se heló de espanto, y á la par se abrasó de amor.

En los ojos de Paulina veia lúgubres destellos de muerte.

Parecia una tigre irritada, defendiendo sus pequeñuelos.

Su hermosura se habia hecho sobrenatural.

Se habia transfigurado.

Parecia satánica.

—¡Déjame! exclamó soltando de una manera violenta las manos de Cervantes: yo estoy loca, y un último resto de razon me hace temer que mi locura me mate.

Y se replegó sobre los almohadones.

Cervantes estaba atónito, dominado.

Su cabeza era un volcan.

Parecia que iba á rompérsele el corazon.

Se le nublaban los ojos.

Hubo un momento en que se creyó arrebatado con Paulina en una nube de fuego.

Cuando volvió en sí, la encontró entre sus brazos con la cabeza reclinada en uno de sus hombros.

Lloraba y sonreia, con una sonrisa infinita, y sus negros ojos envolvian en una mirada, para describir la cual no tenemos lenguaje apropósito.

—¡Oh! ¡el amor!... ¡el amor!... exclamó; el amor es el corazon, Dios y sus criaturas, el cielo y el infierno, la vida y la muerte en una sola sensacion.

. . . .

Antes del amanecer, la góndola atracaba en la ribera cerca de la casa de Paulina.

Saltaron en tierra.

La góndola se alejó.

Cervantes acompañó á Paulina hasta cerca de su casa.

—Adios, amado de mi alma, le dijo ella: que Beatriz duerma la noche que ha de venir, como ha dormido esta noche.

Sonó un beso entre la sombra, y luego una puerta que se abria, y que suavemente se cerraba.

Paulina habia entrado en su casa.

Cervantes se dirigió á la cercana márgen del Tíber, murmurando:

—¡Estoy abandonado de Dios!...

Paulina era para él un ángel y un demonio á la par.

Una ansiedad mortal le dominaba.

En el delirio, en el olvido de la pasion, Paulina habia pronunciado frases siniestras.

Ansiaba llegar al palacio de los Magos.

Temblaba por Beatriz.

CAPÍTULO XXXII.

De la dificilísima situacion en que se encontraban algunos de nuestros principales personajes.

Empezaba á rayar el dia cuando Cervantes llegó á la ribera.

La luna se ocultaba tras las colinas.

Cervantes se detuvo, y tiró inmediatamente de la espada.

Algunos bultos, envueltos en mantos, se habian ido sobre él con indudables apariencias hostiles.

De entre aquellos bultos salió uno extraordinariamente esbelto.

Al llegar cerca de Cervantes, se descubrió violentamente, y le dejó ver confusamente las formas de una mujer.

El viento fresco y bastante vivo hacia flotar su negra cabellera.

—Empiezo á darme á conocer de tí, dijo: lo que en tu casa encuentres es obra mia.

Y pasó como un fantasma siniestro.

El atónito Cervantes no pudo reconocerla.

Quiso seguirla, y se le interpusieron algunos hombres, espada en mano.

Aquella mujer se metió en una negra góndola que estaba atracada á la ribera.

En el momento en que aquella góndola se separó de la orilla, y ganó el centro del rio, los hombres que, espada en mano, habian impedido á Cervantes siguiese á la mujer misteriosa, huyeron, y con tal rapidez, que aun cuando Cervantes les siguió, se le perdieron muy pronto, dispersándose por las callejas vecinas á la Longaretta.

Era aquella una aventura puramente romana.

Aventura que habia dejado un pavor horrible en el alma de Cervantes.

Partió á la carrera hácia el palacio de los Magos.

Llegó.

Asaltó el jardin.

Le atravesó.

Entró en la casa, y corrió á su dormitorio.

Al que podia llamarse dormitorio conyugal.

Se acercó ávidamente al lecho.

Beatriz continuaba durmiendo de una manera plácida, y con un sueño, en la

apariencia, mucho ménos denso que el que la dominó despues de haberla hecho aspirar el pomo que le habia dado Paulina.

La movió, y la señora Beatriz se estremeció.

Cervantes se apresuró á desnudarse.

Se metió en el lecho.

Volvió á mover á Beatriz.

Ella, aun que sin despertar, se volvió.

Cervantes lanzó un grito horrible.

Las ropas de Beatriz estaban empapadas en sangre.

Entónces notó que tambien empapado en sangre estaba el lecho.

Reconoció, ávido, el cuerpo de Beatriz, y no encontró herida alguna.

Beatriz, en tanto, se despertó.

Habia pasado la accion del narcótico.

—¡Oh! ¿qué es esto? ¿por qué tiemblas, Miguel? exclamó Beatriz.

—Díme, exclamó con ánsia Cervantes: ¿sientes algun dolor?

—No, dijo Beatriz; solamente algo pesada la cabeza.

—¿No estás herida?

—No, exclamó Beatriz; y como entónces notase, ya más despierta, la pegajosa humedad de sus ropas y la sangre que las manchaba, así como el lecho, añadió: ¡Oh! ¿qué es esto, Dios mio?

Y se lanzó fuera del lecho aterrada.

Al ponerse de pié, vaciló, y lanzó un grito de espanto.

—¡Ah! ¡si! ¡herida! exclamó.

Y cayó por tierra.

Acudió á ella Miguel.

En la parte posterior del costado derecho, tenia Beatriz una ancha herida, de la que aun fluia sangre.

Miguel puso otra vez en el lecho á Beatriz, que se habia desmayado, pidiendo al mismo tiempo socorro á gritos.

Algunas doncellas que dormian, no á la inmediacion de la cámara nupcial, que así podia llamarse, pero no tan léjos que no llegaran á ellas las desaforadas, las desesperadas voces de Cervantes, acudieron á medio vestir.

Un remordimiento horrible devoraba á Cervantes.

Su conciencia le decia que si él hubiera estado allí como de ordinario, tal vez no habria acontecido aquella desgracia.

Muy pronto estuvo de pié toda la servidumbre.

Se llamaron inmediatamente médicos y cirujanos.

Entre tanto, se habia cogido como se habia podido la sangre á la señora Beatriz, que continuaba desmayada.

Médicos y cirujanos declararon, que afortunadamente, la herida, aun que grande, era atravesada, y no habia interesado ninguna parte esencial.

Cervantes se encontraba en una situacion de todo punto difícil.

No podia decir que estaba fuera de su casa cuando aconteció aquella desgracia.

No podia justificar honradamente su ausencia á aquellas horas.

Era público que hacia vida conyugal con la señora Beatriz de Aquaviva.

Esto no se decia en alta voz, por respeto al poderoso duque de Atri.

Pero se murmuraba.

Lo sabia todo el mundo, por más que Cervantes pasase como familiar del duque, puesto por éste en calidad de secretario, al lado de su hermana natural reconocida, la señora Beatriz de Aquaviva, la hermosa, la *Diosa de Roma*, como se la llamaba.

Cervantes, pues, al anunciar al duque de Atri lo que habia sucedido, le dijo que al amanecer habia despertado de improviso, habia encontrado algunos hombres encubiertos en la misma cámara, cerca del lecho, puñal en mano, y que éstos, al echar él mano á su espada, que siempre dejaba á su lado, habian huido, pero dejando herida á la señora Beatriz.

Como se vé, Cervantes no ocultaba á monseñor de Aquaviva, que partia el lecho con su hermana.

El duque de Atri quemó esta carta, y acudió inmediatamente al palacio de los Magos.

Cervantes le repitió su vago relato.

Una ansiedad mortal y una cólera sorda se pintaban en el semblante de Julio de Aquaviva.

Como sabemos, monseñor Aquaviva, ántes de saber que la señora Beatriz era su hermana natural, la habia amado de una manera ardiente; con una pasion monstruosa.

Su padre habia atajado estos amores, que por otra parte, no habia aceptado Beatriz, para la cual no era un misterio su orígen.

Lo imposible de la satisfaccion de aquellos amores habia contrariado á Julio de Aquaviva; le habia obligado á mirar únicamente como á su hermana á la señora Beatriz.

Pero si la lava del volcan no se veia, el fuego rebramaba en el cráter.

Julio de Aquaviva habia visto con una cólera sorda la union amorosa de su hermana con Cervantes.

No se habia atrevido á contrariarla.

Pero aborrecia de muerte á Cervantes.

Sentia, á causa de éste, unos celos horribles.

En vano habia querido apagar en su alma el fuego terrible, inextinguible de aquella voraz pasion.

Beatriz lo sabia, y creia imposible que su hermano autorizase su union solemne y legítima con Miguel.

Se oponia, además, á esto, el orgullo jerárgico de Aquaviva.

La hermana del duque de Atri, aunque bastarda, era considerada no ménos que como una princesa en Roma.

Los más altos próceres de Roma hubieran tenido á grande honra, y aun á grande amor y á grande negocio, el enlazarse con ella.

Tal era, por aquellos tiempos, la corrupcion de las costumbres en Roma, que las relaciones ilícitas de las damas, ya fuesen casadas ó solteras, y que fuesen con alguno de sus servidores, no daban escándalo.

Pero no se hubiera podido sufrir que una dama tal como su excelencia, la señora Beatriz de Aquaviva, se hubiera casado con un extranjero oscuro; con un simple hidalgo español.

La misma Beatriz conocia la fatalidad á que estaba sujeta, y por esta razon, de una manera puramente moral, ante Dios, atropellando por todo, rendida por la pasion, se habia unido, de la única manera que habia podido ùnirse, á Cervantes.

Monseñor Aquaviva, á pesar de la especie de terrible encanto que habia ejercido sobre él Abigail, no se habia sentido libre de aquel otro terrible encanto que sobre él habia ejercido Beatriz, ántes de que supiese que era su hermano.

Aborrecia, pues, de muerte, á Cervantes.

Pero la misma pasion invencible que aun duraba en él por Beatriz, hacia que por una sublimidad de amor, respetase al hombre á quien Beatriz amaba.

Las circunstancias en que monseñor Aquaviva se encontraba, eran de todo punto escepcionales.

Abigail le habia engañado, y habia acabado por hacerle traicion.

La locura habia acometido ya, en cierto modo, á Julio de Aquaviva.

Una locura contenida aun por un resto de razon.

Pero la razon iba extinguiéndose en él rápidamente.

Habia envejecido en pocos meses, muchos años.

Estaba pálido y enfermo.

Su mirada calenturienta brillaba con un fuego sombrío.

Cuando vió á Beatriz, pálida, desmayada, inmóvil, algo formidable cruzó por su mirada.

Asomó á ella un alma siniestra, ansiosa de exterminio.

Se sentia, además, atajado en su ambicion.

El edificio que en silencio habia levantado, se habia destruido en silencio.

Los *Implacables* habian desaparecido, dejando tras sí una pavorosa sentencia.

La *Liga* contra el turco se constituia.

Las naciones católicas se estrechaban fuertemente las manos.

Eran poderosas, y aumentaban su poder coligándose.

La *Protesta* estaba amenazada de muerte.

Y Aquaviva lo habia esperado todo de la *Protesta*.

Tal vez una corona en Italia.

Acaso la corona de la misma Roma, de la cual se hubiese echado al vicario de Cristo.

Todo esto habia sido una ilusion que habia desaparecido.

Nada se sabia de los *Implacables*.

Habian salido de la escena, dejando tras sí un acto terrible.

Su sentencia por delacion de Abigail.

Abigail habia muerto.

A lo ménos monseñor Aquaviva no podia decir otra cosa.

La habia visto inerte, livida.

Ejecutada sin duda por medio del veneno.

Abigail le habia engañado.

Le habia envuelto en una oscura traicion.

Los *Implacables* habian hecho justicia.

Luego habian desaparecido de una manera completa.

Ninguno de ellos habia quedado en Roma.

Ni aun en Italia.

Duraba, pues, la accion y el peligro de aquella traicion.

Pero, ¿qué constituia la traicion?

¿Cómo era que á él, miembro de los *Implacables,* su jefe; á él, si no miembro de los *Apuñaladores,* jefe tambien de ellos, nada se le habia manifestado por el Papa que significase, ni aun remotamente, que de él se desconfiaba?

Por otra parte; el çadáver de Abigail habia desaparecido.

Para esto se habia recorrido un círculo lúgubre.

Un cadáver habia desaparecido del cementerio de San Juan de Letran.

En su lugar habia quedado el cadáver del sepulturero.

Monseñor Aquaviva habia visto junto á la hoya abierta en la gruta de la Náyade, al pié del montecillo de la villa Borghese, un cadáver monstruosamente desfigurado, que se le habia dicho, y él lo habia creido, era el cadáver de Abigail.

Por último, aquel cadáver habia desaparecido tambien de su tumba maldita.

En su lugar se habia encontrado, dentro del ataud, uno de los puñales de los *Apuñaladores.*

Estos, pues, sabian lo que habia sido de aquel cadáver.

Pero el conde Spungatti, ó como mejor queramos, el bandido Staglioni, jefe de accion de los *Apuñaladores,* habia dicho á su otro jefe monseñor Aquaviva:

—Nada sé de esto; pero esto significa que entre nosotros hay traidores. Necesitamos descubrirlos, y los descubriremos. Yo mismo me he visto amenazado.

Aquaviva tenia una ciega confianza en Staglioni.

Ni podia ser de otra manera.

Una traicion no estaba en las conveniencias del conde Spungatti.

Aquaviva no podia concebir que por la ciega pasion de Staglioni por Abigail hubiese sucedido todo aquello.

Sentia el golpe, pero no veia la mano.

Estaba acobardado.

Y al mismo tiempo una duda horrible le aquejaba.

Se desesperaba.

¿Vivia Abigail?

¿Habia muerto?

Aquaviva sabia demasiado que habia filtros terribles que falsificaban la muerte.

Que hacian tomar á un sér viviente las apariencias de un cadáver.

Tal vez se habia dado uno de estos filtros á Abigail.

Tal vez el cadáver que en la gruta de la Náyade habia visto Aquaviva, no era otra cosa que el cadáver robado del cementerio de San Juan de Letran.

Tal vez si se habia hecho desaparecer aquel cadáver de su segunda tumba, habia sido para evitar una comprobacion posible.

Pero, ¿qué tenian que ver con todo aquello los *Apuñaladores?*

¿Por qué en el lugar del cadáver habian dejado uno de sus puñales?

Todo esto aturdia más y más á monseñor Aquaviva.

Por último, se le avisaba de que su hermana habia sido herida en su mismo lecho.

Habia sentido entónces algo horrible.

Habia comprendido que toda la fascinacion que en él habia causado la hermosura y el alma satánica de Abigail, no habian bastado para matar en su corazon aquel amor terrible, contra el cual se habia puesto para impedirlo, el incesto.

Su aborrecimiento á Miguel de Cervantes creció.

Le disimuló, sin embargo, tan completamente como le habia disimulado ántes.

Pero Miguel estaba amenazado.

Un secreto instinto decia á Miguel que Aquaviva era su enemigo.

Y su enemigo irreconciliable.

Su enemigo á muerte.

Y no era esto sólo.

Comprendia Miguel que Beatriz estaba tambien amenazada.

Esto habia hecho pensar sériamente á Miguel en los medios de ponerse, con Beatriz, fuera del alcance de monseñor Aquaviva.

Pero era valiente y sereno, y no se habia determinado á poner en práctica una resolucion tal vez grave.

Esperaba.

Cuando vió la sombría mirada que monseñor Aquaviva fijaba en Beatriz, que continuaba desmayada, Cervantes vió que acrecia el peligro.

Habia pensado ántes de esto en tomar bandera en el ejército de la *Liga* contra el turco; ejército que empezaba á formarse.

Este seria un pretexto que nada daria que sospechar á monseñor Aquaviva, para salir de su casa, de su servidumbre, de Roma, de Italia.

Beatriz era rica, muy rica por sí misma.

Podia esperar en España, á cubierto de todo peligro, á Cervantes.

Llamaba á éste tambien, bajo las banderas de la *Liga,* el amor de la gloria.

El conocimiento de la *pequeña Fornarina,* sus amores con ella, amores ya gravísimos, embrollaban, dificultaban en gran manera la situacion de Cervantes.

No podia dejar de amar á Beatriz.

La situacion dolorosa en que Beatriz se encontraba, habia vivificado el amor que la tenia.

Y sin embargo, un amor más candente, más impetuoso, más violento le unia con la voluntad, con el alma, con el corazon, por cuanto en él sentia y vivia, á Paulina.

CAPÍTULO XXXIII.

En que se dán algunas explicaciones necesarias.

Tenemos que explicar cómo gentes extrañas habian penetrado en el palacio de los Magos, y habian herido á la señora Beatriz, durante la ausencia de Miguel.

Nuestros lectores suponen que la causante de este suceso no habia sido otra que Abigail.

Suponen tambien sin duda, que la dama encubierta que habia hablado un momento á Miguel, cuando éste volvia de dejar en su casa á su nueva amante Paulina, era tambien Abigail,

Saben tambien que en la servidumbre de la señora Beatriz, y de toda su confianza, habia un pícaro que habia sido apuñalador, que continuaba en contacto con los *Apuñaladores*, y que era capaz de todo.

Giuseppe Sparzo.

Sparzo habia sido leal á la señora Beatriz, miéntras no habia tenido necesidad alguna de hacerla traicion.

Habia explotado además la confianza de su señora, que era espléndida.

La habia servido bien, porque era hombre que valia.

Buen cómico como buen napolitano, habia confiado de tal manera á la señora Beatriz, que ella consideraba imposible que Sparzo la hiciera traicion.

Pero conoció Sparzo á Abigail, cabalmente cuando Abigail se vió obligada á seguir á Staglioni.

Sparzo concibió por Abigail una pasion terrible.

Abigail conoció la fascinacion que causaba en Sparzo.

Sabia que Sparzo estaba completamente al servicio de la señora Beatriz.

Que ésta tenia en él una absoluta confianza.

Es más: cuando acechado Staglioni, sospechado, acusado de ser el jefe de los *Apuñaladores*, se vió obligado á separar de sí á Abigail, á llevar en su lugar á su amiga, á la que todo el mundo conocia, la condesa Blanca Fioradalva, á Sparzo fué á quien confió la guarda de Abigail.

Llevóla Sparzo á una casa humilde, perdida en las ruinas del monte Aventino, donde oculta con toda seguridad la tuvo.

Allí la visitaba, aun que no todos los dias, por no inspirar sospechas, Staglioni.

Abigail seguia siendo terrible para él.

Cuando el bandido se desesperaba, Abigail le decia:

—Aun no te amo bastante para ser tuya.

Con Sparzo, que era un hombre más ordinario, ejercitaba Abigail su influencia de una manera más desembarazada.

Le engañaba con mucha más facilidad.

Le enloqueció completamente mucho más pronto.

En el espacio de algunos dias.

Por las noches, durante el tiempo en que se encontraba libre de servicio Sparzo, Abigail paseaba con él por entre las ruinas; le trataba como á ùn grande amigo; le hacia esperar.

Habia inventado una historia.

Se habia guardado muy bien de decirle que amaba á Cervantes.

Se habia manifestado enemiga á muerte de la señora Beatriz, á causa de monseñor Aquaviva, con el cual si no se habia casado, decia, habia sido por la influencia de su hermana.

Era necesario que Sparzo la librase de aquel obstáculo.

Sparzo estaba ya de todo punto enloquecido.

Sparzo se decia que si lograba comprometer en la complicidad de un crímen con él á Abigail, ésta quedaria á su merced.

Era, además, un pícaro, á quien importaba muy poco que Abigail estuviese casada con un gran señor, ya fuera este señor el conde Spungatti, ya el duque de Atri, ya cualquier otro, con tal de que Abigail fuese su querida, y él ejerciese sobre ella una grande influencia.

De infames alianzas de este género estaba llena Roma.

La corrupcion era en ella profunda.

Sparzo habia sentido en otro tiempo por la señora Beatriz, una pasion violenta.

Pero la altivez de Beatriz le habia contenido hasta el punto de guardar una tal reserva acerca de sus sentimientos, que la señora Beatriz nada habia conocido en Sparzo, más que una ardiente adhesion.

El convencimiento de que nada podia esperar de la señora, habia extinguido á la larga aquella violenta pasion que por su hermosura habia sentido Sparzo.

Y como en el lugar en que ha existido el amor, cuando éste desaparece queda algo, algo que se parecia al ódio habia quedado en el corazon de Sparzo para su señora.

Pero habia disimulado su ódio como habia disimulado su amor.

La señora Beatriz continuaba confiando en él.

Esta situacion de Sparzo favorecia á Abigail.

Sparzo era el espía de Abigail en la casa de la señora Beatriz.

—Avisadme de todo lo que creais importante, decia continuamente Abigail á Sparzo: yo os lo agradeceré más que lo que podeis figuraros: avisadme al momento.

Sparzo era un perfecto esbirro.

Hacia, además, el juego de los dobles papeles de una manera admirable.

Espiaba á Cervantes sirviendo á la señora Beatriz, y á la señora Beatriz sirviendo á Abigail.

De modo, que esta última sabia, no sólo lo que convenia á la señora Beatriz, sino tambien lo que á Cervantes convenia.

Supo que Cervantes era amado de la *pequeña Fornarina;* conoció la cita de ellos; supo que la señora Beatriz conocia tambien aquellos amores.

La noche en la cual Cervantes debia ir á encontrar á la *pequeña Fornarina,* Sparzo no cesó de espiar á la señora Beatriz y á Cervantes.

Vió, pues, que cerca de la media noche, Cervantes se levantaba recatadamente del lecho, buscaba un pomo, y le aproximaba á la nariz de doña Beatriz.

Sparzo no abandonó ya á Cervantes.

Sin ser sentido de él, le siguió.

Saltó la tápia del jardin por el mismo lugar por donde la saltó Cervantes.

Le siguió hasta la calle de los Ahorcados.

Le vió volver con Paulina, y entrar con ella en una góndola.

Aquella era una aventura de amor, en que los dos amantes debian invertir toda la noche.

Indudablemente ántes del amanecer la góndola debia volver al mismo lugar de donde habia partido.

Esto era lo que debia suponerse.

Sparzo corrió.

Entró en Roma por uno de los portillos abiertos por el tiempo, y cegados por la inmundicia.

Corrió al monte Aventino.

Despertó á Abigail.

La avisó de lo que acontecia.

—Ha llegado el momento, dijo ella: su amante no está allí para protegerla: es necesario que yo me vea libre de ella esta noche.

Sparzo no tenia voluntad cuando se trataba de Abigail.

Se prestó.

—Vos tendreis hombres decididos, dijo Abigail.

—¿Qué más hombre que yo? dijo Sparzo.

—Yo quiero algunos hombres que me acompañen: cuando haya muerto esa mujer, es necesario que su amante lo sepa: quiero decírselo yo, y de una manera segura.

—Pues bien, dijo Sparzo; todo se tiene con dinero, y yo cuento en Roma con buenos amigos: vuestra excelencia tendrá ocho ó diez hombres despues de todo.

—Buscadlos, dijo Abigail.

Sparzo recorrió algunos burdeles, y sacó de ellos, armados hasta los dientes, ocho asesinos.

Era ya muy avanzada la noche.

Cerca del amanecer.

Abigail, encubierta por un antifaz y un manto salió de la casa del monte Aventino.

Media hora despues, habiendo pasado por un portillo, y habiéndola franqueado Sparzo el postigo del jardin del palacio de los Magos, penetraron ambos en el dormitorio de Beatriz y de Cervantes.

Todo reposaba en el palacio.

El silencio era profundo.

La servidumbre no estaba tan cerca, que pudiera apercibirse del ruido que en el dormitorio se hiciera.

La señora Beatriz aparecia aletargada.

Sparzo temblaba.

Habia llegado el momento.

Por miserable que Sparzo fuera, y aun que sintiese un cierto ódio por su señora, se le hacia terrible herirla.

Sobre otra cualquier persona hubiera herido sin vacilar.

—¡Ah! ¡no! ¡vos no! exclamó Abigail, arrancando de improviso de la mano su puñal á Sparzo; ¡yo!... ¡quiero ser yo!

Y cegando de celos, de dolo, descargó una terrible puñalada sobre Beatriz.

Se hizo una reaccion en Sparzo, que se horrorizó.

Renació en él toda la voraz pasion que habia sentido por la señora Beatriz.

—¡Oh! ¡basta! ¡basta!... exclamó deteniendo el brazo de Abigail, que se levantaba otra vez sobre Beatriz: os vais á manchar de sangre, y la sangre humana es muy difícil de borrar. ¿No veis que es ya un cadáver?

Abigail no estaba en estado de juzgar.

A los que nunca han cometido un crímen, á los que nunca han teñido sus manos con sangre humana, les horroriza la sangre y les causa vértigos.

Sparzo asió por la cintura á Abigail, y la sacó fuera del dormitorio.

Sentia miedo.

Él, al ver el lugar en que habia dado el golpe, habia supuesto muerta á la señora Beatriz.

Sintió miedo por la primera vez de su vida.

Le pareció que las paredes del dormitorio iban á estrecharse.

A cogerle con Abigail y con el cadáver.

A retenerle allí hasta que volviese el amado Cervantes.

Este pavor le dió fuerzas para sostener en sus brazos á Abigail, á pesar de que era corpulenta.

Para llevarla al jardin, al postigo; para sacarla á fuera.

Con el fresco aire de la alborada, pasó el vértigo de Abigail.

A la pálida luz de luna espirante, Sparzo la vió sonreirse.

Su sonrisa era la de un demonio.

—¡Ah! ¡muerta!... ¡muerta!... exclamó: ya esá mujer maldita no debe... no puede ser un impedimento á mi felicidad. Pero la otra... la otra... la *pequeña Fornarina*... ¡oh! ¡esa despues!...

Entónces fué cuando Sparzo conoció que Abigail amaba á Cervantes.

Pero, ¿qué más le daba á Sparzo que Abigail amase á Cervantes ó á otro?

Él tenia ya lo que necesitaba.

Esto es, un pacto de sangre con Abigail: la complicidad de ésta con él en un crímen.

Abigail, Sparzo y los ocho pícaros, se fueron entónces á esperar la vuelta de la góndola en que habian partido Miguel y Paulina.

Ya sabemos lo que aconteció.

Cuando Abigail entró en la góndola que la esperaba, cuando ésta se alejó de la orilla, cuando todos huyeron, dejando solo á Cervantes, Sparzo, dando un rodeo, llegó ántes que Cervantes al postigo del jardin del palacio de los Magos.

Abrió y entró.

Nadie le habia visto.

Nadie le habia sentido.

No habia, pues, nadie que pudiera sospechar de él: que pudiera descubrirle.

CAPÍTULO XXXIV.

De como se apoderó de la situacion la pequeña Fornarina.

Cundió la noticia por Roma.

Causó un grande escándalo el saber que la hermosísima Beatriz de Aquaviva habia sido herida dentro de su mismo palacio.

En su propio lecho.

Un misterio profundo envolvia á los asesinos.

Generalmente todos los asesinatos que se cometian en Roma, que eran frecuentes, se ejecutaban por los *Apuñaladores*.

Ellos dejaban siempre la firma de su lúgubre nombre: su terrible puñal.

Este puñal no habia quedado al lado de la señora Beatriz.

Además, los *Apuñaladores* no hubieran dado el golpe en vago, y la señora Beatriz vivia.

Y no sólo esto.

Su herida no era peligrosa.

La noticia de este suceso llegó á los oidos de Abigail, que creyó con una rabia infinita que su crimen se habia frustrado.

Veia, además, sombrío y peligroso á Sparzo.

Veia en él algo que no habia visto hasta entónces, y que era amenazador.

Algunas veces veia Abigail al bandido, fija en ella una mirada lúgubre, aviesa, sombría, que pasaba rápidamente, pero que la inquietaba.

La *pequeña Fornarina* habia tambien sabido la noticia.

En la noche siguiente á la del crímen, habia esperado en vano á Miguel.

Su amor por él habia llegado hasta el paroxismo.

Hasta la ceguedad de la locura.

Unos celos horribles la habian acometido.

Cervantes amaba indudablemente más que á ella, á Beatriz; puesto que no estando Beatriz en un estado grave, no habia tenido ni aun siquiera un momento para ir á verla.

Y no era esto.

Era que Miguel no creia posible, ni justo, ni digno, el separarse ni un solo punto del lado de Beatriz, atendida la situacion en que ésta se encontraba.

Pero sentia una ansiedad horrible; casi la desesperacion, por no poder ir á ver á Paulina.

Temia que ésta se creyese abandonada.

¿Duraba en ella el recuerdo candente de aquella noche de amor?

Al dia siguiente, no fué ya el estado de Beatriz el que impidió á Cervantes ver á Paulina.

Fué su propio estado.

Tales habian sido las violentas emociones que por él habian pasado en el breve espacio de veinticuatro horas, que le habia acometido una densa fiebre.

Se habia visto obligado á guardar el lecho.

Monseñor Aquaviva se veia obligado á partir sus cuidados entre su hermana, y el amante de su hermana.

Aquel amante que sufria con una rabia infinita.

Aquel á quien llamaba amigo, y á quien aborrecia á muerte.

Paulina no pudo ya contenerse.

Llamó á Sparzo.

Le interrogó.

Cuando supo que la fiebre tenia en el lecho á Miguel, alentó alguna esperanza.

No era, pues, Beatriz la que habia impedido á Miguel el ir á verla.

Podia suceder muy bien que la fiebre de Miguel hubiese sido producida por el horror de lo que habia sucedido.

Pero esto no demostraba otra cosa sino que Miguel tenia un gran corazon.

Y además, aunque la amase á ella, como ella lo creia, más que á Beatriz, ¿cómo extrañar el que le hubiese conmovido la desgracia sufrida por una mujer á la que debia considerar su esposa?

¿Pues qué, ella, Paulina, no habia aceptado los hechos tales como eran?...

Necesitó saber cómo habia tenido lugar aquel crímen, y preguntó á Sparzo.

Éste se creyó sospechado.

Se aturdió, y contestó de una manera torpe.

Entónces fué cuando verdaderamente sospechó Paulina.

—Tú has sido el autor de ese crimen, dijo.

Pretendió disculparse Sparzo, pero se aturdió más y más.

—Una de dos, dijo Paulina que ya no dudaba: ó tú has querido servirme, sabiendo cuánto es mi amor al señor Miguel de Cervantes, ó has querido servir á otra: yo no he de quedarme con la duda. Sparzo, yo te haré seguir; yo te haré espiar: ¿crees tú que eres el único de los *Apuñaladores,* con el que yo puedo contar para que me sirva? Pues qué, ¿no está ahí el capitan Staglioni, que es nuestro amigo, que me quiere como si yo fuese su hija?

—Yo os ruego, exclamó completamente aterrado Sparzo, que nada digais al capitan Staglioni. Vos no sabeis... pero yo os lo contaré todo.

—¿Conque has sido tú el que has herido á la señora Beatriz? dijo Paulina.

—No; no he sido yo, contestó Sparzo: que ha sido una mujer.

—¿Y qué mujer ha sido esa?

—¿No habeis conocido una hermosísima criatura que trajo de España el señor duque de Atri, y con la cual vivia como si hubiera sido su esposa?

—Sí; una bohemia, una judía, Abigail. Pero esa mujer ha muerto, recientemente hace algunos dias.

—Esa mujer, aun que monseñor Aquaviva y Roma entera la cree muerta, no ha muerto, dijo Sparzo.

—Cuéntame, la dijo Paulina.

Sparzo se lo reveló todo.

Paulina sintió una alegría inmensa.

La situacion era suya.

Sabia lo bastante para dominarla.

Podia deshacer aquella intriga terrible.

Tejer otra que la diese por resultado, la posesion completa y sin celos, de su Miguel.

Respecto á él, no dudaba.

Sparzo la decia que cuando Miguel estaba solo, murmuraba entre sollozos su nombre.

La fiebre que le aquejaba cedia.

Muy pronto podria dejar el lecho.

La señora Beatriz mejoraba grandemente.

Aquello era, segun decian los médicos, cosa de quince dias.

Paulina tenia la seguridad de que muy pronto Miguel iria á verla ansioso.

En su primera noche de amor, Paulina habia adquirido la certidumbre de que Cervantes la adoraba.

De que su pasion era de tal manera intensa, que no podia apagarse fácilmente.

De que era, en fin, amada con toda el alma.

Pero Cervantes estaba en peligro de ser envuelto en alguna situacion peligrosa, gravísima, por aquella misteriosa Abigail.

Paulina tenia en sus manos, sin defensa, á Sparzo.

Podia disponer de él de una manera incondicional.

—Yo necesito ver á esa mujer, dijo á Sparzo.

Éste se estremeció.

—Tú no te negarás á nada de lo que yo te mandare, dijo Paulina; de otra manera yo te entregaré á la venganza de los *Apuñaladores*, á quienes has hecho traicion.

—Tú eres mi señora, y yo soy tu esclavo, dijo Sparzo.

—Pues bien: está dispuesto á obedecerme: sobre todo díme, y dímelo siempre á tiempo, lo que esa mujer te mande, lo que diga, lo que haga, y si es posible, aun lo que piensa.

—Lo sabreis, dijo Sparzo: ¡pero os ruego tengais compasion de mí!

—En tí consiste salvarte ó perderte.

Sparzo se fué aterrado.

Sabia bien cuanto valia, de cuanto era capaz Paulina.

El miedo le habia torcido, pues, la cara.

Veia en Abigail la causa ocasional de la peligrosa situacion en que se encontraba.

Veia, además, que Abigail lo habia desafiado todo por Cervantes.

Que á todo se habia atrevido por él.

Que de ella no podia esperar nada.

Cuando más, dinero.

El dinero, á cambio de la posesion de Abigail, no tenia valor alguno para Sparzo.

Se sentia sumido en el último de los infortunios.

El infortunio del corazon.

Sin Abigail, nada en el mundo existia para él; ó lo que es lo mismo: nada le importaba.

Sentia el hastío horrible que lo ennegrece todo á los ojos del que lo sufre.

Y como Abigail era el orígen, la causa de su desgracia, sentia hácia ella lo que podia llamarse muy bien ódio de amor.

Este ódio era lo que Abigail habia visto alguna vez en una mirada furtiva de los ojos de Sparzo.

La situacion iba poniéndose por todas sus fases en peligro de un rompimiento, y de un rompimiento terrible.

Sanó al fin Cervantes.

Una tarde que Paulina estaba á la puerta de su casa, se detuvo de improviso delante de ella Cervantes.

Al verle, Paulina lanzó un grito de alegría.

A seguida se entristeció.

Miguel aparecia pálido, demudado.

Habia además en sus ojos una desolacion profunda.

Pero al mismo tiempo un amor delirante por Paulina.

—Entra, entra, amado mio, le dijo Paulina. Mi casa es tu casa

Cervantes entró.

CAPÍTULO XXXV.

De como una hereje puede convertirse por el amor.

Bartolini no estaba en su casa.

Y aunque hubiera estado, hubiera sido lo mismo.

Habia usado de Paulina para el crímen, y no podia su poder con ella.

—Es necesario que cuanto ántes partamos los dos de Roma, dijo Paulina á Cervantes, sentándose junto á él y asiéndole las manos; yo lo abandonaré todo por tí: abandónalo tú por mí todo.

Cervantes miró con ansiedad á la jóven.

—Ambos estamos en un gran peligro, le dijo Paulina; en cuanto á mí, nada me importa; pero no puedo pensar del mismo modo cuando se trata de tí: tú tienes poderosos enemigos, Miguel.

Demasiado lo sabia Cervantes.

Por más que monseñor Aquaviva hubiera disimulado, no siempre habia podido encubrirse.

Cervantes, que era muy perspicaz, que de una parte veia á Julio de Aquaviva, y por otra á Beatriz, habia comprendido completamente la situacion.

Y no era porque Beatriz hubiese cometido imprudencia alguna, por la cual hubiese podido descubrir Cervantes que habia habido un tiempo en que Aquaviva habia buscado en ella el amor de los sentidos.

Pero todo lo que existe ó ha existido en el sér humano, se revela para el que tiene la perspicacia de una gran imaginacion y la impresionabilidad de un gran sentimiento.

Cervantes, sin que nadie se lo dijese, habia comprendido en Beatriz una especie de crudeza, de seriedad, de reserva, de falta de confianza respecto á su hermano; y en Julio, algo de ansioso, algo de contrariado, algo de desesperado respecto á su hermana.

No tenia, pues, duda.

Nada habia dicho.

Ni aun á Beatriz, en los momentos de su amor.

Hay palabras que queman los labios al salir por ellos, y que se contienen por evitarse el dolor de la quemadura; como hay pensamientos que roen el alma, y que se procura olvidar, matar, para libertarse de un martirio.

Paulina acababa de poner el dedo en la llaga.

Y le puso de tal manera, que Cervantes se estremeció.

Comprendió lo que le decia Paulina.

—Nosotros no elegimos el camino de nuestra vida, dijo Cervantes: el que todo lo puede, nos pone, para probarnos, sobre senderos ágrios y difíciles, de los cuales no podemos volvernos, porque se cierran detrás de nosotros: no pudiendo detenernos, porque hay algo más fuerte que nos impulsa, es necesario que sigamos adelante.

—Eso es verdad, dijo Paulina; y si no, dígalo yo: ¿quién me ha puesto en el camino en que me encuentro, y del cual no quiero ni puedo apartarme? El amor. ¿Y qué es el amor? Yo no lo sé, pero siento que me impulsa, que me arrastra, que me lleva á donde yo, si no amase, no iria, ni aun pensaria en ir. Pero continuando todos nuestro camino, hay un medio de salvacion. Para acabar de una vez, es necesario, cuando esa señora se restablezca, que será muy pronto, la hagas conocer el peligro en que te encuentras; en que se encuentra ella misma. Es necesario que los dos, cuanto ántes, abandoneis á Roma. Y esto sin pérdida de tiempo tampoco, porque una hora de descuido podria hacer imposible toda salvacion.

Miró Cervantes con ansiedad á Paulina: con una ansiedad muy semejante á la agonía.

—¿Que salgamos de Roma ella y yo? exclamó.

—Sí; no sólo de Roma, sino tambien de Italia, y cuanto ántes, cuanto ántes; no me cansaré de repetirlo.

—¡Ella y yo! exclamó Cervantes acreciendo en la ansiedad con que contemplaba á Paulina.

—Sí; ella y tú, respondió con acento firme la jóven.

—Pero... ¿y tú? dijo.

—Yo tambien, contestó tranquilamente la jóven.

—¡Tú tambien!

—Sí; yo iré á donde tú vayas: te seguiré por todas partes, viviré por tí y para tí; pero envuelta en un misterio tan profundo, que nadie podrá ni aun sospechar que nada á tí me úna.

—¡Oh! ¡te he conocido muy tarde! exclamó Cervantes.

—¡Tarde! ¿es acaso nunca tarde para el amor? la felicidad siempre llega á tiempo, porque no puede ser ni más ni ménos.

—¡Oh!... ¡yo no he amado hasta ahora!

—Dios quiera que nunca digas á una mujer lo mismo, y luego á otra, y á otra; yo lo sentiria por tí: ¡oh! debe ser horrible soñar un cielo, y despertar en el hastío de la desesperacion: eso es, eso debe ser la condenacion: la felicidad que soñamos y que se nos escapa al despertar yo creo que los hombres, por su propia fortaleza, tienen el alma mucho ménos sensible que el alma de la mujer. Yo creo que nosotras hemos nacido para el amor, y sólo para el amor. Mi alma me dice de tí, que te he amado siempre ántes de conocerte, y

que no puedo dejar de amarte; y siento que mi amor es valiente, heróico, maravilloso, porque nada le aterra; el dia en que tú caigas para mí en la indiferencia en que has caido para con esa señora, no sé lo que será de mí; qué horribles sufrimientos me veré obligada á soportar; lo que sé, es que no dejaré de amarte, aun que para mí fueras un infame. que no puedes serlo; porque si tú fueses ó pudieses ser infame, yo no te amaria; no te podria amar. El amor es la virtud, y siente la virtud: el amor que no es la virtud, es una repugnante concupiscencia. Mi alma aborrece lo grosero, lo puramente material. Mi sér vá á tí, como á mí, al ménos por lo presente, viene tu sér: nuestras existencias se unen; nuestros mútuos deseos son hermanos, iguales: vivimos una misma vida: ¿qué importa todo lo demás? Si el amor no fuera una virtud, yo sentiria ódio á esa mujer que te ama... que te ama como te amo yo: y si yo la odiara, no me dirias: —«te he conocido tarde,»— porque esa mujer habria ya dejado de sér, sin que tú pudieras ni aun sospechar que yo la habia exterminado: pero yo no quiero teñir en sangre nuestro amor, ni aun he pensado en ello: prefiero el martirio, el afan, la duda, á que un dia pudieras conocer que habias caido en el amor de un demonio: y eso que yo estoy acostumbrada al horror... á lo terrible; porque los que andan envueltos en el misterio, hiriendo desde la sombra á los que son más fuertes que ellos, se acostumbran al horror del exterminio.

—¡Oh! ¡imposible! ¡tú eres un ángel, y no puedes vivir en las tinieblas!

—Entre las tinieblas existe la *Luz*. ¿No se ocultaban en las montañas, en las grutas, en las criptas, en las catacumbas, los primeros prosélitos del cristianismo? ¿No combatian con la fé y con el martirio, con la predicacion y con la espada, con la vida y con el alma, á sus encarnizados y numerosos enemigos? ¿Habia peligro que les atajase, ni horror que les espantase? Para hacer triunfar una religion, es necesario combatir con el alma y con el cuerpo; con la palabra y con el brazo: dar la muerte y afrontarla: salvar á Bethulia con la sangrienta cabeza de Holofernes.

Cervantes miraba con asombro y aun con miedo, y aun con algo que podia llamarse horror involuntario, á Paulina.

Empezaba á comprender.

La heregía, en la hechicera, en la tentadora, en la embriagadora forma de una mujer, de una niña de hermosura incomparable, casi divina, sublimada por el amor, se levantaba ante él.

¿Y la vieja sangre española?

¿Esa sangre que nos atreveremos á llamar humoralmente católica?

¿Esa sangre, que á la sola vista de una capilla evangélica se subleva, y piensa en el hierro y el fuego, al par que pasa indiferente ante una sinagoga y ante una mezquita?

Porque la sinagoga y la mezquita, son viejas ramas del viejo tronco.

Lo de ántes.

Y la capilla, mal llamada evangélica, no es lo de ántes ni lo de despues; es una protesta contra toda autoridad: es la soberbia humana levantándose ante

Dios; es el materialismo, la razon, fria y escéptica, que se ha puesto como un disfraz el manto de una creencia; no es una religion: es una secta filosófica, que acepta y predica, y sigue sin fé, alguna de las doctrinas del Evangelio.

Lo decimos esto para los creyentes.

A los que no son creyentes de nada, ¿qué más les dá esto ni lo otro?

A los que sólo viven para si mismos, para la materia, para una vida breve, tras la cual corren, sin la cual nada esperan ni nada creen, sino lo que es groseramente tangible, ¿qué les importa de Dios?

Pero tratándose de los deistas, ó de los materialistas que invocan él nombre de Dios, la lucha es á muerte.

Cervantes era católico á puño cerrado, y circulaba por sus venas vieja sangre castellana.

Una hereje no podia ménos de ser horrible para él.

Y horrible de tal manera, que no habia medio.

Con el hereje, al fuego.

Estas eran las ideas de su tiempo.

Este era su temperamento moral y aun físico.

Porque en el sér alma, lo físico está subordinado y es dependiente de lo moral, por la ley de una relacion misteriosa

Al comprender Cervantes que Paulina era hereje, pasó por él algo formidable.

Un espanto y horror infinito se pintaron en su mirada.

Paulina sonrió.

La sonrisa de Paulina revivió, por decirlo así, á Cervantes.

En la sonrisa de Paulina, y en la mirada que la habia acompañado, Cervantes habia aspirado, absorvido algo inefablemente sublime; algo que indudablemente se relacionaba con los cielos.

Y un hereje, así á lo ménos lo creia Cervantes, no podia ponerse en relacion con Dios.

—Yo creo en la Trinidad, dijo Paulina con una voz dulcísima; en la Vírgen Madre, en los arcángeles, en los ángeles, en los santos, en los justos, en los profetas: yo creo aquello:—«Tú eres Pedro, y sobre esta piedra, edificaré mi Iglesia.»—

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó Cervantes, cuya mirada resplandecia de una manera inmensa, ¡y yo te he creido luterana!...

—El amor ha salvado mi alma; el amor me ha sacado del error. ¿Cómo podia yo amarte como te amo, no teniendo un alma semejante á la tuya? ¿Ni cómo pudieran ser nuestras almas semejantes si no tuvieran una misma fé? ¡Ah! ¡no! ¡yo me engañaba! yo confundia á los hombres con Dios: á lo eterno con lo perecedero; á lo puro con lo corrompido; yo veia la impureza y la avaricia y la soberbia y la crueldad de los sacerdotes, y en vez de volverme contra ellos, me volvia contra la Iglesia: ¡ah! la Iglesia de Jesucristo es eterna, increada é inmortal: existia ántes de revelarse, ántes de aparecer, y cuando desaparezca

ostensiblemente continuará existiendo, viviendo misteriosa en el alma del hombre, levantando el espíritu humano á Dios; guiándole por los santos preceptos de lo justo, de lo conveniente, de lo santo; de lo que és, y no puede dejar de sér. Miéntras se venere la virtud y se aborrezca el vicio; miéntras la miel de las abejas sea dulce, y el tomillo, del que esta miel se saca, amargo: miéntras el hombre exista, por la sola intuicion natural del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, de lo falso y de lo verdadero, el catolicismo existirá, porque está fundado en las eternas leyes de la verdad, de la justicia y de la santidad. Sí; yo en un muy breve espacio he pensado mucho: y Dios ha querido que reconozca la verdad, apercibiéndome del error. No; no confundamos á Dios con los hombres; no reneguemos de la predicacion, porque ella haga que los hombres se pierdan en el error para que despues la verdad aparezca más consoladora, más sublime, más divina. Lo que es, no puede dejar de ser, la verdad puede ser oscurecida, pero no vencida por la mentira. Satanás no puede triunfar de Dios.

—¡Satanás! ¡Satanás! exclamó profundamente Cervantes: Satanás es la soberbia, la ceguedad, la ignorancia, la mentira; Satanás es lo que niega todo lo que és: Satanás es la carne, la concupiscencia, la lascívia, la impureza: lo que perece, lo que se reduce á polvo, lo que desaparece como si jamás hubiera existido. Sobre el alma pura, no tiene imperio alguno Satanás: el imperio de Satanás es el de la muerte, y no puede morir sino lo que no es espíritu.

—¡Ah! exclamó Paulina, yo decia: él tiene el alma grande y noble, el alma hermosa, el alma sublime; en sus ojos aparece, cuando sus ojos me miran enamorados, algo que es tan hermoso, tan infinito, tan consolador, tan dulce, tan delicioso, tan vivífico, tan sobrenatural, que cuando yo lo siento, vivo con una vida de gloria, y me siento suspendida y arrebatada á espacios infinitos, donde todo es luz y virtud... Y mi sér y mi alma en tí se anegan; y anegándose en tí, se transportan á espacios infinitos, cuyas purísimas fruiciones no se pueden narrar, porque no hay palabras que puedan dar una remotísima idea de ellos en lenguaje humano: es el espíritu desprendido de la materia, anegado en algo que debe ser un principio de la divina ventura de que gozaremos cuando nuestro espíritu sea libre de toda envoltura terrenal... y él no puede engañarse; á él le ha dado Dios ese noble; ese sublime espíritu que dá á sus elegidos: pues si él no se engaña; si él tiene abiertos sus ojos á la luz y á la verdad, y él es católico, el catolicismo es la verdad, y todo lo que no es el catolicismo el error... Tú me has convertido, Miguel, porque mi alma se ha anegado en la tuya, se ha inspirado en ella, vive en ella, es como ella.

—Pero nuestra union es ilícita, exclamó Cervantes: nuestra union ofende á Dios.

—La misericordia de Dios es infinita, exclamó llena de fé Paulina. ¿Quién se atreverá á descifrar los insondables misterios de la Providencia?

Yo desfallezco: yo voy á tí como el hijo á la madre; como el aquilon al espacio; como las olas van á romperse contra las naves, á las cuales el viento lás arroja: no hay en mí poder que me contenga, obstáculo que me ataje, temor

que me acobarde: y pues esto es así, es porque Dios lo quiere, tal vez para probarnos.

—El abismo... y siempre el abismo, exclamó Cervantes: el abismo que atrae, que devora: y le vemos, y nos espanta, y en él caemos... Pero el precepto... el libre albedrío... ¡oh! ¡Señor, Señor! ¡mi mente se pierde! ¡la locura envuelve mi razon!... ¿qué es el hombre?

—Yo sólo sé que sufro, y que con mi sufrimiento soy feliz: más aun; conozco que no seria tan feliz si no sufriera tanto.

—¡El espíritu y la carne! ¡la luz y la sombra! ¡el bien y el mal! ¡la vida! ¡Pero esta vida, Señor, es un infierno, en que no hay ni puede haber más que condenados!

—Puesto, Miguel de mi alma, que no somos bastante fuertes para vencernos á nosotros mismos, seamos lo mejores que podamos ser. Evitemos el horror. Huyamos: tráete contigo á esa mujer.

—¿Pero qué peligro es ese que de una manera tan poderosa y tan terrible nos amenaza, como parece anunciarlo tu terror?

—¿Tú no sabes quién ha herido á Beatriz?

—Sí; una mujer; una desconocida.

—¿Y no sabes quién es esa desconocida?

—No; me lo anunció ella misma apareciendo ante mí de improviso, la noche aquella, y en el momento en que acababa de dejarte en tu casa. Quise averiguar quién aquella mujer fuese, pero me lo impidieron algunos hombres que la acompañaban, y que cuando ella hubo desaparecido huyeron.

—Esa mujer es un demonio que se ha apoderado de monseñor Aquaviva.

—¡Abigail! ¡la judía! ¡la comedianta! ¡ella!

—Esa mujer te ama hasta la locura; esa mujer es terrible, y es capaz de llegar hasta el horror por tí, Miguél: yo, desde que te amo, tengo horror á la sangre; yo podria emponzoñar la herida de Beatriz, y podria exterminar á Abigail y á monseñor Aquaviva; yo podria entregar á la justicia del Papa á los *Apuñaladores*, libertarte y libertarme de todo peligro, y hacerte rico, poderoso, colmarte de honores. Pero la sangre me aterra: huyamos, y huyamos cuanto ántes: fuera de Roma nada tenemos que temer.

—Pero yo no te entiendo, y necesito entenderte, dijo Cervantes.

—Óyeme, respondió Paulina.

Y puso completamente en antecedentes á Cervantes.

Este se espantó.

Comprendió entónces los misterios de que monseñor Aquaviva se habia rodeado en España.

Creyó adivinar cuál habia sido la causa de que el catolicísimo rey don Felipe II no hubiese recibido á Aquaviva, y hubiese mandado se le diese su pasaporte para que de España saliese en un término dado, y por una ruta prefijada.

Concebia el género de relaciones que podian existir entre Aquaviva y la condesa de Puente de Alba, de la que Cervantes, á pesar de todo, no habia podido olvidarse, como no habia podido olvidarse de su aventura con doña Magdalena.

Vió que se habia enlazado con una familia de herejes, y sin poder evitarlo, le causó horror Beatriz.

Si Paulina habia obrado con intencion para deshacerse de una rival, no podia haberlo hecho mejor.

Y sin embargo, este horror de Cervantes no era bastante para hacerle abandonar á Beatriz.

Y no era ya amor.

Era el sentimiento del deber.

Era la compasion.

La caridad hácia una mujer, que al pertenecer al culto protestante, se le habia hecho imposible.

Cervantes sufria de una manera horrible.

Y le asaltaba una duda.

¿Debia él denunciar lo que acababa de decirle Paulina?

La denuncia le parecia vil.

Además: nada habia que temer.

El catolicismo era fuerte.

La *Liga* se llevaba á cabo.

Los *Implacables* habian sido vencidos para siempre.

Habian desaparecido.

Los *Apuñaladores* nada podian hacer sin los *Implacables*.

Estaban reducidos simplemente á la situacion de bandidos.

Aun así, el conde Spungatti, adormecido con los amores, aunque no logrados, de Abigail, tenia un numeroso y formidable ejército de asesinos.

Era, sin embargo, de todo punto necesario dejar á Roma.

Y puesto que Beatriz era luterana, así á lo ménos lo creia Cervantes, él no queria ni podia vivir á su lado: debia abandonarla.

Entónces, unido legítimamente á Paulina, con aquel ángel humano que se habia convertido por su amor, podia ser feliz.

—Partiremos, dijo Cervantes á Paulina, y partiremos cuanto ántes. Mañana.

—¡Mañana! pero mañana no puede estar dispuesta á la marcha la señora Beatriz: en el estado en que se encuentra seria peligroso trasladarla, y de todos modos, embarazoso.

—Yo no puedo en manera alguna continuar viviendo al lado de una hereje, dijo Cervantes.

—Si yo me he convertido por tu amor, dijo noblemente Paulina, ¿no podrá suceder que tambien por tu amor se convierta Beatriz?

—¡Ah! ¡yo admiro tu virtud! exclamó Cervantes.

—Admira si quieres mi compasion, ó más bien, el horror que siento á causar el mal: yo no sé lo que me aconteceria si tú me abandonases: moriria desesperada. No quiero que por mi causa, y pudiendo yo evitarlo, muera desesperada Beatriz.

—¡Oh! ¡y cuánto te amo! exclamó Cervantes: ¡tu alma es más hermosa que tu cuerpo!

—Dios quiera que siempre me ames como ahora me amas, exclamó tristemente Paulina. Y véte, véte; ya ha cerrado la noche, y no debes faltar de tu casa; véte, y ven cada dia á verme: yo te esperaré con ánsia.

Cervantes salió.

Paulina le acompañó hasta la puerta, y no se separó de ella hasta que Cervantes desapareció en la Longaretta.

—¡Cuán feliz soy! exclamó Paulina; ni celos ni remordimientos; mi amor es grande y puro. Dios tendrá compasion de mí; Dios me protegerá.

Y se entró en su aposento, se arrodilló ante aquella Vírgen de la *Perla,* que era su retrato, y se puso á orar.

Entre tanto, Miguel habia llegado al palacio de los Magos.

Beatriz estaba muy mejorada.

Acababa de despertar de un sueño reparador.

Los médicos decian que dentro de tres dias podria dejar el lecho.

CAPÍTULO XXXVI.

El padre y la hija.

Apénas habia Cervantes salido de la casa de Bartolini, cuando entró éste.

Encontró á su hija resplandeciente de alegría.

Bartolini adoraba á Paulina.

—¡Qué hermosa estás, alma de mi alma, la dijo, y qué feliz seria yo si pudiera darte toda la felicidad que tú deseas!

Paulina se encendió de un vivísimo color.

—Pues qué, dijo; ¿no soy yo feliz, padre mio?

—Sí, por ahora, dijo Bartolini, eres muy feliz; estás en los comienzos de tu amor, y el principio del amor para las vírgenes, es siempre de color de rosa.

Se puso mucho más encendida Paulina.

—¡Cómo! exclamó; ¿habeis conocido que yo amo, padre?

—¿Y cómo no conocer el amor? Cuanto más pretende ocultársele, más él se revela. Acaba de salir de aquí el hombre á quien amas; estás radiante de alegría y de felicidad, y esto me causa una gran tristeza.

—¿Conoceis al hombre que amo?

—No hace muchos dias estuvo en casa con Sparzo.

—Conocer á un hombre de vista, no es conocerle.

—Sí; pero yo conocí que al veros temblábais los dos: yo sabia, además, que tú le amabas desde hacia mucho tiempo.

—Está visto que Sparzo es un buen amigo.

—Nada me ha dicho Sparzo; ese pícaro es demasiado leal para tí: tu amor, me lo has dicho tú.

—¡Yo!

—Sí, tú, con tus tristezas y tus desvelos; con tus contínuas salidas. ¿Crees tú que yo no valga tanto como Sparzo, como Barbetti, ó como cualquiera de nuestros amigos, cuando se trata de averiguar lo que es necesario saber? ¿Y crees tú que no es para mí de una importancia superior á todo, el saber si tú puedes ser feliz? Yo lo sé todo, Paulina.

—¿Qué lo sabeis todo? exclamó la jóven.

Y por esta vez se puso pálida.

—Sé que estás mortalmente enamorada, dijo tranquilamente Bartolini.

Paulina se tranquilizó algun tanto.

Su padre no conocia completamente sus amores.

—Y ese amor que sientes con toda la fuerza de tu alma, Paulina mia, me inquieta, añadió Bartolini.

—Qué, padre mio, dijo Paulina; ¿no os parece Miguel digno de ser amado?

—Dignísimo; es un hombre de una valía tal, que por haberle inspirado amor, podria estar orgullosa una reina: pero ese hombre te será funesto, hija mia.

—¡Ah! ¡no! él me ama; me ama con toda su alma: él será feliz conmigo: él teniendo mi amor, no deseará más.

—Ese hombre es católico, Paulina: ese hombre puede saber mañana que nosotros somos luteranos.

—¿Y quién se lo dirá, padre mio?

—Hay una terrible mujer que le ama.

—Sí, ya lo sé; la judía Abigail.

—Esa mujer es poderosa.

—¡Poderosa!

—Sí, la ama hasta la locura el capitan.

Cuando Bartolini decia el capitan, habia que entender Staglioni.

—¿Y qué importa el capitan?

—El amor del capitan hace inviolable á esa judía.

—¿Y quién hace inviolable al capitan? dijo Paulina, fijando una penetrante y profunda mirada en su padre.

—Nuestro reconocimiento; nuestra lealtad.

—Vos exajerais, padre; cierto es que el conde Spungatti ha tenido para nosotros el dinero á manos llenas; cierto es que siempre nos ha tratado como amigos; pero ¿qué seria el conde Spungatti si vos no le hubiérais ayudado? ¿quién sino vos ha hecho de él el terrible capitan Staglioni? ¿Con qué gente hubiera contado si vos no se la hubiérais procurado? Pues qué, ¿de nada ha servido mi influencia? Mil veces hubiera sido vencido y preso, y hubiera ya dado su cabeza al

verdugo, si vos, si yo no le hubiésemos ayudado. Vos y yo hemos sido, somos, los verdaderos jefes de los *Apuñaladores;* el formidable apoyo de los *Implacables;* los verdaderos difundidores de la Reforma en Roma: y mirad, estoy inquieta, y siento remordimientos por lo que hemos hecho.

—¿Remordimientos, Paulina? ¿pues crees tú que se puede sufrir por más tiempo á los clérigos y á los nobles?

—Se ha vertido mucha sangre, padre.

—Pero por un gran propósito; por la libertad de nuestra conciencia; por nuestra dignidad; por nuestra libertad; por nuestra fortuna.

—Padre, exclamó Paulina, yo he meditado mucho, y he llegado á convencerme de que el mundo, con clérigos y sin clérigos, con nobles y sin nobles, será siempre el mismo: todo consistirá en que los tiranos habrán cambiado de nombre; que se habrán sustituido leyes malas con otras peores; que los malvados y los fuertes seguirán devorando á los buenos y á los débiles: creedme, padre mio, los hombres son lo que Dios ha querido que sean: los de ayer son iguales á los de hoy, é iguales á estos serán los de mañana.

—Paulina, exclamó Bartolini frunciendo más el entrecejo: yo no te conozco: tu amor te ha cambiado.

—Mi amor me ha hecho pensar de una manera grave en la vida.

—El catolicismo, Roma, se ha metido en tu corazon con ese hombre, dijo Bartolini, cuya voz se habia vuelto severa, aun que no amenazadora.

—¡Padre! dijo Paulina irguiéndose: ¿vos creeis en Dios?

—Sí, en el Dios de la bondad y de la justicia; para el que no hay más que almas; para el que todas las almas son iguales.

—No hay más que un Dios: el Dios del Génesis; el Dios del Sinaí.

—El *Nuevo Testamento* ha venido á confirmar el *Antiguo Testamento.*

—No, padre mio: «No hagas á otro lo que no quieras para tí.—Por éste dejarás á tu padre y á tu madre.»

—¡Paulina!

—Sí, el Dios del Sinaí, que es el Dios del Gólgota, ha hecho, ha querido, que el hombre sea para su compañera la mujer, ántes que para su padre y para su madre, y las santas leyes de Dios no se rompen. Acordaos: vos, por mi madre, lo atropellásteis todo.

—Bien, bien; muy bien, exclamó Bartolini que no se atrevia, porque la adoraba, á ser severo con su hija: ¿y qué será necesario hacer, Paulina, para que no me abandones por este compañero, como yo abandoné por tu madre á mis padres? Yo no podria vivir sin tí, sin verte todos los dias, sin saber si eras feliz, sin estar siempre dispuesto para vengarte de quien te hiciera desgraciada.

—Reconocer la voluntad de Dios: yo he hecho cuanto he podido, padre; yo he apurado el sufrimiento; yo he resistido el embate del amor hasta lo imposible: pero al fin el amor me ha vencido. Yo soy de Miguel.

Y Paulina inclinó la hermosa cabeza, como esperando la sentencia de su padre.

—¡Dios lo quiere! dijo Bartolini: Dios quiere que yo nada pueda contra tí; tú eres mi pasion, mi idolo: tú te pierdes y me perderás. Acaba: ¿te has convertido al cristianismo?

—Sí: exclamó Paulina, levantando con energía la cabeza y fijando en su padre una serena y valiente mirada.

—Hé aquí lo que yo habia temido, dijo Bartolini; por eso te he dicho que ese hombre te seria funesto... nos seria funesto á todos.

—No, padre, no; Miguel nos ha salvado, porque ha abierto mis ojos á la luz y á la verdad: por eso os he dicho que siento remordimientos por la sangre que se ha vertido; por el mal que se ha hecho.

—El hombre es ciego, ruin y miserable; su poder, el humo: lo más leve, lo más pequeño, lo que deberia despreciarse, la locura de una mujer por un hombre, es causa de grandes perturbaciones.

—La providencia de Dios.

—Tu locura por un hombre que tal vez te abandonará mañana, sin pararse á considerar que se lo has sacrificado todo: tu fé, tu padre, tu honra, tu vida, tu alma.

—Siempre le deberé mi conversion, y la resignacion con que sufriré mis desgracias.

—¿Tú sabes... tú sabes lo que sucede?

—¿Qué?

—Los *Implacables* se han reunido en Sicilia.

—¿Y qué nos importa?

—Desde allí se rehacen, desde allí obran.

—Nada pueden hacer por sí mismos: necesitan como ántes, de los *Apuñaladores,* y los *Apuñaladores* son nuestros.

—¡Nuestros!

—Sí; nosotros podemos destruirlos.

—¿Y tú te espantas de la sangre?

—Me espanto de la sangre inocente, vertida por el fanatismo y el error y el crímen: pero no me espanto de la sangre vertida en nombre de Dios y de la justicia.

—Tú no sabes, Paulina: los *Implacables* se valen de Abigail, y la ayudan...

—Que caiga esa mujer.

—¿Y cómo? esa mujer es poderosa... Staglioni la ama hasta el punto de arrostrarlo todo por ella.

—Que caiga Staglioni.

—Staglioni tiene una gran influencia sobre los *Apuñaladores:* es ya tarde: Staglioni es más fuerte que nosotros.

—¡Oh! yo le venceré: dejadme: mañana, yo os lo juro, todo peligro habrá desaparecido, y Miguel será mio, mio, únicamente mio.

Y de improviso, Paulina se lanzó á la puerta, y desapareció por ella.

Bartolini la siguió.

Pero ya no la vió.

Se detuvo un momento.

Meditó.

Luego, sin acordarse de cerrar la puerta de su casa, partió á la carrera.

Media hora despues llegó al monte Aventino, á la miserable casa donde vivia oculta Abigail, encontrando en la puerta á Barbetti.

Bartolini habia supuesto que Paulina estaria allí.

Preguntó á Barbetti.

Éste le aseguró que Paulina no habia ido.

Bartolini creyó haberla adelantado.

Esperó.

Pero pasó mucho tiempo, y Paulina no parecia.

Abigail no estaba tampoco en la casa.

Bartolini se volvió desesperado y ansioso á la suya.

CAPÍTULO XXXVII.

Paulina en batalla.

Paulina habia corrido al palacio de Atri.

Dijo al portero que iba á ver á monseñor.

El portero la recomendó á uno de los criados del servicio, y al fin la *pequeña Fornarina* entró en la cámara donde entregado á su locura estaba Julio de Aquaviva.

Miró éste con atencion á Paulina, á quien conocia demasiado, y de la cual habia estado enamorado inútilmente, y la dijo sonriendo de una manera tristísima:

—¿Qué me quereis, diosa?

—Quiero salvaros; vengo á salvaros: despertad.

—¡Que despierte!

—Sí; la judía Abigail vive.

—¡Que vive! ¿teneis la prueba? pero yo la he visto muerta.

—Yo puedo haceros ver muerta en las apariencias, dentro de cinco minutos, á la persona que querais.

—¡Vive!

—Sí, vive, y podeis verla.

—¡Oh! ¡cuanto ántes! exclamó Aquaviva, cuyos ojos chispeaban.

—Despertad, Monseñor: vos estais hechizado, dijo Paulina.

—¡Hechizado!

—Sí; de otra manera comprenderíais que esa mujer es una infame y no podríais amarla.

—Aunque me convenciera de que era un demonio, la amaria.

—Hé aquí la fuerza del hechizo: pero yo voy á libraros de él; yo voy á haceros despertar.

—Si lo que sufro es un sueño, al despertar de él moriré.

—No, monseñor; vos sois valiente y generoso: vos os habeis perdido por el amor: primero vuestra hermana: luego Abigail: vuestra hermana no podia amaros más que como hermana, y para curaros de aquella pasion funesta, fué necesario que vuestro padre os revelara que erais hermana de la señora Beatriz. Pues bien, monseñor: yo os digo algo más grave aun: Abigail no os ama; no puede amaros; os aborrece; no porque sea vuestra hermana, sino porque está hechizada por otro hombre, de la misma manera que vos estais hechizado por ella.

—¡Por otro hombre! ¿y quién es ese hombre?

—Un hombre por el que está hechizada vuestra hermana Beatriz.

—¡Ah! ¡él!... ¡él!... ¡el maldito!... No en vano le aborrecia yo.

—No le aborrezcais: él no ama á Abigail: él no puede amarla; ni aun siquiera sabe que Abigail siente por él un amor del infierno, que la hace capaz de todo: respetad al señor Miguel de Cervantes, y tanto más cuanto que le necesitais: para tener una prueba de lo que os digo, vos asistireis á una entrevista de Miguel de Cervantes y de Abigail.

—¡Oh! ¡cuanto ántes! exclamó Aquaviva.

—Sí, cuanto ántes: yo os avisaré: ahora, sabed algo muy grave que os importa saber.

—Hablemos, hija mia.

—Vos no habeis podido explicaros la desercion de los *Implacables*.

—¡Ah! ¡no!

—Esta desaparicion os ha espantado, y si no habeis huido de Roma como ellos, ha sido por vuestra confianza en los *Apuñaladores*.

—Sí; no puedo dudar de la lealtad de mi amigo Nicolao Spungatti.

—Nicolao Spungatti os ha hecho traicion.

—¡Oh! ¡qué decís!

Paulina se habia decidido á descubrirlo todo.

—Spungatti ama con la misma locura que vos á Abigail; os la ha robado por medio de una intriga, y la tiene en su poder.

—¡Oh! ¡probadme eso, y Spungatti perecerá! exclamó saltando de sobre su sillon Aquaviva.

—Calmaos: sed prudente: si olvidais la prudencia estais perdido. ¿Quereis creerme?

—Hablad, dijo volviendo á sentarse Aquaviva.

—¿Os dejareis guiar por mí?

—Hay en vos algo celestial, Paulina, que ejerce en mí una influencia maravillosa.

—¡Bendito sea Dios, si esta influencia mia puede salvaros y salvarnos á todos!

—¡Hablad! ¡hablad!

—Volveos al catolicismo; apartaos del error á que os han llevado vuestros extravíos.

—¡Oh! ¡qué decís! exclamó asombrado Aquaviva.

—Arrojaos á los piés del Papa; confesadle vuestras culpas; mostraos convertido, regenerado: el Papa os ama; el Papa os perdonará en vista de vuestro arrepentimiento, y en vista tambien del gran servicio que le prestareis.

—¿Qué os mueve á darme tales consejos, Paulina? exclamó alentando apénas Aquaviva.

—La caridad.

—¡La caridad! exclamó Aquaviva mirando de una manera vehemente á Paulina: ¡la caridad por mí!

—¡Sí; por vos!

—Pero, Paulina; una mujer no puede sentir caridad para un hombre sin amarle.

—No; yo no os amo; yo no puedo amaros sino con el amor del alma.

Paulina empezaba á contrarestar en Aquaviva la influencia de Abigail.

La hermosura de Abigail era candente, terrible, infernal, por decirlo así.

La de Paulina era inefable, celestial.

La de la *Perla* de Rafael.

Aquaviva se sentia presa de un vértigo.

Antes de pertenecer á la *Reforma*, habia amado á Paulina, que era aun una niña.

Paulina se habia defendido siempre, diciéndole:

—Vuestro amor, monseñor, es para mí la infamia: yo no puedo ser vuestra esposa; yo no puedo, pues, amaros.

Pero siempre habia dicho esto de una dulce manera á Aquaviva.

Aquaviva, al fin, se habia resignado, y habia renunciado á un amor imposible.

La sed del amor de Paulina le habia predispuesto para otros amores.

Necesitaba llenar un vacío de su alma.

Entónces que Paulina le hablaba dulcemente de la caridad que por él sentia, empezaba á recobrar la influencia que sobre él habia tenido.

Una nueva fascinacion empezaba á apoderarse de monseñor Aquaviva.

Se sentia arrebatado por un poder irresistible.

Sentia una energía que no podia explicarse.

—¿Decís que Abigail ama á Miguel de Cervantes? exclamó con un acento sombrío.

—Vos lo vereis: Abigail es por Cervantes capaz de todo lo horrible.

—¿Y Cervantes la ama?

—No; porque adora á otra mujer.

—¿Y qué mujer es esa?

—¿Cuál ha de ser sino vuestra hermana, sacrificada por esa infame, y milagrosamente salvada por Dios?

—¡Cómo!... ¡Abigail!... ¿ha sido ella?...

—Sí, ella; para librarse de los celos que vuestra hermana la causaba.

—¿Pero cómo ha podido ella penetrar hasta el mismo lecho de mi hermana?

—Los *Apuñaladores* entran en todas partes: el capitan de los *Apuñaladores* está loco por Abigail, y se ha dejado envolver por ella en una intriga tenebrosa: se cree amado por Abigail; y ésta, valiéndose de la influencia de Spungatti, se ha hecho el verdadero jefe de los *Apuñaladores*.

—¡Pero esto es un laberinto de infamias! exclamó Aquaviva.

—Salvaos de ellas; entregad á esos miserables; exterminadles para vivir seguro; idos, yo os lo repito, al generoso Pio V, que os ama; confesádselo todo; pedidle misericordia, y él os perdonará.

—¡Pero y vos!... ¡vos! exclamó Aquaviva aturdido.

—Yo os amaré siempre, siempre, con el amor de una hermana.

—¡Yo estoy loco! ¡yo no sé lo que me sucede! ¡yo no sé lo que amo ni lo que aborrezco! ¡mi vida es un torbellino de fuego!

—Habeis perdido la proteccion de Dios, rebelándoos contra él: volveos á Dios, y Dios os protegerá; Dios os devolverá la paz del alma.

—Dejadme reflexionar, Paulina: mi cabeza se pierde, se extravía, volved mañana.

—No; no debo venir á vuestra casa, dijo la *pequeña Fornarina*, que veia que la mirada de aquel loco, á quien de tal manera extraviaban sus pasiones, se encarnizaba en ella de una manera ansiosa: si yo frecuentara vuestra casa, podrian sospechar nuestros enemigos: yo os esperaré mañana, á puesta de sol, encubierta con un traje y un manto de dama, bajo el Arco de Vespasiano; id vos disfrazado y con antifaz.

—¡Iré!

—Pues adios, monseñor; hasta mañana, y sed prudente.

—Nada temais: seguiré vuestros consejos: voy creyendo que vos sois mi ángel salvador.

—Vuestra hermana, monseñor.

Y Paulina, como para dar un testimonio de amor fraternal á Aquaviva, se acercó á él de improviso, le asió la cabeza, y le besó en la frente.

Aquaviva dió un grito.

Quiso asir á Paulina.

Pero Paulina escapó.

Desapareció.

El beso de Paulina, aquel beso purísimo, habia conmovido á Aquaviva.

Pero aun ardia en él el recuerdo terrible, fascinador, de Abigail.

Paulina, entre tanto, avanzaba hácia el palacio de los Magos.

Cerca de él, se detuvo en la casa de un pescador.

Por medio de éste, de quien Paulina se valia, hizo llamar á Sparzo.

Éste acudió inmediatamente.

Confiaba ciegamente en Paulina, y ciegamente la servia.

—Es necesario, le dijo Paulina, que yo vea esta misma noche al señor Miguel de Cervantes.

—No me parece fácil: está en una larga conversacion con la señora.

—Decidle que es necesario que la señora duerma como duerme hace algunos dias.

—Se lo diré.

—Decidle que estaré esperándole, toda la noche si es necesario, en la ventana.

—Se lo diré.

—¿Vendrá?

—Indudablemente: ¿y cómo no ha de acudir, si le llama la dicha?

—Quedad con Dios, y sedme leal como siempre.

—Yo no puedo haceros traicion.

Paulina se separó de Sparzo.

Se volvió á su casa.

Encontró á su padre esperándola impaciente.

—Estad tranquilo, padre mio, le dijo; dentro de poco todos nos habremos salvado, y vuestra hija, vuestra querida hija será feliz.

—Dios quiera que no te engañes, exclamó tristemente Bartolini.

Y se encerró en su cuarto.

Una hora despues, Paulina esperaba ya en la ventana.

CAPÍTULO XXXVIII.

De como Paulima empezó á tender su red.

Dos horas ántes de la media noche entró un hombre en la pequeña plazuela de los Ahorcados.

Se detuvo junto á la casa de Bartolini.

Aquel hombre era Cervantes.

A la luz de la luna vió en la ventana, sobre la puerta, una mujer.

Aquella mujer era Paulina.

En cuanto vió á Cervantes se quitó de la ventana.

Poco despues abrió la puerta.

Salió.

Cerró.

Traia en la mano una especie de laúd.

—¡Oh! ¡alma mia! exclamó Cervantes: tú eres mi voluntad: yo no puedo ni quiero hacer más que lo que tú quieras: yo soy tuyo; tuyo con toda mi alma.

—¿De manera, que tú me obedecerás ciegamente?

—¡Oh! ¡sí!

—Pues bien: adelante. Estamos haciendo falta en el Monte Aventino: ganemos la Puerta del Pópolo ántes de que la cierren.

Y se asió al brazo de Cervantes.

—¿Y á qué vamos al Aventino? dijo éste.

—¿Sabes tú tocar el laúd? dijo Paulina.

—Un tanto; lo bastante para acompañar una cancion.

—Tú debes saber muchas hermosas canciones de amor.

—¡Oh! ¡sí! y he compuesto algunas: ¿pero porqué estas preguntas? añadió con extrañeza Miguel.

—Abigail te ama.

—¡Ah! no me nombres esa mujer terrible.

—A veces, para salvarnos, tenemos que afrontar el horror.

—¿Y por qué me nombras á Abigail?

—Es necesario que la busques, y á buscarla vamos.

—¿Y tú me llevas á buscar á una mujer que me ama?

—Sí, porque es necesario; de todo punto necesario: ¿crees tú que yo puedo querer nada que no sea en favor tuyo?

—¿Y he de hablar yo con esa mujer?

—Si; y aun has de mostrarte con ella loco de amor.

—Yo no puedo mentir.

—Miente por el amor mio, Miguel: engaña á esa mujer, embriágala: yo te prometo que no he de tener celos.

—No te comprendo.

—Obedéceme, y escucha; no perdamos el tiempo: cuando lleguemos á la casa donde hábita Abigail, yo haré una seña convenida. Saldrá un bandido.

—¡Un bandido!

—Sí; un bandido que sirve y guarda á Abigail. Es necesario prevenirle. Cuando se le prevenga, cuando haya vuelto á entrar en la casa, yo iré á ocultarme en las ruinas.

—¿Y luego?

—Adelantarás tú, y al són del laúd cantarás una cancion de amores. Indudablemente se asomará á la ventana Abigail: te reconocerá: enloquecerá...

—¡Oh! ¡me pides más de lo que yo puedo hacer!

—Hazlo por mi amor.

—Yo no puedo negarte nada.

—Y luego... ¡es tan hermoso ese demonio!...

—¿No temes que me hechice?

—No, porque yo te tengo hechizado.

—¡Oh, vida mia!

—Abigail te preguntará indudablemente, cómo has descubierto el lugar en que se hallaba. Abigail es supersticiosa: dila que has soñado en ella de una manera abrasadora; que como por medio de su encanto te has sentido arrastrado hácia ella, que has buscado una hechicera, y que esta hechicera te ha dicho donde podrias encontrarla.

—¿Y para qué todo esto? dijo defendiéndose aun Cervantes, porque él hubiera querido mejor pasar aquella hora de amor al lado de Paulina.

—Ya te he dicho que para salvarnos: el peligro se acerca, y arrécia.

Miguel siguió resistiéndose.

Paulina empleó su mágia, su influencia, y al fin, cuando llegaron al Monte Aventino y delante de la humilde casa en que se ocultaba Abigail, Cervantes estaba completamente sometido á la voluntad de Paulina.

Dejó ésta entre las ruinas á Cervantes, y adelantó sola hácia la casa.

Llegó á una ventana del piso bajo, y dió en ella tres leves golpes con la mano.

Poco despues la ventana se abrió silenciosamente.

Apareció en ella un hombre.

Aquel hombre era Barbetti.

—¡Oh! ¡divinidad! exclamó: ¡oh, modelo de la belleza más santa y más espiritual que se ha hecho vivir en esta tierra!...

—Basta, basta, Barbetti, dijo Paulina: sal; tengo que hablarte, y temo que si no nos alejamos esa mujer nos oiga por bajo que hablemos: en las ruinas te aguardo.

Y Paulina se separó de la ventana, y se fué á las ruinas, junto á Cervantes.

Poco despues estaba allí Barbetti.

—Este señor, le dijo Paulina, vá á cantar bajo las ventanas de esa mujer; duerme tú con el sueño de *los siete durmientes*.

—Dormiré, señora Paulina.

—Esa mujer, ó dará entrada en la casa á este señor, ó saldrá de la casa.

—No entiendo bien...

—Conviene que esto se haga: considera bien, que si no me obedeces eres hombre muerto.

—Sí, sí, dijo Barbetti: comprendo que esto no es lo que parece, y que bajo esto, debe ocultarse algo muy grave.

—Tan grave, como que es salvar á tu capitan, á nuestro amigo, que está hechizado por esa maldita mujer, que por ella se pierde si no se desengaña, y nos pierde á todos.

—Ahora comprendo perfectamente, y descanso, dijo Barbetti: se me ha quitado un peso de sobre el corazon.

—Tú no darás señales de vida en toda la noche.

—Muy bien, señora Paulina.

—Pero mañana avisarás al capitan de que Abigail le engaña; de que tiene un amante adorado.

—Es capaz el capitan de darme un trastazo en pago de esta noticia; está loco por esa mujer.

—El capitan te agradecerá tu lealtad: le dices que has descubierto que mañana, dos horas despues de oscurecido, podrá encontrar á Abigail vagando entre las ruinas del Monte Aventino, amorosamente asida del brazo de su amante.

—Puede acontecerle á este amante algo terrible.

—Estad tranquilo por esa parte, dijo con acento sereno Miguel de Cervantes.

—Nada sucederá, dijo Paulina.

—Sea lo que quiera, dijo Barbetti: vos mandais, divinidad humana, y yo obedezco.

—Vuélvete á tu lecho, dijo Paulina.

Barbetti se alejó.

Un momento despues, Paulina decia á Miguel:

—Ha llegado la hora.

—Sea como tú lo quieres, respondió Cervantes.

Y con el laúd bajo el brazo, avanzó hácia la casa.

Paulina se quedó entre las ruinas, oculta por unos brezos.

Desde allí veia perfectamente la casa de Abigail, cuya mezquina fachada estaba iluminada de lleno por la luna.

CAPÍTULO XXXIX.

Un alma buena envuelta por un alma infernal.

Cervantes se acercó á la casa.

Iba contrariado, luchando contra la resistencia de la dignidad, que le decia que no era noble valerse de engaño, ni aun contra los malos.

Le dominaba, sin embargo, la influencia de Paulina.

Él concebia en Paulina la grandeza del alma, lo suave y lo encantador de la virtud.

¿Y qué hombre enamorado, á la manera que Cervantes lo estaba, no atribuye

á la mujer de su amor todas las virtudes imaginables, todas las grandezas posibles y aun soñadas?

Paulina embriagaba á Cervantes.

Pero no tanto que á través del sueño no se abriese paso la severa verdad.

El amor de Paulina le hacia por una parte inmensamente feliz.

Por otra, impiamente desventurado.

Él recordaba que de una manera semejante, en los primeros dias de su conocimiento, habia amado á Beatriz.

Que se habia sentido por aquel mismo tiempo, gravísimamente impresionado por doña Magdalena.

Que la jóven y bella y desventurada duquesa de Puente de Alba le habia conmovido.

Que, en fin, aquella misma Abigail, á la que se acercaba para engañarla; á la que apénas si habia visto dos veces, le habia interesado tanto por su hermosura, como por lo especial de las circunstancias en que la habia conocido.

Todo lo que por él habia pasado á causa de las mujeres, se revolvia en su imaginacion, y se ponia bajo la luz de su razon.

Sacaba en claro, que la mujer para los hombres impresionables á la manera que él lo era, venia á ser el más grave de los padecimientos.

Una tentacion perenne.

Una red jamás calmada.

Un empeño tras el cual, una vez vencido, sobrevenia la indiferencia.

El hastio tras el ánsia.

El remordimiento tras la falta.

Las obligaciones contraidas ciegamente por la locura.

El dificultamiento de la vida.

La perturbacion de la conciencia.

Comprendia que Adan hubiera perdido el paraíso y la inmortalidad por Eva.

Pero comprendia tambien que no habia en el sér reflexion ni fuerza de voluntad que bastara para apartarse de aquella dulce perdicion.

Ya lo hemos dicho.

Para ser libertino es necesario no tener corazon.

Y Cervantes le tenia.

Conocia la culpa, no podia evitarla, y sufria y se avergonzaba de sí mismo.

Habia dejado á Beatriz aletargada, despues de haberla mentido por caridad un amor que ya no sentia.

Le arrastraba Paulina.

Se acercaba á tender un lazo á Abigail

Esto le repugnaba, y sin embargo iba.

Paulina, que conocia harto á Cervantes, aunque hacia poco tiempo que le trataba, gozaba en su triunfo.

La vacilacion que se notaba en el paso de Cervantes, y que ella veia oculta

entre los brezos, la afirmaba más y más en su creencia de que Cervantes la amaba hasta el punto de contrariar su enérgico carácter.

De obedecerla como si hubiese sido su esclavo.

Llegó, al fin, bajo las ventanas de Abigail.

Ésta no dormia.

Ni aun se habia recogido.

Éstaba inmóvil, sentada en un sillon.

Staglioni acababa de salir.

Barbetti no habia creido sin duda oportuno decir á Paulina que el capitan habia ido aquella noche, y que acababa de irse.

Abigail habia entretenido el exigente, el delirante amor de Staglioni, diciéndole como siempre:

—No os amo aun lo bastante para ser vuestra.

Habia seguido aprovechándose de él, y preparándole para realizar sus proyectos, cuando fuese oportuno, lo más ántes posible y de la manera más concluyente.

Habia meditado libertarse por sí misma de aquella aborrecida Beatriz, y no lo habia conseguido.

Habia sabido con una rabia mortal que Beatriz no habia muerto.

Que su vida no corria peligro.

Era necesario, pues, que Beatriz y el mismo Aquaviva sucumbieran á una fuerza superior á la suya.

Por esto engañaba más y más cada dia á Staglioni, y más y más le enamoraba.

Y redoblaba las tentaciones.

Y aumentaba con una fuerza poderosa, con una intencion terrible, la mágia de sus encantos.

Staglioni se hubiera arrojado por ella al fuego.

Habia visto, habia aspirado en Abigail algo terrible, algo infinito, algo ideal, algo sobrenatural, algo que no habia visto en ninguna mujer.

Abigail se habia decidido á servirse cuanto ántes de Staglioni.

Paulina, pues, habia llegado á tiempo.

Un dia más, y tal vez no hubiera habido remedio.

Cervantes, en cuanto estuvo bajo las ventanas, empezó á templar su laúd.

A las primeras vibraciones, Abigail levantó la cabeza, y escuchó con asombro.

La casa estaba aislada.

En ella no habia otra mujer.

Asi, pues, á ella se dedicaba la música.

¿Quién era el músico?

Monseñor Aquaviva tal vez.

Pero, ¿cómo habia sabido Aquaviva que ella no habia muerto?

¿Que estaba oculta en aquella casa?

Además, Aquaviva no se hubiera metido en músicas.

Se hubiera presentado de una manera distinta.

¿Era tal vez alguno de sus muchos apasionados?

Entónces se sabia que vivia, y no sólo esto, sino tambien el lugar de su retiro.

Todo esto, ántes de salir de dudas, lo pensó Abigail en un momento.

Porque apénas oyó el sonido del laúd, cuando se lanzó á la ventana.

Miró, y exhaló un grito de sorpresa, de felicidad.

Habia reconocido á Cervantes.

Y reconocerle, lanzar aquel grito de sorpresa, de amor, de placer, dejar la ventana, lanzarse por las escaleras, abrir la puerta de la casa y llegar á Cervantes, fué sólo obra de algunos momentos.

Dejó de sonar el laúd.

—¡Ah! ¡sois vos! exclamó: ¡y luego dirán que mienten los sueños!..

Cervantes se sobrecogió.

No se habia acercado á él una mujer, sino un arcángel maldito.

El arcángel de la sensualidad, de la pasion, llevadas hasta el paroxismo.

Una bacante.

Una fúria.

Pero hermosísima.

—¡Ah! no importa, no importa, dijo Paulina, que comprendió la situacion: mejor... mejor... así será el engaño más perfecto, y ello pasará. ¿Por qué tener celos?

Y Paulina creyendo ya inútil su observacion, se retiró y se perdió entre las ruinas.

Se sentó bajo una arcada.

Cervantes entónces miraba asombrado á Abigail.

—¡Sí, yo soy! dijo ésta con amoroso acento: pues qué, ¿no me reconoceis? ¿si no me reconoceis, es que no soy yo la mujer á quien buscabais?

Y habia mucho de sombrío, mucho de sininestro, mucho de amenazador, pero tambien un fondo de indudable pasion en estas palabras de Abigail.

—Perdonad, señora, dijo Cervantes; pero yo no sé lo que me sucede.

De tal manera le habia temblado la voz á Cervantes al decir estas palabras, con un tal abandono, con una tal expresion miraba á Abigail, que ésta se sintió señora del hombre á quien tanto amaba, y sonrió de felicidad.

¿Cómo no habia de engañarse?

Cervantes se habia sobrecogido al ver de improviso la hermosura enérgica, sobrenatural, radiante de Abigail, por aquel su amor empeñado hasta el delirio, que era el alma de su alma.

—¡Ah!... ¿me reconoceis? ¿era por mí por quien veníais?... ¡Oh! ¡sí, sí; yo lo he soñado!

—Yo sueño tambien, dijo Cervantes: yo no sé lo que me sucede: yo muero.

Y entónces Cervantes no se acordaba ni aun de Paulina.

No tenia ni ojos, ni vida, ni alma, más que para Abigail.

Y en efecto: no sabia lo qué le sucedia.

Con tal esplendor de hermosura, de pureza, de amor, se le habia presentado Abigail.

Una mirada suprema, inmensa, ardiente, abrasadora, infinita, llena de cuantas bellezas, de cuantas seducciones, de cuantos incentivos, de cuanto amor puede producir el alma ardiente de una mujer como Abigail, habia partido de los ojos de ésta para encontrar los de Cervantes; y la fascinacion que esa mirada habia producido en Cervantes, crecia imponderablemente en fuerza á cada momento que pasaba.

—¡Ah! reportaos... reportaos, señor mio, dijo Abigail: yo no esperaba ser tan venturosa... yo no creia que me amabais tanto.

—¡Amor! exclamó Cervantes: ¡esto es morir!...

—Pues bien, sí, dijo Abigail: así es mi amor; venid; seguidme; hablemos.

Y asiendo de una mano á Cervantes, entró con él en la casa.

Cervantes se dejó conducir hasta una pequeña habitacion que estaba puesta con un gran lujo.

Staglioni no habia querido careciese de nada en su retiro la hermosa de su alma.

Habia apurado los refinamientos del lujo.

Aquella habitacion, ornamentada como lo estaba, tenia un decidido carácter oriental.

El traje de Abigail era judío, y de un lujo extraordinario.

La garganta y el nacimiento de su seno estaban cubiertos de collares.

Su ámplia túnica era de brocado.

Sus arracadas eran de gruesos brillantes.

Lucian inquietos á causa del temblor que agitaba todo el sér de Abigail.

Pero no lucian tanto como sus negros ojos, fijos con una intensidad irresistible, con la expresion de un amor sobrenatural, en Cervantes.

Sus cabellos ondeados, negrísimos, finísimos, levantados sobre la tersa frente, la daban un aspecto extraño, en que habia algo de poderoso, algo de terrible, que representaba una gran fuerza de vida, un embeleso de pasion y de amor.

Y luego, aquellos riquísimos cabellos caian en largas y anchas trenzas, en que se entretegian rubíes.

Y todo esto dentro de una gran juventud, de una gran frescura, de una gran morbidez, de una encantadora y preciosa turgencia.

La inefable sonrisa de la felicidad, hacia parecer más fresca aun, más pura, más jóven, á Abigail.

Y apénas si ésta tenia diez y ocho años.

Se habia sentado con Cervantes en un diván.

Le habia asido las manos, y se las lastimaba á causa de los múltiples aros de las ricas sortijas de que se veian llenas las manos, y á causa de una presion nerviosa é involuntaria.

Cervantes no sentia este ligero dolor.

Toda su alma, ó por mejor decir, toda su voluntad, estaba absorvida por

aquellos lucientes y enamoradísimos ojos; por aquellas mejillas enrojecidas de una manera hechicera; por el placer del amor; por aquellos labios de preciosa forma, encarnados, rosados, temblorosos que se entreabrian como anunciando el beso del delirio.

Cervantes no juzgaba: sentia.

Sintiendo, se embriagaba.

Embriagado, sufria un tormento y un placer indecibles.

Abigail era en aquellos momentos Eva, representando todas las tentaciones de Satanás para Adan.

Eva no pudo ser más hermosa, más incitante, más irresistible que lo que entónces lo era Abigail.

Cervantes no tenia voluntad.

La vida que sentia, era una vida extraordinaria.

La fascinacion crecia y crecia.

Era demasiado, y Cervantes dió un grito y perdió el conocimiento.

Habia sido aquel un cielo de hermosura.

Un demonio se habia apoderado de él.

—¡Oh! exclamó Abigail: ¡no hay... no ha habido... no habrá una mujer más venturosa que yo sobre la tierra!... mi amor le mata... su corazon no puede resistir la fuerza del amor que yo le inspiro. ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡gracias!

Paulina, entre tanto, permanecia sentada al pié de la arcada.

Paulina sentia alguna vez un impulso de celos.

Pero le sofocaba, y repetia:

—No importa... no importa... mejor.

CAPÍTULO XL.

De como las espadas de buen temple, se cimbrean, pero no se rompen.

Pero estas perturbaciones del espíritu y de la materia, producidas por sensaciones extraordinarias, fulminantes, nos atreveremos á decir, por un fenómeno nervioso, si no matan, pasan.

Y aquella situacion pasó, ó por mejor decir, se regularizó para ambos.

Sobrevino algo semejante á la calma.

—En verdad, señora mia, dijo Cervantes, que yo no creia fuera posible un tal amor sobre la tierra.

—¡Fuego del cielo! exclamó Abigail sonriendo como un arcángel.

Cervantes, aun que más dueño de si mismo, estaba completamente embriagado.

No se acordaba de nada extraño á Abigail.

Y sonreia con delicia.

Saboreaba el encanto, y se sentia con más ánsia de saborearle.

—¡Oh, mi vida y mi alma! exclamó: Dios os ha hecho incomparable.

—Y tambien incomparablemente dichosa: vos me pareceis un Dios.

—Y vos existíais; vos me amabais: yo tenia en mí este amor que por vos siento, y el cruel destino nos separó.

—Pero no volveremos á separarnos.

Un rayo de memoria se abrió paso por entre el caos de delirio, de voluptuosidad, de marasmo de la razon en que se encontraba Cervantes.

A la luz de aquel rayo, vió á Beatriz doliente en el lecho, herida por aquella misma mujer.

A Paulina, á su Paulina, á la mujer de su amor, esperándole entre las ruinas.

Tal vez devorada por los celos de una situacion necesaria, en que ella misma le habia puesto.

Empezó á operarse una reaccion en Cervantes.

Empezó á comprender que no estaba enamorado de Abigail, sino fascinado por una suma de encantos y de voluptuosidad tal, que no habia podido resistir á ella.

Y la reaccion fué creciendo.

Parecia que tambien Abigail se rehacia.

No para desencantarse, porque ella amaba á Cervantes con cuanto amor habia en su terrible alma, sino para pensar en la realidad de su posicion.

En salir de la situacion insostenible en que se encontraba.

Ella creia, y no podia ménos de creerlo, tal habia sido el delirio de la naturalísima y comprensible fascinacion de Cervantes, que éste la amaba con no ménos intensidad que ella le amaba á él.

Estaba satisfecha.

Parecia buena.

Todo lo siniestro, todo lo sombrio habia desaparecido de su mirada, de su semblante, de su acento.

Estaba alegre, satisfecha: con la alegria, con la satisfaccion de una niña.

Parecia un arcángel.

Si Paulina no hubiera sido más arcángel que ella; si Cervantes no hubiera amado á Paulina; si no hubiera estado en el comienzo ardoroso y embriagador de aquellos amores, Cervantes no hubiera pensado en resistir á la influencia de Abigail.

Pero en él predominaban, como amor candente, Paulina; como amor ya de calma, como una especie de fraternidad purísima, Beatriz.

El hermoso Satanás iba perdiendo terreno.

Recordó, en fin, perfectamente Cervantes, porqué estaba allí.

A qué habia ido allí.

Quién le habia llevado allí.

Sintió una especie de despecho por haber perdido la razon.

De vergüenza por no haber podido ser dueño de sí mismo.

Habia determinado una tercera situacion gravísima.

Una mujer más tenia derechos sobre su conciencia.

Ya esclarecida su razon, se le hacia horrible, repugnante, tender un lazo á aquella mujer que por él habia enloquecido de amor; que por él habia determinado su perdicion.

Pero aquella mujer era terrible.

Aquella mujer habia herido á Beatriz.

Aquella mujer le habia buscado para decirle:

—Vuelve á tu casa, y vé lo que he dejado en ella.

Y aquella mujer, entre el deleite del amor, le habia dejado oir estas terribles palabras:

—¡Que viva! ¡que viva! ¿qué me importa? ¡yo no tengo celos de ella!

Despues le habia dicho:

—Tuya hasta la eternidad: para nosotros no hay nada más que nosotros, ni en la tierra ni en el cielo.

Y habia la expresion de un triunfo cruel sobre Beatriz, en la mirada, en la sonrisa, en la expresion entera de Abigail.

Cervantes se estremeció.

Lo terrible nos provoca, dijo Abigail; ¿pero qué importa? tú eres valiente, y yo soy formidable; yo no tiemblo ante nada: nuestros enemigos, los unos están dominados por el amor que sienten por mí; los otros son débiles. ¡Ah! yo haré que no puedan ponerse á nuestro paso; que no puedan impedir, ni aun turbar nuestra felicidad: exterminaré á los unos, y dejaré reducidos á la impotencia á los otros.

Cervantes iba despertando más y más.

Abigail creia que poseia el alma de Cervantes, que la tenia sujeta á la suya, y no se recataba.

Se dejaba ver de él con todo el esplendor de su sombrío, de su terrible carácter.

—¡Oh! ¡y cuánto he sufrido al lado de ese hombre; de Julio Aquaviva! ¡cuánto se me irritaba el alma! ¡qué repugnancia, qué vergüenza, qué dolor sentia en ella cuando sus ojos me devoraban transidos de amor, y pasaban con una mirada repugnante de mis ojos á mi boca, de mi boca á mi garganta! ¡oh! tú no sabes cuánto hace sufrir á una mujer que ama á otro, que tiene en el alma un Dios, esta delectacion grosera y horrible de un hombre á quien no se ama. Ese miserable me cree muerta: otro hombre más miserable que él se lo ha hecho creer; pero vivo, viviré para castigo de esos dos infames. ¡Oh, sí! tú y yo los venceremos; son cobardes: ¿cómo se pondrán ellos ante la espada de mi noble, de mi bravo Miguel? ¿Y espada dije? ¡oh, no! ¿para qué dar nada que buscar á la justicia?

¿por qué no ha de venir la muerte oculta, misteriosa, sobre aquellos cuya vida amenaza á nuestra vida? ¿para qué ha hecho Dios los filtros que enloquecen y los filtros que matan? sí; la muerte para ellos; la locura para ella: para nosotros, las riquezas, la paz, el amor, la felicidad.

Indudablemente Abigail, engañada por la fascinacion que veia en Cervantes, creia que éste tenia el alma completamente semejante á la suya.

Y la razon se iba esclareciendo más y más en Cervantes.

Lo recordaba ya todo.

Comprendia cuánta razon tenia Paulina.

Veia clarísimamente que Abigail era una mujer terrible.

Que dadas las circunstancias, y dentro completamente del derecho de legítima defensa, habia una imprescindible necesidad de destruirla.

Pero esto repugnaba extraordinariamente, de una manera invencible á la generosa alma de Cervantes.

Le espantaba la situacion en que se encontraba, por otra parte, y no por él.

Por Paulina; por Beatriz.

No podia dominar aquella situacion sin llegar á algo terrible, cualquiera que fuese el camino que eligiera.

Comprendió que no debia alarmar á Abigail.

—¡Oh, sí, amada de mi alma! dijo: todo, ántes que perder nuestra felicidad: puesto que ellos lo quieren, que ellos se obstinan, no es nuestra la culpa.

—¿No es verdad, amado mio? dijo Abigail: cuando recuerdo todo lo que á causa de ellos y de ella por tí he sufrido, no hay en mí para ellos ni para ella perdon ni misericordia.

—¿Y por qué no huir, dijo Cervantes.

—Nos perseguirian hasta el fin del mundo: nos encontrarian cualquiera que fuese el lugar en que nos ocultáramos; nos heririan á traicion: son ricos y poderosos. ¿Y por qué hemos de huir? ¿por qué hemos de escondernos? ¿por qué hemos de vivir con un perpétuo recelo, con un perpétuo cuidado? Los muertos, Miguel mio, no se levantan de sus tumbas, los muertos no pueden hacer daño á nadie.

—Mueran, pues, dijo Cervantes, que creia imprudente hacer perder la confianza á aquella tremenda mujer.

—Peró disimulemos entre tanto, dijo Abigail: ahora véte: la noche es muy avanzada; yo no sé hasta qué punto hemos sido imprudentes: me guarda un hombre en quien Spungatti tiene una completa confianza; es necesario que yo repose, que me haga dueña de mi misma, que fascine á mi guardian, porque pueda estar segura de él: oye, amor mio: tú vendrás mañana á la noche, á la misma hora á que has venido hoy, y esperarás entre las ruinas: Barbetti, que es el hombre que me guarda, irá á buscarte: tal vez vaya yo misma: tal vez, cuando tú vengas, estará todo resuelto: seremos libres.

—¡Y cuánta será nuestra ventura! dijo Miguel.

—Ahora ven, dijo Abigail levantándose y asiendo de la mano á Cervantes: es necesario que salgas.

Y le condujo á la puerta.

—Adios; hasta mañana á la media noche, le dijo: fé y esperanza.

—¡Adios, alma de mi alma! dijo Cervantes.

Y se puso en marcha.

Abigail permaneció á la puerta hasta que Cervantes entró en las ruinas.

Suspiró y cerró la puerta, murmurando:

—¡Oh! ¡qué feliz soy! ¡su alma es mia! y huiremos, seremos libres: pero esta felicidad lo domina en mi todo: me ha sobrecogido; yo no la esperaba ni tan grande ni tan pronta: me he olvidado de preguntarle cómo ha sabido que yo no habia muerto, y cómo ha averiguado donde podia encontrarme. ¿Y bien? ¿qué importa? él tampoco se ha acordado de ello; no hemos tenido ni vida, ni alma, ni voluntad más que para nuestro amor: ¡oh! ¡qué feliz soy! su alma y la mia son iguales; dos almas hermanas; más aun: una misma alma.

Y llegó á su lecho, se desnudó y se recogió.

Entre tanto Cervantes habia buscado entre las ruinas á Paulina.

La habia encontrado con facilidad.

Verdad es que Paulina habia salido á su encuentro.

CAPÍTULO XLI.

De como los buenos, cuando no pueden hacer otra cosa mejor, toman la resolucion ménos mala.

Paulina estaba pálida y triste.

Se habia sujetado á una prueba superior á sus fuerzas.

Su brazo, al asirse al de Cervantes, temblaba.

—Volvámonos cuanto ántes, dijo Paulina.

—Tú decias bien, exclamó Cervantes; esa mujer es una fiera: más aun: un demonio.

—¡Oh! ¡si! dijo Paulina reanimándose, porque habia notado ódio hácia Abigail en el acento de Cervantes; bien lo decia yo: es necesario destruirla.

—La tentacion de Satanás, la sonrisa de Lucifer van con ella, dijo Cervantes: si tu espíritu no me hubiera protegido, adorada mia, esa mujer hubiera perdido mi alma.

—¡Ah... Miguel! exclamó Paulina sonriendo con toda su alma; yo no me he engañado: tú eres fuerte; tú eres franco; tú me amas; yo lo sabia: pero ha llegado un momento en que he dudado. ¡Oh!... ¡gracias!... ¡gracias!... ¡tú aborreces á esa mujer!

Cervantes habia creido necesario y justo, librar del amargor de los celos á Paulina.

Habia sabido mentir, y la habia convencido.

Porque Paulina, que al fin habia vacilado, le habia dejado sentir, aunque de una manera involuntaria, su sufrimiento.

—Aun faltan dos horas para el dia, dijo Cervantes: la noche es tibia, deliciosa: déjame que yo á tu lado recobre la paz de mi alma; me ha horrorizado aquella mujer: su amor es un infierno.

—¡Oh! ¡sí! dijo Paulina, en la que aun duraban algunas sombras de celos: es un hermosísimo demonio.

—La hermosura de Satanás es horrible, contestó Cervantes: la hermosura de Satanás, mata: yo la habia visto en sueños: era del mismo color de la nube, estaba envuelta en ella, y sin embargo, tenia todos los colores, toda la vida, todo el fuego de una hermosura maravillosa que suspendia el alma, que hacia adorar lo celeste, y que, sin embargo, espantaba: era la muerte en la vida; lo horrible no lo bello; lo espantoso en lo sublime: el dios del mal; el infierno.

—¿Y has visto así á esa mujer? exclamó con la voz cobarde Paulina.

—Sí; más horrorosa, más terrible aun; pero aquello era sueño, y ella ha sido realidad.

—¿Y no te ha devorado el alma, ni por un solo momento ese infierno? dijo Paulina con la voz más cobarde aun.

—No; porque en mi alma, en mi corazon, en mi memoria, vivia el ángel de mi guarda: estabas tú.

Paulina miró á Miguel, y le dejó ver una mirada de gratitud y de amor, y una celeste sonrisa.

—¡Ah! ¡cuán diferente tu hermosura de la suya! exclamó Miguel.

—Pues yo tambien tengo el alma fiera.

—Sí, dijo Miguel; para defender tu amor.

—¿Y qué? ¿acaso ella no defiende tambien el suyo?

— Por medio de la destruccion.

—Es que yo tambien destruiré, dijo Paulina con energía.

—No; tú no destruirás, dijo Cervantes; Dios no te ha hecho para destruir, sino para ser buena; para amar.

—¿Y puedo yo amar, y dejar en peligro á quien amo?

—Preferible es huir del peligro.

—Esa mujer fascinará á los hombres que la aman, y que son poderosos, y los volverá contra tí.

—¿Y por qué no hemos de contar con el amparo de la providencia de Dios?

—¡Miguel... Miguel... que me parece que estás enamorado de esa mujer!

—No, exclamó con vehemencia Miguel: es que no quiero ver sangre ni horror en la frente de mi ángel.

—La sangre de los malvados, no sale á la frente de los buenos.

—La sangre, sea cualquiera la razon por qué se vierta, sino llama á la conciencia, amarga el corazon: yo no quiero que tu corazon se amargue.

—Y entónces, ¿para qué te he puesto yo al lado de esa mujer?

—Para que acabe de conocer cuánto vales tú, adorada mia.

—¡Oh! ¡y cómo me domina tu amor! ¡cómo me someto á tu voluntad! ¿qué quieres tú que sea, dueño mio?

—Mañana partiremos de Roma: iremos á Mesina, donde ya se están juntando las gentes y las galeras de la Liga. Nos pondremos bajo las banderas españolas.

—¡Oh! ¡sí! ¡sí! ¡y yo á tu lado! exclamó Paulina.

—No, amor mio, no, exclamó Cervantes: yo tendria miedo: me espantaria el mar de miedo de que te tragase; me acobardaria el combate de miedo de que perecieras en él.

—¿Y qué muerte más gloriosa que la recibida en defensa de Dios? déjame que yo expie mi error; que Dios halle en mí buenas obras que poner en la balanza de su justicia. Mira; los soldados nobles, llevan un paje que les sirva: yo seré tu paje.

—¡Paulina de mi alma!

—¡Oh! ¡sí! puesto que no quieres que yo extermine á nuestros enemigos, nos ocultaremos á ellos entre los pliegues de la gloriosa bandera de tu España. ¡Ah! ¡no resistas mi deseo! yo soy valiente; el peligro no me espanta; Dios nos protegerá; Dios, y mi divina patrona la Santa Madonna del Carmelo.

—¡Y bien!... exclamó Cervantes: puesto que no podemos permanecer aquí sin peligro; puesto que no podemos evitar ese peligro sin dar en el crímen; puesto que no podemos separarnos, ¿por qué he de desconfiar de la misericordia y de la providencia de Dios? ¿por qué no llevarte á mi lado, como mi paje? ¡Sea! muy pronto partiremos.

—¿Y la señora Beatriz?

—¡Oh! ¡sí! ¡sí! yo no me he olvidado de ella: partirá tambien.

—¿En el estado en que se halla?

—Puede ser trasladada: está ya casi restablecida: la herida no puede traer consecuencias por el movimiento.

—¡Oh! ¡sí! que tambien se salve, dijo Paulina con acento sentido.

—¿Y por qué no partir para España en vez de partir para Mesina. En España podria yo dejar con mi familia á Beatriz.

—Eso es mejor, dijo Paulina: ¡oh Dios mio! pero lo mejor seria que nos hubiésemos conocido ántes. ¡Oh, entónces!... y bien: si tú no hubieras conocido á la señora Beatriz, si ella no te hubiera amado, si no la hubieses amado tú, no nos hubiéramos conocido: ¿y qué culpa es la nuestra, si no hemos podido resistir á nuestro amor, si nuestro amor nos ha dominado más poderosamente que nuestra razon? sin embargo, si tú tienes valor para que nos separemos...

La voz de Paulina se cortó por un sollozo, y se echó á llorar.

—¡Ah! ¡yo no puedo... yo no puedo! ¡Señor Dios mio! ¡Santa Patrona mia! ¡yo moriria si me alejase de él!...

Cervantes se sintió glorificado, y á la par amargado de una manera infinita.

¿Por qué hacia Dios que él no pudiese gozar las bellezas de aquel arcángel sin remordimiento alguno?

¿Por qué se habia unido ante Dios y su conciencia con Beatriz?

Cervantes era noble, honrado, recto, temeroso de Dios.

Paulina, regenerada de su error, habia adquirido algo de ángel.

Y la situacion era insoluble.

Los amores de Cervantes y de la *pequeña Fornarina* no podian ser legítimos ante Dios.

Pero lo eran ante la naturaleza; ante el corazon: y la naturaleza y el corazon, que vienen á ser una misma cosa, podian en ellos más que el rígido y severo sentimiento del deber.

Sucumbian á una fuerza mayor.

A un impulso irresistible.

A una predestinacion.

Vagaron largamente por entre la desierta Roma, pasando junto á sus grandes monumentos sin verles, tal iban de preocupados con su amor y con su situacion, hasta que empezó á transparentarse el alba en el Oriente.

Entónces salieron por la puerta más próxima al Tíber.

Paulina entró en su casa, decidida á partir aquel mismo dia con su padre, á quien convenceria á seguirla.

Esperaria á Miguel en Civitavecchia.

Miguel partiria aquel mismo dia de Roma con Beatriz, á la que convenceria tambien.

En Civitavecchia se encontrarian Miguel y Paulina.

Cuando ésta hubo entrado en su casa, Miguel se fué al palacio de los Magos.

CAPÍTULO XLII.

De cómo se salió de Roma Paulina, y tuvo un buen tropiezo á principios del camino.

Paulina entró en su casa, cuando aun no se habia levantado su padre para ir como de costumbre á la panadería.

Los mozos debian haber terminado ya la hornada.

La panadería estaba en otro edificio, un poco más allá de la plaza de los *Ahorcados*.

Bartolini no queria que hubiese hombres jóvenes continuamente al tope de su hermosa hija.

Tenia además, otros negocios más importantes para él que la panadería, y evitaba testigos importunos.

Tenia encargado de la panadería á un antiguo criado; era rico, y se daba buena vida.

Nada le inquietaba más que sus ideas religiosas y políticas, hijas sin duda del error, pero sentidas de buena fé, y por las cuales habia arrostrado hasta el horror.

Habia hecho causa comun con bandidos y asesinos.

Deplorables actos á que arrastra el extravío de la pasion política y religiosa.

Bartolini, romano de pura raza, tenia en las venas el gérmen de libertad, el antiguo espíritu del pueblo rey, que llevó á Rienzi, y á otros tanto tribunos, á la catástrofe de su ambicion.

A sus anteriores cuidados, á sus recelos, se habia unido el agudo dolor que le habia causado la renegacion de Paulina.

Dolor más agudo aun, por haber causado la apostasía de su hija, el amor de un extranjero que no era libre.

Porque no podia considerarse libre á un hombre que se sentia unido en su conciencia por sagrados deberes, á una mujer.

Sin embargo, la primera pena de Bartolini era su hija.

Lo único que tenia en el mundo.

Para él no habia habido nunca otra voluntad que la de Paulina.

Habia llegado la hora de la prueba, y Bartolini se habia sometido humildemente á la voluntad de Paulina.

Pero sufriendo un infierno.

La habia sentido salir aquella noche.

—Y bien, se habia dicho: yo no sé... yo no puedo oponerme á su voluntad: Dios la proteja y me proteja á mí.

No habia dormido.

La habia sentido volver.

Se levantó entónces.

Se fué al cuarto de Paulina.

Ésta se habia recogido para tomar un breve descanso; y fatigada por las fuertes emociones que habia sufrido, se habia dormido al momento.

Bartolini la contempló.

Paulina estaba tranquila.

Sonreia en sueños.

—Al ménos, dijo Bartolini, ella es felíz.

Se fué á la panadería.

Volvió como de costumbre, tres horas despues, á las ocho de la mañana, para almorzar.

Hubo de almorzar solo.

Paulina habia salido.

Era la primera vez que Paulina faltaba á aquella hora de su casa.

Apénas si almorzó Bartolini.

Se volvió á la panadería.

Pero estaba inquieto.

Un misterioso afan le aquejaba.

Un secreto instinto le decia que debia suceder algo grave.

A las diez volvió á su casa.

Paulina estaba en su cuarto.

Entró en él Bartolini.

Pero inmediatamente dió un grito.

—¿Qué vas á hacer? exclamó.

Paulina estaba sentada ante un espejo, y con unas grandes tijeras en las manos, en actitud de ir á cortarse sus largas trenzas doradas.

Sonó el corte de las tijeras en una de sus trenzas, y Paulina dijo:

—Me estorban los cabellos, padre.

Y luego se cortó la otra trenza.

—No faltaba más sino que pensaras hacerte monja, exclamó alentando apénas Bartolini.

—Si entrara en religion, dijo Paulina, hasta que profesase no me cortaria los cabellos.

Y entre tanto sujetaba en un lazo dorado, las dos magníficas trenzas.

—Tomad padre, le dijo; id; llevadlas á la Santa Madonna del Carmelo de Monte-Caballo: yo ofrezco á mi Santa patrona mis cabellos, para que me tome bajo su proteccion.

Bartolini tomó estupefacto las dos trenzas, y permaneció mirando de una manera atónita y extraviada á Paulina.

—Pero explícame esto, dijo al fin.

—¿Cómo quereis, padre, dijo Paulina, que vaya á la empresa contra el turco un paje de armas, con unas tales trenzas?

—¡Pero ese es el colmo de la locura, hija mia! exclamó Bartolini. Harto débil y harto condescendiente he sido como padre, y no puedo consentir esto.

—Mirad, padre, dijo Paulina tomando un envoltorio voluminoso que habia sobre una silla, poniéndolo sobre la mesa y deshaciéndolo: aquí hay ya, por lo ménos, dos trajes completos de paje: uno para todos los dias; otro de gala: me han costado caros, pero son muy buenos.

Y empezó á mostrar á Bartolini las prendas que componian los trajes.

Bartolini se aturdia más y más.

—Pronto, padre, dijo Paulina: buscadme dos caballos enjaezados: uno para vos, y otro para mí.

—¡Pero Paulina! exclamó Bartolini: ¡te estoy viendo, te estoy oyendo, y me parece que sueño! ¿es verdad que te escucho?... porque me parece que estoy soñando.

—Pues bien, padre, dijo Paulina; volviéndose humildemente á Bartolini matadme si así os place, pero no me maldigais, porque yo no puedo dejar de hacer lo que hago.

—¿Si no te maté ayer, cómo he de matarte hoy? contestó sombríamente Bar-

tolini. Es necesario someterse á la voluntad de Dios: tal vez castiga en mí grandes pecados.

—Padre, exclamó Paulina; á él, á mí, á vos, nos amenazan en Roma horribles peligros: él no quiere que yo mate, que yo destruya: me ha hecho sentir horror á la sangre: si no matamos, morimos. Es necesario huir.

—¡Huir!

—Sí, á lo ménos apartarnos de Roma por algun tiempo; tengo la seguridad de que ellos se destruirán: mi trabajo no habrá sido en vano: no tardarán en destruirse entre sí.

—¡Las mujeres!... ¡el amor!... exclamó Bartolini: ¡maldito sea el amor!...

—¡Bendito sea mil veces! exclamó con vehemencia Paulina: pues qué, ¿se puede vivir sin amor? el amor es santo, el amor es Dios, porque él regenera y salva.

—¡La idolatría de la criatura por la criatura! exclamó Bartolini.

—El decreto de Dios que se cumple, dijo con acento inspirado Paulina. ¡Ah! añadió: llevad tambien ese hermoso cuadro de la *Sacra Familia,* al monasterio de Monte-Caballo, y ofrecedlo tambien á la Santa Madonna del Carmelo.

Paulina enviaba su retrato á la vírgen.

Una profanacion de Rafael.

Una copia de la hermosísima *Fornarina,* de la cual era un exacto retrato viviente su nieta.

—¡Basta ya! exclamó Bartolini pretendiendo recobrar su autoridad de padre: ¡esto es el colmo de la locura!

Pero era ya tarde.

Habia dejado tomar demasiado imperio sobre él á su hija.

Ante ella era impotente.

Paulina lo sabia.

Sin embargo, se valió de la elocuencia, de la humildad, de la persuasion, y aun de las lágrimas.

Bartolini se rindió al fin.

Llevó las trenzas y el cuadro de la *Sacra Familia* al convento de Monte-Caballo, cuyo superior no supo cómo mostrarse agradecido á Bartolini y á su hija.

Se daba á su convento una de las más hermosas obras de Rafael, y las dos trenzas rubias más gruesas y más largas y más hermosas del mundo.

A Bartolini, aun que era rudo, cuando dió las trenzas de Paulina, se le llenaron los ojos de lágrimas.

El superior le dió dos escapularios benditos, cada uno de los cuales contenia una pequeña reliquia.

No podia decirse que no habian sido bien pagados el cuadro de la *Perla* de Rafael y las dos trenzas de oro de Paulina.

Cuando llegó Bartolini á su casa, lanzó un grito de asombro.

Tenia ante sí á Paulina transformada.

Vestia un precioso traje de brocatel pardo oscuro en oro, calzas de seda azul,

botas de gamuza altas con espuelas, y capa de raso rojo, aun que hacia calor: tenia cortados cortos los cabellos, á la moda de Cárlos V, y sobre ellos un birrete de terciopelo pardo, con toca de diamantes y pluma blanca.

Ceñia, además, espada y puñal.

Mostraba guantes de ámbar, y tenia en la mano un pequeño antifaz de seda negro, no para disfrazarle, sino para defender el rostro del aire y del polvo.

Un antifaz de viaje.

Aparecia alta, esbelta, gallarda á maravilla.

Parecia, en verdad, un paje de señor rico, y de diez y siete á diez y ocho años.

Es decir: que vestida de hombre, representaba alguna más edad que la que tenia.

Fluía de ella, además, sin perjudicar á su hermosura, algo de fiereza.

Tenia, pues, el aspecto varonil.

Nadie la hubiera creido una mujer.

—Si yo no fuera tu padre, exclamó Bartolini ya completamente entregado, mataria al hombre á quien tú amas.

—¿No os parece, padre mio, dijo Paulina, que yo hago bien un paje de armas?

—¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Bartolini: tú acabarás por volverme loco.

—Pues yo os quiero con mucho juicio, padre mio, dijo Paulina; y como todo está prevenido, poneos en traje de camino, tomad todo el dinero que tengais en casa, y presto en camino para Civitavecchia.

Las dos mozas y el mozo que habia en la casa para su servicio, estaban asombrados, y no sabian lo que les acontecia.

En el patio habia dos caballos enjaezados que habian traido, y en ellos habia puesto Paulina maletas llenas de ropas, y los criados alforjas con viandas fiambres.

Bartolini no cuestionó más.

Se vistió de viaje.

Llamó al encargado de la panadería, y le encargó por completo su casa.

Se llenó los bolsillos de oro.

Se ciñó las armas.

Puso al arzon de cada uno de los caballos, un arcabuz.

Montaron luego á caballo él y Paulina, se despidieron de los criados, y diciendo que volverian pronto, salieron de la casa.

—Quiera Dios, dijo Bartolini, que volvamos á entrar, más venturosos que salimos.

—¡Oh! confiemos en la providencia de Dios, padre, dijo Paulina.

—¡Dios... Dios! exclamó Bartolini: ¡no quiera Él castigarnos!...

Y apretó al caballo por la márgen del Tiber, para buscar el camino de Civitavecchia.

Paulina, que, como panadera, habia cabalgado mucho en las caballerias de su casa, se tenia firme, y de una manera admirablemente gallarda, á caballo.

Cuando salieron al camino, Paulina tendió su caballo al galope.

Su padre la siguió.

Parecia que huian.

No se habian despedido de nadie.

Como á una legua de Roma, encontraron una carroza de camino, que iba muy despacio.

Algunos hombres á caballo, armados á la jineta, parecian servirla de escolta.

A Paulina se le agitó el corazon.

¿Por qué marchaba tan despacio aquella carroza?

Tal vez porque conducia á alguna persona enferma.

¿Y no podia ser esta enferma persona la señora Beatriz?

Esto era casi indudable.

—Padre, dijo á Bartolini; aguijoneemos: alcancemos aquella carroza.

—¿Y para qué, hija?

—Allí van ellos.

—¡Ellos!

—Sí; ella y él.

—¡Dios me asista! dijo Bartolini que se puso densamente pálido. Nunca hubiera creido yo pudieras llegar á tanto.

—Aun estais á tiempo, padre, dijo Paulina. Matadme.

Bartolini no contestó.

Paulina aguijoneó su caballo.

Bartolini aguijoneó tambien el suyo.

Los de la escolta de la carroza, al sentir el ruido de la carrera de dos caballos, se volvieron, y por prudencia, tal vez porque se les habia mandado que fueran precavidos, atajaron el camino.

Cervantes, que, en efecto, en la carroza iba con Beatriz, sacó la cabeza por la portezuela.

Pero lo que pasó merece capítulo aparte.

CAPÍTULO XLIII.

Buena compañía, y tan buena, que no podia ser mejor.

Los jinetes que habian atajado el camino, con las lanzas terciadas, y como en muestra de pelea, cuando Bartolini y Paulina se pusieron á una distancia, desde la cual podian oir lo que se les dijese, gritaron:

—Deténganse, y digan qué quieren, y á dónde van.

Acortaron riendas Bartolini y su hija.

La carroza se habia detenido.

Cervantes sacaba la cabeza por la portezuela.

No veia más que dos jinetes que nada de sospechoso tenian, y que templaban su carrera, acabando por poner sus caballos al paso.

—¿Qué es ello, en fin? preguntó Beatriz, que pálida y débil aun, y hundida y casi oculta entre almohadones y ricas cubiertas de lana y seda, estaba en un ángulo de la ancha carroza.

—Buenas gentes, á lo que parece, contestó Miguel: dos jinetes que hacen sin duda su camino, y de los cuales nada tenemos que temer: sin embargo, allá voy yo, no sea que los nuestros dén en alguna imprudencia.

Y abriendo la portezuela, saltó de la carroza, dejando tranquila á la señora Beatriz, que habia temido una mala aventura.

Ya á este tiempo Bartolini y su hija se habian detenido, y avanzaba hácia ellos Sparzo, que iba de capitan, por decirlo así, de los ocho ó diez bravos tomados á sueldo, que custodiaban la carroza.

—Volveos atrás, Giuseppe, que yo voy, dijo Cervantes al mayordomo, al *factotum* de la que podia llamarse su mujer.

Sparzo habia reconocido á Bartolini á pesar de su antifaz, y por Bartolini habia adivinado á Paulina.

—Pues señor, dijo Sparzo revolviendo su caballo: es necesaria toda la prudencia del mundo: veremos por donde esto sale.

Cervantes no podia reconocer á Bartolini.

En primer lugar, sólo le habia visto una vez, y muy ligeramente.

El dia en que fué á su casa á ver el cuadro de la *Sacra Familia*.

El dia que conoció á Paulina.

Apénas si habia hablado con Bartolini.

Bartolini, además, no llevaba puesto su traje de panadero.

Vestia como un escudero de casa noble.

Tenia, además, sobre el rostro, un cumplido antifaz.

En cuanto á Paulina, nada vió en ella Cervantes que revelase á una mujer.

Le pareció por su traje, por su apostura, por su gentileza, un jóven caballero que iba de camino con un alto criado.

Algun señor romano de la estofa de Julio de Aquaviva.

Los caballos eran muy buenos y muy fuertes.

Los jaeces, como convenian á las cabalgaduras de personas ricas.

Suponiendo que aquel señor lo fuese, se echaba de ménos un buen resguardo.

La campiña estaba infestada de bandidos.

El nombre de los *Apuñaladores* resonaba, produciendo el terror por todas partes.

Pero tal vez aquel jóven caballero, con su escudero, no iban léjos.

Esto fué lo que pensó Cervantes.

Llegó á ellos, y les dijo:

—Yo os ruego que perdoneis á mis gentes si os han atajado el camino: ya sabeis que la campiña está mal segura, y que hay que desconfiar de todo.

No se atrevió á hablar Paulina, porque estaba muy conmovida, y temió que Cervantes la reconociese por la voz.

Pero Bartolini dijo:

—Tio y sobrino somos, y á Civitavecchia vamos para tomar allí un barco, y pasarnos á Mesina, llevados por el deseo de ir á la grande empresa que contra el turco se apareja: esto os digo, señor, para que os tranquiliceis; que ni mala gente somos, ni tras nosotros viene nadie que pueda dañaros, y no habeis menester pedirnos que perdonemos á vuestra gente por habernos atajado el paso; que vos lo habeis dicho; tan poco segura está, por esos infames *Apuñaladores*, la campiña de Roma, que toda precaucion es poca.

—Pues á Civitavecchia vamos tambien nosotros, dijo Cervantes, y si quereis acomodaros á nuestro lento paso, necesario, porque en aquella carroza vá una dama enferma, haremos juntos el camino.

—Con mil amores, dijo Bartolini, y así, aun que más lento, el camino se nos hará ménos pesado, distraidos por la compañía: pero habré de advertiros que no extrañeis que mi sobrino no hable.

—¿Es por desventura mudo? preguntó Cervantes.

—Voto lleva hecho de guardar silencio, hasta que Dios quiera que hablar pueda, y de conservar el antifaz hasta que posible sea quitárselo; y este voto es á causa de pecados que harto impremeditadamente ha cometido, y porque Dios se los perdone.

—¡Ah!... ¡pardiez! exclamó Cervantes dando un paso hácia Paulina.

Pero se contuvo.

Como Cervantes sabia que aquel dia habia de salir Paulina de Roma para Civitavecchia, las últimas palabras que Bartolini habia pronunciado con intencion, fueron un rayo de luz que le hizo ver tras el antifaz el semblante de Paulina.

—Pues ahora os digo, añadió, que de mí no os separareis, y que espero que pronto vuestro sobrino tendrá por cumplido su voto, y hablará, y descubrirá su semblante.

—Eso será segun la prudencia lo aconseje, dijo Paulina con su voz natural, pero profundamente conmovida.

No podia oirlos nadie, porque los otros estaban á bastante distancia.

—Cuidad de prevenir á Sparzo, dijo Paulina, que con vos habeis traido: Sparzo no es lo más leal del mundo: tened cuidado con él, que nosotros tambien le tendremos; y no se hable más, y volveos, que esa señora puede estar cuidadosa.

—Decis bien, señor mio, dijo Cervantes, y ningun cuidado tengais vos, que Dios hará lo que vos deseais y todos deseamos; y á la carroza venid, que yo voy para allá, y saludareis á la señora Beatriz, si eso puede hacerse.

—Sí puede, dijo Bartolini, que esa señora á mí no me conoce; y en cuanto á mi hija, bastará con lo del voto para que la señora Beatriz no extrañe que no hable.



— Buena gente son estos dos señores ; tio y sobrino son , que á Civitavecchia van , dijo Cervantes.

Echó por cortesía pié á tierra Bartolini, para llegar á pié con Cervantes á la carroza, y le siguió llevando el caballo de la rienda.

Paulina no echó pié á tierra.

Llegaron los tres á la carroza, y Cervantes dijo á Beatriz:

—Buena gente son estos dos señores; tio y sobrino son, que á Civitavecchia van para embarcarse para Mesina, donde piensan tomar bandera en las galeras que se juntarán de todas las naciones católicas contra el turco.

—Así es, señora, dijo Bartolini; y complácenos mucho á mi sobrino y á mí, el habernos encontrado con tan noble compañía para el viaje: y perdonad á mi sobrino el que no hable, que tiene hecho voto de no hablar y de no quitarse el antifaz, hasta que ciertas penitencias que por sus pecados le han sido impuestas, no se cumplan.

Debemos advertir que ántes de llegar á la carroza, Bartolini se habia quitado el antifaz.

Como que tenia la seguridad de que la señora Beatriz no le conocia.

Ni por sombras le ocurrió á Beatriz que aquel jóven, al parecer caballero, que acompañaba al viejo, y que la habia saludado con una profunda inclinacion de cabeza, fuese su rival: la *pequeña Fornarina.*

Bien es verdad que de tal manera habia satisfecho Cervantes á Beatriz, que ni aun se acordaba ya de aquella aventura.

—Yo me alegro mucho de llevaros en nuestra compañía, dijo Beatriz; que buenas personas me pareceis, y honradas; y de lo que llevamos, y de nuestros criados, podeis disponer como mejor os plazca.

Y despues de algunos cumplimientos, Beatriz añadió:

—Calor hace aun, y con el mucho polvo, intransitable está el camino; y si quereis gozar de más comodidad, entraos en la carroza, que ya veis que los asientos delanteros están vacíos.

—Gracias de todo corazon, noble y hermosa dama, dijo Bartolini; pero yo me acomodo mejor á caballo, y en cuanto á mi sobrino, ha hecho voto de viajar con las menores comodidades posibles.

—Pues sea como querais, señores, dijo Beatriz; que ni aun para favoreceros hemos de haceros fuerza.

Y tras esto, se despidieron: cerró uno de los criados la portezuela de la carroza, se puso Bartolini el antifaz, montó á caballo, y con su hija, delante de la carroza fué á ponerse.

Se continuó el viaje.

Caminaron todo el dia, sin haber hecho durante él, no más que cuatro leguas.

De tal manera era lento el paso de la carroza, que al de una pesada carreta de bueyes se parecia.

Al oscurecer llegaron á una pequeña aldea.

Pero en ella habia un buen *albergo,* como dicen los italianos; es decir: una buena posada, y en ella se acomodaron todos.

CAPÍTULO XLIV.

Lo que vale una mujer cuando ama.

Bartolini y su hija fueron á acomodarse al cuarto más retirado de la posada.

Necesitaban la soledad y el aislamiento.

Cervantes y Beatriz los convidaron á su mesa para cenar.

Cervantes estaba seguro de que agradecerian cortesmente el convite, y no acudirian á él.

En efecto: Bartolini respondió á Sparzo, que fué á convidarles:

—Hé aquí lo que vas á decir, pícaro: que con gran contentamiento nuestro iríamos á cenar con nuestros nobles compañeros de viaje: pero que mi sobrino no puede ir, por impedirle su voto hablar y descubrirse delante de extraños, y que yo no puedo dejar solo á mi sobrino.

—Muy bien, dijo Sparzo: mentiremos de manera que la mentira no dé qué sospechar.

—Y ahora te digo yo, Giuseppe Sparzo, dijo Bartolini, que estudies mucho para encontrar el medio de obrar lo más prudentemente que te sea posible, porque de otro modo te expones mucho á acabar tu mala vida miserablemente.

—Oid, señor y señora, dijo Sparzo: yo me alegro mucho de que nos hayamos salido de Roma, porque aquello andaba tan enredado, endiablado y puesto á punto de cualquiera mala ventura, que yo no sabia cómo íbamos á acabar; y si yo he hecho alguna cosa por la cual sospecheis de mí, reflexionad que yo estaba entre dos fuegos, y no sabia qué hacerme, ni cómo salir de uno y otro enrevesado empeño: pero pronto llegaremos á Civitavecchia, y allí nos embarcaremos, y de allí nos iremos á donde nada tengamos que temer, y en paz vivamos.

—Pues abre bien los ojos, y ten mucho cuidado con que no te engañen los bultos, dijo Bartolini; y ahora véte, no sea que su excelencia, que nada tiene de torpe, sospeche al ver que te entretienes tanto con nosotros: pero si puedes durante la noche, y cuando estuvieres libre, ven á hablarme.

—Sí que vendré, dijo Sparzo.

Y se fué.

La señora Beatriz habia llegado muy fatigada, á pesar de la lentitud de la marcha, y se recogió al lecho, entregándose despues al reposo.

En cuanto á Cervantes y Paulina, sentian una impaciencia y un malestar insoportables.

Se atraian.

No podian vivir el uno sin el otro.

Todo lo que se oponia á su amor, todo lo que hacia experimentar el más leve sufrimiento, era enemigo suyo.

Cervantes conocia que no habia amado hasta que amó á Paulina.

Que respecto á las otras que habia creido amar, y amar hasta el punto de enloquecer, su corazon y su imaginacion se habian engañado.

Ansiaba llegar á Civitavecchia, embarcarse allí con Beatriz para España, dejarla en Madrid ó en Alcalá con su familia, irse á Sevilla, donde sabia habia bandera para la empresa contra el turco, y de allí pasar á Mesina, donde debia esperarle su hermosa Paulina; su solo amor.

Cervantes se tomaba tiempo.

¿Quién sabia lo que podia sobrevenir?

Cumplia con su conciencia, ó por lo ménos transigia con ella.

No abandonaba á Beatriz.

Pero la escusaba.

La relegaba.

Tomaba largas.

Se durmió rendida Beatriz, y más tranquila que otras veces, porque creia haberse salvado, ó más bien, haber salvado á Cervantes de grandes peligros.

Pero Cervantes, que habia ocupado otro lecho en el mismo aposento, no dormia.

Ni queria dormir.

Su pensamiento estaba lleno de Paulina.

Podia decirse qué su amor habia llegado hasta el delirio.

Paulina lo habia sacrificado todo por él.

Paulina habia jugado el todo por el todo.

No habia escuchado más que á su corazon.

No podia pedírsela más.

Y luego, si con su bello y rico traje de trastiverina habia encantado á Cervantes, con su traje de hombre, y á pesar de que habia mantenido oculto el bello semblante por el antifaz, le habia parecido más hermosa.

Sentia que Paulina tiraba de él.

Que su voz le llamaba.

Se determinaba á ir á verla, pero el temor de que Beatriz despertase y le llamase, le contenia.

Pero le acreció de tal manera el ánsia; llegó á tal punto la tentacion, que se decidió, sobreponiéndose á toda prudencia.

Se levantó.

Se fué al lecho de Beatriz.

La observó.

Dormia tan profundamente como si hubiera estado aletargada.

Se separó del lecho.

Vaciló aun.

Pasó en su vacilacion un largo espacio.

Volvió á acercarse á Beatriz.

Continuaba su profundo sueño.

Cervantes, más aguijado aun por el deseo de hablar con Paulina, se decidió.

Se vistió en silencio.

Se ciñó á todo evento la espada y la daga.

Abrió cuidadosamente la puerta.

Salió á los corredores.

El silencio era profundísimo.

Parecia que todo dormia en el albergue.

Sólo se oia á lo léjos, en la campiña, acá y allá, y de tiempo en tiempo, el ladrido de los vigilantes perros de los rebaños.

Lucia la luna llena.

Inundaba de una dulce claridad un gran corralon, sobre el cual daba aquel corredor donde se encontraba Cervantes.

En aquel corralon habia cobertizos, y bajo ellos, algunos carruajes de carga, de los trajineros que aquella noche habian parado allí.

La luz de la luna era bastante para que desde el lugar donde Cervantes se encontraba, se pudiesen distinguir los objetos en el corral.

Al final del corredor se abria un pasadizo.

En el fondo de aquel pasadizo estaba el aposento que ocupaban Bartolini y su hija.

Cervantes avanzaba silenciosamente, por temor de ser sentido.

Al pasar junto á la puerta de uno de los aposentos, Cervantes oyó murmullo de voces contenidas.

Le pareció que una de aquellas voces era la de Sparzo.

Se acercó, sin hacer el más leve ruido, á la puerta de aquel aposento, y pegó el oido á ella.

Otro hombre hablaba con Sparzo.

Aun que la conversacion era en voz baja, Cervantes oia perfectamente.

—Por tu señor, decia Sparzo, estoy metido en aprietos de los cuales no sé cómo voy á salir: he tenido hace poco una larga conversacion con Bartolini y con su hija. Se desconfía de mí: no parece sino que alguno les ha dicho que yo he avisado á tu señor, del viaje.

—Es necesario, dijo otra voz, acabar con ese español: miéntras él viva, nada puede esperar mi señor de esa mujer que le tiene vuelto el juicio, y con el alma vendida á Satanás: ¡Malditas sean las mujeres! donde ellas están, no sobrevienen más que disgustos y desdichas.

Cervantes redobló la atencion.

—Necesario es confesar, dijo Sparzo, que esa mujer, esa judía, tiene una hermosura de Satanás, y que no hay duda que de Satanás es su alma. No se la puede ver sin condenarse por ella: yo sé que para mí es imposible, y sin embar

go, me ha arrastrado, me ha arrebatado, me ha obligado á lo de la negra noche del palacio de los Magos.

Cervantes sintió impulsos de empujar la puerta, y acuchillar á aquel asesino, con el miserable que le acompañaba.

Se sabia, pues, quiénes eran los que, en union de Abigail, habian atentado á la vida de Beatriz.

Se contuvo sin embargo.

Necesitaba saber más.

—Dios sólo sabe, añadió Sparzo, lo que estará sucediendo, ó habrá sucedido ya á estas horas en Roma, en el monte Aventino. Dios sabe lo que habrá podido ser de la irresistible judía: deben haberse encontrado de seguro, á causa de ella, monseñor Aquaviva y el conde Spungatti.

—Allá se los lleve á todos el diablo, dijo el otro hombre; y sobre todo, es necesario tener el corazon fuerte, y enviar al diablo las mujeres: lo que nos importa es ganar el dinero que nos ofrece por la vida de ese Miguel de Cervantes, el *Lobo español.*

Era la primera vez que Cervantes oia este nombre.

No conocia por él á don César Estéban de Chouzan.

Se habia olvidado de aquel cuento del señor Lope de Rueda, en que figuraba don Luis de la Bañeza.

No tenia medio, en fin, de comprender quién era el *Lobo español,* de quien hablaban aquellos dos bandidos.

Resultaba sólo, que el *Lobo español* estaba enamorado hasta la locura, de Abigail; que sabia que Abigail estaba empeñada de una manera mortal por Cervantes, y que por celos, ó por hacer perder á Abigail toda esperanza de amar á Cervantes, se trataba y se pagaba su asesinato á peso de oro.

Con una tal generosidad, que tentaba á los dos asesinos.

—¿Y habrá venido ya el *Lobo español?* preguntó Sparzo.

—Sí, dijo el otro: como que exije que se le entregue el cadáver de Cervantes, sin duda para arrojarlo en Roma delante de la puerta de Abigail.

—Puede suceder muy bien, que cuando llegue á la casa de Abigail, dijo Sparzo, ella haya desaparecido ó no exista.

—Eso nos importa muy poco, dijo el otro; sirvamos al *Lobo español,* dénos él nuestro dinero, y despues que sea lo que quiera.

—¿Y cómo nos hemos de componer para traer á buen sitio á Cervantes? dijo Sparzo.

—¿No dices tú, dijo el otro, que Cervantes está enamorado hasta las entrañas de la hija del panadero Bartolini, que se ha venido tras él disfrazada de hombre, y que está en esta misma posada?

—Sí.

—¿Pues tienes más que hacer, que hablar con cualquier pretexto á ese Cervantes que en tí confia, y decirle que su adorada Paulina le espera fuera del albergue, en el campo?

—En efecto: esto me será muy fácil.

—Puedes, pues, llevarle al lugar donde está el *Lobo español,* que se alegrará mucho de verle morir.

—¿Y dónde está el *Lobo* ahora?

—Junto á una noria que hay en el campo, como á un tiro de arcabuz de las tápias de la posada, dijo el otro.

—¿Y está solo?

—Sí; nadie ha venido con él desde Roma más que yo en cuanto me diste el aviso de que la señora Beatriz partia de Roma con su secretario, con su amante, corri, avisé á mi señor, y nos vinimos á la ligera.

Cervantes no esperó á oir más.

Se separó de la puerta del aposento de Sparzo, sin hacer el menor ruido.

Se deslizó hácia el cuarto de Bartolini.

Llamó.

Poco despues abrieron.

Quien abria era Bartolini.

—En fin, ¿qué quereis? dijo con impaciencia.

—Quiero que vengais á poneros de guardia á la puerta de mi aposento, contestó Cervantes: Sparzo nos hace traicion: dentro de muy poco irá á llamar á mi aposento para engañarme; para llevarme, valiéndose del nombre de Paulina, á un lugar en el campo, donde deben asesinarme.

—¡Cuerpo de Satanás! exclamó Bartolini: esperad: voy á coger mi espada y mis pistoletes.

—¿Y Paulina?

—Duerme.

—No la desperteis.

Bartolini se fué al interior del aposento.

Se puso rápidamente la ropilla por único traje, quedando en el resto en ropas menores.

Se ciñó la espada y un par de pistoletes.

—Vedme pronto, exclamó acercándose de nuevo á Cervantes.

—Pues bien, dijo éste; seguidme y andad de manera que no podais ser sentido.

Y andando cautelosamente, avanzó.

Llegó á la puerta del aposento de Sparzo.

Escuchó.

Aun estaban allí.

Siguió.

Le seguia Bartolini.

Cuando llegaron al aposento en que dormia Beatriz, Cervantes dijo á Bartolini:

—Me pareceis bravo, y creo que dejo aquí bastante dejándoos á vos.

—Descuidad, dijo Bartolini.

—Pues adios.

—Con vos vaya, dijo Bartolini.

Cervantes desapareció por las inmediatas escaleras.

—¡Ah! exclamó Bartolini: creíamos haber escapado de peligros saliendo de Roma, y los peligros nos siguen por todas partes.

Bartolini detuvo su pensamiento.

Habia oido un leve rumor de pasos.

Poco despues se apercibió de un bulto que entraba por el corredor en que él se encontraba.

Le dejó llegar hasta corta distancia.

—¡Detente, ó mueres! exclamó entónces Bartolini.

—Ved que soy yo, padre, dijo Paulina.

—¡Tú!

—Si, yo, padre; lo he oido todo.

—¿Y bien?... dijo.

—Ellos son dos, y vos sois uno. ¡Silencio!... siento pasos... se acercan.

Paulina avanzó rápidamente, y se puso junto á su padre.

—Silencio, dijo; hay que ganarlos por la mano.

El corredor era de una anchura bastante para que por él pudieran avanzar tres personas de frente.

A poco, entraron en el corredor dos hombres.

Adelantaron.

De improviso, Paulina avanzó, y en dos saltos ganó las espaldas á aquellos dos hombres.

Los dejó entre ella y su padre.

—¡Rendios, ó morís! dijo Bartolini.

—¡Rendios, ó morís! dijo á espaldas de ellos Paulina

Sorprendidos, sobrecogidos, los dos miserables se dejaron coger como dos ratones.

El padre y la hija los arrastraron á su aposento.

Allí, los ataron valiéndose de las sábanas que Paulina rasgó para este efecto.

—Ahora, padre, dijo Paulina, busquemos á Miguel: tal vez esté en peligro.

Y el padre y la hija salieron del aposento.

Le cerraron.

Bajaron.

Se hicieron abrir la puerta de la posada.

Preguntaron al mozo que se la franqueó, si habia salido álguien.

El mozo respondió que no.

Indudablemente Cervantes habia salido escalando las tapias del corral.

Bartolini y Paulina, salieron de la posada, y se hallaron en el campo.

Avanzaron á la ventura, con toda el alma en los oidos.

—Pero no sabemos á donde vamos, dijo Bartolini.

—Esperad, padre, esperad, dijo Paulina.

Y se tendió en el suelo, y aplicó á la tierra el oido derecho.

Permaneció escuchando algun tiempo.

—¡Ah! exclamó: ¡allá!... al torrente, suena ruido de espada contra espada.

Y levantándose y dando á correr, exclamó.

—Seguidme, padre.

Bartolini se puso á la carrera, tras de su hija.

Paulina corria.

Y corria con una rapidez y un vigor tales, que nunca la hubiera supuesto capaz de ellos su padre.

No hay nada que más acreciente el espíritu de una mujer, que más la fortalezca y la haga capaz de grandes cosas que el amor.

Paulina habia adelantado mucho á su padre.

Vió, al fin, una noria.

Oyó distintamente el ruido de las espadas.

De improviso se oyó un grito inarticulado.

Un grito horrible.

Un grito de muerte.

Uno de esos gritos que hielan la sangre, tanto más cuando puede temerse le haya lanzado en su agonía una persona amada.

Inmediatamente despues de aquel grito, cesó el ruido de las espadas.

Sucedió un silencio de muerte.

Paulina, que al oir aquel grito se habia detenido, aterrada, sobrecogida, helada por un espanto horrible, avanzó de nuevo.

Llegó á la noria.

La rodeó.

Al rodearla, tropezó con un cuerpo.

Aquel cuerpo estaba por tierra.

Paulina no pudo soportar por más tiempo su ansiedad y cayó desmayada.

CAPÍTULO XLV.

En que se vé de qué concluyente manera cerraba una situacion Bartolini.

Cervantes, en efecto, no habia querido llamar á nadie para que le facilitase la salida de la posada.

Se habia ido al corral.

Le habia encontrado cerrado.

Ya hemos dicho que la luz de la luna era bastante fuerte para dejar percibir los objetos.

Cervantes se convenció de que en el corral no habia nadie.

Si álguien estaba dentro de los carros, dormia.

Avanzó hácia las tapias, y como eran de tierra, y tenian grandes desigualdades, y estaban á poca altura, las salvó con mucha facilidad.

Avanzó por el campo, descubriendo.

Él no sabia la situacion precisa de la noria, sino que estaba situada detrás del albergue, y á un tiro de arcabuz de él.

Al fin descubrió una masa confusa, y hácia ella avanzó.

Estaba al pié de una colina.

El campo aparecia árido y triste.

Forzó el paso Miguel.

Iba irritado é impaciente.

Se acercó á la noria.

No descubrió junto á ella persona alguna.

De improviso, un hombre, que sin duda habia sentido los pasos de Miguel, salió de detrás de la noria, y se presentó al descubierto.

—¿Eres tú, Sparzo? dijo.

—Sí, yo soy, contestó Cervantes con acento indeterminado y rápido.

Y entre tanto, ganó el terreno á aquel hombre.

Echó mano á la daga, y poniéndosela al pecho, dijo:

—¡Si haceis el menor movimiento, os mato!

De tal manera dijo Miguel estas palabras, que aquel hombre se sintió dominado.

No se atrevió á hacer movimiento alguno.

Habia comprendido demasiado que tenia cogida toda accion, y que quien le amenazaba no vacilaria en herir.

—Tiraos al suelo, añadió Cervantes, ni más ni ménos que si hubiérais sido herido de muerte, ó de no, herido de muerte caeis.

—Ved lo que haceis, exclamó aquel hombre con un acento ronco y terrible.

—Echaos al suelo, repitió Cervantes, siempre con la voz serena y breve, ú os echo yo.

Habia una tal cosa en el acento, en la actitud de Cervantes; estaba el otro tan dominado, tan imposibilitado de toda defensa, que se echó en tierra.

—Volveos boca arriba, y mantened vuestros brazos extendidos, dijo Cervantes.

El otro rugió, pero obedeció.

Cervantes se inclinó sobre él, y le puso una rodilla sobre el pecho.

—Sois cobarde, le dijo: yo me hubiera dejado matar ántes que envilecerme.

—Me habeis ganado toda accion, dijo el otro.

—Porque sois un traidor.

—¿Traidor me llamais, exclamó el otro, y os habeis valido de unos tales medios para vencerme?

—Era necesario igualar la partida: yo no traigo pistoletes, y yo suponia que los traíais vos, como en efecto los traeis.

Y Cervantes quitó dos largos pistoletes de la cintura del rendido.

Se certificó de que no le quedaba más que la daga y la espada.

Cervantes se alzó de sobre él.

Tenia los pistoletes y la daga en las manos.

El otro continuó tendido é inmóvil.

Cervantes se acercó á la noria, y arrojó á ella los pistoletes.

Luego, tomando distancia, desnudó la espada, y dijo:

—Alzaos; desnudad vuestra espada, y á mí.

El otro se alzó.

Pero no echó mano á los hierros.

—¡Vive Dios que no os entiendo! le dijo: me habeis tenido en vuestro poder y no me habeis herido.

—La traicion no ha tenido en mí cabida jamás, pero tampoco la imprudencia; yo necesitaba, y necesito, castigaros, pero era necesario que nuestras armas fuesen iguales: hay que temer de la alevosía de quien busca y paga asesinos contra un hombre á quien aborrece. Ea, desnudad, ó sobre vos me voy.

—Sea, pues, dijo el otro.

Y desnudando los hierros, salió al encuentro de Cervantes que se iba sobre él.

Muy pronto los hierros se chocaron.

Empezó una riña, sostenida con un gran tacto, con una gran maestría, con una gran serenidad por ambas partes.

Cervantes se sostenia en un juego muy terrible.

Se veia claro que excluia los tajos.

Por razon del juego de Cervantes, no podia irse á los tajos el otro.

Era un juego decididamente á muerte.

Ambos estaban firmes en su terreno.

La luz de la luna era bastante clara.

Los aceros resonaban de una manera lúgubre, entre un silencio solemne.

La soledad era absoluta.

Cervantes parecia tener puños de hierro.

Sostenia sin vacilar, sin cansarse, un combate rudo.

Su adversario le cargaba el hierro, pretendiendo fatigarle.

Pero no puede fatigarse á otro sin la propia fatiga.

El contendiente de Cervantes, sin duda tan fuerte como él, empezó á perder terreno.

Se salió, en fin, de los términos de proporcion, y bajó la espada.

—Tomemos un momento de descanso, dijo.

—¡A todo trance! exclamó Cervantes ganándole el terreno y obligándole á ponerse de nuevo en defensa.

Su contrario se sostuvo un breve espacio.

Pero muy pronto empezó á perder de nuevo terreno.

Cervantes se lo llevaba hácia la noria.

Al fin le hizo imposible el retroceso.

Un solo paso más en retirada, y hubiera caido en la noria.

De improviso, se encogió y se tendió en una estocada baja.

En una estocada de rufian.

La reparó Cervantes, y como se hubiese descompuesto su adversario, le alcanzó con una estocada en pleno costado derecho.

Tal fué de precisa, de terrible, de poderosa, la estocada, que la sangrienta punta del estoque de Cervantes salió al otro lado.

Lanzó un rugido de muerte el vencido, dió algunos pasos hácia adelante, y al fin cayó de espaldas, á poca distancia de la noria.

Entónces fué cuando llegó Paulina.

Cuando tropezó en el sangriento cuerpo.

Cuando no pudiendo juzgar, por sobrecogida, por espantada, quién era el que estaba por tierra, ni quién el que ante sí y á poca distancia veia de pié, cayó por tierra desmayada.

Al ver caer desmayada á Paulina, Bartolini, que venia tras ella á alguna distancia, creyó que el muerto era Cervantes, y cegando de cólera y de dolor, porque temia que la muerte de Cervantes fuese la muerte de su hija, tiró de su espada, y se fué sobre el hombre que tenia ante sí, y al que por la perturbacion de su espíritu no habia podido reconocer.

—¡Eh! ¿qué haceis, señor Bartolini? exclamó Cervantes.

—¡Ah! ¡perdonad! exclamó Bartolini deteniéndose: yo creia que erais el otro.

—Socorramos á vuestra hija, exclamó Cervantes.

—Ella se ha engañado como yo.

Acudieron á Paulina.

Estaba inmóvil y pálida como un cadáver.

Bartolini la levantó en sus brazos.

Cervantes corrió al arteson de la noria, y llenó en él de agua su birrete.

Luego volvió anhelante á Paulina, y la roció el rostro.

Paulina gimió, abrió los ojos, se pasó las manos por la frente, y buscó en torno suyo.

—¡Ah! ¡no eras tú! ¡tú vives! exclamó con alegría.

Y como si aquella alegría la hubiera devuelto todas sus fuerzas, se alzó.

—Volvámonos, dijo Miguel: apartémonos de aquí cuanto ántes.

—No, no, exclamó Paulina; á mi no me espanta la sangre: yo he creido morir porque te creia muerto: lo demás, ¿qué me importa?

Y se acercó al que estaba por tierra.

Estaba boca arriba.

Habia perdido el sombrero.

Su mano crispada, empuñaba aun la espada.

En su frente aparecia una ruga fatídica, que le daba una expresion infernal.

En sus ojos, abiertos y dilatados, habia algo de horrible que espantaba.

—¡El *Lobo español!* exclamó Bartolini, que conocia á toda la gente de Staglioni.

Ya sabemos que don César Estéban de Chouzan, ó don Luis de la Bañeza, como mejor queramos, habia pertenecido á la banda de Staglioni, y que en ella se le habia conocido únicamente bajo el sobrenombre de el *Lobo español*.

—¡Muerto! se apresuró á decir Bartolini.

—¡Muerto! exclamó Cervantes que estaba dominado por una especie de aturdimiento, y no podia juzgar bien.

—Es prudente hacer desaparecer á los muertos á hierro, dijo Bartolini; así se excusan trabacuentas con la justicia; y pues aquí tenemos una buena sepultura, aprovechémosla.

Y asiendo á don Luis por debajo de los brazos, le levantó hasta la noria, y le arrojó en ella.

Despues arrojó tambien su sombrero y su espada.

En el arrastre se le habia ido de la mano á don César.

La daga fué tambien al fondo.

El cuerpo habia rebotado sordamente.

Se habia oido el golpe en el agua.

Sucedió un profundo silencio.

—Si no habias muerto, murmuró sordamente Bartolini, morirás ahora.

Y acercándose á Paulina y á Miguel, les dijo:

—Y bien, hijos mios: nada tenemos que hacer aquí ya: vámonos al albergue, y mañana, en cuanto raye el alba, al camino.

Y rompió la marcha.

Le siguieron Miguel y Paulina asidos del brazo.

Llegaron, llamaron y entraron.

Volvióse á cerrar la puerta.

Poco despues nada se oia en el albergue.

Le dominaba el más profundo silencio.

CAPÍTULO XLVI.

De como en vez de amor, puede encontrarse muerte y ruina.

Sucesos no ménos graves habian tenido lugar entre tanto en Roma, en el monte Aventino.

Abigail habia esperado á que llegase la hora de estar con Cervantes, con una impaciencia mortal.

Cuando sonó en el vecino convento el toque de la oracion por los muertos, es decir, dos horas despues de haber oscurecido, Abigail, engalanada de una manera tentadora, de una manera bellísima, salió de su retiro, y se metió entre las ruinas.

Esperaba encontrar en ellas á Cervantes.

Sparzo no habia podido ni querido advertirla.

Se habia vendido completamente á don César Estéban de Chouzan.

Éste le habia mandado lo que debia hacer, de lo cual no podia extralimitarse.

Lo que más importaba era acabar con Cervantes, causa única de la resistencia de Abigail á todo otro amor.

Era necesario, además, que Abigail no pudiese ni aun sospechar que don César habia sido el matador de Cervantes.

Que atribuyese su muerte á Staglioni, ó á Julio de Aquaviva.

Se habia preparado una hábil intriga, por la cual Abigail se veria obligada á ampararse de don César.

Asi es que Sparzo nada la habia dicho de la partida de Cervantes con la señora Beatriz.

Abigail no tenia por dónde saberlo.

Estaba reclusa y Barbetti, que la servia más de cerca, habia ido, cumpliendo con el encargo de Paulina, á poner en conocimiento de Staglioni lo que acontecia.

Abigail habia pasado la mayor parte del dia sola.

Barbetti no habia vuelto de la torre de las *Hechiceras rojas*, sino ya muy avanzada la tarde.

Sparzo, despues de muerto Cervantes, debia volver á Roma, notificar á Abigail que Cervantes habia desaparecido con la señora Beatriz, y disculparse con una historia inventada, de no haberla podido avisar ántes de aquella desaparicion.

El pretexto podia ser una órden de la señora Beatriz, que le habia hecho salir de Roma, para ir con un encargo á cualquiera de sus arrendadores.

Como se vé, las intrigas de los unos se cruzaban con las de los otros.

A monseñor Aquaviva se le habia dicho:

—Id, dos horas despues de oscurecido, á las ruinas del Aventino, y en ellas encontrareis, viva y enamorada de otro hombre, á esa judía Abigail, que de tal manera llorais.

A Staglioni se le habia dicho:

—Esa mujer que os enloquece, por la cual habeis hecho traicion á los *Implacables;* por la cual sereis capaz de entregar á todos vuestros *Apuñaladores;* la que es vuestra vida y vuestra alma; la que os ha engañado haciéndoos creer que os ama, y que si no es vuestra, es porque aun no habeis merecido todo su amor, os engaña. Id esta noche, dos horas despues de oscurecido, á las ruinas del Aventino, y allí la encontrareis enloquecida de amor por otro hombre.

Todos habian esperado con impaciencia aquella hora.

Abigail, Julio de Aquaviva y Staglioni.

Abigail habia apurado la gala, la voluptuosidad, la riqueza de su atavio.

Se lo permitia la insensatez de Staglioni, que habia gastado con ella tesoros.

Estos tesoros habian costado bien poco al capitan de los *Apuñaladores.*

El tremendo Staglioni habia rehecho la casi disipada fortuna del conde Nicolao Spungatti.

Cuando llegó la hora, Julio de Aquaviva entró en las ruinas.

Pero no entró solo.

Necesitaba apoderarse de Abigail, y no sabia la aventura que podia encontrar.

Se habia hecho, pues, acompañar de veinte bravos, escogidos y dispuestos á todo por bien pagados.

Estos veinte bravos iban detrás de él, reconociendo entre las columnatas y entre los escombros, pero al alcance de la voz de Aquaviva.

Staglioni tampoco habia acudido solo.

Le acompañaban doce de los más temibles de sus *Apuñaladores.*

Abigail avanzó ansiosa.

La luna, como hemos dicho, era clarísima.

Aun en las penumbras se columbraban los objetos.

Por el momento nada encontró.

Sin duda Cervantes la esperaba más en el interior de las ruinas.

Se encaminó á una columnata.

A un vestíbulo, en el cual quedaba una parte de bóveda.

La luna batia de lleno en estas ruinas.

Al pié de una columna vió Abigail el bulto de un hombre.

Era sin duda Cervantes.

Avanzó hácia él.

Él bajó del peristilo al apercibirse de ella.

Salvó el espacio que de ella le separaba á la carrera.

Se encontraron.

El hombre lanzó un grito de inmensa alegría.

Ella un grito de terror.

Él habia reconocido á Abigail.

Abigail habia reconocido á Julio de Aquaviva.

Retrocedió.

Pretendió huir.

Pero Aquaviva la alcanzó, y la asió.

—¡Oh! cuando te encuentro, cuando al fin veo que quien me ha asegurado que vivias no me ha engañado, exclamó con ansiedad, no me abandones; no me dejes entregado á mi desesperacion, á mi horrible soledad: todos me abandonan: todos: hasta mi hermana Beatriz; no me abandones tú tambien.

Abigail, que pugnaba en silencio por desasirse de Aquaviva, dejó de forcejar cuando le oyó decir que su hermana Beatriz le habia abandonado.

—¿Que vuestra hermana ha salido de Roma? exclamó con un acento extraño.

—Si, exclamó Aquaviva.

—¿Con quién? preguntó acreciendo en lo extraño de su acento Abigail.

—Con el hombre á quien ama, dijo Aquaviva.

—¡Con el hombre á quien ama! exclamó Abigail, cuyo acento se concentraba más y más.

—Si, con su esposo, con su amante, con ese maldito español.

—¡Miguel de Cervantes! exclamó ya transida de ódio y de rabia Abigail.

Fué tan clara la expresion de la desesperacion de Abigail, al pronunciar sus últimas palabras, que Aquaviva exclamó:

—¡Ah! ¡tú le amas tambien!

—Soltad, dijo Abigail; yo no amo á nadie; yo no amo más que al horror y á la muerte.

—Tú no te separarás ya de mi, exclamó Aquaviva: no te encuentro viva, cuando te lloraba muerta, para perderte de nuevo: yo estoy loco: tú serás mi amante, ó mi esclava.

Abigail rompió en gritos heridos, desesperados, pidiendo socorro.

Pero por el momento sólo la contestaron los ecos de las ruinas.

Aquaviva hizo sonar un silbato que produjo un sonido agudo y extenso.

De aqui, de allá, por encima de los escombros, por entre las columnas, aparecieron los veinte bravos que consigo habia llevado Aquaviva.

Abigail continuaba gritando con todo su terror.

Pugnando con todas sus fuerzas con Julio de Aquaviva.

No podia echar mano al puñal de que estaba armada, porque Aquaviva la tenia cogidas las dos manos.

Los bravos de Aquaviva llegaban ya.

Un momento más, y Abigail, tapada la boca, sujetada, hubiera sido conducida á una silla de manos que aguardaba á alguna distancia.

Cuando ya los bravos se apoderaban de Abigail, sonó otro largo silbido.

Los bravos se detuvieron.

—¡Los *Apuñaladores!* exclamó Julio de Aquaviva.

Y vió un hombre que con una espada desnuda, en la cual brillaba la luna, avanzaba á la carrera, saltando sobre los escombros.

Le seguian algunos otros hombres espada en mano.

Soltó á Abigail para tirar de la espada Aquaviva y ponerse en defensa.

En aquel momento, Abigail saltó como una pantera, desnudó su puñal, acometió de improviso á uno de los bravos de Aquaviva que tenia junto á sí, le tendió muerto de una terrible puñalada en el pecho, saltó sobre su cadáver y escapó.

Aquaviva quiso ir en su seguimiento.

Pero se lo estorbó, poniéndosele por delante, Staglioni.

—¡Ah! ¡eres tú! exclamó Aquaviva.

—¡Sí, yo soy! respondió Staglioni: ¡no la cogerás... no te apoderarás de ella!

—¡Ah! ¡traidor! exclamó Aquaviva, acometiendo á Staglioni.

Lo habia comprendido todo, y sintió sed de la sangre del poco ántes amigo suyo Nicolao Spungatti.

Se trabó un combate á muerte.

Sobrevino un terrible martilleo de espadas, en medio del cual resonaba de tiempo en tiempo un tiro de pistolete.

La pelea era brava: á muerte.

Algunos habian ya mordido el polvo.

Aquaviva y Staglioni se acometian con una furia desesperada.

Y Abigail, entre tanto, se alejaba más y más del lugar del combate, y corria y gritaba, diciendo que en el Aventino estaban los *Apuñaladores*.

Oyéronla algunos de los soldados que á Roma habian acudido para tomar bandera contra el turco.

Oyéronla algunos esbirros del Papa.

La detuvieron al fin.

—Llevadme á Su Santidad, exclamó Abigail: yo tengo graves revelaciones que hacerle.

Entre tanto, se habia reunido gente de armas y gente de justicia, y habian corrido al Aventino.

Aun duraba la pelea cuando llegaron.

Aquaviva habia dado una terrible estocada á Staglioni, que yacía por tierra, y peleaba con sus bravos contra los *Apuñaladores,* que irritados por la muerte de su capitan pretendian vengarle.

La gente llegada de refuerzo, los rodeó, los acometió por todas partes, y los rindió á todos.

Al desarmarlos, se encontró á los *Apuñaladores* el terrible puñal que era su distintivo.

Aquaviva habia escapado, y la mayor parte de los bravos con él.

Sobre el cadáver de Staglioni se encontró tambien el ancho puñal simbólico.

Con la muerte de Staglioni se podia dar por anulados á los *Apuñaladores*.

Algunos de ellos, presos, declararon que aquel era el cadáver de su capitan Rugiero Staglioni.

Muchos de los esbirros que le conocian, manifestaron que aquel cadáver era el del conde napolitano Nicolao Spungatti.

No habia lugar á duda.

Spungatti y Staglioni eran una misma persona.

Se condujo el cadáver al castillo de Sant Angelo para formalizar el reconocimiento.

Al castillo de Sant Angelo fueron tambien conducidos, y encerrados en los calabozos más profundos, los *Apuñaladores* y los bravos que habian sido cogidos vivos.

Los otros cadáveres fueron conducidos á la iglesia inmediata.

A los heridos se los condujo al hospital

En cuanto á Abigail, por la gravedad de las circunstancias, la escuchaba en aquel momento en el Vaticano, el cardenal secretario de Estado del Papa.

CAPÍTULO XLVII.

De como nuestros amigos salieron de Italia.

Al rayar el dia siguiente salieron del albergue Beatriz y Cervantes, con sus gentes, acompañados de Bartolini y de Paulina, juntamente con Sparzo y el bravo que por Paulina y su padre habian sido aprehendidos, dominados, reducidos á la nulidad.

Iban entre las gentes de Cervantes.

Cabalgaban, y llevaban sus armas.

Nadie los hubiera creido presos.

Sin embargo, iban presos, y bien asegurados.

Sabian que al primer indicio que dieran de querer escapar, serian muertos.

Así llegaron á Civitavecchia.

Entre otros barcos, encontraron allí un bergantin catalan que acababa de dejar su cargamento.

Necesitaba cargamento y pasajeros de retorno.

Cervantes tomó para sí aquel bergantin, por lo que le pidieron.

No dolia el dinero.

A más de ser muy rica por lo que de su padre habia heredado en tierras de los dominios pontificios Beatriz, era otro tanto rica en metálico y en alhajas.

Todo su metálico, todas sus alhajas se las habia llevado al huir de Roma.

Se podia, pues, gastar enormemente, sin miedo de que se acabase el dinero.

Por su parte, Paulina y Bartolini habian sacado de Roma una gran cuantía.

Bartolini era rico.

Su panadería era la primera de Roma.

Estaba, además, de moda, porque se conservaba vivo, vivísimo el recuerdo de aquella *Fornarina* amante de Rafael de Urbino.

Podian obrar, pues, por su cuenta, sin necesitar para nada de Beatriz ni de Cervantes, el padre y la hija.

Bartolini era fiero, terrible.

Pero para su hija tenia la dulzura de la paloma, y la docilidad del perro.

Todo aquello que Paulina hacia, fuese lo que fuese, estaba bien hecho.

Afortunadamente, Paulina tenia el alma noble y altiva, el corazon apasionado y grande, y ningun motivo de enojo habia dado á su padre.

Habia amado al fin.

Su amor habia sido una exajeracion, si es que puede haber exajeracion en lo que es el resultado de una fascinacion.

Bartolini habia sufrido mucho.

Pero habia conocido la locura de su hija.

Que su amor era su vida.

Que por su amor era capaz de todo.

Se doblegó, y se doblegó de una manera absoluta.

Como únicamente se doblegan las almas fuertes.

Paulina ántes que todo.

Son respetables estas debilidades que nacen del sentimiento; especialmente las que provienen del amor paternal.

Desconocer esto, es desconocer el corazon humano.

Es más: por la sola razon de que Paulina le amaba, amaba Bartolini á Cervantes.

Le amaba tanto como á Paulina, porque de Paulina y de Cervantes habia hecho un solo sér.

Reconocia la fatalidad en que Cervantes estaba metido, como la reconocia Paulina, como Cervantes mismo la reconocia.

Aquellos tres séres, por un sentimiento tierno, se comprendian.

Se entregaban á la fatalidad.

Si Cervantes hubiera tenido el alma cruel.

Si por Paulina hubiese inmolado á Beatriz.

Si se hubiera olvidado absolutamente de sus deberes, Paulina no hubiera podido amarle.

Ella habia luchado poderosamente con su amor, comprendiendo sus inconvenientes.

Pero las luchas contra el amor son imposibles, insensatas.

El amor acrece, en razon de las dificultades que se le oponen.

Llega, al fin, á convertirse en una locura.

En la tiranía contra la razon y la conciencia.

No hay crimen que no pueda provenir del amor, como no hay virtud, como no hay grandeza de que no pueda ser causa.

Pero no insistimos.

Nuestros lectores comprenderán perfectamente la razon de la situacion en que respectivamente los unos de los otros, y especialmente cada uno de por sí, Paulina, Cervantes y Bartolini se encontraban.

Tal prudencia habia habido acerca de lo ocurrido, que Beatriz no se habia apercibido de nada.

Protegida con su pretendido voto Paulina, ni se habia quitado el antifaz, ni habia hablado.

En cuanto á Bartolini, no le conocia Beatriz.

Cervantes era reservado y cauto.

Cuando llegaron á Civitavecchia, se separaron.

Se fueron á distintas posadas.

Beatriz necesitaba algo de descanso.

Pero se sentia inquieta en los Estados Pontificios.

A Civitavecchia habia llegado ántes que ellos, por viajeros que habian salido más temprano que ellos, ó habian caminado más deprisa, la noticia de lo que habia acontecido en Roma, en el monte Aventino, la noche del dia en que Beatriz y Cervantes habian salido de Roma.

Se decia que se habia descubierto una gran conspiracion.

Que se habia sorprendido á los *Apuñaladores*, y que su capitan habia sido muerto, y reconocido en su cadáver al conde Nicolao Spungatti.

En cuanto al duque de Atri, habia diversas versiones.

Quién decia que habia muerto tambien.

Quién que habia sido herido y preso.

Quién que nada habia tenido que ver en aquel suceso, y que continuaba en la gracia y en el favor del Papa.

Fuese de esto lo que fuese, á la señora Beatriz la importaba salir cuanto ántes de Italia.

Así es que no descansó más que el tiempo preciso para que Cervantes fletase el bergantin catalan.

Dos dias despues se embarcaron, llevándose consigo á los dos presos con rumbo á Barcelona.

En cuanto á Bartolini y á Paulina, se embarcaron tambien con rumbo á Mesina.

Allí empezaba á juntarse la armada de la Liga.

Allí debian esperar á Miguel de Cervantes.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

LIBRO TERCERO.

LEPANTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

De como Cervantes se separó de Beatriz.

Un mes largo tardó Cervantes en llegar á Mesina.

Venia ya en una de las galeras del rey de España, que habia partido de Sevilla, y alistado como soldado en la compañia del capitan Diego de Urbina, del tercio de don Miguel de Moncada.

Habia pasado por Madrid con Beatriz.

La habia dejado oculta y bien recomendada en aquel mismo meson de Paredes, donde tanto se le estimaba.

Se habia ido á Alcalá, donde habia causado una inmensa alegría á su familia, nublada inmediatamente por la noticia de que iba á pasar á Sevilla, para tomar plaza en una de las banderas de infantería, que debian embarcarse en Sevilla para la guerra contra el turco.

Ni aun pretendió disuadirle su familia.

Se trataba de una cuestion de deber y de gloria.

De servir á Dios, al rey y á la patria.

Muy pocos dias estuvo con su familia Cervantes, despidiéndose de ella con muchas lágrimas, y se volvió á Madrid, donde le esperaba impaciente Beatriz.

Habiase restablecido ésta completamente, y parecia de todo punto satisfecha y feliz.

Nada acerca de su situacion recíproca, decia á Cervantes.

Continuaba haciendo vida íntima con él.

Pero le llamaba su secretario.

Le decia que miéntras su hermano viviese, ella no se atreveria á tomar una resolucion.

Muy pocos dias estuvieron en Madrid.

Cervantes habia anunciado á Beatriz su resolucion de tomar parte en aquella grande empresa que se aparejaba.

Él no podia permanecer en el ócio, detenido al lado de una mujer à la que consideraba su esposa.

—Las obligaciones que con la mujer que amamos tenemos, la decia Cervantes, no deben hacernos olvidar las más grandes que con Dios, con la patria y con el rey tenemos; y tú no querrás ver inútil y apartado de la honra à la cual corren sus compatriotas y los tuyos, al hombre que amas. Si muero, te quedará el consuelo de que no fenecí por causa ruin y vergonzosa, sino por la más grande que puede brindar con la gloria y la estimacion de sus contemporáneos, á un hombre que en algo tenga la sangre hidalga que le alienta; y si Dios me conservara la vida, y tal vez con el testimonio visible de alguna herida alcanzada en los combates á que voluntariamente, por mi Dios y por mi patria me lanzo, de gran contento será para tí ver que tu esposo no puede ser contado entre los que por mezquindad de espíritu ó descuido de la propia dignidad, se quedaron con los que ningun peligro corrian, en la blandura del ócio y del mal entendido amor de su familia.

Y así seguia Cervantes.

Y como hablaba con verdad, porque le seducia aquella empresa, Beatriz, que mejor hubiera querido que á ella no fuese, no se atrevia á oponerse, temerosa de que con esto amenguase el amor de Cervantes, y tal vez se enfriase, y se apartase de ella, y se fuese en pos de la gloria.

En cuanto á la situacion particular de su corazon no sabia qué hacerse Miguel.

Habia caido en los amores de Beatriz por fatalidad, y al conocer á Paulina, en sus amores habia dado por fatalidad tambien; por una fuerza extraña, superior à su voluntad y á su razon.

Al conocer á Paulina, habia comprendido que lo que habia creido amor por Beatriz, no habia sido otra cosa que fascinacion, sed de los sentidos, deslumbramiento de los ojos.

Pero por aquella sed, por aquel deslumbramiento, habia empeñado con Beatriz su honra.

Ninguna falta por la cual hubiera podido separarse con razon de ella, habia cometido Beatriz, y su conciencia le decia que con ella debia unirse.

Pero al pensar en esto, representábasele Paulina, y el corazon se le desgarraba.

Comprendia que su deber le retenia junto á Beatriz; pero su amor, su alma, tiraban de él con una fuerza incontrastable hácia Paulina.

Con mucha frecuencia hablaba en él severamente el deber, y se decia:

—Nada puede echarme á la cara Paulina si yo me caso con Beatriz: Paulina sabia las obligaciones en que yo con Beatriz estaba; no es mia la culpa si ella no

miró en ello, ni yo á mis obligaciones puedo cerrar los ojos, por más que sólo con pensar en cumplirlas, el corazon me despedace. Paulina me estimará más, si cabe, porque verá que yo soy un hombre temeroso de Dios y guardador de mi honra.

Y obedeciendo á estos severos pensamientos, insistia con Beatriz, en unirse legítimamente á ella.

—No, respondia Beatriz: no me atrevo á provocar la cólera de mi hermano: nuestros amores sabe y los consiente; pero su vanidad no consentiria el que á tí, perteneciente á la baja nobleza, te llamaran su hermano por tu enlace conmigo: esto podria producir una desgracia: mi hermano es poderoso, y de seguro hay á nuestro lado, por encargo suyo, álguien que nos vigila.

Y de tal modo insistia en su determinacion Beatriz, que Cervantes acababa por sentirse consolado, porque queriendo él cumplir con un deber que le era tan penoso, al cumplimiento de aquel deber, tal vez porque Dios lo queria, se oponia Beatriz.

Cervantes habia perdido la razon, primero por Beatriz, y luego, de una manera decidida, por Paulina, y se habia creado una de esas situaciones difíciles que son de todo punto desesperadas para un hombre de alma noble, de corazon sencillo y de alma recta.

Beatriz habia oido hablar de Granada, de su hermoso cielo, de su apacible clima, de las galas que sobre su tierra y sus altas montañas habia prodigado la naturaleza.

Eligió, pues, por residencia á Granada, á donde la llevó Cervantes.

Allí le esperaria Beatriz, contando con que la misericordia de Dios le sacaria con vida de la empresa en que iba á tomar parte.

Compró un antiguo y enorme caseron, con un sombroso jardin á la misma márgen del Darro, á los piés de los muros de la Alcazaba, tomó una numerosa servidumbre, y despues de haber pasado unos dias con ella en Granada, Cervantes partió solo para Sevilla con el corazon oprimido, y por otra parte alentado porque estaba ya camino de la gloria y del amor.

Le esperaban el ejército de la Liga y su Paulina.

Beatriz quedaba confiada.

¿Qué sucederia más adelante?

Dios lo sabia.

Por el momento, se habia encontrado un vado.

En fin, despues de algunas graves aventuras, que hemos relatado en un volúmen que se titula el *Manco de Lepanto*, Cervantes se embarcó, soldado ya, en una galera del rey de España, como hemos dicho, bajo las órdenes del capitan Diego de Urbina; y para Mesina se fué, á la que llegó cuando ya se estaba en los últimos aprestos de la armada que debia ir contra el turco.

CAPÍTULO II.

Una cita misteriosa.

La empresa para la cual se coligaron el papa Pio V, el rey de España Felipe II y la señoría de Venecia, tenia por causa la deslealtad con que el gran turco Selim II habia faltado á su pacto con Venecia, acometiendo sin razon alguna, y ocupándola, la isla de Chipre.

Grandes dificultades habia encontrado la constitucion de esta Liga.

De ella se habia escusado Francia y otros reinos devorados por el protestantismo, y que veian con placer que contra Roma se levantaba un poder formidable que ayudaba grandemente al desarrollo de las nuevas ideas.

Ya hemos visto que hasta á Roma habia llevado su accion, aunque misteriosa é invisible, la *Reforma*.

El turco se habia aprovechado de las dificultades que á la *Liga* se oponian, y habia perpetrado el horrendo crímen del degüello de los defensores de Nicea, y dirigia sus bajeles sobre Grecia.

Al fin, y en vista de los sangrientos y bárbaros actos de Selim II; de que Europa estaba amenazada; de que la Protesta se difundia triunfante por el norte de Europa, se concluyó á 20 de Mayo de 1571 la alianza entre el Papa, el rey de España y la señoría de Venecia, y se nombró generalísimo de todas las fuerzas de mar y tierra de los coligados, al excelentísimo (y no serenísimo como dice algun historiador, porque el recelo de Felipe II no consintió en declararle infante) don Juan de Austria, hijo natural reconocido del emperador Carlos V, que ya era un capitan de gran loa por la pacificacion de las Alpujarras, que durante su rebelion habia tenido atenta á toda Europa.

Pero todavía se pasaron muchos meses sin que se abriese sériamente la campaña, por las dificultades naturales de la reunion de una flota y de un ejército que fuesen bastante para medirse con las formidables fuerzas de Selim II.

Se habia hecho durante el verano de 1570 una pasajera campaña en los mares de Levante, para oponerse en alguna manera á los actos piráticos del turco, con algunas naves de las tres naciones coligadas.

Pero la pericia y el valor de Marco Antonio Colonna, duque de Palicano, general del Papa, que mandaba esta expedicion, fueron inútiles, por las dificultades que encontraron los otros capitanes de la flota, y por la falta de mútua inteligencia.

Fué necesario concluir, como se ha dicho, el trato de la *Liga*, y que se diese

el mando de todas las fuerzas, como generalisimo, á don Juan de Austria, que apénas recibió su nombramiento, marchó con gran premura á Madrid, y de allí brevemente á Barcelona, donde exclusivamente se dedicó á la organizacion y al apresto de las fuerzas españolas.

Allí reunió los aguerridos tercios de don Lope de Figueroa y de don Miguel de Moncada, faltos aun de las fuerzas que debian unírsele en Nápoles, así que en otros puntos de España, especialmente en Andalucía.

Partió de Barcelona don Juan con sesenta y cuatro galeras españolas para Italia, parando en Génova, donde se le reunieron algunas fuerzas, y yendo despues á Mesina, donde debia completarse el armamento de la *Liga*.

En esto se estaba, cuando llegó á Mesina Cervantes, ya soldado de la compañía del capitan Urbina, uniéndose al tercio de Moncada á que correspondia.

Esto era á principios de setiembre.

Cervantes habia llegado á Mesina harto fatigado de sus desventuras, porque una desventura habia sido para él cada aventura suya.

Su mocedad, su aliento, la fuerza de su corazon y de su imaginacion, le impulsaban á todo lo que era candente y bello; y si con el alma confusa habia dejado en Granada á Beatriz, con el corazon desgarrado habia salido de Sevilla.

Al arribar á Mesina le habia consolado una dichosa esperanza.

La de que el amor de Paulina, que se habia separado de él, calmaria el dolor de las heridas de su corazon, si no era ya que las curaba.

Al saltar en tierra, sus ojos vagaron ávidos por la multitud que habia acudido á ver el desembarco de los bizarros soldados españoles, y admirar sus galas y sus plumas, y su marcialidad.

La mayor parte eran soldados viejos que habian combatido en las Alpujarras.

Los nuevos, entre los cuales debia contarse á Cervantes, eran muy pocos.

Aun así, no se les distinguia de los viejos; porque sin haber adquirido ese no sé qué del soldado avezado á las fatigas y á los combates, su ánsia por llegar á la ocasion del peligro y de la honra suplian por todo.

En vano rebuscó Cervantes entre la multitud.

No vió ni á Paulina ni á Bartolini.

Fuése triste y descorazonado á la posada á que le llevaron algunos camaradas suyos que halló en el puerto.

Hervia la posada de soldados.

En cada aposento se albergaron tres ó cuatro.

Mesina era estrecha para la gente que la llenaba.

Donde hay soldados, vagan y enredan Vénus y Baco, y campean los naipes, y resuenan las coplas, y con mucha frecuencia las espadas.

Si se hubiera tratado de un hombre, con revisar las posadas, y los garitos, y las mancebias y las tabernas, con él habria dado Cervantes.

Pero no era de suponer que Paulina se encontrase en ninguno de estos lugares.

Por prudencia, para evitar que Beatriz pudiese apercibirse, no habian recibido

una sola carta Cervantes y Paulina; de modo que Cervantes no sabia dónde moraba en Mesina la prenda de su alma.

Sintió una soledad horrible en medio de aquella inmensa multitud.

Preguntó dando señas, y aun que las señas eran muy marcadas, nadie pudo darle razon.

Hombres altos, morenos, fornidos, de larga barba crespa, gesto y apostura de bravo, los habia á centenares; y jóvenes rubios y hermosos, gentiles, y á la manera que Cervantes describia á Paulina, los habia tambien á centenares.

Aquello era como buscar á un estudiante vestido de negro en Salamanca.

Pasó un dia y otro dia sin que Cervantes diese con su perdida y adorada Paulina.

Empezó á desfallecer, dominado por una melancolía profunda.

La vida empezaba á hacérsele odiosa.

El recuerdo de Paulina se hacia en él más y más candente; más y más terrible, á medida que perdia la esperanza de encontrarla.

Conocia más y más cuanto la amaba.

Ella habia matado en él todo otro recuerdo de mujer.

Aun los más conmovedores.

Hacia ya diez dias que Cervantes habia llegado á Mesina. y que en vano á su Paulina habia buscado.

El 10 de setiembre por la mañana, el criado ó paje que servia á la par á Miguel y á otros cuatro camaradas suyos, en el punto en que Miguel despertaba, que era al romper el alba, entró y le dijo:

—Señor Miguel, acaban de entregarme una carta para vos.

Saltó Miguel del lecho.

Ocurriósele que aquella carta era de Paulina.

La tomó, se fué á la ventana, la abrió, y á la todavía escasa luz del dia, leyó en una letra muy igual y muy inteligible, pero que revelaba la mano de una mujer, lo siguiente:

«Te espero á almorzar en el puerto; en la hostería del *Ancora de Oro.*»

No decia más la carta.

No marcaba hora.

Pero en aquellos tiempos se almorzaba entre ocho y nueve.

Como se comia entre doce y una.

En setiembre amanece todavía temprano.

Faltaban por lo ménos tres horas para las ocho de la mañana.

—¿Quien te ha dado esta carta, Arsenio, dijo Cervantes, se ha ido?

—En cuanto me la entregó, contestó aquella especie de asistente.

—¿Ha sido una mujer?

—No, señor; un soldado.

—¿Jóven?

—Sí, señor; muy jóven; como que aun no tenia pelo de barba.

Le latió violentamente el corazon á Cervantes.

—¿Hermoso?

—¡Que sí! más de una mujer le envidiara la cara.

—¿Blanco y rubio?

—No habia bastante luz para distinguir tanto, señor Miguel.

—¿Dices que era soldado?

—Si señor, y de los más galanos; la capa de seda roja que traia valia un puñado de onzas.

Agitósele más y más el corazon á Cervantes.

—¿Venia solo?

—En su solo cabo.

Esto extrañó á Cervantes.

Paulina hubiera ido acompañada de Bartolini.

Sin embargo, podia ser.

—¿Y pudiste distinguir de qué tercio era?

—Si señor; llevaba el coleto amarillo, y las preseas rojas y negras, y las calzas rojas, y las botas amarillas de los soldados del tercio de don Lope de Figueroa.

—Sácame mi ropa de gala, dijo Cervantes, y vísteme.

Sus camaradas, que con él en la misma habitacion se aposentaban, dormian aun.

Alguno de ellos roncaba como un contrabajo de órgano.

Vistióse Cervantes, en lo que no empleó ménos de una hora con la asistencia de Arsenio, porque se rasuró, se afeitó, se peinó, se perfumó, se puso todo lo galano que pudo, que podia mucho, porque iba con dineros, y no era nada miserable ni dejado.

Entre tanto, habian despertado sus compañeros.

Se habian enterado de la cita.

—De mujer se trata, dijo uno de ellos, que no os acicaláreis tanto.

—Si mujeres hay en el tercio de Figueroa, dijo Cervantes, podrá ser que quien ha traido la carta, mujer sea.

—Todo podria ser, dijo otro; que ya sabeis que hubo en el Perú, con Pizarro, una monja alférez, á la que no se la conoció el sexo hasta despues de muerta, y fué uno de los más bravos soldados de aquella conquista.

—Y á más, dijo otro, que como ésta ha habido muchas, y las hay; mujeres enamoradas se han venido, vestidas de hombre, con sus amados, y yo sé de mujeres que no parecen sino soldados pintiparados, aun que muy jóvenes; y ya hubo el otro dia un lance entre dos de ellas, á las que se las tenia por pajes de armas y la una quedóse en el sitio, y resultó que mujer era, y mujer la que la habia matado por celos de un hombre á quien las dos querian.

Respiró Cervantes.

Su Paulina no podia sentir celos de ninguna mujer por ningun hombre.

Pero inmediatamente volvió á ponerse en cuidado, en un cuidado gravísimo.

Se acordó de Abigail.

Podia ser muy bien que Abigail hubiese tomado disfraz de hombre, y á Mesina se hubiese ido, buscándole á él á la ventura, y con Paulina se hubiesen topado.

—¿Y era rubia alguna de ellas? dijo Cervantes.

—Sí, contestó el que habia dado la noticia; rubia, y muy hermosa. Ésta fué la muerta; pero tuvo tiempo para declarar que era una mujer la que la habia herido.

Cervantes se habia puesto pálido como un difunto.

—¿Y no dijo la muerta el nombre de la homicida?

—No: ni se pudo averiguar quién fuese.

Cervantes no esperó á oir más.

Creyó muy posible que Abigail yendo en su busca, disfrazada de hombre, se hubiese encontrado con Paulina.

Escapó.

Ya se acercaban las ocho de la mañana.

Todo lo que veia Cervantes le parecia triste y negro.

La mar tomaba para él la apariencia del Leteo.

Las arboladuras y las járcias del sin número de naves que llenaban el puerto, se le asemejaban á horribles y extraños esqueletos.

Le parecian las personas que encontraba, almas en pena.

Tenia el alma helada de espanto.

Para él era indudable que si Paulina no habia salido á esperar las nuevas naves que debian llegar, por si él venia en ellas; que si en los dias que llevaba en Mesina, en ningun lugar la habia hallado, era porque ántes de que llegase él habia muerto.

Un ódio horrible se despertaba en su corazon contra Abigail.

Si era ella la que le habia convidado á almorzar en la hostería del *Ancora de Oro*, que tenia ante los ojos; si era ella la que habia matado á Paulina, Cervantes estaba resuelto á exterminarla.

Y luego decia:

—¡No! ¡exterminarla, no! ¡la muerte es poco!... ¡martirizarla!...

Y su imaginacion buscaba tormentos del alma, que hiciesen sufrir á Abigail, en venganza de Paulina.

En el puerto habia una gran animacion.

Hervia de gente.

Se embarcaba abasto y municiones.

Se transportaban cañones.

Habia un gran tráfago.

Se comprendia que pronto aquella numerosa flota debia hacerse á la mar.

Y para Cervantes nada de esto existia.

Buscó la hostería, y vió que la brisa movia sobre una puerta inmediata, una gran áncora dorada.

En aquel momento, cuando iba á dirigirse á la hostería, le tocaron levemente en un hombro.

Se volvió Cervantes.

Vió ante sí un jóven y gallardo soldado, que por sus preseas parecia del tercio de don Lope de Figueroa.

Pero en vano buscó en él nada que se pareciese á Abigail.

O tal vez Cervantes, que no la habia visto más que dos veces en toda su vida, una en Madrid y otra en Roma, se habia trascordado.

—Gracias, le dijo aquel mancebo, que si era mujer no lo parecia: vos no sois de los que hacen esperar: venid, y almorzaremos.

Y tiró hácia la hosteria.

CAPÍTULO III.

En que Cervantes encuentra, de la manera más extraña del mundo, un primer amor casi olvidado.

Siguióle Cervantes.

Entróse nuestro mancebo, ó manceba, por la hostería.

Atravesó por la primera sala, que estaba llena de gentes de todas las naciones, porque de todas las naciones habian ido á aquella empresa, y tomando por unas escaleras, se metió en un corredor al fin del cual se entró en un aposento en que estaba servida una mesa.

Se conocia que aquella habia sido dispuesta de antemano.

Habia una gran delicadeza, un gran cuidado.

Sin duda debia venir la verdadera persona que habia convidado á Cervantes.

La persona que hasta allí á Cervantes habia llevado, parecia, en efecto, un paje de armas.

Porque era demasiado jóven para estar como soldado en el ejército.

Toda la gente que habia acudido á Mesina, era veterana, ó por lo ménos granada.

Habia muy pocos que no hubiesen hecho su prueba de armas.

En entrando el mancebo que acompañaba á Cervantes, cerró la puerta.

Los manjares, que no eran muchos, pero si exquisitos, estaban servidos en un bufete, y con una estufilla debajo cada uno para que no se enfriasen.

El paje ofreció un sillon á Cervantes.

Sentóse éste.

El paje puso otro sillon al lado del de Cervantes, y tan próximos que se tocaban, y se sentó en él.

Era aquel mancebo como de diez y ocho años, moreno, y de una belleza tal y tan delicada, que la hubiera envidiado la dama más hermosa.

Tenia los ojos negros, lucientes, de mirada tan profunda, que no parecia sino que tenia su orígen en un alma que era un abismo.

Pero á pesar de esta belleza de la forma, de esta delicadeza de la tez, de este fulgor de la mirada, de este conjunto todo armonía, todo encanto, no habia en aquel jóven nada que no fuese viril en la expresion, en la mirada, en el acento.

El jóven permaneció mirando faz á faz, y de una manera incomprensible á Cervantes durante algun tiempo.

No se cruzó ni una sola mirada entre ambos.

El jóven parecia como aburrido de la contemplacion de Cervantes.

Cervantes, como pretendiendo comprender la extraña expresion del semblante del jóven.

Al fin éste se levantó, arrojó su birrete y su capa sobre otro sillon, se desciñó los hierros, sobre otro sillon los puso, tomó luego su birrete, su capa y sus hierros á Cervantes, y trajo y puso sobre la mesa una tartera llena de una suculenta sopa.

Sirvió á Cervantes el plato.

—¿Sabeis, dijo Cervantes, que lo que sucede es extraño? no parece sino que á ambos nos cuesta un gran trabajo el hablar.

—Es que yo tengo de vos noticias, dijo el barbilindo, que me hacen miraros con una gran reserva.

—¡Vive Dios, que no comprendo! dijo Cervantes, empezando á comer.

A comer habia empezado tambien el jóven; pero de una manera que denunciaba que no tenia absolutamente apetito.

No daba muestras tampoco de un gran apetito Cervantes.

—Fuerza es que yo os venere despues de lo que he oido hablar de vos, á un pariente mio que ha sido muy vuestro amigo.

—¡Ah! ¿vos sois pariente de un amigo mio?

—Sí; pariente lejano, aunque llevo su mismo apellido, y estoy muy léjos de parecerme á él en el ingénio: yo me llamo Francisco Tasso.

—¡Ah! ¡vos sois pariente del gran Torcuato Tasso! ¿sois como él de Sorrento?

—No, señor; yo soy toscano; nacido en Roma.

—Pues vuestro acento no me ha parecido italiano.

—¿Qué quereis? los españoles os vais á Italia, á las escuelas de Bolonia, y nosotros, los italianos, que no podemos entrar en esas escuelas, porque sólo para españoles las fundó el cardenal Albornoz, viendo la buena instruccion que en ella dan los maestros españoles, á la Universidad de Salamanca nos vamos. Seis años he permanecido yo en España cursando letras y armas, y allí he perdido el acento italiano, hasta el punto que más por español que por italiano el que me oiga hablar puede tomarme.

Cundió por el mundo la noticia del intento del Papa de ir contra el turco, en

union con España y Venecia, y en vez de esperar á que las escuelas se abriesen para empezar á leer teología, á Mesina me vine y me alisté en el tercio de don Lope de Figueroa del cual, como veis, llevo las preseas.

—¿Teología ibais á estudiar? exclamó Cervantes; pues á fé, á fé, que no teneis cara de vocacion para la iglesia.

—La iglesia es un puerto seguro, donde se está al abrigo de las tempestades de la vida, dijo el señor Francisco.

—Y se levantó, y puso una fuente llena de costillas de carnero en salsa verde sobre la mesa.

Llenó las copas.

—¿A la Iglesia os consagrabais, y sin embargo, os habeis venido á la guerra? dijo Cervantes.

—¿Qué quereis? esta es una guerra santa; y no es extraño que yo, que aun no soy estudiante de teología, me haya venido á ella, cuando muchos graves religiosos á ella acuden para partir los peligros con los soldados, y alentarlos si necesario fuere.

—Verdaderamente, dijo Cervantes, que á esta guerra vienen gentes de todas las partes de Europa, y no solamente hombres, sino tambien mujeres; que tengo noticias de que muchas damas, en marcial hábito de soldado se han venido tras de sus amantes.

—¡Buenas serán ellas, dijo el señor Francisco, cuando á tal se arrojan! Bien es verdad que no es suya la culpa, sino de los pestíferos libros de caballería, que andan en manos de todos, volviendo locos á hombres y á mujeres: en cuanto á mí, yo os digo en verdad, que si amores hubiera tenido, y la mujer por mí amada tras mí se hubiera venido, cubriéndose el seno con la coraza, y pendientes los hierros de la cintura, que más propiamente que por el talabarte debia ser ceñida por el abrazo del amor, de sus amores me dejara, para no volver á pensar en ella en todos los dias de mi vida: que dama que á soldado se echa, no hay amor que la disculpe, porque más que mujer, es marimacho, y yo no sé cómo un hombre de buen gusto y vergüenza pueda de un marimacho continuar prendado.

—En ocasiones puede verse una mujer, dijo Cervantes, por las que, no digo á soldado, sino á diablo se eche: y deciros quiero, que me parece que vos pudiérais dar algun testimonio de esto.

Hacia algunos instantes que Miguel habia sorprendido una mirada del señor Francisco, que le habia revuelto la sangre.

El señor Francisco, desde el principio de su conversacion con Cervantes, habia lucido dos géneros de mirada.

Cuando le miraba faz á faz, su mirada habia sido varonil y tranquila; pero cuando Cervantes se distraia, aparecia en aquellos hermosos ojos negros, una rápida mirada, celeste, candente, enamorada, infinita.

Indudablemente el señor Francisco era una mujer.

Cervantes habia sorprendido una de esas miradas.

A más de esto, en un momento en que la incógnita se inclinó, habia visto, por un movimiento de su gorguera, una cadena de oro que rodeaba su garganta.

No contento con su observacion Cervantes, y para evitar una conversacion inútil, habia rodeado de improviso la cintura de la jóven, la habia atraido á sí, y la habia besado en la boca.

Ella se desprendió de una manera violenta, y á su semblante subió un color vivísimo.

Cervantes no tuvo ya duda.

Era una mujer.

—Yo os habia creido ántes ménos torpe, dijo ella, que se habia levantado y habia tomado distancia. Despues os habia creido ménos descomedido. Dama soy, en efecto, señor Miguel de Cervantes, y honrada, y os suplico que como á tal me trateis; que si yo he dicho que una mujer que por seguir á su amante, ó por otras razones, hábito de hombre toma y tras su amor se vá á la guerra, es un marimacho, á la que no puede amar un hombre que tenga buen gusto y vergüenza, por encubrirme fué y no por otra cosa: y aquí teneisme á mí, que sin amar á nadie, y bien por muy diferentes motivos, en Mesina me hallo, y á punto de embarcarme y hallarme en la gran jornada que se apareja; y así pues, yo os ruego, que como á mujer y doncella honrada me trateis, que no puedo esperar ménos de vuestra cortesanía é hidalguía.

—Maravillado estoy de oiros, señora, y mucho más me maravilla el oiros que no por unos amores desesperados á Mesina os habeis venido en hábito de soldado, sino por otras razones; y maravíllame mucho más, el que á almorzar me hayais convidado, y conmigo os hayais encerrado, para daros luego por ofendida, cuando por los hechos he querido demostraros que no por hombre os tenia, sino por mujer.

—¡Ay de mí! dijo ella, cambiando de acento y de expresion; que á favores nos prestamos, porque buen corazon tenemos, que nos cuestan muy caros; que yo no os conocia, ni os habia visto en toda mi vida, y ayer me hizo conoceros una mi amiga, ó más bien, conocida, que como yo en traje de soldado anda por Mesina, y que de vos está enamorada, y no ménos que perdida.

Sobrecogióse Cervantes, y dijo con la voz trémula:

—¿Y cómo se llama esa mujer?

—Amigas somos desde hace dos dias, en los cuales nuestra amistad ha crecido de tal manera, que no parece sino que juntas nos hemos criado: no embargante lo cual, su secreto no ha querido revelarme en cuanto á su nombre, y sólo conozco el masculino con que ayudada del traje se encubre, y que es Juan Perez de Dávalos.

—¿Y no ha de venir aquí esa señora? dijo Cervantes.

—No, dijo la incógnita; que ella no sabe que yo he venido á veros, ni que lo supiese quisiera; que si yo os dije que por servirla venia, fué por disculparme, y porque no me atreví á deciros que por mi propia voluntad y corazon vine: y fuerza es ya que os diga que veros y abrasarme en un amor que yo nunca habia

sentido ni creia poder sentir, fué cosa de un momento; y tan rabioso entró en mí este amor, que habiéndome dejado mi amiga, tras vos me fuí, y cuál era vuestra posada averigüé, y á la mia me volví, y en toda la noche pegar no pude los ojos, y aun no se hizo de dia, á vuestra posada me fuí á convidaros, y yo no sé cómo he tenido valor ni fuerzas para disimular; pero en fin; como el corazon es más fuerte que la razon, contenerme no he podido, y conocídome habeis en los ojos, no sólo que era mujer, sino mujer enamorada, y harto gravemente, por ser un amor desesperado, porque bien sé yo que no podeis amarme.

Y tras estas palabras, la enamorada doncella calló, é inclinó sobre el seno la cabeza, tal vez por ocultar en alguna manera el color de la vergüenza que al semblante la subia.

—De tal manera acrecen en mí, señora, dijo Cervantes, el asombro y la confusion de mis encontrados pensamientos, que no sé qué os diga, ni qué os deje de decir, ni lo que por mí pasa: que si bien es verdad que á tales empeños me ha llevado el amor que no soy nada mio, tal es, tambien el efecto que en mí por vos se hace, que ya no sé explicarme qué cosa sea el amor ó deje de ser, si no es ya que por la cortedad de nuestro mortal entendimiento lo que es el amor no sabemos, y despeñados por donde nuestra suerte quiere vamos sin saber dónde hemos de parar, ni lo que de nosotros ha de ser.

—Con tan noble lisura me hablais, señor mio, dijo ella, y tan sin bajos propósitos de aprovecharos de este desdichado amor mio, que no sé porqué en mi alma se ha encendido, que más en mí por vos mi amor crece, y veo que no me han engañado diciéndome de vos que sois un hombre tal, que no hay mujer que teniendo buen alma y no torpe entendimiento, si os conoce no os ame. Y puesto que sin esperanzas os codicio, y con espanto del alma veo la desdicha de mis amores, no puedo ocultaros quién yo soy, y por qué en Mesina me hallo: y habeis de saber que yo soy hija de un ilustre caballero de Salamanca que tal vez habreis oido nombrar, y que se llamaba don Juan Rojas de Arias.

—Junto á Santo Tomé viviais, señora; más allá de la casa de doña María la Brava, dijo Cervantes.

—Allí he vivido hasta la negra tragédia que en el punto en que me veis me tiene.

—Pues no debeis contar más que diez y ocho años, señora, dijo Cervantes; que quince á lo más tendriais por el tiempo en que en Salamanca cursé filosofía; y ahora, á pesar del traje y de lo cortado de los cabellos, de limpio en limpio os saco y os reconozco, y veo, que en efecto sois la hermosísima doña Inés Rojas de Arias.

—Pues vais á reconocerme mejor, señor mio, exclamó la jóven.

Y arrancándose una peluca negra que traia sobre los cabellos, la cual hacia parecer muy abultada su cabeza en la parte superior, quitóse algunas horquillas, y sobre sus hombros y sus espaldas derramóse en ondas un tesoro de finísimos y ondosos cabellos castaños.

Acongojóse Cervantes, porque vió que en él no habia cesado aquella su irre-

sistible propension á las mujeres, y porque se veia á punto de un nuevo empeño, no embargante que guardaba en el corazon el fuego más ó ménos vivo de todos los amores que por él habian pasado, y especialmente la pasion que por Paulina sentia, y que todo lo avasallaba.

Pero este avasallamiento, no quitaba el que Miguel sintiese como su corazon nadaba en delicias al ver tan prendada de él, y tan perdida por sus amores á doña Inés Rojas de Arias.

—Pues más de una música os dí yo, señora mia, dijo Cervantes, y más de una vez á esperaros me puse á la salida de misa, junto á la pila de Santo Tomé, sin que nunca vuestros balcones abriérais, ni levantárais los ojos para mirarme.

—Pluguiese á Dios, dijo doña Inés, que entónces yo en vos me fijara y os amara; que ni la triste tragédia que lloro aconteciera, ni vos tuviérais el corazon tan ocupado, que mi amor no pudiérais pagarme; si no es ya que vuestros amores, que á tanto os obligan, sean muy viejos.

—Mi primer amor fuísteis, aunque ni visto ni oido, dijo Cervantes, y yo nunca os he olvidado; y si yo supiera que habia de encontraros en una tal ocasion como la presente, tal vez con la esperanza de poseeros la posesion de otros no anhelara.

Cervantes no era un santo.

Estaba, además, en la edad de las aventuras.

Por otra parte, era necesario confesar que doña Inés era bastante por su hermosura y por su modestia, y por las buenas prendas que en ella á primera vista se revelaban, y por el amor de las entrañas que se la salia por los ojos, de hacer caer en la tentacion al mismísimo San Antonio abad, el del yermo.

A Cervantes le iba cogiendo la embriaguez; ó por mejor decir, le tenia ya cogido.

El almuerzo se habia quedado en la mitad.

Ninguno de ellos se acordaba ya de los manjares ni de los vinos.

Volvió doña Inés á acomodarse en lo alto de la cabeza los cabellos, que sujetó con las horquillas, y se puso la peluca, que era tan perfecta que no se conocia, una vez puesta, que peluca fuese.

Se enjugó las lágrimas que corrian en abundancia por sus morenas mejillas, y dijo:

—Fuerza es, señor, que me oigais y conozcais mi historia, que es muy breve, para que podais disculparme el venirme yo aquí con este traje con esta aparente licencia: y si despues de oirme me perdonais, y, aun que vuestra esposa no me llameis, porque imposible esto sea, me llamais vuestra hermana, yo me tendré por no tan desventurada como pienso serlo, y en vos miraré á mi padre y mi madre, y cuanto en el mundo me queda.

—Tened por seguro, señora mia, dijo Cervantes, que en mí habeis de tener todo cuanto es mio; y que si en mi mano está convertir, en cuanto posible fuere vuestras desdichas en venturas, esto será para mí una de las mayores venturas que pudiera otorgarme el cielo.

—Pues siendo eso así, dijo doña Inés, yo os lo agradezco con toda mi alma, y á relataros voy mi historia, que como os decia, será muy breve.

Tras estas palabras, doña Inés se quedó pensativa un corto espacio, y luego dijo:

CAPÍTULO IV.

En que doña Inés cuenta su brevísima y lamentable historia.

—Tan breve es mi historia, que la voy á referir en cuatro palabras.

Murió mi madre al darme á luz.

Túvome criándome en su casa, hasta los diez años, mi padre.

A esta edad, me llevó á las monjas Carmelitas, donde yo tenia una tia, hermana de mi madre.

Criáronme como para monja, y ojalá que con su proyecto se salieran.

Pero no quiso Dios que esto fuese.

Y no fué porque yo me opusiera á ello, que yo no conocia el mundo, y á ser monja estaba decidida y firme, con todo el contento de mi alma.

¡Pluguiera á Dios que así hubiese sido!

Pero cuando cumplí los quince años, mi padre, que parecia inclinado á que yo siguiera la vida religiosa, me sacó de improviso del convento, y me llevó á su casa.

Entónces fué sin duda cuando me conocísteis vos.

Díjome mi padre, que lo habia pensado mejor, y que habiendo muerto su hermano sin hijos, y no teniendo más parientes, no queria que por ser yo monja se acabase la familia.

Así, pues, que habia pensado en casarme, y que era menester que pensase en elegir esposo entre los caballeros más principales de Salamanca.

Pero fuese por mi poca edad, ó por mi inocencia, ó porque Dios no lo quiso, aun que me solicitaron los más nobles, más ricos y más galanes caballeros de Salamanca, yo no me agradé de ninguno, ni dejé de ser para ninguno descomedida y cruel.

Viendo mi padre que no habia en Salamanca quien de él pudiese prendarme, pasado que fué un año llevóme á la corte, donde tenia muchos amigos, y á todas partes me llevó cubierta de galas y de joyas, tales como su mucha hacienda se lo consentia, y saraos hubo en la casa, y rodeóme de cuantas tentaciones pueden ofre-

cerse á una mujer para que al mundo se aficione, y en peligro de enamorarse para satisfacer su sed de placeres, se ponga.

Pero yo fuí tan ingrata para los nobles galanes cortesanos, como lo habia sido para los de Salamanca; y tanto, que acabaron por llamarme corazon de piedra.

Y esto no era cierto; sino que para amar, necesitaba yo mucho más de lo que mis ojos veian, mis oidos escuchaban, y mi entendimiento conocia.

Y la prueba de que yo no era insensible lo es, que apénas os he visto, (y porque para amaros he nacido sin duda en el mundo), que os he oido, en amor por vós me he abrasado, y sin miramiento alguno á mi sexo tras vos me he ido, y en ocasion mi pasion me ha puesto, en que mi amor me perdiera, si vos no fueseis tan bien nacido y tan honrado.

Acongojábanme tantas solicitudes enojosas, y esto iba labrando en mí un aburrimiento que yo misma no podia soportar.

Por fortuna mi padre no pretendia ser para mí un tirano, y me dejaba libre en la eleccion de esposo.

Y así pasaba el tiempo.

Pero aun no ha tres meses, volvió de las Andalucías, donde habia estado en la guerra de las Alpujarras, un caballero ya de avanzada edad, muy noble y muy rico y muy jactancioso, que pretendia que no habia mujer que á sus amores resistiese con sólo que él la mirase; y como este tal caballero oyese quejar á otros amigos suyos de mis desdenes, aseguróles que no habia de ser él quien mis desdenes llorase; que bien pronto á él habian de verme rendida, y por él desesperada.

Replicáronle, y vinieron á las apuestas.

No faltó alguno que de todo esto me diese cuenta, y tal irritacion me causó la arrogancia y la presuncion de aquel hombre, que mi nombre habia llevado á término de apuesta, que me propuse castigarle cuan duramente me fuera posible.

Lleváronle á mi casa, y os digo á la verdad, que si yo no hubiera estado contra él prevenida, yo creo que si no le hubiera amado, con ménos desvío que á otros le habria tratado, y tal vez con él me habria casado; que no sabia yo lo que casarse era.

Don Pedro Ruiz de Vargas, aun que no era un jóven, no podia llamársele tampoco viejo, y era galan y decidor, y tan conocedor de las mujeres, que os repito que, á no estar yo prevenida é irritada, en sus lazos caigo.

Acogíle bien; de manera que no pudo tener esperanzas de que yo le amase ni perderlas.

Venia con frecuencia á mi casa.

Nos acompañaba á mi padre y á mí, á la Iglesia y á los paseos y á las comedias.

Todos le daban por favorecido por mí, y en camino de reducirme, ganando por este camino las apuestas que por mí habia empeñado.

Yo le dejaba crecer en esperanzas, resuelta á desengañarle cuando él se creyese en más altura, y este empeño mio fué el que nos llevó á una perdicion á todos.

Llegó, en fin, un dia, en que tan enamorado se sintió don Pedro Ruiz de Vargas, y tan favorecido se creyó por mí y que yo tan deseosa como él estaba de un próximo casamiento, que me pidió á mi padre.

Alegróse éste, porque como todos, creia que yo amaba á don Pedro Ruiz de Vargas, y me dijo que la boda habia de hacerse para de allí á un mes.

Contesté yo que la boda no habia de hacerse para de allí á un mes, ni para de allí á nunca, porque yo no pensaba, ni habia pensado jamás en casarme con don Pedro Ruiz de Vargas.

Reprendióme mi padre diciéndome que yo habia dado bastantes muestras de estimacion y aun de afecto á don Pedro Ruiz de Vargas, para que, no sólo él creyera que yo le amaba, sino para que lo creyeran todos.

A lo que yo repliqué, que si tratar á un hombre con cortesanía y buenas maneras, se habia de tener por muestra de amor, seria necesario que las damas, para no alimentar esperanzas soñadas, tratasen á todos los que á ellas se acercaran como si fueran fieras, y no de humana y afable condicion.

Neguéme en fin, de todo punto á este casamiento, y como mi padre me amaba de tal manera, que por nada del mundo hubiera violentado mi voluntad, supo de boca de mi padre don Pedro Ruiz de Vargas, que no tenia que pensar ni aun remotamente en su casamiento conmigo, porque por mucho que á mi padre le pesase, todos se habian engañado, al creer que yo á don Pedro Ruiz de Vargas amaba.

No hubiera podido darse á don Pedro Ruiz de Vargas más negra noticia, y en la verdad de ella hubo de confirmarse, cuando habiendo venido á mi casa á informarse de mí misma, yo sin contestar á su saludo, le volví la espalda, y me salí de la habitacion dejándole con la palabra en la boca.

Encolerizóse con esto don Pedro Ruiz de Vargas, que era muy soberbio, y dijo á mi dueña, que en el estrado se habia quedado:

—Decid á esa descorazonada é ingrata, que por el menosprecio que de mí de hacer acaba, conozco bien que ni me quiere ni me ha querido nunca; pero añadid, que dado que ella no ha querido ser mia como mi legítima esposa, mia ha de ser cómo y cuándo yo quisiere; que no soy yo de aquellos que atrás se vuelven de un empeño, aun que en él hayan de encontrar la muerte.

Y se salió de casa airado.

Díjome la dueña lo que él la habia dicho, y yo encargué á la dueña, que si con él volvia á hablar, le dijese que yo despreciaba sus amenazas, y que ni aun por groseras me irritaban.

Y para demostrar á don Pedro Ruiz de Vargas cuanto en poco le tenia y le temia, acogí los amores del que mejor me pareció de los infinitos que me solicitaban, y hasta me arrojé á hablar en la reja con él en altas horas; y esto no porque yo le quisiera, sino para dar de ojos á don Pedro Ruiz de Vargas, y vengarme de él, por haberse atrevido á hacer sobre mí una apuesta, como si yo hubiese sido cosa sobre la cual apostarse pudiera.

—Pues perdonadme que os diga que hicisteis muy mal, señora mia, dijo Cer-

vantes, en llegando á este punto doña Inés en su relacion; porque ocasion disteis con esto, imprudentemente, á más de una desdicha, á lo que me parece.

—Y no os habeis engañado, señor mio, dijo suspirando doña Inés; que no tardó mucho en cogerse el fruto de mi imprudencia; que la misma noche en que yo á la reja bajé, para hablar por ella con el que habia elegido para humillar á don Pedro Ruiz de Vargas y vengarme de él, don Pedro, que no dejaba de rondar mi casa, provocó á aquel mi nuevo amante, y más fuerte y más diestro que él, ante mis ojos le mató, sin poder impedirlo las voces que yo daba pidiendo socorro, y que irritaron más al de Vargas, porque creyó que si yo aquellas voces daba en quebranto de mi amante, era por el amor que tenia al otro; por lo que en él se ensañó de tal modo, que despues de haber caido en tierra, le dió de puñaladas como si hubiera sido un perro.

Caí yo por tierra desmayada, y de allí en brazos y como pudo mi dueña, que conmigo estaba, que yo nunca á la reja hubiera bajado sola, llevóme á mi aposento, y me puso en el lecho, y me hizo volver en mi acuerdo.

Encargué á mi dueña que disimulara, y que nada á nadie dijese de lo que habia sucedido.

Así es, que nadie supo quién habia matado á aquel sin ventura, aun que muchos lo adivinaron, por haberse encontrado el muerto cerca de mi casa.

Ello fué, en fin, que la justicia no buscó á don Pedro Ruiz de Vargas, y que yo quedé tan amedrentada, que no me atreví de allí en adelante, no ya á hablar secretamente con ningun hombre, sino ni aun á mirarle, no fuese que don Pedro creyese que yo le amaba y le matase.

Pero nada aventajó con esto don Pedro Ruiz de Vargas, porque le cogí un aborrecimiento tal, que cuanto más le veia padecer, más me alegraba.

Conocia él mi aborrecimiento, y nada de mi corazon esperaba; pero lo esperaba todo de mi vil y traidora dueña, que vencida por el oro que á manos llenas le daba el de Vargas, una noche le facilitó la entrada en mi aposento, cuando yo estaba entregada al sueño.

Despertéme yo de improviso, sintiendo que me abrazaban, y halléme entre los brazos de don Pedro Ruiz de Vargas, y de tal manera en peligro puesta mi honra, que si Dios y su Santa Madre no me dieran fuerzas para resistirme, en aquel mismo punto la perdiera.

Grité viendo que me perseguia don Pedro, y con tal terror y tal fuerza, que á los gritos acudió mi padre, ¡que ojalá nunca acudiera! porque ciego de furor el de Vargas, que al prevenirse para robarme mi honra, habia dejado la espada desnuda junto al lecho, la cogió, y con ella dió un golpe á mi padre en el pecho, que le dejó sin vida.

Desmayéme yo, y al volver en mí, me encontré rodeada por la justicia, que á los gritos de los criados habia acudido.

Dije al alcalde mi desdicha como pude, acusando á don Pedro Ruiz de Vargas y á la dueña; que no pudo ser otra la persona que tan traidoramente, y para producir tal desdicha, en mi casa habia entrado á don Pedro Ruiz de Vargas; lo

que se confirmó con ver que la dueña no parecia en la casa, ni en todo Madrid se la halló, por más que se la buscó, ni pudo hallarse tampoco á don Pedro; conque, por su fuga se vino á probar que ellos eran los culpables del delito, y mi honra se salvó; que yo no gritara si por mi gusto en mi aposento entrara el de Vargas.

Pero quedéme huérfana y sola en el mundo, con un tutor que la justicia me impuso, y con el deseo de vengarme del cruel matador de mi padre y enemigo de mi honor.

Y como no tenia quien venganza me diera, que nadie por una mujer tales empeños sobre sí toma, como no sea que tenga el alma generosa y enamorada por ella, por mí misma pensé tomar mi venganza; y habiendo sabido que don Pedro Ruiz de Vargas, mudado el nombre se habia venido á Italia á ponerse bajo las banderas de Roma, acaudilladas por Marco Antonio Colonna, sin dar parte á nadie de mi resolucion, y haciendo de mis joyas dineros, procuréme un traje de hombre, y una mañana, ántes del amanecer, me descolgué por un balcon á la calle, y de Madrid me salí, y en una mula de alquiler, con un mozo, tomé la vuelta de Barcelona, para hacer todo lo cual, me ayudó una mi fiel doncella, á la que yo dejé en mi casa, porque no quise que nadie en mi camino me acompañase.

Quince dias hace, señor mio, que llegué á Mesina, y me alisté como soldado en el tercio de don Lope de Figueroa, y en la compañía que está bajo las banderas de Marco Antonio Colonna, prestada por España, que el Papa no tenia bastante gente de guerra para sus galeras y ha sido menester prestársela; y en esos quince dias, por más que he ido á todas partes, y á todos los soldados y jefes españoles que bajo las banderas de Marco Antonio Colonna militan he mirado, no he logrado hallar al maldecido por quien en este hábito y fuera de mi casa me hallo; pero á no ser por la muerte de mi buen padre, de la que nada puede consolarme, alégrome del empeño que aquí me ha traido, y que ha dado ocasion para que os vea, y conozcais que os amo; porque es tal el amor que os tengo, que aun que no le correspondais, sólo con amaros mi amor estará bien pagado.

Calló en diciendo esto doña Inés, y se quedó confusa y ruborizada, sin atreverse á levantar los ojos para mirar á Cervantes.

CAPÍTULO V.

De como Cervantes y doña Inés, aun que no se unieron, acabaron por vivir juntos.

—Llegádome há á las entrañas, y lastimádomelas, señora, dijo Cervantes, lo que con tanto dolor y lágrimas me habeis contado, y no quiero deciros lo que sobre ello se me ocurre, y ya bastante os dije; máxime, cuando vos misma conoceis que causa han sido vuestras imprudencias, de esas desventuras y desdichas, y con vuestro arrepentimiento y vuestro dolor pagais la pena, y harto cruda. Pero digoos que ya, habiéndoos encontrado, y como nos hemos encontrado, y en la ocasion en que estamos, aun que fraternales sean estos amores, que de otra manera ni mi honra ni la vuestra los consentiria, sola no estais ya en el mundo, ni por vuestra mano es menester que os tomeis vuestra venganza, que aquí estoy yo para cumplirla; y cumpliréla, y tan acabadamente, que no quedeis con más gana de venganza; ántes con compasion del hombre que de tan vil y cruel manera os ha lastimado el alma; pero necesario será que vos veais si á las manos le habemos. Y para procurarlo, bueno seria que vos, dejando el hábito masculino, os vistiérais vuestras femeniles galas; que tan hermosa sois, que la atencion de todos sobre vos habeis de traer, y tal vez ese hombre que vos no podeis descubrir, entre tanta multitud de soldados como aquí hay, os verá, y arrastrado por su amor á vos, que debe ser grande, cuando por él á tales torpezas y crímenes se ha arrojado, á vos se acercará sin remedio, y traédmele, y yo os vengaré tan completamente como vos podais desearlo.

—Ya habia yo pensado en eso mismo, dijo doña Inés, y aun trajes de mujer me habia comprado, esperando, como vos, que acaso presentándome yo tal cual soy, él me viera, y viéndome, como vos decís muy bien, á mí tornara, pudiendo satisfacer de este modo mi venganza. Que yo estaba resuelta á hacerle creer que, á pesar de las atrocidades que ha hecho, y por ellas mismas conociendo cuánto era su amor, de él, á despecho de mi padre muerto, me habia prendado de tal manera, que á buscarle habia venido: y todo esto, con la intencion de darle un cierto filtro que conmigo traigo, que me lo procuró de una bruja, aquella mi fiel doncella de que os he hablado: que es un filtro que no mata, sino que deja á una criatura tan débil y tan macilenta y tan enferma, que á sí mismo no puede valerse, sintiendo en todos sus huesos un dolor agudísimo, y en todo su sér una agonía que lentamente vá matándola, sin que para curar los efectos de

esta ponzoña, haya médico ni medicina en el mundo. Pero compradas hánse quedado las ropas; que yo no me he atrevido á tomar de nuevo mi verdadera apariencia de mujer, porque aun que mi venganza ansío, no quiero que por una vil aventurera me tengan, que á donde hay un poderoso ejército reunido se ha venido como buscona y mal nacida.

—Pues lo que ha de ser, señora, es que á vuestra posada nos vamos, y que se busque una honrada familia con la cual vivais, y de ella os acompañeis, recobrando vuestro estado y vuestro nombre; que así nadie dirá mal de vos, ni se pondrá en peligro vuestra fama; que podreis decir muy bien que por unos honrados y lícitos amores, y siendo vos sola en el mundo, y no mayor de edad, si bien cerca de serlo, á Mesina habeis venido.

—Pues para esto, que será porque vos lo quereis, y yo no tengo más voluntad que la vuestra, y tan rendida estoy á vuestras órdenes, es necesario que mi general, el señor don Lope de Figueroa, dé licencia á su soldado Francisco Tasso, para ausentarse de Mesina hasta el dia en que, habiendo de zarpar la flota, haya de embarcarse la gente; que yo no me separaré ya más de vos, á no ser que vos me mateis, ó que me maten, ó muera; y ni vos podeis dejar de embarcaros cuando llegará la hora, ni yo con vos puedo embarcarme en traje de mujer.

—¿Y vos habeis de exponeros á los peligros de la mar, y al duro hierro y cruel de los mayores enemigos del mundo cristiano? dijo Cervantes.

—¿Y por qué no he de partir yo con vos el peligro, señor de mi alma, si con vos esta tristísima alma mia he partido? dijo doña Inés. No me hableis más de ello; que para que yo no os siga á todas partes, menester será que de vos me arrojeis cruelmente, que seria lo mismo que matarme, y vos no querreis la muerte de esta desdichada mujer que tanto os ama.

Y diciendo esto, doña Inés tendió los brazos á Cervantes, y se colgó de su cuello, y le miró con los ojos preñados de llanto, que al fin corrió largamente.

Ablandáronsele las entrañas á Cervantes, y volviendo en su acuerdo, que olvidado estaba ya de todo lo que no era doña Inés, y besándola amorosa y respetuosamente en la frente, como si su hermana hubiera sido, de sí la apartó; y bien pudiera haber logrado su tentacion, que traspuesta estaba, y rendida y loca de amores doña Inés; pero por más que por ella de todo se olvidase Cervantes, en cuanto á la delectacion y regocijo del alma, de que no era libre, no podia dejar de acordarse de que un amor más, con obligaciones á una correspondencia de honra, vendria á hacerle á él más desgraciado, siendo á la par una desdicha mayor que lo que ya lo era, el haberse enamorado de él doña Inés.

Y como la ocasion le tenia en el peligro, porque una tentacion se le iba y otra se le venia, de caer en aquellos peligrosísimos amores, que de tal manera, y con un tal entusiasmo, si no en las palabras, en los ojos y en la turbacion de doña Inés se le brindaban, á la puerta del aposento se fué, y abrióla, y llamó, y en acudiendo el mozo, pagar quiso la costa, pero en vano.

Y con esto, y habiéndose ceñido los hierros ambos, y tomando birretes y capas, y recobrándose un tanto de su turbacion doña Inés, de la hostería se sa-

lieron, yéndose á la casa que en la misma marina, para tener más á la vista la flota, habitaba don Lope de Figueroa, á quien Cervantes habia conocido en cuanto llegó á Mesina, por haberle llevado á ver al general, y recomendádole á él, un su camarada de Cervantes, que era alférez de la compañía del capitan don Diego de Urbina, que por muy hidalgo y de muy buenos antecedentes, concedia su particular amistad don Lope de Figueroa.

Era este alférez natural de Tudela; se llamaba Mateo de Santistéban, se acompañaba amenudo de Cervantes, y vivia en la misma posada que él.

Tanto se habia agradado don Lope de Figueroa del buen ingenio, de la llaneza y de las grandes cualidades que Cervantes tenia para hacerse amar, que más de una vez, desde que estaba en Mesina, le habia recibido y conversado con él, y recomendado le tenia grandemente al capitan Diego de Urbina, que no necesitaba ciertamente le recomendasen á Cervantes, porque él en su propia estimacion, y grandemente, le tenia.

Prestóse graciosamente don Lope de Figueroa, por la mediacion de Cervantes, á dar al soldado de su tercio Francisco Tasso, licencia para estar donde mejor le conviniese, hasta el dia en que hubiese de embarcarse la gente; y otro sí: le concedió el pasar á la misma compañía del capitan Diego de Urbina, en que Cervantes servia.

No se le ocurrió, ni por soñacion, al buen don Lope de Figueroa, que aquel gentil mancebo que Miguel de Cervantes le presentaba, fuese una mujer; y de tal manera fué esto, que le dijo:

—Muy mozo os habeis metido en la estrecha y dura regla de la milicia; pero aun así, tendreis adelantado más que otros para vuestros acrecimientos, si vuestro valor y vuestra honrada envidia por igualaros á los mejores, corresponden á á vuestra gentileza.

Saliéronse, grandemente pagados de don Lope de Figueroa, de su casa, y en la ciudad se metieron, y en ella, en una estrecha callejuela, y en lo último de aquella callejuela, en una pobre casa que era la habitacion de un zapatero, con la mujer, y con dos lindas doncellas; de tal belleza y tan bien criadas, que para parecer damas, no las faltaba más que el traje.

Vivir habia querido sola, para encubrirse mejor doña Inés, y posada particular habia buscado.

Ayudábase el zapatero con algun huésped; pero queríale de tales condiciones, que peligro no pudiesen correr sus hijas, que, como se ha dicho, eran muy hermosas, que la hermosura no reconoce familias, y allá cae donde Dios quiere que caiga; y que no se pudiera murmurar de ellas.

Así pues, cuando vió á doña Inés, tomándola por un gallardo mancebo, se apresuró á decirle que no le podia hospedar en la casa; y como por estar presentes las dos hijas del zapatero, doña Inés conoció cuál era la dificultad que para recibirla el zapatero tenia, confióse á ellos, revelándoles su secreto; y no fiándose mucho sin embargo el zapatero, con su mujer encerróse doña Inés, y ya no hubo duda, y admitida fué, y por mujer tenida, aun que se la guardó el secreto.

Llegado que hubieron, doña Inés dijo á su patron:

—Este caballero que aquí veis, es un pariente mio, que á esta empresa del turco ha venido; y como ya quien mire por mí tengo, he resuelto recobrar mi traje propio, y vivir como á mi rango y á mi ilustre sangre corresponde.

Afligióse el zapatero, porque vió que su buen huésped, con el que tenia una honrada ganancia, se le iba; pero consolóse cuando doña Inés le dijo:

—Como doncellas me han servido vuestras hijas, en el tiempo que he vivido en vuestra honrada casa; son buenas y hermosas y bien criadas; héme aficionado á ellas, y si vos quisiéreis, á mi lado me las llevaria como doncellas, y por poco tiempo; hasta que la flota marche, que será dentro de unos dias.

Consultólo esto con su mujer el zapatero, y como los padres vacilaran, comprometió un dote doña Inés á cada una de las muchachas, y quedó el asunto concluido, y doña Inés se entró con ellas, volviendo á aparecer de allí á una hora, en traje de dama, y con tan ricas galas, y tan y tan preciosas joyas, y tan hermosa y tan niña, que al mismo sol hubiera podido dar envidia.

Acongojóse Cervantes, porque vió que el peligro en que se encontraba de unos nuevos amores, arreciaba más y más; y que si por hermosa, y por dama, y por enamorada, y por discreta habia amado á Beatriz, y por diosa y enamorada á Paulina; hermosa y discreta, y dama, y diosa, y enamorada era tambien doña Inés; y no sabia por qué, si en tratamientos de amor con las otras dos se habia metido, en iguales tratamientos no se metiera por doña Inés.

Que él tenia la sangre moza y atrevida, y aun que no fuese libertino, su mocedad le arrastraba, y dispensaba su atrevimiento.

Metióse con sus doncellas en una litera que se habia buscado, doña Inés, y yendo á pié Cervantes, fuéronse á aquella misma hostería de la marina, titulada del *Áncora de Oro*, y en ella tomaron, por lo que les pidieron, una habitacion de las principales, y en ella se acomodaron, pero separadamente, doña Inés y Cervantes, y todo quedó concluido con ir Cervantes á su posada, y decir á sus camaradas que de ella se salia porque aventura le habia salido al paso, y muy buena á lo que parecia.

CAPÍTULO VI.

De como Cervantes encontró á Paulina, y se puso en camino de encontrar algo más.

Apartádose habia de tal manera de sus conocimientos en Mesina doña Inés que podia decirse que el soldado Francisco Tasso se habia perdido.

Para que por desertor de su bandera no se le tomase, Cervantes fué á llevar al capitan de la compañía de doña Inés, Alonso de Cáceres, la licencia de don Lope de Figueroa para el soldado Francisco Tasso, y á comunicarle que de la lista de su compañía le borrase, porque aquel soldado pasaba á la del capitan Diego de Urbina; hecho lo cual, Cervantes se volvió casi contento á la hospedería del *Áncora de Oro,* aguijoneado por la hermosura de doña Inés, que no se cansaba de contemplar, y que para él se acrecia, porque como doña Inés le miraba con los ojos extraviados de amor, y cada mirada dejaba ver una gloria, su hermosura se sublimaba de tal manera, que no parecia sino un trasunto de la belleza inmaterial.

Esto no obstante, Paulina habia vuelto á ocupar el pensamiento de Miguel, y el cuidado por no haberla encontrado en Mesina, roíale el alma.

Embebido iba Miguel en sus encontrados pensamientos, y maldiciendo de su fortuna, que en tan no acomodables contradiciones, y no resolubles empeños le metia, cuando sintió que alguno que por detrás se le habia acercado, le ponia las dos manos sobre los ojos, y le decia alterando la voz:

—¡Adivina quién te cegó!

—Por fuerza debeis ser vos don Félix de Rivadeo, contestó Cervantes.

Soltóle el otro, y le dijo:

—Acertádolo habeis: pero, ¿quién os ha dicho que yo fuese?

—La confianza que conmigo habeis usado, dijo Cervantes; que no hay en todo el ejército quien más mi amigo sea.

—Huélgome, dijo don Félix, de que con tal preferencia por vuestro amigo me tengais: pero, ¿cómo es que os veo separado del otro vuestro grandísimo amigo el alférez Mateo de Santistéban?

—Porque me he encontrado esta mañana al despertar, en mi posada, con carta de dama.

—¡Afortunado sois, señor Miguel, dijo don Félix.

—¡Pues no, que vos...! Ellas os persiguen, como si en vos hubiesen de encontrar toda la ventura que desean.

—Persiguen mi dinero, dijo don Félix; que ellas pueden muy bien enamorarse de la buena gracia que para ellas tenga un hombre; pero se enamoran con mucha más facilidad y voluntad de su dinero, y más en los lugares á donde, por reunirse mucha gente de guerra, y con ella la hidalga y rica, acuden ciertas damas extranjeras, que no suelen ser de las más feas, ni de las ménos discretas.

—Damas hay, naturales de la ciudad, á las que no hay que contar entre esas, dijo Cervantes; ni entre esas ha de contarse la que, como os he dicho, me ha escrito; que si en Mesina está, por desventura es, y no de las que manchan la fama de una mujer.

—Mucho debe valer y ser hermosa, cuando vos, que no sois ponderativo, de tal manera la ponderais.

—No puede haber ponderacion en nada de cuanto de ella os digo, porque es un pasmo de belleza, un tesoro de discrecion, un portento de valor, una inmensidad de alma; y á más de esto, noble y rica y sola en el mundo: y no tomeis á celos, que yo nunca los sentí, el que á verla no os lleve, porque siendo ella una señora respetable, atrevimiento indigno de perdon en mí seria el llevar amigos que la conocieran.

—Discreto sois lo bastante para no ser celoso, señor Miguel de Cervantes; y aun que no lo fuérais, de mí no habríais de tenerlos, que bien sabeis cuán desesperado estoy por una mujer, que aun que yo no os haya contado la historia, ya os he dicho que ella es la causa de que yo me halle fuera de nuestra España, y bajo las banderas de la *Liga*, en busca de una muerte que deseaba, y que no podia ni debia encontrar; y digo que deseaba, porque ya no la deseo, ó más bien, la mala ocasion de desearla me ha pasado.

—¿Otra mujer os ha salido al paso, que de las amarguras de ese otro amor vuestro, cuya historia me habeis recatado, os consuele?

—¡No una mujer, sino una celeste diosa! dijo don Félix.

—¿Natural de Mesina?

—No; mas sí, á lo que parece por su acento, romana, y de las más romanas; porque aun que ella no lo dice, debe de ser trastiverina.

Se le alborotó el corazon á Cervantes, y se heló la sangre de sus venas.

¿Seria aquella celeste diosa, de la que con tal vehemencia le hablaba, su Paulina?

Le importaba averiguarlo sin preguntar, y para ello disimuló.

Reprimió, por lo tanto, su alteracion, y dijo:

—¿Parece que no esperais tener buena ventura en vuestros nuevos amores?

—¡Nunca la conociera yo! exclamó don Félix; que enamorada me parece, y que no ha venido á Mesina, encubierta con traje de hombre, sino por un hombre grandemente amado.

—¿Y es hermosa?

—Hermosa como las *Madonnas* de Rafael de Urbino, dijo don Félix; y tanto, que si Rafael viviese, podria decirse que de ella habia tomado el modelo para sus *Madonnas*.

No habia ya duda.

Aquella celeste diosa que á don Félix habia enamorado hasta hacerle olvidar de aquellos tristes y misteriosos amores suyos, era Paulina.

Esforzóse Cervantes para continuar en el disimulo, y dijo:

— Mal disfrazada estará esa señora, cuando vos habeis conocido era mujer.

— No hay cosa que más desenmascare que una herida en el pecho; que hay que curarla, y el cirujano no puede ménos de advertir que el pecho que cura no es de hombre, sino el más hermoso seno de mujer que Dios ha criado.

— ¡ Rara aventura! dijo Cervantes.

— Sí, rarísima; y que no ha dado una sola mujer, sino dos.

— ¿ Dos?

— Y tan hermosa la otra, que á no estar yo ciego por la primera, necesariamente habia de cegarme por la segunda.

— En curiosidad me poneis, don Félix, dijo Cervantes; y si no os importa tener tan secreta esta historia como la de vuestros antiguos y desdichados amores, holgárame mucho de que me la relatárais.

— De vos he recatado la primera, dijo don Félix, no por falta de confianza en vos, sino por excusarme del tormento que sufriria revelándoosla, y porque daria diez años de mi vida por olvidarla: pero esta reciente, es cosa distinta, y tan peregrina, que os la he de contar, y de vos he de aconsejarme; porque en verdad os digo que no sé lo que me pasa, ni si por esta divinidad de la otra me he curado, ó si en nueva y más peligrosa enfermedad he dado, sin curarme de la primera.

—A mala parte venís á aconsejaros, don Félix, porque yo tambien cojeo del mismo pié: bien que es verdad que los consejos que para nosotros mismos no tenemos, tenemos para los demás; porque no es lo mismo juzgar en la causa propia que en la causa ajena.

—Pues si no vais de prisa, en esta taberna entremos, y acompañándolo con buenos tragos, que bien los ha menester quien tiene el alma triste, os contaré mis nuevos sucesos, que, yo os lo afirmo, os han de maravillar.

— Entremos pues, dijo Cervantes, que ya me teneis ansioso é impaciente.

Y como allí cerca habia una taberna encamináronse á ella.

Entraron, pidieron vino, y algo con que acompañarlo, y don Félix empezó de esta manera.

CAPÍTULO VII.

De qué inesperada manera acabó la buena conversacion que tenian Miguel de Cervantes y don Félix de Rivadeo.

—Ya sabeis que el señor Lucas del Cerro, es uno de los más famosos cirujanos que á esta empresa han venido á servir en el ejército.

Como sabeis tambien, este cirujano está en el tercio de don Lope de Figueroa.

Conmigo le habeis visto muchas veces.

Hará como quince dias me lo encontré, y me dijo:

—Ya que tan aficionado sois á aventuras, don Félix, voy á contaros una que me sucedió anoche.

—¿Y andaban en ella mujeres? le pregunté.

—¡Pues por supuesto! me respondió. ¡Y qué mujeres!... Figuraos dos hermosísimas damas que á la guerra se han venido en hábito de hombre, tras un hombre por el cual han reñido, habiendo quedado la una de ellas tan malparada, que ha sido necesario que me llamasen para asistirla, y camino me veis ahora para visitarla: si quereis venir, venid, y conocereis un prodigio, para lo cual yo despediré mi practicante; pero será necesario que el traje de mi practicante os pongais, y que él se quede con el vuestro hasta que volvamos, y para esto entrémonos en la posada de unos soldados amigos mios, que está aquí inmediata.

En la posada metímonos; troqué yo de traje con el practicante, que de otro modo no pudiera yo ver á la dama herida, y allá nos fuimos, al puerto, á la hostería del *Áncora de Oro*.

—¿En la hostería del *Áncora de Oro* está esa dama? dijo Cervantes, disimulando á duras penas su emocion.

—Sí, amigo mio, y en una de las habitaciones más altas y más apartadas para evitar curiosidades de la gente que llena la hostería.

—Pues en esa hostería vivo yo, con la dama de que os he hablado, dijo Cervantes.

—Huélgome de ello, dijo don Félix, porque así podreis vos, sin salir de casa, conocer á la dama que sin juicio y sin alma me tiene; y yo, cuando vaya á verla, podré ver á la que, á lo que parece, á vos os tiene sin seso.

Ahora, continuando con mi historia, digo que el señor Lucas me dijo, que

cuando acudió, vió en un lecho una persona que creyó, juzgando por las apariencias, fuese un jóven soldado, como de diez y ocho á veinte años, aun que le sorprendió su maravillosa hermosura.

Estaba echado sobre el lecho, vestido aun, y sólo quitados el coleto y la ropilla, que esto habia sido necesario para cogerle la sangre.

Que estaba desmayado.

Que cuando le reconoció la herida, se encontró con que estaba debajo del globo derecho de un seno de mujer, y tan bello, como él no habia visto otro en toda su vida.

A cada momento Cervantes se sentia fenecer, y le costaba un trabajo inmenso contenerse.

Don Félix continuó:

—Curóla el señor Lúcas del Cerro; dióla una bebida para que volviese en sí, y supo de otro soldado ya de edad madura, que se dijo padre de la señora herida, que aquella su hija, á quien él en mala hora, queriendo hacerla fuerte, habia criado de una manera varonil, adiestrándola en el manejo de la corta, y educándola en ejercicios parecidos, ardiendo en la fé católica, é indignada contra el gran Turco, habia de tal manera querido ir á la empresa que contra éste se preparaba, que él, no queriendo desesperarla, en hábito de hombre la habia traido á Mesina, y con ella habia tomado bandera en el tercio de don Lope de Figueroa.

Habiéndole dicho entónces el señor Lucas del Cerro, que porqué siendo italianos, y á lo que aparecia, romanos, se habian alistado en el tercio de Figueroa, y no bajo las órdenes de Marco Antonio Colonna, general del Papa, le respondió que, tal fama de grandes soldados y de invencibles tenian los españoles, que él, para que estuviese más segura su hija, en el tercio español de don Lope de Figueroa, y en la compañía del capitan Diego de Urbina con ella se habia alistado.

Que esto habia sido tres dias ántes.

Que aquella noche, al comienzo de ella, volviéndose para su posada de una iglesia donde habian ido á rezar, les habian salido de una encrucijada dos hombres, uno de los cuales habia llamado á su hija por su propio nombre, aun que en género masculino.

—¿Y recordais vos cuál sea ese nombre, señor don Félix? dijo Cervantes; por asegurarme más, que puede ser que yo conozca á esa señora, porque en Roma estuve mucho tiempo, y conocí en ella á muchas damas principales.

—Tanto le recuerdo, que nunca se me vá de la memoria, porque es el nombre que yo adoro, y por el que olvido el de la otra, por la que tal fué mi locura, que fué causa de mi perdicion: y habeis de saber que esta señora herida se llama Paulina.

Aqui fué donde Cervantes necesitó de todo su valor, y de toda su fuerza de voluntad para contenerse.

Disimuló, sin embargo, y dijo:

—Pues por más que fatigo mi memoria, no me acuerdo de haber conocido en Roma ninguna señora que se llame Paulina.

—Es que ésta no es señora, aun que bien por su hermosura podria serlo del empíreo, respondió don Félix, sino panadera.

Aquí hubo de hacer un nuevo y más poderoso esfuerzo Cervantes, para continuar disimulando.

Ya no podia tener duda alguna.

La mujer á quien amaba don Félix, era su Paulina.

Comprendia entónces por qué no la habia encontrado.

Y la tenia tan cerca, como no podia tenerla más.

En la misma posada que él habitaba.

Que Paulina no amaba á don Félix, lo demostraba la desesperacion de que don Félix estaba poseido.

Por esta parte podia estar tranquilo.

¿Ni cómo pensar en que Paulina hubiese podido faltar á su amor y á su jurada fé?

Pero necesitaba saber Cervantes, con qué ocasion habia sido herida Paulina, y por quién.

Ardíale ya la saña en el corazon.

Sufria como no habia sufrido nunca, con aquella disimulacion que se veia obligado á sostener.

Don Félix continuó:

—Apénas el uno de los dos hombres, que habia salido de una solitaria encrucijada de la ciudad, habíase acercado á Paulina y á su padre y la llamó á ella por su nombre, cuando á ella se fué con una estocada, y tan de improviso, que ni tiempo tuvo Paulina para evitar el golpe retirándose y defendiéndose del que así, de una manera tan villana la acuchillaba; y el que la acompañaba, junto con el otro, sobre el señor Bartolini, que así se llama el padre de Paulina, se fueron; y á no ser tan valiente y tan diestro, y á no estar prevenido el señor Bartolini, allí dan fin de él.

Pero no fué asi, que el señor Bartolini, á las primeras paradas, dió una estocada al acompañante del que habia herido á Paulina, y le tiró por tierra; y si al otro no le aconteció una igual desgracia, fué porque, al ver que su acompañante caia, dió á correr, y se perdió por las callejuelas, que son allí muy revueltas y encontradas.

Llamó en su agonía el que habia caido al señor Bartolini, y le dijo que le perdonara, que él se llamaba Barbetti, y que habia ido á Mesina con una cierta dama llamada Abigail, que era la que habia herido á Paulina, por celos que contra ella tenia á causa de un hombre.

Y no pudiendo decir más Barbetti, porque la muerte le atajó la palabra, el señor Bartolini, que es muy sereno, corrió á su hija, y encontró que no habia muerto, sino que se la iba mucha sangre por la herida; pidió socorro, acudió alguna gente, cogieron la sangre lo mejor que pudieron á Paulina, y tomándola algunos, suavemente, suspendida en sus brazos, la llevaron á la hosteria del *Áncora de Oro* donde vivia, y que no estaba léjos, y entónces fué cuando llamaron al señor Lucas del Cerro.

Toda esta relacion se la habia hecho el señor Bartolini al señor Lucas, y éste me la hizo á mí.

Díjole, además, el señor Bartolini, que si al saber el nombre de la asesino de su hija no habia dado parte á la justicia, habia sido porque queria tomarse la justicia por su mano, porque fuese más cruda; y que si ya no la habia tomado, habia sido porque no habia osado apartarse de su hija, por temor de que cuando volviese pudiera encontrársela muerta.

Yo, continuó don Félix, cuando ví aquella divinidad humana, más hermosa por la palidez que á causa de su herida cubria su semblante, me quedé sin alma, porque el alma mia se fué toda entera á ella; y en cuanto del aposento del señor Bartolini salí, y de la hostería del *Áncora de Oro*, me fuí con el señor Lucas del Cerro á donde su practicante se habia quedado esperándome: destrocados los trajes, despedíme y apartéme del señor Lucas, sin comunicarle mi intencion, que era la de buscar á la que tan desprevenida y tan traidoramente á Paulina habia puesto tan en peligro de muerte, que no se sabia si escaparia con la vida.

No me fué difícil dar con ella, porque preguntando yo si en la noche anterior habian matado á un tal Barbetti, respondiéronme que sí en la Mayoría del tercio de don Lope de Figueroa; y habiendo yo pedido me dijeran quién era su amo, ó la persona con quien más se acompañaba, me respondieron que, en efecto, era criado de un caballero jóven, y al parecer español, que unos dias ántes habia tomado bandera en el tercio de don Lope de Figueroa.

Como yo queria saber dónde este caballero español vivia, dijéronme que en la hospedería del *Santo Concilio*, que es junto al Mercado del trigo, y allá me fuí, y al ir á entrar en la hostería, encontréme con un mancebo tan hermoso y tan bien apuesto, que no dudé que con la persona que iba buscando me habia topado.

Saludéla cortesmente, y ella, que ella era, me contestó con no ménos cortesanía, y á pasar iba.

Pero yo, yéndome á ella, por lo que ella se detuvo, la dije:

—Señor mio: ¿podreis decirme si vive en esta posada una señora española que se llama doña Abigail?

Miróme profundamente ella, y me dijo:

—Aquí vive, señor mio; y de ella puedo daros tal razon como que es mi hermana, y á mí tan parecida, que cuando trocamos trajes, las personas que más nos conocen se equivocan, y creen que yo soy ella, y que ella es yo.

Me contestó con una tal firmeza, y tan varonilmente, que como yo no sabia si la doña Abigail tenia hermano ó no le tenia, me quedé dudoso.

Que no creí yo que una mujer pudiese tener una tal mirada y unos tales alientos, y aun dudara si la prueba no tuviera.

—Ahora bien, continuó, y ya que sabeis que soy hermano de la señora que buscais, ¿por qué causa venís á buscarla?

—¡Vive Dios! exclamé yo, que no sé qué os diga; pero la verdad es que de

vuestra hermana he oido hablar, y de tal manera me han encarecido su belleza, que he deseado conocerla.

Miróme ella mucho más profundamente, y me dijo:

—¿Y sois vos de aquellos que cuando les dicen que en tal parte vive una mujer hermosa, á su casa os vais sin más ni más á buscarla?

—¿Qué quereis, señor mio? la contesté un tanto puesto en cólera: eso vá en genios.

—Pues los que tienen un tal genio como el vuestro, y por él á tales cosas se arrojan, se exponen á dar con un hermano ó un pariente de la dama, que les tengan por desvergonzados, y como á tales se les trate.

Dijo de tal manera doña Abigail estas palabras, con tal voz, con tal mirada, con tal semblante, que yo acabé de engañarme; creí al fin que la tal dama tenia un hermano, y que delante de él estaba; y como siempre he sido mal sufrido, y el que yo creí un mancebo me habia insultado, alcé la mano para darle una bofetada; pero él se retiró vivamente, haciendo mi intencion nula, porque dí la bofetada al aire, y me dijo:

—No es ménos injuria para mí, aun que á despecho vuestro hayais dado vuestra bofetada en el aire, en vez de dármela en la cara: así pues, al cercano callejon de la muralla nos vamos; pero como yo no estoy tan prevenido como vos, porque pistoletes llevais á la cintura y yo no, dejadme que á proveerme suba á mi aposento. Entre tanto, estad aquí, ó decidme en qué parte me aguardais.

—Aquí os esperaré, que no creo que hayais de tardar un siglo.

—No tardaré más que el tiempo necesario para subir, engancharme un par de pistoletes, y volver á bajar.

Y tras esto, en el patio de la hosteria entróse, y yo la ví tomar por unas escaleras, en las cuales desapareció.

—Se os escapaba, dijo Cervantes, que continuaba haciendo esfuerzos para disimular.

—No, señor Miguel de Cervantes, dijo don Félix, muy contrariamente á eso sucedió: que aun no habian pasado diez minutos, que bien habia podido emplearlos mi hombre en reconocer sus pistoletes y cargarlos, que bien podia ser que cargados no los tuviera, cuando hé aquí que, precedida de doncella, y seguida de paje que asiento de tijera traia y alfombrilla, como para ir á la iglesia, apareció por las escaleras y atravesó el patio una dama tal, que con sóla su gallarda apostura enamoraba; y cuando cerca de mi estuvo, vi que por ser el retrato viviente del mozo á quien yo estaba esperando, no podia ser otra que su hermana doña Abigail, que á la iglesia iba.

Pasó junto á mí y miróme.

Dejóme, con su mirada, encendida en un nuevo amor el alma.

¡Y qué diferencia de la mirada aquella, á la otra mirada bravía, colérica, amenazadora, perdona-vidas del que yo creia su hermano!

Ayudaba á engañarme, la brevedad con que ella habia aparecido, despues de haberse separado de mí en traje de hombre.

Porque, ¿cómo creer que en un tan breve espacio de tiempo, de traje habia cambiado, y se habia peinado, y se habia echado encima tantas galas y tantas joyas, y tantos de esos adornos de que se cargan las mujeres para ir al uso ó parecer más bellas?

Tal me habia mirado, y tal habia sido la dulzura del efecto que en mi habia causado su hermosura, que sin ser yo poderoso á contenerme, sin mirar en lo que el otro podia pensar cuando volviese y no me encontrase, dejando para más tarde el lance, y como si ella de mí hubiese tirado, tras ella me fuí, y á poca distancia de la puerta á su lado me puse, y la dije temblándome la voz y el cuerpo todo, porque desfallecia á causa de su grande hermosura, y de un no sé qué que de ella en mi alma se entraba, y la llenaba de delicias, y dudas y esperanzas:

—Aun que por descortés y osado me tengais, hermosa señora mia, no puedo dejar de deciros que tal ánsia en mí habeis causado, que fuerza es que me oigais, si no es ya que teneis de pedernal las entrañas.

—Mejor hiciérais, me contestó, en esperar al que sin duda debe buscaros; que creo bien que vos sois, por el lugar en que os he visto, y por la osadía que mostrais, uno con quien mi hermano, segun me dijo cuando subió, se habia trabado de palabras.

Doña Abigail habia dicho las suyas de una manera dulce y cortés, y tan femenil, que no era posible creer que ella fuese la misma que poco ántes habia hablado conmigo.

El tono, el sonido de la voz, era, además, completamente diferente, y parecíame que, aun que muy semejante á su hermano, sus ojos eran más negros y más dulces, y su morena tez más blanca y más suave, y más redondeados los contornos de su semblante.

Tenia, además, la garganta tan larga, y tan alto el seno, cuyo nacimiento descubierto demostraba que no habia compostura, que no comprendia como habia podido hacer desaparecer aquel encantador bulto, bajo su coleto de soldado

—Si yo os conociera, divina señora mia, la dije, á fé á fé, y por mi honor y por vuestra vida os lo juro, que sólo por no descontentaros, con vuestro hermano de palabras no me trabara; despues de haberos conocido, dígoos que yo le veré, y le satisfaré de tal modo, que en vez de correr á matarnos, á ser vengamos los dos mayores amigos del mundo.

Miróme de una manera aguda, inquisidora y llena de gracia y de altivez cortesísima doña Abigail, con lo cual acabó de enamorarme y aprisionarme, y me dijo:

—De tal condicion sois los hombres, y tan aviesos, que por nada os poneis en ocasion de mataros; y sin duda debe de haber sido así, que ni yo descortés os creo, ni descortés conozco á mi hermano.

Alentéme con estas palabras que habia dicho con una voz dulce, y cansada, y un si es no es desfallecida, como si ella hubiera sentido por mí un interés semejante al que yo sentia por ella, y la dije:

—Tomad, si os parece, mi brazo, señora, que nada exponeis en ello; que

noble soy, y bien criado, y no sé porqué esto os pido; pero ya que la peticion he hecho, no tengais la crueldad de negármelo.

—Dar el brazo una doncella á un caballero, cosa seria, si no indigna, reprensible; pero una señora viuda, bien puede aceptar esta fineza, tanto más cuando algo enferma se halla, y si á la iglesia vá, es que no puede pasarse sin sus devociones.

Y se asió á mi brazo.

Yo sentí en ella un estremecimiento, como si la hubiese ocasionado un dolor.

—¿Y á la iglesia vais decididamente? la dije.

—Y no dejaré de ir por nada del mundo, dijo; que con este hermano que Dios me ha dado, todo lo que por él se ruegue á Dios es poco, que temiendo estoy que un dia me le maten, segun que tiene el genio de irascible y sanguinario; y habeis de saber que recientemente á casa vino herido en el costado izquierdo, y aun que no de peligro, lo bastante para que al cirujano se llamara y guardara el lecho, y ni lo uno ni lo otro hizo; ántes bien, con vos se ha trabado de palabras, y empeñado un lance, ni más ni ménos que si estuviera fuerte; y habeis de saber, que no puede levantar el brazo para tener la espada: por lo que como yo le viera volver apénas salido, y meterse en su cuarto, y tomar un pistolete, y ponerse á examinarle y á probar las chispas, y á cargarle, supuse que con alguna nueva aventura habia tropezado: y por estar como está, ganéle la accion, y doblé la puerta de su cuarto, y eché la llave, y me la traje, y encerrado le dejo; y huélgome de haber hecho esto, que asi vos con él no quedaréis por cobarde porque no os encuentre cuando bajará; y en volviendo yo, vuestra conducta le explicaré, y asi quedaremos todos como debemos y conviene; que paréceme que no será tan grave el motivo, que á la corriente no pueda hallarse vado.

—Imposible es de todo punto que habiéndoos hablado yo, y admirádoos, y sentidoos dentro de mi alma, enemigo quede de vuestro hermano; que abofeteárame, y yo lo sufriera, por no causaros el más pequeño sentimiento.

No me respondió ella, y yo la dije:

—¿Por qué callais?... ¿Es tal vez porque os enojo?

—Dejadme, contestó con acento breve.

Y me alentó más y más, porque con aquel su —«*Dejadme*»— me habia dicho tanto, que para manifestarlo todo, hubiera sido menester hacer un libro.

Guardé yo silencio, más sobrecogido que respetuoso, y sin ser dueño á evitarlo, la estreché dulcemente su brazo con el mio.

Volvió á estremecerse, como conteniendo un dolor.

—¿Estais vos tambien herida, señora? la pregunté.

—Tal vez, me dijo: de dolor por mi esposo.

—¡Ah! ¡vuestro esposo! exclamé.

—¿No os he dicho ya que soy viuda?

—Saberlo no hubiera querido, la respondí.

—¿Y por qué habia de ocultároslo? Más licencia, por su estado, tiene una viuda, que una doncella y una casada, y puede hacer, sin que se la repare, cosas

que mal vistas estarian si doncella ó casada fuese; y ahora que á la iglesia hemos llegado, dejadme os ruego, y Dios os guarde; y cuando veais á mi hermano, satisfacedle; que ya haré yo para que mi hermano, oyéndoos, se satisfaga.

—¿Y no he de volver á veros?

—No será eso posible, me respondió; que como ya los aprestos de la flota van terminando, y de un dia á otro se embarcará la gente, y no me he de embarcar yo, no porque valor me falte, sino porque en la flota no se admiten mujeres, que si se admitieran yo fuera, mañana mismo el camino para España emprendo, donde en mi patria, Sevilla, esperaré la vuelta de mi hermano, ó las noticias que me hagan llorar su muerte. Y si yo tan presto he de partir, ¿á qué volver á vernos?... Conque, á Dios os quedad; y en prueba de que tan mal no me habeis parecido, que vuestra buena amiga no pueda ser andando el tiempo, hé aqui mi mano.

Toméla yo, y llevéla á mis labios, y cuando la besé, noté que ella se estremecia, y fingiendo que me rendia á su voluntad, saludéla, y dejéla entrar en la iglesia.

Parecióme que ella hubiera querido que yo la rogase, que de mí se apartaba pesarosa, y esto me dió más alientos, y á ocultarme fuí á los soportales de unas casillas que cerca de la iglesia habia, resuelto á esperarla oculto, y ver con qué cara salia de la iglesia; y cinco minutos no tardó en salir; y en saliendo, como á la puerta no me encontrase, miró en torno suyo inquieta, y con una tal fiereza, y un tal nublamiento del semblante, que el corazon me dió un vuelco, porque vi de claro en claro, sin que me pudiese quedar la más remota duda, que ella era él, y que él era ella; y esto mismo me enamoró, ó más bien, de enamorado que ya estaba, me llevó á tal punto, que me acometió una para mí jamás sentida congoja, y los ojos se me nublaron, y en un banco de piedra que bajo el soportal habia caí sin sentido.

Cuando volví en mí, ya ella habia desaparecido.

Salíme del soportal, metíme en una taberna que al paso encontré, tomé un vaso de vino caliente y especiado, que me confortó, y fuíme á poner otra vez en el zaguan de la hospederia del *Santo Concilio*, resuelto á esperar todo el dia, y aun toda la noche, hasta que ella saliera, ya vestida de hombre, ya de mujer.

Pero no tuve que esperar mucho, porque aun no estaba allí un cuarto de hora, cuando oí en las escaleras ruido de espuelas, y volví la cara, y la ví venir, tan hermosa, que de nuevo me acongojara, si la misma fuerza de lo grandísimo que yo sentia no impidiera la congoja.

Llamé todas mis fuerzas en mi ayuda, para que cuando ella llegara, por lo que en mí viese, no advirtiera que yo habia conocido su disfraz y como mujer la miraba; que queria yo saber hasta dónde era capaz de llegar ella, y á ella me fuí tendiéndola la mano.

Tendióme ella la suya, y noté que llevaba los guantes muy gruesos, y como rehenchidos para hacer parecer más grandes sus manos.

Venia tan pálida, que parecia una desenterrada.

Pero ostentaba su aspecto fiero y su mirada dura, lo que más y más encendia mi pasion, y por lo tanto, de más valor procuraba revestirme, dado que tuviese fuerzas para resistir y vencer aquella extraña y violentísima pena que de mi se habia apoderado.

Comprendia demasiado Cervantes, que tales y tan terribles efectos hubiese sentido por Abigail don Félix, porque él, que habia estado bajo su influencia durante un grande espacio, en un ensueño de amor, ó más bien de locura, sabia cuánto era el poder de Abigail.

Y esto le consolaba, y á la par le causaba unos celos que no podia explicarse; porque si bien bajo su dominio le habia sido querida Abigail, apartado de ella la habia olvidado, como se olvida un sueño en que se ha representado para nosotros algo amenazador, fascinador é inefable, terrible, como si hubiera sido infernal.

Don Félix continuó:

—Miróme ella con una fijeza tal, que no parecia sino que con su mirada queria escudriñarme el alma, y me dijo:

—Ya mi hermana me ha hablado; y como vos con ella habeis hablado tambien, nada tenemos ya que hablar; nuestra querella ha pasado, y tengo gran satisfaccion en ofrecerme á vos, como muy vuestro amigo.

—Por el mayor amigo vuestro tendréme, la respondí; y si no os molesta, vámonos juntos, y al comienzo de nuestra amistad bebamos.

—El convite acepto, me dijo, que triste estoy y desesperado con la partida de mi buena hermana, y así alegraréme.

Echámos á andar juntos hácia el puerto.

Asióse ella familiarmente á mi brazo, y yo la dije:

—¿Y cómo os vá de vuestra herida?

—Mal... muy mal... me duele mucho, y me irrita, me respondió; otras heridas más graves he tenido, y no me han dolido tanto.

A punto estaba de arrojar el disimulo, y arrojarme á ella, y abrazarla, y lo hiciera si en la calle no estuviéramos: pero conocí enseguida que debia continuar disimulando, y dejar que fuese lo que ella quisiera.

Pero me abrasaba de amor.

—Sin duda sabeis, me dijo, porque toda la ciudad lo sabe, que anoche, en una riña que de improviso nos sobrevino, murió un mi criado que me acompañaba; pues bien: á mí me alcanzó un puntazo, que á penetrar algo más, en el sitio me deja.

Y hablaba ella, como pudiera haber hablado un hombre fuerte y probado en lides.

Esto aumentaba más y más mi amor.

Entramos en una taberna, y de beber pedímos.

Yo me quité los guantes, pero ella los conservó.

—No sabeis hasta qué punto sufro por mi hermana, me dijo; nos amamos de tal manera, que no parece sino que somos una misma persona.

—Pues, á la salud de vuestra hermana, la dije.

—Porque Dios la haga, si no venturosa, á lo ménos no tan desgraciada.

Y bebió una gran copa de vino, sin pestañear; como hubiera podido beberla un hombre.

—¿Y tales son las desventuras de vuestra hermana, que no pueden tener remedio? la pregunté.

Movió ella tristemente la cabeza, y me respondió:

—Mi pobre hermana tiene el corazon muerto.

Y tomó otra copa, y la apuró.

Yo esperaba que la embriaguez la hiciese olvidarse de la prudencia, y se me descubriese.

Yo no queria en manera alguna descubrirla de una manera violenta.

La amaba de tal manera, que queria saber á qué podia atenerme respecto á ella.

La amo, señor Miguel de Cervantes.

La amo de tal manera, que es mi tormento.

Porque ella no es mi solo amor, y yo no sé lo que de mi corazon he de hacer.

Yo amo á la mujer por la cual me he visto obligado á salir de mi patria, á esconderme, á cambiar de nombre.

La amo de tal manera, que ella en mi pensamiento vive y le abrasa.

Que teniendo, dando por supuesto que no habiéndome amado, debe amar á alguno, yo, sin conocer á ese alguno, le aborrezco de muerte, y contra él me irrito, y daria una parte de mis entrañas por conocerle, para despedazarle.

No se puede amar más.

Yo creia que el amor habia concluido para mí.

Que estaba sentenciado á sufrir la desesperacion de mi amor, sin consuelo y sin esperanza.

Y sin embargo, cuando vi á Paulina, sentí un nuevo amor.

Apénas sentido este amor, ardió mi alma como la pólvora apénas siente el fuego, y me encontré con otra nueva vida, con un nuevo afan, con un nuevo combate, con una nueva esperanza, con unos nuevos celos.

Quise hacer algo que fuese grato á esa diosa.

Busqué á su enemiga, y... ¡oh, Dios!... otro nuevo amor ardió en mi alma, otra nueva lucha me inquietó, otra nueva esperanza me halagó, y otros nuevos celos me atormentaron.

Y cada uno de estos amores, que cada uno de por sí basta para hacer la gran ventura ó la gran desdicha de un hombre, vive en mí, sin que el uno contradiga al otro, ni le amengüe.

Los tres son soberanos, tiranos, irresistibles; y los tres tristes, como tres imposibles de toda ventura.

Tal vez uno... .

Tal vez Abigail...

Pero, ¿cómo, aun que mi amor con Abigail se logre, ser feliz, ni aun siquiera

vivir en paz conseguiré nunca, si las otras dos son tambien mi alma, y no una parte de ella, sino el alma entera?

—Así es el hombre, dijo Cervantes: codicia todo lo que desea, y con tanta más violencia, cuanto más lo que desea le es vedado; y si no lo tiene todo, sufre de igual manera que si no tuviera nada.

—Sea como quiera, dijo don Félix, yo tengo el corazon, no partido, sino empeñado por tres mujeres. Cuando estoy al lado de cada una de ellas, creo que la que más amo es ella; mas cuando de ella me aparto, en busca de una de las otras me voy, y cuando á su lado me encuentro, finjome que ella es la que más amo.

—Todos tenemos algo de esa historia; y el que no tiene ó sufre algo de lo mismo que nosotros tenemos y sufrimos, es porque su alma no vá tan allá como la de otros, y siente ménos, y con mucho ménos se contenta; pero estos no saben, ni aun siquiera pueden figurarse lo que es el amor; que como viene á ser Dios, es sustancia; y como sustancia, lo mismo obra una pequeñisima parte de él, que el todo.

—Resuelto me habeis con vuestras palabras el problema, señor Miguel de Cervantes, dijo don Félix; que bien os he entendido, porque yo tambien, allá en mis mocedades, fuí estudiante, aun que muy pronto ahorqué las bayetas, para arrojarme á donde mis propensiones, que muy de otra manera eran, me llamaban; y volviendo ahora á Abigail, digoos que es mi esposa.

Sintió no sabemos qué amargura Cervantes, sin duda por aquello de que el amor es sustancia.

Pero se contuvo, como se habia contenido hasta entónces.

Impulsos tuvo de preguntar á don Félix, si tambien era afortunado de amores con Paulina; pero se contuvo, temeroso de hacer la pregunta de tal manera, y con tal voz, que don Félix sospechara.

Cervantes estaba, como vulgarmente se dice, á verlas venir.

—Prosiguiendo con mi cuento, dijo don Félix, habeis de saber que aquel dia, doña Abigail y yo nos estuvimos dos horas largas en la taberna, bebiendo ella de una manera tal, que á mi me espantaba el que no se embriagara, cuando yo, que habia bebido mucho ménos, estaba ya que se me figuraban los dedos huéspedes; pero no tanto que no tuviese fuerzas para continuar siendo prudente.

Ella, con una astucia que yo no os podria encarecer bien, habia sondeado mi alma, y nada habia descubierto, porque yo, que estaba sobre aviso, me encubria de una manera tal, que ella se certificaba más y más de que la única mujer que yo amaba, y que habia amado en toda mi vida, era ella; esto es: su fingida hermana.

Pero ni un sólo momento le salió á los ojos aquella su dulce, y ardiente, y apasionada alma de mujer, que yo en sus ojos habia visto, cuando como mujer me habló aquella mañana.

Pero lo que sí veia en ella, era una tristeza desesperada, y una contrariedad que la irritaba.

Ella no lo disimulaba, pero decia que estaba triste y desesperada, porque no sabia qué se iba á hacer, sin tener á su lado á su queridísima hermana.

Al fin me dijo, mirándome de una manera que entónces no la entendí, ni he logrado entender todavía, por más que aquella mirada he recordado y en ella pienso:

—Vos sois mi única esperanza.

Yo creí que estaba á punto de descubrirse.

—Pues si yo soy vuestra última esperanza, la dije, contad con que esa esperanza no ha de faltaros, por mucho que pidais, que no puede ser más que la vida.

—Pues mirad, dijo; entre mi hermana y yo, hay una tal conjuncion de luminares, que sin que el amor que nos tenemos pase de los límites del amor fraternal, lo que ella siente, yo lo siento; por lo que ella llora, yo agonizo; por lo que ella alienta, yo ansío. No es posible haya en el mundo dos hermanos que más se amen, ni que sean más semejantes en el alma, y aun en la figura.

—Pues decid, amigo mio.

—Mirad, me dijo: yo estoy asombrado, y aun cuidadoso.

—¿Y por qué?

—Porque me parece, por las breves palabras que de vos me ha hablado mi hermana, que os ama.

Me alteré, señor Miguel; pero me dije:

—Quien hasta ahora se ha reprimido, ¿porqué no ha de reprimirse una vez más?

Sin embargo, habia temblado de una manera tal, que ella no pudo ménos de notarlo.

—Veo cuánto á mi hermana amais, aun que sólo de hoy la conoceis; lo que quiere decir que Dios os ha hecho á los dos para que os ameis. Pero yo, á quien lo exije el deber, quiero preguntaros: ¿teneis vos tan libre el corazon, que podais estimar á mi hermana en lo que ella vale?

—Tan libre, la respondí, que veo claro que no he amado hasta ahora.

—Pues mi hermana, amigo mio, ha amado tanto á su perdido esposo, que por lo mismo me he espantado cuando he visto que de vos, aun que queria ocultarlo, se mostraba enamorada; y creo bien que si mi hermana ha insistido en separarse de mí, y en ponerse mañana mismo en camino para España, es por libertarse del amor que en ella habeis causado, probando á curarse de él con la ausencia.

—Mirad no os engañeis, y me mateis haciéndome creer esperanzas que no hayan de cumplirse, la dije yo verdaderamente apasionado.

—Noble sois, me respondió; enamorado os veo que no puedo dudarlo; vuestra palabra tengo de que si ella consiente, esposo sereis de mi hermana, y ya veis: como mi hermano os miro, y con lisura os hablo. Pero mirad: yo, siendo tan breve el conocimiento que con mi hermana teneis, no puedo dispensaros mi proteccion, que mi misma hermana me desconoceria; que yo he sido con ella muy severo, y me importa evitar que vea que esa severidad se baja á facilidades extrañas. Yo no puedo autorizaros á ir á mi casa á visitar á mi hermana; pero vos

podeis parecerla audaz, lo que no importa, porque la audacia enamora á las mujeres, presentándoos á visitarla en ausencia mia. Veremos si ella os recibe ó no, que bien puede ser que os reciba, y si os recibe, muestra será de que habeis ganado con ella mucho terreno en muy poco tiempo, y de que os ama, á pesar del recuerdo del perdido esposo, lo cual á mí me parece no imposible, pero si maravilloso. Si esto sucede, á vos me confío, para que me libreis del dolor de que mi hermana de mí se separe ántes de que llegue el dia de nuestro embarque. Si os ama, podeis convencerla, y hacer que dilate su partida: en lo que os deberé más de lo que podeis figuraros.

—Muy feliz seré yo, la dije, si en lo de amarme vuestra hermana no os habeis engañado.

—Eso lo hemos de ver muy pronto, dijo ella: porque vamos á apartarnos: y yo voy á dar una vuelta por la ciudad, y en dos horas no volveré á mi casa: aprovechad vos ese tiempo: id á ver á mi hermana.

—¿Y cómo vuestra señora hermana se llama? la pregunté.

—Doña Abigail, me dijo.

Llamó entónces, y ella pagó, aun que yo me empeñé en no consentirlo.

Salímos despues de la taberna, y ella tomó por una calle y yo por otra.

En cuanto la perdí de vista, dí á correr.

Quería llegar como una exhalacion á la hostería del *Santo Concilio*, para ponerme á su puerta.

Me puse, y esperé.

Pasó bien un cuarto de hora, y no pareció ella.

Subí, y pregunté por doña Abigail Perez de Dávalos.

Me dijeron que allí, en efecto, vivia con su hermano don Luis.

Pregunté si estaba en casa, y me dijeron que sí.

Pedí la pasasen recado de que don Félix de Rivadeo, su servidor y criado, deseaba besarla las manos.

Fuése, y volvió á seguida el mozo, y me llevó á una habitacion puesta con un lujo que asombraba, y en la cual encontré una doncella que me llevó á un estrado.

Allí estaba doña Abigail, sentada en unas almohadas, y con un libro en la mano, en cuya lectura parecia entretenerse.

Se puso muy pálida en cuanto me vió.

—¿Qué es esto? me dijo: ¿á tal audacia os arrojais, don Félix?... ¿Estando fuera mi hermano, á verme venís?... ¿ó es por ventura que mi hermano os ha dado licencia para venir á verme?

—Muy poco tiempo, la dije, he estado con vuestro hermano, mi señora doña Abigail, y apénas si hemos hablado lo suficiente para entendernos y quedar amigos. Él se fué, segun me dijo, á sus negocios, y yo á buscar divertimiento á mis tristezas sin conseguirlo; hasta que al fin, desesperado, y necesitando de volver á veros para vivir, he venido, y á visitaros me he arrojado, sin mirar en las consecuencias de vuestro enojo, y tal vez en una enemistad con vuestro hermano.

Yo estaba de pié en una actitud respetuosa, y ella mantenia sus ojos bajos.

Su palidez se habia trocado en un vivísimo color que la hacia hermosísima, y de tal manera, que en la hermosura que entónces mostraba, no hallé yo hermosura que comparársela pudiera, no ya en las mujeres que habia conocido, sino que tampoco en las que habia soñado.

Se la agitaba el pecho de tal manera, que yo no necesité más para conocer que, por una de esas maravillas que Dios permite, era ella tan mia, que no era nada suya.

Y me figuré que el vino que ella habia bebido con exceso, y la larga conversacion que habíamos tenido, y durante la cual yo me habia mostrado enamorado de ella hasta las entrañas, habia producido el efecto aquel, en que yo la veia claramente rendida á mi amor.

Como yo tengo una gran experiencia de las mujeres, y nunca he sido cobarde, me acerqué, me arrodillé junto á ella, y la rodeé la cintura.

Se estremeció, pero no se desasió.

Me miró, y me abrasó en su mirada.

Cegué, y uní mi boca á la suya.

Yo no sé cuánto tiempo duró aquel beso.

De repente, me sentí rechazado con una fuerza infinita.

Me puse de pié, y me encontré frente á mí, de pié, á Abigail.

Yo no sé deciros cómo aparecia.

Pálida, anhelante, con sobrealiento, enamorada, ansiosa, cobarde, audaz, palpitante, divina como un ángel, infernal como un demonio, mirándome con un ódio y con un amor al par, tales, que yo desfallecia y me irritaba á un tiempo.

—¡Maldito seais vos, me dijo, que me habeis hecho que me desprecie á mí misma! ¿Yo enamorada, yo loca, yo perdida por otro que aquél para quien sólo he tenido alma, y que en mi alma vive? ¿qué es esto?... ¿dónde estoy?... ¿qué me pasa?...

Y diciendo esto, volvió á sentarse en los almohadones, se ocultó el rostro entre las manos, y rompió á llorar.

—¡Esa mujer es el demonio de la lascivia! exclamó Cervantes, que se sentia vivamente conmovido con el relato de don Félix.

—Bien podrá ser, dijo don Félix; pero aquí me teneis su esposo, sin haber logrado aun poseerla, y muriendo por ella, y celoso, y dudando de si es muerto ó vivo el hombre de quien ella se llama esposa, y aborreciéndole á muerte.

—Pues mirad que vuestra historia es bien extraña, don Félix, exclamó Cervantes, con una voz y un semblante ambiguos.

—Loco estoy, y sin saber qué pensar ni qué hacer, dijo don Félix. Yo volví á arrodillarme junto á ella, la aparté las manos del semblante, y nuestras bocas volvieron á unirse.

Entónces, y no tan enloquecida como la vez primera, sentí como no la olía absolutamente la boca á vino.

—Pero la olería á cualquiera de las otras cosas con que el olor del vino se



—¡Ah! ¡la maldecida! exclamó rugiendo de cólera don Félix.

quita, dijo Cervantes: yo creo, don Félix, que lo que en ella os enamoraba, era que estaba borracha, y no sabia lo que se hacia ni lo que se decia.

—¡Ah, no! olía su boca á ambrosía de hermosura, y á la misma ambrosía trascendia todo su cuerpo.

Cervantes se habia contenido demasiado, y empezaba á no poder contenerse.

—¿Sabeis lo que creo, don Félix? dijo.

—Decid lo que os parezca, señor Miguel de Cervantes, que yo hago de vos mucho caso, porque sé que sois un hombre de grandísimo ingenio.

—Pues yo os digo, contestó Miguel, que esa mujer os engaña.

Cambió de semblante don Félix.

—¿Qué habeis dicho? preguntó con un tono en el que aparecia el enojo y vibraba la fiereza.

—Digoos, contestó con acento firme Cervantes, que el hombre á quien esa señora verdaderamente ama, no ha muerto; es más: que ese hombre está en Mesina; que ella sabe que en Mesina está, y que por medio de vos pretende darle celos para ver si es amada; y ¡vive Dios! que puede ser que sí, y que ese hombre la ame.

Don Félix se puso blanco, verde, lívido; se alzó de una manera violenta, y no sabemos lo que hubiera respondido, si de improviso no se hubiera abierto la puerta, y una persona no se hubiese entrado resueltamente en el aposentillo, y arrojádose sin más ni más en los brazos de Cervantes.

Era Abigail en traje de hombre.

—¡Ah! ¡la maldecida! exclamó rugiendo de cólera don Félix.

Y haciéndose atrás, desnudó la espada.

Cervantes se desasió de Abigail, y tiró de la suya.

Abigail se puso en medio de los dos.

—Yo os pido perdon, don Félix, dijo á éste, de haberme de vos valido, para buscar el remedio de este mi corazon desesperado; al fin teneis aquí al hermano y á la hermana que tanto os han hecho dudar, y yo al adorado esposo de mi alma; que si no me amara, de celos no se hubiera traspuesto oyendo vuestro enamorado relato de bien ligeros favores, por mi parte fingidos, y por la vuestra con tal facilidad creidos, que yo os he hecho: ¿pues cómo si yo os hubiera amado, en los largos quince dias que habeis estado contínuamente á mi lado, sólo dos veces hubiera unido mis lábios á los vuestros? Poca ventura con las mujeres teneis, y sobrada soberbia para creer que no hay mujer que os resista. Y si el perdon que os he pedido por haberme de vos valido para el remedio de mi amor, ántes desesperado y ahora glorioso, no es bastante, y agraviado os creyéreis y con sed de venganza, no yo, que aun que valor en el alma tengo, fuerzas y destreza me faltan para medirme con un tal bravonel como vos, sino este mi esposo, que junto á mi veis demudado y con hambre de desagraviarme, desagravio os dará, y tan cumplido, que tal vez no podais contarlo.

—Pues eso sea cuanto ántes, dijo don Félix envainando la espada; y á lugar

nos vamos donde eso se vea; y él primero, y despues vos; que ni yo os perdono, señora, ni puedo perdonaros.

Y dichas estas palabras, se salió del aposentillo.

Envainó Cervantes, y tras él fuése; y como pretendieran atajarle á causa del pago de lo que habian servido, arrojó un escudo á quién se le opuso, y salió.

Abigail iba detrás.

Tomó don Félix por una y otra calle, siempre seguido de Cervantes y de Abigail, hasta salir de la ciudad; y habiendo encontrado un lugar solitario, entre unos vallados, allí se detuvo.

Detúvose tambien Cervantes.

Don Félix tiró de su espada, y Cervantes de la suya.

— Todavia no, dijo Abigail, tenemos que hablar ántes algunas palabras.

CAPÍTULO VIII.

En que se vé hasta qué punto puede llegar un amor desesperado.

Cervantes estaba irritado.

No habia podido sufrir el relato, tan vivamente hecho, de aquellas caricias prodigadas por don Félix á Abigail, y por Abigail consentidas y pagadas.

Fuese cual fuese la situacion moral en que respectivamente estaban colocados Abigail y Cervantes, Cervantes tenia la seguridad de que era por Abigail adorado, y que el primero, el único amor de Abigail era suyo.

Habia algo terrible que disculpaba á Abigail, que casi la purificaba á los ojos de Cervantes.

Su amor incondicional, llevado á todo; su amor violento; sus pasiones casi salvajes.

Esto sin contar la espléndida y conmovedora hermosura de la judía.

Necesario es convenir en que habia en Abigail elementos bastantes, y aun sobrados, para satisfacer completamente el amor propio del hombre amado por ella, hasta una magnitud increible, y para apoderarse en gran parte de su corazon, sin contar con el poderosísimo estímulo del sensualismo.

Todo lo que sucedia era fatalmente necesario, tratándose de un hombre tan impresionable y de espíritu tan levantado, tan noble, tan aventurado, y tan dado á todo lo extraordinario como Cervantes.

Abigail aparecia en aquellos momentos conmovida, transfigurada, terrible, feliz, solemne, fatídica.

—Habeis dicho que sois mi esposo, dijo Abigail: decid cómo sois mi esposo.

—Por un juramento recíproco ante Dios, exclamó don Félix; pero juramento que rompo yo, porque hice ese juramento á una mujer á quien creia legítimamente viuda.

—Yo no tengo que romperlo, dijo Abigail, porque yo sólo juré con los labios: si vos habeis creido otra cosa, os habeis engañado: y ya que labios he dicho, decid si más de dos veces, y esto fué para mejor engañaros, mis labios se han pegado á los vuestros.

—Verdad es ello, dijo don Félix; y porque es verdad, necesito que esos labios que me engañaron se retuerzan en el dolor, por la muerte del hombre por cuyo amor tan miserablemente mintieron.

—Si vos fuérais ménos nécio, dijo Cervantes, comprenderíais que, cuanto ménos habla el avergonzado de su vergüenza, el humillado de su humillacion, y el vencido de su derrota, tanta más vergüenza tiene, y tanto ménos está humillado y vencido. Y sea como fuere, y porque se me os habeis hecho odioso, ved cómo os quitais de encima la muerte.

Y cambiando rápidamente de situacion, y dejando á su costado derecho, y algo tras sí á Abigail, acometió á don Félix, y de una manera tan decidida, tan cerrada, que don Félix, viendo que Cervantes se lo comia á estocada limpia, dijo:

—¡Cesad, demonio; que vive Dios que me habeis vencido!...

Hizo atrás Cervantes; quedóse á alguna distancia é inmóvil, y entónces don Félix dió á correr, y escapó, que no le alcanzara un galgo.

—Tanto dá el que haya huido, como el haberle matado: que la cobardía de la fuga, la muerte de la honra es, dijo Cervantes; y más quisiera yo perder mil vidas, que un átomo solamente de la honra; y vámonos de aquí, que yo tambien contigo tengo qué venir á cuentas, y tales, que no sé cómo podrás dármelas.

—Tú me amas, amor mio, exclamó Abigail, asiéndose á su brazo y mirándole enloquecida; y sea lo que fuere lo que yo he hecho, y lo que haga, no puedes dejar de amarme. ¿Y qué cuentas que no sean cuentas de amor, puede pedir un hombre á la mujer que le ama, aun que por celos se convierta en un demonio, y por celos mate, y por celos pierda su alma? ¿Y por qué no pedirte tú cuentas á tú mismo? Acuérdate de aquella pobre casa del monte Aventino: acuérdate de que delirabas en mis brazos, y exclamabas que yo era tu vida, tu alma y tu eternidad.

Cervantes no podia ménos de reconocer la fuerza de este argumento: Abigail se apoyaba indolentemente en su brazo; le miraba transportada y feliz; andaba lentamente.

Una vida infinita llenaba el sér de Cervantes, dolorosa y deleitosa á un tiempo; dulce y amarga, inmensa y ruin.

Las pasiones se enseñoreaban de él, y se sentia sin fuerzas para combatirlas. Abigail le hechizaba.

—Tú me amas, sí: tú me amas, le decia: y me amas tanto, que te horrorizo.

y sin embargo, vienes á abrasarte en mi fuego: no has podido resistir á los celos... ¡oh!... si no hubiera huido, le hubieras matado: y qué, ¿acaso no hay ya entre los dos sangre?

—¡Ah! dijo Cervantes, en tu infierno hay una gloria que enloquece. ¿Pero qué hemos de hacer, desventurados de nosotros, si no podemos ser felices?

—¡Ah! ¡tú serás feliz en mi felicidad! dijo Abigail: y yo soy tan feliz, que no tengo alma para demostrarlo: oye: lo que para mi seria una desgracia que yo no podria soportar, seria el verte desventurado. ¡Ah! ¡no! ¡nunca!... yo te lo digo y te lo repito: ¡yo soy tu esclava!...

—¡Mi esclava!... ¡ah!... ¡yo no quiero tu esclavitud!...

—¡Sí; tu esclava! Mira: yo sé que amas tanto como á mí, que más que á mí no puedes amarla, á Paulina; á la hermosa *Fornarina:* yo he tenido celos, y he pretendido matarla, porque creia que ella era la que te me robaba: ahora me alegro de no haberla matado: ¿qué me importa, si sé que me amas; que para que vengas á mi lado, no tengo yo necesidad de llamarte, y que el tiempo hará que no pueda apartarte de mi lado más que la muerte, y ni aun ella, porque tu muerte seria la mia? ¿Qué me importa que la belleza y el alma de Beatriz te enamoren, si aun que la quieras, no la amarás tanto como á mí? ¿Por qué he de pretender yo que seas de otra manera que como Dios te ha hecho? ¿Ni cómo podrias tú estimar mi amor más que el de ninguna otra, si no encontraras en mi amor la humildad y la sumision á tu voluntad, y el valor para arrostrarlo todo por tu amor, y hasta el ser quemada viva y á fuego lento? ¿Qué mujer puede amarte como yo te amo? Un horrible año de martirio he sufrido por ti; pero ese martirio se ha acabado. Yo sé ya que me amas, y que no puedes dejar de amarme.

Cervantes queria sublevarse, y no podia.

Recordaba á Paulina herida, y sentia impulsos de vengarla en su rival.

Pero Abigail le fascinaba.

Comprendia con despecho Cervantes, la impotencia humana.

La imperfeccion humana.

La esclavitud necesaria, inevitable del hombre, á su pesar.

Quería manifestarse indignado y terrible para Abigail; pero encontraba la mirada suprema, incontrastable de sus enamorados ojos, y desfallecia, se abrasaba de amor.

Hijo de Eva, sentia la influencia de una Eva terrible.

En vano queria, por un resto de razon, mostrarse fuerte contra el encanto de aquella mujer extraordinaria.

Su amor propio estaba satisfecho, y le seducia.

¿Y á quién no seduce el amor incondicional, insensato, de una mujer de hermosura extraordinaria, excepcional, y de corazon de fuego, desprendida de todo, aun de la vida, por su amor?

Y era el de Abigail el amor de los amores, resignado á todo, sumiso á todo, contento con todo, alimentándose en si mismo, leal hasta el sacrificio, y capaz

de todos los crímenes y de todas las bajezas, como de todas las buenas acciones y de todas las grandezas.

Una locura.

—Yo no quiero causarte el más leve pesar, dijo á Cervantes: puesto que amas á esa mujer, ámala; yo no me opongo, con tal de que tú tengas para mí un dulce pensamiento, una palabra de amistad, una mirada de amor: si enloquecida por los celos, y creyéndome despreciada, ó lo que es más terrible aun, olvidada por ella, la acometí y la herí, yo me arrepiento de ello, y te ruego que me perdones. ¡Ah! tú no sabes lo que pasó por mí, cuando pensé que tú me despreciabas: pero ahora es distinto: yo sé que no me desprecias; yo sé que soy para tí una inmensidad: siento los latidos de tu corazon: el estremecimiento de todo tu sér: yo sé que sabes que, si para todos, y por causa tuya, puedo ser un demonio, para tí soy un ángel: yo bien quisiera que ninguna mujer te pareciera hermosa más que yo, que á ninguna volvieras los ojos más que á mí, que por ninguna anhelaras más que por mí, que en el mundo no hubiera para tí más mujer que yo: pero eso no puede ser; tú amas la belleza por la belleza, el amor por el amor; donde quiera que encuentras belleza y amor, allí está tu alma: y bien, ¿te amaria yo como te amo, si tú no fueras como eres? Es necesario pues, resignarse á lo que está escrito, y contentarse con la parte de vida que Dios ha cedido á nuestra vida.

Cervantes no sabia qué decir.

Cuando se siente mucho, no se encuentran palabras para expresar el sentimiento.

No se siente, además, la necesidad de explicarlo.

El sentimiento se manifiesta, se explica por sí mismo.

Cervantes no conducia: era conducido.

De tal manera estaba impresionado, que ni aun reparaba en los lugares por dónde iba.

Abigail le llevaba.

Ella se detuvo de repente.

—Estamos á la puerta del *Ancora de Oro,* dijo á Cervantes; y en el balcon de la habitacion que ocupas, hay una mujer que tambien te ama, y que sin duda te espera.

En efecto, doña Inés estaba en el balcon.

—Ella sabe, dijo Abigail, que soy una mujer, que por celos he pretendido matar á otra mujer tan encubierta como ella y como yo; pero no sabe que el hombre por quien yo he tenido celos de Paulina eres tú: ella no sabe tampoco que tú me conoces como mujer: si te pregunta por mí, dila que me has conocido en la casa de juego: háblala de mí, como si la hablaras de un jóven soldado del tercio de don Lope de Figueroa. Una palabra más: en el último piso de esta misma hostería, está tu perdida Paulina. Ahora, adios: considera cuánto te amará, y cuánto confiará en que tú no puedes dejar de amarla, una mujer que te deja sin celos, cerca de dos mujeres que te aman: ahora bien: yo te espero esta

noche al oscurecer, en mi aposento de la hostería del *Santo Concilio:* no te encargo que no faltes, porque estoy segura que no has de faltar.

—¡Ah! exclamó Cervantes: ¡tú eres para mí un torbellino de fuego!

Abigail miró á Cervantes de una manera inmensa, le sonrió, le dió la mano, y se apartó de él, perdiéndose á poco entre los montones de aprestos de guerra, de víveres y de barricas que llenaban la marina.

Cervantes permaneció algun tiempo inmóvil, y luego añadió:

—¡Oh! yo estoy soñando.

En efecto: lo que pasaba por Cervantes, era un sueño terrible.

Al fin entró, y subió á su aposento, donde le esperaba ansiosa doña Inés.

CAPÍTULO IX.

De cómo Cervantes tuvo que volver á su aposento ántes de lo que pensaba.

Cervantes encontró á doña Inés cuidadosa, y con visibles indicios de que en ella iba creciendo el amor de una manera tal, que muy pronto no tendria otra voluntad que la de Cervantes.

Se manifestaba celosa.

—¿Por qué veníais acompañado de ese soldado, que se ha separado de vos á la puerta de la hostería? le preguntó.

—Hémele encontrado en la casa de juego, contestó Cervantes.

Doña Inés no extrañó que Cervantes hubiese ido á la casa de juego, porque entónces, y mucho más tratándose de soldados y de estudiantes, jugaba todo el mundo.

Las casas de juego estaban permitidas.

Más aun: autorizadas, puesto que pagaban contribucion.

En aquellos tiempos se gobernaba de una manera positiva.

Se sabia que la prostitucion y el juego eran cosas imposibles de evitar, y para disminuir sus malos efectos, se las reglamentaba, y se las tenia bajo la inspeccion de la autoridad.

Así se evitaba que las casas de juego fuesen nidos de malhechores, y se amenguaba en cuanto era posible la inmundicia de la prostitucion.

No extrañó, pues, doña Inés, que de la casa de juego viniese Cervantes; pero no pudo ménos de extrañar que en ella hubiese encontrado á Abigail.

El vicio del juego no habia alcanzado á las mujeres.

Podia ser, en fin, que para distraerse, al juego hubiese ido Abigail.

Pero necesitaba saber de todo punto si Cervantes estaba en el secreto de que el soldado Dávalos era una mujer.

— Muy pronto os habeis hecho amigos, dijo doña Inés.

— Sí; ha estado conmigo muy cortés, vió que no jugaba, y me dijo:

— ¿Acaso habeis perdido?

— Sí, le respondí; me han dejado sin blanca: pero eso no importa; no tendré que pedir prestado para vivir.

— Tomad, pues, dijo dándome dinero, y no dejeis de jugar.

Y me lo dijo de una manera tal, que yo creí que le haria una ofensa si no tomaba aquel dinero, y le tomé: jugué un buen rato, gané, le volví su dinero, y juntos nos salimos de la casa de juego.

— ¿Y no sabeis quién es ese soldado?

— No, dijo Cervantes: ni él se ha acordado de decirme su nombre, ni yo se lo he preguntado.

Doña Inés no preguntó más, pero se quedó celosa.

Creyó lo que Cervantes la habia dicho.

Pero no pudo creer que sin un objeto, el señor Juan Perez de Dávalos, que este era el nombre de hombre de Abigail, hubiera estado tan cortés con Cervantes.

Sin duda se habia enamorado de él.

Los asuntos de Cervantes se complicaban.

Donde quiera que médian mujeres, los enredos se hacen muy pronto marañas que no hay quien las desenrede.

Ayudaba á recelar á doña Inés en aquel su creciente y ya poderoso amor, el ver la melancolía que dominaba á Cervantes.

Y era que Cervantes estaba cuidadoso.

Era que sabia que en aquella misma hostería estaba su Paulina, el alma de su alma, la única mujer que no influia sobre él como influye una pesadilla; sino que llenaba su corazon, que vivia en su vida.

Temia ser sospechado por doña Inés si salia sin un pretexto.

Además, si se iba, doña Inés saldria al balcon para verle alejarse.

Se apercibiria de que no habia salido de la hostería.

Acordóse entónces Cervantes, de que la habitacion que le servia de dormitorio, tenia una puerta de escape independiente, que daba á un corredor de la hostería.

Mantuvo algunos momentos de conversacion con doña Inés, y luego, pretextando que le dolia la cabeza, se despidió de ella.

Doña Inés receló más y más.

Creyó encontrar mucha ménos atencion para con ella en Cervantes.

Crecieron sus celos.

Podia suceder que Cervantes la hubiese engañado.

Que supiese que el soldado Juan Perez de Dávalos era una mujer.

Nada dijo sin embargo.

Se dolió de que Cervantes se sintiese malo.

Cervantes fué á encerrarse en su aposento.

Poco despues salia por la puerta de escape al corredor y subia al último piso de la hostería, donde, segun le habia dicho Abigail, estaba Paulina.

Todos los aposentos de aquel piso estaban ocupados por soldados ó cabos de las tropas que debian embarcarse.

Cervantes no queria preguntar de una manera determinada.

No sabia, además, el nombre que habian tomado Paulina y su padre.

Llegó á una puerta, llamó, y no le respondieron.

Sin duda el habitante de aquel aposento no estaba en él.

Lo mismo le aconteció cuando llamó sucesivamente á otras cuatro puertas.

Pero al llamar á la sexta, se oyeron pasos en el interior, que se acercaron, y la puerta se abrió.

Cervantes lanzó un grito de alegría, que con otra exclamacion de alegría fué contestado por el que habia abierto.

Aquel hombre era Bartolini.

—Gracias á Dios, exclamó Cervantes, que al fin os he encontrado.

—¿Y cómo habeis dado con nosotros? preguntó Bartolini haciéndole pasar y deteniéndose con él en la primera pieza.

—Por el relato de un amigo mio he sospechado; he venido, y he visto que mi sospecha no habia sido infundada.

—¿Y quién es ese amigo vuestro?

—El practicante del cirujano que cura á Paulina.

—Pues hay que alegrarse, dijo Bartolini, de que ese hombre no haya guardado el secreto.

—Pero decidme, decidme ante todo, exclamó Cervantes; ¿cómo está Paulina?

—Afortunadamente fuera ya de todo peligro, dijo Bartolini; y si no hubiérais venido, yo hubiera ido á buscaros.

—¿Sabíais que yo estaba en Mesina?

—Sí; yo habia supuesto que ya debíais estar de vuelta de España, y pregunté á algunos soldados que viven en esta misma hostería.

En efecto, ellos averiguaron por encargo mio, y supieron que en la compañía de Diego de Urbina, del tercio de don Lope de Figueroa, y destinado á embarcarse en la galera Marquesa, habia un soldado que se llamaba Miguel de Cervantes Saavedra.

—Y decidme, señor Bartolini, exclamó cuidadoso Cervantes: ¿cómo es que no me avisásteis? ¿Acaso está irritada contra mí, ó de mí olvidada Paulina, y no ha querido que me avisárais?

—¡Ah, señor Miguel de Cervantes! exclamó Bartolini; no digais eso, que me hareis arrepentirme de lo débil que he sido consintiendo esos amores, y que por ellos Paulina os siguiese: vos no podeis desconfiar del amor que os tiene mi pobre hija, y por el cual ha estado á punto de ser muerta: que si ella á Mesina

no viniera, no se encontrara en el trance en que se ha encontrado, entre la vida y la muerte. Si yo no os busqué, fué para ahorraros el dolor de ver á Paulina postrada en el lecho, en gran peligro de la vida. ¿Para qué atormentaros inútilmente? Yo no podia, además, apartarme un solo momento de mi hija: temia una nueva asechanza, una nueva infamia. Pero ya que, gracias á Dios, completamente curada se halla, y que pronto podrá dejar el lecho, yo habia pensado cuando Paulina el lecho dejase, buscaros y traeros; así vos no sabriais lo que habia sucedido: esto que yo queria, lo queria tambien Paulina; pero ya veo que ha habido quien os lo ha dicho, faltando al secreto de lo que por necesidad se le habia dejado conocer, y me alegro, porque así sabeis cuánto más teneis que estimar el amor de Paulina.

—Impaciente estoy por verla, dijo Cervantes, en cuyo semblante se notaba una gran ansiedad; pero quisiera saber ántes, cómo ha podido ser que Paulina haya sido acometida y herida.

Contóle Bartolini el lance, tal como ya Cervantes lo sabia; y si lo habia preguntado, habia sido para encubrir la situacion en que se encontraba respecto á Abigail y á doña Inés.

—Que este crímen ha sido cometido por Abigail, añadió Bartolini, lo prueba el que el hombre que quedó muerto en el lance de una estocada mia, era Barbetti, el que custodiaba á Abigail en Roma, cuando ella se encontraba oculta en el monte Aventino.

A este punto de su relacion llegaba Bartolini, cuando se oyó un gran tumulto en la hostería, de voces, y tambien de armas.

Tal era este tumulto, que Bartolini y Cervantes no pudieron ménos de salir del aposento á los corredores, y de mirar al frente del aposento en el cual resonaban las voces y el ruido de las espadas.

Vieron á un hombre, á un soldado, que de una manera desesperada se defendia de una multitud de soldados que sobre él cargaban, no se sabia, por las apariencias, si para prenderle ó para matarle.

Cervantes reconoció en aquel hombre á don Félix de Rivadeo.

Los que le acometian, le llamaban á gritos, y de una manera indignada, asesino.

Al mismo tiempo en el corredor del piso principal, delante de la puerta del aposento que ocupaba Cervantes con doña Inés, se veia mucha gente, é impidiendo la entrada dos soldados.

Algo, pues, muy grave, acontecia en aquel aposento.

—Perdonad, dijo Miguel á Bartolini: yo voy á ver lo que es eso.

—Iremos los dos, dijo Bartolini.

Y ambos bajaron.

CAPÍTULO X.

De cómo Miguel de Cervantes fué preso.

Veamos lo que habia acontecido.

Sabemos que don Félix de Rivadeo habia huido de Cervantes.

Hay que tener en cuenta que no porque un hombre huya de otro hombre en una situacion dada, ha de tenérsele por cobarde.

Un fenómeno nervioso, una fascinacion, otra multitud de cosas pueden hacer que un valiente huya.

Pero cuando un valiente ha huido cediendo al pánico, una vez pasado el pánico, se avergüenza, se enfurece, y busca el desagravio.

Esto pasó por don Félix.

Apénas se encontró fuera del alcance de Cervantes, apénas se recobró, cuando la vergüenza le abrasó el semblante.

— Pues no, no; yo he de recuperar mi fama, dijo, ó he de morir.

Y con este propósito, en busca de Cervantes se volvió, resuelto á reñir firme, y morir ó matar.

Pero no encontró ya ni á Cervantes ni á Abigail, en el lugar donde los habia dejado.

Se fué á la hostería del *Santo Concilio.*

No estaban allí.

Se fué á todos los lugares en que podia encontrar soldados que conocieran á Cervantes, y nadie le habia visto aquel dia.

Sólo uno le dijo que habia visto á Cervantes separándose del soldado Juan Perez de Dávalos, en el puerto, delante de la hostería del *Ancora de Oro.*

Allá se fué don Félix.

Llegó á punto en que, habiéndose retirado Cervantes, con el pretexto de que le dolia la cabeza, á su cuarto, doña Inés, para distraer las imaginaciones en que habia caido al ver á Cervantes acompañado de Abigail, habia salido al balcon para distraerse con el tráfago que en el puerto habia.

Don Félix, que á la hostería del *Ancora de Oro* miraba, vió á doña Inés en el balcon principal, que daba sobre la puerta, y se demudó todo.

Doña Inés no reparó en él.

Don Félix se dirigió rápidamente á la hostería, pálido, tembloroso, desencajado.

Entró, y preguntó á qué habitacion correspondia el balcon que daba sobre la puerta.

Le respondieron que al número uno.

Subió rápidamente don Félix al piso principal, y á la puerta del aposento número uno llamó.

Abrióle una de las doncellas.

—Decid á la señora doña Inés de Rojas, dijo don Félix, que aquí hay un caballero de su tierra, que desea besarla las manos.

Como don Félix se habia reprimido, habia logrado aparecer sereno, y tenia todo el aspecto de una persona noble y rica, la doncella le hizo pasar al recibimiento, para ir á dar el recado.

Pero don Félix se fué tras ella, y como en la inmediata habitacion estaba doña Inés, ántes de que la doncella pudiera apercibirse de que la seguia don Félix, ya estaba éste dentro de la habitacion.

Sintió gente en ella doña Inés, se quitó del balcon, y se volvió para adentro.

Al ver á don Felix, lanzó un grito horrible.

Se quedó inmóvil, aterrada.

Habia visto en don Félix á su encarnizado perseguidor.

A aquel por quien en Mesina se encontraba.

Al asesino de su padre.

Porque, en fin, aquel hombre, con el nombre supuesto de don Félix de Rivadeo, no era otro que don Pedro Ruiz de Vargas, el de la lamentable historia de doña Inés, que por tan retorcidos caminos habia vuelto, cuando ménos lo pensaba, á encontrarla.

Desgraciadamente para doña Inés, no se habian encontrado en los primeros dias de su llegada á Mesina; porque en aquellos dias, doña Inés no hubiera sido reconocida por don Pedro á causa de su disfraz de hombre, pero ella hubiera reconocido á don Pedro, y los sucesos hubieran tomado otro giro.

Doña Inés permaneció inmóvil, aterrada, sin aliento durante algunos segundos, y luego exclamó:

—¡Ah! ¡sois vos! ¡vos... el infame!... ¡vos el asesino de mi padre!...

Y luego corrió al aposento de Cervantes gritando:

—¡Venid, Miguel, venid y defendedme!

Pero Miguel acababa de subir en aquel momento al último piso de la hosteria, y no podia oirla..

—¡Miguel habeis dicho! exclamó don Pedro, cogiendo violentamente á doña Inés por un brazo.

Entre tanto las doncellas no sabian qué hacerse.

Estaban sobrecogidas.

—Si, sí; Miguel de Cervantes, que me defenderá de vos, exclamó doña Inés pugnando por desasirse de don Pedro.

—¡Vivís con él! exclamó éste.

—Es mi esposo, respondió doña Inés.

Entónces don Pedro que, como ya habia dado tantas muestras de ello, tenia una cólera de demonio, y muy mala sangre, y además iba predispuesto, cegó, y desnudando su daga, dió con ella un golpe en el pecho á doña Inés.

Todo el amor, todo el empeño que por ella habia sentido, y que en gran parte habia dominado Abigail, se habia recrudecido: unos celos mortales se habian apoderado de él al oir decir á doña Inés que Cervantes era su esposo, y el amor se le habia trocado en celos de muerte, y habia herido.

Doña Inés habia caido sin exhalar un solo grito.

Cervantes tenia un nuevo episodio lúgubre, y harto breve de su vida para sus recuerdos.

Doña Inés se habia encontrado con él en un solo punto, y habia pasado para no volver más.

Pero habia contribuido á una nueva situacion de la vida de Cervantes.

Las doncellas, al ver aquel horror, salieron gritando á los corredores.

Acertaron á pasar entónces algunos soldados de los que en la hostería vivian, por el corredor, para ganar el último tramo de las escaleras, y al ver á las dos jóvenes que pedian socorro y gritaban —«al asesino,»— entraron, y se opusieron á don Pedro, en el punto en que éste buscaba la salida para escapar.

Hubo una rápida lucha.

Don Pedro logró ganar la puerta del aposento, y bajar las escaleras.

Pero los que habian procurado atajarle el paso, no eran ni cobardes, ni mancos, ni cojos; y con él revueltos bajaron al patio, en el que le acometieron, y como le llamasen asesino y le intimasen se diese preso, algunos de los soldados que en la posada habia, y otros que pasaban por la puerta, atraidos por el tumulto, acudieron, y la emprendieron con don Pedro, que peleaba como un leon.

Cervantes se encontró con doña Ines expirante.

Para él fueron las últimas palabras de aquella infeliz.

—¡Yo os amo... yo muero amándoos!... exclamó: ¡no me olvideis!...

Y sus ojos se cerraron para siempre.

Cervantes quedó anonadado de rodillas.

Pareció como que sobre él pesaba la eternidad.

De improviso, se inclinó sobre aquel pobre cadáver, le besó en la frente, y exclamó:

—¡Ah! ¡yo te vengaré!...

Se alzó, y al volverse, se encontró junto á sí á Bartolini, que le miraba sombrío.

—¡Ah! exclamó; ¡con vos vá la desgracia! ¡hé aquí otra sacrificada á vuestro amor!...

Y se fué.

Cervantes sintió algo agudo, algo horrible.

Lanzó al cielo una mirada desesperada.

Luego se lanzó fuera de la habitacion, y corrió al patio, sediento de venganza.

Pero ya estaba todo concluido.

Don Pedro Ruiz de Vargas habia sido por fin desarmado, dominado y preso.

Le habian conducido á la cárcel.

Sólo quedaban algunas personas en el patio.

Cervantes se volvió á su aposento.

Le atraia de una manera fatal el cadáver de doña Inés.

Hacia muy poco tiempo que en su aposento estaba, cuando llegó la justicia.

Encontraron á Cervantes arrodillado junto al cadáver de doña Inés, y le prendieron.

Cervantes fué conducido á la cárcel, sin que le dejasen hablar con nadie.

CAPÍTULO XI.

De como Abigail se encontró libre de toda rivalidad junto á Cervantes.

Encerraron á Cervantes.

Le incomunicaron.

Le cargaron de cadenas.

El delito que se perseguia era muy grave.

No importaba que á Cervantes nada se le hubiese probado.

Podia muy bien ser inocente.

Pero esto no se sabia aun.

La justicia no mira otra cosa sino que prende á un criminal.

Está casi convencida, desde que echa la mano á un individuo, de que aquel individuo es culpable.

Así, pues, le trata con rigor.

Las dos doncellas, hijas del pobre zapatero, fueron tambien presas.

Presos fueron los mozos de la hostería que servian el aposento en que habia sido asesinada doña Inés.

Afortunadísimamente para Cervantes, el mismo dia en que fué preso, empezó á esclarecerse algo la verdad.

Empezó á creérsele inocente.

Se le quitaron, pues, los hierros.

Se le llevó á otro encierro más extenso y más ventilado.

Habian hablado por él muchas personas de circunstancias.

Entre ellas, su capitan Diego de Urbina y su general don Lope de Figueroa.

Además de esto, don Pedro Ruiz de Vargas habia declarado ser él el matador de doña Inés.

Las dos doncellas habian declarado tambien, y tambien los mozos, diciendo que aquel hombre, al parecer hidalgo, que habia entrado en el aposento de doña Inés, lo habia hecho miéntras estaba encerrado en su aposento, por encontrarse malo, el señor Miguel de Cervantes.

Pero Cervantes no habia ido á vivir al mismo aposento que doña Inés, sino el mismo dia del crímen.

Cervantes no habia acudido en el momento.

Esto inspiraba ciertos recelos á la justicia.

O por mejor decir: era necesario que la justicia pusiese de claro en claro el negocio, ántes de soltar á Cervantes, y aun de ponerle en comunicacion.

Cervantes alegó, que en el momento en que se cometia el crímen, él estaba en el piso más alto de la hostería, con Bartolini.

Se buscó á Bartolini.

Pero ni él, ni un sobrino suyo soldado, (así se conocia á Paulina), estaban en la hostería.

Se habian salido de ella, inmediatamente despues de haber sucedido en la hostería aquella desgracia.

No se sabia dónde se habian ido.

El dueño de la hostería sólo pudo decir que, ántes de salir de su casa, le habian pagado en dinero contante y sonante la cúenta que en ella habian hecho.

Esto parecia arrojar sobre Cervantes una sospecha de complicidad.

Se habia averiguado, que el matador de doña Inés habia asistido como practicante de cirujano, al sobrino de Bartolini.

Este sobrino, apesar de estar apénas curado de su herida cuando doña Inés fué muerta, habia desaparecido con su tio.

Todas estas eran cosas que hacian que la justicia anduviera con tiento.

Se pidió al fin la confesion con cargos á don Pedro Ruiz de Vargas, que estaba desesperado, y entónces se supo toda la verdad, y salió á relucir lo de que el soldado herido, que por sobrino de Bartolini pasaba, no era otra cosa que una mujer, que se habia ido á Mesina disfrazada de hombre, tras el señor Miguel de Cervantes, á quien amaba.

Y como don Pedro estaba desesperado por lo que habia hecho y sabia que por ello habian de ahorcarle sin remedio y ejecutivamente, no pasando muchos dias, aun que aborrecia á Cervantes por celos de la muerta doña Inés, no quiso irse al otro mundo con la gravísima culpa de haber dejado comprometido á un inocente, y puso de claro en claro la inocencia de Cervantes.

Sin embargo, aun se pasaron ocho dias ántes de que á Cervantes soltaran, y á las dos doncellas, y á los mozos.

Antes de que los soltasen, vieron salir, con su loba negra, y montado en un burro, de la cárcel, para ser conducido á la horca, á don Pedro Ruiz de Vargas.

Era soldado.

El dia del embarque del ejército estaba ya prefijado.

El crímen se habia cometido en medio del ejército.

El escarmiento ejemplar debia el ejército presenciarlo.

Así es que se juzgó pronta y ejecutivamente á don Pedro Ruíz de Vargas, y se le puso, como quien dice á la carrera, en plena capacidad de ser legalmente ahorcado.

Sólo despues de haber salido de la cárcel para la plaza del Mercado, donde debia mandarse á la eternidad á don Pedro Ruíz de Vargas, fueron echados á la calle Cervantes, las dos doncellas y los mozos.

Se les dijo que se les soltaba á buena hora, para que viesen danzar en el aire, si así querian, á aquél por cuyo crímen podia considerárseles como bienaventurados, puesto que habian sufrido por él persecuciones de la justicia.

Pero ellas se fueron, poco ménos que muertas, con sus padres á su casa, estremeciéndose todavía del peligro que habian corrido, si no de otra cosa, de ser atormentadas, y Cervantes y los mozos se volvieron á la hostería.

Preguntó Cervantes por Bartolini y por Paulina: le dijeron que se habian ido el mismo dia en que fué muerta doña Inés.

Preguntó entónces Cervantes si habian dejado algun recado para él, y le dijeron que no.

Preguntó, por último, si sabian á dónde se habian ido, y le respondieron que nada habian dicho.

Esto era claro.

Paulina se habia considerado injuriada por Cervantes, por su amor á aquella pobre mujer, creyendo que la amaba, y sin duda habia tomado la resolucion de no volver á ver á Cervantes.

Éste se hubiera ido en su busca.

Pero era soldado, y no podia desertar de su bandera.

No podia tampoco pedir licencia.

Se estaba en la víspera del embarque; la licencia se le hubiera negado, y además de esto, se le habria tomado tal vez á cobardía.

Cervantes, pues, no podia moverse de Mesina.

Abigail habia tambien desaparecido de la hosteria del *Santo Concilio*.

No se sabia donde estaba.

Habia salido para ir á ver la ejecucion de don Pedro Ruíz de Vargas y no habia vuelto.

No volvió aquella noche.

Cervantes se sentia malo.

Le devoraba la fiebre.

Se habia vuelto á su antigua posada.

De él no se separaba su buen amigo, el alférez Mateo de Santistéban.

Aconsejábanle que, teniendo calentura, se quedase en el hospital que se habia montado para el ejército en Mesina, y donde se quedaban muchos soldados enfermos.

Pero Cervantes dijo que, puesto que Dios y la fortuna le brindaban con la ocasion de hallarse en una jornada que debia ser memorable, y por lo que pare-

cia, más grande habia de ser que todas las hasta entónces acaecidas en los mares, por una calentura que podia bien sostenerse de pié, no habia de quedarse sin la gloria que le llevaria á las armas.

Y estando diciendo esto, sonaron trompetas y atambores, que por las calles andaban llamando á la tropa para que acudiese á la marina, y en cuanto este bélico estruendo oyó Cervantes, acometió á vestirse, y se vistió, y se armó, y cargó su arcabuz, y fuése á formar en la calle, con su compañía, y con ella se fué á la marina.

Entónces, y cuando en el lugar que la correspondia en el tercio de don Lope de Figueroa, se formó la compañía de Diego de Urbina, acudió con su arcabuz al hombro un soldado que se habia retrasado, y se colocó junto á Cervantes.

Cervantes se estremeció, y sintió un nuevo escalofrío de la fiebre.

Necesitó hacer un esfuerzo para no caerse.

Se apoyó en el alférez Santistéban, que con la bandera junto á él estaba.

El soldado que acababa de formar junto á Cervantes, era Abigail.

CAPÍTULO XII.

En que termina la tercera parte de nuestra historia.

Al repartirse las tropas para el embarque, se destinaron á las galeras de Juan Andrés Doria, que estaban al servicio de España, dos compañías veteranas que de antiguo las guarnecian; más, otras dos del tercio de Moncada, á saber: la de Diego de Urbina, en la que militaba Cervantes, y la de Rodrigo Mora, en número, cada una, de dos cientos hombres.

Entró, pues, á bordo Cervantes, con su compañía, en la galera *Marquesa*, que á las de Doria pertenecia, y que mandaba Francisco Sancto Pietro.

Al hacerse á la mar la escuadra el 15 de setiembre de 1521, la armada de la *Liga* se dividió en tres escuadras, á más de la de descubierta y la de reserva.

La galera *Marquesa*, en que iba Cervantes, correspondia á la tercera escuadra de combate, colocada en el ala izquierda, y comandada por el veneciano Agustin Barbarigo.

Nos acercamos á la batalla de Lepanto, y no podemos hacerla conocer mejor á nuestros lectores, que ofreciéndoles el canto heróico en octavas reales, que á continuacion transcribimos:

LA BATALLA DE LEPANTO.

I.

Alta memoria y eternal proeza
Hoy pretendo escribir del nombre hispano,
Y al medir del asunto la grandeza
Vacila mi razon, tiembla mi mano.
Para llegar á tan suprema alteza,
Se necesita aliento sobrehumano,
Y soy, pues la soberbia no me engaña,
Débil cantor para la grande España.

II.

Mas si me ayuda Dios (que en Él confio
Bajo el aliento de la fé cristiana)
Y un rayo de su inmenso poderio
Lanza á mi oscura inteligencia humana,
Con noble acento y desusado brio,
Arrancando á la historia castellana
Su más luciente página de gloria,
Cantaré de Lepauto la victoria.

III.

Y del hijo del César Carlos Quinto
Que el águila imperial alzó en sus garras
Del templo de la fama hasta el recinto;
Del que llevó á Lepanto como en arras
De la morisca turba en sangre tinto
El triunfo de las rudas Alpujarras,
Ensalzaré el valor y la fortuna
Con que hundió ante la Cruz la Media Luna.

IV.

Tal el asunto es, tal la persona
A cuya altura elévase mi acento;
Tal el noble recuerdo con que abona
Su empresa mi atrevido pensamiento,
Que su presente mísero abandona
Para lanzarse audaz al mar y al viento,
Y ver allí, contra el infiel alzada,
De la invencible Cruz la fuerte armada.

V.

Génio de la verdad: tú que presides
La Historia, y con tu luz pura y brillante
Los hondos senos del pasado mides;
Tú que severo, eterno é incesante.
Las causas buscas de las crudas lides
Que de la humana raza van delante,
Haz que el pasado ante mis ojos ceda,
Dame tu luz porque mentir no pueda.

VI.

Haz que yo logre ver el siglo de oro
De mi España infeliz; haz que me anegue
De gloria en su riquísimo tesoro,
Y que á los tiempos de pujanza llegue
En que, lanzado de su seno el moro,
Un nuevo mundo á su corona agregue,
Llevando su bandera y sus altares
De la remota América á los mares.

VII.

¡Fastos de gloria! en español oriente
Se alzaba el rojo sol, y con el dia,
Al hundirse en los mares de Occidente
Suelo español bajo su lumbre vía:
De contino su disco refulgente
En armas españolas relucia,
Y no hubo tierra extraña ni ribera
Do no viese triunfante su bandera

VIII.

A la voz del gigante soberano
Retemblaban cobardes las naciones:
Aterróse en sus rocas el britano
Al fiero retronar de sus cañones;
Dobló humilde su espalda el Oceano
Bajo sus invencibles galeones,
Y el pueblo rey para admirar su gente
De su inmenso sepulcro alzó la frente.

IX.

Flandes, Italia, Francia, el abrasado
Africano confin, el rico suelo
Por el Inca magnífico habitado,
Desde el Oriente á la region del hielo
Campo de triunfo dieron al soldado
De España vencedor: y si hasta el cielo
No fué á asaltar las refulgentes salas,
No quedó por valor, sino por alas.

X.

Mas el Señor Eterno, el que en su mano
Tiene sujeto á leyes al destino,
Para atajar al fiero castellano
De la soberbia en el letal camino,
Para hacerle entender cuánto hay de vano
En el poder del hombre y de mezquino,
Dejó que un pueblo infiel hasta él llegara
Y sus glorias con sangre salpicara.

XI.

Pueblo al que dora la indomable frente
El sol que en el desierto reverbera;
Raza de tigres que jamás se siente
Harta de sangre en su pujanza fiera:
Dura, cruel y belicosa gente
Que del Islam siguiendo la bandera,
Ladrones son si rigen sus corceles
O piratas del mar en sus bajeles.

XII.

Grecia, Malta, Venecia, Francia, España
Sintieron el rigor de este enemigo:
No hubo tierra libre de su saña,
Ni pueblo fuerte ni seguro abrigo,
En las riberas que sonante baña
Mediterráneo el mar, triste testigo
Del pánico terror con que la Europa
Miró acercarse la otomana tropa.

XIII.

De la infame Bizancio en los bazares
Gimió cautiva la doncella hermosa,
Y á su amor apartada y á sus lares,
Hijos y esposo lamentó la esposa;
El ministro de Dios de sus altares
Fué arrancado; la casta religiosa
Vió con horror trocada su clausura
Del vil harém por la mansion impura.

XIV.

Y no fué ya tan sólo oro y belleza
Lo que el turco feroz buscó insaciable
De su codicia vil y su impureza
Para saciar la sed abominable;
La Europa en sus ensueños de grandeza
Quiso su esclava hacer, y á la espantable
Acometida del feroz Oriente
Se aterraron las playas de Occidente.

XV.

Y recordóse el tiempo en que bravía
La hueste que Tarik acaudillaba
Exterminó la goda monarquía
Por los amores de la infausta Kaba:
De siete siglos la contienda impía
Aun la ruda Alpujarra sustentaba
Y áun el viento español, entre sus breñas,
Del morisco agitaba las enseñas.

XVI.

Sintió España subir á su mejilla
Generoso rubor, y el rey prudente,
El gran Felipe, irguió la sin mancilla
Alta, serena y poderosa frente;
El romano pontífice en su silla
Se alzó á mirar á la proterva gente,
Y uniéndose al furor del castellano
El pendon de la Cruz alzó su mano.

XVII.

Y el rey potente, el domador del mundo
El español cristiano y caballero,
Felipe, que si en nombre fué segundo
No tuvo más que en nombre otro tercero,
De su rama imperial fruto fecundo
Un mancebo eligió que al turco fiero
Las fuertes armas de la fé llevara
Y su pendon con honra sustentara.

XVIII.

Hijo de Cárlos Quinto el real soldado,
En años jóven, en hazañas viejo,
De las hermosas por galan preciado,
Tenido por prudente en el consejo
Y por fiero en las lides respetado,
De la sangre imperial claro reflejo,
Y á quien, nacido para empresas grandes,
Llamaba el turco y esperaba Flandes:

XIX.

Don Juan, de Austria blason, gala de España,
De la Liga al flotar de la bandera,
De la ancha mar sobre la azul campaña,
La armada de la Cruz llevó guerrera,
La prora vuelta al punto donde baña
Naciendo el sol, la roja cabellera,
Y donde, sobre el Bósforo, galana,
Se alza altiva Bizancio la sultana.

XX.

Gimió orgulloso el mar, ledo rizando
Junto á la fuerte armada sus espumas,
Con frescas brisas á la par besando
Nobles banderas y bizarras plumas;
Miéntras la luna pálida brillando
En el Oriente, entre perdidas brumas,
Cuando el sol al Poniente se escondia
Para alumbrar la armada aparecia.

XXI.

Y una tras otra bonancible aurora
El esplendente sol la vió aprestada,
Vuelta á los mares la tajante prora
Avanzar por los vientos impulsada,
Por veinte veces, blanca y brilladora
Alumbróla la luna, desque alzada
La vió Mesina bajo el signo santo
Hasta que entró en las aguas de Lepanto.

XXII.

Era el amanecer de un claro dia
Y el horizonte límpido y galano,
Con las rosadas tintas se teñia
Precursoras del astro soberano,
La mar abierta ante su rumbo vía
La escuadrá fiel, y en límite lejano
La Morea á su diestra dilatada
Y Cefalonia á su siniestra alzada.

XXIII.

Y de don Juan en la alta capitana
Cóncavo el hierro saludó tronando
Al Hacedor, y en oracion cristiana
Dobló las frentes el guerrero bando;
La enseña al tope levantóse ufana
Y los marinos ecos despertando
Sus bombardas soltaron las galeras
Y tendieron al viento sus banderas.

XXIV.

Era llegado el memorable dia
En que á don Juan la suerte sublimara
Y del turco indomable la osadía
Ante su noble espada se postrara;
El sol, que ya en las armas relucía,
Estaba escrito que en su luz bañara
La dura lid que guarda á la memoria
En sus fastos magníficos la Historia

XXV.

Y eran de ver apuestas y guerreras
Las ruidosas corrientes contrastando
De España las magníficas galeras
Con las de Malta y Roma navegando;
Y Venecia sus naves altaneras
En las saladas ondas reclinando,
Cual en los brazos muéstrase orgullosa
Del atleta feroz la bella esposa.

XXVI.

Cincuenta y cuatro naves Andrés Doria
Con banderolas verdes distinguidas
Llevaba á vela y remo á la victoria
A punto de combate apercibidas;
Don Juan de Austria, anhelando alta memoria,
Setenta y cuatro naves bien regidas,
Con banderas azules señaladas,
Tras su enseña inmortal llevaba armadas.

XXVII.

Cincuenta y cinco quillas voladoras
Mandaba Barbarigo el veneciano,
Mostrando en sus enseñas flotadoras
Amarillo color; y el bravo anciano
Marqués de Santa Cruz, en treinta proras
El nombre sustentaba castellano,
Flámulas blancas entregando al viento
Divisa de su bélico armamento.

XXVIII.

Avante, ocho bajeles gobernando
Víase al catalan Juan de Cardona,
Montes de espumas ante sí llevando
Al rudo empuje de la hinchada lona
Los brillantes espacios explorando
Del horizonte azul en la ancha zona,
Y ansiando ver en el brumoso Oriente
La aguda vela de la turca gente.

XXIX.

A la fin, en la nave delantera
De la avanzada flota exploradora,
El atalaya que en atenta espera
Observaba la mar desde la aurora,
Alzóse de repente, y la voz fiera
Entregando á la brisa voladora,
Dejó escuchar su grito vigilante
«¡A las armas! ¡galeras al Levante!»

XXX.

Redobló el atambor, entró crugiendo
La pesada bombarda en batería,
La pólvora estalló, y al ronco estruendo
Gimió vibrando la extension vacía:
Las fuertes palamentas requiriendo
Los forzados batieron la onda fria,
Y de bravos soldados coronadas
Se miraron las proras artilladas.

XXXI.

Ceñidos los arneses relucientes,
Con mirada letal, rostros severos,
Por las anchas escotas á los puentes,
De la Liga se alzaron los guerreros.
Víanse allí romanos indolentes,
Soberbios venecianos, con los fieros
Hijos de España, y por la Cruz armados,
De la guerrera Malta los cruzados.

XXXII.

Escuchóse en las naves de la Liga
La tremenda señal tan anhelada,
Y ansiosa de verter sangre enemiga
De don Juan relumbró la invicta espada.
Ceñida la fortísima loriga,
La adarga al pecho y la visera alzada,
En el alcázar, afrentando á Marte,
Se alzó junto á la cruz de su estandarte.

XXXIII.

Y desde allí con ánimo sereno
La indudable victoria preparando,
A torpe miedo y á ignorancia ajeno,
Fué sus fuertes escuadras ordenando
En línea extensa por el ancho seno
De la mar, los bajeles dilatando
Cual móvil y fortísima estacada
Entre Europa y el turco levantada.

XXXIV.

Del santo y venerado Quinto Pio
La capitana alzábase á su diestra,
Y Venecia el inmenso poderío
De sus naves mostraba á su siniestra:
Génova, España y Malta, de su brío
Daban no léjos ostentosa muestra,
Y la reserva, á popa de la armada,
Formaba á socorrerla aparejada.

XXXV.

Cual si cumplido viera su destino
A la vista del turco calmó el viento,
Y el mar tendióse terso y cristalino
Faltas sus ondas de impulsivo aliento:
La vela inútil, en batir contino
Dió á las naves el remo movimiento,
Y si ántes cual alígeras volaron
Luego, delfines, rápidas nadaron.

XXXVI.

Y el canto con que miden los forzados
Raudo compás á los pujantes remos,
Los mil rumores aumentaba alzados
De la extendida sima en los extremos,
Como cuando, en el circo congregados,
Ruidosa alzarse y turbulenta vemos
La multitud que espera la salida
De la valiente fiera prometida.

XXXVII.

Mas súbito calló la voz tonante
De la extendida línea, cual si el sueño
Sacudiese el silencio, y un instante,
De escuadra, cielo y mar se hiciera dueño;
Y las ondas venciendo salió avante
Un ligero bajel que, aunque pequeño.
Porque su noble empresa claro diga,
Ostenta la bandera de la Liga.

XXXVIII.

Junto á la egrégia insignia, la persona
Se levanta de un jóven caballero;
Por galan y soldado al par le abona
Sobre el talle gentil, luciente acero;
Rico penacho su morrion corona,
Y en el cóncavo escudo en mote fiero.
Para añadir nobleza á tantas galas,
El águila imperial tiende las alas.

XXXIX.

Sus bellos ojos de mirada pura
Son de paloma cuando amantes miran;
Y del leon ostentan la bravura
Si del combate en la matanza giran.
Si á las damas amor, con su dulzura
Entre el concento de la fiesta inspiran,
Ante ellos tiembla el enemigo fiero
Cuando redobla el atabal guerrero.

XL.

Su blanca mano hermosa y modelada
Que tegió acaso cándida corona
Para la tersa frente de su amada,
Cuando su fuerza y su destreza abona
Alzando en alto la tajante espada,
Ni vacila ni cede ni perdona,
Ni es dado concebirle de otra suerte,
Que cual tremendo rayo da la muerte.

XLI.

Era don Juan, el fruto misterioso
Del misterioso amor de Cárlos Quinto:
Don Juan, noble mancebo generoso
Ya de cien lides con la sangre tinto:
Jóven á quien el hado rigoroso,
Si dió laureles á su noble instinto,
A su cuna imperial dió bastardía
Y á su vida temprana muerte impía.

XLII.

Mas no enlutemos con siniestro canto,
Cuando un himno de triunfo le debemos,
El famoso recuerdo de Lepanto
En donde hermoso y juvenil le vemos:
Del entusiasmo con el fuego santo
Su prez y la de España recordemos.
Que cuando glorias mágica delira
No consiente el crespon la noble lira.

XLIII.

Escuchemos su voz: ante la armada
Robusta vibra en inspirado acento:
Para escucharla, la cabeza algada
Alzó el dios sobre el túmido elemento:
Llevóla por sus alas dilatada
A la extendida línea el fresco viento,
Y así don Juan á sus escuadras dijo,
En la mano mostrando un crucifijo:

XLIV.

«Valientes capitanes y cristianos,
Gentes que me escuchais, Liga sagrada,
Los que el hierro mortífero en las manos
Por Cristo vais contra la fuerte armada
De esos bárbaros pueblos otomanos;
De vencer ó morir la hora es llegada,
Que ya, ciñendo el mar con sus bajeles,
Tenemos á los ojos los infieles.

XLV.

»No á pediros valor la lengua mia
Os dirige su voz; fuera un ultraje:
Que prenda es el valor de la hidalguía.
Y la bravura os viene de linaje:
Que bien sé que os aqueja por tardía
La ya cercana lid, y que el coraje
Dilata vuestros fuertes corazones
En que se alienta sangre de leones.

XLVI.

»Mas por la Santa Cruz que alza mi mano.
Cual signo triunfador de esta jornada,
Y por mi fé de príncipe cristiano
Con mentira ó traicion nunca manchada,
Juro que he de morir, ó al otomano
Hacer probar el corte de mi espada,
Hasta que la onda azul que nos sustenta
En su seno le dé tumba sangrienta.

XLVII.

»Cual hoja seca, que bramando lanza
Ante sí el huracan embravecido,
Puesto en Dios y en vosotros la esperanza,
Arrollaré á ese pueblo decidido;
Y la santa, justísima venganza
Llevando á plazo y término cumplido,
Aras y cruces alzaré benditas
De la impura Bizancio en las mezquitas.

XLVIII.

»¡Sus! ¡á la lid, que la impaciencia ruge
Dentro mi corazon y le devora!
Del largo remo el poderoso empuje
Haga volar la quilla cortadora.
¡Sus! ¡á la lid! y del cañon que cruge
Junto á la fuerte voz atronadora,
Puesta en Dios y en la patria la memoria
El cántico entonemos de victoria.

XLIX.

Dijo; y á una señal la capitana
Lanzó de fuego y humo un torbellino,
Y al fragoroso estruendo, soberana
Se alzó la Cruz del Redentor Divino
Al tope de la nave castellana,
Que, en las ondas abriéndose camino,
Avanzó con indómita pujanza
Como el corcel que á batallar se lanza.

L.

Con no menor empuje y ardimiento,
Juntas en espantable muchedumbre,
Llevaban sobre el líquido elemento
Las naves del infiel su pesadumbre,
Por hueste conduciendo las sin cuento
Razas feroces que en rogiza lumbre
Dora el sol en los anchos arenales
De los áridos yermos orientales.

LI.

Allí viene el salvaje beduino
De atezado semblante y ojos fieros;
El Scita ligero, el que al destino
Debió cuna de Egipto en los linderos;
El indomable y bárbaro argelino,
Los de Túnez y Fez bravos guerreros,
Con los hijos del Cáucaso, otomanos,
Negros de Libia y blancos circasianos.

LII.

Pueblos, colores, razas diferentes
En desórden extraño confundidos;
De nobles persas las altivas frentes
Entre esclavos se ven envilecidos;
Unos activos, otros indolentes
Contra el cristiano van embravecidos
Juzgando esclavos de su inmunda tropa
Los bellos campos de la rica Europa.

LIII.

Avanzado al bauprés, la frente oscura
Por fatídica ruga señalada;
La agudísima y blanca dentadura
Tras los convulsos labios apretada;
Torva en sus ojos la mirada dura
De la Liga posándose en la armada,
Junto al Sanjac, que ên su galera ondea,
El iracundo Alí, jura y bravea.

LIV.

Cual tigre que en las fáuces sed cruenta
Siente, y rugiendo hácia la presa avanza,
Así las naves del cristiano cuenta
Cual presa ya de su feroz venganza
El rudo Alí-Bajá que ronco alienta
De sus cansados remos la pujanza,
Y ya impaciente en su furor sanguino
Empuña el ancho acero damasquino.

LV.

«¡Bogad! ¡bogad! el bárbaro les grita:
¡Salvad el ancho mar que nos separa,
Y al nazareno audaz que nos incita,
Arranquemos la Cruz con que se ampara!
¡Dios sólo es vencedor, y su bendita
Palabra ha de llevar hasta do para
El sol, hundiendo la cansada frente
En las últimas aguas de Occidente!

LVI.

»¡Dios sólo es vencedor! ¡bogad! ¡tronemos
Contra el cristiano infiel, y su bravura
Entre la sangre y el fragor probemos
De la batalla inexorable y dura!
Que aun alienta en nosotros demostremos
De Agar y de Ismael la sangre pura;
Y si en el mar los destrozais, en guerra
Nuestros corceles hollarán su tierra.

LVII.

»Allí os esperan lánguidas esclavas,
Un cielo siempre azul y un sol de oro;
Si amantes sois, encontrareis mil Kabas,
Si avaros, de riquezas un tesoro;
De Granada las rojas alcazabas
La vuelta esperan del vencido moro,
Y aun lloran de sus dueños la mancilla
Córdoba hermosa y la gentil Sevilla.

LVIII.

»¡Dios sólo es vencedor! ¡Bogad y á ellos!
¡Tras esa escuadra se levanta Europa!
¡Sus ricos pueblos y sus campos bellos
Vuestros serán, y la vencida tropa,
Antes que el sol oculte sus destellos,
Juro que ha de mirar sobre mi popa
De ese don Juan, marchita la belleza,
En una pica la imperial cabeza!»

LIX.

Calló del fiero Alí la voz rugiente;
Del azote cruel la espalda herida,
Forzó el remo el cautivo diligente,
Y en media luna sobre el mar tendida
La escuadra infiel adelantó potente,
Hasta llegar á la ocasion temida,
En que las dos escuadras se allegaron
Y en espantable muestra se mezclaron.

LX.

Dame, Señor, la voz del ronco trueno,
Del huracan el silbo embravecido,
El tonante fragor con que del seno
Lanza el volcan su cráter encendido,
El torbellino espeso que el sereno
Azul del cielo empaña, y el temido
Sacudimiento que espantable aterra
Al conmoverse la tremante tierra.

LXI.

Que tal tronó la ronca artillería
Los silbadores hierros vomitando,
Con furia sin igual y fuerza impía
A cristianos y á turcos destrozando;
Y tal al cielo se elevó sombría
En los aires sus nieblas condensando,
Blanca columna de humo turbulento,
Y tal tembló la mar y vibró el viento.

LXII.

Y no hay pluma que baste ni pinceles
A decir ó pintar el trance horrendo:
El humo espeso oculta los bajeles;
Cubre la voz del hombre el ronco estruendo
De la voz del cañon; de los infieles
No se sabe el lugar, ni do muriendo
Mira entre sangre mísero cristiano
Vengar su muerte á valeroso hermano.

LXIII.

No hay ceder, no hay parar: zumba y rebrama
La dura lid; el hierro centellea,
Fiero el clarin á la contienda llama,
Cuerpos y járcias la corriente ondea,
Rogizo resplandor el aire inflama,
El hierro sobre el hierro martillea,
Y no se sabe, echada ya la suerte,
De quién es el triunfar, de quién la muerte.

LXIV.

Embístense con furia las galeras,
Crúzase el hierro, avívase el coraje,
Vuelan tocas, turbantes y cimeras
Al pujante embestir del abordaje:
Destrozos y matanzas lastimeras
En sus espumas cubre el oleaje,
Y ni el cristiano cede en su pujanza
Ni de sus naves el infiel avanza.

LXV.

No hay un punto en la lid del que á raudales
Sangre no corra, el Ponto enrogeciendo,
Ni ya cubrir los gritos funerales
Del cañon matador puede el estruendo;
Nadie piedad demanda, ni señales
De flaqueza se dan, aunque muriendo,
Ni bajo el sol relumbran las espadas
Hasta el terrible pomo ensangrentadas.

LXVI.

Cual vemos retronando la tormenta
Lanzar ante su tromba el torbellino,
Y la fulgúrea luz que el rayo alienta
Teñir la sombra en resplandor sanguino,
Así la tromba de la lid cruenta,
Zumbando y retronando de contino,
Rebrama, vibra, se dilata, crece,
Y hasta á los cielos amagar parece.

LXVII.

Oyóla el huracan en las honduras
Donde le guarda Dios encadenado,
Y rompiendo sus fuertes ligaduras,
Lanzóse sobre el mar desenfrenado:
Alzáronse las líquidas llanuras
En montes á su impulso, y dilatado
El humo, en anchas ráfagas tendióse,
Y el trabado combate ver dejóse.

LXVIII.

Del turco en la indomable capitana
El almirante Alí, de ira inflamado
En alas corre de su furia insana,
El Sanjac á los vientos desplegado,
Donde la cruz se eleva soberana,
Mostrando al Dios del Gólgota enclavado,
Y donde ansiando ensangrentar su acero,
El valiente don Juan se alza el primero.

LXIX.

Naves rompiendo, fuego y oleaje
Al par las capitanas se enfilaron,
E impulsadas de lúgubre coraje
Potentes á encontrarse se lanzaron.
Al tremendo chocar de su abordaje
Los ligados maderos rechinaron,
Y de Cristo los bravos caballeros
Con los turcos cruzaron sus aceros.

LXX.

Giran al rededor de las asidas
Capitanas galeras, en su ayuda,
Las de Roma y Venecia, y las temidas
Del Dey de Argel que con pujanza ruda,
Por las de Malta y Génova embestidas,
La lid sostienen resonante y cruda,
Dando en contínuo son y movimiento
Cadáveres al mar, gritos al viento.

LXXI.

Tremendo fué el chocar, la lucha dura;
Por cada paso que el cristiano avanza,
El turco alfanje á la region oscura
Por centenares castellanos lanza.
Ardiendo el arcabuz, muerte fulgura,
Rechina el hierro, y con feroz pujanza
Luchando cual pantera enfurecida,
Alí-Bajá rechaza la embestida.

LXXII.

Como el fiero leon cede cansado
Y paso á paso la terrible huella
Retira, por los tigres acosado
Y el ojo matador rojo centella,
Y, do alcanza su garra, denodado
Avanza, hiende, rompe y atropella,
En torno suyo rugidor dejando
Despedazados restos palpitando;

LXXIII.

Así, de su galera sobre el puente,
Revolviéndose Alí, ruje y batalla;
Donde su brazo alcanza, allí se siente
Hierros cortando á la acerada malla.
Su duro yatagan que reluciente
En alto siempre matador se halla,
Por el cóncavo pomo destilando
Caliente sangre de cristiano bando.

LXXIV.

Y allí el bravo don Juan fiero sustenta,
La prez de su blason en lid activa;
Su poderosa espada se ensangrienta
Hiriendo sin cesar; la muerte, èsquiva
Le respeta do quier; la huella asienta
Sobre turcos cadáveres, y altiva
De su esplendente fama con la gloria
Ante él bate sus alas la victoria.

LXXV.

Síguenle, las banderas desplegadas
Y en pos de sus valientes capitanes,
Honor de los Cardonas y Moncadas,
Los invencibles tercios catalanes;
Allí hicieron sus famas renombradas
Figueroas, Padillas y Bazanes,
Y con claro valor en trances fieros
Cien linajes de nobles caballeros.

LXXVI.

Y allí tambien su fortaleza ostenta
Un soldado español: su noble mano
El pesado arcabuz fiera sustenta
Muerte lanzando al bárbaro otomano.
En su ancha frente el porvenir asienta
De la gloria un destello soberano,
Orlando con reflejos deslumbrantes
El pensamiento audaz del gran Cervantes (1).

LXXVII.

Génio que guardas de la patria mia
El noble orgullo: de tu fuego santo
Claro un destello á mi rudeza envia
Que en luz inunde mi afanoso canto.
Musa de las batallas, que sombria
Presides la matanza y el espanto:
Cesa, cesa en tu horror, que cantar quiero
Himno de gloria al vate y al guerrero.

(1) Enfermo estaba con calentura Cervantes en un departamento de la galera *Marquesa;* cuando se rompió la batalla se alzó de su lecho y pidió sus armas: pretendieron disuadirle Diego de Urbina su capitan, el alférez Mateo de Santistéban y varios otros camaradas suyos: pero él, lleno de grandeza contestó: *que qué dirian de él, y que no hacia lo que debia; y que más queria morir peleando por Dios y por su rey, que no permanecer bajo cubierta cuidando de su salud.* Entónces, habiendo pedido que le dieran un puesto en el lugar de más peligro, le destinaron al lugar del esquife, donde peleó con doce soldados que le dieron para que los mandase, hasta que fué herido.

LXXVIII.

¡Mas, insensato afan! ¿dónde las alas
Bastantes á llegar hasta su altura?
¿Quién, al mundo y á Dios robando galas,
Pintará de su génio la hermosura?
¿Cómo desde la tierra hasta las salas
Eternas ascender, donde fulgura
De torrentes de gloria circundado
De Cervantes el nombre venerado?

LXXIX.

Si hay una pluma que á su fama baste,
Otra pluma será, que no la mia,
Que existe entre él y yo para contraste,
Y es poco á fé, la eternidad vacía.
Bronces y rocas el cincel desgaste
Para esculpir sus timbres á porfía;
Que ante Cervantes sólo reverente
Sé admirar y callar y hundir la frente.

LXXX.

Miróle el mundo con valor rompiendo
El cerrado tropel de los infieles,
A la par de don Juan bravo cogiendo,
Sobre el sangriento mar, rojos laureles:
Como soldado su renombre haciendo
Digno del porvenir, que en ecos fieles,
Si de las musas le llamó el encanto,
Llamóle al par el Manco de Lepanto.

LXXXI.

Sigue en tanto el furor: el mar cubierto
De cadáveres ya, ruge sañudo:
Lídiase por doquiera al descubierto,
Desclavado el arnés, roto el escudo:
Flotan bajeles el combés desierto.
Rasgado el pabellon, el bronce mudo.
Miéntras en otros se alza brilladora
Del incendio la llama aterradora.

LXXXII.

Al fin ante el cristiano en lucha fiera
Rueda entre sangre Alí; se alza espantable
Su cabeza á una pica, y su bandera
Ante la Cruz se humilla, venerable;
Al ver la capitana prisionera,
El Dey de Argel escapa miserable.
Y se rinden, vencidos, los infieles
Sobre un lecho de rojos alquiceles.

LXXXIII.

Y allí quedó la flor de la nobleza
De las fuertes naciones coligadas,
Y del turco la indómita fiereza,
Del mar entre las ondas sepultadas.
Pretender describir cada proeza
Voz y ocasion requiere dilatadas
Que tales, tantos y tan grandes fueron
Que en su misma grandeza se perdieron.

LXXXIV.

Gloria á los invencibles campeones
Que de la Cruz bajo el divino amparo.
En sangre infiel tiñeron sus pendones
Y en Lepanto adquirieron nombre claro;
Salud á las fortísimas legiones
Que á sus lares sirviendo de reparo
Vengaron en las ordas turbulentas
De la ofendida Europa las afrentas.

LXXXV.

Allá van, allá van, rotas las velas
Del fuego del combate ennegrecidas
Cual rebaño de tímidas gacelas
Por hambriento leon acometidas:
Allá van, cual caballo á quien espuelas
Dá cobarde jinete y sueltas bridas,
Vueltas las proras al lejano Oriente
Sobre las ondas de la mar rugiente.

LXXXVI.

Al fin en la pacífica ribera
La breve planta bañará en las olas
La vírgen de flotante cabellera
Sin temer las corsarias bandeloras;
Ni ya en viles harenes, lastimera,
Su pudor y su fé llorando á solas,
La esposa del Señor verá sonrojos
De impuros musulmanes en los ojos.

LXXXVII.

¡Triunfó la Cruz! ¡su símbolo sagrado
Fué señal de terror al trace fiero!
¡Cantemos al Señor, que dió al soldado
Claro valor y al noble caballero;
Al Dios de las batallas que humillado
Tendió al infiel ante el cristiano acero,
Y dió en el mar sangrienta sepultura
A los despojos de la gente impura!

Tal fué la famosa batalla de Lepanto.

Hemos preferido relatarla á nuestros lectores en verso que contársela en prosa.

Hay glorias para recordar las cuales es de todo punto indispensable la lira.

Altas hazañas que el lenguaje vulgar no encuentra el tono bastante á su altura.

Miguel de Cervantes fué uno de los mejores soldados que se hallaron en aquella memorable jornada, y el haber vertido su sangre en ella y quedádose manco de la mano izquierda, es uno de sus mejores títulos de gloria, y de que él se enorgulleció.

Esta batalla que fué uno de los más grandes hechos militares que la Historia registra, no dió el fruto que hubiera debido dar.

Un avance hácia el Bósforo hubiera producido la toma de Constantinopla, y tal vez de la Turquía, del Egipto y del África occidental.

Pero sobrevinieron celos y malas inteligencias, y se desaprovechó un acontecimiento que, llevado á todas sus consecuencias, hubiera cambiado indudablemente la faz del mundo.

FIN DE LA TERCERA PARTE.

ÍNDICE.

TOMO PRIMERO.

LIBRO PRIMERO.

EL CARDENAL AQUAVIVA.

LIBRO SEGUNDO.

DE ROMA Á LEPANTO.

LIBRO TERCERO.

LEPANTO.

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS

DEL TOMO PRIMERO.